

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL
DOCTORADO EN COMUNICACIÓN**

TESIS

Del Estado al mercado.

**Los primeros modelos periodísticos en Buenos Aires y el Interior del país,
entre la Revolución de Mayo y la Organización Nacional (1810-1862)**

Autor: Julio E. Moyano

Director: Dr. Marcelo Borrelli

Trabajo dedicado a las mismas de siempre

Agradecimientos

Agradezco especialmente la colaboración y paciencia de las instituciones donde desempeñé mi trabajo cotidiano, el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC-UBA), la carrera de Ciencias de la Comunicación (Facultad de Ciencias Sociales – UBA) y la Universidad Nacional de Lanús, por el acompañamiento, colaboración, críticas y sugerencias recibidos.

A las instituciones a las que asistí una y otra vez para el registro de corpus de periódicos, la Biblioteca Nacional, el Archivo Histórico Nacional, la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, el Museo Mitre, el Archivo Histórico de la Provincia de Entre Ríos, la Biblioteca del Congreso de la Nación, la Hemeroteca del Congreso de la Nación, el Museo Martiniano Leguizamón de Paraná, el Archivo General de la Provincia de Santa Fe, el Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba, la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba y Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Cuyo.

A los colegas de la Red de Historiadores de la Prensa en Iberoamérica, en especial la Dra. Adriana Pineda Soto por sus aportes y consejos en relación con la problemática de la prensa oficial; de la Asociación de Historiadores de la Comunicación por los valiosos materiales de lectura con que me pusieron en contacto, en especial el Dr. Antonio Laguna, por las orientaciones y recomendaciones recibidas; del grupo Nodo Sur de Historiadores de la Comunicación, por la motivación y acompañamiento en este proceso.

A la revista *Improntas de la Historia y la Comunicación* de la Universidad Nacional de La Plata, por permitirme publicar en formato ensayo una aproximación a las categorías de *modelo de sustitución*, *de transferencia* y *de simbiosis*, a partir de la cual pude recibir críticas y recomendaciones de utilidad, así como, por igual motivo, al programa de publicaciones de la Red de Historiadores de la Prensa, por permitirme la publicación de referencias a los seis años transcurridos en la prensa argentina entre 1810 y 1816.

A los profesores y colegas que en su rol docente en el Doctorado en Comunicación, como compañeros de estudio y/o como proveedores de críticas, sugerencias, lecturas, recomendaciones o accesos a fuentes primarias han impactado en el trabajo.

A familiares y amigos por la múltiple colaboración recibida, que me permitió realizar el doctorado en una etapa laboral y vital que no hacía sencillo el uso del tiempo, en un marco de acompañamiento y comprensión.

ÍNDICE

Dedicatoria _____	2
Agradecimientos _____	3
Índice _____	4

0. Capítulo introductorio

0.1. Introducción _____	06
0.2. El proyecto de tesis _____	12
0.3. Marcas del recorrido personal _____	26
0.4. El Plan expositivo de esta tesis _____	28

1. Aproximaciones conceptuales y marco contextual

1.1. La historia del periodismo argentino y las Ciencias de la Comunicación _____	29
1.1.1. La tradición historiográfica _____	33
1.1.2. Otras tradiciones y recorridos _____	44
1.2. La historia de la prensa como objeto _____	54
1.2.1. Los orígenes _____	58
1.2.2. Apogeo del absolutismo y nacimiento de la prensa periódica regular _____	64
1.2.3. Revoluciones burguesas y transformación del rol de la prensa periódica _____	66
1.2.4. La prensa moderna _____	68
1.2.5. El espacio-tiempo histórico: expansiones de la prensa desde Europa _____	71
1.3. La llegada de la prensa a la región rioplatense _____	84
1.3.1. La imprenta: Estado, universidad y misiones jesuíticas _____	84
1.3.2. La última década colonial: El nacimiento del periodismo impreso (1801-1810) _____	94
1.3.3. El saldo periodístico de la Colonia: Inicios de una práctica en los finales de una época _____	111

2. De Mayo a Caseros: entre el legado absolutista y el predominio del modelo de sustitución

2.1. La primera década revolucionaria (1810-1820) _____	117
2.1.1. La ruptura de Mayo y el desfase entre doctrinas y condiciones históricas _____	119
2.1.2. La Gaceta de Buenos Aires, habitante de dos mundos _____	120
2.1.3. En tránsito hacia la prensa de facciones _____	124
2.1.4. Aparición de la prensa periódica en el interior del país _____	151
2.1.5. 1810-1820: elementos para una síntesis _____	158
2.2. La reformulación rivadaviana y sus límites (1821-1828) _____	164
2.2.1. La caída del Directorio _____	164
2.2.2. El año 20 y los nuevos equilibrios de fuerzas _____	165
2.2.3. Nuevos roles para el periodismo _____	166
2.2.4. La irrupción de Castañeda y los periódicos de título mordaz _____	174

2.2.5. La “feliz experiencia” de 1821-24 _____	177
2.2.6. Los cambios de 1823 y 1824. Hacia la formación de periódicos de partido ____	184
2.2.7. Reorganización discursiva _____	220
2.2.8. Montevideo, extensión territorial del conflicto porteño _____	249
2.2.9. Interior: la tercera oleada de prensa _____	262
2.3. Tramo final del período rosista, surgimiento del liderazgo urquicista y transformación de las prácticas periodísticas en el exilio (1845-1852) _____	268
2.3.1. Nuevos escenarios y nuevos destierros _____	268
2.3.2. La reincorporación de Corrientes y su periódico oficial a la Confederación ____	272
2.3.3. Derrocamiento de Ballivián, ascenso de la prensa antirrosista en Chile y respuesta periodística de la Confederación _____	279
2.3.4. La etapa final de rosismo y el apogeo Urquicista: Continuidades y Rupturas en la prensa (1848-1852) _____	283
2.3.5. El auge periodístico entrerriano en el apogeo del gobierno de Urquiza _____	285
 3. De Caseros a Pavón. Nuevos modelos y funciones para el periodismo argentino	
3.1. Un período decisivo de transición económica y política: 1852-1861 _____	310
3.1.1. ¿Por qué se trata de un período <i>decisivo</i> de transición? _____	312
3.1.2. La dimensión económica de la transición _____	315
3.1.3. La dimensión política de la transición _____	319
3.1.4. El contexto de la prensa mundial _____	320
3.2. La prensa periódica argentina entre 1852 y 1861: Dos Estados, dos periodismos ____	323
3.2.1. Momentos clave de la transición _____	342
3.3. Después de Pavón: el triunfo de la estrategia de transferencia y el nacimiento de la prensa moderna _____	452
3.3.0. Hacia La Nación _____	452
3.3.1. La victoria mitrista se extiende a todas las provincias _____	454
3.3.2. Los caminos hacia la prensa moderna _____	468
3.4. Síntesis comparativa: dos estrategias estatales para la modernización de la prensa	489
3.4.1. Modelos y dispositivos predominantes _____	489
3.4.2. Desarrollo, guerras civiles y territorialización _____	498
3.4.3. Imprentas, periódicos, periodistas: los casos paradigmáticos _____	501
3.4.3.1. Imprentas _____	505
3.4.3.2. Periódicos _____	511
3.4.3.3. Periodistas _____	558
 4. Conclusiones _____	569
 5. Bibliografía _____	I

0. CAPÍTULO INTRODUCTORIO

0.1.Introducción

La prensa periódica y su historia conforman un campo problemático complejo y multidimensional que interesa a disciplinas diversas, tales como la historia (política, social, cultural, etc.), la semiótica, la sociología, la economía o los estudios culturales y comunicacionales, en un abordaje necesariamente multidisciplinar. Gran cantidad de recortes posibles construyen, desde tal abordaje, otros tantos espacios de indagación, entre ellos, los que se enmarcan en la historia de la prensa periódica argentina.

El periodismo argentino cuenta con innumerables tópicos de rico interés histórico, entre los cuales reviste interés y da origen a esta Tesis, el estudio de las primeras décadas en que se forjó un sistema de prensa a partir de la Revolución de Mayo¹, y cuyo desenlace fue la consolidación de una industria periodística en manos particulares hacia fines del siglo XIX.

La cambiante relación entre prensa periódica, Estado y sociedad en Argentina durante una etapa crítica de su transición a la modernidad, nos muestra la presencia de distintos modelos a seguir en la construcción de la prensa periódica² en cuyo marco los interrogantes acerca de quiénes deben impulsar la creación de periódicos, quién posee el control sobre la palabra impresa, cuál es la función de esa palabra, cuál es el rol del Estado en esta forja, cómo deben relacionarse prensa y Estado, cuáles son los contenidos que ha de encontrarse en ellos, entre otros problemas, hallarán respuestas diferentes a lo largo de períodos de tiempo muy breves, y a lo largo de diferentes espacios de la geografía nacional. El modo en que estos interrogantes sean respondidos, a su vez, tiene potencial impacto para comprender mejor las particularidades del origen de nuestra prensa periódica en relación con otros países hispanoamericanos y en relación con el modelo de referencia europeo. También tiene implicancias al momento de hacer uso de los textos de prensa como fuente de investigación histórica, en tanto los sujetos de la palabra impresa, los que redactan esa palabra y el modo en que el mensaje era apropiado por sus receptores en las condiciones vivas del circuito comunicacional de entonces, pueden ser muy diferentes en distintos modelos, lugares y momentos. Asimismo, puede tenerlas en cuanto a la reconstrucción concreta de su historia a través del rastreo de documentos y huellas: no es lo mismo que toda una generación de periódicos funcione como

¹ Si bien hay antecedentes de un periodismo manuscrito (1764) e impreso (desde 1801) en la región, es a partir de la Revolución de Mayo que la elite gobernante se propone de construir una prensa periódica regular para informar al público sobre las acciones del gobierno y -poco después- para ponerlas en discusión. Ambas funciones (informar y discutir) fueron tanto una necesaria señal de consolidación institucional frente a las potencias extranjeras que se plantearon la posibilidad del reconocimiento de la independencia rioplatense, como parte de las expectativas de conquista de derechos cívicos compartidas por la generación de Mayo. De allí el recorte propuesto en esta tesis.

² La compleja trama de modelos a seguir incluye el horizonte deseable de prensa a construir (por ejemplo, una prensa a imagen y semejanza de la decimonónica europea, en manos particulares), así como la reproducción de prácticas eficientes adquiridas en el tiempo (por ejemplo, cuando se reproduce en la década de 1810 ciertas prácticas heredadas de la prensa española dieciochesca), o producto de la estabilización y emulación de prácticas resultantes de ensayos y limitaciones inesperadas (como cuando se produce una potente prensa estatal promovida por protagonistas cuyo horizonte deseable es la producción de una prensa en manos privadas).

empresa privada cuyos registros contables y fiscales pueden ser clave para el rastreo, que si lo hace desde el Ministerio de Educación, o desde el Ministerio del Interior, o desde la Secretaría de Gobierno de una provincia, o desde la auditoría de un ejército en marcha. Del mismo modo, las hipótesis referidas a una época pueden ser extremadamente distintas si suponemos que en la misma pudo haber existido (libre o reprimida por un gobierno autoritario) la práctica sistemática de la circulación por la prensa, como se ha visto en varios casos europeos del siglo XVIII (Habermas, 1995; Williams, 2003 [1961]; Vázquez Montalbán, 1979), o si esto no era posible en tales circunstancias. Los problemas de catalogación de la historiografía clásica argentina respecto de las colecciones de periódicos, las dificultades de rastreo de títulos mencionados pero de los cuales no se dispone ejemplares a la vista, o la recurrente referencia a “diarios” circulando en la década de 1810 en Buenos Aires atestiguan esta dificultad (Moyano, 1996).

El presente trabajo recorta y aborda algunos de estos interrogantes: se propone describir y analizar la prensa periódica existente en Argentina entre la Revolución de Mayo y la unificación del Estado nacional lograda en 1862 con el triunfo mitrista sobre la Confederación urquicista, focalizando la atención en las particularidades del fuerte protagonismo del Estado en una época en que los proyectos y debates sobre la forma de Estado y gobierno tendían a coincidir en la necesidad de una prensa independiente, en manos particulares, capaz de articular debates y representar las distintas voces de la opinión.

En función de tales interrogantes, proponemos considerar el concepto de “*modelo periodístico*”³.

Ante nuestro objeto de estudio el concepto de *modelo* es doblemente pertinente, pues, por un lado, tanto los discursos de los propios periodistas como los de los principales actores políticos que ocupaban gobiernos y eventuales oposiciones, afirmaban constantemente la necesidad de seguir ciertos modelos ideales para la construcción de la prensa, en el marco de los grandes debates sobre la forma de gobierno y la consolidación del aparato estatal. Por otro lado, esta tesis procurará demostrar la hipótesis de la presencia de dos modelos de referencia externos que marcaron el horizonte deseable para la construcción de la prensa periódica en el país independiente, y cuatro modelos predominantes de hecho (esto es, más allá de los discursos sostenidos por los mismos actores) en la construcción de la prensa moderna. Cuatro modelos que plantearon -no siempre explícitamente- la búsqueda de una solución a la contradicción notoria entre discursos que sostuvieron casi unánimemente la necesidad de una prensa libre, moderna y en manos

³ No se utiliza aquí el concepto de “modelo” en el sentido estricto de “modelo científico”, utilizado en ciencia y epistemología, sino en el de representación ideal consensuada -explícita o implícitamente- por una comunidad en torno a cuáles son o deben ser las características distintivas de los casos a construir en el marco de un sistema o dispositivo, así como los modos de relación o integración entre sus partes. Esta doble acepción en torno a “cuáles son o deben ser” implica que el concepto de modelo se presenta tanto en el sentido de patrón de prácticas a imitar -por emulación o experiencia previa- como en el de arquetipos o ideales simbólicos a seguir por identificación. En el marco teórico y en el cuerpo del trabajo se retoman y profundizan estas definiciones.

independientes (a imagen y semejanza de las potencias europeas occidentales y los Estados Unidos), y la realidad de su imposibilidad manifiesta por no existir aún ni una burguesía industrialista capaz de hacerse cargo de las inversiones iniciales de capital ni su puesta en marcha sostenible en términos de rentabilidad, ni un Estado capaz de soportar y absorber las contradicciones y conflictos que la prensa pudiera expresar, ni un mercado suficientemente desarrollado en lo económico, monetario y/o demográfico.

Consecuentemente, y más allá de una mayor variedad de dispositivos, géneros y experiencias comerciales de menor alcance⁴, indagaremos específicamente aquellas estrategias llevadas adelante por los protagonistas del periodismo iniciado en mayo de 1810 para lograr acercarse a los *modelos de referencia externos* -constituir la prensa moderna a imagen de la europea- en un momento histórico en que esto no podía aún lograrse. Por lo tanto, tales estrategias, reiteradas, emuladas por nuevos protagonistas y promovidas desde el Estado, se estabilizan en el tiempo y configuran modelos de hecho a lo largo de varias décadas y afectando la biografía periodística completa de tres generaciones.

Se ha encontrado en este trabajo cuatro de estas estrategias devenidas *modelos*, de las cuales predominaron dos, aunque las otras dos alcanzaron predominio en momentos y lugares específicos también, siempre refiriéndonos a las décadas de lucha por la independencia y construcción del Estado nacional, modelos que presentaron tanto diferencias como similitudes entre sí.

Entre esta últimas, una los relaciona directamente con el modo en que se construyen el Estado y la nacionalidad: el insustituible protagonismo del propio Estado en la construcción de un sistema de periódicos, y el modo en que éste podía resolverse en dirección al ideal de una prensa moderna semejante a la que se desplegaba en Europa o América del Norte (en el que se supone que la prensa debe ser entregada a la sociedad civil y mantenerse independiente del Estado como requisito para su buen funcionamiento), ideal en el que coincidían, a grandes rasgos, todas las facciones rioplatenses involucradas en este proceso. Les asignaremos los nombres siguientes:

1. **El modelo de sustitución**, caracterizado por el hecho de que el Estado reemplaza a los actores esperables en la construcción de una prensa moderna.
2. **El modelo de simbiosis**, caracterizado por experiencias en que quien ejerce el poder político es simultáneamente uno de los primeros grandes actores del poder económico. En este modelo, el protagonismo de estos jefes políticos en la prensa se daba en forma indiferenciada con su rol de agente económico del sector privado.

⁴ Podemos mencionar en este ítem el relativo éxito de las publicaciones dirigidas al público general con especialidad en temas médicos y de cuidado de la salud en general, o las publicaciones centradas en la difusión de almanques y partituras, o aún las incipientes publicaciones concentradas exclusivamente en información estadística de interés comercial y avisos pagos. Estas experiencias aparecen esporádicamente entre las décadas de 1820 y 1830, pero no alcanzan el volumen de las que estudiaremos como “modelos”.

3. **El modelo de transferencia**, caracterizado por un esfuerzo sistemático desde el poder estatal por otorgar a actores de la sociedad civil (pertenecientes a los cuadros de la facción de gobierno) el volumen suficiente de recursos de capital, sistemas de distribución, cantidades de público y contactos sociales como para que los periódicos pudiesen a partir de allí sostenerse en el sector privado.
4. **El modelo de articulación**, cuyo rasgo sobresaliente es el logro de acuerdos explícitos o implícitos entre Estado y privados, para que estos últimos hagan negocios y en lo posible aumenten capital por contratos asignados por el Estado para distintas impresiones y también la impresión de periódicos, permitiendo a las imprentas amortizar costos y obtener lucro adicional con otros servicios de impresión particulares. Este tipo de acuerdos se extiende a la elaboración de periódicos en algunos casos, para lo cual es imprescindible que el privado no se ocupe de las secciones con alguna relación con la política (temas específicamente políticos, internacionales que pudieran afectar la política exterior del Estado, temas literarios que involucrasen enemigos o tópicos críticos -aun implícitamente- del gobierno, etc., tarea asignada a un redactor empleado en forma separada).

Estos cuatro modelos se superponen en el tiempo, pero su presencia predominante tiende a coincidir con etapas concretas del período histórico. El modelo de sustitución se hace presente ya en la década de Mayo, y más notoriamente aún entre la desaparición del Directorio en 1820 y la revolución porteña de septiembre de 1852. El modelo de simbiosis se nota claramente en la prensa urquicista a partir de 1849, y especialmente durante el período de la Confederación Argentina, entre noviembre de 1852 y diciembre de 1861. El modelo de transferencia se hace notar ya durante la “feliz experiencia” rivadaviana e la primera mitad de la década de 1820, así como durante el período 1852-61 especialmente en Buenos Aires, pero también en localidades del Interior, aunque alcanza su máximo esplendor durante el apogeo del Partido Nacional, tras la victoria de Mitre y su ascenso a la presidencia en 1862. El modelo de articulación, finalmente, presenta esbozos tempranos, incluso en la década de 1810, y va acrecentando su presencia en forma paulatina, a lo largo del período, en Buenos Aires -especialmente bajo del gobierno de Rosas- y alcanza su esplendor en las décadas siguientes.

De este modo, el objeto de este trabajo es abordar las sucesivas etapas del complejo período histórico que va de 1810 a 1862, con el foco de interés puesto en el rol predominante del Estado en los esfuerzos por forjar una prensa en manos particulares a semejanza de la moderna prensa burguesa europea, la importancia de este rol en la forja de los modelos periodísticos predominantes

en la prensa argentina de esas primeras décadas y aún la posterior, y explorar las implicancias de estos modelos al ser abordados como objeto de análisis desde las Ciencias de la Comunicación.

La atención se focalizará en los modelos de prensa periódica que comienzan a configurarse tanto a través de las sistemáticas iniciativas realizadas desde el Estado desde el momento mismo de su conformación tras la Revolución de Mayo, como a través de la irrupción y persistencia de prácticas desde protagonistas provenientes de la sociedad civil (impresores, redactores, sociedades literarias) que trabajosamente construyen y estabilizan formatos, secciones, géneros y estilos en constante negociación con una autoridad estatal a cuyo poder y apoyo económico es imposible sustraerse. Esta fuerte presencia del Estado, coincidente, paradójicamente, con un discurso y con acciones políticas del propio Estado que manifiestan interés por la construcción de una prensa plural en manos particulares, constituye una característica que -si bien es observable, en algunos de sus aspectos, en otras naciones hispanoamericanas- es muy propia del proceso político de construcción de la Nación Argentina. Describiremos, al respecto, sucesivas etapas a partir de diferencias observables en la evolución de la prensa periódica que desarrollaremos en el cuerpo del trabajo:

1. **La que va desde la Revolución de Mayo hasta la formación de dos grandes agrupamientos estatales (Buenos Aires y la Confederación) a fines de 1852, abordada en el capítulo 2.** Esta etapa se subdivide, a su vez, en las siguientes, más específicas:
 - 1.1.Desde Mayo de 1810 hasta la disolución del gobierno nacional en febrero de 1820.
 - 1.2.Desde la reconstrucción de la autoridad provincial tras la “anarquía del año ‘20” hasta el fin de la presidencia de Rivadavia (1826-27) con la consiguiente recaída en la inexistencia de un gobierno nacional y la etapa más virulenta de las guerras civiles.
 - 1.3.La época de las guerras civiles y el régimen rosista (1828-1852), en la que no logra constituirse una autoridad nacional formal pero sí un equilibrio de fuerzas provinciales con protagonismo hegemónico del gobernador de Buenos Aires, con sucesivos desafíos militares desde el Noroeste, desde Montevideo y desde el Litoral.
 - 1.4.El período de máximo ascenso del poder de Urquiza como gobernador bajo el régimen rosista, tras las victorias militares que le aseguran el control de la región mesopotámica (en particular la victoria de Vences, fines de noviembre de 1847), y su alzamiento victorioso contra Rosas.
2. **La que va desde el triunfo urquicista en Caseros y la separación del país en dos Estados, hasta la reunificación lograda por el triunfo mitrista en 1862,** etapa que se aborda en el capítulo 3. En la misma se incluye, por razones de conveniencia expositiva, hechos sucedidos en las décadas subsiguientes en el caso de los diarios mitristas, que testimonian el triunfo del

modelo de transferencia en la conformación de la prensa moderna. Se presenta allí la siguiente subdivisión:

- 2.1.Desde el triunfo urquicista en Caseros hasta la instalación del Congreso Constituyente en Santa Fe (1852).
- 2.2.Desde la separación entre dos Estados hasta los acuerdos de *statu quo* entre los contendientes (1853-1855).
- 2.3.Desde dichos acuerdos hasta la nueva escalada bélica (1855-1859)
- 2.4.Desde el intento de reunificación pacífica a la victoria mitrista (1859-1862).
- 2.5.Las consecuencias inmediatas de la victoria mitrista (1862-64) y el triunfo del modelo de transferencia. A efectos de destacar algunos elementos de transición hacia un nuevo modelo periodístico asentado en el mercado más que en la pertenencia faccional, consideraremos allí con especial interés los dos grandes diarios hegemónicos en décadas más tarde: *La Nación* y *La Prensa*.

Dado el objeto disciplinar del Doctorado al que se presenta esta tesis (Comunicación), dicho interés y recorte se realizan desde esta tradición disciplinar y considerando sus tópicos de interés prioritarios, que circulan en el marco de equipos de investigación, cátedras y publicaciones. Son destacables entre ellos los posibles criterios de periodización histórica que pudieran orientar el trabajo investigativo desde este campo disciplinar, clasificando modelos periodísticos y considerando las diferentes relaciones entre emprendimiento periodístico, Estado y sociedad civil, los distintos tipos de vínculo entre redactor y autoridad que determina su discurso, las distintas funciones del periodismo, etc. en el contexto de diferentes circunstancias históricas y/o económico-políticas.

Si bien el primer periódico impreso aparece en Buenos Aires en 1801, tomaremos como punto de partida 1810 por tratarse del primer gobierno patrio, así como por el evidente salto en cantidad, variedad y funciones del periodismo a partir de 1810. Asimismo, seguiremos los principales modelos periodísticos hasta 1862, así como la génesis de los futuros diarios hegemónicos en la posterior época en que las reglas del mercado prevalecen sobre las de la facción: *La Nación* y *La Prensa*, como casos paradigmáticos de la nueva etapa.

0.2. El proyecto de tesis

0.2.1. Título

Del Estado al mercado. Los primeros modelos periodísticos en Buenos Aires y el Interior del país entre la Revolución de Mayo y la Organización Nacional (1810-1862)

0.2.2. Objetivos generales

1. Analizar el desarrollo de la prensa periódica argentina entre la Revolución de Mayo y la Organización Nacional, con énfasis en los modelos de prensa implicados en los esfuerzos de construcción del Estado durante:
 - a) La primera década de gobiernos patrios, entre mayo de 1810 y la disolución del directorio en 1820;
 - b) La reformulación a partir de las reformas rivadavianas y el intento trunco de reconstituir el gobierno nacional (1821-1827);
 - c) La pugna entre el rosismo y el antirrosismo entre 1828 y 1852, así como la presencia de un nuevo actor, el ascendente urquicismo, en los últimos años de este período;
 - d) La pugna por la hegemonía en la organización nacional entre la Confederación con capital en Paraná y el Estado de Buenos Aires (1852-1861);
 - e) La forja de los grandes medios hegemónicos nacionales a partir de la hegemonía del partido mitrista durante la presidencia Mitre y luego desde la oposición (1862-1883).
2. Explorar los aspectos diferenciales entre estos modelos, en cuanto a la distinta relación entre a) el modo en que el poder estatal actúa para promoverlos, consolidarlos o por el contrario disciplinarlos o combatirlos; b) las funciones asignadas a la prensa por el poder estatal y por los redactores de periódicos; c) prensa y quiénes fueron los sujetos activos que la poseyeron y condujeron; c) los roles de los periodistas en estos modelos.

0.2.3. Objetivos Particulares

- 1.1. Explorar y describir las características de la prensa de este período, considerando las siguientes dimensiones como posiblemente significativas para caracterizarla comparativamente en términos de los modelos explícitos o implícitos sostenidos por sus protagonistas (el poder estatal, propietarios particulares, redactores a cargo):
 - 1.1.1. Existencia, ubicación geográfica, duración y características técnicas y organizativas de las imprentas y de la empresa editora de los periódicos -si la hubiera- de los periódicos.

- 1.1.2 Periodistas que actuaron, sus puntos de formación, sus actividades laborales periodísticas y no periodísticas.
 - 1.1.3 Nombre, características (periodicidad, formato, tamaño) y duración de los periódicos.
 - 1.1.4. Cantidades aproximadas de números editadas por los periódicos,
 - 1.1.5. Lugar de impresión y alcance geográfico de su distribución.
 - 1.1.6. Tipos de contenidos.
-
- 2.1. Indagar y describir en qué medida el poder estatal actúa para promover, consolidar, disciplinar o combatir las prácticas periodísticas en relación con los modelos que se van desplegando.
 - 2.2. Indagar y describir las funciones asignadas a la prensa por el poder estatal y otros protagonistas de periódicos a partir de las acciones (promoción, consolidación, disciplinamiento, combate) que realizan para y/o por medio de la prensa.
 - 2.3. Indagar y tipificar quiénes fueron los sujetos activos que la poseyeron y condujeron periódicos.
 - 2.4. Indagar y describir los roles de los periodistas en estos modelos.

0.2.4. Hipótesis

La hipótesis de este trabajo es que la prensa periódica argentina nace y se desarrolla en sus primeros setenta años con un fuerte desfasaje entre el interés de la elite por configurar un periodismo moderno en los términos en que ya funcionaba en los casos modélicos de las democracias modernas (Gran Bretaña, Estados Unidos, Holanda, más adelante Francia), y las posibilidades concretas de esta configuración debido a los límites del desarrollo del mercado local, del público lector, de la sociedad civil y de la política parlamentaria moderna. Por ello la coincidencia generalizada respecto de cuáles son los modelos periodísticos a imitar en el país ya organizado constitucionalmente, contrasta con los modelos efectivamente existentes⁵, surgidos de estrategias de hecho puestas en acción sobre la marcha de los acontecimientos, sin ninguna referencia explícita, pero que tienen en común un horizonte -la conformación de un sistema de periódicos a imagen de la prensa europea, en manos particulares- y un paradójico rol predominante del Estado. Es desde la lógica de esta pertenencia al Estado y sus conflictos que el periodismo adquiere paulatinamente rasgos modernos, a la espera de una época en la que el mercado y una masa de lectores suficientes permitan otra articulación entre prensa, política y Estado, por un lado, y prensa, economía y sociedad por el otro, fenómeno que sólo se completará en las últimas dos décadas del siglo XIX. En esta transición del Estado al mercado, se notan profundas diferencias entre Buenos Aires y el Interior, así como entre los sucesivos predominios políticos, al

⁵ La delimitación tipológica de cuatro modelos predominantes (sustitución, transferencia, simbiosis, articulación) para la transición del Estado al mercado como articuladores de la prensa rioplatense no estaba presente al momento de la presentación del proyecto, sino que se construyó en la etapa de análisis del corpus descriptivo recolectado.

extremo de configurar modelos de prensa distintos, expresados en aspectos tan sustanciales como quiénes son los sujetos que la utilizan y conducen, cuáles son sus funciones, cuáles son los roles de sus redactores y cómo se enuncian o silencian estas diferencias a escala de modelos. Respecto de esto último, la coincidencia del desfase entre expectativas de construcción de una prensa moderna que fuese ejemplar como signo de modernización del aparato estatal, y la realidad de su existencia y roles efectivamente puestos en acción, así como la presencia predominante de una lógica faccional en la construcción de la elite política de la nueva Nación, son fenómenos que producen otro desfase particular: la enunciación magnificada de diferencias y semejanzas cuando se trata de mostrar los propios éxitos y los ajenos fracasos en esta tarea histórica.

0.2.5. Justificación

El problema aquí planteado interesa desde el punto de vista del estudio de la constitución de los medios como parte de la Historia de los Medios de Comunicación y como parte de la Teoría del Periodismo en tanto objeto político y cultural. Interesa también por la importancia que reviste el material hemerográfico para la historiografía no sólo en tanto “Historia de los Medios”, sino a su vez como fuente de gran riqueza para la investigación en historia política, social, demográfica, militar, cultural, de la literatura, etc. y también como signo-índice de otros sucesos que componen la historia política de su tiempo (por ejemplo, confirmar la validez del seguimiento de documentación militar como vía posible para rescatar aspectos de la historia de la prensa en el Interior entre 1819 y 1856).

La línea interpretativa aquí propuesta es en cierta medida novedosa, aunque se trata de la continuidad y ampliación del trabajo de investigación que el autor del proyecto viene desarrollando desde hace dos décadas, y puede ser un aporte a los estudios sobre el modo en que la historia de la prensa argentina se encuadra en la historia mundial, al tiempo que permite conocer y explicar sus particularidades. Las relaciones entre primeros pasos de la prensa en el Interior y la función predominantemente militar de la misma tienen -en caso de verificarse la hipótesis- la utilidad práctica de reorientar parte de la búsqueda documental hacia los archivos militares, subutilizados hasta el momento como fuente en este campo. Asimismo, es posible que ciertos fenómenos discursivos como la contradicción entre argumentos de un mismo sujeto periodístico en un breve lapso del tiempo -fenómeno probablemente constante en el período- puedan ser explicados con mayor precisión si las hipótesis aquí propuestas pueden verificarse, pues podrá llevarse la explicación de tales contradicciones, desde el “espíritu” del autor hacia las relaciones entre redactor, mandante y contexto de intervención periodística.

0.2.6. Marco Teórico

Tratándose el presente de un abordaje histórico de la prensa desde las Ciencias de la Comunicación, las aproximaciones conceptuales son múltiples y no exentas de lecturas desde campos no sólo diversos sino de difícil articulación. Se ha optado, por ello, por razones de conveniencia expositiva, por incluir en la sección 1 una lectura de las principales aproximaciones conceptuales al problema, y el modo en que este trabajo se delimita algunas categorías en particular y emplearlas en el diseño de su objeto de indagación. Se adelanta aquí, sin embargo, algunos conceptos que estaban ya presentes al momento de diseño del proyecto original, antes del lógico impacto de las sucesivas aproximaciones al corpus de análisis en los términos propuestos en la sección metodológica.

Al explicitar la adhesión del autor al concepto de objeto cultural tal como se ha desarrollado en el campo semiótico se reconoce en la prensa un objeto problemático complejo y multidimensional que interesa a disciplinas diversas. El recorte elegido desde el punto de vista espacio-temporal (Argentina, 1810-1862) y conceptual (diferencias entre Buenos Aires y el Interior desde el punto de vista de las relaciones entre prensa, Estado y sociedad), implica considerar un marco teórico adecuado para anclar tal recorte en la historia argentina del siglo XIX, así como de la historia universal de la prensa periódica y del Estado moderno bajo cuya existencia ésta se constituye; es decir, dada su interrelación con la historia social en su conjunto, y muy especialmente con el desarrollo del Estado moderno y el capitalismo, la comprensión de la historia de la prensa periódica argentina supone la de la prensa en su totalidad. Se considera, al respecto, una doble relación de determinación entre modo de producción, clase y prensa: la naturaleza burguesa de la prensa afecta desde sus orígenes las vicisitudes de su desarrollo, correlativas a las de esta clase. Complementariamente, su aparición como técnica moderna de producción se vio afectada por el desarrollo de una forma de poder propio de la edad moderna: el Estado Absolutista, germen a su vez de las formas de administración del Estado contemporáneas. Existe suficiente bibliografía como para guiar la comprensión de la prensa argentina en relación con el desarrollo original europeo y su posible influencia en el desarrollo local, así como la interrelación entre evolución de la prensa y otros aspectos relevantes de la historia tales como la historia económica y social, y la evolución del Estado. Si bien tales materiales no existen referidos exactamente a tal problemática, sí resuelven aspectos completos de la misma. Así, Habermas (1995) analiza y resuelve la cuestión de la formación histórica de la esfera pública burguesa en la modernidad⁶; Guerra (2003) confronta los hallazgos de Habermas con la realidad hispanoamericana de

⁶ Habermas (1995) demuestra que la constitución de esferas públicas articuladas entre la Sociedad Civil y en el Estado es un fenómeno propio de las formaciones sociales con predominio de la burguesía de la Europa Occidental desde los siglos XVII y XVIII. Esfera pública, prensa periódica burguesa (con sus características típicas: publicidad de los actos de gobierno, discurso crítico, convergencia discursiva en una “opinión pública”) y parlamentarismo son fenómenos inseparables en este proceso histórico. El proceso analizado por Habermas en base a los casos de Alemania, Gran Bretaña y Francia, muestra -con sus particularidades- el avance de la burguesía hacia la subrogación de la aristocracia feudal en formaciones sociales con una larga historia social y cultural de configuración de clases preexistente antes de la transición burguesa, y hacia el control de un aparato estatal con una forma

las últimas décadas del período colonial; Anderson (1987) realiza un estudio exhaustivo del Estado Absolutista, primera forma de Estado moderno, surgida en forma simultánea con la aparición de la imprenta y el tráfico regular de noticias. En el campo de la historia social, económica y política del período existen numerosos trabajos ampliamente reconocidos por el conjunto de la comunidad disciplinar en la que se encuadran. Así, por ejemplo, Lettieri (1998, 1999, 2003) y Molina (2008, 2011) en su caracterización de las relaciones entre política y formación de la opinión pública en el período que he recortado aquí; Díaz (2005, 2012) en relación con la formación primigenia de una esfera pública rioplatense en sus antecedentes coloniales; Rivera (1968a, 1968b, 1986, 1994, 1995, 1997, 1998), Rivera-Romano (1987) y Ford-Rivera-Romano (1985) en sus estudios sobre la conformación histórica de las industrias culturales y su vinculación con el campo intelectual y las culturas populares; Sábato (1989), Giberti (1961), Scobie (1968), entre otros, para el registro de la transición desde el punto de vista de la historia de la ganadería y de la agricultura; Halperín Donghi (1972, 1985, 1987, 1995), Oszlak (1982); Scobie (1964); Santos Muñoz (1973) en relación con la formación del Estado moderno argentino y sus interacciones con los espacios de la sociedad y la cultura, a los que se suman estudios colectivos más recientes que barren el campo de las articulaciones entre Estado, vida política, socialidad y opinión en la Argentina del siglo XIX, como los encabezados por Sábato y Lettieri (2003), Bonaudo (1999) y Goldman (1998). Junto a los conceptos que pueden ser adoptados de la obra éditada referida al período (como la idea de sobredeterminación militar de los procesos de modernización estatal en formaciones periféricas al capitalismo mercantil, tomada de Anderson -1987-, o la delimitación de abrumadoras diferencias en capacidad fiscal entre Buenos Aires y la Confederación en la década de 1850, tomada de Scobie, 1964), se explicita en esta tesis el uso de tres conceptos decisivos en la caracterización de diferencias: sujetos que utilizan y conducen la prensa, funciones que ésta cumple y roles de los periodistas. En el primer caso, nos referiremos a individuos, dirigentes, instituciones o colectivos sociales que tienen capacidad de decisión en la instalación y funcionamiento de un periódico, tanto en su soporte físico como en sus contenidos. En el segundo, a todas las consecuencias observables de la presencia de la prensa como objeto cultural en circulación, consecuencias que registraremos a través de documentos, cartas, libros de época y debates entre periódicos. En el tercero, a las tareas que cumplían los redactores en relación con tales funciones. En relación con el uso del término “modelo”, finalmente, y retomando lo afirmado en la cita al pie N° 2 en esta misma sección (página 7), haremos abstracción de la acepción metodológica del término (en tanto “modelo científico” como sinónimo de representación abstracta que orienta metodológicamente

específicamente moderna –el absolutismo– plenamente desplegada. El proceso argentino es distinto, con un esfuerzo de construcción del Estado simultáneo a la formación de un orden de clases asentado en una economía agroexportadora, y una sociedad civil que se configura a partir de esta construcción, en un proceso mucho más breve en el tiempo, ampliamente estudiado por historiadores reconocidos (Halperín Donghi, 1980, 1985, 2005; Oszlak, 2009; Goldman Et Al., 1999, etc.).

al investigador para organizar las características distintivas de los casos que componen un fenómeno, proceso o sistema con fines de conocimiento, control y/o predicción⁷) para utilizarlo a partir del sentido general de su definición en la lengua castellana: como representación ideal consensuada explícita o implícitamente por una comunidad en torno a cuáles son o deben ser las características distintivas de los casos a construir en el marco de un sistema o dispositivo, así como los modos de relación o integración entre sus partes. Esta doble acepción en torno a “cuáles son o deben ser” implica que el concepto de modelo se presenta tanto en el sentido de patrón de prácticas a imitar -por emulación o experiencia previa- como en el de arquetipos o ideales simbólicos a seguir por identificación. Tratándose esta tesis de un estudio histórico, el concepto orienta la exploración de prácticas y dispositivos de prensa que pueden tender a reproducir o intentar imitar modelos sean o no explícitamente reconocidos como tales por sus protagonistas. Por lo tanto, el concepto de modelo que orientará la búsqueda de fuentes y la producción de datos incluye: a) “*modelo*” como abstracción posible de la regularidad en las prácticas regulares observables en un grupo o aspecto de la vida social, y b) “*modelo*” como caso ideal formulado explícita o implícitamente en el marco de un plan o propuesta programática implícita o explícita, detectable en las manifestaciones discursivas de distintos actores políticos y sociales⁸.

Esta doble acepción implica procesos de representación y de reproducción (de patrones) o búsqueda (de ideales o arquetipos) enmarcados en “un contexto determinado de modo múltiple: contexto social, contexto institucional, contexto técnico, contexto ideológico. El conjunto de estos factores “situacionales” por decirlo así, es lo que llamamos dispositivo” (Aumont, 1992: 15). Esta noción, ampliamente extendida -y también resignificada (Traversa, 2009; Fernández, 2008)- permite aprovechar la categoría de dispositivo en equilibrio con la tensión entre las dos acepciones del término modelo apropiadas aquí: el *dispositivo técnico*, que enmarca las condiciones de existencia de las prácticas vinculadas a la prensa y el periodismo, y el *dispositivo* como aquellos factores *situacionales* de la recepción comunicacional. La primera acepción afecta a las prácticas e indirectamente, las condiciones de recepción. La segunda afecta a la recepción, e indirectamente, a las condiciones de las prácticas. En cuanto a la primera, buscaremos sus huellas en documentos del Estado, en distintos prospectos de periódicos y en otros documentos de actores de la trama política, una descripción de los modelos buscados. En cuanto al segundo, buscaremos construir una tipología de los mismos a partir de

⁷ En cuanto a la noción de “modelo científico”, si bien fue preciso delimitar aquí otro uso del término, la misma está implícita en la propuesta tipológica de modelos que orientó presente investigación (Cfr. Ynoub, 2012, 2014; López Austin, 2005).

⁸ Ambas acepciones son las primeras dos definiciones contemporáneas de las referencias de lengua (por ejemplo, el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española (<http://dle.rae.es/?w=diccionario>). Se considera aquí su aplicación tomando como referencia la noción más amplia de “funciones manifiestas” y “funciones latentes” de R. Merton (Merton, 1966), aplicada a aquellos conjuntos de prácticas que involucran dispositivos comunicacionales, y por ende, procesos de mediatización (Traversa, 2009; Fernández, 2008, 2010) en los cuales la modelización es decisiva en la permanencia y reproducción de los dispositivos, tanto en su versión de repetición de prácticas funcionales, como de horizonte de imitación.

los datos referidos a las prácticas periodísticas relevados de acuerdo con los objetivos del presente trabajo. Las prácticas son un elemento sustancial de esta búsqueda, pues como se ha indicado, no se trata de modelos cuyas características estuviesen explicitadas por sus protagonistas ni por una referencia externa emulable, sino que surgen de una secuencia de prácticas, o dicho en los términos de Bourdieu (1988, 1996), de estrategias estabilizadas y emuladas en el largo plazo⁹.

Según Fernández (1994, 2008, 2010), cuando hablamos de dispositivo técnico no debemos confundir la acepción general (como parte del sistema de soportes materiales, tales como, en nuestro caso, prensas, tintas, papel, medios de transporte) sino el esquema material/relacional que conforma la caja de herramientas técnicas (artefactos, oficios, prácticas estandarizadas) que posibilita “variaciones en diversas dimensiones de la interacción comunicacional (de tiempo, de espacio, de presencias del cuerpo, de prácticas sociales conexas de emisión y recepción, etc.), que 'modalizan' el intercambio discursivo cuando éste no se realiza 'cara a cara'” (Fernández, 2010: 14). Resulta especialmente interesante esta conceptualización para nuestro objeto, pues los cambios en la prensa en las décadas abordadas suponen radicales transformaciones en aspectos tales como sitios en que ya existe, los tiempos de llegada de información de un territorio a otro, los tiempos y volúmenes de impresión, los ámbitos de presencia física en prácticas conexas a la prensa que la vinculan con otros dispositivos, etc. Según Aumont, es el dispositivo como “factor situacional de la recepción” el que regula la relación del espectador con sus recepciones comunicacionales (en su estudio, las imágenes), en un cierto *contexto simbólico*. “Así, el estudio del dispositivo es forzosamente un estudio histórico: no hay dispositivo fuera de la historia” (Aumont, 1992: 202-203). La utilidad de esta conceptualización es doble, pues nos permite explorar tanto los modos en que estos dispositivos impactan en la conformación de modelos “deseables” de prensa periódica, como los modos en que éstos definen funciones iguales o distintas del periodismo en circunstancias distintas (distintas épocas, distintos tipos de Estado, de economía, etc.).

Una categoría auxiliar útil aquí por resultar un hilo conductor para ambas nociones de dispositivo, es la noción de “sistema”.

“[Entendemos por sistema] un conjunto articulado de relaciones entre signos que, por su posición, generan determinada significación en articulación con el resto de los elementos. Cuando las posiciones ocupadas en el sistema son más decisivas en la conformación de la totalidad que las características sustanciales de cada uno de sus unidades, hablamos de estructura. Un sistema, en mayor o menor grado, siempre posee componentes estructurales que refuerzan la identidad de conjunto por sobre las particularidades. En nuestro caso, hablamos de sistema y de estructuras de signos” (Ojeda y Moyano, 2015b: 2).

⁹ Por lo tanto, de prácticas que no necesariamente suponen agentes racionales que actúan de acuerdo a objetivos preestablecidos, y que sólo se detectan como estrategias a partir de la sistematicidad de su repetición, como una intencionalidad objetiva, no necesariamente consciente (Bourdieu, 1996, Wilkis, 2004).

Por lo tanto, si modelos y dispositivos enmarcan “situacionalmente” técnicas, prácticas y recepciones, el sistema agrega, además, su conformación como sistema de relaciones entre elementos que actúan como determinantes o contextos situacionales unos sobre otros, en la plasmación misma del mensaje. Un diario, por ejemplo, no será objeto de producción de contenidos ni de recepción sólo por iniciativa libre de cada parte; el periodista estará constreñido por plazos, por su relación de poder con el propietario, por las condiciones de libertad de prensa formales y efectivas, por la extensión posible de las notas, por los plazos y tamaños posibles de ilustraciones, por los géneros y estilos aprendidos y aceptados en su tiempo, etc. Los receptores, por su parte, reconocerán secciones que pretenden ser más importantes que otras¹⁰ y actuarán sobre los contenidos según códigos socialmente aprendidos en interacción con los ámbitos de cultura -letrada o no- en los que se les asigna significado.

Un periódico -diario o semanario- es un típico ejemplo de tales espacios de comunicación:

Es un complejo conjunto de relaciones articuladas a partir del modo en que una formación social organiza sus sistemas de representación estatal, sus esferas públicas (en el sentido habermasiano del término), sus economías, sus regímenes empresariales y de trabajo, sus prácticas profesionales y de oficio, sus expresiones culturales y estéticas, sus géneros, y a su vez, las relaciones entre ellos. El periódico en su conjunto, expresado en la circulación de las copias de cada ejemplar, constituye una identidad, pero también una compleja red de heterogéneas prácticas organizadas por muy diversas jerarquías de reglas, habilitando una polifonía de voces. Los cambios en el tiempo no son simultáneos ni paralelos: lo que sucede en cada subconjunto de prácticas se interinfluye con el resto, y sobre este complejo espacio se plantea el conjunto de prácticas, saberes y reglas que con el tiempo confluirá en la comunicación de prensa, donde la especificidad de cada elemento es necesaria, aunque no siempre surge como resultado de una planificación (por ejemplo, cuando irrumpe una técnica nueva o un espacio pagado cuyo contenido se entrega diseñado), pero también son necesarias las estructuraciones que constituyen sentido desde el sistema en su totalidad. Así, por ejemplo, el armado gráfico de un diario contiene una estructura que tiende a estabilizarse con el tiempo (Ojeda y Moyano, 2015b: 4).

Por un lado, esta estructura obliga tanto a periodistas y tipógrafos como al público a adaptarse a las condiciones que impone (extensión de notas, organización en secciones, ancho de columna para los grabados, códigos de reconocimiento visual). Por el otro, las condiciones de las relaciones comunicacionales que se establecen pesan sobre los requerimientos al dispositivo (indagación de mejoras técnicas, códigos más claros, inclusión de temas que interesan al potencial lector, etc.).

¹⁰ Reconocerán el material para coleccionar por entregas y encuadernar como libro por el diseño a dos columnas separado del resto del periódico; reconocerán en el formato de estrofas el material con rimas y letrillas, reproducible en forma cantada, en el grabado de una vivienda un aviso inmobiliario, etc.

0.2.7. Metodología

Se propuso en el proyecto original un abordaje cualitativo orientado metodológicamente por la perspectiva del muestreo teórico, según lo recomienda la teoría fundada en los datos (Glaser y Strauss, 1969), para la construcción en sucesivas aproximaciones de un registro de eventos de prensa ordenado cronológicamente, y en el cual debía poder notarse los diferentes desarrollos (expresados como surgimientos, continuidades y/o transformaciones) entre distintos espacios regionales sometidos a una u otra autoridad estatal en pugna, de acuerdo con las variables implícitas en las hipótesis y objetivos. No se ha considerado necesario agotar el registro de todos los datos correspondientes a cada periódico, sino que se buscó acumular la suficiente cantidad de datos como para permitir diferenciaciones tipológicas y aproximaciones sucesivas al objeto.

Se cumplió una primera etapa de recopilación, lectura y análisis de fuentes primarias (corpus de periódicos, cartas, documentos oficiales, partes militares, información económica y de tráfico comercial, partidas presupuestarias) y secundarias (bibliografía sobre el tema) orientada a reconstruir por medio de la sistematización empírica el proceso histórico abordado (cuáles fueron los periódicos, cuáles fueron sus características, etc.). Se priorizó como fuente las colecciones hemerográficas, los documentos de Estado, las cartas y papeles personales existentes en repositorios públicos (y también en el contenido de los periódicos), la documentación existente de las empresas periodísticas, y complementariamente las fuentes bibliográficas, en ese orden, para lograr tal reconstrucción. Se aplicó a este material un primer agrupamiento cronológico y geográfico, utilizando el criterio de muestreo teórico para la primera organización tipológica, tomando nota de regularidades, discontinuidades y posibles correlaciones. Se agrupó ejemplos de secciones de periódicos, se revisó su regularidad en series largas de distintos casos y etapas, y se agrupó ejemplos de cada una de ellas, buscando por un lado establecer una tipología de contenidos, y por el otro proceder a analizar las posibles huellas de distintos modos de construir el texto por parte de quienes los redactaban, comparando los mismos además con otros materiales escritos (cartas, documentos), instancia que permitió el agrupamiento y una visión crecientemente orgánica de un caudal de datos inicialmente disperso y -en algunos aspectos- aparentemente caótico, problema que también muestra características análogas en el momento de abordaje del estado de la cuestión en bibliografía.

Se entrecruzó, por lo tanto, tres enfoques metodológicos: 1) el de aproximación exploratoria apelando a las herramientas propuestas por Glaser y Strauss (1969) para muestreo teórico, enfoque que había resultado provechoso en la formulación de la tesis de maestría del autor; 2) su triangulación con la información obtenida por el trabajo de agrupamiento convergente de documentación histórica de distinto tipo y origen, y 3) a partir de la disposición de un cuerpo de

variables e indicadores lo suficientemente sólidos, basados en los datos recopilados, la saturación de ejemplos de los distintos tipos encontrados, registrando sus características y –si correspondiese- su grado de presencia en cada región y etapa.

Este proceso de aproximación paulatina a la delimitación más precisa de variables e indicadores relevantes para la adecuada realización de la tesis resultaba necesario no sólo por motivos de aproximación muestral, sino también por la necesidad de seleccionar las principales variables delimitables en torno a un fenómeno multidimensional y complejo en el que la conducta de sus agentes puede considerarse afectada por su propia subjetividad, por las redes de pertenencia familiar, por intereses económicos, por su relación con el sistema de reglas que impone el Estado, por el nivel de instrucción, por el grado de desarrollo de actividades culturales, etc. Estos elementos afectan nuestro criterio descriptivo, y lo hacen de modo diverso en la medida en que lo hayamos considerado en la formulación de preguntas relativas a los objetivos iniciales u otras que fuesen apareciendo.

En relación con el Estado y la sociedad civil, se manifiesta en primer lugar el problema de las transformaciones al Interior de cada uno de estos factores, y a su vez, la incidencia sobre la prensa de la relación entre ambos: ¿una tenue actividad de prensa testimonia un tipo de función específico o más bien el momento inaugural de una práctica que se expandirá con el mero transcurso del tiempo? ¿Expresa la debilidad de discurso crítico del redactor un requerimiento estatal, o más bien se explica en otra debilidad, la del sistema educativo que aún no produce desde sus aulas sujetos lo suficientemente autónomos en su orientación discursiva? ¿Es el epigonismo un subproducto natural de las condiciones de funcionamiento de la prensa, que exige un modo de discurso periodístico premoderno asignado a la figura de un escriba que no posee control sobre el discurso que estiliza, o por el contrario es el subproducto natural de un modo de compromiso político activo de escritores autónomos cuyo resultado discursivo es epigonal mientras duren las condiciones especiales de enfrentamiento faccional? ¿Los periódicos y periodistas en el Interior son pocos porque expresan el tipo de periodismo posible en el período, o bien porque asistimos a los primeros esfuerzos periodísticos, débiles por la falta de público y capital para emprendimientos mayores? En los siguientes capítulos presentaremos los criterios por los que se focaliza el esfuerzo demostrativo sobre aquellas dimensiones en las que puede delimitarse una descripción sistemática y una explicación sostenible que dé cuenta de objetivos e hipótesis, en tanto se abandona toda pretensión de abarcar todo este conjunto de interrogantes.

Los indicadores propuestos en la etapa de presentación del proyecto original tuvieron, por lo tanto, un rol orientativo de la investigación, evitando *ex profeso* un listado exhaustivo y definitivo. Tampoco se estableció *a priori* una relación hipotética exhaustiva entre las dimensiones y las

hipótesis. El muestreo teórico se organizó por ello con un mínimo de orientación pero fundamentalmente apuntando a:

“... el proceso de recolección de datos para la generación de teoría mediante la cual el analista conjuntamente recolecta, codifica y analiza sus datos, y decide qué datos recabar y donde encontrarlos, para desarrollar su teoría a medida que emerge. Este proceso de recolección es controlado por la teoría emergente...” (Glaser y Strauss, 1969: 45)¹¹.

Según estos autores, las decisiones iniciales para la recolección teórica de información, están basadas solamente en una perspectiva general (Glaser y Strauss, 1969), pudiendo iniciarse la investigación con un sistema parcial de conceptos “locales”, aunque no necesariamente conozca la “relevancia de estos conceptos a su problema”. Los autores insisten en el concepto de sensibilidad teórica (*teorical sensitivity*), basada en el entrenamiento del propio investigador en cuanto al conocimiento general del campo que permita vincular, basado en el avance de la recolección y agrupamiento tentativo de los datos, el análisis de los mismos con el conocimiento general existente sobre el área a estudiar:

“Más allá de las decisiones relativas a la recolección inicial de datos, una recolección más amplia no puede ser planeada en anticipo de la teoría emergente (como se hace con tanto cuidado en la investigación diseñada para la verificación y la descripción). La teoría emergente señala los pasos siguientes” (Glaser y Strauss, 1969: 47)¹².

La presentación de los primeros agrupamientos de datos y esbozos teóricos, por medio de aproximaciones monográficas al estado de la cuestión y a niveles de avance, fue abordada desde esta propuesta metodológica buscando tipologías crecientemente útiles y categorías crecientemente relacionables, utilizando: a) bibliografía sobre prensa argentina, detectando eventuales lagunas en el registro; b) bibliografía sobre prensa mundial relacionable como marco contextual relevante; c) una primera aproximación teórica de conjunto, fundada en los resultados del estudio de estado de la cuestión; d) los primeros cuadros de agrupamiento y comparación, comenzando por los aspectos más elementales, tales como la presencia misma de periódicos, buscando lograr el registro exhaustivo de la prensa de Buenos Aires y del Interior, a partir de los catálogos de acceso público existentes, desde sus orígenes hasta 1862¹³; e) el reporte de documentación inédita significativa en esta etapa del estudio y su probable ubicación en el agrupamiento en curso; f) relatos de fragmentos

¹¹ “... the process of data collection for generating theory whereby the analyst jointly collects, code and analyzes his data, and decides what data to collect next and where to find them, in order to develop his theory as it emerges. This process of data collection is controlled by the emerging theory ...”. Traducción del autor.

¹² “Beyond the decisions concerning the initial collection of data, further collection cannot be planned in advance of the emerging theory (as is done so carefully in research designed for verification and description). The emerging theory points to the following steps (...)”. Traducción del autor.

¹³ El registro incluyó fechas correlativas de aparición y desaparición, periodicidad, redactores, continuidades y rupturas entre proyectos, cantidad de números, ciudad de origen y nombre completo del periódico. Este registro permitió elaborar, a su vez, tablas que permitiesen un análisis comparativo más específico en cuanto a diferencias notables entre provincias, y entre Buenos Aires y el conjunto del Interior, relación entre existencia de prensa en un punto geográfico y hechos militares, cantidades de números tirados, elaboración de una primer tipología aproximativa de periódicos, comparación -diferencias y semejanzas- entre los modos de aparición de prensa en distintos puntos geográficos, la posible correlación entre cantidad de títulos y el grado de desarrollo de la prensa periódica.

del período, los que -sostenidos en los agrupamientos de documentación convergente ya logrados- permitan poner a prueba la solidez de las hipótesis; g) ajuste, como resultado del trabajo cualitativo inicial, de los instrumentos metodológicos propuestos inicialmente.

Así, por ejemplo, se propuso abordar la variación de los valores asignados a las dimensiones de la variable *surgimiento, continuidad y/o transformación (expresados en cambios) de la prensa, diferencial por modelos o por regiones (v.gr. puerto-Interior)* como subvariables con subdimensiones tales como cantidades de periódicos editados, variedad de oferta simultánea de lectura en una misma localidad y/o en una misma unidad de tiempo (año, mes, etc.), cantidad estimada de números editados por periódico, referencias que orienten una estimación de cantidad de ejemplares por número, cantidad de localidades con periódicos, mejoras técnicas, y organizativas de las imprentas, de las empresas editoras, de los periódicos y sus tipos de contenidos, incluidos los cambios y ampliaciones en secciones, así como factores contextuales como la ampliación de la población alfabetizada, de la instrucción primaria y la formación superior, desaparición de elementos observables en alguna etapa o segmento temporal del período abordado, aparición de otros, disminución de la influencia de lo estatal-militar en beneficio de lo socio-estatal electoral, etc. En la primera etapa de la investigación se trató precisamente de fijar el total de esas variables, pues si bien en trabajos anteriores se había logrado detectar y delimitar algunas de ellas con suficiente certeza, la importante ampliación del arco histórico a considerar en esta tesis doctoral impedía dar por hecho su presencia en los términos vistos, por ejemplo, cuando el recorte fue una sola provincia o una cantidad muy acotada de años. Se planteó por ello aplicar el muestreo teórico a fin de crear y saturar categorías, luego tratadas como variables para su encuadre en el proceso transicional: cantidad y características de las secciones estables, composición del discurso editorial (proporción de uso de fórmulas de guerra discursiva y otras formas de discurso), tipos de fórmulas más utilizadas, etc.

Dada la hipótesis de una fuerte protagonismo estatal en los modelos periodísticos (más allá de los discursos que comprometen un modelo periodístico diferente: privado, libre, independiente), también se tomó en consideración las variables a) *relación entre aparición y continuidad de prensa periódica y presencia de guerra en una región*, dado que es altamente posible que hallemos sobredimensionado el carácter militar de las funciones de prensa en el Interior respecto de Buenos Aires -y en menor medida respecto de ciertas sub-regiones con nexos comerciales alternativos con el exterior (v.gr. Cuyo en la década de 1820); b) *relación entre aparición y continuidad de prensa periódica en una región y esfuerzos de estabilización de legitimidad del Estado por medio de órganos oficiales que continuaran la lógica de guerra*; c) *desarrollo de las relaciones de la*

sociedad civil; d) rol del periodista en las luchas por el poder del Estado; e) organización del texto periodístico, entendida como relación entre enunciador, discurso y discurso crítico.

Se consideró indicador de *Aparición de prensa en una región* la simple constatación de existencia de un periódico por cualquier medio fehaciente (ejemplar a la vista, fuentes primarias o secundarias). Este dato se cruzó con continuidad, medida en años, meses y días entre el primero y último número. Se agrupó las apariciones y presencias por regiones en tablas, en las cuales se registró nombres de los periódicos (sus propietarios y redactores se analizan en el texto, no en las tablas), su duración, su periodicidad, y su existencia año a año, a fin de controlar la variedad de oferta disponible tanto como su duración. En las etapas más críticas de análisis, se realizó dichas tablas con un seguimiento mensual, a fin de constatar en qué momentos, efectivamente, comenzó a estar disponible en cada ciudad, un nivel u otro de periodicidad y un nivel u otro de simultaneidad.

Los indicadores de *presencia de guerra*, dada la importancia asignada a esta dimensión en objetivos e hipótesis, y buscando un registro lo más exhaustivo posible, y evitando a su vez caer en una caracterización demasiado generalista (“fue un período de guerras civiles”), fueron datos documentales de por lo menos alguno de los hechos siguientes: a) operaciones de guerra en la provincia, b) presencia de un ejército enemigo en la frontera de la provincia, c) tensión (verificable por aprestos militares masivos) en la región con riesgo de combate inmediato, d) paso de un ejército en marcha por la región analizada, llevando consigo una prensa de guerra.

Como indicadores del carácter de *prensa político-militar de Estado* de algunos periódicos consideramos: a) que el Estado los posea o los financie en su totalidad; b) que el Estado fije su contenido; c) que el redactor no tenga discurso propio, sino sea estilista de discursos ajenos; d) que el discurso del periódico sea orientado al logro de objetivos político-militares en relación con la ecuación enemigos-neutrales-aliados-propios.

En cuanto al *rol del periodista*, se tomó en consideración: a) quién decide en última instancia el contenido de un artículo; b) cuáles son los tópicos que toca el periodista en el período de tiempo en que permanece en la función, en relación con los tópicos que el Estado desde se toquen o no, y bajo qué posición (si es idéntica o distinta); c) si puede constatarse en los escritos del periodista algún grado de autonomía, para los casos en que la posición fijada desde el poder no coincida con su opinión, sea esta manifiesta o expresada en privado.

El *desarrollo de las relaciones de la sociedad civil moderna*, se exploró a partir de indicadores tales como la presencia, en distintos territorios, de: a) representación de intereses y poderes diversos (políticos, económicos) por parte de al menos dos periódicos simultáneos, y al menos uno independiente del discurso oficial (del gobierno); b) redactores dedicados a la actividad periodística en forma profesional e independiente del Estado, o bien dedicados a la actividad periodística en

forma simultánea a otras actividades significativas en relación con el poder (propietarios de tierras o casas comerciales, militares, hombres –no empleados menores- de Estado); c) funcionamiento de instituciones con un mínimo de autonomía respecto del gobierno en la circulación de las ideas y en la fijación de su propio accionar político en la sociedad (asociaciones, clubes, partidos, núcleos intelectuales, periódicos y editores independientes); d) Consolidación de amplios territorios de autonomía individual en cuanto a garantías aseguradas por el Estado dentro de los límites de su Constitución.

Se consideraron, por otra parte, datos contextuales basados en fuentes bibliográficas y en la consulta a algunos documentos estadísticos y normativos que se citan en las correspondientes secciones, referidos a los distintos desarrollos de las regiones abordadas. las transformaciones en la producción económica a lo largo del período, la incorporación de tecnologías, la capacidad de cobro de impuestos, emisión regular de papel moneda y crédito por el Estado, la expansión de los intercambios comerciales, el aumento de la población, la expansión de vías de transporte, el funcionamiento normal de instituciones parlamentarias y la renovación electoral de los mandatos, el monopolio de la fuerza por el Estado, la presencia de formas no parlamentarias de representación (como las estructuras militares piramidales interprovinciales).

Tratándose la presente de una investigación sobre historia de la prensa periódica, las fuentes tanto primarias como secundarias con las que se trabajó fueron documentales. La mayor parte de las colecciones de periódicos de época que aún existen se encuentran actualmente disponibles en repositorios públicos de libre acceso, o bien han sido reimpresos en ediciones facsimilares. Asimismo, la investigación requirió la consulta de archivos referidos a protagonistas de la prensa periódica, por lo que se acudió a los referidos a los mismos, consultándose cartas, documentaciones, libros, registros contables y escritos inéditos. Se consultó asimismo documentación militar y de movimientos comerciales a través de aduanas nacionales y locales. Una parte importante aunque fragmentaria del recorte que propone este proyecto de tesis había sido ya recopilada por el autor. El resto se localizó en el Archivo Histórico Nacional, el Museo Mitre, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso de la Nación, el Instituto Antonio Magnasco de la Provincia de Entre Ríos, los Archivos Históricos Provinciales de Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes, Córdoba, Mendoza, San Juan, Salta y Tucumán, el Museo Histórico Martiniano Leguizamón de Paraná, repositorios de las Universidades de Buenos Aires, Córdoba, La Plata y Rosario, y la biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Complementariamente, se utilizó el registro bibliográfico para acceder por medio de fuentes secundarias a ciertos datos (reconstrucción de series de cartas, artículos, polémicas, etc.) y documentos de los cuales no se ha preservado o no fue posible el acceso a la fuente primaria.

0.3. Marcas del recorrido personal

Mi interés por la historia de la prensa argentina en el siglo XIX comenzó durante mis estudios de grado, hace ya más de veinte años. En mi tesis de licenciatura abordé aspectos del surgimiento del periodismo en Entre Ríos, y en la de maestría, problemas vinculados con la prensa de la Confederación liderada por Urquiza. Ya en la etapa de licenciatura me sorprendió el peso abrumador de Urquiza en la conformación de la prensa provincial, y la persistencia de una prensa de Estado en su capital.

La función político-militar asignada a la prensa y la existencia a lo largo del siglo de casos de periódicos impresos sobre la marcha de columnas militares, me llevó poco después a optar, durante el rastreo de los orígenes de la prensa de Concepción del Uruguay, por la búsqueda en registros militares -y no en la de actividad económica- para hallar huellas del periódico *El Observador del Uruguay*, que Zinny (1868) ubicaba en Paraná, y Vásquez (1970) en Concepción del Uruguay. El rastreo dio resultado, pues efectivamente se trataba de una publicación volante distribuida en varios puntos de la marcha sobre la costa uruguaya, durante la expedición de la columna militar “Ejército Observador del Uruguay” encabezada en el invierno de 1822 por el gobernador Mansilla en persona, acompañado por quien escribía, don Domingo de Oro. El que fuera efectivamente el primer periódico de Concepción del Uruguay, *El Porvenir de Entre Ríos* (1850), por su parte, era presentado por la bibliografía disponible -comenzando por Zinny- como redactado por el español proveniente de Montevideo don Jaime Hernández, a cargo de la *Imprenta del Colegio*, dato que era parcialmente correcto pues Hernández aportó materiales de su biblioteca para su reproducción, pero no se correspondía con el perfil habitual de la prensa del momento en el Interior del país. El carácter político-militar observable en buena parte de la prensa estudiada hasta ese momento -y notorio en la estrategia de Urquiza- me llevó a considerar necesaria la presencia de otro redactor, controlado directamente por el poder, y efectivamente, lo hallé en Juan Lasserre, el antiguo redactor de *El Diablo Rosado*. Este interesante potencial de detección más rápida y eficiente de documentación a partir de una caracterización adecuada de la función y espacios de la prensa distintos de lo que la propia prensa decía de sí misma, me llevó a ampliar la indagación. Cuando completé mi tesis de maestría, había hallado diversos documentos sobre prensa en provincias interiores rastreados con el criterio político-militar: documentos militares, documentos del Ministerio del Interior (o su equivalente, Ministerio o Secretaria de Gobierno). Fue así como llegué a proponerme el trabajo doctoral: estudiar en un arco temporal y geográfico más extenso, las implicancias de las particularidades del desarrollo de la prensa rioplatense en sus primeras décadas, para un abordaje de la historia del periodismo desde las Ciencias de la Comunicación, abordando las estrategias y modelos generados para que -en un contexto de manifiesto interés por crear un periodismo en

manos particulares- se pudiese pasar del Estado al mercado como principal sostén, orientador y protagonista de la actividad, sistematizando el muy particular desarrollo de las presencias de periódicos, sus usos, tareas asignadas a los periodistas, tipos y modos de producción de textos.

Algunos aspectos puntuales de estas indagaciones han sido publicados, como las referidas al origen de la prensa en Concepción del Uruguay (Moyano, 2002), o sobre el carácter estatal de la prensa en Paraná durante la Confederación (Moyano, 2004). También he sometido a publicación aspectos de la producción discursiva de algunos periodistas de la Confederación, como Seguí, Pérez y el breve paso de José Hernández por dicha provincia (Moyano, 1997, 2008), o experiencias específicas como la *Revista del Paraná*, en este caso en colaboración con Alejandra Ojeda, quien realizó el estudio del componente gráfico, la selección antológica y el análisis de los artículos sobre lenguas americanas (Ojeda y Moyano, 2003). He evitado citar de estos trabajos cualquier elemento analítico o de encuadre general a fin de evitar caer en una actitud complaciente de autocitado, pero he recurrido a ellos en la medida mínima indispensable, dado que son parte del recorrido académico que me llevó a elegir el tema de tesis doctoral, para recuperar documentación de fuente primaria o sintetizar referencias empíricas cuando estas eran necesarias para el desarrollo de algún subcapítulo en particular, por lo que los he incorporado a la bibliografía y se citan en las secciones correspondientes. Por último, en el proceso de elaboración de esta tesis he presentado como adelanto, fragmentos breves de este desarrollo: presenté dos páginas extractadas de las aproximaciones conceptuales en la publicación *Perspectivas en Historia de los Medios* (Moyano, 2015a), editada por la cátedra en la que desarrollo mi labor (Historia General de los Medios y Sistemas de Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires). También utilicé extractos de fuentes primarias para presentar aspectos del sexenio 1810-1816 en contraste con la consolidación empresarial observable en el último tramo del siglo, en el sistema de publicaciones de la Red de Historiadores de la Prensa en Iberoamérica en conjunto con la Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo (Moyano, 2014, Ojeda y Moyano, 2015), y publiqué en formato ensayo una reflexión en torno al posible uso de tres de las principales manifestaciones de presencia de modelos en la construcción de la prensa rioplatense del siglo XIX en la revista *Improntas de la Historia y la Comunicación* (2015), de la Universidad Nacional de La Plata. En otros formatos, y presenté aspectos puntuales de lo desplegado en la tesis, en una clase especial de la mencionada cátedra de Historia General de los Medios y Sistemas de Comunicación de la UBA, cuyo registro en audio y texto fue realizado con la ayuda de auxiliares y estudiantes. Por último, aspectos relativos a finales de la década de 1820 fueron presentados en el XIV Congreso de la Asociación de Historiadores de la Comunicación (Valencia, 2016), en forma de ponencia.

0.4. El plan expositivo de esta tesis

Se propone en esta tesis un esquema expositivo organizado en cuatro capítulos antes de pasar a las conclusiones. El primero de ellos se ocupa de las principales aproximaciones conceptuales a la prensa periódica como dispositivo y de reseñar el marco histórico contextual en que ésta surge, en tanto objeto histórico abordado desde las Ciencias de la Comunicación. Se analizan a partir de allí las características distintivas del modelo canónico europeo, el modo en que su naturaleza burguesa define su modo de producción, contenidos y circulación, y en que las marcas del Estado absolutista -primera forma de Estado moderno con instituciones permanentes- sobredetermina su modo de identificarse, su periodicidad y buena parte de sus secciones y temas a lo largo de los primeros siglos de su existencia, hasta que las revoluciones burguesas transformen la función misma del periodismo. A partir de este encuadre, se rastrean las características de esta prensa europea occidental ya desplegada cuando se inician las revoluciones americanas, el modo en que España adopta y trasplanta¹⁴ a las colonias sus modos de hacer -y permitir hacer- prensa y periodismo, y el modo en que esa experiencia se produce en la región rioplatense en las postrimerías del régimen colonial.

En los capítulos 2 y 3 se aborda cronológicamente la prensa del período que nos interesa. En el 2 se incluyen los procesos que nacen con la Revolución de Mayo y concluyen con el derrocamiento de Juan Manuel de Rosas. En el 3, se aborda la década que transcurre entre la batalla de Caseros y los acuerdos de febrero de 1862 que refrendan el orden surgido tras la batalla de Pavón. Aunque el arco temporal abordado en el capítulo 3 abarca apenas un cuarto del que se estudia en el 2, la transformación, complejización y diversificación de la trama periodística que se produce en esos años, el carácter transicional de la década -que verá aparecer y desaparecer modelos, prácticas y protagonistas del periodismo- su utilidad para el análisis comparado y la necesidad de abordar, para una mejor comprensión, algunos fenómenos que se producen con posterioridad a 1862 en este mismo capítulo 3, han tornado conveniente la división propuesta.

¹⁴ Se utiliza aquí el término *trasplante* en el sentido que le han asignado la Sociología y la Historia al referirse a la formación de las colonias en América: algunas instituciones, prácticas y representaciones identitarias son construidas en una nueva experiencia colonial no exenta de mestizaje, otras, son adaptadas a las condiciones en que pueden ser útiles o posibles en territorio americano, y la mayor parte son “trasplantadas” en la confianza en que asegurarán el mismo éxito que en la metrópoli. Instituciones educativas, imprentas, órdenes religiosas, clero secular, régimen de comercio, dispositivos administrativos, organización militar, legislación civil y penal, actividades económicas priorizadas o fiestas públicas, son trasplantados a imagen y semejanza de su original español, y permanecen totalmente dependientes de la metrópoli. En historia social americana el término es ampliamente utilizado: en Argentina se ha aplicado, por ejemplo, a la historia de la universidad, en tanto en Canadá se utiliza explícitamente el término “*Transplant Period*” para el primer medio siglo de imprenta y periodismo en el país (segunda mitad del siglo XVIII), con un fuerte rol del Estado en las iniciativas.

1. APROXIMACIONES CONCEPTUALES Y MARCO CONTEXTUAL

1.1. La historia del periodismo argentino y las Ciencias de la Comunicación

Cuando las carreras universitarias de Ciencias de la Comunicación Social comenzaban a fundarse en Argentina durante la apertura democrática de la década de 1980, dos referentes muy significativos en la conformación de este campo en Argentina, Jorge B. Rivera y Eduardo Romano, en *Sobre maneras de leer y de pensar la prensa periódica* (Rivera y Romano, 1987) debían arrancar su reseña con una caracterización amarga:

"De manera indudablemente paradójica, un periodismo que se inicia a comienzos del Siglo XIX, y que en determinado momento contó entre sus títulos a algunos de los diarios más importantes del mundo -desde el punto de vista de su circulación y calidad intrínseca-, no cuenta con obras historiográficas globales de real significación. Podemos mencionar como excepciones, sin embargo, a tres libros aparecidos a comienzos de la década de 1940, con dos salvedades obvias e indispensables: se trata de libros (...) desactualizados (...) inscriptos en la vieja línea 'catalográfica' de la más rancia historiografía argentina, atenta a la acumulación de nombres, títulos y fechas (no siempre confiables) y no al tipo de análisis que podría interesar desde una perspectiva científica y cultural más moderna". (Rivera y Romano, 1987: 16).

La afirmación, contundente y provocadora, no estaba exenta de respaldo. Rivera había publicado en 1986 (en DESCO, Lima) y 1987 (en Punto Sur, Buenos Aires) un libro que circuló abundantemente en el ambiente comunicacional latinoamericano: *La investigación en Comunicación en Argentina*. En él trazaba un exhaustivo estado de la cuestión que incluía la dimensión histórica del objeto comunicacional. Frente a una bibliografía anotada compuesta por 256 textos fundamentales, sólo 31 abordaban de una u otra manera algún aspecto de la historia de los medios gráficos. De ellos, sólo 12 lo hacían explícitamente en torno a aspectos de la historia de la prensa periódica, y sólo 6 de estos últimos abordaban problemas del siglo XIX. Esta realidad mostraba cinco dimensiones decisivas del momento que atravesaba el campo comunicacional en cuanto a los estudios históricos:

a) **La cuasi inexistencia de estudios de conjunto que aborasen la historia de la prensa periódica argentina**, a excepción de los tres libros publicados con motivo del concurso convocado en 1942 por el Círculo de la Prensa, por los autores Fernández (1943), Galván Moreno (1944) y Beltrán (1943).

b) **La escasez y dispersión de materiales orientados al abordaje histórico del periodismo gráfico**, compuesto por estudios de casos o de momentos específicos.

c) **El anclaje de los estudios comunicacionales en grupos de referencia formados en torno a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires**, en particular sus carreras de Filosofía, Letras y la joven carrera de Sociología, a partir de las cuales se habían configurado los territorios de la sociología de la comunicación y la semiótica en Argentina, así como de la crecientemente compleja trama de la formación de oficio en los propios espacios mediáticos y editoriales.

d) Este anclaje era notorio también en la bibliografía internacional compartida por estos grupos, que priorizaban textos sobre filosofía, sociología de las masas, sociología de la comunicación y de la literatura, estudios literarios y de géneros, estudios semióticos, etc.

Los estudios específicamente históricos eran escasos, y se leía, por ejemplo, la compilación de ensayos *Historia y Comunicación Social*, de Vázquez Montalbán (1979) o trabajos de Javier Esteinou Madrid (1981), fuertemente atravesados por la visión del marxismo estructuralista. Los trabajos de la Escuela de Birmingham comenzaban a circular con las traducciones pioneras de Silvia Delfino y otros semióticos de la nueva generación a comienzos de los años '80, y se editaba también en español el trabajo clásico de Habermas, *Historia y Crítica de la Opinión Pública* (1995) [1962]. Pero el influjo de Habermas, o de Williams con *Communications* (1962), *The Long Revolution* (2003) [1961], o *Marxismo y Literatura* (1988) [1977] apenas comenzaba a transitar desde el espacio de las Teorías de la Comunicación hacia el de la Historia de los Medios donde tanto impacto habrían de tener. La revista *Comunicación y Cultura* impulsaba trabajos de indagación histórica originados en la Sociología de la Cultura o en la Filosofía, como lo fueron los artículos de Jesús Martín Barbero, posteriormente reelaborados y ampliados para su primera edición del hoy clásico *De los medios a las mediaciones* (1987).

No se trataba, por cierto, de un problema estrictamente local. La edición en español del trabajo panorámico dirigido por Raymond Williams, *Historia de la Comunicación* (1992), incluía un prólogo de la académica española Amparo Moreno, donde se daba cuenta del punto de inflexión que expresaron tanto la publicación en libro de los ensayos de Vázquez Montalbán (1979) - previamente publicados como artículos en la revista *Comunicación XXI* en 1973-74- como el trabajoso ingreso de las publicaciones originadas en los *Cultural Studies* británicos, en cuanto a abrir interés por el campo, formular nuevas preguntas y habilitar su estudio multidisciplinar desde las Ciencias Sociales, superando los límites de historiografías más tradicionales. La edición en español de *Historia de la Comunicación*, de hecho, se realizaba once años después de su primera edición en inglés.

Se hacía notar en aquel prólogo -nótese que se trata de una publicación de gran influencia en el campo comunicacional en castellano en los años '90- esa escasez de estudios que enfocasen la historia de la comunicación en su totalidad como objeto posible y delimitable. Se mencionaba el valor de los provocadores ensayos de Vázquez Montalbán pero a su vez, las limitaciones que se hallaban cuando se buscaba trascender el marco del marxismo estructuralista en el que se integraban los datos, y con ello “que hoy nos resulte excesivamente simplista su visión de las relaciones entre información y poder” (Moreno, 1992:15), y la transformación del campo que supuso el estudio de:

“un nuevo tipo de historia de la comunicación (...) historia material de los distintos medios y sistemas de comunicación (...) Porque si bien es posible hablar de la comunicación a nivel de simples ideas, es imposible,

en último término, separar en semejante discurso, la importante rama de la producción social que es la creación de tecnologías y sistemas de comunicación (...) [que] nunca han sido un añadido opcional en la organización social o en la evolución histórica. A medida que estudiamos su verdadera historia, vemos que ocupan un lugar junto a otras formas importantes de organización y producción social, del mismo modo que ocupan un lugar en la historia de la invención material y de la ordenación económica” (Williams, cit. por Moreno, 1992: 16).

e) **Resultaba evidente la desconexión, en el campo comunicacional, entre la generación de investigadores, escritores de oficio y docentes provenientes del ámbito de la Sociología, las Humanidades (Filosofía, Letras) y la Semiótica o relacionados tangencialmente con ellos, respecto del ámbito de la historiografía**, donde a lo largo de más de cien años se había producido un disperso pero muy rico acervo bibliográfico y analítico, el cual casi no aparecía entonces mencionado en estudios o programas de Ciencias de la Comunicación. Tal acerbo debía, obviamente, ocupar su lugar e interactuar. Los trabajos pioneros de Zinny (1867, 1868, 1883, 1912; Furlong (1944b, 1947, 1961a, 1961b, de Torre Revello (1940), los sucesivos avances logrados desde la Academia Nacional de la Historia en reproducción facsimilar y estudios preliminares sobre periódicos de la época tardo colonial o de la independencia, enmarcados en historia provinciales o biografías de periodistas, y más recientemente, estudios que abordaban la forja y circulación de las ideas en relación con las prácticas de prensa y la nuevas formas de representación (Herrero, 2005, 2006, 2010, 2012a; Molina, 2008, 2011; Alonso, 1997, 2003, 2010; Goldman, 1989, 1997, 2000, 2008, 2010) comenzaron a ser abordados, citados e incorporados a tesis, investigaciones y programas de Historia de los Medios, en una aproximación primero ecléctica y más adelante mejor integrada, como lo demostraría el boom de investigaciones históricas de las comunicaciones tanto provenientes de la historiografía como del ámbito comunicacional, y su rápida adopción en el marco de los espacios académicos vinculados a Historia de los Medios en la última década y media. Pero la excelente y trabajosa acumulación proveniente de la historiografía no sólo era insuficientemente conocida en los espacios del naciente campo comunicacional. Aún en aquellas zonas conocidas, las dificultades para integrar las distintas tradiciones teóricas, metodológicas y académicas inherentes a cada uno también se acrecentaron como producto de divergencias significativas entre ambas tradiciones, divergencias que permiten comprender mejor en su contexto el comentario de Rivera y Romano sobre la tradición "catalográfica". En un extremo, la historiografía argentina iniciada en la época de la Organización Nacional por la propia generación protagonista de la formación del periodismo moderno en Argentina, priorizó durante muchas décadas el rescate y resguardo de colecciones, la organización de catálogos de periódicos pensados más como reservorio decisivo de fuentes documentales que como base de una historia del periodismo, y la construcción de una narrativa histórica veraz pero asociada a la construcción de los grandes relatos identitarios del origen nacional, construcción que incluía la elevación al bronce de los próceres de las décadas

posteriores a 1810, sobre todo de aquellos que fueron parte de las facciones triunfantes en la organización del Estado moderno, sus acciones y desarrollo cronológico del andamiaje institucional (que incluía a la prensa moderna y libre), varios de los cuales -incluidos los dos primeros presidentes una vez reunificado el Estado en 1862- fueron figuras decisivas en el periodismo y en la construcción de relatos históricos.

Ninguno de los relatos basados en este paradigma cuestionaba la presunción de que toda iniciativa periodística en el país había sido una iniciativa individual -o grupal- que expresaba en forma indudable el crecimiento de las libertades modernas frente al oscurantismo o la tiranía. La continuidad de esta perspectiva en el siglo XX exacerbó sus distorsiones. Mientras surgían y se desarrollaban en el mundo nuevas escuelas históricas que reconocían en las complejas tramas de la vida social un cambiante campo de multideterminaciones en cuyo marco se constituían, cambiaban y adquirían su propia identidad los sujetos históricos, la historiografía del periodismo adoptaba como propio el relato mítico de origen que la prensa realizaba de sí misma en cada ocasión simbólicamente relevante (aniversarios, álbumes recordatorios, etc.): la prensa periódica será para ellos, en todo tiempo y lugar, un emprendimiento esencial y universalmente individual, independiente, sostenido en la voluntad o cualidades individuales; con mejor o peor pluma, más o menos dinero, máquinas antiguas o más modernas, más o menos dificultades y presiones del poder, mejor o peor suerte. Su protagonista es un individuo que busca realizar dos de las mayores libertades individuales: expresar ideas y comerciar libremente¹⁵. Su traba: las formas tiránicas de gobierno y el insuficiente progreso que garantice oferta y demanda. Más aún, cuando abordan el texto de prensa como fuente, actúan como si la producción de significados no fuese un hecho histórico, y como si las condiciones de enunciación dependiesen sólo del uso racional de un código unívoco. Así, un texto sería una ventana transparente para el conocimiento de una serie de datos, de una situación polémica o de conflicto, o la expresión directa del espíritu del emisor. No se trata de que no pueda ser así. Pero tal tratamiento resulta en muchos casos peligrosamente reduccionista, e incluso lleva a callejones sin salida al no poder explicar lo que a la luz de una lectura unívoca resulta contradictorio y sin orientación (Moyano, 1997; Ojeda y Moyano, 1999). Los intentos de explicación de la contradicción argumentativa por parte de un periodista a lo largo de períodos muy breves de tiempo son uno de los ejemplos más característicos de esta distorsión: se prefiere imaginar un brusco cambio de idea del autor antes que inscribir el texto en un campo de fuerzas con más actores.

En el otro extremo, la tradición académica comunicacional predominante en los años '70, abrevando a su vez en la tradición marxista y/o estructuralista o en la de la semiótica estructural,

¹⁵ En *Los Debates* y otras publicaciones, Bartolomé Mitre se refería indistintamente al “comercio” como intercambio de ideas o de bienes. Esa doble libertad se aunaba entonces en una sola consigna.

buscaba en la prensa -cuando se adentraba en alguna mirada histórica- las marcas de clase, las funciones de aparato ideológico de Estado o las estructuras subyacentes al texto, estructuras que enviaban a las categorías antedichas, desestimando el drama biográfico individual como objeto problematizable, o la posibilidad de una distribución muy compleja de fuerzas que pusiese en cuestión la capacidad teórica de reducir unos fenómenos a la condición de reflejo o expresión posicional de otros determinantes.

Irrumpiendo sobre estos extremos, interactuando con ellos y abriendo nuevos recorridos, las nuevas corrientes críticas, ya fuesen los *cultural studies* británicos o la teoría de la esfera de lo público habermasiana, desafiaban en otra escala de problemas a los investigadores que buscaban el encaje de la sinuosa realidad histórica de la prensa periódica hispanoamericana en el recorrido histórico modélico de Inglaterra o Francia, produciendo notorios cambios de enfoque. Para una mejor presentación de estas divergencias y cambios, realizaremos una breve relectura del recorrido de estas tradiciones.

1.1.1. La tradición historiográfica

El paso fundante de la historiografía de nuestro periodismo fue dado por Antonio Zinny, cuyos precursores y eruditos trabajos son insoslayables en cualquier indagación histórica del primer medio siglo de vida independiente argentina. Explícitamente pensados como catálogos para uso de historiadores, sus trabajos sobre prensa periódica abarcan una amplia gama de asuntos, entre los que destacan índices de contenidos y catálogos generales de prensa argentina y uruguaya hasta 1852. El primero de la serie fue el referido a la prensa de las provincias del Interior argentino hasta 1852, titulado *Efemeridografía Argireparquiótica o sea de las provincias argentinas* (1868), seguido al año siguiente por *Efemeridografía Argirometropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas* (1869)¹⁶, ambos publicados primero por entregas en la *Revista de Buenos Aires*. Con él disponían los historiadores -por primera vez- de un catálogo con información acerca de: "... título, fecha de aparición, y cesación, formato, imprenta, número de que se compone cada colección, nombre de los redactores que se conocen, observaciones y noticias biográficas sobre cada uno de ellos y la biblioteca pública o particular donde se encuentra el periódico", según indicaba el largo subtítulo de la *Efemeridografía porteña*.

El trabajo pionero de Zinny fue realizado con no pocas dificultades, pues el grueso de las colecciones se hallaba aún en manos particulares. Cuatro "personas competentes (...) eruditos coleccionistas"

¹⁶ En total, Zinny (1821-1890) produjo una veintena de trabajos que impactan sobre la Historia del Periodismo, incluidos resúmenes sistemáticos de contenidos de *La Gaceta Mercantil* y la *Gaceta de Buenos Aires*, una *Historia de la Prensa de la República Oriental del Uruguay*, estudios sobre Juan María Gutiérrez, Sarmiento, el Deán Funes, Ignacio Núñez y Felipe Senillosa, etc. además de su *Historia de los Gobernadores*, etc. Zinny, nacido en Gibraltar, inmigró desde España en 1842. Se dedicó fundamentalmente a la educación.

(Andrés Lamas, Juan María Gutiérrez, Vicente G. Quesada y Ángel J. Carranza, cfr. Zinny, 1869: vi) a quienes Zinny agradecía especialmente su colaboración fueron consultados acerca de la obra, y las cuatro cartas de respuesta fueron transcritas en la introducción del libro. Todas son elogiosas de la calidad de la obra. Tres de ellas centraron sus comentarios en el enorme aporte que significaba el catálogo para la historiografía y el resguardo y coleccionismo (Lamas, Gutiérrez y Carranza); la cuarta, de Quesada, fue más larga y profundizó en cuestiones de historia del periodismo como disciplina histórica en formación¹⁷. La influencia de esa carta en posteriores trabajos de historia del periodismo argentino ha sido tan grande, que merece citarse aquí al menos en parte:

“La simple estadística cronológica que Vd. ha formado de todos los periódicos, muestra como en relieve el estado del país. Antes de 1801 completa mudez; ni un solo periódico en el vastísimo territorio del Virreinato de Buenos Aires. La metrópoli no permitía la existencia de esos archivos cotidianos que hoy formarían el proceso de su mal gobierno; medrosa, como todo lo que manda con injusticia, la prensa periódica la aterraba, por que indudablemente sería precursora de la emancipación. Apenas permitía la impresión de libros místicos, como se revela por el trabajo del doctor Gutiérrez. (...) En 1815 los espíritus empiezan a agitarse, en aquel año se publican siete periódicos.

Ese movimiento crece o decrece en los años sucesivos, y se sienten las agitaciones de las masas en los periódicos de 1820 y 1821 en estos años se publican diez y siete periódicos en aquel y dieciocho en este. El año 1822 revela un movimiento intelectual inusitado, la lucha de las ideas toma calor y los espíritus necesitan del debate de la prensa diaria; veinte y tres periódicos aparecen en aquel año. ¿No es cierto que la simple estadística va indicando el movimiento progresivo del país? ¡Y esto se demuestra por la sola lectura de los números!

Si examinásemos ahora las materias de que se ocuparon los periódicos, ¡qué claros se verían los hechos! Sobre todo surgiría la verdad histórica, envuelta hasta hoy frecuentemente en la bruma de las pasiones de bandería. El año 1825 solo se publican trece periódicos, la lucha parecía en calma. Viene el año de 1827 y nueva actividad; 22 diarios se publican. En 1831, llegaron al número de 31 periódicos. La prensa periódica aumenta siempre que hay agitaciones; porque entonces los partidos necesitan de ese elemento poderoso que es el proselitismo. Cada partido, cada fracción, establece un órgano de sus ideas para influir en la opinión pública. En 1833 se publican 43 periódicos; es el año de mayor movimiento periodístico desde 1801 hasta 1852. Durante el largo gobierno de Rosas ¡qué decadencia en la prensa! ¡Qué mudez! ¡La libertad había huido, y la prensa periódica no vive sino de libertad! (...)”¹⁸.

Las afirmaciones de este escrito son sencillas, elegantes, y por ello tentadoras al momento de constituir un relato de la historia de la prensa en armonía con la mirada histórica predominante en su época. En los años subsiguientes, y a todo lo largo del siglo XX han sido repetidas y reafirmadas hasta el hartazgo¹⁹, posiblemente mucho más allá de la intención de Quesada al redactarla como un elemental disparador de intereses. Con ella inauguró un mito y respaldó otros en boga, transformando a su vez a Zinny en protagonista de un aporte involuntario en dirección a lecturas sesgadas y maniqueas que acompañarían el desarrollo de la historia del periodismo por muchas décadas. Obsérvese las afirmaciones que el autor de la misiva asegura basar exclusivamente en las cifras a la vista: a) presunción de oscurantismo represivo como política virreinal de prensa, que

¹⁷ Cita Quesada la *Histoire des Journaux et des Journalistes de la Revolution Francaise* (1789-1795) de Mr. Gallois como demostración del nacimiento disciplinar de una historia de los periódicos, expresando además su expectativa por el nacimiento de la misma en Argentina (Zinny, 1869: xvi).

¹⁸ Carta incluida por Zinny en la Introducción. Se ha corregido las grafías según criterios actuales (“agitación” por “ajitación”, “dieciocho” por “diez y ocho”, etc).

¹⁹ Aparecen -tomadas con valor de verdad- en la casi totalidad de los ensayos e historias sobre periodismo argentino conocidas hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX.

habría frenado una práctica posible (el periodismo en sentido moderno) en el Río de la Plata colonial; b) relación directa entre cantidad de títulos y movimiento periodístico, a partir de un registro de títulos especialmente alto en 1815, 1820, '21 y '22, '27, '31 y '33. c) decadencia en la prensa durante el gobierno de Rosas. Lo que significa: caída respecto de un estadio de desarrollo anterior más elevado, que habría de regenerarse tras Caseros.

No es extraño que estas afirmaciones se hagan presentes y resulten, no hipótesis a escudriñar, sino afirmaciones aceptadas con fuerza de Ley: los grandes maestros fundadores de la historiografía argentina ejercieron -todos- el periodismo, y en él publicaron una parte significativa de su producción. Prácticamente todos ellos adscribieron a los ideales de Mayo retomados -en la esfera literaria- por la primera generación romántica en el marco de un sentido misional de la escritura y del periodismo, en el que la derrota del oscurantismo absolutista y la primacía de los nuevos valores libertarios hallaban en la contraposición Colonia-Revolución su completa confirmación. Todos, asimismo, compartieron en sus escritos el anhelo de una prensa libre en manos particulares, orientada al bien común y por lo tanto no subordinada a la autoridad estatal, en contracara a la tradición de las gacetas ministeriales del absolutismo.

Más aún, su adscripción mayoritaria al bando antifederal y, en su casi totalidad, al antirrosismo, les eximía de prueba al momento de adoptar esta opción interpretativa: ellos habían sufrido en carne propia el autoritarismo primero, el terror luego, la guerra finalmente. Habían construido sus relaciones de grupo intelectual compartiendo el sitio de Montevideo, o en los casos de Domingo F. Sarmiento, y más adelante Juan B. Alberdi y Bartolomé Mitre, el periodismo en Chile. Habían regresado a Buenos Aires para formar una densa trama de opiniones políticas donde las referencias de autoridad no remitían a la figura irremplazable de un caudillo, sino a la doctrina, planes e intereses de su facción política en conjunto.

Habían sido, finalmente, fieles partidarios de sus facciones, y participado en sus reglas de juego: la magnificación de los horrores del adversario y de las propias virtudes, el ocultamiento, disminución o matizamiento de las virtudes del adversario y de los propios horrores, constituían una práctica común a todas las facciones, ninguna de las cuales estuvo exenta de las persecuciones al adversario y su prensa, los crímenes, las intrigas o las negociaciones con cambios de aliados y aún de bandos. ¿Quién podría dudar, entonces, que Mayo significaba el fin del oscurantismo y la libre prensa, o que los gobiernos rivadavianos expandieron la prensa en contraposición a un rosismo que la anuló violentamente? ¿Quién dudaría que el periodismo se forjó contra Rosas? ¿Y que la primera historiografía nació impregnada de la experiencia antirrosista? La tenue capa intelectual forjada autodidacta en contacto con las sociedades literarias y las eclécticas lecturas posibles en el marco tardocolonial y principios de la época independiente, y más aún, los graduados universitarios

formados en humanidades o en ciencias médicas, hallaron en el periodismo un promotor nato de la circulación de escritos cuando el libro era aún un bien escaso de obtener como lector, y casi imposible como escritor. Pero, como indican Devoto y Pagano (2009):

“... la construcción de una historiografía erudita fue el producto de un desarrollo gestado en medio de las cambiantes condiciones de posibilidad que tuvieron lugar durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del siguiente [que] alimentaron modos de abordaje e interpretaciones del pasado e hicieron de él un objeto digno de atención (...) cabe destacar la difusión del libro, la actividad editorial y las publicaciones periódicas especializadas (...) debería también atenderse además al trayecto que conduce del predominio inicial de las redes privadas y círculos de bibliófilos a la coexistencia de aquellas redes con instituciones públicas y privadas redimensionadas (institutos, juntas, biblioteca, archivo, museo (...)) la implantación de un canon erudito supuso también el conocimiento y la recepción de modelos, referentes y tradiciones intelectuales externos así como la fijación de criterios intersubjetivos de orden heurístico con el consiguiente establecimiento de criterios de validación. (...) Además de su aspecto técnico y conceptual, la historia erudita es un fenómeno correlacionado con el proceso de consolidación del Estado nacional y la emergencia su burocracia especializada. Desde allí surgen nuevas demandas al conocimiento histórico, en el marco de transformaciones sociales estructurales, y desde allí se brindaba sentido y legitimidad a tales saberes al tiempo que se los dotaba con sus recursos de nuevas condiciones materiales de posibilidad” (Devoto y Pagano, 2009: 16-18).

En tal contexto, los términos de los recorridos vitales de la casi totalidad de los primeros historiadores estuvieron teñidos de pérdida, luchas, enemigos a vencer y proyectos comunes ensamblados desde procesos variados: convivencias con heterogéneos marcos de referencia en distintos países, eclécticas lecturas y expectativas, pero fundamentalmente un marco de sociabilidad, y estrategias de supervivencia compartidos como generación. Dicen Devoto y Pagano:

“Para quienes emprendieron el camino del exilio ante los rigores del régimen rosista, tal decisión les proporcionó la oportunidad de desarrollar una intensa sociabilidad y un conjunto de experiencias político-intelectuales. En ese contexto, la cualidad literaria era el mayor capital simbólico al que aquellos emigrados pudieron apelar: escribieron novelas históricas, tradujeron y difundieron a los clásicos del romanticismo, fundaron instituciones literarias, educativas, de conocimiento, e intervinieron activamente en la prensa periódica. Tales desempeños no sólo significaron la canalización de una vocación intelectual, de inquietudes político-culturales o la expresión de la común convicción romántica, sino que también proporcionaron un medio de subsistencia en las duras condiciones impuestas por el destierro, circunstancias todas que contribuyen a explicar la multiplicidad de esferas en que tales actividades se desplegaron así como los factores que posibilitaron que esos hombres adquirieran notoriedad pública y entablaran vínculos interpersonales. Durante el destierro, varios intelectuales se dispusieron a dar continuidad y profundidad a aquella típicamente romántica ojeada retrospectiva e iniciaron las pesquisas tendientes a escrutar el pasado para encontrar en él los símbolos capaces de fundar el orden republicano y una nueva ciudadanía” (Devoto y Pagano, 2009: 18).

Mencionan los autores los casos paradigmáticos de Domingo F. Sarmiento, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre, Juan Bautista Alberdi, Florencio Varela, Valentín Alsina, Andrés Lamas, Juan Pujol, Diego Barros Arana, Juan María Gutiérrez, Tomás Guido, Manuel R. García, Luis L. Domínguez, Alejandro Magariños Cervantes, en una lista ecléctica y no exhaustiva de protagonistas argentinos y uruguayos, unidos en determinados momentos, enfrentados en otros, y a la que podrían sumarse otros tantos si la lista se ampliase a otros protagonistas del periodismo que en algún momento visitaron la historiografía, como Vicente Quesada, Isidoro de María, etc. Pero claramente, los términos de hegemonía planteados por el resultado de las guerras civiles pone a figuras como Mitre o López en Argentina, o Lamas y Magariños Cervantes en Uruguay, en el lugar de hacedores

no sólo de una narración histórica propia capaz de circular con ventaja, sino de institucionalizadores del ámbito de producción y reproducción de la historiografía por excelencia.

Cuando a comienzos del siglo XX se constituye la Academia Nacional de la Historia, el predominio de los historiadores “eruditos” está garantizado, y la producción en historia del periodismo será notable, pero, continuando la tradición, mientras por un lado se realizan trabajos eruditos de enorme valor, e incluso por su valor histórico general, se rescatan e imprimen ediciones facsimilares de los principales periódicos de la época de Mayo o de etapas posteriores (Como el caso de *El Zonda*, primer periódico redactado por Sarmiento, en 1839), no se producen trabajos de historia del periodismo que trasciendan la enumeración panorámica de títulos o la recuperación de una experiencia puntual, correspondiente a la época fundacional de la patria o a la colonia.

Así, mientras se acumulan detalles de la historia de las principales imprentas, de los contenidos de algunos periódicos, de la presencia de algunos personajes históricos en el periodismo, de casos importantes del periodismo regional, etc., las historias del periodismo continúan su traza tradicional, excepto cuando se trata de los casos fundacionales: los tres semanarios fundados antes de Mayo, y la *Gaceta de Buenos Aires*, siempre ratificando la línea de un Mayo antioscurantista, suponiendo en el grupo de criollos cercano al *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* la explícita y consciente potencialidad revolucionaria frente a un absolutismo vigilante y dispuesto a censurar a su amenaza. Ya entrado el siglo XX, incluso algunos autores con inquietudes de revisión histórica, como el erudito Guillermo Furlong, uno de los más completos especialistas en historia colonial de la imprenta y el libro, reproduce esta línea de narración histórica. Su erudición y precisión documental cuando aborda tales temas es notable, pero cuando realiza un trabajo panorámico sobre un período de la historia del periodismo nacional para la Academia Nacional de la Historia no puede evitar el sesgo del listado de títulos y la narración de iniciativas individuales crecientemente tecnificadas y variadas. Cuando Furlong intenta, incluso, evitar una lectura que condene *a priori* el período rosista, no puede evitar hacerlo en el marco del mismo sesgo interpretativo, limitándose a corregir el juicio moral sobre la misma²⁰.

Es paradójico que incluso una lectura atenta de aquellos mismos trabajos de Zinny puedan arrojar conclusiones diferentes a las afirmaciones predominantes en las primeras generaciones de historiadores, y más aún si consideramos otros aportes e investigaciones que se van acumulando y sistematizando en las décadas siguientes. Pero todas ellas, sin embargo, se difunden, avalan e ilustran en sucesivos libros y artículos de historia del periodismo argentino. Los esfuerzos

²⁰ “Con el segundo gobierno de Rosas (1835-1852) el número de publicaciones periódicas decayó sensiblemente, y las existentes, en esos lustros, se mostraron sumisas a la férrea autoridad gubernativa. Sufrió detrimento la llamada libertad de prensa, pero esa merma fue compensada con la desaparición del libertinaje de prensa, que habría llegado a hacer ostensibles y trascendentales estragos desde 1820, y aún desde 1817” (Furlong, 1961a: 443).

panorámicos no pudieron evitar basarse en listas de títulos tomados de las obras de Zinny²¹ y, complementariamente, de la vista de los principales catálogos disponibles en las décadas siguientes: de la Universidad de la Plata, la Biblioteca Nacional, el museo Mitre, la Universidad Nacional de Córdoba, el Instituto Magnasco, el Museo Histórico Martiniano Leguizamón, etc.

Tal difusión llega a su extremo cuando comienzan a circular trabajos cuyas fuentes son, precisamente, libros que -tomando como fuente las fichas de estos catálogos- dieron a los mismos una lectura basada no ya en dichas fuentes catalogadas, sino en los sesgos interpretativos en boga, completando un proceso sustitutivo cuyas consecuencias agregan errores y dificultades²².

Este sesgo contrasta con la cantidad y calidad de los aportes del propio Quesada, y de Zinny, cuya capacidad de elaboración de estudios de conjunto puede notarse en obras generales como la *Historia de los Gobernadores Argentinos* (Zinny, 1985)²³, y con la enormidad del aporte realizado en el marco de esta recuperación, catalogación sistemática y comentario a los títulos registrados en las obras sobre periodismo rioplatense. Y lo mismo puede decirse del conjunto de la historiografía argentina cuando contrastamos la facilidad con que se acepta este sesgo interpretativo en comparación con el creciente acerbo empírico e interpretativo logrado en los trabajos que integran la *Historia de la Nación Argentina*, los estudios que acompañan las reproducciones facsimilares de la Academia Nacional de la Historia y de organismos académicos universitarios y provinciales, y los estudios específicos sobre periodismo, historia regional o tecnológica, entre otros.

Durante las primeras décadas del siglo XX, a medida que fue consolidándose el espacio del oficio periodístico (Rivera, 1998), surgiendo, incluso, los primeros ámbitos formales de capacitación, el requerimiento de textos con una visión panorámica de la historia del periodismo argentino se hizo notar. Si bien existía ya el rico acervo bibliográfico proveniente de la historiografía, la expectativa de contar con un panorama histórico de conjunto llevó al Círculo de la Prensa a convocar, en 1942, a un concurso de obras panorámicas sobre historia del periodismo. La obra ganadora, de Juan Rómulo Fernández, fue publicada poco después (1943), y meses más tarde se hizo lo propio con la

²¹ En los trabajos de Zinny, de hecho, queda muy disponible la posibilidad de la lectura ideológica realizada por Quesada: sus listas de periódicos por año siguen a rajatablas el criterio de "título" como indicativo de cada unidad. Si bien puede inducirse del propio catálogo la simplificación conceptual de la abundancia de títulos, Zinny no sólo no lo hace sino que por el contrario, al publicar la carta de Vicente Quesada acepta sin dudar dicha concepción. Cuando inducimos una lectura menos sesgada por el criterio de catalogación, los "118 periódicos" que Zinny reconoce en el Interior se transforman en 79, pues muchos protagonistas cambian de título como parte del combate retórico, no con intención de diferenciar un nuevo periódico, que continúa artículos por entregas e incluso secuencias de páginas. Las experiencias periodísticas (distintos periódicos bajo una misma conducción e imprenta) reducen este listado a 38, de los cuales apenas 16 tuvieron una duración mayor a un año, en una enumeración a la que se incluso se agregan algunos títulos no mencionados por Zinny.

²² Aníbal S. Vásquez habla de simultaneidad de periódicos en Paraná en 1851, y de la presencia del periodismo en Concepción del Uruguay en 1822. Furlong (1961a) se ve en la paradoja de transcribir cifras no coherentes de aparición de títulos en su afán de respetar los valores de distintos catálogos sin cuestionar a ninguno. Los títulos pasan a ser sinónimo de periódico, los periódicos de diarios, y los errores se multiplican.

²³ La primera edición se realizó en tomos entre 1879 y 1883. Se utiliza aquí la de Hyspamérica de 1985.

de Oscar R. Beltrán (1943). Al año siguiente, Carlos Galván Moreno publicó su obra en editorial Claridad, con comentarios críticos al concurso y el modo en que se resolvió.

Estas obras permitieron un significativo avance en tanto cubrían una zona completamente vacante de la bibliografía. Pero al basarse estrictamente tanto en los datos provenientes de estos catálogos, como en una completa aceptación *a priori* de los criterios de organización de los materiales (por título y suponiendo cada uno de ellos como experiencia independiente del resto) y su interpretación (el sesgo interpretativo explicitado en la carta de Quesada), profundizaron los inconvenientes de lectura, agravados en algunos casos de citas posteriores, por errores de transcripción.

Así, por ejemplo, en torno al periodismo del período tardocolonial (primera década del siglo XIX), Beltrán glosaba, respecto del *Correo de Comercio* fundado en marzo de 1810:

“Belgrano sabía muy bien lo que se había propuesto, al fundar su periódico: apreciaba todo el valor de la prensa como arma efficacísima frente al poderío que los criollos iban a derrocar en breve plazo. Es cierto que si alguien se propusiera conocer lo que ocurrió en Buenos Aires durante el tiempo en que aparecía el *Correo de Comercio* teniendo como única fuente de información las hojas de este periódico, no podría enterarse de que, precisamente en ese tiempo, se había producido el magno acontecimiento de nuestra emancipación. Sin embargo, allí, en esas hojas, aparentemente desconectadas de la corriente de opinión literaria, latía ya, fecundo, infalible, el germen de los ideales de la generación del año '10. Es decir que, sin necesidad de publicar panfletos incendiarios -en el caso de que le hubiera sido posible- Belgrano fue un magnífico chispero desde las páginas de su *Correo*. (...) Belgrano supo cumplir sus propósitos en forma tan hábil que no solamente consiguió burlar la vigilancia de los censores para ‘abrirles los ojos a sus paisanos’, sino que hasta se dio, más de una vez, el caso en que el Virrey (...aquel “sordo” Cisneros) le celebrara precisamente los escritos más peligrosos para los intereses políticos de España” (Beltrán, 1943: 34).

Coincidían de este modo los relatos originarios del ambiente periodístico de mediados del siglo XIX y la historiografía del periodismo un siglo más tarde, dando por supuesto un escenario de contraposición entre luces y sombras, las primeras en el ambiente ilustrado criollo, las segundas en el poder colonial, pujando por imponerse a medida que se acercaba la época de la independencia. Y una suerte de *continuum* de progreso matizará la sucesión de nombres desde el fin del oscurantismo colonial, excepto durante el gobierno de Rosas. Particularmente sobre este último asunto, si en historia política, económica o social la neurótica imposibilidad de estudiar con objetividad el interregno rosista sufrida durante décadas pudo enmendarse con trabajos de contrapeso, algunos brillantes, otros simétricamente maniqueos, en historia del periodismo esa época constituye una suerte de agujero negro empírico y teórico, y el resultado es especialmente lamentable por cuanto construye una génesis imaginaria en la que una supuesta época dorada del periodismo, surgida de la naturaleza misma del liberalismo, es destruida por un tirano cavernícola, para recuperarse luego de la acción reparadora iniciada con la campaña de Caseros.

Esta construcción ideológica del relato histórico presenta un ciclo clásico: arcadia-pérdida-regeneración, que comenzaría con los prohombres de mayo, y moriría con las facultades extraordinarias. El momento de la regeneración llegaría de la mano de Urquiza, con la elegancia de

un periódico llamado precisamente *La Regeneración*, para continuar aparentemente en Buenos Aires en forma exclusiva, pues lo que sucede en el Interior pareciera ser una versión más reciente y menos rica del periodismo de la capital, sobre la cual no cabe hacer preguntas diferentes.

Así, mientras la historiografía erudita producía un rico acervo acumulativo de investigaciones particulares sobre aspectos de la historia de la imprenta o sobre la presencia de algunos periódicos en particular, o a través del uso de la prensa como fuente documental, aportando datos clave para catalogación y mapa general de periódicos, la historiografía más ensayística tomaba estos datos para volver una vez más a ratificar los mitos de origen establecidos *a priori*: a) la oposición oscurantismo y censura vs. luces y libertades como un enfrentamiento esencial y ahistórico en su origen, expresado en la región rioplatense a partir de la ruptura de Mayo; b) la asociación de toda experiencia periodística a su modelo: iniciativa individual impregnada de sentido misional a favor de la libertad y la cultura, que avanza y retrocede hacia su cenit al enfrentarse a los autoritarismos estatales y a las insuficiencias del mercado lector y de avisos; c) la elevación a mito de toda experiencia periodística asociada a las corrientes de la elite política criolla que condujeron Mayo, la época rivadaviana, la lucha antirrosista y el auge y consolidación posterior a 1852; d) Complementariamente, degradación a mito (negativo) del período rosista, como tiempo de retroceso de la prensa periódica y de todas las prácticas asociables a ella (libre expresión, educación, multiplicidad de voces), a la espera de la futura regeneración.

La obra de Zinny, fundante y fundamental en la historia del periodismo argentino se había constituido, paradójicamente, en un vehículo imbatible en la ideologización de la reconstrucción histórica del periodismo nacional. Y no se trataba sólo de su implícita aceptación de las tesis de Quesada. Si algunas afirmaciones (oscurantismo previo, cantidades de título por año y nueva oscuridad rosista) pertenecen a la carta de Quesada, no puede decirse lo mismo de la mirada esencialista de la actividad periodística sumada a la confusión de título con periódico, que sí aparece muy claramente en Zinny. Una revisión crítica se torna aquí imprescindible, lo cual no desmerece la enormidad de su aporte, ni mucho menos de su cualidad ética: realiza numerosos comentarios atravesados por el sentido común de la capa política e intelectual de su tiempo, que en su inmensa mayoría combatió la dictadura de Rosas (o bien aceptó más tarde satanizarla), sentido que delimita lo “políticamente correcto” en sus análisis, pero este atravesamiento no afectó jamás la calidad de su registro, pues la honestidad intelectual del autor impidió el menor falseamiento de información y brindó todo el material empírico a su alcance. Que su obra continúe siendo aún hoy referencia obligada, habla de la gran calidad de su labor, pero también -a ciento treinta años de la primera publicación de sus estudios- de una barrera infranqueable de dificultades empíricas y callejones sin salida teóricos para obtener una visión de conjunto sólida y operativa.

Las últimas décadas han presentado, afortunadamente, crecientes cambios tanto teóricos como metodológicos y temáticos, así como interacciones más habituales con el campo de las Ciencias de la Comunicación, en un proceso que reconoce numerosas dimensiones. El carácter transdisciplinar de numerosas renovaciones, desde la consolidación de la influencia de la Escuela de los Annales, hasta el diálogo interdisciplinar generado por la escuela de los Estudios Culturales británicos, renovaciones que se expresaron en cruces bibliográficos, temáticos, de investigación y también de docencia cuando se fueron constituyendo equipos de cátedra provenientes de una disciplina en el curriculum de otras.

Muchos de los trabajos que se han publicado en las últimas décadas, si bien no abordan una visión de conjunto de la prensa argentina, sí modifican en profundidad nuestra visión de la Historia de las Ideas (renovación iniciada por José Carlos Chiaramonte con la publicación de su *Estudios sobre la Ilustración en el Río de la Plata* en 1962), y la Historia Social y Política, particularmente en cuanto a articulaciones entre Estado y nuevas formas de representación y legitimación en que la organización política en partidos y otras formas de sociabilidad formales y no formales ocupan cada vez más espacio a costa de lógicas de combate y pertenencia propias de la etapa anterior. Dice, refiriéndose a este cambio, la historiadora argentina Hilda Sabato:

“En los últimos quince años tuvo lugar una renovación profunda en los análisis y las interpretaciones del pasado político argentino. En sintonía con el florecimiento que experimentó la historia política en otras latitudes, contamos hoy con un conjunto significativo de trabajos que se refieren al clásico problema de la construcción del poder desde nuevas perspectivas y con interrogantes también nuevos. Han quedado atrás las visiones que entendían al siglo XIX casi exclusivamente en términos de la transición progresiva de la sociedad colonial al Estado moderno, y que se interrogaban sobre todo por los avances realizados a lo largo de esa senda y por los obstáculos que habrían bloqueado el camino hacia un destino nacional, que se consideraba ya inscripto en los orígenes revolucionarios. En cambio, se pone el énfasis en la diversidad de procesos que se desarrollaron a lo largo del siglo, procesos sociales complejos y nada lineales, cuyos resultados no estaban prefigurados de antemano. De esta manera, períodos que antes se consideraban sólo como meras etapas en el camino hacia el progreso, ahora se estudian por derecho propio, regiones marginales de los núcleos centrales de modernización ganan visibilidad, y cuestiones que aparecían subordinadas al argumento principal del relato adquieren relevancia. Al mismo tiempo, el pasado de la Argentina se integra en el marco de la historia iberoamericana de la cual forma parte. Este estallido temático reconoce, sin embargo, un horizonte común -el de las interpretaciones de Tulio Halperín Donghi, Natalio Botana y José Luis Romero- y algunos focos privilegiados” (Sabato, 2003: 10).

En estas sucesivas aproximaciones, destacan los trabajos de De Marco (1969, 2006), de Auza (1978a, 1978b, 1982, 1999) de Mariluz Urquijo (1978, 1987, 1988), entre otros significativos, por la magnitud del giro que suponen en cuanto a la búsqueda de ejes de análisis de conjunto para períodos históricos completos. Mariluz Urquijo, al analizar la temprana actividad periodística de Belgrano en *El Coreo Mercantil de España y sus Indias*, no sólo corre el estado de la cuestión en torno a la formación de las ideas de Belgrano, sino que permite reconsiderar la relación de la elite tardocolonial con el periodismo español, y con la escritura periodística y su lectura. Pero especialmente, permite cuestionar en profundidad la visión mítica de un período colonial poco afecto a la práctica periodística y los primeros ensayos belgranianos como actividad “chispera”. La recuperación facsimilar de la *Gaceta de Buenos*

Aires de 1764 permite, por su parte, inscribir con más claridad la aparición del periodismo colonial en relación con el auge periodístico de la era borbónica, especialmente a partir de las reformas de Carlos III, ascendido al trono en 1759. Auza, por su parte, publicó un texto hoy clásico en torno a un núcleo decisivo de la historia política y periodística argentina: *La prensa de la Confederación* (1978a). En esta obra, Auza aborda una gran cantidad de periódicos editados en la ciudad de Paraná, por entonces capital de la Confederación (1852-61), pero también varios periódicos de Buenos Aires, Rosario y Santa Fe en el mismo período, articulando todos ellos a partir de una inscripción común: no sólo ser parte de la estrategia del Estado confederal por prevalecer sobre la Buenos Aires escindida en la lucha por la organización nacional, sino también serlo, de un modo en ocasiones indiferenciado, de la misma estrategia pero del General Urquiza en tanto empresario y jefe político capaz de actuar en paralelo a su propia función de liderazgo estatal. La calidad del trabajo erudito realizado (casi en su totalidad de fuentes primarias directas) permite subsanar errores sobre fechas, redactores y propietarios presentes en la bibliografía éditada, y muy especialmente, aporta una obra que enmarca el listado de periódicos, fechas y redactores en una hipótesis de conjunto respecto de sus protagonistas y rol. Si bien el abordaje de la prensa confederal realizado en esta tesis en el capítulo 3 contradice con datos fácticos y documentación algunos desarrollos e hipótesis explicativas del autor (como es, por ejemplo, el caso de la transición entre *El Iris Argentino* y *El Nacional Argentino* entre agosto y octubre de 1852), esto en nada cuestiona o desmerece la calidad del trabajo y su carácter irremplazable como fuente y como parte del estado de la cuestión. Otros trabajos de Auza (siempre refiriéndonos sólo a trabajos con relación directa con el tema de esta tesis) también han sido decisivos en la actualización del estado de la cuestión, entre ellos, el estudio biográfico de Lucio V. Mansilla, el estudio del debate sobre la reforma de la Constitución (en 1860) cuyo protagonista en Paraná, Juan Francisco Seguí, escribe desde el periódico oficial del Estado en contra de las propuestas porteñas de reforma, para aparecer sorprendentemente poco después como el convencional que propone aprobarlas todas por aclamación, y otros, así como estudios referidos a períodos posteriores al que analizaremos aquí.

De Marco, finalmente, dirigió en 1969 la edición de un libro sobre la prensa de Rosario, que en sintonía con lo que haría una década después Auza, apunta a dar cuenta de la fina frontera existente entre la actividad del Estado y la actividad privada, describiendo a partir del cotejo de colecciones hemerográficas y otros documentos, las vicisitudes de la primera prensa rosarina. Esta publicación permitió conocer con cierto detalle las vinculaciones -con sus auges y caídas en la relación- entre los periodistas en Rosario, la presidencia de la Confederación, el gobierno de la Provincia y la acción de Urquiza en forma personal una vez que dejó la presidencia confederal.

Más recientemente, en 2006, De Marco publicó un estudio completo sobre historia del periodismo argentino hasta 1910, profundizando esta dirección hacia una visión de conjunto del primer periodismo

nacional, reconociendo la importancia de la actividad estatal en su construcción. Así, no sólo el periodismo de la Confederación aparece abordado en su fuerte protagonismo urquicista. La prensa del Interior de fines de la década de 1820, por ejemplo, que en lecturas sesgadas de los catálogos de Zinny había tentado a varios autores a imaginar un variado espectro de iniciativas particulares de prensa política, es adecuadamente reinscrito en el breve interregno de la Convención de Santa Fe y los debates entre los actores funcionariales de gobierno de las provincias intervinientes. Asimismo, junto al trabajo erudito de citados contenidos, aparece una tendencia definida a agrupar estructuras de secciones, experiencias relacionadas por la presencia de los mismos protagonistas y nuevas articulaciones entre liderazgo político e iniciativas periodísticas. Analizaremos estos aportes -y lo que consideramos limitaciones producto de la propia tradición historiográfica- en los capítulos correspondientes.

Contamos, por lo tanto, con un estado de la cuestión específico (prensa argentina de mediados del siglo XIX) bastante disperso y atravesado ideológicamente en varias de sus dimensiones decisivas a partir de presupuestos originados en la etapa fundacional misma del campo, pero jalonado de brillantes trabajos de recopilación documental y análisis específicos, al que en las últimas dos décadas se han sumado desarrollos en otras dimensiones clave del objeto, abriendo así puertas fundamentales para renovar su estudio. Así, existen trabajos recientes que barren el campo de las articulaciones entre Estado, vida política, sociabilidad y opinión en la Argentina del siglo XIX, como las producciones colectivas encabezadas por Sábato y Lettieri (2003) *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Bonaudo (1999) *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)* y Goldman (1998) *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, así como el estudio de Alberto Lettieri (1998) *La República de la Opinión. Política y Opinión Pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*, en el que el autor caracteriza las relaciones entre política y formación de la opinión pública en Buenos Aires, relaciones que necesariamente se entrelazan con el universo de los periódicos porteños, el trabajo más reciente de Juan Carlos Garavaglia (2007), *Construir el estado, inventar la nación*, y numerosos trabajos de mayor especificidad temática -como el estudio de Azúa en torno a *La Ciencia de Mayo* (2010)- o mayor recorte en su alcance cronológico, como los estudios de Fabián Herrero en torno a los grupos políticos federalistas en la década de 1810 (2009), o los sucesivos volúmenes editados por la Academia Nacional de Periodismo en torno al periodismo en la época virreinal (Sánchez Zinny, 2008), la época de la independencia (Piñeiro, 2008) o la época del rosismo (Muñiz, 2009) o geográficos, como es por ejemplo el caso, dentro de la misma serie de ediciones de la misma Academia, de los estudios de Andreetto (2009) sobre periodismo entrerriano, de Damianovich (2013) sobre el periodismo santafesino y de Oviedo (2010) sobre el de Mendoza, o referidos a la experiencia de un protagonista en particular, como el estudio de Halperín Donghi (1985) sobre José Hernández donde se presta especial atención al desarrollo de las prácticas periodísticas del personaje, o, a la inversa,

trabajos que realizan un recorte espacio temporal mucho más amplio pero sobre un objeto mucho más específico en cuanto al interés de esta tesis, como por ejemplo el volumen colectivo dirigido por Paula Alonso (2003), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Respecto de este objeto, en forma complementaria a la caracterización de H. Sábato sobre historia política y social argentina que he citado más arriba, dice Alonso:

“Desde hace ya algunos años, sin embargo, el tema de la prensa ha alcanzado una singular centralidad en la historiografía. Este renovado interés, llamado ‘la nueva historia de la prensa’ se debe a una multiplicidad de causas. Además de la popularidad de textos como el de Jürgen Habermas y Benedict Anderson que han revitalizado el tema, el renovado interés es principalmente resultado del abandono de las interpretaciones extremas señaladas y de los logrados intentos por encontrar el significado de estos escritos en su entorno, no como antecedentes de algo que luego será muy distinto, sino como componentes clave de una situación dada. Este renovado interés también se ha registrado en diversos países de América Latina y ha dado lugar a importantes contribuciones individuales y a esfuerzos colectivos” (Alonso, 2003: 9).

1.1.2. Otras tradiciones y recorridos

Como bien hace notar Rivera (1986, 1998), el campo comunicacional -y desde allí, el abordaje de su historia desde el propio campo- se configura desde eclécticas convergencias entre las prácticas de oficio propias del ambiente periodístico desde el nacimiento de la industria cultural moderna en Argentina, y los saberes circulantes en el ambiente académico de las humanidades, sobre todo desde comienzos de los años '60, cuando la nueva expansión de la industria cultural, la irrupción de la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires y la activa presencia militante de intelectuales marginales al ambiente académico impulsaron crecientes vasos comunicantes a través de los que circulaban e influenciaban mutuamente los nuevos periodistas y escritores. Así, la crítica a la sociedad de masas y su cultura hallaron en la tradición filosófica, la Antropología Cultural, la Sociología empírica y aún la Psicología conductista conceptos, teorías y estudios convergentes con las nuevas preocupaciones²⁴, habilitando cada vez más frecuentes interrogantes sobre la dimensión histórica de los fenómenos comunicacionales. Son los debates sobre la cultura de masas los que habilitan la circulación de numerosos textos que polemizan en torno a la génesis, actualidad y perspectivas de lo que ya se denomina industria cultural, las asimetrías de poder y posibilidades de manipulación de las masas, la calidad del consumo popular y la relación entre el consumo de masas y las expectativas de gran parte de la intelectualidad occidental, crítica del capitalismo y por ello -con doble motivo- de la lógica y efectos de los medios de masas. Es este tipo de textos el que instala la importancia fundamental de reconocer la especificidad y génesis histórica de la era de masas y su

²⁴ La visita en 1961, a cinco años de la creación de la carrera de Sociología de la UBA, del catedrático Irving Horowitz da origen, además de seminarios, a la publicación de un volumen colectivo en dos tomos de nombre sintomático: *Historia y elementos de sociología del conocimiento* (1964), donde se repasa y actualiza el estado de la cuestión en el campo, y se habilitan reflexiones en torno a los debates actuales sobre la sociedad y la cultura contemporánea, así como las articulaciones entre determinaciones sociales y producción de sentido.

centralidad de las comunicaciones masivas²⁵. Pero también se despliegan, a lo largo de la década de 1960, nuevas visiones a partir de otros recorridos teóricos. Por ejemplo, Eco (1968) [1965], quien en *Apocalípticos e integrados frente a la cultura de masas* resitúa la configuración histórica y el sentido de la relación entre masas y cultura bajo el capitalismo, o Bourdieu (1969 [1966]) quien sitúa en la era industrial la forja de un sistema de reglas autónomas y posiciones que -en la tradición estructuralista pero con nuevas direcciones- ubica la noción de campo intelectual de un modo históricamente delimitable²⁶.

En forma paralela, distintos aspectos de la historia del periodismo fueron retomados por ensayistas e historiadores de corrientes alternativas a las predominantes en el ámbito académico. Así, desde el revisionismo, varios estudios de Fermín Chávez, como *Civilización y Barbarie en la historia de la cultura argentina* (1956), *José Hernández, periodista, político y poeta* (1959), o *La cultura en la época de Rosas* (1973), entre otros, marcaron hitos en la apertura a nuevos enfoques y a nuevos datos fácticos. El trabajo de 1956, por ejemplo, rescataba del olvido a periodistas del Interior forjados en la época de la Confederación Argentina con capital en Paraná -como es el caso de Francisco F. Fernández- en tanto que en el de 1959 recupera una visión integral del autor de *Marín Fierro*²⁷, y en el 1973 apuntó a deconstruir mitos sobre la época de Rosas a través de un relevamiento erudito muy completo de actividades culturales bajo sus gobiernos.

Desde otro espacio formativo pero en diálogo con estas visiones, los numerosos estudios de Rivera, Romano y Ford apuntaron a rescatar del silencio académico todo un universo de textos (escritos, visuales, sonoros, dramáticos) propios de la cultura popular y su consumo de medios industrializados: el folletín, la novela popular, el teatro popular, los espectáculos de circo criollo, feria y varieté, las literaturas indígenas, las letras del cancionero popular -especialmente el tango- en su interconexión con el universo de la discografía, la radio y el cine, la escritura periodística, etc. Entre otros desarrollos cabe mencionar los trabajos para Centro Editor de América Latina, así como la producción ensayística publicada en *Los Libros*, *Crisis* y diversos suplementos culturales y

²⁵ Los estudios de Lazarsfeld (1948), Merton (1965) [1953], Adorno y Horkheimer (2007 [1947], 2009 [1952]), Bell (1996 [1949], 1969 [1962]) presentan, como parte necesaria de sus estudios, recuperaciones históricas no sólo de los momentos de invención y despliegue de los dispositivos mediáticos modernos como la prensa de masas, la radio, el cine, la discografía o la TV, sino muy especialmente de las condiciones sociales con las que éstos interactúan, observando especialmente las tensiones entre expectativas de los movimientos transformadores de comienzos del siglo XX y la frustración de la fruición de masas frente al espectáculo estereotipado (Lazarsfeld y Merton, 1948), las particularidades del nacimiento de la cultura de masas en Estados Unidos (Bell, 1949, 1969 [1962]), la inherencia de la lógica del capital en relación con la lógica de la industria cultural (Adorno y Horkheimer, 2007 [1947]), la crisis del arte tradicional frente a la reproducción técnica de los bienes culturales (Benjamin, 1989 [1936]), etc.

²⁶ La sociedad de masas sigue siendo, como medio siglo antes, un tema cuasi de obsesión para la intelectualidad. El título publicado en 1965 por Germani y Di Tella, *Argentina, sociedad de masas*, sintetiza esas prioridades de indagación desde la Sociología. La revitalización del marxismo con el ingreso de la perspectiva gramsciana, el Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica* o la traducción de marxistas heterodoxos como Henri Lefebvre, potencia el interés por la perspectiva histórica, aunque -todavía- sin contacto con la historiografía propiamente dicha.

²⁷ El trabajo tuvo impacto en diversos ámbitos de circulación intelectual y editorial. Luego se agregarían, desde otras perspectivas, nuevos aportes historiográficos sobre Hernández periodista, como el de Horacio Zorraquín Becú, *Tiempo y vida de José Hernández* (1972), y el de Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos* (1985).

revistas en Argentina y Uruguay. Algunos de estos trabajos, como *Eduardo Gutiérrez. El Folletín* (1968) o *La primitiva poesía gauchesca*, publicado ese mismo año, constituyen referencias insoslayables en el estado de la cuestión referido a las épocas que aborda este trabajo, tanto en sus etapas nucleares como en su cierre y transición hacia la industria cultural.

Entre los estudios específicos sobre periodismo argentino, la serie de estudios para dicha editorial referidos a la formación histórica de la literatura industrializada, publicados fundamentalmente entre 1979 y 1981 se publicaron en forma de libro como *El Escritor y la Industria Cultural* en 1985, y en edición definitiva en 1998. Allí Rivera aborda el decisivo momento histórico de configuración de la industria periodística gráfica moderna entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, con la irrupción del mercado como organizador, la renovación organizativa, estética y tecnológica de los periódicos, la paulatina profesionalización de la labor del escritor, la formación de un mercado lector masivo, etc. Pero además, rastrea hasta la época de Mayo algunas características distintivas del primer periodismo, tales como su orientación a la cultura letrada, su civilismo, la preocupación por la construcción del Estado y la sociedad moderna, la impronta romántica de sus primeras generaciones, etc. Dado su impacto en el naciente espacio de la historia de los medios de las carreras de grado de Ciencias de la Comunicación, este libro se publicó en versión actualizada por Atuel, en 1998. Estos mismos autores también desarrollaron estudios sobre historia del periodismo argentino en el libro compartido *Medios de Comunicación y Cultura Popular* (Rivera, Romano y Ford, 1985), en *Claves del Periodismo Actual* (Rivera y Romano, 1987), en *El Periodismo Cultural* (Rivera, 1995) e incluso en la serie de estudios publicados a fines de los años '80 en el suplemento *Cultura y Nación* de *Clarín*, que en ese momento admitía ensayos de gran extensión, como “De la Facción al Folletín”, de 1990.

En esta larga serie de trabajos los autores retoman el contexto mundial de industrialización de la literatura, valorizan los comienzos de la profesionalización del periodismo y las nuevas condiciones de labor bajo reglas de industria y mercado, así como de la creciente tecnificación, que por ejemplo, modifica radicalmente el periodismo a partir del trazado de redes telegráficas, sobre todo desde la década de 1860, insinuando el modo en que estas transformaciones podrían ser estudiadas en relación con nuestro país. En *El Escritor y la Industria Cultural* se aborda un arco temporal mucho más amplio que el que aquí nos interesa, pero su primer capítulo “La forja del escritor profesional”, aborda el interés por la palabra escrita en general y por la prensa periódica en particular de la generación de Mayo, así como los primeros ensayos de relacionamiento con (y de análisis de) las nuevas prácticas industrializadas con que se encontraban los escritores y lectores en la época del romanticismo europeo, impactando en la primera y segunda generación románticas nacionales, ambas protagonistas del periodismo nacional en formación. Asimismo, Rivera presta atención a los

usos de la literatura para fines extraliterarios como función predominante, así como la presencia de una función literaria de potente acento faccional y -paradójicamente- notoria capacidad de reversibilidad. Avanza, finalmente, sobre los cambios en las últimas décadas del siglo, en las cuales se manifiesta la formación de géneros nacionales de folletín y una práctica local que emula la producción industrializada presente ya en los años '40 en Francia y que aquí tiene como caso paradigmático (no casualmente entre 1879 y 80) a Eduardo Gutiérrez y su conversión al Folletín de la historia y mito de Juan Moreira, mezclados y unidos en la lógica del nuevo género industrial. Del mismo modo, otras prácticas y nuevos actores, ahora potenciales asalariados de una práctica crecientemente respaldada en el mercado hacen su aparición configurando una pequeña bohemia local con problemas análogos a los manifestados medio siglo antes en los países industrializados. Este tramo final del siglo XIX ha sido revisitado y abordado en forma completa por Eduardo Romano en un trabajo más reciente, *Revolución en la lectura* (2004) donde analiza el carácter rupturista de las revistas, especialmente *Caras y Caretas*.

Dada mi inscripción en esta línea de trabajo (me he formado con Rivera desde mis estudios de grado y fue él mi director de tesis de maestría), lógicamente mis trabajos anteriores a esta tesis abrevan en muchas de sus perspectivas teóricas y problematizaciones, aunque me he concentrado fundamentalmente en el estudio de la prensa argentina del siglo XIX. Tras una tesina de grado referida a la prensa periódica entrerriana de mediados de ese siglo, continué en la tesis de maestría con un estudio de la prensa de la Confederación y sus diferencias con el modelo canónico de prensa porteña narrado por la primera historiografía. Allí, propuse el concepto de “operación político-militar de Estado” como categoría útil para comprender el uso casi exclusivo asignado a la prensa estatal en algunas provincias interiores (subordinando otras funciones, incluida la deseada construcción misma de una prensa orientada a la expansión de la educación y la cultura y los signos de modernidad política como la publicidad de los actos de gobiernos y el libre debate parlamentario), analicé las fuertes asimetrías de poder entre redactores-directores de periódicos y sus mandantes, generalmente el propio gobierno, generando un sesgo en la función periodística respecto del rol del redactor. Asimismo, el texto organizado en fórmulas tomadas de la oratoria para la expresión oral, la articulación de recursos de la tradición oral estética y nemotécnica (como la rima y el refrán), aparecían como formas expresivas para nada excepcionales o características de algunos personajes en particular. Finalmente, aparecían a partir de estos estudios algunas dificultades notables para articular los resultados de las observaciones documentales y de colecciones hemerográficas, con las conclusiones históricamente aceptadas a partir de Zinny, respecto de momentos de auge y retroceso del periodismo, así como sus presuntas funciones, aceptadas *a priori* sin lugar a posibles dudas. Parte de estos estudios fueron publicados en *Prensa y*

modernidad (Moyano, 1996) y *Prensa, modernidad y transición* (Moyano, 2008). Asimismo, algunos aspectos en particular de las condiciones de transición entre formas puramente estatales tradicionales (con una única voz oficial) y otras en que comenzaba a incorporarse la perspectiva de un periodismo autónomo del Estado, los estudié en los trabajos “Aportes lingüísticos para el estudio de la prensa como fuente de investigación histórica” (1997), “Los orígenes de la prensa de Concepción del Uruguay” (2002) y “La Revista del Paraná” (2003, en colaboración con Alejandra Ojeda). Con esta última investigadora, asimismo, hemos trabajado la perspectiva de las últimas décadas de siglo, sobre todo en la configuración del gran diarismo y la prensa con abundantes imágenes visuales (Ojeda, 2010), en trabajos referidos a las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del siglo XX en Argentina (Ojeda y Moyano, 2015a).

Los interrogantes abiertos por esos estudios me acompañan en el actual trabajo de tesis: la función predominantemente político-militar de Estado me ha llevado a interrogarme por las significativas diferencias funcionales de la prensa en su tránsito a la modernidad, y las implicancias que esto puede tener en su estudio como fuente de investigación, así como en el abordaje de los procesos de construcción y circulación de textos periodísticos en ese marco histórico. Las importantes diferencias entre la prensa de la Confederación y la porteña abrieron interrogantes respecto de distintos modelos de prensa desarrollados a lo largo de la décadas iniciales de la nacionalidad argentina, algunos de ellos separados por estrictas barreras de la geografía política, pero otros coexistentes sobre el mismo territorio, desde unos inicios claramente estatales y originados en la experiencia colonial. Es importante destacar, finalmente, la importancia que ha adquirido para nuestro tema la publicación de diversas tesis de doctorado de la Universidad Nacional de la Plata en la última década, que han realizado aportes sustantivos al estado de la cuestión en una perspectiva que muestra convergencias decisivas entre tradiciones otrora mutuamente ignoradas. Así, por ejemplo, en *El poder de la opinión pública. Trayectos y avatares de una nueva cultura política en el Río de la Plata, 1800-1852*. Eugenia Molina (Doctorado en Comunicación, UNLP, publicado por la UNL, 2008) aborda:

“la complejidad del proceso por el cual se modificaron las representaciones y las prácticas socioculturales que se relacionaron con la vida política en el contexto del resquebrajamiento de la publicidad indiana, proceso que implicó la emergencia de una discusión crítica inédita y la edificación de una nueva organización gubernamental en conexión con ella” (Molina, 2008: 9).

Esta idea de una publicidad indiana, abordada por Xavier Guerra (1998) y -en el caso rioplatense- por Díaz (2012), requiere explorar de qué modo, en el marco de qué conflictos y líneas de continuidad y ruptura, se produce el tránsito de una publicidad a nuevas formas más cercanas al moderno modelo de sociedad civil parlamentarizada. En esta línea, Molina aborda la historicidad tanto de las nociones como de las prácticas de la opinión pública. Se propone dar cuenta de los

modos en que la voluntad de las élites por promover y acelerar la transformación social y política del orden colonial derrumbado por medio de la difusión de una nueva cultura política. Esto le permite recorrer el medio siglo elegido sorteando arcaicos recortes ideológicos. Por ejemplo -en este aspecto siguiendo a Myers (2003b)- acompañando la reinterpretación del rosismo:

“al seguir en este período los avatares del espacio de discusión esbozado en la época rivadaviana, mientras que en recientes investigaciones también ha aportado elementos para la comprensión de esta última, al abordar los contextos de significación en los que se utilizó la noción de opinión pública por el grupo ministerial porteño para detectar los conflictos que su proclamación generó en el marco de la reforma religiosa”. [su vez, rastreando los orígenes de estos procesos de transformación, la autora retoma los estudios que reconocen] “la supervivencia de una noción tradicional de opinión pública en el sentido de ‘pública voz y fama’, y su relación con la noción ilustrada conectada al debate racional” (Molina, 2008: 11).

De este modo, la autora busca:

“respuestas a una serie de interrogantes que surgieron de focalizar la atención en las articulaciones entre la política rioplatense de la primera mitad del siglo XIX, por un lado, y las prácticas y representaciones que le dieron fundamento, por otro. Intentamos conocer algunos de los trayectos por los cuales la modernidad fue difundiendo en la región y el modo en que la crisis imperial, el proceso revolucionario y la constitución de las provincias los afectaron” (Molina, 2008: 12).

Es de especial interés para este trabajo la hipótesis de Molina, orientada a dar cuenta de que:

“... el devenir político del período que se extendió desde el inicio de la crisis imperial española hasta la finalización del régimen rosista estuvo marcado por una tensión entre la voluntad modernizadora de las élites que lo protagonizaron, ella misma ambigua y compleja en cuanto a pesar de los motivos novedosos que esgrimía se hallaba atravesada por imaginarios y conductas tradicionales, y la sociedad sobre la cual pretendían aplicar sus proyectos reformistas. Así, buscaban compatibilizar un sistema republicano representativo basado en inéditas formas de sociabilidad y legitimación política, con una cultura cuyos modos de integración y relación estaban dados por lazos de tipo antiguo, modos de relación basados en el parentesco y grupos de pertenencia hereditaria insertos en un marco de control moral comunitario, (...) [que incluso entraban en contradicción una y otra vez con el nuevo principio de legitimidad basado en la soberanía popular] en una sociedad cuyos modos de pensar los vínculos entre sus miembros y de experimentarlos en la vida cotidiana contradecían la doctrina individualista y contractualista en la que se basaba aquél” (Molina, 2008: 13).

Aborda Molina a la opinión pública atendiendo a la conceptualización con la que fue utilizada en los discursos de las élites, “entre su versión iluminista y racional y los usos tradicionales que la conectaban con el honor y la publicidad de Antiguo Régimen”. Ante tal tensión, resulta lógico que el proceso de transiciones múltiples (en los modos y conceptos de la representación, de la opinión, de la circulación de ideas, de la legitimidad y la soberanía, etc.) produjera rispideces. Si el modelo de régimen político al que se orientaba la construcción nacional suponía como condición *sine qua non* la libertad de expresión, la libre circulación de impresos y la publicidad tanto de actos de gobierno como de debates, todas estas condiciones entraban en fricción “...no sólo con la voluntad de las élites por crear un único centro de poder sino también con los valores vigentes respecto de los controles comunitarios sobre la religión y la moralidad” (Molina, 2008: 16).

Esta tensión se replica en la indagación de los sujetos de la opinión, tanto los que disputan ese lugar como los destinatarios ideales del concepto. En ambas dimensiones, no es fácil articular la noción

de soberanía de los pueblos, la apelación a la tradición histórica y la pertenencia a sistemas jerárquicos sumamente restrictivos pero también protectores de roles y seguridades. Incluso cuando hay acuerdo en torno a modelos de gobierno y de emulación (v.gr. Europa), la tensión entre una democracia plebiscitaria con capacidad de amplificación y puesta en el espacio público legítimo de los modos de expresión, demandas y expresiones identitarias de los sectores populares, por un lado, y “las reivindicaciones modernizadoras de los grupos letrados” (Molina, 2008: 16) por otro, es notable y, como veremos en los siguientes capítulos, determina tendencias, modelos y modos de funcionamiento de la prensa periódica, el primer gran vehículo de circulación general de la publicidad. Veremos que el nivel de control de la prensa por la autoridad estatal, y en gran parte de los casos, el protagonismo directo y exclusivo del Estado en su manejo, van a colocar a la prensa más cerca de lo que Molina denomina “proyectos de sociabilidad formalizada” (Molina, 2008: 129) que de los informales. Entre los primeros la autora aborda aquellos forjados en los últimos años del dominio colonial: instituciones del Estado que los promueven, habilitación a la Sociedad de Amigos del País, los semanarios como ámbitos autorizados y sumamente reglamentados, los cabildos abiertos. Entre los segundos, el espacio de formación del público teatral y los circuitos urbanos -y de prensa- que se les asocian, así como las reglas de sociabilidad orientadas a forjar una civilidad urbana educada, con hábitos de vestimenta de fuerte simbolismo, y espacios de tertulias, fiestas y ámbitos de disfrute lúdico o de ocio. De este modo es posible rastrear raíces y antecedentes de prácticas que se despliegan en las primeras décadas independientes, en aquellas presentes en las últimas décadas coloniales, y a su vez, detectar la inexistencia, o su falta de conformación específica, de prácticas, ideas o dispositivos que adquieren otro sentido a medida que se avanza hacia la modernidad. De allí que sea preciso constatar las tempranas transformaciones (Molina nos recuerda el temprano cambio que supone la *Gaceta de Buenos Aires*, en 1810, al considerar clave el derecho a la publicidad de los actos de gobierno, y a participar con propuestas en el marco de las restricciones de ley. Por ello durante las primeras décadas habrá que seguir, del mismo modo que en la prensa periódica vemos yuxtapuestas y superpuestas prácticas arcaicas, transicionales y nuevas en un mismo lugar y aún en un mismo dispositivo, el corrimiento desde el disciplinamiento estratégico al faccionalismo político, la formación del nuevo público soberano, la irrupción y continuidad de sociedades literarias, sociedades de “Amigos del país” y gabinetes de lectura, la sociabilidad forzada en las condiciones del destierro antirrosista, y las prácticas informales de sociabilidad, en las que -como también indaga Díaz (2012)-, la tertulia en casas particulares cumple un rol fundamental, en tanto que el teatro aparece como un espacio que se acerca a la noción moderna de público y se asocia a otros circuitos de desplazamiento por el espacio urbano, los usos y costumbres en el vestido, la urbanidad, etc.

Por último, necesariamente aparece el proceso de transformación de la cultura escrita, donde el impreso -libro, folleto, periódico- cumple un rol fundamental. Las diferencias entre la búsqueda y ensayo de espacios de publicidad en torno al impreso en los años finales de la corona contrasta con la prioridad puesta en el adoctrinamiento y debate en la prensa revolucionaria, y ya en la etapa en las décadas subsiguientes, la ampliación del espacio público en el marco de los Estados provinciales, y la compenetración del discurso faccional en las estrategias retóricas, haciendo de la deslegitimización de la opinión del enemigo un elemento central de la prensa y el panfleto político, así como de las consignas identificatorias de la facción y sus delimitaciones.

Por su parte *Literatura, prensa periódica y público lector en los procesos de nacionalización de la cultura en Argentina y en Chile (1828-1863)*, tesis defendida en el Doctorado en Letras de la UNLP, con dirección de Eduardo Romano y de Hernán Francisco Pas (2010), publicada por la institución, retoma una cuestión nuclear en el estudio de las prácticas de formación de públicos lectores: el rol predominante de la prensa periódica en la conformación de ámbitos de producción, circulación y lectura de literatura, y del libro en general. En ese marco, incluso discursos literarios fuertemente orientados a un lector modelo popular, quizás analfabeto y asociado a saberes, prácticas e identidades rurales, aparecen macerados en el oficio del periodismo rioplatense desde la cultura letrada, aún si se opta por construir un discurso de crítica o al menos de sátira de la misma. Por otra parte, si el periódico posee una fuerte función socializadora inherente a su propia conformación histórica en la región (también a escala mundial), será inevitable que consideremos los modos en que dicha función se ejerce de manera distinta cuando se trata de un esfuerzo unificador del discurso estatal, la promoción de un ámbito de sociabilidad en términos de una naciente (o al menos buscada) sociedad civil, o de un discurso galvanizador de las identidades faccionales y sus correspondientes enemigos. Pas retoma y reproblematisa -desde varios autores y en convergencia desde distintas disciplinas- las categorías de cultura literaria y de público lector en el contexto de la circulación de la prensa en Argentina y Chile en el siglo XIX. Retoma también, convergiendo con la mirada de Molina, el rol de las sociedades literarias y su articulación con la prensa periódica, el asociacionismo en general y finalmente, el rol de formas discursivas y de interacción orientados a producir circulaciones no conflictivas con un poder estatal obsesivamente abocado a la tarea de unificar, uniformar y poner bajo dominio del monopolio de la fuerza cualquier espacio de circulación pública, ya fuese en la literatura, los ámbitos de socialidad, los espacios públicos de la ciudad, la prensa periódica y sus diversas situaciones de lectura (en salones y viviendas, en voz alta para grupos no letrados, etc.).

Así, prácticas y discursos disímiles aparecen cargados de interés para la conformación de espacios que no pudiesen ser acusados de intervenir en la lógica de facciones: temas “frívolos” (moda,

costumbres, datos curiosos), científicos, geográficos, de historia no inmediata, de jurisprudencia ligada al derecho civil o penal, estadística económica, datos de movimientos portuarios, crítica de teatro (más adelante, ópera) etc. Como veremos, estas prácticas cumplen un rol importante en la conformación de temas y secciones del periodismo a lo largo de todo el período, pero más aún durante las transformaciones generadas durante las décadas de 1850 y 1860.

César L. Díaz, por su parte, ha publicado su tesis doctoral en forma de libro (Díaz, 2012), en el que aborda la génesis de la prensa periódica rioplatense entre el primer suelto registrado (1759) y la Revolución de Mayo (1810), desde una perspectiva comunicacional que supone estudiar contextos, dispositivos, producción, circulación y recepciones. En tal marco, el autor rastrea y encuentra en la conformación de la modernidad y la ilustración dieciochesca los componentes nucleares del nacimiento del periodismo hispanoamericano y rioplatense. La elevación del individuo desde su condición bio-existencial como agente empírico hacia su constitución en sujeto normativo de las instituciones y los valores asegura, en su devenir histórico, el carácter necesario de la esfera pública, el intercambio y de la libre circulación de comunicaciones y bienes (Díaz, 2008: 91-92). El despotismo ilustrado, por su parte, sin romper lanzas con el absolutismo consolidado en el siglo XVII, impone un giro copernicano:

“El utilitarismo negativo del barroco se desplazó hacia un utilitarismo positivo y optimista, de acuerdo con las metas ilustradas de promover el bienestar y el progreso técnico y económico. El rey aparecía, de este modo, tanto al servicio del Estado como del bien público. Las reformas estaban destinadas a buscar la prosperidad económica y social de los reinos, porque la felicidad de los vasallos era el fundamento y la justificación misma del poder del monarca. Resulta oportuno anotar que el reinado de Carlos III y sus ministros reformistas marcó el punto más alto de convergencia en la construcción del Estado moderno entre los monarcas y los ilustrados” (Díaz, 2012: 92-93).

Esta transformación se expresa en el Río de la Plata, con una veloz (en los términos de época) toma de decisiones institucionales. La creación del virreinato (1776), la instalación de la imprenta (1780), la creación del Colegio de San Carlos (1893), el nombramiento de Belgrano como secretario perpetuo del Real Consulado (puesto en marcha en 1794), la creación de la escuela de dibujo técnico y la académica de náutica (1799). Fueron estas instituciones impulsadas desde el Estado las que representaron “una importantísima usina de las novedades provenientes del nuevo continente” (Díaz, 2012: 99) para la circulación de ideas científicas otrora conflictivas con la ortodoxia inquisitorial, la apertura a iniciativas progresistas y su adopción por el gobierno, etc. Según Díaz,

“... la difusión de las nuevas formas de pensar fue incorporándose a la sociedad a través de múltiples canales. La llegada de los funcionarios de la corona; la realización de viajes de estudio a Europa como los emprendidos por Lavardén, Funes y Belgrano; el acceso a literatura o publicaciones periódicas recibidas de España o por contrabando, o las suscripciones a la *Gaceta de Madrid*, al *Mercurio de España*, el *Mercurio Peruano*, permitieron establecer puentes de contacto con las novedades políticas y culturales de la intelectualidad europea y de la España americana” (Díaz, 2012: 99).

Es este el marco de los profundos cambios en los usos y costumbres que “transformaron las pautas de sociabilidad, surgiendo las tertulias”, que sumadas a los acontecimientos externos devenidos locales (revoluciones, guerras e invasiones), derivan en la transformación radical del sentido de los conceptos de opinión y de soberanía. Siguiendo las tesis de Guerra (1998, 2003) afirma Díaz:

“La palabra *opinión*, una de las palabras clave de la política moderna, invade rápidamente el discurso patriótico. La *voz unánime* de la nación que rechaza al usurpador y proclama su fidelidad al rey cautivo, su *acción unánime* para luchar contra el invasor, se convierte en la voluntad del pueblo en la nación que actúa. Los autores de esta transformación son, justamente, los hombres de la palabra y del escrito, las elites intelectuales modernas. (...) son ellos los que dominan el lenguaje del *ciudadano*, del *despotismo* y de la *libertad*. Ellos, en fin, los que al ser hombres de la palabra y del escrito, ocupan con frecuencia los puestos más importantes de la progresivamente creada propaganda patriótica” (Díaz, 2012: 100-101).

El ámbito típico para el intercambio de opinión fue el de calles y cuarteles a partir de las invasiones inglesas (1806 y 1807) y de la invasión napoleónica a la Metrópoli (1808). Pero el de mayor continuidad e impacto sobre la elite intelectual fue el de las tertulias. Las tertulias se realizaban en viviendas patricias particulares, la cantidad de ellas funcionando simultáneamente era mínima y también lo era la cantidad de participantes, por comparación con los múltiples espacios específicamente públicos (los pubs, cafés, bares, entre otros), su gran cantidad de lugares y participantes observable en los modelos canónicos británico y luego francés. Pero Díaz hace notar que no es el volumen sino el tipo de vínculo el que define si se ha constituido alguna forma de esfera pública en un momento histórico y lugar específico como el Río de la Plata. La configuración de la esfera pública rioplatense se manifiesta así en la paulatina separación de los ilustrados respecto de los enriquecidos (en los términos dados por Vicente Fidel Lopez, 1975, T. I, 427-428), produciendo un espacio de afinidades que se distingue por su compañerismo, y que, paso a paso, acrecienta su influencia en las elites sociales y políticas “por su propio derecho”.

Prácticas de intercambio epistolar u oral en espacios de pertenencia inter-pares se hacen crecientes en el último tramo del régimen colonial (Díaz, 2008: 102; Levene, 1960; Maggio Ramírez, 2008). Esta constatación permite a Díaz hacer notar un elemento que retomaremos en esta tesis, y que afecta tanto el período específico de su tesis como procesos posteriores: que si bien es evidente el punto de ruptura que marca la crisis española de 1808 en el proceso de conformación de esferas públicas en el mundo hispanoamericano (Guerra, 2000), puede hallarse una génesis con tiempos notoriamente más largos y con rasgos que -sin negar la centralidad de los puntos de ruptura- son mucho más paulatinos, y permiten entrever prácticas transicionales que atraviesan la vida, problematizaciones e identidades colectivas de toda una generación, o más.

Su despliegue se asocia a la participación de sus integrantes en la elite funcional del Estado, que posee un rol de impulsor de iniciativas y espacios que potenciarán el lugar social de la elite intelectual. Se asocia también a las redes de sociabilidad familiar -en una ciudad pequeña, donde

prácticamente todos se conocen y emparentan de algún modo-, y al modo creativo con que responden a las bruscas e ininterrumpidas crisis iniciadas con la primera invasión inglesa en 1806, cuando la tradición cabildista y comunera (presente en la región desde los tiempos de la primera colonización), se recupera y desde una perspectiva distinta, en la que la voluntad del pueblo impone decisiones, como sucede cuando se logra la asunción de Liniers como virrey en diciembre de 1807. Es en este marco que se despliegan, desde el auge comercial iniciado a mediados del siglo XVIII, así como desde las nuevas aperturas a la circulación de información garantizadas por Carlos III, distintas prácticas que esbozan un *habitus* de circulación de información que, en la generación de Mayo, permite la adopción muy veloz de los principales elementos del periodismo decimonónico: las noticias sueltas (periodismo gacetillero/restringido), los primeros esbozos de periodicidad (periodismo manuscrito/ampliado), los pasquines (económicos, políticos, oficialistas, revolucionarios, y finalmente periódicos impresos en sentido lato), los cuales a su vez articularon su circulación con ámbitos de lectura que potenciaron la conformación de la esfera pública rioplatense. A ellos se sumaban la esfera privada ampliada (redes de familia y desde ellas, convocatorias a tertulias y salones), los ámbitos públicos con acceso parcialmente restringido (cafés, librerías, boticas y otras instituciones, los colegios de Monserrat y San Carlos), la presencia de logias, y -dato no menor en la génesis de nuestra prensa decimonónica- los distintos ámbitos generados en los espacios públicos para la lectura en voz alta que potenciaba escuchas tanto en el público letrado como -muy especialmente- en el analfabeto: púlpitos y atrios, además de otros espacios en las iglesias y fiestas religiosas, pulperías, calles y plazas.

Tomando en consideración estas aproximaciones conceptuales y con vistas a contar con un marco contextual adecuado, en la siguiente sección de reflexiona en torno a la prensa como objeto de investigación histórica desde la perspectiva inscripta por este doctorado, la de las Ciencias de la Comunicación.

1.2. La historia de la prensa como objeto

La gran utilidad de los periódicos como fuente de investigación histórica torna su uso habitual por los historiadores, y este contacto habitual potencia aún más la necesidad de reconocer que, enmarcados en un sistema complejo de relaciones y dispositivos, los textos mutan una y otra vez sus sentidos y funciones según las relaciones en que se inscriben y los cambios históricos a los que se ven sometidos (Darnton, 1987; Chartier, 1992; Barbier y Bertho-Lavenir, 1999; Finkelstein y McClerry, 2014). Un libro -nos recuerdan Bourdieu y Chartier, citando a Levenson- “cambia por el hecho de que no cambia mientras el mundo cambia” (Bourdieu y Chartier, 1985).

Esta problemática relación con el texto por sí sola bastaría para afirmar que la prensa periódica, en tanto objeto cultural, constituye un objeto complejo cuyo abordaje es necesariamente multidisciplinar y complejo. Pero esta complejidad va mucho más allá de lo textual. Qué tipo de objeto de estudio histórico es la prensa periódica en tanto objeto comunicacional resulta, pues, un problema que necesitamos abordar por partida doble, en tanto se nos presenta, en primer lugar, como un objeto de análisis a reconstruir, pues se trata no sólo de su registro físico como documento impreso, sino de relaciones y dispositivos concretos en constante intercambio, y en segundo lugar, estas relaciones y dispositivos mutan e interactúan de distinto modo a lo largo de los profundos cambios históricos que atraviesan²⁸.

Cuando abordamos el nacimiento de la prensa periódica y su tránsito hacia la modernidad en las jóvenes naciones hispanoamericanas, resulta, pues, inevitable considerar no sólo estas complejidades, sino el modo en que se impactan mutuamente las condiciones diversas de desarrollo y situación de la prensa a comienzos del siglo XIX en los países más avanzados de Europa en su parlamentarización y su entrada al capitalismo industrial, por un lado, el debilitado imperio español por otro, y las colonias -pronto ex colonias- hispanoamericanas. Mientras en Europa occidental, especialmente en el caso modélico británico (Habermas, 1995: 95), se explicita una transformación del rol de la prensa con raíces en el ciclo de revoluciones burguesas abierto en el siglo XVII (Holanda, Gran Bretaña), la región rioplatense tiene un contacto con estas grandes transformaciones en forma muy indirecta, mediada por la compleja adopción de prácticas de prensa propias de los tiempos del despotismo ilustrado en la metrópoli española.

Este choque de condiciones diversas se extrema en los años posteriores a la Revolución de Mayo, dado el colapso del imperio colonial español, la independencia de las ex colonias hispanoamericanas, la acelerada industrialización en Europa y América del Norte, la parlamentarización definitiva del Estado en Occidente, etc. Ante la elite rioplatense contrastan la experiencia adquirida en las últimas décadas de vida colonial versus las alternativas de este nuevo periodismo ya desplegado en Inglaterra, Estados Unidos y -de otro modo- en Francia, poniendo al nuevo país en formación frente a las alternativas de adoptar los dispositivos ya maduros históricamente en sus países de origen, o de realizar un recorrido propio a partir de la propia experiencia acumulada, adoptando las tecnologías de impresión pero hallando roles particulares para el periodismo en la construcción de los dispositivos de prensa.

Podemos adelantar aquí que, en concordancia con el proceso histórico general que concluye hacia fin de siglo con un Estado moderno y un modelo económico agroexportador fuertemente

²⁸ Para revisar las condiciones de existencia de las relaciones y dispositivos comunicacionales, Cfr. Hall, 2004 [1973]; Verón, 2009; Aumont, 1990; Williams, 1997; Traversa, 2009. Véase también mi trabajo *Prensa, Modernidad y Transición* (2008). En relación con las implicancias de esta mutabilidad del objeto en su dimensión textual, Cfr. Moyano (1997: 1).

dependiente del mercado mundial, la prensa periódica nacional habrá de recorrer diversas vicisitudes, pero llegará a las últimas décadas de siglo adoptando una versión periférica de la prensa moderna consolidada en Europa y Estados Unidos. En su camino, notables desfases entre regiones y entre formas de articulación del sistema político sostenidas por las facciones se producirán y escalarán rápidamente en su conflictividad. La inclusión más temprana de la práctica de prensa en ciertas regiones del país y/o sectores sociales y políticos más rápidamente adaptados a las condiciones de circulación de la prensa moderna, producirá asimetrías de eficacia en la acción política y formas de producción, circulación y legitimación de la opinión no sólo diferentes, sino en conflicto. Para la elite porteña asociada al comercio exterior, la formación de la opinión en el marco de pares al Interior de una elite autorreferencial resulta una práctica plenamente adecuada a sus modos de existencia y de producción / reproducción económica, lo cual les permite adaptar rápidamente ciertas funciones de la prensa moderna, hasta el límite del propio desarrollo de la sociedad civil en su conjunto. Para los gobernadores del Interior, en cambio, la prensa y eventualmente el periodismo deberán adaptarse fundamentalmente como órganos de Estado capaces de asegurar la transmisión de la cadena de autoridad y el asegurar de una opinión homogénea en relación con los actos de gobierno. Por ello, deben actuar en el marco de la construcción de una prensa estatal, y al mismo tiempo, rechazando, muy a su pesar, la inclusión de formas parlamentarizadas de práctica periodística. A su pesar, porque explícitamente es el modelo que buscan adaptar, pero su sola existencia causa de inmediato crisis de régimen.

De allí el interés del recorte propuesto en esta tesis: ¿cuáles fueron los modelos periodísticos que se plantearon en las primeras décadas transcurridas desde la quiebra del orden colonial hasta la consolidación de un Estado moderno? Si no se trata del mismo recorrido histórico que los casos modélicos que ahora se imita, ¿qué implicancias tienen los recorridos efectivamente realizados en el breve lapso histórico entre la colonia y el Estado moderno de la década de 1880? ¿En qué aspectos podemos hablar de un solo objeto a lo largo de estas décadas, y en cuáles podemos considerar que se producen diferencias importantes, con implicancias para su estudio como objeto histórico?

Comenzaremos nuestra introducción a la prensa como objeto con el marco de la comprensión compartida en el campo comunicacional. Desde los años '80, los aportes de Habermas en su clásico *Historia y Crítica de la Opinión Pública* (1995) permitieron armonizar visiones que priorizaban las prácticas como eje de análisis, y aquellos que priorizaban las identidades de clase como hipótesis de partida. Habermas, en uno de sus párrafos más conocidos, repasaba las condiciones históricas de existencia de las nuevas prácticas burguesas que habilitaron el tráfico de mercancías y noticias a fines del medioevo:

"Con el temprano capitalismo financiero y comercial, irradiado a partir del siglo XIII desde las ciudades norteytalianas hacia la Europa Occidental y nórdica, surgen primero los emporios de los Países Bajos (...) y

aparecen luego las grandes ferias en las encrucijadas de las rutas comerciales largas; con él se dan los elementos para la formación de un nuevo orden social. Al comienzo son integrados sin muchas complicaciones por el viejo sistema de dominación. (...) este capitalismo estabiliza, por un lado, las relaciones estamentales de dominio; y pone, por otro lado, los elementos en los que aquellas habrán de disolverse. Nos referimos a los elementos del nuevo marco de relaciones: el **tráfico de mercancías y noticias** creado por el comercio a larga distancia del capitalismo temprano" (Habermas, 1995: 53).

Con ello, reforzaba tanto la visión historiográfica compartida en torno a los prolegómenos del periodismo como práctica llevada a cabo fundamentalmente por la burguesía europea en el tránsito de la Edad media a la moderna, como las nuevas visiones orientadas a reconocer en las prácticas de estos sujetos la perspectiva de las nuevas instituciones por venir: la condición de existencia de la prensa periódica ha de rastrearse entonces hasta el momento en que surge la circulación en gran escala e impersonal de mercancías y noticias. Su modo de circulación constituye tanto su forma de existir (mercancía-noticia en circulación) como su contenido (la circulación de mercancías y noticias como su objeto (Moyano, 1996). Esta característica se mantendrá como distintiva a todo lo largo de su historia, desde sus orígenes tardo-medievales hasta la actualidad, como forma predominante en todo el mundo capitalista, lo que equivale a decir, en todo el mundo actual.

Pero el recorrido histórico de cinco siglos entre la expansión del tráfico de mercancías y noticias y la prensa periódica moderna consolidada en Europa occidental durante el período histórico que analizaremos, presenta dimensiones que es imprescindible considerar en relación con la situación de la región rioplatense en la primera mitad del siglo XIX:

A. Los distintos espacios y tiempos en que se desarrolla, y la coexistencia no exenta de tensiones entre estos diferentes desarrollos: la prensa -como técnica de reproducción de la escritura- y el periodismo -como práctica de circulación de información- son fenómenos que nacen por separado y encuentran su intersección tras un recorrido de siglos, sin que cesen ciertas diferencias entre ellos, y ambos implicarán la coexistencia de distintas prácticas asociadas, con mutuas interinfluencias. Si bien la prensa periódica contiene como característica esencial su naturaleza burguesa (intercambio impersonal continuo), a lo largo de distintas épocas se ha visto atravesada por otro tipo de prácticas y relaciones: su notable apropiación por el Estado durante el absolutismo, sus primeros pasos ligados a la organización gremial artesana y el sistema de concesiones y privilegios, la apropiación de los dispositivos ya desarrollados en unas formaciones sociales por otras enmarcadas en sistemas de reglas predominantes distintas, etc.

B. La tensión entre los ámbitos público y privado, delimitados en forma contemporánea al nacimiento de la prensa periódica, atraviesa toda la historia de esta última. El periodismo nace como práctica completamente particular, pasa a ser controlado fuertemente por el Estado bajo el absolutismo en su apogeo en el siglo XVII, y retorna a la sociedad civil bajo nuevas condiciones

tras las revoluciones burguesas, sin perder, en su recorrido, las marcas de esa estatalidad, aunque predominen las reglas del mercado y de la sociedad civil en su organización. Su inscripción como vehículo fundamental de la esfera de lo público mantendrá esta tensión como irresoluble: intereses empresariales, sectoriales (partidos, organizaciones civiles, etc.), colectivos (la ciudadanía), de la autoridad estatal. Todos estos intereses en tensión deberán coexistir buscando equilibrios.

C. En las formaciones periféricas, la llegada de la práctica periodística está afectada por el diverso desarrollo del periodismo en la metrópoli. Y complementariamente, si en la metrópoli no existía el periodismo más moderno, existe la posibilidad de que esas formas más modernas busquen ser adaptadas o lleguen bajo la forma de nuevas prácticas comerciales o políticas, no para iniciar una génesis equivalente a la de su país de origen, sino para ser adoptadas en el estado de desarrollo en que se encuentran. Consideraremos brevemente, a continuación, estas tres dimensiones en su despliegue histórico.

1.2.1. Los orígenes

Los más remotos antecedentes de aquello que más adelante se llamará *prensa periódica* pueden hallarse en las postrimerías de la Edad Media²⁹, a fines del siglo XIII y comienzos del XIV, en las principales ciudades de Occidente, de mercantilización más temprana: en Holanda, la cuenca del Rin alemán, el norte italiano y Cataluña (Moyano, 2008). Allí, prensa y periodismo nacieron - ambos entre los núcleos burgueses urbanos- por separado. Su fusión para lograr un desarrollo más y más acelerado -fulminante a partir de los siglos XVIII y XIX- demoraría aún otros doscientos años. Como se ha mencionado más arriba, esta naturaleza burguesa por su práctica y sus actores, estaría presente a lo largo de toda su historia, incluso -por medio de las dificultades para su adopción- en formaciones sociales periféricas en proceso de incorporación al mercado mundial, o con modelos estatales y económicos en choque con él.

Primero artesano, después capitalista, su linaje burgués recorrió todo tipo de variantes, pero posee algunos elementos comunes a todos los tiempos y lugares en que se desarrolló hasta ahora: actividad específicamente urbana y propia de formaciones sociales donde esa vida urbana posee un alto grado de autonomía, e incluso de superioridad económica y política, respecto de la vida rural; sus sujetos productores se vinculan al artesanado gremial primero, a la acción del Estado luego, y a la empresa

²⁹ Aunque hasta hace unas décadas atrás se lo consideraba, hoy tiende a aceptarse la idea de que la *Actas Diurnas* romanas no fueron periodismo. Puede considerarse como antecedente de un proto-periodismo occidental, pues existen analogías notables entre ellas y lo que se llamará históricamente “periodismo” en tanto que una formación estatal compleja organiza modos de circulación estables de información, pero las actas diurnas eran informes personalizados, puntuales, requeridos por un mandante superior, y no un ejercicio habitual de búsqueda y difusión de información. Mucho menos de “libre examen” y crítica. Lo más parecido a un antecedente antiguo del periodismo moderno, debe rastrearse en la historia de China, donde hay registro de publicaciones equivalentes a gacetas de Estado en el siglo VIII de nuestra era (Lin Yu Tang, 1947).

productiva capitalista después. Pero sin excepción hasta ahora, el paso a la empresa productiva capitalista nunca se dio desde la nada o desde el artesanado, sino a través de la presencia del Estado que la estabilizó como práctica económica y social, organizó sus agendas temáticas y originó géneros, instauró la regularidad y le dio uso sistemático como instrumento de afirmación de autoridad ante el “público”, como instrumento de combate y como instrumento de interacción social durante procesos de brusca expansión de la población de grandes ciudades (como París en el siglo XVII, por ejemplo). Es pues, simultáneamente, un instrumento necesario para la existencia del Estado moderno, un instrumento para uso de este Estado, y un instrumento que requiere ser ampliamente controlado por el Estado en función de su naturaleza y protagonistas plebeyos que apuntan a su “caótica” utilización para circulaciones horizontales e impersonales con intenciones económicas privadas, o más adelante, propia de las sucesivas esferas de lo público sobre las que la burguesía expande y resguarda sus nuevas formas de publicidad (Habermas, 1995). Esta tensión fue vivida desde el primer Estado absolutista, pasando por la época de las Revoluciones burguesas, el Estado parlamentario clásico e incluso -ya fuera del arco histórico de esta tesis- el Estado de bienestar, el cual estableció toda una nueva doctrina de interacción con la prensa periódica.

Tal como muestra Habermas, la circulación de noticias aparece ligada al tráfico de mercancías, tiene la forma inicial de intercambio epistolar manuscrito, no desafía la autoridad estatal, y existe en concreto en los ambientes ligados a la burguesía dedicada al tráfico a distancia. No existe aún la imprenta (que aparece a mediados del siglo XV), lo que muestra una particularidad de significativas implicancias posteriores: el intercambio de información y la imprenta tendrán durante cierto tiempo una existencia separada, y durante mucho tiempo una diferente relación con la autoridad estatal, sobre todo durante la época absolutista; el tráfico buscará ser controlado, pero nunca apropiado por el Estado, en tanto que la imprenta tendrá un uso preponderantemente estatal y, cuando las concesiones habilitaron un aprovechamiento empresarial privado, el control será, en comparación, mucho mayor, equivalente al control de contenidos de libros, mientras que el tráfico mercantil será, por el contrario, promovido (Moyano, 1996, 2008).

La imprenta

La imprenta occidental nace a mediados del siglo XV, en la etapa final de un régimen corporativo artesanal medieval que iniciaba el largo camino a su transición hacia la época de las iniciativas empresariales burguesas³⁰. Su organización interna se inicia pues bajo las prácticas de costumbres corporativo-gremiales y pasa más adelante a configurar una organización propia del taller capitalista

³⁰ El conflicto entre Johannes Gutenberg y el prestamista Johann Fust, quien se queda con su primer taller y lo pone en marcha por su cuenta, es sintomático de este momento transicional.

de manufactura. Poco más tarde será apropiada y controlada por el naciente Estado absolutista, que la utilizará como una de las grandes instituciones permanentes que lo caracterizan, para consolidarse en la época de las revoluciones burguesas como una práctica empresarial capitalista³¹. ¿Cuáles de estas características se hacen presentes en la imprenta que llega al Río de la Plata? Darnton (1987: 81 y s.s.) y Barbier y Bertho-Lavenir (1999: 23 y s.s.) muestran que todavía en las décadas de 1730 a 1750 era posible hallar en Francia rasgos de la organización interna de las imprentas propios de las relaciones piramidales del gremio degradadas ya por la presencia del dueño capitalista. En el caso de las imprentas en el mundo hispánico es probable que esto también sucediese en amplio grado, con aprendices entregando largos períodos de servicio mientras adquirirían los saberes y entrenamientos, sin otra retribución que ese mismo aprendizaje, el techo, vestido y alimento. Algunas descripciones del Interior de un taller de imprenta, integrantes y distribución tanto de tareas como de pagos, muestran al menos algunos de estos rasgos hasta el fin de la colonia en todos los virreinos americanos, y también en la metrópoli. Furlong (1947), Torre Revello (1947), Canter (1961) y Sáiz (1983) muestran, por su parte, cómo el rígido sistema de concesiones y privilegios totaliza el despliegue de imprentas bajo el absolutismo, y muy especialmente en el imperio colonial español hasta el momento mismo de su final. Veremos por ello que, en sus inicios, la imprenta en la región rioplatense presenta tanto rasgos pre-modernos (concesiones y privilegios, muy pocos actores, luchas por las concesiones, formación de tipógrafos en la imprenta preexistente) como la incorporación de adelantos contemporáneos por la vía de la importación de equipos por actores tanto estatales como privados, así como la inmigración de tipógrafos formados en Francia o España después de la caída de la Restauración.

Mientras que la imprenta inicialmente cubrió con nueva eficiencia demandas preexistentes, el proto-periodismo³² surgido en el siglo XIII sí nació para satisfacer nuevas necesidades. Se inició en etapa

³¹ Antecedentes del arte de imprimir pueden rastrearse hasta la antigüedad, por ejemplo en las técnicas de sellos y rodillos con fines de copia sobre arcilla o papiro en la cultura sumeria (Kramer, 2013; Schmökel, 1977). También pueden hallarse técnicas equivalentes al xilografiado y a los sellos de barro cocido, porcelana y otros materiales entre los pioneros chinos de la impresión de planchas fijas (desde el siglo VIII de nuestra era) y de tipos móviles desde el siglo XIII (Lin Yutang, 1947; Staubach, 2013; The Editorial Committee of Chinese Civilization, 2007). La imprenta occidental lograda por Gutenberg coronó cuatro décadas de ensayos en el ritmo secreto y prudente de los gremios artesanales ligados a la orfebrería y la xilografía, en Holanda y Alemania. Una vez puesta en marcha, su expansión fue formidable. En menos de medio siglo la copia manuscrita de libros había entrado en decadencia, y todas las capitales de los nuevos Estados absolutistas habían pasado a contar con imprentas estatales o con privilegio exclusivo. Si bien la función de la imprenta, asociada al Estado, al libro y al periódico, sufrirá cambios radicales en el tránsito al capitalismo industrial y al régimen parlamentario de gobierno, el dispositivo técnico no ofrece casi transformaciones entre la prensa de Gutenberg y las que predominan a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Es en el momento histórico en que se inicia el período objeto de esta tesis cuando el dispositivo técnico entra en una brusca mutación. Si en los primeros 350 años podía contabilizarse apenas un par de avances significativos -sintetizados en la prensa holandesa, por ejemplo- a partir de 1850 los cambios a suceder serán impactantes: las prensas de hierro Stanhope y Filadelfia, la incorporación de la máquina de vapor para moverlas, la inclusión de rodillos, el papel continuo, la rotativa, la industrialización del papel a base de pulpa de madera, etc. (Thomas, 1810; Society for Promoting Christian Knowledge, 1855; Ojeda, 2002; Labarre, 2002).

³² Se reserva en este trabajo el término proto-periodismo para aquellas actividades y dispositivos en los cuales ciertas características permiten incluirlos en el periodismo propiamente dicho (intercambio impersonal de mercancías-noticias, regularidad de publicación, dispositivos y soportes reconocibles tales como periódicos, tópicos y secciones característicos, etc.), pero otras los muestran en un estadio más primitivo: aún no existe regularidad, las secuencias son breves o nulas (números únicos), y sobre todo, las relaciones de venta de información son aún personalizadas, tanto en su demanda como en la cantidad de destinatarios. Esta práctica precede a la

manuscrita, de modo paralelo al desarrollo del intercambio mercantil, en forma de "cartas periódicas", las cuales eran efectivamente informes privados periódicamente enviados por corresponsales desde puntos clave a comerciantes, con información acerca de mercancías, precios, situación de los caminos y de las ciudades a visitar y, muy novedosamente, de la "honorabilidad" de los potenciales pagadores con "papeles-valor". Esto sucede muy tempranamente, pudiendo hallarse ya en los siglos XII y XIII en los puertos comerciales de Cataluña y en territorios de lo que actualmente son el norte italiano y Alemania. De esta actividad deriva otra, efectivamente periodística, cuando el escribiente al servicio del mercader se hace también él mercader de sus escritos, y se semi-independiza, vendiendo en los puertos de mayor movimiento información mercantil a varios compradores. Estos "varios" comenzaron siendo concretos, pero con el avance del proceso de monetización resultante de la *conmutación de cargas* y la entrada de metálico de nuevas fuentes, se transformaron en "cualquier comprador". Esta nueva actividad, vista por primera vez en las pujantes ciudades del norte italiano en la primera mitad del siglo XV, implica un paso clave, al despensar los destinatarios de la información, por medio de una relación estrictamente monetaria³³.

Hasta aquí podemos observar que en su genealogía clásica, la prensa periódica nace determinada por su naturaleza burguesa y sobre-determinada por su apropiación estatal (Moyano, 1996). Su aparición en una formación periférica como la rioplatense presentará, como veremos, una presencia mucho mayor del Estado, sobre todo en el desarrollo de la imprenta, pero también del primer periodismo, indicando la inexistencia, aún, de una sociedad civil burguesa sobre la cual sostenerse, lo cual deja el dispositivo en un exacerbado desarrollo de la función estatal. Sin embargo, será posible hallar un muy tenue uso de la práctica de la información comercial, en coherencia con la incipiente conexión de la economía regional con el mercado mundial, a través de la ganadería (economía del cuero, el hueso y el sebo, más adelante del tasajo).

El uso estatal de la imprenta apenas constituidos los Estados absolutistas expande la cantidad de privilegios y concesiones para talleres, que realizan también trabajos a pedido de particulares, siempre en el marco de las relaciones de control y censura aceptados por el conjunto de la cultura letrada como inherentes a la vida moral y religiosa de su tiempo. Esta disposición de la imprenta para imprimir libros y escritos sueltos y comerciarlos en las ferias favorece una primera convergencia entre el tráfico de

periodística propiamente dicha desde el siglo XII, coexiste con ella desde los siglos XIII y XIV, y es remplazada por ella en el siglo XV (Acosta Montoro, 1973; Habermas, 1995; Borderia Ortiz, Laguna Platero y Martínez Gallego, 1996; Labarre, 2002).

³³ Un segundo elemento se desarrolla en las plazas y caminos por medio del mercader de noticias (no comerciales sino de "sucesos"). Su vendedor originalmente recita y canta las novedades, cuenta con histrionismo hechos reales o imaginarios, cómicos, morbosos, terribles o insólitos, con dramatización teatral. El paso adelante será dado por la escritura del hecho y la venta de copias. Nace así una de las materias primas centrales de lo que se llamará, mucho después, "literatura de cordel". Ejemplares de estos papeles aparecen ya en Cataluña en el siglo XI. Con la imprenta, la posibilidad de multiplicar estas copias abre un negocio atractivo y favorece la "explosión" de escritos en las ferias visto en la segunda mitad del siglo XV en toda Europa occidental. Nuevamente la imprenta aparece absorbiendo prácticas preexistentes sobre nuevo soporte.

noticias y la impresión. La primera forma de prensa periódica con cierta regularidad se detecta en los mercados y ferias en el siglo XV, con la continuidad de almanaques anuales y semestrales. La Reforma protestante llevará la proliferación de imprentas a un punto de no retorno, al quebrar la cadena vertical de obediencia propia de la estructura eclesiástica anterior. Biblias en lenguas vernáculas, panfletos y ensayos polémicos y aflojamiento de los controles facilitan esta proliferación. Pero será el Estado el protagonista de la inherencia definitiva entre imprenta y prensa periódica. Su rol en la formación de un público destinatario del discurso gubernativo, así como su control del flujo del tráfico de noticias, concentrándolo en ciertos momentos y territorios, serán decisivos. Porque si bien desde su nacimiento, en su desarrollo y expansión por el mundo, la prensa periódica llevó la impronta de su linaje burgués, el nuevo modo de relación social que ésta vehiculiza es también y antes aún la condición de existencia de esta nueva forma de Estado, la primera moderna: un Estado que deja atrás las relaciones estamentarias, personales y de coerción y servicio directos propios del Estado feudal, e intenta organizar un aparato de dominio estable, permanente y centralizado sobre el conjunto territorial de una nación o al menos de un espacio abarcativo de una enorme cantidad de territorio.

Hasta que el Estado comenzó a ocuparse, lo más parecido a alguna periodicidad de la información era dado por la continuidad de la clientela comercial: repetición de ferias (semestrales) y llegada y partida de barcos regulares (cosa no tan abundante en aquella época). El proceso de gigantesca centralización del Estado, la búsqueda de normas comunes de paso entre feudos y reinos (pesas y medidas, moneda, control, policía), la necesidad de establecer acciones simultáneas de presencia y gobierno en territorios antes impensables por su extensión (toda una nación), tales como ejército permanente y suficiente para asegurar control efectivo, sistema fiscal permanente, burocracia administrativa, diplomacia que controle la relación con los demás Estados cristianos de Europa, todo esto exige novedades en el campo de la imprenta y la información:

a) Control: el Estado necesita evitar que ‘cualquier discurso’ circule, más aún cuando el sistema de legitimación de la época es el de autoridad y comunidad. Prohíbe, regula, y también estimula el primer sistema regular de tráfico a través de correos oficiales, únicos autorizados³⁴.

³⁴ El control se extendió al desatarse las guerras de religión a comienzos del siglo XVI. Fue “...estructural, mediante el concesionismo aplicado al establecimiento de imprentas, y político-jurídico mediante la represión directa y brutal de los propagadores de noticias consideradas falsas o inoportunas (...) Gregorio XIII ordena condenar a galeras a los *menanti* (noticieros) que recojan, redacten o difundan noticias falsas o verdaderas, sobre su país o sobre los otros, que no pasen por la censura previa. Sixto V se mostró implacable contra los *pestiferi uomini*. En 1587 mandó cortar la mano del *menanti* Annibale Capello, después ordenó que le cortaran la lengua y le ahorcó, con un letrado en el que constaba que le estaba bien empleado por falsario y calumniador” (Vázquez Montalbán, 1979: 66). Son famosas las leyes de Felipe II “el prudente” estableciendo la pena de muerte más pérdida de bienes para quienes ingresen en Castilla libros de romance impresos fuera de este reino (1558) y visitas domiciliarias de control y quema de libros (1588).

b) Periodicidad: el Estado necesita, para optimizar este control, que la información circule en “paquetes” cada cierta cantidad de tiempo (típicamente quincenal), lo que lleva a la primera forma de periodicidad regular conocida.

c) Público interlocutor: el Estado absolutista rompe la antigua forma estamental personal de dominio. Separa la propiedad privada de la tierra respecto de la potestad y responsabilidad pública del Estado (es sabido que esto ocasionó terribles tragedias en el campesinado). Exige el pago de impuestos. En todos los casos, se dirige “a todos” y “en todo momento”. Esta primera despersonalización de la comunicación de Estado da nacimiento a la noción de “público”. El Público es el destinatario del discurso del poder público. La imprenta se transforma así en herramienta fundamental de homogeneización, es absolutamente funcional a esta necesidad, y poco después lo sería la prensa periódica.

d) El arte de la guerra, forma más típica de acelerar la obtención de excedente durante el feudalismo, expande enormemente sus posibilidades durante la centralización absolutista. La lucha de legitimación, deslegitimación, auto-afirmación y motivación, ridiculización del adversario, aterrorizamiento y desmoralización, etc., son terrenos propicios para la acción de la imprenta, que por siglos será parte integrante de todos los ejércitos. La función guerrera de la prensa periódica fue anterior a su función de circulación de opinión pública.

Pero la nobleza, al tiempo que reprimía toda disidencia, estabilizaba el uso de la imprenta. Hacia mediados del siglo XVI todas las capitales de Europa occidental poseían imprentas, así como otras ciudades importantes. El sistema de concesiones sería siglos más tarde retardatario, pero ahora resultaba funcional para la formación definitiva del nuevo oficio en remplazo de varios artesanados medievales, y para una lenta y progresiva acumulación de capital por muchos impresores. Al mismo tiempo, este sistema aseguró el más absoluto control de los contenidos salidos de las prensas. Control casi siempre preventivo, y en algunos casos, represivo.

A comienzos del siglo XVI la mayor parte de las grandes ciudades de occidente cuenta con imprentas, bajo licencia real y censura eclesiástica. En la segunda mitad de ese siglo aparecen, por primera vez, Gazetas o Gacetas, Mercurios, Relaciones y "periódicos escritos"³⁵, impresos en talleres tipográficos.

³⁵ Los nombres "Aviso", "Relación", "Nueva Relación", "carta", "carta de...", "carta a...", "nueva carta..." son los más antiguos, y expresan envíos no necesariamente periódicos, generalmente monotemáticos, con información. Cuando se hicieron periódicos, se llamaron "periódicos escritos". El nombre "Mercurio" proviene del carácter comercial de su contenido y lectores; provenía de las ferias alemanas; el de "News" de los periódicos ingleses de noticias extranjeras; el de "Courant" o "Coranto", originario de Italia y Francia, significaba “corriente” o “tendencia”. El nombre *gazetta*, así como el uso indistinto *gazeta* y *gaceta*, provienen del precio muy barato que costaba el ejemplar en los puertos y centros comerciales italianos. De allí el nombre de *gazettanti* aplicado a sus redactores, que igual que los *menanti* perdían regularmente manos, lenguas, respiración y bienes, según el grado de enojo de la autoridad. No puede negarse tampoco que en el afán de vender noticias de mayor interés estos personajes habrán exagerado más de una vez crímenes escandalosos, rumores de conspiraciones y guerras en otros países, acordes con el interesante mercado de escándalo que solía encontrarse antes entre los contadores de historias en las plazas. Los redactores de gazettas, corantos, mercurios, relaciones, etc. no sólo sufrieron las consecuencias de escribir aquello que ni siquiera se debía pensar. Ya desde esta época fueron también destinatarios de un profundo desprecio por parte de todas las capas cultas que consideraban su trabajo no solamente plebeyo sino también pasajero, sin valor estético, y cargado de mentiras y exageraciones. Existen numerosas representaciones teatrales a lo largo

Es la primera fusión entre las dos actividades, y la partida de nacimiento de una proto-prensa periódica. Obviamente que de este modo se busca aumentar la cantidad y velocidad de producción de ejemplares informativos. Pero aun así, su circulación es todavía restringida. La redacción manuscrita continuaría coexistiendo con la impresa, durante el siglo XV y aún hasta el XVIII en regiones alejadas de los centros de manufactura.

El Estado, además de su actividad de control, obtuvo una herramienta vital para la gigantesca cantidad de material burocrático que comenzó a manejarse. Pero el pase de la imprenta y de las redacciones regulares a primer plano de la acción estatal, se produjo hacia 1630, cuando las condiciones de guerra y de cambiantes mapas de alianza causados por agrupamientos y luchas entre noblezas ligadas de distintos puntos de Europa mostraron el enorme potencial militar de la prensa periódica.

Desde las guerras de la Reforma y la Contrarreforma en adelante, en todas las guerras internacionales, de religión o internas (v.gr. represión del alzamiento de La Fronda en Francia entre 1648 y 1653³⁶), se fue utilizando más y más la prensa como instrumento de guerra orientado a fortalecer la moral y enardecer a los seguidores, captar o neutralizar a los indecisos y atemorizar, desinformar y ridiculizar a los enemigos. El constante uso militar afecta el desarrollo del discurso de la prensa hasta su apropiación por la esfera pública burguesa: los lenguajes de enfrentamiento, anónimos hirientes, sátiras, apologías, ironías mordaces, exacerbación de las características negativas -presentes en todos los actores de un conflicto- sólo para el bando enemigo, etc. constituyen una presencia en toda relación de conflicto desde la antigüedad. Pero la prensa sistematiza su uso en nueva escala, y una parte importante de esta experiencia será ampliamente retomada durante la transición de la prensa argentina hacia la modernidad.

1.2.2. Apogeo del absolutismo y nacimiento de la prensa periódica regular

A caballo del control estatal y de la paulatina expansión del mercado, entre el último lustro del siglo XVI y la primera década del XVII nace la prensa periódica propiamente dicha. Vázquez Montalbán menciona publicaciones periódicas semanales en Estrasburgo y Ausburgo, agregando: "Lo

de la edad moderna, en que se satiriza a estos "vendedores de noticias", "fabricantes de embustes", estereotipados como seres desesperados por llamar la atención con sus escritos y venderlos, imaginario que cambiará profundamente en el siglo XIX con la aproximación definitiva de los escritores al universo de la prensa periódica.

³⁶ "Entre 1649 y 1652 se calcula que aparecieron hasta cuatro mil hojas volantes distintas en contra de [el ministro] Mazarino, la mayor parte redactadas en versos informativos y sarcásticos, y bautizadas con el nombre de mazarinadas" (Vázquez Montalbán, 1979: 102). En el marco de este conflicto tanto Mazarino (quien había remplazado como ministro a Richelieu, el impulsor de la primera Gaceta oficial, la Gaceta de Francia) como Renaudot (su redactor), se trasladan a la sede de la corte en Saint Germain (en Laye), desde donde continúan imprimiendo material de propaganda y la *Gazette*. Mazarino controlaba la imprenta en forma directa, en una actitud característica de una etapa de uso militar de la imprenta, que se cuidaba tanto como el parque de artillería. Se la evacuaba en las retiradas y se la hacía avanzar con los avances militares. La utilización militar de la imprenta llegará a su cumbre con Napoleón, quien llevó imprentas y editó pasquines, periódicos, volantes, etc. en todas sus campañas. Más de una vez debió amonestar a quienes estaban a cargo de la administración en París por difundir noticias contradictorias con las que generaba él en el frente con fines de manipulación militar de la información.

cierto es que a fines del siglo XVI en las principales capitales europeas donde había prosperado la artesanía de la imprenta y donde coincidían encrucijadas postales, aparecieron intentos de publicaciones periódicas informativas, sin otra concepción que el ser mercancías producidas y vendidas por el impresor." También menciona Vázquez un ejemplo que muestra ya la relativa estabilidad de las publicaciones: "En 1876 en la Universidad de Heidelberg, se descubrieron 52 ejemplares [números] de una gaceta estrasburguesa editada en 1609 por Johan Carolus" (Vázquez Montalbán, 1979: 89).

Pero el proceso completo de nacimiento de la prensa de Estado se observa por primera vez en Francia con la experiencia de la *Gazette de France* impulsada por el Cardenal Richelieu y llevada a cabo por Theopraste Renaudot. Richelieu innovó el uso de la prensa en varios aspectos, porque intentó estabilizar un mecanismo multifuncional. Disponible para los aprestos militares y para la guerra misma, también servía para unificar discursos sociales en torno de la monarquía, en medio de las heterogéneas ciudades capitales, así como para intercambiar información de corte, en una extensión de la actividad diplomática³⁷. En un plazo de apenas 30 años (1630-1660), todas las capitales de Europa Occidental poseían su periódico de Estado, casi todas con el nombre de "Gaceta de..." seguido del nombre del país o de la capital correspondiente. Este modelo de prensa predominó en Inglaterra hasta 1688 y en Francia hasta 1789; sobreviviendo en el escenario europeo hasta bien entrado el siglo XIX. Hasta entonces, pudo notarse muy lenta pero continuamente, la correlación cada vez mayor entre los desplazamientos geográficos de los principales hitos de la prensa periódica, cuantitativos (tiradas, cantidad de periódicos y de imprentas), cualitativos (variedad de contenidos, precios, decaimiento y mucho más adelante abolición de la censura) y tecnológicos, los cuales van siguiendo milimétricamente los puntos de mayor o más dinámico desarrollo de la burguesía³⁸.

³⁷ Renaudot era parte del riñón del Estado. Médico del Rey y director del Monte de Piedad, entre otros cargos, fue su posición la que le permitió articular diferentes funciones de distribución de noticias en un solo periódico: por un lado recibía muy rica información proveniente de los corresponsales que su amigo el genealogista Pierre d'Hozier poseía tanto en Francia como en el extranjero. Por otro lado, la creciente urbanización de París, receptora de población que migraba desde áreas rurales o poblados más pequeños, había dado lugar a nuevos problemas y conflictos que conocía por su labor en el Monte de Piedad: pérdida de vínculos comunitarios y familiares, búsqueda de recursos de vivienda y trabajo en un universo de creciente mercantilización. La función de los avisos y noticias era cada vez más importante, tanto por la necesidad de información económica por parte de los burgueses, como por el uso estatal de la información favorable. Existía, finalmente, un espacio de relatos de entretenimientos que incluía toda clase de acontecimientos extraordinarios, relatos morbosos y frivolidades cortesanas. El acierto de Richelieu y Renaudot fue percibir la posibilidad de unir todos estos elementos en una única publicación regular avalada por el sello del Estado, con información cortesana favorable al Estado, material de entretenimiento, material de "interacción social" (avisos de alquiler de habitaciones, ofertas de servicios laborales), datos económicos con impronta mercantilista... Richelieu redactaba los artículos más decisivos para la acción estatal: registro de tratados, victorias militares, éxitos en el enriquecimiento del reino, etc. en tanto que Renaudot volcaba su experiencia en el resto de los contenidos. *La Gazette* tuvo una periodicidad semanal, lo cual era de por sí un adelanto para su tiempo. Aún se notaba en la publicación algunas características transicionales: tendía a estabilizar el reconocimiento de continuidad del nombre que la encabezaba (a diferencia de los avisos y relaciones que carecían de nombre más allá del genérico "Aviso de...") pero mantenía dos nombres: Uno de *Gazette*, y otro de *Noticias ordinarias de varios sitios*. Con el tiempo, el segundo pasó a ser título de una sección interna. En forma acorde con las reglas de su tiempo, la dirección de la gaceta pasó de Renaudot a su hijo, siendo este último (Isaac de Renaudot) médico del Delfín. Con la reforma borbónica, la Gaceta fue instituida como órgano oficial del Estado (desde 1762, cuando pasó a llamarse *Gazette de France* en forma definitiva), y tras la revolución cambiaría su función y su rol.

³⁸ Del temprano auge del norte italiano, la cuenca del Rijn -y sus zonas e influencia- y Cataluña, se pasa al auge de los Países Bajos en el siglo XVII, en tanto decaen partes del norte italiano y Cataluña. En este último siglo comienza el auge de la prensa británica, en la que se producen los pocos adelantos técnicos no holandeses después del siglo XVII, hasta que Estados Unidos se incorpora al

El período de cuarenta años que va de 1631 a 1671 es fundamental en la estabilización de la existencia de periódicos regulares permanentes y en la consolidación de temáticas típicas, como la información extranjera (censurada) y los "sucesos sociales" de la realeza. Los dos países en que esto sucede con mayor claridad son Francia e Inglaterra³⁹. En ambos casos, el formato característico (periodicidad, ordenamiento de los textos, temas) impregnó las publicaciones burguesas (debiendo aclararse también que los propios periódicos oficiales eran impresos y redactados por elementos provenientes de la burguesía o del artesanado aburguesado, bajo el sistema de concesión).

1.2.3. Revoluciones burguesas y transformación del rol de la prensa periódica

La sistemática persecución del disenso y el estricto control del poder político sobre la prensa comienzan un franco proceso de deterioro a partir del crecimiento del poder económico y político de la burguesía inglesa, desde fines del siglo XVII y durante el siglo XVIII. Así como la del continente, especialmente la de Francia que controla ampliamente la economía gala y se hace del poder político hacia fines de este último siglo. En Gran Bretaña la revolución industrial permitirá pronto alcanzar mayores y mucho más rápidas tiradas y la ampliación general del mercado-. Más adelante en Francia, donde debido a las características específicas del absolutismo francés en el Siglo XVIII (Anderson, 1979: 107-108), la burguesía se encuentra libre de acumular capital por su cuenta, fuera del ámbito del Estado, y por ello en el momento decisivo de la Revolución controla toda la imprenta, dando nacimiento a la famosa avalancha de prensa doctrinaria de la revolución⁴⁰. La estabilización de una oposición parlamentaria en la Inglaterra burguesa nacida con la revolución de 1688 da lugar a la legitimación de la existencia de una prensa opositora que toma para sí el deber de "dar a publicidad" los actos del poder y criticarlos en nombre de la "opinión pública"⁴¹. En Francia este proceso es más

mercado mundial de prensa en el siglo XIX. A comienzos del siglo XIX Inglaterra tiene un desarrollo mucho mayor que el resto del mundo, incluyendo simultaneidad de diarios, producción industrializada con máquina de vapor (The Times, 1814), producción y exportación de imprentas, pero debe comenzar a competir en su liderazgo no sólo con Francia sino también con Estados Unidos, donde la imprenta "Filadelfia" comienza a exportarse con éxito desde 1810.

³⁹ La Gazette de France (Gaceta de Francia) de 1631, ya comentada, los Diurnalls ingleses, que apoyando la lucha del parlamento contra el rey lograron mayor legitimidad y posibilidad de expresión, si bien el parlamento reguló la libertad de inmediato y estableció la censura previa (1642 y 1643 respectivamente).

⁴⁰ Entre 1789 y 1792 aparecieron mil cien publicaciones periódicas. La tradición periodística francesa alcanzó cumbres tales que aún después de la concentración de capitales lograda por la desaparición forzada de la mayor parte de los periódicos a partir de Napoleón y hasta 1848, en ese último año, entre febrero y mayo, aparecieron sólo en París doscientos periódicos (Habermas, 1980: 9).

⁴¹ El Daily Courant, primer diario inglés, nace en 1702; Daniel De Foe, Joseph Addison y Richard Steele son los nombres más conocidos del periodismo de la primera década del siglo XVIII, que se transformará en paradigma del periodismo burgués de allí en más. De Foe editó The Weekly Review; Steele The Tatler; entre 1709 y 1711; Steele y Addison –juntos– el famoso The Spectator en 1711-1712. Una prensa que postulaba para sí una misión educacional, que permitiese a la creciente burguesía acrecentar no sólo su instrucción general (hábitos de lectura, conocimientos científicos y prácticos, nociones de humanidades, moral y literatura) sino también hábitos de comportamiento que le permitiesen coexistir con la más formada cultura cortesana. No casualmente, el término "cortesía" comenzó a remplazarse por el más burgués de "urbanidad" en la práctica de estos saberes. Era una prensa que defendía y realizaba tareas para garantizar la publicidad de los actos de gobierno, su crítica, la circulación sistematizada de información mercantil, la adición de libros por entregas, y todo escrito que apuntase a tareas didácticas y de fomento a la civilización. Reconocer a la comunidad como una Sociedad de concurrencia entre individuos iguales en derecho y capaces de tolerarse las diferencias era parte de su manifiesto, que en lo formal aseguraba un texto con palabras y estilo educado, amable, criterioso y con intención de ser objetivo, evitando retóricas soeces o temas morbosos. Los periódicos de los primeros años de la Revolución de Mayo, a un siglo de la

difícil, pues la primera prensa post-absolutista es la prensa de clubes y partidos, muy fragmentada (Habermas, 1995: 94 y s.s.). Pero luego del período napoleónico que a través del control estatal favorece la reducción de competidores por el espacio periodístico, y la resistencia periodística solapada a la restauración, su rol institucional parlamentario quedará asegurado. Recién entonces, en el segundo cuarto del siglo XIX comenzamos a aproximarnos al nacimiento del espacio de la prensa burguesa industrializada, y encontramos, luego de una serie de sucesivas transformaciones y de generación de condiciones de existencia, una génesis cuya direccionalidad sólo puede establecerse *ex post facto*.

De hecho, en la Francia de 1780 -fecha en que, por ejemplo, se instala la imprenta a Buenos Aires- aún no ha estallado el proceso acumulado en todo el siglo XVIII. El grueso de la nobleza no se interesa por intervenir directamente en la producción y el grueso de la burguesía no accede al Estado. La burguesía controla todas las imprentas, ampliamente prósperas al compás del Siglo de las Luces, y el Estado controla los pocos periódicos que existen, cuya función es la misma que en 1630, con un mayor énfasis en el estímulo de “la agricultura, la industria y el comercio”. Cuando el Estado estalla, la prensa del absolutismo muere al instante. La burguesía, dueña absoluta del campo, hace nacer 1100 periódicos sólo en París. Sin embargo, esta explosión no expresa el cauce natural de la prensa bajo el liberalismo, sino la fragmentación del poder del momento. Para que la prensa “independiente” (en el sentido de empresaria y no estatal) pueda expandirse, se necesita mucho más que leyes liberales. Hace falta en primer lugar que ciertos espacios pertenecientes definitivamente al poder (monopolio legítimo de la fuerza, reemplazo de directivas totalizantes por la protección de marcos de hegemonía y disenso, delimitación de espacios privados a salvo de su acción) no sean cuestionados por la prensa. O dicho de otro modo, los límites impuestos por el nuevo Estado son otros, pero son tan límites como los anteriores. En segundo lugar, hace falta, ahora sí, un amplio mercado lector y comprador, que se forjará a lo largo de la “segunda revolución del libro” (Barbier y Bertho Lavenir, 1999). Entre tanto, el París de 1790 es en términos del paradigma periodístico liberal de la empresa independiente, políticamente eufórico, pero económicamente ilusorio. Recién hacia 1811, momento de apogeo de Napoleón, se estarán gestando las condiciones plenas de la prensa moderna: estabilidad de la circulación, agenda temática restringida y con un “paraguas” protector que define cuáles son temas de “libre circulación” y cuáles son aún asunto de Estado, público lector, gran tirada de cada uno de los diarios. Para ello, se necesita que los “grandes diarios” sean pocos. En la capital del nuevo mundo inaugurado por Napoleón, sólo quedan cuatro diarios, todos sometidos a fuerte censura⁴².

experiencia de Addison, solían remitirse a él como modelo ideal en sus presentaciones, como también lo hizo la prensa intelectual española dieciochesca. Tal el grado de mito que generó la prensa de estos años, a pesar de la corta duración de cada experiencia.

⁴² Una censura de naturaleza distinta de la observable bajo el *ancien regime*. Ésta todavía heredaba una censura “universal”, como control moral de las conciencias en manos de la Iglesia. La napoleónica es una censura material sobre los contenidos que no aborda la libertad de conciencia, sino las razones de Estado para permitir o no la circulación de ciertos datos u opiniones.

De modo en cierta forma homólogo al que se dio en Inglaterra en la época de las revoluciones, el discurso estabilizado que maneja cuidadosamente el reborde de los límites permitidos, se define en tiempos en que la gran burguesía hace oposición en el gobierno parlamentario. En el caso inglés, inmediatamente después de la *Glorious Revolution*; en el continente, durante la Restauración y las décadas entre 1830 y 1848. Su mecanismo construye discursos en crítica y aceptación de las condiciones de “entre líneas” a las que se les obliga. Es, en España, el tiempo de oro de Mariano Larra. Sólo durante el período “fuerte” de las revoluciones burguesas en el continente, esto es, a partir de 1830 (es paradigmático el año 1836) y fundamentalmente después de concluida la revolución de 1848, podremos hablar de una consolidación definitiva de la prensa burguesa moderna, que busca simultáneamente ser parte del rol de mediador social y cultural (Martín Barbero, 1987), de “medio” (vehículo) de comunicación en sentido práctico, contralor como garantía de funcionamiento del Estado parlamentario burgués, y próspera empresa.

1.2.4. Prensa moderna

En la década de 1830 la prensa periódica inicia su más importante revolución desde Addison, quizás incluso desde su aparición: se inicia el nuevo mecanismo de financiamiento. Se trata ahora de lograr que los anunciantes de mercancías paguen los periódicos, de modo tal que estos bajen de precio, lo cual permite acrecentar el público lector, cuyo conjunto es considerado masa de potenciales compradores que el periódico “vende” al anunciante como compensación por sostener el periódico⁴³. La práctica pronto se generaliza, y poco después, la conjunción de parlamentarización del Estado (consolidada tras las revoluciones de 1848) y expansión económica (1850-73) dio lugar a una verdadera época de oro; muchos de los grandes diarios que alcanzarían el siglo XX nacen en Europa y EEUU poco después de 1850 (v.gr. *Le Figaro* en Francia, *The New York Times* en Estados Unidos). La revolución industrial aumenta la productividad cuantitativa (cantidad de mercancías de un mismo tipo) y cualitativa (variedad de mercancías que pueden crearse e incorporarse rápidamente al mercado); el surgimiento de los Estados parlamentarios burgueses asegura que el capital penetre en todos los resquicios de la economía y requiera la constante expansión de los mercados. La prensa, en su doble carácter de órgano ideológico de la burguesía y de empresa burguesa, cumple su rol en la formación de

⁴³ El ejemplo paradigmático es el de *La Presse*. Emile de Girardin fundó el diario el 1° de julio de 1836; en las mismas páginas de su diario escribió: “El producto de los anuncios está en razón del número de compradores del periódico; es preciso reducir el precio de venta lo más que se pueda para potenciar al máximo la cifra de compradores. Corresponde a los anunciantes pagar el periódico”. Había fundado *La Presse* con un capital de 800 mil francos, suscrito por el público gracias a su inteligente campaña publicitaria; según indica Terrou, seis meses después de haber salido a la calle el primer número (a 40 francos, mitad de precio de cualquier diario de la época) ya contaba con diez mil abonados, y en 1848 contaba con 63 mil; en ese mismo año vendía 70 mil ejemplares, y al cabo de 17 años había obtenido un beneficio neto de tres millones de francos. Girardin tuvo además el ingenio necesario para idear un sistema de anuncios publicitarios que rompía con el esquema tradicional: la información cortés y con promesa de calidad y buen trato reemplazada por mensajes ingeniosos, de clara intención persuasiva, cortos y más visibles (Conesa Sánchez, 1979).

la opinión pública. Pronto los aspectos más importantes del contenido doctrinario de la prensa burguesa se convierten en valores comunes a todos los periódicos importantes, en tanto se busca optimizar su capacidad de acumular capital, ampliando el público lector, encontrando nuevos contenidos a ofrecer, etc.⁴⁴ Pocos años más tarde la prensa periódica participa con derecho propio en la aparición de los primeros grandes monopolios capitalistas y el fenómeno de los imperialismos⁴⁵.

Nos encontramos, en síntesis, cuando el período de prensa argentina que nos interesa se encuentra en su punto medio, con una prensa periódica constituida en componente económico, político y cultural fundamental de las formaciones sociales capitalistas de Europa Occidental y Estados Unidos, luego de un proceso de cuatrocientos años de evolución. Una prensa constituida ya por un grupo de empresas muy grandes y por lo tanto poderosas en cuanto a su poder de decisión como componente de la clase dominante o a punto de serlo, según el país. Una prensa en pleno proceso de producción industrial, que ha incorporado la máquina de vapor, novedosas técnicas mecánicas, papel a mucho menor costo (Gouldner, 1978: 125 y s.s.), nuevos mecanismos de distribución y venta. Una prensa que comienza a apostar a ser mediadora en la relación entre vendedores y consumidores de mercancías, pero con intereses y una dependencia cada vez mayor con respecto a los vendedores, en tanto que la dependencia de los consumidores (públicos) es cada vez más una dependencia abstracta de su número antes que de sus demandas. Una prensa que continúa cumpliendo un rol clave en la economía capitalista, al proveer de información actualizada acerca de los mercados, y que dada la importancia de tal función financia investigaciones y experimentos de comunicación ultraveloz⁴⁶. Una prensa que es un componente fundamental de la política burguesa y de la constitución de una esfera pública de debate político y cultural⁴⁷.

Una prensa que -sobredeterminada en sus orígenes por el nacimiento del Estado absolutista- tomó de los requerimientos de éste la necesidad de "comunicar" individuos aislados en las ciudades, y el

⁴⁴ La revolución de las comunicaciones en este período incluye aspectos políticos, tecnológicos e ideológicos, además de los económicos. Entre los políticos destacan la elevación de la "opinión pública" a principio organizador del consenso que sostiene al gobierno, la eliminación de la censura y de los impuestos especiales que gravaban la prensa, la alfabetización acelerada de las masas; en lo tecnológico, la mejora en los transportes, la incorporación masiva de la máquina a la producción, luego el invento del telégrafo, la prensa a cilindro, las plegadoras automáticas de papel, etc. En lo ideológico la preponderancia de la palabra escrita en la construcción del consenso y el poder obliga a todo actor político a dominar las reglas de su producción, lo cual refuerza el mecanismo. Se realizan búsquedas temáticas acordes a la necesidad de supervivencia del escritor, de consumo del público, etc. dando lugar al artículo de folletín, a las series continuadas, al género policial, etc.

⁴⁵ Cosa que también sucede en la prensa periódica a fines del siglo XIX por medio de la expansión de las agencias de publicidad, las agencias de noticias y el mercado de maquinarias de impresión. En los mercados nacionales se constituyen grandes conglomerados empresariales capaces de dominar a sus competidores.

⁴⁶ Entre los años '30 y tempranos años '50 se hicieron gran cantidad de experimentos y mecanismos regulares de comunicación veloz: sistemas telegráficos ópticos y eléctricos, correos de postas muy veloces que combinaban caballo, ferrocarril y lancha.

⁴⁷ Edmund Burke afirmó en un debate parlamentario: "Ustedes son el cuarto poder", frase que se universalizó de inmediato. Sin embargo, la consolidación del Estado burgués re-atravesa esta esfera, que pasa de una afirmación constante de la lucha por el espacio de libertad de opinión pública, a una institución estable que en última instancia defiende siempre los principios constitutivos del Estado burgués, pero fundamentalmente se organiza como interés privado: "... se despoja a la prensa de debate de sus credos. Desde entonces desembaraza de sus posiciones polémicas y atiende a oportunidades de lucro que resultan de una empresa comercial (...) se abrió el camino (...) de una prensa doctrinaria a una de negocios, durante los años 30 del siglo XIX (...) se transforma la esfera de lo público mediante la afluencia de intereses privados que en ella son privilegiados" (Habermas, 1980: 9).

"pautado" de periodicidades, temas y estilos: incorpora estas características como inmanentes a la prensa, del mismo modo que algunas características básicas del Estado absolutista (ejército permanente, burocracia, sistema de impuestos nacional, diplomacia regular, economía nacional como tarea política de Estado, comunicaciones integrando la nación, monopolio de la fuerza por el Estado) fueron mantenidas e incorporadas como inmanentes por el moderno Estado parlamentario burgués. Una prensa, que constituye ya un campo autónomo (y se aplaude a sí misma justamente por ello)⁴⁸. Una prensa, finalmente, que constituye un reaseguro más del poder burgués por su propia naturaleza, por cuanto la prensa se sostiene sobre dos ámbitos interdependientes pero separados en sus mecanismos de legitimación. Por un lado, las decisiones sobre su funcionamiento y contenidos están bajo el dominio del propietario, sólo limitado por las condiciones de convivencia social que impone el Estado burgués⁴⁹. Por el otro, las relaciones entre prensa, noticia y público lector aparecen reguladas como absolutamente impersonales ("cualquier noticia, para cualquier lector") lo mismo que la actitud ante los hechos (por ejemplo: "cualquier fuerza política se verá reflejada en nuestras páginas si exceptuamos la editorial").

Es notable entonces, la superposición de este momento de transformación muy reciente con las décadas de construcción del Estado nacional argentino. Si consideramos que el fenómeno de la prensa inglesa se encuentra vedado en el continente europeo hasta el siglo XIX, si notamos el proceso constitutivo del periódico en España acelerado en la segunda mitad del siglo XVIII pero adoptando formas modernas luego de los ciclos revolucionarios de 1808, 1820 y la transición abierta en 1833, si tomamos en consideración el carácter menor, cuasi marginal, de la ligazón del Río de la Plata con el mercado mundial hasta fines del siglo XVIII y aún hasta la década de 1820, con la consiguiente baja densidad de población y tenue mercado de intercambio, así como la acelerada formación de un Estado moderno conectado con el mercado mundial capitalista como país agroexportador, en apenas setenta años, resulta del mayor interés interrogarnos por las interacciones entre el desarrollo clásico del periodismo

⁴⁸ Usamos el término en el sentido que le da Bourdieu en "Campo intelectual y proyecto creador" (1969). Según Bourdieu este concepto es utilizable en tanto el objeto al cual se aplique esté dotado de "autonomía relativa", y en el caso del campo intelectual, "podemos ver de qué manera (...) se ha integrado en un tipo particular de sociedades históricas: a medida que los campos de la actividad humana se diferenciaban, un orden propiamente intelectual, dominado por un tipo particular de legitimidad, se definía por oposición al poder económico, al poder político y al poder religioso, es decir, a todas las instancias que podían pretender legislar en materia de cultura en nombre del poder o de una autoridad que no fuera propiamente intelectual" (Bourdieu, 1969: 136). Desde tal punto de partida podemos decir que existe campo intelectual cuando los sujetos vinculados a la práctica intelectual (en este caso el periodismo) comienzan a recibir el influjo determinante de la estructura que han creado por existir como fuerzas en relación, en forma disgregada, como campos de legitimidad relacionados y dependientes entre sí pero de legitimación separada (excepto en las crisis de hegemonía) lo cual confiere mayor autonomía a la estructura específica, y por lo tanto mayor influencia inmediata. En este ejemplo (periodismo): lugares de formación y grupos de pensamiento, escuelas, etc.; lenguajes, estilo y reglas de género; logros anteriores que se imitan o critican; temáticas prioritarias, extensión de los materiales, peso del enfoque de la mayoría de los periódicos sobre un tema, etc.

⁴⁹ Por ejemplo: no podría intentar explicitar el mecanismo de dominación de clase como válido, cosa que sí era lícito y plausible hacer en la época aristocrática, como puede demostrarlo cualquier decreto represivo de aquellos tiempos.

en Europa, el carácter particular se su despliegue español en su propia metrópoli y en las colonias, y su muy rápida adopción tardía por el Estado argentino en formación.

A lo largo de todo un período histórico el Estado absolutista fue el que abrió -por necesidad- la brecha de la práctica burguesa que en el largo plazo sería su antagonista: la imprenta como práctica burguesa, el periódico como objeto de concesión a controlar, más aún la práctica de la lectura del texto de prensa como práctica política por excelencia, la delimitación de sectores de interés en el mismo periódico, etc. Sólo cuando el Estado vive su transformación burguesa, **y no antes**, el periódico se acopla a la práctica burguesa y asume esa transición y sus funciones: establecer los marcos de hegemonía y disenso, esfera pública autónoma, publicidad política y literaria, educación, información burguesa, etc. y centraliza definitivamente su producción como capitalista libre. Lo hace en Inglaterra **después** de las revoluciones de 1648 y 1688, y muy especialmente hacia 1710 cuando una generación completa de escritores abre un proceso que aun así sólo alcanza libertad plena y nivel industrial en el siglo siguiente. El caso paradigmático de prensa del capitalismo -Gran Bretaña- muestra guarismos estremecedores. Mientras en el resto del mundo el periodismo es operación estatal político-militar complementada con información mercantil y relato de “sucesos”, en Inglaterra se fundan los nuevos géneros y “misiones” del periodismo: el relato humorístico, la crítica, la divulgación literaria, la misión educativa del periódico, la publicidad como tarea y derecho de la sociedad civil, etc. Si en Europa continental un periódico semanal era signo de gran progreso, y la imprenta no mostraba variación técnica en siglos, en Inglaterra las cifras de circulación eran asombrosas. En la primer mitad del siglo XVIII, por dar sólo un ejemplo, la circulación de periódicos ingleses casi se triplicó, pasando de 2 millones doscientos cincuenta mil ejemplares en 1711 a 7 millones en 1753, y 9 millones en 1760; para 1814 la edición del *The Times*, de Londres, se tira con una imprenta movida a vapor.

1.2.5. Expansiones de la prensa desde Europa

La prensa periódica se expande desde su matriz europeo-occidental hacia América (entre los siglos XVI y XVIII), Europa Oriental (en el siglo XVIII) y posteriormente hacia otras regiones periféricas, vinculadas ya sea al trasplante de población europea (hacia 1850 existían periódicos en Australia), la adopción estatal en el marco de esfuerzos modernizadores (Japón, 1864), o factorías costeras del imperio colonial británico (China, Egipto, La India después de 1870). Las características del dispositivo hacen que su presencia o ausencia se asocie a la de su protagonista principal (la burguesía). Pero en los casos en que la presencia de la burguesía se encuentra distorsionada por una vicisitud histórica particular (por ejemplo, cuando la presión externa de Estados capitalistas exige la modernización y/o produce una reducida clase intermediaria), la prensa aparece y se desarrolla con el mismo nivel de distorsión. Esta distorsión, dado el otro rol fundamental de la prensa en su matriz

européo-occidental, no puede ser otra que la magnificación de las funciones estatales sin el contrapeso de la práctica burguesa. Por lo tanto, probablemente, uso institucional administrativo y uso de guerra como centrales. Describiremos brevemente los casos paradigmáticos de Estados Unidos, Rusia, España e Hispanoamérica.

El caso estadounidense

En el actual EEUU la imprenta no ingresó sino hasta el año 1639, un siglo después de su aparición en México, lo cual muestra el rol inicialmente marginal de ese territorio para los colonizadores europeos en la etapa metalista. Pero a partir de las revoluciones inglesas en ese siglo el desarrollo se acelera y aparece el primer periódico ya en 1704, décadas antes de su surgimiento en la América española⁵⁰. Con la independencia y el desarrollo capitalista la presencia de la prensa se hace en Estados Unidos cada vez mayor, alcanzando la periodicidad diaria por parte de empresas particulares ya en 1784, y llegando al punto tal que a principios del siglo XIX la imprenta de hierro "Filadelfia" compite con éxito en el mercado mundial⁵¹ como producto americano de exportación, y desde mediados del mismo siglo es Estados Unidos el país de origen de muchas innovaciones tecnológicas, de comercialización y de género en la prensa⁵².

⁵⁰ *The Boston Newsletter* es el nombre del primer periódico editado en las colonias norteamericanas, apenas 16 años después de la revolución inglesa, simultáneamente al gran auge de la primera década del siglo en la metrópoli. Este periódico todavía se correspondía con el rígido orden colonial: aprobación previa por la autoridad, amplio subsidio, provisión de información, etc. El periódico, que se mantuvo hasta 1722, fue editado por un librero y editor que combinaba sus ingresos con tareas estatales (en su caso, responsable de correo, entre otras). Su sucesor, *The Boston Gazette* (1719-1798) fue ya desarrollado por figuras más definidamente burguesas, dedicadas a sus negocios y con amplia decisión de involucramiento en la crítica y la acción política, con una influencia decisiva en la revolución americana. En 1728 se crea la *Pennsylvania Gazette* en esta última ciudad. Comprada al año siguiente por el impresor Benjamin Franklin, subsistirá hasta 1800. Aquí puede notarse un claro alejamiento desde los inicios de una prensa periódica imposible de editar sin el permiso y el apoyo estatal, y una casi inmediata orientación hacia la prensa periódica como actividad burguesa por excelencia, de modo análogo a lo que está sucediendo ya en la metrópoli británica. Franklin es ejemplo típico de un tipo de periodista que no está presente aún en Hispanoamérica autodidacto, de ideas liberales avanzadas, emprendedor, multifacético, formado como aprendiz en un taller de impresión alcanza su independencia como tipógrafo y editor de almanaques y periódicos. En 1728 co-fundó la *Pennsylvania Gazette* y la compró al año siguiente. En 1732 comenzó a publicar el *Poor Richard's Almanac*, que llegó a ser muy popular. Pero el perfil típicamente burgués de este personaje no se agotó en la combinación de ideas liberales, uso de la imprenta y la prensa periódica por fuera del Estado y participación en luchas políticas contra el viejo régimen, sino que se dedicó simultáneamente a la actividad comercial gracias a la cual se enriqueció, y a la investigación científica pura y aplicada. Respecto del carácter de "primer periódico" para la *Boston Newsletter*, recuérdese que le antecede el número único de la publicación *Publick Occurrences Both Forreign and Domestick*, publicada por Benjamin Harris en la misma ciudad en 1690 y clausurada de inmediato.

⁵¹ La producción industrial de imprentas de menor costo, fáciles de trasladar y muy resistentes por estar enteramente hechas en hierro tiene especial incidencia sobre su desarrollo mundial. En este período, y como demostración del desarrollo capitalista e industrial de los Estados Unidos, en 1805 y 1809 aparecen en Filadelfia los modelos "Columbia" y "Filadelfia" que se exportan a muchos países americanos. La ciudad de Filadelfia era un centro político e intelectual muy importante en la naciente Nación estadounidense, y contaba desde 1810 con una Philadelphia Typographical Society "en la que los editores de periódicos, folletos y libros atraían a inversionistas y comerciantes que pudieran beneficiarse con la renovación tecnológica de las imprentas" (Rojas, 2010: 57). En Inglaterra, por su parte, se construye y comercializa desde 1809 la Prensa de hierro de Stanhope, la cual se convirtió en el modelo europeo, desplazando rápidamente a la prensa de madera. Le sigue a ésta la prensa de hierro a brazo que apareció en Europa iniciando una nueva era en la impresión tipográfica por aunar los descubrimientos mecánicos con los progresos incorporados por las imprentas de hierro anteriores.

⁵² En Canadá, por su parte, bastante antes de la guerra de independencia estadounidense –que cortaría por largo tiempo los lazos comerciales con el Canadá– e incluso antes de la guerra de los siete años, en Halifax se instaló la primera imprenta y desde ella se tiró de inmediato el primer periódico (semanario) del país, el 23 de marzo de 1752. El método de impulso fue mixto: la imprenta era privada (John Bushell, proveniente de Boston, era su propietario), en tanto que el financiamiento y el control de los contenidos de los periódicos era en un cien por ciento estatal.

Europa Oriental

En Europa Oriental la imprenta primero, la actividad periodística mucho después, aparecen sumamente distorsionadas en su función. Al comienzo constituyen una actividad exclusivamente estatal, que mira con ojo militar a sus similares occidentales, del mismo modo que todo el Estado absolutista de Oriente nace determinado por "las condiciones impuestas por el sistema político internacional en cuyo seno estaban integradas objetivamente las noblezas de toda la región" (Anderson, 1987: 202). Ingresó en Rusia, por ejemplo, un siglo después que en Occidente, durante el reinado de Iván IV, en 1563, fecha incluso posterior al ingreso de la imprenta a México, en un marco de fuerte esfuerzo de modernización, unificación y expansión estatal. El primer periódico estable sería lanzado recién durante la modernización de Pedro El Grande, en 1703, en aquella misma primera imprenta, apenas renovada de equipamiento. La prensa registra en Europa Oriental el mismo nivel de distorsión que el conjunto de la maquinaria estatal absolutista, que a diferencia de Occidente, no posee como contrapeso externo las garantías de libertad en ciudades de importante desarrollo, ni importante actividad burguesa, y se desarrolló en gran medida bajo presión externa que obligaba constantemente, por mandato de supervivencia, a la incorporación de nuevas herramientas de Estado.

España

España incorpora la imprenta en forma casi inmediata a su invención, siendo uno de los primeros Estados absolutistas que la estimula como actividad estrictamente oficial y licenciataria. En 1474 existía una en Valencia; en 1475 en Zaragoza y Barcelona. La riqueza española atraía a los mejores artesanos de los nudos comerciales de Europa: Mateo Flandro, flamenco; Pablo Hurus y Juan Gherline, alemanes; Nicolás Spindeler, alemán; Pedro Brun, genovés. A fines del siglo XV había en España 31 talleres de imprenta. Juan Rosembach, impulsor de la tipografía española, editó en 1497 la célebre "Gramática" de Nebrija, en 1510 el primer libro de música, y muchas otras obras con excelentes grabados. Durante el Siglo de Oro español el arte impresor vivió un gran adelanto, con excelentes niveles tipográficos, de papeles y de tintas. En 1507 el veneciano Jorge Coci imprimió *La Celestina*.

No sucedió lo mismo con la prensa periódica, por cuanto precisamente el enorme éxito del absolutismo español aplastó tempranamente las posibilidades de desarrollo mercantil en Cataluña, conservó fueros feudales en muchas regiones e impidió la circulación de impresos informativos. Cataluña pasó de ser región de temprano desarrollo de "periódicos escritos" a región estrictamente controlada y en silencio. La corona produjo numerosas medidas represivas durante los reinados de Carlos I y Felipe II y Felipe IV, quien renovó las trabas a la circulación de impresos y atacó frontalmente el arte mismo de imprimir al exigir que todo libro debía tener aprobación oficial, además de trabas de circulación, impuestos, etc.

En la primera mitad del siglo XVII, mientras Holanda comenzaba a construir un polo de impresión de gran dinámica, en el imperio español comenzaba un largo ciclo de decadencia del arte gráfico.

Las reformas borbónicas promovieron la recuperación del progreso económico, la innovación administrativa, el poder político y militar, la educación, las artes y la cultura letrada. Bajo Carlos III, cuyo reinado comienza en 1759, la situación se muestra claramente distinta en términos de circulación periodística, siempre comparando a España con su propio pasado y no con el florecimiento del periodismo en Gran Bretaña y Holanda. Con Carlos III la práctica habitual de imprimir en el extranjero fue combatida con la prohibición de importar libros en castellano impresos fuera, y se impulsó la impresión en el país con varias medidas de fomento, entre ellas la rebaja oficial del precio del plomo. En 1762 y 1763 se derogó la mayor parte de las tasas de publicación, se redujo el canon de las licencias y se estableció descuentos de tarifa postal.

Inmediatamente surgió una veintena de tipos de imprenta nuevos diseñados en el país, así como adelantos significativos como el satinado del papel, desarrollo del zaragozano Joaquín Ibarra.

La imprenta orientada a la producción de libros acompañó el esplendor del siglo de oro español y el período final del imperio a fines del siglo XVIII. Gran cantidad de buenas obras impresas de aquella época se conservan aún, incluyendo una excelente edición del Quijote por la Real Academia Española en 1780, en que Ibarra inauguró el uso del satinado para los grabados, usó papel de hilo catalán para el texto y una calidad de tinta, ilustración e impresión admirables.

En cuanto al periodismo propiamente dicho, si bien las condiciones son notoriamente menos favorables que en Gran Bretaña u Holanda, no son tan oscuras como lo sostienen numerosos discursos públicos sobre la España de aquel tiempo, no pocas veces originados en el periodismo anglosajón y en el discurso de la Revolución Francesa. España ingresa a la era de las gacetas algunas décadas más tarde que las principales potencias europeas, en 1671, y halla en el ímpetu iluminista de la elite en el siglo de la renovación borbónica iniciada en 1701 -y sobre todo a partir de 1714, tras la consolidación de los efectos del Tratado de Utrecht-, una buena base para una tímida y sinuosa expansión periodística.

María Dolores Sáiz (1983: 86) nos recuerda que:

“El pensamiento ilustrado se desarrolla en España siguiendo tres cauces principales: las Sociedades Económicas de Amigos del País, las Universidades y la Prensa. El desarrollo demográfico provocó un aumento considerable de la demanda informativa y contribuyó de forma decisiva al auge de las publicaciones, cuya influencia alcanza notable importancia a lo largo del siglo XVIII. Los periódicos viven una fase de apogeo en la etapa previa a la Revolución Francesa (...) En forma de gacetas, mercurios, correos y diarios contribuyeron a divulgar el pensamiento ilustrado” (Cfr. también Sarrailh, 1974: 173).

Del mismo modo, Aguilar Piñal (1976: VIII) comenta:

“Aunque, como es bien sabido, la prensa europea tuvo sus inicios con las gacetas del siglo XVII, no cobra importancia numérica y cualitativa, hasta la época de la Ilustración. Podríamos decir que ésta no se hubiera producido en España -o al menos no hubiera presentado las mismas características- sin la eficaz colaboración de la prensa periódica. En efecto, en la segunda mitad del siglo XVIII español se dan las condiciones sociales que toda

prensa necesita: un público ávido de noticias y con medios económicos suficientes para costearla, empresarios decididos o imaginativos, periodistas entusiastas y críticos, avances técnicos, tanto en las imprentas como en la organización y difusión de los impresos” (Cfr. también Sáiz, 1983: 86).

Dice Sáiz que a comienzos del siglo XVIII existen pocas publicaciones en el país, haciendo notar el rol represivo del Consejo de Castilla en contraposición con una corona borbónica que a medida que asegura el poder frente a las amenazas de la guerra de sucesión se muestra más proclive a iniciativas renovadoras y a la ilustración:

“Los Borbones, en general, era progresistas, y frente a ellos el Consejo, ‘símbolo imbatido de la tradición’ hacía valer su condición de vigilante de la moral y de las costumbres. El Consejo de Castilla temía la difusión de las ideas ilustradas (...) Para los Borbones españoles del siglo XVIII la prensa representaba un elemento de promoción de la cultura, un instrumento de control político y, en definitiva, ‘un signo de modernidad’ (...) [pero] si bien “existían publicaciones de periodicidad diaria, semanal o mensual, el pueblo en general sólo conocía los almanaques y pronósticos” (Sáiz, 1983: 87).⁵³

Guinard (1957: 35-36; Cfr. también Guinard, 1962) coincide con esta apreciación, reconociendo esta tensión entre una actitud de la elite ilustrada -del rey para abajo- bien dispuesta hacia la prensa, y la tendencia contraria con su política “de centralización a ultranza, tan nefasta para los periódicos”, como lo nota también Sáiz al recordar que Juan Sempere y Guarinos⁵⁴ “desconfiaba del valor documental de la prensa y, sin embargo, hablaba ya en el siglo XVIII de la importancia de los ‘papeles periódicos’ para el progreso y difusión de las ciencias y las artes”.

Esta tensión se manifiesta desde el inicio mismo del acceso borbónico al trono español. la centralización y la no existencia de razones militares para organizar el discurso público generaban períodos de restricción. Las guerras, por el contrario, aceleraban la profusión de gacetas y diarios militares. Avanzado el siglo XVIII las propuestas vinculadas al pensamiento ilustrado, a conocimientos útiles y reforma de las costumbres o a misceláneas de contenidos y secciones eclécticas acompañados de datos curiosos o llamativos contarían con la simpatía del Estado. Pero este tipo de publicación, que requiere un mínimo dinamismo civil para producirse (sociedades de amigos del país, impresores y editores dispuestos al negocio, público lector), tiene ciclos de restricción inversos: se reducen cuando sube la incertidumbre, la amenaza externa, la guerra o el mal humor social. En la primera etapa borbónica, durante la guerra de sucesión:

“la debilidad del poder central había permitido la publicación de múltiples *gacetas*. En 1706 aparecen las *de Granada, Murcia, Burgos y Alcala*; más adelante el *Mercurio Veloz de Zaragoza*, la *Gaceta de Barcelona* y el *Diario del Sitio y Defensa de Barcelona*. Estas gacetas estaban dedicadas casi siempre a temas militares y su vida era, por lo general, corta. Cuando termina la guerra, en 1713, se consolida Felipe V en el trono y España vive una época de restricción informativa” (Sáiz, 1983: 88).

⁵³ A esos almanaques y pronósticos se agregaban también Relaciones y Sucesos cantados e impresos en sus pequeños pliegos a una o dos columnas, con algún grabado.

⁵⁴ Figura importante de su tiempo, Juan Sempere y Guarinos (1754-1830) fue un funcionario, jurista, economista, historiador y bibliógrafo español (valenciano), exponente del pensamiento ilustrado español.

Tras el fin de la guerra, los principales periódicos eran la *Gaceta de Madrid* y el *Mercurio Histórico y Político*, dedicados a la información relevante para el Estado, tanto nacional como internacional, aunque el *Mercurio* ampliaba un poco más el arco de tópicos económicos y culturales. Dependían de la Secretaría de Estado y contaban con el control, pero también la simpatía del gobierno, existiendo numerosos documentos en que Floridablanca y Campomanes -ministros- elogiaron explícitamente a este tipo de periódico, considerados beneficiosos para el pueblo según estos mismos decían en prospectos y artículos, explicitando también que se dirigían a un público que incluía miembros de la corte, pero también personas de otras clases y ámbito (Enciso Recio, 1957; 1958: 43-44).

El segundo tercio del siglo muestra una clara base de recuperación y posterior expansión. Hacia 1737, año en que aparece el *Diario de los Literatos*, se empieza a notar esta tendencia. El país vive un ciclo de estabilidad económica y el rey proyecta una política de expansión cultural en la que los periódicos ocupan un puesto destacado. Es muy probable que en tal momento se relajasen también los controles a la circulación de avisos y relaciones manuscritos, lo cual, junto a la expansión de la actividad comercial en los principales puertos americanos, permitió la difusión de este tipo de práctica. Luego:

“Desde 1750 a 1770 se desarrolla la etapa que Guinard ha llamado ‘primera edad de oro’ del periodismo español. Uno de los periódicos más importantes de estos años es *El Pensador* de José Clavijo y Fajardo, a quien un privilegio de Carlos III, de 1762, califica de autor celoso y alma indiscutible de la publicación. Una prueba del éxito de *El Pensador* lo constituyen las numerosas réplicas que se publican en esos años. Las facilidades concedidas a esta publicación por el monarca ponen de manifiesto el interés de Carlos III por difundir el pensamiento crítico y renovador” (Saiz, 1983: 88).

Carlos III decía a propósito de *El Pensador* que era “útil y bien informado”. Con él: “se produjo la gran explosión publicística del siglo: *El Pensador*, *El Censor*, *el Espíritu de los mejores diarios*, *el Correo de Madrid* y muchos otros títulos que salen a la luz entre 1762 y 1788” (Saiz, 1983: 89).

A la inversa, una nueva retracción -producto de nuevas ofensivas y resistencias del Consejo de Castilla se produce entre 1770 y 1780. El consejo impide la reaparición del *Diario de los Literatos* o las publicaciones nuevas como el *Diario español* y *Variedades literarias*, mientras que la *Gaceta* continúa su publicación bisemanal y aumenta su tirada, lo mismo que el *Mercurio*. Guinard hace referencia al empeoramiento de la situación económica, el insuficiente mercado lector, cierto desprestigio por la desigual calidad de los periódicos, sueltos y relaciones de sucesos, y “sobre todo, sin ninguna duda, una actitud de mayor reserva por parte de las autoridades más exigentes en la calidad de los proyectos presentados” (Guinard, 1973: 219-220). Pero nuevas medidas hacia fines de la década -que dan lugar, por ejemplo, a novedades en el imperio colonial, entre ellas la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776- permiten una reactivación periodística. En 1777 aparece el *Semanario económico*. En 1778 las *Memorias instructivas*. Dice Sáiz sintetizando el arco de funciones:

“Los periódicos de estos años están dedicados a la divulgación: literatura, economía, política, agricultura y comercio, y desarrollan también la crítica social y de costumbres. En 1781 se produce un importante acontecimiento periodístico: el nacimiento de *El Censor*, que representa la culminación de la corriente de

periodismo crítico iniciada con *El Pensador*. *El Censor* pretendía la revisión de la sociedad española desde dentro y su redacción corría a cargo de hombres empeñados en la reforma total de las estructuras y de los esquemas del pensamiento tradicional” (Sáiz, 1983: 89).

De este modo quedaba configurado un arco de publicaciones posibles. Las gacetas y equivalentes, concentrando la información oficial pero también brindando servicios en el mundo de las ciudades (oferta y demanda de trabajo, vivienda, bienes, datos útiles, conocimientos prácticos, ensayos históricos y morales, etc.). Los periódicos de la ilustración se concentraban en publicar ensayos sobre mejoramiento social, ciencia y artes, aunque también presentaban servicios y otras informaciones útiles. Estaban luego los periódicos misceláneos, que intentaban resolver eclécticamente tales posibles contenidos. En tal arco de orientación temática, e incluso de nombres posibles de periódicos se formó la generación de Mayo en el Río de la Plata.

Sin embargo, varias décadas antes de la finalización del ciclo español, la dinámica de descontento popular, de tensiones entre distintos sectores de la nobleza y del conjunto de las elites españolas y la creciente radicalización de la situación en Francia tras la revolución, llevaron a Floridablanca a firmar una Resolución Real (24 de febrero de 1791) por la cual:

“[se] establecía la prohibición de todos los periódicos, excepto del *Diario de Madrid* y los de carácter oficial, y contenía una condena radical de todas las publicaciones periódicas. La dureza del texto estaba justificada en opinión del legislador por la constante multiplicación de los escritos subversivos” (Sáiz, 1983: 244).

Desaparecen así casi todos los periódicos, restando sólo *la Gaceta de Madrid*, *el Mercurio histórico y político* y *el Diario de Madrid*, los dos últimos ven restringidos sus contenidos a tópicos que no puedan generar potencial desorden... Según Domerge (1981: 85), la Real Resolución no sólo destruyó la prensa con algún atisbo de autonomía, sino que deterioró rápidamente la calidad de la propia prensa oficial remanente. Se prohibía, por ejemplo, incluso a la *Gaceta de Madrid*, utilizar cualquier fuente de información o periódico de origen francés. Sáiz recuerda que, en los años subsiguientes, “de nueve solicitudes de impresión presentadas en Madrid sólo dos recibieron informe favorable: el *Diario de los nuevos descubrimientos de todas las ciencias físicas*, publicación mensual traducida del francés por José Garriga, y el *Correo mercantil de España y sus Indias*, de Diego María Gallard, cuya primera etapa se prolonga desde octubre de 1792 hasta abril de 1795” (Sáiz, 1983: 248).

Si bien hacia 1796 habían resurgido algunos títulos y aparecieron algunos nuevos, “el espléndido resurgir de la prensa que se había desarrollado en la década de los ’80 no vuelve a repetirse hasta 1808 cuando se produce la invasión y guerra de la Independencia (Sáiz, 1983: 248)”. Los periódicos en sentido moderno, sin embargo, deberían aguardar, pues recién en esta época comenzó a estabilizarse publicaciones de baja regularidad, amparadas por el Estado, dedicadas al impulso de la educación, las artes y las ciencias, así como el comercio, la agricultura y la industria, ideas en boga de la época.

América Española

En la América española⁵⁵, este desarrollo fue acorde con la construcción de formas sociales y estatales específicas, y muy recientes. El absolutismo español expandió la imprenta por América a la misma velocidad que en la Metrópoli, y con el mismo uso. Fue, como en España, la Iglesia Católica la encargada de lo más importante de la acción estatal en el campo de la cultura, más aún a partir del proceso que dio lugar a la reforma y la contrarreforma. La implantación de colegios y universidades, así como de imprentas, da cuenta de esta realidad. Obviamente, no podemos hablar de formas burguesas, pues la colonización hispana no guarda relación con -por ejemplo- la de Estados Unidos⁵⁶. Por ello el desarrollo de la imprenta recorre los centros urbanos estratégicos, ligados en los primeros siglos a la minería, en ciudades que contienen los centros de poder económico, político y militar, en manos de la Iglesia y de los virreyes, y a medida que estos centros se consolidan o desplazan, las imprentas hacen lo propio (Furlong, 1947; Canter, 1961)⁵⁷.

La Iglesia fue su introductora y portadora⁵⁸, y particularmente los jesuitas⁵⁹. La Iglesia fue de hecho la encargada de instalar universidades (más de treinta durante la colonia) y demás centros educativos, lo cual la ligó a casi toda la producción cultural letrada en las colonias hasta la independencia, con carácter claramente trasplantado, esto es, a imitación exacta de su modelo metropolitano.

Apenas quince años después de concluida la conquista de México, en 1537 ingresa a su capital la primera imprenta, dirigida por Juan Pablo, de origen italiano venido a nombre de un impresor de Sevilla. De su taller saldría años más tarde otro impresor que inauguró la imprenta en Perú. En 1548

⁵⁵ No consideramos en detalle Brasil, debido a su poco impacto en actividades de prensa durante el periodo colonial. A diferencia de Hispanoamérica, la colonización portuguesa del Brasil fue sumamente represiva en términos de imprenta. Lejos de fomentar su instalación, la prohibió y persiguió. En 1647 los holandeses instalaron una imprenta en Pernambuco durante su breve intento colonizador a costa de Portugal. La recuperación de la ciudad por los portugueses (1654) precedió a la inmediata destrucción de la imprenta. Todo escrito a imprimir debía pasar por la censura e ir a prensas en la Metrópoli. Por ello se rechazaron pedidos de instalación en la primera década del siglo XVIII (Boxer, 1973: 124) y llegaron a destruir una imprenta ingresada a la colonia en 1750 (en Río de Janeiro). Sólo la invasión napoleónica y el exilio de la corte real a Brasil hicieron posible el traslado de una imprenta a Brasil en 1808 para uso de la autoridad estatal, que a su vez editó consecutivamente los dos primeros periódicos brasileños ese mismo año: el *Correio Braziliense* y la *Gazeta do Rio de Janeiro*.

⁵⁶ Aun las excepciones confirman esta diferencia como regla. Ciertas características señoriales de la colonización anglosajona de Virginia se verán anuladas por el desarrollo general del resto de las colonias. A la inversa, intentos menos ajustados al modelo español o portugués como la colonización holandesa en Brasil fueron abortados, en tanto los intentos avalados por la corona española para una colonización concedida a empresas privadas (como el contrato con la casa Welser, que financiaba a Carlos I, sobre la costa norte de la actual Venezuela) fracasó inmediatamente.

⁵⁷ Furlong describe el predominio absoluto de la Iglesia católica en los primeros siglos y la mayor importancia -en lo que hace a fundaciones de nuevas imprentas- del Estado virreinal en la segunda mitad del siglo XVIII. En la primera etapa los sitios en que se instala imprentas son los estratégicos en la extracción y envío de metales preciosos: México, Perú, Panamá. En el siglo XVIII son los de auge comercial e importancia militar en la protección de ese auge: Cuba, Buenos Aires, la costa del pacífico sur y otros puntos otrora marginales, continuando a su vez la instalación en otras ciudades de México como la portuaria Veracruz.

⁵⁸ La Iglesia es de hecho la única introductora. Sólo en el siglo XVIII (y con licencia cuidadosamente aguardada) el Estado virreinal las instala, aunque sus tareas incluyen imprimir materiales para ella (catones, oraciones, etc.).

⁵⁹ Los jesuitas construyeron la primera imprenta en el actual territorio de nuestro país (1700) en función de su proyecto teocrático-evangelizador, y trajeron la segunda (1764) a Córdoba. Dice Canter: "Ello no constituye una excepción en la historia de la Compañía (...) Así Roma, Messina, Palermo, Viena y otras ciudades de Austria, Hungría, Alemania, Polonia, Rusia, Francia, Portugal, España, México, Colombia, Ecuador, Perú, Filipinas, etc. recibieron por dicha orden el precioso invento de Gutenberg. Algunas en forma prístina, otras secundariamente como un agregado a las que trabajaban ya, siempre con una finalidad didáctica y de persecución de la fe, sobre todo en países donde se divulgaban los libros heterodoxos y que los Loyola debían refutar" (Canter, 1961: 18).

edita el primer libro peruano en tres idiomas: quichua, aymará y español. En 1600 había imprenta en Santo Domingo; en 1607 en Cuba; en 1610 en el Alto Perú (hoy Bolivia). Con el comienzo de la etapa regalista y mercantilista incorporada por los Borbones en el Siglo XVIII surgieron más licencias para imprentas estatales en América, y se retiraron o negaron otras de la Iglesia⁶⁰. Los jesuitas, sin embargo, continuaron colocando imprentas hasta muy poco antes de su expulsión, imprentas que en casi todos los casos fueron las primeras de su región: Misiones del Río de la Plata en 1700, Bogotá en 1736, Río de Janeiro en 1747, Santiago de Chile en 1748, Ecuador hacia 1754, etc.

Durante el siglo de oro español la prensa periódica no constituyó una práctica considerada como tarea necesaria por el Imperio en la región americana. Sí lo fue -y mucho- como vimos, la imprenta. El primer periodismo es un fenómeno que arranca con la modernización borbónica en el siglo XVIII en los centros neurálgicos de las colonias: México en 1722 (*Gaceta de México y Noticias de Nueva España*), continuando con regularidad de 1728 a 1742 como *Gaceta de México*. Un *Diario Literario de México* en 1768, un *Mercurio Volante* en 1772 y 1773, y nuevamente la *Gaceta de México* desde 1784, continuando hasta la revolución de 1810. La *Gaceta de Guatemala* aparece entre 1729 y 1731, reapareciendo con creciente regularidad hasta llegar a la independencia de Guatemala en 1821; La *de Lima*, entre 1743 y 1767. En la década de 1790, además de los que aún existen, aparecen un periódico literario en México (1788-94: *Gaceta de Literatura*), en Guatemala nuevamente (Desde 1794 en adelante, con continuidad también hasta la revolución); en Quito (1792: *Primicias de la Cultura de Quito*), Lima (1790-93: *Diario de Lima*; 1791-93: *El Mercurio Peruano*), en Bogotá (1791: *Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá*); en La Habana (1790, con continuidad hasta 1804: *Papel Periódico*). En el Río de la Plata comienzan a aparecer gacetas manuscritas de poca tirada y duración, ya en la década de 1760. Desde 1780, cuando el Virrey recupera la vieja imprenta jesuítica de Córdoba, comienzan a aparecer, sueltos, algunos impresos con noticias llegadas con los barcos. En 1801 aparece el *Telégrafo Mercantil*, bajo redacción del coronel Cabello, quien poseía experiencia periodística obtenida en Lima. En 1805 se produce una última andanada de periódicos: en La Habana (*Aviso*, 1805-1810), en México (*Diario de México*, 1805-17)⁶¹.

En la siguiente tabla se sintetiza apariciones de periódicos y períodos de guerra. Hemos omitido aquellos periódicos surgidos después de la Revolución, y también aquellos establecidos en territorio todavía español posterior a la apertura que significó la convocatoria a las Cortes de Cádiz.

⁶⁰ En el Río de la Plata la expulsión de los jesuitas anuló los dos centros tipográficos del país. El virrey, años más tarde, se apropia no sólo de la imprenta sino del monopolio de impresiones, aún a costa de la Iglesia.

⁶¹ Medina, 1904; Torre Revello, 1940; Furlong, 1947; Checa Godoy, 1993; Reed Torres y Ruiz Castañeda, 1998; Benítez, 2000.

Región	Periódicos	Fechas, duración, etc.	Eventos externos
Virreinato de Nueva España	<i>Gaceta de México y Noticias de Nueva España</i>	Enero a julio de 1722	Guerra contra la cuádruple alianza 1718-1720
	<i>Gaceta de México</i>	1728 a 1742	Guerra anglo-española 1727-29
	<i>Gaceta de Guatemala</i>	1729- 1731 ¿?	
	<i>Diario Literario de México</i>	1764-1765	Guerra de los Siete Años 1756-1763
	<i>Mercurio Volante</i> (México)	1768	Expulsión de los Jesuitas 1767
	<i>Gaceta de La Habana</i>	1772-1773	
	<i>Gaceta de Literatura</i> (México)	1782- ¿?	Guerra de independencia de Estados Unidos 1776-1783
	<i>Papel Periódico de La Habana-Aviso de La Habana- Diario de La Habana</i>	1784-1810	
	<i>Gaceta de México</i>	1788-1810	
	<i>Aviso</i> (La Habana)	1790-1823	Guerra del Rosellón con Francia 1793-1795
	<i>Gaceta del Real Consulado de Veracruz</i>	1795	
	<i>Almanaque Mercantil de Veracruz</i>	1796	Guerra con Gran Bretaña de 1796-97.
	<i>Correo Mercantil de Veracruz-Jornal Económico Mercantil de Veracruz-Diario Mercantil de Veracruz.</i>	1804-1808	Guerras de la tercera y cuarta coalición 1804-1808.
	<i>Diario de México</i>	1805-1810	
	<i>El Pensador</i> (La Habana)	1794-1821	
	<i>La Gaceta de Puerto Rico</i>	1805-1817	
	<i>El Mensajero</i> (La Habana)	1808-1898	Guerra de independencia española 1808-1813.
	<i>Correo Científico y Literario de Salamanca</i> (Guadalajara, reimpresión)	1808	
	<i>Semanario Patriótico</i> (Guadalajara, reimpresión)	1809	
	<i>La Aurora - Correo Político y Económico</i> (La Habana)	1809	
	<i>La Lonja Mercantil</i> (La Habana)	1810	Guerras de independencia hispano-americana 1810-1824.
	<i>El Lince</i> (La Habana)	1810	
	<i>El Hablador</i> (La Habana)	1811	
	<i>El Fraile</i> (La Habana)	1811	
Virreinato del Perú	<i>Gaceta de Madrid</i> (reimpresa)	1715-1722	Guerra contra la cuádruple alianza 1718-1720
	<i>Gaceta de Lima</i>	1743-1767	Guerra de sucesión austríaca 1740-1748. Expulsión de los Jesuitas 1767. Rebelión de Túpac Amaru 1789. Revolución Francesa 1789.
	<i>Diario de Lima</i>	1790-1793	
	<i>Semanario Crítico</i>	1791	
	<i>Mercurio peruano</i>	1791-1795	
	<i>Gaceta de Lima</i>	1793-1795	Guerra del Rosellón con Francia 1793-1795

Virreinato de Nueva Granada	<i>Primicias de la cultura de Quito</i>	1790-1793	Revolución francesa, 1789.
	<i>Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá</i>	1791-ene 1797	Guerra del Rosellón con Francia 1793-1795
	<i>Gaceta de Caracas</i>	1808-1821	Guerra de independencia española
Virreinato del Río de la Plata	<i>Gaceta de Buenos Aires (manuscrita)</i>	1764	
	<i>Telégrafo Mercantil</i>	1801-1802	Guerra con Gran Bretaña 1796-1797
	<i>Semanario de Agricultura, Industria y Comercio</i>	1802-1807	Guerras de la tercera y cuarta coalición 1804-1808.
	<i>La Estrella del Sud/The Southern Star</i>	1807	Invasión inglesa 1807
	<i>Gaceta del Gobierno de Buenos Aires</i>	1809-1810	Guerra de independencia española 1808-1813.
	<i>Correo de Comercio</i>	1810-1811	Guerras de la independencia hispanoamericana

Por ello no aparecen periódicos creados a partir de 1812 en México, La Habana o Lima, pues entendemos que corresponden a otro período histórico y -sobre todo, impactan sobre el Río de la Plata cuando su gobierno ya se planteaba decisiones orientadas a otro tipo de estado de y de prensa. En cuanto a los periódicos que efectivamente aparecen en la tabla, no es difícil hallar regularidades en este proceso de lugares y fechas. Las primeras gacetas hispanoamericanas surgen en las grandes capitales de Nueva España (México, Guatemala) y Perú. Los tímidos comienzos, breves en México, por reimpresión en Lima, dan paso a una consolidación hacia mediados de siglo, y a una retracción en el conflictivo momento de expulsión de los jesuitas, recuperándose en las dos décadas siguientes.

Es notable el auge a partir de 1790, aun atravesando la clausura general de 1791 en la metrópoli (lo cual refuerza además la certeza del carácter oficial o al menos oficialmente aprobado de todas estas publicaciones). Este auge permite observar tanto un fuerte crecimiento de la continuidad en años de duración, la simultaneidad de periódicos y la simultaneidad de ciudades en que estos se editan, además de la ampliación temática que cubre el perfil ilustrado como el de periódico oficial de Estado.

Durante la década de 1790 hay periódicos de gran continuidad en México (toda la década, sumándose además la ciudad de Veracruz a través del Consulado en 1795-96), La Habana (toda la década), Quito (hasta 1793), Lima (hasta 1795) y Bogotá (hasta 1797). En la década de 1800 continúan ininterrumpidamente México y La Habana, se suman Puerto Rico (desde 1805), Buenos Aires (desde 1801), Caracas (desde 1808). Puede notarse un corrimiento del crecimiento de la prensa desde las principales capitales hacia los puertos atlánticos, beneficiarios de la expansión mercantil y también de la estrategia borbónica de resguardo militar de sus nuevos puertos y volúmenes de comercio atlántico.

En Europa occidental y en España en particular, se han consolidado tres tipos de prensa en el siglo XVIII. Uno es el de las Gacetas de Estado, cuyo rol principal es asegurar la unicidad del discurso

estatal, reforzar confianzas y lealtades en el éxito frente a enemigos y amenazas, establecer vasos comunicantes con la atención a la población (informaciones y conocimientos útiles, avisos de búsqueda de trabajo o alquiler, etc.) y complementariamente, habilitar contenidos acordes al movimiento de la ilustración. Estas gacetas logran gran estabilidad, y de ningún modo se debilitan en épocas de guerras, protestas sociales, revoluciones o amenazas de disputas entre dinastías sino que, por el contrario, refuerzan su rol ante tales riesgos y temores. Otro es el de los periódicos impulsores de la instrucción general y el progreso inherentes a la ilustración con impulso estatal. En ocasiones, estos periódicos combinan eclécticamente (en forma de misceláneas) las funciones de una gaceta y de uno de estos espacios de cultura letrada. El tercer tipo es la empresa particular, ya notoriamente presente en Gran Bretaña, que trabaja con la mayor libertad posible contenidos políticos independientes del Estado -aunque en relación con él- más la suma de informaciones útiles al público pero que también signifiquen adecuado rendimiento lucrativo.

En España el tercer tipo aún no existe, pero puede verse una abigarrada lista de periódicos con los cuales ciertos particulares obtienen ingresos a través de publicaciones autorizadas, eventualmente subsidiadas, pero no formalmente estatales. Aunque ninguna de ellas intenta una crítica política del Estado y gobierno, son las primeras víctimas de los momentos en que la autoridad teme desestabilizaciones, como lo mostró la Resolución de 1791: sólo los periódicos oficiales podrán circular. De allí que los periódicos oficiales crecen y ganan espacio en tiempos de guerra, amenaza de guerra o contagio revolucionario, mientras que los periódicos respaldados en particulares se retraen.

¿Cómo es la situación del periodismo hispanoamericano cuyas características y prácticas heredarán la generación de Mayo y la prensa decimonónica argentina?

Podemos observar que este periodismo es ampliamente estatal y funcionarial. Sus protagonistas ocupan cargos, reciben elogios y reconocimientos a su labor, son premiados con cátedras o secretarías donde sus tareas permiten una vida intelectual activa. No faltan sacerdotes entre estos protagonistas. Sus preocupaciones son fundamentalmente las del progreso ilustrado que impulsan los borbones, en tanto que el discurso de la autoridad estatal que fija cómo debe interpretarse un conflicto, una tensión de replazo dinástico, las acciones del gobierno o el modo en que los ejércitos actúan en las constantes guerras, queda reservado a la prensa oficial de la autoridad española. Aquello que no afecta tales temas, puede incluso ser objeto de debate en estos periódicos sin entrar en conflicto con la autoridad.

La tabla muestra que en América española las guerras no tienen un impacto directo en la configuración de la prensa y sí, en cambio, la promoción estatal del comercio y la ilustración. La mayor parte de los periódicos no se ocupa de los problemas de actualidad política, sino fundamentalmente de agricultura, industria, comercio, promoción de las artesanías, necesidad de instrucción y elevación moral de las poblaciones, progreso material, etc., evitando de tal modo ocuparse de temas conflictivos o de

cuestionar las acciones de los gobiernos, que numerosos hechos significativos “de actualidad” resultarán indiferentes a esta prensa.

En la costa atlántica sudamericana (Brasil, Uruguay, Argentina), sin embargo, la breve historia de sus impresos periodísticos coloniales, iniciada en 1801, nace ya fuertemente atravesada por temas de guerra: en 1807 la segunda invasión inglesa coloca brevemente un periódico de formato más moderno que el conocido en Hispanoamérica (*La Estrella del Sud*) en Montevideo. En 1808, el exilio de la familia real portuguesa en Brasil debido a la guerra napoleónica da inicio a los dos primeros periódicos brasileños. En Buenos Aires, las dos invasiones inglesas son motivo de suspensión primero y cese en la segunda, del único semanario publicado en la ciudad. La Revolución de mayo, finalmente, producirá, por la guerra entre Buenos Aires y Montevideo (1810-1814) sendas gacetas del Estado.

Como bien lo han hecho notar, entre otros, y desde perspectivas y focos de análisis distintos, Francois-Xavier Guerra (1998, 2003) y Tulio Halperín Donghi (1998), los procesos de conformación identitaria, de circulación cultural y de transformaciones en estructuras, dispositivos y organizaciones tanto estatales como no estatales en el mundo hispanoamericano conforman un complejo y heterogéneo entramado de prácticas muchas de las cuales se recibieron trasplantadas, otras fueron creadas más o menos explícitamente sobre la marcha de las prácticas y desafíos, y otras conformaron sinuosos procesos de hibridación y yuxtaposición, conformando un orden relativamente estable que habría de estallar en 1810, reconfigurando las posibles piezas para la problematización de los caminos a seguir por las nuevas elites y demás fuerzas sociales favorables a la revolución y la independencia. La realidad local constituye así una trama de tensiones. La imprenta, asociada a la actividad evangelizadora y educacional de la Iglesia y a la labor del Estado, fungió tareas de características trasplantadas; sus auges y retrocesos fueron los mismos que los observados en el proceso del Siglo de Oro español y del barroco. El periodismo, en cambio, aparece como una fuerza cuyas características externas no son monolíticas. Por un lado, es una práctica del Estado español: la de las gacetas de Estado, adaptadas ya en el siglo XVII y emuladas en el siglo XVIII por las autoridades coloniales. Por otro, el impulso a periódicos autónomos, dirigidos por sociedades patrióticas, orientado a estimular el estudio de la moral, las artes y las ciencias, y periódicos de fin semejante u orientados a saberes prácticos cotidianos, publicados por particulares que obtienen permiso real. Esta práctica también se manifiesta en Hispanoamérica en el auge de la modernización administrativa dieciochesca, durante la segunda mitad del siglo XVIII, aunque sufriendo, como la metrópoli, las retracciones producto del estado de amenaza como sucede en 1791 con la prohibición de toda publicación excepto la oficial en medio de la onda expansiva de la Revolución francesa. Pero en tercer lugar es el paulatino contacto, no siempre autorizado, con la novedosa prensa británica, su adaptación al régimen parlamentario, sus libertades e innovaciones literarias, políticas y de actualidad mercantil. A pesar de las prevenciones

producto de la condena religiosa al mundo protestante, los grupos letrados criollos ven esa lejana prensa anglosajona características positivas, deseables, y que además, podían ser en ocasiones elogiadas por la propia prensa intelectual española -las inevitables referencias a seguir el camino sobrio de Addison- sin excitar las preocupaciones del Estado español. En contraste con este desconocido y lejano pero deseado universo de prácticas periodísticas del mundo anglosajón, hacia fines del siglo XVIII la prensa es una práctica respetada y elogiada por la elite, pero contrastan las expectativas de un mayor despliegue con el creciente desapego a lo que podían aportar las gacetas españolas. En tal contexto, el agrupamiento en torno a semanarios intelectuales fue, al mismo tiempo, una actividad permitida y alentada por el Estado, y un ámbito de pertenencia de la elite intelectual que atisbaba sigilosamente -quizás incluso sin saberlo explícitamente- los límites del sistema (Díaz, 2012). El desinterés y pérdida de expectativas que generaban las gacetas oficiales españolas en el último tramo colonial contrastaba así con la posibilidad de una tenue esfera pública agrupada en tertulias en viviendas de la elite funcionarial y comercial y sus redes familiares ampliadas, en tímidos espacios conversacionales en ámbitos de actividad por concurrencia (teatro, Iglesia, comercio, ámbitos funcionariales, Cabildo, espacios de tiempo libre de varones adultos), en cartas, y también en los novedosos semanarios que agrupaban ensayos de interés literario, científico, económico o moral y que multiplicaban su presencia en este tipo de prácticas. De allí que el acceso a las primeras prácticas de prensa mediado por el atraso del imperio español en comparación con el amplio desarrollo holandés y anglosajón y -ya tras la revolución- en Francia, pudo significar, pocos años más tarde, un paradójico y contradictorio trampolín hacia nuevas prácticas en las que chocaron, se hibridaron y yuxtapusieron particularidades de cada territorio, las prácticas heredadas del mundo colonial, y la expectativa de una rápida adopción del modelo de prensa moderna que tanto éxito había tenido en las formaciones parlamentarizadas, y al cual le daban tanta importancia que llegarían al extremo de considerarlas un indicador de viabilidad y posibilidad de reconocimiento diplomático de un Estado.

1.3. La llegada de la prensa a la región rioplatense

1.3.1. La imprenta: Estado, universidad y misiones jesuíticas

Los primeros dos siglos del imperio español en América habían mostrado el más absoluto monopolio estatal de la imprenta por medio de concesiones rígidas en las que predominó ampliamente el rol de la Compañía de Jesús, responsable de la estrategia cultural española en América con la creación de las universidades, escuelas, misiones y la instalación de imprentas, además de vehiculizar la expresión artística del barroco. Pero el mapa de imprentas mostraba al Cono Sur como una región cuasi marginal en términos de importancia económica e incluso militar. Las imprentas más cercanas se hallaban en el Perú, y el grueso de la formación universitaria para el

actual territorio argentino se concentraba allí, con la honrosa excepción de la Universidad de Córdoba, puesta en marcha en 1613 autorizada por la corona en 1622. En 1624 se creó en el Alto Perú, en Charcas (actual Sucre), capital del Departamento de Chuquisaca, la Universidad de San Francisco Xavier, también a cargo de los jesuitas. Charcas se tornaría con el tiempo un importante atractivo para estudiantes rioplatenses, sobre todo en las últimas décadas de la Colonia, cuando -expulsados ya los jesuitas- la universidad se hallaba bajo un inestable equilibrio entre autoridades temporales y eclesiásticas (De Gori, 2010; Serrudo Ormaechea, 2006). La inclusión del Alto Perú en el Virreinato del Río de la Plata favoreció esta posibilidad.

Pero si la región contó con una universidad desde el siglo XVII -y dos si se agrega Charcas tras la inclusión virreinal de 1776-, no sucedió lo mismo con la imprenta, cuya primera aparición -trunca tres décadas más tarde- habrá de esperar a 1700, y cuya presencia definitiva se estabilizará recién en Buenos Aires a partir de 1780, por orden del gobierno.

Se trata, pues, del siglo XVIII, el siglo de las reformas borbónicas y de la expulsión -en 1767- de la Compañía de Jesús del territorio español, metropolitano y colonial. Es un siglo en el que el control absolutista permanece y en ciertos aspectos se profundiza, y de medidas que a largo plazo serán destructivas de la cohesión del imperio en América, como la crecientemente institucionalizada discriminación a criollos y demás grupos étnicos “inferiores”.

Pero es también un siglo en el que se ensayan aperturas y mejoras administrativas, y de la simpatía de la Corona por la Ilustración, la circulación de impresos y el impulso a las ciencias, las artes y el comercio. Como hemos visto en la sección precedente, esto implicó un fuerte impulso a la prensa periódica, tanto por el interés de expandir una voz oficial uniforme creando gacetas oficiales en todo el imperio, como de permitir y aún promover la formación de sociedades patrióticas y la publicación a su cargo de periódicos de espíritu ilustrado. A pesar de las contracciones, el proceso expansivo, como lo sintetizan las tablas precedentes en esta misma sección, fue notable.

En la región de la actual Argentina, estas transformaciones comienzan a impactar en la segunda mitad del siglo, tras el ascenso al poder del nuevo rey español Carlos III en 1759, y especialmente tras la creación del virreinato en 1776/78, menos de medio siglo antes del colapso del imperio colonial español. La llegada del Rey Carlos al trono brinda continuidad y profundiza estas políticas de reforma en las colonias, facilitando la disposición de imprentas a través de numerosas medidas de fomento similares a las adoptadas en España. Tales medidas fueron además complementadas con acciones directas de adquisición por la autoridad estatal.

En tal contexto, la imprenta en Argentina posee tres momentos de inicio diferentes -pues existieron dos trancos- hasta su definitiva instalación. El primero de ellos fue muy particular: la imprenta fue creada por los jesuitas en la región de las Misiones del nordeste hacia fines del siglo XVII y se sabe

que aún en 1730 tiraba folletos y panfletos. Esta imprenta no provino de Europa, sino que fue construida en madera, con terminaciones y caracteres de metal, aparentemente de estaño en su totalidad, sobre la base de los conocimientos de los misioneros y de unos textos orientativos del arte tipográfico. El primero en dar cuenta de esta experiencia desde la historiografía fue el general Bartolomé Mitre en sucesivos artículos y referencias, y finalmente en forma póstuma en *Orígenes de la imprenta argentina*, publicado originalmente en 1918 (Mitre, 2003), donde reconoce, además, trabajos precedentes de José Toribio Medina y de M. R. Trelles. El primer libro allí impreso fue *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*, ilustrado con 43 láminas a buril sobre cobre “al estilo de Alberto Dürer” (B. Mitre, 2003). Demuestra Mitre también la pervivencia de restos de la imprenta y de algunos tipos de estaño en 1784 en Santa María la Mayor.

No se conocen trabajos anteriores a 1705 ni posteriores a 1730, pero sí una lista amplia de trabajos publicados en ese interregno, incluyendo libros, folletos, panfletos y material de catecismo. Los jesuitas se vieron involucrados en la guerra comunera de 1717-1735⁶² y en relación con ella escribieron folletos argumentando su posición. Se desconoce la razón de la finalización, pero se supone que ésta provino del agotamiento del equipo, y quizás de la partida o fallecimiento de quienes podrían haber intentado reiniciar el proceso de construcción⁶³.

El segundo momento corresponde también a los jesuitas, quienes traen de España una imprenta a la Universidad de Córdoba (en realidad, al Colegio de Monserrat). La imprenta fue ingresada a Córdoba en 1764, con permiso real y asignación de privilegios por el virreinato (por ejemplo, la exclusividad en la producción de catones para la Iglesia). Pero su existencia fue efímera debido a la expulsión de la orden en 1767, habiendo editado sólo un libro. La imprenta, además, fue puesta en desuso durante los años siguientes (Mitre, 2003; Canter, 1961).

⁶² La guerra asociada a la segunda Revolución Comunera en Paraguay afecta la región entre 1717 y 1735, con consecuencias catastróficas. El conflicto enfrentó a las autoridades nombradas por la corona española y los criollos y españoles afincados en la región, en torno a las funciones asignables a los pueblos guaraníes: mientras la corona propendía a agruparlos en las misiones jesuíticas, los criollos titulares de derechos de encomienda buscaban asignarlos a la producción en sus chacras y haciendas. Paradójicamente, los principios democráticos sostenidos por los comuneros contra la opresión absolutista ponían en peor situación a los indios, que participaron activamente en la represión del movimiento.

⁶³ Dice Mitre (2003: 6) “De todo esto resulta evidentemente: 1º Que desde 1694, los misioneros del Paraguay trabajaban por tener una imprenta propia, y que ellos fueron los fundadores, o más bien dicho, los creadores de la primera que se fundó en el Río de la Plata; 2º Que desde esa época el general de la Compañía de Jesús secundaba ese propósito; 3º Que al finalizar el siglo XVII (año de 1699) se dieron los primeros pasos por el mismo general para obtener en España la licencia de establecer la imprenta en las Misiones jesuíticas del Paraguay; 4º Que la licencia debió llegar a América por el año 1701 a 1702; 5º Que en 1703 la imprenta estaba creada con elementos y artífices propios y se hallaba en plena actividad, funcionando sus talleres de tipografía y de grabado, en que trabajaban los indios neófitos ‘en caracteres peregrinos en Europa, y sin los maestros de la Europa’, como lo dice enfáticamente el padre Serrano. El pie de imprenta no señala el lugar, y sólo lleva la designación general de Impreso en las Doctrinas; pero no puede caber duda que lo fue Santa María la Mayor, pueblo fundado en 1633 (según M. S. de Azara) a inmediaciones de la margen occidental del Uruguay, donde se imprimieron los libros subsiguientes que llevan su nombre y donde se encontraron, al fin, los últimos restos de la primitiva imprenta...”.

El tercer momento, definitivo, llega en 1780, con la instalación en Buenos Aires⁶⁴ de una imprenta gubernativa que instauró definitivamente su existencia en la ciudad. Pero ya antes, en las décadas anteriores, comenzaba a notarse las consecuencias de la renovación administrativa y comercial borbónica. En Buenos Aires, esta activación se hace notar muy claramente en la segunda mitad del siglo, y con ella, comienzan a aparecer las primeras hojas manuscritas que difundían las noticias bajadas de los barcos: la situación de la corte, guerras, acontecimientos extraordinarios (como epidemias o terremotos), e información comercial (listados de mercancías, precios, días y horarios de entrada y salida de barcos, difusión de posibilidades de comercio).

Simbólicamente, el papel noticioso porteño más antiguo que se conserva corresponde al significativo año 1759. Se trata de un manuscrito titulado *Noticias comunicadas desde la colonia del Sacramento a esta ciudad de Buenos Aires en 5 de diciembre de 1759*. Allí se presentan diez noticias, coherentes con el perfil de las gacetas y relaciones de su tiempo: el testamento de la reina de España (esposa de Carlos III), noticias de cortes española y portuguesa, entradas de navíos al puerto, pasajeros, un fallecimiento en viaje, datos -optimistas- sobre la guerra de Prusia con Gran Bretaña, datos sobre la posible sucesión de Fernando VI (De Marco, 2006).

No había aún, en el Río de la Plata, necesidad de periódicos, ni en el sentido estatal que les asignaba el absolutismo, ni en el sentido burgués parlamentario, dado el carácter marginal del territorio tanto en su valor económico como militar en relación con las potencias modernas que utilizaban prensa periódica, y de hecho los primeros que se conocen son transcripciones manuscritas de noticias de gacetas que llegan “del Janeyro” (Río de Janeiro) o directamente desde España, a través de Colonia del Sacramento o Montevideo. Estos escuetos papeles, típicos de la circulación comercial europea ya desde el siglo XVI, no parecen tener gran mercado en la aún pequeña Buenos Aires de la década de 1760. La serie más larga y con pretensiones de “Gaceta” (publicación continua) que se conoce de este tipo de publicación, fue la *Gazeta de Buenos Aires* de 1764, que sólo produjo unos pocos números y ejemplares, todos manuscritos. Se conocen cuatro números, publicados entre el 19 de junio y el 25 de septiembre de aquel año. Mariluz Urquijo (1988) ha hecho notar que podría haber habido algún número anterior (pues el del 16 de junio no se presenta como primero ni se cuenta con numeración en los ejemplares) y que -por contrastación con una carta particular- la publicación podría haber concluido en diciembre de ese año, por lo que el total de números elaborados bien podría ser de 4, pero también hasta el doble de ese número. Su pequeño formato y el hecho de que aún sobraba espacio en blanco en las últimas páginas de los cuatro pequeños pliegos, muestran que el volumen de información a poner en circulación era aún muy tenue; pero Díaz (2012) nos

⁶⁴ A partir del rescate y traslado de una imprenta que los jesuitas habían traído de España a la Universidad de Córdoba hacia 1764. La misma quedó abandonada tras la abrupta expulsión de la Compañía en 1767. De allí la decisión virreinal de ordenar su traslado a la capital para darle nuevo uso.

recuerda el reverso de sentido de estos espacios en blanco: un bien escaso como el papel bien podía ser un obsequio extra para el destinatario del periódico. Como ha mostrado Mariluz Urquijo, el redactor de esta publicación fue el francés Juan Bautista de Lasala (Jean Baptiste de Lasalle). En cuanto a quién era su mandante, nos indica De Marco (2006) que:

“La *Gazeta* parece haber sido oficial o haber recibido apoyo económico del gobernador y futuro primer virrey del Río de la Plata, teniente general Pedro de Cevallos, quien por entonces no gozaba de una salud rebosante, aunque pronto la recuperó. Cada número informaba sobre ella, y no faltaban manifestaciones adulatorias con respecto a sus cualidades militares ni expresiones agresivas hacia sus adversarios” (De Marco, 2006: 16-17).

Esto nos indica que si bien el redactor era un comerciante próspero (de hecho, rico, por el patrimonio de su esposa), su principal objetivo parece haberse encuadrado más en la defensa de una facción funcionarial con vistas a su consolidación en el gobierno que a la intención de generar un negocio con su periódico. De hecho, se desconoce si la *Gazeta* fue leída en voz alta, y si hubo más de una copia manuscrita en circulación. Los temas que se observan en los cuatro ejemplares que se conservaron muestran el perfil típico del gacetismo de su tiempo: noticias comerciales y administrativas, salida y entrada de barcos y pasajeros, información militar y religiosa, actividades sociales en la ciudad, notas misceláneas amenas e instructivas, judiciales y sucesos criminales (De Marco, 2006). El detallado estudio de Mariluz Urquijo (1988) sobre esta publicación demuestra que, a diferencia de los inicios de las gacetas de México y Perú, no se trata sólo de la reimpresión de gacetas españolas sino de un producto original capaz de trabajar desde la realidad local, con información específica de distintos barrios, problemas y desafíos económicos en la ciudad, sucesos locales, etc. Si bien la experiencia es breve (entre cuatro y ocho meses) y manuscrita (por lo tanto, de circulación muy limitada), la experiencia se ensambla en el impulso a la prensa que la corona española está generando en esta década. La *Gazeta de Buenos Aires* se asemeja así en estructura a otras gacetas hispanoamericanas, pero confirma también que se trata de un inicio tardío en comparación con los grandes centros coloniales, breve y de pequeño alcance, en comparación con una prensa colonial que en Lima, México alcanza regularidad, duración por décadas y abundantes contenidos. Por último, notemos la coherencia de mandantes: una vez más, como en el resto de Hispanoamérica y España, estas gacetas nacen a impulso del Estado.

Los sueltos continuarán apareciendo, en algunos casos copiando directamente fragmentos de gacetas y otros impresos llegados en barcos procedentes de España o de mercaderes británicos. Pero el crecimiento de la importancia militar y económica de los puertos de Buenos Aires y Montevideo, amenazados por el avance portugués, llevará a una última gran reorganización político-administrativa, con la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776/78, con capital en Buenos Aires. La posibilidad de que el puerto de Buenos Aires fuese no sólo vínculo comercial para la

salida y entrada de mercancías, sino también punto de salida de metálico alto peruano con destino a España, amplió rápidamente la vida económica y social de la ciudad, y apenas instalada la nueva autoridad, se procedió a gestionar una imprenta para uso oficial ante la autoridad metropolitana. La proverbial lentitud de este tipo de trámites llevó al virrey Vértiz a optar por una alternativa. La expulsión de los jesuitas en 1767 había dejado inactiva en la Universidad de Córdoba la imprenta. En 1780 una comitiva oficial se ocupó de recuperarla, dado que se encontraba en estado de abandono, con pérdida de tipos que se habían enterrado en el piso, etc. (Canter, 1961; Mitre, 2003), y trasladarla a Buenos Aires, donde se transformó rápidamente en la imprenta oficial, la única disponible hasta la década de 1810. Su funcionamiento administrativo fue por concesión con privilegio, y su uso fundamental no fue periodístico en sus primeras décadas, sino para la distribución de comunicaciones oficiales y la impresión de materiales para uso cotidiano de las iglesias (catones, catecismos, etc.)⁶⁵. Sin embargo, sí se hizo -en ocasiones- uso periodístico imprimiendo sueltos informativos que la autoridad estatal considerase importante difundir: novedades de la autoridad estatal española, avances y progresos en sucesivas guerras o el combate a la piratería, información comercial de interés para mercaderes, etc. El primer documento impreso de estas características que se conserva es prácticamente inmediato a la instalación de la Imprenta. Se trata de unas *Noticias recibidas de Europa por el correo de España, y por la vía del Janeyro. Buenos Aires, a 8 de enero de 1781*. Este tipo de sueltos, avisos, noticias y relaciones comenzó a aparecer primero esporádicamente, y luego más intensamente hacia el fin de siglo y en la década final del virreinato. De ellos se conservan muchos ejemplares en la actualidad, tanto en la Biblioteca Nacional como en el Museo Mitre de la ciudad de Buenos Aires, entre otros repositorios. Si bien no llegó a existir una Gaceta en la ciudad hasta 1809, la cantidad de sueltos emitidos por orden de la autoridad virreinal muestra una continuidad bastante regular a lo largo de los años.

En paralelo con esta aparición de un muy tenue espacio proto-periodístico, comenzó la circulación -también tenue- de papeles anónimos con breves y muy sencillas interpelaciones de protesta. Dice al respecto Juan P. Echagüe:

“Aunque no entren propiamente en la categoría de periódicos, cabe mencionar, en ausencia de éstos, la aparición de pasquines en las calles de la ciudad, durante el virreinato de Juan José de Vértiz, en los cuales se protestaba por el aumento del dos por ciento en el tributo de las alcabalas. La difusión de tales anónimos y pasquines motivó el bando del 23 de octubre de 1779 por el cual se hizo saber a los vecinos que debían abstenerse de ‘componer, escribir, trasladar, distribuir y expender semejantes papeles sediciosos e injuriosos, y de permitir su lectura en su presencia’”. (Echagüe, 1946: 59. Cfr. también Díaz, 2012; Pillado, 1910).

Debe notarse, sin embargo, que el uso de pasquines manuscritos no constituye una novedad en el espacio del absolutismo -eventualmente puede tomarse nota del aumento de su cantidad en algún

⁶⁵ Tanto las tareas de imprenta como las futuras publicaciones periódicas de la década de 1800 fueron otorgadas con privilegio de exclusividad. El taller debía proveer las necesidades de sus artesanos, de los concesionistas si los hubiera (como en el caso del editor de un periódico) y el excedente o beneficio debía proveer a las necesidades de la Casa de Niños Expósitos. (Canter, 1961; Torre Revello, 1947: 188-190).

período- y su función rara vez es de amplia difusión o de puesta en discusión pública como sucede con el periodismo propiamente dicho. El anónimo injurioso, la protesta pasquinesca, el panfleto, cumplían la función de injuriar, manifestar la presencia de malestar cuando no se podía hacerlo en forma pública, o confirmar lazos de logia en relación con conspiraciones o grupos que buscan ejercer presión, ya en el ámbito cortesano europeo, ya en el espacio del funcionariado virreinal. Si bien el pasquinismo es una referencia imprescindible para el estudio de la formación de las nuevas formas de la representación y la formación de la opinión, la forja de una habitualidad en la producción, circulación y recepción de materiales periodísticos muestra un hilo de continuidad más claro desde la circulación de información estatal y comercial que en el pasquín, el cual tomará contacto con el periodismo propiamente dicho (y con su amplia difusión, generará no pocas crisis políticas y escaladas de enfrentamiento) después de la independencia.

Durante la década de 1790, cuando las reformas borbónicas llegaron a su punto culminante en nuestra región con la ampliación de posibilidades asignadas al puerto de Buenos Aires⁶⁶, comenzó a esbozarse una primera vinculación con la práctica periodística regular. Con la creación del Real Consulado Belgrano comienza a redactar sus monografías y a requerir y recolectar informes desde las provincias interiores, muchos de los cuales serán la base para artículos en el periódico oficial español *Correo Mercantil de España y sus Indias* en España, a lo largo de varios años, y luego de materiales que Belgrano publica en Buenos Aires, incluso en su *Correo de Comercio*, donde incluso recupera artículos con más de diez años de publicación en el *Correo Mercantil*. A ello se agrega una creciente presencia de suscripciones y adquisiciones individuales de gacetas, almanaques y otras publicaciones que llevan al puerto y, en la medida que no sufren censura o embargo, cuentan con libre lectura y acopio en la ciudad. También en esta década se registran los primeros pedidos formales de autorización para editar una gaceta.

Destaca en primer término, por la magnitud y el carácter pionero de su aporte, quien debería ser reconocido como primer periodista argentino (Díaz, 2005, 2012), el secretario perpetuo del Consulado y futuro prócer patrio Manuel Belgrano, formado en las cortes españolas entre 1786 y 1793⁶⁷, cuando las simpatías por la ilustración -y por su versión económica, la fisiocracia- se encontraban en su cenit. Tras su retorno a Buenos Aires en 1793 realizó numerosos informes breves y monografías impulsando el potencial económico y de progreso material y cultural de la región, de acuerdo con los requerimientos establecidos por las funciones asignadas a su cargo. Parte de sus

⁶⁶ Apenas creado el Virreinato se había comenzado a liberalizar el comercio sin romper con los términos monopólicos del orden colonial español. En 1778 se habilitó el comercio con los principales puertos de España y América hispánica, y se habilitaba la extensión de este tráfico hacia el interior del virreinato a través del puerto de Buenos Aires. En 1791, cuando se autorizó la trata de negros importados de África, el comercio con Gran Bretaña dio un brusco salto, que se consolidó cuando en 1795 se autorizó a comerciar con las colonias extranjeras.

⁶⁷ Conoció de este modo el ambiente ilustrado español en pleno auge en la corte en la década de 1780, y abruptamente cortado por Carlos IV tras la Revolución Francesa.

monografías y artículos fue publicada en *El Correo Mercantil de España y sus Indias*⁶⁸, como lo ha registrado el exhaustivo trabajo de Mariluz Urquijo (1978), cumpliendo con sus obligaciones emanadas del cargo, y también con sus propias inquietudes, según narraría años más tarde en su *Autobiografía* (Belgrano, 1954). No hay dudas de que el *Correo Mercantil* era ampliamente oficial, aunque la iniciativa fue propuesta por particulares. Eugenio Larruga había comenzado a publicar sus *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España* en 1787. En 1792, asociado a Diego María Gallard, logra que el ministro de Hacienda Diego Gardoquí oficialice un claro apoyo a la publicación por medio de la suscripción de ejemplares y la provisión de información tanto de origen metropolitano como de las colonias (Mariluz Urquijo, 1978: 12). Tal información, además, fue oficialmente requerida a los Consulados, con requerimiento mensual. Otras publicaciones avaladas por el Estado promovieron la publicación. Siguiendo a Enciso Recio (1958: 89), Mariluz Urquijo registra que el N° 223 el *Mercurio Peruano*, de Lima, “fue íntegramente dedicado a difundir el prospecto (...) y otras noticias complementarias sobre la nueva publicación” (Mariluz Urquijo, 1978: 13). En 1795, Gardoquí creó la Secretaría de la Balanza como parte de su Ministerio, encargada de recolectar y organizar información precisa sobre la balanza comercial del país y su evolución. Habiendo sido creado el Consulado rioplatense en 1794, Gardoquí envía el 11 de mayo del año siguiente un requerimiento oficial para el envío mensual de noticias, tanto propias como recolectadas de otros organismos oficiales y aún “...gacetas, mercurios, diarios u otros papeles públicos que de algún modo contengan especies relativas a los puntos insinuados” (Archivo General de la Nación, 1936: 443), tarea que el Consulado a cargo de Belgrano cumplió cabalmente. Pero no fueron sólo estos los evidentes lazos del periódico con el mundo estatal. Larruga cedió su parte de la redacción a Gallard, y éste a su vez la cede directamente a la Secretaría de la Balanza el 21 de septiembre de 1795, y hasta el 8 de marzo de 1799, esto es, los primeros años de la colaboración de Belgrano con la publicación, están signados por ser una tarea a partir de una orden oficial, en cumplimiento de una tarea oficial, para un periódico oficial. Es interesante, en este contexto, cómo es este vínculo oficial el que brinda, inesperadamente, cierto entrenamiento periodístico a Belgrano y a los diputados del Interior que reportan al Consulado y envían informes. No sólo por la regularidad del requerimiento, o por la expectativa de ajuste a cierta cantidad de páginas, sino por el criterio periodístico de corrección. Mariluz Urquijo hace notar:

⁶⁸ *El Correo Mercantil de España y sus Indias*, uno de los dos periódicos autorizados en España luego de la gran clausura de 1791, se editaba cada tres meses en Sevilla por la autoridad estatal de comercio, agrupada desde 1795 bajo el nombre de Secretaría de la Balanza de Comercio: “Bajo el influjo de las ideas de la Ilustración, se fueron estableciendo a lo largo del siglo XVIII diversos organismos encaminados a lograr el conocimiento de la verdadera riqueza nacional para adecuar a ella las contribuciones, apartar los obstáculos que se oponían al bienestar de los pueblos y fomentar el progreso de la agricultura, la industria y el comercio. Tales fueron con fines fundamentalmente estadísticos la Secretaría de la Balanza de Comercio...” (Pérez de la Canal, 2014: 11).

“... las correcciones que les hacen en la oficina madrileña -verificables en las tachaduras o añadidos hechos a los originales conservados en el Archivo General de Indias- antes de ser enviados al periódico son mínimas y carentes de interés. Se les añade alguna breve introducción explicativa como la que precede al texto aparecido en el número del 27 de marzo de 1797; se reemplaza alguna palabra por otra que se considera más precisa y así, por ejemplo, donde decía que las cosechas han sido *fecundas* se cambia el adjetivo por *abundantes*. Se procura quitarles el carácter de escritos administrativos para darles un tono más periodístico: por ejemplo, en la reseña correspondiente a Tucumán la frase ‘asegura el Diputado haberle informado un vecino de toda verdad’ queda reducida a un “según informe de un vecino honrado”. Se elimina alguna constancia que se considera superflua, se abrevia algún enunciado, se interpola alguna línea o se formula alguna observación marginal...” (Mariluz Urquijo, 1978: 15).

Esta relación con la formación del periodismo también se nota en la participación de diputados consulares en los informes para el *Correo Mercantil*, y su posterior colaboración periodística local. Uno, evidente, es Belgrano, quien tendrá una creciente intervención a medida que se suceden los semanarios en la última década colonial y otras publicaciones en la década revolucionaria. Otro es José de Unanue, diputado por Oruro desde 1799, quien escribe sobre su ciudad -y es publicado- en el *Correo Mercantil*, para más adelante colaborar con el *Telégrafo Mercantil* (creado en 1801) de Buenos Aires, periódico que será por cierto citado por el *Correo Mercantil* para reproducir información relativa a la región. Tras el cese del *Telégrafo* y el nacimiento del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, el *Correo Mercantil* continuará tomando información de esta fuente. Dado que el Consulado era suscriptor de gacetas, mercurios y otras publicaciones periódicas (suscribió, por ejemplo, 17 ejemplares por número del *Correo Mercantil*, y suscribirá 19 del *Telégrafo Mercantil*), puede inferirse el espacio de lectura e intercambio que podía constituir la institución dirigida por Belgrano desde su creación hasta la Revolución de Mayo.

También puede observarse en esta década los prolegómenos de la aparición de una prensa local, no sólo porque la elite local efectivamente adquiere la práctica regular de la lectura de gacetas llegadas de España, según reconoce gran cantidad de protagonistas de esa época en cartas y memorias, sino porque se registran los primeros pedidos de licencia para realizar una publicación periodística regular, pedidos que -aunque son efectuados por personajes ligados a la nobleza europea como don Santiago Luis Enrique de Liniers, Conde de Liniers-, son de momento rechazados⁶⁹.

No hay evidencias de grandes “prohibiciones” -como sí las hubo de ingreso de libros inquisitorialmente clasificados- que trabasen un impulso de los particulares a la publicación de periódicos previa autorización estatal, tal como insinúa Quesada en la carta mencionada al

⁶⁹ Recapitula Torre Revello (1940: 187-188): “... Santiago Luis Enrique de Liniers, Conde de Liniers (hermano de Santiago, el más tarde Virrey interino de Buenos Aires), quien el 16 de agosto de 1796 presentó al entonces virrey del Río de la Plata, Nicolás Arredondo, un memorial solicitando licencia para publicar un periódico, y cuyos trámites posteriores son ignorados, deduciéndose de todo ello la más franca negativa a conceder lo solicitado. De que el proyecto había sido madurado por el Conde de Liniers, queda el testimonio en el prospecto que adjuntó al memorial, en el que describía la característica que tendría el periódico, cuyo título sería *Gaceta de Buenos Aires*. El sumario o cuadro de materias de que se ocuparía el “papel público” era el siguiente: *Gobierno, Precio de los Comestibles, Comercio, Teatro, Literatura y Artes, Noticias y Necrología*. Para cada uno de los mencionados acápites, agregaba el Conde de Liniers en el prospecto, la debida explicación sobre lo que se trataría. Debía publicarse los días domingos, y el producto que se recaudase se destinaría al fomento y beneficio de la Casa de Niños Expósitos. Torre Revello cita a su vez información de Toribio Medina (1892: 154-155).

comienzo de este capítulo, sino, más bien, la ausencia de sujetos de prensa que pudiesen darle un uso sistemático, pues las acciones de censura que impactaron sobre los periódicos de la primera década del siglo XIX muestran dos tópicos claramente delimitados: el sentimiento de honor mancillado que pudieran expresar la autoridad estatal o las instituciones eclesiásticas a partir de lo que dice o insinúa una publicación, o el uso de un lenguaje vulgar o con palabras inadecuadas. No se manifestó nunca, por el contrario, molestia alguna en torno a la presencia de debates, críticas, recomendaciones, ensayos sobre economía o gobierno civil, etc.

El caso de Liniers no parece presentarnos un ejemplo de freno estatal a las iniciativas periodísticas civiles (aunque sí debe tomarse en consideración la prohibición general de 1791), sino, más bien, una combinación entre los mecanismos de acceso a los permisos para iniciativas comerciales, atravesados por una densa y sinuosa trama de contactos, negocios de grupos de familia, y aún corrupción, en cuyo marco se concedían o no las autorizaciones. La denegación del pedido periodístico a Liniers es una entre varias, que incluye un fallido intento para producir industrialmente caldo deshidratado, denegado sin explicación alguna, pero donde se hacen notar los intereses económicos sectoriales y funcionariales. Quizás la condición de francés del peticionante fuese ya un factor de complicación, como habría de serlo su apellido mucho más aún tras la invasión napoleónica de 1808. Los recambios de virrey, los problemas del sistema de concesión en su conjunto, con sus correspondientes presiones, la inexistencia de un mercado de lectores -y menos aún de escritores- y la existencia de una sola imprenta impiden, por ahora, un avance hacia la prensa moderna semejante a la que ya se despliega plenamente en las ex colonias británicas de América del Norte. En 1784, ya existen publicaciones diarias de propiedad privada en Estados Unidos, y Gran Bretaña ve crecer su volumen de impresos por millones de unidades. La continuidad de las experiencias queda ejemplificada en que el diario *The Times* nos acompaña hasta nuestros días.

Pero en octubre de 1800, la solicitud de Cabello y Mesa para crear un semanario y una sociedad patriótica en Buenos Aires tendrá éxito: la prohibición de 1791 se ha desdibujado, Cabello es español y no francés, y no es un residente en Buenos Aires que hubiese ganado adversarios o enemigos. Tanto el virrey como buena parte de la elite funcional se hallaban favorables a la iniciativa de un periódico, que habrá de salir a la calle por medio de un prospecto de presentación hacia noviembre de 1800. Es el inicio de la prensa periódica impresa rioplatense.

1.3.2. Última década colonial: el nacimiento del periodismo impreso (1801-1810)

En 1801, ocho décadas después que en México, se inicia en Buenos Aires el periodismo impreso, por iniciativa del español Francisco Cabello y Mesa, quien propone una publicación semanal al estilo de los periódicos españoles proclives al pensamiento ilustrado, y asociada a una Sociedad Patriótica o de Amigos del País por crear. Español nacido en 1764, Cabello y Mesa poseía estudios de derecho y filosofía. Sus primeras experiencias tipográficas y periodísticas las realizó en el *Diario de Madrid*, aprendiendo el oficio junto a Miguel de Manuel, tras el fallecimiento de su editor Thévin. En diciembre de 1789 se embarcó con rumbo a Lima, donde proyectó un periódico, bajo el nombre de “Jaime Bausate y Mesa”. Atravesados los trámites y permisos de rigor, es notable cómo le sucede en Lima algo parecido a lo que habrá de pasarle en Buenos Aires: la competencia de un periódico mejor anclado en la elite letrada local.

Su pedido de permiso recibe respuesta -positiva- del regente de la Real Audiencia Manuel de Arredondo, y en base a ella, la autorización del virrey Francisco Gil de Taboada y Lemos. El periódico se llamó *Diario de Lima* y comenzó el 1º de octubre de 1790. Su inesperado competidor hace lo propio tres meses más tarde bajo el título *Mercurio peruano*. Y ese mismo año aparece el *Semanario Crítico*. De la exitosa implantación del *Mercurio Peruano* en la sociedad limeña Cabello aprendió varias lecciones. Una de ellas, el buscar el apoyo y compromiso de la elite letrada, y agruparla en una Sociedad de Amantes del País o Sociedad Patriótica (la de Lima se llamaba Sociedad Académica de Amantes del País), actividad muy bien valorada por las autoridades.

De momento, esta competencia alejó la esperanza de lograr respaldo directo del Estado, y al imprimir en su propia imprenta, tampoco contaba con la amortización de costos que hubiese supuesto hacerlo en una estatal, donde los costos se limitarían al uso concreto para la impresión de su *Diario*. Pero las gestiones no tuvieron éxito y, por el contrario, en 1792 el *Mercurio Peruano* consolidó el apoyo estatal al emitirse un decreto explicitando medidas de protección y promoción del periódico. Tampoco tuvo éxito su intento de emular la Sociedad por medio de una Sociedad Literaria (a la que llamó *filopónica* o *filopolita*).

Por ello el 31 de octubre de 1792 dejó el *Diario* en manos de Martín Saldaña. Pero aun así, un informe negativo del virrey sobre el Diario -y también sobre Cabello golpeó toda esperanza de recuperación. El cierre se formaliza el 26 de septiembre de 1793⁷⁰.

⁷⁰ Como sucederá después con su paso por Buenos Aires, hay hipótesis diversas en torno a los factores que molestaron a la autoridad, que pudieron provenir de la calidad de su escritura y terminología, críticas que tocasen intereses concretos en disputas económicas, o reflexiones que pudiesen causar inquietud en la celosa inquisición limeña. Sánchez Zinny (2008) considera que el artículo que comparó a los incas con la civilización grecolatina dando ventaja a los incas atrajo molestias por sus implicancias inquisitoriales y su calidad. Clement (2006: 11) opta por la hipótesis de los intereses: sus críticas a los métodos mineros experimentales de origen extranjero aplicados en el Potosí que *El Mercurio*, habrían chocado con el hecho de que la expedición criticada había sido organizada y financiada por las autoridades españolas.

Cabello, que entre tanto había completado sus estudios de derecho iniciados en Salamanca y Toledo (se graduó en la Real Universidad de San Marcos, Lima), dejó de momento el periodismo. Hizo carrera funcionarial y se dedicó a la actividad minera. Fue entonces que trabó relación con el marqués Gabriel de Avilés, en ese entonces subinspector general del virreinato del Perú, y que sería pocos años más tarde virrey del Río de la Plata. Avilés ejerció sus influencias para el logro del rango de Coronel para Cabello, y lo defendió en litigios en los que se vio envuelto.

Avilés partió a Chile en 1796 para ejercer el cargo de capitán general (gobernador). Cabello, inició entonces trámites para lograr pasaporte para volver a España, por la vía de Valparaíso. No es claro si pensaba pasar realmente a España o buscaría seguir los pasos de su benefactor⁷¹. La autorización le fue otorgada en febrero de 1798, y el pasaporte en enero de 1800. Mientras tanto, en 1799, Avilés era informado de que sería el siguiente virrey del Río de la Plata, partiendo a Buenos Aires a tomar posesión de su cargo. Cabello se embarcó en el puerto de El Callao el 18 de febrero de 1800, con pasaje y documentación para que su trayecto no fuese por la Tierra del Fuego, sino por Valparaíso, luego a Santiago de Chile y desde allí a Buenos Aires para partir, supuestamente, hacia España. Ya en Buenos Aires, inició de inmediato los trámites de autorización para publicar un periódico. En su propuesta incluía lo que había aprendido de Lima: formar una Sociedad de Amigos del País que promoviese tanto el periódico como otras iniciativas orientadas a la instrucción, promover información útil para el progreso local, etc. El nombre propuesto es el que efectivamente se autorizó: *Telégrafo mercantil, rural, político-económico e historiógrafo del Río de la Plata*. En octubre de 1800 la solicitud llegaba al virrey.

Es notable, en una época en que los tiempos de los medios de transporte y de la burocracia eran oprobiosamente lentos, que el pedido haya llegado al virrey tan pronto, que éste lo haya reenviado de inmediato al Regente de la Real Audiencia para su evaluación, y que éste contestase afirmativamente en apenas dos días (31 de octubre), obteniendo Cabello la licencia con privilegio de exclusividad el 6 de noviembre, con el Regente (Benito de la Mata y Linares) y el oidor de la Real Audiencia (Bernardo de Campuzano) como censor titular y suplente. Además de este evidente apoyo, y dado que una de las funciones del Real Consulado era promover la instrucción y la difusión de conocimientos e informaciones útiles para el desarrollo del progreso de la región⁷², el virrey emitió una recomendación a esta institución -27 de noviembre de 1800- para que “franquee al

⁷¹ Recuérdese que sus primeras actividades en Lima no las hizo con su verdadero nombre, y que nunca se encontró registro de un viaje autorizado, legal, desde España hasta Lima, esto es, podría haber viajado sin autorización. De allí que es dudoso considerar si efectivamente sus intenciones de viaje eran las que indicó al solicitar pasaporte.

⁷² El Consulado funcionaba simultáneamente como Tribunal de Justicia y como Junta de Gobierno. La primera función le habilitaba una amplia incumbencia como tribunal comercial con facultades en la aplicación de las costumbres mercantiles. Como Junta de gobierno funcionaba como una sociedad de fomento. Debía investigar, diagnosticar y difundir medios para el progreso del comercio, la agricultura, la industria y las artes.

autor todas cuantas noticias y auxilios necesite, y sean del resorte de ese Tribunal, para asegurar así los útiles efectos a que se dirigen sus tareas” (*Telégrafo Mercantil*, N° 2, abril 4 de 1801: 13).

Esto se plasmó en un efectivo y constante apoyo, la suscripción de 19 ejemplares (de gran peso en la suscripción total del periódico), el acceso al Archivo del Consulado, y la comisión a Belgrano - secretario del Consulado- para que junto con Cabello redacten los estatutos de la futura asociación (Torre Revello, 1947; Beltrán, 1943; Pillado y Echayde, 1914),

Según indicaba la licencia obtenida, Cabello debía publicar un prospecto⁷³. El mismo fue aprobado antes de fin de año, por lo que aparece fechado “año de 1800”, aunque probablemente haya circulado en enero de 1801. El prospecto fue titulado “*Análisis del papel periódico intitulado Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiógrafo del Río de la Plata*). Allí se expresa la gratitud que el editor siente por Avilés (a quien además de agradecer formalmente, le dedica unas rimas a modo de epígrafe de la publicación). El prospecto contenía un programa para cada dimensión del título (mercantil, rural, político económico, historiográfico) y comprometía información efectivamente hecha en el país. El primer número del *Telégrafo Mercantil* salió a la calle el 1° de abril de 1801. Fue el primer periódico impreso de nuestra región y marcó un salto contundente en densidad respecto de cualquier otro antecedente local. Sobrevivió casi 18 meses, tirando en total 110 números más algunos extraordinarios.

Numerados correlativamente según era costumbre en esta época⁷⁴, sus números suman en total cuatro tomos y principios de un quinto. La duración de más de un año era todo un récord para su época, pero debe considerarse además que -en muchos sentidos- el periódico que lo reemplazó (el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*) fue su continuidad, por lo que puede decirse que a partir de 1801 existe la prensa periódica regular en Buenos Aires⁷⁵. Sin embargo, los problemas que llevarían a su cese se hallaban presentes ya en su inicio. En primer lugar, Cabello no era un hombre

⁷³ El prospecto es una práctica muy común en el siglo XIX, pues antes de la revolución de la publicidad y de la venta en la calle por voceo, la clave del financiamiento y posible rentabilidad de un periódico era la suscripción inicial contratada, que permitía, además, calcular la tirada de los números subsiguientes, pues se imprimía una pequeña proporción por encima de los ejemplares suscriptos o de obsequio. El prospecto consistía en un escrito, generalmente con el mismo tamaño de pliego y tratamiento tipográfico que el periódico ha de tener, en el que se indicaba los motivos de esta publicación, sus objetivos, las materias que tratará, la relación que tendrá con los lectores (si invita a enviar colaboraciones, etc.), el precio y periodicidad, los plazos de renovación de suscripción, si tendrá índice semestral, etc. Cuando a fines del siglo XIX la recaudación por suscripciones pase a ser una proporción menor que la lograda por contratación de avisos o por la venta promedio en la vía pública, el prospecto tenderá a desaparecer: las pruebas se organizarán como “Número 0” y los tópicos propios de un prospecto aparecerán en los números 1, donde, además, el aumento de la superficie impresa se logra tanto por aumento de la plancha y pliego de impresión como por aumento de cantidad de páginas por número (*La Nación*, por ejemplo, ya tira 8 a 12 páginas por número en la década de 1890). Como ejemplo transicional, *Caras y Caretas* no publica un prospecto sino un número “circular”, que aparece como una “muestra” de los avances con los que nace.

⁷⁴ Se numeraba las páginas correlativamente a los efectos de que los ejemplares puedan ser encuadernados como libro: cada edición comienza en el número de página siguiente a la última página de la anterior, y al final de cada suscripción (por lo general semestral) se incluía un índice del tomo. Esta práctica desaparece con la extensión del acceso al libro y los periódicos en la era industrial, y con el formato de pliegos grandes a varias columnas, que hacen prácticamente imposible el indizado. Las revistas intelectuales, en cambio, mantuvieron este criterio hasta mucho después.

⁷⁵ La presencia de al menos un periódico se interrumpe, de allí en más, sólo durante la primera invasión inglesa (junio a agosto de 1806), entre la segunda invasión y la publicación de la *Gaceta del Gobierno de Buenos Aires* (junio de 1807 a octubre de 1809), entre enero y mayo de 1810 y en los días posteriores a Cepeda en 1820.

de la elite ni mucho menos, por lo que no tendrá muchos apoyos ni en la cantidad de suscripciones, ni en la conformación de la Sociedad Patriótica, que languidece de inmediato y prácticamente deja de mencionarse en los meses siguientes, tanto en la publicación misma como en documentos de época o cartas (Martini, 1998; Canter, 1961). En segundo lugar, tampoco logra una adecuada coordinación de intereses y estilos con los intelectuales letrados más significativos como Belgrano, motivo por el cual deja abierta la posibilidad de una competencia que replique lo sucedido en Lima (que la intelectualidad letrada y la elite funcionarial opte por una nueva publicación con apoyo del Estado). En tercer lugar, el vínculo de Cabello con el Marqués de Avilés fue clave en el logro de la autorización y privilegio obtenidos para el *Telégrafo*. Pero Avilés cesa en el cargo prácticamente en el momento mismo de la publicación. El primer número del *Telégrafo* se tiró el 1° de abril de 1801; Avilés recibió los despachos que confirmaban su nombramiento como virrey del Perú a comienzos de febrero, partiendo a su nuevo destino (Lima) el 20 de mayo. Dado que el rumor de su posible nuevo nombramiento -muy deseado, pues allí le aguardaba su esposa- circulaba desde junio de 1800, es evidente que Cabello corrió contra reloj en el sinuoso ámbito de los contactos funcionariales, y que tan pronto partió su benefactor, las condiciones dejaron de favorecerlo. Por último, Cabello no había optado por una publicación concentrada en artículos y ensayos intelectuales del mayor nivel posible, sino que consideraba el periódico misceláneo como el que mejor respuesta recibiría de los lectores (Martini, 1998, Petersen, 2010). La falta de éxito en la formación de un cuerpo regular de colaboradores y su propia convicción en torno a la necesidad de que todos los números contasen con contenidos de variedades misceláneas lo llevaron a incluir constantemente materiales de su biblioteca no siempre caracterizados por un lenguaje cuidado y culto, ni chequeado en cuanto al riesgo de llamar la atención a los censores.

Las dificultades para complacer al escueto público del *Telégrafo* se manifestaron en sus propias páginas. En el número 15 Cabello afirma:

“Es imposible que un Editor pueda diariamente complacer a todos. Los unos gustan más de las noticias particulares que de los rasgos eruditos; los otros reputan éstas fruslerías y quisieran que el *Telégrafo* se llenase solamente de opúsculos científicos; el comerciante busca la planta e ideas de su noble giro y desestima las observaciones físicas, los trabajos de educación y cuanto no le traiga una real e inmediata convivencia [¿conveniencia?] a su negocio, y (en una palabra) todos quisieran que este periódico no tratase otras cosas que aquellas que son de su respectivo gusto y estudio. Fastídanse unos de que los rasgos sean tan largos que ocupan uno o más números; otros sienten que se les corten los discursos; imaginan varios que el *Telégrafo* se ha hecho para despiques particulares, y amargamente se quejan de que en él no se publiquen y vean de letra de molde sus partos o abortos; otros finalmente extrañan que en 14 números corridos no se ha hablado una palabra de Geografía e Historia de estas provincias, o a lo menos de la capital de Buenos Aires; pues, señores míos, yo hago lo que puedo por complacer a todos, y creo que hasta aquí he desempeñado mi obligación a juicio de los sensatos” (*Telégrafo Mercantil*, T. 1, N. 15, 20-5-1801: 115).

Enio Tullio Grope expresa amigablemente críticas en el número 18 del segundo tomo (octubre de 1801), elogiando algunos contenidos, pero expresando con claridad su deseo de que el Semanario

fuese uno característico de un colectivo de intelectuales letrados promotores de la Ilustración. Reclama artículos breves, mayor proporción de producción local sobre asuntos atinentes al progreso de la región, asuntos técnicos específicos más que ensayos generales, etc. Dice:

“Son asimismo artículos de reforma los extractos de las gacetas, que jamás fueron asunto de los periódicos literarios, incurriendo en el pleonismo de repetir las novedades que participan aquellas, a menos que sea alguna de extraordinaria utilidad e importancia relativa a los objetos del *Telégrafo*. También los partes de las Diputaciones de Comercio y los precios de las mercaderías son demasiado triviales, cuando más convendría que cada semestre se publicasen los muy conducentes que anuncien una fortuita revolución. (...) El paralelo físico y moral de los puertos de Montevideo y Ensenada de Barragán, desde la página 22, nos puede ser más útil si estuviera escrito con más precisión y energía; y ojalá se trabajaran muchos papeles relativos a los demás puertos. [...] A la página 115, trata el Editor del modo de complacer con su Periódico. No parece que hay otro que el de los papeles y discursos útiles en todas materias, especialmente si se contraen al territorio donde se escriben (...) He aquí una censura sazónada al paladar de los indiscretos. Ellos, y principalmente los que no contribuyen ni con el miserable auxilio de una suscripción, ni menos con sus talentos, quisieran unas piezas originalísimas y correctas cada tres días. Cuanto se ha publicado y se ha de expedir en el *Telégrafo*, por muy arduo y difícil que sea, nada puede equivaler a la ingeniosa pluma y abundante genio que convenciera la afirmativa sobre el gran problema de que si en Buenos Aires y aun en cualquiera otra capital de América podrá sostenerse por muchos futuros años un periódico literario-científico puramente, y si los conocimientos y las prensas han llegado en ella a tan admirable estado de aptitud (...) Con promover las ciencias y la literatura y con introducir o insinuar el buen gusto para dispersar a la ignorancia, a la desidia y a las preocupaciones, abriendo la puerta para mayores cosas, se habrá conseguido un beneficio de incalculable tamaño. Sin embargo, es necesario esforzarse para desempeñar el puesto, huyendo cuanto sea posible de bagatelas y generalidades insípidas y frías, como también del mal gusto, chabacanería, irregularidad, pedantería y demás vicios que afean los papeles públicos, para que esta utilísima empresa no caiga por sí misma a los primeros días de su infancia. Si los materiales fuesen lentos o la torpeza de la prensa ocasionase atrasos, sería mejor reducirlo hasta donde alcanzan las fuerzas, publicando un pliego cada semana” (*Telégrafo Mercantil*, T. 2, N. 18, 4-10-1801: 120-122 y 124- 125).

Enio Tullio Grope era el acrónimo del intelectual, José Eugenio del Portillo (1760-1843), abogado de origen cordobés radicado en La Paz (desde donde escribía como corresponsal), simpatizante de la Ilustración, autor dramático y escritor de ensayos y artículos. Sus reclamos, en sintonía con el grupo intelectual que expresaba Belgrano, apuntaban a ciertas correcciones en el *Telégrafo* que al año siguiente serían tomadas muy en cuenta para el exitoso lanzamiento del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*. Distinta es la reacción de los suscriptores comerciantes. Como hacen notar tanto Martini (1998) como Petersen (2010), mientras el grueso de los suscriptores pertenecientes al ambiente intelectual letrado (en su mayoría sacerdotes, funcionarios, abogados) repitieron su suscripción para el segundo tomo, más de la mitad de los comerciantes suscriptos al primer tomo no tomaron tal actitud.

En el transcurso de 1802 la publicación resulta notoriamente deficitaria para Cabello. La suscripción, débil desde el inicio mismo- no mejora (Petersen, 2010)⁷⁶ -peor aún, cuesta cobrar las que sí posee- no hay esperanza de una mejora del subsidio estatal, no hay una expresión colectiva de simpatía que pudiera expresarse en un aumento de las colaboraciones o en peticiones al gobierno de apoyar la continuidad, a lo que se agrega un reiterado roce con la censura (Martini, 1998; Caillet-

⁷⁶ “En la primera lista de suscriptores, de abril, figuran 261 personas o instituciones. En la segunda y última publicada, de agosto, se detecta un pequeño incremento: 273 abonados. Si bien el número total crece levemente, se debe al incremento de registros en el interior y el exterior. En cuanto a Buenos Aires, la cantidad se redujo en quince personas (de 160 a 145)” (Petersen, 2010: 107).

Bois y González, 1941, De Marco, 2006). En el número del 11 de julio de 1802 publica un suelto en el que informa la situación comprometida por las deudas e insinúa un pronto cese. Nuevas insistencias, así como gestiones ante la Corte, oficios al Secretario de Estado y del Despacho Universal de Hacienda de Indias pidiendo la protección real y la aprobación de la Sociedad Patriótica⁷⁷ dan continuidad al esfuerzo, a los que se agrega la publicación (13 de junio) de elogios (bajo el título de “Encomio”). Destaca -lo repetirá en otra edición Cabello- Hipólito de Inanúe, del *Mercurio Peruano* y *Semanario Crítico*, hijo y nieto del *Diario Curioso*⁷⁸, quien recuerda que el *Telégrafo* ha visto reproducidos artículos en periódicos de la Metrópoli. Se reorganiza la publicación habilitando la adquisición de números sueltos⁷⁹ -quizás con la esperanza de que los extraordinarios concentrados en información económica pudieran ser adquiridos por comerciantes- y se promete -y cumple brevemente- alcanzar el promedio de dos números por semana perdido desde enero. El experimento apenas llegó a ponerse en marcha. Tras un par de extraordinarios, el 9 de septiembre se interrumpe la publicación por un mes porque la imprenta fue ocupada en otras tareas. El *Telégrafo* regresa a comienzos de octubre para desaparecer apenas diez días después. El golpe final es sin duda la aparición del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, de Hipólito Vieytes, a partir del 1° de septiembre. El prestigio de Vieytes tanto en la elite ilustrada como en el ámbito de los comerciantes ponía punto final a la esperanza de dar renacimiento a la Sociedad Patriótica, al acceso a los comerciantes, al apoyo del Estado y a la colaboración de la elite intelectual. El extraordinario de la primera semana de septiembre (sin fecha, Ca. 5 de septiembre) da cuenta de esta aparición, que le hería de muerte:

“...este noble argentino, de quien, sin que su molestia se ofenda, podemos decir con Publio Virgilio Maron:

Sic vos non vovis nidificatis aves.
Sic vos non vovis vellera fertis oves.
Sic vos non vovis mellificatis apes.
Sic vos non vovis fertis aratra boves.

¡Cuán digno es de nuestra gratitud y elogios! Yo soy lleno de placer por aquella especie de gloria que me resulta en haber sido sobre las márgenes del Rímac y del Paraná el primero que ejecutó esta suerte de

77 Oficios de Francisco Antonio Cabello al Secretario de Estado y del Despacho Universal de Hacienda de Indias. Martini los data el 10 de junio de 1802. En la versión consultada (Torre Revello, 1940, Anexo, pp. CXCI y ss.) están fechados el 22 de agosto, día – suponemos– de recepción de los pedidos en España. Para reforzar las deprimidas arcas de su empresa, Cabello pide que se suscriba a todos los consulados americanos o al menos a los de los puertos habilitados, como se hizo en 1794 con el Correo Mercantil de Madrid, que, argumenta, es a su entender “menos interesante a los dominios de América que el *Telégrafo* mercantil”. En el oficio, también se lleva su parte la sociedad rioplatense: “los habitantes de esta ciudad y demás del virreinato ni alcanzan a conocer bien sus beneficios [los del periódico] ni en muchos tiempos pueden encontrarse en ellos ese bello gusto que poseen los moradores de México y Lima y otras provincias más civilizadas de este continente”.

78 *Telégrafo* mercantil, T. 4, N.7, 13-6-1802: 97. La carta de Unanúe está fechada el 23 de marzo de 1802.

79 *Telégrafo* extraordinario, T. 2, N. 35, 16-12-1802: 288: “Adviértese que en la Oficina de la Imprenta no se venden los *Telégrafos*. Quien quisiere comprar éste, con sus anteriores números 27, 32 y 34 ocurra al Despacho, casa del Editor, junto a la Merced, o a la tienda de D. Manuel Hermúa, frente del Sr. Regidor D. Matías Ciris”. (El número 34 no es un extraordinario sino el número regular anterior a la salida de esta nota; los otros dos sí son extraordinarios.) Dos números después, en T. 2, N. 37, 27-12-01: 312, repite: “Todos los extraordinarios que contienen las últimas y más importantes noticias de Europa y Fronteras del Portugal se venden en la expresada tienda de D. Manuel Hermúa”.

composiciones literarias, o (como dijo el erudito D. D. Hipólito Unanue, uno de los autores del *Mercurio Peruano*) por ser yo, respecto de los hombres, en una y otra parte, lo que el excitador respecto de la máquina eléctrica, que al aproximarse hace saltar y brillar las chispas que nadie podía creer existiesen allí en reposo” (*Telógrafo Extraordinario*, T. 5, N. 2, s/f: 16).

Petersen (2010: 110) hace notar la implícita y durísima crítica al competidor y al Estado (que incumple el privilegio exclusivo de publicación otorgado en 1800), al omitir un significativo renglón del fragmento de Virgilio reproducido. Dice Petersen:

“Lo verdaderamente significativo del texto, por encima de los elogios a Vieytes e incluso de la auto-reivindicación de Cabello, son las palabras de Virgilio:

así vosotras, aves, no hacéis nidos para vosotras mismas
así vosotras, ovejas, no lleváis la lana para vosotras mismas
así vosotras, abejas, no hacéis miel para vosotras mismas
así vosotros, bueyes, no lleváis el arado para vosotros mismos

Pero no ellas en sí -que ratifican el tono autoelogioso-, sino a donde remiten. Cabello omitió publicar la frase que antecede a estos versos, que indudablemente buena parte de sus lectores deberían conocer. Ella es la que contiene el verdadero mensaje del editor: “*Hos ego versiculos feci, tulit alter honores*” (“Yo escribí estos versos, otro se llevó los honores”), escrita por el poeta de la *Eneida* para acusar de plagio a Batilo.

Cabello sabía que la aparición del *Semanario*, hábilmente más enfocado en un objeto definido (la economía política) y, por ello, con el respaldo de los núcleos ilustrados y mercantiles de Buenos Aires, era el certificado de defunción de su producto. Para entonces, ya había perdido el favor de esos sectores y también el del Gobierno. La expresión más cabal de esto último fue, por supuesto, el otorgamiento de una autorización para editar un periódico aunque Cabello tuviera el privilegio exclusivo. Pero no fue la única” (Petersen, 2010: 110).

El camino hacia el cese, pues, confirma lo cercano al Estado que está todo periódico aún: el particular que lo posee lejos está de enriquecerse -en un sentido burgués- con su producto. Depende estrictamente de la autoridad para la provisión de información, fijación de contenidos y auxilio económico. El espacio en que circula es el de la elite, en este caso funcional y en menor medida de prósperos comerciantes (en varios casos, ambos roles a la vez). La secuencia de eventos y quejas tanto de los censores oficiales como de lectores ante la autoridad, muestran que el eje estuvo en la posibilidad de describir la autoridad militar, civil o eclesiástica en términos distintos a los pautados por ésta. Complementariamente, el cese del *Telógrafo* tiene su punto final en la escalada de problemas con la censura, pues, como indica Martini (1998: 189) a medida que Cabello toma mayor conciencia de su inevitable final, aumenta el grado de mordacidad presente en sus escritos, lo que a su vez exacerba los problemas con la autoridad. La autorización de 1800 recomendaba “evitar toda sátira”, y claramente, la sátira, la ironía, la mordacidad, la burla implícita, estuvieron presentes en varios tramos de la publicación. Lo mismo puede decirse de la presencia de un lenguaje llano en composiciones populares, tanto en versos⁸⁰ como en prosa orientada a la crítica de costumbres o

⁸⁰ Entre las publicaciones de lenguaje llano que más molestias causaron a la censura, autoridades y particulares (a juzgar por cartas de época) se encuentran las satirillas festivas publicadas en los números de enero de 1802, y una décima de septiembre de ese año: “Que Cloris esté en la iglesia, su marido a trabajar, / los muchachos en la cama y la olla sin espumar. ¡Lindo exemplar! Que Lucrecia gaste bata, / mucha pompa y vanidad, / y que en cada pelo, su hijo, / de liendres tenga un millar. (...) Que en su propio dormitorio o en una cama nomás, Duerman padres e hijos juntos Sin escrupulosidad. ¡Lindo exemplar! (...) Que una niña de diez años ni el credo

conductas. Entre estas últimas, ya en junio de 1801 se hacía referencia a la política colonial de separación de razas⁸¹, y al mes siguiente se publicaba una carta relativa a un combate naval, duramente cuestionada porque dejaba muy mal parados el honor y la actuación del capitán y oficiales de una nave española que -por error- se cañonea con otra de igual bandera mientras el enemigo británico logra escapar⁸². El comandante del que se describe esta conducta murió en la acción. José de Bustamante y Guerra, gobernador de Montevideo, presentó sus quejas al virrey Del Pino. Cabello insertará en la última página de la edición del 18 de julio (Tomo IV, N° 12, Pág. 220), una Nota indicando que durante su enfermedad no pudo corregir las pruebas de prensa, colándose una errata, debiendo decir “contra maestre” donde decía “comandante”, y “...haber sido informado más verídica, y circunstancialmente que no sólo el Comandante del Real Carlos D. Joseph Esquerra, sino los demás Oficiales de su dotación, manifestaron cuanta serenidad de ánimo y valor podía exigirse en aquella horrorosa situación, y habían acreditado anteriormente en su carrera”⁸³.

En “Reflexiones cristianas sobre los negros esclavos” critica con crudeza a los amos que no catequizar a sus esclavos, los envilecen, y concentran su gasto en excesivo personal de servicio a las viviendas, mientras en las labores productivas del campo faltan brazos y capacidades. Propone tornar obligatoria su catequesis y educación moral, limitar a dos (y conformando matrimonio) los esclavos por vivienda, escalar impuestos al ingreso de esclavos a fin de orientar su compra hacia actividades productivas del agro y financiar a su vez la catequización, etc. (Reflexiones cristianas sobre los negros esclavos. *Telégrafo Mercantil*, 11 de julio de 1802, Tomo IV, N° 2, Pág. 192-196). Pero fue el artículo “Circunstancias en que se halla la provincia de Buenos Aires e Islas Malvinas, y modo de repararse” la excusa final para el cierre del periódico⁸⁴. Se trataba de un texto escrito por

sepa rezar, y bayle el afandangado sin olvidar un compás. ¡Lindo exemplar! Que en esta tierra muy pocos se quieran matrimoniar, y en la Cuna diariamente vayan Niños a botar. ¡Lindo exemplar!” (Satirilla festiva: *Telégrafo Mercantil*, 17 de enero de 1802, Tomo III, N° 3 Pág. 39-40). “... Y de la que al baño / con blancos y negros / se entra sin decoro, / pudor ni respeto, / (...) Y de la que deja / sus padres durmiendo / y anda con la negra / la ciudad corriendo, (...) Del que a nadie quita / Cortés el sombrero / y no hace 10 años / que era aquí pulpero, / Y de la majota / que con su cortejo / sale y el marido / está casi en cueros, / (...) Del que a Inés palabra / da de casamiento / y después la deja / tocando el pandero, / Y de la que a Silvio, / incauto mancebo, / le hace creer que es suyo / el que es hijo ajeno, / (...) Y de la que dice / que la empacha un huevo / y engulle, cual buitre, / la carne con pelo, / (...) Y de la que dice / que por tomar fresco / se va a los escaños / en noche de truenos” (Satirilla festiva: *Telégrafo Mercantil*, 24 de enero de 1802, Tomo III, N° 4 Pág. 54-55). “¡Oh malditas almorranas, / dexad en paz mi trasero, / porque sois, según infiero, / buenas pasas valencianas. (...) Cuando mis viruelas broncas / Ocupan el orificio / Por donde queda resquicio / El viento da voces roncadas. (...) ¿Hasta cuándo, traidoras almorranas, después de quedar sanas, y ya purificadas, volvéis a las andadas? (...) No le déis más tormentos, dexad que expela en paz sus excrementos” (Décima. *Telégrafo Mercantil*, 3 de septiembre de 1802. Tomo V, N° 1, Pág. 9-11).

⁸¹ “Supongamos por un instante, que nuestro amable soberano quita a esta gente el barró de la infamia que las envilece, y las da el honor del que se hallan privadas. ¡ (...) Criarían a sus hijas con el mismo sentimiento de honor y de virtud que se crían y educan las de los españoles” (Memoria sobre que conviene limitar la infamia anexa a varias castas de gentes que hay en nuestra América: *Telégrafo Mercantil*, 27 de junio de 1801, N° 26, Pág. 207).

⁸² “...fui a la mayoría y hallé solamente debaxo del propado quatro oficiales, que mutuamente se abrazaban a quienes no hablé, dirijiéndome por la banda de babor por si podía encontrar y alentar algunos oficiales de mar y gente. En aquel crítico lance hallé al primer Comandante tras el palo mayo para libertarse de las balas a quienes reprendí severamente, esforzándolo al propio tiempo a que con toda la gente que pudiésemos recoger, contribuyese a apagar el fuego...” (Noticias de Europa. Algeciras, 23 de Julio de 1801: *Telégrafo Mercantil*, 23 de julio de 1802, Tomo IV, N° 1, Pág. 14).

⁸³ Caillet-Bois y González (1941: 111) hacen notar otro motivo de molestia de Bustamante y Guerra: que Cabello modificase un artículo sobre la construcción de un faro (“linterna”) en el Cerro del Puerto de Montevideo, que envió para publicar a fines de mayo.

⁸⁴ “...para alimentarse los holgazanes, y para ocultarse los que se apartan de su legítimo destino, no puede hallarse entrambos mundos país más proporcionado; y a que se agrega que el trato dulce de las Porteñas, el agasajo y otras muchas circunstancias que

Juan de la Piedra -participando en la expedición por la costa atlántica argentina- en 1778, pero que Cabello publica sin firma ni referencias, lo que lo torna directamente responsable del contenido, y anula la distancia temporal de un cuarto de siglo que pudo aminorar el impacto en los lectores al referir a la desidia de las autoridades y a los riesgos de decadencia moral de varones y mujeres.

Y aún el 15 de octubre, en la sección Literatura, un artículo problematiza la soledad del sacerdote en los recónditos parajes del Interior peruano, tras el cual el *Telégrafo* sólo alcanza a publicar un breve número el 17 de octubre antes de su cese definitivo. Allí se dice que los curas con todas la virtudes apostólicas escasean, y que ante las dificultades (soledad, mala compañía de los indios), unos piden y logran “por el favor de un protector” ser retirados a otros destinos, o simplemente huyen a la ciudad, o los “de espíritu más valiente” entran en relaciones ilícitas con una mujer, por lo que se recomienda permitir a este tipo de párrocos la relación regular con una mujer⁸⁵.

Con las crecientes quejas y molestias Cabello venía ganando enemigos mes a mes. Campuzano y Mata Linares renunciaron a ejercer la censura sobre el periódico -lo que lo dejó desprotegido frente a la publicación de elementos sancionables después-, las aduanas de Buenos Aires y de Montevideo, ofuscadas sus autoridades con el tratamiento de temas atinentes a su gestión, le quitan toda colaboración, lo que impidió a Cabello contar con la decisiva -para toda prensa periódica del momento- información de entrada y salida de buques, cargamentos y pasajeros. El Consulado retiró su suscripción y apoyo con un argumento similar al que utilizará Del Pino cuando retire los permisos: “no hace más que separarse de la verdadera intención de este Cuerpo”, explicó el Tribunal antes de retirar sus suscripciones (Díaz, 2005: 44).

Tras esta desuscripción, el Consulado sella la decisión brindando pleno apoyo al nuevo periódico que nace con toda la perspectiva de dejar atrás al *Telégrafo*: el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, dirigido por Hipólito Vieytes. El periódico parece hacer uso de todos los errores de su predecesor para no cometerlos. Su lenguaje es sobrio, evita la miscelánea concentrándose en los temas del título, agrupa en su torno a la elite letrada invitándola a publicar, es semanario evitando el sobre esfuerzo que lleva al riesgo de publicar “rellenos” de dudosa calidad. Inspirado en gran

hoy caracterizan a esta Capital, es causa de que se envilezcan los más europeos que arriban a ella v.g. Llega Pedro, Juan o Francisco, hombres delincuentes, prófugos de sus países, o que en ellos ejercían oficios viles o mecánicos, y eran del estado llano que se dice plebeyo, y lo primero que se encuentran en Buenos Aires es con un Don al que no estaban acostumbrados (...) La parte del bello sexo, tiene a todo europeo una singular afición, y es tan abundante que estoy por asegurar que a cada hombre le tocará una docena, y las más llenas de mil encantos y gracias a que es difícil resistirse. Viéndose las mujeres, como he dicho, en tan crecido número, y que a buen librar una de treinta es la que logra casarse, o se queda en un forzado perpetuo celibato, o se corrompe” (“Política. Circunstancias en que se halla la provincia de Buenos Aires e Islas Malvinas, y modo de repararse”. *Telégrafo Mercantil*, 8 de octubre de 1802. Tomo V, N° 2, Pág. 21-27).

⁸⁵ “... esta cadena atará siempre al cura en su distrito y los indios tendrán el párroco más casero para cuando quisieren buscarlo. (...) él se pierde, pero las ovejas hallarán mejores pastos para sus alimentos (...) La misma Escritura enseña que importa más salvar al Pueblo, que no la ruina de uno solo. (...) Si quieren curas solitarios que estudien la práctica del casto José, tendrán pueblos enteros perdidos y caerán en la imprudencia de perder toda la carga, que vale más, por salvar el barco” (“Retrato político moral del Gobierno Secular y Eclesiástico antiguo y moderno de la Sierra del Perú, con muchos avisos y noticias importantes de la historia primitiva de los Incas y del influjo que tuvo y mantiene hasta ahora en el sistema civil de nuestro Gobierno”. *Telégrafo Mercantil*, 15 de octubre de 1802. Tomo V, N° 3, Pág. 33-44).

medida en el *Semanario de agricultura y artes dirigido a los párrocos* (Martini, 1999: 323), en el Consulado se propone suscribir a todos los diputados de provincias y también a los párrocos. Petersen (2010: 78), a partir de cartas que obran en el Archivo del Deán Gregorio Funes⁸⁶, reproduce un fragmento de una carta de Juan Manuel Perdriel a Funes, fechada el 25 de julio en la que habla de la suscripción al nuevo semanario que se apresta a salir: “Mis paisanos están empeñados en protegerle, auxilio que le negaron a Cabello porque éste pudo conseguir lo que a un patricio le fue negado”. Continúa Petersen:

“Un día después también José Joaquín de Araujo le pide a Funes apoyo para el proyecto de Vieytes, ‘para que no le suceda lo que al *Telégrafo* que ya se halla con todos los sacramentos esperando por horas su fallecimiento’, y califica de delirante a Cabello. Ese mismo 26 de julio, escribe a Córdoba el propio Vieytes con el mismo pedido, al que accede Funes el 15 de agosto. El 12 de ese mes, Pedro Tuella se lamenta a Vicente Echeverría: ‘mucho siento que tambalee el gran *Telégrafo* de mi amigo Cabello’”.

El grado de molestia se expresará luego de la defunción del *Telégrafo*, a fines de octubre, en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*. Dice allí una carta de Juan Anselmo Velarde:

“Los discretos argentinos han sufrido sin chistar las ineptias del autor de la ‘Miscelánea Encomiástica Anacreóntica’, han pagado a buen precio la retaceada reimpresión del *Arancel del comercio libre* y, tapándose las narices cautamente, han recibido la receta de las almorranas, pero ya no podían tolerar las náuseas que provoca el folleto que, bajo el capítulo Política, insertó el *Telégrafo* del día 8 del presente (...) No puede ser de este señor, pues hemos visto muchas composiciones suyas que desdicen de esta infinitamente. [...] Me es muy grato poner ante los ojos de este vecindario todas estas reflexiones que prueban palmariamente que aquel papelujo ni es del Editor del *Telégrafo* ni del muy moderado caballero que inocentemente se lo franqueó ni del erudito señor a quien se le atribuye, porque ninguno de estos pudiera caer en errores tan crasos a puro hecho”⁸⁷.

Pero si el *Telégrafo* estaba herido de muerte por la nueva competencia, la pérdida de lectores y apoyos tanto en suscripciones como estatal, y los efectos del retaceo de fuentes, la escalada de artículos que movilizaban molestias y protestas llegaron a su cima con el “Retrato político y moral...”, único artículo de su anteúltimo número, del 15 de octubre de 1802 (el último alcanzaría a publicarse dos días más tarde). Cayetano José María de Roo, comisario del Tribunal de la Inquisición de Buenos Aires, exigió la clausura y el secuestro de todos los ejemplares del número acusado, el mismo día de su salida⁸⁸. De este modo concluía el primer periódico impreso rioplatense, protagonista de prácticas novedosas en la región, y a su vez, heredero de la experiencia

⁸⁶ *Archivo del doctor Gregorio Funes: Deán de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 1944/49, Tomo 1: 75.

⁸⁷ “Cartas de fray Juan Anselmo Velarde al redactor del *Semanario de Buenos Aires*. Carta I”. *Semanario de agricultura, Industria y Comercio*, T. 1, N. 6, 27-10-1802: 41-42 Y 45-46. “Juan Anselmo Velarde” es un anagrama perfecto de José Manuel de Lavardén, lo que ha llevado a algunos a creer que se trata de la misma persona. La “Miscelánea Encomiástica”, una anacreóntica en honor al virrey del Pino, fue publicada en *Telégrafo mercantil*, T. 1, N. 19, 3-6-1801. Su autor no es Cabello, según una nota insertada en el número siguiente: “Se han perdido los versos que debían continuar y puso en este Despacho, a nombre de un Anónimo, D. Toribio González” (T. 1, N. 20, 6-6-1801: 160).

⁸⁸ Torre Revello (1940: 194) da a conocer un “Oficio del Consulado de Buenos Aires al Señor Ministro de Estado y del Despacho Universal de la Hacienda”, fechado en Buenos Aires, 11 de diciembre de 1802, en el que se informa el quite de las licencias por la “poca pericia en la elección de materias para el desempeño de las atenciones que había ofrecido al público”. Cabello ya no participará en las lides periodísticas, por lo que no nos ocuparemos aquí de su vida posterior.

del periodismo dieciochesco español. Su sucesor, el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, fue su vencedor, y factor final (no único) de su salida de circulación.

Pero a su vez, las características del nuevo semanario parecen realizar con éxito tareas que Cabello se propuso y no logró: hallar un marco de contenidos acorde a los requerimientos de los lectores, agrupar a la intelectualidad en un marco de lectura e interacción común, evitar el lenguaje llano y las palabras groseras en los artículos, hacer sostenible económicamente la publicación. En este sentido, el triunfo de su contrario es de algún modo la continuidad de la experiencia iniciada en 1801: un semanario amigo de la ilustración, concentrado en la economía política y los datos útiles tanto para la elite funcionarial como para los comerciantes. El hilo conductor entre una y otra experiencia, como también entre éstas y la última -el *Correo de Comercio* de 1810-1811- es quien también fue promotor de la colaboración periodística del Consulado con la prensa oficial española, de la suscripción a gacetas españolas y americanas para promover su acceso en la ciudad, y del agrupamiento de la elite ilustrada en un marco -ínfimo, es cierto- de publicidad: el Dr. Belgrano. Las señales de continuidad se notan también en la presentación material del impreso, que presenta igual tamaño, encabezado (sólo modificado el nombre de la publicación) y tipografía.

Pero si el *Semanario* expresa la consolidación del avance en periodismo impreso iniciado por Cabello, también marca la confirmación de los límites de la prensa local. Ya no habrá contenidos misceláneos, no habrá crítica ni polémica alguna. Todo el contenido se focalizó entonces en la divulgación de saberes prácticos: lecciones de aritmética y geometría, ensayos sobre el progreso de la agricultura, datos y conocimientos aplicables a la misma y a la prosperidad del comercio, recomendaciones morales y prácticas para la educación de los hijos, etc. A lo largo de los cinco años de su existencia, el *Semanario* no sufrió conflictos serios con la censura ni con figura alguna que pudiese sentirse agraviada en los términos que el *Telégrafo* lo había provocado en el poco más de un año de su edición. Esta eliminación de materiales se expresó también en la reducción de la cantidad de material impreso por número. La regularidad estrictamente semanal (se publicaba los miércoles) mantuvo un régimen de ocho páginas, en ocasiones doce, lo que hizo que sus contenidos por número fuesen de uno o dos artículos. La reducción de material impreso y el aumento del intervalo entre números, el mejoramiento de la utilidad práctica de los contenidos, la exigencia de suscripción mínima adelantada de tres meses en Buenos Aires y seis en el Interior, fortalecieron las perspectivas de continuidad del emprendimiento.

En este proceso inicial de la prensa periódica rioplatense, la centralidad del Estado queda clara por el hecho de que sin su autorización expresa, ayuda económica y colaboración en acceso a fuentes y en distribución no habría publicación posible. También por el arco temático que puede interesar a los lectores, en su inmensa mayoría hombres de Estado o de la Iglesia.

La elite letrada que participó en el *Telégrafo* es la misma que conforma el cuerpo de colaboradores y lectores del *Semanario*. Manuel Belgrano, Domingo de Azcuénaga, José Joaquín Araujo, el deán Gregorio Funes, Eugenio del Portillo, Pedro Antonio Cerviño, Manuel de Lavardén, Juan José Castelli, Pedro Andrés García se suman a Hipólito Vieytes, aportando la resonancia de sus nombres en las distintas prácticas de sociabilidad que habilitaban la naciente esfera pública local. El hecho de que una parte de las tertulias de encuentros se realizaran, no en alguna vivienda patricia, como era habitual, sino en el edificio de la jabonería de Vieytes y Rodríguez Peña muestra cómo los espacios de sociabilidad intelectual van encontrando, en el marco del rígido orden colonial, posibilidades de concurrencia que anticipan la presencia de una mirada burguesa de la política rioplatense.

El *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* comenzó el 1° de octubre de 1802, esto es, se superpuso una quincena con las últimas impresiones del *Telégrafo*. Cesó en agosto de 1806 con la primera invasión inglesa, reapareció derrotada ésta, y cesó definitivamente el 11 de febrero de 1807, frente a la segunda invasión inglesa, tras la cual nada sería igual en la región. La colección del *Semanario* alcanza 218 números, casi el doble que el *Telégrafo*, pero con una continuidad más larga, pues la periodicidad fue semanal desde el principio.

Contrasta este pacífico reinicio en manos de un miembro de la elite comerciante con el de Cabello un año y medio atrás. Nadie cuestionó el posible interés de lucro que pudiera acompañar las inquietudes intelectuales de Vieytes. A Cabello, en cambio, el rumor de su interés lucrativo lo golpeó incluso en su capacidad de suscripción inicial. Ya en el número 1 había puesto en juego una atrevida reconvencción a los vecinos:

“¿quiénes son los enemigos que al Editor han causado tal tormento? ¿Quiénes los que han retardado la publicación de este periódico? ¿Quiénes los perturbadores de unos establecimientos en que, puede decirse con verdad, pende interinamente la mayor ilustración, grandeza y prosperidad de estas provincias? ¿Son los sabios argentinos? ¡Qué error! ¿Los ilustres ciudadanos y verdaderos patriotas? ¡Qué engaño! Son ciertos espíritus pusilánimes, ilusos y destemplados que muy poco o nada comprendían la grande utilidad de mis proyectos. Son esos que a lucro mío, más que a beneficio público, atribuían mis laboriosas tareas y continuadas vigiliias, para proporcionarles fácilmente la venta y compra, el alquiler y el traspaso, el hallazgo de sus especies perdidas y robadas, las nodrizas que lacten a sus hijos y la colocación de tantos vagantes, etc. Esos, en fin, que equívocos, y algunos maliciosos, entorpecieron la suscripción, base de estos establecimientos” (*Telégrafo Mercantil*, T. 1, N. 1, 1-4-1801: 1-2).

Los tres primeros números del *Semanario* se concentraron en las tres materias del título respectivamente: agricultura, industria y comercio, estableciendo un compromiso de focalización en saberes prácticos y arengando especialmente a los párrocos de las regiones rurales a ser el vaso comunicante decisivo de la expansión de estos saberes. En el prospecto se sintetizaba:

“En él se tratará de la agricultura en general, y los ramos que le son anexos, como son cultivos de huertas, plantíos de árboles, riegos, etc. De todos los ramos de la industria que sean fácilmente acomodables a nuestra presente situación, del comercio interior y exterior de estas Provincias, de la educación moral, de la economía doméstica, de los oficios y las artes, de las providencias del gobierno para el fomento de los labradores y artistas, de los elementos de química más acomodados a los descubrimientos útiles, a la economía del campo y

a la mejor expedición de los oficios y las artes. (...) “Si se trata por ejemplo del curtido de las pieles, de la siembra, del cáñamo, y del lino, y del blanqueo, y beneficio de estos dos preciosísimos renglones, del modo de extraer los tintes de las plantas, etc. estad seguros que en el discurso de este Semanario encontrareis el método más sencillo y acomodado al estado actual de nuestras tierras y a las escasas facultades de las gentes que se quieren dedicar a promoverlas” (*Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, Prospecto).

Luego se desplegaron artículos sobre estos tópicos, así como consejos y divulgación de avances para el aprovechamiento industrial de distintas materias agropecuarias⁸⁹, promoción de regiones aún no pobladas y con potencial económico⁹⁰, datos actualizados de movimiento comercial y precios (desde el segundo año de publicación), lecciones de aritmética (que se publica con un paginado especial para conformar un libro)⁹¹ y más adelante geometría (siempre utilizando ejemplos aplicables a la vida práctica del labrador, el artesano o el comerciante), la necesidad de trazar mapas⁹², y de las ventajas de la instrucción de los jóvenes⁹³.

Se cumplía así lo prometido en el prospecto firmado por Vieytes: una prioritaria orientación a la formación de los labradores, invitándolos a instruirse en ciencias y a buscar su progreso y prosperidad, una clara valoración de la expansión del comercio y las industrias, un fuerte compromiso patriótico indicando que era deseo del Soberano el creciente progreso de la región, y la necesidad de una fuerte instrucción en matemáticas, dibujo, gramática, religión y saberes prácticos para la actividad económica⁹⁴.

⁸⁹ Por ejemplo: “Extracto de una memoria del señor Porati de la Sociedad Patriótica de Milán, leída en una de sus Juntas sobre el modo de conservar la manteca” (*Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* N° 5, 20 de octubre de 1802). Este artículo inició la práctica de no sólo transcribir, sino también extractar, adoptando una postura más activa sobre los materiales, y a su vez, anexar material propio bajo la figura de “Nota del editor”. En el caso de la manteca, por ejemplo, se indica: “Aunque al antecedente método del Señor Porat parece bastante suficiente para preservar a la manteca de todo agrio y rancio, con todo nos parece bastante embarazoso para proceder al por mayor de la porción considerable, que con respecto a los ganados que alimentan nuestras Provincias, podríamos beneficiar para hacer exportaciones a la Europa. En el prospecto de la agricultura del condado de Averdín anuncia el Doctor Anderson el método siguiente”, presentando un método más simple y de muy superior rendimiento, cuyas materias primas se pueden expresamente obtener a bajo costo en la región. Otro artículo abordaba el modo de mejorar las lanas (*Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* N° 4 y 5, 13 y 20 de octubre de 1802), abriendo una amplia gama de tópicos de interés que cumplieron ampliamente con lo prometido en el prospecto.

⁹⁰ Por ejemplo: “Carta de Don Cipriano Orden Betoño, en la que se proponen los medios de hacer útiles los terrenos desiertos que nos rodean”. *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* N° 14 y 15, 22 y 29 de diciembre de 1802.

⁹¹ Se trata distintos temas (divisibilidad, regla de tres, fracciones de medidas, etc.) apelando constantemente a ejemplos útiles para su aplicación en la labranza o el comercio.

⁹² “Estos conocimientos debemos esperarlos de los mapas. Nuestro sabio gobierno, conociendo su importancia, mandó en la ordenanza de Intendentes que se levantasen, y a pesar de lo mucho que se encarga, no se ha efectuado. Unamos nuestros esfuerzos a los benéficos deseos de nuestro amado soberano, cuyo objeto no es otro que la felicidad de sus vasallos, y veremos una multitud de resultados proficuos, que harán mudar el aspecto del país” (“Carta de Don Cipriano Orden Betoño, en la que se proponen los medios de hacer útiles los terrenos desiertos que nos rodean”. Segunda parte. *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* N° 15, 29 de diciembre de 1802). En la primera parte de la carta se elogia los desarrollos cartográficos realizados por distintos países, y especialmente por España. Cuando se hace notar que algunas regiones americanas no han sido debidamente cartografiadas, se aclara que la orden real fue dada, pero no ha sido satisfactoriamente cumplida tal como lo deseaban los soberanos.

⁹³ “Si desde la edad de los nueve años en que un niño sabe escribir regularmente, hasta la edad de los catorce, en que ya se haya en actitud para entrar con elección en aquel oficio que diga más relación con su genio o con su gusto, se le distribuyesen los cinco años intermedios, en el mejor conocimiento de la religión, el de la gramática, nacional, en los principios del dibujo, y en los de la encantadora geometría, habrían logrado los padres por el camino más sencillo y natural el cumplir con los deberes que tan estrechamente les impone la humanidad y la sangre”. (Educación político-moral”. Segunda parte. *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* N° 5, 20 de octubre de 1802

⁹⁴ Tanto en el prospecto como en sucesivos números, se insistirá en que el proyecto del *Semanario* es parte del deseo y cuenta con el apoyo del gobierno, en sintonía con la visión del Soberano español.

Este *Semanario* -como otros semejantes en territorios españoles- presenta signos anticipatorios de los cambios que vendrán, pues apuntan a una Ilustración abierta al mundo y dispuesta al progreso material y moral y al aprendizaje de las ciencias, en potencial conflicto con el orden de cosas estanco heredado del decadente absolutismo español, pero de ningún modo cuestionan el orden de cosas imperantes en la organización política y social y en la prensa. Se entiende aún por política la información que el gobierno necesita hacer llegar a la población. El interés por la ilustración, por la economía fisiocrática, por el impulso a “la agricultura, la industria y el comercio” como sintetiza el título, o a “las virtudes, las ciencias y las artes” como se repite una y otra vez, van a caballo del esfuerzo postrero de modernización encarado por la propia España en el siglo XVIII, con intensa aplicación al Río de la Plata en el último cuarto del siglo. A su vez, hay un salto prodigioso en el esfuerzo que realizan tanto Belgrano desde la economía como Lavardén desde la poética⁹⁵, para construir un cuerpo de conocimiento teórico y práctico cuya materia prima y objeto de intervención es el propio territorio, lo que -aún sin planteos de ruptura con España- se llama “la Patria”.

Esto se hace, sin embargo, no sólo desde la iniciativa estatal, sino devolviendo al Estado una constante reafirmación de asignación de legitimidad y superioridad. No hay objeto de crítica que no sea el que se desajusta de los principios generales que esa autoridad encarna por derecho propio. Pero a su vez, se trataba de una iniciativa autorizada a un particular, un miembro de la naciente burguesía comercial porteña y de la tenue esfera pública local en ciernes. De allí que los contenidos muestran una particular combinación de vehículo de reafirmación constante de la autoridad, y de iniciativa particular que aborda con autonomía e iniciativa todo aquello que se mantenga en armonía con las orientaciones y prioridades del Estado.

El *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, explicitó con su nombre un perfil más serio y orientado a la difusión de la ilustración respecto de su predecesor, y acompañó la vida de las elites porteñas durante más de un lustro. Sólo se interrumpió temporalmente con la primera invasión inglesa y definitivamente con la segunda, no tanto por alguna dificultad técnica como por los enormes cambios que se operaban en la elite criolla tras el triunfo militar logrado con fuerza propia sobre los ingleses, y la invasión napoleónica a España que desató la crisis final del imperio español. Frente a la segunda invasión, además, el *Semanario* halló una inesperada novedad. La publicación se había suspendido ante la toma de Montevideo por los británicos, incorporándose todos los integrantes a la defensa de la ciudad. Pero tras la nueva victoria, la perspectiva de reinicio de actividad había cambiado profundamente. Los criollos se hallaban armados, organizados

⁹⁵ Destaca, por su innovación, por su objeto y materiales tanto estilísticos como referenciales, el famoso poema de Manuel José de Lavardén “Al Paraná” (Rojas, 1955, Vol II, Cap. X; Wedovoy, 1955).

militarmente y conscientes de su poder. Habían incluso, impuesto a Liniers como virrey (pronto llegaría, en 1808, la confirmación real de su cargo).

Por otra parte, durante la segunda invasión, los británicos habían publicado un periódico (mayo 23 a junio 27 de 1807)⁹⁶ llamado *La Estrella del Sur / The Southern Star*, escrito en castellano e inglés⁹⁷, en la plaza tomada de Montevideo. A pesar de su experiencia efímera, este periódico causó fuerte impacto en la elite letrada. La autoridad tomó medidas drásticas contra todo intento de permitir la circulación o lectura de ejemplares del mismo.

Si el *Semanario* expresaba el estilo más avanzado de periódicos dieciochescos españoles, *The Southern Star*, amparado, financiado e impulsado por la autoridad militar -pero puesto bajo régimen de propiedad particular- mostró a los criollos lo que un periódico británico podía ofrecer: defensa de la libertad de comercio, de culto y de prensa, formato y estilo mucho más modernos que los conocidos en la región, con armado en formato de cuatro columnas verticales, apertura a la libre información económica, la opinión política y la divulgación literaria. *The Southern Star* apenas sobrevivió lo que la presencia inglesa en la plaza montevideana y no logró circulación de este lado del plata salvo por algunos ejemplares capturados y conocidos por la elite local. En Montevideo tampoco recibió apoyo alguno de la población local, ni colocando anuncios o remitidos, ni por suscripciones. Fue, pues, un proyecto de intrusión del periodismo moderno en la que consideraban una potencial nueva posesión británica, pero no pasó de ser un periódico inglés orientado al vano intento de persuadir a los porteños de aceptar su dominio. Sin embargo, el intento británico de conformar una prensa local según el modelo libre anglosajón fue genuino, al menos en proyecto durante el breve período de su control de la plaza montevideana. Si bien gran parte del contenido se orientó a la defensa de la invasión y a la publicación de proclamas de la fuerza británica, lo cierto es que la imprenta autorizada fue una particular, capaz de hacer sus propios negocios, y el periódico también fue organizado según acuerdo comercial⁹⁸. El esfuerzo de persuasión a los rioplatenses

⁹⁶ Alcanzó a tirar, en este breve lapso, seis números semanales. El 11 de julio, producida la derrota británica, publicó un pequeño volante anunciando la suspensión y dando a entender que los británicos habían sido derrotados.

⁹⁷ Se imprimía en un pliego de cuatro páginas a cuatro columnas. Donde la primera y la tercera iban en inglés y la segunda y la cuarta en castellano, con los mismos contenidos que las anteriores, excepto los avisos.

⁹⁸ Mueve a engaño el nombre de su propietario, pues no existe documentación definitiva, y esto conserva la duda sobre el tipo de experiencia que se intentó. Carlos Roberts (2000) sostiene que se trata del Teniente Coronel Thomas Bradford, secundado por el Teniente Coronel Edward Butler. Esta hipótesis resulta coherente con la función que ocupaba Bradford (Segundo Ayudante de la expedición), en la que en aquella época podía asignarse una tarea de redacción periodística militar, pero no explica por sí sola el carácter privado de la imprenta. Una opción al respecto es que Bradford hubiese cumplido la doble función de propietario de la imprenta y redactor principal a nombre del ejército británico; otra, que la afirmación de que la imprenta era privada fue sólo propagandística. Otros autores, como Ares (2011) consideran que se trata de un civil homónimo que llegó con la expedición, en tanto que no es desestimable la hipótesis de que el Teniente Coronel cubrió con su nombre el anonimato del comerciante-propietario, dada la mala recepción de la población local a los invasores. Desde Zinny (1883) en adelante se nombra al fundador del *Telégrafo Mercantil*, Antonio Cabello y Mesa y al cochabambino Manuel Aniceto Padilla, así como al presbítero Juan Francisco Martínez y al joven estadounidense William Scollay como apoyo en la redacción, aunque respecto de este último autores como Mowszowicz Manchester (2008) sostienen que era éste el verdadero redactor y firmante con el seudónimo Veritas, hipótesis no carente de asidero pues el Comandante Samuel Auchmuty, a cargo de Montevideo por el campo invasor, era nacido en Nueva York y conocía al bostoniano Scollay, culto estudiante de Harvard. La hipótesis de que el propietario de la imprenta pudiese ser uno de los Bradford de la clásica familia de tipógrafos estadounidenses se aleja a partir del estudio de Fabio Ares (2011), quien demuestra que los tipos

comenzó ya en el primer número, y continuó en todos los subsiguientes con argumentos muy similares. Decía en el primero sobre las ventajas de una prensa libre y sostenida por particulares:

“En esta región la ventaja de una Imprenta Libre nunca se ha experimentado. Van a descubrirse. Nuestro objeto principal en conducirla será aumentar y alentar aquella armonía, concordia y amistad que debe siempre existir entre los súbditos del mismo gobierno. Tenemos esperanzas de que nuestros amigos los comerciantes nos darán gustosamente su asistencia conforme a sus deseos. La integridad y carácter honrado de un comerciante inglés se conoce en todas partes del mundo” (*La Estrella del Sud*, N° 1, Mayo 23 de 1807).

Esta afirmación se enmarcaba en un discurso orientado a llevar tranquilidad respecto de las intenciones de los invasores:

“El gobierno inglés desea vuestra felicidad de todo corazón, y se halla interesado en la prosperidad de todos sus habitantes. Vienen los ingleses no como conquistadores, sino como defensores. Quieren emanciparos de la servidumbre y entregaros vuestra libertad” (*La Estrella del Sud*, N° 1, Mayo 23 de 1807).

Junto a ello, se insistía en las ventajas del sistema británico por sobre el español en su régimen constitucional y en su libertad religiosa:

“La libertad es el fundamento de la constitución inglesa. Sus leyes están establecidas sobre la justicia y la equidad. Ningún tirano puede sacrificar a su capricho las vidas de sus vasallos. Ningún señor injusto para satisfacer su mala voluntad ni para vengarse puede destruir a un sujeto humilde (...) las riquezas no pueden trastornar la justicia de la ley ni el poder ocultar el delito. (...) En una monarquía absoluta como la española, la libertad, las posesiones, y la vida de un vasallo, dependen del capricho de un tirano. (...) En someteros al cetro inglés participareis los mismos derechos y privilegios que gozamos nosotros. Vuestro comercio libre de excepciones injustas y monopolios onerosos se hallará más feliz y próspero que nunca. La justicia se administrará con imparcialidad rigurosa. Las puertas del fórum estarán igualmente abiertas a los españoles que a los ingleses (...) Queréis un ejemplo de nuestra generosidad y sobriedad, mirad la isla de Trinidad: tan indigente y nada digna de consideración bajo el dominio español, elevada al punto de su prosperidad en su política y moral. Enérgicas, no menos benéficas sus leyes, igualmente que respetada su antigua religión. No padecen injuria alguna de estar bajo el dominio de un rey protestante. Los protestantes son cristianos como vosotros. Nuestra religión es la misma; apenas difieren en algunos puntos, los dos creemos en el mismo Dios todopoderoso y en nuestro Señor Jesucristo que padeció en la cruz para salvarnos” (*La Estrella del Sud*, N° 1, Mayo 23 de 1807).

A este contenido se agregó todas las proclamas del alto mando invasor, así como información abundante sobre movimientos de la fuerza armada, pero también noticias de la vida social local, comenzando por los ciudadanos británicos, información económica útil para los comerciantes, avisos pagos, extractos literarios clásicos de diverso origen (incluidos autores españoles), reproducción de artículos de contenido útil o interesante (como una reproducción del Mercurio Peruano), etc. En todos ellos, la redacción buscó dar señales de veracidad en sus afirmaciones respecto de la conveniencia de la dominación británica. Aún en la sección de avisos particulares,

de esta imprenta se corresponden con fundidoras británicas de su tiempo y no provienen por lo tanto de Filadelfia. Pero podría suceder que Scollay adoptase el seudónimo como propietario en homenaje a aquellos dada su gran fama en los Estados Unidos. Padilla nunca negó su participación como colaborador de los británicos, pues era conocido agente de contrabando con ellos, y continuó una vida de aventurero entre el Río de la Plata, Chile, Perú y Bolivia, donde falleció hacia 1840. Cabello en cambio negó enfáticamente su vinculación con la publicación y con el campo invasor, afirmando que si tomó contacto con el mismo fue con la intención de obtener información útil al campo español. En cualquier caso, es claro el carácter particular de la imprenta, cualquiera fuese su propietario, pues la misma fue vendida a la Imprenta de la Casa de Niños Expósitos de Buenos Aires, tras una negociación particular posterior a la derrota, y embarcada a ese último destino en septiembre de 1807 a cargo del marino Francisco Trelles, quien cumplió el encargo. Con esta compra, aparentemente pagada con mercancía de cacao, la Imprenta porteña casi duplicó su capacidad y su variedad de tipos (Ares, 2011: 105-109).

aparecía uno del propio ejército ocupante, solicitando a algún empresario local el préstamo de 50 mil pesos, en condiciones ventajosas que se prometía informar discretamente.

Pero como bien indica el volante publicado el 11 de julio, la invasión fue completamente derrotada y los británicos debieron marcharse, debiendo venderse la imprenta al gobierno de Buenos Aires para incorporarse a la de los Niños Expósitos, proceso que se completó poco después de la partida de los invasores derrotados, en septiembre.

Pasada la segunda invasión y aventado el peligro británico, pronto surgiría uno mucho mayor: la invasión napoleónica a España, en un contexto de crecientes intrigas que buscaban aprovechar el descontento criollo con el orden colonial español.

El grupo intelectual que apoyó el *Semanario*, como su inspirador Vieytes, estaba conformado por hombres de ideas ilustradas, amantes de las ciencias, partidarios del fomento al comercio, la labranza y la industria, pero fundamentalmente funcionarios, o comerciantes cuyo éxito dependía de sus fuertes lazos con el aparato funcional. En tal marco, la creciente crisis institucional habilitada por la invasión napoleónica de 1808 a España los afectó en forma inmediata y los puso en estado deliberativo, situación que caracterizó a Buenos Aires entre el fin de la segunda invasión inglesa y la revolución de mayo. La desaparición de la *Estrella del Sur* producida por la derrota inglesa dejó la región sin periódicos, pues ni Vieytes ni Belgrano, los más capacitados, se prestaron a continuar con el *Semanario*, a pesar de la insistencia gubernativa tanto después de la primera como de la segunda invasión (Martini, 1998; De Marco, 2006: 35; Pillado y Echayde, 1914: xi).

En 1809 fue el Virrey Cisneros quien apenas llegado a Buenos Aires comprendería el rol clave que podría cumplir la prensa en la restauración del prestigio de la autoridad estatal en momentos en que todo tipo de rumores circulaba respecto de su caducidad a manos francesas y las intrigas favorables a replantear la situación criolla, en las que el mismo Belgrano se hallaba comprometido. Cisneros lanzó la *Gaceta del Gobierno de Buenos Aires* tan pronto llegó, y la hizo publicar con una asiduidad tal que se conserva una colección de 52 números⁹⁹ editados en apenas cuatro meses, e hizo todos sus esfuerzos para que Belgrano acelerase la publicación de un semanario de las características de aquel publicado hasta 1807. El *Correo de Comercio* editado por Belgrano sería pues, con su arranque en pleno fin de época (marzo de 1810) el canto de cisne de este modo de prensa propio de la etapa final del absolutismo, cuya aparición tardía en el Río de la Plata marcó los comienzos de nuestro periodismo y de nuestra primera generación de redactores.

⁹⁹ Si bien la cifra es impactante para la época, esta *Gaceta* no contuvo material producido localmente, sino reimpreso de fuentes autorizadas españolas.

1.3.3. El saldo periodístico de la Colonia: inicios de una práctica en los finales de una época

Si bien la experiencia jesuítica es insoslayable en una historia de la prensa rioplatense, en términos de continuidad histórica es claro el corte que se establece con el retroceso de las Misiones frente al avance portugués, y sobre todo, con la expulsión de la Compañía. La presencia definitiva de la imprenta en la región se da, por lo tanto, en 1780, como parte de la modernización administrativa que origina el Virreinato del Río de la Plata, tras la recuperación de la imprenta jesuítica de Córdoba. Que se trate de una recuperación de los equipos no cambia el hecho de que la Imprenta de los Niños Expósitos forma parte de otra experiencia histórica.

Asimismo, los antecedentes en circulación de pasquines (sobre todo en las últimas décadas de la Colonia), de avisos y relaciones sueltos (a partir de 1759) y de la *Gaceta de Buenos Aires* de 1764 no muestran, tampoco, una continuidad directa con el inicio periodístico local en 1801, el cual se asocia mucho más a la renovación impulsada por el recientemente creado Consulado, en el contexto de formación de una elite letrada criolla.

Pero sí se nota una continuidad indirecta. Por un lado, que en la *Gaceta* de 1764 hay ya tanto inquietudes análogas a las de los periódicos ilustrados de la última década colonial, como mecanismos de circulación de opinión ligados al rígido sistema de movilidad y ascensos en el marco del funcionariado colonial. Por otro lado, que la presencia de la deliberación, del pasquín y del reclamo hunde sus raíces en una familia de tradiciones que abarca el sistema de cabildos -y los ecos y expresiones regionales de los movimientos comuneros- que resultan absorbidos y reciclados cuando las invasiones inglesas y la invasión napoleónica ponen en crisis el imperio español.

La circulación de sucesivos periódicos impresos en Buenos Aires a partir de 1801 muestra características que remiten tanto al orden social precedente como a las semillas de uno nuevo. Como ha indicado Díaz (2012), la época ha habilitado la paulatina formación de una *esfera pública rioplatense*. Parte de ella se configura en tertulias y en ámbitos de trabajo como el Consulado, y tras las invasiones inglesas, en cuanto espacio de interacción exista: cuarteles, atrios, pulperías, el café de Marco. Pero otra parte -muy significativa por el modo en que circula entre la elite letrada- se configura en la prensa periódica.

Sin embargo, como hace notar Molina (2008), ciertas características sustantivas de las categorías de esfera pública y de opinión pública no están aún configuradas en 1800, como sí lo estarán, en gran medida, después de la década de 1810. No hay, por ejemplo, un sistema de publicación basado en la sociedad civil capaz de configurar ámbitos de legitimación plenamente autónomos del Estado y capaces de criticarlo, sino espacios temáticos muy restringidos, en los que el punto de arranque de la posibilidad de discutir son las mejores condiciones de realización efectiva de planes generados por el aparato estatal: construir un puerto, mejorar la defensa, elevar las capacidades económicas

exportables, prevenir o enfrentar una enfermedad, trazar mapas, poblar el territorio, mejorar la educación moral del pueblo, favorecer la instrucción en artes y ciencias, etc. Otros temas están, por su parte, explícitamente sometidos a censura regular: religión oficial, legitimidad de los actos de gobierno, comportamiento de las autoridades. Por otra parte, lejos está el Río de la Plata del amplio universo de la ciudad burguesa dieciochesca europea, con sus pubs, cafés, clubes, teatros y periódicos en gran escala. El ámbito característico de reunión es la tertulia en casas patricias y lejos está de ser posible aún la libre concurrencia a ámbitos colectivos de producción de opinión.

El término *opinión pública* también mutará en profundidad. En los últimos años de la colonia las referencias a la opinión suponen aportes al mejor cumplimiento de los requerimientos de la autoridad, cuando esta demanda, precisamente, iniciativa desde la sociedad, o a la opinión que autoridades y vecinos poseen respecto de un individuo: su buena -o mala- reputación, siendo la primera la que debe ganarse a fuerza de virtudes y buenas acciones. La opinión pública es un espacio social que la autoridad, imbuida de espíritu ilustrado, puede *dirigir* a través de los periódicos y la educación. Considerando entonces las tesis de Díaz (2012) y Molina (2008) en la trama de lo observado en este capítulo, podemos considerar tres características de estos espacios de circulación, que evolucionarán junto con la prensa periódica en las primeras décadas del siglo.

En primer lugar, en efecto, no se hace presente una esfera pública en los términos canónicos estudiados por Habermas (1995) ni en su estructura (se carece de libre concurrencia y crítica), ni en su volumen (se trata de espacios extremadamente reducidos y ligados a estructuras -funcionariado, parentescos- que los determinan), pero sí se hacen presentes características de una esfera pública de tipo distinto, en la que sus protagonistas buscan la producción de significados en ámbitos separados del control estatal directo, por medio de interacciones (epístolas, debates, conversaciones, relecturas e interlecturas, glosas, proposición de temas y programas) y de un orden de jerarquías intelectuales que implícitamente pone la autoridad en los principios de la Ilustración, aunque se esmera en indicar que esto es consecuencia de los deseos e interpelación de la autoridad real. El reducido tamaño de esta esfera y su constricción a espacios de bajo nivel de publicidad (como los salones de las viviendas patricias particulares o los escasos temas no vetados por la censura) no hacen menos sustancial el hecho de que las interacciones que sí se practican constituyen, como indica Díaz, una incipiente esfera pública rioplatense cuyo impacto se notará bruscamente en el período siguiente.

En segundo lugar, debe considerarse el implícito pacto entre sociedad y Estado por el cual no hay en este período intentos de trascender los límites de la censura, ni abrir tópicos prohibidos o descartados por el Estado. Por un lado la autoridad estatal, en pleno uso de sus facultades de censura, no intenta ir más allá del control de temas de religión, lenguaje llano o comportamiento de las autoridades, dejando sumamente abierta la posibilidad de emitir opinión -o refutarla- en aquellos

temas que la autoridad estatal considera válidos e incluso deseables: el progreso económico de la región, su poblamiento y defensa, el combate sanitario contra enfermedades y focos infecciosos, el mejoramiento de las vías de transporte, la educación moral y práctica, la difusión de las Luces, etc. De este modo, la tenue e incipiente esfera pública pudo ganar tiempo para consolidarse, pues salvo en el caso de Cabello y Mesa (quien editó la casi totalidad de contenidos conflictivos para la censura de toda la década en menos de un año), sus remitidos, opiniones, refutaciones, debates, propuestas y ensayos de nuevas prácticas de escritura no generaron molestia alguna en el aparato estatal, y por el contrario, fueron discursos que constantemente remitieron su legitimidad a su origen en los deseos de la autoridad. Se trata de una esfera que a fin de lograr su futura consolidación, deja completamente de lado zonas y modos de relación con las autoridades que constituyen la sustancia misma del concepto clásico de esfera pública. Esto es, de prácticas que todavía no ocupan toda la esfera, sino que se encargan de forjar, legitimar y entrenar zonas de la misma que no entren, de momento, en conflicto con la autoridad.

Por último, debe recordarse una cuestión sustancial referida, precisamente, al rol del Estado en la conformación de la prensa rioplatense. Tanto imprenta como periódicos provienen del riñón del aparato estatal, que toma iniciativas o autoriza -o deniega- propuestas y exclusividad y produce el arco de temas a tratar. Los que promueve el Consulado y los que promueven los periódicos coloniales son idénticos, con excepción de los contenidos misceláneos y las letrillas satíricas de costumbres de Cabello en 1801-02. Los tres periódicos publicados en Buenos Aires en esta década honran a las autoridades como promotoras de la iniciativa, protectoras de la misma, y generadoras de todos los temas de interés¹⁰⁰. Los protagonistas, por último, son parte de la naciente capa burguesa de comerciantes porteños, pero a su vez son parte decisiva del funcionariado local. Belgrano posee, de hecho, el cargo más permanente de todos los que existen en el virreinato. De allí que gran parte de las iniciativas que procuran habilitar espacios de circulación de la opinión, proviniendo de ámbitos estatales, con más razón carecieron de zonas de inminente conflicto con la autoridad. Se trata de un proceso de conformación de una incipiente *esfera pública sui generis*, sin conflicto con la autoridad estatal, sino amparada en ella, remitiendo su legitimidad a ella y compuesta por integrantes que pertenecen o interactúan en forma constante con ella.

De este modo, la entrada en el siglo XIX hace presente en Buenos Aires el periodismo impreso de factura local. Se trata de una presencia tardía¹⁰¹ y de poca cantidad de materiales y temas en

¹⁰⁰ Desde el fomento de las virtudes, las artes y las ciencias hasta el de la agricultura, la industria y el comercio; desde las medidas sanitarias hasta la necesidad de cartografiar el territorio y fijar vías de comunicación; desde el interés por la educación de las familias de los labradores hasta la capacidad de tomar de otros países aquellos conocimientos útiles que no contradigan el orden moral, religioso y político de España.

¹⁰¹ Además de tardía esta experiencia fue breve: apenas un lustro más tarde la primera invasión inglesa trastocará las relaciones sociales y de fuerzas en el pequeño mundo local, y nueve años más tarde el tercer y último periódico de este momento inicial del periodismo colonial se hallaba en medio de la marejada revolucionaria y el inicio de un nuevo período histórico.

comparación con los países ya parlamentarizados, pero también en comparación con la Metrópoli, o incluso con otros centros importantes del imperio español¹⁰².

Los tres semanarios que se fundaron en este período tienen características muy similares¹⁰³. Se dirigen a una pequeña elite que no exige disponer de más de un periódico en simultáneo; se sustentan en el apoyo del gobierno y la elite de funcionarios que aporta permisos, imprenta, suscripciones, información, administración de la censura y de posibles conflictos si alguna institución o persona se sentía agraviada; su formato a una sola columna y paginado correlativo de un número a otro (con índices en cada cierre de suscripción para encuadernar las colecciones como libros) es idéntico a las publicaciones del ambiente ilustrado español presentes en Madrid y capitales de provincias, así como en México, Lima y Santa Fe de Bogotá; sus temas y filias, los mismos que en España¹⁰⁴; carecen de las urgencias cotidianas del periodismo moderno: lo mismo da un artículo escrito hoy que uno de hace una década, el cual puede volver a publicarse.

El 1810 el *Correo de Comercio*, pensado en varios sentidos como continuador de su antecesor (título, explícito homenaje, contenidos, formato), realiza su programa de contenidos con la misma parsimonia que pudiera haber mostrado en 1802, mientras otro Estado, otra prensa y otra sociedad se están forjando, paradójicamente con el protagonismo en el primer plano del combate patriota, del último representante del periodismo colonial.

Del mismo modo, este comienzo colonial impregna los primeros movimientos del periodismo patriota: la *Gaceta* como signo de autoridad estatal y unicidad discursiva del Estado, el formato clásico de una gaceta estatal europea, la preocupación porque no se discutan ni las decisiones de la autoridad estatal ni la religión oficial explícitamente formulada en uno de sus primeros números, un público lector forjado en la lectura de gacetas españolas, acuerdo tácito de que el periodismo es un asunto que concierne en financiamiento y en autorización al Estado, poca preocupación inicial por la multiplicidad de voces periodísticas como inherente a su condición moderna. Pero estas condiciones cambiarán bruscamente en la década siguiente.

¹⁰² México y Lima poseen prensa cuasi diaria desde muchas décadas atrás, tanto gacetas oficiales como publicaciones intelectuales enmarcadas en la apertura a la Ilustración. En México, incluso, ya existen prensas e incluso periódicos en capitales de provincias.

¹⁰³ Por eso es tentador pensar estos tres semanarios como una continuidad de la misma experiencia: la primera concluye con la imposibilidad de Cabello por sostenerse frente a la indiferencia de la elite local; la segunda, muestra el interés de la elite local por evitar los temas potencialmente polémicos y concentrarse en cuestiones económicas y de instrucción práctica, lo cual queda expresado en el título *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*. Su cese ante las invasiones inglesas muestra su carácter civil, a diferencia de las Gacetas que tienden a intensificar su presencia ante amenazas militares. Pero también muestra los límites de la incipiente esfera pública local: no reaparece tras la derrota de la segunda invasión, dejando la ciudad sin su semanario por casi tres años, cuando se está produciendo el ambiente deliberativo más extendido de la historia rioplatense hasta ese momento (Díaz, 2012). La tercera, su continuidad en el momento mismo de la Revolución.

¹⁰⁴ La búsqueda del progreso general del país, el cultivo de las luces, el interés por “las virtudes, las artes y las ciencias”, las simpatías por la economía fisiócrata; la promoción de estos intereses con características propias de la “patria chica”.

Tabla 1.1.: El periodismo rioplatense en la última década colonial

Año	Nombre del periódico	Ciudad	Números	Periodicidad	Meses en que fue publicado												
					Sin fecha	Enero	Feb.	Mar.	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agos.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1801	<i>Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata</i>	Buenos Aires		Semanal													
1802	<i>Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata</i>	Buenos Aires		Semanal													
	<i>Semanario de Agricultura, Industria y Comercio</i>	Buenos Aires		Semanal													
1803	<i>Semanario de Agricultura, Industria y Comercio</i>	Buenos Aires		Semanal													
1804	<i>Semanario de Agricultura, Industria y Comercio</i>	Buenos Aires		Semanal													
1805	<i>Semanario de Agricultura, Industria y Comercio</i>	Buenos Aires		Semanal													
1806	<i>Semanario de Agricultura, Industria y Comercio</i>	Buenos Aires		Semanal													
1807	<i>Semanario De Agricultura, Industria y Comercio</i>	Buenos Aires		Semanal													
	<i>La Estrella del Sud / The Southern Star</i>	Montevideo		Semanal													
1808	NO CIRCULAN PERIÓDICOS	-	-	-													
1809	<i>Gaceta del Gobierno de Buenos Aires</i>	Buenos Aires	50 total	4x semana (aprox.)											14/10 inició		
1810	<i>Gaceta del Gobierno de Buenos Aires</i>	Buenos Aires	50 total	4x semana (aprox.)		9/1 cesó											
	<i>Correo de Comercio</i>	Buenos Aires	52 total	Semanal				3/3 inició.									
	<i>Gaceta de Buenos Aires</i>	Buenos Aires	29	Semanal							7/6 inició						
	<i>Gaceta de Montevideo</i>	Montevideo		Semanal													

Referencias de la tabla: = Semanal = Cuatro veces por semana

Tabla 1.2. Periódicos rioplatenses en la primera década periodística (y última colonial) por años. Se extiende la serie hasta 1811 para alcanzar el final del Correo de Comercio, iniciado en fecha y con características del período colonial

Nombre del periódico	1801	1802	1803	1804	1805	1806	1807	1808	1809	1810	1811
<i>Telégrafo Mercantil</i>											
<i>Semanario de Agricultura, Industria y Comercio</i>											
<i>La Estrella del Sud / The Southern Star</i>											
<i>Gaceta del Gobierno de Buenos Aires</i>											
<i>Correo de Comercio</i>											
<i>Gaceta de Buenos Aires</i>											
<i>Gaceta de Montevideo</i>											

Como puede observarse, la presencia o ausencia de periódicos año a año nos muestra algunas características inconfundibles:

- Los periódicos dependen por completo de la autoridad estatal. Si la autoridad estatal les retira el apoyo, desaparecen.
- La norma es un solo periódico semanal disponible para los lectores hasta después de la Revolución.
- Los periódicos de sociedades patrióticas promovidas por el Estado no cumplen una función de voz oficial del Estado, pues no se ocupan de cuestiones del poder político. Por ello cuando la autoridad estatal queda en cuestión (1806, 1807, 1808) desaparecen o se suspenden.
- En 1802 la simultaneidad es ilusoria: el tiempo que tarda Cabello en publicar el material que ya tenía preparado y podía pagarse. La de 1807 no es simultaneidad, sino la presencia en otra ciudad de un periódico del ejército enemigo. La de 1810 es la primera, cuando la *Gaceta de Buenos Aires* se publica en simultáneo con el *Correo de Comercio*. Pero estos periódicos no dialogan, ni polemizan, ni hacen referencias entre sí.
- La única existencia de periódicos en Montevideo es en combate con Buenos Aires: el de la invasión inglesa y una Gaceta de gobierno para oponer a la de Buenos Aires como legítima representante del Estado.

**2. DE MAYO A CASEROS:
ENTRE EL LEGADO ABSOLUTISTA Y
EL PREDOMINIO DEL MODELO DE SUSTITUCIÓN (1810-1852)**

2.1. La primera década revolucionaria (1810-1820)

La década de 1810 arranca con experiencias periodísticas muy propias de los modos y prácticas heredados de la España dieciochesca, y muestra un continuo esfuerzo modernizador en manos del Estado, a falta de otros protagonistas observables en, por ejemplo, la conformación de la prensa británica de su tiempo, plenamente en manos de la burguesía desde comienzos del siglo XVIII y en proceso de industrialización¹⁰⁵. Sin embargo, la imposibilidad de contar con una “prensa independiente”, reiterado reclamo de los contactos diplomáticos británicos y de las expectativas de la elite criolla letrada, no impedirá el avance hacia la simultaneidad de periódicos ya en 1812, la reglamentación de la libertad de prensa, y la búsqueda -por imitación- de géneros, estilos, modos de presentación de la noticia y arco temático observados en las secciones de los periódicos que llegan regularmente al Río de la Plata desde el extranjero. Un salto significativo se producirá en 1815, con la convergencia del ingreso de impresores desterrados de Chile tras el triunfo realista en 1814¹⁰⁶, y de una estrategia estatal que decide mostrar hacia el exterior la existencia de prensa independiente en Buenos Aires, aunque no habrá todavía una prensa en manos particulares capaz de emular el desarrollo impulsado por el Estado, que se nota en el manejo de su propia imprenta y en la publicación de dos periódicos simultáneos a partir del segundo semestre de 1815. La declaración de independencia profundiza esta tendencia, por lo que hacia fines de esta década comenzará a esbozarse la perspectiva de una simultaneidad de periódicos, aunque no expresando aún una dinámica parlamentarizada y/o de mercado, sino la posibilidad de sostener periódicos desde fracciones distintas de la elite estatal.

Considerar a Mayo de 1810 como el inicio de un nuevo modelo periodístico requiere una aclaración previa: antes y después de Mayo los protagonistas excluyentes de la prensa son el Estado, la elite intelectual y económica, y los impresores y editores de periódicos de origen español que obtienen la concesión o privilegio para su labor en este contexto, con salario y/o participación en la recaudación de los periódicos. Desde este punto de vista, ambos períodos históricos parecieran contar con el mismo tipo de prensa.

¹⁰⁵ En 1814 *The Times* ya mueve su amplio equipamiento de prensas con máquinas a vapor.

¹⁰⁶ Tras el desastre de Rancagua (1 y 2 de octubre de 1814) numerosos patriotas escapan a las Provincias Unidas. Muchos se incorporarán al ejército sanmartiniano; otros, continuarán sus afanes patrióticos adaptándose a la emigración y colaborando con el gobierno patrio rioplatense. Entre los que realizan aportes en el campo de la prensa y el periodismo, se destacan Fray Camilo Henríquez y Antonio Manuel Valdés. El primero había dirigido el periódico gubernativo patriota *El Monitor Araucano* y, ya en Buenos Aires, participa en *La Gazeta de Buenos Ayres*, y redacta *El Censor*, retornando a Santiago tras la reconquista sanmartiniana, para ejercer nuevamente allí funciones periodísticas y culturales en el gobierno. Valdés, de origen cubano, poseía experiencia como tipógrafo, editor de libros y periodista durante el auge de prensa habilitado por las Cortes de Cádiz en 1812 (Goldman, 2002). Emigrado a Chile huyendo de la Restauración lo sorprende allí el triunfo realista, y escapa con Henríquez a Buenos Aires llevando sus equipos. En esta ciudad quedará a cargo de *El Censor* -editado con sostén del Cabildo desde 1815- y de *La Prensa Argentina*, retirándose en 1817 al asignársele una misión diplomática en Europa.

Sin embargo, las pocas y recientes experiencias rioplatenses del período colonial se enmarcan normalmente en un modelo de prensa estatal donde no se está a la expectativa de algo diferente. El Estado autoriza, brinda privilegios exclusivos, asigna el destino de los recursos generados y ejerce la censura. Las elites intelectuales de Madrid, de las provincias españolas, de las capitales virreinales y aún de alguna capital provincial mexicana aprovecharon este sistema para publicar revistas de diseminación de “las virtudes, las artes y las ciencias” en consonancia con la creación de sociedades patrióticas. Las grandes capitales poseen Gacetas oficiales, que cumplen la función de asegurar la lealtad al Estado, confrontar a los enemigos -sobre todo en períodos de guerra- y ofrecer servicios asociados a la floreciente economía mercantil y manufacturera: informes económicos, precios, entrada y salida de buques, oferta y demanda en puertos, avisos pagos particulares con interés económico (compra, venta) o de contacto en las grandes ciudades (alquileres, contrataciones, oferta y demanda de trabajo). El gremio de impresores vive, en la medida que se ajuste a los límites impuestos por la autoridad, una situación cómoda. Existen bastante menos editores que impresores, pero en numerosos casos logran un buen resultado económico de sus iniciativas y -sin hacerse ricos- pueden contar con un ingreso que les permita vivir de la actividad durante tiempos relativamente prolongados. Son los casos, por ejemplo, de Nipho en España, Lizardi en México, o Cabello en Perú y el Río de la Plata¹⁰⁷.

La ruptura de Mayo, en un principio, parece dar continuidad a este modelo. Las dos capitales rioplatenses con pretensión de representar la autoridad real colapsada en la guerra napoleónica - Buenos Aires y Montevideo- crean gacetas en forma inmediata: Buenos Aires crea la *Gaceta de Buenos Aires* a comienzos de junio de 1810; la autoridad de Montevideo, la *Gaceta de Montevideo* a comienzos de agosto, cuando logra recibir una imprenta desde España. Los semanarios intelectuales característicos de la década de 1800 (*Telégrafo Mercantil*, *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*) encuentran su continuidad en el *Correo de Comercio* creado en marzo de 1810 por Belgrano a pedido expreso del Virrey, y se mantiene superponiéndose al comienzo del periodo que estudiamos a continuación, hasta abril de 1811. Resulta notable hasta qué punto el *Correo* es parte del período que concluye en Mayo (aunque se proyecte su suscripción y publicación hasta un año después), tanto en sus contenidos como en la completa ignorancia en sus páginas de los grandes acontecimientos en curso. Los mismos temas que recorrió el *Semanario* se conservan en *El Correo* al extremo de reproducir publicaciones antiguas (de la década de 1790) del propio Belgrano.

¹⁰⁷ Cfr., en relación con Nipho, Sáiz (1983); en relación con Lizardi, Reed Torres y Ruiz Castañeda (1998); en relación con Cabello y Mesa, Torre Revello (1940) y Martini (1998).

Tras Mayo, sin embargo, y pocos meses después de la Revolución, comienza a transformarse la visión del rol de la prensa que los protagonistas del proyecto patriota imaginan. Términos como “opinión pública” se hacen presentes ya en septiembre de 1810. La necesidad de multiplicar voces en la prensa para generar debate y pluralidad está presente en las discusiones a fines de ese año y en las decisiones estatales a comienzos del siguiente. La búsqueda de una prensa en manos privadas, libre, independiente de los gobiernos, y con contenidos temáticos que emulen la prensa más prestigiosa de Europa occidental o de los Estados Unidos (resuena en primer lugar el modelo addisoniano), aparece constantemente en debates, proyectos, propuestas e iniciativas. De allí que la predominancia estatal en el período que se inicia en 1810 es de naturaleza distinta que el que concluye ese año. Antes de 1810, se trataba del modelo de estatalidad propio del absolutismo; desde 1810, y sobre todo desde 1812, se trata de un modelo sostenido y caracterizado por la acción del Estado, para la construcción de una prensa que -la elite coincide unánimemente- debe ser independiente del Estado y en propiedad de particulares. Como tal destino demora, la estrategia estatal deviene -y se mantiene por varias décadas- un modelo en el que un actor suplanta a otro en su función, un modelo de sustitución. Sus dirigentes expresan una y otra vez que preferirían asignar la tarea a la moderna prensa privada, pero ésta aún carece posibilidades de existencia.

2.1.1. La Ruptura de Mayo y el desfase entre doctrinas y condiciones históricas

Mayo de 1810 expresa en la región rioplatense tanto el colapso de la autoridad estatal española como el estallido de las tensiones internas, preexistentes y exacerbadas a partir de las invasiones inglesas. Pero una vez producida la Revolución, habilita cambios y conflictos aún mayores. Si durante los primeros meses sus medidas no presentan aún la radicalidad de la ruptura que habrá de verse, por ejemplo, tras la convocatoria a la Asamblea del año 1813, sí son notables las primeras referencias a la problemática de la representación (v.gr., frente a la cuestión de los honores), la libertad de conciencia y expresión.

En la arena periodística se presenta también un hecho ambiguo en cuanto a sus posibilidades de caracterización. La fundación de la *Gaceta de Buenos Aires* por la recién instalada Junta de Gobierno a comienzos de junio de 1810 aparece como una innovación relativa. Por un lado, muestra una publicación regular cuya continuidad habrá de extenderse una década, algo antes impensable, y contenidos innovadores, hallándose año tras año crecientes referencias al nuevo orden de representaciones involucrado en las formas de gobierno en discusión; por el otro, dado el antecedente de la *Gaceta del Gobierno* publicada meses antes, no aparece como una ruptura tan clara. Que un gobierno ha de tener su gaceta es algo evidente en el mundo absolutista desde

mediados del siglo XVII, y la ruptura de la cadena de autoridad entre metrópoli y virreinato habilitó la inmediata creación de una gaceta oficial.

Cuando se produce la semana de Mayo, el potencial público lector de Buenos Aires sólo conoce la experiencia de convivir con un semanario de información económica y ensayos. Esta limitada realidad contrastaba con el gran auge de la prensa periódica en Gran Bretaña, Holanda y Estados Unidos. Una paulatina toma de contacto con la existencia de “otra realidad” en el campo de la economía, la política, la filosofía, la libertad individual, el arte o la prensa periódica, notable desde el último cuarto del siglo XVIII, se vio bruscamente acelerada con las invasiones inglesas. Pero la Revolución de Mayo tampoco es todavía -en la dimensión de la lectura y uso de la misma- el punto disruptivo fundamental. Desde el punto de vista específico de la prensa periódica, habrá que esperar a 1812 para que comiencen a esbozarse más claramente las primeras expresiones de innovación.

2.1.2. La *Gaceta de Buenos Aires*, un pie en cada época

Debe notarse, sin embargo, que la prioridad asignada a la prensa periódica por los protagonistas de Mayo ofrece pocas dudas: apenas una semana para ordenar formalmente la publicación de un semanario oficial, y dos para ponerlo en marcha, entre la creación de la junta y el número 1 de la *Gaceta de Buenos Aires*¹⁰⁸. La revolución, la forja de un nuevo Estado y la forja de un modelo de prensa periódica aparecen así como fenómenos inescindibles. La importancia de la *Gaceta* en la historia de la Argentina se ve reflejada en su carácter simbólico hasta la actualidad. En la fecha de su primera publicación -7 de junio- se ha fijado en este país el día del periodista. Se trata del “primer periódico patrio”, y se asigna a Moreno el carácter de “primer periodista”.

¿Fue la publicación de este periódico una ruptura radical con el pasado? ¿Fue, por el contrario, una continuidad? ¿O una mixtura de ambas posibilidades? Si observamos un ejemplar del periódico, no es sencillo, a primera vista, hallar las señales de ruptura. La *Gaceta* no se diferenció de la prensa estatal absolutista por alguna característica del periódico, pues mantuvo respecto de la *Gaceta del Gobierno de Buenos Aires*, y de las gacetas de gobierno en general, el mismo tipo de nombre, formato, periodicidad, tipografía, secciones, su dependencia orgánica del discurso de Estado, su repetición permanente de la centralidad y legitimidad del poder instituido, su prohibición de discutir las decisiones del gobierno y las verdades de la religión oficial, su financiamiento con presupuesto del Estado, etc.

Sin embargo, las señales se hacen presentes. El epígrafe elegido por el Secretario de la Junta (Mariano Moreno) no podría ser más gráfico: “Tiempos de rara felicidad son aquellos en que puede

¹⁰⁸ La Junta se instala el día 25 de mayo, el decreto se promulga y da a publicidad el 2 de junio, y el primer número aparece una semana después, el día 7.

pensarse lo que se quiera y decirse lo que se piensa”¹⁰⁹, frase de Tácito. Esta frase sería destacada como notoriamente rupturista por varios viajeros estadounidenses que pasaron por Buenos Aires unos años más tarde comisionados por la Secretaría de Estado de los Estados Unidos de América. Pero una vez más, la clave de la ruptura está presente mucho más en las condiciones contextuales que en la elección de la cita. La misma había sido utilizada como epígrafe de un artículo del *Telégrafo Mercantil* en 1801, sin ocasionar ningún inconveniente ni comentario polémico. Esta ambigüedad se mantiene a lo largo de los primeros meses de la *Gaceta*. La ratificación de la prohibición de discutir las decisiones gubernativas y los dogmas de la religión oficial se realiza en el mismo artículo en el que se invita, ya en junio de 1810, a la participación de los vecinos en la discusión de asuntos útiles, aportes de ideas para el progreso, etc. Durante los meses subsiguientes, la pluma de Moreno y Alberti hace notar sutiles cambios.

Más allá de las filias que comienzan a hacerse presentes en la elite política porteña, todavía no se anuncia en las páginas de la *Gaceta* la intención de emular a la exitosa prensa en manos particulares y dispuesta a ser parte del debate bajo la protección de un Estado parlamentario. Ni siquiera se apela, aún, al recurso que algunas gacetas dieciochescas de la metrópoli española utilizaron en su momento: elogiar el modelo periodístico de Addison, tan paradigmático de la prensa británica de comienzos del siglo XVIII, tras el triunfo de la *Glorious Revolution*. Este recurso, que permitía insinuar simpatías por la moderna forma de gobierno sin mencionarla expresamente, aún no tenía lugar en Buenos Aires. Pero la Revolución de Mayo abrió la puerta de una radical transformación del Estado, y siendo su *Gaceta* una emanación y función orgánica de éste, su propia transformación era una consecuencia necesaria.

Así sucedería ya en 1810 con la discusión abierta “sobre los honores”, que entre otras cosas implicaba que los mismos ya no serían a la persona y sus familiares (condición con pretensión nobiliaria), y que produjo una interesante nota presuntamente firmada por una dama porteña, quien planteaba la crisis de representación que esto implicaba. Decía esta misiva que en caso de anularse los honores extensivos a la familia, se anulaba toda posibilidad de expresión femenina en el espacio público. Poco después, desde 1811 y 1812, con más nitidez desde 1813 y más aún tras la caída de Alvear en 1815, en el periódico aparecerán referencias que cuestionarán mucho más a fondo el orden absolutista y por ello removerán las bases mismas de la función de la prensa. Ya no se trataba sólo de mostrar el control de los aparatos y signos del poder (fuerza armada, legalidad, gaceta, sistema fiscal, burocracia leal), sino de asumir nuevos roles para el periódico. Se discutiría entonces si se trata de imitar el modelo británico o francés, si no habrá una nueva nobleza sino una clase en

¹⁰⁹ “*Rara temporum felicitate, ubi sentire quae velis, et quae sentias dicere licet*”. La cita, en latín, no era críptica para el público letrado al que se dirigía el periódico.

su conjunto con posibilidad de acceso a la representación política, si los actos de gobierno serán públicos, si el pueblo retiene la soberanía, entonces la función del periódico deberá cambiar. Pero la puesta en práctica de tal cambio no será sencilla.

En función de esta dependencia completa de la prensa respecto del Estado, cabe preguntarse por la presencia de un modelo preexistente o más bien de un proceso de cambios sucesivos en un complejo entramado de articulaciones entre doctrinas y expectativas de los protagonistas, y las condiciones concretas que los empujaban y determinaban.

¿Fue la Revolución de Mayo, en tal sentido, un acontecimiento inesperado para sus propios actores? ¿O, por el contrario, un acontecimiento largamente incubado y aún esperado? ¿Remiten sus antecedentes al derrumbe español frente a la invasión napoleónica, a las invasiones inglesas, a contradicciones insalvables del régimen colonial, a la postrera modernización virreinal? Los estudios históricos relativos a la Revolución de Mayo y las guerras de Independencia han puesto en discusión todas estas posibilidades y, si bien existen puntos de vista aún heterogéneos y debates inconclusos, puede hallarse muchos puntos de consenso. Resulta notable que, en términos políticos o de grupos, programas y doctrinas, no existe una preparación previa que permitiese imaginar el cambio de 1810, y menos aún la tendencia notable en los años siguientes hacia la independencia y las formas parlamentarias de gobierno. El estallido prácticamente simultáneo de la autoridad española en casi toda Hispanoamérica muestra la importancia de la quiebra de la autoridad metropolitana. Pero las muy distintas vicisitudes de los movimientos emancipatorios en cada región muestran, a su vez, los distintos modos y tiempos de preparación. En la región rioplatense, si bien puede hallarse signos de insatisfacción y potencial conflicto en las décadas previas, son las invasiones inglesas de 1806-07 las que producen un brusco giro en las actitudes y expectativas de las élites criollas. Como se ha observado en el capítulo anterior, desde el punto de vista de la historia del periodismo tampoco fue menor el impacto de dichas invasiones. Los británicos habían creado en Montevideo *La Estrella del Sud*, un periódico en inglés y castellano, dirigido a los habitantes de la región y con formas y contenido mucho más avanzados que las gacetas habitualmente recibidas en los años previos. Otros periódicos británicos habían llegado con los invasores en una escala no vista anteriormente, como lo indican numerosas memorias escritas por protagonistas y testigos del momento. La *Gaceta del Gobierno de Buenos Aires*, finalmente, había marcado el último tramo de gobierno colonial con el sello característico del periodismo absolutista: una gaceta de gobierno -y no una gaceta o semanario ilustrados al estilo de las sociedades patrióticas- capaz de demostrar que el virrey Cisneros, recién llegado de España, posee el efectivo control de la cabeza de la pirámide estatal. El esfuerzo de Cisneros es notable: mientras insiste con ahínco a Manuel Belgrano para que éste vuelva a la vida el *Semanario de Agricultura, Industria y*

Comercio o bien inicie una nueva publicación de tono similar (Belgrano optaría por lo segundo), publica, entre octubre de 1809 y enero de 1810 cincuenta y dos números y un suplemento de la *Gaceta*; una intensidad jamás imaginada en la región. Esto nos muestra tanto la capacidad de impresión, mucho más alta que la efectivamente utilizada en la primera década del siglo y contando con la misma imprenta, como el grado de preocupación del gobernante, capaz de publicar en tres meses la cantidad de números propia de un año de semanarios, o de diez de noticias sueltas.

Así, la ruptura de Mayo encuentra condiciones favorables para una expansión de la actividad de prensa: el virrey Cisneros había estimulado a Belgrano a publicar un semanario de estructura muy semejante a los preexistentes semanarios *El Telégrafo Mercantil* y el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, y para esta actividad existía una experiencia de una década de publicación sistemática de un semanario amparado tanto por el Estado como por la formación de una Sociedad Patriótica a imagen y semejanza de las metropolitanas. La *Gaceta del Gobierno de Buenos Aires*, a juzgar por su continuidad y regularidad, no parecía tener inconvenientes en la generación de contenidos y su impresión, resultando bastante claro que el momento de su cese tiene que ver con la imposibilidad de difundir más noticias sobre la guerra contra la invasión napoleónica sin dar cuenta de la derrota, y con ella, de que la legitimidad del virrey podía subrogarse.

Por otro lado, esas condiciones favorables parecían sostenerse sin grandes transformaciones en relación con las reglas de la autoridad colonial. El *Correo de Comercio* no cambió en lo más mínimo entre sus publicaciones anteriores y posteriores a la revolución de mayo, hasta su cese en abril de 1811. Sus contenidos podrían haber sido los mismos si la Semana de Mayo no hubiese sucedido. La ambivalencia del contenido del ensayo más “político” de Belgrano, referido a las causas del progreso de las naciones, permitía -como hubiese sucedido 50 años antes en la metrópoli- realizar afirmaciones que hicieran felices a las mentes más progresistas de las sociedades patrióticas, y a las autoridades del Estado. Lo mismo puede afirmarse con respecto a la fundación de la *Gazeta*. Su presencia no sólo cuenta con el antecedente de 1809, sino con una larga historia de impresiones en capitales de países o provincias importantes, y muy especialmente, en momentos en que es preciso afianzar la unidad del discurso de legitimidad de la autoridad estatal. De allí que mientras en las grandes capitales imperiales europeas la gaceta oficial se mantuvo en forma ininterrumpida desde el siglo XVII, en las zonas más conflictivas y en riesgo de apropiación por otros Estados o fuerzas, esta práctica se hace presente *ad hoc* durante los momentos más álgidos de conflicto, y cesan porque sin el interés estatal por sostenerlas, tampoco existe un marco de lectores y contratantes de avisos para hacer viable su mantenimiento por concesión. Un signo evidente de esta continuidad de la concepción de prensa heredada del absolutismo lo da la ruptura estatal entre Buenos Aires y Montevideo, como veremos en la sección siguiente.

2.1.3. Hacia la prensa de facciones

Los historiadores coinciden en que la perspectiva del autogobierno criollo estaba ya explícita en todas las fracciones que pugnaron por el poder o por un lugar en él desde mayo de 1810 hasta la consolidación de la independencia. Bajo tal manto, la variedad de posiciones era grande: renegociar el contrato de pertenencia a España buscando una mayor autonomía o bien la ciudadanía plena, acordar con Gran Bretaña una independencia más o menos tutelada, acordar incluso con los portugueses, coronar un noble europeo pero creando una monarquía constitucional independiente, coronar un Inca, formar una república, formar una república federal, etc. Esta variedad abría la brecha por la cual se expresasen opiniones diferentes, y búsquedas de bases de sustentación, en torno a cómo lograrlo. Al comienzo, estas opiniones se expresaron con timidez, pero es precisamente la propia falta de antecedentes y de una corriente teórico-política formada, la que permitió que se incorporasen textos que en algunos casos iban más allá de lo previsto por los protagonistas al publicarlos. Así por ejemplo, comenzaban a aparecer, junto a la declaración de principios de la *Gaceta*, las loas a Fernando VII y reimpresiones de textos publicados bajo la dominación española, otros que ensalzaban la soberanía popular y los términos de la organización parlamentaria de gobierno. Aun así, durante el primer lustro de gobierno patrio, la estructura política del Estado cambió mucho más rápido que la tímida prensa periódica. Dos juntas, varias asonadas, dos triunviratos, una Asamblea donde predominaron ideas de avanzada y medidas liberales, un Directorio, un Congreso Constituyente, transcurrieron acompañados por la única gaceta estatal, salvo muy breves excepciones que comentaremos a continuación. No existió ninguna publicación realizada por iniciativa privada. La única publicación regular y permanente a lo largo de estos años fue la *Gaceta de Buenos Aires*, de edición semanal. Pero fue precisamente la función todavía estatal -y afectada por la etapa anterior- de la prensa, la que debido a la dinámica de transformación del Estado se vio obligada a vivir sus primeros cambios.

En primer término, la fractura de la cadena de legitimidad virreinal se expresó en el desconocimiento de la Junta de Buenos Aires por parte de la de Montevideo. Frente a esta novedad, inaceptable en los términos de una pirámide de poder de lógica absolutista, la reacción fue inmediata. Ambas partes, reclamando ser la autoridad legítima, denigraron la pretensión de la otra, construyeron a marcha forzada fuerzas militares y un aparato de gobierno leal, iniciaron la guerra contra la otra, y publicaron una gaceta¹¹⁰. En Buenos Aires, la *Gaceta de Buenos Aires*; en

¹¹⁰ Recuérdese la importancia otorgada por el absolutismo a la disposición de una (y sólo una) gaceta oficial como signo de estabilidad y fuerza de la autoridad estatal. Sólo en las décadas de auge del despotismo ilustrado se otorga una cantidad adicional de licencias, siempre y cuando el licenciatario reconozca la diferencia sustancial entre su publicación -por lo general regional y asociable a un gobierno delegado (una provincia española, por ejemplo) o bien especializada en cuestiones literarias, difusión de conocimientos útiles de medicina, música o cocina- y “la” *Gaceta* del gobierno central. Un periódico que intentase discutir los contenidos de esa *Gaceta* incurriría automáticamente en sedición.

Montevideo, la *Gaceta de Montevideo*. En Buenos Aires, a su vez, persistía la existencia del *Correo de Comercio*, por lo que continuaba una mínima simultaneidad de publicaciones en la ciudad. Pero tal profusión periodística se resolvería pronto. Las crecientes responsabilidades de Belgrano y particularmente los problemas y acusaciones que debe enfrentar tras la derrota en Paraguay, anulan la continuidad del *Correo*, que cesa en su edición en abril de 1811, en coincidencia con revolución del 5 y 6 de abril¹¹¹.

Las dos gacetas fueron, por su parte y cada una en su territorio, únicas, prohibiendo y castigando el ingreso a las respectivas ciudades de ejemplares de la otra. El enfrentamiento, inevitablemente mortal, se expresaría en combates navales, terrestres y el sitio a Montevideo, concluido con éxito para los patriotas el 23 de junio de 1814. No casualmente, apenas logrado el triunfo, los representantes porteños tomaron control del aparato burocrático de gobierno, disolvieron la fuerza militar enemiga, legitimaron la propia, e inmediatamente lanzaron una publicación favorable, *El Sol de las Provincias Unidas*, con un sugestivo subtítulo: *Gaceta de Montevideo*. En forma semejante a lo sucedido en Buenos Aires en 1810, el gobierno patriota triunfante ordena de inmediato la nueva publicación. El 2 de julio se publica el número 1, conservando el carácter semanal, con una duración que resultó breve: el último número se tiraría el 21 de septiembre. La importancia militar de la imprenta y el periódico queda patente en la decisión de desmontar, embalar y enviar la imprenta a Buenos Aires para completar los requerimientos de la imprenta del gobierno. Si, en la medida de lo posible, resultaba deseable una gaceta patriota de gobierno en la capital de la Banda Oriental, la clave estratégica era que la imprenta no cayese en manos enemigas y se conservara sólida la capacidad de publicación de la *Gaceta de Buenos Aires*. Dentro de tal lógica, resultó una

¹¹¹ Se denomina Revolución del 5 y 6 de abril a la acción combinada de civiles y militares que obligó a retirarse del gobierno a la minoría morenista. Tras la renuncia de Moreno -y su fallecimiento en Alta Mar- el ala más radicalizada de los patriotas porteños se reagrupó en torno a la Sociedad Patriótica, creada el 21 de marzo de 1811 en el Café de Marco, con predicamento en la juventud de las familias acomodadas, y minoría en las fuerzas armadas (sólo dominaba un regimiento), mientras que su lugar en el aparato de gobierno era minoritario. Los jefes de las expediciones militares -Belgrano al Paraguay y Castelli al Norte- tenían contacto con la Sociedad, pero se hallaban en situación militar comprometida. Los morenistas, sin embargo, iniciaron una conspiración para derrocar a Saavedra y a los diputados de la Junta favorables a él. Frente a ello, los principales jefes de las fuerzas armadas tramaron un amotinamiento militar acompañado por una movilización popular a la Plaza Mayor, compuesta principalmente por habitantes de los arrabales de la ciudad. El movimiento comenzó en la noche del 5 de abril. Cerca de 1500 hombres provenientes de las zonas de Quintas encabezados por sus alcaldes ocuparon la Plaza Mayor y peticionaron al gobierno, abriendo una tensa noche de negociaciones. La petición exigía la destitución de los diputados morenistas de la Junta (Miguel de Azcuénaga, Juan Larrea, Nicolás Rodríguez Peña, Hipólito Vieytes) y de los comandantes del Regimiento América (Domingo French y Antonio Luis Beruti), así como su destierro junto a otros partidarios de la Sociedad Patriótica. Se exigía además que Belgrano regresase a Buenos Aires, se le suspendiese su grado militar y se lo sometiese a sumario por la derrota en la expedición al Paraguay. A mediodía del día 6 los reclamos habían sido aceptados y se arrestó a los principales morenistas. El resultado de la Revolución favorable a los alzados profundizó la persecución, creciendo la lista de detenidos hasta el centenar. El organizador de la movilización de los suburbios, Tomás J. Grigera, pasó a ser Alcalde Mayor, y el 15 de abril se publicó un número extraordinario de la *Gazeta de Buenos Aires* en el que se explicaba el movimiento y se acusaba a los morenistas de facciosos, fanáticos, traidores y otros numerosos adjetivos. Los morenistas buscaron reorganizarse en la oposición y distribuyeron panfletos anónimos contra el gobierno, acusándolos de ser una facción de forasteros, y de pretender entregar el país a los portugueses.

decisión acertada: el 2 de febrero de 1815 las tropas artiguistas controlaban la plaza montevideana, momento en el cual los restos de la imprenta servían ya en Buenos Aires¹¹².

Pero a la luz de la temprana división al interior de la elite criolla, se produjeron algunas tímidas novedades que fueron -en términos periodísticos- más allá de la pugna entre dos autoridades estatales dispuestas a anular a la otra. En primer lugar, la caída de Mariano Moreno de su cargo de secretario de la Junta, cuando su disputa con Saavedra se acrecentaba y comenzaba a quedar claro que éste lo dejaría en absoluta soledad a medida que se incorporasen los representantes de las provincias, conformando la Junta Grande. La salida de Moreno deriva en una misión diplomática en Londres, hallando la muerte en alta mar cuando se dirigía a su destino. Entre tanto, el Deán Gregorio Funes, incorporado a la Junta (diciembre de 1810) y proveniente del estrato más culto y progresista del clero cordobés, quedó provisoriamente a cargo de la redacción de la *Gaceta*, formulando una serie de textos de doctrina, hasta que se nombrase a un redactor definitivo. Mientras tanto, sumó Funes un aporte decisivo a la creación de nuevas reglas para la expresión escrita, al redactar, proponer y publicar en la *Gaceta* su proyecto de reglamento sobre la libertad de imprenta. Funes mantuvo una alianza circunstancial con la facción triunfante en la revolución del 5 y 6 de abril, pues ambas partes se oponían al sector más radical de los jóvenes morenistas. Esto le permitió lograr la aprobación de su proyecto en el mismo mes, el 20 de abril. El mismo garantizaba un significativo avance respecto de las condiciones legales existentes en el orden colonial:

“Atendiendo a que la facultad individual de los ciudadanos de publicar sus pensamientos e ideas políticas, es no solo un freno de la arbitrariedad de los que gobiernan, sino también un medio de ilustrar a la nación en general, y el único camino para llegar al conocimiento de la verdadera opinión pública. Decretamos lo siguiente.

1. Todos los cuerpos y personas particulares de cualquiera condición y estado que sean, tienen libertad de escribir, de imprimir, y publicar sus ideas políticas, sin necesidad de licencia, revisión, y aprobación alguna, anteriores a la publicación, bajo las restricciones, y responsabilidades que se expresarán en el presente decreto.
2. Por tanto quedan abolidos todos los actuales juzgados de imprentas, y censura de las obras políticas precedente a su impresión.
3. Los autores e impresores serán responsables respectivamente del abuso de esta libertad” (Reglamento sobre Libertad de Imprenta. Cit. por Chiaramonte, 1997: 336).

El control de posibles abusos y de la publicación en materia de religión se establecía en el resto del articulado. Se aseguraba procedimientos de apelación para publicaciones con problemas de censura creándose una Junta Suprema de Censura, y se establecía procedimientos especiales para la censura eclesiástica en materia de religión, así como las responsabilidades legales para los casos de

¹¹² Para un estudio más amplio de la estrategia argumentativa y de contenidos de *El Sol de las Provincias Unidas*, Cfr. González Demuro (2004). El autor hace referencia, a través del citado de algunos párrafos del anteúltimo número, a la posibilidad de que a la cuestión del riesgo de avance enemigo sobre la plaza se sumase como factor que definió el cierre, además del muy escueto marco de lectores, contando la poca población letrada y dentro de esta última la poca población simpatizante de los triunfadores.

denuncias por “... libelos infamatorios, los escritos calumniosos, los licenciosos, y contrarios a la decencia pública y buenas costumbres...” (Art. 4), dejando a cargo de un futuro Congreso la legislación definitiva. Tanto este marco normativo como el agrupamiento en Sociedades como la Patriótica (a pesar de la crisis institucional que catalizó) muestran a qué velocidad está cambiando la situación. Por un lado, las diferencias al interior del gobierno no se saldan con la eliminación completa de una fracción, sino con la anulación de su capacidad operativa inmediata, pudiendo los vencidos agruparse, incluso formar y mantener activa una Sociedad, como lo muestra la Sociedad Patriótica antes y después de la revolución del 5 y 6 de abril. Por otro lado, el hecho de que sea el sector más moderado del campo patriota el que decreta un Reglamento de libertad de imprenta con tan claros avances, muestra que la tendencia hacia otro tipo de concepción del rol de la prensa, de la opinión y de la asociación es ya muy clara.

Para continuar las tareas de redacción de la *Gazeta de Buenos Aires*, el 20 de abril de 1811 se designó al abogado Pedro José Agrelo, quien se hizo cargo como empleado con sueldo. La *Gazeta* mantuvo, en los siguientes meses, un claro rol de periódico ministerial, lejos de toda perspectiva de apertura a la noción moderna de opinión pública.

Pero tanto el núcleo intelectual y generacional de la capa de comerciantes y funcionarios que expresaban Belgrano, Vieytes y Rodríguez Peña como los jóvenes morenistas reagrupados ahora en torno a Bernardo Monteagudo reagruparon fuerzas, formaron alianzas y recompusieron su influencia militar y en el Cabildo, mientras que el proceso a Belgrano demostró que no había acusación alguna en su contra ni en el ejército ni en las poblaciones que atravesó durante la campaña. Mientras tanto, en el frente del Norte, el desastroso resultado de la batalla de Huaqui¹¹³ debilitó y desprestigió a la Junta y a su presidente Saavedra, quien partió hacia el norte en busca de controlar la situación. Su partida dio oportunidad a los desplazados de abril para dar un contragolpe en septiembre, cuando desde el Cabildo se forzó la elección de diputados

En septiembre se produjo el contragolpe, cuando desde el Cabildo se forzó la elección de dos nuevos vocales por Buenos Aires para la Junta (19 de septiembre) con ostensible control de acceso al lugar de votación, que garantizó la mayoría favorable. Si bien esto no implicó su control pleno del gobierno, permitió a los derrotados del 5 y 6 de abril recuperar posiciones, quitar poder a los saavedristas y favorecer la concentración del poder ejecutivo en un Triunvirato en remplazo de la Junta (23 de septiembre). Los triunviros fueron los dos nuevos diputados porteños (Feliciano Antonio Chiclana y Juan José Paso) y Manuel de Sarratea, quien había sido el más votado de los

¹¹³ La batalla se produjo el 20 de junio de 1811, en esta localidad altoperuana cercana al río Desaguadero. Los patriotas al mando de Juan José Castelli y Antonio González Balcarce fueron completamente derrotados, dejando atrás más de mil bajas y la totalidad del parque de armamentos. El Alto Perú se perdió, de momento, completamente, y la provincia de Jujuy quedó expuesta a una invasión. Los sectores favorables al morenismo acusaron -en Buenos Aires- a la revolución del 5 y 6 de abril de haber causado la desmoralización de las tropas antes de la decisiva batalla.

electores habilitados para esa elección y era también porteño. Avanzaba también el joven Bernardino Rivadavia, quien tomó el cargo de secretario, sin voto.

La primera víctima periodística de este nuevo cambio fue el redactor Agrelo. Para ello el nuevo gobierno apeló a un recurso novedoso que le permitía, además, promover sutilmente una nueva concepción de prensa más adecuada a las reformas que comenzaban a esbozarse: indicar que el periódico editado por el Estado era en realidad un periódico en manos particulares. El 3 de octubre el gobierno publicaba en la *Gaceta* una aclaración dejando constancia de que ella no era un periódico ministerial (es decir, una “Gaceta” en el sentido que se le había dado en Europa bajo el absolutismo, cuando “ministerial” era una confirmación de origen explícita y positiva en sus connotaciones), sino un “papel particular” (es decir, un periódico en manos privadas, en el sentido burgués de la expresión):

“Teniendo presente este gobierno, que generalmente se cree, que la Gaceta de esta capital es un periódico ministerial, por el que explica el mismo gobierno sus principios: ha venido en declarar, que no es el citado periódico más que un papel particular. Y así, para remover equivocaciones en el artículo de Buenos Aires, cuando haya que publicar algo del gobierno, se pondrá la nota: *de oficio*. Buenos Aires, 2 de octubre de 1811 - Feliciano Antonio Chiclana, Manuel de Sarratea, Dr. Juan José Paso. - Bernardino Rivadavia, secretario” (*Gaceta de Buenos Aires*, 3 de octubre de 1811 (Suelto). Reproducida en: Junta de Historia y Numismática, 1910-1915, T. II. 779).

Era una notoria desautorización, pues el redactor dejaba automáticamente de representar al gobierno, y por lo tanto, podía retirársele el salario, salvo que Agrelo buscara ser trasladado a otra tarea. La posibilidad de financiarse en forma particular era aún lejana, y la de obtener un contrato de concesión más aún en las condiciones de su relación con la fracción triunfante. Agrelo presentó entonces su renuncia al cargo de redactor, la cual fue inmediatamente aceptada por el gobierno el día 5 del mismo mes por medio de un decreto por la firma de los tres triunviros (Chiclana, Sarratea y Paso) y del secretario Rivadavia. En él se insistía en que el erario se hallaba escaso de recursos y que Agrelo afirmaba haber presentado la renuncia en forma reiterada, pero se agregaba en los considerandos:

“Impuesto el gobierno de la representación de Usted, en que, haciendo formal dimisión del cargo de editor de la Gaceta, indica en la misma, haberla solicitado con reiteración, ha acordado admitírsela en consideración a los apuros en que se halla el erario y a que no debiendo tenerse por Gaceta Ministerial, sino por un papel particular, se han ofrecido varios patriotas, en virtud de la libertad de prensa, ha desempeñar este trabajo en obsequio de la patria, y se comunica a usted para su inteligencia y gobierno, quedando pasada, con esta fecha, la orden conveniente a los ministros de real hacienda, para el cese del abono de sus sueldos. Dios guarde a usted muchos años. Buenos Aires, octubre 5 de 1811. Feliciano Antonio Chiclana, Manuel de Sarratea, Juan José Paso, Bernardino Rivadavia, secretario. - Señor Pedro José Agrelo” (Decreto directorial del 5 de octubre de 1811. Texto reproducido en: Beltrán, 1943: 53).

Era la primera vez que se utilizaba este argumento para remover un redactor, y también la primera que se trataba de deslindar las opiniones de doctrina emitidas por el periódico oficial, diciendo que el redactor era independiente. Estas operaciones continuaron en la casi totalidad de periódicos publicados por el Estado, hasta la década de 1860. El esfuerzo por demostrar que existía prensa

libre e independiente al estilo de los países más avanzados de Europa (pues tras la Revolución Francesa la prensa burguesa se extendió por el Viejo Continente), chocaba con la inexistencia del sujeto social capaz de concretarla y del mercado lector capaz de sostenerla, de modo que la mayor parte de las veces, una aclaración de este tipo, lejos de ser un signo de avance en la independencia de su redactor, era la antesala de su despido. A su vez, las instituciones estatales que comenzaron a esbozarse como reemplazo del orden colonial derrumbado aún eran muy tenues como para soportar la libre circulación de debates políticos y doctrinarios por la prensa libre, por lo que toda confrontación de prensa era cuasi sinónima de crisis de gobierno y de Estado. Así, las fracciones estatales (poderes provinciales y nacional cuando existió, fracciones al interior de esos poderes) hallarían suma dificultad para parlamentarizar (y por lo tanto llevar al terreno de la prensa) sus diferencias. Con ello, cada iniciativa estatalmente sostenida debía demostrar discursivamente que estaba cumpliendo el programa de construcción de la prensa libre, pero en los hechos, tal ficción colapsaba tan pronto se estabilizaba una fracción en el control del poder, o tan pronto había una fisura de diferencias entre el poder y el redactor al cual se pagaba.

El 26 de octubre de 1811 se promulgó un nuevo decreto sobre libertad de imprenta, que establecía en forma más explícita este derecho “para los americanos”, ratificando los avances del decreto de abril, simplificando los procedimientos y mejorando las condiciones de reclamación por razones de censura eclesiástica:

“Art. 1º Todo hombre puede publicar sus ideas libremente y sin censura previa. Las disposiciones contrarias a esta libertad quedan sin efecto.

Art. 2º El abuso de esta libertad es un crimen, su acusación corresponde a los interesados si ofende derechos particulares; y a todos los ciudadanos, si compromete la tranquilidad pública, la conservación de la religión católica, o la constitución del Estado. Las autoridades respectivas impondrán el castigo según las leyes.

Art. 3º Para evitar los efectos de la arbitrariedad en la calificación, graduación de estos delitos se creará una junta de nueve individuos con el título de Protectora de la libertad de la Imprenta. Para su formación presentará el Exmo. Cabildo una lista de cincuenta ciudadanos honrados, que no estén empleados en la administración del gobierno; se hará de ellos la elección a pluralidad de votos. Serán electores natos: el prelado eclesiástico, alcalde de primer voto, síndico procurador, prior del Consulado, el fiscal de S. M., y dos vecinos de consideración, nombrados por el Ayuntamiento. El escribano del pueblo autorizará el acto, y los respectivos títulos, que se librarán a los electos sin pérdida de instantes.

Art. 8º Las obras que tratan de religión no pueden imprimirse sin previa censura del eclesiástico. En casos de reclamación, se reverá la obra por el mismo diocesano asociado de cuatro individuos de la Junta Protectora, y la pluralidad de votos hará sentencia irrevocable.

Art. 9º Los autores son responsables de sus obras o los impresores no haciendo constar a quien pertenecen.

Art. 10º Subsistirá la observancia de este decreto hasta la resolución del Congreso” (“Decreto sobre Libertad de Imprenta”. En: *Gaceta de Buenos Aires* N° 75, 31 de octubre de 1811. Reproducción facsimilar en Academia Nacional de la Historia, 1910-1915, T. II: 840-842. Cit. también por: Chiaramonte, 1997: 31).

La redacción de Pazos Silva y los esfuerzos por pluralizar voces periodísticas

Tras la renuncia de Agrelo y por varias semanas (cuatro números ordinarios y tres extraordinarios) la *Gaceta*, contrariamente a lo afirmado en la declaración, se comportó precisamente como un boletín ministerial, publicando exclusivamente decretos y resoluciones.

Poco después (5 de noviembre) se asignó la redacción a Vicente Pazos Silva (cuyo seudónimo como será más adelante Pazos Kanki), pero con algunas modificaciones de gestión que mostraban un afán de “modernidad” por parte del gobierno. Se aumentó el tamaño de papel de la *Gazeta*, se aumentó su periodicidad (pasó a publicarse dos veces por semana), y se nombró a un segundo redactor (Bernardo Monteagudo), pero no en calidad de “segundo” ni de compañero de Pazos, sino a cargo de la edición de uno de los números en la semana. Pazos publicaría los martes; Monteagudo, los viernes. De este modo, se insinuaba, artificialmente, una pluralidad de voces: un día se leía a Pazos, el siguiente a Monteagudo, aunque se trataba de la misma publicación estatal.

Durante ese mes en que la *Gazeta* sólo funcionó de hecho como *Registro Oficial*, fue cuando se promulgó el mencionado decreto sobre libertad de prensa (26 de octubre) y se decidió el nombramiento de Pazos (5 de noviembre).

Con el nombramiento de Pazos la *Gaceta* creció en formato (de in 4º a in folio). También creció la explicitación del derecho de libertad de imprenta. El 22 de noviembre se reforzó el decreto del 26 de octubre, incorporando sus principios al Estatuto Provisional promulgado ese día, como de observancia obligatoria por el gobierno. Los cambios en el gobierno, así como la duplicación de la periodicidad de la *Gaceta*, permitieron el nombramiento de Monteagudo, quien comenzó un mes después que Pazos (el 13 de diciembre), en los mencionados términos alternados.

Pazos Silva y Monteagudo pertenecían a diferentes círculos y formaban parte de territorios diferentes en las intrigas de ese fin de año de 1811. Ello, sumado a los mencionados problemas de llevar a la práctica el deseo de contar con prensa moderna en un contexto de debilidad estatal para absorber las consecuencias de la existencia de dicha prensa, haría que la experiencia fuese efímera.

El primer síntoma de problemas fue la propia delimitación que los redactores hacen entre sí de inmediato. Tras el decreto aclaratorio del 20 de diciembre, el día 24 Pazos realiza su primera delimitación. El decreto publicado decía:

“Decreto - Buenos Aires, 20 de diciembre de 1811

Sin embargo que la redacción de la *Gaceta* no es una comisión ministerial, como no lo es el periódico sino en los artículos de oficio; en justa satisfacción a los sentimientos del suplicante, se declara que el encargo conferido al Dr. Monteagudo no ha tenido otro objeto que facilitar el despacho consultando en la alternativa semanal el de ambos redactores. Dos rúbricas de los S.S. Chiclana y Paso. - Rivadavia, Secretario” (Supremo Triunvirato, “Decreto”, *Gaceta de Buenos Aires* N° 16, 24 de noviembre de 1811. Reproducción Facsimilar, Junta de Historia y Numismática, (1910-1915, t. III: 65)¹¹⁴.

¹¹⁴ El número 16 de la *Gaceta* corresponde a la reiniciación numérica de noviembre de 1812. Equivale al número 91 de la serie original iniciada el 7 de junio de 1810.

La respuesta de Pazos se publica en un suelto alusivo el día 24:

“Como el honor del editor se interesa en los papeles que bajo su dirección se imprimen en la Gaceta de esta Capital, parece necesario informar al público de que el Superior Gobierno ha determinado asociar para este trabajo al Doctor Don Bernardo Monteagudo, quien deberá formar una de las gacetas que semanalmente se dan a luz; y aunque sus nombres confundieran, ganará sin duda mucho el antiguo editor con las luces y acreditados talentos del Doctor Monteagudo, sin embargo, parece justo que ninguno sea responsable sino de lo que escribe, por cuya razón al paso que se inserta el decreto dado por el gobierno en este particular, se previene que las gacetas número 12 y 14 son del nuevo editor, y que las que en adelante trabaje el antiguo llevarán las iniciales de su nombre. Vicente Pazos Silva” (“Aclaración”. En: Gaceta de Buenos Aires N° 16, 24 de noviembre de 1811, Reproducción Facsimilar, Junta de Historia y Numismática (1910-1915, t. III: 68).

Monteagudo contestó en la *Gaceta* del viernes 27. Anunciaba que dado que el gobierno es sólo un ministro de la ley, cuando el mismo se saliese de los cauces legales lo atacaría sin miramientos, porque para ello le daba derecho incontestable “la parte de soberanía” que reside en cada ciudadano. La sucesión de sueltos autoafirmatorios, la poca experiencia de coexistencia de voces y la participación de ambos en las intrigas en curso llevaron a ambos a un sordo enfrentamiento. Monteagudo busca reafirmar su lugar de escritor público avalado por el gobierno. Ese mismo día 27, publica que había presentado su renuncia en la creencia de que el gobierno “había tomado a mal” un suelto suyo, y que aclaradas las cosas y ratificado el apoyo a “la libertad de imprenta”, la renuncia le había sido rechazada. Los partidarios de Monteagudo, por su parte, quemaron simbólicamente en un encuentro en el café de Marco algunos ejemplares de la Gaceta del 31 de diciembre, repudiando el siguiente suelto de Pazos Silva.

Una semana después, Pazos Silva reacciona frente a esta afrenta con un acto que presuponía que era realmente posible la pluralidad de voces en ese momento, bajo el presupuesto estatal: transforma, desde el martes 7 de enero, la edición de los martes de la *Gaceta*, en *El Censor*, semanario que ahora aparecía como la contraparte de la *Gaceta* de los viernes. Mientras tanto, el grupo de Monteagudo intentaba una maniobra tan novedosa como riesgosa: formar una Sociedad Patriótica pero no ya como un espacio donde estuviese reunida toda la elite local, sino sentando las bases de lo que podría transformarse en un club político¹¹⁵.

Pero de momento, la duración de la primera experiencia de simultaneidad de periódicos en Buenos Aires no podía ser mucha. Aunque la intención existió por parte de las autoridades, como lo demuestra el decreto del 20 de febrero que asignaba mil pesos anuales a cada uno de los redactores como pago por sus servicios, menos de tres meses después de iniciada, la experiencia se cortó por

¹¹⁵ La Sociedad reagrupa a los jóvenes más briosos que en diciembre 1810 habían secundado el amago de independencia política de Moreno respecto de la jefatura de la Junta, y buscaban una aceleración de la ruptura del régimen colonial con vistas a la promulgación de derechos ciudadanos. Tras el desbande del 5 y 6 de abril y la recomposición de septiembre de 1811, consideraban propicio el momento, con Monteagudo, su referente y mejor orador, a cargo de la *Gazeta*. El 10 de enero la propia Gaceta publica el anuncio de la reunión constitutiva de la Sociedad Patriótica para el día 13. La Sociedad acrecentaría su influencia en los asuntos del Estado a lo largo del año 1812, particularmente tras el acercamiento a los recién llegados San Martín, Alvear y Zapiola, esto es, a la logia Lautaro, fundada a mediados de año y organizadora principal del levantamiento del 8 de octubre de 1812, que dará origen a la Asamblea el año XIII.

decisión del propio gobierno, en un momento de crisis que incluyó el retiro de Juan José Paso del gobierno, por algunos meses. El 25 de marzo de 1812, el gobierno hace cesar ambos títulos por medio de otro decreto, fundamentando la decisión en que “es una de sus primeras obligaciones evitar el extravío de la opinión y sofocar el espíritu de partido que, por efecto de una mal entendida rivalidad, fomentaban los periódicos publicados en esta capital con evidente riesgo de los intereses de la patria...”. Por ello, procedía con el eufemismo iniciado por el gobierno anterior: suspendía el pago de la asignación y anunciaba la edición de una *Gaceta Ministerial* semanal (Canter, 1924; Beltrán, 1943). Se daba el lujo de reconocer a ambos redactores el derecho de “seguir ilustrando al público con sus periódicos”. Obviamente, ninguno de los dos podía sostener esa continuidad por su cuenta. El elemento decisivo de la decisión estatal, aunque se amparase en resguardar a la población del “espíritu de partido” (expresión que acompaña gran parte del discurso estatal a lo largo del siguiente medio siglo, a veces con el vocablo más explícito de “el partido”), fue uno de los puntos en que los redactores no disentían: la inmediata convocatoria a Asamblea Constituyente Soberana.

Voluntad del Estado, inmadurez de las condiciones

La escisión de la *Gaceta de Buenos Aires* en dos publicaciones semanales (entre enero y marzo de 1812) muestra la inmadurez de las condiciones de desarrollo de la sociedad civil y del Estado para sostener la pluralidad de prensa periódica, aunque se hace explícita la intención de que este fenómeno se produzca. El fenómeno se da en paralelo, a lo largo de 1812 y 1813, con otros aspectos de la transformación que se está viviendo. Se desea una asamblea, un parlamento, una constitución, una legitimidad para el gobierno criollo, una prensa moderna, etc. pero la formulación del deseo y la interpelación política chocan con el momento de transición que se vive: un aparato estatal piramidal, una economía en derrumbe, el Alto Perú -fuente principal de riqueza-, bloqueado, un mercado apenas esbozado, una conexión con el mundo aún no lograda en plenitud, etc.

A cargo de la ahora llamada *Gaceta Ministerial* quedaron, paradójicamente, figuras de pensamiento liberal, pero que retrotraían el periódico a la tradicional función de las gacetas: lejos de ímpetus por ejercer “la parte de soberanía” de cada ciudadano, quedaban designados los secretarios de gobierno, preferentemente aquellos con simultánea experiencia en redacción gubernativa y diplomacia. En este caso, los secretarios del Primer Triunvirato Bernardino Rivadavia y Nicolás de Herrera¹¹⁶

¹¹⁶ Nicolás de Herrera (1775-1833) fue un funcionario y abogado montevidiano (ex sacerdote) formado en Chuquisaca y en España, con carrera funcional y diplomática en España y Montevideo, donde fue asesor del cabildo y en tal rol, estuvo a cargo en octubre de 1810 de la puesta en marcha de la *Gazeta de Montevideo*, aunque renunció a la tarea en su segundo número (González Demuro, 2004: 62). Sus conexiones con los patriotas porteños, a través del escribano del Cabildo Pedro Feliciano Sáenz de Cavia (quien también será periodista en Buenos Aires), lo llevan a ser expulsado a Buenos Aires en 1811, donde es rápidamente incorporado al gobierno, llegando a ser pronto -desde el 3 de diciembre de 1811- secretario del Primer Triunvirato junto a Rivadavia. Realiza tratativas de paz con Portugal y tras la revolución de octubre de 1812 viaja a Paraguay también en misión diplomática. Fue ministro de gobierno de Gervasio Antonio de Posadas y delegado de Carlos María de Alvear ante el caudillo José Artigas. Fue el redactor de

(Gallo, 2012: 21). Poco después quedaba a cargo exclusivamente Herrera y desde el 7 de diciembre de 1812, del nuevo secretario de Hacienda y también diplomático, Dr. Manuel J. García¹¹⁷, con sueldo anual de 500 pesos (Canter, 1924: 53). Monteagudo, por su parte, con el apoyo de la Sociedad Patriótica, logró dar un nuevo paso hacia la simultaneidad de periódicos en Buenos Aires, fundando el semanario *Mártir o Libre*.

Este último periódico nace en marzo de 1812 y cesa el 25 de mayo, tras nueve números. Se tiraba en la entonces única imprenta, la estatal “de los Niños Expósitos”, con ocho páginas por número, in 4°. Este esfuerzo anticipa la posterior estabilización de algunos cambios. Entre ellos, no sólo su supervivencia por nueve números sin pertenecer orgánica y oficialmente al presupuesto estatal, sino particularmente su discurso apelativo a la opinión pública y a la función de la prensa periódica como contralor del poder público, tal cual el paradigma nacido en Inglaterra hacia comienzos del siglo XVIII (y no tanto al estilo de los clubes políticos de la Revolución Francesa). El discurso es aún ambiguo: la opinión pública, ¿es el fundamento de la prensa al cual esta se debe o más bien un dato sobre el cual trabajar para dirigirla? (los periódicos “casi son los únicos resortes para dirigir la opinión pública” (*Mártir o Libre*, 29 de marzo de 1812: 1). El periódico es algo diferente del Estado y a su vez tiene una misión en cuanto a su buena marcha (“yo estaré siempre alerta para apoyar o impugnar las opiniones ministeriales, aunque cargue sobre mí la execración de los tiranos y el escándalo de los esclavos” (*Mártir o Libre*, 29 de marzo de 1812: 1-2); explícito apoyo a la independencia (“será un escándalo ahorrar la sangre de nuestras venas cuando se trata de consolidar la independencia del Sud y restringir a la América su ultrajada y santa LIBERTAD”) (*Mártir o Libre*, 25 de mayo d 1812: 3). Pero la experiencia, siendo la más avanzada hasta entonces, tampoco tenía posibilidades de durar. Y el cierre se debió nuevamente a vaivenes en las relaciones de fuerza al interior de las fracciones que conducían el Estado en esta transición: el modo en que fue convocada la Asamblea, los conflictos en cuanto a las representaciones del Interior, y sobre todo, su condición de suprema o no respecto del gobierno. El triunfo de este último y la disolución de la Asamblea y del Ayuntamiento cerraría por algunas semanas este primer capítulo de genuina simultaneidad de periódicos políticos.

Un mes después del cese de *Mártir o Libre*, la Sociedad Patriótica y Literaria volvía a la carga con *El Grito del Sud*. Junto a un prospecto invitando a la suscripción, apareció el número 1,

las cartas de Alvear para Lord Strangford y el ministro inglés Castlereagh, que portó Manuel J. García. A la caída de Alvear fue exiliado y se unió al grupo antiartiguista de Montevideo, donde terminó actuando en favor de los portugueses durante la ocupación, ejerciendo como secretario personal de Lecor.

¹¹⁷ Manuel J. García (1784-1848) fue un funcionario, abogado, economista y diplomático argentino. Formado en Chuquisaca, inició su formación funcionarial como oficial tras las invasiones inglesas y como subdelegado real en el Alto Perú. A su regreso a Buenos Aires fue designado tesorero del cabildo y regidor del mismo, así como vocal de la cámara de apelaciones. Tras la revolución del 8 de octubre de 1812 -inspirada por la Logia Lautaro- fue nombrado secretario de Hacienda del segundo triunvirato y -desde el 7 de diciembre- redactor a cargo de la Gazeta (AGNRA, Sala VII, 1-6-5, f. 199), tarea en la que continuó hasta 1814. Fue secretario de Hacienda y de relaciones exteriores, así como diplomático de sucesivos gobiernos entre 1820 y 1835.

simbólicamente, el 14 de julio. Fue también un semanario, con salida los martes, impreso en la misma imprenta. Se asigna su redacción a Francisco José Planes, presidente de la Sociedad en ese momento, y firmante de varios de sus artículos. Esta experiencia tendría una duración mucho mayor que el *Mártir o Libre*, alcanzando los 30 números. Aparecía explícitamente como órgano de la Sociedad, presentando las actividades que ésta realizaba y difundiendo sus puntos de vista, constituyéndose en el primer órgano no estatal regular del ex virreinato:

“Propiedad, libertad, seguridad, todos esos dotes naturales y preciosos están hoy en nuestras manos. Sólo un exceso de apatía e indolencia pudieron conducirnos nuevamente al miserable estado en que yacíamos, cuando por un esfuerzo sólo digno de los habitantes de la América, sacudimos de una vez y para siempre las ignominiosas cadenas que nos oprimieron, hasta el (...) memorable día del 25 de mayo de 1810. El suelo del que aún no éramos dueños, con ser nuestro, lo hemos tomado ya en toda propiedad; los brazos, antes libres sólo para forjar nuestras cadenas, y trabajar en provecho de unos inicuos opresores, podemos aplicarlos sin cesar en el fomento de la agricultura y de las artes, única riqueza permanente, y a que nos llama con imperio la situación local de nuestros países; el pensamiento y la razón, degradados hasta aquí por el envilecimiento de la esclavitud, han recobrado su libertad y su energía y podrán ser aplicados en el adelantamiento de la industria y de las ciencias sin las cuales debe ser necesariamente precaria y dependiente la felicidad de los Estados” (*El Grito del Sud*, “Prospecto”, 14 de julio de 1812).

Como puede observarse en esta cita, los discursos de Monteagudo, si bien resultan incendiarios en relación con el grado de opresión de las conciencias con que se vivió hasta 1810 (censura, carencia de derechos, persecuciones, arbitrariedades), no parecen ajustarse a la imagen de “jacobinos” con que quiso pintarse muchas veces a él o a Moreno. El texto precedente es más análogo a las reivindicaciones de derechos de la creciente burguesía inglesa en la época de 1648 o 1688 que a las de la Francia republicana de Robespierre. Y notoriamente, se encuentra atravesado por influencias semejantes a las que se observan en el discurso y tono de los semanarios de comienzos de siglo.

Cuando en octubre de 1812 se produce un nuevo alzamiento que derriba al primer Triunvirato y da origen al segundo, la correlación de fuerzas vuelve a cambiar. Es entonces cuando aumenta el poder de la logia Lautaro y Monteagudo encuentra su mejor momento. Se menciona incluso, de acuerdo con varios historiadores, al propio Monteagudo como posible redactor (también Pazos Silva) de la *Gaceta*, en el año y medio siguiente al movimiento. Más adelante, tras la derrota de los patriotas chilenos en Rancagua (1814), llegaría exiliado Fray Camilo Enríquez (o Henríquez). A su vez, la convocatoria efectiva a Asamblea dio lugar al encuentro deliberativo de personajes que comenzaban ya a tener práctica con la pluma, aunque no tuviesen un rol de primer orden en el poder: Vieytes, Agrelo, Monteagudo, Sáenz de Cavia.

El comienzo de la Asamblea del año XIII coincide pues, con el fin de *El Grito del Sud*, pues el equipo redactor pasó a tener roles mucho más decisivos luego del movimiento triunfante de octubre de 1812, y particularmente con la puesta en marcha de sus deliberaciones. Así, la primera deliberación de la Asamblea corresponde al 31 de enero de 1813, el último número del *Grito* corresponde al 2 de febrero, y el primero de *El Redactor de la Asamblea*, que publicaba el extracto

de las deliberaciones, comenzó su edición el día 27 de ese mismo mes. Se trataba de un nuevo paso, pues jamás antes había existido tal instancia deliberativa en la región, y menos aún un periódico que difundiese tales deliberaciones. Se intentó darle periodicidad semanal, pero este tendió a ser quincenal o mensual según la época del año. Por ello al cumplir un año de edición tiraba el número 19. La redacción quedó a cargo de Fray Cayetano José Rodríguez. El redactor, por falta de taquígrafos y de papel, resumió al máximo las deliberaciones, evitando además publicar aquello que antes hubiese salido en la *Gazeta de Buenos Aires*. Los avances logrados por la Asamblea son conocidos: derechos del hombre, libertades, etc. En prensa, durante 1813 y 1814, tanto Buenos Aires como las elites provinciales pudieron recibir dos publicaciones, aunque ambas eran estatales, expresando la transformación profunda del Estado que pasaba a tener una instancia de tipo legislativa en paralelo con la ejecutiva: *La Gaceta de Buenos Aires* y *El Redactor de la Asamblea*.

Impasse político e innovación periodística: la dictadura de Alvear y el periódico *El Independiente*.

La Asamblea del año XIII se inició con ímpetu y optimismo. El 24 y 25 de septiembre del año anterior el general Belgrano había logrado una decisiva victoria en la Batalla de Tucumán, alejando el riesgo de un avance realista sobre Buenos Aires. Triunfante la revolución del 8 de octubre de 1812, las condiciones políticas eran favorables a la Logia Lautaro y a la Sociedad Patriótica. El 3 de febrero de 1813 los granaderos de José de San Martín obtenían un brillante bautismo de fuego en la batalla de San Lorenzo, en tanto el 20 de febrero Belgrano sellaba la derrota realista en Salta.

Pero a lo largo del año arreciaron las dificultades. El intento de avance sobre el Alto Perú realizado por Belgrano concluyó con las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma (octubre y noviembre de 1813), y un nuevo riesgo de avance realista sobre Jujuy y Salta. Montevideo recibió importantes refuerzos españoles, parte de la Banda Oriental cayó en manos de fuerzas portuguesas y la relación con Artigas y los líderes locales en el Litoral se tornó crecientemente tensa y conflictiva. A ello se agregó, a partir de junio de 1813, la inminencia de la restauración borbónica, producida en diciembre y confirmada en Buenos Aires a comienzos de 1814. Los patriotas reaccionaron con una fuerte concentración del poder político, remplazando el triunvirato por el Directorio unipersonal, ocupado por el general Gervasio Posadas a partir del 22 de enero de 1814, y focalizaron el esfuerzo militar en la Banda Oriental, en una campaña coronada con la toma de Montevideo el 23 de junio. Entre enero y abril el general San Martín remplazó a Belgrano como General en Jefe del Ejército del Norte, donde constató la inconveniencia de reintentar un ataque a los realistas por el Alto Perú y, en contraste, se convenció de la conveniencia de la estrategia de avance por Chile para invadir Perú desde el mar. Solicitó por ello al Directorio y a la Logia Lautaro que se le asignase la gobernación de Cuyo y la forja del Ejército de los Andes, requerimiento que se cumplió a partir de

agosto, dejando la defensa de Salta y Jujuy a cargo de compañías irregulares que hostigaron a los realistas hasta obligarlos a renunciar a toda invasión al sur de Salta.

Mientras tanto, la vuelta de Fernando VII al poder absoluto (mayo de 1814) no sólo dejaba sin sustento legal al gobierno que hasta entonces decía representarlo, sino que implicaba una inminente invasión militar contra los patriotas, en un contexto de derrota de todos los movimientos independentistas americanos: en Chile, en México, en Colombia. En semejante situación, el tema de la independencia entró en agenda de inmediato.

En los primeros días de 1815, los conflictos abiertos tanto en el frente interno (con las provincias, especialmente con Artigas, entre facciones del propio gobierno) como en el externo (amenaza de invasión debido a la Restauración absolutista) derivaron en el movimiento militar que llevó al poder a Carlos María de Alvear¹¹⁸ como Director Supremo de un gobierno enérgico, autoritario y breve, iniciado el 10 de enero cuando triunfa su movimiento. La situación de Buenos Aires era y se percibía ya como muy complicada: en el norte los realistas intentaban un nuevo avance (desde Yavi); en Chile, tras la batalla de Rancagua (2 de octubre de 1814) los realistas habían recuperado el poder, y se creía (no sin razón, debido a la política de inteligencia del alto mando español) que era inminente la invasión española con la expedición de Morillo desembarcando en Brasil y avanzando con apoyo de Portugal sobre el Río de la Plata. Artigas controlaba la Banda Oriental y el Litoral, en franco conflicto con Buenos Aires, mientras que las provincias del Noroeste apoyaban a al general Rondeau contra Alvear. Aunque la gestión de Alvear arrancó con ímpetu afrontando todas esas dificultades, pronto sobrevendría una crisis mayor. El 14 de enero, Alvear expone ante la Asamblea un diagnóstico de situación y perspectivas, donde resume la nueva y amenazante situación. Explicita el carácter enemigo de los americanos del proceso de la Restauración en Europa, la imposibilidad de obtener protección de alguna de las potencias en lo inmediato contra una invasión, la perspectiva de la colaboración luso-española, el avance realista en toda Hispanoamérica, las divisiones en el propio ex Virreinato y la crisis económica en la que el conjunto de ingresos fiscales apenas cubría la mitad de las necesidades.

El 25 de enero, junto a la mayoría del Consejo de Estado, toma la decisión de intentar una maniobra riesgosa: buscar la protección británica frente a la amenaza española. Para ello, se prepara una misión diplomática ante los británicos con destino a Río de Janeiro y Londres, con notas para lord Strangford

¹¹⁸ Alvear era un hombre de familia ilustre, perteneciente a la elite porteña. Tenía apenas 25 años cuando llegó a la posición. Nacido como San Martín en las misiones, también se trasladó a España en su niñez, participando como militar en la guerra contra Napoleón. En 1812 regresó al Río de la Plata con San Martín y Zapiola poniéndose al servicio de los patriotas. Los tres formaban parte de la logia Lautaro, siendo Alvear el nexo entre ésta y la Sociedad Patriótica, que le ofreció su presidencia, en tanto junto a San Martín fue Segundo Jefe de Granaderos. Tras la revolución del 8 de octubre de 1812 en la que participó ampliamente, su influencia -junto a la de la Logia y la Sociedad Patriótica- comenzó a crecer rápidamente, llegando a ser presidente de la Asamblea General Constituyente iniciada en 1813 y retomando luego su fulgurante carrera militar que lo llevó al mando de la fuerza que tomó Montevideo en 1814. Apoyó el paso del Triunvirato al Directorio, siendo designado primer Director Supremo su propio tío, Gervasio Posadas. Tras numerosas intrigas y contando con apoyos en el gobierno y la Asamblea, la Logia Lautaro y parte de las fuerzas militares, pero con notorios detractores en el Interior y en gran parte de dichas fuerzas, logra igualmente acceder al cargo de Director. Su ministro fue el mismo que el de Posadas: Nicolás de Herrera.

(embajador británico en Río) y el gobierno inglés. Redactadas por Herrera (y refrendadas por Alvear), estas cartas reconocían que los patriotas, tras cinco años de luchas, se hallaban frente a un callejón sin salida en su orden interno y en la posibilidad de garantizar la buena marcha de la economía y la felicidad de sus habitantes. Incapaces de organizarse y garantizarse la existencia por sí solos, los patriotas rioplatenses necesitaban de una ayuda extraordinaria exterior. Como esta ayuda no podía venir de la dominación española (amplia y unánimemente odiada por el pueblo en uno de los pocos elementos en los que no existían contradicciones), y en el contexto de la restauración aristocrática en Europa, sólo el gobierno liberal inglés podía ser una solución para estas tierras. Se le decía a lord Castlereagh (ministro de Relaciones Exteriores británico):

“Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo estoy resuelto a sostener tan justa solicitud para librarlas de los males que las afligen (...) “Es necesario que se aprovechen los momentos, que vengan tropas que impongan a los genios discolos, y un jefe plenamente autorizado que empiece a dar al país las formas que sean de su beneplácito, del Rey y de la nación, a cuyos efectos espero que V. E. me dará sus avisos con la reserva y prontitud que conviene para preparar oportunamente la ejecución” (cit. por Pérez Amuchástegui, 1968: 134-135).

La misión diplomática, encargada a Manuel José García, sería detenida en Río de Janeiro, primero por la cuidada actitud de Strangford, y luego por el encuentro de García con Belgrano y Rivadavia, que iban con rumbo a España y Gran Bretaña, respectivamente, como diplomáticos. Strangford recibe a García, a fines de febrero, y acuerda con él que la nota de Alvear no es adecuada, en tanto no está avalada por la Asamblea ni expresa el estado de ánimo real en el Río de la Plata, pero sugiere a García la elaboración de un texto alternativo que se limitase a afirmar que el gobierno del Río de la Plata “vería con agrado” la intervención británica a favor de las provincias rioplatenses, y que sería positivo el inicio de conversaciones con ese fin. Belgrano y Rivadavia, a comienzos de marzo y antes de partir hacia Europa, convencerán a García de frenar por completo el avance de las cartas de Alvear. Como se verá a continuación, esta estrategia, más allá de sus graves riesgos, habilitará nuevas experiencias de prensa en Buenos Aires.

Sin embargo, el deterioro de la representatividad del gobierno de Alvear es notable. La suma de conductas autoritarias, el no buscar un equilibrio entre la propia facción y el conjunto de facciones existentes, la inusual prodigalidad en el gasto de ceremonial, le acrecientan rápidamente las antipatías en la ciudad. Su prestigio y dotes militares, puestos en juego en una acelerada reconversión de la organización militar en previsión de la invasión española¹¹⁹ choca con la confirmación, a fines de

¹¹⁹ El 17 de febrero de 1815 parte de Cádiz la gigantesca escuadra al mando del General Morillo, con destino a América del Sur, y presuntamente, de acuerdo a rumores extendidos, al Río de la Plata. En realidad, los rumores formaban parte de una maniobra distractiva para cubrir la operación y el cruce del Atlántico, pues de acuerdo con instrucciones secretas y selladas que Morillo sólo leyó en alta mar, el destino efectivo era Venezuela. En el Río de la Plata, sin embargo, se tuvo por segura una invasión inminente de esa fuerza vía Brasil, por bastante tiempo. Aunque en marzo se produciría, además, el fallido intento de Napoleón por retornar al

enero, de que el Ejército del Norte desconoce su autoridad, en tanto que su esfuerzo diplomático de articulación con las provincias y con Paraguay frente al común enemigo español choca con el fracaso de la negociación con Artigas. Por el contrario, supone la distracción de una fuerza de 1600 hombres para enfrentarlo en Santa Fe. Peor aún, la división de vanguardia de esta fuerza se subleva al norte de la provincia de Buenos Aires, (Fontezuela, cerca de Arrecifes), el 3 de abril, contra su autoridad. La respuesta de Alvear contra las sucesivas intrigas y el potencial debilitamiento de su gobierno fue exacerbar sus medidas de corte dictatorial, las cuales -por un lado- debilitarían aún más su posición respecto del juego de facciones internas en el poder criollo, mientras que -por el otro- sentaron las bases de un máximo alejamiento respecto de la estructura española heredada. Así, declara libres a los esclavos de españoles, realiza la internación de clérigos seculares y regulares, oficiales tomados en Montevideo y comerciantes de relevancia. El 22 de febrero dispone la obligatoriedad del uso de la escarapela celeste y blanca para todos los ciudadanos. Impone castigos severos (incluso el fusilamiento) tras acciones sumarias, para quienes -extranjeros o americanos- formulen críticas hirientes al gobierno, aún en forma oral, y quien divulgue “rumores o noticias alarmantes” capaces de crear la “desconfianza pública”. Aumenta impuestos (como consecuencia de ello, particularmente del aumento del pan, crecerá el descontento en la población), se apropia (aunque en calidad de “préstamo”) de bienes del clero, suspende el pago de deudas oficiales, etc. Estas medidas le reducen aún más el apoyo de la población, situación que se extrema en abril cuando ordena fusilar a un oficial que había sido encarcelado, y lo hace colgar en medio de la Plaza de la Victoria. Su situación se torna insostenible y -tras una mediación británica- el 16 de abril renuncia a todos sus cargos y se embarca en una nave británica.

El impacto periodístico del trimestre alvearista

El breve e intenso lapso del directorio de Alvear entre enero y abril de 1815 provocó cambios decisivos en los modos de afrontar las perspectivas de construcción estatal en el Río de la Plata; y abrió, luego, cambios aún más profundos, acordes con la magnitud de las nuevas amenazas exteriores, así como los conflictos interiores ya plenamente desatados. Abrió, asimismo, nuevas perspectivas a las prácticas periodísticas, algunas de las cuales sucedieron durante el trimestre de su gobierno, y otras en el año subsiguiente.

La derrota definitiva de Napoleón, la Restauración y la consolidación de las victorias realistas en Chile, Colombia y México, la decisión sanmartiniana de abandonar la estrategia de recuperación del Alto Perú en el corto plazo, remplazándola por un cordón defensivo de guerrillas en Salta consolidaron la

poder, y por lo tanto significaría la distracción de recursos militares españoles en la coalición anti-napoleónica, los temores en Buenos Aires eran mayúsculos. San Martín, por ejemplo, dispone en Mendoza, donde era gobernador, la conscripción obligatoria de toda la población de 14 a 45 años.

estrategia propuesta por San Martín y la Logia Lautaro: promover la declaración de independencia, forjar un ejército capaz de tomar Chile y luego -por mar- Perú, aislando al Alto Perú de refuerzos españoles, y avanzar hacia una organización estatal que diera pasos hacia instituciones al menos formalmente parlamentarias y republicanas, aún a pesar de importantes minorías en estas elites criollas que intentarían (aunque siempre fracasando) formas monárquicas constitucionales o al menos fuertemente aristocráticas (como lo sería el intento constitucional de 1819).

En tal contexto, se presenta una significativa novedad en el campo periodístico. El mismo día en que asumió Alvear su cargo como Director Supremo (10 de enero de 1815), apareció el periódico *El Independiente*. Este periódico fue una iniciativa de parte de la elite en el gobierno, para afrontar el grave período que se avecinaba. Existió mientras duró el directorio de Alvear, tirando su último número el 11 de abril, pocos días antes de su caída. El encargado de su publicación fue el ministro de Gobierno del gobierno saliente y del entrante, Nicolás Herrera, quien a su vez delegó su redacción a Manuel Moreno.

Así, durante el gobierno de Alvear, coexistieron la *Gaceta de Buenos Aires*, renombrada *Gaceta Ministerial*, con *El Independiente*. Ambos eran periódicos controlados por el gobierno, pero uno de ellos se presentaba explícitamente como “ministerial” evitando así las acusaciones de serlo que podía recibir la *Gaceta* hasta entonces, y el otro se presentaba explícitamente como independiente, aunque notoriamente perteneció, en forma inofensiva, al gobierno.

Era Manuel de Sarratea quien desde Londres sugirió abrir un periódico no ministerial, que apuntase a impulsar la independencia en la “opinión pública” y a su vez mostrase hacia el exterior -sobre todo hacia Londres- las intenciones independentistas del Río de la Plata y su más absoluta ruptura con Fernando VII. El modelo parlamentario británico comenzaba a insinuarse con simpatía: leyes liberales para el comercio y la conciencia, periódicos independientes como instructores y a su vez vehículo de la opinión pública, el conjunto de naciones “más civilizadas” como tribunal internacional de opinión pública, etc. “Los periódicos han llegado a ser la piedra de toque de la instrucción nacional de un pueblo”, dice en la introducción al primer número de *El Independiente*, asumiendo una ruptura con la noción de las viejas gacetas, pensadas como únicas en cada región, y abriendo juego a la perspectiva del debate político:

“No ha sido la distancia a que está colocada la América del centro de los acontecimientos, la que ha retardado su ilustración, tanto como la falta de buenos periódicos que pusiesen al alcance de sus habitantes todo lo que las naciones de Europa discurrían en las artes y las ciencias y perfeccionan con su industria. A esta falta también se puede atribuir el estado torpe en que se hallaba la España a principios de este siglo, y casi se puede decir ha sido el origen de todos los males (...) La miserable Gazeta de Madrid, que igualmente llegaba a las Colonias, no era más que un catálogo de las promociones y empleos, ni daba noticias más importantes que las fiestas de gala de la Corte: prostituida desde el principio de la alianza a las miras de los Franceses, sólo servía de dar incienso a la adulación pero en nada contribuía a las artes liberales, o al ensanche de los conocimientos útiles” (*El Independiente*, “Prospecto”, 10 de enero de 1815).

También manifestaba un nuevo concepto de los fundamentos del Estado:

“En todo el país, la ciencia de la política es la más necesaria: ella es la que funda los Estados, y de ella depende su prosperidad y su conservación. Jamás será demasiado trabajo que se tome en cultivar sus principios, y la aplicación de éstos está tan complicada con el conocimiento del corazón humano, con los resortes que deben moverse para estimular las virtudes útiles a la Patria, con las circunstancias de cada pueblo y con la experiencia de los siglos pasados (...) Nuestro periódico se ocupará principalmente de la política” (*El Independiente*, “Prospecto”, 10 de enero de 1815).

Asimismo, la estructura del periódico mismo comenzaba a insinuar el modelo desarrollado por la prensa burguesa británica: secciones de publicidad de actos de gobierno, sección política, re-vista¹²⁰ de periódicos extranjeros (aunque esporádica, no permanente), y material literario con poesías (“nuevas o escogidas”), biografías, fragmentos históricos, etc.

Ya en el número 1 se deja muy claro el tono antiespañol y la búsqueda de una línea favorable al autogobierno y al libre comercio:

“El gobierno español en América cargado con la execración del pueblo con sus vicios, por su parcialidad y por su indolencia, vacilaba en sus mismos cimientos: algunos viejos gobernantes a quienes el hábito de la corrupción les había hecho perder hasta las apariencias del pudor y de la decencia; un puñado de soldados indisciplinados e imbéciles; jueces ignorantes; una administración llena de dilapidaciones e injusticias; los agentes miserables de los monopolistas de Cádiz, he aquí los brazos que iban a oponerse a los conatos de las Provincias por mejorar su suerte” (*El Independiente* N° 1, 17 de enero de 1815. Artículo principal).

Poco después, explicitará una concepción política de matriz democrática y parlamentaria:

“cierto número de individuos, titulándose aristócratas, pretenden reducir a determinadas personas la administración de sus empleos, y el derecho a las distinciones y honores que en todo el país, bien constituido, deben ser premio de la virtud y el mérito, y mucho más, en un sistema popular como el nuestro” (*El Independiente* N° 1, 17 de enero de 1815. Artículo principal).

Con este párrafo inicia las consideraciones que expresan su conciencia democrática, largamente expuesta, con ejemplos de sistemas y estructuras gubernamentales del mundo, en las que apoya la convicción de sus principios:

“Antes de combatir esta aristocracia soñada, permítaseme asentar ciertas bases, reconocidas por los tratadistas de que inmediatamente dimanará la justicia del presente discurso. Supongo pues, que siendo el poder legislativo la función más noble de la soberanía, del modo como se ejercita esta sublime facultad es que depende la denominación de su Gobierno. La aristocracia se entiende cuando el poder de hacer las leyes existe en una asamblea escogida, a la cual no llega sino una determinada clase del Estado bajo ciertas condiciones de herencia, propiedad, riquezas, derechos personales reconocidos por la Constitución, o bien por la elección privativa de los miembros que la componen. En la democracia el pueblo en general es el legislador, ya sea por sí mismo o por medio de sus representantes. En fin, Gobierno despótico o Monarquía absoluta se entiende todo aquello en que la formación de las leyes depende de una sola persona. A este último es también inherente la facultad que compete al príncipe de ser el dispensador de los honores y de las gracias (...) Buenos Aires por su localidad es enteramente comerciante. Lo reciente de su fundación había impedido que se formasen grandes

¹²⁰ La sección se encabezaba con este título: “Re-vista” (de periódicos nacionales, de periódicos extranjeros).

fortunas, y por consiguiente reducidos sus habitantes a una medianía abundante, obligados todos a observar una frugalidad honesta (compañera inseparable de la democracia) que era la única capaz de conservar los frutos de su industria, no conocían los excesos del lujo, ni experimentaban el poder de los grandes y refinados placeres que son propios de las poblaciones antiguas... y desde entonces no han podido formarse caudales gigantes que introduzcan desigualdad notable en la condición de los ciudadanos, sin la cual las prerrogativas de clase son puramente ideales (...) Sin rentas, sin patrimonio, sin dedicación y sin principios pretenden con todo ser los favoritos de la Patria, en el ilustre y poderoso cuerpo de estos aristócratas mendicantes (...) Sólo quisiera que mis conciudadanos, deponiendo quimeras, aspirasen a distinguirse por la senda del mérito y de la virtud, que es lo único apreciable de la Patria” (*El Independiente* N° 1, 17 de enero de 1815. Art. Principal).

A lo largo de los apenas noventa días que duró la publicación, el redactor se mantuvo en fuerte sintonía con los objetivos del Directorio: orientar la opinión pública contra la monarquía española y en simpatía con el modelo británico, buscar la unión de fuerzas al interior del Río de la Plata, y cuando no se pudiese, denigrar al contrincante (v.gr. Artigas). En cuanto a lo primero, ocupándose de “libertad política y civil”, marca diferencias entre británicos y españoles frente a sus respectivas colonias, insistiendo en que tanto los ingleses siempre respetaron los derechos privados de los habitantes de Norteamérica, España “tiranizaba también al ciudadano”. “Los primeros [los norteamericanos], aunque con sobrada justicia, pelearon sólo por la libertad del Estado; los de América del Sur combaten por ella también, pero además aspiran a la libertad civil, que bajo el yugo de sus antiguos opresores no pudieron disfrutar jamás” (*El Independiente*, “Federación”. En: *El Independiente* N° 6, 14 de febrero de 1815). Así continuó con otros temas asociados, como la posibilidad de control de los jueces, o la forma de gobierno. Respecto de esta última, la calidad estilística del texto es inferior a los anteriores, probablemente porque Moreno ya simpatizaba con alguna forma de federalismo, pero debía escribir en contra de él en tanto el gobierno se había enemistado a muerte con Artigas. Mientras que frente a Fernando VII es posible oponer la contundencia del argumento democrático, frente al federalismo, sólo le resta denigrar la persona de quien lo sostiene, acusándolo de motivaciones espurias:

“Entre la multitud de maquinaciones con que se pretende extraviar el espíritu público, la más artificiosa es el proyecto de una federación, bajo la cual quieren constituir desde luego los Pueblos Unidos, alterando así la forma presente con la cual son administrados, y tentando una variación de que esperan el logro de sus pretensiones privadas. Consecuencia de semejante pensamiento es un espíritu de provincialismo tan estrecho, tan liberal y tan antipolítico, que si no se acierta a cortar en oportunidad vendrá precisamente a disolver el Estado (...)” (*El Independiente*, “Federación”. En: *El Independiente* N° 6, 14 de febrero de 1815).

El Independiente duró sólo 13 números, tres meses, pero marcó un punto de inflexión en cuanto a la explicitación de un nuevo marco de organización política que, a pesar de los violentos conflictos internos, mostraba unidad en torno a cuestiones claves como ruptura con España y el absolutismo, acercamiento al modelo británico, parlamentarismo, prensa con funciones modernas, libre comercio. Este avance ya no se perdería en adelante.

Aun así, no son menores las condiciones aún asociadas a la etapa anterior. A pesar de la radical diferenciación con las gacetas (al referirse a la *Gazeta de Madrid* sintetizando sus funciones), *El Independiente* no deja de ser una operación ministerial clásica, con funciones de Estado, con un redactor que no goza de autonomía, con tópicos fuertemente controlados y carente de un mercado suficiente como para circular generando sus propios recursos para sostén. Moreno debió vérselas constantemente con órdenes y controles. Según Furlong (1961b: 12), Moreno recordaría después que un párrafo contra los tiranos en el número 2 motivó la visita de Monteagudo para interrogarle si se refería a Alvear. Tampoco gustó su publicación de los resultados de la Aduana en 1814, ni el nivel de agresión a Artigas (pues sus mandantes le exigían mucho mayor dureza), a pesar de que -según Moreno- había escrito lo solicitado por los Secretarios de Gobierno y de Hacienda, llegando al extremo de que, ante la entrada de tropas artiguistas a la ciudad de Santa Fe, el propio Nicolás Herrera le envió el resumen de lo que había de publicar, por escrito.

La pluralidad por decreto

La destitución de Alvear tras una asonada en la que convergió un arco heterogéneo de intereses unido en la necesidad de poner fin a sus conductas despóticas, llevó al poder provisoriamente al Cabildo de Buenos Aires, encargado del reemplazo del Director. Este correspondía a quien inició y sostuvo la rebelión: Rondeau. Pero estando éste en el norte, la designación correspondió a Ignacio Álvarez Thomas, quien había comandado el ejército enviado contra Artigas. Junto con este nombramiento, el Cabildo nombró también una “Junta de Observación” con funciones legislativas, que debía dictar de inmediato un estatuto para organizar y regular el funcionamiento de los poderes, y convocar a un Congreso General. Este “Estatuto Provisional para la Dirección y Administración del Estado” fue sancionado muy pronto, el 6 de mayo. Otorgaba a la Junta de Observación el Poder Legislativo con poder de control sobre el Ejecutivo, ejercido por un director que duraría un año. De la Justicia se encargarían los jueces y comisiones especiales de apelación. Ordenaba además al Director invitar a todos los ciudadanos y villas de las provincias interiores a elegir diputados para la formación de un Congreso General en la ciudad de Tucumán, a razón de un diputado cada 15.000 habitantes. Aunque el Estatuto fue rechazado por las provincias, gran parte de ellas aceptaron asistir al Congreso de Tucumán, en tanto se negaron las provincias bajo control de Artigas: Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y la Banda Oriental. A comienzos del año siguiente comenzaron a sumarse diputados electos. En Buenos Aires, Juan Martín de Pueyrredón¹²¹, rico comerciante, militar y

¹²¹ Pueyrredón fue un próspero comerciante porteño que además forjó una gran trayectoria como militar y funcionario. Había tenido un rol significativo en la Reconquista de Buenos Aires contra los ingleses en 1806, y fue gobernador intendente de Córdoba y de Chuquisaca una vez producida la Revolución de Mayo. Nombrado integrante del Primer Triunvirato en remplazo de Juan José Paso, cayó con el mismo cuando el golpe del 8 de octubre de 1812 dio origen al Segundo Triunvirato, siendo enviado al destierro a San Luis. Allí lo visitó José de San Martín, ya gobernador de Cuyo, convenciéndolo de su estrategia de invasión a Chile y a Perú.

funcionario que tras diversas vicisitudes se había plegado por completo a la estrategia de San Martín (independencia plena, forja de un ejército en Cuyo, toma de Chile e invasión a Perú por mar), fue elegido en enero diputado por San Luis. Tras la apertura del Congreso (24 de marzo), la línea de San Martín y la Logia Lautaro se consolidó, asegurando el nombramiento de Pueyrredón como Director Supremo (3 de mayo) y la Declaración de Independencia (9 de julio).

Pero el Estatuto Provisional de 1815 trajo además novedades en cuanto a prensa periódica. Buenos Aires debía tener a partir de ahora dos periódicos semanales. Es decir, se asumía como función necesaria de la prensa periódica la pluralidad de voces, aunque, no existiendo las fuerzas sociales capaces de sostenerla, sería el propio Estado quien la impulsaría¹²². Como antecedente, existían la breve experiencia de 1812 ya mencionada, la coexistencia de la *Gaceta* con el *Redactor de la Asamblea*, y en parte, los instantes de comienzos de 1815 en que convivieron la *Gaceta ministerial* (llamada *Gaceta del Gobierno* bajo Alvear), con *El Independiente*¹²³.

Uno de los periódicos, según el Estatuto, sería la propia *Gaceta*, que volvía a su nombre original; el otro estaría pagado por el Cabildo, y debía ser encargado a un “sujeto de instrucción y talento”, y su título, ratificando su función de “otra voz” debería ser “*El Censor*”. Su finalidad sería “analizar la conducta de los funcionarios e ilustrar al pueblo acerca de sus derechos”, en tanto que la *Gaceta* haría su tarea “satisfaciendo a las censuras, discursos o reflexiones de *El Censor*”. El Directorio y el Cabildo se encargarían de la moderación necesaria para tal debate, que se desarrollaría “sin faltar al respeto debido a los magistrados, al público y a los individuos en particular”, fijándose complementariamente un tribunal de imprenta. Tras algunas demoras, el 8 de agosto se nombró al Dr. Antonio Valdés¹²⁴, español liberal (nacido en Cuba) emigrado desde Chile tras la restauración, “con la dotación de 500 pesos anuales y cargo de dar dos papeles por mes”. Poco después se elevó a un número por semana, y el pago a 750. Ante un nuevo pedido a fin de año, la dotación fue elevada a mil pesos.

Retornado a Buenos Aires y ya parte de la estrategia independentista de la Logia Lautaro, fue electo diputado por San Luis al Congreso de Tucumán en enero de 1816, y luego Director Supremo el 3 de mayo, cargo desde el cual dio el máximo apoyo a los requerimientos de San Martín en preparación de la expedición a Chile. Permaneció en el cargo hasta el 11 de junio de 1819.

¹²² Además de la preocupación por la pluralización de la prensa como signo hacia la propia población y especialmente hacia el frente diplomático exterior, aparecía en esta creación la búsqueda -repetida a lo largo de los años siguientes- de mecanismos de distribución de poderes, de evitación de su concentración en una sola mano, más aún tras la experiencia de Alvear. Dado que aún no existía un claro mecanismo parlamentario (poco después se pondría en marcha el Congreso de Tucumán, que no casualmente, tendría periódico propio), resultaba lógico en Buenos Aires, distribuir capacidad de prensa periódica entre el Directorio y el Cabildo.

¹²³ No es el mismo el caso de la *Gaceta de Buenos Aires* y el *Correo de Comercio* durante 1810, pues no eran aquellas voces disímiles sobre un mismo asunto, sino que trataban objetos diferentes con discursos diferentes. Tómese en cuenta, además, lo tenue de estas coexistencias. En el trimestre de Alvear en 1815, los números y prospectos sumados de la *Gaceta de Gobierno* y *El Independiente* totalizan apenas 16, esto es, un promedio de un periódico por semana para la lectura periodística de los porteños.

¹²⁴ Algunos autores (por ejemplo Galván Moreno, 1943), escriben el apellido de este impresor “Valdez”. En este trabajo se opta por la grafía “Valdés”, reconocida por los estudios que han trabajado directamente con fuentes primarias de publicaciones y documentación de este personaje. Esto no obsta para considerar posible, como era propio de la época, que se haya escrito de ambas maneras en unos u otros impresos.

El Censor apareció el 15 de agosto de 1815 y, además de expresar esta particular manera de conformar un “espacio de disenso”, significó también otros adelantos. Su duración fue particularmente larga para tratarse de un segundo periódico (junto a la *Gaceta*), y su impresión fue realizada durante parte de su existencia en una imprenta privada. Desde el primer número hasta el número 63, en la de Gandarillas; desde el 64 hasta el 70, en la del Sol, y del 71 al 177 (el último, fechado en febrero 6 de 1819), en la de los Niños Expósitos. Este periódico, redactado hasta el 17 de febrero por Valdés, y desde entonces por Fray Camilo Henríquez (quien había estado a cargo de la *Gaceta*), continuó la línea general de afirmación del discurso de gobierno, sosteniendo la conveniencia de instituciones liberales y soberanía popular, así como de la libertad de imprenta, a la que dedicó artículos, transcripciones de periódicos extranjeros y publicación de la sección correspondiente del Estatuto Provisional.

Valdés no sólo produjo adelantos a través de la experiencia de *El Censor*: también generó una publicación simultánea de carácter privado, llamada *La Prensa Argentina*. Valdés ocultó que redactaba este periódico, para no comprometer su puesto oficial en *El Censor*. Comenzó a editarlo el 5 de setiembre de 1815, y cesó el 12 de noviembre de 1816, una duración récord para la época, más aún, tratándose de propia iniciativa. Incorporó a esta publicación un criterio más actualizado en cuanto a secciones: política, variedades (con notas de periódicos extranjeros), “impresos”, donde se analizaba las editoriales de otros periódicos, especialmente las de *El Censor*. Además, comenzaba a hacerse estable la sección “Comercio”, que daba noticias de movimiento de barcos, mercancías y precios. Todavía un ejemplo más ilustra el cambio operado en 1815. El 18 de noviembre aparece *Los Amigos de la Patria y la Juventud* redactado por Felipe Senillosa, otro emigrado de España. Senillosa había combatido a los franceses, cayendo prisionero en 1809. Luego prestaría servicios al ejército francés, emigrando a Inglaterra cuando la Restauración. En Londres tomó contacto con Belgrano y Rivadavia cuando éstos llegaron allí en misión diplomática. Se trasladó a Buenos Aires, intentando esta publicación, que intentaba retomar la línea de fomento de la ilustración (educación pública, ilustración general, bellas artes, asistencia social y ciencia política).

En 1816 se sumaría *El Redactor del Congreso Nacional*, retomando la labor del *Redactor de la Asamblea* cancelado bajo el directorio de Alvear. Este periódico se publicó entre el 1 de mayo de 1816 y el 28 de enero de 1820, alcanzando su colección 52 números. Su periodicidad regular fue mensual, y complementó la labor de los otros periódicos que habían ampliado enormemente la oferta disponible en la ciudad. Este periódico inició el formato a dos columnas a partir del número 20, y fue impreso en distintas imprentas según su época: Expósitos, Gandarillas, Benavente y cía.

En la Imprenta del Sol, se editó desde el 19 de agosto de 1816, esto es, tras la declaración de independencia, *El Observador Americano*. Fue su redactor Antonio Castro, abogado de la

generación de mayo, con estudios -como muchos de esa generación- en Córdoba y Chuquisaca. Castro agregó a este momento de expansión de la prensa periódica local, un par de elementos más: en primer lugar, la explicitación del origen particular (y anónimo) del financiamiento de su periódico, amparándose en “algunos patriotas en sus tertulias literarias”; en segundo, una posición nueva en el debate que circulaba en la elite criolla sobre la forma de gobierno. En tanto *El Censor* y la *Gaceta* sostenía la forma republicana, *El Observador Americano* defendía la monarquía constitucional. El temor a la anarquía era el núcleo del grueso de sus argumentos, complementados con la noción de virtud no asignada a la naturaleza humana, como podían sostenerlo los republicanos, sino a los atributos de determinados sujetos, lo cual lo acercaba a la noción monárquica, tanto en la conformación del ejecutivo como en la estructura del sistema de magistrados. Castro ve en el sistema asambleario graves desventajas, con pasiones desatadas con la vista fija en “arribar a la dirección del estado a cualquier costa, y a los primeros empleos por cualquier medio”, y las asambleas carentes de los ciudadanos más virtuosos, y repletas de personajes de gran ambición y dudosas cualidades. *El Observador Americano* sólo duró doce números y un prospecto inicial, cesando el 4 de noviembre de 1816.

Apenas días después de la aparición de *El Observador*, el 30 de agosto surgió *La Crónica Argentina*. Lo redactaba Vicente Pazos Silva, quien retornaba de su exilio en Londres. Dado que había estado a cargo, en el primer trimestre de 1812, de *El Censor*, contratado por el gobierno, a su regreso intentó continuar la publicación de tal nombre, con fondos no oficiales, pero se encontró con que estaba en pleno uso en la publicación del Cabildo instituida por el Estatuto Provisional de 1815. A pesar de su reclamo de propiedad intelectual (por cierto, pionero en este rubro), no logró que se le reconociera tal derecho, por lo que al optar por el nombre *La Crónica Argentina*, mantuvo un lazo formal de continuidad con su vieja publicación, iniciándola no con el número 1, sino con el 13, pues el primer *Censor* había durado doce números. Esta publicación también duró relativamente poco, hasta el 8 de febrero de 1817, e imprimió -in folio- 29 números. Ante semejante proliferación de periódicos hubo de adaptarse el discurso del Poder Ejecutivo. Nótese, de todos modos, que hablamos de apenas cinco publicaciones, de las cuales una es mensual y se limita a las deliberaciones de la Asamblea (luego del Congreso), dos son parte del esfuerzo del Estado por generar más de una voz (la *Gaceta* y *El Censor*, la primera semanal, y el segundo tardará un tiempo en lograr tal regularidad, comenzando quincenal), y luego dos publicaciones que podían esbozarse como “privadas”, aunque en realidad no constituían por sí actividad económica independiente, sino parte del esfuerzo político de facciones con apoyo, más o menos explícito, de sectores del propio Estado, (incluso con el auspicio de potencias “amigas”) como fue el caso de Sarratea, quien influyó

primero en la línea de *El Independiente* en 1815, y luego aportó la imprenta que usaría Pazos Silva para *La Crónica Argentina*.

Disipada parte de la grave amenaza con que se había iniciado 1815, los cambios en la prensa esbozados entonces se estabilizaron. El contexto había disminuido la presión externa sobre los patriotas. San Martín desarrollaba desde Mendoza su estrategia de invasión a Chile, mientras en el Norte se había aceptado su plan de sostener una estrategia defensiva de largo plazo en Salta, sin reintentar el ataque frontal al Alto Perú. La invasión española se dirigió a Venezuela y no al Río de la Plata. Y el gobierno central logró establecer un marco de representatividad básico entre las provincias y declarar la independencia. Aún Artigas, que no permitió participar a las provincias litorales, era entonces independentista. La aparición de más de un periódico simultáneo, los primeros discursos de prensa sostenidos en el tiempo a favor de la libertad de prensa y de las condiciones liberales de su regulación, la expansión de la temática de los periódicos, la publicación de algunos de ellos por facciones de origen “privado” (aunque se tratase de un modo oculto de apoyo desde fracciones del aparato estatal), la simultaneidad de más de una imprenta (pronto llegarían a cinco), la fundamentación de la función constitucionalmente protegida de la prensa como articulador de relaciones entre ciudadanía y Estado, comenzaron entonces y continuaron, a pesar de su condición extraordinariamente tenue: era el propio Estado el que debía inventar esta pluralidad y -a su vez- el que no podía aún permitirse su estabilización plena. Ayudaron sin embargo a esta expansión, las nuevas condiciones opresivas en España que obligaron a muchos sostenedores del movimiento liberal de 1813 a emigrar. Las dos fuentes de preparación de redactores y de importación de imprentas, fueron en primer lugar Gran Bretaña (con un modelo a seguir, intereses diplomáticos activos e intrigantes, punto de partida del envío de imprentas, escritos y líneas discursivas como la que expresó Sarratea y base en la cual se capacitaron y asociaron a logias redactores como Manuel Moreno y Pazos Silva), y emigrados españoles (en algunos casos con imprentas), como Valdés, Wilde y otros. Se sumaron a este instante Pedro José Agrelo, funcionario y abogado, con *El Independiente* que, como su homónimo de 1815 (pero editado desde el 15 de setiembre de 1816), intentó sumarse a quienes defendían explícitamente el modelo constitucional británico. El 23 de octubre, finalmente, un patriota de origen español, Bartolomé Muñoz, sacerdote también formado en Charcas y Chuquisaca, comenzó la edición desde la imprenta de la Independencia de un periódico llamado *El Desengaño*, que intentaba hacer la crítica de las argumentaciones favorables a los realistas tomadas de documentos de los jefes militares enemigos, glosándolos para reafirmar la causa americana, de allí su nombre.

Esta situación expansiva marcaba una tendencia definitiva hacia la búsqueda de una prensa periódica de características modernas, y de hecho ya no se volvería atrás en lo logrado en ningún

momento posterior de la historia del Río de la Plata. Existirían, sin embargo, crisis recurrentes producto de la propia transición. La debilidad de la actividad económica y de la estructura estatal naciente hacían imposible aún la instalación de periódicos como empresas comerciales o tan siquiera rentables en forma independiente del Estado: no había mercado lector, no había una tradición empresaria de inversión local, no había una identidad de clase burguesa que estableciese una red de contención para tal posibilidad (recuérdese los amargos comentarios de Manuel Moreno sobre la aristocracia mendicante). Complementariamente, el esbozo de nueva forma de Estado que reemplazaba paulatinamente al aparato virreinal moribundo, no podía sostener en los hechos el propio discurso constitucional que aparecía explicitado en el Estatuto provisional y en la atención brindada a la creación de prensa periódica plural. Así, no había otro sujeto de prensa que las facciones estatales, en su mayor parte financiadas a su vez con dineros del Estado. Pasada la crisis de 1815 y reconfiguradas las facciones, la posibilidad de supervivencia de tal marco plural superando la mera presencia decorativa quedó comprimida, en una secuencia inaugurada por la breve experiencia de *La Crónica Argentina* -iniciada en agosto de 1816 por la facción dorreguista: Chiclana, Manuel Moreno, Pazos Silva y Agrelo, entre otros- y concluid en febrero de 1817 con el violento destierro de todo el grupo por parte de un gobierno que alega, precisamente, los artículos del periódico como fundamentación.

La crisis de 1817

Tras la estabilización lograda con la caída de Alvear, la declaración de la independencia y la consolidación de la estrategia de San Martín (defensa en el norte y ataque a Chile), a lo que se agregaba la descompresión de la amenaza de invasión directa española, el conflicto más grave se concentraba en la región Litoral, particularmente en la Banda Oriental. Artigas había quedado atrapado en un doble conflicto que disminuía el peso relativo de sus fuerzas militares. Había boicoteado el Congreso de Tucumán y enfrentado a Buenos Aires tomando control de toda la región Litoral, y a su vez sufría la invasión portuguesa. Para Buenos Aires, la derrota del molesto contendiente federalista a manos de los portugueses no resultaba el mal mayor si se entendía a Artigas como un grave enemigo. Eventualmente, la Banda Oriental pasaba de manos de Artigas (enemigo), a Portugal (enemigo pero no en guerra en lo inmediato, o al menos se tenía expectativas en el diálogo diplomático, para impedir que los portugueses intentasen ir más allá de la “Provincia Cisplatina”). Pero la postura de los grupos vinculados al gobierno de Buenos Aires no era -ni mucho menos- homogénea. En torno a Manuel Dorrego comienza a articularse una línea de fuerte crítica a Pueyrredón y a la falta de apoyo a Artigas contra el invasor portugués, crítica que por extensión tocaba también la estrategia porteña hacia las provincias litorales, donde el excesivo centralismo había provocado una reacción de rebelión y de contacto con Artigas. Sosteniendo esta

postura y atacando todo posible compromiso monarquista del gobierno criollo (se hablaba de coronar a un inca, de buscar un miembro de la familia real española y aún de acordar con Portugal algo similar), apareció el periódico *La Crónica Argentina* de Pazos Silva¹²⁵. Junto a Pazos, colaboraban con artículos Manuel Moreno, Pedro Agrelo, Domingo French, el propio Dorrego y Feliciano Chiclana. Ellos y otros funcionarios de diverso rango, así como militares, conspiran contra Pueyrredón, quien reacciona apresando a Dorrego y enviándolo al destierro a Estados Unidos el 15 de noviembre. Había sido precisamente un artículo en *La Crónica Argentina* el motivo esgrimido por el Poder Ejecutivo. El grupo, sin embargo, continúa activo, más aún a partir del 19 de enero de 1817, cuando cae Montevideo en manos portuguesas. Se lo acusa de traidor, de haber engañado al pueblo oriental. El 13 de febrero caen presos Moreno, Pazos Silva y Agrelo, junto con el coronel Pagola. A ellos se sumaron los militares Chiclana, Mariño y Valdenegro, presos con anterioridad, para ser enviados a Estados Unidos, donde recalán, finalmente, en Baltimore.

Se nota aquí nuevamente hasta qué punto quienes más ocupaban la labor de redacción periodística, estaban fuertemente condicionados por el poder para el cual escribían, y este poder, en una etapa de tanta inestabilidad, era claramente cambiante. Así, Agrelo parte a la Banda Oriental bajo control portugués, Pazos intenta sumarse a una expedición antiespañola en la Florida, Chiclana y Pagola se embarcan rumbo al Río de la Plata, desembarcando uno en Montevideo y el otro clandestinamente en Buenos Aires, según Pueyrredón (en carta a San Martín), a la espera de la intercesión de este último para un indulto. Moreno descree del éxito de tales movimientos, y más aún, comenta en carta privada que suspendió un viaje inminente de retorno a Buenos Aires aun teniendo el pasaje ya pago, “por consejo de algunos amigos, y la coincidencia de que como iban allí don Feliciano Chiclana y Pagola, se podía sospechar que había algún complot o proyecto, pues nos prendieron juntos, cuando ni entonces ni antes he tenido relación alguna con esos sujetos...”.

Escribas en un mundo en transición

Mientras tanto, comienza una maniobra de intriga diplomática sosteniendo lo contrario que *La Crónica Argentina*. Si allí se trataba de republicanismos, ahora Moreno -apenas llegado a su destierro- entablaba contacto con el embajador de España en Filadelfia, Luis de Onís. Éste, tras escucharlo, le pide una memoria por escrito, y en ella Moreno afirma:

“...los únicos deseos que pueden ser respetados permanentemente en aquellos pueblos se reducen a mejorar de condición; por lo que sería conveniente declararlos provincias de la Monarquía Española, y sacarlos de la odiosa clase de Colonias en que fueran mirados por su legislación peculiar. Esta disposición sola les haría conocer la generosidad y beneficencia del monarca; dispondría por medios seguros su opulencia; repararía sus pérdidas enormes a la par que las de la nación; y asimilándolos a la otra parte de la España, obraría una conformidad de leyes que serían

¹²⁵ Pazos Silva había cambiado su apellido por Pazos Kanki, resaltando su origen Aimara. De allí que además de su credo republicano, tenía interés por combatir la coronación de un Inca, representación de un imperio que había oprimido a su pueblo.

ya las mismas a uno y otro lado del Atlántico, así como lo es el monarca y la justicia, y estrecharía la unión que debe existir entre los pueblos españoles, dando fin a peligrosas diferencias” (cit. por Piccirilli, 1966: 22-23).

Comenzaba, pues, a perfilarse en personajes como Moreno, el rol que hemos rastreado a lo largo de todo el período. Hombres con estudios superiores pero sin riqueza ni lazos de nobleza, obligados a buscar desesperadamente un “lugar en el mundo” y utilizar para ello sus habilidades retóricas, tanto escritas como orales. Moreno es uno de los primeros, con tareas de redactor, de diplomático y de funcionario, sirviendo sucesivamente en numerosos bandos: con su hermano Mariano, con Alvear, con Dorrego, con Rivadavia, con Rosas. Agrelo, por su parte, retornó a Buenos Aires para encargarse de la redacción de *El Abogado Nacional*, periódico que salió en defensa del Director Pueyrredón, es decir, hizo Agrelo un giro de 180 grados. Tiró diez números entre octubre de 1818 y mayo de 1819.

Durante los dos años siguientes y hasta la disolución de la autoridad nacional, el espacio periodístico continuaría -restringido por este golpe de 1817- con características similares: tres periódicos de Estado (*La Gaceta*, *El Censor*, *El Redactor*), y esfuerzos de naturaleza similar, como lo fueron los españoles emigrados (como Ventura Salinas, quien publicó *El Español Patriota en Buenos Aires* en 1818) que realizan intentos en el marco del aún insuficiente mercado lector (en este caso la publicación sólo duró dos números), e integrantes de facciones o escribas a su servicio, como por ejemplo, el papel de circunstancias *Al Avisador Patriota y Mercantil de Baltimore (1817)*, publicado en setiembre para responder una editorial publicada en mayo por aquel periódico norteamericano, donde se defendía al grupo de recientes desterrados frente al presunto despotismo del gobierno. El encargado de este papel fue un escriba que tendría funciones importantes en el periodismo de la década siguiente: Pedro Feliciano Sáenz de Cavia, quien continuaría en 1819 con *El Americano*, donde colaboró con Santiago Vázquez, hombre del gobierno. *El Americano*, desplazó al periódico de Agrelo como defensor “no oficial” del gobierno, por lo que Agrelo quedó momentáneamente fuera de juego (reaparecerá en 1822 en Entre Ríos como ministro y redactor de *El Correo Ministerial del Paraná*). Cavia también pertenece a la lista de escribas de la época. Su labor como empleado de gobierno lo llevó al periodismo, primero en *Al Avisador...*, y luego en *El Americano*. En ambos, Cavia se ocupó de denigrar por todos los medios argumentativos y estilísticos a su alcance el sistema federal de gobierno, posición que debería cambiar por su contraria más adelante. *El Americano* duró desde su comienzo hasta el fin del gobierno de Pueyrredón; su primer número salió el 2 de abril de 1819, y el último el 11 de febrero de 1820, pocos días después de la batalla de Cepeda.

El Americano continuó pues, y consolidó, la tradición iniciada en 1815 de contar con un periódico no oficial (pero controlado por el gobierno) paralelo al periódico oficial. Y estabilizó con ello la perspectiva del debate político público, libre de censura en la medida que la estabilidad general del gobierno no se viese amenazada. No era todavía comparable, en modo alguno, con los países más

avanzados de Europa, pues estamos hablando de unos pocos semanarios y mensuarios. La mayor parte de los títulos adicionales (además de los tres oficiales y el “semi-oficial”), fueron efímeros, sin lograr consolidarse por razones económicas (como *El Español Patriota*, o un *Aviso comercial* publicado por Juan A. Gelly quien se encontraba entonces en la ciudad) o efímeros (como *El Independiente del Sud*, que sólo duró dos números pues sus redactores -franceses- estaban dedicados a la intriga política de cauce directamente militar, por lo que apresados pocos meses después, fueron pasados por las armas)¹²⁶, o expresaron modalidades premodernas como papeles de circunstancias (*Al Avisador...*) o de guerra (como el *Boletín del Ejército contra el gobierno de Santa Fe*)¹²⁷.

El deseo de contar con una prensa plural, moderna (de libre debate y difusión de la cultura) y en manos particulares, chocó una y otra vez no sólo con la carencia de los elementos de mercado necesarios (una masa de público alfabetizado capaz de suscribirse, empresarios dispuestos a obtener lucro con la prensa), sino especialmente con la inexistencia de un sistema de gobierno parlamentarizado que absorbiese como normal la crítica periodística. Cada vez que el periodismo ejerció tímidas críticas, la crisis político institucional se hizo sentir. Por ello todos los comienzos y fines de periódicos en esta década está asociados a movimientos desde la autoridad estatal: autorizaciones o iniciativas directas de éstas para las aperturas, cese de financiación, clausura o caída del gobierno de quien sostenía el periódico para su cese. El carácter explícito del esfuerzo de sustitución de un sujeto (empresarios, públicos) capaz de construir la prensa moderna a imagen de las potencias occidentales, por el Estado, es especialmente notable en 1811 y 1815, cuando la pluralidad de voces es instaurada por decreto, aunque sostenerla luego fuese dificultoso.

Hemos de considerar, en esta etapa, la irrupción de los famosos periódicos del padre Castañeda. Si bien el auge de sus publicaciones de largos y mordaces títulos es posterior a Cepeda, ya en el segundo semestre de 1819 aparecen sueltos de este sacerdote, titulados “*Primera amonestación al Americano*” y “*Segunda amonestación al Americano*”. Su enfrentamiento con Cavia, redactor de *El Americano*, surge de un tópico que le afecta directamente: dos artículos de Cavia que sugieren quitar la orden -a la que Castañeda pertenece- del edificio que ocupan, por ser muy pocos los sacerdotes en él (sólo seis), o en su defecto, que se subdivida el edificio. Esta opinión es percibida por Castañeda como un ataque a

¹²⁶ En marzo de 1818 el periódico *El Independiente del Sud* fue redactado en español y en francés. Su existencia fue efímera pues sus redactores fueron descubiertos en una conspiración contra el Estado -con vinculaciones con José Miguel Carrera-, acusados de conspirar contra los gobiernos de Chile y de las Provincias Unidas, juzgados y -los dos principales cabecillas, Carlos Robert y Juan Lagresse- fusilados. Este había sido el primer periódico en lengua extranjera impreso en el actual territorio argentino. Otros franceses del grupo, sometidos a la misma acusación lograron salir absueltos, entre ellos Agustín Dragumette, de significativa actuación en las fuerzas armadas nacionales en la década siguiente. Su periódico fue innovador en tanto inaugura un ciclo de periódicos en lengua francesa (en este caso bilingüe), se sumó a otros que innovaron con el formato a dos columnas e intentó constituirse en periódico de interés general con secciones, como habitualmente se distribuía los contenidos en la prensa europea de su tiempo.

¹²⁷ Esta práctica fue muy común. Se solía encargar al auditor de un ejército en operaciones que redactase los materiales, impresos en la propia imprenta volante que acompañaba las tropas. Como sucedió con la Imprenta Federal que llevó José Miguel Carrera en la invasión de Estanislao López y Francisco Ramírez a Buenos Aires en 1819-20, la campaña del Ejército Grande en 1851-52, las sucesivas invasiones y contra-invasiones entre Corrientes, Entre Ríos y Uruguay en las décadas de 1830-40, etc. En este caso, los materiales se imprimían con la *Gaceta* en Buenos Aires.

la Iglesia, percepción que se profundiza en 1820 y 1822 a medida que se perfila la amplia reforma eclesiástica¹²⁸ impulsada por Rivadavia desde el Ministerio de Gobierno en Buenos Aires, y sancionada en 1822. Los casi dos años de duración de los periódicos de Castañeda, que causaron gran escándalo y quedaron en el recuerdo durante muchos años por su humor mordaz y en lenguaje de usos populares, aparecen como el lapso de tiempo más largo transcurrido en la coexistencia de periódicos en confrontación, y en este caso, confrontación dura, no exenta de insultos y agravios.

Sin embargo, debe considerarse aspectos de notable continuidad con la etapa anterior. Aún no se constituye una prensa “de partidos” que aglutine el interés de simpatizantes y neutrales en torno a sus agendas. Se trata, todavía, del efecto de la fractura de la autoridad estatal, en forma análoga al modo en que la fractura de 1810 entre Buenos Aires y Montevideo generó dos gacetas, una en cada capital. En este caso, la reforma rivadaviana cuestionaba por primera vez la indistinción entre Iglesia y Estado (lo cual no significa que propusiese su separación), y es desde la resistencia eclesiástica donde Castañeda asume su lugar, y también obtiene el grueso de sus fuentes de financiamiento. Por otra parte, los periódicos aún están lejos de los de opinión pública de modelo británico. Constan de cuatro a ocho páginas en cuarto menor con tema único concentrado en criticar la reforma, con diversos recursos (letras y poesías, argumentos, insultos, ridiculización del adversario).

En tercer lugar, la profusión de curiosos títulos puede generar la impresión de una amplia circulación de periódicos. Sin embargo, Castañeda honraba una tradición heredada del pasquinismo europeo. Cambiaba los nombres de sus periódicos no solo a cada cambio de suscripción, sino incluso de un número a otro, como parte del poder argumentativo de su palabra. Puestos en situación los números publicados del total de periódicos de Castañeda, puede notarse que en promedio alcanzaron a constituir una lectura semanal -en ciertos momentos, bisemanal- de su palabra.

2.1.4. Aparición de la prensa periódica en el Interior del país

Descontando las dos experiencias jesuíticas correspondientes al siglo XVIII y mencionadas en el capítulo anterior, el primer ingreso de prensa al Interior del país se produce para su uso militar en Mendoza en 1817 (Draghi Lucero, 1942, 1944; Beltrán, 1943; Vásquez, 1970). El segundo, con el Ejército del Norte comandado por Belgrano, en Tucumán (1817), ampliamente documentado por

¹²⁸ Entre las numerosas reformas administrativas que impulsa Rivadavia en su rol de ministro del gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Martín Rodríguez (20 de septiembre de 1820-2 de abril de 1824), la que más polémicas produjo fue la eclesiástica. Sus iniciativas fueron criticadas y defendidas desde el inicio mismo del gobierno, siendo Castañeda, por lejos, el más significativo exponente de las críticas desde la prensa, en tanto que Ignacio Núñez y Juan Cruz Varela, ambos oficiales mayores del Ministerio de Gobierno que dirigía Rivadavia, fueron los grandes exponentes en la prensa de la defensa de las reformas (Varela perdería ese puesto por un sonado caso de desfallo, pero pasaría a la función de secretario del Congreso de 1826). La reforma se pone en marcha, finalmente, en 1822, y Castañeda es condenado a destierro, del que ya no retornará. La reforma eliminó el diezmo, suprimió órdenes, sobre todo las más afectadas por la falta de nuevas vocaciones, los escándalos morales y el déficit, pasando a sus integrantes al clero secular, suprimió el fuero eclesiástico, creó el Colegio Nacional de Estudios Eclesiásticos, reorganizó el Cabildo Eclesiástico bajo el nombre de Senado del Clero y expropió bienes y rentas de los conventos que se cerraron.

Bartolomé Mitre en su *Historia de Belgrano*. La experiencia de Belgrano no sólo lo ubica como el primer periodista rioplatense y como protagonista del ingreso de la primera imprenta a Tucumán - y a todo el norte argentino- sino también como impulsor del primer periódico del Interior del país, del que se han conservado, afortunadamente, ejemplares hasta la actualidad: el *Diario Militar del Ejército Auxiliador del Perú* (julio de 1817-diciembre de 1818, tirando 78 números). Esta imprenta, al producirse la disolución del poder nacional en 1820, sería apropiada por el gobierno provincial y editaría periódicos oficiales¹²⁹. El tercero es la imprenta que José Miguel Carrera ingresa a Entre Ríos desde Montevideo en 1819, para imprimir con ella todas las proclamas de la campaña militar que el Ejército Federal coronará con su victoria en Cepeda, el 1° de febrero de 1820, así como una *Gaceta Federal*, de la que no se conservan ejemplares y se suponen publicados pocos números, sin regularidad, en el contexto de la campaña militar.

Aníbal S. Vásquez (1970) reclama para esta gaceta el honor de ser el primer periódico impreso en el Interior del país en sentido pleno, dado que la publicación tucumana de 1818-19 era estrictamente un boletín militar. En tal sentido, el tono de beligerancia política de las publicaciones de Carrera mostraría un carácter más político de la publicación en su conjunto. Es difícil dilucidar esto desde el momento que no contamos con los ejemplares de la publicación. Sin embargo, existen sobrados motivos para considerar como primera a la publicación tucumana. Su fundador (Belgrano) era un hombre con amplia experiencia en el periodismo civil; el *Diario Militar del Ejército Auxiliador del Perú* imprime contenidos que trascienden lo estrictamente militar que argumentan y defienden las razones de la lucha independentista. La experiencia de Carrera, por su parte, puede colegirse a partir de las numerosas proclamas que se han conservado, así como fragmentos de las dos publicaciones montevidéanas precedentes. Allí se nota la función de la imprenta como parte de una campaña militar en la que no faltan las razones argumentativas y de difusión, pero en el marco de un tono de campaña con una conducción única y no pasible de discusión.

Carrera provenía de una acomodada familia chilena y había tenido una participación decisiva en la “Patria Vieja” (el gobierno patrio de 1810-1814, concluido en el Desastre de Rancagua). Exiliado en Mendoza y luego en Buenos Aires, desprestigiado y sin recursos para su plan de retornar a la lucha en Chile, viaja a Estados Unidos en 1815 en busca de apoyos económicos y diplomáticos,

¹²⁹ Tras la sublevación de Arequito (enero de 1820), la batalla de Cepeda (febrero 1° de 1820) y la disolución de la autoridad ejecutiva y legislativa nacional, las provincias se declararon independientes hasta tanto se reuniera un congreso constituyente y se restaurara dicha autoridad. Tucumán (que entonces agrupaba también a Catamarca y Santiago del Estero) se declara “República Federal del Tucumán” bajo el gobierno del coronel Bernabé Aráoz (22 de marzo de 1820). La imprenta pasó a llamarse “Imprenta del Tucumán” y sirvió al Estado en sus funciones. Cuando su gobierno se aprestaba a sancionar una Constitución, se publicaron tres números mensuales de *El Tucumano Imparcial* (14 de agosto, de septiembre y de octubre). Éstos defendieron la importancia de la Constitución y celebraron su sanción (6 de septiembre), publicación y jura (24 de septiembre), defendiendo el régimen federal y publicando en su último número una cita en inglés de Hamilton, en la que éste critica a las mentalidades conservadoras y renuentes al cambio. Al año siguiente (septiembre a diciembre) publicaría *El Restaurador Tucumano* (Zinny, 1868; García Soriano, 1971).

hombres, armas y pertrechos. Retorna con una flotilla al Río de la Plata, pero su negativa a integrarse a las fuerzas de San Martín y su intento de partir por su cuenta a Chile deriva en su arresto y prisión (29 de marzo de 1817), así como el embargo de toda su flotilla. Escapa a Montevideo, donde recibe protección del gobierno portugués, que en ese momento controla la ciudad. Allí comienza su periplo periodístico. Había obtenido su imprenta -tipo Filadelfia- gracias a los contactos y apoyos obtenidos durante su viaje a Estados Unidos. Pero su embargo y prisión lo privaron de ella. Por ello sus primeras actividades fueron realizados con una pequeñísima prensa “de naipes”¹³⁰ que le enviaran sus amigos desde Buenos Aires junto con una caja de tipos, hacia fines de 1817, hasta que hacia comienzos de 1818 logró hacerse de la imprenta completa¹³¹.

Las dos publicaciones que editó en Montevideo -*Gaceta de un Pueblo del Rio de la Plata á las Provincias de Sud- América* y *El Hurón*- totalizaron apenas cinco y tres números respectivamente, pero marcaron un nuevo hito en la Banda Oriental. El nombre *Gaceta* se repitió cuando, ya en 1819, aliado a los caudillos federales del Litoral, al general Carlos María de Alvear y otros enemigos del Directorio, pasó con su pequeña fuerza, su *Imprenta Federal* y hombres con experiencia en ella (Gandarillas, Henríquez) hacia la provincia d Entre Ríos para incorporarse al campamento militar de las fuerzas federales en Gualeguaychú, donde permaneció dos meses. De allí pasó a la costa paranaense, y luego a la provincia de Santa Fe, avanzando hacia Buenos Aires hasta la victoria de Cepeda. Dado que los documentos, cartas abiertas, proclamas, panfletos y publicaciones periódicas no fueron impresos con fecha, resulta dificultoso fijar hipótesis en torno a lugares y fechas en las que fue impresa la *Gaceta Federal*. Lo más probable es que haya sido posible durante la estadía en el Campamento militar en Gualeguaychú, cuando aún no estaba inminente la batalla ni se hallaban en plena marcha. No es imposible, sin embargo, que la publicación se haya iniciado en Entre Ríos y continuado en Santa Fe. Sin embargo, el modo en que Carrera va dejando fragmentos de su

¹³⁰ Las prensas “de naipes” eran de superficie muy pequeña, pues se usaban para tal fin (imprimir juegos de barajas) y no contaban con juegos tipográficos, sino sólo con números y los grabados correspondientes. Este tipo de prensa existía ya en la época colonial, tanto en Buenos Aires como en las provincias interiores.

¹³¹ Estrada (1912: 17) dice de esta particularidad: “Esta imprenta se salvó dada la circunstancia de haber sido depositada en casa de un chileno llamado Serrano, que anteriormente había sido empleado en una fábrica de naipes del chileno Don Manuel Gandarillas, parcial de Carrera. Mediante, esta circunstancia, Don Diego José Benavente, también chileno, sustrajo dos cajones de tipo que remitió á Carrera, á fines de 1817, conjuntamente con una pequeña prensa que había servido para el estampado de naipes en la fábrica de Gandarillas. Poco tiempo después, el propio Benavente traía el resto del tipo con la prensa embargada. (...) Con estos materiales y con la ayuda de Benavente, Don Pedro Nolasco Vidal, Gandarillas, todos chilenos, Don Pablo Zufriategui, Nicolás Herrera y el General Alvear, quedó montada la imprenta, bajo la dirección de Carrera y con el título de Imprenta Federal de William P. Griswold y John Sharpe, nombres imaginarios. Aparte de los impresos (...) aparecieron el año 18 dos periódicos: *Gaceta de un Pueblo del Rio de la Plata á las Provincias de Sud- América* y *El Hurón* donde colaboraron casi todas las personas anteriormente citadas, las que á la vez hacían de componedores y de repartidores. La colección de *La Gaceta* consta de cinco números y *El Hurón* de tres. Cuando el general Carrera salió de Montevideo (principios de 1819) para las Provincias Argentinas se llevó parte de la imprenta, pues algo de ella compró un tal Pérez con lo que montó una Imprenta llamada de Pérez, de la que nos queda un folleto — el Reglamento de la Sociedad de las Escuelas de Lancaster”.

imprensa mientras la columna avanza, refuerza la idea de que no es tan probable la continuidad en territorio santafesino mientras el ejército marchaba¹³².

Respecto del modo en que Carrera deja fragmentos de su imprenta en el camino existe el testimonio del Padre Castañeda, quien al radicarse en Santa Fe (en el Rincón de Santa Fe, al norte de la capital) para ejercer como sacerdote y maestro de enseñanza elemental al servicio de los indios de la región, dirige una carta al gobernador de Santa Fe (Estanislao López) fechada el 5 de mayo de 1825, en la que incluye un pasaje referido a su intención de contar con una imprenta en su establecimiento:

“La imprenta famosa del finado general Carrera estaba repartida en distintos parajes, donde la iba dejando aquel hombre tan caminador. Yo he tenido la prolijidad de ir la recogiendo por ver si acaso podía ponerla en ejercicio, aunque lo que pertenece a la prensa estaba ya en mi poder, pero me faltaban letras é innumerables otros utensilios. Entre tanto la Providencia, cuando yo menos lo pensaba, me deparó un extranjero artista el más cabal que he conocido. Es un hombre insigne servicial, y que, además, ha fecho pleno homenaje de ser mi esclavo, y seguir mi suerte. Nada quiere recibir, y anda descalzo como yo. Se llama don Carlos de S. Félix, y es Suizo de nación, capitán mayor que fue del ejército de ingenieros de Bonaparte. Este señor, no solo me ha arreglado la prensa supliendo los instrumentos que faltaban, sino que también me ha hecho moldes y armarios de madera, fundido letras, y ha provisto cuanto basta para una imprenta lujosa.

Mi ánimo es redactar por ahora tres periódicos titulados, el 1.º Población y rápido engrandecimiento del Chaco, el 2.º El Santafesino a las otras provincias de la antigua unión y el 3.º Obras póstumas de nueve sabios, que murieron de retención de palabras. Dos son mis objetos, promover en esta provincia el gusto de las artes y hacerme de nuevos fondos para mis empresas. Necesito para esto, que V. S. me acredite y garantice mi persona, que asegure a todos que no es el león como lo pintan, que si alguna vez hice algún daño, fue provocado, y que al hombre no se le han de contar las peleas, sino la razón que tuvo. Protesto no tocar a la Iglesia Católica ni en su doctrina, ni en su moral, ni en su disciplina, ni en la menor de sus ceremonias y ritos; porque estoy convencido, que no es este tiempo oportuno para hacer innovación alguna en estas materias, principalmente sin preceder concordatos con la Silla Apostólica —Dios guarde a V. S. muchos años— Santa Fe y mayo 5 de 1825. Francisco de Paula Castañeda.” (cit. por Zinny, 1868: 19-20. Se ha corregido aquí disgrafías y diferencias ortográficas con la escritura de época, N. del A.).

A esta reveladora carta, Zinny agrega la siguiente glosa:

“El P. Castañeda, que no podía vivir sin escribir y cuyas ideas germinaban en su cerebro con una inquietud asombrosa, se dirigió a la ciudad del Paraná, donde existía parte de la famosa imprenta ya referida, la que solicitó y obtuvo, no sin algún trabajo, porque el gobierno de Entre Ríos no quería aparecer como cooperador en el plan de Castañeda, de atacar a Buenos Aires.

No obstante lo que dice Castañeda, la imprenta no pudo empezar a funcionar en Santa Fe, hasta que el coronel Dorrego, gobernador de Buenos Aires, remitió [en marzo de 1828] otra completa a cargo de un señor Cisneros, que la regenteó. Este recibió orden del gobernador don Estanislao López, de no dar publicidad a ataques personales, y cuando Castañeda quiso poner en juego su relación y amistad con el referido gobernador, con el fin de desahogarse por la prensa, en agravio de uno de los diputados de la Convención, el señor López repitió la orden a Cisneros de observarla invariablemente aun para con el reverendo padre. Este, antes de establecerse la imprenta en Santa-Fe, publicaba sus producciones en Buenos Aires pocas y en Córdoba las más” (Zinny, 1868: 20).

El carácter militar y estatal de esta imprenta, muestra que quizás no fue sólo la de Carrera la que buscaba Castañeda en 1825, pues la imprenta de la provincia de Entre Ríos en su conjunto había cesado de funcionar y los actos de gobierno se daban por bando (Moyano, 2002). Por otra parte, los

¹³² Vázquez (1970) es ferviente partidario del carácter entrerriano de la *Gaceta Federal*, aunque no brinda información sobre dónde y cuándo fue impresa; Zinny (1968) opta por ubicar la *Gaceta* en la provincia de Santa Fe. El estudio preliminar a la publicación facsimilar sobre periodismo publicada por el Senado de la Nación en el seicentenario de la Revolución de Mayo (Senado de la Nación, 1960) opta por considerar probable la presencia en ambas orillas del Paraná dado el carácter volante de la imprenta.

acuerdos secretos complementarios al Tratado del Pilar en 1820, comprometieron a Sarratea, junto con armas, a proveer una prensa.

Una vez en control de este equipamiento, el general Ramírez lo llevó a Corrientes, donde ejerció el gobierno de la República de Entre Ríos, hasta que la nueva campaña militar -que lo llevaría a su muerte- lo decidió a llevar dicha imprenta nuevamente a Paraná en abril de 1821, utilizando partes de ella en su nuevo avance militar hacia el sur, del que no volvería con vida (Vásquez, 1970: 33-34). Según Vásquez, un recibo correspondiente a ese momento, si bien no indica la especie, sería la compra de la imprenta de Carrera por Ramírez, lo cual resulta creíble dado que no ingresó otra a excepción del refuerzo entregado por Sarratea. Después de tantos trajines, con los restos de la imprenta volvieron a utilizarse para imprimir documentación del Estado bajo el gobierno de Mansilla, y el periódico *El Correo Ministerial del Paraná*, entre 1822 y 1824. A mediados de 1822, además, el gobernador Mansilla cargó una prensa y la llevó con su columna militar hacia la costa del Uruguay, donde imprimió en distintos puntos un Boletín llamado *El Observador del Uruguay*, nombre que alude al nombre del Ejército enviado. Puede observarse, por lo tanto, que en el cese de la imprenta de Entre Ríos y la dispersión de sus utensilios mencionada por Castañeda, probablemente estuviesen involucrados los movimientos “tan caminadores” de Carrera, pero también de Ramírez y de Mansilla.

En cualquier caso, hasta los primeros años '20, las imprentas en el Interior son aquellas que llegaron con los ejércitos, eventualmente recicladas como Imprenta del Estado, esbozos tenues de incorporación en comparación con lo que está sucediendo en Buenos Aires.

Levemente distintas son las siguientes experiencias en Mendoza, Córdoba y Salta, donde la acción del Estado es fundamental, pero no desde su dimensión militar.

En cuanto a Mendoza, permanece aún la incógnita respecto del modo en que coexistieron las aparentemente tres imprentas con las que la provincia inició la década de 1820. Como ha hecho notar Molina (2008), las provincias cuyanas de Mendoza y San Juan destacan por un temprano esfuerzo constructivo de un nuevo asociativismo vinculado con expectativas de instituciones modernas, libertad de opinión y concurrencia y coexistencia de ideas, partidos o corrientes de opinión. Por otra parte, Mendoza era en ese momento una provincia con una economía regional relativamente pujante y vinculada tanto al mercado del pacífico como con Buenos Aires. De allí las innovadoras experiencias constitucionalistas de su elite letrada, la forja de la Sociedad Lancasteriana, la coexistencia de periódicos opuestos en torno a la reforma eclesiástica, y de allí también la posibilidad de tres imprentas, una de ellas particular, operando a fines de 1820. La fuente de referencia actual sigue siendo el trabajo de Conrado Céspedes (1921), quien indica como primera imprenta la de Escalante:

“Era compuesta de tipos y demás elementos traídos por éste de Chile. A sus talleres, muy pobres y desprovistos de útiles tipográficos, cupo la gloria de editar *El Termómetro del Día*, considerado como el primer periódico impreso (...) La imprenta de la provincia como su misma nominación lo indica, perteneció a las autoridades locales (...) Sus talleres, a semejanza de la Imprenta de Escalante, se componían también de tipos y útiles procedentes de Chile adquiridos en el establecimiento de *El Mercurio* (...) el tercer establecimiento de tipografía denominado Imprenta Lancasteriana, por pertenecer a la Sociedad que con ese nombre y bajo los auspicios del gobernador Molina y de su progresista ministro, el ilustrado jurisconsulto doctor Nolasco Videla, fue fundado en Mendoza a fines del año 1820” (Céspedes, 1921, cit. por Draghi Lucero, 1943: 11). Dragui Lucero agrega: “Hasta aquí nadie nos ha hablado de la imprenta del Ejército de los Andes, introducida a la provincia por el general San Martín, antes del 20 de enero de 1817. Su existencia está probada completamente por la Proclama del General Luzuriaga del 16 de febrero de 1817...” (Draghi Lucero, 1943: 12).

Como puede notarse, la enumeración deja dudas. Está comprobada por diversas fuentes la presencia de la imprenta de Juan Escalante desde comienzos de 1820, y quizás desde 1819. Está comprobado también, con abundante documentación, que la primera prensa fue llevada a Mendoza por orden del General San Martín, probablemente a fines de 1816, y hay prueba de impresos de febrero de 1817. La referencia de Céspedes a la Imprenta de la Provincia es más compleja. Hay un pie de imprenta en el segundo periódico (*Gaceta de Mendoza*, que reemplaza el 8 de julio de 1820 a *El Termómetro del Día* con el cambio de gobierno sucedido dos días antes) con tal firma. Pero la referencia de Céspedes a que los materiales fueron traídos de Chile por adquisición al periódico *El Mercurio* genera dudas, dado que *El Mercurio* fue fundado en 1827. Lo más probable es que la imprenta ingresada por San Martín haya seguido con él hacia Chile, y que en 1819 se haya traído desde allí los materiales para completar la Imprenta de la Provincia, como lo insinúan cartas de San Martín transcritas por Draghi Lucero.

Lo cierto es que Mendoza cuenta con tres imprentas a fines de 1820, ejemplificando las tres formas típicas que se ven en Buenos Aires: imprenta estatal, imprenta transferida por el Estado a una sociedad patriótica, imprenta particular que realiza trabajos para el Estado. Este dinamismo se verá fuertemente dañado por las guerras civiles y la restricción del vínculo comercial con Chile bajo el rosismo, pero se retomará en la segunda mitad del siglo. En Entre Ríos, con la Imprenta Federal de Carrera, que el general Ramírez compra a su propietario, y un refuerzo tipográfico recibido como consecuencia del Tratado del Pilar, se forma la imprenta estatal entrerriana, desde la que se imprime el *Correo Ministerial del Paraná*, quincenario oficial (1821-1823), y el periódico de circunstancias *El Observador del Uruguay* (Moyano, 2002). Poco después (1823) llegaría la imprenta a Córdoba como resultado de un entredicho político-diplomático con Buenos Aires que impulsa a las autoridades a contar con imprenta y eventualmente periódicos propios¹³³, y en 1824 a Salta, como

¹³³ Ante los rumores y preocupaciones que producían en Córdoba los artículos críticos al gobernador Bustos en *El Argos de Buenos Aires*, es el propio gobernador cordobés quien escribe al gobierno porteño expresando “la mayor extrañeza y disgusto en que, a pesar de las buenas intenciones que lo animaban, y de la armonía que procuraba guardar, se le insultase tan repetidamente en los números del periódico *Argos* que se publicaba en ésa” (nota del 15 de noviembre de 1821, Archivo General de la Nación V-5-12-2 citada por Galván Moreno, 1943: 336). El diputado cordobés ante el gobierno de Buenos Aires se presentó solicitando una reforma a la ley de imprenta para impedir este tipo de artículos, probablemente con algún éxito pues la ley de imprenta de 1822 estableció algunas restricciones. Aun así, en Córdoba ya se había puesto en marcha desde el gobierno el plan para adquirir una imprenta. El 7 de

parte de un acuerdo del gobernador con el gobierno porteño que le provee el equipamiento de la antigua Imprenta de los Niños Expósitos (Sosa de Newton, 1981: 29-30). Podemos afirmar entonces que la imprenta se hace presente en una experiencia trunca (las imprentas jesuíticas del siglo XVIII) y luego por su ingreso como parte de los ejércitos en las guerras de independencia y en las guerras civiles a partir de la segunda mitad de la década de 1810 (haciendo abstracción de las pequeñas prensas de naipes). En la etapa subsiguiente, ya entrada la década de 1820, veremos que junto a los movimientos militares, la iniciativa estatal para crear imprentas del Estado será decisiva. El periodismo, por su parte, surge en el Interior como resultado de:

a) Las campañas militares (Tucumán, 1818-19, Entre Ríos y Santa Fe, 1819-1820). Esta característica -irrupción y evolución de la prensa periódica inscripta en las campañas militares- se mantendrá en la etapa siguiente hasta bien entrada la época de la Organización Nacional.

b) La acción de los Estados provinciales en favor de contar con imprentas para la publicación de los actos de gobierno, para polemizar con gobiernos de otras provincias, afrontar amenazas de invasión o sedición, y para cumplir objetivos de progreso económico, educacional o cultural. Hemos mencionado en esta sección algunas de estas primeras experiencias (Mendoza, Córdoba, Entre Ríos, Tucumán, Corrientes). Esta forma de creación y permanencia de periódicos también se mantiene en la etapa siguiente hasta bien entrada la época de la Organización Nacional.

c) Una combinación de las dos dimensiones precedentes, pues la disolución del gobierno con pretensión de representación nacional (el Directorio) y la fragmentación geográfica del poder político, en un estado crónico de guerra y conflicto de legitimidades entre aparatos estatales monolíticos, lleva a los periódicos oficiales a adoptar tópicos, léxicos y estrategias argumentativas propios de la guerra. De hecho, gran parte de los periódicos estatales de las provincias interiores creados en las primeras cuatro décadas desde la aparición de los primeros, corresponden a situaciones de amenaza militar o de desestabilización política, real o temida.

Esta característica permite trazar algunas analogías con la historia de la prensa europea, salvando las obvias distancias, y por lo tanto, asumiendo los límites de esta comparación. En Europa, la prensa periódica se vio afectada por su condición de práctica burguesa en una época en que la burguesía se hallaba subordinada a las condiciones que imponía el Estado absolutista para sus actividades. En Europa oriental, en cambio, la debilidad de las burguesías permitía un muy superior poder de la aristocracia en el manejo del Estado y sus instituciones. De allí que algunas instituciones modernas tanto en la configuración del aparato estatal como de las relaciones entre sus

septiembre, una proclama del gobernador invitaba al pueblo a disfrutar las ventajas de la libertad de prensa, suscribiendo bonos para la adquisición, entregándola a la Universidad para que la administre, produzca los materiales necesarios para la mejora de su propio funcionamiento y asegure el acceso del Estado a la impresión de papeles públicos. El 7 de noviembre de 1823 llegaba a la imprenta, y en diciembre comenzaron las primeras publicaciones periódicas con las que se enfrentó la reforma eclesiástica rivadaviana.

clases, tomaran forma en Occidente desde los siglos XVI y XVII, en tanto que en Oriente aparecieron notoriamente más tarde, y más aún, lo hicieron como respuesta del aparato estatal a la amenaza a su supervivencia que suponían la modernización fiscal, administrativa, diplomática y militar en Occidente. Por ello, lejos de enmarcar prácticas burguesas bajo el dominio del régimen absolutista que en última instancia les beneficiaba, constituyó un proceso práctico del aparato estatal enmarcado en los requerimientos de la aristocracia.

2.1.5. 1810-1820: elementos para una síntesis

¿En qué medida un proceso histórico que involucra el temprano capitalismo mercantil, la formación de los Estados absolutistas, los conflictos y mutuas conveniencias entre aristocracias y burguesías, puede permitir una comparabilidad con el momento en que la región rioplatense rompe lazos con España? Interesa aquí notar una semejanza por omisión: mientras en Buenos Aires hacia fines de la década de 1810 se nota la presencia de actores empresariales interesados en el negocio de la imprenta (más adelante lo harán también con el periodismo) y desde esa perspectiva buscan adecuarse a las reglas de juego y hacer acuerdos con el Estado, en el Interior la necesidad de imprenta aparece ante los ejércitos y los aparatos estatales antes de que tales actores se hagan presentes. Su incorporación es una modernización operativa, una respuesta a riesgos y amenazas externos, y al requerimiento de una rápida modernización que dé cuenta hacia dentro y hacia fuera de la viabilidad del poder político que lo conduce. Si bien habrá algunos casos de contratos a particulares, por muchas décadas el único actor de la prensa en el Interior será el Estado -o su versión militar, los ejércitos- el protagonista excluyente. Por ello los modos de organización, los momentos en que la prensa periódica aparece o desaparece, los contenidos, la función de los periodistas o los modos de circulación tendrán características notoriamente distintas al modelo canónico de prensa moderna que, paradójicamente, se elogia y afirma tomarse como modelo a imitar. Se trata, pues, de una necesidad político-militar de modernización operativa frente al riesgo de inferioridad de fuerzas entre unos y otros Estados desde una lógica de confrontación crónica, y no porque las propias fuerzas sociales y económicas internas lo estuviesen requiriendo.

Como hemos podido notar hasta aquí, 1810 no marca una ruptura inmediata en términos de prensa. La *Gaceta de Buenos Aires* constituye un actor esperable en un momento de ruptura y pugna por la legitimidad en la conformación de la máxima autoridad estatal desde la lógica del régimen absolutista. La particularidad de 1810 en el marco de esta lógica es el estallido del poder central y el rápido esfuerzo de las autoridades locales por lograr y mostrar poder y legitimidad propios.

La *Gaceta de Buenos Aires* contiene en sus prácticas formales (regularidad, formato, periodicidad, suscripción, temas) numerosas semejanzas con el gacetismo preexistente en Buenos Aires y en la

metrópoli y los lazos de continuidad en esos aspectos, por ejemplo, con la *Gaceta del Gobierno* de 1809 son notorios. Pero el cambio se hace notar rápidamente desde la misma transformación del aparato gubernativo del cual la gaceta es un órgano en el sentido propio de la etapa colonial. La pugna con la *Gaceta de Montevideo* en los cuatro años siguientes continúa esta herencia. Los primeros cambios en el gobierno, incluso sus primeras pugnas internas, permiten notar rápidamente algunos contenidos que no podrían estar presentes en una gaceta previa a Mayo. La aparición del término opinión pública, el decreto de supresión de honores, los primeros esbozos de discusión sobre formas modernas de gobernar, etc. son ejemplo de ello.

El protagonista excluyente de la primera década de prensa periódica patria es el Estado, y quienes redactan sus contenidos, sus funcionarios, hasta que en 1816 se esbozan las primeras novedades al respecto. No hay todavía una discusión sobre la conveniencia de una prensa de actores privados, o respecto de que el Estado no debiese protagonizar esta función. La noción de opinión sigue asociada a la función de “formar la opinión”, “orientar la opinión”, más que al uso moderno de “*public opinion*” observable en la prensa británica. Sin embargo, rápidamente comenzaron a manifestarse, a medida que se extendieron los intentos de acercamiento diplomático, político y económico con Gran Bretaña, los requerimientos de su diplomacia de mostrar rasgos de conformación de una unidad estatal moderna que incluyese, entre otros elementos, una prensa independiente. Complementariamente, la división faccional expresada en la Sociedad Patriótica cuya cara visible fue Monteagudo, favoreció esfuerzos por poner en marcha una prensa de opinión amparada en el financiamiento del grupo faccional de referencia, el cual, de todos modos, estaba constituido en gran medida por empleados del aparato estatal. La recomendación británica tomó plena forma con la experiencia de *El Independiente* durante el interregno de Alvear en 1815, y más aún cuando la declaración de independencia, en 1816, permitió quemar las naves del vínculo con la corona española. Es entonces cuando la llegada de impresores emigrados de la España de la Restauración pudo ser aprovechada por una prensa estatal que logró una simultaneidad estable de periódicos de circulación semanal e incluso multisemanal, con duraciones de títulos superiores al año, y la posibilidad complementaria de al menos un periódico semanal formalmente privado, aunque su financiación provenga fundamentalmente (es el caso del impresor Valdés), del contrato para la redacción e impresión del periódico estatal.

La tabla de periódicos 2.3. nos muestra el panorama frente al que se encuentra el lector a lo largo de estos años: una periodicidad semanal o inferior, y una disponibilidad que -salvo el interregno de 1811 y algunos períodos breves, pasa a ser de dos periódicos simultáneos, y de entre tres y cuatro -según el mes- a partir del segundo semestre de 1815. Este paulatino crecimiento, desde una década de 1800-1809 en la que la elite letrada de Buenos Aires pudo acostumbrarse a la presencia de un

semanario producido localmente, hacia una década de mayor simultaneidad, muestra en primer lugar la transformación que está viviendo el aparato estatal. Por un lado, la novedosa disputa entre dos gacetas (pues Montevideo cuenta con una entre octubre de 1810 y junio de 1814). Aunque ambas son impresas en ciudades enemigas y evitan la circulación de la contraria, es inevitable que esto suceda, y los argumentos y contraargumentos se acumulan. Más importante aún, la irrupción de un segundo periódico capaz de disentir con la *Gazeta* ya en 1812, a instancias de los esfuerzos del grupo político ligado a Monteagudo (*El Censor*, *Mártir o Libre*, *Grito del Sud*, *el Redactor de la Asamblea Nacional* y *el Redactor del Congreso Nacional*), de las influencias y requerimientos para un reconocimiento británico (el mismo *Censor*, y sobre todo, *El Independiente* durante el primer trimestre de 1815), el desdoblamiento entre prensa del Directorio y del Cabildo, que -contratación de emigrado español mediante- habilita un tercer periódico no estatal, y finalmente los primeros esbozos periodísticos que anticipan un crecimiento de la prensa de facciones en la década siguiente. Son los casos de las publicaciones de Agrelo, Cavia y -todavía tímidamente- Castañeda.

La prensa periódica en el Interior es aún un horizonte lejano, que comenzará a esbozarse con el boletín militar tucumano y el efímero paso de Carrera por Entre Ríos y Santa Fe (1819-1820) poco después de su estadía en Montevideo. Sin embargo, estas imprentas ingresadas con las columnas militares tendrán continuidad y reutilización en sus provincias, y serán un modo bastante común de ingreso de prensas y periódicos al Interior.

La década de 1810-1819 (hasta el 3 de febrero de 1820) nos muestra así una evolución de la prensa cuya primera característica es su carácter estatal, práctica heredada del período colonial y análoga a lo que sucede en numerosos países hispanoamericanos. Esta estatalidad es cuestionada por el requerimiento de pluralidad propio de la transformación del Estado hacia formas crecientemente parlamentarias y faccionales de representación, así como, desde el exterior, por los requerimientos diplomáticos con vistas al reconocimiento internacional por Gran Bretaña, a lo que se agrega la emigración de impresores tras la restauración española. Esta transformación a partir de elementos externos se manifiesta también en el Interior, donde el contacto con la prensa es, en todos los casos, a partir de su ingreso con columnas militares del gobierno directorial o -en el caso de Carrera- de una facción involucrada en la guerra civil e interesada en llegar a Chile.

A partir de esta característica, contrastará la notable continuidad formal y funcional de esta prensa con el esfuerzo por mostrar lo contrario. Se suceden las afirmaciones del carácter no ministerial de los sucesivos periódicos y redacciones en ellos, pero no existe aún posibilidad de periódicos independientes, apoyados en la sociedad civil, los partidos y el mercado, pues estos no se han configurado aún en plenitud. Sobre 16 periódicos con tirada de 9 o más números, 10 son del Estado, 3 son periódicos cuya suma -pues son continuidad uno del otro- no alcanza el año de duración,

editados por una facción presente en el gobierno; 3, finalmente, son publicaciones de españoles en Buenos Aires, con apoyo gubernativo; sólo uno edita un periódico con ánimo de obtener un beneficio económico (Valdés, con *La Prensa Argentina*)¹³⁴. La suma total de números (considerando la colección completa de *La Gaceta de Buenos Aires* hasta diciembre de 1821) es de 1538, contando prospectos, suplementos y números extraordinarios, a los que podrían sumarse algunos más dado que no está identificada la duración total de *La Colmena*. Se trata de una cifra humilde en comparación con la realidad europea de su tiempo, pero al mismo tiempo marca un salto impensado 20 años antes en la región, y en comparación con el resto de las provincias interiores.

Tabla 2.1. La década de 1810.

Años	Buenos Aires	Montevideo	Interior
1810-1811	CONTINUIDAD: la Gaceta como órgano de Estado y signo de su control de situación. El <i>Correo de Comercio</i> no incluye contenidos relativos a lo que sucede ese año. Se parece mucho a los semanarios del último período colonial que a un periódico de nuevo tipo. RUPTURA: pequeñas aperturas a tópicos antes excluidos de la posibilidad de publicar.	CONTINUIDAD: la Gaceta como órgano de Estado y signo de su control de situación.	Sin prensa periódica.
1812-1814	CONTINUIDAD: el gobierno no logra -aunque lo intenta- general un régimen de pluralidad de voces en la prensa. Continúa el concepto de Gaceta de Estado como predominante. RUPTURA: la Asamblea y el Congreso, al promover la división de poderes, fortalecen la simultaneidad de periódicos, al menos como voceros oficiales. Aparecen los primeros -breves- periódicos de facción política.	CONTINUIDAD: la Gaceta como órgano de Estado y signo de su control de situación.	Sin prensa periódica.
1815-1817	CONTINUIDAD: dificultades reiteradas para que la pluralidad de voces no degrade a crisis de Estado de inmediato. La Gaceta como órgano de gobierno. RUPTURA: el gobierno de Alvear innova al poner en marcha <i>El Independiente</i> entre enero y abril de 1815, creado para defender al gobierno pero que aparece como independiente. En el segundo semestre, tras su caída, el contrato con el impresor emigrado Valdés permite dos quincenarios en circulación simultánea con la <i>Gaceta</i> .	Sin prensa (un prospecto de un periódico que no llegó a editarse).	Sin prensa periódica.
1816-1817	CONTINUIDAD: las voces periodísticas siguen siendo las del Estado. RUPTURA: la simultaneidad llega a cuatro periódicos en el primer semestre y a siete en el segundo. Valdés publica un periódico simultáneo al que elabora por orden del Cabildo. Senillosa, también emigrado español, suma su experiencia.	Sin prensa	Sin prensa periódica. 1ª imprenta militar a Mendoza (1817)
1818-1820 (hasta 3/2/20)	CONTINUIDAD: La salida de Valdés y Senillosa retrotrae la organización de periódicos a los tres poderes estatales vigentes: el Directorio, el Cabildo y el Congreso. Dos periódicos no oficiales pero pro-gubernativos se publican sucesivamente entre octubre de 1818 y febrero de 1820. RUPTURA: Se producirá durante el gobierno de Martín Rodríguez, que asume en septiembre de 1820.	Casi sin prensa. Dos prospectos ocho números.	Entre 1818 y 1820 ingresan otras dos imprentas militares.

¹³⁴ De los 9 títulos con duración inferior a 9 números, la proporción varía levemente: 5 son publicaciones faccionales (de facciones con presencia en el Estado) en polémica con otras (incluso del exterior), 2 son de iniciativa estatal y 2 son publicaciones de extranjeros (Chile, España) en apoyo a la guerra de independencia.

Tabla 2.2. Periódicos en la región (1809-1820): nombre, lugar, duración, periodicidad y cantidad de números, por mes y año.

Año de publicación	Nombre del periódico	Cantidad de Números	Periodicidad	Meses en que fue publicado												
				Sin fecha	Enero	Feb.	Mar.	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agos.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1809	<i>Gaceta del Gob. de Bs As</i>	50	4x sem.(aprox.)											14		
1810	<i>Gaceta del Gobierno de Bs As</i>	50	4x sem.(aprox.)		9											
	<i>Correo de Comercio</i>	52	Semanal				3									
	<i>Gaceta de Buenos Aires</i>	878	Semanal							7						
1811	<i>Gaceta de Buenos Aires</i>	878	Semanal (desde nov. Bisemanal)													
	<i>Correo de Comercio</i>	52	Semanal			23										
1812	<i>Gaceta de Buenos Aires</i>	878	Semanal													
	<i>El Censor</i>	12	Semanal		7		24									
	<i>Mártir o Libre</i>	9	Semanal				21		25							
	<i>El Grito del Sud</i>	30	Semanal								14					
1813	<i>Gaceta de Buenos Aires</i>	878	Semanal													
	<i>El Grito del Sud</i>	30	Semanal			2										
	<i>El Redactor de la Asamblea</i>	24	Mensual			27										
1814	<i>Gaceta de Buenos Aires</i>	878	Semanal													
	<i>El Redactor de la Asamblea</i>	24	Mensual													
1815	<i>Gaceta de Buenos Aires</i>	878	Semanal													
	<i>El Redactor de la Asamblea</i>	24	Mensual		30											
	<i>El Independiente</i>	13 + Pr	Semanal		10			11								
	<i>Observaciones acerca de algunos asuntos útiles</i>	4	Mensual													
	<i>El Censor</i>	177	Quincenal									15				
	<i>La Prensa Argentina</i>		Quincenal										5			
	<i>Los Amigos de la Patria y de la Juventud</i>	8	Mensual												18	
1816	<i>La Gaceta de Buenos Aires</i>	878	Semanal													
	<i>La Prensa Argentina</i>	61	Semanal													
	<i>El Censor</i>	177	Quincenal													
	<i>Los Amigos de la Patria y de la Juventud</i>	8	Semanal													
	<i>El Redactor del Congreso Nacional</i>	53	Semanal						1							
	<i>El Observador Americano</i>	12	Semanal									19			4	
	<i>El Desengaño</i>	11	Mensual (aprox.)											23		
	<i>El Independiente</i>	17	Semanal										15			
	<i>La Colmena</i>	Mínimo 3	?	x												
Año de publicación	<i>La Crónica Argentina</i>	41	Quincenal									30				
	Nombre del periódico	Cantidad de	Periodicidad	Meses en que fue publicado												

[illegible]

A fin de año aparecen dos prospectos sin continuidad, el de *El Constitucional* (noviembre) y el de *La Ilustración Pública* (diciembre).

Referencias: Menos que diario y más que semanario Semanal Quincenal Mensual, bi o tri-mestral Efímeros, números únicos

Abreviaturas: Sem.: semanal Pr: Prospecto aprox.: aproximadamente

2.2. La reformulación rivadaviana y sus límites (1821-1828)

2.2.1. La caída del Directorio

Las tendencias disgregativas desplegadas en la creciente pérdida de la cadena de mando de los ejércitos patriotas (con excepción del de Los Andes, que la conserva gracias a la decisión de San Martín de hacerlo pasar a Chile en su totalidad, al costo de desobedecer a su máxima autoridad, el Director Supremo), se hicieron notar con cada vez mayor fuerza entre 1815 y 1819. A ello se agregaron nuevos factores: la estrategia porteña de abandonar a su suerte a Artigas frente a los portugueses resultó catastrófica en la relación con las provincias litorales, con las cuales el conflicto alcanzó su pico máximo de tensión militar. El intento constitucional de 1819, que sancionó una norma unitaria y centralista de tonos aristocráticos que no dejaban en claro siquiera la afirmación del sistema republicano, aceleró los tiempos. La insostenible situación económica del Directorio, por otra parte, alcanzaba su tramo final tras años de pérdida de las fuentes fiscales del metálico alto peruano, la ruina de las economías interiores por la guerra, los costos de las campañas militares contra los realistas y contra las fuerzas provinciales cercanas a Artigas.

En tal contexto, la prensa, que al menos en la esforzada construcción que el propio Estado generó desde 1815 para asegurar la pluralidad de voces periodísticas, se había mostrado en paulatino crecimiento, comenzó a retraerse en el último año de la década. Ya no quedaban experiencias independientes -siquiera nominalmente-, y sólo se mantenían la *Gaceta*, *El Censor* y el *Redactor del Congreso*. Esto es, una publicación por cada uno de los centros de poder estatal constituidos. Dos de ellas semanales, una mensual.

Como se ha mencionado, el 2 de abril de 1819 comenzó un periódico favorable al gobierno, *El Americano*, a cargo de Pedro Feliciano Sáenz de Cavia, oficial de gobierno, quien continuaba la tradición iniciada en 1815 del empleado público ejerciendo la pluma en defensa del gobierno y pagado por él, pero afirmando que la publicación era independiente. El personaje no podía ser más atinado, pues había sido en 1812 y 1813 secretario de Sarratea, -impulsor por su parte, en 1815, del ya mencionado *El Independiente*- y secretario de Rondeau y de Alvear en el sitio de Montevideo triunfante en 1814, donde la guerra de prensa había mostrado su importancia decisiva, y había redactado numerosos pasquines y folletos por cuenta del gobierno, todos anónimos, y lo mismo había hecho en 1818 contra Artigas, por orden del director Pueyrredón¹³⁵.

De este modo durante tres meses (abril a junio de 1819) Buenos Aires contó con dos semanarios (*La Gaceta* y *El Americano*), un quincenario (*El Censor*) y un mensual (*El Redactor del*

¹³⁵ Pedro Feliciano Sáenz de Cavia había sido ya secretario del Cabildo en Montevideo, secretario de Belgrano en la campaña del Paraguay, luego, sucesivamente, secretario de Sarratea (1812-1813), secretario de los generales Rondeau y Alvear durante el sitio de Montevideo. Como oficial segundo y luego como oficial primero de la administración pública ejerció el periodismo por orden de sus respectivos jefes.

Congreso Nacional), todos del gobierno en sus distintas variantes. Pero ese último mes finalizó la publicación de *El Censor*. De los tres restantes, *El Redactor del Congreso* tiró su último número el 28 de enero de 1820, y *El Americano* el 11 de febrero, una semana después de la derrota directorial en los campos de Cepeda.

El deterioro de la posición porteña ante los caudillos litorales presenta un ejemplo simbólico en el campo periodístico. La incapacidad de impedir el ingreso del chileno José Miguel Carrera desde Montevideo hacia Gualeguaychú, en Entre Ríos, con su pequeña fuerza militar, recursos e imprenta, y la impresión por esta última de la *Gaceta Federal*. La decisión de los caudillos federales López y Ramírez de avanzar hacia Buenos Aires tornó a la imprenta de Carrera itinerante, con sus panfletos y sus proclamas impresos en sucesivos hitos del avance. Los federales tenían así una imprenta y su gaceta -símbolo de autoridad estatal- mientras preparaban su avance.

El 3 de febrero de 1820 los últimos restos del gobierno central llegaban a su fin. El parte militar enviado por Balcarce, Jefe de las fuerzas de infantería porteñas no podría ser más contundente: una horrorizada, quizás exagerada, referencia a los “gritos estertóreos” y “salvajes” de las aparentemente indisciplinadas caballerías montoneras que los habían derrotado. Un ejército formado exclusivamente por caballería mostraba -y lo seguiría mostrando durante décadas- su superioridad en el llano, determinando el destino de las guerras civiles por muchos años. El Directorio, derrotado militarmente y carente de representatividad ante las provincias interiores, se derrumbó y disolvió.

2.2.2. El año 20 y los nuevos equilibrios de fuerzas

Tras la calamitosa derrota de Buenos Aires en Cepeda se produjo un inestable equilibrio político-militar en el país. El proyecto directorial no podría ya reconstituirse y sus partidarios optarían por sumarse a las nuevas facciones o retirarse de la vida pública. Buenos Aires habría de reconstituir su andamiaje institucional sobre nuevas bases y acrecentaría su poder económico, político y militar, pero no podría subordinar a las provincias que habían conquistado el respeto a su autonomía y requerimientos con vistas a la constitución de la autoridad nacional, en el campo de batalla.

Las provincias poseían afinidades regionales y a su vez conflictos de intereses, pero fundamentalmente, existía una rivalidad entre Buenos Aires y el conjunto del Interior, con eje en la posesión de las rentas de la aduana del puerto, en tanto se discutía si era un beneficio natural de la provincia (por tener puerto) o de la Nación (pues recolectaba impuestos de toda ella). Este equilibrio mostraría una y otra vez que Buenos Aires disponía de un muy superior poder económico, mejores equipos diplomáticos capaces de intrigar y negociar en varios frentes, y un ejército entrenado y bien armado, superior en varios aspectos al de los federales. Los caudillos

provinciales, por su parte, eran débiles en todos esos aspectos, pero en 1820 quedó demostrado que en la región de las Pampas, las excelentes caballerías federales eran imbatibles si combatían en campo abierto. El parte militar del general Rondeau tras la batalla de Cepeda (1° de febrero de 1820), ampliamente citado y reproducido (Gianello, 1955, 1986), seguramente se halla cargado de intención de sobredimensionar el carácter “incivilizado” de los enemigos, pero es elocuente en torno al rol de las caballerías: aquel amontonamiento indisciplinado de jinetes, más propio de una turba que de un ejército, emitiendo “alaridos y voces descompuestas”, arrolló a la caballería porteña dispersándola de inmediato, definiendo así el destino de la batalla en menos de diez minutos. La infantería, en tanto, formada por coraceros, logra sostener una retirada en orden. Con distintas variantes, esta realidad se repetiría en numerosas oportunidades hasta 1861.

Así, en tanto Buenos Aires podía defender la ciudad y realizar operaciones exitosas contra fuerzas que intentasen tomarla, era incapaz de batir a las montoneras federales a campo abierto. Una y otra vez, los intentos de invasión hacia el norte de la provincia (hacia Santa Fe) fracasaron, e igualmente fracasaban las defensas a campo abierto ante invasiones federales, aunque en todos los casos, la infantería lograba sostenerse y evitar su destrucción. Pero mientras los caudillos carecían de cohesión, dinero, armas y experiencia diplomática, Buenos Aires lograba con tales ventajas negociar por separado y ganar terreno por esta vía. Esta situación sería crónica y se resolvería recién entre el sitio de Buenos Aires de 1853 y la batalla de Pavón de 1861. Mientras tanto, la superioridad de las caballerías federales en batallas a campo abierto garantizó a las provincias la capacidad de negociación, así como la posibilidad de preservarse de invasiones definitivas por parte de Buenos Aires, y la ciudad puerto, por su parte, mantuvo -y acrecentó- su superioridad económica y demográfica, de armamento y una potente infantería que no pudo jamás ser diezmada en el campo de batalla, y permitió, en momentos decisivos, impedir la toma de la ciudad por el adversario triunfante.

2.2.3. Nuevos protagonistas del periodismo

El estado de *shock* en que cayeron las autoridades porteñas frente a la invasión por las fuerzas combinadas del Litoral resulta notable en la retracción periodística: en diciembre de 1819 cesa *El Censor*, vocero del Cabildo desde agosto de 1815. También se suspende durante algunos meses la presencia de los impresos del fraile Francisco de Paula Castañeda. *El Redactor del Congreso Nacional*, a cargo de Fray Cayetano Rodríguez, tira un número más a fines de enero y no vuelve a publicarse por obvias razones. *El Americano*, vocero “independiente” del gobierno, a cargo de Cavia, cesa el día en que se disuelve la autoridad nacional, el 11 de febrero. Dado que la *Gaceta Federal* impresa en la prensa de José Miguel Carrera en los campamentos del ejército federal ha

cesado durante la marcha a Buenos Aires, y el motín del Ejército del Norte da fin al *Boletín del Ejército Auxiliar del Alto Perú* en Tucumán, nos encontramos con que a partir del 12 de febrero de 1820, por primera vez en casi una década de construcción revolucionaria, sólo existe un semanario en toda la región rioplatense: la *Gaceta de Buenos Aires*.

La situación, sin embargo, comenzó a revertirse en breve, tanto por la reaparición de experiencias preexistentes como por la novedad de una notoria fractura en el aparato estatal producto de la reforma eclesiástica encarada por el gobierno.

Nuevamente es Sarratea quien impulsa la reaparición de un periódico que sostuviese la línea de gobierno pero que no fuese explícitamente ministerial. Así, el 25 de marzo aparecía *El Año 20*, impreso en la imprenta de Phocion¹³⁶ primero y en la de la Independencia luego. Pero su existencia fue muy breve, entre otras cosas porque su estilo agresivo y mordaz alimentó una rápida escalada pendolista y de enfrentamiento discursivo que acercó una nueva crisis institucional. Alcanzó a tirar sólo cinco números, en formato pequeño a una columna, como era común todavía. Este periódico desarrolló aún más la táctica de la redacción anónima, el ocultamiento de su mandante, la utilización de “remitidos” para emitir opinión sin tener que recaer la responsabilidad sobre el editor responsable. Cesó el 22 de abril.

Mucho más prolífico fue el padre Francisco de Paula Castañeda. Su participación, hasta entonces, se había limitado a la cátedra sagrada y a las “Amonestaciones” mencionadas más arriba. Pero el 1º de abril comenzó la publicación de una serie de títulos que conmovieron e innovaron el ambiente periodístico, primero porteño y poco después de las provincias interiores, hasta donde llegaron ejemplares de sus impresos. La mordacidad alcanzará entonces cotas muy elevadas, y una gran parte de los recursos retóricos de tradición española, tanto los correspondientes a la oratoria eclesiástica como los que abrevan en la imitación de los giros y estilos del humor y la piedad populares tan característicos de la cultura española posterior a la contrarreforma, con el uso de los versos en octavillas, romances, acrósticos, etc., fácilmente reconocibles por el público, habituado a esta estética literaria desde los tiempos coloniales¹³⁷. Si bien las suscripciones convocadas por Castañeda son relativamente breves, la suma de ellas y sus cambiantes títulos, permiten observar que alcanzó en total aproximadamente 120 números en poco menos de tres años, lo que equivale aproximadamente al ritmo esperable en una publicación semanal¹³⁸. Inicialmente orientado a luchar

¹³⁶ La imprenta de Phocion pertenecía formalmente a José María de los Santos y Rubio, hombre ligado a Manuel de Sarratea por parentesco, amistad y negocios, por lo que se sospecha fuese su testaferro, como había sucedido antes con la Imprenta del Sol a cargo de Pazos Kanki.

¹³⁷ Cfr. Rojas, 1957, Vol. I, Cap. 10 y 11, Vol. II, Cap. 9 y 10; Arrieta, 1948, T. I; Sáiz, 1983: 148 y s.s.

¹³⁸ Nuevamente, se nota la necesidad de organizar tablas de circulación de periódicos simplificando las secuencias de títulos -todavía cambiantes- para contar con una idea cabal del proceso de crecimiento -o de retracción- de la disponibilidad de periódicos para los lectores en cada momento. Las ventajas de los criterios de catalogación por nombre utilizados durante las primeras décadas de desarrollo de los repositorios se tornan desventajas cuando producen el equívoco de una cantidad y variedad de circulaciones muy superior a la real, además de dificultar el rastreo de los recorridos de sus protagonistas.

contra toda tendencia que extendiese la anarquía en la provincia de Buenos Aires y su ciudad puerto, lo cual le valió una actitud inicialmente muy condescendiente por parte de las autoridades, pronto viró hacia una oposición frontal y beligerante contra el proyecto de reforma eclesiástica iniciada por inspiración rivadaviana (Herrero, 2001, 2012). Su impotencia para lograr revertirlo, expresado en la virulencia de su discurso, le llevaría al destierro a fines de 1822. Una vez más, el deseado ámbito de pluralidad de voces políticas como signo de modernidad y civilización frente a las potencias europeas choca con los límites de la propia estructura de poder en construcción, que no logra admitir tensiones y diferencias a largo plazo en su seno. Sin embargo, el destierro de Castañeda muestra dos novedades: primero, la duración mucho mayor de la continuidad de las polémicas, en comparación con 1816-17 y muchísimo más con 1812; segundo, que salvando la violencia del destierro, comienza a observarse un signo de continuidad mayor en la duración y regularidad de los periódicos, signo que se notará en diversos ejemplos a lo largo de las décadas siguientes, como el reinicio de actividades periodísticas en una ciudad donde gobiernan opositores a quienes obligaron al periodista a desterrarse. Sucede por cierto con Castañeda, quien tras el breve tránsito por Montevideo recibe asilo por parte del gobierno de Santa Fe y acceso a la publicación en esa provincia y en Córdoba en los años siguientes, y sucederá con otros periodistas en el futuro.

Una tercera novedad se produce en una reconfiguración de la noción de las sociedades patrióticas heredada de las dieciochescas y atravesada por las variadas experiencias asociativas y de logias que prosperaron durante la década revolucionaria de Mayo y a comienzos de la década de 1820. La de mayor impacto fue la Sociedad Literaria de Buenos Aires, creada en reunión el 1° de enero de 1822¹³⁹, pues sería clave en la publicación de *El Argos de Buenos Aires*¹⁴⁰ y *La Abeja*, periódico y

¹³⁹ El 28 de diciembre de 1821 circuló una invitación para vecinos de la elite local, para reunirse a mediodía del día 29 en la casa del entonces presidente de la Junta de Representantes, el clérigo Dr. Julián Segundo de Agüero. En esa reunión, se retomó la tradición cultural iniciada en tiempos del virrey Del Pino, conformándose una nueva sociedad literaria: la Sociedad Literaria de Buenos Aires. En el reglamento, redactado por Manuel Moreno (regresado poco antes de su exilio en Estados Unidos) e Ignacio Núñez (funcionario y redactor de periódicos, entre ellos *El Argos* en su primera etapa), se indicaba que su objeto sería “propagar los conocimientos y las luces en todos los ramos científicos, industria y comercio”.

¹⁴⁰ Antecede a *El Argos*, redactado por el mencionado Núñez. Un artículo en el número 34, del 24 de noviembre, dio aviso de la suspensión. Antes había habido demoras por sobreocupación de las imprentas disponibles, y por problemas organizativos. Esto se explicitaba más ahora: no se podía continuar la empresa si no cooperaban con ella quienes se habían comprometido a aportar sus luces y sus esfuerzos, en tanto que uno de los integrantes del equipo se ausentaba de la ciudad por motivos privados. Concluía el artículo elogiando una vez más al gobierno. La interrupción fue breve, recomenzando con el mismo formato (dos columnas) y tipografía, pero con nueva numeración (desde 1). En la introducción a este nuevo primer número, hacían notar que Buenos Aires había quedado sin periódicos, pues suspendidos *El Argos*, el *Boletín de la Industria* y *El Patriota*, sólo quedaba el *Boletín Oficial*, por lo que era urgente un periódico “de interés general” (nótese que no se considera tal las publicaciones de Castañeda ni en contra de él). También aclaran que el título continúa la experiencia de 1821, pero ahora representando a la Sociedad Literaria con acuerdo de los anteriores propietarios. El periódico intentó asimilar la experiencia de la moderna prensa europea, llegando al extremo de anunciar que se pagaría, a modo de premio, las mejores colaboraciones, y a su vez no se publicarían “comunicados” o “remitidos”, limitándose a recibir los mismos para instrucción de los miembros acerca del asunto específico. *El Argos de Buenos Aires*, en efecto, se constituyó como un periódico “de interés general”, con publicación de noticias sobre asuntos públicos, ensayos sobre industria, comercio, crédito, temas literarios (teatro, poesía), etc. Con una enunciaci3n impersonal, cosa novedosa en un contexto de periódicos personalizados y cargados de diatribas, se diferenci3 de inmediato. Aun así, si en el contexto se diferenciaba, no faltaron las rimas mordaces y los ataques a Castañeda, a los portugueses, y muy particularmente al gobernador de Córdoba, Bustos.

revista que introdujeron una fuerte modernización en la prensa local¹⁴¹. Sugestivamente, ese mismo día en que se da inicio formal a la Sociedad Literaria, se creaba la Sociedad de Beneficencia, abriendo un espacio legítimo de sociabilidad pública para mujeres. La Sociedad de Ciencias Físicas y Matemáticas, fue fundada el 7 de abril de ese mismo año; la Academia de Medicina, el 19 de abril; la Sociedad de Jurisprudencia, el 9 de julio; la Filarmónica, el 25 de mayo de 1823. Una *Sociedad Amigos del País* se inició también en julio de 1822, publicando el mensuario *El Ambigú de Buenos Aires*. Otras sociedades fueron la *Sociedad Protectora de las Escuelas Lancaster*, a cargo de Juan Thompson, la *Sociedad Valeper*, creada en 1821, y nucleando un grupo de jóvenes en torno a Juan Lafinur, y subsistiendo hasta 1823 (Frizzi de Longoni, 1947: 71-79).

Estas iniciativas asociativas que ponían en manos de agrupamientos de particulares ciertas tareas de interés público e institucional, fueron creadas por decretos del Gobierno, e integradas por altos funcionarios. La *Sociedad Literaria*, por ejemplo, fue convocada y fundada por Julián Segundo de Agüero, presidente de la Sala de Representantes de la Provincia, máximo órgano legislativo. Desterrado Lafinur a Mendoza, funda allí la *Sociedad de Amigos de las Escuelas Lancaster* a imagen y semejanza de la de Thompson, en abril de 1822, con apoyo y participación directa de figuras clave del gobierno, como el gobernador Pedro Molina, el alcalde José Albino Gutiérrez y el Rector del Colegio Lorenzo Guiraldes. En marzo se había creado también la Sociedad Biblioteca Mendocina. El grupo lancasteriano de Mendoza editará ese año *El Verdadero Amigo del País*.

Estas sociedades comenzaban a mostrar ya una explícita intención de abreviar en otro tipo de vínculo con el Estado y la opinión pública, en concordancia con el giro que la elite económica y política que la ciudad buscará dar al aparato estatal, en un nuevo proyecto modernizador. En ese marco, prestaban especial atención a la prensa periódica. Si bien todavía se notan las marcas del concepto de prensa como vehículo de acción progresista del Estado, capaz de favorecer diplomática y comercialmente su imagen en el exterior, promover iniciativas de estímulo a la producción económica, favorecer la consolidación de las instituciones, etc., el impulso asociativista marcaba una diferencia sustancial con el período virreinal. Al menos en teoría, suponía considerar la iniciativa asociativa como el principio y no como la consecuencia de las obligaciones estatales. De allí que el estatuto de la asociación presentase marcas de ambas etapas:

“... no existir o no publicarse ningún periódico que diese a las naciones extranjeras un conocimiento del estado del país y sus adelantamientos y que fomentase la ilustración, organice la opinión, satisfaciendo el interés que justamente desplegaban todos los ciudadanos porque se crease y sostuviese un periódico instructivo y noticioso en Buenos Aires” (cit. por Frizzi de Longoni, 1947: 72).

¹⁴¹ Y fortalecieron la imagen del gobierno, tanto en el país como ante el exterior, como una institución capaz de asegurar la publicidad de los actos de gobierno sin carga de opinión ni argumentos a través de un *Boletín Oficial*, renunciando al periódico oficial y trazando lazos con una prensa que debía estar en manos de la sociedad civil.

Puede leerse en este párrafo un reconocimiento de la tradición precedente, el periódico con funciones estatales (imagen hacia el exterior, fomento de la ilustración, organización de la opinión), pero también un reconocimiento de la inversión de la noción tradicional de representación: no necesariamente es el Estado sino la ciudadanía la que impulsa la creación de un periódico.

Por ello, el Art. 20 del Estatuto se decide que se publicará un periódico que hereda -en parte- el nombre de uno precedente editado por un miembro de la nueva Sociedad. El nuevo periódico será “papel ordinario de un pliego” titulado *El Argos de Buenos Aires*. Sería bisemanal (cosa que se cumplió, e incluso se pasó a diario en una etapa), y deberá “contener todo cuanto conduzca a formar un canal verdadero de comunicación y noticias” (Art. 21), y se indica responsables por tipo de tarea, así como una Comisión a cargo de su conducción general. Novedosamente, se plantea un sostén económico cuyo planteo básico es la independencia respecto del Estado: “se hará por cuenta y de los fondos de la Sociedad, en la forma en que los redactores acuerden” (Art. 25), en tanto que “las contratas serán hechas por escrito entre el impresor y la Sociedad, y esta quedará responsable de las resultas de la publicación” (Art. 26).

El estatuto complementaba esta publicación bisemanal -o diaria- con una mensual, con el formato clásico de las revistas de ciencia y economía: “un periódico mensual en forma de folleto de cuatro páginas, bajo el título *La Abeja Argentina*, que tendría “... traducciones selectas; los descubrimientos recientes de los pueblos civilizados; las observaciones meteorológicas del país; las medidas sobre la constitución de los años, de las estaciones, y un resumen de las enfermedades de cada mes, un sumario de los adelantamientos de la provincia” (Art. 28, cit. en ídem: 74). El Estatuto abundaba en detalles que apuntasen al autosostén económico de ambas publicaciones, estipulando criterios para las tiradas, puntos de venta, precio de la suscripción y del ejemplar suelto (Art. 49), así como como a la asignación del eventual beneficio económico de las publicaciones, para aumentar el fondo común de las mismas, así como retribuir a redactores y colaboradores. El fondo común, iniciado tanto con aportes como subsidios y eventuales ingresos por ventas, debería priorizar la adquisición de una imprenta en Londres, en lo posible con todo su equipamiento complementario para cumplir su función a plenitud (Arts. 47 y 48).

El estatuto ponía la posibilidad de recibir préstamos o subsidios en fondos que el Estado “tenga destinados a la instrucción pública” como una sección más de la actividad económica. Esta posibilidad, sin embargo, era explícitamente conocida, en tanto el grueso de los miembros fundadores de la sociedad ejercía a su vez altos cargos en el Estado. En septiembre de 1821 la *Gaceta de Buenos Aires* se había extinguido para dar paso al *Boletín Oficial*, en consonancia con la toma de posesión del nuevo gobernador Martín Rodríguez, y de su ministro de Gobierno Bernardino Rivadavia, y *El Argos*, predecesor del nuevo *El Argos de Buenos Aires* a crearse, había

recibido subsidio estatal y había sido impulsado por un miembro de la Sociedad. Aunque el subsidio estatal aparecía, como posibilidad, en un artículo posterior a los referidos al autosostén, en pocos meses el subsidio directo e indirecto (otras ayudas y exenciones) pasó a ser fundamental para la supervivencia de la publicación (Myers, 2003a).

Poco después (21 de enero de 1822), se agrega la decisión de sumar *El Precio Corriente Semanal* a sus publicaciones, un boletín focalizado exclusivamente en información mercantil. De este modo, por acción de un Estado explícitamente orientado a transferir recursos a este espacio de asociaciones, se va conformando una trama de sociabilidades no ancladas institucionalmente en el aparato estatal, sino en espacios autónomos al que se asigna relevancia pública, esto es, una esfera pública de lo público en sentido habermasiano. En el aspecto periodístico, la voluntad gubernativa - o su voluntarismo- propone desglosar como esferas autónomas todas las prácticas del ideal de la prensa burguesa al mismo tiempo: evitar el periódico oficial y por el contrario, garantizar la publicidad de los actos de gobierno a través de un *Boletín o Registro Oficial*; publicar un periódico “de interés general” con amplias secciones temáticas, uno de interés estrictamente mercantil, y uno de interés científico-intelectual.

El Argos se mantuvo estable durante casi dos años, pero a comienzos de 1824 se notaron diferencias en el equipo original. El 3 de enero, un comunicado decía: “Una ocurrencia inesperada nos ha puesto en situación de no poder conciliar el nuevo carácter que hemos recibido, con ser editor de ningún periódico. En esta virtud, deberá saber el público que desde el número siguiente corre éste por otra mano”. En efecto, durante 1824, además de roces por la responsabilidad de devolución de suscripciones no cumplidas por la Sociedad Literaria (en tanto los nuevos propietarios, que eran en realidad los mismos de 1821, iniciaban una nueva), surgieron diferencias de estilo en que se notaba un interés mucho más comercial de quienes la redactaban. *El Argos* pasó a llamarse *El Argos de Buenos Aires y Avisador Universal*, con una sección en su última página íntegramente dedicada a avisos, noticias comerciales y movimiento de barcos.

En Mendoza, la creación de la Sociedad Lancasteriana muestra el peso de estas sociedades en la promoción de la prensa. Juan Escalante, propietario de la imprenta particular, era miembro de la Sociedad, y esta, a su vez, administró su propia imprenta, gracias a gestiones respaldadas desde el Ministerio de Gobierno. De la Imprenta de Escalante surge el 20 de mayo de 1820 el primer periódico mendocino, *El Termómetro del Día*, que intenta defender al gobierno sin caer en el tono de un periódico ministerial. Su duración es breve, hasta el día 4 de julio, tirando apenas siete números, y siendo continuado por la *Gaceta de Mendoza*, iniciada el 8 del mismo mes y con duración hasta el 9 de septiembre del mismo año, tirando en total diecisiete números. Si bien se trata de una experiencia tenue y breve, resulta un notable salto para el Interior argentino y un indicio

de las nuevas formas que la elite social cuyana y la porteña exploran para articular los ámbitos de incipiente publicidad, y del mismo modo, sus dificultades y límites (Molina, 2008).

Este periodismo en Mendoza nos habla de una cuarta novedad: el surgimiento efectivo de la prensa periódica y la imprenta en el Interior, además de un ambiente cuyano en el que coexisten al menos dos imprentas en algún momento de los años 1822-24, y sobre todo, un ámbito intelectual proclive a la sociabilidad en agrupamientos civiles de interés educacional y cultural. Si bien la Imprenta y la Sociedad Lancasteriana aparecen ampliamente incubadas desde el Estado, que les brinda la concesión de impresos y el marco edilicio para la imprenta, así como tareas del quehacer educacional gubernativo, las prácticas educacionales y periodísticas muestran algunas características análogas, aunque en menor volumen, a otras observables en Buenos Aires: un gobierno abierto a la imprenta y las sociedades, la transferencia de recursos y tareas a las mismas, la reforma eclesiástica como disparador de pluralidad de periódicos en debate, la cita mutua de contenidos entre *el Argos* publicaciones locales, la búsqueda de un marco legal protector de la libertad de asociación y reunión, etc.

En contraste con los antecedentes estrictamente militares de la prensa en el Interior, en 1820 Mendoza, con su conexión mercantil con Chile y un marco gubernativo que simpatizará - sobre todo a partir de la asunción de Pedro Molina como gobernador, con la “feliz experiencia” rivadaviana. El periodismo será aún estatal, pero en forma análoga a lo sucedido en Buenos Aires con *el Argos*, el gobierno transferirá recursos para que grupos societarios contraten la publicación de leyes y decretos, así como un periódico gubernativo. Los títulos son elocuentes: *Gaceta de Mendoza*, *Registro Ministerial*, etc. a los que se agregan otros más políticos: *El amigo del país*, *El Orden*. Ya en 1820, considerando que *El Termómetro del Día* y la *Gaceta de Mendoza* son continuación uno del otro, una duración de cuatro meses es auspiciosa. Pero debe considerarse, en contraste, el fuerte peso del aparato estatal: el cambio de nombre obedece al cambio de gobierno. Tomás Godoy Cruz asume la gobernación el 3 de julio de 1820; *El Termómetro del Día* cesa el 4 de julio, en tanto que la *Gaceta Ministerial* nace el 8 de julio.

A esta innovación periodística a la vanguardia del Interior se agrega en Tucumán, entre el 14 de agosto y el 3 de octubre, la publicación mensual de tres números de *El Tucumano Imparcial*. Es un periódico gubernativo elaborado en la misma imprenta llevada antes por el Ejército del Norte, orientado a apoyar el proceso de sanción y jura de una Constitución para la provincia constituida en República Federal hasta tanto se reúna el congreso nacional. Es una presencia ínfima, pero funda un nuevo uso de la prensa en el Noroeste argentino.

A estas novedades ha de agregarse, finalmente, un dato muy significativo en Buenos Aires: la creciente importancia de los ciclos electorales. En los prolegómenos de la elección que pondrá a

Martín Rodríguez a la cabeza de la Provincia y por extensión, de los poderes delegados provisoriamente por las demás provincias, se producirá un reavivamiento de prensa.

Tras la efímera publicación (dos números entre el 14 de agosto y el 2 de septiembre de 1820) de *El amante del Bien Público a los Habitantes del Sud*, Juan Francisco Mota, Salvador María del Carril y Ramón y Avelino Díaz publicaron *La Estrella del Sud*, que duró lo que el momento de impulso a la instalación de Martín Rodríguez: 9 de setiembre al 16 de octubre. En esta línea, el periódico atacó a Castañeda, defendió al Gobierno y a Rodríguez, así como al gobierno de Mendoza amenazado por un movimiento sedicioso¹⁴². El 2 de noviembre arranca *La Legión del Orden o Voz del Pueblo*, que tira 10 números y un suplemento en forma semanal cesando el 11 de enero de 1821. El 17 de noviembre, quince días después que la *Legión del Orden*, apareció el *Semanario Político o Compendio de Documentos y Noticias*, que tiró sólo cuatro números hasta el 8 de diciembre. El 19 de diciembre, finalmente, aparece *El Imparcial*, que tiraría, con periodicidad quincenal, 11 números y un prospecto en total, a cargo de Feliciano Sáenz de Cavia. Finalmente, debe mencionarse *El Constitucional, o sea Crónica Científica, Literaria y Política*, que tiraría prospecto y número único el 19 de noviembre, y muestra la persistencia de una práctica observada en la década anterior: la reproducción de fragmentos de periódicos extranjeros y su venta. En este caso, de *El Constitucional, o sea Crónica Científica* editada ese año en Madrid por liberales españoles y con participación decisiva de figuras hispanoamericanas como el mexicano Gorostiza, que lo dirigió en el segundo trimestre de ese año. Se intentó publicar también *La Ilustración Pública*, que sólo vio el prospecto en diciembre, a cargo de Pedro José Agrelo, quien intentó dar a la publicación un tono extremadamente mordaz y satírico de las publicaciones de Castañeda, como lo indica su extenso título completo: *La Ilustración Pública. Con la flor y la nata de la filantropía - Periódico dedicado a la Sociedad Teo-Filantrópica del Buen Gusto. Que dirige, amasa y fomenta las Nefandas Tareas del Nuevo Fraile Cirilo de Buenos Aires - El cual será al mismo tiempo Despertador a la nueva usanza - para los ciudadanos incautos que lo aplauden*. Como puede observarse, el impulso electoral del cambio de autoridad moviliza los esfuerzos de las fracciones del funcionariado estatal, donde se repiten nombres conocidos ya del periodismo de años anteriores: Agrelo, Cavia, Díaz, Del Carril, y comienzan a esbozarse las fracciones que terminarán de tomar forma en los años siguientes (Cavia, por ejemplo, reafirmará su pertenencia a la fracción dorreguista). La densidad de la oferta periodística, sin embargo, es todavía muy baja. A pesar de la virulencia de los discursos mutuamente mordaces, y del fuerte impacto en la estabilidad política que supusieron, hasta el 14 de

142 Del Carril tendría pocos años después un importante rol en Cuyo, tras la separación de San Juan como provincia autónoma. Será ministro de Gobierno de José María Pérez de Urduin, y lo sucederá como gobernador entre enero de 1823 y septiembre de 1825. En su rol dirigió un gobierno de tendencia liberal, sancionó una Constitución -denominada Carta de Mayo- y mandó publicar un humilde semanario -El Defensor de la Carta de Mayo- impreso a una columna y con cinco páginas, que inició su publicación en junio de 1825, cesando con la caída de Del Carril en septiembre.

agosto de 1820 la oferta periodística se limita a la *Gaceta de Buenos Aires* y los periódicos de Castañeda. Desde el 14 de agosto en adelante, si bien los catálogos registran varios títulos, la prensa no ministerial suma apenas 28 números, con simultaneidad de oferta sólo a lo largo del último mes y medio del año. Si bien puede notarse un muy tenue florecimiento periodístico en novedosa coincidencia con el momento de elección de gobernador, aún no es el momento de impulso a la modernización, sino de la utilización de recursos preexistentes, en un contexto de fractura del Estado. El cambio más profundo llegará más adelante, esbozándose entre el período de gobierno de Martín Rodríguez y el primer gobierno de Rosas, y consolidándose, paradójicamente, durante el segundo gobierno de este último.

Martín Rodríguez asume en octubre de 1820 como gobernador¹⁴³, nombrando poco después a Bernardino Rivadavia como ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, generándose un tiempo de reformas y modernización de la estructura estatal, y del periodismo.

2.2.4. La irrupción de Castañeda: el título mordaz como parte del texto

Aunque los catálogos tradicionales de prensa hablaban de muchos periódicos entre 1820 y 1823, tomando en consideración la duración y cantidad de números efectiva, así como los casos de cambio de nombre por razones retóricas para un mismo periódico, la cifra real de periódicos muestra una disponibilidad de lectura, semana a semana, muy inferior a lo que dan a entender los trabajos “catalográficos” (en el sentido dado por Rivera y Romano, a esta expresión). Rara vez el habitante de Buenos Aires dispuso de más de tres periódicos simultáneos hasta varios años después de este momento. Esto se debió, en parte, a que el más rico debate político y periodístico se dio con un estilo tradicional propio de la panfletería satírica europea y la prensa de pasquines y panfletos, con lo que los nombres de periódicos tendieron a cambiar constantemente títulos que constituían en sí mismos argumentos mordaces. Así, el padre Castañeda editó una docena de títulos en este lapso, pero en realidad se trató, en gran parte de esos cambios, del mismo periódico en un estilo de prensa en que no se daba continuidad a una “marca” institucional pues todo el mundo sabía que era “el periódico del padre Castañeda”, fenómeno que Habermas ha señalado también para los principales casos europeos antes de la industrialización. De hecho, los títulos solían ser impronunciables. Esta actitud fue emulada por sus contrincantes, aunque no con la intensidad y continuidad de Castañeda. Simplificado este listado, agréguese algunos papeles de circunstancias (que no fueron periódicos en el sentido estricto, durando un par de números o poco más) completándose la suma total de periódicos, y se obtiene un actor coherente con su tiempo: provee aproximadamente un número

¹⁴³ La Junta de Representantes lo nombró el 26 de septiembre. Nótese la coincidencia de la aparición de periódicos con el clima electoral previo.

semanal a lo largo de un año y medio de creciente conflicto por la reforma eclesiástica que fractura lo que antes era un todo único entre Estado e Iglesia.

Cuando comienza a esbozarse lo que será el comienzo de la profunda reforma eclesiástica, Castañeda edita su primera hoja. Como se trataba de un artículo publicado en *El Americano*, el periódico se llamó *Primera Amonestación al Americano*, publicado con doce páginas en diciembre de 1819, y con número único. En una de sus doce páginas (en formato libro, a una sola columna), Castañeda anuncia el nombre de un nuevo periódico cuyo título será *El Monitor Macarrónico místico político o el citador y payaso de todos los periódicos que fueron, son y serán o el Ramón Yegua, Juan Rana, Tirteafuera y Gerundio solfeador de cuanto sicofante se presentase en las tablas de la revolución americana, para que Dios nos libre de tantos pseudósofos, de tantos duendes, fantasmas, vampiros y otras inocentísimas criaturas*. Vinieron luego una *Segunda Reconvención* y una *Tercera Amonestación al Americano*. Luego, ya en 1820, e intercalados en su fecha de salida (no siempre regular) hasta 1822, le siguieron *El Despertador Teofilantrópico Místico-Político, dedicado a las matronas argentinas, y por medio de ellas a todas las personas de su sexo que pueblan hoy la faz de la tierra y la poblarán en la sucesión de los siglos*; *El Despertador Teofilantrópico Místico-Político*; el *Suplemento al Despertador Teofilantrópico Místico-Político*; el *Paralipómenon al Suplemento del Teofilantrópico* (quince números entre setiembre de 1820 y setiembre de 1822); el *Desengañador Gauchi-político, Federi-montonero, Chacuaco-oriental, Choti-protector y Puti-republicador de todos los hombres de bien que viven y mueren descuidados en el siglo diecinueve de nuestra era cristiana*; el *Dom Eu Nao Me Meto con Ninguem*; *La Matrona comentadora de los cuatro periodistas*; *La verdad desnuda*; *La guardia vendida por el centinela y la traición descubierta por el oficial del día*. Este conjunto de periódicos, que cesó en noviembre de 1822 con el destierro de Castañeda, apuntaba con sus títulos a la expresión mordaz y destructiva de la producción de aquellos periódicos -oficiales o no- que defendían al gobierno. Considerados en su totalidad, pueden verse como parte integrante de un solo semanario que existió estos dos años, con la salvedad de que hubo momentos en los que contar con todos los números supuso pagar más de una suscripción. Esto muestra la experiencia de Castañeda como una onda más de la paulatina estabilización de voces opositoras y polémicas en el periodismo, pero muestra a su vez las limitaciones que reducían los protagonistas a fracciones de la estructura estatal (en el caso de Castañeda, el clero amenazado por la reforma que les quitaba poder en las instituciones educativas, en el gobierno y en la mantención de los conventos y otras propiedades eclesiásticas). Se repite finalmente el cuello de botella que se observa desde la década anterior: los sucesivos gobiernos impulsan con su propio presupuesto la pluralidad de voces periodísticas, pero ellos mismos la clausuran poco después, porque las polémicas se salen de control y amenazan producir crisis de

gobierno y asonadas, aunque se nota ahora que la polémica permanece más tiempo que en las experiencias de la década anterior (Herrero, 2001).

La liberación de la creatividad mordaz desatada -quizás no intencionalmente- por Castañeda produjo una respuesta desde la defensa de la reforma y la nueva institucionalización propuesta por quienes protagonizaron “la feliz experiencia” rivadaviana durante el gobierno de Martín Rodríguez. El periodismo, no exento hasta entonces de furia pendolista, alcanzó cotas mucho más elevadas. El oficial de gobierno y abogado Pedro José Agrelo se encargó del título mordaz mencionado en la sección anterior, que parodiaba a Castañeda: *La Ilustración Pública. Con la flor y la nata de la filantropía - Periódico dedicado a la Sociedad Teo-Filantrópica del Buen Gusto. Que dirige, amasa y fomenta las Nefandas Tareas del Nuevo Fraile Cirilo de Buenos Aires - El cual será al mismo tiempo Despertador a la nueva usanza - para los ciudadanos incautos que lo aplauden*, del cual sólo apareció un prospecto que respondía violentamente (“fraile díscolo y grosero, enemigo de la sociedad (...) fraile godo, desvergonzado, díscolo, imprudente, faccioso, sanguinario, que parece no había esperado sino una ocasión favorable de vomitar sobre este desgraciado pueblo todo el veneno que abrigaba en su pérfido corazón”) a Castañeda.

Sobre los últimos meses del año 20 hubo algunos títulos más, todos efímeros. Pedro F. Sáenz de Cavia inició el 14 de diciembre de 1820 una serie de publicaciones, comenzando por *El Imparcial*, y luego *El Patriota* (desde el 1 de setiembre al 28 de noviembre de 1821). Aunque también se le asigna (desmentida por él) la redacción de *Las Cuatro Cosas o el Antifanático*, y *El Lobera del Año 20*, periódicos cargados de diatribas¹⁴⁴. Cavia, redactando para lo que pronto se delimitaría como la fracción dorreguista, intentó dar a sus periódicos un tono más moderado que el de combate imperante, agregando tópicos que podían salirse de la consigna destructiva: las campañas de San Martín en el Pacífico, las campañas contra los indios, las cuestiones de progreso local, la libertad de prensa “inviolabilidad de los escritores públicos” “cuyo juez es la nación entera y no los déspotas”, etc. En cuanto a la configuración de una corriente de opinión, los textos de Cavia defienden al gobierno contra Castañeda, y lo elogian cuando toma medidas solicitadas por su fracción: amnistía para los desterrados y fugitivos, etc. Juan C. Lafinur y Camilo Henríquez editaron *El Curioso*, del que salieron cuatro números. Lafinur sería poco tiempo después, obligado a dejar su cátedra en la Universidad y huir¹⁴⁵ a Mendoza, donde realiza las mencionadas actividades en la Sociedad Lancasteriana y redacta *El Verdadero Amigo del País*. A fines de agosto comenzó a circular un *Boletín de la Industria*, de contenido específicamente comercial. Este boletín iniciaba una etapa más

¹⁴⁴ “Lobera” hace referencia al arma de caza de lobos marinos. *El Lobera de a 36 reforzado*, cambio de título del anterior, fue denunciado junto a otros títulos -sus enemigos incluidos- y obligado a cesar.

¹⁴⁵ Debido a las presiones de los sectores más tradicionales, tanto de la Iglesia como del ámbito civil. Castañeda contribuyó en gran medida a su destierro por medio de las demolidoras críticas a su intento de enseñar Ideología y Filosofía de la Ilustración, dejando de lado la Escolástica.

explícitamente orientada al fin empresario que en esta década tomaría forma dentro de las limitaciones impuestas por el mercado aún pequeño. El editor de este boletín difundió un panfleto entre los vecinos para pedir suscripción “por la mezquina cuota de un real por semana”, pero la experiencia no pudo sostenerse y cesó el 12 de octubre.

Como puede observarse, en los comienzos de la modernización bonaerense la prensa continúa atada en sus avances y retrocesos a los ciclos estatales de guerra y derrocamiento, aunque comienzan a esbozarse algunos signos de mayor continuidad en el tiempo de algunas experiencias, asociados a la creación de un sistema de representación electoral, el esfuerzo estatal por desarrollar un ámbito letrado de circulación cultural, y la búsqueda de una prensa de características más modernas como signo de legitimidad del aparato estatal frente a potencias extranjeras y frente a la propia población letrada. Tras el interregno de febrero-marzo que reduce la prensa rioplatense a su mínima expresión, el espacio periodístico se amplía en Buenos Aires con la novedosa irrupción de los periódicos del padre Castañeda, quien primero publica apoyado por la reacción antifederal porteña, horrorizada por el riesgo de anarquía, y poco después vira hacia una crítica frontal a la reforma eclesiástica, crítica que consume todo el año 1822 y gran parte de 1823 hasta que el gobierno lo destierra.

Más allá de la interesante innovación periodística de Castañeda, su presencia como voz distinta y pronto opositora al gobierno no hace sino mostrar la disgregación de las voces gubernativas, expresada por los intereses de distintas fracciones. Esto es, los primeros esbozos de simultaneidad de periódicos y de voces disonantes o aún polémicas, no se hace presente desde publicaciones externas al Estado que van ganando palmo a palmo espacios adaptativos y expresiones eufemísticas para sortear la censura estatal, como sucediera en los casos canónicos europeos, sino que es el resultado directo de la acción del Estado, ya sea porque es el propio Estado el que toma la iniciativa (recuérdese las dos experiencias de *El Censor* en 1811 y 1815), o bien porque el estado sufre una fractura, como sucede con el proceso de subordinación de la estructura eclesiástica a la autoridad estatal civil expresado por la reforma rivadaviana, y de cuyo efecto de fractura de la unidad del Estado nacen las publicaciones de Castañeda contra el gobierno.

2.2.5. La “feliz experiencia” de 1821-24

La historiografía argentina denomina así al período en que Rivadavia, ministro del gobierno de Martín Rodríguez, (1820-1824) impulsó gran cantidad de reformas, imitando las instituciones europeas. Su gobierno racionalizó la administración pública, fomentó la educación tanto básica como superior, creando la Universidad de Buenos Aires, realizó obras de infraestructura de transportes, correos y edificios públicos, modernizó la policía y las fuerzas de defensa, creó la bolsa de comercio, el banco de descuentos y otras instituciones y normas novedosas. El banco de

descuentos, al asumir la emisión de papel moneda y descontar obligaciones y recibir depósitos, cambiaba en profundidad un sistema monetario que había dependido por completo del metálico que -saliendo del Alto Perú- hacía aduana en Buenos Aires (Ternavasio, 2009).

Prácticamente no hubo institución sin reformar. El nuevo régimen electoral daba un gran salto hacia el régimen parlamentario democrático representativo, al fijar la elección popular de la Junta de Representantes, con voto igualitario para los varones adultos nativos. Este régimen posibilitó, en 1823, el primer ingreso de una lista opositora a la legislatura, causando con ello un impacto decisivo en la modernización de la prensa, que habría de iniciar su adaptación a la constante confrontación de discursos sin que ello implique una inmediata crisis de gobierno. La reforma eclesiástica, que abolió los diezmos y simplificó la estructura de la Iglesia, secularizando algunos de sus bienes y reafirmando el patronato estatal, apuntaló el proceso modernizador, pero también fue la piedra de toque para la irrupción de los periódicos del padre Castañeda, que instalaron en Buenos Aires la permanencia de un discurso crítico y opositor a medidas del gobierno. Numerosas otras reformas y acciones de consolidación del gobierno bonaerense muestran no sólo voluntad de progreso y modernización, sino un proyecto de modelo económico y régimen político basado en la explotación ganadera, la exportación y la imitación de las instituciones europeas. Para ello, se logró la paz con el Litoral por medio de los tratados de Benegas y del Cuadrilátero, se amplió la frontera Sur y Sureste combatiendo a los indios que realizaban malones. Sobre esa base se creó el sistema de enfiteusis¹⁴⁶ para estimular la producción agropecuaria y la colonización de la pampa húmeda.

Este ímpetu modernizador también se notó en la prensa periódica. La presencia de discursos opositores como el de Castañeda fue combatido con periódicos sostenidos desde el aparato estatal pero no oficialmente ministeriales, en tanto que Castañeda, hasta el momento de cenit del conflicto en el cual es desterrado (1823), pudo emitir sus feroces críticas durante casi tres años. La profusión de periódicos y panfletos en período electoral también es parte de esta innovación que habilita el disenso con dificultades, pero ya evitando la supresión inmediata de toda voz disonante.

El gobierno de Rodríguez tomó medidas explícitas para la prensa. En primer lugar, dejó atrás el modelo de las gacetas de Estado. La *Gaceta de Buenos Aires* fue suprimida en 1821 tras once años de publicación ininterrumpida, siendo reemplazada, por un lado, por un *Boletín Oficial*, y por otro, por la mencionada una iniciativa “privada”, organizada por la Sociedad Literaria (*El Argos*, *La Abeja*, *El Precio Corriente*), con pretensión de constituirse en periódicos “modernos”, innovadores

¹⁴⁶ La Ley de Enfiteusis fue sancionada por la Junta de Representantes en agosto de 1822, ratificada en 1827 y modificada en 1828. Se basaba en la imposibilidad de enajenar tierras públicas, hipotecadas por el empréstito de la Baring Brothers. Suponía la cesión del dominio de campos por veinte años a cambio del pago de un canon. La medida buscaba tanto generar recursos fiscales como fomentar la inmigración y colonización, pero dio como resultado, en las décadas siguientes, una gran concentración de la propiedad de tierras en muy pocas manos (Giberti, 1961; Oddone, 1967; Halperín Donghi, 2005).

a escala de secciones y temas, tratamiento de la información, formato (a tres columnas), duración (casi todo el período de gobierno de Rodríguez) y periodicidad (alcanzaría los cuatro números por semana). Complementariamente, se impulsaría la expansión de la imprenta en el Interior, enviándose, por ejemplo, una imprenta a Salta, con un responsable de operarla¹⁴⁷, y facilitando su inclusión en Mendoza y San Juan, así como proveyendo equipamiento y, cuando la imprenta fue adquirida por opositores a su gobierno, como lo fue la de Córdoba en 1823 por el gobierno cordobés, no puso dificultad alguna para su ingreso.

Estas medidas, sin embargo, mostraron nuevamente que no se hacían presentes aún las condiciones para un despegue privado de la prensa periódica. *El Argos de Buenos Aires* dependió por completo del aparato estatal, por más esfuerzos que se hicieran para que esto no fuese necesario (Myers, 2003a, 2003b), en tanto que la imprenta salteña debió cesar su único periódico apenas se produjo el primer conato de tímida crítica discursiva por Ascasubi, a quien se privó de redactar la revista, aún al costo de cerrarla. En noviembre de 1825, se lo destituyó del cargo, dejando Ascasubi la provincia en diciembre. Pero aun así, la imprenta queda funcionando en Salta, operada por dos responsables formados durante la estadía de Ascasubi (Sosa de Newton, 1981; Mujica Láinez, 1945, 1966).

Pero a pesar de estas limitaciones, las señales de cambio son contundentes. Si en 1819 sólo tres provincias interiores contaron con imprentas y dos con un boletín militar, en 1827, a la salida de Rivadavia, la imprenta estará presente en ocho, y la prensa periódica, al menos esporádicamente, también en esas ocho (Córdoba, Corrientes, Entre Ríos, Mendoza, Salta, San Juan, Santa Fe y Tucumán) sobre un total de trece, en todos los casos por iniciativa estatal¹⁴⁸. En la ciudad de Buenos Aires, la primera vez que existió simultaneidad de imprentas fue con la llegada del impresor cubano Valdés, acompañado por Manuel Gandarillas, Camilo Henríquez y otros emigrados chilenos¹⁴⁹. Pero al iniciarse la reconstrucción institucional posterior a la anarquía del '20, figuras

¹⁴⁷ Renovados en Buenos Aires los equipos de la Imprenta del Estado y transferida la publicación periódica a *El Argos* (quedando el Estado a cargo de un Registro Oficial), el gobierno realizó una acción doblemente beneficiosa: vendió los equipos remanentes de la vieja Imprenta de los Niños Expósitos (cuya últimas renovaciones sucedieron en 1807, 1809 y 1814) al gobierno de la Provincia de Salta, impulsando de este modo una nueva provincia con imprenta y periódico. El contrato para llevar a Salta no sólo la imprenta sino su operador tipográfico y redactor se llevó a cabo el 31 de agosto de 1824: el tipógrafo era el aún muy joven (menos de 18 años) Hilario Ascasubi, futuro poeta gauchesco de gran fama, además periodista y militar. En este contrato Ascasubi se comprometía a formar tres aprendices, realizar todas las impresiones solicitadas a cambio de salario, y por su parte se reservaba el derecho de realizar trabajos a particulares. Al mes siguiente, 30 de septiembre, aparecía el primer número de la *Revista Mensual de Salta*, editada por el gobierno y con redacción a cargo del hijo del gobernador, José Idelfonso de Arenales (Sosa de Newton, 1981: 29-31).

¹⁴⁸ Una expansión equivalente sólo podrá observarse durante la presidencia de Urquiza en la década de 1850, cuando la imprenta y el periodismo crecen en esas provincias y se extenderán a Santiago del Estero (imprenta, 1854, periodismo, 1859), Catamarca (imprenta, 1856, periodismo, 1857), Jujuy (1856) San Luis (imprenta, 1847, periodismo, 1858), La Rioja (1856), aunque existe el paso efímero de una imprenta militar en 1826 (Zinny, 1868).

¹⁴⁹ Valdés poseía amplia experiencia como impresor y editor de libros en Cuba; había llegado a Chile pero pasó a Buenos Aires junto a los patriotas chilenos que huían de la derrota de 1814. En Buenos Aires dirigió su imprenta que recibió el importante contrato del Estado para la publicación de *El Censor* por orden del Cabildo, y de *La Prensa Argentina* por su cuenta en simultáneo. En 1817 dejó la actividad para partir a Europa en representación diplomática de la Argentina. Gandarillas había sido tipógrafo durante la publicación de *La Aurora de Chile*, primer periódico patrio de ese país. En el destierro en Buenos Aires fundó una casa de impresión de naipes y una imprenta. En la década de 1820 volvería a Chile participando en el gobierno y dedicándose a la prensa nuevamente. Henríquez había sido el redactor principal de los dos periódicos patriotas: *La Aurora de Chile* (1812-1813) y *El Monitor Araucano* (1813-1814). En el destierro en Buenos Aires tuvo a su cargo la redacción de artículos para la *Gazeta de Buenos Aires* siendo su

de la elite político-social incorporan imprentas privadas, instaladas para proveer servicios con fines de lucro (impresos a pedido) y que, contactos faccionales en el Estado mediante, logran también imprimir periódicos. Son los casos de las imprentas de la Independencia, la de Phocion, la de Arzac (Imprenta Argentina). Para 1827, el Almanaque de ese año informa la presencia de seis imprentas no estatales en Buenos Aires (Rivera, 1998).

Otro grupo de periódicos se inició intentando adoptar los formatos de la prensa moderna europea, con su tendencia al formato a varias columnas por página (dos, tres, luego a cuatro y cinco), combinación de información y editorialización política, elementos educativos y culturales, textos cuyo único fin era el entretenimiento, información comercial, publicación de actos de gobierno, crónicas de teatro, etc. Lo hicieron combinando el esfuerzo por lograr suscripciones estables y numerosas, con la búsqueda de subsidios desde el propio gobierno y el apoyo de núcleos de colaboradores pertenecientes a la elite porteña.

Cuando el gobierno sacó de circulación a la vieja *Gaceta de Buenos Aires* en septiembre de 1821, poniéndose a tono con la más moderna figura del *Boletín Oficial* para publicar los actos de gobierno, quedaba abierta la posibilidad de subsidios a periodistas “independientes” motivados en el apoyo a la “ilustración”, la instrucción pública y la prensa independiente, pero producía un cambio contundente al abandonar el concepto de periódico de Estado (gaceta oficial) con contenidos periodísticos¹⁵⁰, y garantizar la publicidad de las leyes y decretos del gobierno en forma independiente del resto de las funciones de la prensa que se cedían a la sociedad civil, al menos -por ahora- como expresión de deseos. La medida, que tuvo efecto definitivo (Buenos Aires cuenta, más allá de cambios de nombre, con algún *Boletín Oficial* desde entonces), fue replicada en los años subsiguientes por las provincias que ya poseían imprenta, tanto aquellas con plena afinidad con la política rivadaviana como las que poseían otras tendencias de gobierno. La medida no significó, en modo alguno, el fin de la prensa oficial en ellas, pero marcó un antes y un después en la configuración de los criterios de publicidad, abriendo la posibilidad, de transferir la prensa al sector privado sin perder el Estado (parlamentarizado) la tarea a la que se obliga constitucionalmente.

La tabla 2.3. nos muestra la adopción temprana del sistema de Registro Oficial por parte de Buenos Aires y las provincias con buena relación con el gobierno de Rodríguez y Rivadavia: Mendoza, San Juan, Corrientes, Salta, Entre Ríos (en este último caso la experiencia se trunca y reinicia con la instalación de la nueva imprenta). El gobierno nacional de Rivadavia replica este criterio. Lo hace también Uruguay apenas logra controlarse el territorio por los patriotas.

redactor principal por un breve período, y la dirección y redacción de *El Censor*. Tras el triunfo sanmartiniano en Chile volvió a su país, donde condujo periódicos estatales y dirigió la Biblioteca Nacional.

¹⁵⁰ El *Boletín* no habría de contener elementos editoriales ni de entretenimientos, sino sólo la publicación de los actos de gobierno para su publicidad.

Tabla 2.3. Aparición de Boletines o Registros Oficiales en Buenos Aires y en las Provincias

Provincia	Registro	Periódicos con función de registro
Buenos Aires	1821 <i>Boletín Oficial</i>	<i>El Argos de Buenos Aires</i> <i>La Abeja Argentina</i> <i>El Precio Corriente</i> <i>El Ambigü de Buenos Aires</i> <i>El Correo de las Provincias</i>
Presidencia Rivadavia	1826 Boletín Oficial	<i>El Correo Nacional</i> (1826-1827) <i>Crónica Política y Literaria de Buenos Aires</i> (1827) <i>El Conciliador</i> (1827)
Montevideo	1827 <i>Registro Oficial de la Provincia / Registro Nacional</i>	(Lista no excluyente, 1827-29): <i>El Cometa</i> (Canelones); <i>El Eco Oriental</i> (Canelones); <i>El Guarda de sus Derechos</i> (Durazno); <i>Boletín del Ejército Republicano</i> ; <i>El Redactor Oficioso</i> ; <i>El Constitucional</i> (Canelones); <i>La Gaceta</i> ; <i>El Universal</i>
Mendoza	1822 <i>Registro Ministerial</i>	<i>El Verdadero Amigo del País</i> (1822-23) <i>El Amigo del Orden</i> (o <i>El Orden</i> (1822-23))
San Juan	1825	<i>El Defensor de la Carta de Mayo</i>
Córdoba	1829 (<i>Registro Oficial</i>)	<i>Córdoba Libre - La Aurora Nacional</i> (1829-1831) <i>El Argentino</i> (1829-1830)
Santa Fe	1843	<i>El Eco Santafesino</i> (1845) <i>El Voto Santafesino</i> (1847-1848) <i>El Sudamericano</i> (1848-1850) <i>El Álbum Santafesino</i> (1850-51)
Entre Ríos	1822 - 1838	<i>El Correo Ministerial del Paraná</i> (1821-23) <i>El Correo</i> (1840) <i>El Federal Entre Riano</i> (1842-51)
Corrientes	1825 (<i>Registro Oficial</i>)	<i>La verdad sin rodeos</i> (1828-29)
Tucumán	1826	<i>El Tucumano Imparcial</i> (1820) <i>El Restaurador Tucumano</i> (1821) <i>El Amigo del Orden</i> (1826)
Salta	1825	<i>La Revista de Salta</i> (1824-1825) <i>El Pregón de Salta</i> (1826)
Confederación Argentina (Capital: Paraná)	1860 <i>Boletín Oficial</i>	<i>El Nacional Argentino</i> (1852-1860) <i>La Voz de la Nación Argentina</i> (1853) <i>El Paraná</i> (1860)
Nación Argentina	Continúa el <i>Boletín Oficial</i> de la Confederación, ahora en Buenos Aires	<i>La Nación Argentina</i> (1862-1869) <i>El Inválido Argentino</i> (1866-1868)

Tucumán forma un *Registro Oficial* a partir de 1826 (presidencia de Rivadavia), pero no se publican periódicos paralelos a él. Córdoba lo hace en 1829, al iniciarse el gobierno del General Paz y la etapa de la Liga del Interior (o Liga Unitaria), mientras que Santa Fe lo inicia tenuemente en la década de 1840. Esta preferencia de los sectores liberales por la separación entre *Boletín Oficial* a cargo del Estado, y periódicos políticos en manos particulares, en la sociedad civil, contrasta con la preferencia en los sectores federales por asignar al Estado tanto la publicidad de los actos de gobierno como la acción directa a través de la prensa para orientar la opinión, difundir la instrucción, los datos comerciales y el potencial de la región no sólo hacia la propia población sino

hacia otros gobiernos y países. Esto vuelve a notarse, nuevamente, durante la fractura de 1852-62: mientras Buenos Aires pone en marcha un *Registro Oficial* apenas se separa, en la Confederación se instala un periódico (luego diario) oficial que cumple la mencionada doble función. Sólo la presión de Buenos Aires sobre Derqui durante las negociaciones de reincorporación en 1860 permite que, en octubre de ese año, el gobierno confederal haga cesar su periódico oficial para limitarse a un *Boletín Oficial*.

Tal diferenciación se nota en el apoyo al periodismo una vez instalado el Registro o Boletín. En un extremo Buenos Aires y Mendoza buscan abrir espacios de pluralidad y disenso, aunque inevitablemente el Estado sustituye a los actores privados en la garantía de tal tarea. En el otro extremo, Santa Fe, Entre Ríos o Corrientes mantienen una firme tradición de periódicos oficiales que conviven con el Registro. Tucumán, Salta y Córdoba, una vez expulsado el invasor unitario, no quedan periódicos salvo breves interregnos. Los gobiernos nacionales tomarán la matriz porteña. Rivadavia en 1826, Derqui en 1861 y Mitre en 1862 evitarán la existencia de periódicos oficiales o ministeriales, optando por apoyar por vías discretas a publicaciones afines, nominalmente en manos y responsabilidad particulares. En ese contexto, mientras el Estado intentaba mantener un cuidadoso equilibrio entre el estímulo a la existencia de prensa libre y la necesidad de evitar desbordes y amenazas por parte de esa misma prensa, se inició una nueva etapa que matiza momentos de expansión y retracción cuyo resultado será la presencia definitiva de periódicos estables fuertemente ligados al poder político.

Así, bajo el respaldo del gobierno de Rodríguez-Rivadavia aparecen la *Revista Ligera de Buenos Aires*, el *Argos de Buenos Aires* (que duraría cinco años), *La Gaceta Mercantil* (que subsistirá hasta la caída de Rosas) y otros periódicos de perfil “general”, así como periódicos políticos cuya duración media pasaría de un par de meses a un año y más, y nuevas imprentas en el Interior (a Entre Ríos y Mendoza se suman pronto la que logra del Carril para San Juan, y la que se envía al gobernador de Salta, con tipógrafo -el joven Hilario Ascasubi- incluido).

La *Revista Ligera* elogia al gobierno y afirma que nunca como entonces se garantizó la libertad de prensa, “arma poderosa que un pueblo ilustrado y libre tiene derecho de oponer a las operaciones de una administración descarriada” (Beltrán, 1943: 133). Los límites se nombran con la noción de abuso: “disgusto ciego, ardor temerario, atrevimiento descarado”, pero en un contexto en el cual el gobierno considera beneficiosa la crítica, más aún que el halago, para su buen funcionamiento. La *Revista* se ocupa de la defensa sistemática de las modernizaciones encaradas por la nueva administración: nuevas escuelas, método Lancaster, vacunación, empedrado de calles, nuevos mercados, nuevos caminos, modernización del sistema de rentas del Estado y su presupuesto, etc. *El Argos* (sin el resto del título) apareció el 12 de mayo de 1821. Cesó el 24 de noviembre de ese

año, alcanzando la periodicidad bisemanal. Tras este cese reapareció en enero de 1822 ya a cargo de la Sociedad Literaria y duró hasta 1825, un récord para un periódico no explícitamente estatal¹⁵¹. En 1823 nace la *Gaceta Mercantil*, que duró hasta la caída de Rosas¹⁵². Otros periódicos que fueron parte de esta misma oleada fueron *La Abeja Argentina*, también editada por la Sociedad Literaria (mensual, 15 de abril de 1822 al 15 de julio de 1823), que intentaba ser la versión densa de los artículos de *El Argos*, esto es, publicar ensayos más largos y menos ligados con la actualidad inmediata, sobre cuestiones americanas, de política, historia, ciencias, bellas artes, etc. Participaron en *La Abeja* miembros de la Sociedad como Moreno, López y Planes, Felipe Senillosa, el Deán Funes, Antonio Sáenz, etc. También *El Ambigú de Buenos Aires*, entre julio y setiembre de 1822, editado por la Sociedad de Amigos del País y que alcanzó sólo tres números.

El momento de cambio que se está atravesando -y la debilidad de las condiciones para que el mismo sea definitivo- es expresado simbólicamente por el nombre de un periódico de contenidos puramente mercantiles (estadísticas, avisos). En Europa este tipo de periódicos y boletines recibía nombres como “*El mercantil*”, “*boletín mercantil*”, “*El Comercial*” o “*El Mercurio*”. Esteban Hallet, introductor de una de las nuevas imprentas, cuando inicia la publicación de uno de estos periódicos, primero en territorio argentino, le pone por nombre dos palabras que yuxtaponen la tradición precedente y la tendencia nueva: la *Gaceta Mercantil*, cuyo primer número se publica el 1° de octubre de 1823. Pero una vez más, el proyecto muestra el requerimiento de sustitución de las condiciones de mercado faltantes por el Estado. El periódico sobrevive a duras penas hasta que en 1826 asume un fuerte paternalismo estatal. Incorpora entonces un subtítulo: *Diario Comercial, Político y Literario*, como se estilaba titular los diarios de contenido general en Europa. Este subtítulo se inicia el 14 de julio de 1826. Hasta entonces, la información era exclusivamente mercantil, acompañada por la transcripción de algunas notas de otros periódicos. Tras el cambio, el apoyo a los intereses gubernativos es evidente, manteniendo éste aún a pesar de los contundentes cambios de gobierno transcurridos durante su existencia.

Existencia que también marca un hito en Argentina: 8473 números publicados entre el 1° de octubre de 1823 y el 3 de febrero de 1852, más aun considerando que sobre los restos de la *Gaceta* se produjo el periódico gubernativo *El Progreso* tras Caseros.

¹⁵¹ Recuérdese que el periódico pertenecía formalmente a la Sociedad Literaria, y que el Estado buscaba explícitamente demostrar que era posible contar con un periodismo en manos privadas. Si bien, como ha demostrado Myers, en este periódico también se nota la dificultad para lograr la deseada independencia de la prensa respecto del Estado, tampoco fue un periódico ministerial, y la diferencia entre un número de *El Argos* y uno de la *Gaceta* es contundente: *El Argos* habilita el formato a tres columnas, la distribución en secciones fijas, la cobertura regular de temas de arte, literatura, economía, ensayo, política, moral, ciencia, costumbres, la búsqueda de un lenguaje que demuestre independencia de posturas a priori, la búsqueda de un intercambio regular con una comunidad de periódicos independientes entre sí pero que se consideran parte de una misma misión y pertenencia (Myers, 2003a, 2003b; Frizzi de Longoni, 1947: 71 y s.s.).

¹⁵² De hecho, como veremos en el capítulo siguiente, hay motivos para fundamentar que el diario gubernativo *El Progreso* creado en 1852 es en más de un sentido continuidad de éste.

2.2.6. Los cambios de 1823 y 1824. Hacia la formación de periódicos de partido

Junto a esta oleada de periódicos que -a pesar de estar redactados por miembros del gobierno- intentaban producir un perfil de “interés general”, comenzaron a aparecer otros con posiciones más explícitas, en tanto en el propio gobierno, tanto en la estructura de la administración pública como en el ejército y más aún en la legislatura, comenzó a explicitarse la posible coexistencia a largo plazo entre grupos que se definían como facciones con programas diferenciados en asuntos clave como la estructura de Estado (unitario o federal), la cuestión oriental (cómo afrontar el conflicto con Brasil) y los sectores sociales representados. A *El Centinela*, gobiernista y redactado por funcionarios (Wilde, Varela, Núñez), siguieron *El Teatro de la Opinión*, también oficialista, redactado por Francisco Wright entre mayo de 1823 y agosto de 1824, *El Republicano*, opositor (diciembre de 1823 a junio de 1824), *Antón Peluca* (1824) redactado por Juan C. Varela, gobiernista, y *El Argentino* (diciembre de 1824 a diciembre de 1825). Este último periódico explicitó las posiciones de la facción de Dorrego, contrarias a Rivadavia. Lo redactaron el propio Dorrego, Cava, Ugarteche y Baldomero García. En polémica con *El Argentino* surgió *El Nacional*, (diciembre de 1824 a marzo de 1826), redactado por Valentín Alsina e Ignacio Núñez. Mientras tanto, continuaban *El Argos de Buenos Aires* y la *Gaceta Mercantil*.

Los momentos de retracción fueron aún numerosos. Fue prácticamente imposible imaginar una publicación si no se poseía el explícito respaldo de una facción del propio poder político, y la convivencia entre las facciones se tornaba más y más difícil, aproximándose una etapa de virulenta guerra civil. Pero de momento, los indicadores observables en la década de 1820 muestran una notable expansión. La economía de Buenos Aires florecía, se expandía el mercado comercial de la ciudad portuaria, la cantidad de imprentas crecía (7 en 1827, según el *Almanaque de Buenos Aires* de ese año), y los periódicos alcanzaban una duración mayor, al punto que en 1824 la *Gaceta Mercantil* se acercaba al ritmo de edición diario. Además, aunque seguían existiendo libelos y pasquines efímeros que causaban graves escándalos, la población letrada comenzó a acostumbrarse a la presencia regular de más de una opción de prensa política en forma simultánea en la ciudad, con frecuencia inicialmente semanal, y aproximándose a diaria.

Algunos picos de aumento de la variedad de papeles -y de cese- se notan en las instancias de convocatoria a elegir representantes tanto a la legislatura como a los sucesivos intentos de Congreso. Los mayores cambios, sin embargo, corresponden en esta época a la nueva configuración de la economía porteña, que de la expectativa de heredar el aparato virreinal en su beneficio (apropiando especialmente las rentas mineras del norte), pasa a ser el puerto de conexión con el mercado mundial, en una floreciente economía ganadera saladeril y del cuero. Esta expansión se expresa en el aumento de público lector, la demanda de periódicos con información comercial, una

economía más rica que expande el mercado y un aparato estatal que espasmódicamente tiende a estabilizar ciertas instituciones funcionales con la existencia de prensa moderna. Es notable el aumento de la cantidad de imprentas particulares, la formación de una amplia trama de intereses en la naciente sociedad civil porteña, en la regularidad de la información mercantil en los periódicos, etc. Pero estos avances chocaban con los límites de la modernización institucional. Los aparatos faccionales no hallaban un modo de convivencia, y la guerra como solución se acercaba una y otra vez, produciendo constantes ataques de quienes tenían el control del Ejecutivo para impedir la existencia de prensa opositora. Y más aún, todavía, en el Interior del país. Por ello el grueso de los crecimientos y retrocesos se produce al ritmo de los conflictos al interior del aparato estatal y las consecuencias de sus acciones sobre el equilibrio faccional. Puede notarse, sin embargo, señales de avance que permanecen: tipificación judicial de los delitos de imprenta, coexistencia de periódicos oficialistas y opositores, mayor duración de los periódicos, más imprentas en manos privadas, periódicos con contenido exclusivamente comercial (noticias de entrada y salidas de barcos, precios, avisos pagos, estadísticas).

El impacto de la prensa porteña sobre el Interior

Tras la entrada de las primeras tres imprentas por la vía de su inclusión en ejércitos (el de San Martín a Mendoza, el de Belgrano a Tucumán, el de Carrera a Entre Ríos y Santa Fe), los primeros periódicos son exclusivamente estatales y de uso fundamentalmente militar, con contadas excepciones. Las provincias adquieren su primera imprenta y fundan sus primeros periódicos como una necesidad de control sobre la opinión cuando la prensa porteña critica al gobernador (como es el caso de Córdoba), o por impulso del gobierno porteño (como sucede en Mendoza, San Juan, Salta, Santa Fe, incluso Entre Ríos, cuando nuevos equipos completan la imprenta de Carrera).

En cuanto a la primera cuestión, si bien el fenómeno no se limita a Buenos Aires, resulta contundente la diferencia entre esta última y cualquier otra región. Como se ha mencionado, algunos esbozos de publicación por sociedades patrióticas literarias o lancasterianas se notan en la región Cuyana en la década de 1820 (en Mendoza primero, San Juan poco después), pero el intento se interrumpe, y la prensa subsiguiente gira en torno al ritmo de las guerras, avances y retrocesos de ejércitos, golpes triunfantes, etc. La interrupción creciente del comercio con Chile profundiza esta tendencia. En Corrientes un agente particular (Beaudot, emigrado español, ex agustino, logra que el Estado lo contrate para prestar servicios de impresión, pero carece de otras oportunidades de mercado local). En el resto de localidades con periódico, sólo el Estado se hace presente. La ciudad que seguirá a Buenos Aires en su ritmo vertiginoso de expansión de la prensa (y por varios motivos, superándola en algunos momentos), será la otra portuaria, mercantil y ganadera: Montevideo,

aunque las consecuencias de la Guerra Grande derivarán en una contracción de la posibilidad de periódicos por fuera de la lógica de la guerra. La clausura, el destierro, la destitución, ya no son la norma única como en la década anterior, aunque a fines de 1822 se traba acusación contra Castañeda y éste debe huir primero a Montevideo y luego, asilado por el gobernador López, a Santa Fe. *El Argos de Buenos Aires* tiene dificultades cuando Agüero deja la redacción y vuelve a ser “particular”. No puede distribuirse los domingos pues los repartidores “se niegan a hacerlo en un día festivo”. En 1825, en su número 211, los editores dicen que “precisamente” en ese momento de mayor prosperidad, se notan en el periódico “defectos de redacción, de corrección tipográfica y de hora de reparto” (se imprimía en la imprenta del Estado). Esto, dice el periódico, tiene como fin “entorpecer la emisión y conducirle gradualmente al cese”. Queja similar, por haber sufrido cambio de gobierno en la misma dirección, presentaba *El Eco de los Andes* en Mendoza (Draghi Lucero, 1943: 9). Juan Cruz Varela decía desde las páginas de *El Centinela* que había tantos papeles públicos caídos como gobiernos, y que era raro el periodista que no hubiese sufrido ya clausuras y destierros. Juan María Calderón, joven empleado de la administración pública, se ve obligado a renunciar a su cargo por el escándalo que genera un artículo del *Lobera del Año 20*, tras el pedido de tribunal de imprenta que hace un canónigo. *Antón Peluca* fue clausurado al primer número, aunque Varela logró burlar el tribunal de imprenta enviando a un testafarro.

En cuanto a la tercera cuestión, en la prensa del Interior, puede notarse la directa relación entre prensa y Estado en tanto la primera es emanación orgánica del segundo con funciones político-militares, al extremo de acompañar en muchos casos a los ejércitos en operaciones. A los mencionados casos de ingreso de imprenta a Mendoza, Tucumán y Entre Ríos/Santa Fe por columnas militares ligadas a Buenos Aires o Montevideo, y su uso posterior por los gobiernos surgidos en 1820, debe sumarse el influjo del período rivadaviano en la expansión de la prensa (Mendoza, San Juan, Salta), y de la emisión de periódicos unitarios en Cuyo en este momento.

Asimismo, por reacción, es también el ritmo de la prensa porteña el que determina su surgimiento en Córdoba. El 3 de agosto de 1822, *El Argos de Buenos Aires* publica una columna alusiva a la presencia en Buenos Aires de un enviado del gobierno cordobés. Ante ello, el periódico ataca al gobernador Juan Bautista Bustos: “Dicen que Bustos ha mantenido en inacción una fuerza que no es suya, con perjuicio de la causa pública (...) con sus procederes violentos abrevió la vida del benemérito general Belgrano, y otras cosas por este estilo que a nada conducen cuando él sólo trata del interés común, mostrándose en el día muy arrepentido...” (cit. por Segreti, 1962: 16). El 10 de agosto, el enviado cordobés solicita a Rivadavia que actúe contra *El Argos* en virtud de leyes de abuso de libertad de imprenta, en tanto este periódico habría utilizado expresiones ofensivas y groseras contra el gobernador de Córdoba “e indirectamente contra el protector del Perú”,

perturbando la armonía entre ambas provincias precisamente en medio de su misión destinada a estrechar lazos. El día 12 Rivadavia contesta que el gobierno lamenta la publicación de este artículo “no menos justo que impolítico”, pero que no puede reprimir la publicación pues existe una ley “subsistente en ésta y en las demás provincias mediante la sanción de todos los gobiernos y cuerpos representativos del país”, por el cual se puede escribir “con absoluta independencia de la autoridad del gobierno” (Beltrán, 1943: 141). El comisionado cordobés responde el 14 del mismo mes, señalando que más allá de las instancias judiciales de reparación por calumnias, *El Argos* causaba daños diplomáticos en la relación interprovincial, y por lo tanto era un problema del poder ejecutivo y no sólo judicial. Rivadavia ratificó la respuesta del día 12, aunque poco después impulsó la reglamentación clara del delito de abuso de imprenta. El enviado cordobés (de apellido Bustos, como el gobernador), había sintetizado la noción de relación con la imprenta y su uso público en formaciones pre-modernas: emanación directa de la autoridad estatal, por lo que llegó a decir en su nota que si el gobierno porteño quería la armonía con Córdoba “con sinceridad”, tendría que perseguir “a los que por medio de groseras invectivas intentan frustrar los efectos de su voluntad”. La constatación de lo inocuo de esta doctrina bajo condiciones de una formación estatal parlamentaria (con prensa al menos formalmente independiente), y por lo tanto de su impotencia como poder fuera de los límites de la provincia, llevó al gobernador cordobés a tomar la decisión de comprar una imprenta e instalarla en Córdoba al año siguiente¹⁵³.

El 8 de noviembre de 1822 la Junta de Representantes de Buenos Aires dio sanción a la reforma eclesiástica, imponiendo fuertes medidas de secularización tales como la abolición de diezmo, el cierre de conventos y su apropiación por el Estado, la reducción de fiestas y otras medidas que, junto a otras de carácter represivo (como la destitución y destierro del obispo Medrano) le permitieron consolidar su poder, pero aumentaron los puntos de oposición en el Interior y también en Buenos Aires. A Córdoba, que gestionaba su primera imprenta, se sumarían Santa Fe, que daría asilo al padre Castañeda, y La Rioja, que vería expandirse a gran velocidad el alzamiento de Quiroga. Si bien fracasado, el motín de Tagle mostraría que en Buenos Aires la incomodidad era también significativa y, sobre todo, que los

¹⁵³ El gobernador convocó a colecta pública a fines de 1822, comisionando luego a Elías Bedoya, funcionario del gobierno, para la compra de equipos y contratación de un tipógrafo que llegan en octubre de 1823, quedando a cargo de la Universidad. Hasta la caída de Rosas, sería ésta la única imprenta en la provincia. El 15 de noviembre de 1823, un oficio de Bustos dirigido a la Universidad, decía: “La libertad bien reglada de la imprenta, es lo más interesante a la causa pública, al paso que su abuso lo más perjudicial y funesto. Este gobierno, que sólo trata de proporcionar útiles ventajas a los habitantes que están bajo su dirección y cuidado, protege debidamente aquélla, en los términos que puntualiza el decreto de esta fecha que en copia acompaño a V.E. a fin de que se dé al público en el primer papel de la prensa. Por ahora y mientras se dicta el reglamento que debe regir la imprenta pública de esta Universidad mayor de San Carlos, se observarán los artículos siguientes: 1º Será dicha imprenta libre con sólo la limitación de no dar papeles que ataquen la Religión del Estado, las autoridades constituidas en el país; que inciten a la sedición, a trastornar el orden público, a desobedecer las leyes; que ofendan el decoro de la decencia pública, el honor y la reputación de alguna persona, o que publiquen los defectos de su vida privada. La infracción de este artículo será considerada como un crimen y su autor juzgado y penado por las respectivas autoridades. 2º El impresor es responsable en el caso de no presentar firma de sujeto conocido, y de responsabilidad de esta provincia. Comuníquese, etc. Bustos, Evaristo Bedoya” (cit. por Celesia, 1932: 300).

federales podían reagruparse, aunque fuesen aún una fracción minoritaria de la disidencia. Pero claramente, el gobierno de Martín García se aproximaba al final de su mandato legal -lo cual era de por sí una novedad- habiendo consolidado su posición y logrado gran parte de sus iniciativas.

Sin embargo, esta consolidación institucional, que abriría paso a un notable progreso y expansión económica de Buenos Aires en las décadas siguientes, aún en el contexto de las guerras civiles, no lograba expresarse aún en el campo de la prensa, o cuanto menos, no en los términos que sus propios protagonistas deseaban. La constitución del Congreso Nacional el 16 de diciembre de 1824 y el nombramiento por éste del nuevo gobernador de la provincia, el general Las Heras, fue el inicio de una recomposición de la prensa, demasiado atada aún a los resortes de la administración pública. Esta recomposición afectaría nada menos que a *El Argos de Buenos Aires*, pero también a *El Correo Ministerial del Paraná*, la revista publicada por el gobierno de Salta y las publicaciones en Cuyo. Los principales contendientes periodísticos de Buenos Aires se agruparían en *El Nacional*, el partido unitario, y en *El Argentino*, el partido federal. Ambas facciones poseían control de espacios en el aparato estatal, y en el Congreso. En *El Nacional* escribían Valentín Alsina, Julián Segundo de Agüero y Manuel José García. En *El Argentino*, los líderes de la corriente federal. Ambos periódicos repetían entre sus objetivos la apertura a opiniones y proyectos para todos los “hombres de bien, los de talento”. Esta paulatina consolidación de dos voces partidarias, iniciada en los años anteriores, se complementaba con la publicación hacia ambos lados del espectro, de periódicos cuya estatalidad sería explícita cuando correspondía a un ámbito institucional explícito, como el *Boletín de Policía*, y oculta cuando se trataba de herir a la facción contraria, como *La Carnicería Política*. En la Imprenta de la Universidad, nombre asignado a la comprada por el gobierno de Córdoba, se editó *El Filántropo* y *El Teofilantrópico*. Ramón Félix Beaudot, desterrado de España y desterrado de Buenos Aires, reintentó su publicación con su propia pequeña imprenta en la ciudad de Córdoba, con el mismo nombre de *El Defensor de la Patria*, continuando la publicación de contenidos exclusivamente peninsulares. Aun así, sus críticas anticlericales le valieron nuevo destierro, esta vez a Corrientes, definitivo.

Diciembre de 1824 fue, además del inicio del Congreso Constituyente y el nombramiento de Las Heras, el mes de la invasión de los 33 orientales que llevaría poco más de un año más tarde a la declaración de guerra con el Imperio del Brasil. La lógica de la guerra externa, dada la función preponderantemente militar de la prensa en muchas regiones del país, impactó tanto como la guerra civil. A ello se agregó que también en la prensa de confrontación faccional se hicieron presentes los tópicos e intereses vinculados con esa guerra. La extrema estatalidad de esta prensa se mantuvo, retomando una vez más el esfuerzo por imitar estilos, formatos, secciones y tratamientos temáticos propios de la moderna prensa europea que llegaba sin inconvenientes a la región. Pero nuevamente, los periódicos más importantes y de mayor duración, serían los de basamento estatal, y sobre todo,

ministerial. El canónigo Julián Segundo de Agüero, presidente de la Junta de Representantes en 1821 y alma mater de *El Argos de Buenos Aires*, sostendría, en el proceso que llevó a la instalación del Congreso Constituyente, a *El Nacional*, para luego apoyar como ministro de Gobierno del Presidente Rivadavia (desde febrero de 1826) el fortalecimiento del periódico ministerial *Mensajero Argentino*. Salvador María del Carril había impulsado *El Defensor de la Carta de Mayo* durante su breve gobernación en San Juan (1825), siendo como ministro de Hacienda de Rivadavia otro de los pilares del *Mensajero Argentino*. El control de la imprenta del Estado fue un factor decisivo en estas políticas. El 9 de marzo de 1824, un decreto planteaba la necesaria modernización de la Imprenta de los Niños Expósitos (una de cuyas consecuencias sería el envío a Salta de parte de su equipamiento). A lo largo de la década siguiente, el control de la imprenta pasó a ser una cuestión estratégica, por lo que a cada cambio de gobierno, le siguió una renovación del plantel directivo de la misma. Así por ejemplo, el 6 de noviembre de 1826, la promoción del administrador de la imprenta a otro puesto motivó el nombramiento por Rivadavia de Pedro Manuel Lara en tal cargo. Bajo Dorrego, el 25 de setiembre de 1827 Lara quedaba removido y remplazado por Manuel Torres, y el 1° de julio de 1828 se daba un paso adicional: derogándose la designación de 1825, y argumentando que la imprenta daba pérdidas, el establecimiento quedaba concedido a una empresa particular, quedando todos los empleados cesantes desde el día del traspaso. Esta concesión sería sucesivamente revocada tras cada cambio de gobierno, hasta la consolidación de Rosas.

La revocación de puestos en el Estado fue una herramienta utilizada por todas las facciones políticas, y tuvo especial impacto en el ámbito de la imprenta y los periódicos, dada la estrechez del mercado local que dejaba pocas esperanzas inmediatas a quien era expulsado. Sin embargo, a lo largo de la década de 1820, se había comenzado a notar en Buenos Aires un paulatino cambio en la estrategia: de la mera sustitución de los particulares por el Estado en el impulso al modelo de prensa moderna, predominante en este período, hacia una novedosa estrategia de transferencia de recursos estatales hacia particulares pertenecientes a la primera o segunda línea de la propia facción política y/o red familiar, o hacia extranjeros afincados en el país fuertemente dependientes de contratos con el Estado para instalar dispositivos institucionales ligados a la cultura letrada e intelectualidad (escuelas particulares, periódicos, librerías, imprentas, litografías). Esta estrategia se expresó en la fundación -en 1822- de la Sociedad Literaria y su decisión de relanzar *El Argos de Buenos Aires* -y *La Abeja Argentina*- fuera de la órbita ministerial, a cargo de un colectivo de intelectuales y no de un empleado ministerial particular, y con la idea -novedosa en el territorio- de evitar la identificación del periódico con el apellido de su redactor o director, sino institucionalizar su propio nombre.

También en la habilitación a Santiago Wilde y Buena Ventura Arzac para hacer uso de sus habilidades y estudios estadísticos (incluido el censo de 1822 encargado a este último) para habilitar publicaciones

con mayor proporción de contenido estadístico e institucional, así como la ayuda a Arzac (hasta su destierro en 1824) para conservar contratos de arriendo con la Imprenta del Estado y posteriormente sostener la adquisición de su propia imprenta (junto con su hermano). También las experiencias de Stephen (castellanizado Esteban) Hallet, para sostener con contratos con el Estado la instalación de su imprenta Hallet y Cía. en 1822, y la publicación desde 1823 del del diario de mayor continuidad en la primera mitad del siglo (y el primero en el país), la *Gaceta Mercantil*, así como los contratos del gobierno de Rivadavia con Pedro de Ángelis¹⁵⁴, continuados luego bajo el rosismo, la contratación de Bacle y su esposa para tareas en la Imprenta y Litografía del Estado en 1828, etc.

Sin embargo, estos intentos de pasar de la sustitución a la transferencia que constituyese una acumulación de capital suficiente en el sector privado como para contar con una prensa independiente del Estado se frustraron una y otra vez a lo largo de la década. No por causa de censura o agresión desde el Estado (que también fue parte de cierres y destierros) sino fundamentalmente por la imposibilidad de sostén independiente de los emprendimientos apoyados. Los protagonistas volvían una y otra vez a solicitar el empleo estatal y la provisión de equipamiento e insumos para sostener sus periódicos. Así sucedió con *El Argos* hasta su cese en 1825, con la *Gaceta*, que debió acomodarse una y otra vez a su dependencia del recurso estatal, y con los recorridos de De Ángelis, quien llegado con un contrato que le habilitaba dos periódicos, sólo lograría editar uno, sin esperanza alguna de salir de su situación de empleado público *sui generis*.

Debe notarse, sin embargo, algunas diferencias decisivas entre Buenos Aires y el Interior del país. En Buenos Aires, la “feliz experiencia” había construido un sistema democrático representativo con presencia de oposición parlamentaria en menos de un lustro, había derivado al poder judicial los conflictos derivados de posibles delitos de imprenta, y había desplegado, con el nuevo auge de la incipiente economía agroexportadora del cuero y el tasajo, una próspera monetización en una economía de mercado de bienes extranjeros y locales. A pesar de las constantes quejas, burlas y críticas a la emisión de papel moneda, hacia mediados de la década ni siquiera la constante situación de guerra

¹⁵⁴ Nacido en Nápoles, Pedro de Ángelis (1784-1859) emigró -definitivamente- a Buenos Aires en 1827, cuando era ya una figura intelectual respetada en Europa. Viajó a instancias de Rivadavia cuando éste se hallaba a cargo de la legación diplomática en París, y fue en Buenos Aires responsable de la Imprenta del Estado, desde la que publicó la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires*, periódico oficialista, y *El Conciliador*, que sólo tiró un número, en el marco de la crisis que derrumbó la estructura de gobierno nacional. Expulsado del Estado durante el gobierno de Dorrego, se dedicó a dictar clases, pero retornó al periodismo oficialista bajo el gobierno de Viamonte. En septiembre de 1829 comenzó la publicación de *El Lucero*, que sería el diario oficialista del primer gobierno de Rosas, continuando en su defensa hasta mediados de 1833, cuando cesó. Desde entonces, cumple una variada gama de funciones periodísticas y de imprenta al servicio de Rosas, realizando además una vasta obra intelectual sobre historia argentina y americana, geografía, lenguas indígenas, etnografía, archivística, etc. A pesar de haber iniciado su actividad periodística sosteniendo oficialismos opuestos (con Rivadavia, Rosas, Viamonte, Maza, nuevamente Rosas), su imagen quedó fuertemente ligada al rosismo, pues el grueso de su producción se produce en la época de Rosas. En el periodismo, dirigió *La Gaceta Mercantil* durante muchos años, hasta la caída de Rosas, y fundó los periódicos *Crónica política y literaria de Buenos Aires* (1827), *El Conciliador* (1827), *El Lucero* (1829-1833), *Le Flaneur* (1831-1832), *El Monitor* (1833-1834), *El Restaurador de las Leyes*, (1833-1834), *El espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa* (1840) y el *Archivo Americano* (1843-1851). Después de la caída de Rosas publicó nuevas obras historiográficas y de recopilación intelectual, así como proyectos ligados a educación, hacienda, y ferrocarriles, entre otros. A pesar de hallarse en desgracia en relación con el espacio de la administración pública, fue nombrado miembro del Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata.

Interior, ni la inminente guerra con Brasil, que incluiría un bloqueo de puertos argentinos, podían anular el notorio progreso económico de la provincia. En tal contexto coexistían en 1827 siete imprentas en la ciudad de Buenos Aires, seis de ellas privadas, que a pesar de su constante dependencia del Estado, habían logrado un notorio movimiento comercial en tópicos de impresión no ligados a prensa periódica, y aún en esta última, la suscripción permitía momentos de superávit.

El modelo de prensa predominante fue, aún más pronunciadamente que en la década anterior, la creación de periódicos a imitación de los existentes en las naciones en revolución industrial en Europa y Norteamérica, pero sustituyendo los actores de la sociedad civil aquí ausentes o en incipiente conformación, por el Estado. Dado el conflictivo proceso de construcción de la autoridad estatal en nuestro territorio, las apariciones y desapariciones de periódicos más habituales siguieron siendo los inicios y caídas de gobiernos, los avances y retrocesos de gobiernos, las reorganizaciones de gabinete o la caída en desgracia de redactores. Sin embargo, a medida que el nuevo régimen institucional fue tomando forma, comenzó a hacerse presente una aparición y desaparición de periódicos asociada a la inminencia de actos electorales, y a la configuración de sus resultados en el parlamento, sosteniéndose en el tiempo una prensa opositora que obtiene sus recursos estatales por vía indirecta, a través de los aportes de legisladores, funcionarios y hombres de riquezas vinculados a la facción.

En el Interior del país, en cambio, la forja de una economía de mercado agroexportadora con una prosperidad siquiera cercana a la de la pampa húmeda bonaerense es asunto pendiente, no hay emisión de papel moneda capaz de sostenerse en el tiempo y no existe un andamiaje institucional que imagine relaciones no militarizadas entre oficialismo y oposición. A partir de ello, y con la sola y breve excepción de Mendoza a comienzos de la década de 1820, que pudo aprovechar el destierro de Lafinur desde Buenos Aires y la rápida conexión con Chile para contar con simultaneidad de imprenta y una Sociedad Lancasteriana, la prensa del Interior fue exclusivamente prensa oficial. No existió más de una imprenta por provincia y la misma defendió a quien controlara su ciudad capital. La función de la prensa fue tan estrictamente estatal que sus contenidos se concentraron en reemplazar la función de bando (publicidad de actos de gobierno dirigidos a la población), en confrontar con enemigos o adversarios en control de otra plaza, y en ofrecer información estadística comercial, con el agregado de algunos servicios de orden literario o curioso que se reproducían de periódicos llegados de Buenos Aires, o eventualmente de Santiago de Chile. Tal sobredimensión de la función estatal presente en toda prensa, lleva a la prensa del Interior argentino a expresar una función diferente de la que podemos notar en la porteña, o más aún en la europea de su tiempo: una función estrictamente operacional político-militar de Estado. A tal extremo llega esta diferencia funcional que entre el surgimiento del periodismo del interior en 1819 y la Convención Constituyente de 1852, el periodismo tiende a aparecer y sostenerse en el tiempo sólo en aquellas localidades que se encuentran en confrontación

militar inmediata, dándose la paradoja de silencios de prensa prolongados en períodos de paz, a la inversa que el proceso canónico observable en los países europeo-occidentales.

En la tabla 2.4. (página siguiente) se sintetiza estas presencias de prensa en Buenos Aires y en aquellas ciudades del Interior que contaron con prensa periódica antes del 3 de febrero de 1852. Como podrá observarse allí, el contraste entre Buenos Aires y el conjunto de las provincias interiores es notable. Salvo dos breves interrupciones durante la primera invasión inglesa (1806) y en los días posteriores al desastre de Cepeda en 1820, y una más larga entre julio de 1807 y septiembre de 1809, Buenos Aires cuenta con prensa periódica regular desde 1801 en adelante. Posee tanto periódicos estatales de valor militar, y que por lo tanto, aparecen o refuerzan su posición relativa cuando se acerca la guerra, pero también su contrario: periódicos que se abren paso entre los intersticios de la sociedad civil, formando ámbitos de publicidad, y que tienden a restringirse o desaparecer en tiempos de guerra, sin ser utilizados para ella, como fue el caso del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* en 1806 y 1807. Posee también el espacio intermedio, la prensa como iniciativa estatal que busca en tiempos de paz institucionalizar su legitimidad, unificar discursos, llevar tranquilidad a los destinatarios, formar la opinión (Molina, 2008). Esa columna amarilla continua que muestra Buenos Aires, no logra replicarla ninguna de las ciudades interiores.

Hasta 1823, las únicas ciudades interiores que cuentan con un mínimo de prensa periódica son Tucumán, Mendoza y Paraná, esto es, las tres capitales de provincias a las que ingresaron ejércitos luego de la declaración de independencia. Tucumán cuenta con dos años de *Boletín Militar* (1818-19) y luego en 1820 y 1821 la imprenta se utiliza para tirar sendos periódicos: *El Tucumano Imparcial* (mensuario, agosto a octubre de 1820) y *El Restaurador Tucumano* (septiembre a diciembre de 1821). El primero durante la República Federal del Tucumán conducida por Aráoz tras su levantamiento de diciembre de 1819, defendiendo la importancia de la Constitución y celebrando su sanción (6 de septiembre), publicación y jura (24 de septiembre), el régimen federal, y publicando en su último número una cita en inglés de Hamilton, en la que éste critica a las mentalidades conservadoras y renuentes al cambio. Al año siguiente (septiembre a diciembre) un nuevo golpe depuso a Aráoz y el Estado, con la misma imprenta publicaría *El Restaurador Tucumano*, apuntando a legitimar el nuevo gobierno y a burlarse con sorna e ironía del gobernador depuesto. Dos presencias más, en 1823 y 1826 corresponden a periódicos de ejércitos en marcha, cayendo a partir de allí en silencio la prensa tucumana. En Entre Ríos, el impacto de la prensa de Carrera se extiende a la prensa que obtiene el gobernador Ramírez de parte de Sarratea. Tras el golpe de Estado victorioso de 1821, el gobernador Lucio N. Mansilla publicará un pequeño quincenario, que dura lo que su gobierno, entrando en una

Tabla 2.4. Presencia de periódicos en las capitales de provincia entre 1817 y el 3 de febrero de 1852

	Bs. As	Rosario	La Rioja	Catamarca	San Luis	Santiago	Jujuy	Salta	Tucumán	Mendoza	San Juan	Córdoba	Corrientes	Santa Fe	Paraná	Gualeguaychú	Concepción del Uruguay
1817																	
1818																	
1819														¿?		¿?	
1820																	
1821																	
1822																	¿?
1823																	
1824																	
1825																	
1826																	
1827																	
1828																	
1829																	
1830																	
1831																	
1832																	
1833																	
1834																	
1835																	
1836																	
1837																	
1838																	
1839																	
1840																	
1841																	
1842																	
1843														¿?			
1844														¿?			
1845																	
1846																	
1847																	
1848																	
1849																	
1850																	
1851														¿?			
1852																	

etapa de largo silencio en la que incluso la imprenta dejará de funcionar. En Mendoza se habla de hasta tres imprentas en 1820, ya mencionadas. Si bien es poco claro si subsistieron las tres por separado en el largo plazo o se fusionaron en algún momento, podemos ver que la provincia tuvo un rico auge de prensa hasta 1831, inicialmente conformado por la *Gaceta* estatal, pero pronto capaz de absorber por

muchos meses la presencia simultánea de periódicos opuestos políticamente por el mismo motivo que en Buenos Aires: la reforma eclesiástica. Este momento de convivencia será rebasado pronto por la dinámica de la guerra civil, cuando solo podrá estar en el territorio el periódico de la facción beligerante que triunfó allí y tomó la plaza. El último tramo del tenue auge de prensa mendocino se cierra en un momento contundente: con un periodismo de guerra involucrado en las operaciones de la Liga del Norte antirrosista. Separado San Juan de Mendoza, su recorrido, es muy similar¹⁵⁵.

El gobierno de Córdoba, por su parte, adquiere una imprenta en 1823 y con ella a cargo de la Universidad, se imprimen breves periódicos que polemizan con la prensa porteña en defensa del catolicismo tradicional, del gobierno de su provincia y su visión de la posible organización nacional. La prensa periódica cordobesa también se ve involucrada en la dinámica militar posterior a 1828 en forma equivalente a las provincias cuyanas. A ellas se suman Santa Fe y Corrientes, cuya incorporación a esta dinámica se produce por su protagonismo en la Convención Constituyente que se reúne en la capital santafesina. En Corrientes, se contrata al migrante Félix Beaudot para imprimir papeles del Estado, y continuar con el pequeño periódico *La Verdad sin Rodeos*, el cual cesa a la par de la Convención, arrastrando, igual que a su paso por Buenos Aires y por Córdoba, airadas quejas por algunos artículos donde Beaudot liberaba sus ideas anticlericales. Tras él, Corrientes también entra en un cono de silencio periodístico.

En Santa Fe, el auge de periódicos estatales producido a partir de la instalación de la Convención Nacional, y que duró hasta poco después de la firma del Pacto Federal de 1831, se sostuvo en el notable mejoramiento de las condiciones de impresión que produjo el envío de una nueva imprenta por Dorrego en el primer semestre de 1828¹⁵⁶.

Pero producido el golpe de Estado en Buenos Aires y fusilado Dorrego, se produce una crisis en el funcionamiento de la Imprenta. Hasta entonces, no había causado problema alguno que la

¹⁵⁵ Para la lectura de la tabla 2.5., tómese en cuenta que algunos periódicos mencionados en catálogos clásicos (como el de Zinny, que ha sido a su vez muy citado) dan referencias a periódicos en lugares y fechas que aquí no aparecen. Esto se debe a que -en los capítulos correspondientes se lo demuestra- aquí se ha corregido algunos datos. Por ejemplo, *El Grito Entre Riano*, de Márquez (1827), asignado a Paraná en los catálogos, corresponde en realidad al paso por el sur entrerriano de Márquez con su imprenta, para pasar al Uruguay, y la realización de actividades en la misma región del lado uruguayo mientras avanza la campaña de la emancipación oriental. *El Observador del Uruguay*, asignado a Paraná por Zinny y a Concepción del Uruguay por Vásquez, corresponde a una publicación volante mientras avanzaba el Ejército Observador del Uruguay (de la costa uruguaya amenazada por desterrados que aspiraban a contraatacar). La polaridad “Existencia” / “No existencia” de periódicos en este cuadro -cuyo objetivo es notar momentos y lugares en que aparece o entra en receso- hace que quede para otros cuadros una serie de datos que completan y complementan el presente. Por ejemplo, que hay mucha diferencia en duración y en cantidad de números o ejemplares entre unas y otras experiencias a lo largo de un año, diferencia que en este cuadro no se notan. Más aún cuando se compara entre provincias y ciudad de Buenos Aires: uno solo de los diarios porteños (*La Gaceta Mercantil*) tiró el doble de números que la suma total de números de todos los periódicos del Interior hasta 1852.

¹⁵⁶ El contrato realizado por el gobierno de Dorrego con José María Cisneros como administrador de la imprenta, y con Francisco Sagari como Oficial Mayor de gobierno con tareas en la misma se realizó el 6 de febrero de 1828, y al mes siguiente comenzó el proceso de traslado. En junio, antes aun del inicio de las sesiones preparatorias, ya comenzaban a circular proclamas y un periódico (*El Argentino*, a cargo del diputado Baldomero García).

Convención utilizase una imprenta perteneciente al Gobierno de Buenos Aires y sostenida por éste. Pero al comenzar 1829 Cisneros y Sagari dejaron de recibir recursos, en el marco de la evidente enemistad entre el nuevo gobierno de Buenos Aires y el grueso de las provincias agrupadas en la Convención, sobre todo la de Santa Fe, que tendrá un rol decisivo en la derrota de Lavalle y el avance y el ascenso de Rosas al poder. Ante el riesgo de ser requeridos por el gobierno de Buenos Aires, o perder los empleos, y existiendo además desacuerdos entre Cisneros y Sagari, este último se dirige a la Convención:

“...fui designado por el superior gobierno de Buenos Aires encargado de los negocios nacionales a servir de Oficial Mayor de la imprenta que está hoy en esta ciudad. Por el tenor de mi contrata estoy cierto que esta imprenta fue remitida por aquel gobierno para ser puesta a disposición del cuerpo nacional. Hace seis meses que éste se instaló y sin embargo la imprenta no le ha sido presentada. Entretanto no sé yo de quien dependo: no del gobierno actual de Buenos Aires, tampoco de la Representación Racional bajo cuyas órdenes vine yo a servir: sin esta dependencia no podré continuar en el desempeño de los servicios que ahora rindo en la expresada imprenta. Pero no pudo determinarme a cesar en ellos, sin recabar de los señores representantes una declaración, sobre si la imprenta es o no propiedad del cuerpo nacional” (Sagari a los Sres. Representantes, 28 de marzo de 1829. Cit. por Gobierno de la Provincia de Santa Fe, 1928: 261).

Al notificarse la Convención, procedió preventivamente a detener a Sagari, pues se entendía que el conflicto de autoridad con su superior Cisneros y el no haberse presentado en tiempo y forma la imprenta a la Convención para su toma de posesión implicaba responsabilidades que merecían cuanto menos una investigación, dada la situación de guerra. Sagari realiza desde el calabozo una petición leída en la sesión de 24 de abril, que muestra la presencia del modelo de contrata por el que el impresor puede cobrar un dinero fijo al Estado y reservarse el lucro por los trabajos eventuales:

“ofreciéndose a desempeñar los trabajos del establecimiento por la cantidad de doscientos pesos de los que sólo recibiría treinta, siéndole de abono el resto hasta los doscientos por los fondos generales de la Nación, cuando hubiesen cesado los apuros por las actuales circunstancias, con más a su favor las entradas eventuales de la imprenta; y otra prometiéndose servir en el establecimiento hasta la resolución de la Sala sobre su propuesta, siempre que no fuese bajo la dependencias del Administrador, y sí bajo la del Secretario e la Representación” (Sagari a la H. Representacion Nacional. Cit. por Gobierno de la Provincia de Santa Fe, 1928: 126)

Mientras tanto, la Representación Nacional (la Convención) procedió a discutir la propiedad de la imprenta. Si bien el 15 de abril se había presentado un proyecto que la declaraba propiedad de dicha Representación, que proveería sus gastos aprobando a su vez “los contratos celebrados en febrero 6 de 1828 por los empleados al servicio de la Imprenta y el gobierno encargado de los negocios generales”, el diputado Benítez detuvo la iniciativa “... porque él creía que el cuerpo no tenía facultad para llamar suyo un establecimiento cuya propiedad era de la provincia de Buenos Aires...” (idem: 124). En vista de ello se procedió a consultar al administrador Cisneros, quien responde en carta del 24 de abril:

“al emprender mi marcha a esta capital recibí un pliego del Sr. ministro Secretario de Gobierno Coronel Mayor Dn. Juan Ramón Balcarce, para que lo pusiese e manos del Sr. Dn. Vicente Anastacio de Echeverría, Diputado a la Convención por aquella provincia, y encargado verbal de que a mi arribo igualmente pusiese a su orden el Establecimiento...” (cit. por Gobierno de la Provincia de Santa Fe, 1928: 126)

Echeverría a su vez informa que ‘...ésta había sido remitida por el gobierno de la Provincia, ordenándole pusiese el uso de ella a disposición de la Convención Nacional’ (Gobierno de la Provincia de Santa Fe, 1928: 132. cit. por M. L. Alonso, 2002: 5). A partir de ello, se aprobó el texto de la norma presentada el 15 de abril, pero remplazando el artículo 1° referido a la propiedad, por uno que indicaba que “El uso de la Imprenta establecida en esta ciudad, es de la R. N.”, y que el sostén de los gastos correría “por ahora” por dicha Representación Nacional. Resuelto el conflicto, se puso en libertad a Sagari.

La Imprenta de la Convención continuó prestando servicios hasta fines de octubre de 1829, cuando quedó claro que no se volvería a constituir luego del receso autoimpuesto a partir de las nuevas condiciones del país (tanto el golpe de Lavalle como la guerra subsiguiente y los acuerdos logrados por Rosas para pacificar Buenos Aires). En su transcurso, garantizó la publicación de numerosas proclamas, panfletos, folletos y periódicos, así como de las actas de sus sesiones. La normativa elaborada por la Convención aseguraba que todo material fuese revisado por la autoridad; si dictaminaba que era “indiferente a la conveniencia del público” debía autorizarla, con costos a cargo del interesado. Pero si dictaminaba que “el escrito es interesante al público, y no hay quien responda de los costos de la impresión, el Presidente ordenará que se imprima gratis”. Con esta normativa, la Convención permitió la publicación de 8 títulos: Baldomero García, hombre del federalismo ligado a Buenos Aires pero que asiste en representación de la Banda Oriental edita *El Argentino* (1828, en los prolegómenos de las sesiones) y *El Federal* (1829, el momento más difícil de la lucha contra Lavalle). Junto con el diputado Ugarteche (por Buenos Aires) publica además *El Espíritu de la Federación Republicana*. Ugarteche por su parte edita junto con Atanacio Echeverría (también diputado por Buenos Aires) *El domingo 4 de mayo en Buenos Aires*, en tanto Echeverría con el Oficial de gobierno (de Buenos Aires) Pedro Salvadores editan *El Satélite*, y el padre Castañeda, residente en ese momento entre Santa Fe y Entre Ríos en cumplimiento de su labor pastoral, publica *Vete portugués que aquí no es, Ven acá portugués que aquí es y Buenos Aires Cautiva y la nación argentina decapitada a nombre y por orden del nuevo Catilina Juan Lavalle*.

En virtud de la guerra civil en curso la Representación Nacional reanuda su proclamada condición soberana y se declaró en receso en agosto de 1829, no volviendo a sesionar al cumplirse el lapso. El Pacto de Barracas firmado el 24 de agosto resolvía la situación en Buenos Aires en forma favorable al campo federal. En octubre se ordena a Cisneros la puesta a disposición de la imprenta al gobierno de Buenos Aires. Las actas y periódicos fueron pasadas al cabildo de Santa Fe el 20 de febrero. Sin embargo, los recursos de imprenta se mantuvieron activos en Santa Fe: los avances militares de los generales Paz y La Madrid, y la formación de la Liga del Interior que llegó a controlar todas las provincias menos las litorales, mantuvieron a Santa Fe como provincia con frontera en guerra. Por

ello en 1830 se continuó publicando, durante varios meses y con más de cincuenta números, *El Federal*, enfrentando a los periódicos que la Liga del Interior imprimía en Córdoba y Cuyo. Pero cuando la captura del general Paz por fuerzas federales y su envío prisionero a Santa Fe define la suerte del enfrentamiento en mayo de 1831, se precipita la derrota de la Liga del Interior y se consolida la organización confederal en torno al Pacto Federal firmado en enero de 1831 por las provincias Litorales. Entonces, las prensas del Interior callan en su totalidad. Apagado el ímpetu rivadaviano de 1821-25 en Cuyo, Salta o Paraná, y convertida la prensa en una operación político-militar de Estado, durante la paz, reina el silencio.

Podemos observar a la inversa, la reaparición de la prensa en el Interior coincidiendo con el momento más cruel de la guerra civil: la que corresponde a los levantamientos antirrosistas de 1839, a la invasión y derrota de Lavalle en 1840-41, y a los últimos intentos antirrosistas en 1842-43 (incluida la invasión del general Paz a Entre Ríos desde Corrientes). En su casi totalidad, periódicos de acción militar para inspirar confianza a los propios y desasosiego a los enemigos. Podemos ver cómo, tras la derrota de Lavalle y las últimas resistencias en Córdoba, Cuyo y el Noroeste, la dinámica de la guerra se traslada contundentemente al Litoral. Cuando Lavalle publica *El Pueblo Libertador* en la ciudad de Santa Fe que sus tropas ocupan, a treinta kilómetros de allí, la capital entrerriana vuelve a tener un periódico (*El Sentimiento Entre Riano*) que se conservará como *El Correo* tras el alejamiento de Lavalle. La retirada del gobernador Urquiza hacia Buenos Aires en 1842 ante la impetuosa ofensiva del general Paz concluye con la recuperación de la provincia para el Partido Federal al año siguiente. Apenas controlada la capital, comienza a publicarse *El Federal Entre Riano*, semanario que acompaña a Urquiza hasta la campaña de Caseros. La tensión militar con Corrientes no disminuirá hasta la victoria definitiva de las tropas entrerrianas en la batalla de Potrero de Vences en noviembre de 1847. Hasta entonces, la imprenta del Estado en Corrientes publicó constantemente un periódico político-militar, el cual fue cambiando de nombre de acuerdo con sucesivos cambios en la situación político-militar de la provincia. Confrontaban, de este modo, los voceros oficiales de cada provincia, con nombres elocuentes: cuando el periódico correntino pasó a llamarse *El Nacional Correntino*, el de Entre Ríos pasó a llamarse *El Federal Entrerriano*.

En las regiones pacificadas, puede observarse ciertas presencias de prensa en la década de 1840, asociadas a la misma lógica (como la decisión rosista de promover periódicos en Mendoza y Tucumán para contrarrestar los artículos que Juan B. Alberdi publicaba en su exilio en Chile).

Se presentan signos de interrogación para el año 1819 dado que no hay prueba de que la *Gaceta Federal* pudiera haber comenzado en el Campamento de Gualedguaychú (noviembre), en Paraná, en Santa Fe o aún en Coronda, aunque es más probable que fuese en Paraná. En 1822 aparecen los mismos signos para Concepción del Uruguay, pues no se sabe si *El Observador del Uruguay* fue

impreso en aquella población o durante la marcha de la columna por la costa, por parte del Ejército Observador del Uruguay, en julio de ese año. Aparece nuevamente en 1827, pues el prospecto de *El Grito Entre-Riano* pudo ser publicado en Buenos Aires, o bien en Gualeguaychú, cuando Márquez se aprestaba a cruzar el Uruguay. Por último, en 1843 y 1844 en Santa Fe, tras la renovación de equipos, se publicó la *Gaceta de Santa Fe*, pero era ésta un *Boletín Oficial*. Como no se pudo tomar contacto con la colección, tampoco se pudo descartar algún contenido periodístico en alguno de los números.

Contundentemente, la tabla nos muestra que la clave confrontativa en el Interior después de la victoria de 1842, se halla entre Paraná y Corrientes. La contundencia es tal, que cuando finalmente Urquiza, tras la victoria de Vences, logre imponer al coronel Virasoro como gobernador (que seguirá siendo hombre de su mayor confianza hasta su asesinato), Corrientes quedará un par de años sin periódico. Del mismo modo, cuando Rosas vetó el Tratado de Alcaraz firmado por Urquiza y el gobernador correntino Madariaga en agosto de 1846, se puso de inmediato en marcha un plan para proveer de nueva imprenta y periódico a la ciudad de Santa Fe. Esta última ya había renovado equipos y el mencionado -y escueto- boletín oficial en 1843-44. Pero en 1847 Rosas hace enviar equipos nuevos, sostiene a un tipógrafo muy preparado y formado en Buenos Aires (Olayo Meyer, quien se radicará definitivamente allí), y a Marcos Sastre para que redacte un periódico y funde una escuela, dando gran impulso al periodismo estatal en esa ciudad.

En el tramo final del régimen rosista, cuando Urquiza, ya liberado del frente correntino, gestiona un veloz progreso administrativo, económico, educacional y militar de su provincia, puede verse nuevamente el carácter político-militar de Estado de la función periodística. Mientras se elucubran los acuerdos para una alianza entre Corrientes y Entre Ríos que podría desembocar en el enfrentamiento a Rosas, la voz periodística de Corrientes cesa, reapareciendo cuando pueda explicitarse el enfrentamiento, tras el Pronunciamiento de Urquiza en 1851. Cuando se ocupa la provincia de Santa Fe en el avance del Ejército Grande hacia la batalla de Caseros, y existiendo poca confianza con el gobernador Echagüe, se deja a Santa Fe sin periódico por dos años, hasta que la campaña esté resuelta por completo; al iniciarse la Convención de Santa Fe a fines de 1852, comenzará a editarse un periódico oficial del Congreso, a cargo del Presbítero Magesté. Desde 1849 Urquiza transforma el mapa periodístico provincial. Por primera vez en una provincia, Entre Ríos tendrá periódicos no en una sino en tres ciudades (Paraná, Gualeguaychú y Concepción del Uruguay), claves en el contacto con Montevideo, con la exportación legal e ilegal, y la importación de elementos para una posible guerra. El modo de ingreso de ambas imprentas y sus redactores es sigiloso, no reconociendo oficialmente el gobierno que ha mandado a buscar los impresores a Montevideo. Los nombres de los periódicos siguen la estrategia de Urquiza. Los primeros son inocentemente provinciales: *El Progreso de Entre Ríos* y *El Porvenir de Entre Ríos*. Este último cambia en el año nuevo de 1851 por *La Regeneración*, título

confrontativo que anticipa el artículo del 5 de enero que desata el conflicto con Rosas. En Paraná, tras la caída del sitio de Montevideo y la ocupación de Santa Fe, alejado el frente, *El Federal Entre Riano* pasa a llamarse *El Iris Argentino*, pero *El Progreso de Entre Ríos*, de Gualeguaychú, más cercano al frente, pasa a llamarse *El Federal Entre Riano*. Cuando concluya la campaña de Caseros, volverá a cambiar de nombre por uno menos beligerante, *El Eco del Litoral*. *La Regeneración* (Concepción) cesa a mediados de 1852. Cuando renazca la prensa en Concepción lo hará con el nombre de *El Uruguay*, en 1855. Mientras tanto, desatado el conflicto con Buenos Aires tras el golpe del 11 de septiembre de 1852, el periódico de las fuerzas federales sitiadoras heredará el nombre -nacionalizado- que ya había pasado por Paraná y Gualeguaychú: *El Federal Argentino*, mientras que *El Iris Argentino*, tras un breve interregno como *La Voz del Pueblo*, es rebautizado *El Nacional Argentino*. La tabla nos muestra así, una evolución de la prensa del Interior compleja, cargada de heterogeneidades, pero con elementos comunes entre los que destaca la notoria primacía de la lógica de guerra en su aparición o receso -con más actividad durante las guerras e incapacidad de funcionamiento viable en tiempos de paz- y del uso del periódico como extensión de las funciones del Estado.

En Buenos Aires

En Buenos Aires, continuando la línea de periodismo estatal, el principal periódico durante la presidencia Rivadavia, *El Mensajero Argentino*, cesó apenas doce días después de la renuncia de su gobierno, el 9 de julio de 1827. Con él, cayeron todos los periódicos que Rivadavia había impulsado entre los gobiernos afines del Interior. *El Pregón de Salta*, *El Iris Argentino* (de Mendoza, iniciado el 25 de mayo de 1826 y cesado el 4 de julio de 1827), o *El Federal*, de Córdoba.

Buenos Aires presenta, durante la presidencia Rivadavia, ejemplos de la consolidación parlamentaria y de mercado. *L'Echo Francais* (del bearnés Juan Lasserre) duró casi un año, entre junio de 1826 y abril de 1827. *El Ciudadano*, de Pedro Sáenz de Cavia, partidario del federalismo, duró más de tres meses en los prolegómenos de la designación de Rivadavia, una extensión significativa para un periódico de minoría. La cantidad de títulos efímeros muestra el clima político tenso, que repetía lo ya sucedido en 1823, pero también expresa la creciente cantidad de intentos -todavía en su mayor parte fallidos- de buscar nuevos públicos desde espacios no estatales, como sucede con *El Avisador*, o *The Cosmopolite*, buscando el espacio de la colectividad británica que poco después cubriría exitosamente *The British Packet and Argentine News*, que alcanzaría un cuarto de siglo. También se hicieron presentes nuevas oleadas de emigrados, como el español José María Márquez, quien, al estilo de Ramón Félix Beaudot, desterrado desde Córdoba a Corrientes ese mismo año, traía a la prensa planteos radicales de soberanía popular, democracia y anticlericalismo que le significaron una rápida enemistad, multa, cárcel, destierro a Tandil y

posterior protagonismo en la prensa uruguaya, para terminar violentamente su vida en España, luchando contra el absolutismo. A ellos se agregaban desterrados de otros territorios, que hallaban en Buenos Aires espacio para imprimir asuntos relativos a sus regiones en la medida que dieran en la tecla de su política de alianzas local, como es el caso de *El Correo Nacional*, de Antonio Díaz, defensor de la Presidencia y del triunfo contra el Brasil, garantizando la reincorporación uruguaya.

El grupo parlamentario y el partido federal se recompusieron rápidamente frente a la elección de Rivadavia, sobre todo tras el rechazo generalizado al proyecto de Constitución unitaria y las medidas administrativas de partición de la provincia de Buenos Aires. El cese de *El Ciudadano* dio lugar pocos meses después (11 de octubre de 1827) a *El Tribuno*, y a *El Duende de Buenos Aires*, manteniendo la línea de diferenciar publicaciones “serias” de las más mordaces, pero manteniendo ambas estrategias en paralelo.

Las noticias recibidas acerca del contundente triunfo de las armas argentinas en Ituzaingó (20 de febrero de 1827) fortalecieron los planes rivadavianos para renovar su estructura de prensa. El 28 de febrero aparecía *El Liberal*, que duraría hasta el 29 de diciembre, en tanto que el 3 de marzo se lanzaba a la calle *La Crónica Política y Literaria*, redactada por Pedro de Ángelis y José Joaquín de la Mora, que sobreviviría hasta el 8 de octubre. Ambos se enfrentaron a *El Tribuno*. De Mora obtuvo, siguiendo la tradición iniciada por Valdés en la década de 1810, el permiso para publicar un segundo periódico de mayor mordacidad, que reemplazaría a *El Correo Nacional* superando numerosos límites en cuanto al uso del lenguaje esperable por el público de diarios. El paso del partido unitario a la oposición exacerbó sus ímpetus pendolistas, reiniciándose la lista de periódicos de vida breve, contenidos muy agresivos y generalmente, anonimato de sus autores. *El Porteño* y *El Granizo*, redactados por Manuel Gallardo y los hermanos Varela, fueron los ejemplos más famosos, y tuvieron su lógico fin: el agotamiento de recursos y el juicio de imprenta tan pronto se disipó la estructura de gobierno de Rivadavia, poco después de su caída.

La prensa periódica continuaría su expansión y consolidación a pesar de la anómala situación político institucional, y al clima de guerra constante en que se vio inmersa la futura Nación Argentina. Lo haría en forma paradójica, pues mientras en Europa -España incluida a pesar de su ingreso tardío en el universo de la prensa moderna- y en América anglosajona el periodismo comenzaba su transformación industrial y su nuevo sistema de lucro basado en la publicidad comercial, en nuestro territorio las experiencias comerciales eran tenues, por lo general limitadas a la venta de información comercial o a servicios especializados como contenidos en lengua extranjera o información de medicina práctica. La mayor parte de las experiencias periodísticas de este período (hasta 1852) continuó consolidando un modelo de sustitución del esperado rol del

mercado por el Estado, en contradicción con las propias expectativas expresadas en prospectos y artículos de fondo. Lo hizo por medio de tres variantes principales:

- a) La primera, la continuación del impulso estatal a la instalación de imprentas y periódicos y a su utilización como vehículo de unificación discursiva, el fortalecimiento de la identidad nacional y partidaria, la imitación de las formas propias del periodismo moderno europeo (publicidad de actos de gobierno, secciones de periódicos nacional y extranjeros, folletín, información comercial y estadística, discusión de cuestiones políticas, divulgación de hábitos de urbanidad, conocimientos científicos y prácticos, comentarios de literatura y teatro, avisos), la restricción al libre debate político en las páginas de cada periódico en beneficio de la defensa militante del propio punto de vista, la utilización de pasquines anónimos para demoler discursivamente al adversario con mordacidades y deslegitimaciones, preservando los periódicos principales en un nivel algo menos agresivo en sus confrontaciones.
- b) La segunda, una creciente separación geográfica de los contendientes, asumiendo como imposible la coexistencia de dos periódicos contrarios en una misma ciudad. Se repite en esta etapa la dificultad del Estado para absorber tensiones y conflictos expresados por la prensa sin la anulación simbólica o material de su contendiente. De este modo, los periódicos partidarios florecen en zonas de triunfo militar propio, y desaparecen cuando el triunfo se disipa. Esta separación dejará a Buenos Aires, a partir de 1833, en manos de una prensa exclusiva y unánimemente federal, a Montevideo, desde 1837, en manos de una prensa antifederal y antioribista, y ciudades del Interior en manos de una prensa radicalmente militante del partido que controle la plaza.
- c) La tercera, derivación extrema de la anterior, será la conversión de la prensa desde su función política militante hacia una función predominantemente militar: demostrar control del territorio, enardecer a los partidarios, temer cualquier debilidad frente a un enemigo sanguinario, causar desasosiego en las filas enemigas, desinformar al enemigo. Esta función militar de la prensa se expresó en su variante más extrema en la existencia de periódicos “de grupa” (ambulantes o volantes, que avanzaban o retrocedían junto a las columnas militares) y en los giros de 180 grados de los periódicos oficiales tras los cambios de fuerzas dominantes en la plaza.

En los tres casos, el Estado fue el actor excluyente.

La consolidación de un sistema de periódicos, aún a pesar de su desarrollo crispado y espasmódico, atravesado por cierres, censuras y enfrentamientos en escalada militar, se nota en la creciente continuidad de al menos un periódico por partido. Durante el gobierno de Dorrego (1827-28) la libertad de prensa se respetó aún más que durante los gobiernos anteriores, aunque continuaron produciéndose denuncias y juicios escandalosos. En tal contexto los hermanos Varela y Manuel Gallardo retomaron la pluma con *El Tiempo*, iniciado cuando la crispación política alcanzaba su

máxima expresión, en abril de 1828. Este periódico habría de sostenerse hasta el momento de derrota completa del partido unitario en Buenos Aires, producida en agosto de 1829¹⁵⁷.

El periodismo oficialista fue defendido por los redactores que habían acompañado a Dorrego en la etapa de oposición: Pedro Sáenz de Cavia, Manuel Moreno y Francisco Wright, quien se había acercado a la facción dorreguista en este período, con la publicación del *Correo Político y Mercantil de las Provincias Unidas del Río de la Plata*. Los tiempos de vida de este periódico son el negativo del de *El Mensajero Argentino* de la presidencia Rivadavia: nació el 12 de septiembre de 1827 y cesó el 28 de noviembre de 1828, en vísperas del golpe que acabaría con el asesinato de Dorrego. No podía faltar el periódico paralelo de mayor agresividad que protegiese al primero del desprestigio que suponía el uso de un lenguaje soez y agresivo desde un periódico anunciado como serio. Entre el 25 de agosto y el 22 de noviembre de 1828 se editó el *Diario Comercial y Telégrafo Literario y Político*, también desde la imprenta del Estado y cerrado tras el golpe de Lavalle.

También, como *El Tiempo*, en abril de 1828 inició su publicación un periódico crítico del gobierno de Dorrego (pero por sobre todo, de su ministro González Balcarce), que causaría enorme revuelo durante su breve existencia: *El Diablo Rosado*. Su autor era Juan (Jean) Lasserre, francés (bearnés), quien fue un importante innovador del periodismo.

Lasserre comenzó su intervención con el periódico *L'Echo Francais*, publicado entre el 14 de junio de 1826 y el 12 de abril de 1827, totalizando 79 números, una duración significativa para la época, más aún, porque -a excepción de la efímera y trágica experiencia de 1818- se trata del primer periódico en francés, abriendo así un género que habría de durar muchos años con éxito. Estando a cargo de este periódico sufrió su primer arresto el 2 de febrero de 1827, bajo el gobierno rivadaviano, lo que muestra que no era precisamente un militante unitario, y que sus motivos de crítica al gobierno de Dorrego no obedecían a oponerse al federalismo ni a su partido, sino al modo en que se había resuelto la guerra con el Brasil, además de sentirse perseguido por las denuncias en su contra por artículos publicados. El 25 de abril de 1827 dio continuidad a su proyecto con una nueva suscripción para el periódico en francés *L'Abeille*, que duraría hasta el 30 de julio, editando 26 números y un suplemento. Le siguió, al año siguiente, *Le Censeur*, con 15 números entre el 10 de abril y el 13 de mayo de 1828. En ese entonces (mediados de 1827 a mediados de 1828) Lasserre se había involucrado junto a un grupo de marinos franceses y genoveses, en la salida a combate de un velero corsario con patente argentina, para luchar contra Brasil. Tras la campaña de verano de 1828, que le brindó muy buenos resultados, presentó una importante novedad periodística: en forma

¹⁵⁷ El Pacto de Barracas, que abrió paso a la pacificación y al primer gobierno de Rosas se firmó el 24 de agosto de 1829. Tras él, el gobierno de Viamont [o Viamonte] primero y el de Rosas luego, generarán importantes innovaciones periodísticas que elevarán la calidad y regularidad de la oferta, comenzando, por ejemplo, la época de oro de Pedro de Ángelis como periodista.

simultánea dio inicio a un periódico en francés y *El Diablo Rosado*, con su enorme carga de ironía y sátira (*Le Censeur* apareció el 10 de abril y *El Diablo Rosado* el 11).

El Diablo Rosado no contaba con su firma, la que sólo se entrevé por algunas señales que brinda al redactar (“De los redactores, el que es francés”, dice en un comentario), y duró apenas siete números. Un proceso abierto por una supuesta noticia falsa relativa al funcionamiento de un colegio de niñas -sobre la cual Lasserre se disculpa asegurando que apeló a una fuente que se hallaba en error- lleva a la segura clausura del periódico. Si imprimir números en papel rosado o utilizar una tinta roja eran recursos posibles para ser aún más llamativo, el impacto más grande lo logra cuando elude la clausura con un nombre irónico: *El hijo mayor del diablo rosado* (30 de abril al 17 de mayo, 6 números), luego ante nueva amenaza, *El hijo menor del diablo rosado*: 19 de mayo al 18 de julio - 13 números- y luego *El hijo negro del diablo rosado*: 22 al 26 de julio, 3 números.

Nótese que los “diablos” sólo son en total 29 números, publicados en un lapso de tres meses con periodicidad bisemanal. Una cantidad notoriamente inferior a *L’Echo Francais*, semejante a *L’Abeille* y algo mayor que *Le Censeur*. Sin embargo, la fama inmediata y posterior del *Diablo Rosado* es incomparable¹⁵⁸, por su pendolismo agresivo (acrecentado cuando su barco corsario fue destruido en las costas uruguayas por fuego amigo en un error de identificación, en junio de ese año), sus recursos creativos (diálogos, poesías mordaces, avisos irónicos, utilización sistemática de apodos) y sus recursos gráficos (color del papel, cambios de título en la portada).

Es notable en Lasserre cómo sus simpatías republicanas y racionalistas iniciales, así como su gratitud a la política rivadaviana de invitar franceses a incorporarse al Río de la Plata (lo hizo tanto como diplomático en Europa como en su rol de ministro y luego de presidente), lo llevaran a una empatía general con el gobierno, pero pronto chocará con él debido a sus posturas en torno a la cuestión oriental, la guerra con el Brasil y la política monetaria. Cuando iniciado el gobierno de Dorrego se explicita un tratado de paz poco afortunado la oposición de Lasserre se acrecienta. A su molestia suma los conflictos judiciales en que se ve envuelto, y su enemistad manifiesta con los periodistas “ministeriales” como Cavia o Ugarteche.

Su “hijo” más famoso, *El Diablo Rosado*, paradójicamente, no trajo grandes innovaciones, a excepción del uso de papel rosado, reforzando la visibilidad y recordación de su nombre. El resto de los recursos, poesías mordaces, diálogos, denuncias, chistes, sobrenombres groseros, eran moneda

¹⁵⁸ En 1831 participa en *El látigo federal* o *el risueño*, periódico de tendencia federal doctrinaria, que según el periódico federal apostólico *El Lucero* cierra casi al nacer, a comienzos del año. En 1832 es altamente probable que su pluma fuese la principal en *La Diablada* o *el robo de la bolsa* y en su inmediata sucesora, *El Domador*, que superpone sus dos únicos números con los últimos de *La Diablada*, mientras continúa colaborando en sueltos y al mismo tiempo en la prensa “seria”, por ejemplo en el *Diario de la Tarde*. En 1835 es el redactor principal del diario oficial de la presidencia Oribe, *El Estandarte Nacional* (1835-36), en el cual demuestra buen manejo para la prensa seria, el seguimiento profundo de temas políticos de fondo y la variedad temática propia del periodismo europeo de su tiempo. Será autor de las publicaciones periódicas del Ejército de la Confederación durante la campaña contra Rivera en 1839, para reaparecer, finalmente, como redactor principal de *El Porvenir de Entre Ríos*, primer periódico de la ciudad de Concepción del Uruguay, editado a lo largo de 1850.

común en Buenos Aires. El otro recurso, producido en el trimestre siguiente, era también conocido y correspondía a una prensa más tradicional, de la cual proyectos como el de *El Argos de Buenos Aires* buscaban distanciarse: la identificación del periódico con un apellido o una facción, y la disposición a cambiar constantemente de título, ya que este no constituye el eje de su identidad. Al cambiarlo, el título pasa a ser parte de la argumentación. Originado en Europa, el recurso fue llevado en Buenos Aires a su máxima expresión por la creativa pluma de Fray Castañeda, e imitado con menos éxito por sus detractores. A Lasserre lo imitarían en su furor mordaz y descalificante, unos años más tarde Luis Pérez en Buenos Aires, Juan Gualberto Godoy en Mendoza y Calixto González desde Córdoba.

Los *Diablos* de Lasserre pasaron a la historia, e incluso fueron imitados en versiones apócrifas para hacer propaganda antiunitaria (Bohdziewicz, 2008: 338), en versiones compuestas con el mismo tamaño de pliego, misma tipografía, mismo criterio de armado, misma mordacidad, mismo estilo rimado, etc. La redacción era anónima, pero dada la fecha aproximada (Ca. 1831-34)¹⁵⁹, y la militancia de Lasserre en el bando federal doctrinario, existe alguna probabilidad de que la pluma pudiese ser suya en algún caso, aun estando radicado en Montevideo. El contenido parece muy agresivo, pero no necesariamente lo es más de lo que se publicaba en 1828.

Con la imagen visual sucede algo semejante. Es notable la similitud entre los grabados que encabezan los sucesivos números de los *Diablos*, con la caricatura satírica “La diablada o el robo de la bolsa”, con la que se encabeza el periódico del mismo nombre publicado en Montevideo durante marzo de 1832. Si bien puede tratarse de una imitación milimétrica, lo más probable es que Juan Lasserre fuese uno de los redactores, dado que la publicación corresponde a un año que residió allí, que era lavallejista y opositora al régimen de “los cinco hermanos”¹⁶⁰, en tanto él y Lavalleja eran compadres y amigos, y sobre todo, que tanto el grabado como el nombre de la publicación y los temas y recursos empleados se parecen milimétricamente al *Diablo Rosado*.

Este tipo de publicación -satírica, anónima- presenta hasta el último tramo del siglo XIX una regularidad notable: se imprime en cuarto menor, en forma paralela a una publicación “seria” afin, y jamás se reconoce la autoría, aunque el opositor a la publicación vocifera la misma y denuncia sus malas artes. En Buenos Aires esta fue una constante por los menos hasta la década de 1890.

Pero también subsistió en Montevideo, Paraná, Gualaguaychú, Concepción del Uruguay, Rosario, Catamarca, Córdoba y Mendoza, por mencionar los casos más evidentes. Incluso en localidades con

¹⁵⁹ Durante esta etapa Lasserre pasa constantemente a Montevideo, donde tiene intereses económicos y familiares. A fines de 1834 está radicado de tiempo completo en Montevideo, aunque continúa colaborando con la prensa porteña, como lo muestra, por ejemplo, un artículo suyo publicado en enero de 1834 en el *Diario de la Tarde*, referido a obras de mejora en el puerto de Buenos Aires.

¹⁶⁰ “Los cinco hermanos” fue el nombre irónico (de uso popular o coloquial) asignado en Uruguay a un grupo plutocrático que tuvo gran influencia en el gobierno entre los años 1830 y 1834, y continuó teniéndola sobre la política nacional más adelante. Lo componían Lucas Obes y sus cuñados Nicolás de Herrera, José Longinos Ellauri, Julián Álvarez y Juan Andrés Gelly.

DIABLO ROSADO	APÓCRIFOS POSTERIORES
<p>El Hijo Mayor del Diablo rosado, N° 2, 2 de mayo:</p> <p>Cuando en el congreso me solía sentar grité contra el orden todo un año y más. Calumnié a los buenos con mi tono audaz; más salí cuan gallo de ajeno corral. Mas luego me alzarón por qué, Dios sabrá a un lugar que nunca debiera ocupar y entonces ya pude a salvo y en paz vengar mis injurias mentir y charlar.</p> <p>El Diablo rosado, N° 7, 25 de abril: Magnífico, en vano, pensaste que ya, pues murió el granizo, tranquilo estarás; otros mil granizos mil veces saldrán y mil hemorroides te han de hacer brotar.¹⁶¹</p>	<p>(De El Diablo Tuerto): En fuerza de esta verdad / a nombre del gran Rimbombo mientras hablando yo esté / a todos silencio impongo (...) Que imitando su conducta / robéis vos a discreción y que víctimas hagáis / sin piedad ni compasión</p> <p>(De panfletos con el mismo grabado pero sin título).</p> <p>Aquí tenéis a Varela / Ese unitario emperrado Que representa en persona / Al mismo diablo rosado (...) Más diablo que mis hermanos / Y más diablo que el capón Mas diablo que el boticario / Y más diablo que el glotón Mas diablo que el tal Bedoya / Mas diablo que Lucifer Mas diablo que Rivadavia / Y más diablo que Soler.</p> <p>Una unitaria encontré / Con el demonio una vez, y ella le dijo al demonio, / mándame, te serviré. El demonio enfurecido / pegándole un puntapié le contestó con lo mismo / mándame, te serviré.</p>

un solo periódico, como Concepción del Uruguay o Gualeguaychú en el tenso año 1858 se publicaban sendos periódicos satíricos que decían lo que las reglas del decoro impedían a las versiones oficiales. *El Duende* en Concepción del Uruguay prestaba ese servicio al periódico *El Uruguay*, urquicista; *La Chispa* hacía lo propio para el periódico *La Época*, nombre que los De María habían dado a *El Mercantil*, a pedido de Urquiza, cuando se inició la campaña periodística contra Buenos Aires que acompañaría la escalada bélica y la campaña de Cepeda. Lo que desaparecerá ya en la década de 1830, será la estrategia del cambio continuo de nombre como parte de la retórica del periódico. Las ocurrencias de Lasserre o de Luis Pérez quedarán para siempre en la memoria colectiva, pero no se repetirán en las siguientes etapas de la historia del periodismo, que reconoce, a medida que avanza la institucionalización del aparato estatal y la economía de la prensa basada en el mercado, las ventajas de la permanencia del nombre como marca identificable. La catástrofe político-militar derivada del golpe de Lavalle de diciembre de 1828 desató el período más álgido de guerras civiles argentinas, encendidas una y otra vez hasta la definitiva organización nacional. Lavalle no pudo sostenerse en el poder más que unos pocos meses, en contraste con el meteórico ascenso militar y simbólico de Rosas, quien, tras unos meses de gobierno interino del general Viamonte, llegaría al gobierno el 5 de diciembre de 1829. En tal contexto, la prensa

¹⁶¹ Más grosero aún, en número 4 decía: Don magnífico emplastos / don hemorroides untos / qué mala suerte tienes / cuando sirves de asuntos / todos los asonantes / que encuentro, si los busco / cuadran perfectamente / a los defectos tuyos / si hablo de autoelocuencia / se presenta rebuzno / si de tu tolerancia, / las leyes del embudo / si de tus disparates, periódico, absurdo / nulos si de tu genio / de tu ambición oscuro / si de tus compañeros / luego me ocurre brutos / si de los que te alaban / debo llamarlos mulos (N° 4, 18 de abril de 1828).

periódica continuó su deriva bajo la lógica y el protagonismo estatal y fuertemente sesgada por la lógica de enfrentamiento. Algunas tendencias se profundizaron, como fue el caso de la relación estrecha ente el Estado y los extranjeros que editaban periódicos o, incluso, disponían de negocios de imprenta, como fue el caso de Hallet, quien logró dar continuidad a su *Gaceta Mercantil*, adoptando definitivamente la defensa del Partido Federal ya durante el gobierno de Dorrego; y el de De Ángelis, quien precisamente pasó a redactar la *Gaceta Mercantil* con sostén gubernativo en los inicios del gobierno de Viamonte. Del mismo modo que en momentos de crispación de Ángelis fue comisionado a sostener un periódico oficialista en paralelo a su labor con la *Gaceta Mercantil*, favorable al gobierno, pero con un perfil menos explícito que el buscado por Viamonte. La compra de 150 ejemplares diarios y un subsidio directo a este redactor, garantizaron la salida de *El Lucero*, iniciada el 7 de septiembre de 1829. El periódico avaló y promovió el ascenso de Rosas y acompañó todo su gobierno, extendiéndose durante un período largo, equiparable a *El Argos* o al record que estaba obteniendo *La Gaceta Mercantil*: alcanzó al 31 de julio de 1833. Estos rasgos muestran una notable consolidación institucional del periodismo. Las colecciones de periódicos cuentan sus números ya no por decenas o cientos en el mejor de los casos, sino por miles. Los nombres se extienden por años, presentan formatos más modernos, en tamaño sábana y a varias columnas, tipografías de mejor calidad, grabados, secciones más definidas y amplias, y producción local de artículos en mayor proporción en los ámbitos de literatura, política, ciencia, teatro, misceláneas, datos comerciales y estadísticos, consejos medicinales o curiosidades, además de la revista de periódicos extranjeros y nacionales.

Los sectores más recalcitrantes del unitarismo habían sido derrotados militarmente y se habían desterrado para conspirar y, sobre todo, para actuar en la Liga del Interior, desde la cual el talento militar y el liderazgo del general Paz, garantizaba el control territorial de varias provincias, y permitía soñar con una contraofensiva para recuperar Buenos Aires. En ella, proliferaron periódicos de guerra unitarios. En Buenos Aires, periódicos federales. Los que estaban logrando una duración más amplia, como la *Gaceta Mercantil*, consolidaron su lugar¹⁶².

De este modo, hacia fines del gobierno de Rosas, los habitantes de Buenos Aires disponían de una cantidad y variedad de lectura muy superior a la observable en las décadas anteriores: dos diarios a lo largo de todo el año, al menos tres semanarios estables, y numerosas experiencias más breves y especializadas, así como pasquines y panfletos, incluidos aquellos que reforzaban su esfuerzo argumentativo con cambios de nombres llamativos o con recursos literarios del habla popular. Estos

¹⁶² A ellos se agregaron semanarios políticos sostenidos desde el Estado, como el mencionado *El Lucero*, de De Ángelis, y otros de perfil todavía más popular, como el *Diario de la Tarde*, creado en 1830, donde coexistían periodistas letrados como Federico de la Barra con expertos en el lenguaje oral popular, como Luis Pérez, el protagonista de los relativamente breves periódicos gauchescos de los primeros años de la mencionada década.

últimos son efímeros, pero logran un impacto enorme en la población, que los comenta con simpatía, rechazo o temor.

La judicialización de las acusaciones contra los periódicos por abuso de la libertad de imprenta permitió, como sucediera en 1823 o 1828, un acrecentamiento del prestigio del periódico acusado. Ejemplo extremo de ello es el caso de la defensa política y comunicacional del *Restaurador de las Leyes* en 1833¹⁶³. La creciente polarización política y militar, que tras el golpe contra Oribe en 1836 contagiaba también a la república uruguaya, llevó a esta prensa a su máxima expresión, como lo demuestran los títulos en escalada¹⁶⁴. La ausencia de periódicos opositores sistemáticos continuó produciéndose como consecuencia del ritmo de guerra que llevaban los actores en las distintas plazas. Los derrotados huían a otras ciudades, donde reorganizaban fuerzas y publicaban desde allí, desde el control del aparato estatal y de los ejércitos, sus propios periódicos, que polemizaban con los contrarios editados en la ciudad controlada por el enemigo. Todas las facciones en pugna fueron duras y agresivas con la prensa enemiga, pero por lo general, carecían de tiempo para que se produjese su censura y persecución. Los editores eran en primer lugar actores de la guerra, y se posicionaban como tales desde el control del aparato, posponiendo el desarrollo de un sistema estable de prensa oficial y opositora coexistiendo en un mismo espacio geográfico e institucional, como se intentó esbozar por ambos bandos en la década de 1820.

La historiografía argentina, iniciada e institucionalizada por una generación en la que predominaron actores militares y periodísticos de la guerra sobre la que escribirán, pertenecientes al bando unitario primero, y “nacional” (mitrista) después, fue muy condescendiente con los abusos contra la libertad de prensa realizados por actores del bando unitario, y magnificó los excesos cometidos por el bando federal, promoviendo una lectura histórica sumamente maniquea con consecuencias hasta la actualidad, aunque puede consignarse también la presencia de maniqueísmos de sentido inverso. La documentación existente nos permite hallar una relativa simetría tanto en el aporte de avances hacia la modernización, como en retracciones y represiones. Ambos bandos buscaron modernizar equipos y formatos, ampliar secciones a imagen y semejanza de la prensa extranjera más moderna, institucionalizar nombres y duraciones de periódicos, permitir durante sus gobiernos la existencia

¹⁶³ Ya Lasserre había ganado simpatía y fama esquivando risueñamente el juicio de imprenta iniciado contra *El Diablo Rosado*. En este caso, tras la derrota electoral de la fracción “apostólica” del rosismo frente a los “doctrinarios”, las amargas acusaciones en la prensa arreciaron, multiplicándose los términos hirientes. El fiscal Agrelo, cuya objetividad fue puesta en duda por militar en el federalismo doctrinario, igualmente llevó a proceso a Nicolás Mariño, director del periódico federal apostólico *El Restaurador de las Leyes*. Activistas de esa fracción pusieron en marcha una astuta maniobra: empapelaron la ciudad con carteles que decían: “El 11 de octubre enjuician al *Restaurador de las Leyes*”. La confusión entre el nombre del periódico y el título honorífico no oficial de Juan Manuel de Rosas provocó un tumulto. Muchos partidarios creyeron que el enjuiciado sería el ex gobernador. El día de juicio el tumulto impidió sesionar, derivó en manifestaciones y actos, luego disturbios y finalmente un creciente movimiento que llegó al combate militar, la victoria apostólica y la renuncia del gobernador Balcarce (noviembre 4), y su remplazo por Juan José Viamonte.

¹⁶⁴ Las escaladas de títulos agresivos, satíricos, irónicos o amenazantes podían aplicarse en general (*El escarmiento de un unitario*, *El Cañón de la libertad*, *Muera Rosas!*, *El loco machuca batatas*, etc.) o en secuencias específicas: (*El relámpago*, *El Rayo*; *El Diablo Rosado*, *El Hijo Mayor del Diablo Rosado*; *El Gaucho*, *La Gaucha*, *El Gauchito*; *Don Cunino*, *La Ticucha*; *El Toro de Once*, *El Torito de los Muchachos*; *El Lobera del Año '20*, *El Lobera de a 36 reforzado*, etc.).

de prensa opositora si estaba representada parlamentariamente, favorecer un ambiente intelectual en torno a los periódicos o debatir frente a la novedosa concepción de opinión pública, aunque esta aún no estuviese plenamente constituida en los hechos, facilitar la publicidad de los actos de gobierno, difundir noticias extranjeras, publicar libros por entregas. A su vez, ambas partes echaron empleados afines al adversario apenas asumieron sus propios equipos, denigraron a sus oponentes, los atacaron con pasquines anónimos y mordaces, dificultaron el acceso opositor a imprentas y suscripciones, obstruyeron la circulación de periódicos impresos en territorio controlado por el enemigo, inventaron crímenes del enemigo o magnificaron los efectivamente cometidos, ocultaron o minimizaron los propios, confiscaron imprentas en manos de ejércitos enemigos para tornarlas propias, cambiaron de bando las publicaciones estatales tras golpes de Estado u ocupaciones de ciudades. Esta relativa simetría contrasta con la leyenda negra construida por cada bando respecto del oponente. Sin embargo, es posible notar algunas dificultades adicionales en el bando federal, en comparación con el unitario o antirrosista. La organización del bando antirrosista en el campo periodístico es equivalente a su diferencia específica en la construcción de un sistema político representativo, un ámbito de elite excluyente pero de pares a su interior, de modo que la dirección de los asuntos públicos o la organización de artículos, debates o secciones de los diarios pueden ser realizadas por figuras relativamente intercambiables que disputan entre sí conducciones y referencias, pero que constituyen un espacio de paridad notable. El espacio del Partido Federal, en cambio, se constituye con liderazgos político-militares fuertemente personalistas y piramidales, donde la figura del caudillo se encuentra notoriamente por encima del resto. Estos caudillos requerían unanimidad de apoyo en todo el espectro social, y administraban desde ese lugar conflictos y tensiones interiores y exteriores. Estos caudillos podían tener mayor o menor talento retórico, tanto oral como escrito, pero por lo general delegaban la función de escritura - especialmente la periodística- a letrados con mucho menos poder, fuertemente dependientes desde su lugar de asalariados de lo que su liderazgo le indique para la producción de artículos, posicionamientos, negociaciones o discursos públicos. En tal contexto, la variedad de voces periodísticas tendió a ser menor -no así el volumen ni calidad de la misma- y en el transcurso de la guerra civil llegó a constituir, tras el destierro de todo opositor o sospechado de serlo, un tono monocorde que bien podía sospecharse por sus adversarios de ser basado en la censura y el terror, aunque para sorpresa de estos últimos, la opinión en el Interior estaba mucho más cómoda con sus líderes de lo que ellos imaginaban, como lo descubren trágicamente Lavalle primero y Paz luego en sus respectivas invasiones. Del mismo modo, la dependencia de liderazgos unipersonales tendió a generar la continuidad a largo plazo de sus mandatos, en relativa contradicción con el principio de alternancia con el cual el bando unitario podía sentirse más cómodo. Liderazgos de por vida (como

el de Estanislao López) o hasta el derrocamiento exitoso (como el de Rosas) o hasta el remplazo por un liderazgo emergente con el cual no podría coexistir a igual nivel (como se da en Entre Ríos al remplazar Urquiza a Echagüe) eran moneda corriente. La conflictividad mayor, tanto en relación con el campo periodístico e intelectual, como en relación con los modos de construcción política, se produjo cuando en la degradación de la política hacia la guerra, el rosismo no sólo reclamó y obtuvo la concentración de facultades extraordinarias en manos del Poder Ejecutivo, sino que la unanimidad se elevase a unanimismo público (Ternavasio, 2007), en una constante exigencia de manifestación pública de adhesión al partido de gobierno. Este unanimismo bloqueó definitivamente todo marco común con el partido unitario en el periodismo -aunque en un principio desde el bando federal se intentó algunos mecanismos de entendimiento- y llevó al periodismo federal a exacerbar su tono monocorde, elemento que la generación fundadora de la historiografía nacional, antirrosista en su casi totalidad, utilizaría con ahínco.

Sin embargo, puede notarse tanto la presencia de ese mismo tono monocorde en el bando unitario, como notorias señales de modernización en el bando federal, incluso durante el denostado segundo gobierno de Rosas. En el caso del espacio unitario, más allá de una presencia de actores “pares” en la arena periodística, que permitía de vez en cuando habilitar algún debate sobre temas menores, el espacio político del campo periodístico se mantuvo tan cerrado como el federal. Y a la inversa, durante los gobiernos de Rosas se sentaron muchas de las bases para la modernización posterior tanto en la actividad periodística como en otros aspectos del campo intelectual y científico, así como en el andamiaje legal e institucional de su sistema de representación política y de actividades económicas y sociales. Desde el punto de vista del aparato estatal, funcionó el parlamento de modo regular, lo que constituye una innovación, aunque con un límite claro. Estaba en cierto modo predeterminada por fuerzas externas al mismo la actitud de otorgamiento de plenos poderes a Rosas, y el unanimismo exigido fue creciente (Ternavasio, 2002, 2009). Al mismo tiempo, se sentaron las bases de una relación mucho más completa y constante con la noción de opinión pública. Rosas ha explicitado en algunas de sus cartas su conocimiento de la necesidad de hacer uso de un discurso agradable a los oídos de sectores heterogéneos, en un arco que iba desde los ganaderos hasta los “muchachos de las orillas”, así como la necesidad de hacer *lobby* sobre la prensa europea, cosa que efectivamente hizo a través de agentes y de ediciones trilingües a cargo de De Ángelis. La posibilidad de expresión política plural estuvo restringida al máximo bajo Rosas, pero también lo estuvo en el Montevideo de los emigrados, aunque allí contaron con la ventaja de no requerir un sistema piramidal de mando tan complejo como el de Rosas, pues habían logrado algunos tenues mecanismos de negociación y coexistencia entre pares del mundo político.

En Montevideo sí existían cruces de opinión entre periódicos, estableciendo la diferencia entre el marco de pertenencia común fuera del cual quedaban los enemigos, y el marco de disenso posible entre ellos. Fue precisamente por esta gimnasia parlamentaria que los emigrados de Montevideo, Chile y otros lugares pudieron aprovechar óptimamente las condiciones que el rosismo les habría de legar en 1852, cosa que no pudo hacer Urquiza, pues él heredó la estructura de representación piramidal que aún quedaba en pie, y no contó con la experiencia que sí hicieron los emigrados.

Desde el punto de vista de la prensa, observamos durante el período rosista la partición geográfica del enfrentamiento. Esto es: fue imposible que los periódicos que se enfrentaban en Buenos Aires en la década de 1820, pudieran existir en la misma ciudad o provincia bajo gobierno de un bando, por lo que existieron periódicos de una voz en la provincia dominada por unitarios, y de la otra en las federales, con cambios de 180 grados cuando un golpe o invasión cambió el signo del gobierno (es notable el caso de Corrientes, con un único periódico de Estado en la década de 1840, pero cambiando de nombre y signo cada vez que el gobierno caía en manos de uno y otro bando. En tal sentido, puede decirse que Buenos Aires y Montevideo constituyeron el soporte de reorganización territorial de la prensa periódica de las facciones en guerra civil en Argentina.

El Interior acompañó este proceso milimétricamente. Así, los periódicos de la capital de la provincia de Corrientes fueron rosistas o partidarios de Lavalle según el ejército que controlase la ciudad. En Entre Ríos, tras la desaparición del *Correo Ministerial* en 1824, no hubo periódicos hasta que la guerra civil llevó una imprenta a la invasión a la Banda Oriental en 1839 (editando *El Lancero en Campaña*), imprenta que se perdió en la derrota de Cagancha a fines de ese año, y luego otra imprenta a Paraná en octubre de 1840 para contrarrestar el periódico que editaba Lavalle desde la Santa Fe, tomada en ese momento por sus fuerzas. La persistencia de la guerra en el Litoral llevó a Rosas a respaldar un semanario regular en Paraná desde entonces (*El Federal Entre Riano*, iniciado en 1843 cuando Urquiza retomó la provincia frente a las fuerzas de Paz, y que existiría hasta el final del período). Durante la ofensiva militar rosista contra Lavalle en 1840-41 aparece la mayor proliferación de periódicos en el Interior en todo este período. Todos ellos son expresión de guerra, junto al avance de las tropas.

Pero si en el Interior la casi única función posible de la prensa fue político-militar, en Buenos Aires sí continuaron evolucionando distintos aspectos de la prensa periódica con dirección a su forma moderna. Por ejemplo, en formato, organización por secciones y subgéneros, estilos de redacción, cantidad de material impreso por número, cantidad total de ejemplares por año, variedad de opciones disponibles en la ciudad y sobre todo duración de los periódicos. Montevideo, por su parte, también halla en su intento de reincorporación a la Argentina, su independencia y su creciente involucramiento en las guerras civiles de allende el Río de la Plata, un factor dinamizador y -en más

de un sentido- modernizador de su prensa periódica, que pasará de ser prácticamente inexistente en los últimos años de la década de 1810 a activa en los últimos años de la década de 1820.

En las tablas a continuación (2.5. a 2.8.) se representa las evoluciones de la prensa periódica entre febrero de 1820 y diciembre de 1832, esto es, desde los días posteriores a la batalla de Cepeda y el colapso de la autoridad nacional, hasta el fin de la primera gobernación de Juan Manuel de Rosas.

En la tabla 2.5. se representa específicamente lo sucedido en la ciudad de Buenos Aires. Puede notarse la contundencia del colapso institucional de febrero de 1820: por primera vez en muchos años, prácticamente no hay prensa en el país, ni siquiera en Buenos Aires, pues la Gaceta emite la documentación mínima indispensable. Pero a partir de abril la situación retoma su cauce. Castañeda empieza a publicar sus periódicos de título satírico, reaparece algún pasquín efímero, se publica un *Boletín Militar* en operaciones, y ya cerca de fin de año, reaparece la incipiente prensa faccional. Si bien en su mayor parte es financiada con recursos del funcionariado público, no deja de ser un cambio que estas no sean “oficialmente” ministeriales. Tras la asunción de Martín Rodríguez como gobernador, y restaurado el orden en septiembre de 1820, el procedimiento de contar con un periódico oficial (la *Gaceta*) y contestar las críticas o atacar a adversarios (en ese momento, los federales del Interior e incipientemente Castañeda), utilizando periódicos formalmente “independientes” se torna crecientemente habitual. En 1821 ya se notan las transformaciones en curso en la provincia, tanto desde la perspectiva político-institucional como la económica. Funcionarios del Estado coinciden en espacios de sociabilidad por fuera (al menos formalmente) de éste, y se proponen iniciativas de progreso general, así como contactos de negocio. En este contexto Santiago Spencer Wilde da nacimiento a *El Argos*, intentando que el periódico se parezca (en apertura a distintas opiniones, división en secciones, nuevos estilos y formato columna) a los periódicos europeos bajo regímenes parlamentarios. *El Argos*, que logra sostenerse varios meses (hasta fin de noviembre) renace en enero del año siguiente fortalecido por la Sociedad Literaria y el potente apoyo estatal que recibe, para refundarse como *El Argos de Buenos Aires*. La Sociedad Literaria expresa así el proyecto rivadaviano para la prensa: no habrá ya periódico oficial sino un *Boletín Oficial*, el fomento a un periódico moderno (*El Argos de Buenos Aires*) no controlado sino subsidiado por el Estado, y una revista de interés científico ilustrado (*La Abeja*). Rivadavia enviará, orgulloso, ejemplares de los tres productos a su admirado Destutt de Tracy (Frizzi de Longoni, 1947: 81). Junto a otros intentos de obtener amparo estatal desde sociedades (v.gr. *El Ambigú de Buenos Aires*, *El Teatro de la Opinión*, *El Correo de las Provincias*), aparece, muy novedosamente, el esfuerzo de emprendedores como el estadounidense (de Filadelfia) Esteban Hallet, quien con su propia imprenta intenta boletines comerciales e industriales, un diario (*El Diario de Buenos Aires*) y finalmente, la *Gaceta Mercantil*, nombre que expresa, simbólicamente, la transición que se está

viviendo, y cuyo éxito se manifiesta tanto en su duración (hasta 1852) como en la cantidad de números (superando los 8 mil). Basta un golpe de vista en la tabla para notar que la clave del progreso periodístico se halla, año tras año, en el aumento de la duración de cada experiencia, la continuidad a lo largo del año de la pluralidad de oferta tanto en tipos de periódico (comercial, intelectual, de interés general, de medicina práctica, de música, etc.) como en diferentes corrientes de opinión, y la densidad de su regularidad (claramente hay más disponibilidad si hay diarios que si hay sólo semanarios o quincenarios). En tal sentido, se nota el resultado del esfuerzo expansivo de la estrategia societaria rivadaviana, que deja atrás la naturalidad del periódico oficial heredada, pero año tras año, la prensa va expandiéndose paulatinamente. Y lo mismo hace la cantidad de números únicos, pasquines y experiencias efímeras. Muy paradójicamente, el momento de mayor restricción en todas las variables aquí mencionadas entre 1821 y 1832, se da entre diciembre de 1828 y agosto de 1829, esto es, entre el golpe de Lavalle y los acuerdos de paz que llevarían a la restauración de la legislatura y la elección de Rosas como gobernador a fines de ese año. En el gobierno de Rosas se notan dos momentos de retracción, en marzo de 1830 y en febrero de 1832, en ambos casos, con una notable recuperación en el semestre siguiente. Durante la mayor parte de 1832, el ciudadano porteño dispondrá en simultáneo de hasta cuatro diarios y dos semanarios, todos ya con formato columna, secciones, temas de política, comercio y literatura, difusión de libros, etc.

Es, en efecto, engañoso, como hemos visto, el carácter restrictivo de la disminución de títulos. Bajo Rosas sí se reprimió activamente el disenso y se obligó a los funcionarios de la facción opuesta que redactaban periódicos a desterrarse, desapareciendo con ello tanto los periódicos opositores como la guerra de pasquines que suele conformar el grueso de los títulos de los catálogos tradicionales de prensa. Pero durante la década de 1835 a 1845, por ejemplo, un porteño disponía todos los días de tres o cuatro opciones periodísticas, además de materiales técnicamente mejor logrados (con ilustración, por ejemplo) y más densos en sus contenidos con carácter quincenal o mensual. Asimismo, esos varios diarios, contaban con una distribución de secciones acordes con lo que se acostumbraba en Europa: documentos estatales, notas de opinión (restringidas por condiciones dictatoriales como las facultades extraordinarias aprovechadas por Rosas, cosa que también sucedió con otros marcos normativos en varios países europeos), noticias comerciales y estadísticas, avisos, sección de literatura y teatro, revista de periódicos extranjeros, folletín, extracto de libros. Esto, incluso, no se limitaba a Buenos Aires. En el Interior, era posible leer folletines europeos (de autores de la talla de Alejandro Dumas y otros que se editaban masivamente en Europa) poco después de su edición original.

Tabla 2.5. La prensa periódica en Buenos Aires entre febrero de 1820 y diciembre de 1832

Año	Nombre del periódico	Números	Periodicidad	Sin fecha	Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.	Jul.	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1820	<i>La Gaceta de Buenos Aires</i>	51	Semanal					26	3							
	<i>El Redactor del Congreso Nacional</i>	53	Mensual		28											
	<i>El Americano</i>	47	Semanal			11										
	<i>Periódicos de Castañeda (varios)</i>	121	1 a 2 por sem					1								
	<i>El Año Veinte</i>	5	Semanal				25	22								
	<i>El Amante del Bien Público a los (...)</i>	2	Quincenal								14	2				
	<i>La Estrella del Sud</i>	9	Bi-semanal									9	16			
	<i>La Legión del Orden o Voz del Pueblo.</i>	11	Semanal												2	
	<i>Semanario Político o Compendio...</i>	4	Semanal												17	8
	<i>El Constitucional o sea...</i>	1 + Pr.	Único												19	
	<i>La Ilustración Pública</i>	1	Prospecto													
	<i>El Imparcial</i>	12	Quincenal													19
	<i>Boletín del Ejército contra (...)</i>	¿?	De Circunst.							6					23	
1821	<i>La Gaceta de Buenos Aires</i>	37	Semanal										12			
	<i>Boletín Oficial</i>	-	Semanal										12			
	<i>El Imparcial. Cavia. Suspendida.</i>	12	Quincenal						1							
	<i>El Argos</i>	33	Semanal						12						24	
	<i>Periódicos de Castañeda (varios)</i>	121	1 a 2 por sem													
	<i>Las Cuatro cosas. Cavia. Anti Castañeda.</i>	5	Semanal		20		8									
	<i>El Patriota</i>	26	Bi-semanal									1			28	
	<i>Boletín de la Industria</i>	11	Bi-semanal									22		12		
	<i>La Legión del Orden o Voz del Pueblo</i>	11	Semanal		11											
	<i>El Curioso</i>	4	Bi-semanal								14	2				
1822	<i>El Argos de Buenos Aires</i>	99	Bi-semanal		11											
	<i>Periódicos de Castañeda (varios)</i>	121	1 o 2 por sem												?	
	<i>Registro Estadístico</i>	15	Trimestral		?											
	<i>El Espíritu Patriota de Buenos Aires</i>	28	Semanal		26						4					
	<i>El Centinela</i>	72	Semanal								28					
	<i>La Abeja Argentina</i>	15	Mensual					15								
	<i>El Oficial del día.</i>	11	Semanal									8			7	

	<i>El Ambigú de Buenos Aires</i>	3	Mensual													
	<i>El Correo de las Provincias.</i>	17	Quincenal												19	
	<i>El Lobera del año 20...</i>	3	?	x												
	<i>L'Occident</i>	2											?			
	<i>El Furor de las Pasiones</i>	2		x												
	<i>La Revolución Ligera de Buenos Aires</i>	1	Único													
	<i>El Precio Corriente</i>	Pocos	Mensual	x												
	<i>El Hombre Libre</i>	?	?	?												
	<i>Sueltos sobre guerra de independencia</i>	4		x												
1823	Nombre del periódico	Números	Periodicidad	Sin fecha	Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.	Jul.	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
	<i>El Argós de Buenos Aires</i>	105	Bi-semanal													
	<i>Registro Estadístico</i>	15	Trimestral		?											
	<i>El Centinela</i>	72	Semanal													
	<i>Diario de Buenos Aires</i>		Diario		2							6				
	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario											1		
	<i>Teatro de la Opinión</i>	65	Bi-semanal						25							
	<i>La Abeja Argentina</i>	15	Mensual								15	?				
	<i>El Correo de las Provincias</i>	17	Quincenal					10								
	<i>Diario del Ejército</i>	2	2 cuadernos													
	<i>Boletín del Ejército</i>	7	Semanal													
	<i>El Pueblo</i>	1														
	<i>Los locos son los...</i>	1						4								
	<i>Anales de la Academia de Medicina</i>	1 (199 p.)														
	<i>El Ciudadano Imparcial</i>	1										28				
	<i>El Republicano.</i>	26	Quincenal													
	<i>Dime con quién andas</i>	1		x								?				
1824	<i>El Argos de Buenos Aires</i>	107	Bi-semanal													
	<i>Registro Estadístico</i>	15	Trimestral													
	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>El Republicano</i>	26	Quincenal							12						
	<i>El Defensor de la Patria</i>	10	Bi-semanal									23		7		
	<i>Gaceta/Boletín de la Policía</i>	?	¿?											?	?	?
	<i>Teatro de la Opinión</i>	65	Bi-semanal		26											
	<i>El Argentino. Federal. Con el Congreso.</i>	44 o +	Semanal													17
	<i>El Nacional</i>	55	Semanal													23
	<i>La Carnicería Política</i>	1	Único		13											
	<i>Antón Peluca</i>	1	Único		27											

	Nombre del periódico	Números	Periodicidad	Sin fecha	Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.	Jul.	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1825	<i>El Argos de Buenos Aires</i>	104	Bi-semanal													3
	<i>Registro Estadístico</i>	15	Trimestral										2			
	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>El Argentino</i>	40 o +	Semanal													10
	<i>El Nacional</i>	56	Semanal							23						
	<i>El Mensajero Argentino</i>	235	Bi-semanal												18	
	<i>El Piloto. Antonio Díaz</i>	33	Semanal									8				
	<i>El Amigo de Dios y de los Hombres</i>	8	?	x												
	<i>El Americano Imparcial</i>	¿?	Mensual		7 o 17								29			
	<i>El Protestante Recién Convertido</i>	5	?	x												
	<i>Derechos del Hombre</i>	6	Bimestral?											24		
	<i>El Sol de las Provincias Unidas o la (...)</i>	1?	?	x												
	<i>El Eleccionero. Escribano Ventura Arzac</i>	1	Único				28									
	<i>Claras Verdades</i>	5	Trimestral								¿1?			¿2?		
1826	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>El Mensajero Argentino</i>	235	Bi-semanal													
	<i>El Nacional</i>	55	Semanal				30									
	<i>La Verdad sin Rodeos</i>	56	Semanal			28										
	<i>El Correo Nacional</i>	297	Diario				29									
	<i>El Ciudadano</i>	17	Semanal		23					3						
	<i>L'Echo Francais.</i>	79	Bisemanal							14						
	<i>The Cosmopolite.</i>	18	Semanal						13				16			
	<i>El Piloto</i>	33	Semanal			6										
	<i>Derechos del Hombre</i>	6	Bimestral?										15			
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	1666	Semanal									4				
	<i>El Duende De Buenos Aires.</i>	33	Semanal										6			
	<i>El Tribuno</i>	87	Bi-semanal											11		
	<i>El Cincinato. Márquez.</i>	14	Semanal													11
	<i>El Investigador</i>	10	Semanal													21
	<i>Claras Verdades</i>	5	Trimestral			nº 3:			nº4?			nº5				
	<i>Papel Sellado</i>	3	Irregular													
	<i>El Avisador</i>	2	Semanal			21										
	<i>Observaciones</i>	2		x												









	<i>El Acusador</i>	?	x													
	<i>Ensayo Guía Forasteros</i>	?	x													
	<i>Diálogo entre el Jesuita...</i>	3 partes	x													
	<i>El Rayo</i>	? ?	x													
1827	Nombre del periódico	Números	Periodicidad	Sin fecha	Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.	Jul.	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	1666	Semanal													
	<i>El Correo Nacional. De la Mora.</i>	297	Diario				30									
	<i>El Constitucional. Diario Comercial y Político.</i>	147	Diario					20						25		
	<i>La Verdad sin Rodeos</i>	56	Semanal													13
	<i>El Tribuno</i>	87	Bi-semanal									17				
	<i>L'Echo Francais</i>	79	Bisemanal					11		14						
	<i>El Duende De Buenos Aires</i>	33	Semanal					9					6			
	<i>El Cincinato</i>	14	Semanal				7									11
	<i>El Investigador</i>	10	Semanal													
	<i>El Liberal, Diario Político y Mercantil</i>	¿?	Diario			28										29
	<i>Correo Político y Mercantil de las Provincias Unidas del Río de la Plata</i>	212	Trisemanal										12			
	<i>El Mensajero Argentino</i>	235	Bisemanal								9					
	<i>La Crónica Política y Literaria.</i>	120	Tetrasemanal				3							6		
	<i>El Porteño.</i>	5 o 6	Tetrasemanal											21	10	
	<i>El Avisador Universal</i>	76	Trisemanal						1					4		
	<i>El Granizo</i>	11	Diario											29	10	
	<i>El Atalaya Republicano</i>	25	Diario											29	27	
	<i>El Sol de Mayo de 1810 en la Atalaya</i>	36	Bi-semanal											29		
	<i>The American</i>	39	Bi-semanal				28					18				
	<i>L'Abeille</i>	27	Bi-semanal					25			30					
	<i>El Cancionero Argentino</i>	4		x												
	<i>El Conciliador</i>	1														
	<i>Observaciones de un Joven Americano</i>	?		x												
	<i>De la necesidad de la Virtud</i>	?														
	<i>El Infierno</i>	?	Dudosa	x			3									

	Nombre del periódico	Números	Periodicidad	Sin fecha	Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.	Jul.	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1828	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	1666	Semanal													
	<i>Correo Político y Mercantil</i>	212	Tri-semanal												28	
	<i>El Liberal</i>	226	Diario			28										19
	<i>El Tiempo</i>	342	Diario					24								
	<i>El Diablo Rosado (y otros)</i>	7	Quincenal					11			26					
	<i>Diario Comercial y Telégrafo Literario</i>	72	Diario									25			22	
	<i>Boletín del Gobierno Provisorio de Bs As</i>	27	Tri-semanal													12
	<i>El Sol de Mayo de 1810 en la Atalaya</i>	36	Bi-semanal				24									
	<i>Causa Célebre de Buenos Aires</i>	19	?	x												
	<i>Le Censeur</i>	15	Tri-semanal					10	13							
	<i>La Espada Argentina</i>	14	Bi-semanal							22		12				
	<i>Boletín del Ejército Republicano en Campaña</i>	8 o +	?	x												
	<i>La Gaceta Comercial. Sólo avisos.</i>	?		x												
	<i>El Telégrafo Literario y Político</i>	?		x												
1829	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	1666	Semanal													
	<i>El Tiempo</i>	342	Diario									1				
	<i>Boletín del Gobierno Provisorio de Bs. As.</i>	27	Tri-semanal									24				
	<i>El Pampero</i>	110	Tri-semanal		17									7		
	<i>El Lucero. De Ángeles y gobierno.</i>	1121	Diario										7			
	<i>Le Spectateur Francais</i>	24	Bi-semanal				7		16							
	<i>Diario Universal</i>	92	Diario											1		
	<i>Nueva Época</i>	50	Sin día fijo	x												
	<i>Semanario Científico</i>	9 o +	Semanal									30		25	?	
	<i>El Vigilante</i>	1 + Pr.						x								
	<i>El Orfeo Argentino</i>	?	Mensual	x												
	<i>La Gaceta Comercial</i>	?	?	x												
1830	Nombre del periódico	Números	Periodicidad	Sin fecha	Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.	Jul.	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.

	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	1666	Semanal													
	<i>El Lucero</i>	1121	Diario													
	<i>Diario Universal</i>	92	Diario		9											
	<i>Registro Provisional del Gob. De Buenos Aires</i>	14	1 o 2 por sem.	5		22										
	<i>Martir o Libre</i>	16	Bi-semanal						19		11					
	<i>Periódico de Buenos Aires</i>	?	?													
	<i>El Clasificador o Nuevo Tribuno.</i>	233	Tri-semanal							6						
	<i>El Gaucho</i>	44	Tri-semanal (Promedio)							31						29
	<i>El Torito de los Muchachos.</i>	20	Bi-semanal (Promedio)								18		24			
	<i>El Toro del 11. Cont.</i>	17	Bi-semanal (Promedio)											7		
	<i>La Argentina</i>	30	Semanal										31			
	<i>La Aljaba</i>	18	Bi-semanal											16		
	<i>Boletín del Comercio</i>	76	Semanal									6				
	<i>El Mercurio Bonaerense</i>	177	Diario										19			
	<i>Gaceta Comercial</i>	?	?	x												
	<i>Nueva Época</i>	50	Sin día fijo	x												
	<i>Gaceta de los Enfermos</i>	?	Quincenal	x												
1831	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	1666	Semanal													
	<i>El Lucero</i>	1121	Diario													
	<i>Boletín del Comercio</i>	76	Semanal													
	<i>El Clasificador o Nuevo Tribuno</i>	233	Tri-semanal													
	<i>El Mercurio Bonaerense</i>	Ca. 400	Diario													
	<i>El Diario de la Tarde</i>	Ca. 7000	Diario					16								
	<i>El Regulador</i>	54	Diario					10			31					
	<i>El Filántropo</i>	11	Quincenal	4				28								
	<i>De Cada Cosa un Poquito</i>	24	Bi-semanal							17			10			
	<i>El Gaucho / La Gaucha (intercalados)</i>	22 y 11 o +	Bi y semanal										17/18		20/31	
	<i>La Gaucha</i>	11 o +	Semanal ?										18		31	
	<i>La Argentina</i>	30	Semanal				9			17			31			
	<i>El Toro del 11</i>	17	Bi-semanal	6											7	
	<i>La Aljaba</i>	18	Bi-semanal	14											16	
	<i>El Grito de los Pueblos</i>	6	Semanal								28	x	1			
	<i>La Lechuza</i>	9	Bi-semanal											11	7	
	<i>El Republicano</i>	3	Semanal												16	
	<i>L'Etoile du Matin</i>	?	No a la vista	x												
	<i>Le Narrateur Francais</i>	8	Bi-semanal					4	1							

	<i>Le Flaneur, Ambigü politique et littéraire.</i>	12	Semanal													19
	<i>La Bruja o Ave Nocturna. Anti Rivadavia</i>	8 o +	1 o 2 por sem				22		?							
	<i>Don Gerundio Pincha Ratas o el (...)</i>	5	Semanal					17	15							
	<i>El Desengaño</i>	4	Quincenal						17		17					
	<i>El Cometa Argentino.</i>	23	Diario													24
	<i>The Cosmopolitan</i>	59	Semanal												23	
	<i>El látigo Federal o El Risueño</i>	?	Bi-semanal		?	?	2									
	<i>Boletín del ejército auxiliar de la (...)</i>	14		x						12						
	<i>El Defensor de los Principios de Le Roy</i>	2 o +	?								2:15					
	<i>El Telégrafo (mencionado por De Marco)</i>	¿?	¿?	¿?												
	<i>Circular Marítima (citado por De marco)</i>															
	<i>Gaceta de Comercio</i>	?	?	x												
1832	Nombre del periódico	Números	Periodicidad	Sin fecha	Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.	Jul.	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	1666	Semanal				?	?	?	?	?	?	?	?	?	?
	<i>El Lucero</i>	1121	Diario													
	<i>El Diario de la Tarde</i>	Ca. 7000	Diario													
	<i>The Cosmopolitan</i>	59	Semanal													
	<i>Circular Marítima</i>	243	Diario											27		
	<i>El Precio Corriente Semanal</i>	170	Semanal					2								
	<i>El Telégrafo del Comercio</i>	144	Diario					7						6		
	<i>La Viuda de un Pastelero</i>	1 + Pr.	Único				Único									
	<i>El Buzón Argentino</i>	Pr.	Prospecto	x												
	<i>Almanaque</i>	1	Único	x												
	<i>Boletín del Comercio</i>	76	Semanal		13											
	<i>El Clasificador o Nuevo Tribuno</i>	233	Tri-semanal		28											
	<i>Le Flaneur</i>	12	Semanal				3									
	<i>El Cometa Argentino</i>	23	Diario		30											24

Referencias:

	Diario		Menos que diario y más que semanal		Semanal		Quincenal		Mensual, o bimestral		Trimestral		Efimeros, únicos		Cuadernos
---	--------	---	------------------------------------	---	---------	--	-----------	---	----------------------	---	------------	---	------------------	---	-----------

Abreviaturas: Sem.: semanal Pr: Prospecto aprox.: aproximadamente

Esto a su vez se contrapesaba con una sobreactuación grandilocuente en el anatema contra el adversario discursivo. Así, apenas asumido Rosas en su primer gobierno (8 de diciembre de 1829), la Honorable Junta de Representantes decreta el 24 del mismo mes: “Se declaran libelos infamatorios y ofensivos de la moral y decencia pública todos los papeles dados a luz por las imprentas de esta ciudad, desde el 1º de diciembre de 1828 hasta la convención del 24 de junio último, que contengan expresiones infamantes, o en algún modo injuriosas a las personas del finado gobernador de la Provincia, Coronel Don Manuel Dorrego, del comandante general de la campaña, Coronel Don Juan Manuel de Rosas, de los gobernadores de provincias, de los beneméritos patriotas que han servido a la causa del orden, de los ministros de las naciones amigas residentes en ésta o de cualquiera otro ciudadano o habitante de la provincia”. La colección de ejemplares caídos en la tipificación fue quemada públicamente poco después.

2.2.7. Reorganización política y discursiva (1829-1832)

Todavía en 1830 existía una numerosa oferta periodística en debate. Destacaban la *Gaceta Mercantil*, el *British Packet* y *El Lucero*, periódico “oficioso”, formalmente particular pero subsidiado desde el Estado, con un discurso eternamente oficialista, aún tras los cambios de gobierno. Redactado por Pedro de Ángelis, duró casi cuatro años (setiembre de 1829 a julio de 1833). Pero puede también considerarse -cambios de nombre mediante- como parte de una línea más prolongada si se considera los periódicos casi idénticos e igualmente oficialistas iniciados ya en 1827. Este oficialismo que atraviesa gobiernos de signo contrario le acarreó debilidades en futuros debates y embates periodísticos, cuando, por ejemplo, le enrostraron haber adulado a Lavalle. Sería con *El Lucero* que De Ángelis lograría el inicio de su auge periodístico e intelectual en el país, cumpliendo el rol de periodista de confianza de Rosas, al punto que éste último llegaría a indicarle día por día lo que debía escribir (Irazusta, 1947). A estos medios se agregó al año siguiente *El diario de la tarde*, nuevo ejemplo de las novedosas largas duraciones de los periódicos, con protagonismo de Pedro Ponce y Luis Pérez, y la futura colaboración de Federico de la Barra, quien asumiría la redacción principal en las postrimerías del gobierno de Rosas. En el *Diario de la Tarde* colaboraría también, en el primer lustro de la década Juan Lasserre.

Luis Pérez, empleado del gobierno, quedó complementariamente a cargo de una serie de periódicos de corta duración que mantuvieron la tradición de publicaciones mordaces en las que el cambio de nombre era parte de la fuerza de la argumentación misma, como había sucedido en nuestro país con los periódicos de Castañeda, y en menor escala con los Diablos Rosados de 1828. El primer y más famoso periódico de Pérez fue *El Gaucho*, con el cual inauguró la saga de periódicos dirigidos a un público popular, con gran cantidad de material en verso de formatos usuales en la cultura popular,

con linaje de la métrica del romancero español, de la vidala y otras formas mestizas. Le seguirían, entre 1830 y 1834 *La Gaucha*, *Periódico de Buenos Aires*, *El Toro de Once*, *El Torito de los Muchachos*, *La Ticucha*, *El Loco Machuca Batatas*, *Don Cunino* y otros, la mayor parte muy efímeros. Algunos de estos títulos efímeros: *La Bruja o Ave Nocturna*, *El Látigo Federal o El Risueño*, *De Cada cosa un poquito*, *La Lechuza*, *Don Gerundio Pincharratas*, no tienen confirmado un redactor. Algunos, como *La Bruja* o *La Lechuza* se asignan a Pérez, en tanto *El Látigo Federal* a Juan Lasserre, pero no existen pruebas claras al respecto¹⁶⁵. Estos periódicos se publicaban no sólo para su lectura por un destinatario letrado, sino para su lectura en voz alta y repetición oral, alcanzando así un amplio público de iletrados. De allí la importancia de las rimas, y la no tan alta importancia de la institucionalización del nombre de periódicos: a los cambios jocosos o puramente retóricos (dos títulos que dialogan entre sí, como *El Gaucho* y *La Gaucha*, al estilo de los diálogos entre periódicos de Castañeda), se suma una miríada de ediciones sueltas, con un título semejante - en formato gráfico y en estilo- al de un periódico, pero sin otro contenido que un único poema o letra de canción, presentado a dos columnas, en forma análoga a la literatura “de ciegos” española (Bohdziewicz, 2008; Botrel, 2015).

El Gaucho sostuvo una postura rosista radical, en tanto que *El Clasificador o Nuevo Tribuno* (de Cavia) mantuvo una postura más moderada, mientras que el *Mártir o Libre*, de Manuel Araucho intentó una diferenciación moderada, defendiendo la convocatoria a Congreso que Rosas comenzaba a dilatar, sobre todo desde la perspectiva de una posible reincorporación de su provincia natal, la Banda Oriental, a la Argentina, utilizando, como Pérez, el estilo gauchesco. La postura beligerante de los periódicos de Pérez no se debía tanto a la intención confrontativa en la propia ciudad de Buenos Aires, sino a la necesidad de responder a la prensa beligerante que se desató en el Interior durante el auge de la Liga del Norte, cuando periódicos como *El Coracero* de Mendoza hicieron uso de las rimas populares como arma de ataque periodístico. Se destacaba allí Juan Gualberto Godoy, uno de los fundadores de la gauchesca, que había alcanzado fama con sus composiciones ya a comienzos de la década de 1820, cuando hizo una poesía muy mordaz atacando al oficial Corro, que se había rebelado contra la autoridad militar en Mendoza y luego huido.

Los periódicos de Pérez fueron de duración breve, aunque no efímeros. *El Gaucho* se editó entre el 31 de julio y el 29 de diciembre de 1830; *El Toro del Once*, entre el 7 de noviembre de 1830 y el 17 de enero de 1831. Los otros títulos tuvieron duración similar.

Entre 1830 y 1832 el avance de la prensa fue notable, aunque al precio de un retroceso en la pluralidad de voces coexistiendo en la ciudad. En estos años se consolida la simultaneidad de diarios (se pasa de dos a cuatro diarios entre estos años), crece la oferta de semanarios, incluso en

¹⁶⁵ En el caso de Lasserre, su parentesco con Vicente Maza (cuñado) y con Carlos du Terrade, primo segundo de su esposa, así como las características del contenido y estilo de la publicación, llevan a fortalecer la hipótesis de su participación activa en este periódico.

inglés o francés, y numerosos géneros menores como boletines de medicina práctica, comerciales, etc., mientras la calidad (tipografía, papel, impresión, estilo, variedad de contenidos, continuidad) también se acrecienta. Pero como contracara, la oferta se torna exclusivamente federal.

Estas afirmaciones eran parte del programa político de Rosas, quien había logrado ya, desde su rol de comandante de campaña, detener la escalada de guerra civil abierta con el golpe de Estado de Lavalle (1° de diciembre de 1828), el fusilamiento de Dorrego (13 de diciembre) y la invasión de Córdoba por el general Paz (enero de 1829) que derivaría en el control por Paz de todo el Centro-Oeste y Noroeste argentino a mediados de ese año. Aliado con el gobernador de Santa Fe Estanislao López, logró derrotar a Lavalle primero en territorio santafesino y luego en la batalla de Puente de Márquez (26 de abril de 1829), poniendo sitio a Buenos Aires. Conversaciones directas entre Lavalle y Rosas llevaron a la firma del Pacto de Cañuelas (24 de junio), por medio del cual se buscaba detener la escalada de violencia y confrontación, buscar la reconciliación y restaurar las instituciones por medio de una elección para la Junta de Representantes bonaerense con una lista única de unidad entre unitarios y federales y un gobernador pactado (Félix de Álzaga). Pero los sectores más duros de la facción unitaria conspiraron nuevamente, imponiendo la candidatura de Carlos María de Alvear, ganando a su vez unas elecciones viciadas por la intimidación, la violencia (con varias decenas de muertos) y la continuación del destierro de federales en contraste con el uso del aparato estatal para fines electorales por la facción en el poder. La acción se demostró catastrófica para los unitarios en el mediano plazo. Rotas nuevamente las hostilidades y caído el pacto, Lavalle y Rosas llegan a un nuevo acuerdo, el Pacto de Barracas (24 de agosto de 1829), por el cual, en lugar de convocar elecciones, se reponía la legislatura derrocada el 1° de diciembre de 1828. La mayoría retornaba al partido federal y con ella se allanaba el ascenso de Rosas al gobierno de la provincia. El 6 de diciembre de 1829 asumía el cargo, recibiendo además el título de "Restaurador de las Leyes e Instituciones de la Provincia de Buenos Aires", con "todas las facultades ordinarias y extraordinarias que creyera necesarias, hasta la reunión de una nueva legislatura". Se hallaba Rosas en el cénit de su prestigio hasta ese momento, y lo aumentaría en los años subsiguientes como gobernador (hasta diciembre de 1832), así como en 1833, como protagonista de un significativo corrimiento de la frontera bonaerense, tras su Campaña al Desierto. Si gran parte de su victoria de 1829 se debió a la combinación de astucia militar y diplomática, sólido liderazgo en las zonas rurales bonaerenses y una clara comprensión del desasosiego en la población porteña por la pérdida de seguridad con la guerra civil, Rosas también demostró maestría en la utilización de la prensa periódica, uso que llegaría durante su gobierno a nuevos niveles. Su primer gran éxito periodístico fue la publicación *El Lucero* a cargo de Pedro de Ángelis.

El diario *El Lucero* fue puesto en marcha a instancias de Rosas apenas logrado el Pacto de Barracas. Inició su publicación el 6 de septiembre de 1829, en pleno proceso de reconstitución de la legislatura derrocada, y el ofrecimiento de ésta a Rosas del cargo de gobernador en las condiciones requeridas por él (con facultades extraordinarias). El diario acompañará todo su primer gobierno e incluso le sobrevivirá un semestre, hasta el 31 de julio de 1833, defendiendo la gestión concluida, los preparativos e inicio de la Campaña al Desierto y los intereses federales rosistas con vistas a las elecciones legislativas de abril de 1833. Concluido este ciclo y con vistas a la etapa que se abría, de fuerte conflicto entre las facciones federales, se encarga a De Ángelis un cambio de nombre significativo: *El Restaurador de las Leyes*, iniciado el 5 de julio de 1833¹⁶⁶.

A pesar de sus inicios ligados Rivadavia y de haber sido alejado de la administración pública durante el gobierno de Dorrego, De Ángelis logró un veloz ascenso en visibilidad y prestigio público durante el gobierno de Viamonte (segundo semestre de 1829), con su estilo de redacción moderado y erudito, congruente con la búsqueda de pacificación que expresaba la estrategia de Rosas luego del Pacto de Cañuelas. En *El Lucero* demuestra rápidamente su capacidad de hacer a un lado el lenguaje agresivo e insultante, satírico, de buena parte de la prensa de 1828, para presentar argumentaciones en tono sobrio. De Ángelis remarca en *El Lucero* que una de las mayores necesidades sociales del momento es restaurar la confianza en la existencia y cumplimiento de leyes protectoras de la felicidad personal:

“La libertad política de un ciudadano, dice Montesquieu, consiste en aquella tranquilidad de espíritu, que nace de la opinión, de que cada cual tiene su seguridad; y para que esta libertad exista, es menester que el gobierno sea tal que los ciudadanos no se teman los unos a los otros (...) La libertad civil es un complemento de nuestra felicidad doméstica, y es imposible, que se disfrute de la una, cuando la otra está amenazada" (*El Lucero* N°19, septiembre de 1829).

Esta tensión entre la necesidad de restaurar la autoridad, la seguridad y la confianza de la población, asegurar las libertades y legislar en favor de ello se mantuvo en los meses siguientes. La libertad de imprenta habilitaba un periodismo faccioso y agresivo que fogoneaba el retorno del discurso de la guerra civil, como lo hacían *El Pampero* y *El Tiempo*. La necesidad de una elección democrática de representantes entraba en contradicción -al menos en el corto plazo- con la de restaurar la junta legislativa preexistente a la fecha del golpe de diciembre, y en cierta medida, con la de desconocer la junta conformada por las elecciones de julio de 1829, viciadas por el fraude y la proscripción. Frente a tales tensiones, Rosas apunta a conciliar por medio de una serie de soluciones eclécticas: defiende la libertad de imprenta, pero prohíbe imprimir periódicos que ataquen los acuerdos de junio y agosto (Pacto de Barracas); defiende el derecho y necesidad de una nueva elección de

¹⁶⁶ Como solía suceder en las condiciones de venta de periódicos en ese tiempo, ambos periódicos coexisten casi un mes, hasta concluir la suscripción comprometida por *El Lucero*. *El Restaurador de las Leyes*, por su parte, tendrá un rol decisivo en los acontecimientos políticos que derivarán en el segundo y mucho más extenso gobierno de Rosas.

representantes, pero exige que previamente se restaure la legislatura derrocada en diciembre de 1828. Promueve -como quedará demostrado en su gobierno- una amplia actualización legislativa que especifique normas, procedimientos, garantías y autoridades responsables de aplicación, pero comienza aplicando con extremo celo las leyes vigentes. Promueve una modernización institucional, pero sostiene en primer lugar la necesidad de someter las facciones a su autoridad. *El Lucero* expresa su punto de vista:

“El gobierno [dice De Ángelis] debe preservar la paz y la transparencia institucional para que los ciudadanos tengan la libertad de votar, derecho que se sostiene a partir de diversas opiniones, en especial cuando están fundadas en el restablecimiento de las leyes y las instituciones” (*El Lucero* N° 34, octubre de 1829).

La restauración de la legislatura derrocada en 1828 cambió radicalmente la relación de fuerzas entre federales y unitarios, y exacerbó los ataques de los periódicos unitarios, como el *Diario Universal*, y los mencionados *El Tiempo* y *El Pampero*, quienes aprovechaban en su favor las noticias que llegaban del Interior del país mostrando una fuerte reacción militar unitaria capaz no sólo de controlar efectivamente los territorios ya ocupados, sino de avanzar victoriosamente sobre Buenos Aires (Nieva, 2016), por lo que la restauración de la situación que había dado origen a la revolución unitaria se hallaba en debilidad militar y política, y podía por lo tanto impedirse.

Frente a ello, el 30 de octubre de 1829, todavía bajo el gobierno de Viamonte, se dicta la primera medida de restricción a la prensa en relación con las convenciones de paz recientemente logradas. Amparándose en el deber de hacer cumplir los términos de la última convención (Barracas), se indica que queda prohibido imprimir papel alguno que atente contra las convenciones del 24 de junio y del 24 de agosto. La contravención se puniría con la suspensión de la imprenta por un año (*El Lucero* N°47, 31 de octubre de 1829). Si bien la lógica de los acontecimientos mostraba que el gobierno intentaba anular las conexiones entre la tenue política parlamentaria y las facciones proclives a la guerra, la medida exacerbó los temores en todos los sectores unitarios, en relación con la libertad de prensa, y estos temores se extendieron mucho más cuando el creciente requerimiento de unanimismo de la opinión pública, a la que se exige el rompimiento de todo lazo que otorgue algún tipo de legitimidad a los alzados de diciembre de 1828 y a la recién conformada Liga del Interior o Liga del Norte, lleva al gobierno a asumir el carácter obligatorio del uso de la divisa punzó a partir del 3 de febrero de 1830. La medida tuvo eficacia en términos de eliminación del espacio público, las fuerzas armadas y la administración pública de los elementos que militaban en favor del partido unitario, pero estuvo lejos de ser un factor de superación de las diferencias.

El uso de la divisa rojo punzó era en 1829 signo de pertenencia al bando federal, como el distintivo celeste o blanco lo era de los unitarios. Su uso u omisión acrecentaba el estado de rivalidad y división de la sociedad en dos bandos y el riesgo de escaramuzas en espacios públicos y tertulias. El

retiro de la simbología unitaria de los espacios públicos ante su desprestigio luego de los hechos de diciembre de 1828 no logró reducir estos riesgos, por cuanto la rivalidad se reproducía entre quienes portaban la divisa federal y quienes no lo hacían. Frente a ello,

“... el gobierno de Viamonte tomó la decisión de suspender el uso de las divisas, como forma de apaciguar ánimos, pero la medida no surtió el efecto deseado, y una y otra vez el uso desafiante de la misma agregó al conflicto precedente el riesgo de ríspidos encuentros con la autoridad policial encargada de velar por el cumplimiento de la suspensión” (Nieva, 2016: 41).

Rosas, anticipando la política de creciente unanimismo con requerimiento de manifestación pública de adhesión (Ternavasio, 2002, 2009) tomó en su rol de gobernador la medida inversa: tornarla obligatoria para todos. Inicialmente, en el decreto de febrero de 1830, esta obligatoriedad se limitaba a “todos los empleados civiles y militares, incluso los jefes y oficiales de milicia” (Art. 1°), así como los sacerdotes con ingresos provenientes del tesoro público, los profesores de derecho con estudio abierto, los de medicina y los practicantes de medicina y derecho, procuradores y corredores. La medida se justificó en la intención de suprimir la presencia de conspiradores, y en la necesidad de pacificar los espíritus evitando los distintivos faccionales, en la medida que la divisa federal debía representar a todos los que defendían las instituciones frente al golpe de 1828. El resultado, sin embargo, si bien cumplió el objetivo de la supresión buscada y de evitar las constantes escaramuzas con motivo de las divisas en la ciudad, profundizó las divisiones en el mediano plazo. Los partidarios del unitarismo y sus familias comenzaron a emigrar al destierro, perdieron cargos en la administración pública y en las fuerzas armadas, así como habilitaciones profesionales. El uso obligatorio de la divisa, lejos de ser reconocido como signo de unión, fue visto por quienes no militaban en el partido federal como una imposición humillante encadenada a otras medidas opresivas como las amenazas de pérdidas de empleo. Recibir un empleo del gobierno suponía llevar un distintivo color punzó en el brazo izquierdo o sobre el pecho con la inscripción “Federación”, que en el caso de los militares se extendía a “Federación o Muerte”, con pérdida de empleo en caso de incumplimiento. Si bien en las escuelas y universidad los alumnos no estaban incluidos en la obligatoriedad, el decreto indicaba que el uso era “opcional”, con las consiguientes presiones para utilizarlo. La primera gran oleada de emigrantes unitarios se iniciaba.

Los conflictos faccionales a través de la prensa se reactivaron a principios de 1831. La clave, en esta ocasión, no estaba dada por hechos en Buenos Aires, sino por la evolución del conflicto en el Interior. La derrota de la Liga del Norte, acelerada a partir de la caída del General Paz como prisionero en mayo de 1831, generó el avance federal sobre los gobiernos del Noroeste. La reposición de Marcos Antonio Figueroa en el gobierno de Catamarca y de la legislatura derrocada por los unitarios dio oportunidad al periódico porteño *El Cometa* (N° 22) para realizar acres críticas al nuevo gobierno, y a *El Lucero* para responderle en los términos que el gobierno de Rosas

consideraba el conflicto. *El Cometa* sostiene que en Catamarca se cometen crímenes con impunidad y con anuencia del gobierno, y que la legislatura es inútil, carente de acciones de interés común para sus ciudadanos. *El Lucero* responde que la información es falsa, incorrecta o muy exagerada, y que el motivo no confesado de *El Cometa* no es solucionar lo que denuncia, sino crear problemas interprovinciales, pues los periódicos de Buenos Aires afectan la opinión no sólo de sus ciudadanos sino de otras provincias, donde -en la opinión pública y en sus gobiernos- existe el convencimiento de que lo que se publica en la prensa de una provincia no puede sino considerarse que es de acuerdo a la política de su gobierno. Por lo tanto, el artículo de *El Cometa* es la antesala de un conflicto diplomático en base a una caracterización errónea, pues el gobernador Rosas no comparte estas difamaciones y por el contrario constantemente fomentó la paz interprovincial. “En este marco importa amortiguar los odios, disminuir las pasiones y preservar la paz, la unión y la confraternidad entre los pueblos” (*El Lucero* N° 689, enero de 1832, Buenos Aires). Sobre la base de este razonamiento que liga la prensa -incluso la que pudiera estar en manos particulares- a las posturas del gobierno provincial por razones de política externa y seguridad común, se presentó casi de inmediato un nuevo decreto restrictivo de la libertad de prensa, cuyos efectos se sentirían a largo plazo, al punto tal que una de las primeras medidas de Urquiza en 1852 tras derrotar a Rosas en Caseros será derogarlo. Dice el decreto en sus considerandos:

“Que debiendo ser los periódicos públicos antorchas luminosas, para poner en claro a los pueblos y a los Gobiernos los caminos de la justicia y la verdadera felicidad, se hace con ellos un tráfico vergonzoso las más veces de interés y lucro, convirtiéndolos en teas de discordia y alarma para encender los ánimos, crear resentimientos, fomentar animosidades, suscitar discusiones, poner a los pueblos en continua agitación, corromper las costumbres, y a costa de la moral pública del honor del país y de la tranquilidad de sus habitantes, saciar la avaricia de sus autores” (rep. por *El Lucero* N° 691, febrero de 1832, Buenos Aires).

Con ello el gobierno, “tomó medidas destinadas a extremar el faccionalismo, y de este modo obligar a los unitarios a retirarse del espacio político” (Ternavasio, 2013: 183). Como había sucedido con la divisa punzó, al elevar a valor universal los principios sostenidos por el federalismo, anulaba a quienes pretendiesen persistir en oponerse, en tanto habilitaba a quienes aceptaran continuar su actividad periodística o política en el marco de las reglas de juego ahora consideradas “para todos”.

El decreto indicaba:

“Art. 1. Nadie podrá establecer imprenta, ni ser administrador de ella en esta provincia sin expreso previo permiso del gobierno, que deberá solicitarse y expedirse por la escribanía mayor de gobierno.

Art. 2- Tampoco podrá publicarse ningún impreso periódico en idioma alguno, sin el expreso prerequisite y sin que lleve al fin de cada número el nombre y el apellido del editor, a quien se hubiere permitido su publicación.

Art. 3- Solo podrá establecer o administrar imprenta establecida, y ser editor de algún periódico, el ciudadano de la Republica que este domiciliado en la provincia; o el extranjero que previamente presentare, para ser archivado en la escribanía mayor del gobierno, un testimonio de escritura pública, otorgada ante un escribano de numero de esta ciudad, por la que declare que quiere establecer su domicilio perpetuo en esta provincia, y

que desde luego se construye súbdito de ella, renunciando toda dependencia y protección del estado en que nació, o del que sea ciudadano, y de cualquier otro Gobierno, cuya declaración deberá hacerla para este caso, aun cuando realmente este domiciliado en la provincia, y considerado como súbdito de ella.

4- El que diera su nombre y apellido como editor de algún periódico será inmediatamente responsable de todo abuso de libertad de imprenta que se note en su contenido, aunque sea por medio de comunicados, o aparezca en transcripción echa en otros impresos.

5- Todo editor de algún periódico deberá entregar gratis cuatro ejemplares de cada número en el archivo del gobierno el día de su publicación; de cuyos ejemplares pasara inmediatamente el archivero uno al ministro del Gobierno, otro al Gobernador de la provincia, también a la Biblioteca pública, y el restante lo conservara en el archivo formando colección.

6- Los actuales dueños y poseedores de imprentas establecidas y sus administradores y los actuales editores de periódicos que se publican en esta ciudad no podrán continuar con sus respectivas imprentas y periódicos, pasados los quince días de la publicación del siguiente decreto, si dentro de este término no hubiesen solicitado y obtenido al efecto por la escribanía mayor al correspondiente permiso expreso con todas las formalidades, prerequisites, responsabilidades, y obligaciones que se preserven en los artículos anteriores.

7- El que contraviniese a lo anteriormente dispuesto en este decreto, sufrirá por primera vez seiscientos pesos de multas; y en su defecto tres meses de prisión; por la segunda doble pena; y por la tercera, será castigado por un perturbador del orden público, según la más o menos gravedad que acompañe al delito.

8- El que solicitare gracia, excepción, o privilegio contra lo que ordenan los seis primeros artículos de este decreto, por el solo hecho de entablar tal solicitud sufrirá la multa de 200 pesos, y en su defecto un mes de prisión por la primera vez, doble pena por la segunda y así sucesivamente.

9- Cualquier gracia, excepción o privilegio que obtenga cualquier individuo o sociedad contra el tenor, en todo o parte de los seis expresados artículos, mientras se halle vigente este decreto, será nula, y de ningún valor ni efecto, debiendo presumirse habida por medios ilegales, sobre lo que no se admitirá prueba en contrario, y quedara por consiguiente el que aparezca agraciado sujeto a las penas designadas.

10- Quedan en su vigor y fuerza las leyes y decretos anteriores sobre la libertad imprenta, que no estén en oposición con el presente.

11- El ministerio de gobierno es el encargado del cumplimiento y ejecución de este decreto” (publicado en *El Lucero* N° 691, febrero de 1832, Buenos Aires).

El decreto es contundente, y retrotrae la libertad de imprenta incluso a la situación anterior al decreto de abril de 1811: se requiere permiso del gobierno para instalar y operar imprentas, y para publicar periódicos. Se anula toda posibilidad de publicar anónimamente, o de hacerlo desde fuera de la provincia, o de contar con testaferros. El editor reside en la provincia o posee propiedad con la que responder, siendo responsable en un todo por posibles abusos de la libertad de imprenta. Las amenazas de punición son contundentes y las posibilidades de apelación ínfimas. Como atenuante de esta restricción aparece el hecho de que el decreto da al ciudadano el derecho de conocer el origen de las publicaciones y por lo tanto de realizar los correspondientes reclamos en caso de sentir vulnerado un derecho. Este último aspecto surte efectos positivos, en tanto impide las recurrentes escaladas de diatribas anónimas que en ocasiones anteriores derivaron en crisis políticas e institucionales y en violencia.

Esto puede notarse, por ejemplo, en que, a diferencia de períodos anteriores, el tiempo transcurrido entre la aparición de diferencias al interior del partido federal, su plasmación en polémicas periodísticas y la crisis política que concluye con el silenciamiento de todos los contendientes, plazo de pocas semanas en los tiempos de la revolución de mayo, y de un trimestre en los años 20, pasó a un año y medio entre la finalización del mandato de Rosas y el inicio de su segundo gobierno. *El Clasificador o Nuevo Tribuno*, trisemanario a cargo de Sáenz de Cavia, que polemizó con *El Lucero* (a cargo de De Ángelis) por la cuestión de la renovación de las facultades extraordinarias, circuló entre el 6 de julio de 1830 y la clausura general de febrero de 1832.

La estabilización económica y política permitió la expansión y consolidación de géneros. A fines de 1830 se publicaron, por ejemplo, dos periódicos dirigidos al público femenino: *La Argentina* (redactado por un varón, Manuel Irigoyen, según casi toda la bibliografía), y *La Aljaba*, redactado por la uruguaya Petrona Rosende de Sierra. El primero, entre el 31 de octubre de 1830 y el 9 de abril de 1831, y el segundo entre el 16 de noviembre de 1830 y el 14 de enero de 1831. Los *Almanques del Comercio* continuaron su publicación regular, y el gobierno ensayó un boletín oficial bajo el título de *Registro Provisional* primero, y de *Boletín del Gobierno* luego, entre enero de 1830 y el 13 de febrero de 1832, así como un *Boletín del Ejército Auxiliar Confederado*. Complementariamente continuaron los intentos de construir periódicos de información comercial (*El Mercurio Bonaerense*, 19 de octubre de 1830 a 9 de julio de 1831, *Circular Marítima*, 1831), y de salud (*La Gaceta de los Enfermos*, 1831; *El desengaño*, 1831). Entre los órganos federalistas doctrinarios o “lomonegros”¹⁶⁷ destacaron el *Mártir o Libre* (julio-agosto de 1830), *El Grito de los Pueblos* (1831) y *El Cometa Argentino* (enero de 1832, cesado en la clausura general de fines de ese mes). Los periódicos en francés continuaron su aparición luego de su instalación en Buenos Aires por iniciativa de Lasserre entre 1826 y 1828. *Le flaneur, ambigü politique et littéraire*, semanario, fue editado por De Ángelis, y probablemente con la colaboración de Lasserre, quien había instalado la expresión “flaneur”¹⁶⁸ en el periodismo porteño en 1828.

Asimismo, en 1827 se inicia la era de la litografía en el país, técnica que tendrá un rápido desarrollo y alcanzará nivel industrial décadas más tarde, cuando se resuelvan problemas de costo, velocidad y - sobre todo- armonización con el sistema tipográfico¹⁶⁹. El primer litógrafo en el país fue el francés Jean

¹⁶⁷ Durante el primer gobierno de Rosas, pero sobre todo en el interregno de 1832-34, los federales se dividen en dos corrientes crecientemente enfrentadas: los que son partidarios de una pronta organización institucional y desconfían de un excesivo personalismo en el liderazgo se denominan a sí mismos “federales doctrinarios”, en tanto sus detractores les dicen peyorativamente “cismáticos” o “lomo negro”. Hay distintas versiones sobre este último apodo: la franja negra en su boleta electoral, el carácter de “cuervos” (abogados) de muchos de sus integrantes o la vestimenta de camisa blanca y frac negro. Los partidarios incondicionales del liderazgo de Rosas con la suma del poder público se denominan a sí mismos “federales netos” o “apostólicos”.

¹⁶⁸ *Flaneur* significaba originalmente “callejeo” o “vagabundeo”. En París en las primeras décadas del siglo XIX el término se utiliza como tipo literario que describe un tipo humano característico: el hombre con tiempo libre, que pasea sin rumbo ni objetivos, abierto a todas las experiencias -sensaciones, aprendizajes, interacciones- que se le presentan, con ánimo de conocer y disfrutar.

¹⁶⁹ La litografía, a diferencia del sistema tipográfico utilizado en el siglo XIX es un sistema de impresión plano (el segundo de superficie plana después de la serigrafía). Consistía en el pulido plano de una roca con capacidad de absorción de líquidos, y el trazo en su superficie de la parte que no debe entintarse, con una sustancia oleosa, de modo que al entintar la superficie con una tinta

Baptiste Douville, junto a su socia -luego esposa- Anna Athalie Pillaut-Laboissiere (quien completa el nombre comercial del negocio: Douville y Laboissiere) en el mencionado año 1827. A diferencia del proceso que atravesó el arte tipográfico¹⁷⁰, mucho más atado en sus comienzos a la regulación estatal, Douville contó con la ventaja de una Buenos Aires burguesa en la que la iniciativa privada en imprentas no era especialmente controlada ni dificultada, aunque el rol del Estado -sobre todo en el periodismo- hegemonizaba las prácticas¹⁷¹. Una vez decididos a iniciar el negocio de vender estampas, Douville y su esposa buscaron posibles “grandes hombres” a litografiar. El nombre del primero fue evidente: el almirante Guillermo Brown, héroe de la guerra naval contra el Brasil. A Brown pronto le seguirían otras figuras; pocos años más tarde, la estampa litográfica sería clave en la política rosista. Imágenes del Restaurador se hallaban presentes en hogares de muy diversa extracción social.

Pero Douville no llegó a disfrutar del éxito litográfico con un taller propio a largo plazo. Si bien su imagen del Almirante Brown tiene tanto éxito que le permite instalar una librería y litografía en sociedad con su esposa, ese mismo año afronta un gravísimo problema con la Ley: se lo acusa de utilizar su prensa litográfica para falsificar papel moneda. Es detenido, embargado y desterrado, en tanto que su taller pasa a ser propiedad del Estado, base de la Imprenta y Litografía del Estado, cuyos trabajos se destacarán en las décadas siguientes¹⁷².

Suerte algo mejor -o al menos más extensa- tuvieron el suizo francés César Hipólito Bacle y su socio inicial el británico Arthur Onslow desde 1828, Charles Henri Pellegrini desde ese mismo año, llegados al país durante la guerra con el Brasil (1826-28). Bacle y su esposa, eximia miniaturista, instalaron su estudio con éxito, y a su vez tuvieron a su cargo las prensas serigráficas embargadas a Douville. Su experiencia en la Litografía del Estado en la primera mitad de la década de 1830 incluye las exitosas y prestigiosas colecciones periódicas de *Trajes y Costumbres de la provincia de Buenos Aires (colección de estampas)* y el *Diario de Anuncios y publicaciones oficiales de Buenos Aires*, y en 1835: *Museo Americano*, también llamado *Libro de todo el mundo*, con inclusión de litografías. No son aún

acuosa la misma penetre la roca sólo donde no se realizó el trazo. Esto permitió realizar copias impresas de pinturas y dibujos en altísima calidad, y aún multicromáticos y en muy diversos tamaños.

¹⁷⁰ En Europa y Estados Unidos, las láminas policromadas fueron un gran atractivo en la primera mitad del siglo, a un punto tal, que no sólo ilustraban enciclopedias y otros libros, sino que se vendían sueltas. La litografía impactó en gran escala en la ilustración de libros, más adelante, de revistas (desde la década de 1840) y de diarios (desde la de 1880). En Buenos Aires, en cambio, la inexistencia de una producción local de libros hizo que primero se desarrollase el negocio de la estampa suelta, luego en la ilustración de algunos periódicos, y sólo más adelante de libros y -ocasionalmente- diarios (Ojeda, 2016: 88 y s.s.).

¹⁷¹ Como otros inmigrantes extranjeros en busca de éxito y fortuna por América, Douville no vino al país con la idea de dedicarse al arte litográfico, sino de escribir sobre viajes de exploración, realizar transacciones comerciales y eventualmente colocar una escuela particular. Según él mismo lo relata en su libro “30 mois de ma vie”, que publicó en París en 1833: “Un día -dice- encontré en el negocio de un comerciante inglés, amigo mío, una prensa litográfica, con todos sus accesorios y concebí inmediatamente la idea de litografiar los retratos de los grandes hombres de la República Argentina. Yo no había nunca ejercido el arte de la litografía, pero había visto trabajar obreros que a él se dedicaban. Dibujaba, además, bastante bien y como poseía algunas nociones de química, esperaba llegar a fabricar los lápices que me fueran necesarios. Una feliz casualidad vino a ayudarme, al conocer a Meur. Lainé, francés de nacimiento y buen pintor. Le hablé de mi proyecto, y pareciéndole provechosa su ejecución, inmediatamente formamos una sociedad. Tuvimos mucho trabajo para enseñar a los obreros el manejo de la prensa; sin embargo, a fuerza de cuidados obtuvimos éxito completo” (Pradere, 1970: 17).

¹⁷² El rol de Bacle, llegado al país en 1828, en la forja y prestigio de la Imprenta y Litografía del Estado, hace que hoy día su nombre sea sinónimo del comienzo de la litografía en el país, en tanto que Douville ha sido en gran medida olvidado. No sucede lo mismo con otros aspectos de la vida de Douville, en su rol de viajero, explorador, antropólogo autodidacta y comerciante. La narración que ha dejado de sus exploraciones africanas y brasileñas le dieron reconocimiento, sobre todo por ser el primer viajero de la Europa moderna en llegar a Timbuctú. En 1837 murió asesinado en Brasil durante una de sus exploraciones.

periódicos ilustrados propiamente dichos, uno por no incluir contenido periodístico, el otro por no incluir imágenes como elemento principal ni constante, pero muestran la creciente capacidad de absorción de novedades técnicas por el mercado de la ciudad rioplatense. El taller logró gran impacto con nuevas estampas, publicación de pliegos litografiados en la prensa oficial, así como estampas de Rosas, litografías humorísticas, etc. que transformaron el negocio impresor en Buenos Aires. Como sucedió también en la tipografía, en las artes de la imagen los materiales a pedido se sumaron a aquellos que se imprimían para su venta general, consolidando el oficio. El final de Bacle en Argentina también fue trágico: emigró a Brasil en 1832 por oponerse a la obligación de nacionalizarse para permanecer en el oficio. Retornó al año siguiente, recuperando su puesto y desplegando algunas de sus mejores obras, incluso bajo el segundo gobierno de Rosas. Pero el 4 de marzo de 1837 fue detenido acusado de conspiración en favor de la Confederación Peruano Boliviana, tanto por medio de sus vínculos con Rivadavia, como por la venta de copias de mapas y planos de valor estratégico para el Estado argentino en situación de riesgo de guerra. Si bien alegó inocencia, estuvo preso muchos meses, perdiendo la salud física y mental. Liberado a fines de 1837, falleció en los primeros días de 1838. Su esposa cerró el taller y retornó a Suiza, donde logró gran éxito como miniaturista (Ojeda, 2016: 290 y s.s.).

Otras novedades tuvieron que ver con estrategias novedosas de captación de la atención lectora, como es el caso de *La Argentina*, de Manuel Irigoyen (con redacción anónima), que decía ser hecho por mujeres e intentaba acercarse a la lectura femenina (con muchas poesías y material literario) y a su vez tomar el presunto discurso femenino como base para enunciar. Así, junto a argumentos a favor del amor en el matrimonio, poesías españolas, modas, recomendaciones para el comportamiento en el teatro, reglas para conversación, tiendas y bailes, aparecían comentarios políticos que defendían al gobierno de Rosas. Este periódico duró desde el 31 de octubre de 1830 a julio de 1831¹⁷³. Se daba entonces la paradoja observable, por ejemplo, bajo Napoleón I en la Francia de 1810: menos periódicos, pero más números, ejemplares y ediciones diarias. Adulación en cantidades interminables, censura y presiones, pero al mismo tiempo modernización de contenidos, estilo, secciones y subgéneros. Nunca había habido tanta oferta disponible a lo largo del año en Buenos Aires como en este momento, incluyendo adelantos técnicos (ilustraciones, calidad tipográfica) y diarios. En 1831 (16 de mayo), a la *Gaceta Mercantil* y *El Lucero* se sumaba *El Diario de la Tarde*, diario que también duró hasta la caída de Rosas y aún mucho más allá, pues su lugar fue ocupado por *El Nacional* constituyendo un mero cambio de nombre y de

¹⁷³ Cfr. Díaz, 2011. En el estudio preliminar a la reproducción facsimilar de *La Argentina*, a cargo del Dr. Díaz, además del rico trabajo descriptivo e interpretativo de los contenidos del periódico, y del contexto político y periodístico en que circuló, el autor observa que la historiografía del periodismo se ha excedido en dar por definitiva la información relativa a una redacción masculina del periódico (Manuel Irigoyen), pues esta afirmación, ampliamente citada y reproducida, se sostiene exclusivamente en la afirmación de Zinny en su *Efemeridografía*. Por lo tanto, y dado el amplio interés y desarrollo de puntos de vista relativos a la condición, las prácticas, los intereses, la sensibilidad y el rol de la mujer en la sociedad que se muestra, el hecho de que coincide históricamente con otra publicación dirigida por una mujer y la falta de documentación concreta, bien puede conjeturarse otras hipótesis como una redacción femenina o aún mixta. La presencia de *La Argentina* y *La Aljaba* marcan, para Díaz, la entrada del tema de la mujer a la esfera pública. Si bien es posible hallar artículos que discuten aspectos del rol de la mujer ya en la *Gaceta de Buenos Aires* (por ejemplo, en relación con el debate sobre “los honores”), la afirmación acierta al presentar como punto bisagra una publicación cuyo sujeto y objeto están constituidos por miradas y problemas de la mujer.

línea política de su redacción, continuando el resto (formato, secciones, suscripciones, etc.) iguales, al extremo de reconocer su fundación en 1831, fecha que corresponde a *El Diario de la Tarde* y no a *El Nacional* en sus dos épocas uruguayas o la propia porteña.

En 1832 se produce una retracción por el cierre de periódicos en pugna a fines de enero, pero continúan los no incluidos en esta decisión gubernativa: *La Gaceta Mercantil*, el *Diario de la Tarde*, *El Monitor*. Los ensayos de periódicos mordaces se reducen pero aún aparecen (v.gr. *La Viuda de un Pastelero*), y se repiten los intentos de publicaciones puramente mercantiles (*El Telégrafo del Comercio*, *Precio Corriente Semanal* -trilingüe-) y el *Almanaque con efemérides astronómicas y guía de forasteros*, tópico que contaba con oferta regular -anual- desde comienzos de la década de 1820.

De este modo, el combate político-periodístico tendía rápidamente a la territorialización. Buenos Aires aún admitía voces disonantes dentro del marco del federalismo, pero la lógica de la guerra civil ponía cada vez más las voces opuestas, cada una en zonas geográficas militarmente controladas por el propio partido, quedando en silencio toda oposición. Los federales controlaban eficientemente Buenos Aires y la Región Litoral donde el Estado emitía periódicos. La Liga del Norte editaba en sus territorios sus propios periódicos en Córdoba, Mendoza, San Juan o Tucumán: *El Serrano*, *La Aurora*, *El Eco de los Andes*, *El Coracero*, todos en radical confrontación político-militar con los federales. Los unitarios porteños iniciaban sus andanzas periodísticas en Montevideo, aunque aún no en la escala que se vería en los años siguientes.

Persistían en Buenos Aires, sin embargo, enfrentamientos subidos de tono, que involucraban los periódicos de Pérez, de Cavia, de Barros Pazos y otros. Cuando estos enfrentamientos se dieron entre periódicos de la ciudad, y sobre todo, entre partidarios del federalismo, la escalada en el tono fue inmediata y la confrontación comenzó a ser restringida por el gobernador Rosas, especialmente con el decreto del 30 de enero de 1832, suspendiendo al *Nuevo Tribuno* y a *El Cometa de Buenos Aires* (de Cavia y Barros Pazos respectivamente), y el del 1º de febrero, que estableció el permiso previo obligatorio para establecer o administrar imprentas y periódicos.

Cuando a fines de 1832 (17 de diciembre) Rosas entregó el mando, iniciándose el interregno de Viamonte, nuevamente estalló la variedad de títulos efímeros y mordaces, algunos con estilo “joco-serio” que llevaban el género al paroxismo. La lista de títulos es la más larga del primer medio siglo de vida independiente, aunque, una vez más, esta explosión muestra más la debilidad del sistema de partidos que su fortaleza. La suma total de títulos pasquinescos apenas alcanza a emular la colección de poco menos de un mes de la *Gaceta Mercantil*.

El verdadero proceso de consolidación y modernización periodística se nota en la creciente continuidad de los diarios más importantes, y en la paulatina continuidad (cortada por sucesivos cierres) de periódicos que buscan su masa de suscriptores en el mercado, dejando al Estado un rol de reserva y complemento, como sucede con los Almanques, los boletines comerciales, los boletines oficiales, las revistas de medicina popular y las publicadas en idiomas extranjeros. Sí puede apuntarse un factor de

consolidación en las publicaciones efímeras. A pesar de pertenecer como género y estrategia a una práctica heredada de la década anterior -y a través de ella, del pasquinismo popular- muestra una estrategia unificada y múltiple de lucha política por el poder de la fracción rosista apostólica del Partido Federal, esto es, una tenue continuidad de periódicos de partido en un momento en que la propia fracción no ejerce el poder ejecutivo. Los títulos de 1830 y 1831 vuelven a repetirse: *Miscelánea de Damas* recuerda a *La Argentina*; *El Látigo Republicano* recuerda a *El Látigo Federal*; *El Patriota Bonaerense, o Diario de la Aurora*, *La Opinión Pública*, *El Avisador*, *El Federal Sumiso a las Leyes*, fueron nombres que continuaban la línea de periódicos de estilo más “serio”, en tanto los jocosos y mordaces repitieron los títulos llamativos y cambiantes como *El Relámpago*, continuado por *El Rayo*; *Dime con Quién Andas*, *El Rompe Cabezas*, *El Loco Machuca Batatas*, *Los Muchachos*, *El escarmiento de un Unitario*, *La Gaucha*, *La Ticucha*, *El Carancho*, *Don Cunino*; muchos de estos títulos, obra de Luis Pérez, cuyos aportes en estilo serio se canalizaban por el *Diario de la Tarde*.

Entre 1829 y 1832 el Interior muestra una evolución notoriamente distinta a la de Buenos Aires, más allá de las esperables semejanzas, tratándose del mismo país. No gozó de un espacio de circulación propio con publicaciones de tono ilustrado dieciochesco como sucedió en Buenos Aires en la última década colonial (más allá de que esos impresos de Buenos Aires sí llegaban a las provincias). Los primeros periódicos fueron militares, y en la tabla podemos notar lo tenue de la experiencia en duración y cantidad de números. Si en Tucumán esa cifra es notable, cuando vemos que esta suma casi totaliza la década para todo el Interior, la cifra muestra su otra faz.

Los primeros periódicos regulares del Interior fueron breves y supusieron iniciativas del Estado; en algunos casos -como Tucumán- la iniciativa fue formalmente estatal, mientras que en Mendoza, esta iniciativa busca tempranamente el perfil que intentará en Buenos Aires el esquema rivadaviano: contratar una imprenta particular, promover la imprenta por medio de sociedades, buscar que exista derecho y posibilidad de imprimir periódicos de distinto signo político.

Aun así, se trata de menos intensidad (no hay diarios, y algunas provincias no llegan a quincenarios), menos simultaneidad, menos variedad de régimen de propiedad, menos duración de cada experiencia. Pero sí se van haciendo presentes las modernizaciones de contenidos que se ven en Buenos Aires, hasta que la dinámica de guerra civil en que va cayendo el país a mediados de la década, repliega a la prensa periódica a su función estrictamente político-militar: una prensa de guerra que sólo existe -y como única voz- en el territorio que la propia facción controla. Una breve renovación se produce con motivo de la Convención de Santa Fe, cuando Dorrego envía desde Buenos Aires una imprenta, pero ésta también deriva en un uso para la guerra en el pico del combate contra la Liga Unitaria. En 1832, acallado por un tiempo el combate, la prensa del Interior languidece: no se publica ningún periódico en ninguna provincia.

Tabla 2.6. La prensa periódica en las provincias interiores entre su aparición y 1832

Año	Periódicos	Lugar	Números	Periodicidad	S/Fecha	Enero	Feb.	Mar	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agost	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1817	<i>Diario Militar del Ejército Auxiliador (...)</i>		78	Semanal													
1818	<i>Diario Militar del Ejército Auxiliador (...)</i>		78	Semanal													
1819	<i>Gaceta Federal</i>	Paraná?	¿?	Ambulante?	x												
1820	<i>Gaceta Federal</i>	Paraná?	¿?	Ambulante¿?	X (d)												
	<i>El Termómetro del Día</i>	Mendoza	8	Semanal						20		4					
	<i>Gaceta de Mendoza.</i>	Mendoza	17	Bi-semanal								8		9			
	<i>El Tucumano Imparcial</i>	Tucumán	3	Mensual									14		3		
1821	<i>El Restaurador Tucumano</i>	Tucumán	9	Quincenal										3			18
	<i>El Correo Ministerial del Paraná</i>	Paraná	28	Mensual													
1822	<i>Correo Ministerial del Paraná</i>	Paraná	28	Mensual													
	<i>El Verdadero Amigo del País</i>	Mendoza	64	Semanal						23							
	<i>Registro Ministerial</i>	Mendoza	172 (1ª Época)	Mensual	¿?						15						cont.
	<i>El Amigo del Orden (o El Orden)</i>	Mendoza	¿?	¿?	x												
	<i>El Observador del Uruguay</i>	E. Ríos	1 ó 2									x					
1823	<i>El Correo Ministerial del Paraná.</i>	Paraná	28	Mensual		?							5				
	<i>La Cuchilla del Monte ¿?</i>	Nogoyá	Dudoso	Dudoso	Dudosa												
	<i>El Observador Eclesiástico (Reimp.)</i>	Córdoba	26	Semanal							21						
	<i>El Investigador</i>	Córdoba	11 o +	Quincenal													21
	<i>El Chasco Completo del Hallazgo Precioso del Editor de San Juan</i>	Córdoba	1	Único									18				
	<i>El Montonero</i>	Córdoba	7	Quincenal ?													30
	<i>Boletín del Ejército Pacificador de la Provincia del Tucumán</i>	Tucumán	¿?	Circunstancial	x												
	<i>El Verdadero Amigo del País</i>	Mendoza	64	Bisemanal													
1824	<i>El Verdadero amigo del país</i>	Mendoza	64	Semanal		18											
	<i>El Amigo del País / El Eco de los Andes</i>	Mendoza	16 + 61	Semanal							16				2	23	
	<i>El Amigo del Orden / El Orden (2ª Época)</i>	Mendoza	¿?	¿?	(Dudoso)												
	<i>El Investigador</i>	Córdoba	11 o +	Quincenal						17							
	<i>El Montonero</i>	Córdoba	7	?		?	?	¿?	¿?	¿?							
	<i>Exequias al montonero de Córdoba</i>	Córdoba	1		x												
	<i>El Observador Eclesiástico</i>	Córdoba	Ca. 11	Mensual											3		
	<i>El Filantrópico</i>	Córdoba	8	Quincenal		15					3						
	<i>El Teofilantrópico o el amigo de Dios y de los Hombres</i>	Córdoba	2 o más	Semanal				16	¿?								
	<i>La Revista de Salta</i>	Salta	9	Mensual										30			

Capítulo 2: De Mayo a Caseros

Año	Periódicos	Lugar	Números	Periodicidad	Sin Fecha	Enero	Feb.	Mar	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agost	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1825	<i>El Eco de los Andes</i>	Mendoza	61	Semanal													25
	<i>El Defensor de la Carta de Mayo</i>	San Juan	2								29	14					
	<i>El Amigo del Orden</i>	San Juan	7 o +	Quincenal													18
	<i>Registro Oficial de la Provincia</i>	San Juan	-														
	<i>El Cristiano Viejo</i>	Córdoba	8 o +	Mensual /Quincenal						3							
	<i>El Pensador Político Religioso de Chile</i>	Córdoba	15	Bimestral				23									
	<i>El Desengañador</i>	Córdoba	12	¿?					3	?	?	?	?	?			
	<i>El intolerante</i>	Córdoba	7	Semanal						6							
	<i>Grito de un Solitario / El Solitario Varón de Cascales</i>	Córdoba	9	Mensual						12			12		(4)		
	<i>Grito de un Solitario al Eco de los Andes</i>	Córdoba	1														
	<i>El Sol de Córdoba</i>	Córdoba	3 o +	¿?													
	<i>El Imparcial al desengañador</i>	Córdoba	1	Único							1						
	<i>Derechos del Hombre</i>	Córdoba	6	¿											24		
	<i>La Revista de Salta</i>	Salta	9	Mensual				5									
	<i>El Chasco Completo...</i>	Córdoba	1 o +	¿?													
1826	<i>La Verdad sin Rodeos</i>	Bs.As./Cba.	99	Quincenal c/ susp.			28										
	<i>Derechos del Hombre</i>	Bs.As./Cba.	6	Bimestral?								N° 5		15			
	<i>El Cristiano Viejo</i>	Córdoba	8 o +	Mensual		1(n 8)	?										
	<i>El Pensador Político Religioso de Chile...</i>	Córdoba	15	Bimestral													
	<i>El Consejero Argentino</i>	Córdoba	36 o +	Quincenal									(24)				
	<i>El Cordobés</i>	Córdoba	¿?	¿?	x			emp.									
	<i>El Terno del Sud</i>	Córdoba	¿?	¿?		4											
	<i>El Desengañador</i>	Córdoba	¿?	¿?	x												
	<i>El Federal</i>	Córdoba	18	Quincenal										27			
	<i>Boletín</i>	San Juan	¿?	¿?	x												
	<i>El Amigo del Orden</i>	San Juan	7 o +	Quincenal					?								18
	<i>El Repetidor</i>	San Juan	6	Quincenal											23		
	<i>Tambor Republicano</i>	San Juan	¿?	¿?	x												
	<i>El Observador</i>	San Juan	¿?	¿?	x												
	<i>El Aura Mendocina</i>	Mendoza	14	Semanal					30				20				
	<i>El Iris Argentino</i>	Mendoza	58	Semanal							25						
	<i>Boletín</i>	La Rioja	8 o +	Circunstancial											N° 8		
	<i>El Pregón de Salta</i>	Salta	13	Quincenal						25						26	
	<i>El amigo del Orden</i>	Tucumán	¿?	¿?								x	1°				

Año	Periódicos	Lugar	Números	Periodicidad	Sin Fecha	Enero	Feb.	Mar	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agost	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1827	<i>El Iris Argentino</i>	Mendoza	58	Semanal								4					
	<i>El Fénix</i>	Mendoza	12	Semanal												24	
	<i>El Huracán</i>	Mendoza	¿?	Circunstancial					22	22							
	<i>La Columna Federal</i>	Mendoza	¿?	Duró 15 días													
	<i>El Estandarte</i>	Mendoza	¿?	Circunstancial													
	<i>El Telégrafo</i>	Mendoza	24	Bisemanal						15			24				
	<i>El Amigo del Orden (2ª época)</i>	San Juan	7 o más	Mensual						25						¿?	¿?
	<i>El Repetidor</i>	San Juan	6	Quincenal		5											
	<i>El Observador</i>	San Juan	¿?	¿?													
	<i>Grito Entre Riano</i>	Entre Ríos?	Prosp.	Prospecto	Prosp.												
	<i>Diario de los Movimientos y Operaciones del Ejército que ha libertado la Provincia de Salta</i>	Salta	¿?	Circunstancial													
	<i>El Consejero Argentino</i>	Córdoba	36 o +	Semanal			¿?	¿?	¿?	¿?	¿?						
	<i>El Pensador Político Religioso de Chile / Apéndice al Pensador Político Religioso...</i>	Córdoba	15 + 4	Bimestral												18	
	<i>La Verdad sin rodeos</i>	Córdoba	99	Quincenal	X (d)												
	<i>De la necesidad virtud</i>	Córdoba	¿?	Circunstancial									¿?				
	<i>El Federal</i>	Córdoba	18	Quincenal							cesó?	¿					
1828	<i>La Abeja Mendocina</i>	Mendoza	21 o +	Semanal					¿?	¿?	14			14			
	<i>El Fénix</i>	Mendoza	12	Semanal			10										
	<i>La Verdad sin Rodeos</i>	Corrientes	99	Quincenal									¿?				
	<i>El Satélite</i>	Santa Fe	5	Quincenal											31		17
	<i>El Argentino.</i>	Santa Fe	10	Semanal						25			10				
	<i>El Espíritu de la Federación Republicana</i>	Santa Fe	3 o +	Quincenal									23			¿?	¿?
	<i>Vete portugués que aquí no es. / Ven acá portugués que aquí es</i>	Santa Fe	19 + 11	Bisemanal aprox.							20 (1)			17	11		17
	<i>El domingo 4 de mayo en Buenos Aires</i>	Santa Fe	5	Semanal								27					
1829	<i>El Federal</i>	Santa Fe	6	Mensual		26				19							
	<i>Buenos Aires Cautiva (...)</i>	Santa Fe	11	Bisemanal		24				27							
	<i>La Verdad sin Rodeos</i>	Corrientes	43	Quincenal												14	
	<i>El Republicano</i>	Córdoba	32	Diario				26		13							
	<i>Córdoba Libre</i>	Córdoba	10 o +	Semanal						2							
	<i>Miscelánea Política Militar (...)</i>	Córdoba	1	Único						6							
	<i>El Argentino</i>	Córdoba	57	Tri-semanal													8
	<i>El Tribuno</i>	Córdoba	¿	¿?													
	<i>El Monitor de la Campaña</i>	Córdoba	16	Circunstancial													
	<i>El Yunque Republicano</i>	Mendoza	¿?	Semanal y Bisemanal												15	
	<i>Boletín (del gobierno de San Juan)</i>	San Juan	10 o +	Mensual													
	<i>La Fragua Republicana</i>	San Juan	4 o +	No fijo													
	<i>El Republicano</i>	San Juan	4 o +	Semanal				20	8?	¿?							
	<i>El Solitario</i>	San Juan	8	Semanal			4		7	¿?							

	Periódicos	Lugar	Números	Periodicidad	Sin Fecha	Enero	Feb.	Mar	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agost	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1830	<i>El Federal</i>	Santa Fe	57 o +	1 o 2 por semana													
	<i>Córdoba Libre / La Aurora Nacional</i>	Córdoba	60 o +	1 o 2 por semana			¿	¿	¿	¿	x	Nº: 10 16/7					
	<i>El Serrano (Sancafé, Cba)</i>	Córdoba	¿?	Circunstancial									22				
	<i>El Factor de Alta Gracia</i>	Córdoba	¿?	Circunstancial						16							
	<i>El Argentino</i>	Córdoba	57	Tri-semanal						6							
	<i>El Republicano</i>	Córdoba	32	Trisemanal				26		13							
	<i>El Yunque Republicano</i>	Mendoza	¿?	Semanal y Bisemanal		10											
	<i>Boletín del Ejército de Mendoza</i>	Mendoza	¿?	Circunstancial													
	<i>El Consejero</i>	Mendoza	¿?	Circunstancial													
	<i>El Liberto</i>	Mendoza	12 o más	Circunstancial													
	<i>El Coracero</i>	Mendoza	13	Semanal											6		
	<i>El Nuevo Eco de los Andes</i>	Mendoza	11	Semanal						24			30				
	<i>Boletín (del gobierno de San Juan)</i>	San Juan	10 o más	Mensual			¿?										
1831	<i>El Federal</i>	Santa Fe	57 o +	Bisemanal							22						
	<i>El Coracero</i>	Mendoza	13	Semanal			25										
	<i>El Liberto</i>	Mendoza	12 o +	¿?										¿?	¿?	27	¿?
	<i>La Diana de Salta</i>	Salta	4 y Pr.	Semanal					2/4								
	<i>La Aurora Nacional</i>	Córdoba	60 o +	Bisemanal	Dudoso												
	<i>El Iris Cordobés</i>	Córdoba	¿?														
	<i>El Federal sin Prisiones</i>	Córdoba	26 o +	Semanal						¿?	¿?						
	<i>El Clamor Cordobés (E Hijos: 4)</i>	Córdoba	¿	Semanal							inicio			x		x	
	<i>El Cometa de 1832</i>	Córdoba	6	¿?										1	x		
	<i>El amigo del país</i>	Córdoba	¿?	¿?												Inicia	
1832	SIN PERIÓDICOS																

Referencias: ■ Diario ■ Menos que diario y más que semanal ■ Semanal ■ Quincenal ■ Mensual, o bimestral ■ Trimestral ■ Efimeros, únicos

Abreviaturas: Sem.: semanal Pr: Prospecto aprox.: aproximadamente

La veloz transformación de la prensa oriental a ritmo argentino

En las tablas subsiguientes (2.7. y 2.8.) podemos ver en forma sintética la veloz transformación de la prensa oriental y el impacto que recibe ésta de la escalada de guerra civil rioplatense.

La tabla 2.7. muestra el panorama uruguayo (de momento sólo hay prensa en Montevideo), durante la década revolucionaria de 1810. Buenos Aires y Montevideo poseen desarrollos de sus prensas notoriamente diferentes. Mientras en Buenos Aires, donde se dispara la simultaneidad de periódicos y se insinúa la propiedad particular, el comienzo de la prensa periódica uruguaya es humilde. Montevideo no logra una intensidad de publicación mayor a semanal, ni la simultaneidad de periódicos en esta década (aunque la presencia de números extraordinarios a la *Gaceta* dio irregularmente a prensa más de un número en diversas semanas). Mientras en Buenos Aires una innovadora presencia externa se manifiesta durante la segunda invasión inglesa (La *Estrella del Sud-The Southern Star*), pero la prensa oriental comienza efectivamente en octubre de 1810 con la *Gaceta de Montevideo*, cuya duración de cuatro años es importante para la época y la región. La toma de Montevideo por los patriotas la hace cesar, en tanto un breve intento de remplazo de dicha *Gaceta* por una propia de los patriotas resulta efímero, trasladándose la imprenta a Buenos Aires. A partir de allí, sólo un prospecto y dos efímeras publicaciones de otra fuerza militar externa (la de Carrera) completan un panorama hasta 1820, donde el Estado es el protagonista excluyente. Prácticamente no hay prensa entre septiembre de 1814 y diciembre de 1820. La cantidad, diversidad y desarrollo de contenidos del periodismo oriental está todavía muy por debajo del de Buenos Aires en la misma década.

La tabla 2.8. (página siguiente), muestra una notable activación, sobre todo a partir de la coronación de Pedro I tras la independencia de Brasil (12 de octubre de 1822), y hasta comienzos de 1824, desapareciendo nuevamente la prensa en 1825, año de la Cruzada Libertadora. Al declararse la guerra entre Brasil y Argentina, nuevamente aparecen periódicos, fundamentalmente oficiales (la *Gaceta*, el *Semanario Mercantil*), además de periódicos circunstanciales de guerra, de ambos bandos, sobre todo a partir del sitio a Colonia y Montevideo. En 1829, ya iniciado el período constitucional independiente, la prensa vive un florecimiento, cierta simultaneidad de periódicos es lograda, con periodicidad bisemanal, tornándose normales continuidades de más de cien números.

Sin embargo, periódicos con más de dos años son apenas dos, y hegemonizan el escenario en sendas etapas: el *Semanario Mercantil de Montevideo* durante el período brasileño (1826-28) continuado hasta el año siguiente como *El Montevideano*, (totalizando 133 números) y *El Universal* durante la primera década constitucional, a cargo de Antonio Díaz, totalizando 2746 números, cifra que supera en un millar la suma total de todos los demás números de periódicos publicados en el período. Ambos son periódicos que respaldan y son ampliamente respaldados por el Estado.

Tabla 2.7. Periódicos en Montevideo entre sus orígenes (1807) y la invasión portuguesa (1820). Montevideo es la única localidad oriental con prensa.

AÑO	TÍTULO	Control	Números	Periodicidad	S/Fecha	Enero	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Ago.	Sept.	Oct	Nov	Dic.
1807																	
	<i>La Estrella del Sud / The Southern Star</i>	Estatat	9	Semanal						9	x	11					
1808																	
	SIN PERIÓDICOS	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1809																	
	SIN PERIÓDICOS		-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1810																	
	<i>Gaceta de Montevideo</i>	Estatat	262	Semanal			-	-	-	-	-	-	-	-			
1811																	
	<i>Gaceta de Montevideo</i>	Estatat	262	Semanal													
1812																	
	<i>Gaceta de Montevideo</i>	Estatat	262	Semanal													
1813																	
	<i>Gaceta de Montevideo</i>	Estatat	262	Semanal													
1814																	
	<i>Gaceta de Montevideo</i>	Estatat	262	Semanal													
	<i>El Sol de las Provincias Unidas</i>	Estatat		Semanal								2 Emp.	x	14 cesó			
1815																	
	<i>Periódico oriental</i>	Estatat	Pr.	Prospecto	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	15/10	-	-
1816																	
	SIN PERIÓDICOS				-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1817																	
	SIN PERIÓDICOS				-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1818																	
	<i>Gaceta de un pueblo del Río...</i>	Ejército	5	Irreg.	X												
	<i>El Hurón</i>	Ejército	3 + Pr.	Irreg.	X												
1819																	
	SIN PERIÓDICOS				-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
1820																	
	SIN PERIÓDICOS				-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-

Tabla 2.8. La prensa en Montevideo entre 1821 y 1833 (se incluyen tres casos fuera de la ciudad)

TÍTULO	Números	Periodicidad	1821	1822	1823	1824	1825	1826	1827	1828	1829	1830	1831	1832
<i>El Pacífico Oriental</i>	30	Semanal	22/12	4/7										
<i>La Aurora</i>	18	Semanal		22/12	23/4									
<i>El Expositor Cisplatino</i>	1	Único		Único										
<i>El Patriota</i>	7	Semanal		18/8 a 4/10										
<i>El Pampero</i>	15	Semanal		22/12	3/5									
<i>El Aguacero</i>	8	Mensual			19/4 a 4/10									
<i>Los Amigos del pueblo</i>	7	Semanal			2/8 a 20/9									
<i>El Argentino en Montevideo</i>	No salió	No salió			x									
<i>El Ciudadano</i>	13	Semanal			1°/6 a 27/7									
<i>Doña María Retazos</i>	1	Único			Agosto									
<i>El Febo Argentino</i>	3	Bimestral			13/6 21/10									
<i>Lo que alguno no quisiera o el trueno</i>	1	Único			x									
<i>Lo que quisiera cada cual</i>	2 y Pr	Semanal			Sept.									
<i>Semanario político de Montevideo</i>	7 o +	Quincenal			11/4 a ...									
<i>Gaceta de Montevideo</i>	15	Bisemanal				6/10 20/11								
<i>El Publicista Mercantil de Montevideo</i>	74	Diario				2/1 31/3								
<i>Gaceta de la Provincia Oriental</i>	16	Semanal						14/11	23/2					
<i>Semanario Mercantil de Montevideo</i>	133	Semanal						26/8			16/2			
<i>O Compilador Brasileiro</i>	1 o +	Circunstancial						Desde 7						
<i>El Cometa (Canelones)</i>	2 o +	Circunstancial						Nov.						
<i>El Eco Oriental (Canelones)</i>	12	Semanal							4/3 a 29/4					
<i>El Guarda de sus Derechos (Durazno)</i>	1 o +	Circunstancial							x					
<i>Miscelánea Oriental</i>	15	Semanal							29/7 8/10					
<i>Registro Oficial de la Provincia / Registro Nacional (nov 1830)</i>	-	B.O.							Ene	(cont.)				
<i>Boletín del Ejército Republicano</i>	1 o +	Circunstancial							x					
<i>La Balanza</i>	¿?	¿?								X	x			
<i>El Observador Mercantil /El Observador Oriental (11/10 13/12)</i>	56 + 18 + 24	Diario								11/3 20/9	5/1 5/2			
<i>El Redactor Oficioso</i>	25	Quincenal								18/2 a nov				
<i>El Amigo de Todos o el Idólatra de la Libertad</i>	1 y Pr.	Semanal									10 a 22/9			
<i>El Constitucional (Canelones)</i>	26	Bisemanal									4/2 a 7/4			
<i>Las Cuestiones o sean Las cartas orientales</i>	18	Bisemanal									22/7 a 9			
<i>El Clasificador</i>	4	Bisemanal									2 a 12/5			
<i>La Gaceta</i>	142	Diario									1°/4 30/9			

Gaceta Mercantil (El Cometa)	110	Diario										17/2 17/7			
El Montevideano	8	Semanal										21/2 a 4/4			
El Oriental	21	Semanal										27/6 21/10			
El Paquete Oriental	2	Semanal										23 a 30/12			
El Universal	2746	Trisemanal										18/5			
Arriero Argentino	1	Único											2/9		
El Argos	73	Diario											16/9 a 15/12		
El Conciliador	10	Bisemanal											6/2 a 27/3		
El Correo	160	Diario											3/2 a 4/9		
El Caduceo	187	Diario											31/7	29/3	
Plagiario o sea Viejo Cajón de Sastre	4	Circunstancial											28/4 19/5		
El Satélite	4 o +												5/4 21/5		
El Tribuno	11	Semanal											5/4 22/5		
El Fígaro Ministerial	d	d											13/8 D		
El Campo de Asilo	8	Semanal												2/8 a 24/9	
El Exorcista	¿?													x	
El Indicador	187 o +	Diario												13/5	x
Otro Periódico	7	Diario												3 a 8/10	
El Paquete de Burdeos	1 a 3	Único o semanal												x	
Periódico-Manía														Sept.	
El Patriota	51	Bisemanal												21/11	29/6
El Relámpago	13	Bisemanal												19/3 14/6	
El Rayo	1	Único												13/12	
El Recopilador	75	Bisemanal												13/9	3/7
El Trueno	4	Circunstancial												23/3 14/4	
Boletín Oficial	4 o +	Circunstancial													4/7 a 4/8
La Diablada o el Robo de la Bolsa / El Domador	5 + 2	Circunstancial													6 al 21/3
El Fanal	532	Diario													x
Ideas Sueltas	1	Único													26/5
La Matraca	9	Circunstancial													1° a 22/3
El Popular	3	Semanal													19/6 6/7

Referencias:  Diario  Menos que diario y más que semanal  Semanal  Quincenal  Mensual, o bimestral  Trimestral  Efimeros, únicos

Abreviaturas: Sem.: semanal Pr: Prospecto aprox.: aproximadamente

Complementariamente, la influencia argentina es notable, lo cual resulta lógico dado que la independencia se produce tras el intento de reincorporación a ese país como Provincia Oriental. En el tenue periodismo uruguayo de esta década destacan periódicos que atacan al gobierno de Buenos Aires, o que son redactados por desterrados argentinos, o que se involucrarán crecientemente con ese país en la siguiente etapa de las guerras civiles, como sucede con Antonio Díaz, quien en 1838 da de baja *El Universal* para que no pueda ser utilizado por el nuevo gobierno que derrocó al constitucional de Oribe), partiendo a Buenos Aires, de donde volverá en 1843 para ocuparse, en el Campamento del Cerrito que sitia a Montevideo, del periódico del bando sitiador.

Recuérdese, por último, que en esta etapa la cantidad de títulos puede llevar a error, pues numerosos emprendimientos cambiaban de nombre por razones retóricas, para identificar mejor los cambios de suscripción, o por renovación tras un corte no deseado en la publicación. Valga como ejemplo el caso de Bernabé Guerrero Torres, quien publica en una década *El Correo* (1830), *El Conciliador* (1830), *El Caduceo* (1830-31), *El Exorcista* (1831), *El Rayo* (1831), *La Matraca* (1832), *El Fanal* (1832-34), *El Diario de la Tarde* (1837), *La Escoba* (1839), *El Correo* (1840) y *El compás* (1840-42). Lo mismo sucede con Alberdi, Ascasubi, Lamas, Díaz, etc.

En el interregno “lomo negro”

De Ángelis, por mandato de Rosas y su núcleo partidario, comienza a editar en julio de 1833 *El Restaurador de las Leyes*, de tono mucho más agresivo que *El Lucero*. *El Restaurador* comenzó el 5 de julio de 1833, y *El Lucero* cesó el 31 de ese mismo mes, adecuándose De Ángelis al tono confrontativo de la prensa federal doctrinaria iniciada en junio y julio de ese año. El federalismo “lomonegro” editó *El Amigo del Pueblo* (por Ángel Navarro, con colaboraciones de Marco Avellaneda y Juan María Gutiérrez), *El Defensor de los Derechos del Pueblo*, por José Luis Bustamante (junio a octubre de 1833), *El Águila Federal*, y *El Fígaro*, *Periódico biográfico, político, antiapostólico, federal republicano y enemigo de los traidores*, título que homenajea a otra de las figuras francesas incorporadas por Lasserre a sus citas en la prensa de 1828. Con ellos en pugna, la nueva degradación del debate -y del lenguaje- durante estos enfrentamientos de prensa, derivó en una nueva acusación del fiscal Pedro José Agrelo, el 2 de octubre de 1833, contra *La Gaceta Mercantil* y *El Restaurador de las Leyes* (federales y ligados a De Ángelis), *El Rayo* y *El Relámpago*, *Dime con Quién Andas*, *El Defensor de los Derechos del Pueblo*, un anunciado “*Los Cueritos al Sol: Las memorias secretas de Monteagudo*”, que no llegó a publicarse, el *Amigo del País*, y otros. Es decir, trababa acusación contra periódicos de todas las tendencias federales, tanto pasquinescos como pretendidamente serios. Casi todos ellos fueron clausurados o cesaron voluntariamente para evitar acciones penales sobre ellos. De Ángelis publicaría entonces (desde el

11 de diciembre y hasta octubre del año siguiente) *El Monitor*, y Cavia *El Censor Argentino* (entre abril y agosto de 1834). Pérez reintentaría con *El Gaucho Restaurador*, título que duró muy poco y lo sacó de la escena periodística principal, pues enemistado violentamente con De Ángelis, quedó este último como redactor de confianza de Rosas. No existen estudios ni datos certeros acerca del derrotero de Pérez a partir de entonces. Se sabe que fue designado “veedor de calles y caminos”, y esto pudiera significar no estar disponible para la redacción del *Diario de la Tarde*, limitándose a colaboraciones desde su función, pero dado que el diario cuenta gran cantidad de material sin firma, esto no es posible de confirmar hasta que cartas o documentos revelen más información. Lo que sí es contundentemente claro es que con *El Gaucho Restaurador*, cesa el ciclo de periódicos gauchescos mordaces. No es sencillo indicar si en esta desaparición debiéramos contabilizar como predominante el retroceso que significa la presión de la autoridad estatal para impedir el surgimiento de pasquines y la proliferación de títulos efímeros, o si, por el contrario, debiéramos hacerlo en favor de la estabilidad creciente de las publicaciones, cuyo volumen impreso total es enormemente superior al correspondiente a la etapa anterior.

Pero la acusación del fiscal Agrelo se ha hecho famosa en la historia nacional por el efecto político que causó. La derrota electoral de la fracción *apostólica* a manos de la *doctrinaria*, y la renuncia de Rosas a la banca ofrecida por la lista doctrinaria, enrarecieron rápidamente el clima de confrontación entre las facciones. La acusación de Agrelo tuvo como disparador, en ese contexto, un artículo sumamente ofensivo contra el gobernador González Balcarce, quien venía siendo objeto de críticas periodísticas desde su rol como ministro de Dorrego, sobre todo en relación con el manejo de la guerra contra el Brasil.

Si bien la acusación se extendió a todos los periódicos mencionados, el federalismo apostólico, liderado por doña Encarnación Ezcurra, esposa de Rosas, lanzó un movimiento político y propagandístico de gran efecto. “El 11 de octubre juzgan al Restaurador de las Leyes” en paredes y afiches convocó a una gran masa de simpatizantes que temían, en obvia confusión, que se estuviese por condenar y apresar al general Rosas. Junto a la multitud de partidarios se organizaron oficiales de tropa de amplio reconocimiento popular. Los enfrentamientos producidos en las inmediaciones del juzgado derivaron en el reclamo de renuncia de González Balcarce, quien entregó el mando. La legislatura designó entonces al general Viamonte. La facción derrotada se halló ante un repentino debilitamiento, con exilios de dirigentes y cuadros, pérdida de financiamiento estatal de publicaciones y fuga de partidarios hacia el bando vencedor. Apenas un semestre más tarde, en abril de 1834, la facción apostólica triunfó contundentemente en las elecciones. Tras la renuncia de Viamonte en junio, el gobierno podía ser ya de Rosas dado el apoyo de la legislatura, pero éste resignó el ofrecimiento del día 30 -varias veces- aguardando que se acepte la cesión de facultades

extraordinarias. El gobierno, tras la negativa de los dirigentes apostólicos que recibieron ofrecimientos, quedó en manos de Manuel Vicente Maza.

La prensa periódica, tras el acallamiento de la disputa electoral, redujo la abigarrada cantidad de títulos que se observó en 1833. Persistían, en cambio, los diarios y semanarios consolidados: la *Gaceta Mercantil*, el *Diario de la Tarde*, *The British Packet*, continuaban. También lo hacían *El Precio Corriente Semanal*, con continuidad desde 1832, y que también duró todo el año. *El Monitor* continuó hasta octubre, en tanto Cavia publicó *El Imparcial* hasta el 30 de abril, y *El Censor Argentino* entre abril y julio. Los títulos militantes y efímeros a favor del federalismo apostólico continuaron, con nombres como *El Restaurador de la Guardia del Monte*, *La Lanza Federal*, *El Gaucho Restaurador*, *El Porteño Restaurador*.

El asesinato de Quiroga en febrero de 1835 llevó las condiciones de la opinión pública y de la elite política al punto límite en que finalmente fue ofrecido el gobierno con plenos poderes a Rosas, quien recomendó además un plebiscito, en que se aprobó su nombramiento casi por unanimidad, asumiendo el 13 de abril de 1835. Rosas persiguió implacablemente a los asesinos de Quiroga, purgó las fuerzas armadas y la administración pública de elementos opositores al federalismo apostólico y produjo los primeros fusilamientos por conspiración.

La dependencia de la prensa periódica de los recursos provenientes de la administración pública es notable en su resultado de 1835. Ningún periódico nuevo aparece en la escena política, mientras se consolidan *La Gaceta Mercantil* y el *Diario de la Tarde*, que se publican a lo largo de todo el año. Continúa *The British Packet*, y el litógrafo suizo Hipólito Bacle desarrolla, con novedosa profusión de imágenes, dos publicaciones consecutivas: el *Diario de Anuncios y Publicaciones Oficiales* (5 de enero al 30 de septiembre) y el *Museo Americano*, libro de todo el mundo (abril de 1835 a octubre de 1836), con periodicidad diaria el primero, semanal el segundo. Bacle, propietario de la Imprenta del Comercio y Litografía del Estado, logra un avance significativo en prensa ilustrada, y habilita además, tras el breve y pionero avance de Douville, la fascinación popular por la imagen visual impresa. Este momento innovador, donde una impresión costosa como un periódico ilustrado de gran formato y alcance (dos columnas, ocho páginas, láminas) y temas de miscelánea mundial, puede durar casi dos años, muestra la paradójica transformación en curso, donde se forjan y consolidan numerosas instituciones modernas -en este caso la prensa periódica- al mismo tiempo que se reclama una disciplina social unanimista en su explícito apoyo al gobierno, y por lo tanto, no existe un debate de prensa en paralelo con un debate político parlamentario (Chávez, 1973a; Ternavasio, 2002, 2009). No casualmente, además de la consolidación de los dos diarios y el semanario británico preexistente, y de la innovación técnica y empresarial de la iniciativa de Bacle, las otras tres publicaciones buscan aprovechar la temática mercantil: *El Precio Corriente Semanal*,

que viene publicándose desde 1832 y llega hasta fines de agosto de 1835, una *Circular Marítima* publicada en febrero, y el *Noticiador del Puerto*, publicado entre febrero y mayo. En el impulso dado por el Estado al trabajo de Bacle -quien se vería involucrado en denuncias de conspiración- se notan los rasgos contradictorios de la política rosista. Por un lado, estímulo al adelanto técnico, empresarial, científico o artístico, sin inconvenientes para la apertura de iniciativas privadas; por el otro, sospecha ante todo contacto de la prensa con el enemigo, sospecha ante toda disidencia, reclamo de explicitación del apoyo al régimen y sus símbolos, así como de conductas militantes en el trabajo de orientación de la opinión pública en el país, y también en el extranjero, apertura a la modernización técnica y temática de la prensa.

Con estas publicaciones quedaron sentadas las bases de la oferta de prensa a lo largo de todo el segundo gobierno de Rosas en el cual, hasta sus postrimerías, las publicaciones fueron sumamente estables pero no hubo espacio alguno para el disenso ni para nuevas publicaciones, salvo en temas no directamente ligados con la política. Intentos de periódicos “de interés general” que dijese entre líneas lo que no podía decirse explícitamente, tuvieron corta vida. El equipo del salón literario de Sastre y Alberdi, así como el periódico *La Moda* publicado en 1837, pronto quedarían dispersos, en el ostracismo (como Sastre) o en el exilio (casi todos). No hubo represalias físicas ni atentados contra ellos, pues la sospecha recaía en el uso que podrían hacer los enemigos unitarios de los movimientos de estos grupos. Distinta sería la situación en 1840-43, cuando la dinámica de la guerra llevó las persecuciones por ambos bandos a niveles nunca vistos.

En 1835 Rosas vuelve al gobierno con el requerimiento de poder solicitado. No sólo facultades extraordinarias, sino la suma del poder público. Su gobierno se consolida al costo del requerimiento de una legalidad plebiscitaria que debe manifestarse públicamente en todo momento. Se exige manifestar la pertenencia al ideario federal por medio de consignas que encabezan documentos, actos públicos, vestimentas, votos unánimes en la legislatura y aclamación por el periodismo afín. El creciente exilio de escritores contrarios a Rosas quita, por su parte, las últimas fuerzas a un posible periodismo opositor. Un último intento de periodismo no opositor sino apenas independiente se manifiesta con el gacetín *La Moda*, pero la experiencia se enrarece y concluye con el exilio externo o interno de todos sus integrantes. No habrá tiempo para una recuperación pronta como había sucedido tras las restricciones de 1830 y 1832. Al conflicto interno entre corrientes federales y la creciente conspiración unitaria le sigue el golpe de Estado contra el presidente Oribe en Uruguay, en 1836. Luego, la tensión con Bolivia deriva en un estado de guerra que durará dos años. Peor aún, se inicia el bloqueo militar anglo-francés (1838-40) y en ese contexto, se interrelacionan las guerras civiles argentina y uruguaya con conspiraciones, levantamientos, mutuos ataques militares y finalmente, la ofensiva militar de Lavalle que pone la guerra en su momento más

terrible, entre 1840 y 1842, sobre todo en el último trimestre de ese primer año. La prensa periódica de Buenos Aires conserva, en estos años, el piso de dos diarios, un mensual de alta calidad, un semanario británico y alguna publicación menor. Pero la abigarrada variedad de pasquines, periódicos efímeros u otras iniciativas particulares que no fuesen boletines mercantiles, partituras de música no politizadas, almanaques o datos útiles de medicina práctica estarán cerrados por un largo tiempo, en un clima de constante sospechas de conspiración de colaboración con el enemigo.

En la tabla 2.9. podemos ver cómo la dinámica de los acontecimientos constriñe toda posibilidad de coexistencia de periódicos de signo opuesto. Las imprentas y sus publicaciones son armas de guerra; se llevan con los ejércitos, se capturan al enemigo, se destruyen, se impide su circulación.

Si en 1833 la proliferación periodística alcanza un pico en intensidad, duración y variedad, así como en circulación de pasquines, la resolución del conflicto entre facciones federales y el acrecentamiento de las amenazas de conspiración e invasión unitaria desde Montevideo acrecientan el control de la prensa por el gobierno, que sospecha de todo escritor que pudiera tener contacto con Montevideo, o con el estado Perú-Boliviano con el que se está al borde de las hostilidades.

Como puede observarse, tras los tumultos de octubre de 1834 y la nueva asunción de Rosas en abril de 1835, la territorialización político-militar de la prensa es completa y correlativa a la del conjunto de instituciones político-militares. En Buenos Aires, la prensa federal rosista y algún boletín apolítico. En el Interior, muy poca prensa, apenas cortada durante las luchas por el poder en Córdoba y Cuyo. En Montevideo, los antirrosistas y el gobierno de Oribe, todavía neutral hasta el golpe que lo derrocaría llevándolo a apoyarse por completo en el gobierno argentino.

El control absoluto del poder político por Rosas favorece la estabilidad y la prosperidad económica. Los conflictos de orden económico producidos con las provincias de la Cuenca del Plata - especialmente Corrientes- son mitigados con los cambios en la política aduanera generados el mismo año 1835. El clima político, en cambio, se torna asfixiante para quienes no militaban en el ala apostólica del rosismo. En tal contexto, mientras el negocio de las imprentas continúa prosperando, el periodismo consolida su perfil estatal. De Ángelis milita, desde *La Gaceta Mercantil*, en favor del requerimiento de uso de la divisa punzó, abandonando toda sutileza y expectativa de semejanza entre la prensa porteña y el ideal de prensa moderna independiente. Son tiempos de afirmación militante y explícita de identidad entre pertenencia al partido federal y pertenencia a la sociedad bonaerense.

Tabla 2.9. La prensa periódica en Buenos Aires entre enero de 1833 y diciembre de 1842

Año	Periódicos	Números	Periodicidad	Sin fecha	Enero	Feb.	Mar.	Abril	Mayo	Junio	Julio	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1833	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>El Precio Corriente Semanal</i>	170	Semanal													
	<i>El Lucero</i>	1121	Diario								31					
	<i>El Diario de la Tarde</i>	Ca. 7000	Diario													
	<i>El Iris</i>	111	Diario				5					14				
	<i>El Defensor de los Derechos del Pueblo.</i>	94	Diario							25				16		
	<i>El Restaurador de las Leyes.</i>	87	Diario								5			16		
	<i>El Amigo del País.</i>	85	Diario								6			11		
	<i>El Constitucional</i>	85	Diario								9			17		
	<i>El Patriota Bonaerense</i>	13	Tri-semanal						25	22						
	<i>El Gaucho / La Gaucha (s)</i>	7	¿					21/25	19	¿						
	<i>El Látigo Republicano</i>	5	¿							30						
	<i>El Águila Federal. Doctrinario</i>	4	Semanal									4	4			
	<i>The Cosmopolitan</i>	59	Semanal		9											
	<i>El Diario Comercial de la Mañana</i>	9	Diario				1/ 11									
	<i>Registro Prov. Del Gobierno de Buenos Aires</i>	18	Diario												15	10
	<i>El Monitor.</i>	246	Diario													11
	<i>El Independiente</i>	1	Único		2											
	<i>Miscelaneas de Damas</i>	1	Único			24										
	<i>El Negrito / La Negrita</i>	6 + 2	Bi-semanal													
	<i>La Negrita</i>	2	Semanal													
	<i>Cacique Chañil</i>	26	¿	x												
	<i>El Rayo</i>	2											29	2		
	<i>El Escarmiento de un Unitario</i>	2		x												
	<i>El Relámpago</i>	2		x												
	<i>El Rompecabezas</i>	2								1º:29	2º:7					
	<i>El Avisador</i>	2	Diario	x												
	<i>El Loco Machucabatatas</i>	¿		x												
	<i>Los Muchachos</i>	1	Único							28						
	<i>Guía de la Ciudad y Almanaque</i>	1	Único	x												
1834																
1834	<i>El Carancho</i>	1	Único								8					
	<i>Confesión de un Cismático</i>	1	Suelta										x			
	<i>El Figaro. Periódico biográfico, político, antiapostólico, federal republicano y enemigo de los traidores.</i>	1	Único											3		

	Periódicos	Números	Periodicidad	Sin fecha	Enero	Feb.	Mar.	Abril	Mayo	Junio	Julio	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
	<i>La Opinión Pública</i>	1		x												
	<i>El Federal Sumiso a las Leyes</i>	1	Único											14		
	<i>Dime con quién andas</i>	¿?	¿?								¿	¿	¿	2 cesó		
	<i>El Conciliador</i>	Sólo se conoce el prospecto														
	<i>El Copiador</i>	¿		x												
	<i>North Star</i>		Prospecto	x												
	<i>Telón Corrido</i>		No se publicó													
	<i>La Ticucha /Don Cunino</i>	¿?														
	<i>Crítica de unos Tenderitos...</i>	1?											22			
	<i>Los Cueritos al Sol</i>		No se publicó													
	<i>Memorias Secretas del Sr. Monteagudo</i>													x		
1834	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>El Precio Corriente Semanal</i>	170	Semanal													
	<i>El Diario de la Tarde</i>		Diario													
	<i>El Monitor</i>	246	Diario											14		
	<i>El Imparcial</i>	86	Diario		9			30								
	<i>El Censor Argentino. Cavia.</i>	80	Diario					19				1				
	<i>El Gaucho Restaurador</i>	7	Tri-semanal				16	3								
	<i>El Porteño Restaurador</i>	5	Tri-semanal					13 22								
	<i>L'Abeille</i>	26	¿	x												
	<i>L'Echo des Deux Mondes</i>	12	Bi-semanal					2	7							
	<i>El Correo Judicial</i>	8	Semanal									27	x	21		
	<i>La Lanza Federal</i>	2												18/22		
	<i>El Correo Extraordinario</i>	1	Único	x												
	<i>The North Star</i>	¿	¿			8 emp										
	<i>Curso de la Historia de la Filosofía</i>	¿	¿	x												
	<i>El Restaurador de la Guardia del Monte</i>	¿	¿	x												
1835	<i>La Gaceta Mercantil</i>	8473	Diario													
	<i>El Diario de la Tarde</i>		Diario													
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	1666	Semanal													
	<i>El Precio Corriente Semanal</i>	170	Semanal									29				
	<i>Diario de Anuncios y Publicaciones</i>	215	Diario		5								30			
	<i>El Noticiador del Puerto</i>	59	Diario			5			4							
	<i>El Museo Americano</i>	52	Semanal					emp.								
	<i>Circular Marítima</i>	1?				5										

Capítulo 2: De Mayo a Caseros

	Periódicos	Números	Periodicidad	Sin fecha	Enero	Feb.	Mar.	Abril	Mayo	Junio	Julio	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1836	La Gaceta Mercantil	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde		Diario													
	The British Packet and Argentine News	1666	Semanal													
	El Museo Americano	52	Semanal													
1837	La Gaceta Mercantil	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde		Diario													
	The British Packet and Argentine News	1666	Semanal													
	La Moda	23	Semanal													
	Boletín Musical	¿	¿	x												
1838	La Gaceta Mercantil	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde		Diario													
	The British Packet and Argentine News	1666	Semanal													
	La Moda	23	Semanal					21								
	El Semanario de Buenos Aires	.PD	DUDOSA													
1839	La Gaceta Mercantil	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde		Diario													
	The British Packet and Argentine News	1666	Semanal													
1840	La Gaceta Mercantil	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde		Diario													
	The British Packet and Argentine News	1666	Semanal													
	Le Messenger Francais	33	Diario													8
	El Espíritu de los Mejores Diarios que se Publican en Europa y América	2		x												
1841	La Gaceta Mercantil	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde		Diario													
	The British Packet and Argentine News	1666	Semanal													
	Le Messenger Francais	33	Diario		23											
	Defensa Federal	¿	Irregular	x												
1842	La Gaceta Mercantil	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde		Diario													
	The British Packet and Argentine News	1666	Semanal													
	Fundamentos de la Fe	1?	Único	x												

PD o Publicación dudosa. Probablemente han sido considerados publicaciones existentes por error al leer comentarios acerca de los mismos, y sean en realidad citas que refieren a “El Gaucho” y “La Gaucha”, periódicos ambos que utilizaban estos seudónimos

Referencias:  Diario  Menos que diario y más que semanal  Semanal  Quincenal  Mensual o bimestral  Trimestral  Efímeros, únicos

Abreviaturas: Sem.: semanal Pr: Prospecto aprox.: aproximadamente

Pero si el unanimismo exigido por el segundo gobierno de Rosas reduce la variedad de periódicos - sobre todo en términos políticos y de expresiones de sociabilidad autónoma- el periodismo que permanece continúa su progreso: pliegos amplios a varias columnas, imprentas renovadas, movidas -ya en los años '40- por máquinas a vapor, secciones equivalentes a las que se encuentran en periódicos europeos -científicas, literarias, teatro, folletín, información estadística y económica, información internacional, información nacional, opinión- con la excepción del libre debate con opositores. Dos diarios, un semanario, un mensual, publicaciones breves, aseguran un flujo cultural vivo a pesar de la restricción¹⁷⁴. Por otra parte la “mitad” faltante, esto es, el partido unitario en sus diversas variantes y los federales doctrinarios desterrados, hacen acto de presencia con un periodismo que en parte se integra a las ciudades de refugio (Montevideo, Rio de Janeiro, La Paz, Valparaíso, Santiago de Chile), pero que en Montevideo constituye una comunidad con especial capacidad de generar una prensa “argentina”. Montevideo es a partir de 1829, pero crecientemente a lo largo de la década de 1830, la extensión geográfica del conflicto porteño, aportando un periodismo que en condiciones de estabilidad institucional, expresaría “la oposición política”.

2.2.8. Montevideo, extensión territorial del conflicto porteño.

El brigadier Manuel Oribe, quien junto a Juan Antonio Lavalleja había liderado el movimiento de los 33 orientales y conquistado la expulsión de los brasileños, hallándose incluso presente en la decisiva batalla de Ituzaingó, ascendió a la presidencia uruguaya el 1° de marzo de 1835, tras haber sido ministro de Guerra y Marina del presidente Rivera. La suya fue la segunda presidencia constitucional de su país.

¹⁷⁴ En su completo estudio sobre la cultura en la época de Rosas, Fermín Chávez (1973a) demuestra una rica y variada actividad científico-cultural, que incluye exploraciones, topografía, ciencias naturales, medicina, pintura, retrato fotográfico, teatro, ópera, música, libros, periódicos, actividad universitaria, etc. Pero al mismo tiempo, puede notarse en ese exhaustivo recorrido que en ninguno de los ítems se acepta referencia crítica alguna al gobierno, o a alguna de sus políticas. El gobierno fue, de hecho, abierto a la reincorporación de opositores a la actividad científico-cultural si estos abandonaban por completo la vida pública en la parte política. Tal restricción puede notarse en todas las actividades en las que el aparato estatal construye su modernización: el parlamento, por ejemplo, funciona a lo largo de los dos gobiernos rosistas, con amplias prerrogativas y actividades, a condición de anular todo disenso, y también sucede en la promoción y amparo a sociedades científicas, de fomento económico o cultural. En la prensa periódica esto es notable: se despliegan y estabilizan secciones (científica, de crítica teatral, literarias, folletín, información extranjera, nacional, local, etc.), se amplían los pliegos y cantidad de columnas, mejoran velocidades de impresión y cuerpo de tipos disponibles, se multiplica la duración de los periódicos, se incorporan nuevas tecnologías para el grabado y la litografía, se consolida la simultaneidad de periódicos y la periodicidad diaria, se asegura la presencia de diarios matutino y vespertino, etc. Pero a partir de 1832, y sobre todo de 1835, las posibilidades de disenso descienden abruptamente, hasta atravesar, a partir de 1836, una larga etapa de unanimidad, que va más allá de la ausencia de opositores por haberse enfrentado estos en guerra y asumido el destierro: es una unanimidad de la cual se exige constante confirmación de aceptación, con el encabezado de cartas y documentos, la presentación de insignias al frente de los hogares, la utilización de indumentaria específica, etc. Mientras tanto, el Estado seculariza el calendario festivo, completa la reforma eclesiástica, normaliza un aparato diplomático capaz de defender sus intereses ante las potencias europeas, formaliza un régimen fiscal, etc. aún en el contexto de los enormes gastos de guerra que demandan los conflictos civiles y sobre todo, los internacionales (defensa frente a Inglaterra y Francia, guerra en el Uruguay, guerra con la Confederación Peruano-Boliviana, estado larvado de guerra con el Paraguay, potencial guerra con el Brasil).

De allí que es posible considerar la rosista como una etapa de modernización y consolidación de instituciones propias del Estado parlamentario y de la sociedad burguesa, pero manteniendo en suspenso, en cada una de ellas, la posibilidad del libre juego de la expresión política.

Como venía sucediendo con la participación de hombres argentinos en la prensa uruguaya, se asignó a Juan Lasserre la redacción del periódico que sostendría desde el Estado la campaña y la posterior defensa de su gestión como vocero oficial: *El Estandarte Nacional* (10 de enero de 1835 - 17 de agosto de 1836), con periodicidad diaria. Se sumaba a *El Universal*, publicado como trisemanario prácticamente desde la consolidación de la independencia uruguaya en 1829 con dirección y redacción por el general Antonio Díaz¹⁷⁵. Si bien Oribe provenía del gobierno anterior, sus diferencias con Rivera eran notables, y se profundizaron abruptamente al iniciar su gestión. La presidencia Rivera se había mostrado como un régimen cerrado. Se utilizaba tanto entre sus opositores como en la opinión general el término “círculo”, muy utilizado en el siglo XIX para denunciar exclusivismos, oligarquías e incluso logias corruptas. En el caso de Rivera, el predominio en el gabinete de “los cinco hermanos” (Lucas José Obes y sus cuatro cuñados, Nicolás de Herrera, José Longinos Ellauri, Julián Álvarez y Juan Andrés Gelly), había dejado una estela de casos de flagrante corrupción, nepotismo, abusos de poder y tráfico de influencias. Los “cinco hermanos” manejaron de hecho el poder en Montevideo durante los cuatro años de mandato de Rivera, quien estuvo la mayor parte de ese tiempo en su cuartel en Durazno. El grupo tenía fuertes lazos con la antigua facción pro-portuguesa. Contra ellos, uno de los dos líderes de los 33 Orientales (Lavalleya) se sublevó en 1832 y 1834, siendo derrotado. Que Lavalleya fuese compadre de Juan Lasserre¹⁷⁶, y que para denigrar al gobierno se haya optado por un título de reminiscencias lasserreanas (*La diablada o el robo de la bolsa*, con ilustraciones de diablos representando a los cinco hermanos), tiente a sospechar que existía un fuerte contacto entre Lavalleya y Oribe, aunque este último no participase en el levantamiento.

Asumido el nuevo gobierno, se caracterizó por una gestión honesta y eficiente de los recursos públicos, la modernización administrativa, el combate a los vergonzantes resabios de esclavismo admitidos por el gobierno de Rivera, el impulso a la educación (que incluyó la aplicación del sistema lancasteriano y la creación de la primera Universidad), la generación de un sistema de

¹⁷⁵ Héroe militar desde la época de las invasiones inglesas, la guerra de independencia argentina, y finalmente la uruguaya, Díaz era cercano a Oribe, y como éste, al liderazgo de Lavalleya, cuyos intereses defendió en la primera etapa de su periódico. Pero cuando se produjo el primer alzamiento de Lavalleya contra Rivera en 1832, Oribe y Díaz no se plegaron, y por el contrario, fueron incorporados a la planta permanente del gobierno: Oribe con su ascenso a Coronel Mayor, y Díaz como Oficial Mayor del Ministerio de Hacienda. Oribe pronto ascendió a ministro y Presidente, y Díaz llegaría a ser ministro de Hacienda de la presidencia de Oribe. Desde estos cargos pudo dedicarse a la defensa sistemática de Oribe a lo largo de los diez años de existencia del periódico. Tal duración emparenta este emprendimiento a *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires, y también lo hace la combinación de recursos del Estado combinados con propios del editor y de las recaudaciones logradas por suscripción y avisos. Entre los oficiales ministeriales que se iniciaban en el periodismo del momento también se hallaba Andrés Lamas, futuro enlace fundamental entre el periodismo argentino y uruguayo, quien comenzó sus colaboraciones en *El Universal*, luego en *El Estandarte Nacional* del que tuvo a su cargo la mayor parte de la redacción durante varios meses en 1835 (Ardao, 1945: 90), luego en *El Sastre*, y finalmente en *El Nacional*.

¹⁷⁶ Carta de Lasserre a Urquiza, fechada 12 de diciembre de 1849. Archivo General de la Nación, Archivo Urquiza, Tomo 42. La relación con Lavalleya se había iniciado durante la guerra con el Brasil, sobre todo tras el naufragio del barco corsario en cuya empresa Lasserre participó, durante el invierno de 1828.

jubilaciones, la consolidación y transparentización de deudas del Estado, etc.¹⁷⁷ Frente a este nuevo gobierno se alzó en armas Rivera en 1836, confrontando por motivos diversos que incluían el involucramiento de ambos líderes en las guerras civiles de Río Grande do Sul, las denuncias cruzadas de abusos y corrupción, y los lazos de ambos con la política porteña. La formación de una “Logia Unitaria” en Montevideo y Colonia del Sacramento en el último trimestre de 1835 generó una rápida secuencia de acciones conspirativas contra Rosas, secuencia que incluyó sobornos, actividad de desgaste de la imagen de Rosas en Buenos Aires, cartas falsas para desprestigiar a oficiales rosistas frente al propio gobernador, contacto con líderes del Litoral y con el mariscal Santa Cruz (de Bolivia) para iniciar una incursión militar, y un periódico, titulado *El Moderador*, cuyo primer número salió a la venta el 23 de noviembre de 1835¹⁷⁸.

Participaban en él connotados desterrados tras la derrota del lavallismo en 1829-1830: Ángel Navarro (redactor), Julián Segundo de Agüero, Francisco Pico, Valentín Alsina y Manuel Bonifacio Gallardo, entre otros. El periódico, sostenido con fondos de la logia, no ahorró métodos maquiavélicos. Aprovechando la tensa relación con Francia, publicó un remitido apócrifo firmado por “varios franceses” (el texto en realidad fue probablemente redactado por Valentín Alsina), el cual provoca una protesta del ministro Arana a su par oriental Llambí, reclamando que los medios uruguayos no escribiesen involucrándose en asuntos públicos internos de la Confederación, dado que se trataba de dos Estados amigos y que la Confederación no permitía tal cosa respecto del Uruguay. Llambí reclamó a los redactores y editores de periódicos que no trataran “negocios extraños” y se ocupasen exclusivamente de asuntos uruguayos o cuestiones extranjeras que no supusiesen intervención en sus asuntos. El 2 de enero de 1836 el periódico responde con un remitido muy agresivo firmado por “unos emigrados argentinos de la primera emigración”. Con durísimas referencias al gobierno rosista y alentando la libertad de expresión uruguaya. El día 6, el periódico fue clausurado, y el 11, el general Rivera presentaba una protesta al gobierno por este motivo. Poco después, el gobierno eliminaba la Comandancia Militar de Campaña, dejando a Rivera sin su cargo, mientras la Logia Unitaria continuaba sus activas operaciones de conspiración y desgaste del gobierno rosista, tanto en Uruguay como en Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe.

El cese de *El Moderador* favoreció una rápida mejora en las relaciones entre Oribe y Rosas, simbólicamente plasmada en el compromiso de que Lavalleja, apostado en Entre Ríos cerca de la frontera, no invadiría ni patrocinaría un levantamiento en Uruguay. Pero en julio de 1836 Rivera se

¹⁷⁷ *El Estandarte Nacional* registra gran cantidad de estas iniciativas y combates tanto a través de la publicación de documentos oficiales como de artículos doctrinarios y de polémica. El hecho de que estas políticas y conductas fueron efectivamente plasmadas es reconocido por diferentes estudios historiográficos, así como por testigos de época pertenecientes a las distintas facciones involucradas en las guerras civiles, incluso las enemigas del oribismo. Entre estas últimas (v.gr. Zinny, 1883) suele plantearse una calificación distinta para el Oribe “anterior” y “posterior” a 1838, esto es, a su destierro en Argentina e incorporación al rosismo.

¹⁷⁸ Para un estudio detallado de la conformación de estas logias y sus primeros pasos, Cfr. Zubizarreta, 2009.

alzó en armas contra el gobierno constitucional uruguayo, resultando derrotado en la batalla de Carpintería el 19 de septiembre, debiendo huir a Brasil. El alzamiento quebró la normalidad de prensa en Montevideo, cesando el grueso de los periódicos existentes mientras todos los recursos se destinaban a la guerra y el diario oficial dejaba paso a boletines militares. La participación activa del general Juan Lavalle en el alzamiento exacerbó los ánimos de ambos bandos en la guerra civil argentina, y provocando una rápida internacionalización del conflicto. Rivera, huido a Brasil, se vinculó a la revolución de los *farrapos* durante el período de la República de Río Grande, trabando vínculos con ex compañeros del ejército durante el período portugués, especialmente con Bento Gonçalves da Silva. De ellos obtuvo Rivera apoyo militar para un nuevo alzamiento, esta vez con apoyo explícito de tropas brasileñas de Río Grande, internacionalizando cada vez más las guerras internas rioplatenses. Sucesivas victorias y derrotas concluyeron en una victoria definitiva de Rivera en la batalla de Palmar el 15 de junio de 1838. Poco antes, el 28 de marzo, se había iniciado el bloqueo militar naval francés a la Confederación Argentina, impidiendo a Oribe solicitar auxilio a la Confederación. Sitiado en Montevideo, entregó su renuncia bajo protesta considerándose aún Presidente constitucional, el 24 de octubre. Pasó a Buenos Aires dispuesto a recuperar su presidencia por la vía de las armas. Se incorporó para ello como alto oficial del Ejército de la Confederación en el marco de la situación de guerra con Francia e Inglaterra, y con las conspiraciones unitarias que deterioraron las relaciones todos los países limítrofes.

En tal contexto, la amalgama de sucesivas oleadas de emigrados vinculados al periodismo, las armas y la política fue dejando atrás la identidad unitaria heredada de la década de 1820, para pasar, lentamente, a una heterogénea unidad de corrientes antirrosistas. Unitarios, federales cismáticos, miembros de la primera generación romántica, federales caídos en sospecha en Buenos Aires o intelectuales ávidos de imitar experiencias políticas o intelectuales de su tiempo descubiertas ya fuese en Francia o en Chile, formaron una nueva experiencia periodística. A semejanza de la precedente, el periodismo continuó siendo una operación político militar de Estado o de facciones beligerantes en el marco de la guerra; siguió existiendo una división del trabajo entre periódicos de perfil “serio”, con división de secciones a imagen y semejanza de los diarios europeos, y los pasquines de combate, generalmente anónimos, donde se permitían niveles de lenguaje que los periódicos serios condenaban, aunque no siempre.

Pero a diferencia de experiencias precedentes, la pérdida de espacios de gobierno por los antirrosistas los llevó a trasladar los ámbitos deliberativos de pares pertenecientes a las elites, desde los espacios parlamentarios perdidos, hacia la prensa, donde cada periódico importante pasó a tener una cantidad de redactores y colaboradores notoriamente superior a las experiencias previas en que lo habitual era un redactor y un par de colaboradores regulares. En este sentido, si bien el eje

principal de organización de los emigrados porteños en la prensa era la guerra, y por ello financiamientos, apoyos y contenidos se subordinaban a las necesidades de la guerra, dejando la información y la verdad de lo afirmado como una función periodística secundaria y descartable, algunos aspectos de los vínculos trazados por los hombres de prensa toman la forma de una tenue esfera pública, sobre todo en aspectos en que podían asegurar un marco de consenso pleno, como sucedía en los debates intelectuales sobre historia, literatura, filosofía, o descripciones sobre procesos en otros lugares del mundo. Incluso en la política rioplatense, la oposición a Rosas y la magnificación de los sufrimientos que éste causaba se encontraban bajo un paraguas de comunidad de sentidos suficientemente sólida como para que estas expresiones también tuviesen lugar.

De este modo la prensa de los exiliados en Montevideo se consolidó como continuación “territorializada” de la oposición periodística porteña una vez estabilizado el poder de Rosas. Salvo en 1840-42 (durante la invasión de Lavalle), no habría en el país nuevos intentos serios de oponer prensa a la monolítica organización rosista. Pero en Montevideo continuaron los mejores redactores unitarios y los exiliados de la generación siguiente que se les sumarían: Juan Cruz y Florencio Varela, Hilario Ascasubi, Juan B. Alberdi, Andrés Lamas, Miguel Cané (padre), Juan Thompson, Santiago Wilde, Félix Frías, José Rivera Indarte, el joven Bartolomé Mitre, Manuel Gallardo, Julián Segundo de Agüero, Valentín Alsina, etc.¹⁷⁹.

El primer periódico importante de emigrados, que haría época y agregaría tantas innovaciones técnicas, de formatos y de contenidos como las que iban produciéndose en Buenos Aires, fue *El Nacional*. Su primera época corresponde al breve período de ruptura y alzamiento militar de Rivera contra el presidente Oribe. Tras la clausura de *El Moderador*, Lamas, quien venía trabajando en el diario oficialista *El Estandarte Nacional* bajo la dirección de Juan Lasserre, es tentado para ocuparse de este nuevo periódico que se opondrá al gobierno y acompañará su inminente caída, según los conspiradores. Así, su primera época se inicia en abril de 1835, y cesa con la explicitación del alzamiento militar de Rivera y Lavalle en julio de 1836.

A pesar de que los protagonistas de *El Nacional* narrarían más adelante que el cese fue una clausura vicaria de un gobierno autoritario, la realidad es que el cierre de periódicos fue generalizado (también cesó el periódico oficialista) debido a la dinámica de guerra que se desató. *El Nacional* reaparece, iniciando su segunda época, apenas caído el gobierno de Oribe. El 24 de octubre entregaba Oribe la plaza de Montevideo, y el 11 de noviembre (de 1838) se reiniciaba la publicación de *El Nacional*, ahora como periódico oficialista, con amplios recursos provistos por el Estado. Sus redactores fueron Andrés Lamas y Miguel Cané, expresando con sus presencias la

¹⁷⁹ Juan C. Varela y Ascasubi actuaban ya desde 1831, el primero con *El Patriota*, y el segundo con *El Arriero Argentino*, temprana respuesta en estilo gauchesco a los periódicos porteños de Luis Pérez.

alianza entre riveristas uruguayos y antirrosistas argentinos. Luego, en diversas épocas, colaboraron regularmente y aún se hicieron cargo de la redacción Félix Frías, Juan Thompson, José Rivera Indarte, Luis L. Domínguez, Bartolomé Mitre y otros. Rivera Indarte, que había sido fundador del *Diario de Avisos* en Buenos Aires, y defendido con su pluma a Rosas, pasó sin solución de continuidad a escribir en su contra desde *El Nacional*, llegando a ser su redactor por varios años.

Mientras tanto, en el marco de este clima bélico crecientemente internacionalizado, el clima político de Buenos Aires se enrarecía aún más con un régimen político que exigía, como costo para la estabilidad y progreso, una absoluta unanimidad de opinión públicamente expresada en el uso de la divisa punzó y la constante manifestación pública de pertenencia. En este marco y clima enrarecido, se produce la experiencia intelectual de convergencia entre letrados jóvenes de distinto origen y adscripción como Marcos Sastre, Juan Bautista Alberdi y Esteban Echeverría. Sastre Fundó un Salón Literario asociado a su librería en 1837. En su marco se produjeron los encuentros que originaron el Manifiesto de la Joven Argentina (en junio de 1837), motorizado por un Echeverría recién llegado de París con las novedades de su tiempo, así como el efímero pero impactante periódico *La Moda*. El Salón Literario, así como *La Moda*, no tenían apoyo estatal. Tenían, en cambio, expectativas de colaboración de los asistentes y suscriptores. El apoyo obtenido muestra cuánto se va desarrollando una incipiente sociedad civil en el país, y cómo, también, esta choca todavía con la incapacidad del Estado para liberar su autonomía sin sufrir una inminente crisis de régimen. De allí que el grueso de los participantes deberá optar por el exilio interno (como Sastre) o externo (como Alberdi y Echeverría).

Marcos Sastre había fundado la librería en 1831, y había promovido la fundación de un salón de lectura y discusión anexo al local, en 1835. En 1837 este salón se transforma en Salón Literario, espacio explícitamente orientado a la discusión e intercambio de temas de literatura, arte, filosofía, historia, moda y -de un modo indirecto- política, retomando la tradición de sociedades patrióticas y literarias, con una fuerte influencia del creciente movimiento romántico europeo, sobre todo francés. En ese momento Marcos Sastre tenía 29 años, Alberdi 27, Echeverría 30. Casi todos los participantes en el Salón eran jóvenes, con la excepción de algunos letrados como Pedro de Ángelis o Felipe Senillosa, de origen napolitano y español, respectivamente, ambos llegados para ejercer el periodismo desde el ámbito estatal en décadas anteriores. Complementariamente, bajo la dirección de Alberdi comienza a publicarse un periódico semanal titulado *La Moda, Gacetín semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres*. El periódico, un semanario, presentaba varias novedades. La primera, su orientación preferente a niñas y mujeres, podía hallar un breve antecedente en las publicaciones de Petrona Rosende y Manuel Irigoyen de comienzos de la década. La segunda no abordaba cuestiones políticas, sino temas de literatura, filosofía y estéticas con cierto

énfasis en la divulgación, asuntos de moda y costumbres, partituras para su reproducción en el hogar y consejos útiles, combinando géneros y estilos en los que predominaban la crítica literaria y de costumbres, el comentario humorístico y la descripción tan propia del apogeo romántico. En parte, esta elección temática se apoyaba en las filias generacionales del grupo, admirador de los cambios culturales, políticos y sociales posteriores a 1830 en Francia -y por contraste, partidarios de dejar atrás el tradicionalismo español- y en parte, por la preocupación por evitar tratar temas de política en un contexto de creciente conflictividad en el Plata. En parte, quizás, la elección estuviese influenciada por el ámbito juvenil en que se desarrollaban actividades de sociabilidad -tertulias, fiestas, visitas- en las que el contacto entre mujeres y varones hallaba en la revista un ámbito de conversación, razón que ha sido mencionada por Alberdi en cartas ya en su madurez. La decisión de publicar los sábados también podría guardar relación con tales motivaciones.

El Salón Literario fue inaugurado el 23 de agosto, y el *Gacetín* publicó su primer número el día 18 de noviembre de 1837. El éxito fue muy relativo en términos de ventas, y este resultado fue la causa principal del pronto cese, ya en abril de 1838. Sin embargo, el cierre de la revista y luego del propio Salón se produjo mucho antes de que el grupo se plantease un repliegue por razones económicas. No hubiera sido la primera vez que el déficit en suscripciones se cubriese desde el bolsillo de los promotores de una publicación. Pero el clima de guerra creciente, el ambiente intrigante en Buenos Aires, los temores del gobierno porteño frente a los contactos epistolares y personales entre miembros del Salón y miembros de la logia unitaria de Montevideo y, sobre todo, la primera derrota de Oribe en Uruguay y el comienzo del bloqueo francés a fines de marzo de 1838, aceleraron la decisión al mes siguiente, tirándose el último número el 21 de abril. Al clima político desfavorable se sumó el efecto económico del bloqueo, que en el caso de una librería resultaba catastrófico por el cierre de la importación. La Asociación se disolvió, el Salón cerró y la librería quebró, debiendo Sastre vender a remate su stock de libros (en julio) y retirarse al interior de la provincia.

El escenario bélico ahondó el predominio de la función militar de la prensa en la región. Durante el lustro siguiente, toda la expansión del periodismo (instalación de imprentas, publicación de periódicos, modernización de equipos, innovación en estrategias), fue llevada a cabo por actores de la guerra con intenciones militares de influir sobre propios y enemigos, motivando a los primeros, causando desasosiego en los segundos, atrayendo aliados o disuadiéndolos de no intervenir.

Cuando tras el derrocamiento de Oribe comenzaba a publicarse nuevamente *El Nacional* (noviembre 11 de 1838), el escenario territorializado de la prensa de guerra quedaba configurado a plenitud. En Buenos Aires, defendían al régimen de la Confederación *La Gaceta Mercantil* y *El Diario de la Tarde*. En Montevideo, *El Nacional* se preparaba para la guerra contra Rosas. En el Paso de Paysandú, las fuerzas oribistas y lavallejistas que tomaron control de la zona comenzaron a

editar el que fue el primer periódico de la ciudad: *El Oriental en Campaña*, a partir del 15 de septiembre de 1838, boletín dos columnas. En mayo de 1839 este periódico anunciaba el avance de las fuerzas de Lavalleja y su disposición a cruzar el Uruguay para dar batalla. Cuando la tarea fue cumplida, en el segundo semestre el periódico dio paso a uno nuevo, *El Lancero en Campaña*, a cargo de Juan Lasserre, quien oficiaba como Auditor de Guerra del Ejército de la Confederación. Mientras tanto en Paraná, a iniciativa del ministro y coronel Evaristo Carriego -poco antes de su fallecimiento- se iniciaron en 1836 gestiones oficiales para que el gobierno de Entre Ríos volviese a contar con imprenta, como lo había hecho entre 1819 y 1825. La gestión tuvo éxito y se comenzó a imprimir papeles oficiales -no así periódicos- a mediados de 1838, dejando atrás el período en que los oficios del Estado se comunicaban a la ciudadanía por bando.

En Montevideo la prensa adquirió el mismo tono monocorde que criticaba a Rosas, mostrando su dependencia del Estado y la imposibilidad de sostener periódicos desde la oferta y demanda con temas puramente comerciales. Tras el cese de *El Estandarte Nacional* y *El Nacional* en 1836, durante 1837 Bernabé Guerrero Torres (Inspector General de Escuelas) y Manuel Araucho (Militar), que venían sosteniendo periódicos de existencia breve a lo largo de la década, reintentaron con *El Diario de la Tarde* y *El Mercurio* respectivamente. Otros intentos como *Otro Diario* (de Lamas), *Ramillete Musical de las Damas Orientales* y el *Semanario de la Sala de Comercio* fueron efímeros: en agosto los dos primeros y septiembre el último. *La Abeja del Plata*, semanario que aborda con meses de anticipación respecto de *La Moda* (de Buenos Aires) la publicación de partituras musicales, la negativa a tratar temas de política y la selección de temas al margen de ella, en este caso, “comercio, industria, la educación y la instrucción”, publicándose entre mayo y septiembre de 1837, pasando Parejas a otras tareas al servicio de las fracciones antirrosistas.

El año 1838, por su parte, estuvo signado por la confrontación entre las dos grandes facciones uruguayas. La postura constitucionalista se sostuvo desde el diario *El Universal*, que circuló todo el año, a partir de enero, y en la que publica colaboraciones el ministro Llambí, y boletines efímeros como el *Boletín del Ejército Constitucional*, que cesa tras la batalla de Palmar, el Boletín Noticioso o el *Leyes o Muerte*, que redactó José Iturriaga, además del mencionado *El Oriental en Campaña*. Por el bando golpista, apenas tomado el poder en Montevideo, se lanzaba el mencionado *El Nacional* el 11 de noviembre, la *Revista Oficial* el 15 del mismo mes, sumándose ambas a *El Iniciador*, cuyo primer número se tiró el 15 de abril de ese año, y a *El Guardia Nacional*, periódico lanzado el 1° de octubre y que cesó el 22 tras el destierro de Oribe. La victoria de los riveristas fue contundente. El único periódico favorable a Oribe, *El Universal*, fue obligado a publicar los contenidos decididos por el gobierno, motivo por el cual Antonio Díaz optó por cerrarlo y partir también al destierro en diciembre. Isidoro de María, en cambio, desde su lugar de tipógrafo de la

Imprenta del Estado, había logrado desplegar una imprenta propia desde la cual contaba con contratos directos del Estado. El cambio de gobierno le permitió explicitar sus lazos de afinidad política y familiar con Rivera, modificando 180 grados las simpatías políticas de *El Constitucional*, que tendría continuidad durante todo el período de auge del prestigio de Rivera. Cuando en 1846 Rivera pierde espacio político en Montevideo el periódico entra en decadencia y cesa en 1847. Durante ese largo período en que *El Constitucional* se publicó, De María recibió otros encargos editando periódicos más efímeros y de tono mucho más militante.

A comienzos de 1839 la extensión de la guerra desde Montevideo hacia el Plata era inminente. Los periódicos que intentaban generar contenidos y debates intelectuales sobre literatura, filosofía o literatura no pudieron sostenerse, pues los propios protagonistas de los mismos se aprestaban a participar en el conflicto. *El Iniciador*, que tiró su último número el 1 de enero de 1839, vive el mismo proceso por contraste. No se trataba de un periódico beligerante, sino de un quincenario intelectual de gran calidad, enmarcable en los avances y problemas abordados por la generación romántica de 1837. Lamas -y la mayor parte de los colaboradores de *El Iniciador*- se hallaban encuadrados en el bando golpista, por lo que no debían tener problemas para publicar. Pero Lamas pasó a formar parte del ejército uruguayo en campaña con el cargo de Auditor de Guerra, cargo que solía incluir redactar proclamas, periódicos y boletines militares, llevar la bitácora, redactar cartas, borradores de tratados, etc.¹⁸⁰, por lo que no podía seguir a cargo de esa edición.

Junto a Lamas se había desempeñado Miguel Cané, y habían escrito figuras clave del anti-oribismo como Melchor Pacheco y Obes, y desterrados argentinos como Félix Frías, Carlos Tejedor, Juan María Gutiérrez, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Florencio Varela y otros. La publicación tenía intereses intelectuales¹⁸¹, fue impulsor del romanticismo en el Plata y difundió las nuevas ideas que afloraban en Europa continental, incluido al sansimonismo, y dio continuidad al proyecto de *La Moda* desplegado el año anterior en Buenos Aires, lo cual se expresó no sólo en afinidades temáticas, sino también en la repetición de la característica del periódico (“puramente literario y socialista”, remarcen en la Introducción al número 1), y aún en la publicación de material

¹⁸⁰ Entre otros periodistas, han sido auditores de guerra Domingo Sarmiento, Juan Lasserre, Ruperto Pérez, Marcos Leiva, etc. Se trataba de una práctica relativamente común en esta época de constantes enfrentamientos.

¹⁸¹ En formato revista a dos columnas (en cuarto), se emparentaba con el esfuerzo planteado por *La Moda* en Buenos Aires en el año anterior: lectura amena y entretenimiento, como vehículo para educar y difundir ideas de cambio, no sólo en política, sino en condición de la mujer, literatura y progreso institucional. Tiró 16 números en dos tomos, entre abril de 1838 y enero de 1839. Allí colaboraron, entre otros, Alberdi, quien precisamente escribió sobre la condición de las mujeres en su estatuto legal como esposas y ciudadanas. Varios de estos protagonistas murieron durante el destierro, como Rivera Indarte, Esteban Echeverría y -trágicamente- Florencio Varela. Pero a los que sobrevivieron, cuando cayó Rosas, la enorme cantidad de experiencias periodísticas logradas en Montevideo, particularmente después de iniciado el bloqueo que galvanizó a los antirrosistas con los antioribistas, les permitió un cómodo traslado de tales experiencias a Buenos Aires: los hermanos Varela, Vélez Sársfield, Félix Frías, Valentín Alsina, José Mármol, J. Thompson, J.M. Cantilo, Luis Domínguez, el mismo Ascasubi, entre otros, habían realizado su experiencia en una época de progreso de la prensa que también, con excepción de las libertades propias del libre funcionamiento parlamentario, habían sido cimentadas bajo el rosismo. A ellos se sumarían Mitre y Sarmiento, quienes hicieron tal experiencia en Chile.

de *La Moda* que había quedado inédito o incompleto (cosa que se aclara en cada publicación). Puede notarse, como diferencia, que *El Iniciador* no presenta partituras, y que contiene mucha mayor proporción de material de contenido intelectual, y menor de materiales humorísticos, moda o poesías ligeras (aunque no renuncia a ellas ni critica su presencia en las páginas).

De manera semejante, a comienzos de 1839, Juan Bautista Alberdi y Miguel Cané se retiraron de la redacción de *El Nacional*, buscando abrirse de la creciente militarización del discurso del diario, para iniciar la *Revista del Plata* a partir del 15 de mayo, y cuya duración efímera alcanzó al 21 de agosto. A *El Constitucional* y *El Nacional*, editados a lo largo de todo el año en forma equivalente a los dos diarios de Buenos Aires, se sumaron, con participación de los mismos editores, pasquines de tono extremadamente agresivo y mordaz, como *El Grito Argentino*, publicado entre marzo y julio por Valentín Alsina, Juan B. Alberdi, Andrés Lamas, Miguel Cané, Luis Domínguez, J. Thompson, Irigoyen y otros, *El Gaucho Oriental*, publicado por De María y *El Gaucho en Campaña*, por Hilario Ascasubi, ambos en septiembre y octubre, *La Escoba*, por Bernabé Guerrero Torres, entre septiembre y diciembre, y *La Estrella y el Cañón de la Libertad*, con participación de varios de los anteriores, algunos de ellos, como De María, con su propia firma al pie de versos. *La Estrella y el Cañón de la Libertad* comenzó en septiembre y se extendió al año siguiente, causando un gran efecto por sus ironías y comentarios agresivos sobre el enemigo¹⁸². A pesar de la presencia de estos periódicos de circunstancias en que podía desahogarse las pasiones pendolistas, no se quedaron atrás, durante este año tan bélico, *El Nacional* y *El Constitucional*. A ellos se sumaron por breves períodos *El Diario Comercial de la Tarde* (99 números, a cargo de Félix Frías) y *El Periódico*, donde retomaban la pluma Bernabé Guerrero Torres y Manuel Araucho, durante el segundo semestre, cuando los aprestos bélicos fueron mayores. No había resquicio alguno para la disidencia y la *Revista oficial* fue clausurada apenas se inició, sobre fin de año, cuando insinuó la conveniencia de un acuerdo con Rosas. A la prensa antirrosista de Montevideo continuaba oponiéndose la de Buenos Aires, además del periódico de Paysandú. Cuando las tropas de la Confederación avanzaron sobre territorio uruguayo este periódico se transformó en *El Lancero en Campaña*, impreso mientras marchaba el ejército. La derrota de Cagancha frente a las fuerzas riveristas, en la que casi pierde la vida el General Urquiza, significó, junto a la pérdida de hombres, armas y municiones, también la de la imprenta que editaba *El Lancero*.

¹⁸² v.gr., cuando las tropas rosistas del general Urquiza son derrotadas en Cagancha (diciembre 29 de 1839), en la contratapa se ironiza: "...le contaron que la acción se había perdido. Los cuzcos, que ladran y no muerden, me tienen sin embargo la cola entre las piernas, aunque afectaban no tragar la pildora. Las víboras lloraban; y porque si habían de llorar no lo reflexionaban y en vez de atizar a sus maridos y hermanos para que trajesen a su país la guerra, no les aconsejaron la paz permaneciendo en sus casas cuando nadie los incomodaba? La de Donado aseguraba por una carta recibida el triunfo de los invasores; la de Domínguez, sacudiendo la cola, levantaba polvareda por esas calles; la del asesino de los hilanderos bufaba como una tigre; la de Garzón lloraba (y con razón) como una Magdalena, Mr. como administrador de Le Roi, el apaleado por la Lavalleja, lector y esparcidor de cartas del enemigo, y blanquillo decidido según el testimonio de la autora del paso doble, corriendo y tropezando fue a la concebida casa a ver qué de nuevo había..." (*La Estrella*, N° 12, pág. 4, enero 8 de 1840).

Lavalle, en premio a su decisivo rol en el derrocamiento de Oribe, recibió pleno apoyo del nuevo gobierno uruguayo para invadir la Confederación, y también de la flota francesa, que le brindó protección para su ocupación de la isla Martín García y para sus desplazamientos por los ríos Uruguay y Paraná. Sus dos pasos por Entre Ríos y Corrientes no le brindaron los resultados esperados, y su avance sobre Buenos Aires, además de mostrar la evidencia del apoyo popular a sus enemigos, fue el principio del largo desastre y el trágico final del general.

A continuación, en la tabla 2.10. observamos no sólo las vicisitudes de una prensa específicamente oriental que se enfrenta a una creciente militarización de la confrontación política, sino también el desarrollo de una prensa específica del destierro argentino, así como experiencias híbridas entre ambos grupos. Puede notarse la continuidad de la lógica del periodismo estatal aun cuando ya no se redactan gacetas oficiales, sino que se asegura un periódico privado con amplio -pero discreto- apoyo del Estado. De este modo, si en la década precedente el periódico favorable y favorito del gobierno fueron *El Universal*, que redactaba el general Díaz, y *El Estandarte Nacional*, a cargo de Lasserre, a partir de la caída del presidente Oribe lo fueron *El Constitucional*, que imprimía y redactaba Isidoro de María (cuya presencia se extiende hasta 1847)¹⁸³, y *El Nacional* (cuya presencia se extiende hasta 1845, y se continúa en más de un sentido en *El Comercio del Plata*, nacido poco después). Ambos periódicos muestran la fuerte imbricación entre el periodismo uruguayo y el argentino. Con algún atraso, el resto de la prensa uruguaya va desplegando características semejantes a la de Buenos Aires: pasquines y efímeros periódicos de ataque y sátira, periódicos que buscan abrirse paso en el mercado de información comercial y avisos, boletines militares y estatales, material literario o de conocimientos prácticos por entregas, almanaques, periódicos breves de posicionamiento político, periódicos en lengua extranjera. La periodicidad ha subido notoriamente, la simultaneidad y la duración promedio también ha crecido.

¹⁸³ De María expresa la política del gobierno uruguayo que derrocó a Oribe, y se mantiene en tal situación hasta que los sucesos que enfrentan a Rivera y Pacheco y Obes en 1847 deterioran la posición del periódico y le obligan a tomar otros caminos: emigrará a Entre Ríos un año más tarde, y se radicará por más de una década en Gualaguaychú. *El Nacional* expresa la conjunción de ideas, de política y de intereses entre los emigrados argentinos y parte de la intelectualidad uruguaya enrolada en el antioribismo: sostiene el diario en su primera etapa Andrés Lamas y Miguel Cané. Participan Alberdi, Luis. L. Domínguez, Juan Thompson, Félix Frías, y más adelante José Rivera Indarte.

Tabla 2.10. La prensa en Montevideo entre 1833 y 1843 (se incluyen tres casos fuera de la ciudad).

TÍTULO	Números	Periodicidad	1833	1834	1835	1836	1837	1838	1839	1840	1841	1842
<i>El Universal</i>	2743	Diario	x	x	x	x	x	27/12				
<i>El Fanal</i>	532	Diario	x	x								
<i>Investigador</i>	75	Bisemanal	19/1 a 16/10									
<i>La Tribuna</i>	¿?	Diario	23/10 a ...									
<i>Boletín de noticias</i>	7	Bisemanal		marzo								
<i>Boletín</i>	¿?	Bisemanal		abril/ mayo								
<i>El Estenógrafo</i>	174	Diario		6/5 a 10/12								
<i>Revista de Montevideo</i>	67	Bisemanal		20/7 a ...								
<i>El Telégrafo</i>	108 o +	Diario		16/4 29/8 ¿?								
<i>El Eco Oriental</i>	34	Bisemanal			Jun a 31/10							
<i>Estandarte Nacional</i>	293	Diario			10/1	17/8						
<i>El Independiente</i>	72	Bisemanal			20/6	22/4						
<i>El Moderador</i>	36	Diario			23/11	5/1						
<i>El Nacional</i>	384	Diario			1º/4	22/7		11/11	x	x	x	x
<i>Parnaso Oriental</i>	3 tomos	Por entregas			x							
<i>El Censor</i>	8 o +	Bisemanal				28/6 a						
<i>Defensor de las Leyes</i>	422	Diario				12/9	x	15/2				
<i>El Republicano</i>	132	Diario				1º/5 30/9						
<i>El Sastre</i>	2	Bisemanal				4 y 7/5						
<i>La Abeja del Plata</i>	16	Semanal					13/5 a 2/9					
<i>El Diario de la Tarde</i>		Diario					1º/4 a 16/8					
<i>El Mercurio</i>	82	Diario					22/8 a 18/12					
<i>Otro Diario</i>	7	Diario					3 a 10/8					
<i>Ramillete Musical de las damas orientales</i>	1 o +	Semanal					28/8 a ...					
<i>Semanario de la Sala de Comercio</i>	5 o +	Semanal					Sept a...					
<i>Boletín del Ejército Constitucional</i>	14	Circ.						05 a 06				
<i>Boletín Noticioso</i>	7 o +	Circ.						07 a 08				
<i>El Constitucional</i>	800 o +	Circ.										
<i>El Nacional (2ª época)</i>	2281	Diario						11/11				
<i>Guardia Nacional</i>	20	Diario						1º a 22/10				
<i>El Iniciador</i>	16	Quincenal						15/4 a	1/1/39			
<i>Leyes o Muerte</i>	13	Bisemanal						8/9 20/10				
<i>El Oriental en Campaña</i>	13 o +	Circ.						Sept.	Mayo			
<i>Revista Oficial</i>	92	Diario						15/11	28/3			
<i>Diario Comercial de la Tarde</i>	99	Diario						x	¿?			
<i>Diario Mercantil de la Mañana</i>	42	Diario						Jun a 16/8				
<i>La Escoba</i>	24	Bisemanal						18/9 15/12				
TÍTULO	Números	Periodicidad	1833	1834	1835	1836	1837	1838	1839	1840	1841	1842
<i>L'Echo</i>	14	Diario						19/8 10/9				

La Estrella y el Cañón de la Libertad	12	Semanal							31/10	8/1		
El Grito Argentino	33	Semanal							25/2 30/6			
El Gaucho Oriental	7 o +	Semanal							2/9 17/10			
El Gaucho en Campaña	4	Semanal							30/9 26/10			
El Lancero en Campaña	¿?	Circ.							... a 29/12			
El Periódico	128	Diario							16/7 16/12			
El Porvenir	25	Diario								2 a 31/1		
Revista del Plata	78	Diario							15/5 21/8			
El Correo	56	Diario								4/2 a 15/4		
El Corsario	6	Semanal								23/2 a...		
El Compás	270	Diario								6/5	x	29/12
El Eco del Pueblo	1	Único								19/12		
Le Messager Francais	208	Bisemanal								x	x	7/12
Némesis Oriental	4	Semanal								23/11 14/12		
El Porvenir / El Correo	25 +	Diario								2 a 31/1		
La Prensa	2	Semanal?								26/7 y 5/9		
El Talismán	16	Semanal								13/9 27/12		
El Álbum	4	Mensual									x	
El Curioso	12	Trisemanal									22/9 a 22/10	
La Cuotidiana	¿?	¿?									x	
El Centinela Oriental	10	Circ.									20/11	22/1
La Enciclopedia	8	Bisemanal									4/6 29/6	
La Estafeta	¿?	Circ.										
L'Italiano	23	Circ.										
Muera Rosas	13	Circ.									23/12	9/4
El Paquete de Buenos Aires	8	Semanal									6/3 a 24/4	
Revista Española	88	Bisemanal									2/7	2/5
El Tirteo	14	Quincenal									28/6 27/12	
The Britannia and Montevideo Reporter	106	Semanal										Desde 4/6
Clarín Oriental	2 o más	Dudoso										x
La Gaceta de Comercio	75	Diario										..a 14/12
Le Moniteur	34	Diario										30/6 a 9/8
El Rayo de Caaguazú	6	Semanal										22/2 29/3
El Artillero de la Línea	7 o +	Circ.										4 a 6

Referencias: ■ Diario ■ Menos que diario y más que semanal ■ Semanal ■ Quincenal ■ Mensual o bimestral ■ Trimestral ■ Efimeros, únicos

Abreviaturas: Sem.: semanal Pr: Prospecto aprox.: aproximadamente

2.2.9. Interior: la tercera oleada de prensa

Las llamas de la guerra civil generalizada abarcando ambas naciones del Plata produjeron, paradójicamente, la tercera oleada de surgimiento de periódicos en el Interior del país. Tras un período de virtual receso entre 1832 y 1839, período durante el cual las experiencias son pocas, breves y de poco volumen, el renacimiento periodístico en el Interior tiene signo militar. En la tabla 2.11. (página siguiente) podemos ver sintéticamente la evolución de presencias de periódicos entre 1833 y 1842, esto es, entre el fin del primer gobierno de Rosas y el fin de la amenaza de los restos de la invasión lavallista.

Como puede observarse en la tabla precedente, desde el inicio del segundo gobierno de Rosas, la territorialización político-militar de la prensa es completa y correlativa a la territorialización del conjunto de instituciones político-militares. El auge de la prensa unitaria -y el silencio de la prensa federal- durante la existencia de la Liga del Norte había sido notable en los territorios que esta controló. El golpe de Estado de Lavalle en 1828 había anulado a la prensa federal en Buenos Aires, y había contribuido a anular su propia prensa en la ciudad cuando, tras su derrota, se retira en masa al exilio, preparando la siguiente oportunidad militar. Si el primer gobierno de Rosas (1829-32) había significado el fin de la prensa unitaria en la ciudad, sí mantuvo un espacio de debate entre las facciones federales, aún al costo de sucesivas crisis políticas y acusaciones del fiscal por delitos de imprenta. Pero tras los tumultos de octubre de 1834 y la asunción de Rosas en abril de 1835, la territorialización fue completa. En Buenos Aires, la prensa federal rosista y algún boletín apolítico. En el Interior, un notorio silencio de prensa. En Montevideo, los antirrosistas y el gobierno de Oribe, todavía neutral hasta el golpe que lo derrocaría llevándolo a apoyarse por completo en el gobierno argentino. A partir de 1837-38 la indiferenciación entre argentinos y uruguayos en milicia, política y prensa será completa








Los conflictos de orden económico producidos con las provincias de la Cuenca del Plata - especialmente Corrientes- son mitigados con los cambios en la política aduanera generados el mismo año 1835. El clima político, en cambio, se torna asfixiante para quienes no militaban en el ala apostólica del rosismo. En tal contexto, mientras el negocio de las imprentas continúa prosperando, el periodismo consolida su perfil estatal. En Buenos Aires De Ángelis milita, desde *La Gaceta Mercantil*, en favor del requerimiento de uso de la divisa punzó, abandonando toda sutileza y expectativa de semejanza entre la prensa porteña y el ideal de prensa moderna independiente: son tiempos de afirmación militante y explícita de la pertenencia a la facción que determinará los límites de pertenencia en la siguiente década y media.

En Corrientes, una vez tomada por el general Lavalle, se editó en esa ciudad *El Pueblo Libertador*, con recursos del Estado y el ejército, y redacción a cargo de Juan Thompson, secretario del

Tabla 2.11. La prensa periódica en las provincias interiores entre enero de 1833 y diciembre de 1842

	Periódico	Provincia	Números	Periodicidad	Sin fecha	Enero	Feb.	Mar.	Abril	Mayo	Junio	Jul.	Agos.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1833	<i>Boletín de la División de la derecha contra los bárbaros del sur</i>	Mendoza	2 cuadernos	Circ.				3					9				
1834	<i>El Narrador</i>	Córdoba	3 o +	Bisemanal													
	<i>Registro Ministerial</i>	San Juan	-														
1835	<i>El Amigo del Orden / El Cordobés</i>	Córdoba	3 o +	Bisemanal										13			
	<i>Registro Ministerial</i>	San Juan	-	-													
	<i>El Constitucional</i>	San Juan	23	Semanal (Prom)								12					
	<i>El amigo del orden</i>	San Juan	¿?	Circ.													
	<i>El Cuyano</i>	Mendoza	8 o +	Circ.										13			
	<i>El Centinela Mendocino</i>	Mendoza	5 o +	Circ.	(Dudoso)												
1836	<i>El Cuyano</i>	Mendoza	8 o +	Circ.		26	¿?										
	<i>El Centinela Mendocino</i>	Mendoza	¿?	¿?	(Dudoso)												
	<i>El Constitucional</i>	San Juan	¿?	Semanal (Prom.)		¿?											
	<i>El Abogado Federal</i>	San Juan	¿?	Semanal		24					¿?						
1837	<i>El Centinela Mendocino</i>	Mendoza	5 o +	Quincenal												25	
	<i>El Abogado Federal</i>	San Juan	¿?	¿?	Dudoso												
1838	<i>El Centinela Mendocino</i>	Mendoza	5 o +	Quincenal			1°										
	<i>El Abogado Federal</i>	San Juan	¿?	¿?	Dudoso												
1839	<i>El Lancero en Campaña</i>	Entre Ríos	¿?	Itinerante											¿?		
	<i>El Abogado Federal</i>	San Juan	¿?	¿?	Dudoso												
	<i>El Zonda</i>	San Juan	6	Semanal								20	25				
	<i>El Argentino</i>	Mendoza	¿?	¿?	¿Dudoso?												
1840	<i>El Pueblo Libertador</i>	Corrientes	¿	Irregular		23					25						
	<i>El Libertador</i>	Santa Fe	7 o +	Irregular													
	<i>El Sentimiento Entre Riano</i>	Paraná	7	Semanal												11	
	<i>El Estandarte Nacional</i>	Córdoba	Ca. 12	Bisemanal											24		10

	Periódico	Provincia	Números	Periodicidad	Sin fecha	Enero	Feb.	Mar.	Abril	Mayo	Junio	Jul.	Agos.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1841	<i>El Correo</i>	Entre Ríos	20 o +	Semanal		27										20	
	<i>El Restaurador Federal</i>	Córdoba	¿	Semanal						4							
	<i>El Federal</i>	Córdoba	12	Circ.	(31/12/40)	¿?	¿?	¿?									
	<i>El Nacional Correntino</i>	Corrientes	Ca. 100	Semanal / Bisem.					25								
	<i>El Estandarte Federal</i>	Mendoza	4 o +	Semanal													12
	<i>El Boletín de Mendoza</i>	Mendoza	12 o +	Semanal													
	<i>La Estrella Federal del Norte</i>	Tucumán	¿?	Circ.										18		¿?	¿?
1842	<i>El Correo</i>	Paraná	Ca. 55	Semanal					?	?							
	<i>El Federal Entre Riano</i>	Paraná	Ca. 445	Semanal							2						
	<i>El Nacional Correntino</i>	Corrientes	Ca. 100	Semanal / Bisem.													¿?
	<i>El Avisador Federal</i>	Corrientes	7 a 10	Semanal													26
	<i>El Restaurador Federal</i>	Córdoba	75 o +	Semanal										25			
	<i>El Soldado Federal</i>	Córdoba	¿?	Circ.													
	<i>El Republicano Federal</i>	San Juan	Ca. 11 a 21	Semanal			20					30					
	<i>El Estandarte Federal</i>	Mendoza	4 o +	Semanal													
	<i>El Boletín de Mendoza</i>	Mendoza	12 o +	Semanal													
	<i>La Estrella Federal</i>	Tucumán	¿?	¿?													
	<i>El Monitor Federal</i>	Tucumán	66 o +	Quincenal													

Referencias:  Diario  Menos que diario y más que semanal  Semanal  Quincenal  Mensual o bimestral  Trimestral  Efimeros, únicos

Abreviaturas: Sem.: semanal Pr: Prospecto aprox.: aproximadamente

General¹⁸⁴. El periódico cesa cuando el ejército de Lavalle se traslada hacia el sur. Derrotado en su intento de tomar Buenos Aires, Lavalle retrocede hacia Santa Fe ocupando la ciudad. Allí, nuevamente Juan Thompson se encarga de redactar un semanario, ahora titulado *El Libertador*, entre octubre y noviembre de 1840, cesando cuando se retira de la ciudad para dirigirse a Córdoba. La presencia de *El libertador* en Santa Fe moviliza a las autoridades entrerrianas para publicar, con apoyo del gobierno de Buenos Aires, un periódico semanal capaz de responderle, asegurando la unidad de opinión en Entre Ríos. El semanario se tituló *El Sentimiento Entre Riano*, fue redactado por oficiales del gobierno, duró un año, entre noviembre de 1840 y noviembre de 1841, dando paso, en enero de 1842, a su sucesor *El Correo*, y tras la derrota de la invasión del general Paz, por *El Federal Entre-Riano*. De este modo, por acción y especialmente por reacción, la invasión de Lavalle inaugura la época de los periódicos oficiales estables en la región Litoral. En Buenos Aires, además de los diarios y semanario regulares, la proximidad del acuerdo de paz con Francia lleva al gobierno a publicar dos números del *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa y América*, y el semanario *Le Messenger Francais*, entre diciembre de 1840 y enero de 1841. Continuadas las hostilidades en territorio cordobés, ocupado por fuerzas del general Lamadrid, ahora el enfrentamiento periodístico se manifiesta allí.

Vencidas definitivamente las fuerzas de Lavalle -muerto en el norte-, Lamadrid -exiliado en Chile-, y Paz -retirado de Entre Ríos y refugiado en Montevideo- el panorama político y militar era extremadamente favorable a Rosas y el Partido Federal. El avance del Ejército de la Confederación sobre Montevideo concluiría con el inicio de su largo sitio el 16 de febrero de 1843, en una larga tragedia que sólo concluiría el 8 de octubre de 1851. Todas las provincias, excepto Corrientes, quedaron bajo pleno control federal, y aún esta última sería puesta definitivamente bajo control por el general Urquiza en 1847.

A diferencia del período entre 1832 y 1839, años en que la prensa en el Interior del país fue prácticamente inexistente, la ofensiva de Lavalle y la respuesta federal le dieron inmediato renacimiento. En 1839 aparecen boletines militares en Mendoza y un breve periódico en San Juan - *El Zonda*-, dirigido por un joven y aún poco conocido Sarmiento, en tanto el Ejército de la Confederación cuenta, en la frontera entrerriano-uruguaya, con *El Oriental en Campaña* y su sucesor, *El Lancero en Campaña*. En 1840 Lavalle publica *El Pueblo Libertador* y *El Libertador* en sus avances por Corrientes y Santa Fe, mientras las tropas federales le responden con *El*

¹⁸⁴ El semanario es creado por Decreto del gobernador Ferré del 8 de enero de 1840. Sale a los jueves y se publicó entre el 23 de enero y el 22 de junio. Deja de publicarse cuando el ejército vuelve a invadir Entre Ríos, a Buenos Aires. A partir de 1840, la prensa y el periodismo -de momento sólo estatal y militar- serán regulares. Anteriormente sólo había antecedentes de prensa en el período jesuítico, en la primera mitad del siglo XVIII, durante el breve interregno de la República de Entre-Ríos (1820-21, cuando Francisco Ramírez utiliza como prensa oficial la que había traído Carrera en 1819), y la imprenta del desterrado español Beaudot, que editó *La Verdad sin Rodeos* entre 1826 y 1829.

Sentimiento Entre-Riano desde Paraná. En 1841 la guerra asegura su presencia en Paraná (*El Correo*), Corrientes, Córdoba, Mendoza y Tucumán. En 1842, la contraofensiva federal y la resistencia antirrosista aseguran periódicos de Estado y/o de ejército en esas cinco ciudades y en San Juan, aunque esas presencias sean, excepto en el Litoral, efímeras. La victoria federal deja en 1843 y 1844 periódicos estables, pero sólo en Paraná, Corrientes y Tucumán, aunque en Santa Fe también se edita, esporádicamente, una *Gaceta* oficial, con ese nombre (*Gaceta de Santa Fe*). Desde ese año y hasta la caída de Rosas, el eje de la prensa en el Interior del país se traslada a la región Litoral. En la ciudad de Corrientes el semanario oficial es regular, aunque cambia de nombre y de bando de acuerdo a las cambiantes circunstancias de la guerra hasta la definitiva pacificación urquicista en 1848. No casualmente, lograda ésta, y transferido el eje de poder mesopotámico al entrerriano Urquiza, se producirá un silencio de dos años (1849-1850), hasta que la estrategia de Urquiza de forjar una alianza antirrosista habilite la reaparición en 1851. En la ciudad de Paraná, a pesar de algunos breves momentos de irregularidad, *El Federal Entre Riano* es el órgano oficial regular del Estado, con continuidad desde 1843. En la ciudad de Santa Fe, con apoyo del gobierno de Buenos Aires que envía equipos modernos de imprenta, personal especializado encabezado por el tipógrafo Olayo Meyer (quien se radicará definitivamente en Santa Fe) y un intelectual con tareas asignadas a la redacción de periódicos y el impulso a la educación local (Marcos Sastre), se reinicia el periodismo estatal santafesino. Con su dirección y el apoyo del oficial de gobierno Ruperto Pérez, hombre de confianza de Sastre por su común actividad en el marco del catolicismo, se publica un semanario oficial santafesino desde 1847 hasta 1850 inclusive. Salta, San Juan, Tucumán y Mendoza tendrán presencias periodísticas apoyadas por el Gobernador de Buenos Aires en 1845, 1846, 1847 y 1849 respectivamente. En Entre Ríos, por último, habrá una gran novedad a partir de 1849: la aparición de periódicos en localidades fuera de la capital provincial, y no organizados desde el Estado, sino en forma simbiótica entre recursos estatales y recursos privados del propio titular del poder político. Uno será *El Progreso de Entre Ríos*, en Gualaguaychú, a partir de 1849, y el otro, *El Porvenir de Entre Ríos*, en 1850. Si bien gran parte de sus características obedecen al modelo de prensa político-militar de Estado y son financiadas desde él, estas características simbióticas y su novedad hacen que nos ocupemos de ellos en el próximo capítulo, como parte de los inicios del período siguiente.

Mientras tanto, en Uruguay, la consolidación de la alianza antirrosista en Montevideo aseguró tanto la inexistencia de una prensa opositora favorable a Oribe o a los federales rioplatenses, pero sí pudo expresar ciertos matices, al menos hasta mediados de la década de 1840. Los emigrados porteños eran ampliamente favorables a la intervención europea para derrocar a los federales, y tomaron como una acción favorable el bloqueo francés, con el cual contaron para esperar el éxito militar de

Lavalle. Su principal vocero periodístico fue *El Nacional*, periódico que continuó su publicación en forma ininterrumpida desde su segunda fundación en 1838 hasta 1846. La facción riverista, en cambio, si bien enfrentada a todo o nada con Oribe, buscaba evitar la internacionalización del conflicto, y sobre todo, desconfiaba de la intervención extranjera. Su principal vocero fue *El Constitucional*, redactado por Isidoro de María desde la Imprenta del 18 de julio. De María sería, hasta la caída en desgracia de Rivera (1847), su principal base de apoyo periodística. Su diario se sostuvo hasta el 31 de agosto de 1847, y sus recursos comenzaron de inmediato a agotarse. Pocos meses más tarde, una misión secreta enviada por Urquiza lo tentaba para emigrar a Entre Ríos a continuar su oficio al servicio del entrerriano, cosa que haría con la discreción del caso, a fines de febrero de 1849. Además de los periódicos ligados a facciones uruguayas (como los bisemanarios que logró publicar Bernabé Guerrero Torres), la internacionalización del conflicto y el clima de esfuerzo militar generalizado, con milicias extranjeras armadas en la ciudades, una vez consolidado el sitio terrestre a Montevideo en 1843, favoreció la permanencia de publicaciones en idiomas extranjeros, como lo fueron *Le Messenger Francais*, editado por el fourierista Tardonnnet¹⁸⁵, las varias ediciones de *L'Echo Francais*, y *Le Patriota Francais* (1843-51), órgano de la Legión Francesa que editarían Dagrumbert y luego Thiebaut durante el sitio de Montevideo, así como -en italiano- *L'Italiano* órgano de la Legión Italiana. La muerte de Rivera Indarte en 1845 causó un fuerte golpe al diario *El Nacional*, siendo reemplazado en la redacción por Francisco Wright, pero aun así, el diario cesó al año siguiente, reemplazado en la representación de los emigrados porteños por el *Comercio del Plata*, también diario, iniciado el 1° de octubre de 1845, bajo la conducción de Florencio Varela, quien había visitado periódicos en Gran Bretaña y comprado equipos de impresión -y también fotográficos- para aplicarlos a la lucha antirrosista. *El Comercio del Plata* ocupó el espacio político y periodístico de *El Nacional*, y tuvo continuidad hasta la caída de Rosas, cuando su equipo dirigente se trasladó a Buenos Aires. Tras el asesinato de Florencio Varela en 1848, lo reemplazó en la redacción Valentín Alsina, y contó con la colaboración de Luis L. Domínguez, Miguel Cané y José María Cantilo. Como venía sucediendo desde la década anterior, a estos diarios principales de cada facción, se sumaron los pequeños pasquines de combate publicados en paralelo, y algunos intentos efímeros complementarios.

En el campo federal se publicó, desde el cuartel general de Migueletes, *El Defensor de la Independencia Americana*, con redacción del general Antonio Díaz, en forma continua hasta la

¹⁸⁵ Jean Baptiste Tardonnnet (francés, 1812-1864), socialista utópico discípulo de Fourier, probablemente el primero que visitó Argentina, dirigió en Montevideo *Le messenger Francais* (1840-1842) y la *Revista Socialista* en Brasil (Río de Janeiro). Alistado inicialmente en las filas defensoras de Montevideo, sus viajes por Argentina y Paraguay -donde intentó lograr el apoyo del dictador Francia para sus proyectos- lo llevaron a un inesperado acercamiento a Rosas, quien lo invitó como huésped a su quinta, y conversó en numerosas ocasiones con él. Tardonnnet pasó a simpatizar ampliamente con Rosas y su gobierno, llegando a colaborar con el *Archivo Americano* que dirigía De Ángelis.

caída del sitio en 1851. En Buenos Aires continuaron en forma ininterrumpida los diarios *La Gaceta Mercantil* y el *Diario de la Tarde*, en tanto que desde 1843 (12 de junio) comenzó a publicarse como mensual a cargo de Pedro de Ángel el *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa en el Mundo*, periódico trilingüe (castellano, inglés, francés) cuya finalidad principal era fortalecer la imagen pública del gobierno no sólo en la opinión local, sino frente a los gobiernos extranjeros, complementando la estrategia iniciada a fines de la década anterior de pagar agentes de prensa favorables a la Confederación en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, estrategia que logró gran éxito, con varios periódicos emitiendo opiniones favorables al gobierno de la Confederación en forma regular, sobre todo *La Presse* de Emile de Girardin, que defendió vehemente y constantemente al régimen de Rosas, recibiendo amargas acusaciones de sus opositores argentinos.

2.3. Tramo final del período rosista, surgimiento del liderazgo urquicista y transformación de las prácticas periodísticas en el exilio (1845-1852)

2.3.1. Nuevos escenarios y nuevos destierros

Derrotados por completo los alzamientos e invasiones militares -en especial las de Lavalle en 1840-41 y Paz (1842-43), consolidado el sitio oribista a Montevideo en 1843 y con gobiernos leales en todas las provincias a excepción de Corrientes, hacia mediados de la década la situación de los sitiados en la capital oriental fue tornándose crecientemente precaria. Sucesivas negociaciones rosistas, eficientemente conducidas, fueron desactivando los conflictos con Gran Bretaña y Francia, lo cual privó a los sitiados de su principal fuente de sustentación y avituallamiento, mientras que el nuevo intento del General Paz de organizar un nuevo ejército en Corrientes con apoyo del gobierno paraguayo se vio frustrado por la derrota correntina ante las fuerzas de Urquiza en la batalla de Laguna Limpia y por la decisión del gobernador Madariaga de alcanzar un acuerdo de paz con el gobernador Entrerriano. Un fracasado intento de golpe de Estado organizado por Paz concluiría en su exilio definitivo en Brasil, del que sólo retornaría a su país tras Caseros. Tras él, el Tratado de Alcaraz entre ambos gobernadores se firmaría en junio de 1846. El veto de Rosas al mismo y la orden a Urquiza de atacar a Madariaga reafirmó el poder de Rosas en el corto plazo, pero se demostraría muy negativo en el mediano: el coronel correntino Virasoro se pasó con hombres y pertrechos al bando urquicista. A fines de noviembre de 1847 Urquiza logró una victoria completa en la batalla de Potrero de Vences. Virasoro sería el nuevo gobernador Correntino y figura decisiva en su estrategia para derrocar apenas cuatro años después a Rosas.

En este contexto, tanto los mejores líderes militares antirrosistas (como el general Paz) como gran parte de su liderazgo político e intelectual, comenzaron a adoptar la hipótesis de que ninguna fuerza

externa derrocaría a Rosas, que no habría oposición militar o política viable en territorio argentino¹⁸⁶, y que sólo alguno de sus lugartenientes podría derrocarlo en el futuro. Con esta certeza en mano, resultados adversos en las cambiantes alianzas internas de la política oriental y sin horizonte de mejora para la precaria situación en la ciudad, una diáspora de escritores partió desde Montevideo con diversos destinos, especialmente Chile, Bolivia y Brasil, produciendo pronto efectos en los conflictos de pluma que debía afrontar el rosismo.

La oposición periodística proveniente desde los países limítrofes parecía controlada en 1845. La publicación del primer periódico paraguayo, *El Paraguayo Independiente*, vocero del Estado, a partir de ese año, fue, más que un ataque, un acto defensivo frente a los reclamos de Rosas tanto en cuestiones de límites (sobre la actual Formosa y sobre el territorio de las Misiones del Nordeste) como por el hecho de que la Confederación aún no reconocía la independencia del Paraguay y reclamaba su reintegración. El periódico no tenía gran público en un país con población analfabeta en su casi totalidad, pero galvanizaba la opinión de su elite, y sobre todo, se dirigía a cuerpos diplomáticos, autoridades y periódicos extranjeros.

Pero mayor amenaza supuso la peregrinación de los emigrados porteños. La precaria situación en Montevideo se agravó hacia 1845. Tras la frustrada experiencia en *El Zonda*, que lo obligó a exiliarse en Chile, Domingo Faustino Sarmiento se había hecho un espacio como inmigrante en Chile, en Santiago y en Valparaíso, donde trabó excelentes contactos en el marco del régimen conservador. Allí comenzó colaboraciones regulares en el diario *El Mercurio*.

Chile, en ese momento, si bien había atravesado etapas de guerra civil (en los años '20) y de autoritarismo y elitismo (en los años '30), había logrado una decisiva consolidación del aparato estatal, asegurando el monopolio de la fuerza legítima, un régimen parlamentario y de partidos, cierta seguridad y continuidad en los asuntos públicos y privados, y con ello, la posibilidad de empresas particulares de prensa -obviamente asociadas también a posiciones político-partidarias- que pudieran emular a sus pares estadounidenses y europeos, buscar una constante mejora de secciones y temas para asegurar el interés del público, e incluso, una importante participación de los avisos publicitarios en la financiación, aunque sin llegar, aún a ser esta la parte decisiva del negocio. Sarmiento recibía un pago por artículo, a un ritmo de uno por semana. De allí pasó a dirigir *El Nacional*, para apoyar la candidatura presidencial -exitosa- del presidente General Manuel Bulnes, por invitación del ministro del Interior Manuel Montt. Luego de la campaña y cumplida la tarea el periódico fue cerrado, pero se le asignó la redacción de *El Mercurio*, del empresario español Manuel Rivadeneyra, tomando así contacto con un empresario particular orientado al lucro, y al

¹⁸⁶ La última aventura militar, comandada por el ex gobernador Juan Pablo López en Santa Fe, había concluido trágicamente con la muerte del mismo en 1845.

tanto de las nuevas estrategias empresariales de gestión editorial en Europa¹⁸⁷. El diario en esa época se hallaba en Valparaíso, por lo que Sarmiento pasó a residir allí. La venta del diario a José Vicente Sánchez y Santos Tornero lo llevó a retirarse en noviembre de 1842. Regresó a Santiago, para fundar *El Progreso* ese mismo mes, primer periódico diario en Chile, donde trabajó en colaboración, por primera vez, con Vicente Fidel López, quien tenía ya experiencia política de combate por haber estado a cargo de *El Estandarte Nacional* de Córdoba durante el alzamiento antirrosista. Tras diversas vicisitudes laborales y políticas, defendió desde este medio al gobierno de Bulnes, con financiamiento de éste. En diciembre de 1842 inició, en paralelo, *El Heraldito Argentino*, conjuntamente con López, para enfrentar a Rosas desde el ámbito de los emigrados argentinos. Pero pronto llegaron las noticias de la catastrófica batalla de Arroyo Grande (Entre Ríos, 6 de diciembre de 1842) perdiéndose las esperanzas de un derrocamiento de Rosas. Tras un período de trabajo abocado a temas estrictamente chilenos excepto por la publicación en folletín del *Facundo*, su mentor Mont le agenció un viaje a Europa, a donde se dirigió. A mediados de diciembre llegaba a Montevideo por vía marítima. Allí tomó contacto con los emigrados argentinos, especialmente aquellos de su propia generación, precisamente en el peor momento para los bloqueados, aunque había esperanzas puestas en las gestiones de Florencio Varela en Londres y París pidiendo la nueva intervención extranjera, y de donde volvió con el moderno equipamiento que permitió sacar a la venta, desde octubre de ese año, al diario *Comercio del Plata*, continuador de *El Nacional* en el sostén de las banderas de los emigrados antirrosistas. *El Nacional*, que tras la muerte de Rivera Indarte entró en dificultades para continuar, cesando a mediados (julio) de 1846, prestó en febrero de este último año su imprenta para editar *La Nueva Era*, redactado por Bartolomé Mitre, desde el cual se explicitaba lo que *El Nacional*, tantos años financiado por el ejército de Rivera no podía hacer: el enfrentamiento tanto contra Rosas como contra el regreso de Rivera de su destierro en Brasil. Este posicionamiento los dejó debilitados cuando en abril se produjo el alzamiento - brevemente victorioso- favorable a Rivera en la ciudad, produciéndose con ello la diáspora argentina que tendría efectos en el periodismo de varios países limítrofes, así como en la redacción de periódicos en el frente correntino. Mitre fue contratado por el gobierno boliviano como militar (dada su experiencia, y sobre todo, su formación como artillero), en carácter de asesor. Allí se encontró con varios exiliados argentinos con experiencia militar (como Wenceslao Paunero) o de escritura (como Domingo de Oro, Félix Frías, el mismo Paunero o Facundo de Zuviría). Paunero

¹⁸⁷ Manuel Rivadeneyra, español (1805-1872), se había formado como impresor en la empresa editorial Bergnes (de Antonio Bergnes). Fue el impulsor y gestor de la Biblioteca de Autores Españoles. Su presencia en Chile fue parte de su estrategia de salir a América a buscar negocios con los que acumular capital, para poder emprender el proyecto de la Biblioteca, que coronaría con éxito y marcaría un hito indeleble en la historia de la cultura española e hispanoamericana. En Chile montó su imprenta en Valparaíso, compró *El Mercurio*, renovando tanto el mundo de la impresión de periódicos como el de la edición de libros, ocupándose de autores chilenos e hispanoamericanos como Andrés Bello, de quien fue amigo personal.

tenía lazos de familia (por vía del matrimonio) con el presidente de Bolivia, José Ballivián. Desde allí colaboraba regularmente en el periódico oficial *La Época*. Zuviría redactaba *El Restaurador* en la ciudad de Sucre, periódico orientado al combate antirrosista, con la colaboración del ex secretario de Lavalle (cuyos restos acompañó hasta Bolivia) Dr. Félix Frías, quien también colaboró con *El Filántropo*, de la misma ciudad, periódico de asuntos bolivianos pero que en su sección extranjera atacaba a Rosas. El riesgo de guerra con Perú y los rescoldos del conflicto con la Confederación Argentina habilitaron la participación de Mitre, Paunero y Oro en la fundación de una Sociedad Patriótica -Oro poseía experiencia en este tipo de sociedad- que los puso en estrecho contacto con la elite política, económica y militar del país, en apoyo al presidente Ballivián y con la explícita intención de uniformar la opinión pública en su apoyo y en la actitud a tomar frente a Perú en la paz o en la guerra. La Sociedad firmó su acta constitutiva el 25 de mayo de 1847. Esta extensión territorial de los focos de prensa adversos -Uruguay, Chile, Bolivia, Paraguay, incluso artículos de argentinos en Río de Janeiro- fortaleció la opinión del gobierno de Rosas de evitar un foco de autonomía en Corrientes.

En la tabla 2.13. (página 277) se aprovecha la menor cantidad de títulos en esta década para combinar en una sola tabulación los datos de Buenos Aires y el Interior argentino -no así Montevideo- a fin de facilitar una lectura sintética de conjunto, así como notar el modo en que la prensa en el Interior va siguiendo el ritmo de los principales focos de conflicto entre federales y antirrosistas. Como puede observarse en dicha Tabla, esta década es la consolidación canónica del sistema de prensa que expresa el combate rosista-antirrosista. Anulados los ejércitos de Lavalle y Lamadrid, la prensa antirrosista en el Interior desaparece tan rápido como apareció. De este modo, tanto en Buenos Aires como en algunas provincias interiores (Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes) se estabiliza la presencia de un periodismo que defiende incondicionalmente al gobierno, conserva la total proscripción de voces disidentes, pero al mismo tiempo se moderniza y consolida en términos de duración, contenidos, actualización técnica y simultaneidad de ofertas (por horario, temas, etc.). La principal diferencia que se nota, por su parte, entre ambas regiones es que en tanto en Buenos Aires el protagonista formal de los periódicos es particular (aunque la transición del Estado al mercado se hace por sustitución de rol, el Estado sostiene económicamente y asigna el marco de contenidos y circulación, en lugar de hacerlo un incipiente mercado de lectores y avisos), en el resto de las provincias litorales el protagonista es el Estado.

En cuanto a Montevideo, la destrucción del sitio a la ciudad después de nueve años, el 8 de octubre de 1851, y la posterior caída de Rosas, producen una transformación profunda en el mapa periodístico, en tanto el grueso de los emigrados retornará a la Argentina, y en particular, a Buenos Aires, conformando el núcleo principal de su prensa periódica en la década de 1850.

En la tabla 2.14. podemos observar la evolución de la presencia de periódicos a lo largo de los 9 años entre el inicio del sitio y la caída de Rosas. La misma muestra continuidad respecto de la anterior. Los protagonistas con importancia en duración, cantidad de material, peso político y tiradas son *El Nacional*, su continuador *El Comercio del Plata* -que argentiniza aún más su contenido-, el *Boletín del Ejército*, y en el campo federal (instalado en el campamento de Cerrito) *El Defensor de la Independencia Americana*, redactado por quien tuviera a cargo *El Universal* en la década anterior, el general Antonio Díaz. *El Nacional* cesó tras la muerte de Rivera Indarte, pues Andrés Lamas no pudo ocuparse -era entonces ministro de Hacienda y miembro del Consejo de Estado- y el diario perdió la fuerza que otrora tenía, a pesar de los esfuerzos de Francisco Agustín Wright y Manuel L. Acosta, sobre todo a partir de la puesta en marcha de *El Comercio del Plata*, pues la emigración argentina lo transformó en su referencia principal. A pesar de haber sido diario oficial hasta su cierre, *El Nacional* debió retirarse de escena.

2.3.2. La reincorporación de Corrientes y su periódico oficial a la Confederación

El gobernador Urquiza había comandado en persona numerosas batallas contra los intentos de romper el bloqueo a Montevideo, y contra la beligerante Corrientes, que se mantenía fuera de la Confederación. Casi había perdido la vida durante el paso del río Uruguay en retirada tras la catastrófica derrota de Cagancha, el 29 de diciembre de 1839 y había continuado enfrentando al enemigo en numerosos combates. Tras su retirada a Buenos Aires durante la invasión de Paz (primer semestre de 1842), retomó su liderazgo militar en la frontera uruguaya, obteniendo la decisiva victoria de Arroyo Grande en diciembre de 1842 y de India Muerta en marzo de 1845, destrozando toda resistencia enemiga fuera de Montevideo, mientras la derrota definitiva de los aliados riograndenses de Rivera en febrero de ese año lo dejaba sin apoyo en Brasil. En el frente correntino Urquiza había sufrido la invasión de Lavalle procedente de Corrientes en 1840, la invasión de Paz en 1841-42, de igual procedencia, una nueva invasión correntina en 1843 -rápidamente rechazada- otra comandada por el santafesino Juan Pablo López y entrenada y equipada en persona por el General Paz en junio 1845, y los prolegómenos de una invasión paraguaya dirigida por el hijo del presidente López, que reforzó con tres mil hombres al ejército correntino poco después. En esta ocasión Urquiza invadió Corrientes a comienzos de 1846 y derrotó en forma aplastante a las fuerzas del gobernador correntino Madariaga el 6 de febrero, en la sangrienta batalla de Laguna Limpia.

Frente a un fuerte dispositivo defensivo organizado por el General Paz evitó una nueva batalla y ordenó a sus tropas dirigirse nuevamente hacia el sur. Había tomado prisionero al hermano del gobernador (Juan Madariaga), a quien liberó con un mensaje ofreciendo un tratado de paz.

Tabla 2.12. Presencia de periódicos en Buenos Aires y en las provincias interiores entre 1843 y el 3 de febrero de 1852

Año	Periódico	Ciudad	Números	Periodicidad	S/F	Enero	Feb.	Mar.	Abril	Mayo	Junio	Jul.	Agos.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1843	La Gaceta Mercantil	Buenos Aires	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde	Buenos Aires	Ca. 7500	Diario													
	The British Packet and Argentine News	Buenos Aires	1666	Semanal													
	El Recopilador	Buenos Aires	4 o +	Irregular							?	n° 4: 21/7	?	?	?	?	
	Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo	Buenos Aires	61	Bimestral							12/6						
	El Federal Entre Riano	Paraná	Ca. 445	Semanal													
	El Avisador Federal	Corrientes	7 a 10	Bisemanal													
	Corrientes Federal	Corrientes	6 o 7	Semanal			26/2	5/3	¿?								
	El Republicano	Corrientes	50	Semanal										2/9	x	x	x
	Gaceta del Gobierno de Santa Fe *	Santa Fe	¿?	Semanal													
1844	El Monitor Federal	Tucumán	66 o +	Semanal													
	La Gaceta Mercantil	Buenos Aires	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde	Buenos Aires	Ca. 7000	Diario													
	The British Packet and Argentine News	Buenos Aires	1666	Semanal													
	Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo	Buenos Aires	61	Bimestral													
	El Defensor de la Independencia Americana	Buenos Aires	611	Bi-semanal (Prom.)		4/1											
	La Galería de Ilustres Contemporáneos	Buenos Aires	?	?													
	La Lira Española	Buenos Aires	1	Único													
	La Defensa Federal	Buenos Aires	¿?	¿?													
	Gaceta del Gobierno de Santa Fe	Santa Fe	¿?	¿?													
1845	El Monitor Federal	Tucumán	66 o +	Semanal								28	¿?				
	El Federal Entre Riano	Entre Ríos	?	Semanal													
	El Republicano	Corrientes	50	Semanal							9/6						
	La Gaceta Mercantil	Buenos Aires	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde	Buenos Aires	Ca. 7500	Diario													
	The British Packet and Argentine News	Buenos Aires	1666	Semanal													
	Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo	Buenos Aires	61	Bimestral													
	El Defensor de la Independencia Americana	Buenos Aires	611	Bi-semanal (Prom.)													
	Álbum Argentino	Buenos Aires	Único	Único													
	El Federal Entre Riano	Paraná	Ca. 445	Semanal													
1846	El Eco Santafesino	Santa Fe	Ca. 20-25	Semanal												¿?	
	La Revolución	Corrientes	89	Bisemanal			16/2.										28/12
	El desengaño de unos salteños	Salta	¿?	¿?													
	La Gaceta Mercantil	Buenos Aires	8473	Diario													
	El Diario de la Tarde	Buenos Aires	Ca. 7000	Diario													
	The British Packet and Argentine News	Buenos Aires	1666	Semanal													
	Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo	Buenos Aires	61	Bimestral													
	El Defensor de la Independencia Americana	Buenos Aires	611	Bi-semanal (Prom.)													
	El Federal Entre Riano	Entre Ríos	¿?	Semanal													
	El Pacificador	Corrientes	88	Sem. y Bi.		1											31/12
1846	Boletín de Mendoza	Mendoza	24 o +	Circunstancial							¿?						
	El Honor Cuyano	San Juan	21 o +	Quincenal			12										

1847	La Gaceta Mercantil	Buenos Aires	8473	Diario														
	El Diario de la Tarde	Buenos Aires	Ca. 7000	Diario														
	The British Packet and Argentine News	Buenos Aires	1666	Semanal														
	Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo	Buenos Aires	61	Bimestral														
	El Defensor de la Independencia Americana	Buenos Aires	611	Bi-semanal (Prom.)														
	El Federal Entre Riano	Entre Ríos	Ca. 445	Semanal														
	La Nueva Época	Corrientes	16	Quincenal (Prom.)		13/2						7						
	Corrientes Libre	Corrientes	7 o +	Semanal									28/9			27/11		
	El Honor Cuyano	San Juan	21 o +	Quincenal (Prom.)						¿?								
El Conservador	Tucumán	11 o +	Semanal							17		23		¿?				
El Voto Santafesino	Santa Fe	Ca. 110	Semanal				n°5:8/4											
1848	La Gaceta Mercantil	Buenos Aires	8473	Diario														
	El Diario de la Tarde	Buenos Aires	Ca. 7000	Diario														
	The British Packet and Argentine News	Buenos Aires	1666	Semanal														
	Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo	Buenos Aires	61	Bimestral														
	El Defensor de la Independencia Americana	Buenos Aires	611	Bi-semanal (prom.)														
	La Guitarra o Primera Página de un Libro	Buenos Aires	1?	¿Único?														
	Mosaico Literario	Buenos Aires	1	Único														
	El Federal Entre Riano	Entre Ríos	Ca. 445	Semanal														
	Corrientes Confederada	Corrientes	31 o +	Semanal		1/1									11/10		¿?	
El Voto Santafesino	Santa Fe	Ca. 110	Semanal															
1849	La Gaceta Mercantil	Buenos Aires	8473	Diario														
	El Diario de la Tarde	Buenos Aires	Ca. 7000	Diario														
	The British Packet and Argentine News	Buenos Aires	1666	Semanal														
	Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo	Buenos Aires	61	Bimestral														
	El Defensor de la Independencia Americana	Buenos Aires	611	Bi-semanal (prom.)														
	Diario de Avisos	Buenos Aires	953	Diario			2/2											
	El Correo Argentino	Buenos Aires	Ca. 140	Diario									1 /8					
	El Federal Entre Riano	Entre Ríos	Ca. 445	Semanal														
	El Progreso de Entre Ríos	Gualeguaychú	190 o +	Bisemanal														
El Voto Santafesino	Santa Fe	Ca. 110	Semanal						¿?									
El Sudamericano	Santa Fe	62	Semanal						16/6									
La Ilustración Argentina	Mendoza	6	Mensual															
1850	La Gaceta Mercantil	Buenos Aires	8473	Diario														
	El Diario de la Tarde	Buenos Aires	Ca. 7000	Diario														
	The British Packet and Argentine News	Buenos Aires	1666	Semanal														
	Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo	Buenos Aires	61	Bimestral														
	El Defensor de la Independencia Americana	Buenos Aires	611	Bi-semanal (prom.)														
	Diario de Avisos/Correo Argentino	Buenos Aires	953	Diario														
	Boletín Comercial	Buenos Aires	1	Único													27/11	
	Catálogo Comercial y Guía de la ciudad de Bs. Aires	Buenos Aires	1	Único	x													
	El Federal Entre Riano	Entre Ríos	Ca. 445	Semanal														
El Progreso de Entre Ríos	Gualeguaychú	190 o +	Bisemanal															

1851	<i>El Provenir de Entre Ríos</i>	Concepción	Ca. 90	Bisemanal		1										24	
	<i>La Regeneración</i>	Concepción	110 o +	Bisemanal												27/11	x
	<i>El Sudamericano</i>	Santa Fe	62	Semanal									3			1/10	? ?
	<i>El Álbum Santafesino</i>	Santa Fe	4 o +	Semanal													
	<i>La Gaceta Mercantil</i>	Buenos Aires	8473	Diario													
	<i>El Diario de la Tarde</i>	Buenos Aires	Ca. 7000	Diario													
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	Buenos Aires	1666	Semanal													
	<i>Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo</i>	Buenos Aires	61	Bimestral													
	<i>El Defensor de la Independencia Americana</i>	Buenos Aires	611	Bi-semanal (prom.)											29/9		
	<i>Diario de Avisos/Correo Argentino</i>	Buenos Aires	953	Diario													
	<i>El Agente Comercial del Plata</i>	Buenos Aires	213	Diario							16/6						
	<i>La Prensa Nacional</i>	Buenos Aires	? ?						22/5		21/7						
	<i>El Federal Entre Riano</i>	Paraná	Ca. 445	Semanal													
	<i>El Iris Argentino</i>	Paraná	54	Semanal							19 /6						
	<i>El Progreso de Entre Ríos</i>	Gualeguaychú	190 o +	Bisemanal													
	<i>El Federal Entre Riano</i>	Gualeguaychú	Ca. 145	Bisemanal													
	<i>La Regeneración</i>	Concepción	110 o +	Bisemanal													
	<i>El Federal</i>	Mendoza	? ?	Circunstancial													
	<i>Boletín del ejército diario de operaciones contra Rosas</i>	Itinerante.	26	Irregular, de grupa.													11/12
	<i>El Camuati</i>	Gualeguaychú	Únicos	Irregular													
1852	<i>La organización nacional</i>	Corrientes	50 o +	Semanal								5					
	<i>La Gaceta Mercantil</i>	Buenos Aires	8473	Diario		3/2											
	<i>El Diario de la Tarde</i>	Buenos Aires	Ca. 7000	Diario													
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	Buenos Aires	1666	Semanal													
	<i>Diario de Avisos/Correo Argentino</i>	Buenos Aires	953	Diario				31/3									
	<i>El Agente Comercial del Plata</i>	Buenos Aires	213	Diario		18/2											
	<i>Boletín del ejército / diario de ...</i>	Itinerante	26	Irregular	x	6/2											
	<i>El Infierno</i>	Circ.	n/d	Irregular													
	<i>El Federal Entre Riano</i>	Gualeguaychú	Ca. 145	Bisemanal													
	<i>El Eco de Entre Ríos</i>	Gualeguaychú	Ca. 490	Trisemanal													
	<i>La Regeneración</i>	C. del Urug.	110 o +	Bisemanal		? ? ?	¿?										
	<i>El Iris Argentino</i>	Paraná	54	Semanal							29/7						
	<i>La Voz del Pueblo</i>	Paraná	12	Semanal								emp.	cesó				
	<i>El Nacional Argentino</i>	Paraná	1055	Bisemanal										3/10.	x	x	
	<i>La Organización Nacional</i>	Corrientes	50 o +	Semanal							¿?						

Referencias: ■ Diario ■ Menos que diario y más que semanal ■ Semanal ■ Quincenal ■ Mensual o bimestral ■ Trimestral ■ Efimeros, únicos

Abreviaturas: Sem.: semanal Pr: Prospecto aprox.: aproximadamente Prom.: promedio

Tabla 2.13. La prensa en Montevideo entre 1843 y 1852 (se incluyen tres casos fuera de la ciudad)

TÍTULO	Números	Periodicidad	1843	1844	1845	1846	1847	1848	1849	1850	1851	1852
<i>Boletín del Ejército</i>	8 o +	Circunstancial	2 a 3									
<i>El Centinela</i>	10	Bisemanal	1°1 a 9/2									
<i>L'Echo Francais</i>	¿?	¿?										
<i>El Gaucho Jacinto Cielo</i>	12 o +	Bisemanal	14/7 a set									
<i>El Guerrillero</i>	1 o +		8/3 a...									
<i>Le Patriote Francais</i>	569		2/2							15/12		
<i>El Tambor de la Línea</i>	3 + Pr	Circunstancial	x									
<i>El Artillero de la Línea</i>	7 o +	Circunstancial	4 a 6									
<i>El Constitucional</i>	800 o +	Diario	x	x	x	x	31/8					
<i>The Britannia and Montevideo Reporter</i>	106	Semanal		22/6								
<i>El Nacional</i>		Diario	x			31/7						
<i>El Defensor de la Independencia Americana</i>	611	Bisemanal		x	x	x	x	x	x	x	x	
<i>El Legionario Italiano</i>	4	Circunstancial		x		x						
<i>El Telégrafo de la Línea</i>	24			24/11	18/5							
<i>El Boletín del Ejército</i>	142	Quincenal										
<i>El Comercio del Plata</i>	3547	Diario			1°/10				Int.			X(Cont.)
<i>El Americano</i>	8	Bisemanal				5/9 a 30/9						
<i>El Hijo de la Revolución</i>	7					2 a 27/8						
<i>El Mercantil</i>	101 o +					x						
<i>El Montevideoano</i>	33					16/2 a 28/3						
<i>La Nueva Era</i>	4	Semanal				11/2 a...						
<i>La Revista Española (2ª época)</i>						x	1°/8					

<i>El Conservador</i>	221	Diario					2/11	3/8				
<i>El Conciliador</i>	79	Diario					22/5 a 6/9					
<i>Le Courier de la Plata / Le Sentinelle de La Plata</i>	428	Diario					3/5		11/10			
<i>La Bachillera</i>	6	Quincenal						10/1 a 26/3				
<i>El Diario Mercantil</i>	15	Diario						23/11 a 16/12				
<i>El Eleccionero</i>								10/1 a..				
<i>El Iris</i>	48	Semanal							21/1			
<i>El Telégrafo</i>								3/4 7/6				
<i>El Correo de la Tarde</i>	¿?	¿Diario?								5 a ...		
<i>El Diario de la Tarde</i>	147 o +	Diario								x		
<i>Le Messenger de Montevideo ...)</i> + <i>El Mensajero de Montevideo</i> + <i>El Oriental</i>	224 + 13 + 199 o +									Jun	5/11 (29/11) 1º/12	Ago.
<i>La Defensa</i>	51 o +										2/8 a 3/10+	
<i>La Mariposa</i>	44	Semanal									2/3	11/1
<i>El Oriental</i>											x	
<i>El Porvenir</i>	71	Diario									2/1 31/3	
<i>El Precio Corriente</i>											x	
<i>La Semana</i>	40	Semanal									21/4	9/2
<i>La Fusión</i>	28	Bisemanal										21/1 28/4

Referencias: Diario Menos que diario y más que semanal Semanal Quincenal Mensual o bimestral Trimestral Efimeros, únicos

Abreviaturas: Sem.: semanal Pr: Prospecto Int: Interior aprox.: aproximadamente

El gobernador Madariaga fue receptivo a las propuestas, pero esto provocó un intento de golpe de Estado de Paz, el cual fracasó, llevando a Paz a huir precipitadamente de la provincia hacia Brasil, a través del Paraguay

El presidente paraguayo debió retirar también su ejército y dar por cancelado el tratado de alianza con Corrientes. En agosto de 1846 se firmó el Tratado de Alcaraz por el cual Corrientes se reincorporaba a la Confederación, reconocía a Rosas como encargado de relaciones exteriores y defensa de la Confederación, y quedaba exento de participar en el sitio a Montevideo y el apoyo a Oribe. Rosas, sin embargo, desconfiaba. *El Paraguayo Independiente*, creado en coincidencia con la alianza paraguayo-correntina y el ingreso de sus tropas, continuaba su publicación regular y en ataque a la Confederación. Corrientes, al quedar exento de integrar fuerzas al ejército confederal, conservaba su soberanía militar y podía en el futuro virar nuevamente sus alianzas. De allí que Rosas pidió a Urquiza cambios en el tratado, y al no lograrlo, le ordenó atacar y cambiar la situación correntina a favor de la Confederación, en marzo de 1847. Poco después, se iniciaba la publicación del periódico oficial de Santa Fe, a 30 km de la capital entrerriana. La decisiva batalla de Vences consagró el triunfo definitivo de Urquiza, quedando destrozado el ejército de Corrientes y huyendo al destierro los hermanos Madariaga, quienes continuaron intentos -fracasados- de llevar a la guerra contra la Confederación a Paraguay. El coronel Virasoro, quien se pasó a las fuerzas urquicistas con sus hombres meses antes de la invasión a Corrientes, ocupó la gobernación y se transformó en hombre de confianza de Urquiza y futuro aliado decisivo en el derrocamiento de Rosas. El resultado periodístico de este cambio fue contundente. El periódico oficial correntino, que se había iniciado en 1840 con la presencia del ejército de Lavalle, bajo el título de *El Pueblo Libertador*, y que hubo cambiado de nombre a cada cambio de situación político-militar en la década, paso a llamarse *Corrientes Confederada*. Más aún, pacificada la provincia y tranquilizados los ánimos, la provincia quedará sin prensa por dos años, pues es la prensa de Entre Ríos la vocera tanto oficial como no oficial de la región. Sólo cuando el nuevo conflicto se explicita y Corrientes quede claramente en el bando urquicista contra Rosas, tras el pronunciamiento de mayo de 1851, la prensa volverá a elevar su voz con otro título contundentemente urquicista: *La Organización Nacional*.

2.3.3. Derrocamiento de Ballivián, ascenso de la prensa antirrosista en Chile y respuesta periodística de la Confederación

A pesar de hallarse contratado para un periódico político-militar de Estado y verse en la necesidad de escribir materiales por mandato, Mitre presenta ya en *La Época* las preocupaciones típicas de quien desea no sólo mostrar señales de modernización periodística y cumplimiento de las reglas de la libertad de expresión, sino buscar el aprendizaje de los oficios conexos -tipografía, literatura, periodismo- con la intención de aplicarlos en el futuro como empresario particular.

Dado que su contrato también era como militar artillero -y como instructor, llegando a ser director del Colegio Militar de Bolivia- dejó la redacción para continuar como parte del ejército con destino a Oruro y Potosí, sin dejar de enviar materiales como corresponsal al diario. El 7 de noviembre de 1847 participó en la batalla de Vitichi a cargo de la infantería, siendo muy elogiado por la facción oficialista (Ordóñez López y Crespo, 1912: 278). La situación, sin embargo, seguía siendo inestable. Belzú atacaba a Ballivián desde el norte, conspiraciones y tensiones atravesaban el ejército y las capas sociales, al punto de notarse el armamento general de las clases acomodadas en La Paz. En tal contexto, a fines de año Ballivián dio por perdida -al menos por el momento- su situación y aceptó el cargo de Encargado de Negocios en Chile. El triunfo de Belzú dejó a Mitre y sus compañeros argentinos sin trabajo y en situación amenazante. Fue escoltado hasta la frontera peruana, de allí se dirigió a la costa y a Valparaíso, donde hizo tierra el 24 de abril de 1848, encontrándose con la comunidad de exiliados argentinos, con algunos de los cuales había compartido en algunos casos (como Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi) la experiencia montevideana. En Santiago fue recibido y ayudado por Domingo Faustino Sarmiento.

Alberdi se hallaba en Chile desde abril de 1844. Allí había logrado ocupar cargos públicos y colaborar con periódicos. Según comentarios de él mismo, buscó habilitar su matrícula de abogado en Chile para, ejerciendo esta profesión, lograr mayor autonomía como escritor. En 1844 fue folletinista de *El Progreso* y poco después, en junio, pasó a ser redactor de *El Mercurio*. Tras su estancia como funcionario municipal en Concepción, en 1846 el ministro del Interior Manuel Montt le encargó una biografía de Bulnes como propaganda para las próximas elecciones presidenciales. Esta tarea, realizada anónimamente, le granjeó todavía más confianza en el gobierno. Tras concluir la biografía, Alberdi tomó nuevamente la dirección de *El Mercurio*, mientras que Tejedor ocupaba la de *El Progreso*. Que la pluma de Alberdi poseía gran influencia lo muestra el hecho no sólo de la circulación de sus publicaciones, sino que los pocos periódicos que circularon en el centro y oeste argentino en

este período se ocuparon ex profeso de combatir sus opiniones referidas a los asuntos internos de la Confederación, y en 1847 le llegó la invitación para ocupar tareas periodísticas favorables a Rosas en Buenos Aires, propuesta que resolvió negarse a contestar. Mientras tanto, Montt se retiraba del Ministerio y del gobierno, dejando a Alberdi en situación comprometida, que se saldó cuando Tornero, formando una sociedad con Javier Rodríguez y Pascual Ezquerra, formó con participación de Alberdi la Imprenta Europea o Europa, desde la que se lanzó, con apoyo del nuevo ministro del Interior Manuel Camilo Vial, (gabinete de la segunda presidencia de Bulnes), *El Comercio de Valparaíso*, a partir del 20 de noviembre de 1847. Alberdi colaboró con contenidos para el periódico, pero declinó redactarlo por el éxito que estaba teniendo en su profesión de abogado, recomendando a Mitre, quien sería contratado el 2 de mayo de mayo de 1848. Tanto Mitre como Alberdi aportaron al periódico, aprovechando, además, las simpatías progresistas del ministro, un estilo moderno, con traducciones propias de calidad tanto de artículos de periódicos extranjeros como fragmentos literarios. Se incluyó una sección de folletín (la novela *Soledad*, *Memorias de un botón de rosa*, de Mitre y producciones europeas), una completa sección de periódicos extranjeros, una sección nacional, otra de temas históricos y literarios, y otros materiales misceláneos con fines educativos y de entretenimientos, además de la defensa de los puntos de vista políticos de su mandante, cuestión que lo llevó a confrontar con *El Mercurio*, en enero de 1849, en torno a la posibilidad de que periodistas extranjeros ejercieran el periodismo político en el país (él defendió la postura de una “ciudadanía americana”), y en torno a las inminentes elecciones presidenciales (optó por demorar la explicitación del nombre que se apoyaba). El periódico tenía, por acuerdo de Alberdi con el ministro, el compromiso de apoyarlo en el siguiente turno electoral, a pesar de que la tendencia favorecía notoriamente a los conservadores y su candidato Montt. En estas circunstancias, la relación de Mitre con Alberdi se deterioró por motivos diversos (ambos darán razones distintas en el futuro), optando el primero por buscar otras opciones laborales en Santiago, a comienzos de 1849.

Se encontraba en ese momento en Chile una importante cantidad de emigrados argentinos que ejercían la pluma periodística: Mitre, Sarmiento, Alberdi, Luis L. Domínguez, así como el mencionado Tejedor, con menos contacto profesional con las prensas, pero que ejercía aquí la dirección de *El Progreso*. En Chile pudieron experimentar las ventajas de la coexistencia de periódicos opuestos, con cierta estabilidad. No estaban exentos de la dependencia del Ministerio del Interior ni de asonada que pudieran concluir en arrestos o destierros, pero la diferencia con los países vecinos era notable. El éxito de los periódicos requería ya una adecuada inversión de capital en imprenta, los periódicos conservaban su nombre a lo largo de

varios años, aun cambiando redactores, y se emulaban los mejores avances en contenidos y en estrategia comercial que se conocían de Europa. Por otra parte, al no ser chilenos, no podían participar directamente en los conflictos políticos, ni candidatearse, y sí ocuparse de la prosperidad de sus periódicos, y de mantener viva la llama de las arengas contra Rosas.

Mitre encuentra en Alberdi, Sarmiento, Tejedor y Domínguez un decisivo apoyo para insertarse en el periodismo del país, pero su mayor salto lo da por el apoyo económico de su amigo y empresario Tezanos Pinto, quien provee la compra de la imprenta en la que completará su ciclo chileno.

Alberdi, presente desde 1844, había logrado ser contratado como abogado del diario *El Mercurio*, del empresario William Wheelwright, ejerciendo en 1849 en *El Comercio de Valparaíso* como redactor tras la salida de Mitre hacia Santiago, actitud que sumó una molestia más al vínculo.

Sarmiento, detenido y desterrado de San Juan a fines de 1840, se halló desde comienzos de 1841 en Chile. Allí logró trabar relación con Manuel Montt, importante dirigente conservador, gracias a sus crecientes contactos con la elite intelectual y política, colaborando en *El Mercurio*, recibiendo además el empleo de director de la Escuela Normal de Preceptores. En *El Mercurio* conoció numerosos avances en la prensa, pues su propietario, Manuel de Rivadaneira, era un empresario español al tanto de las novedades de la industria, logrando hacer fortuna con la comercialización de libros por entregas en Chile, además del diario. Incorporado a las filas conservadores sin romper con los exiliados argentinos simpatizantes del partido liberal (encabezados por el prestigioso general Las Heras), Montt lo puso a cargo de la dirección del periódico *El Nacional*, órgano del gobierno. Terminada la campaña presidencial (y cerrado por ello el periódico), se lo contrató como redactor de *El Mercurio* (que en ese momento se hallaba todavía en Valparaíso). Cuando el diario cambió de propietarios en septiembre de 1842 (comprado por José Vicente Sánchez y Santos Tornero), Sarmiento optó por retirarse en noviembre de ese año, siendo remplazado por el también emigrado -y futuro periodista de la prensa católica argentina- Félix Frías.

De regreso en Santiago, logró fundar *El Progreso*, primer diario de la capital chilena, desde donde mantuvo polémicas intelectuales y literarias con medios conservadores. Aunque el periódico cerró y Sarmiento debió afrontar un juicio por injurias de una particular, logró salir absuelto y retomar la actividad. No así la publicación de los emigrados antirrosistas (*El Herald Argentino*), tras la derrota completa en Cuyo, el Noroeste y finalmente Entre Ríos. En *El Progreso* publicó Sarmiento numerosos materiales sobre educación, literatura, gramática y otros temas de interés sobre progreso económico e institucional, y en formato

folletín, publicó su *Facundo* en 1845. Poco después fue enviado a Europa y Estados Unidos a estudiar sus sistemas educativos. A su regreso, su matrimonio con la rica viuda Benita Agustina Martínez Pastoriza le brindó una muy superior libertad de escritura.

El 28 de enero de 1848 inició el periódico *La Crónica* en Santiago, desde el cual abordó gran cantidad de tópicos nacionales e internacionales, políticos, económicos, educacionales, geográficos, inmigración, vías de transporte, etc. Como antes en *El Progreso*, la sección de folletín contó con obras propias, cuya primera publicación fue por esta vía: *Argirópolis*, *Recuerdos de Provincia*. Sus opiniones fueron combatidas desde *La Gaceta Mercantil* en Buenos Aires y desde *La Ilustración Argentina*, publicada en Mendoza en 1849, por Bernardo de Irigoyen¹⁸⁸ y Juan Llerena. De este modo, cuando en mayo de 1849 Mitre asumía el cargo de redactor de *El Progreso*, tres grandes medios chilenos eran redactados por emigrados argentinos opositores a Rosas, y los tres hallaban en la actividad no sólo un sustento sino las características de una prensa moderna algo más consolidada que en cualquiera de las dos riberas del Plata. Sarmiento dirigía *La Crónica*, Alberdi redactaba *El Comercio de Valparaíso*, y Mitre *El Progreso*, otrora fundado por Sarmiento.

En 1850 el clima preelectoral se tensa y deriva en conatos de violencia y motines. *La Crónica* deja de publicarse en enero, y Sarmiento pasa a colaborar activamente con los órganos conservadores *La Tribuna* de Santiago y *El Mercurio de Valparaíso*, junto a Juan Carlos Gómez, en defensa de Montt, mientras al mismo tiempo edita por su cuenta el quincenario *Sudamérica*, cuya vida se extiende de enero a octubre. Mitre logra los recursos de capital gestionados, y logra comprar *El Comercio de Valparaíso*, incorporándole una prensa completamente nueva. Como era normal en esa época, los tonos más satíricos y mordaces se reservaron a periódicos más pequeños, anónimos, pero que todos sabían su origen. Los conservadores editaron *El Corsario*, y los liberales *El Timón*, en el cual colaboró Mitre.

Los motines de noviembre de 1850 y de abril de 1851 pusieron a Mitre en el ojo de la tormenta. Benjamín Vicuña Mackena estaba efectivamente ligado a los alzados y en contacto regular con *El Comercio de Valparaíso*. El diario fue clausurado, y Mitre desterrado a Perú, aunque una amnistía le permitió volver en breve.

En ese devenir los sorprendió el Pronunciamiento de Urquiza (mayo), y el inicio de la campaña del Uruguay que culminaría con el fin del sitio a Montevideo. En octubre, junto a

¹⁸⁸ Irigoyen, joven abogado, fue enviado a fines de 1844 como Oficial de la Legación Argentina en Santiago de Chile. En septiembre de 1843 Chile había instalado una colonia penitenciaria en la zona del Estrecho de Magallanes, en tanto que la prédica de Sarmiento y el grupo de emigrados ya se hacía notar en la prensa trasandina. Retirado Sarmiento a Europa y alejados los riesgos de nuevas invasiones unitarias, la legación fue levantada en 1846, pero Rosas encargó a Irigoyen permanecer en Mendoza. Allí lo encontró el retorno de Sarmiento y la tarea de redactar *La Ilustración Argentina* (Herrera Vegas, 2002).

otros argentinos, partían Mitre y Sarmiento hacia Montevideo. Mientras viajaban, el sitio se derrumbó, y tanto Mitre como Sarmiento, al igual que muchos otros emigrados, partieron desde allí a Entre Ríos para incorporarse al Ejército Grande, Mitre como oficial de artillería, y Sarmiento como “Boletínero”, esto es, redactor del *Boletín del Ejército en Operaciones*, un cargo notoriamente inferior al de Auditor de Guerra -quien normalmente se encargaba de dichos boletines- en un roce que anticipaba la rispidez de vínculos entre Urquiza y Sarmiento. Mitre, apenas cuatro meses después de su partida, estaría redactando en Buenos Aires *Los Debates*, propiedad del empresario español Benito Hortelano, e imbricándose en la política porteña en forma definitiva. Sarmiento permaneció, tras la victoria de Caseros, apenas un par de semanas en Buenos Aires, partiendo de regreso a Chile, enemistado con Urquiza y sus métodos, para regresar a Buenos Aires en 1855. Alberdi, por su parte, permaneció en Chile, escribiendo en tiempo récord sus *Bases y Puntos de Partida para la organización política de la República Argentina* que tanto impacto habría de tener en los años siguientes. El creciente impacto de su obra escrita contrasta con el bajo perfil que mantuvo en Chile -donde continuó ejerciendo tanto el derecho como el periodismo- hasta 1855, cuando aceptó un cargo diplomático como representante de la Confederación Argentina en Europa. Además de sus aportes principales, ligados al derecho público, generará en 1853 dos cartas abiertas a Sarmiento -quien las contestó- que constituyen una sistemática reflexión sobre el rol que debe tener la prensa para una feliz transición hacia la democracia moderna.

2.3.4. La etapa final de rosismo y el apogeo urquicista: continuidades y Rupturas en la prensa (1848-1852)

1848 fue un año clave en la industrializada Europa, con un nuevo auge de revoluciones y cambios que coronan una década y media de notoria aceleración industrial. Ferrocarriles, barcos a vapor, telégrafos, la extensión del maquinismo industrial a todas las ramas de actividad y la industrialización de la prensa periódica, elevada a lucrativa industria de información y entretenimiento (recuérdese el peso que adquiere la novela de folletín en esta década), han marcado estos años con contundencia.

Es también un importante año en el Río de la Plata, donde por primera vez no hay frentes de guerra fronteras adentro, tras la definitiva reincorporación de Corrientes. Apenas diez años antes, en 1839, no había periódico alguno en Entre Ríos; apenas en 1840 una publicación de circunstancias -*El Sentimiento Entre Riano*- había sido requerida para contrarrestar a *El Libertador* que las tropas de Lavalle imprimían en la ocupada ciudad de Santa Fe, continuado por *El Correo* al año siguiente y por *El Federal Entre Riano* tras la expulsión de Paz de la

provincia -y la recuperación del gobierno por Urquiza- en 1843. Este último semanario, tras un período de receso, retoma actividad regular tras la resolución de la situación con Corrientes. Entre 1848 y 1849, como veremos en la sección siguiente, Urquiza aprovechará la inédita situación de paz para reorganizar toda la administración provincial, dar impulso a obras de infraestructura, estimular la educación y la cultura, y en particular, promover la prensa periódica. De un modo inédito en el país, a comienzos de 1850 Entre Ríos contará con tres periódicos en sendas ciudades de la provincia.

Se trata de una década de continuos avances en la prensa europea. En 1840 se patentaba e iniciaba la producción industrial de papel a partir de pulpa de madera; las “modernas” prensas de hierro Filadelfia o Stanhope quedan “antiguas” frente a las nuevas máquinas a vapor y las prensas a rodillo que anticipan la rotativa. *La Gaceta Mercantil*, de hecho, obtiene una Hoe a vapor, la primera en el país, apenas superado el conflicto del bloqueo anglo-francés, en 1843. La gestión empresarial de los periódicos muestra que puede ser una fuente de lucro gigantesca gracias a los avisos y a la ampliación del público interesado en folletines o noticias sensacionales de guerras, sucesos o novedades aceleradas por el telégrafo. La faz de los pliegos cambia. Se universaliza el tamaño sábana con impresiones de alta calidad, y aparecen las primeras revistas ilustradas en Gran Bretaña¹⁸⁹. En el Río de la Plata, la territorialización del conflicto, la inexistencia de un libre debate político en las ciudades con prensa periódica, el escueto marco de lectores o la diferente función que predomina en la prensa local no obsta para que estos cambios impacten al menos en alguna medida. *El Comercio del Plata* de Florencio Varela, reemplazo de *El Nacional* como diario de referencia de las facciones sitiadas en Montevideo -uruguayas y argentinas- cuenta con equipos, formato, distribución en secciones, presencia de folletines y estilos de redacción actualizados a estos cambios. En Entre Ríos, los tres periódicos existentes en 1850 cuentan con formato a varias columnas e incluyen espacio de folletín -de hecho, *El Federal Entre Riano* publica a Dumas en 1847 y 1848¹⁹⁰. En Valparaíso y Santiago de Chile los emigrados argentinos no sólo combaten al rosismo o participan en los conflictos de facciones chilenas, sino que buscan el modo de ganar autonomía con la actividad de impresor propiamente dicha, tanto como buscando otros oficios o profesiones. En Buenos Aires, Rosas ha demostrado maestría al contar con agentes de prensa en París y Londres -que logran notable éxito- y al distribuir internacionalmente el

¹⁸⁹ La *Illustrated London News*, publicada a partir de 1842, fue la primera revista sistemáticamente ilustrada con imágenes. Logró un éxito fulminante, se mantuvo por muchas décadas a la vanguardia de la innovación comercial y tecnológica, y fue pronto imitada por experiencias en Francia, España y Estados Unidos. En Buenos Aires, en la segunda mitad del siglo XIX, su prestigio llevó a hacerla presencia permanente -por suscripción- en hogares burgueses y en la sede del Club del Progreso.

¹⁹⁰ Cotejado con ejemplares de ambos años, Museo Histórico Martiniano Leguizamón y Archivo Histórico Provincial, Paraná, Entre Ríos.

Museo Americano -trilingüe- así como mostrar un digno material periodístico diario producido regularmente en la ciudad. Los rescoldos de 1848 llevan, además, a Buenos Aires, a dos emigrados españoles, Benito Hortelano y Manuel Toro y Pareja, que no hallan dificultad para dedicarse al oficio en la medida que no se ocupen de cuestiones políticas ni -mucho menos- se vinculen a la oposición dentro o fuera del país. Pero aún si -dispuestos a adular sucesivos gobiernos y atacar a sus adversarios- participan en política, esta puede resultar, al menos en el corto plazo, lucrativa.

La experiencia de Hortelano y Pareja en el tramo final del rosismo incluye hitos importantes, como el *Diario de Avisos*, *El Agente Comercial del Plata*, el pasquín rosista y antiurquicista *El Infierno*, y la venta por suscripción de libros por entregas, que muestran que el rosismo no tenía dificultad para avalar la existencia de lucrativos negocios de prensa periódica, a condición de que sean apolíticos o favorables al gobierno¹⁹¹. De tal modo, estos españoles mostraron que Buenos Aires contaba con oportunidades de negocio, produjeron cambios en el escenario periodístico porteño, trajeron novedades y mostraron también que Rosas no tenía inconveniente en aceptar la prensa privada si esto no llevaba hacia una crisis política o a la conspiración.

2.3.5. El auge periodístico entrerriano en el apogeo del gobierno de Urquiza

A juzgar por el informe del comandante militar de Gualeguaychú, don Rosendo Fraga, la llegada de Isidoro de María a Gualeguaychú procedente de Montevideo, el 9 de enero de 1849, se parece a otras que es preciso informar al general Urquiza, pero que no expresa ninguna anomalía o novedad. Montevideo, ciudad sitiada desde 1842 en el marco del largo conflicto rioplatense, expulsa emigrados económicos una y otra vez. De María, uruguayo, no debería ser un peligro, como lo sería la repatriación desde Montevideo de algún cuadro antirrosista argentino. Su aspecto, su situación de “extrema pobreza” es destacado por el informe. Urquiza, quien controla

¹⁹¹ Hortelano ha dejado en su autobiografía pinceladas de su recorrido y el de Toro y Pareja. En su caso, una amplia experiencia como impresor, editor y librero se ve truncada por razones tanto políticas (persecuciones) como económicas (la quiebra del banco prestamista de su capital). Esto lo obliga a emigrar a Francia, y desde allí, poco después, opta por probar suerte en Buenos Aires, donde llega en el año nuevo de 1850. Consigue empleo de inmediato, recomendado por el Capitán del puerto en el momento mismo de su ingreso, en la imprenta de Arzac (él en su autobiografía escribe Arzal), donde trabaja en el *Diario de Avisos*, cuya tirada -según su relato- contribuyó a triplicar (de 600 a casi 2000) al incluir la entrega gratuita en fascículos del *Semanario Pintoresco Español*. Malquistado con Arzac, forma Sociedad con Toro y Pareja y otros cuatro socios (tres de ellos propietarios de la Imprenta Americana) para dar nacimiento a *El Agente Comercial del Plata*, con éxito suficiente como para hacer languidecer al *Diario de Avisos*. Tras Caseros, *El Agente* se transformará en *Los Debates*, redactado por Mitre, y tras las jornadas de junio de ese año (y la clausura), continuará con menor suerte como *El Comercio*. Mientras desarrollan este lucrativo negocio, en forma anónima publican, durante la campaña de Caseros, el pasquín anónimo *El Infierno*, desde el que descargan brulotes contra el entrerriano y su ejército, experiencia que cesa con Caseros, pero renace, con otros destinatarios, como *La Avispa*. Mientras tanto, Hortelano avanza en el negocio de la suscripción de libros por entregas y libros completos en colecciones, también por entregas. Durante la década siguiente continuará marcando hitos comerciales y asociativos, como se verá en el capítulo siguiente (Hortelano, 1936: 192 y s.s.).

el ingreso y salida de prácticamente todo ciudadano, sabrá que hacer, pues no deja problemas de este tipo irresueltos. El pobre migrante recibirá oferta de trabajo, o deberá marcharse.

Pero Isidoro de María no es cualquier migrante; es tipógrafo de toda la vida y no podría ignorar desde antes de embarcarse hacia Argentina, que su presencia no puede pasar desapercibida en una ciudad sin imprentas. Por otra parte, ha sido impresor y redactor de periódicos antirrosistas y antioribistas en la Montevideo sitiada. Semejante dato no puede ser ignorado por ninguno de los protagonistas: ni De María, ni Urquiza, ni Rosas, ni sus agentes. De la imprenta de De María ya habían salido -durante su primera etapa en Montevideo- el número único de *El Rayo*, en diciembre de 1831, *El Censor*, de junio a julio de 1835, *El Constitucional* (Diario) de 1838 al 31 de agosto de 1847, *La Estrella y de la Libertad*, de Octubre del 1839 a enero de 1840, *El Gaucho Oriental*, de septiembre a octubre de 1839, *La Bachillera*, de enero a marzo de 1848 (seis números), y *El Telégrafo* (Diario) entre abril y junio de 1848.

Sin embargo, todavía diez días después de su llegada -el 19 de enero- el comandante Fraga escribe a Urquiza que este sujeto ha llegado "...en la mayor indigencia como todos los emigrados, tanto que no tiene cómo abonar su pasaje". El 22 de enero es el mismo De María quien escribe a Urquiza, ofreciéndose como tipógrafo y explicando que trajo consigo:

"...una imprenta regular, con ánimo de establecerla en este punto, y aumentarla, si fuese necesario. Es mi industria y a ella libro la adquisición de mi subsistencia y de mi numerosa familia" (De María a Urquiza, AGN-AU, también citada por Vásquez, 1970: 58-59).

Si bien por lo que se infiere de estos dos fragmentos De María ofreció a Urquiza sus servicios en forma espontánea, como un emigrado (y a esta conclusión llegó en su momento el historiador entrerriano Aníbal S. Vásquez), no fue este cruce de cartas otra cosa que un modo muy discreto de llevar adelante una gestión previa del General. Había comenzado el ciclo de prensa de la Confederación.

Esto lo confirma el sacerdote Juan Carlos Borques en su clásico libro sobre historia del periodismo de Gualeguaychú, basándose en el testimonio del mismo De María:

"Urquiza resolvió fundar otros periódicos en la provincia y con este fin procuró adquirir dos imprentas en Montevideo, en inteligencia con aquel gobierno. Para realizar este negocio seguramente fue encargada alguna persona de confianza; acaso fue don Antonio Cuyás Sampere, quien era en esa época el confidente del general (...) al principio del 49 ya estaban disponibles las dos imprentas destinadas para Entre Ríos y designados sus directores. (...) Urquiza abonó el costo de las dos imprentas y su transporte, destinando además una subvención mensual a cada uno de estos dos nuevos periódicos" (Borques, 1919: 19).

Otros documentos referidos al ingreso de la prensa a Concepción del Uruguay confirman esta doble gestión¹⁹² en el segundo semestre de 1848, momento en que De María se hallaba en dificultades económicas tras haber cerrado *El Constitucional* a fines de agosto del año anterior.

Tres periódicos en Entre Ríos. Hacia Caseros

Los signos de temprano recelo, distanciamiento y ruptura entre Rosas y Urquiza han sido profusamente estudiados. Es sabido que estos surgen ya en 1845, y se profundizan a partir de 1847¹⁹³. Pablo Santos Muñoz repasa los orígenes de las desconfianzas:

"Cuando Urquiza, después de la batalla de India Muerta, en 1845, no consigue el permiso de Rosas para regresar a su provincia, amenazada de invasión como en 1842, y tiene que emplear la astucia para obtener de Oribe esa licencia, vuelve ya amargado por la evidente hostilidad de Rosas. Y después de su exitosa campaña contra el General Paz, de los tratados de Alcaraz y, finalmente, de la ruptura con Madariaga, que epiloga en Vences, se dedica a organizar su provincia y a preparar su rebelión contra el régimen arbitrario y centralista de Rosas" (Santos Muñoz, 1973: 16).

También Beatriz Bosch (1980) aporta numerosos documentos, entre ellos los que muestran conversaciones para una alianza entre Corrientes y Entre Ríos para reasumir la soberanía hasta que se produjese un congreso constituyente, ya en 1846. Borques agrega:

"Fue después del triunfo de la batalla de Vences (noviembre de 1847), cuando Urquiza decidió resuelta, pero cautelosamente, la campaña libertadora (...) tuvo en cuenta, desde el primer momento, la pluma del periodista, con una fuerza moral de gran valía. (...) a ella recurrió el general, para que la pluma fuera preparando el terreno, donde más tarde la espada abriese profundos surcos, para luego depositar en ellos los constitucionalistas la nueva semilla de la organización nacional y diera frutos óptimos a debido tiempo. (...)" (Borques, 1919: 19-20).

Urquiza está en lo que hasta ese momento es el cenit de su prestigio y de su poder político-militar y por primera vez se halla en condiciones de ejercer la gobernación personalmente y no por delegación¹⁹⁴. En Corrientes quedó un gobierno leal al entrerriano, y allí desapareció el periódico de Estado por un tiempo. En esas condiciones, Urquiza retoma el gobierno con la base de una economía que ha permitido acumular riquezas a mayor velocidad relativa que Buenos Aires (aunque no en idéntica magnitud) debido a las consecuencias de los bloqueos francés y anglo-francés, pero con una crisis en puertas debido a las novedades de la política exterior de Rosas (acuerdos con esas potencias, cierre de los ríos interiores). Urquiza cominencia entonces una briosa acción de gobierno que moderniza la infraestructura económica y de transportes, el aparato administrativo, su poder militar, sus contactos diplomáticos, la seguridad interna, el

¹⁹² Hay evidencia documental suficiente de la gestión previa, incluyendo varias compras de materiales por encargo, para el viaje del tipógrafo español residente en Montevideo, don Jaime Hernández.

¹⁹³ Es sintomática la decisión de Rosas de habilitar la renovación de la imprenta del Estado en Santa Fe. Rosas tenía en ese momento un mejor control del gobierno de Santa Fe que del de Entre Ríos.

¹⁹⁴ Un gobernador poseía en aquella época muy amplios poderes discrecionales. Por eso, cuando partía a la guerra (en este caso a Corrientes o a la campaña entrerriana) designaba una persona que, obedeciendo directamente sus órdenes, ejerciera el gobierno en su ausencia, con el nombre de "gobernador propietario" el primero y "gobernador delegado" el segundo.

poblamiento territorial, la educación y la cultura, tarea esta última que se expresa en obras de impacto histórico como salas de teatro y el Colegio Histórico del Uruguay. Simultáneamente, inicia una secuencia de acciones que, vistas ex post facto, muestran una clara preparación para el enfrentamiento con Rosas. En ambos tipos de acciones de gobierno -las de modernización y las de preparación militar, se conforma una importante renovación en imprentas y periódicos.

El 1° marzo de 1849 sale de la imprenta de De María -bautizada "del Progreso"¹⁹⁵- el primer número del periódico *El Progreso de Entre Ríos*, bisemanario sin día fijo de salida, que continuó hasta su cambio de nombre en julio de 1851¹⁹⁶.

Sus contenidos referían todos -al menos todos los importantes- a la apología de Urquiza. Así, aparecieron títulos como "Apuntes sacados del diario inédito de la Campaña a Corrientes en 1846, dirigida por el Exmo. Sr. Gobernador y Capitán de la Provincia Brigadier D. Justo José de Urquiza", campaña que generó en su momento un muy fuerte conflicto entre Urquiza y Rosas; "Sobre la Estimación de la Fianza, por la prórroga concedida por el acreedor al deudor sin el consentimiento del fiador, pronunciada y sostenida por don Diógenes J. de Urquiza en la Universidad de Buenos Aires, el día 22 de febrero de 1849, para obtener el grado de doctor en jurisprudencia, dedicada a su buen padre don Justo J. de Urquiza" (N° 8); etc. Obsérvese no sólo el rol patriarcalista de tal publicación: lo normal en Buenos Aires era que las buenas tesis de jóvenes de apellidos ilustres o destacados, se dedicaran al Restaurador de las Leyes.

También presentaba materiales de interés estatal y comercial, vinculados al progreso de la ciudad unos y a la provincia otros, y que hacen a los tópicos del periodismo de esa época. Por ejemplo, un "Plano de la Villa de Gualaguaychú", (N° 83); "Estadística general de la provincia de Entre Ríos", (N° 186) (Zinny, 1868: 68). Esto es, asuntos en que el Estado comienza a tomar control matemática y exactamente medido, de las superficies territoriales y de los hechos socio-económico-demográficos, como parte de la afirmación de su propia función: delimitar la propiedad del suelo, etc. Complementariamente, esta información es de utilidad comercial, tanto en lo que hace a las propiedades y transacciones inmobiliarias, cuanto a las estadísticas de precios e información de entradas y salidas de los puertos.

El nuevo periódico recibió comentarios elogiosos del periódico oficial desde Paraná en el mismo mes de marzo, notándose nuevamente el discurso de ocultamiento de la decisión expresa de

¹⁹⁵ Más adelante -cuando cesó este título- se llamaría Imprenta "Gualaguaychú".

¹⁹⁶ El tipógrafo había llegado con sólo una parte de su equipo. Por eso el periódico nació con ocho páginas en papel de hilo de sólo 20 x 30 centímetros, a tres columnas por página, y una página (la última) de avisos. Para los parámetros de Buenos Aires o Montevideo, era algo muy humilde. Su tipografía era antigua y de calidad rústica. Pero en abril, cuando la situación parecía menos nebulosa para De María, llegó su familia junto con el resto de los materiales a reunirse con él, y entonces el periódico adquirió su tamaño definitivo (30 por 48 cm.), cuatro columnas por página, y mejoró también -y mucho- su tipografía. La llegada aparece publicada en el mismo periódico, en el registro de entradas y salidas del puerto; el cambio de tamaño se produce en el N° 9. (Col. Museo Mitre).

Urquiza de autorizar *El Progreso*. *El Federal Entre Riano* del 22 de marzo lo elogia como si fuese una espontánea novedad en la provincia, sin relación alguna con el General. En el N° 9 de *El Progreso* se respondía en el mismo tono. Aunque el discurso apologético impregna cada número, hay al menos ciertas expresiones de Urquiza contrarias al exceso de elogios. En una carta del secretario de Urquiza, José Miguel Galán, al Comandante de Gualeguaychú, Fraga, del 22 de marzo de 1851, el primero dice: "Si en él quiere hablar de política, que sea con mucho pulso, y sin mezclar incienso ni alabanzas a S. E. que poco le agradan". No hubo, sin embargo, acción alguna orientada a frenar tales inciensos. Refiriéndose a la aparición de *El Progreso de Entre Ríos*, Borques cuenta, algo inocentemente:

"Bueno es, por otra parte, decir que Urquiza estaba contento con esta marcha de *El progreso de Entre Ríos*, que hablaba de él favorablemente a todos los vecinos de este pueblo que llegaban hasta su presencia, recomendándolo con insistencia" (Borques, 1919: 27).

Mientras en Gualeguaychú comenzaba *El Progreso de Entre Ríos*, en Concepción del Uruguay, por causa similar, se instalaba el librero e impresor español don Jaime Hernández con su taller (Moyano, 2002), para elaborar los materiales de estudio del nuevo Colegio a fundar allí (Bosch, 1949), otros para uso de Urquiza (tarjetas, membretes, informes), y la edición de un periódico, que sería similar hasta en nombre al ya iniciado en Gualeguaychú.

Pero Hernández, a diferencia de De María, no era periodista. No tenía el oficio de redactar, limitándose, pues era un hombre culto, a reproducir interesantes selecciones de textos de origen español tomados de su propia biblioteca y periódicos españoles:

"En sus números 70 a 75 [publica el] (...) brillante discurso pronunciado en España, por el célebre orador de aquel país don Juan Donoso Cortés, al tomar el asiento en la Real Academia de la lengua, en la sesión del 16 de marzo de 1850. Refutación de los asertos calumniosos del señor Thiers en su Historia del Consulado y del Imperio, contra los marinos españoles en el combate de Trafalgar. Copia del capítulo sobre dicha batalla, de las Memorias del Príncipe de la Paz, don Manuel Godoy, en el N° 101" (Zinny, 1868: 68-69).

Y si Hernández no podía ser el redactor, ¿quién sería? Los hombres de confianza de Urquiza comenzaron a buscar uno acorde al estilo requerido en aquel modelo de periodismo.

Algunas cartas inéditas existentes en el Archivo Urquiza (AGN, T. 41 a 44), dan la pista de quién fue la persona elegida: el francés Juan Lasserre (el de los *Diablos Rosados* en la década de 1820 y *El Estandarte Nacional* en 1835-36), quien después de los hechos de 1840 había sido sospechado de colaborador con el alzamiento antirrosista, tanto por sus lazos con Lavalleja y el general Garzón, (militares que quedaron fuera del Estado mayor oribista durante la década del sitio a Montevideo), como por sus lazos de familia con dirigentes del federalismo "lomo negro" (Ojeda y Moyano, 2016). Con Juan Lasserre como redactor, confirmado a fines de 1849, el 1° de enero de 1850, fecha en que se conmemora el aniversario de la asunción de Urquiza como

Gobernador, apareció *El Porvenir de Entre Ríos*, primer periódico regular de Concepción del Uruguay (Moyano, 2002).

Así, llegamos al año 1850 con tres periódicos simultáneos, uno en cada una de las tres ciudades importantes de la provincia de Entre Ríos, los tres bajo el férreo control de Urquiza, con contenidos de significación político-militar, y que ya han empezado a manifestar signos de independencia de Urquiza frente a Rosas: la apología permanente se dirige al primero, no al segundo. Y no porque no sea costumbre de Urquiza adular a Rosas¹⁹⁷. Los tres periódicos pasaron holgadamente del año de duración. Era una situación nunca vista en el Interior del país, una explosión de prensa en tres localidades con salidas fluviales distintas hacia los grandes puertos. El modo de aparición de lo que era hasta ese momento la más importante expresión de prensa estable en el Interior, muestra que existen ciertos requerimientos imprescindibles para su existencia que fueron similares en todos los países: organización estatal estable, acumulación de capital muy concentrada y cercana al Estado, requerimientos elementales de circulación de información comercial, publicidad de actos de gobierno e iniciativas de Estado en la fundación de periódicos con un sentido inicial de unificación discursiva.

La función primordial de los tres periódicos entrerrianos fue político-militar. Los tres operaron complementariamente a lo largo de todo el período de preparación primero, y de campaña de guerra después, funcionando de acuerdo a las reglas de la época (operaciones desde un lugar discursivamente “independiente”, esto es, no orgánicamente presentado como la voz de la jefatura); también de acuerdo con las reglas de estilo: disposición al cambio de nombre (4 cambios en tres años), fórmulas típicas de pendolismo y representación.

Los redactores también muestran un perfil claramente encuadrable como de “escribas”: nula independencia, tareas múltiples de pluma, dificultades de adecuación a los requerimientos de la jefatura, represión rápida de cualquier esbozo de independencia, volatilidad de los puestos, silencio respecto de campos temáticos no expresamente autorizados para escribir.

La suma total de redactores en los tres años que van desde marzo de 1849 hasta Caseros, es bastante humilde, y recorta su perfil funcional con bastante claridad. En todo momento hubo un solo redactor por periódico, más algunas colaboraciones y directivas directas provenientes de otros funcionarios o de redactores de los otros periódicos: Marcos Sastre, Juan Francisco Seguí, Angel Elías, y funcionarios de dirección local (José Miguel Galán, Cabral, Rosendo Fraga, Manuel Basavilbaso). Los redactores fueron: Severo González (en Paraná, hasta mayo de 1851), José Ruperto Pérez (desde esa fecha hasta setiembre de 1852), Isidoro de María (Gualedaychú,

¹⁹⁷ Hasta poco antes el trato con Rosas era llamarlo "El Washington sudamericano", "El Ilustre Restaurador de las Leyes", y dirigirse a él como "¡Mi querido general!", "Mi muy distinguido amigo", y anunciarse a sí mismo como "su obsecuente servidor", etc. (Santos Muñoz, 1973).

desde 1849 hasta 1860 fecha en que retornó al Uruguay), Juan Lasserre (enero a noviembre de 1850 en Concepción del Uruguay), y Carlos Du Terrade (o Carlos Terrada, noviembre de 1850 a mediados del segundo semestre o fines de 1851, en Concepción del Uruguay), así como Sastre, Seguí y Elías en distintos momentos de período 1850-52, sin poderse identificar con exactitud en qué momento está cada uno en cada periódico (firman colaboraciones en los tres, y existen cartas que los muestran en uno u otro lugar en distintos momentos).

Sastre es un caso difícil de dilucidar. Es sabido por Zinny que realizó varias funciones en Santa Fe entre 1847 y 1849, entre ellas la de redactor, publicando allí por primera vez artículos que formarían *El Tempe Argentino* más adelante. Al pasar a Entre Ríos participó en tareas del área educativa. Existen trabajos de él en los tres periódicos de la provincia. Sabemos sin embargo que la posibilidad de redactar a distancia aún no existía, y que Sastre no podía estar en los tres sitios a la vez (aunque sí sabemos que como inspector viajó varias veces). Algunos historiadores lo hacen redactor oficial de *El Iris Argentino*; otros de *El Progreso* de Gualeguaychú, y otros de *El Porvenir de Entre Ríos*. Parece más lógico pensar que sólo aportó colaboraciones y que sus trabajos, algunos directamente extractados de anteriores ediciones santafesinas y otros bajo la forma de documentos oficiales, aparecieron publicados en los tres periódicos. Esto, sin embargo, aún requiere una investigación más fina.

Sí sabemos con certeza, por el contrario, que el redactor oficial de *El Progreso de Entre Ríos* fue el mismo De María, bajo constante vigilancia de la secretaría de Urquiza. Borques destaca que De María recibía no sólo control sino estímulo a través de una importante subvención. Numerosas cartas dan fe del grado de adecuación del uruguayo a los requerimientos de su mandante. Adecuación que, como veremos, le ocasionaría desorientación en el momento crítico previo al Pronunciamiento. De momento, la relación era más sencilla:

"... me ha ordenado remita a Ud. las adjuntas copias del parte oficial de una derrota que acaba de sufrir Chico Pedro por las fuerzas del ??.. Lamas, y de noticias que relativas a las incursiones de aquel malvado en el Estado Oriental.....?? riograndense con el objeto de que acompañadas con un avisillo que glose tendrán presente los puntos citados en el borrador que también Ud. se servirá redactar, se publiquen en *el Progreso* (Benigno P. Cabral a Urquiza, 17 de abril de 1850, AGN - Archivo Seguí).

"Mi estimado amigo: Nuestro respetable y buen amigo me ordenaar[?] a Ud. tenga la bondad de escribir un articulito en *el Progreso*, en elogio del ardor y entusiasmo que las glorias adquiridas por las Repúblicas del Plata, en la actual lucha han podido infundir en el corazón del joven Barón Alfredo du Graty [tenía 25 años y era secretario de la legación belga en Río de Janeiro N del A], infundiéndole a la noble y generosa determinación de venir a este cuartel general (en donde se halla) con el objeto de ofrecer sus servicios como capitán de artillería, con la sola ambición de pertenecer a un ejército argentino mandado por nuestro ilustre General Urquiza" (Manuel Basavilbaso a Urquiza, 28 de mayo de 1850, AGN - Archivo Seguí)¹⁹⁸.

¹⁹⁸ Basavilbaso y Cabral eran hombres de la mayor confianza de Urquiza. Basavilbaso fue militar y acompañó a Urquiza en muchas campañas decisivas. Ocupó cargos públicos en su nombre, lo representó en negociaciones, etc. Cabral era civil, pero también cumplía tareas para el general. Entre otras, se le encargó el control de *El Porvenir de Entre Ríos*, y luego de *La Regeneración*.

El primer redactor de Concepción del Uruguay fue, ya lo adelantamos, Juan Lasserre. En medio de la búsqueda de redactor para el nuevo periódico, mientras Benito Chaín, Antonio Cuyás y otros comenzaron a “tirar líneas” en Montevideo y Rufino de Elizalde se ocupaba en Buenos Aires, se presentó Lasserre a mediados de noviembre de 1849 en Concepción del Uruguay, ofreciéndose para ocupar ese puesto y otros más. En una primera carta escribe a Urquiza que habiendo tomado conocimiento de su intención de editar un periódico se ofrece para redactarlo. La respuesta que recibe por medio de la secretaría es que se ofrezca a Jaime Hernández. Muy pocos días después (fecha ilegible, aparentemente el 7) de diciembre, Lasserre escribe nuevamente a Urquiza informándole los avances, solicitando ayuda económica, pues el periódico comenzaría al mes siguiente, y ofreciendo abrir una cátedra de francés en el Colegio Histórico:

Habiéndome el Señor Don Francisco Deschamps, transmitido el recado que V.E. se sirvió darle para mí tocante al ofrecimiento que le había hecho de hacerme cargo del Periódico que por orden de V.E. debe publicarse en esta, he visto al Señor Jaime Hernández, y como ya se lo había avisado a V.E., nos hemos entendido. (...) Yo sé, Excmo. Sr, desde mucho tiempo, que en su noble pecho late un corazón generoso; así que padre de familia como soy, no me ruborizo al confesar a V.E. mi triste situación e implorar su acostumbrada generosidad, para hacer venir mi familia de Montevideo, lo que no puedo hacer por falta absoluta de recursos. (...) [ofrezco] crear en el colegio un aula de idioma francés para los jóvenes que querrán dedicarse a aprender una lengua tan rica...”. Carta de Lasserre a Urquiza" (AGN, AU, T. 42, Folio 32).

El 12 de diciembre escribe nuevamente al General, lo adula hasta el exceso, pone a su disposición al portador de la carta, hijo suyo, para integrarse al ejército, y aclara sus pedidos:

"...Cumpliendo con el mandato de V.E. que me ha transmitido el Sr D. Benigno P. Cabral me apresuro a explicar claramente mi solicitud tocante la enseñanza del idioma francés. Desearía el honor de pertenecer al cuerpo de Profesores del Colegio del Uruguay sin perjuicio de poder dar lecciones particulares en mi propia casa de dicho idioma y si V.E. se digna admitir mis servicios en ese ramo por cuenta del estado pido por honorarios treinta pesos mensuales. (...) En cuanto a la solicitud de un socorro de fondos para instalarme en esta ciudad, y hacer venir a mi familia (...) trescientos pesos cuya cantidad devolveré, en el plazo y forma que V.E. se servirá designar con el producto de mis trabajos..." (AGN-A Urquiza, T. 42, Folio 35).

Si al comienzo las cosas fueron relativamente bien, pronto surgieron problemas. El impresor Hernández tuvo dificultades financieras o bien intentó aparentarlas. El 20 de setiembre de 1850 al enviarle el cobro de un trabajo pide a Urquiza:

"(...) que la tercera parte de ese importe que debo dejar para la amortización de mi deuda con V.E. esta vez no tenga efecto..." (AGN-A Urquiza, T. 45, Folio 27).

En otra carta inmediatamente posterior le pide que le compre la imprenta, quedando él como empleado a sueldo. Esta alternativa era mucho más interesante al tipógrafo que intentar sostenerla empresarialmente. Posiblemente la gestión fuese exitosa, porque pronto la imprenta

pasaría a llamarse “Imprenta del Colegio”. Otros problemas se relacionaban con los contenidos, pues no era fácil dar en la tecla de los deseos del General. El 16 de julio le escribe:

"He recibido la carta que V.E. me ha hecho el honor de dirigirme. Su contenido me ha causado un gran pesar, como me caerá siempre el más pequeño desagrado de V.E. He llamado a Lasserre y ambos hemos vuelto a leer el párrafo del artículo que sin mala intención por nuestra parte, se ha cometido este desliz, y nos proponemos por vía del comunicado que tengo el honor de adjuntar a V.E. de neutralizar el efecto que pueda producir en el público de las ideas que a V.E. con razón han disgustado". (AGN-AU, T. 43. Folio 6).

A Lasserre, el 21 de julio, se le presentaron problemas con Urquiza de orden familiar:

"Suplico a V.E. se digne disculparme, si justamente alarmado por la venida repentina de mi hijo a mi casa, hoy, me tomo la libertad de dirigir a V. E. esta carta, para asegurarle que ni yo, ni nadie de mi familia, lo hemos animado a cometer, para verlo, un acto de desobediencia, que al contrario, todos lo hemos vituperado, y yo el primero de todos, no lo hubiera recibido en mi casa si no me hubiera engañado, diciéndome que había venido con licencia de V.E. Hoy recién, con motivo de haber sido despedido del Cuartel General de V.E. he venido a saber la verdad.

Soy padre, exmo. señor, y como tal sufro con sólo pensar que mi hijo ha podido olvidar un momento la gratitud que él y yo debemos a los Beneficios que V.E. nos ha colmado.

V.E. ha pronunciado ya, sobre la Suerte de mi hijo. Por eso es que aún arrepentido de su falta, no me atreveré a pedir perdón a V.E., sin embargo de estar persuadido que si lo hiciese, me lo perdonaría V.E. en favor de la inquietud personal que me causa esa falta tan ligeramente cometida por mi hijo" (Carta de Lasserre a Urquiza, (AGN-AU, T. 43, Folio 67¹⁹⁹).

A ello se agregaban nuevos errores en el manejo del periódico. Un artículo crítico de los ingleses (recordando el comportamiento histórico de éstos respecto a la Argentina) motivó una durísima crítica al mismo, con exigencia de rectificación, publicada a través de un editorial de *El Federal Entre Riano* (el periódico que se editaba en Paraná) y a través de voceros del General. En este tipo de artículos Lasserre cometía errores por no entender la rapidez con que se modificaba el mapa de negociaciones, presiones y alianzas que iba tejiendo trabajosamente Urquiza con Brasil, Uruguay y hasta con Gran Bretaña. Los errores de Lasserre, el molesto incidente del despido de Augusto, el estilo siempre dispuesto a la crítica y la polémica, aun en cuestiones menores como la calidad de un discurso en el Colegio, llevaron a Urquiza a la decisión de remplazarlo por un emigrado antirrosista y primo segundo de Lasserre, más representativo en estilo de las posiciones de ruptura con Rosas que comenzaba a explicitar Urquiza: Carlos du Terrade. Lasserre buscaría

¹⁹⁹ Su hijo Augusto, de 18 años, había obtenido empleo en la secretaría del Gobernador, como escribiente, pues poseía buena formación (había cursado estudios en el Instituto de iniciación naval de Mr. Lorient en París). El motivo de despido fue haberse ausentado del Cuartel general sin permiso. Dos semanas después (8 de agosto) Lasserre hacía uso de una fecha acostumbrada para nuevos pedidos, el cumpleaños de Urquiza: "... en virtud del fausto día de la provincia, conceder a mi hijo velasco el perdón de la falta que cometió..." (AGN-AU, Tomo 43, F° 226). Pedir su perdón cuando un hijo de Urquiza estuvo dos años preso por faltas cometidas en el ejército, o cuando un pequeño hurto era causal de fusilamiento, constituía, en los términos de la lógica prevalente, un despropósito. Pero Urquiza no tomó graves represalias. Después de algunos meses terribles sin ingresos económicos, Lasserre obtiene la cátedra de francés y logra quedarse con parte de su familia en la ciudad. Augusto, in lugar posible en Entre Ríos luego de esta sanción, partió a Buenos Aires, donde ingresó a la carrera naval como guardiamarina (primer escalón, equivalente a estudiante), en el barco a cargo de su tío el comandante Seguí. Su carrera naval fue brillante, alcanzando el rango de Almirante (Ojeda y Moyano, 2016).

desesperado al menos durar un poco más en la redacción. Rogaba a Seguí que le ayudase a conseguir la clase de Francés del Colegio (cosa que logró) y a continuar al menos un mes más con el periódico (cosa que no logró, entre otros motivos, debido a los plazos del conflicto que comenzaban a acortarse):

“... El Sr. Hernández me ha notificado en fin, que concluido este mes, debo cesar en la redacción del *Porvenir*. Ese Periódico fue creado por mí y empezó su carrera, como bien Ud. se acuerda, el 1° de enero de este año. (...) va a morir sin haber llegado a tener un año de existencia, pero me dice Hernández que mi pariente, el señor Terrada²⁰⁰ que es un escritor de talento, lo resucitará. (...) yo desearía, señor Doctor, conservarle la vida hasta el 31 de diciembre, y que el Sr. Terrada no emprendiese el Milagro de su resucitación sino después de su muerte, es decir, en 1° de enero de 1851...” (AGN-AU, Tomo 43, Folio 88).

El 24 de noviembre *El Porvenir de Entre Ríos* tiró su último número y dejó paso a otro título, impreso en la misma imprenta y mucho más expeditivo: *La Regeneración*, cuyo primer número apareció el día 27 de ese mes.

Tiempo de ruptura

Es difícil -y muy discutido por la historiografía aún hoy- determinar el momento en el que Urquiza decide que enfrentará a Rosas²⁰¹. El artículo “El año ‘51” de du Terrade en el periódico *La Regeneración* -ostensiblemente bajo control de Urquiza- del día 5 de enero de 1851, plantea claramente una disposición a imponer a Rosas cambios o enfrentarlo. Pero también es posible hallar señales de preparación para la ruptura desde 1848. El modo en que organiza la situación en Corrientes, el modo en que busca una excusa para su reunión con el gobernador de Corrientes - Virasoro- en Entre Ríos²⁰², la notable táctica de secreto y distracción con la que lleva a Entre Ríos las nuevas imprentas que editarán sus periódicos, el modo en que estos toman posición a medida que avanzan los meses, son ejemplo de ello. Es posible que en el futuro esto se dilucide con nueva documentación, o bien que permanezca en un marco de ambivalencia propio de unos años en los que no era clara la dirección de las relaciones de fuerza, tanto nacionales como internacionales, las cuales se definieron con contundencia en los primeros meses de 1851.

²⁰⁰ Firmaba sus cartas personales como Carlos Du Terrade, como lo atestiguan las cartas a Mitre (Archivo del Museo Mitre, sección inéditos) de 1860, cuando se halla a cargo de la comandancia militar de Patagones. También castellanizaba el nexo: Carlos de Terrade, Carlos Terrada al firmar sus folletos y artículos periodísticos.

²⁰¹ Tras la derrota militar de la invasión del general Paz desde Corrientes, y sobre todo, tras la victoria de Urquiza sobre el gobernador Madariaga en la batalla de Vences (noviembre de 1847), los principales intelectuales de la emigración comenzaron a confiar menos en la invasión militar y mucho más en la potencial independencia de los caudillos crecidos a la sombra de Rosas. Las principales expectativas e iniciativas apuntaron hacia Urquiza: era -militarmente hablando- el hombre más poderoso de la Confederación, el más rico, con intereses ganaderos en gran escala, había tenido más de un roce con su jefe y sus intereses públicos y privados comenzaban a verse agredidos por la política de Rosas.

²⁰² La excusa fue una invitación a presenciar una jornada de carreras de caballos en la ciudad de Concordia. La invitación es cursada el 12 de septiembre de 1850, y se concreta el día 23 del mismo mes, con la presencia de hombres de confianza de ambos gobiernos. Se dice -pues no han quedado documentos que lo prueben- que en la reunión se trató el modo en que ambas provincias evitarían participar en una guerra de la Confederación contra el Brasil, y en caso necesario, enfrentarían militarmente a Rosas, protegiendo así su propio comercio con Brasil y la Banda Oriental -en parte clandestino pero a gran escala- y su autonomía frente a medidas muy restrictivas del gobierno de Rosas -que impide, por ejemplo, la producción y comercio de pólvora (Bosch, 1980).

En este marco, no es de extrañar que hayan sido Entre Ríos y Corrientes las provincias cuyos jefes lograron derrotar y desterrar a Rosas. En primer lugar, porque fueron beneficiarias del desarrollo del Litoral, que se encuentra viviendo un notable auge económico exportador, pero a su vez ven frenado y amenazado ese desarrollo por los resultados de la política exterior y económica de Rosas: imposibilidad de desarrollar a largo plazo el comercio exterior, freno a posibilidades de capitalizarse en metálico, freno a la posibilidad de acelerar el ingreso de capitales e inmigrantes, problemas de industrias, como la de las caleras en Entre Ríos²⁰³, etc.). Es decir, contaban con más poder y ventajas que las demás provincias, y a la vez resultaban más afectadas en sus intereses.

En segundo lugar, porque tras las victorias logradas en Entre Ríos y Corrientes representando al ejército y al partido federal, Urquiza había quedado como el jefe militar más importante de la Confederación y gran parte del poder militar de Rosas descansaba en él.

En tercer lugar, porque la falta de Constitución del Estado nacional en la región permitía que el juego de alianzas de las provincias incluyera a varios países. En tal contexto, la política de Rosas chocaba frontalmente con Brasil y Paraguay, convirtiendo a estos países en potenciales (y finalmente efectivos) aliados militares de un levantamiento litoraleño contra el porteño.

En cuarto lugar, Corrientes encontraba un ámbito mucho más seguro en el proyecto de Urquiza que aliándose con los emigrados porteños, como lo había hecho en la década de 1840, pues el entrerriano había sido mucho más eficaz militarmente, impidiendo nuevos ingresos de invasiones militares desde la banda oriental, y manifestaba amplia comprensión ante las quejas por las dificultades que Rosas imponía a las relaciones comerciales de las provincias.

Y finalmente, Urquiza quedaba ubicado como un líder que podía unificar al menos militarmente todos los intereses contrarios a quien, habiendo gobernado dos décadas con la suma del poder público y en el contexto de un unanimismo exasperante y sucesivas guerras, acumuló odios y desencantos de muy diverso origen. Frente a ello, expresaba el entrerriano, por un instante, las necesidades de los hacendados y comerciantes enriquecidos del Litoral, de las clases subordinadas del Interior, de las provincias más alejadas del puerto, de los descontentos en Buenos Aires y hasta de los emigrados porteños, a los que se agregaban, por diversas razones, las facciones uruguayas enemigas de Oribe, el estado paraguayo (que pugnaba por el reconocimiento oficial de la independencia de su país y temía una invasión en el futuro) y el Brasil, que temía el fortalecimiento militar rioplatense y una futura guerra de dudosa posibilidad de victoria. Entre Ríos y Corrientes sumaban varias de estas cuestiones en una: sufrían conductas que consideraban vicarias y abusivas por parte de Rosas (como la ya mencionada prohibición de

²⁰³ El control de las caleras se relacionaba con el estricto control de la producción y tráfico de pólvora.

producción de pólvora y sus insumos, o de comerciar oro con el exterior), las dificultades para la colocación de la producción por otra vía que no sea Buenos Aires con su potente carga fiscal, el ser la primera línea de fuego en una guerra con el Brasil, no hallar ventaja en dicha guerra, etc.²⁰⁴ Los hacendados del Litoral lo apoyarían porque su crecimiento económico dependía de poner fin a las trabas producidas por la política exterior de Rosas. En el caso de las estructuras provinciales, porque Urquiza significaba en el peor de los casos un cambio de jefe, pero presentaba la sustancial ventaja de ser un hombre del Interior. Los dirigentes de las provincias más alejadas podrían apoyarlo, porque la organización constituyente del país bajo hegemonía del Interior significaba el reparto nacional de los beneficios de la renta agraria de Buenos Aires, aunque dado que el Interior más alejado no veía tan directamente afectados sus intereses se mantuvo expectante hasta que quedó clara la victoria total del entrerriano. Y los emigrados porteños, aunque pronto se desilusionarían, porque Urquiza prometía derribar a Rosas reemplazando su "tiranía" por un gobierno de "progreso": libertades, constitución, etc., lo cual significaba el quiebre del sitio de Montevideo, el retorno a Buenos Aires y su inmediata incorporación a la elite gobernante.

El pronunciamiento y la alianza militar con Brasil que desembocó en Caseros, colocará a Urquiza por diez años como eje de la política argentina. Inmediatamente después de su victoria (3 de febrero de 1852) pasó de ser jefe indiscutido de Entre Ríos a jefe político y militar de todo el naciente Estado nacional.

El año '51

Durante 1850 los contenidos de los periódicos no variaron profundamente respecto del año anterior, y excepto el reemplazo de Lasserre por Terrada, se mantuvieron los mismos redactores. Aparecieron también colaboraciones poéticas de Juan Francisco Seguí²⁰⁵ y del nuevo secretario de Urquiza, Ángel Elías. Las poesías de Seguí a Rosas primero, a Urquiza más tarde, y los escritos posteriores en contra de ambos, muestran ejemplarmente el grado de instrumentabilidad y reversibilidad de la función del escriba en esta época. El año 1851 presenta en cambio

²⁰⁴ Entre las múltiples aproximaciones a este momento nodal de la historia argentina, Cfr. Ternavasio, 2002, 2009; Halperín Donghi, 2005; Vázquez, 1956; Bosch, 1980, Cap. XIII; Salduna, 2001; Rebollo Paz, 1951, Tomo 1: 30; López Alves, 2003; Oszlak, 2009; Herrero, 2004 así como las aproximaciones clásicas desde el revisionismo (Rosa, 1977; Irazusta, 1952).

²⁰⁵ Seguí cuenta su llegada y contacto con Urquiza en sus memorias inéditas, publicadas por Dana Montaña (1986) bajo el título "'Memorias para servir a la historia de la revolución del 1º de Mayo de 1851 y sus consecuencias". Allí combina verdades constatables con mentiras y silencios intencionados: se asigna a sí mismo un rol hasta más importante que el de Urquiza, se autoasigna importancia periodística (falsa en ese momento) e ignora por completo tanto las cualidades de Ángel Elías como la existencia de *La Regeneración* y de Carlos du Terrade. Esto a pesar de la inicial buena relación que existía entre ambos al menos en términos de no estorbarse, como parece indicarlo este fragmento de carta de du Terrade a Seguí, fechada el 22 de noviembre de 1850: "Señor de todo mi aprecio: El primer número de *La Regeneración* saldrá a la luz el día 27 (...) y muy favorecido me consideraré si Ud. envía sus versos, que no pueden dejar de ser hermosos..." (AGN-A Seguí). En diciembre le comunica que recibió los versos "los publicaré hoy mismo" y le pide que le mande diarios de Buenos Aires.

abundantes novedades, tanto políticas como periodísticas: el 5 de enero aparece en *La Regeneración* de Concepción del Uruguay el famoso artículo titulado "El Año 51":

"Apenas hace cinco días que nació y ya todos lo conocen y le llaman por su nombre, ni más ni menos, que si habiendo corrido todo un curso se encontrase viejo y en su duodécimo mes. Este año 1851, se llamará en esta parte de América, 'La Organización'. (...) El gran principio del sistema federal, consagrado por la victoria, quedará consolidado en una Asamblea de Delegados de los pueblos. De su seno saldrá un mandato de fraternidad, y abrazándose todos los hermanos, victoriarán reconocidos un nombre glorioso que designa a un hombre grande..." (*La Regeneración*, enero 5 de 1851. cit. por Arana, 1954: 156)²⁰⁶.

El contenido es inequívoco y marca el comienzo del enfrentamiento explícito con Rosas, porque el artículo no podía provenir sino de Urquiza. Caso contrario, Seguí o du Terrade hubieran sido defenestrados al instante. Buscando urgentemente la retractación, Rufino de Elizalde²⁰⁷ envió al hijo de Urquiza, Diógenes, con fecha 25 de enero, una carta personal:

"... la atención a fin de que S.E. el general Urquiza adopte las medidas que su ilustración y patriotismo le aconsejen para impedir en adelante la repetición de hechos de esta naturaleza que sólo tienden a introducir el desorden y la anarquía (...) buscar en una asamblea de diputados que debe reunirse en el año 1851 la consolidación del gran principio del sistema federal consagrado por la victoria es manifestar de un modo claro y evidente los principios más opuestos a la política dominante (...) gobiernos de provincias deben empezar a organizar primeramente sus provincias porque estos trabajos deben preceder a la organización nacional. Que para esto es preciso conservar la paz, que no podrá conseguirse de un modo estable y verdadero sino continuando el General Rosas en la dirección de los negocios nacionales de paz, guerra y relaciones exteriores, y en el mando de la provincia de Buenos Aires investido con la suma del poder público y secundado y apoyado por todas las provincias confederadas, quienes deben prestarse a todo lo que se les ordene (...) La convocación de un congreso en estos momentos es un delirio, es un crimen aún pensarlo (...) Mucho más maligna es la idea de proponer para jefe del estado una persona enigmática designándola por medio de calidades que corresponden al general Urquiza (...) Es necesario contrariar lo que ha dicho 'La Regeneración' por medio del mismo diario...[para cuyas líneas adjunta memorándum]" (De Elizalde a Diógenes de Urquiza, enero 25 de 1851. Cit. por Bonastre, 1931: 58).

La carta, sin embargo, fue leída y respondida por el Gobernador entrerriano el 22 de febrero en otra dirección:

"(...) Previniéndole ante todo mi deseo de que esta contestación quede reservada para todos, con la única excepción del señor General Rosas, que me sería indiferente se impusiera de ella (...) Designar el año 1851 para la organización del país por medio de una Asamblea de delegados de los pueblos, me parece que no importa más que el rasgo de la pluma de un escritor que garantido por la pureza de sus deseos, la seguridad y el respeto que merecen en Entre Ríos individualidades y opiniones razonables, anticipa en su mente la llegada de una época sobradamente postergada por desgracia y que si bien las circunstancias han alejado, no ha debido extirpar ni la esperanza ni el deseo justo y patriótico de ver llegar; y es preciso que V.V. entienda que la provincia de Entre Ríos, cuya prensa no depende absolutamente del gobierno organizada y uniformada en opiniones sin díscolos ni revoltosos, y marchando apoyada en su gloria por la senda que señala la civilización, participa con su jefe el deseo de ver a la República definitivamente arreglada. (...) La prensa entrerriana, libre para todo lo que no sea inmoral o subversiva de los principios

²⁰⁶ Aníbal S. Vázquez, quien también cita y transcribe un fragmento de la carta (Vázquez, 1970: 62), afirma, siguiendo la edición de la que toma el artículo (la edición extraordinaria de *El Diario*, de 1933), que su autor fue Juan Francisco Seguí. Sin negar del todo esta posibilidad, resulta dudosa, pues no aparece en el Archivo Seguí del Archivo General de la Nación el original de un artículo tan importante, ni referencia alguna a su autoría en cartas de la época, ni tampoco la recuerda Seguí en su *Memorias* (reproducida íntegramente en Dana Montañó, 1986), siendo que en la misma se arroga la paternidad de todo el proceso del Pronunciamiento. Es posible que el artículo fuese de Du Terrade, más aún cuando el estilo es muy similar al suyo y cuando la prensa de Buenos Aires comenzó una diatriba general contra él. Es notable el sesgo de la *Memoria*, al ignorar, debido a la enemistad de Seguí con du Terrade, el rol de este artículo, de máxima importancia en la ruptura y en política exterior, pues fue la señal definitiva reclamada por Brasil para concretar la alianza militar ofensiva.

²⁰⁷ Elizalde, futuro ministro de Mitre, era entonces un joven diputado provincial rosista en Buenos Aires, con amistad personal con Diógenes de Urquiza.

orgánicos de la Confederación reconocidos y constantemente invocados por el Gobierno Entre Riano, no merece ser coartada por expresar un deseo natural y patriótico; ni alcanzo porque debiera procederse aquí de esa manera, cuando la incomparable Gaceta de esa ciudad ocupaba asidua, constante, y exclusivamente en el elogio y preconización de todos los actos, miras y proceder del general Rosas en su ardua y afanosa tarea, pierde hasta de vista, los méritos del Glorioso Ejército entrerriano al extremo de atribuir con el sacrificio de la verdad más histórica, la batalla de Arroyo Grande y otros hechos de menor importancia a los generales Oribe y Pacheco sin mencionar siquiera al Ejército Entre Riano que fue el principal vencedor como puede atestiguar el mismo general Pacheco (...) Como Usted también pienso en la importancia de la persona y dirección del General Rosas en los negocios exteriores de la Confederación, sin desconocer por esto que las dificultades que a cada paso surgen y aparecen, tienen todo el carácter de forzosos resultados de un sistema de caprichos y petulancia, no diré del malogro de la última oportunidad de haber concluido con el malhadado tratado de comercio con Inglaterra que esclaviza las provincias litorales al exclusivo interés de Buenos Aires. (...) El nudo de muchas y grandes dificultades ha sido más de una vez cortado por la fuerte espada de Entre Ríos [pero Entre Ríos] es desoido cada vez que reclama en nombre de su perfecto derecho y de su interés, como ha sucedido y está sucediendo con la extracción del oro (...)” (Martínez, 1920: 92).

Si la carta de Elizalde nos muestra el funcionamiento a escala mayor del sistema de "memorándum" para la elaboración de los contenidos del discurso de la sección política de la prensa, también nos muestra cuánto más sintético y explícito puede ser el conocimiento de la situación en una carta privada en relación con el discurso público, pues un artículo hubiese sido mucho más esquivo en los nudos de la cuestión.

La respuesta de Urquiza es mucho más sintética y explícita. Seguramente su autor sabría de la posibilidad de que la carta se hiciese pública, pero estas eran pocas, porque precisamente su grado de explicitación del problema haría contraproducente su publicación. De modo que está organizada en función no de hacerla pública sino de hacerla llegar a Rosas, que es lo que comienza diciendo el remitente. Los ejes son claros: si Rosas no quiere la guerra con Urquiza, debe poner fin a las trabas impuestas al comercio mesopotámico, a la sangría de metálico causada a las provincias, y a los velados ataques en la prensa porteña (desconocimiento del rol de Urquiza), reconociendo al entrerriano su lugar mayor en la Confederación. Caso contrario, Urquiza se encontraría en uso de la soberanía que le brindaba su poder militar en Entre Ríos para hacerse de tales derechos, y dejaría Rosas sin la colaboración del ejército entrerriano, lo cual significaba: sin la parte más importante de su ejército.

A efectos de realizar este intercambio como última oportunidad para llegar a algún acuerdo o reacomodamiento de fuerzas, la prensa cumplió un rol estrictamente instrumental. A la aparición del artículo, que rompió públicamente el equilibrio del sistema de legitimación rosista, se respondió primero con una invitación a la retractación; la respuesta de Urquiza ofrecía por un carril privado una última puerta o la guerra, en tanto utilizaba el mecanismo de legitimidad de la prensa burguesa (independencia, libertad) como argumento que, en tanto informaba que ésta está amparada por las armas de Urquiza en su derecho de continuar atacando la línea de Rosas, obligaba a este último a salir de su posición de legalidad si quería atacar sus contenidos: no podía

acusar a la prensa de ilegítima, sino acusar a sus argumentos. Tiene mucho que ver con esto la demora de Rosas en comenzar a responder. ¿Qué se podría decir argumentalmente en contra de los reclamos de Urquiza?

Queda aún respecto a la acción de Elizalde una duda. Conociendo la habilidad de Urquiza para las maniobras en que se hace decir a un tercero mensajes a efectos de lograr una acción, una retractación, etc., no sería raro que este intercambio fuese preparado, más aún, sabiendo que apenas cuatro meses antes del artículo del 5 de enero fue el mismo Elizalde quien presentó y recomendó por carta al autor del polémico artículo:

“Me permito dar al Sor. D. Carlos de Terrade esta carta de introducción para V.E. con el objeto de que V.E. le atienda en lo posible en los deseos que tiene de trabajar y ser útil en algo a la benemérita Provincia de Entre Ríos. No dudo que este Sor. sabrá obtener la protección de V.E. por su contracción al trabajo, por su capacidad y por su moralidad. Quiera V.E. disculpar esta molestia y disponer de la amistad y respeto que le profesa su M.S (...) Rufino de Elizalde” (AGN-AU, T. 44, F°256).

A partir de entonces y hasta el Pronunciamiento del 1° de mayo²⁰⁸ se produjo un tenso compás de espera. Los contenidos de los periódicos mostraban por ello cautela, y aunque su endurecimiento ante la legalidad rosista es evidente, los periodistas, se vieron en dificultades para comprender lo que estaba sucediendo día a día. Isidoro de María, por ejemplo, escribía al Palacio de San José el 4 de enero de 1851 (un día antes de la publicación del artículo en *La Regeneración*) con acuse de recibo de materiales y directivas: “... recibí el mensaje con que S.E. se ha dignado favorecer mi humilde Progreso...” (AGN-AU). Pero en carta del 16 de ese mes ya se nota la aceleración de los tiempos y la dificultad: dice que ya había publicado cuando recibió “el otro corregido y el N° 11 de *La Regeneración*”. En la misma carta se queja por cierto tono anti-vaticano del ejemplar de *La Regeneración* del 5 de enero. Nótese a qué debe apelar De María para saber a qué atenerse sin meterse en problemas: dice que este tono [¿De un artículo anti-vaticano, cosa no tan “grave” en aquellos años de rispidez rosista con la Santa Sede, en el mismo número que salió el artículo El Año 51!]: “... contradice el espíritu del resto de la prensa Entre Riana. (...) Me ha llamado la atención (...) en mi humilde opinión presenta una contradicción notable...” (Ídem). La docilidad periodística y la astucia situacional del uruguayo evitan por ahora cualquier conflicto con el General²⁰⁹.

Du Terrade en cambio sí comenzó a tener tempranos y serios problemas de censura ya en febrero de 1851, pues intentaba enfrentarse más con el régimen rosista, lo cual no correspondía con los

²⁰⁸ El Pronunciamiento de Urquiza, cuya fecha simbólica, fue la proclama por la cual Entre Ríos aceptaba la devolución de la representación delegada en el gobernador de Buenos Aires para el manejo de la defensa y las relaciones exteriores. La medida causó estupor, pues existía la regla no escrita de rechazar esa devolución solicitando a Rosas continuar a cargo, y significaba, de hecho, la ruptura de relaciones y el inminente e inevitable conflicto militar con Rosas. La fecha simbólica del Pronunciamiento es el 1° de mayo de 1851.

²⁰⁹ Otros lazos refuerzan su vínculo con él: Urquiza es además padrino de uno de los hijos de De María nacido en agosto de 1850. (AGN-AU, T.44, F° 13).

plazos en marcha. Severo González, por su parte, a disgusto con la nueva situación, escribe en *El Federal Entre Riano* cada vez menos, optando por transcribir. De María continúa escribiendo cartas, con preocupación, desorientado, pidiendo instrucciones. El 26 de abril, apenas a cuatro días del pronunciamiento, dice que no sabe si publicar en el sentido de *La Regeneración* y su discurso, si reproducir el *Archivo Americano*, etc. (AGN-AU, T. 45, F° 24). El Pronunciamiento aseguró, en tal sentido, "quemar las Naves". Era la Revolución, y los tres periódicos debieron publicar el texto del mismo en forma inmediata, lo cual se cumplió en edición especial, orlada, mostrando en una página su contenido completo.

Del Pronunciamiento a Caseros: mayo de 1851 a febrero de 1852

Los diez meses de guerra que van desde el Pronunciamiento de Urquiza hasta la batalla de Caseros incluyen los preparativos militares, la optimización de la búsqueda de aliados, la campaña militar para quebrar el sitio de Montevideo y la invasión a Buenos Aires.

Durante este tiempo la prensa cambió al ritmo de los requerimientos de la táctica militar. *La Regeneración* continuó llevando la voz cantante de la prensa provincial hasta agosto de 1851, cuando Urquiza comenzó el avance hacia el sur por territorio uruguayo. Se trasladó entonces la base de operaciones de prensa a Gualeguaychú, al periódico de De María, cambiándosele el nombre a *El Progreso de Entre Ríos* por *El Federal Entre Riano*, el mismo que había dejado de existir en Paraná dos meses antes, y se complementó este movimiento con una imprenta "de grupa" (Imprenta de la Libertad) que avanzó sobre territorio uruguayo con el ejército, y en la que se imprimieron todas las proclamas de la fuerza de Urquiza, dirigidas a argentinos y uruguayos. La mayor cantidad y movimiento de la actividad periodística se encuentra, en todo el segundo semestre de 1851, en Gualeguaychú. Allí se instalaron Manuel Leiva y Ángel Elías, para realizar gran cantidad de tareas encomendadas por el jefe entrerriano, entre ellas seguir muy de cerca y decidir los contenidos del periódico de De María, y coordinar la impresión de varios folletos y proclamas. Son famosos entre ellos los compuestos poéticos gauchescos de Hilario Ascasubi conocidos como "compuestos de Gualeguaychú"²¹⁰.

Tan pronto el Ejército cruzó el Uruguay para producir la invasión, Terrade se sintió libre de ataduras y comenzó a desobedecer a los encargados por Urquiza como superiores a él, en tanto realizaba ciertas operaciones económicas -contrabando e intentar comerciar los mismos productos que Urquiza- que lo malquistaron con el General y lo transformaron nuevamente en un "salvaje unitario". Los problemas sólo concluyeron después de Caseros cuando Du Terrade se

²¹⁰ El mismo Ascasubi nos brinda información acerca de cuáles fueron los versos y folletos que editó, en una carta a Urquiza posterior a la batalla de Pavón (en 1862), donde le solicita el pago de dichas impresiones (Rivera, 1980).

instaló en Buenos Aires. Después de la revolución porteña del 11 de setiembre de 1852 sería un muy ferviente antiurquicista, consecuente en ello el resto de su vida²¹¹.

Antes de la partida de Urquiza ya había tenido problemas, pero intentaba disculparse y hallar excusas. El 21 de mayo responde acerca de unas correcciones cuya omisión se le reclama. El 22 responde más molesto:

"Cuando recibí su última previniéndome algunas enmiendas al art...[?] ya estaba reimpresso, y yo en la cama ciego [subraya Terrade]. Así permanecí cinco días..." (AGN-AU, T. 45).

Este intercambio generó una escalada con Juan Francisco Seguí, a cargo de la censura sobre el periódico, que entró en fase más violenta cuando Urquiza partió de Concepción del Uruguay a la República Oriental. El 24 de julio de 1851 "a las 9", contesta Terrade una carta:

"Muy Sr. mío: su favorecida de este instante nos encuentra en la resolución de no continuar con la redacción del periódico. Creo que esta es la respuesta más conveniente que pueda dirigirle su muy atento servidor Carlos de Terrade".

Esto debía liquidar los problemas, pero Terrade sabía maniobrar. Dos cartas fechadas nos muestran el resultado de esa renuncia. Dice Eulogio Redruello:

"...El Sor. Terrada sigue siempre con la redacción de la Regeneración sin censor de clase alguna, pues dice que dejará antes la redacción que sujetarse al Sor. Seguí..." (Carta de Eulogio Redruello a Manuel Leiva, Uruguay, 9 de agosto de 1851. Cit. por Ruiz Moreno, 1952: 544).

Benito Chaín, por su parte, escribe a Leiva el mismo día:

"Con que había creído que la retirada del editor de *La Regeneración* era formal, nada de eso; era jugandino, y sigue ahora mejor que nunca, sin que nadie lo censure, pues Seguí, le agradó el *qui pro quo*, para no ocuparse de eso. Yo comprendí que desde el Sr. Gdor. no se ocupó en contestarle, las cosas quedarían en su pristino estado. Y *La Regeneración* marcharía con pies de plomo. ¡Dios me libre que así marche la Regeneración de los Pueblos!..." (Carta de Benito Chaín a Manuel Leiva, Uruguay, 9 de agosto de 1851. Cit. por Ruiz Moreno, 1952: 518)²¹².

Urquiza todavía no actúa contra Terrade. Sí lo hará al concluir la campaña en la República Oriental, esto es, cuando no tenga que mostrar un doble frente de abarcamiento de intereses hacia las tropas de Oribe y hacia los emigrados unitarios y liberales que luchaban en Montevideo. El 5 de enero de 1852, ya desde territorio santafesino, escribe al general B. Virasoro:

"... en la división del coronel Aquino existe el corrompido y salvaje unitario Carlos Terrada que antes de ahora y en Entre Ríos ha abusado de mis respetos y hoy en esta quiere repetir iguales hechos, no parándose en las consideraciones que todo hombre decente quiere debe guardar, y he dispuesto que inmediatamente lo haga Vd. comparecer y lo ponga a disposición del coronel don José Miguel Galán, a quien con esta misma fecha se le escribe ordenándole lo remita al gobernador delegado de la Provincia de

²¹¹ Terrade sería secretario del general Madariaga en su invasión a Entre Ríos de noviembre de 1852, haría una experiencia periodística con Marcos Sastre en Buenos Aires en 1854, y sería comandante militar de Patagones en 1860, desde donde escribe a Mitre -en 1861- ofreciéndose para combatir contra Urquiza en Pavón.

²¹² Manuel Leiva fue un político y comerciante con larga actuación en Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes donde ocupó cargos de oficial mayor, secretario, legislador, etc. Redactó periódicos contra Rosas en Corrientes. En 1849 recibió amparo de Urquiza en Entre Ríos, donde fue secretario y Juez. Benito Chaín (1801-1869) fue un estanciero y político uruguayo, hombre de confianza de Urquiza, con quien era socio en negocios y cuyos intereses representó en diversas negociaciones. Tuvo influencia política en Paysandú, donde fue diputado y Alcalde. Eulogio Redruello, entrerriano, cumplió funciones similares a Chaín en su provincia (diputado, hombre de de Urquiza en política y negocios, representante en negociaciones).

Entre Ríos. La resolución que he adoptado con dicho Terrada hace entender a todos que estoy dispuesto a castigar severamente a los que como él tengan una conducta indebida" (Bonastre, 1931: 383).

El reemplazo de Terrade no es documentalmente claro. Con las campañas uruguaya y de Caseros el lugar estratégico de Concepción del Uruguay había decrecido y por ese motivo no se ocupó Urquiza de asegurar un nuevo redactor en el periódico. Quienes se hallaban allí en condiciones de darle alguna continuidad eran Seguí y Sastre. Por el contenido de las cartas que hemos transcripto, quien estaba en Concepción del Uruguay en los últimos meses de 1851 habría sido Seguí, quien por lo tanto habría participado al menos como colaborador y censor. Sin embargo, un documento inmediatamente posterior a Caseros nos muestra que en esa ciudad estaba Sastre, en tanto no estaba Seguí (iba con el ejército como auditor) ni tampoco Terrade (ya vimos por qué). Sastre firma una proclama ciudadana de felicitación al vencedor de Caseros en febrero de 1852, en Concepción del Uruguay. Poco después pasaba a Buenos Aires, *La Regeneración* se sostuvo poco más y desapareció definitivamente. Se equivoca Zinny cuando afirma que cesó a fines de 1851. Lo corrige acertadamente Aníbal Vásquez cuando corre esa fecha hasta “mediados” de 1852, aunque sin dar precisiones. En su favor corre la colección de 150 números existente en el Museo Mitre. Ruiz Moreno (1952) publica un facsímil del suplemento extraordinario al N° 115 inmediatamente posterior a Caseros.

El Iris Argentino

El Federal Entre Riano debió sortear un inmediato sacudón luego del Pronunciamiento, cambiando de redactor y nombre. Severo González no publica el menor atisbo de crítica, da a imprenta todos los materiales del Pronunciamiento, pero tampoco escribe con entusiasmo, y de inmediato renuncia, pidiendo retirarse de la provincia, junto con el jefe de policía de Paraná, Hilario Lagos (Bosch, 1980: 171). La reacción de Urquiza fue benévola, pues era comprensible la actitud leal de estos dos porteños rosistas. Después de Caseros ambos volverían a constituirse en hombres del urquicismo. Sin embargo, de acuerdo con las reglas de juego, se busca de inmediato los puntos flacos del ex-redactor en su incoherencia, agachadas, deslealtad, etc. Así, el 18 de junio Leiva escribe desde San José a Galán (ministro del gobierno provincial y comandante militar de la ciudad de Paraná, encargado de afrontar la situación producida por las renunciaciones, y de controlar el periódico):

“Mi estimado amigo: Le remito a Ud. de orden del Sr. gobernador las cartas que se han hallado aquí de Dn. Severo González para que Ud. saque de ellas lo que sea conveniente publicar”.

Una de las primeras medidas después del cambio de redactor, fue dar nuevo nombre al periódico: *El Iris Argentino*. Borques da una curiosa explicación del cambio:

"Cuando Urquiza lanzó al país el pronunciamiento de 1° de mayo del 51, el Dr. Severo González redactor de *El Federal Entre Riano* que se publicaba en Paraná creyó que había llegado el momento oportuno de cambiarle el título y sin más le puso *El Iris Argentino*. Este cambio precipitado e inconsulto venía en cierto modo a frustrar los planes de Urquiza contrariando su política, porque es indudable que Urquiza se empeñaba en ocultar su plan premeditado contra Rosas bajo el denso velo de un secreto prudencial de combatirlo con sus propias armas e importaba la conveniencia política de mantener forzosamente ese título de *Federal* (...) se dirigió inmediatamente al Señor De María ordenándole cambiase el título de *El Progreso de Entre Ríos*, por el de *El Federal Entre Riano*" (Borques, 1919: 30 y 31).

Hecha la salvedad de los errores fácticos (pues González renunció antes del cambio de nombre), es absurdo pensar en ocultamientos después del primer cuatrimestre del año 51, pues nos hallamos en plena campaña de guerra. Es más interesante la explicación de Auza (1978a) (se buscaba dejar atrás un nombre ligado al rosismo). Auza (1978a) busca una metáfora en *El Iris* (pensado como el arco iris, en que caben todos los colores, el fin de la guerra). También es posible buscar dicha metáfora -y es posible pensarlo así a la luz del siguiente cambio de nombre- en la búsqueda de una expresión que identifique la construcción de la prensa moderna, la que se sostiene en la opinión pública. En este sentido *El Iris* puede ser la mirada con que cuenta la sociedad; el año siguiente se explicitaría como *La Voz del Pueblo*.

Resulta evidente la correlación temporal entre la desaparición del nombre en Paraná a fin de junio, su reemplazo en los primeros días de julio, la desaparición del nombre *El Progreso de Entre Ríos* en Gualeguaychú a fin de julio y su reemplazo por el nombre original del periódico de Paraná en los primeros días de agosto. No hay documentación que confirme o descarte si efectivamente la decisión del cambio en Paraná fue inconsulta o por orden de Urquiza. Que fuese inconsulta es dudoso porque difícilmente se hubiesen atrevido Pérez, Seguí o Sastre a cambiar el nombre de un periódico con nueve años de antigüedad si no fuese por orden de Urquiza, y en caso de haberlo hecho no hubieran salido tan bien parados, e incluso Urquiza hubiera podido restaurar la situación de inmediato en Paraná.

La hipótesis alternativa, de un cambio ordenado o autorizado por el general, habría podido obedecer a la intención de Urquiza de dejar constituido un nombre más moderno en la retaguardia, que exprese el espíritu de su futuro gobierno (fin de la guerra y las persecuciones), en tanto en el punto más cercano al frente -Gualeguaychú- mantiene el título que expresa la identidad faccional no sólo del ejército que dirige, sino de aquel que busca derrotar para luego incorporarlo masivamente a sus fuerzas (recuérdese que el ejército sitiador de Montevideo era el ejército federal, cuya retaguardia era Entre Ríos, y que Urquiza lo desbandará casi sin combate). *El Federal Entre Riano* era la voz de Urquiza como defensor del federalismo contra los unitarios desde 1842, y continuaba entonces en el sitio en que era más necesario, se había "trasladado" con

el jefe, como lo hacían todas las instituciones²¹³. Hay finalmente un motivo más: había que garantizar, simultáneamente al cambio, la coherencia. Si el "Washington sudamericano" pasaba a ser "el tirano Rosas", era preciso remitir la contradicción a una referencia superior (una norma a cumplir, una necesidad) que organizase coherentemente lo que parece irreconciliable. Por ejemplo: lo que permanece es la lucha por "el verdadero federalismo", traicionado por Rosas.

¿Quién reemplazó a Severo González luego de su renuncia y partida? Hay autores que afirman que en esta época lo redactó Seguí; Zinny (1868) asigna la tarea a Marcos Sastre y algunos mencionan a los dos. Pero hay elementos suficientes para descartar a ambos -en especial al primero de ellos- y puede hipotetizarse que fue -nuevamente- José Ruperto Pérez. En favor de esta hipótesis contamos el hecho de que reside en este período en Paraná, en tanto los otros dos no; también algunas cartas a Manuel Leiva en que aparece vinculado con la tarea periodística:

"Con un almú de agradecimientos devuelvo a V. el folleto *Cuestiones Nacionales* con que tuvo la bondad de favorecerme, por lo que pueda servir en ese destino a nuestro buen amigo De María: he hallado el que yo tenía y no quiero hacerme fuerte con lo ajeno por más tiempo. Me haría V. un gran servicio, si se dignase apuntarme en un papelito aquellas especies que en nuestro viaje me refería, sobre la historia del subsidio que recibe Santa Fe todos los meses de Buenos Aires, por supuesto desde su origen; no se tome el trabajo de coordinarlas, me basta que vengan sueltas porque luego recordaré todo como ya me lo ha referido V. La amable señora de V. y familia están sin novedad alguna" (Carta de Pérez a Leiva, 2 de agosto de 1851, cit. por Ruiz Moreno, 1952: 544).

También habla en favor de esta hipótesis la necrológica redactada por Evaristo Carriego en 1862 en *El Litoral* de Paraná. Carriego y Pérez tenían en común, en aquella época, no ser queridos por Urquiza. Fiel a las reglas del periodismo de época, Carriego destaca que Pérez fundó y redactó *El Iris Argentino*, desde donde redactó "ardientes polémicas contra Rosas" (Carriego y Zapata, 1895: 233-234). De su labor de poeta, sus cielitos en favor de Rosas o sus artículos laudatorios durante años, ni una palabra. Queda sin embargo la posibilidad de que Pérez estuviese acompañado: el prospecto de *El Iris Argentino* es firmado por "los redactores", en plural.

Sarmiento y Ascasubi

Los meses de la campaña del Ejército Grande aportaron otra novedad que -aunque en su magnitud cuantitativa como experiencia periodística ha sido un tanto exagerada- tiene mucha importancia histórica: la presencia de Sarmiento y su rol de "Boletínero del Ejército Grande".

Sarmiento se presentó ante Urquiza el 20 de noviembre de 1851²¹⁴. Allí tuvo su primer desencuentro con el jefe entrerriano, pues el astuto General le asigna un rol que no podría ser

²¹³ Había prestado juramento como nuevo gobernador en el Campamento del Calá (y no en la capital provincial). Hasta allí fueron los encargados de la ceremonia), etc.

²¹⁴ A comienzos de 1851 se hallaba aún exiliado en Santiago de Chile, donde el 20 de enero fundó el semanario *Sud América*. El 24 de abril publica "*La Regeneración*", diario de Entre Ríos, y en las semanas subsiguientes numerosos materiales que siguen con mucha expectativa la situación en el Litoral. Cuando cae el sitio de Montevideo, Sarmiento se embarcó hacia allí.

menor: "Boletín" (Ottolenghi, 1950: 122)²¹⁵, y el encargo de volver a Montevideo y comprar la que sería la imprenta volante del ejército. La que trae es sumamente moderna para su época, la de M. Bernheim, francés, quien luego de Caseros se radicaría en Buenos Aires. Con esta imprenta, Sarmiento redactó el *Boletín del Ejército Grande*, que comenzó el 11 de diciembre, y cesó con el número 26 del 12 de febrero de 1852, en el cuartel general de Urquiza en San Benito de Palermo (Sarmiento, 2004 [1852]). Este número 26 relata la batalla de Caseros, y dando por cumplidos sus objetivos, anuncia que desaparece.

La participación de Ascasubi en la prensa entrerriana comenzó el 1° de junio de 1851, cuando *La Regeneración* reprodujo un cielito patriótico suyo publicado en *El Comercio del Plata* de Montevideo cinco días antes. En los dos números siguientes también editaría versos suyos. El 17 de junio está en Concepción del Uruguay formando parte de la comitiva uruguaya que negocia y coordina el inicio de la campaña contra Oribe. Allí Urquiza lo invita a incorporarse con rango militar, pero con tareas adicionales de poeta de campaña. Los versos de Ascasubi tuvieron un enorme impacto entre los soldados del Ejército Grande, y cuando concluye la campaña de la Banda Oriental continúa escribiendo versos. De esa época data un presunto periódico de circunstancias del que no pudimos hallar evidencia alguna de existencia: *El Camuati*, que es mencionado por Zinny (1868: 66)²¹⁶. El único escritor en ese momento y lugar en condiciones de publicar la cantidad de versos necesaria para un periódico de esas características, era Hilario Ascasubi. Puede inferirse entonces que *El Camuati* pudo ser la reimpresión en forma de periódico de circunstancias, por la imprenta "Del Progreso" (o "Guauguaychú", nombre que reemplazó al anterior en 1851), de los compuestos de Guauguaychú. Es posible entonces que *El Camuati* haya sido el encabezado de un folleto, ya que uno de los cielitos más famosos de la Campaña del Ejército Grande comienza así:

"En el Ejército Grande
de este lao del Paraná,
quiero cantar un cielito
a Juan Manuel y allá va.

Ay cielo! del Camuati
ya se soltó el avispero,
y bien puede en estos pagos
cantar Paulino Lucero"²¹⁷.

²¹⁵ "Urquiza lo recibe fríamente, le reconoce grado y sueldo de teniente coronel y lo nombra 'Boletín del Ejército Grande de Sud América'. Escribe con sorna: 'Soldado con la pluma o con la espada, combate para poder escribir, que escribir es pensar; y escribo como medio y arma de combate, porque combatir es realizar el pensamiento'. Estas crónicas dieron lugar al libro: *Campaña en el Ejército Grande*" (Ottolenghi, 1950: 122).

²¹⁶ Zinny no menciona repositorio alguno en que pueda hallarse algún ejemplar del mismo. Tampoco aparece mencionado en las cartas de Leiva ni de Ángel Elías fechadas en esa época, datadas en Guauguaychú, ni tampoco por Borques (1919), autor del ensayo más completo que existe sobre la imprenta de los De María, con datos de primera mano, ni tampoco por el mismo Ascasubi, que estaba allí y en caso de no ser él el redactor al menos habría tomado nota de su existencia. A juzgar por la brevisima información que aporta Zinny, se trataría de una edición efímera, correspondiente a las semanas de la campaña en la Banda Oriental, o inmediatamente posteriores. Dice: "Periódico de circunstancias. 1851. Imprenta del Progreso. En verso (raro)" (Zinny, 1868: 66). Esta calificación ("raro") implica que es posible que el autor no haya tenido a la vista ejemplar alguno, sino que haya inferido su existencia por referencias en otras publicaciones o documentos. Existen otros casos de títulos registrados por Zinny que en realidad son modos abreviados de referirse a publicaciones sueltas.

²¹⁷ "Cielito Patriótico del Ejército Grande de Sud América compuesto por Paulino Lucero, para los valientes santafesinos". En: Fernández Latour de Botas, 1969: 166.

Al concluir los preparativos en Gualeguaychú y producirse la concentración en Punta Gorda, Urquiza dispone que en el ejército permanezca Ascasubi a sus directas órdenes, como ayudante de campo y con rango militar de teniente coronel de caballería. Por otra parte:

"(...) Instalado con sus prensas en la casa que había sido del general Santa Coloma [asesinado por los invasores] Sarmiento saboreó la popularidad durante la noche en que desfiló una manifestación que le dio serenata y lo vivió como defensor y amigo del pueblo de Rosario. Urquiza se disgustó con esto y se apresuró a hacérselo saber a Sarmiento. Fue Ascasubi, quien al día siguiente llegó del campamento, el encargado de anunciarle el mal humor del general, remitente de un misterioso y amenazante mensaje por mano de su ayudante Elías (...) Comenzaban a manifestarse los primeros síntomas de la fisura que se produciría entre Urquiza y sus aliados unitarios, a pesar de lo que sugieren los entusiastas versos de Ascasubi. Y fue de nuevo Sarmiento quien dio testimonio de ello en su crónica de la campaña: 'A Ascasubi le encargaba hacer versos gauchescos -escribe-, y le daba por ello dinero, y a mí me decía: '¡Este Ascasubi se cree que es él quien hace la campaña con sus versos!'. Servirse de dos y ajarlos: he aquí el sistema de los caudillos...'. Por cierto que estos comentarios intencionados los hacía Urquiza también sobre los boletines de Sarmiento" (Sosa de Newton, 1981: 151-153).

Sarmiento refiere también a otras anécdotas, como haber detectado una carta de un alto oficial urquicista que promete a un amigo que muy pronto Sarmiento, Ascasubi "y otros salvajes unitarios" estarían engrillados. Habría más motivos para el distanciamiento en los días siguientes a Caseros, incluso antes de que Sarmiento concluya el Boletín²¹⁸. Ambos, como Terrade, se transformaron en enemigos acérrimos de Urquiza. Ascasubi escribiría sus punzantes versos contra él hasta Pavón, momento en que se ensañó muy especialmente con Derqui. Luego se reconciliaría con el general, desde la distancia que permitía la finalización del conflicto y el estar suficientemente lejos de él. Sarmiento le ganaría las elecciones de 1868 y se reconciliaría visitándolo en San José en febrero de 1870, siendo éste último hecho uno de los catalizadores de la revolución y el asesinato del ya viejo general.

El impacto de los versos de Ascasubi nos sirve también para tener una noción de la importancia de la utilización por los periódicos de *cielitos*, versos *gauchi-patrióticos* y toda forma de literatura de transmisión cantada, recitada y en general memorizada de acuerdo con la memoria narrativa oral de los sectores populares. Leguizamón (1926) recuerda referencias orales:

"Los compuestos del payador gauchesco durante la campaña contra Rosas -escribe Leguizamón- eran más populares que los boletines de Sarmiento en el ejército de Urquiza. He oído recitar muchos años después trozos enteros a heroicos veteranos, como aquella sabrosa relación del 'barco tamañazo que tenía de largo como dos tiros de lazo', y reír a sus anchas con las ocurrencias del feliz picaresco trovero. Y era digno de admirar cómo se enardecían los viejos guerreros y cómo gallardeaban el cuerpo curvado por los años y las gloriosas cicatrices, cuando el más anciano de todos, que había mandado la carga famosa de las altaneras caballerías que destrozaron la vanguardia de Rosas en los campos de Alvarez, se puso de pie para recitar coplas ardientes del cielito de Ascasubi, que cantaron los soldados en torno del fogón la víspera del entrevero, mientras afilaban las moharras de las lanzas" (Leguizamón, 1926: 255).

²¹⁸ Sarmiento critica los manejos discrecionales de Urquiza, su comportamiento caudillesco y especialmente la continuación de la obligación de portar la divisa rojo punzó una vez tomado el control de Buenos Aires, exiliándose de inmediato. Ascasubi lo hizo por las mismas razones y porque fue relegado por Urquiza en el decreto de reparto de dinero como premio por el desempeño de sus jefes militares: recibía diez mil pesos, en tanto Vicente López y Planes recibía doscientos mil, los coroneles Escalada, Flores y Frías cien mil, etc. El decreto completo es reproducido en Ruiz Moreno (1952).

2.4. El saldo periodístico de una época: modelos sui generis entre el legado español, la experiencia de guerra y la emulación de modelos europeos

Entre 1810 y 1852 el periodismo rioplatense atravesó una veloz y compleja transformación. La Primera Junta que asumió la responsabilidad de gobierno a partir del 25 de mayo de 1810 heredó una breve tradición de periodismo impreso rioplatense: el semanario que honraba las ideas y tareas de la Ilustración, y la gaceta de Estado. El gobierno patrio honró ambas permitiendo la continuidad del *Correo de Comercio* y fundando la *Gazeta de Buenos Aires*. Pero rápidamente surgieron nuevas expectativas de renovación de la función de la prensa tanto en el gobierno como en el conjunto de la elite letrada. Por un lado, rápidamente se ensayaron normativas para reglamentar una libertad de imprenta mucho más amplia que la imaginada en los tiempos coloniales. Por otro, tanto las expectativas de la nueva elite funcionarial como las necesidades diplomáticas de obtención de reconocimiento diplomático por distintas potencias llevaron pronto a ensayos de pluralidad de voces, e incluso pluralidad de regímenes de propiedad de los periódicos: desde 1812 se ensaya lo primero y desde 1815 lo segundo, como hemos visto en la sección correspondiente al trimestre alvearista. Las prácticas de prensa, sin embargo, mostraron un derrotero propio, cuyo resultado no fueron ni la continuidad del modelo español, ni la puesta en marcha de los deseados modelos de prensa moderna europea o norteamericana, sino un sistema de periódicos con grandes esfuerzos de emulación de los modelos de referencia, pero completamente en manos del aparato estatal y por ello sujeto a los problemas que este arrastraba en su proceso de conformación en medio de la guerra de independencia primero, y de las largas guerras civiles luego.

Si bien el derrumbe del aparato estatal heredado de la Colonia fragmenta la autoridad política en unidades soberanas unidas en una tenue Confederación (con excepción de la efímera presidencia Rivadavia en 1826-27), la prensa periódica amplía su desarrollo en la década de 1820. En Buenos Aires, la presencia de periódicos no oficiales deja de ser excepcional, para mantenerse en forma regular, primero cuando se expresa una fuerte reacción contra la reforma eclesiástica, y sobre todo a partir de 1823, cuando se formaliza la presencia de un bloque parlamentario opositor. El periodismo y la imprenta continúan un proceso expansivo incluso en las década posteriores, aunque a partir de 1832 y sobre todo de 1835 la anulación del disenso político y la creciente militarización de los enfrentamientos entre las grandes facciones que luchan por el poder elimina el debate político regular entre periódicos de una misma ciudad, manteniéndolo, enmarcado en recursos retóricos muy militarizados, entre periódicos que se editan en ciudades controladas, respectivamente, por el enemigo.

Esta notable restricción de la actividad libre de la prensa en el campo de la esfera política no impidió que imprentas y periódicos continuaran su expansión y modernización en el resto de sus funciones (información comercial y de actos de gobierno, divulgación científica y literaria, avisos, comentarios de costumbres, etc.), su tecnología, calidad tipográfica, regularidad, simultaneidad y duración de cada periódico, etc., en un despliegue notable cuyas consecuencias se notarán en la década de 1850, cuando las restricciones políticas sean parcialmente eliminadas.

En este período se produjo, además, la llegada del periodismo al Interior. Descontando el ingreso de imprentas con ejércitos a fines de la década de 1810, es desde 1820 cuando nace el periodismo en las provincias interiores, primero en Mendoza, poco después en Tucumán, Entre Ríos, Córdoba, Salta, San Juan, Santa Fe y Corrientes. Con excepción del caso de la Imprenta de Escalante en Mendoza, todas las experiencias fueron estatales, y el uso de los periódicos mostró una creciente militarización hacia fines de la década de 1820 y comienzos de la de 1830, así como durante la invasión de Lavalle entre 1840 y 1842.

Hacia fines de la década de 1840, en cambio, se nota un renacimiento periodístico significativo que, si bien no estaba al margen de las maniobras de confrontación, realizó una significativa modernización de equipos, periodicidades, duraciones, secciones y contenidos, acercándolos a los que se disponía en Buenos Aires. Tal proceso se notó sobre todo en el progresista gobierno de Urquiza a partir de 1848, pero también en Santa Fe, Corrientes, y en menor medida, en Mendoza.

La completa territorialización del combate periodístico -periódicos sólo de la facción en el poder en un territorio- llevó a toda una generación porteña a forjarse en el periodismo en el destierro. Montevideo fue el principal centro de sus actividades, y lugar de algunos de los periódicos decisivos como *El Nacional* o el *Comercio del Plata*. Pero en Chile se forjaron el periodismo algunas de las figuras clave de la segunda mitad del siglo: dos presidentes -Mitre y Sarmiento- así como también Alberdi, Tejedor, Luis L. Domínguez, entre otros. La más temprana consolidación institucional chilena facilitó el contacto con un periodismo todavía dependiente de las decisiones de Estado y donde el Ministerio del Interior cumplía un rol importante, pero donde a su vez las imprentas dependían de capitales particulares y mostraban capacidad de lucro en la suma de impresiones periodísticas, atención a particulares y otros emprendimientos editoriales como los que dieron prosperidad al español Rivadaneira junto a la experiencia del primer *El Mercurio*. A su retorno del destierro, figuras como Mitre y Sarmiento habían acumulado recursos y experiencia suficientes como para intentar los primeros ensayos de autonomía periodística respecto del Estado.

Por último, debe notarse que, en el territorio argentino, con una u otra estrategia desde el poder, la prensa pertenece aún, plenamente, al ámbito de lo estatal. Esta condición facilitó al nuevo poder político porteño surgido de Caseros primero, y de la revolución del 11 de septiembre de 1852 después, la anulación de los vestigios de prensa favorable a Rosas o al federalismo de las provincias interiores, y su relativamente cómodo remplazo por una prensa afín, pues bastaron medidas administrativas para hacerlo, en tanto que la prensa subsiguiente, entregada a particulares, comenzó a sostenerse en otro marco de reglas.

Sin embargo, ni la rapidez de su anulación ni su carácter estatal significaron atraso en aquellos aspectos que no fuesen la privación de la libre crítica al gobierno que caracterizó al período del segundo gobierno rosista. Esta prensa pudo, por el contrario, avanzar en equipos, procedimientos de gestión, atención privada y con lucro a particulares con diversos servicios paralelos a la impresión de periódicos, financiación con suscriptores y avisos de la información mercantil o de otros conocimientos útiles (como las colecciones por entregas de datos médicos o partituras musicales, entre otros), mejoras en la variedad y estabilidad de secciones acordes a la oferta del periodismo europeo de su tiempo.

Esta modernización será ampliamente aprovechada una vez liberadas las energías del debate faccional por la prensa y la propiedad particular de periódicos a largo plazo -más allá de su dependencia del Estado por mucho tiempo aún- sobre todo en la prensa de Buenos Aires. La irrupción de Urquiza, por su parte, concentrando una enorme e inigualable riqueza en el Litoral junto a un poder político y militar incontestable, habilitó una nueva forma *sui generis* de despliegue periodístico en el que se combinaron decisiones desde el rol de gobernante sobre el presupuesto público con decisiones como hombre de recursos particulares para el sostén de los periódicos nominalmente en manos privadas, colaborando en la construcción de un muy particular periodismo en las provincias interiores en la década siguiente a Caseros.

**3. DE CASEROS A PAVÓN:
NUEVOS MODELOS Y FUNCIONES PARA EL PERIODISMO
ARGENTINO (1852-1862)**

3. De Caseros a Pavón: nuevos modelos y funciones para el periodismo argentino

3.1. Un período decisivo de transición económica y política: 1852-1861

Tras la resolución de la crisis europea de 1848, el capitalismo entró en una etapa de rápido crecimiento y expansión (Hobsbawm, 1998b), cuyos alcances afectaron a la región del Río de la Plata. La enorme expansión del mercado capitalista -producto de la primera revolución industrial, de la expansión colonial y de las transformaciones políticas de Europa- amenaza, transforma y/o aniquila formaciones sociales completas²¹⁹, incorporándolas a la nueva división del trabajo y permitiendo a las clases dominantes de las naciones devenidas periféricas, encontrar en ella un lugar conveniente para sí y para el conjunto nacional organizado bajo su hegemonía. En la Argentina, la burguesía comercial portuaria y la burguesía terrateniente habrían de dar forma y sentido al Estado moderno en construcción y al modelo económico agroexportador, primero a través del cuero y el sebo, más adelante -desde fines de la década de 1840- de la lana y, finalmente, ya en las décadas de 1870 y 1880/90, de la producción agraria cerealera y de la carne conservada en frío, respectivamente. Esta expansión de la economía agroexportadora fue clave en el enriquecimiento diferencial de Buenos Aires sobre las demás provincias desde la década de 1820, pero también del acelerado proceso de enriquecimiento de la región Litoral en las décadas siguientes. Permitió además plantearse una vinculación más profunda y activa con el mercado de bienes industriales, ampliando la actividad mercantil de la burguesía porteña, y permitiendo a los productores de todas las regiones soñar con el trazado de ferrocarriles y telégrafos, la ocupación de áreas despobladas o aún no controladas por el Estado y el aumento del volumen de moneda circulante, temas que obsesionaron a la elite. También comenzaba a esbozarse el potencial de la producción cerealera, que se desplegaría en forma efectiva en el período siguiente. Se produciría también un aumento del flujo inmigratorio, aún no en la escala del período siguiente, pero sí suficiente como para ampliar la disponibilidad de mano de obra especializada, fenómeno especialmente notable, por cierto, en el rubro de las imprentas y periódicos.

Así, hacia comienzos de 1849, fecha en que se hace notoria la situación de fractura de intereses y preparación del conflicto entre el gobierno de Buenos Aires comandado por Juan Manuel de Rosas y el de Entre Ríos comandado por Justo de Urquiza, el territorio y pueblo de la actual República Argentina se hallaban ante la posibilidad, la necesidad y aún la obligación de redefinir su relación con un mundo en proceso de profundo y acelerado cambio. Toda esta veloz transformación interna y externa,

²¹⁹ La falta de modernización era potencialmente muy peligrosa, incluso catastrófica en el marco de un sistema de Estados en expansión industrial: no sólo acelera la competencia en las conquistas coloniales y territoriales, sino que transforma las relaciones de producción y las condiciones de vida en la periferia; el trazado de vías férreas se convierte en un tema actual; los veleros y paquebotes se convierten en "vapores"; la demanda de bienes atrae gran cantidad de comerciantes; los ejércitos se modernizan y transforman en tecnología y en estrategias basadas en la industria. El aspecto militar de esta revolución tecnológica es el primero que se notó con claridad, en los años '60 y '70: Prusia liquidó al Ejército francés en treinta días, los yankees aplastaron a los confederados; pero la suerte de aquellos que permanecían totalmente afuera de la modernidad (Oeste norteamericano, África, Sudeste asiático) fue mucho más trágica. En Argentina, Uruguay y Paraguay las guerras liquidan modos de supervivencia económica completos, y con ello grupos sociales y su cultura.

planteaba a las elites de la Confederación Argentina el dilema del modo en que habría de producirse la necesaria modernización, la organización nacional y la incorporación al mercado mundial. Existía un amplísimo marco de coincidencias entre todos los actores, expresado en libros, artículos, proclamas y cartas: había que organizar políticamente al Estado, unificar y estabilizar su autoridad, su capacidad de defensa, su moneda, su aparato diplomático, en un mundo en que las naciones “primitivas” podían ser absorbidas por los crecientes imperios coloniales con excusas más o menos creíbles (Hobsbawm, 1998). Había por lo tanto que deponer los odios basados en la lógica puramente faccional, superar las divisiones, atraer la inmigración, promover la instrucción pública, trazar las obras de infraestructura fundamentales (ferrocarriles, marina mercante, caminos, sanidad, escuelas, etc.), favorecer, en resumen, la incorporación del país al concierto de naciones “civilizadas” y el comercio como fuente de prosperidad en él.

Existían, al mismo tiempo, unos pocos pero muy profundos puntos de confrontación y disputa: el problema de la aduana del puerto era el principal: Buenos Aires reservaba para sí toda la recaudación fiscal del comercio exterior, lo que multiplicaba los efectos del desarrollo agrario diferencial entre las tierras fértiles bonaerenses cercanas al puerto, las tierras del Litoral y las del Centro y Oeste del país; le seguía la existencia del sistema piramidal de lealtades político-militares que se había constituido entre el derrumbe del virreinato y el nacimiento de la época de las autonomías provinciales comandadas por caudillos, que provocaba la superposición y contradicción entre mecanismos radicalmente distintos de legitimación. Se manifestaban, finalmente, pujas de intereses económicos como consecuencia precisamente del desarrollo diferencial y la situación de la aduana porteña: en las provincias litorales, la libre navegación de los ríos aparecía como bandera sostenible; en el Interior, la política de relación con los países vecinos generaba otras tensiones.

Rosas había manejado con maestría un equilibrio inestable, probablemente insostenible a largo plazo, en el que parte de estos conflictos quedaba atenuada: representante orgánico de los intereses de los ganaderos y chacareros de la rica franja rural de la provincia de Buenos Aires, expresaba en su liderazgo la alianza de intereses entre esta joven clase y la burguesía comercial porteña. Era, a su vez, jefe político del federalismo, y por lo tanto cabeza de una compleja estructura piramidal de equilibrios, pertenencias y contrapesos entre los poderes provinciales nacidos durante las guerras civiles, así como el arco social de sectores populares de Buenos Aires, tanto rurales como urbanos, reconocidos en su adhesión al Restaurador como sujetos activos de la legitimación electoral, destinatarios posibles del discurso de la prensa periódica federalista y beneficiarios, en su nexo con el Estado, de un lugar económico, político y simbólico impensable bajo el proyecto de los “unitarios”. Este complejo equilibrio, sin embargo, encontrará su punto de inflexión y crisis precisamente en las consecuencias de su exitosa vinculación con el mercado mundial: habrá serias tensiones con el Litoral, las que serán

decisivas para que un heterogéneo conjunto de intereses se articule en una efímera pero exitosa alianza contra Rosas. Por ello, junto con la transformación acelerada del mundo europeo desde 1848, se producía -por otros motivos- el fin del régimen rosista. Fue cuestión de tiempo (1847-1851), que los oponentes de Rosas acumulasen fuerzas y se uniesen, con el único motivo de derrocarlo, en torno de la figura militar exitosa y consolidada en su poder (Urquiza), aunque sus motivaciones fuesen contradictorias. Pero al hacerlo, hicieron estallar el equilibrio de fuerzas existente hasta entonces, iniciando un período nuevo. Ante ello, la prensa periódica atravesará cambios igualmente críticos.

3.1.1. ¿Por qué se trata de un período *decisivo* de transición?

Si bien esta tesis considera los poco más sesenta años transcurridos entre el *Telégrafo Mercantil* de 1801 y la reorganización del periodismo nacional en los primeros años de la década de 1860, como un gran proceso de transición en sí mismo entre el surgimiento de la prensa periódica y su consolidación como práctica típica de nuestra modernidad, resulta notable el salto que se incuba con los cambios de los últimos años del rosismo (1848-52), y se pone en marcha inmediatamente después de la caída de Rosas. Urquiza intentará, en más de un aspecto, desactivar los aspectos comunicacionales del régimen rosista que más resentimiento causaron en gran parte de la población: retiró los “Mueran” de las consignas obligatorias, amnistió ampliamente a sus derrotados en Uruguay y en Buenos Aires, habilitó la democracia parlamentaria sin requerimiento *sine qua non* de unanimidad, permitió la prensa libre. Pero por otra parte, intentó dar continuidad a otros: conservó el requerimiento de la divisa punzó, dispuso la publicación de un diario oficial en Buenos Aires, conservó, incluso, a los mismos periodistas rosistas que lo combatieron hasta pocos meses antes (como Federico de la Barra, cuyo rol sería clave tanto en el sitio a Buenos Aires de 1852-53 como en la prensa rosarina), e intentó que el pluralismo parlamentario se mantuviese, lo mismo que los debates de prensa, dentro de un marco de posibilidades y límites fijados por su propio gobierno. Estos esfuerzos, tanto como los de lograr un acuerdo constitucional que garantizase la sumisión de Buenos Aires a la hegemonía de las demás provincias mayoritarias en número -con las implicancias fiscales, económicas y políticas del caso- hallaron crecientes dificultades. Si al comienzo Urquiza logró contenerlas -dando un golpe de Estado y asumiendo personalmente la gobernación de Buenos Aires, cerrando todos los periódicos menos el oficial para acallar las voces opositoras o satíricas más virulentas- pronto se vio desbordado por las circunstancias: la revolución porteña del 11 de septiembre de 1852 testimonió el colapso de su estrategia inicial. Desde entonces y hasta finales de 1861, un doloroso empate entre Buenos Aires, por un lado, y el resto de las provincias, por el otro, impidió llegar a acuerdos o resolver el conflicto con la victoria de uno u otro bando. La separación de hecho fue el modo de aguardar la resolución. En su transcurso, grandes cambios se sucedieron: la economía entró en su máximo auge ganadero, y comenzó a esbozarse la posibilidad de un futuro gran auge agrícola. La economía de la región

pampeana prosperó más que nunca, y el contacto con el mercado mundial potenció ese progreso gracias a las nuevas tecnologías que décadas más tarde transformarían el mapa nacional: ferrocarriles, mejores barcos de alta mar y de cabotaje, telégrafos, armas que tornarían obsoleta la eficacia militar de los malones y de las caballerías. En política también se vivió una década de transición: la formación de una élite parlamentarizable en Buenos Aires entró en contradicción con las prácticas, proyectos y modos de la élite política que intenta constituirse -y constituir un proyecto y viabilidad propios- entre las provincias interiores, que también forma parlamentos activos, pero cuyo poder y autonomía se encuentran notoriamente por debajo de la estructura piramidal de poderes ejecutivos nacional, provinciales y locales, poco diferenciados todavía en sus aspectos político y militar, y donde gobernadores con amplio control territorial eran a su vez oficiales de ejército con pertenencia al menos nominal a una cadena de mandos pretendidamente nacional. Las partes se manifiestan constantemente amenazadas por los modos de legitimación de la otra, y en la búsqueda de resolución rápida de la contradicción, -que lleva a varios errores graves de estrategia y táctica a ambos bandos- y el mutuo sentimiento de amenaza, así como su alta conflictividad, muestra que la transición está lejos de resolverse por medio de la integración de los proyectos. Por otra parte, en esta década será imposible sustraerse a la presión del mercado mundial y su impacto en la configuración de las élites económica, política y cultural. No se trata sólo de conformar un sistema económico viable y sostenido desde un aparato estatal sólido (capaz de emitir papel moneda, contar con un régimen fiscal regular, legislación estable, infraestructuras, seguridad territorial), sino de mostrar disposición a formar un Estado con las características “canónicas” reconocible por las potencias europeas: con un poder estable, autoridades legítimas según un régimen aceptado en su país, aparato diplomático, libertades de comercio y prensa al menos para los comerciantes europeos, ejército único con control territorial, etc. De allí que ante la imposibilidad de resolver de inmediato la Organización Nacional por triunfo o por acuerdo, ambas partes trabajaron sistemáticamente para dar señales de viabilidad, estabilidad y capacidad de inserción diplomática en el mundo, buscando inclinar así la balanza no sólo de posibles aliados internacionales sino también de la propia opinión pública en el país.

Por lo tanto, un conflicto central comienza y termina en los límites del recorte temporal elegido: la tendencia a la organización económica e institucional del país atravesada por la fractura entre dos ejes de poder y de intereses contrarios: la rica provincia de Buenos Aires, y el conjunto de las provincias interiores agrupadas en la Confederación con capital en Paraná. Es una lucha frontal por la hegemonía en la constitución de un Estado nacional que garantizará una articulación con el mercado mundial y con el concierto de naciones modernas. La lucha concluye con la victoria de Buenos Aires, pues la diferencia en grado y velocidad de desarrollo entre ambos contendientes es tan abismal que resulta imposible a la Confederación presentar un frente común sólido y en condiciones de realizar por sí sola

la modernización e inserción internacional del Estado, así como someter militarmente a Buenos Aires. Este período es pues, caracterizable como de transición, constituyendo una bisagra entre la caída del modelo expresado por el régimen de Rosas y la definitiva hegemonía de Buenos Aires sobre el Interior lograda luego de la batalla de Pavón. Su eje principal es el control de la aduana del único puerto, y por tanto a los beneficios de la renta agraria: Buenos Aires defiende su apropiación exclusiva -siendo el más importante generador de esa renta- en beneficio de su crecimiento diferencial en la Argentina, con un corolario clave: la perspectiva de hegemonizar la inserción de la Argentina en el mercado mundial. El Interior, en cambio, promueve la nacionalización de la aduana en beneficio de la capitalización industrial en el Interior (infraestructura, vías de comunicación, poblamiento, minería, producción local de bienes, etc. etc.) buscando lograr así un crecimiento y acceso al mercado mundial menos desiguales, con un corolario antagónico al anterior: siempre y cuando la nacionalización de esa aduana sea hecha por un gobierno nacional hegemonizado por las provincias.

La posición del Interior tenía dos grandes variantes: la de los intereses ganaderos del Litoral, y la del resto de las provincias, no cercanas a ríos con salida al mar. En la primera (Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe), los hacendados enriquecidos lideraban el reclamo de reglamentación de la libre navegación fluvial para asegurar el comercio internacional a estas provincias, reclamo que Urquiza satisfizo apenas triunfó, aunque de todos modos los conflictos por el poder político provincial se mantuvieron presentes, sobre todo en Santa Fe. En el resto del Interior, por su parte, la distancia a los puertos con salida a ultramar era mayor, y la capacidad de recaudación fiscal de esas provincias, notoriamente menor, en tanto la volatilidad de alianzas para la lucha por el poder provincial era muy alta y no exenta de alzamientos, derrocamientos, conspiraciones, etc. Tal ámbito fue propicio para un constante esfuerzo tanto por parte del presidente Urquiza como de los sucesivos gobiernos porteños por ganarse aliados: a los simpatizantes de una y otra facción se agregaban, entonces, las alternativas de una modernización que priorizase la hegemonía del Interior sobre la aduana porteña, la extensión de la navegabilidad de los ríos de la cuenca del Plata hacia el Interior profundo (Salado, Bermejo, Pilcomayo), la mejora de caminos, etc. (estrategia de la Confederación) y una modernización que priorizase la hegemonía porteña, la apuesta por el más rápido trazado de vías férreas y la extensión de instituciones bonaerenses ya logradas (como un papel moneda viable y aceptado por la población). Esta tensión favoreció a Buenos Aires: mientras esta provincia debía asegurar su separación y crecer por su cuenta, Urquiza tenía en sus manos un trabajoso esfuerzo de articulación de intereses entre trece provincias sobre las cuales su control era muy relativo, y la mayoría de las cuales no producía recursos fiscales adecuados a un proyecto de modernización nacional. La confianza de las elites económicas locales en el triunfo de la Confederación decayó paulatinamente, pero más aún lo hizo su confianza en el logro de una estabilidad y paz necesarias para liberar las energías económicas a largo plazo, en un

contexto de instalación de gobernaciones autoritarias muy conflictivas, conatos de violencias y derrocamientos, etc. La Constitución Nacional de 1853, indica Oddone (1967: 270-274), muestra perfectamente la forma en que fue zanjado el viejo pleito. Las provincias mediterráneas (proteccionistas) se aseguran libertad para darse gobiernos e instituciones propios; imponen la distribución de ingresos aduaneros y, por medio del artículo 9°, participan en el mecanismo que fija las tarifas aduaneras, llave del proteccionismo. El Litoral (librecambista) consigue libre circulación de mercaderías (Arts. 9°, 10° y 11°). Las provincias litorales adversas a Buenos Aires ven salvado su comercio por la libre navegación de los ríos interiores y abolición de preferencias portuarias (Arts. 26 y 12). Pero si Buenos Aires no estaba en condiciones de imponer la nueva Constitución, sí lo estuvo de defender su poder económico y su peso demográfico en el país, conservando el control de su aduana hasta bastante después del período que estudiamos. Frente a ello, aunque las diferencias entre el Litoral y el resto del Interior eran importantes, durante los años '50 tendieron a hacer un frente político común contra Buenos Aires.

El problema de la aduana, más allá de algunas soluciones parciales (libre navegación de los ríos interiores por buques extranjeros), pronto se muestra irresoluble si no es a través de la conformación de un gobierno que sostenga los intereses del propio bando. Ninguna de las partes puede ceder, porque ceder y la derrota total eran vividos como sinónimos. Se tornan inescindibles la solución económica y política de la cuestión: ningún grupo político está en contra de la conformación de un Estado nacional, que ya se presenta en el contexto internacional como una cuestión de supervivencia frente a la nueva oleada colonialista. Lo que se pone en juego es si el gobierno nacional lo dirigirá Buenos Aires o lo harán las provincias. Y dado que la base económica de tal problema (aduanas) es irresoluble por consenso a la vez que no existe una clara supremacía militar de alguno de los bandos²²⁰, el conflicto se sintetiza, en una desesperada búsqueda político-económico-militar de legitimidad²²¹.

3.1.2. La dimensión económica de la transición

Desde el punto de vista económico, con la entrada del mundo industrializado en “era del capital” (Hobsbawn, 1998) y el nacimiento de la división internacional del trabajo en la era industrial, la economía argentina pudo superar los efectos de la decadencia del comercio de tasajo, de las guerras y los bloqueos navales, para expandir a niveles nunca vistos la exportación de cuero y lana. Esto abrió una tendencia decisiva hacia la expansión de la frontera agraria, y sentó las bases de la modernización. Pero su forma definitiva (hegemonía porteña sobre el conjunto de las provincias, trazado de la red ferroviaria entre el puerto de Buenos Aires y el Interior, revolución cerealera, emisión de papel

²²⁰ Desde la revolución del 11 de septiembre de 1852, y sobre todo luego de la fracasada campaña de sitio a Buenos Aires en 1853, quedó claro que la superioridad militar de las Montoneras y de la caballería federal en los campos de batalla comenzaba a chocar con la incapacidad de superar las defensas de una infantería bien atrincherada, de lograr el completo dominio de los ríos y de resistir la enorme capacidad corruptiva del poder económico y financiero porteño.

²²¹ La legitimidad del proyecto confederal será el tema fundamental de la prensa de la Confederación en esos años.

moneda válido para todo el país) tomará forma en el período siguiente, después de 1861. Considerada la dimensión económica del período que estamos analizando, su incidencia en la resolución del conflicto que lo caracteriza es importante, pero en gran medida con carácter potencial. ¿Por qué potencial? Porque en 1861 aún no se había iniciado el alambrado masivo de campos, ni el tendido en gran escala de vías férreas, ni la inmigración masiva, ni la cruce sistemática y mejora de razas ganaderas, ni la siembra de trigo en gran escala, ni la extensión al Interior de la revolución del merino, ni la estabilización definitiva de la propiedad privada de la tierra (Giberti, 1961; Scobie, 1964, 1968; Oddone, 1967; Halperín Donghi, 1982, 2005; Sábato, 1989; Cansanello, 1998; Ozlak, 2009).

Todos esos elementos, sin embargo, se hallaban a la orden del día desde aproximadamente 1857. A esto se debía en gran medida la urgencia de Urquiza por saldar la incorporación de Buenos Aires: sólo Buenos Aires podía brindar en el corto plazo las herramientas financieras y diplomáticas para una integración acelerada con el mercado mundial, y la capacidad económica y de infraestructura para poder incorporar cada uno de dichos elementos. Como la situación se hacía más y más urgente, en 1861 la percepción más generalizada en las elites del Interior -incluso en Urquiza- era que no había más que hacer: sostener el bloque político del Interior contra Buenos Aires se demostraba inviable, además de un absurdo para la clase propietaria de tierras, porque impedía el rápido acceso a las posibilidades de la revolución agraria.

Algunos indicadores de la transición económica

A la caída de Rosas, la industria saladeril por años en crisis se recuperó y volvió a aportar grandes riquezas a sus propietarios, no sólo de Buenos Aires sino también de las zonas cercanas a los grandes ríos del Litoral (incluyendo también la República Oriental del Uruguay). Sin embargo, la propia dinámica del mercado mundial amenazaba con una crisis aún mayor: la decadencia de la esclavitud ponía en riesgo de muerte en plazo breve a toda la industria. Soluciones alternativas como mejorar el tratamiento de las carnes para conservar el consumo en las clases bajas inglesas o entre los marineros de alta mar, no reemplazaban aún lo que se perdía. De algunas alternativas se hablaba ya en los primeros años cincuenta, pero fue una de ellas la que revolucionó la campaña bonaerense en esa década: la cría y comercialización de ovejas merino, para colocación de lana en el mercado textil inglés. Horacio Giberti sintetiza algunos datos sobre esta revolución:

"En 1850 habían salido del país 7.681 toneladas de lana, cantidad casi cinco veces superior a la de una década atrás; sin embargo, en 1855 se exportaron 12.455 t. y tres años más tarde se llega a 18.950. Durante 1875 los embarques alcanzaron a 90.720 t." (Giberti, 1961: 153).

Este enorme aumento de las cifras de exportación de lanas era acompañado por cambios muy bruscos en cuestiones vinculadas con ellas: aumento del precio de la oveja en pie, corrimiento masivo de estancieros y hasta habitantes de la ciudad hacia el negocio, expansión de la frontera ganadera a partir

del mecanismo de "apertura" del campo para las ovejas por medio del previo avance del vacuno que elimina los pastos blandos, etc. Esto a su vez presiona sobre la política estatal en pos del freno a las invasiones de los malones, lo que equivale a decir, en pos del fin de la guerra civil en Argentina.

Buenos Aires mostraba también las ventajas de una economía sólida con pautas institucionales claras: banco, moneda, crédito, vinculación con el mercado europeo, y aparecía a la vanguardia de la incorporación de los otros elementos novedosos:

- **Alambrados:** Sarmiento fue el gran publicista de la necesidad -y especialmente de la posibilidad- de alambrar, durante los años '50. El primer alambrado fue instalado en 1845, por un estanciero inglés que intenta su difusión desde entonces. En 1855 se realiza el segundo alambrado importante, que destaca sarmiento en *El Nacional* del 13 de enero de 1858, por D. Francisco Halbach, en la estancia "Los Remedios". Dice Noel H. Sbarra:

"... el de 1855 es el 'año del alambre'. Por primera vez en los anales de nuestro comercio exterior figura como artículo de importación: por la aduana de Buenos Aires entran 578 rollos y 9.080 quintales, que en total representan la suma de 857.000 pesos. Es corriente ver ahora entre las cargas de los barcos de ultramar los rollos de alambre consignados a distintas casas, mezclados con pipas de vino, cajones de ginebra, latas de sardinas, cajas de pañuelos pintados, etc. (...) Y aparecen en los diarios avisos de este tenor (...) Alambre galvanizado (...) Grampas para cercar (...) Hasta que en la Ley de Aduana de 1857 hace su aparición el 'alambre para cercar' como sujeto al pago de un impuesto igual al cinco por ciento de su valor" (Sbarra, 1973: 64-65).

- **Ferrocarriles:** ya a mediados de 1853, apenas concluido el sitio de Hilario Lagos, comienzan las iniciativas para construir un sistema ferroviario. En 1857 se inaugura la primera línea, y en 1860 se han instalado ya 39 km de vías férreas en Buenos Aires, y ninguno en el resto del país.

"La primer línea ferroviaria se inauguró el 30 de agosto de 1857, con gran despliegue. (...) Durante 1857 y en sólo 4 meses, el Ferrocarril del Oeste transportó 56.190 pasajeros y 2.257 toneladas de carga. En 1858 -año completo- aumentó a 185.566 pasajeros y 6.747 toneladas. En 1859 esas cifras llegaron a 278.881 pasajeros y 13.244 toneladas de carga" (García Costa, 1971: 42).

- **Maquinaria:** en 1841, por ejemplo, ingresa a Buenos Aires, por pedido de Rosas, una imprenta Hoe movida a vapor. En el período que estudiamos ingresaron máquinas para diversos usos, cosa excepcional todavía en el Interior. El ingreso masivo de maquinaria es, sin embargo, posterior.

- **Inmigración:** la población extranjera era en el Buenos Aires del censo de 1855 aproximadamente la mitad de la población. La gran ola inmigratoria comenzaría en la década siguiente, para alcanzar su clímax después de 1870. En el Interior se realizan enormes esfuerzos para presentar una imagen tentadora para la inmigración y capacidad de recibirla. Pero sólo cuando la hegemonía porteña y el gran desarrollo agrícola ganadero junto al ferrocarril y la pacificación de las fronteras hicieron lo suyo comenzó a ingresar masivamente población europea al Interior (Scobie, 1968: 39-40 y 147-149).

- **Capitales:** mientras la Confederación desespera por lograr créditos leoninos de Brasil, Londres o cualquier otra parte, incluyendo prestamistas privados argentinos, Buenos Aires no sólo ha financiado con emisión de papel moneda y bonos la guerra, sino también el ferrocarril, la construcción

del puerto y el edificio de la aduana y la red de alumbrado público a gas, entre otras obras importantes (Bosch, 1980; Scobie, 1964).

En el Interior también podemos encontrar algunos progresos, como la aparición de la primera máquina segadora en 1857, en las cercanías de Rosario, o la construcción de un moderno puerto en Rosario o los primeros colonos en Entre Ríos²²² y Santa Fe. Pero su condición pionera, tardía respecto de Buenos Aires, mostraba las terribles carencias económico-financieras del Estado confederal para asegurar esta tarea en los volúmenes que necesitaba. En lo que hace a la apertura de vías de comunicación:

"Las vías de comunicación a través del inmenso territorio obsesionan [en 1857] de continuo. Zonas próximas unirá un puente de madera sobre el arroyo Nogoyá, camino de Gualaguay, que solicita construir Bernabé Álvarez. Otras más distantes lo serán a lo largo del Bermejo, reconocido ya por Page, gracias a una compañía de navegación que representa el General Santa Cruz. Amplio estímulo merece el general Taboada al explorar el río Salado. Gran alborozo provoca la botadura del buque a vapor 'General Urquiza', construido en el país por el mecánico francés Alfonso Giró. El presidente lo visita en el puerto de Paraná. Cubriría la carrera de Santa Fe. El gobierno suscribe diez acciones en la empresa del vapor "Primer Argentino" (Bosch, 1980: 423).

Pero en el terreno de la ampliación de vías navegables, los resultados son pobres²²³. La potencial presencia de Buenos Aires con su enorme riqueza y situación estratégica pesan cada vez más en el ánimo político de los propietarios de tierras y comerciantes del Interior, pues esto supondría exportar, por la baja de costos y tiempos de traslado que el ferrocarril implicaría²²⁴, y la incorporación de elementos agropecuarios modernos en el momento en que estos tienen sentido comercial, como fue en Buenos Aires la revolución del merino, el "caso testigo".

El resultado está a la vista: cuando el gobierno confederal se acercaba a su final varias provincias tenían ya grupos liberales importantes en la oposición o en el gobierno (Santiago del Estero, Salta, Córdoba, Corrientes, Tucumán, San Juan). Producido su derrumbe, el país entró de pronto en una vorágine de desarrollo económico acelerado, a pesar incluso de las guerras que aún se producirían por una década más. Entre 1860 y 1880 se ampliará la frontera general y la agrícola en particular de una manera asombrosa. El ferrocarril pasará de 39 a 6.500 kilómetros cubiertos con vías en 1885 y a casi 13.000 diez años más tarde (Di Tella y Zymelman: 1967: 41; Scobie, 1968: 209). La exportación de trigo pasó de cero a más de cien mil toneladas en 1884, y a un millón seiscientas mil diez años más tarde. La inmigración de pocos centenares de individuos por año pasaría a más de cien mil sólo en el

²²² Un ingreso de suizos y saboyenses a Corrientes fracasa y Urquiza debe hacerse cargo -de su propio bolsillo- de su radicación en Entre Ríos, mientras en Esperanza se radica el primer grupo colono en Santa Fe, ambos en 1857 (Bosch, 1980: 423-424).

²²³ No se logró avances significativos en la navegabilidad del Salado (como lo cuenta Mansilla en sus memorias) ni del Bermejo con la que se especuló en su momento. Aunque pequeñas embarcaciones lo logran en el Bermejo más adelante (Petroni, 2016). La navegación del Paraná, el Paraguay, el Uruguay, el Gualaguay y el Gualaguaychú obtuvo en cambio notables mejoras, aunque dependiendo de la compra de embarcaciones en el extranjero (Ensinck, 1978).

²²⁴ "Estos vehículos [las carretas], cada uno de los cuales transportaba dos toneladas de mercancías y era tirado por seis bueyes, viajaban en grupos de quince a cincuenta, con fines de protección y ayuda mutua. El viaje de Rosario a Córdoba llevaba un mes, y el de Buenos Aires a Salta, tres o cuatro meses. (...) Aún en la década del 30 costaba trece veces más transportar una tonelada de mercancías de Salta a Buenos Aires que de Buenos Aires a Liverpool. Después del advenimiento de los ferrocarriles, a fines de la década del 60, la mercancía era transportada por ferrocarril a una doceava parte del costo exigido por las carretas de bueyes" (Scobie, 1968: 22). "Desde 1825, 'The Rocket', la primera locomotora [en Inglaterra] (...) corría (...) a una velocidad de 40 kilómetros por hora. Aquí [en Argentina] (...) las diligencias corrían a 80 kilómetros... por día" (García Costa, 1971: 11).

año 1885, no bajando de cincuenta mil ni aún en el crítico año 1890; la cantidad de alambrados instalada, de cifras nimias en 1860 (aunque el gobierno de Buenos Aires se ve obligado a reglamentar la instalación) a ciento cincuenta mil kilómetros en 1885 y a más de cuatrocientos mil kilómetros a comienzos del siglo XX (Sbarra, 1973: 101 y 114); la importación de maquinaria agrícola, de una en 1858, a más de mil cosechadoras y más de cuarenta trilladoras en 1890. El país entero o la inmensa mayor parte de él (territorialmente hablando) dispondrá ya de una única moneda, de bancos, de acceso a la colocación de productos primarios en el mercado mundial.

3.1.3. La dimensión política de la transición

Al comenzar este período había terminado el equilibrio rosista, pero su reemplazo por un régimen parlamentario consolidado y un Estado nacional no tendrá lugar hasta 1862: durante la década de 1850 el Estado se mantiene escindido entre la Confederación con capital en Paraná, donde el general Urquiza hereda parte del sistema de equilibrios del rosismo, y el Estado de Buenos Aires, donde se ensaya un sistema parlamentario que funciona como Estado independiente de hecho, absorbiendo los intereses de buena parte de las fuerzas que dieron sustento al rosismo (Lettieri, 1998)²²⁵. Durante los nueve años siguientes, Buenos Aires, o lo que el nuevo poder de Buenos Aires representaba, impidió con total eficacia que el conjunto de las provincias se apropiara de la renta de la aduana del puerto²²⁶, y logró mantener su independencia política total con respecto al gobierno de Urquiza, ganando el tiempo necesario para mejorar su situación militar, diplomática, política Interior y en relación con fuerzas afines en otras provincias, de modo tal que pudo aprovechar política y militarmente la creciente brecha económica. En septiembre de 1861 logra Buenos Aires, gracias a estos avances, su primera victoria en muchas décadas en un campo de batalla abierto en las regiones llanas del Interior, donde las caballerías federales eran hasta entonces imbatibles. Tal victoria combinó numerosos factores, en los cuales lo político no fue menor: a la batalla de Pavón la Confederación llegó con divisiones internas, sus mandos permeados de espías, conspiradores y ofertas porteñas de soborno que ya habían mostrado eficacia en la ruptura del sitio a Buenos Aires en 1853 (Scobie, 1964), partidarios en condiciones de disputar el poder en varias provincias, pero sobre todo, una capacidad de crédito y emisión monetaria inalcanzables para los enemigos, lo cual significó mayor confianza en la política porteña, capacidad de armamento muy superior, aprovechando los últimos avances en tecnología militar, mientras en los altos mandos confederales -especialmente Urquiza- crecía la desconfianza en la posibilidad de someter

²²⁵ Al romperse la alianza social que Rosas mantenía sintetizada en su figura, se fracturan los ejes de pertenencia política: en Buenos Aires pocos meses después de Caseros los ex rosistas militan en ambos bandos (Buenos Aires-Interior) y los antirrosistas también. El eje del conflicto político será una lucha por la legitimidad para hegemonizar el Estado nacional.

²²⁶ Distinta sería la situación cuando el progreso económico agro-ganadero se extendió al conjunto de las provincias por la vía del ferrocarril y otras alternativas de transporte cuya infraestructura crecía (como los puertos fluviales), el control territorial efectivo por el Estado, la inmigración en gran escala y la extensión de la frontera agrícola: este progreso fortaleció institucionalmente a las provincias y favoreció la integración de intereses entre las elites económicas regionales. De allí que Mitre, líder por excelencia de la victoriosa hegemonía porteña, triunfará en 1861, pero será derrotado en 1874. De allí también que la federalización de la ciudad de Buenos Aires y su aduana sólo hallará resistencia en una de las facciones bonaerenses, que será derrotada con relativa facilidad.

a Buenos Aires o de intentar un desarrollo separado. A partir de entonces quedó sellada la hegemonía porteña sobre la organización nacional, concluida en forma definitiva en 1880.

En forma complementaria, en el Interior se produjo, en forma inmediatamente posterior a Caseros, la reconstitución de los pequeños núcleos políticos liberales en los mismos sitios en que habían tenido sus primeras manifestaciones ya en los años 20: Mendoza, San Juan, Córdoba, incluso en Santa Fe (Cecchini de Dallo, 1992) pero también en otras provincias. Estos grupos apoyaron con no poco entusiasmo el proyecto de desarrollo de vías navegables interiores propuesto por la Confederación, su política monetaria, etc., pero su fracaso arrojó a la mayoría hacia el bando liberal, en un proceso que se completa en la década de 1860 cuando crédito y ferrocarril llegan de la mano del proyecto mitrista.

El pronunciamiento de Urquiza, su victoria militar sobre Rosas y su fracasado intento de unificar el país nacionalizando las aduanas sintetizan el conflicto Buenos Aires-Interior: Buenos Aires no era lo suficientemente poderoso como para aplastar al Interior, e incluso en el llano se encontraba en inferioridad militar, debido a la supremacía de las caballerías litoraleñas. Pero al mismo tiempo, el Interior era totalmente impotente para lograr someter a Buenos Aires y capitalizar la renta agraria del rico y cuasi-portuario suelo bonaerense bajo la forma de infraestructuras de comunicación e inversiones para el desarrollo de la industria extractiva, la agroindustria, etc.

3.1.4. El contexto de la prensa mundial

A lo largo del siglo XIX, la gigantesca expansión de la prensa periódica ocurrida en todo el mundo capitalista tuvo dos motores complementarios, ambos tributarios del acelerado desarrollo del capitalismo en Europa y Estados Unidos. Por un lado, la transformación económica: revolución industrial, crecimiento de la población urbana, alfabetización de la fuerza de trabajo, expansión del mercado de bienes de consumo, expansión del mercado mundial. Por el otro, la transformación política: degradación final y colapso del Estado absolutista en Europa occidental, abriendo paso a formaciones parlamentarias modernas.

Desde el punto de vista de la transformación económica fueron decisivos los adelantos en la maquinaria de impresión. La imprenta de comienzos del siglo XIX, que apenas había sufrido algunas transformaciones desde su invención por Gutenberg, comenzó entonces a protagonizar aceleradas transformaciones²²⁷. La producción industrial de imprentas de menor costo, fáciles de trasladar y muy

²²⁷ En la primera mitad del siglo XVIII la circulación de periódicos en Inglaterra se triplicó, pasando de dos millones doscientos cincuenta mil ejemplares en 1711 a siete millones en 1753, y nueve millones en 1760. En su producción se sigue la lógica de división de tareas y comercialización de gran alcance propia de la etapa de manufactura, previa a la primera revolución industrial, esto es, poniendo énfasis en la cantidad de dispositivos de igual intensidad tecnológica antes que en la innovación técnica. Este progreso no es sólo consecuencia de las posibilidades tecnológicas -que existían desde antes de la Revolución de 1688- sino que guarda estrecha relación con la reorganización de la función de la prensa periódica a partir de la consolidación del sistema parlamentario: actuar política y socialmente y asegurar la circulación de información impersonal referida al comercio, además de la educación cívica también funcional con este proceso pasaron a ser elementos centrales del desarrollo de la prensa. Ello cambiará radicalmente con la

resistentes por estar enteramente hechas en hierro tiene especial incidencia sobre su desarrollo mundial²²⁸. Complementariamente, en 1804 había aparecido la primera máquina para hacer papel por el sistema Fourdrinier, rompiendo la barrera de lo artesanal respecto a la cantidad necesaria de insumos suficientes para esta industria. Este sistema se extenderá al resto del mundo en la década de 1820. La difusión del papel es posible gracias a la creciente cantidad de desechos textiles en base de algodón²²⁹ que le sirven como insumo, dejando así de ser un artículo de lujo al igual que los materiales impresos. La mayor existencia de papel abría la posibilidad de incrementar el número de impresos y daba un nuevo impulso a la búsqueda de mejoras tecnológicas en los sistemas de impresión, incluyendo la encuadernación, y hasta los criterios de transporte.

En 1810 se experimenta por primera vez con una prensa a vapor, inventada por el relojero Federico Koenig, junto con el mecánico impresor Bauer, que pronto sustituye a la manual (se aplica por primera vez a la impresión del Times de Londres en 1814) y acelera el ritmo de impresión en escala abrumadora, el cual aun así será nuevamente superado con la aparición de la rotativa pocas décadas más tarde²³⁰. En 1821, el americano Church patenta en Inglaterra una máquina para componer y fundir tipos, antecedente de la linotipia. También en este año se inventa un procedimiento para utilizar el cartón en la estereotipia. En 1823 llega a Francia la imprenta de Koenig introducida por los ingleses Cowper y Applegath, pero con modificaciones en el tamaño de los cilindros que la hacen aún más rápida. En 1828 se inventa la plegadora automática de papel. En esta misma época, Applegath construye una prensa de cuatro cilindros, capaz de tirar 4000 ejemplares. En 1840 El London Journal publica el primer grabado en electrotipo. Ese mismo año se logran sustantivos avances en la industrialización del papel a partir de pulpa de madera -que Keller mejora en 1843- lo que a su vez facilitará la impresión a partir no ya de pliegos cortados, sino de grandes rollos de papel, que se cortaban tras la impresión. En 1846 Little construye una prensa, evolución de la de Applegath (1828) que llega a tirar seis mil ejemplares por hora. En el mismo año, Applegath tomando ideas de varios inventos y adelantos precedentes desarrolla una imprenta con un cilindro de 200 pulgadas de diámetro, el cual presentaba blancos entre los tipos o partes vacías de ellos para imprimir luego en color. A cada

revolución industrial y las transformaciones políticas resultantes de las revoluciones de 1789, 1830 y 1848: desde entonces, la tecnificación de los procesos industriales y comerciales de la prensa serán decisivos.

²²⁸ En 1805 aparece en Filadelfia, Estados Unidos, la prensa Columbian, que se exporta a muchos países americanos. En 1809 se construye en Inglaterra la Prensa de hierro de Stanhope, que se convirtió en el modelo europeo, desplazando rápidamente la prensa de madera. Le sigue a ésta la prensa de hierro a brazo que apareció en Europa iniciando una nueva era en la impresión al aunar los descubrimientos mecánicos con los progresos de la Columbian y la Stanhope.

²²⁹ El aumento de insumos se debió a la incorporación del algodón como materia prima en la producción textil. Cuando la producción de telas se basaba exclusivamente en el lino era muy escasa, y por lo tanto también lo eran los harapos disponibles para reciclar a papel (Peckham, 1981 [1962]: 25-27; Gouldner, 1978).

²³⁰ En el prototipo de Koenig y Bauer, el entintado se efectuaba con cilindros revestidos en cuero y automáticamente, por lo que se obtenía un rendimiento doble del de las prensas a mano. El órgano impresor de las prensas manuales (cuadra) fue sustituido por un cilindro recubierto en fieltro, gracias al cual podían obtenerse hasta ochocientas hojas por hora. Hacia el 1813 Koenig empezó a construir máquinas con dos cilindros, de modo que los tipos recibían la tinta e imprimían dos veces por cada pasada, con lo que llegó a las mil cien hojas (pronto se alcanzaría dos mil). El siguiente paso vino con la independencia de los rodillos, entintando cada uno tipos diferentes, con lo que se volvió a duplicar la velocidad.

rotación del cilindro central se imprimían ocho hojas por una cara, llegándose a doce mil ejemplares por hora. Con esta máquina se imprimió el Times hasta 1862. Junto al crítico año 1848 comienzan a funcionar las primeras líneas de telégrafo a cable. Un año después Marinoni inventa uno de los tres modelos de prensa cilíndrica que produce ese año la industria francesa.

Consolidado el vapor como la principal fuente de energía ya muy por encima de la fuerza humana o animal, y entrando a pleno en “la era del capital” (Hobsbawn, 1998) hacia 1850 comienza a avizorarse la aplicación de otro descubrimiento revolucionario: el uso industrial de la electricidad, que además de reemplazar al vapor eliminará virtualmente la distancia entre el hecho y los centros interesados en la noticia, con el telégrafo y el teléfono. Durante este año, Fermín Guillot ideó un sistema de reproducción de dibujos a pluma, y obtuvo mediante la eliminación con ácido de las partes no imprimibles lo que podemos considerar como el primer clisé. Toda esta multiplicación de la productividad halla una excelente recepción en un mercado en expansión: las innovaciones comerciales de Girardin, cuyo éxito depende de la formación de un gran mercado de anunciantes, encuentran campo propicio en el nuevo mundo urbano, industrializado y capitalista europeo.

Complementariamente, la rápida parlamentarización de las formaciones sociales europeas producida tras el colapso definitivo de la Restauración (1830) y la oleada revolucionaria de 1848, dan lugar a innovaciones periodísticas que optimizan esa expansión: un mercado de folletines para la lectura de los nuevos públicos urbanos, la circulación libre y constitucionalmente garantizada de los discursos políticos que atraviesan las fuerzas parlamentarias, la información económica, la difusión de la cultura “deseable” para las nuevas capas medias urbanas se multiplican al interior de los periódicos.

La década de 1850 aparece como momento bisagra de esta transformación, sobre todo luego de la última oleada revolucionaria de 1848: sistemas consolidados de impresión industrializada e incorporación de una nueva generación de imprentas (rotativas); cobertura de noticias en tiempo brevísimo en comparación con períodos anteriores. Hacia 1855 se llevan a cabo en París los primeros ensayos de fototipia y en Estados Unidos, el norteamericano Marco Hoe dio a conocer su célebre máquina Eclair (prensa Mamut), rotativa con plegadora automática, de diez cilindros que, por medio de la estereotipia curva y del papel continuo, producía diez mil ejemplares por hora impresos por ambas caras. Este es el punto de quiebre que separa el período rudimentario de impresión de la dinámica de producción industrial masiva. El Times de Londres adoptaría inmediatamente esta nueva tecnología. También en esta década maduran las condiciones de mercado y tecnología para la expansión de las agencias de noticias surgidas en la década y media anterior, utilizándose ya el telégrafo eléctrico como medio de transmisión principal²³¹. La guerra de

²³¹ Antes de la estabilización del telégrafo eléctrico como sistema principal de transmisión, la presión de los requerimientos del capital dio lugar a curiosas experiencias. Así, la agencia Reuters llegó a utilizar palomas mensajeras para cubrir algunos tramos de la carrera Berlín-Londres (Conesa Sánchez, 1979).

Crimea (1854-56) muestra al respecto cómo hechos absolutamente distantes pueden afectar de inmediato el mercado de valores en Londres. Por ello los periódicos ingleses, aprovechando este impacto sumado al interés de familiares de los combatientes y ciudadanos en general, realizan verdaderas carreras contra reloj para ofrecer noticias frescas cuanto antes. Es también en esta década que comienzan a constituirse grandes empresas de prensa: ya existen los primeros periódicos que se convertirán pronto en “diarios de masas”, llevando la vanguardia de las incorporaciones tecnológicas²³², en una época en que es ya el mercado el que manda (Habermas, 1980: 9-10; Rivera, 1998: 314; Vázquez Montalbán, 1979: 161-162).

3.2. La prensa periódica argentina entre 1852 y 1861: Dos Estados, dos periodismos

Más allá del largo proceso de incubación de su colapso, el fin del segundo gobierno de Rosas iniciado en 1835 fue brusco: en pocas horas Rosas pasó de ser el hombre más poderoso de Argentina a un asilado que buscaba salir ileso del país. En Buenos Aires, un impasse de varios días dio lugar al optimismo ante la posibilidad de acuerdos entre las partes que llevasen al país a su pacificación y su organización constitucional. En la prensa, estos momentos fueron notorios: días de silencio de prensa e incertidumbre, seguidos en las semanas siguientes de un auge de nuevas publicaciones, cuyo impulso difícilmente pudiera explicarse sólo en el cambio de gobierno.

Durante el prolongado gobierno de Rosas se había producido la situación paradójica de una fuerte restricción de las libertades políticas en todos los campos propios de las sociedades civiles parlamentarizadas (política parlamentaria libre, prensa, expresión artística y literaria, etc.) en forma simultánea a la construcción de cimientos sólidos para la existencia moderna de tales campos (parlamento restringido pero estable, secularización, expansión económica, protección de la propiedad, monopolio estatal de la fuerza, diarios sumamente estables conteniendo los tópicos posibles del periodismo moderno, incorporación de tecnologías, expresiones artísticas que no critiquen al gobierno). Así, frente a la abigarrada cantidad de títulos de publicaciones observable en 1822 o en 1833, lista que como vimos expresaba una cantidad aún pequeña, débil e inestable de producción periodística, la década de 1840 halló a los porteños en disponibilidad de leer dos -y por momentos tres- diarios simultáneos, así como otros dos o tres buenos periódicos de gran duración, de periodicidad semanal o mensual según el caso. Es en el momento de la caída de Rosas cuando se nota hasta qué punto se ha avanzado en la cuestión, pues, en forma análoga al efecto de las restricciones napoleónicas a la prensa periódica, cuyo efecto fue una prensa burguesa mucho más estable y concentrada²³³, son precisamente los principales diarios de la época rosista los que sientan

²³² En 1851, por ejemplo, nace *The New York Times*; en 1854, *Le Figaro*.

²³³ Los centenares de títulos del París revolucionario de 1792 dejan paso a cuatro diarios en 1811. Pero son de gran tirada y larga duración, y afrontan un tipo de censura radicalmente distinto: no la eclesiástica, que escanea la conciencia pecadora del escritor, sino

las bases de la prensa más importante del período siguiente: de *La Gaceta Mercantil*, cesada en el instante mismo de Caseros, renace primero un intento de formalizar un diario oficial (*El Progreso*), y más adelante una empresa particular fuertemente ligada a los grupos políticos septembristas, y que habría de conformar uno de los diarios más importantes de toda la segunda mitad del siglo: *La Tribuna*; del *Diario de la Tarde* nace el otro gran diario porteño del siguiente medio siglo (existirá hasta 1893): *El Nacional*; del *Agente Comercial del Plata*, surge *Los Debates*, de menor duración pero de fuerte protagonismo simbólico, además de ser el trampolín de ingreso a la prensa porteña de Bartolomé Mitre.

Otros factores completaron las condiciones para un desarrollo sólido de la prensa porteña en la década siguiente: el retorno a Buenos Aires -desde Montevideo, Santiago de Chile, Valparaíso y otros destierros- de una gran cantidad de hombres con experiencia periodística y con intención de participar activamente en las cuestiones políticas (Sarmiento, Mitre, Tejedor, Adolfo y Valentín Alsina, los hermanos Varela, Palemón Huergo, Félix Frías, etc.). Esto se completaría con la expansión económica, el inicio de una política de extensión de la instrucción primaria, de la educación superior, y de la inmigración y colonización agrícola, cuyo primer gran impulso se da a instancias de Urquiza en 1856 (Bosch, 1980).

Este proceso de consolidación de un incipiente mercado periodístico en Buenos Aires y de un sistema de periódicos estatales en el Interior encontró, sin embargo, algunas dificultades propias de la transición que se está viviendo tanto en la ciudad-puerto como en el resto de la Confederación. En Buenos Aires, una primer “explosión” de periódicos ocurrida entre marzo y abril de 1852 se vio inmediatamente truncada, pues el gobierno no halla la forma de encauzar sus discursos en un entorno de diálogo político estable que soporte como normal la crítica opositora permanente: la percepción de desestabilización con que se encuentra el general Urquiza frente a las durísimas diatribas entre periódicos -así como de algunos periódicos hacia el propio gobierno- da lugar a la clausura de casi todos ellos el 12 de mayo, apenas tres meses después de Caseros, a pocas semanas de la aparición de los principales contendientes (el cambio de nombre de *El Agente Comercial del Plata* por *Los Debates*, que redactaba Mitre, se había formalizado el 1° de abril), y a pocos días del inicio de las polémicas más fuertes.

Lo mismo volverá a suceder hacia fines de año con un gobierno de signo contrario al de Urquiza, cuando la ciudad se encuentre en estado de sitio. Más adelante, cuando el Estado de Buenos Aires atraviese la década secesionista frente a la Confederación Argentina con capital en Paraná, observaremos que al mismo tiempo que se sientan las bases de nuevas reglas de juego para voces periodísticas plurales que acerquen a los periódicos hacia la dinámica de la legitimación electoral,

la del impedimento de circulación del discurso que se reconoce de un “otro”, pero cuya circulación se coarta por razones de seguridad (Moyano, 1996; Vázquez Montalbán, 1979).

se establecerán sin embargo estrictos límites para todo intento periodístico que buscase apoyo en el campo de la Confederación. Son claro ejemplo de ello las experiencias de Marcos Sastre (*La Crónica*, 1854), Nicolás Calvo (*La Reforma Pacífica*, 1° de diciembre de 1856 a 8 de febrero de 1861) y Juan Francisco Monguillot (*La Prensa*, 31 de julio de 1857 a 10 de marzo de 1858). Todos ellos sufrieron trabas, persecuciones gubernativas y judiciales, atentados, boicot y finalmente se vieron obligados al cierre y a la perspectiva del destierro o el silencio, dejando al partido federal fuera de la arena periodística porteña. Si bien el *modelo de transferencia* iniciado por el Estado de Buenos Aires en forma sistemática suponía la presencia plural de periódicos en manos particulares, los límites estaban dados, precisamente, por el eje de confrontación con el Partido Federal y con Urquiza. El pluralismo quedaba puertas adentro de las facciones porteñas.

En el Interior sucedieron eventos equivalentes: la expectativa de mostrar a la brevedad una prensa periódica típicamente moderna (privada, libre, plural, “educada”), promesa reiterada en la casi totalidad de prospectos, primeros números y artículos doctrinarios, encontró muchas más limitaciones. La mayor parte de ellas por insuficiencia del mercado, pero también originadas por el gobierno, más aún, paradójicamente, cuando se trató de voces dispares al interior de las propias corrientes del aparato estatal, rápidamente reprimidas desde el Poder Ejecutivo. La tenue presencia de periódicos favorables a la visión porteña, sin embargo, fue tolerada con mayor hidalguía democrática que sus pares porteños. Son ejemplo de ello la presencia de una prensa favorable al liberalismo porteño en Gualeguaychú y Corrientes, desde 1858, o tibiamente equidistante y con diferencias al interior del gobierno federal en Córdoba desde 1856, o en Paraná hacia fines de 1860. La debilidad de las reglas de juego de libre circulación de discursos de prensa en un entorno parlamentarizado estaba aún muy a la vista. Esto tendería a cambiar, sin embargo, a lo largo de la década de 1850, a medida que se iba definiendo con más claridad la delimitación tajante entre el sistema político construido por la dirigencia de Buenos Aires y el de la Confederación. Así, por ejemplo, en Buenos Aires, integrantes de la elite política obtuvieron concesiones de imprentas, cuotas de suscripción, avisos gubernativos y subsidios para poder estabilizar sus periódicos; en la década de 1860, tras Pavón, tal circunstancia se extendió a partidarios liberales de muchas provincias. En el Interior sucedía el mismo fenómeno, pero inverso, aunque fue mucho más orientado hacia la actividad estatal: todavía era común el fenómeno de un único periódico de Estado por provincia. En las provincias más beneficiadas por el boom exportador (Entre Ríos, Santa Fe) se hizo presente un periódico por ciudad, y en algunos de estos casos, se produjo la notable simbiosis entre los movimientos periodísticos del jefe del Ejecutivo en su rol de presidente, y de él mismo en su rol de hombre más rico de su tiempo: los periódicos de Paraná y Santa Fe se conservaron estatales, bajo la férrea mirada de Urquiza. Los de Concepción del Uruguay, Gualeguaychú y

Rosario fueron privados, financiados en gran medida por Urquiza en forma particular, pero también recibiendo significativas ayudas estatales por orden de él mismo.

El fenómeno de la concesión, sin embargo, comenzó a hacerse presente: en Corrientes, donde el Estado había recibido en obsequio, después de Caseros, la imprenta volante de Bernheim adquirida por Sarmiento para la campaña del Ejército Grande, se había contratado al tipógrafo francés Pablo Coni para que se hiciese cargo de las tareas de la imprenta estatal, y poco después oficiase como editor responsable del periódico -también estatal- *La Libre Navegación de los Ríos* (Grondona, 1990; Coni Molina, 1998). A comienzos de 1856, se realizó un contrato entre el Estado y Coni, por el cual este último arrendaba la imprenta y la utilizaba como un emprendimiento privado, manteniendo a su cargo las impresiones y el periódico editado por el Estado. Casi simultáneamente, en Paraná, se entregaba en concesión la imprenta del Estado confederal en Paraná, junto con la dirección de *El Nacional Argentino*, a una sociedad formada por funcionarios vinculados a Urquiza: Benjamín Victorica, Emilio de Alvear y Luis Cáceres, y en 1860, al tipógrafo y librero Carlos Casavalle, quien se trasladó desde Buenos Aires con su imprenta (Auza, 1978a; Vásquez, 1970; De Marco, 2006). En Concepción del Uruguay se estableció un sistema similar con Jaime Hernández, tipógrafo español residente en Montevideo, quien en 1850 se haría cargo de los pedidos del Colegio del Uruguay, de los del propio Urquiza y de la edición, ordenada por el general, de un periódico, *El Porvenir de Entre-Ríos* que empezó a publicarse en enero de 1850 (Moyano, 2002). En Buenos Aires, durante su breve período de ocupación en 1852, Urquiza autorizó la concesión de las tareas de edición de un diario gubernativo, *El Progreso* (Auza, 1978a)²³⁴.

En el Interior fue menos común, en cambio, la propiedad privada, que comenzó a esbozarse, y en forma muy limitada, a medida que se avanzó en la década. Así, con apoyo sistemático de Urquiza, se instaló en 1849 la imprenta de la familia De María²³⁵ en Gualeguaychú y se editó su periódico, inicialmente titulado *El Progreso de Entre Ríos*, y continuado a lo largo de la década con otros nombres, hasta el regreso de su propietario a Uruguay; en Rosario, se instaló con el mismo apoyo - Urquiza- Federico de la Barra, editando el primer periódico de esa ciudad, *La Confederación*, desde 1854, pero como veremos, la debilidad de su posición “privada” fue tal que optó, tras recibir un fuerte subsidio para instalar la imprenta, por vendérsela al Estado y continuar como asalariado del mismo (De Marco, 1969; Auza, 1978a: 144-145).

Así, para el Estado confederal, claramente interesado en el desarrollo de una prensa moderna en su territorio, los usos y costumbres del discurso periodístico moderno (“cualquiera” opina sin ser alcanzado por el peso de la coerción estatal dentro de un marco legal), significaron, contra su

²³⁴ Parte de estas iniciativas no pudo sostenerse en el tiempo debido en parte a las insuficiencias del incipiente mercado, y en parte a las intrigas políticas al interior del funcionariado estatal, pero muestran el interés por esta modalidad.

²³⁵ El apellido familiar es “de María” con la preposición en minúscula. En esta tesis se transcribe con minúscula, excepto cuando esto pudiera causar confusión en la lectura, optándose por “De María” en tales casos.

voluntad, la desestabilización del trabajoso sistema piramidal de alianzas de caudillos de provincias, y lo mismo puede decirse de los financiamientos provenientes de los ricos actores políticos porteños hacia incipientes clubes políticos liberales en el Interior, o peor aún, hacia fuerzas provinciales que conformaban el equilibrio confederal. En tales casos el Estado -aún a pesar del evidente esfuerzo de Urquiza por no utilizar la fuerza sino como último recurso- reaccionó violentamente: ningún periodista al servicio de Urquiza ni de cualquier otro Estado provincial pudo sostenerse, fuese su relación de “empleado” o de “contrato privado”, tras haber disentido con el poder; todos debieron retirarse de inmediato del periódico e incluso -muchos de ellos- del territorio donde actuaron. Si esto no sucedió aún más a menudo fue precisamente porque bajo las reglas de juego de la Confederación, rara vez surgió una voz políticamente autónoma en la arena periodística. Cuando surgieron, tímidamente, voces opositoras financiadas por los liberales porteños, las presiones y amenazas fueron suficientemente altas como para cerrarlo por un tiempo, y al reabrir la experiencia, buscar un tono mucho más moderado y neutral. En cuanto a la persistente labor de zapa desarrollada por Buenos Aires en el Interior, ésta dio lugar no sólo al aumento de la tensión entre las partes, sino además a represiones, derribos de gobiernos y -finalmente- reaparición de la guerra abierta en 1859 y 1861-63, con una violencia que jamás se hubiese utilizado en semejante escala para la resolución de derrocamientos de gobiernos provinciales y generación de beneficios en contrapeso para las facciones perdedoras en tales rencillas. En el campo de la prensa porteña, el comienzo la década altamente militarizado significó, en 1852, la muerte de muchos periódicos, pero en los años siguientes esta prensa se estabilizó, y la ciudadanía debió adaptarse a una opinión pública caracterizada por debates y diferencias profundas entre las distintas posiciones políticas, sin que esto significase, como hubiese podido pasar en la Confederación, una crisis de Estado. La libertad de prensa no fue, sin embargo, plena, y a medida que el ritmo de aparición, desaparición y estabilización de los principales periódicos fue asociándose a los ciclos electorales y alejándose de los ciclos que la asociaban a la guerra, también hubo beneficios, presiones y exclusiones que afectaron, respectivamente, a los oficialistas, a los disidentes dentro del bando porteño, y a los simpatizantes del acuerdo con la Confederación. Entre estos últimos, fueron claros ejemplos los diarios *La Reforma Pacífica* y *La Prensa*²³⁶.

En las provincias agrupadas en la Confederación Argentina, si bien todavía es el Estado el que se encarga de crear la abrumadora mayor parte de los periódicos, ahora se hacen presentes el mecanismo

²³⁶ El diario *La Reforma Pacífica*, surgió en diciembre de 1856 con la mirada puesta en las inminentes elecciones, dirigido por Nicolás Calvo, jefe de un grupo político porteño que -rápida e inesperadamente- se acercó a Urquiza. Consecuencia de este acercamiento fue la activación de todos los mecanismos que el Estado tenía para punirlos: multas, suspensiones, presiones, no asignación de suscripciones, amenazas y finalmente persecución policial. El diario *La Prensa*, por su parte, fue pagado directamente por Urquiza y redactado por Juan Francisco Monguillot, integrante del grupo de jóvenes porteños que tempranamente se había acercado a la Confederación. Se tiró entre julio de 1857 y marzo de 1858, obligado a cerrar luego de innumerables presiones y multas leoninas.

de la combinación del apoyo estatal y del subsidio directo de Urquiza (con sus recursos personales) para sostener periódicos favorables (Rosario, 1854, Buenos Aires, 1857, Concordia, 1858, etc.), el de la concesión del servicio a una imprenta particular, que viene a radicarse y prestar servicios ya sea a una figura gobernante y rica al mismo tiempo, como Urquiza (De María, en Gualeguaychú), o directamente al Estado (Coni, en Corrientes). También se hacen presentes en la segunda mitad de la década algunos casos de iniciativas estatales pero con fuerte participación de suscripción popular (Catamarca, 1856), imprentas nominalmente privadas con apoyo de Urquiza y subsidio indirecto del Estado (*La Confederación*, Rosario, 1854; *El Imparcial*, Córdoba, 1856), o imprentas privadas pero aún no autosostenidas en su actividad comercial, sino con financiamiento externo (grupo liberal favorable al Partido Nacional porteño en Gualeguaychú, 1858).

La cantidad de periódicos es en la Confederación, con todo, apenas similar a la cantidad de periódicos que se oferta en Buenos Aires, pero con una periodicidad más baja y con tiradas notoriamente menores. La expansión continuará, igualmente, aunque más asociada a la forma político-militar que en Buenos Aires: aquí durante los primeros meses de 1853, se le presta particular atención a la prensa de combate: *La Voz de la Nación Argentina* se encarga de mostrar ante Buenos Aires un frente unificado, en tanto Urquiza provee la imprenta y el redactor para el ejército sitiador: Federico de la Barra, para redactar *El Federal Argentino*.

La situación en la Confederación se acelerará cuando, tras el fracaso del sitio de Lagos a Buenos Aires, se intente demostrar que puede por sí sola armar una infraestructura viable y se requiera para ello fortalecer prensa: se notará entonces un proceso de crecimiento en cantidad de sitios con periódicos, calidad de las imprentas y calidad y variedad de los tópicos y secciones que contengan. Ya entre 1854 y 1856 se crean importantes periódicos, en su mayor parte con propiedad estatal encubierta: dados en concesión, o comprada la imprenta con un subsidio, con un redactor pagado por el gobierno o por Urquiza en forma personal, según el caso. En 1854 se crea *La Confederación* en Rosario, redactada por Federico de la Barra. En Salta, también en 1854, se genera *La Organización*, que redactan José María Heredia y Álvarez Goytía, ambos empleados del Estado. En San Juan, el 9 de Julio. En Tucumán, en 1855, el Estado comienza a publicar *El Argentino Independiente*. En 1855 reaparece el periodismo en Concepción del Uruguay: Urquiza necesita un periódico que lo exprese tanto como en Paraná, pues él pasa la mitad del año en cada uno de esos sitios (va a Paraná durante las sesiones legislativas). Benjamín Victorica, quien ya es un joven de la mayor confianza para el general, toma las riendas del nuevo periódico que se llamará *El Uruguay*.

Pero fue 1856 un año mucho más decisivo, en el cual se tomaron decisiones tanto desde el Estado nacional (que reorganizó, la política de control y apoyo a imprentas y periódicos en torno al Ministerio del Interior), como desde la acción de Urquiza, cuyo asimétrico poder económico respecto de cualquier

otro empresario o terrateniente de su tiempo lo ponía en capacidad de intervenir tanto como lo hacía el Estado. Tras los acuerdos de enero de 1855, la tensión entre Buenos Aires y la Confederación había disminuido, y el gobierno confederal apuntó entonces a demostrar niveles de desarrollo económico, capacidad de generación de vías de comunicación y de democratización del sistema político, lo que significaba prensa independiente y libre asociación, al menos en los papeles. Esto significó apoyo a nuevas imprentas y periódicos, y además un crecimiento, a todo lo largo del país, de aquellos contenidos -y aún nombres de periódicos- que se confirmasen la buena marcha de las cuestiones prioritarias de la Confederación. Así, los periódicos amparados por la Confederación, que venían de ostentar nombres programáticos, militantes de la posición política confederal, comenzaron a reconvertirse en nombres típicos de la prensa burguesa, ligados a la libertad de expresión y objetividad, y a la actividad mercantil. A ello se agregó el mejoramiento de los equipamientos y gestión de las imprentas y de los periódicos, e incluso la llegada de nuevas imprentas a territorios que no las poseían. En Paraná, cambios contundentes en *El Nacional Argentino* permitieron mejorar sus contenidos y presentación, pero además se logró entregar la tarea a una empresa privada por concesión. La empresa estaba compuesta por funcionarios (Emilio de Alvear y Luis Cáceres²³⁷), y fue rápidamente acusada de obtener grandes beneficios sin inversión alguna, pero aun así al gobierno le significó un mejoramiento de la imagen que deseaba proyectar hacia la clase política de Buenos Aires y hacia el cuerpo diplomático acreditado en Paraná. Luis Cáceres, por su parte, lograba un contundente apoyo de la fracción urquicista en el Estado, para mejorar su posición en el gobierno cordobés. Pero sobre todo, el financiamiento a su periódico *El Imparcial*, que comenzó a recibir auxilios directos de Urquiza, similares a los recibidos por *La Confederación* en Rosario. No fue esta la única provincia donde se hizo tal cosa: en Corrientes, el nombre *La Organización Nacional* dio paso en 1853, en pleno conflicto con Buenos Aires, a *La Libre Navegación de los Ríos*, y en 1854, en cambio, se rebautizó al periódico *El Comercio*. En Gualeguaychú, un temprano esfuerzo de De María por adoptar un perfil más independiente lo llevó a transformar *El Federal Entre Riano* en *El Eco del Litoral*, nombre más adecuado a la noción de independencia periodística. Pero en 1856, ajustadas algunas diferencias entre Urquiza y De María, y recuperado el apoyo económico, el periódico cambió a la par del resto del país y pasó a llamarse *El Mercantil*. En Salta, *La Organización Nacional* se transforma en *El Comercio*.

²³⁷ Luis Cáceres (1828-1874) fue un abogado cordobés y profesor en la Universidad de Córdoba. Fue oficial de gobierno y Senador al Congreso de Paraná. En 1856 se asocia a Victorica y De Alvear para obtener la concesión de *El Nacional Argentino*, y transforma el periódico *El Imparcial*, de Córdoba, (que se publica desde el 5 de agosto de 1855, días antes de la sanción de la Constitución provincial) en diario a partir del 1° de julio de 1856. Pronto entra en conflicto con el gobernador Ferreyra -derquista-quien lo ataca desde *El Diario*, fundado el mismo día en que *El Imparcial* se hizo diario, y quitándole a *El Imparcial*, desde el número 20, la concesión de la impresión de documentos oficiales. Sostenido por la facción que lideraba Fraguero, apoya su ascenso a la gobernación enfrentando a Derqui y convirtiéndose en su ministro de gobierno entre 1858 y 1860, y recuperando con ello el carácter oficial del periódico. El nombre no podría ser más correcto para los objetivos de “inventar” una prensa independiente desde el Estado, cuyo progreso es coherente con ello: cuando triunfa Mariano Fraguero sobre Derqui en la elección cordobesa de 1858, Cáceres accede al cargo de ministro de Gobierno.

En Santa Fe, la presencia fortuita del joven Lucio V. Mansilla permitió, a instancias del entonces ministro provincial Juan Francisco Seguí, que Mansilla redactase un periódico titulado *El Chaco*, impreso por la imprenta del Estado, y cuyo objetivo central era demostrar las potencialidades económicas de la región, y en particular asegurar que era posible lograr la navegación del río Salado. En Tucumán, el periódico redactado por Ruperto San Martín pasó a llamarse *El Eco del Norte*, mientras que en Rosario, con apoyo de Urquiza, pues Derqui había iniciado una intriga contra De la Barra, se mejoró la calidad de *La Confederación* en forma paralela a las mejoras de *El Imparcial* en Córdoba. En San Juan, *el 9 de Julio*, creado por decreto y lanzado en setiembre de 1854, da paso a *El Agricultor*, en mayo de 1856. En Catamarca, contando con el apoyo sistemático del gobierno provincial, del gobierno nacional y del propio Urquiza, en 1856 se compró una imprenta por suscripción popular. Esta imprenta permitió al año siguiente editar un semanario con subvención estatal, y redacción de Benedicto Ruza (en 1857) y de José Félix Aldao (desde 1858), con colaboración de Fray Mamerto Esquiú. En Jujuy también se instaló una imprenta, perteneciente en este caso a Macedonio Graz. Era Graz un joven perteneciente a una familia tradicional de la provincia, recibido de abogado en Chuquisaca, quien quizás esperase ser no sólo el primer periodista de Jujuy, sino su primer periodista de características modernas. Pero tras fundar el semanario *El Orden*, comenzado el 6 de noviembre de 1856, tras un inicio con todos los tópicos de un periódico de gobierno, entró en diferencias con el gobernador y fue inmediatamente desterrado por orden de éste. Urquiza, haciendo uso de los mecanismos de contrapesos y compensaciones, le dio cobijo en Paraná, insertándose rápidamente en el funcionariado (diputado al congreso en Paraná, más adelante Juez de Paz). En Buenos Aires, finalmente, Urquiza financió la *Revista del Nuevo Mundo* de Francisco Bilbao, manteniendo un lazo de acercamiento con él, y con Nicolás Calvo, mientras daba sostén al diario *La Prensa* a cargo de Monguillot.

Una vez convencido Urquiza, a mediados de 1857, de que no habría más remedio que ir hacia la confrontación militar para reincorporar Buenos Aires por la fuerza, los periódicos de la Confederación cambiarían hacia nombres nuevamente muy programáticos en lo político, respecto de la divisoria de aguas que se estaba viviendo: *El Mercantil* de Gualeguaychú pasó a llamarse *La Época*; *El Chaco* se transformó en *El Pueblo*; *El Comercio* de Corrientes se transfiguró en *La Opinión*, *El Comercio* de Salta en *El Bermejo*, nombre más acorde con el momento de mayor discusión de posibilidades de acceder esta provincia a la cuenca del Paraná por medio de la navegación del río, proyecto para el cual se requería un nivel de inversión que suponía reintegrar a Buenos Aires. En San Luis, en marzo de 1858 se tira el primer periódico que tuvo esa provincia, teniendo como colaboradores al gobernador y funcionarios del Estado (Se llamó *La Actualidad*). Esta tendencia se profundizó en 1859, cuando la campaña militar se puso en marcha. Y aunque los acuerdos posteriores a la Batalla de Cepeda

supusieron una nueva oportunidad de paz y se habilitó periódicos con nombres como *La Fraternidad*, pronto retornó la guerra civil. Será entonces la fragmentación de la unidad política del Estado confederal la encargada de proveer novedades en simultaneidad de periódicos

Se observará a continuación, consecutivamente, las tablas de presencia de periódicos en Buenos Aires y en el resto de las provincias (denominaremos a este último bloque “La Confederación”²³⁸), entre 1852 y 1861, y la continuidad de estas presencias en los años inmediatamente posteriores, hasta 1864. En la tabla 3.1. podemos observar el desempeño de la prensa en Buenos Aires²³⁹. Se mantiene la tendencia proveniente del período anterior, de concentración del campo periodístico en un par de diarios predominantes (en este caso, *El Nacional* y *La Tribuna*, que ocupan el espacio de *El Diario de la Tarde*, y *La Gaceta Mercantil*, respectivamente), con gran duración.

Se notan, sin embargo, diferencias: el reingreso de los exiliados repone en Buenos Aires las prácticas adquiridas por la facción liberal: la coexistencia de periódicos con diferencias entre sí que debaten en la arena política influyendo en los debates parlamentarios y en la opinión pública, y alimentándose a su vez de ella. Tanto la cantidad como la variedad de medios -gauchescos, satíricos, científicos, en idioma extranjero- se duplica en comparación con la década precedente.

Además de las secciones modernizadas bajo el rosismo, el combate político aparece como gran protagonista que, poco a poco, se ajusta a los ciclos electorales y, en algunos casos, los sobrevive.

En las provincias interiores, mientras tanto, se nota un abrupto aumento de la circulación de prensa, quizás mayor aún que en Buenos Aires en proporción a la precedente. Prácticamente todas las provincias pasan a contar con periódicos y estos poco a poco comienzan a durar todo el año -o más-, aparecen la simultaneidad y la variedad de tipo de periódico. En la tabla 3.2. puede observarse estas presencias, que en comparación con el período anterior (1818-1852, Cfr. pág. 196 en esta tesis), es un crecimiento contundente.

²³⁸ Aunque el término Confederación Argentina se usaba desde tiempos de Rosas y permaneció en la Constitución Nacional hasta la actualidad (Art. 35), utilizaremos aquí dicha denominación para expresar a las 13 provincias desde el derrocamiento de Rosas (febrero de 1852) hasta el reconocimiento a Mitre como Encargado Provisorio del Gobierno Nacional en febrero de 1862.

²³⁹ En esta tabla ya no consideramos los Almanques, pues su habitualidad los retira de la prensa periódica en sentido general para concentrarse de actualizaciones de datos correspondientes a cada año. De recordarse, sin embargo, en relación con el movimiento de las prensas, que ya no hay año sin al menos un *Almanaque*. Lo mismo puede decirse del *Registro Oficial*, o *Registro Gubernativo*, o *Boletín Oficial*, el cual es constante más allá de algún cambio de nominación, y su función es la publicación de actos de gobierno en cumplimiento del mandato constitucional. Por último, tampoco se consideran publicaciones cuya función es la recopilación estadística exclusivamente, aunque debemos recordar que las mismas están presentes, por ejemplo, bajo el título de Registro Estadístico de Buenos Aires. Por último, por cumplir una función de Estado ya formalizada, no se incluyen aquí los diarios de sesiones legislativas, incluidos los especiales, como el Diario de Sesiones de la Convención del Estado de Buenos Aires (1860).

Tabla 3.1. Presencia de periódicos en Buenos Aires, entre febrero de 1852 y diciembre de 1861

Año de publicación	Nombre del periódico	Periodicidad	Meses en que fue publicado												
			S/fecha	Enero	Feb.	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1852	<i>El Infierno</i>														
	<i>La viuda del pastelero / El Ebrio ...</i>	Circunstancial													
	<i>La Gaceta Mercantil</i>	Diario			3										
	<i>The British Packet and Argentine News</i>	Semanario													
	<i>Diario de la Tarde</i>	Diario													
	<i>Diario de Avisos</i>	Diario			1° ó 18										
	<i>Agente Comercial del Plata</i>	Diario			28										
	<i>Los Debates</i>	Diario				1°									
	<i>Buenos Aires Herald</i>	Semanario													
	<i>El Progreso</i>	Diario					1°								
	<i>El Nacional</i>	Diario						1°							
	<i>El Padre Castañeta</i>	Bisemanal				1°		12							
	<i>La Avispa</i>	Diario				8		12							
	<i>La Camelia</i>	Semanario					11		23						
	<i>La Nueva Época</i>	Diario			27			12							
	<i>Correo Argentino (en francés)</i>	Semanario							¿?						
	<i>El Torito Colorado</i>	Diario						3	22						
	<i>El Federal / La Crónica</i>	Diario							9 a 28						
	<i>El Constitucional</i>	Semanal													
	<i>El Español</i>	Semanal								18					
	<i>El Guardia Nacional</i>	Circunstancial										27			7?
	<i>El Paraná</i>	Diario											25		
	<i>La Brisa</i>	Circunstancial										1 a 4			
	<i>Anticipación a la Prensa Nacional</i>	Semanario	x												
	<i>El Clarín Noticioso</i>	Circunstancial													
	<i>La Voz del Pueblo</i>	Circunstancial										11			
	<i>El Vigía Telegráfico /El Telégrafo</i>	n/d	x												
1853	<i>El Nacional</i>	Diario													
	<i>El progreso</i>	Diario									6				
	<i>La Tribuna</i>	Diario									7				
	<i>The British Packet and Argent....</i>	Semanario													
	<i>Aniceto el Gallo</i>	Semanario						19							
	<i>La Lanceta</i>	Diario					20				20				
	<i>Los Debates</i>	Diario										1 emp.	10		
	<i>Revista del Plata</i>	Mensuario										1°/9			
	<i>El Centinela / El Diablo</i>	Diario											1 al 29		
	<i>El Pueblo</i>	Diario													9
	<i>El Pampero</i>	Diario													17
	<i>El Zapato Mágico</i>	Circunstancial						11	11						
	<i>La Crónica</i>	Diario	x												
	<i>El Duende</i>	n/d	x												

Capítulo 3: De Caseros a Pavón

	Nombre del Periódico	Periodicidad	S/fecha	Enero	Feb.	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agost.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1853	<i>El Clamor</i>	n/d	x												
	<i>La Religión</i>	n/d													
	<i>Le Commerce</i>	n/d													
1854	<i>El Nacional</i>	Diario													
	<i>La Tribuna</i>	Diario													
	<i>The British and Argentine News</i>	Semanario													
	<i>La Revista del Plata</i>	Mensuario													
	<i>El Plata Científico y Literario</i>	Mensuario							12						
	<i>El Pueblo</i>	Diario		15											
	<i>Aniceto el Gallo</i>	Semanario													
	<i>El Pampero</i>	Diario	¿?												
	<i>La Crónica / La Opinión</i>	Diario					1°				6				
	<i>La Ilustración</i>	Diario			1°	3									
	<i>La Religión</i>	Quincenario													
	<i>Diario de Avisos / El Mercurio</i>	Diario										2	5 18		23
	<i>L'Echo du Commerce</i>	Diario													1°
	<i>La Unión</i>	Diario											10		
	<i>Álbum de Señoritas</i>	Mensuario													
	<i>El Noticioso</i>	Diario											28		5
	<i>Ahasverus</i>	Semanario		8			16								
	<i>Le Commerce</i>	Semanario							13						
1855	<i>El Nacional</i>	Diario													
	<i>La Tribuna</i>	Diario													
	<i>La Cencerrada / El Hablador</i>	Bisemanario									16				
	<i>The British Packet and Argentine...</i>	Semanario													
	<i>El Orden</i>	Diario								15					
	<i>El Uruguay</i>	Diario											2 30		
	<i>La Opinión / La Crónica</i>	Diario													
	<i>El Judicial</i>	Quincenario					1°								
	<i>La Religión</i>	Quincenario													
	<i>El Plata Científico y Literario</i>	Mensuario			31										
	<i>L'Echo du Commerce</i>	Diario		30											
	<i>El Zurriago</i>	Diario							13	11					
	<i>L'International / El Internacional</i>	Diario					15		23						
	<i>La Constitución</i>	Diario									25				
	<i>El Recuerdo</i>														
	<i>El Picaflor</i>														
	<i>La Unión</i>														
	<i>Revista de los Estados del Plata</i>	Mensuario													
	<i>La Comunidad Extranjera</i>														
	<i>Álbum de Señoritas</i>		x												

Capítulo 3: De Caseros a Pavón

	Nombre del Periódico	Periodicidad	S/fecha	Enero	Feb.	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agost.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1856	<i>El Nacional</i>	Diario													
	<i>La Tribuna</i>	Diario													
	<i>El Orden</i>	Diario													
	<i>El hablador</i>	Bisemanario													
	<i>La Constitución</i>	Diario								28					
	<i>The British Packet and Argentine ...</i>	Semanario													
	<i>El Judicial</i>	Quincenario													
	<i>La Religión</i>	Quincenario													
	<i>La Crónica</i>	Diario					¿?								
	<i>La Unión</i>	Diario		18											
	<i>El Heraldo del Plata</i>	Diario				5					15				
	<i>La Libre Opinión</i>														
	<i>La Lira Argentina</i>														
	<i>L'Emigration</i>														
	<i>El Industrial</i>														
	<i>La Civilización</i>	Mensuario	x												
	<i>El Constitucional</i> L'Echo du Commerce														
	<i>La Legión Agrícola</i>														
	<i>El Labrador Argentino</i>														
	<i>El Deseo</i>														
	<i>El Padre Cobos</i>														
	<i>El Chicote</i>													6 a 13	
	<i>Telón Corrido</i>														
	<i>El Soldado de la Ley</i>	Semanario										4		21	
	<i>El Eco de la Campaña</i>														
	<i>La Reforma Pacífica</i>														1 emp.
1857	<i>El Nacional</i>	Diario													
	<i>La Tribuna</i>	Diario													
	<i>El Orden</i>	Diario													
	<i>La Reforma Pacífica</i>	Diario													
	<i>The British Packet and Argentine...</i>	Semanario													
	<i>Los Debates</i>	Diario						14							
	<i>La Prensa</i>	Diario								31					
	<i>La Crónica</i>														
	<i>El Judicial</i>	Quincenario													
	<i>El Charavi Porteño</i>	Semanario			1 emp.										
	<i>Don Quijote</i>	Semanario									2			8	
	<i>La Espada de Lavalle</i>	Diario													13
	<i>Revista del Nuevo Mundo</i>	Quincenario								11					29
	<i>El Times Argentino</i>														
	<i>La Regeneración</i>														
	<i>La Constitución</i>														
	<i>La Reforma Comercial (San Nicolás)</i>														

Capítulo 3: De Caseros a Pavón

	Nombre del Periódico	Periodicidad	S/fecha	Enero	Feb.	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agost.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1858	<i>El Nacional</i>	Diario													
	<i>La Tribuna</i>	Diario													
	<i>El Orden</i>	Diario		x	¿?										¿?
	<i>La Reforma Pacífica</i>	Diario													
	<i>The British Packet and Argentine...</i>	Semanario										25			
	<i>Los Debates</i>	Diario							¿?						
	<i>La Prensa</i>					10									
	<i>El Porteño</i>	¿?													
	<i>La Espada de Lavalle</i>	Diario										11			
	<i>Anales de la Educación Común...</i>	Bimensual												1°	
	<i>Aniceto el Gallo</i>	Circunstancial													
	<i>El Judicial</i>	Quincenario													
	<i>Revista Farmacéutica</i>	Mensual											1°		
	<i>El Estímulo</i>	Mensuario			9						6				
	<i>Fray Supino Claridades</i>	Circunstancial			14										
	<i>El Grito Paraguayo</i>	Semanario													
	<i>La Guirnalda</i>	n/d													
1859	<i>El Proletario</i>	Semanario					18		16						
	<i>Revista Española Americana</i>	n/d									10				
	<i>Revista Farmacéutica</i>	Mensual													
	<i>El Nacional</i>	Diario													
	<i>La Tribuna</i>	Diario													
	<i>El Orden</i>	Diario		¿?	¿?	¿?									
	<i>Anales de la Educación Común en la Argentina</i>	Bimensual													
	<i>El Huracán</i>	Circunstancial		25											
	<i>El Judicial</i>														
	<i>Revista Farmacéutica</i>														
	<i>Museo Literario. Colab: Nicolás Avellaneda</i>			20											
	<i>La Guirnalda</i>													14	
	<i>La Regeneración</i>													1°	
	<i>El Grito Paraguayo</i>														
	<i>El Clamor de los Libres</i>														
	<i>Anuario de la Administración General de Correos</i>														
	<i>La Nueva Generación</i>														
	<i>El Chismoso. Gacetín literario y mundano.</i>			1											
	<i>El Foro</i>														
	<i>Las Novedades</i>														
	<i>La Raza Africana</i>														
	<i>El Demócrata Negro</i>														
	<i>La Paz</i>													19	
	<i>El Comercio del Plata</i>												1		
	<i>El Heraldo del Plata</i>														

Capítulo 3: De Caseros a Pavón

	Nombre del Periódico	Periodicidad	S/fecha	Enero	Feb.	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agost.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.
1860	<i>El Nacional</i>														
	<i>La Tribuna</i>														
	<i>Revista Farmacéutica</i>														
	<i>Anales de la Educación Común en la Argentina</i>	Bimensual													
	<i>Revista Judicial</i>														
	<i>La Bandera de Cepeda</i>														
	<i>The Standard and Argentine News</i>							1°							
	<i>La Paz</i>														
	<i>El Comercio del Plata</i>														
	<i>La Bruja</i>														
	<i>El Enano</i>					1 emp.									
	<i>El Guardián</i>														
	<i>El Trueno</i>														
	<i>La Nueva Generación</i>														
	<i>La Argentina</i>														
	<i>La Regeneración</i>														
	<i>La Guirnalda</i>					27									
	<i>La Patria (diario italiano)</i>														
	<i>Once de Septiembre</i>												14 cesó		
	<i>La Voz del Pueblo</i>														
1861	<i>El Nacional</i>														
	<i>La Tribuna</i>														
	<i>Revista Farmacéutica</i>														
	<i>Anales de la Educación Común en Argentina</i>	Bimensuario													
	<i>The Standard and River Plate News</i>	Semanario													
	<i>El Eco Español</i>	Semanario													
	<i>El Chimborazo</i>	Semanario													
	<i>El Judicial</i>														
	<i>Revista Comercial y Administrativa</i>	Mensual													

Diario
 Menos que diario y más que semanal
 Semanal
 Quincenal
 Mensual, o bimestral
 Trimestral
 Efimeros, únicos
 Cuadernos

Abreviaturas:
Sem.: semanal
Pr: Prospecto
aprox.: aproximadamente

Tabla 3.2. Presencia de periódicos en las capitales de provincia entre 1818 y el 3 de febrero de 1852²²

	BUENOS AIRES		LA RIOJA	LA RIOJA	SAN LUIS	SANTIAGO	JUJUY	SALTA	TUCUMÁN	MENDOZA	SAN JUAN	CÓRDOBA	CORRIENTES	SANTA FE	ENTRE RÍOS				
	Buenos Aires	San Nicolás	La Rioja	Catamarca	San Luis	Santiago	Jujuy	Salta	Tucumán	Mendoza	San Juan	Córdoba	Corrientes	Santa Fe	Rosario	C. del U.	Concordia	Gualeguaychú	Paraná
1852																			
1853																			
1854																			
1855																			
1856																			
1857																			
1858																			
1859																			
1860																			
1861																			
1862																			
1863																			
1864																			

En la tabla 3.3., por su parte, se despliega esta misma presencia en el Interior por provincia, año y periódico. Puede observarse la muy incipiente incorporación de periódicos simultáneos capaces de debatir entre sí: esto sucede en Guauguaychú (1857), Corrientes (1860), Paraná (1860) y Córdoba (1856). Puede contabilizarse también algunos periódicos que logran insertar material de distintos partidos en sus páginas sin entrar en crisis (*El Eco de los Andes*, Mendoza). Pero la práctica predominante sigue siendo el periódico controlado directa o indirectamente, con fondos públicos o propios, por los jefes de Estado nacional y de los respectivos territorios²³.

²² Se agregan ciudades que no son Capital: Guauguaychú y Concepción del Uruguay (Entre Ríos), Rosario (Santa Fe) y San Nicolás (Buenos Aires) por haber iniciado sus respectivos periodismos. El color amarillo indica presencia y el violeta, ausencia de periódicos.

²³ Así, en enero de 1852 hay periódicos en Paraná, Guauguaychú Concepción del Uruguay y Corrientes, las cuatro localidades en las dos provincias que Urquiza controlaba al momento del Pronunciamiento. Para esa fecha, 11 ciudades del Interior correspondientes a 9 provincias habían tenido prensa al menos una semana. Al finalizar los años de la Confederación en Paraná, a mediados de 1861, en cambio, existían en forma simultánea 23 periódicos, 3 de ellos opositores al federalismo y otros defendiendo distintas fracciones federales, en 16 ciudades correspondientes a 12 provincias. Las 13 habían tenido al menos alguna vez la presencia en periódico. Es pues, un cambio formidable para tan pocos años, al cual se suman otras dimensiones como la variedad de periódicos, la cantidad de pliegos impresos, la cantidad de texto involucrado (por el aumento notable de la superficie impresa) y la calidad y modernidad de contenidos, prestigio internacional e impresión. Pero aun así, las diferencias permanecen: mientras en Buenos Aires ya predomina la propiedad particular, en la Confederación predomina la propiedad estatal. De los 23 mencionados periódicos, 12 pertenecen a Estados provinciales o al Estado nacional; 6 son formalmente particulares, pero pertenecen a jefes de Estado que los sostienen con fondos cruzados estatales y particulares; 2 son particulares, con fuerte apoyo estatal, y 3 son opositores liberales, con fuerte apoyo del Estado porteño. Esta característica todavía fuertemente estatal del proyecto periodístico de la Confederación le asigna propiedades específicas en su función, contenidos, protagonistas y resultados, pues tras la derrota de la Confederación, resulta relativamente sencillo para el poder vicario mitrista desmontar por completo el sistema y reemplazarlo por uno a conveniencia, con otras reglas.

Tabla 3.3. Presencia de periódicos en las provincias interiores entre febrero de 1852 y diciembre de 1861

	Nombre del periódico	Ciudad	Periodicidad	Años en que fue publicado												
				1852	1853	1854	1855	1856	1857	1858	1859	1860	1861	1862	1863	1864
ENTRE RÍOS	<i>Boletín del ejército Aliado de operaciones contra Rosas</i>	Itinerante	Irregular	Ene												
	<i>El Iris Argentino / La Voz del Pueblo/ El Nacional Argentino</i>	Paraná	Varios													
	<i>El Correo Argentino</i>	Paraná	Semanario													
	<i>El Paraná</i>	Paraná	Semanario													
	<i>Revista del Paraná</i>	Paraná	Semanario													
	<i>La Luz</i>	Paraná	Semanario													
	<i>La Soberanía del Pueblo</i>	Paraná	Semanario													
	<i>El Litoral</i>	Paraná	Semanario													
	<i>El Argentino</i>	Paraná	Semanario													
	<i>El Paraná</i>	Paraná	Semanario													
	<i>El Federal Entre Riano</i>	Gualeguaychú	Semanario	x												
	<i>El Eco del Litoral</i>	Gualeguaychú	Semanario													
	<i>El Mercantil</i>	Gualeguaychú	Semanario													
	<i>La Época</i>	Gualeguaychú	Semanario													
	<i>L'Italia</i>	Gualeguaychú	Semanario													
	<i>El Duende</i>	Gualeguaychú	Semanario													
	<i>La Esperanza de Entre Ríos</i>	Gualeguaychú	Bisemanario							8 a 12						
	<i>Boletín Comercial</i>	Gualeguaychú	Bisemanario								31/7					
	<i>El Eco de Entre Ríos</i>	Gualeguaychú	Bisemanario													
	<i>El Pueblo</i>	Gualeguaychú	Bisemanario													
	<i>La Democracia</i>	Gualeguaychú	Bisemanario													
	<i>La Regeneración</i>	C. del Uruguay	Semanal	x												
	<i>El Uruguay</i>	C. del Uruguay	Varios													
	<i>La Chispa</i>	C. del Uruguay	Semanal													
	<i>El Progresista</i>	Concordia	Semanal													
	<i>El Comercio</i>	Concordia	Semanal													
SANTA FE	<i>La Voz de la Nación Argentina</i>	Santa Fe	Quincenal													
	<i>El Chaco</i>	Santa Fe	Bisemanal						x							
	<i>El Pueblo</i>	Santa Fe	Bisemanal							x						
	<i>El Patriota</i>	Santa Fe	Bisemanal							26/11	x	Nov.				
	<i>La Fraternidad</i>	Santa Fe	Bisemanal													
	<i>La Libertad</i>	Santa Fe	Bisemanal													
	<i>La Confederación</i>	Rosario	Bi y Trisem.			15/5							9			
	<i>El Comercio</i>	Rosario	Varios					6-8								

Capítulo 3: De Caseros a Pavón

	Localidad	Periodicidad	1852	1853	1854	1855	1856	1857	1858	1859	1860	1861	1862	1863	1864
SANTA FE	<i>El Comercio de Rosario</i>	Rosario	Varios							1-5					
	<i>El Litoral</i>	Rosario	Bisemanal							1-4					
	<i>El Progreso</i>	Rosario	Diario								3	9			
	<i>El Eco Comercial</i>	Rosario	Trisem.									8-9			
	<i>La Nueva Era</i>	Rosario	Trisem.									13/10	5%2		
	<i>La Patria</i>	Rosario	Diario									22/10		21/2	
	<i>El Ferrocarril</i>	Rosario	Diario											22/2	
	<i>El Diario</i>	Rosario	Diario										1°/4	31/7	
	<i>El Cosmopolita</i>	Rosario	Diario												1/11
CORRIENTES	<i>La Organización Nacional</i>	Corrientes	Semanario												
	<i>La libre navegación de los ríos</i>	Corrientes	Bisemanal		3/2 29/12										
	<i>El Comercio</i>	Corrientes	Trisemanal			5/1		3/5							
	<i>/ La Opinión / La Unión Argentina /</i>	Corrientes	Trisemanal					3/5		29/5					
	<i>La Unión Argentina</i>	Corrientes	Trisemanal							1/6	31/12				
	<i>La Libertad</i>	Corrientes	Semanario								21/6				
	<i>Crónica Oficial</i>	Corrientes	Trisemanal									2/1 9/12			
	<i>La Nueva Época</i>	Corrientes	Trisemanal									16/12	28/3		
	<i>Boletín Oficial</i>	Corrientes	Trisemanal										6/4		
	<i>La Esperanza</i>	Corrientes	Trisemanal												
	<i>El Progreso</i>	Corrientes	Trisemanal											17/5	
	<i>La Razón</i>	Corrientes	Trisemanal												
	<i>El Independiente</i>	Corrientes	Trisemanal												
CÓRDOBA	<i>La Opinión</i>	Córdoba	Semanario												
	<i>El Fusionista</i>	Córdoba		11/9	19/4										
	<i>El Telégrafo</i>	Córdoba													
	<i>El Estado</i>	Córdoba													
	<i>El Club Constitucional</i>	Córdoba													
	<i>El Orden</i>	Córdoba													
	<i>El Imparcial</i>	Córdoba				5/8	1°/7		31/12						
	<i>La Bandera Católica / El Católico</i>	Córdoba													
	<i>La Sociedad</i>	Córdoba													
	<i>La Linterna</i>	Córdoba													
	<i>La Verdad</i>	Córdoba													
	<i>El Diario</i>	Córdoba					1°/7		31/3						
	<i>El Rayo / El Rayo Chiquito</i>	Córdoba	Semanario												
	<i>Orden y Progreso</i>	Córdoba	Semanario												

Capítulo 3: De Caseros a Pavón

		Localidad	Periodicidad	1852	1853	1854	1855	1856	1857	1858	1859	1860	1861	1862	1863	1864
CÓRDOBA	<i>El Fiel Social</i>	Córdoba	Semanario													
	<i>La Voz del Pueblo</i>	Córdoba	Semanario													
	<i>El Pueblo Soberano</i>	Córdoba	n/d													
	<i>El Eco de la Juventud</i>	Córdoba	Semanario								6					
	<i>Brisas</i>	Córdoba	Quincenal								x					
	<i>La Libertad</i>	Córdoba	Bisemanal													x
	<i>El Eco Libre</i>	Córdoba	Bisemanal													
	<i>Causa nacional</i>	Córdoba	Bisemanal													
	<i>El Eco de Córdoba / La Unión Argentina / El Eco de Córdoba</i>	Córdoba	Diario											13/9-11/9		
	<i>El Hijo de Mayo</i>	Córdoba	n/d													
	<i>La Fusión</i>	Córdoba	n/d													
	<i>La Igualdad</i>	Córdoba	n/d													
MENDOZA	<i>El Nuevo Eco de los Andes</i>	Mendoza	Diario	trunco												
	<i>El Constitucional de los Andes</i>	Mendoza	Diario	1°/5										Ene.	May.	
	<i>El Tupungato</i>	Mendoza	Trisemanal											Ene.	May.	
	<i>La Golondrina</i>	Mendoza	Semanal	1°/9												
	<i>El 25 de Mayo</i>	Mendoza	Bisemanal		1°/7	x	18/5									
	<i>La Linterna</i>	Mendoza	Semanal		Ago.											
	<i>La Constitución</i>	Mendoza	Semanal				x									
	<i>El Día</i>	Mendoza	Semanal					x								
	<i>El Corsario</i>	Mendoza	Semanal						x							
	<i>El Buitre</i>	Mendoza	Circ.									24/3				
	<i>El Porvenir</i>	Mendoza	Circ.									31/3				
	<i>El Por Ahora (datos divergentes). Zuloaga</i>	Mendoza	Satfrica		¿?			¿?						¿?		
SAN JUAN	<i>El Hijo de Mayo</i>	San Juan	Semanario	22/5												
	<i>La Libertad</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>9 de Julio</i>	San Juan	Bisemanal			18/9										
	<i>El Agricultor / El Nuevo Agricultor</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>El Correo de los Andes</i>	San Juan	Bisemanal				26/8	¿?								
	<i>El Grito</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>El Porvenir</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>La Aurora</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>La Situación</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>El Iris</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>El Orden</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>Registro Oficial</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>El Orden Constitucional</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>El Zonda</i>	San Juan	Bisemanal													
	<i>El Chismoso (manuscrito)</i>	San Juan	Circ.													

Capítulo 3: De Caseros a Pavón

SALTA	La Organización	Salta	Semanario													
	El Comercio	Salta	Semanario													
	El Bermejo	Salta	Semanario													
	La Libertad en el Orden	Salta	Semanario								16/2	17/11				
	El Eco del Norte	Salta	Bisemanal													
	La Voz del Pueblo	Salta	Bisemanal													
	La Prensa	Salta	Bisemanal										29/1		25/4	
	El Salteño	Salta	Bisemanal													
	La Actualidad	Salta	Bisemanal													
	La Época	Salta	Bisemanal													
JUJ	El Orden	San Salvador														
	La Fraternidad	San Salvador														
SANTIAGO DEL ESTERO	El Guardia Nacional	Santiago	Semanal													
	La Prensa Orgánica	Santiago	Semanal									¿?				
	La Reforma Pacífica	Santiago	Semanal													
	La Fraternidad	Santiago	Semanal													
	El Pueblo	Santiago	Semanal													
	El Norte	Santiago	Semanal													
TUC.	El Argentino Independiente	Tucumán	Tucumán													
	El Eco del Norte	Tucumán	Tucumán													
	El Guardia Nacional	Tucumán	Tucumán													
	El Liberal	Tucumán	Tucumán										29/12			
CATAMARCA	El Ambato	Catamarca	Semanal							18/6						
	El Burro	Catamarca	Quincenal													
	La Fraternidad	Catamarca	Semanal													
	El Centinela del Norte	Catamarca	Semanal													
	La Libertad		Semanal													
	La Regeneración		Semanal													
LR	La Patria	La Rioja	Semanal													
	El Famatina	La Rioja	Semanal													
SL	La Actualidad	San Luis	Semanal							28/3-30/12	4					
	Registro Oficial	San Luis	Semanal													
	El Centinela Puntano	San Luis	Semanal													
	El Porvenir	San Luis	Semanal													

3.2.1. Momentos clave de la transición

La nueva fractura: de la batalla de Caseros al sitio de Lagos

Concluida la batalla de Monte Caseros (o Batalla de Caseros), el 3 de febrero de 1852 el panorama político institucional del país había dado un giro de 180 grados: quien gobernó con la suma del poder público durante los últimos casi 17 años debe huir precipitadamente del país, asilándose en una nave extranjera que lo lleva al destierro definitivo. Urquiza es ahora no sólo gobernador de Entre Ríos y jefe del ejército vencedor: a medida que la noticia se expande por el país, es claro entre todos los sectores que el entrerriano es la clave política y militar del período abierto con el contundente resultado militar. En Buenos Aires, algunos conatos de pillaje y acefalía son rápidamente suprimidos por el ejército vencedor. A pesar del temor que produce entre la población porteña el atroz castigo a los salteadores - se los ejecuta sumariamente y se deja sus cadáveres colgando de árboles a la vera de caminos de acceso a la ciudad- pronto Urquiza da señales claras que llevan tranquilidad: se muestra dispuesto a posponer la entrada a la ciudad, reconoce a la comisión de notables que se acerca a entregar las llaves de la ciudad, informa que preservará la autonomía provincial (y la provincia podrá elegir sus autoridades), que derogará todas las medidas del régimen anterior que impidiesen el fin de la violencia (censura, suma del poder público, actos de terror estatal, exigencia de unanimidad), y que su intención es lograr la organización constitucional del país a la mayor brevedad, convocando a un acuerdo entre las 14 provincias de la Confederación Argentina para poner en marcha una Convención Constituyente, promesa que cumple poco después.

En las 13 provincias interiores hubo dos reacciones: la del Litoral, sobre todo de Entre Ríos y Corrientes, plena de jubiloso alivio, agasajos y fiestas, y la del resto de las provincias, en tensa expectativa que se resolvió en forma favorable a la estrategia de Urquiza, al punto tal que a mediados del año los gobiernos del Interior se encontraban alineados en bloque con el general entrerriano, en contra de los intereses hegemónicos porteños²⁴.

En términos periodísticos, la prensa porteña precedente, unánimemente rosista, había cesado en forma inmediata tras conocerse el resultado de la batalla, por lo que se produjo un extraño silencio periodístico en la ciudad. Los primeros días de tensa expectativa significaron una presencia casi

²⁴ El cambio en las provincias no estuvo exento de conatos de violencia y derrocamientos. En Córdoba una revolución derroca -el 27 de abril- al gobernador Manuel López, gobernador a todo lo largo del segundo mandato de Rosas en Buenos Aires. Su sucesor, Guzmán, buscó equilibrar el nuevo gobierno con federales urquicistas y ex unitarios. Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe se mantenían firmemente urquicistas. En la Región cuyana, la legislatura de Mendoza decidió el remplazo del gobernador Mallea el 3 de marzo, retomando el gobierno Pedro Segura, quien había sido derrocado por Mallea en 1847 y vinculado a la corriente federal menos asociada al rosismo duro. En San Juan, la legislatura depuso al gobernador Benavidez, remplazándolo por el entonces gobernador delegado Zacarías Yancy, quien ya había incorporado opositores a Rosas al gabinete. En Tucumán, el gobernador Celedonio Gutiérrez fue derrocado el 14 de junio por una conspiración dirigida por Salustiano Zavallía, aunque se nombró gobernador al coronel Manuel Espinosa. En Salta, el 3 de marzo un movimiento auspiciado por Bernardo de Irigoyen hombre de Urquiza en ese momento, pone en el gobierno al coronel Tomás Arias. Si bien el coronel Saravia logra recuperar el gobierno en mayo y junio, Arias lo vuelve a derrocar el 6 de junio.

exclusiva de la prensa urquicista, que se continuó durante febrero y comienzos de marzo: continuaron los periódicos entrerrianos y correntinos, surgió un periódico oficial en Buenos Aires, cesaron o cambiaron sus nombres casi todos los periódicos preexistentes en esta última ciudad, y se autorizaron periódicos nuevos a editores que participaron en la campaña urquicista o se constituyeron en sus potenciales apoyos una vez iniciados los contactos para normalizar la situación institucional de la provincia acéfala desde el destierro de Rosas. En el resto del Interior, el silencio de prensa era correlativo a la expectativa.

Pero la situación comenzó a normalizarse en las semanas siguientes, tanto en cantidad de sitios con prensa en el Interior -comenzando por Córdoba y Mendoza- como en las prioridades de contenidos, recuperándose cierta libertad de opinión política. En Buenos Aires, Urquiza dio garantías de un mejoramiento inmediato de la seguridad y libertad ciudadana, y aunque su requerimiento de uso de la divisa punzó para recibir solicitantes de audiencias causó seria preocupación en la elite porteña, pronto se constituyó la Sala de Representantes y se activaron los periódicos. Pero a pesar del clima promisorio de distensión y esperanzas puestas en la pacificación y la organización nacional, pronto surgen conflictos entre el proyecto de Urquiza y las fuerzas políticas porteñas. Frente a ellos, tanto la emigración antirrosista como los resabios del aparato político e institucional de régimen se acomodan a la nueva situación, formando como adversarios quienes fueron compañeros, y viceversa. Simpatizan con Urquiza las fuerzas federales de las provincias interiores, parte del federalismo bonaerense y sectores que fueron unitarios moderados en el Interior. Con la oposición porteña a Urquiza: los restos del partido unitario y las nuevas generaciones liberales, el sector más activo de la emigración antirrosista, y el conjunto de los intereses comerciales porteños, cualquiera sea su afinidad política. Las disputas se encienden en torno al grado de representación que tendría Buenos Aires en una Convención. Si queda en contundente minoría, como intenta Urquiza, se nacionalizará la aduana del puerto, podría federalizarse la ciudad de Buenos Aires y la hegemonía del gobierno pasaría a las provincias. Si logra una representación acorde a su riqueza, poder y población, será Buenos Aires la que hegemonice este proceso, según principios predominantes en su elite: el liberalismo²⁵.

²⁵ A las diferencias de cultura política y estilo, o aun de ambiciones contrapuestas, Buenos Aires suma una condición *sine qua non* para integrarse a la organización constitucional: no desea una representación federativa (igual cantidad de delegados por provincia) que lo deja en franca minoría ante el bloque de 13 provincias interiores, sino una basada en el peso relativo -demográfico, económico, histórico- de la ciudad puerto. En tal contexto, aspectos simbólicos -como la continuidad del requerimiento del uso de la divisa punzó- y sobre todo de prácticas de sociabilidad y de circulación en la esfera pública, exacerban las diferencias, que se expresan, no casualmente, en la prensa.

Tabla 3.4. El periodismo en 1852: Antes y después de Caseros

	Hechos políticos	Periodismo antes de Caseros	Periodismo luego de Caseros
Bs As	Victoria urquicista el 3 de febrero. Gobierno de López, de Urquiza, revolución del 11 de septiembre, sitio de Lagos, fin del sitio (julio 1853)	<i>La Gaceta Mercantil</i> , <i>El Diario de la Tarde</i> , <i>El Agente Comercial del Plata</i> , 35 años de abundante periodismo entre 1835 y 1852.	<i>El Progreso</i> , <i>El nacional</i> , <i>Los Debates</i> , <i>La Tribuna</i> , otros títulos de menor duración y muchos títulos efímeros de función y género diversos.
Entre Ríos	Firmemente urquicista, convertido en territorio federal de hecho tras la victoria de Caseros, y de derecho entre 1854 y 1860.	<i>El Federal Entre Riano</i> (Paraná, cambia nombre por <i>El Iris Argentino</i> y <i>La Voz del Pueblo</i>). <i>El Progreso de Entre Ríos</i> (Gualeguaychú), <i>El Porvenir de Entre Ríos</i> (Concepción del Uruguay). 17 años con al menos un número de periódico entre 1818 y 1852.	<i>El Nacional Argentino</i> (Paraná), <i>El Eco del Litoral</i> (Gualeguaychú), <i>La Regeneración</i> (Concepción del Uruguay). Los tres bajo control de Urquiza.
Ctes.	Permanece firmemente urquicista bajo el gobierno de Virasoro. En junio estalla una revolución que lo derroca. Para sucederlo se elige a Juan Pujol, ministro de Urquiza	<i>Corrientes Confederada</i> . Sin periódicos entre 1849 y mediados de 1851. <i>La Organización Nacional</i> . 13 años con al menos un número de periódico entre 1818 y 1852.	Continúa el periódico estatal <i>La Organización nacional</i>
Sta. Fe	Se mantiene firmemente urquicista. Domingo Crespo gobernador desde 1851.	Periódico oficial entre 1847 y 1851 (varios nombres). 11 años con al menos un número de periódico entre 1818 y 1852.	No hay periódicos hasta 1854 (en Rosario) y 1856 (en Santa Fe Capital), pero en 1853 (enero a abril) el Congreso Constituyente publica <i>La Voz de la Nación Argentina</i> , a su cargo.
Córdoba	Una revolución derroca -el 27 de abril- al gobernador Manuel López, Su sucesor, Guzmán, buscó equilibrar el nuevo gobierno con federales urquicistas y ex unitarios.	Sin periódicos desde 1836. 12 años con al menos un número de periódico entre 1818 y 1852.	<i>La Opinión</i> , órgano del gobierno, dirigida por Juan Piñero surge en julio. <i>El Fusionista</i> , dirigida por Eusebio Ocampo (surge a comienzos de septiembre, cesa en febrero de 1853), inspirado por el Club Constitucional.
Mendoza	La legislatura de Mendoza decidió el remplazo del gobernador Mallea el 3 de marzo, retomando el gobierno Pedro Segura, y vinculado a la corriente federal menos asociada al rosismo duro (y que quien había sido derrocado por Mallea en 1847).	Hubo un periódico en 1849. 15 años con al menos un número de periódico entre 1818 y 1852.	El 1° de Mayo nace <i>El Constitucional de los Andes</i> , a cargo de Juan Ramón Muñoz y José Rudecindo Ponce. Primer diario del interior del país, se sostiene hasta 1860, como el principal periódico de la región y uno de los más importantes del país. <i>La Golondrina</i> , semanario festivo, aparece en septiembre. <i>El Nuevo Eco de los Andes</i> , aparece en mayo.
San	La legislatura depuso al gob. Benavídez, remplazándolo por el gobernador delegado Zacarías Yancy, quien ya había incorporado opositores a Rosas al gabinete.	Sin periódicos desde 1847. 9 años con al menos un número de periódico entre 1818 y 1852.	El Hijo de Mayo La Libertad
Tu	El Gob. Gutiérrez sobrevive a una invasión desde Bolivia en enero, pero es derrocado en junio por la legislatura.	Sin periódicos desde 1848. Entre 1818 y 1852 hubo 11 años con al menos un número de periódico.	Sin periódicos
Salta	Un movimiento en Jujuy en Jujuy en septiembre de 1851 y un alzamiento en Salta en marzo de 1852 derrocan a Aparicio Saravia, quien se asila en Tucumán.	Sin periódicos desde 1828, excepto 1845. 4 años con al menos un número de periódico entre 1818 y 1852.	Sin periódicos.
RESTO DE LAS PROVINCIAS Y TERRITORIOS: TODAVÍA SIN PERIÓDICOS			

Primeros cambios en la prensa porteña

Apenas derrocado Rosas, y reorganizado el gobierno de Buenos Aires, el 28 de febrero de 1852 se dicta un contundente decreto que restituye la libertad de prensa, declarando abolido el decreto de 1º del febrero de 1832 que dejaba la tipificación abierta a una interpretación capaz de estrangularla. Casi de inmediato surgen nuevos periódicos que expresan los numerosos grupos que convergen sobre una ciudad de Buenos Aires cargada de optimistas expectativas, imaginando dejar atrás una etapa política de guerras constantes, autoritarismo y unanimismo político exasperante. Rosas, hombre tan rico en su negocio agroganadero que pudo proveer, mucho antes de su cenit político, de veinte mil cabezas de ganado a la provincia de Santa Fe como aporte a la concreción de un tratado de paz entre aquella y Buenos Aires, nunca tomó a su cargo la dirección empresarial -ni siquiera la propiedad- de negocios de imprenta o periodismo. Lo cual no significa que no conociera o no le interesara el negocio, pues como se ha visto en la sección anterior, manejó con maestría los requerimientos de innovación técnica y de gestión para los periódicos existentes en el Estado, facilitó el funcionamiento de imprentas privadas paralelas a las del Estado y manejó eximamente todo lo que podía saberse en su tiempo sobre lo que hoy día llamamos gestión de imagen en la prensa y propaganda de gobierno.

Por ello cuando hubo de desterrarse tras la derrota, no había bienes de imprenta que embargarle.

Urquiza, conocedor -y beneficiario- de sus estrategias (no olvidemos que recibió imprentas de Rosas en 1839 y 1842 para su uso en la guerra civil), tomó medidas inmediatas, tanto jurídicas como de gestión de periódicos. De allí que, cuando se publica el decreto que abroga el de 1832 -apenas una semana después de su entrada en Buenos Aires- Urquiza preparaba ya una estrategia periodística amplia y coherente con lo que había hecho en Entre Ríos en años anteriores.

En primer lugar, entregó la administración de la imprenta del Estado a un grupo de notables afines -encabezados por Diego de Alvear y Delfín Huergo- quienes dieron a la prensa, a partir del 1º de marzo, al diario oficial *El Progreso*, en tanto Alvear convocaba a la formación de un club social del mismo nombre (Club del Progreso, que aún existe).

En segundo, aseguró la continuidad de espacios periodísticos preexistentes y consolidados por décadas de publicación continua. Así, de las cenizas del *Diario de la Tarde* surgió, a cargo de Dalmacio Vélez Sarsfield, *El Nacional*, que también fue, por varios años, vespertino, hasta que los rigores de la competencia con *La Tribuna* lo hagan pasar a la mañana. Este último nombre, *La Tribuna*, se conformará, el 7 de agosto de 1853, con los restos del aparato de gestión de *El Progreso*, pero en lugar de alquilar la imprenta del Estado, utilizará la imprenta que perdieron los sitiadores federales en julio de ese año cuando debieron retirarse derrotados, tras la traición de la flota de Coe. El espacio matutino fue ocupado por *El Progreso*, pero al tratarse de un diario formalmente oficial, bajo órdenes de Urquiza, la transición de lectores no se produjo del mismo modo desde *la Gaceta Mercantil* como sí

estaba sucediendo con el *Diario de la Tarde*. Este hiato fue inmediatamente aprovechado por la continuidad de *El Agente Comercial del Plata*. Este periódico, dirigido por un grupo de seis socios entre los que sobresalían los españoles Benito Hortelano y Manuel Toro y Pareja junto a los tres propietarios de la Imprenta Americana, había alcanzado gran crecimiento merced no sólo a su calidad general, sino a la inclusión de fascículos del *Semanario Pintoresco Español*, entre otros beneficios comerciales que Hortelano propuso a partir de su experiencia comercial en Madrid y París (Hortelano, 1936). Tras Caseros y a pesar del tono fuertemente rosista de esta publicación -y de un pasquín emitido anónimamente por el mismo equipo, *El Infierno*- el periódico tardó unos pocos días en salir nuevamente a la calle, siendo por dos semanas el único en circulación, lo que lo fortaleció. Un acuerdo con el recién llegado Bartolomé Mitre derivó en su incorporación como redactor y -a sugerencia de éste- al cambio de nombre por *Los Debates*.

Por último, Urquiza intentó una estrategia ecléctica entre el modelo rosista (captación de periodistas de extrema lealtad a su mandante, fuerte predominio estatal sobre la prensa) y el liberal (libre circulación de periódicos privados). De allí que no puso traba alguna a varios semanarios satíricos que aparecieron de inmediato, y a su vez fue capaz de captar periodistas rosistas que -como Federico de la Barra- venían de haberlo atacado con insultos pocos meses antes, y sería un puntal de la estrategia periodística del entrerriano a partir de entonces.

Así, tres jóvenes formados en Buenos Aires bajo el rosismo (Eusebio Ocampo, Benjamín Victorica y Miguel Navarro Viola) fundan un periódico crítico-burlesco, *El Padre Castañeta*, impreso en el taller de Arzac, apareciendo el primer número el 1° de marzo. Benito Hortelano, tipógrafo y librero español residente en la ciudad y alma mater del *Agente Comercial* (y *Los Debates*), funda a partir del 8 de marzo *La Avispa*, con la colaboración de su compatriota Manuel Toro y Pareja. El 9 de marzo el recién nombrado gobernador Vicente López dicta el decreto por el que saldrá el diario gubernativo *El Progreso*, montado sobre la estructura completa de *La Gaceta Mercantil* pero impresa en la Imprenta del Estado, y entregada la tarea en concesión a Delfín Huergo y Diego de Alvear. Los emigrados de Montevideo y de Santiago de Chile también comenzaron su nueva serie de periódicos: Héctor Varela, Adolfo Alsina y Miguel Villegas lanzan *La Nueva Época* el 27 de marzo; el 1° de abril, surge sobre la base de *El Agente Comercial del Plata*, *Los Debates*, diario de formato sumamente moderno, realizado por acuerdo entre Benito Hortelano y Bartolomé Mitre, por el cual el primero pagaría al segundo un salario de cuatro mil pesos papel. *Los Debates* fue redactado por Mitre y por Juan Carlos Gómez, con la colaboración de Palemón Huergo, Luis L. Domínguez, Manuel Montes de Oca y otros. El 1° de mayo aparece el primer número de *El Nacional*. El 2 de mayo aparece otro periódico burlesco, *El Torito Colorado*. También se recuperaba la prensa en lengua extranjera: *The Buenos Aires Herald* (en inglés) y *El Correo Argentino* (en francés) habían aparecido ambos en marzo.

Es el grupo de ex emigrados el que primero genera roces con la nueva situación política en la que Urquiza pretendía asegurar numerosas continuidades, más allá del complejo simbolismo de la divisa punzó (pues como contrapartida, había por ejemplo eliminado la obligatoriedad de encabezado “Mueran los ...” dejando sólo “Viva la Confederación Argentina”). Fue Alsina, fundador de *La Nueva Época*, precisamente, el que generó la primera fricción en torno a la divisa. Como indica Scobie:

"Luego hubo la famosa cuestión de la cinta colorada, asunto que quizá refleja mejor que nada la incompreensión mostrada por Urquiza hacia Buenos Aires y el momento político. Para muchos, el régimen de Rosas estaba simbolizado por la divisa punzó (...), cuyo uso había sido obligatorio en los últimos veinte años como señal de lealtad al gobierno. Cuando las noticias de Caseros llegaron a Buenos Aires, la gente dejó de usarla, algunos con mucho sentimiento y otros con júbilo. Cinco días después circuló la nueva de que Urquiza no recibiría a ningún argentino en su cuartel general si no llevaba una cinta punzó en el sombrero. (...) Varios jóvenes porteños fueron arrestados por no llevar la divisa punzó en el traje. (...) Cuando Urquiza hizo su entrada triunfal en Buenos Aires (...) el único miembro del gobierno provisional que se presentó sin la divisa punzó fue Valentín Alsina, ministro de gobierno, violento antirrosista. Dos días después (...) se dio a conocer una vibrante proclama en la que se decía que la cinta colorada era la honorable divisa de los verdaderos argentinos" (Scobie, 1964: 27).

El encargado británico al Foreign Office decía:

"Por más insignificante que esta divisa parezca, es un hecho de la mayor importancia y que puede ser causa de una futura Revolución en este país, pues como casi todos lo recuerdan muy bien Rosas dio comienzo a su sistema por medios similares, cuyo derrocamiento ha sido la causa de la última Revolución" (Scobie, 1964: 27).

La cuestión de la divisa no era menor, aunque la razón profunda de la misma no se debatiese explícitamente. Rosas había construido un sistema de legitimación y manutención del orden que excluía todo disenso. No sólo era imposible intentar una oposición política: la presencia activa de un discurso permanente de reafirmación de la lealtad al orden imperante hacía que ninguna persona pudiese guardar silencio o dejar de lado alguno de los signos más típicos (como la divisa) sin ser considerada de inmediato fuera de la legalidad. Pero este mecanismo de legitimación no era exclusivo de Rosas, sino de cualquier formación estatal en proceso de consolidación de su monopolio legítimo de la fuerza y de definición de los límites de la hegemonía y el disenso. Lo que generó de inmediato conflictos no fue tanto la "humillación" de usar la divisa, sino la posibilidad de continuación de los mismos mecanismos de legitimación conocidos: estos excluían el parlamentarismo y la libertad política de la prensa, por lo tanto excluía a todos los emigrados antirrosistas con planes de reinserción en la ciudad puerto, con un agravante: un régimen caudillista autoritario en manos de un ganadero bonaerense fue algo difícil de sobrellevar; uno en manos de un caudillo del Interior que agrupaba tras de sí los intereses de las trece provincias era la muerte de la supremacía porteña.

En tal contexto, sumará Urquiza dos errores en torno a la prensa: uno, que el reemplazo de *La Gaceta Mercantil* no fuese por otro periódico similar (como sucedió con el *Diario de la Tarde*), sino por un diario oficial, sostenido explícitamente desde el Ministerio de Gobierno, e impreso en la Imprenta del Estado. Otro, el apuro en clausurar periódicos, sin medias tintas, a pocos meses de iniciar la nueva etapa política, el 12 de mayo y el 24 de junio, ante los primeros exabruptos y conflictos.

***El Progreso*, último periódico oficial en Buenos Aires**

Para Urquiza contar con un periódico oficial no era percibido como algo anormal o incorrecto. Se hallaba orgulloso de las iniciativas periodísticas generadas por fuera de las formalidades del Estado en la costa del Uruguay, pero nunca dudó de continuar el periódico oficial en la capital entrerriana, ni intentó generar uno suyo, particular, paralelo a él, aunque contaba con los recursos. Pero para los repatriados, se trataba de una señal que hacía temer la continuidad de los peores recursos autoritarios. No tenían pocos motivos para oponerse: la primera elección con algún nivel de libertad en décadas generó nuevos conflictos, pues Urquiza intentó incidir directamente en la elección, las cuales invariablemente resultaban tal como se esperaba. En este caso, lanzó los correspondientes mensajes para que se apoye la lista de los candidatos propuestos por el gobierno provisional, en cuya confección incidió directamente. Además, envió soldados del Ejército Libertador a algunos distritos para que voten allí, y envió a oficiales a realizar discursos de apoyo a candidatos también en varios distritos. Aun así, triunfó la lista de la oposición (Alsina). Sin embargo, Urquiza se encargaría de aclarar la situación. Dos días después de la elección (recuérdese que ésta era indirecta), el 13 de abril, realizaba una de sus típicas maniobras de presión: invitó a toda la elite política a visitar el campo de batalla de Caseros. Allí, tras las fórmulas de rigor (almuerzo, conversación, brindis, discursos), Urquiza procedió a explicitar la situación, reproducidas luego sus palabras en el diario oficial:

"El venerable patriota, D. Vicente López, es acreedor por sus virtudes a continuar ocupando la primera Magistratura de la provincia, y puede contar con las simpatías del Ejército Libertador, como creo que cuenta con el aprecio general de sus conciudadanos" (*El Progreso*, 15 de abril de 1852: 1).

Vicente López fue elegido por la legislatura, muy a pesar de su mayoría. Alsina renunció inmediatamente a su cargo y pasó a la explícita oposición.

Como puede observarse, *El Progreso* tuvo un rol importante en el manejo de Urquiza de la cuestión electoral, y no precisamente argumentando, sino dando a conocer claramente una posición de fuerza. Pero si bien en este aspecto el periódico pudo cumplir su rol, no le iría tan bien en la parte de los debates políticos con los otros periódicos, con redactores mucho más entrenados en la normalidad del debate político en Chile y Uruguay. Pronto se notó la diferencia de eficacia de los dos modos de abordar la prensa: en Buenos Aires los líderes políticos debatían por la prensa, en los espacios públicos y en el parlamento. En la estructura liderada por Urquiza, esta presencia directa en la prensa no existía. Los jefes políticos tradicionales del Interior, y especialmente Urquiza, no escriben jamás en la prensa, salvo cuando se trata de hacer pública una carta.

Por eso llevan las de perder en los debates: los redactores al servicio de Urquiza son dirigentes de segundo o tercer orden, incluso si provienen -como Alvear- de clases patricias e intentan sociabilidades

de pares en clubes²⁶- sin el menor poder de decisión, y no sólo deben enfrentar a dirigentes de primer nivel, mucho mejor fogueados en años de experiencia de prensa moderna, sino que deben dar cuenta de su incómodo rol de escribas a sueldo de ideas que no necesariamente comparten o al menos que jamás deciden ellos a plenitud, cosa que se demuestra con facilidad (y los porteños se ensañan con ello) al comparar escritos del mismo redactor en dos épocas no necesariamente lejanas.

El Progreso estaba imposibilitado de ocultar su linaje: había sido creado por decreto gubernativo del 9 de marzo, en una de las primeras medidas del gobierno provisorio:

"Siendo de absoluta necesidad que exista un periódico que sirva de órgano inmediato a las ideas de la nueva época, que exponga y esplane los principios del Gobierno, e ilustre a la opinión acerca de todas sus medidas, el Gobierno ha acordado y decreta:

Art. 1. Bajo la Inspección General del Ministerio de Gobierno se establecerá un diario gubernativo encargado de llenar los objetos indicados; y en el que se hará preferentemente la publicación de los documentos.

Art. 2. Sin perjuicio de la publicación de los documentos del día, el enunciado diario recopilará sucesivamente los principales de los expedidos desde el 4 de febrero.

Art. 3. Queda encargado el ministro de Gobierno de ajustar y concluir, bajo un contrato, las condiciones más ventajosas que sea posible, a fin de llenar prontamente a efecto el periódico mencionado" (*Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 1875: 26).

Contaba con el privilegio de editar los documentos oficiales antes que el resto, y explicitaba su carácter "gubernativo". A diferencia de lo sucedido en Entre Ríos, desde el comienzo su periodicidad fue diaria, su tipografía sumamente clara y profesional y su tamaño bastante grande (55 por 36 cm, a 4 columnas). Dedicaba la mayor parte de su espacio a los documentos oficiales y disponía de una página de avisos (la última). En el prospecto comprometía lealtad a Urquiza, y "leyes benéficas e instituciones liberales" dejando atrás "el despotismo":

"En los campos de Morón acaba para siempre el poder que detiene sus progresos. Allí la victoria realizó los colores que habían abatido al más brutal despotismo y un guerrero ilustre, coronado de laureles, levanta la voz para llamar a los argentinos a reconstruir su nacionalidad y a afianzar sus derechos. (...) Secundaremos tan nobles anhelos; aspiramos a ser lo que son otros pueblos con menos recursos que la Providencia nos ha dado y que prosperan a la sombra de las leyes benéficas y de instituciones liberales. Carecemos de una y otras, y mientras no se llene este vacío, debemos recelar siempre la reproducción de los males que hemos sufrido, y cuyo recuerdo es bastante para despertar el celo de los que se interesan en el honor y bienestar de la patria. Llamar la atención pública sobre todos sus actos, presentar reunidos todos sus trabajos es el mayor homenaje que puede tributarse al mérito de los que han aceptado la penosa tarea de allanar el camino de la nueva administración que se forma" (*El Progreso*, Prospecto).

Este contenido -cargado de contradicción- reaparece en la mayor parte de los artículos de la sección editorial: gran cantidad de genuinas buenas intenciones (recuérdese por ejemplo que Urquiza siempre defendió efectivamente la libertad de cultos) respecto a "instituciones liberales" formuladas como promesa, pero cuya concreción depende pura y exclusivamente de la obediencia y lealtad al nuevo poder personalizado en el general Urquiza, lealtad que debería ser espontánea pero por las dudas cuenta con una insistente presencia del "Ejército libertador". También veremos repetirse la cuestión de las tareas a realizar como "regeneración" antes que construcción de lo nuevo, excepto cuando lo nuevo

²⁶ El diario *El Progreso* y el Club del Progreso fueron iniciativas simultáneas, en las que estuvo involucrado Diego de Alvear.

es la incorporación de lo ya existente en las "naciones civilizadas". La regeneración requiere eliminar los factores que hicieron perder el estado de gracia original: la anarquía, el desorden, la desobediencia, la deslealtad. Estos factores, por otra parte, están presentes en el discurso como constante amenaza: la desobediencia al poder legítimo es la anarquía. Sobre las críticas que recibe el diario dice Auza:

"...fue blanco del lenguaje punzante, agresivo y socarrón del diario *Los Debates*, que redactaban Bartolomé Mitre, Juan Carlos Gómez, Pantaleón Huergo y Luis L. Domínguez, entre otros". Atacaban fundamentalmente el carácter oficial del periódico" (Auza, 1978a: 41).

En cuanto al carácter "independiente" que debe identificar al periodista, fue siempre remarcado por los redactores de esta época, y muy especialmente por los redactores de la Confederación. La debilidad de esa "independencia" era tan grande que debían repetir constantemente su existencia para defenderse de las críticas de la prensa de Buenos Aires, de los ocasionales críticos al interior del gobierno después de 1856 y de la falta de credibilidad de su palabra independiente. Pero también era así por una cuestión de funcionalidad: por medio de la prensa el poder político podía decir o acusar sin la responsabilidad que implica un documento público oficial. A este respecto *El Progreso* no se quedó atrás, y luego de un comentario sobre el presidente de Bolivia que motivó una reclamación del representante de ese país, los redactores responden con altanería en lo que constituye una implícita ratificación de la decisión de enfriar las relaciones:

"Nuestra opinión, señor, en este asunto como en muchos otros, no es, ni puede ser la opinión del Gobierno; y más admira a muchos en verdad, que Ud. haya podido figurárselo" (*El Progreso*, 10 de mayo de 1852).

En lo que hace a las acusaciones respecto al carácter no sólo no independiente sino explícitamente oficial, es destacable que este tipo de acusación fue realizada constantemente por los periódicos de Buenos Aires a los de la Confederación, e invariablemente éstos respondieron de un modo evasivo o culposos, pero jamás pudieron sostenerse como adversarios legítimos en la prensa. Es decir, en ningún momento la autoridad estatal o los periodistas de los periódicos de Estado consideraron legítima y deseable la existencia de una prensa de Estado, aún si tuviese las mismas funciones deseables que formulan los prospectos: promover la instrucción, la información económica, científica o literaria útil, garantizar la publicidad de los actos de gobierno, facilitar el debate y la libertad de expresión. Si la práctica de la prensa de Estado era que éste se hiciese cargo de la creación y sostén de los periódicos, su horizonte deseable siempre fue el periodismo en manos particulares: el *modelo de sustitución* en sentido lato. Ante la acusación de *El Padre Castañeta* de ser "empleados a sueldo", la respuesta de los redactores de *El Progreso* apunta en primer lugar a lo que corresponde a un periódico porteño:

"El gobierno nos ha hecho el honor de encargarnos de la publicación y explicación de sus actos, cuando necesiten ser explicados, y como estamos conformes con su marcha, ninguna dificultad hemos tenido en aceptar este encargo. Publicamos nuestro diario en una imprenta de nuestra propiedad particular, a la cual agregaremos la del Estado, que aún no hemos recibido, y que por tener más de treinta años de uso, puede considerarse casi como inútil. Trabajamos con nuestro plomo y con nuestra imprenta, y si alguna ventaja reportamos de nuestro trabajo, no creemos que pueda mirarse como inmerecida" (*El Progreso*, 5 de abril de 1852).

Esta respuesta se tornaba poco creíble, por cuanto el periódico se había constituido por decreto, y era evidente el control gubernativo. Este problema será constante, porque Urquiza jamás permitiría que en la prensa se expresen con regularidad protagonistas de la primera línea política²⁷.

En los días de los *debates de junio*²⁸ *El Progreso* recibe acusaciones de la sala de representantes, de ser periódico oficial (y por ende de que el gobierno es parcial en el fomento de la prensa). El 11 de junio *El Progreso* contesta que el gobierno toma más ejemplares de *El Nacional* que de *El Progreso*, y con más ventajas, y que incluso se halla suscripto a muchos ejemplares de *Los Debates*. Es evidente que dicha toma no era clave aunque sí importante para *El Nacional*, en tanto *El Progreso* era la voz escrita del gobierno sin lugar a dudas, y desde ella se ejercía presión política y militar en gran escala.

El proceso vivido por el periódico en los pocos meses en que Urquiza controló la jefatura del gobierno porteño muestra un rápido proceso de deterioro de su credibilidad y de su misma capacidad de redacción, por cuanto el equipo original se va desgranando. Al comienzo, el diario se permite lujos tales como contar con la adhesión explícita y calurosa de José Mármol:

"Gracias General Urquiza en nombre de la patria recuperada, porque el acto de devolver su pasado lustre a su oscurecido nombre, es un grande u un santo deber que el cielo ha podido encomendarle como hijo de esta tierra" (*El Progreso*, 12 de abril de 1852).

A las críticas de *Los Debates*, responde deslegitimando su discurso en su conjunto y no contra-argumentando, por medio del recurso de considerar tal crítica como de carácter pre-sedicioso:

"¿Por qué quiere polémica *Los Debates*? [Obsérvese la convención de considerar al periódico como entidad] ¿Por qué se empeña en sublevar al pueblo contra el gobierno, precisamente en un escrito en que es tan fácil extraviar la opinión? Todos se preguntan atónitos ¿a qué viene esta saña intempestiva de *Los Debates* contra un gobierno que se desvive por organizar el país? (*El Progreso*, 12 de abril de 1852, a 12 días de la salida del diario).

La profundización de las actitudes opositoras de los otros periódicos lleva al mismo tipo de respuesta.

Dice Auza:

"*Los Debates* llegó a escribir, luego de la elección del gobernador López: 'Que la caída de López sea la señal que inicie la de los demás poderes formados por Rosas, y que con él contribuyeron a la esclavitud y la miseria nacional'" (Auza, 1978a: 45).

La respuesta de *El Progreso*:

"El artículo del redactor de *Los Debates* es esencialmente anarquista. (...) De todos modos, el grande interés que nos mueve llamarlo a reconsiderar ese artículo, es el de protestar que los principios que él contiene son terminantemente contrarios a las intenciones y los principios del señor General Urquiza, del Ejército Libertador y del Gobierno de Buenos Aires. Para lo cual estamos plenamente autorizados por los magistrados que acabamos de indicar. Ninguno de ellos desea, ni consentirá tampoco, que la guerra civil y la anarquía caigan sobre el suelo

²⁷ Nótese que ni Urquiza, ni Derqui, ni Antonio Crespo, ni Salvador María del Carril, ni ninguno de los jefes político-militares o militares de entonces en la Confederación escribieron para la prensa periódica, así como ningún periodista alcanzó algún rango político-militar importante (aunque sí ministerial y en los poderes legislativo y judicial). Cuando esto sucedió excepcionalmente, como fue en el caso de Alfredo Marbais du Graty, esto significó a su protagonista la pérdida inmediata de poder y de sustento, tanto militar como de prensa. No fue así en Buenos Aires (Mitre, Mansilla, Sarmiento, Ascasubi) o Montevideo (Antonio Díaz).

²⁸ Se denomina así a los debates en la legislatura porteña en la que la oposición liberal se opone frontalmente al Acuerdo de San Nicolás con amplio apoyo de la prensa afín que generan un clima político adverso al gobierno de Buenos Aires y una crisis que deriva en el golpe de Estado de Urquiza el 24 de junio de 1852.

argentino, a pretexto de esas reacciones del derecho reprimido, que, como el Redactor de *Los Debates* sabe, son infinitas veces la más cara de iníquas aspiraciones y el vehículo más cierto del desorden social. La base de toda la política del Señor General Urquiza y de los gobiernos que con él han cooperado a la caída de la tiranía, es la legalidad y el orden. Caído Rosas, el derecho de los pueblos cabe esperar que se le abra el campo de la ley para ser satisfecho; y a eso vamos" (*El Progreso*, 17 de mayo de 1852).

Si la amenaza es clara, al mismo tiempo destroza las posibilidades de credibilidad del periódico en cuanto a su independencia respecto al poder. El gobierno, sin embargo, en vez de reafirmar el carácter oficial del periódico en cuanto vocero político, intenta nuevamente una diferenciación. Apenas unos días después de tan contundente explicitación, el 28 de mayo, anuncian que dejan de usar la clasificación de "Diario Gubernativo", en tanto que "Continuará *El Progreso* conservando la prioridad en la publicación de los documentos oficiales; pero estará exento de compromiso alguno que lo haga la expresión de la política del gabinete en todo aquello que no sea de los principios de los redactores". En ese mismo número anuncian la incorporación a partir del 1° de junio de José Mármol. Ya en su primer artículo, "La situación" aclaraba Mármol:

"... es necesario que se entienda que escribimos en este diario, que tiene hasta cierto punto un carácter oficial, con la misma independencia con que escribiríamos en cualquier otro periódico de la capital, porque sólo con ella hemos escrito y escribiremos siempre, cualquiera que sea nuestra posición individual. Queremos prevenir al público que sólo somos responsables en este periódico de los artículos que llevan nuestro nombre, no siendo nuestros ni tomando parte alguna aquellos que no estén firmados" (*El Progreso*, 1° de junio de 1852).

Los Debates le responde cuatro días después con un comentario hiriente:

" *El Progreso*, 'diario oficial' que hasta hoy se ha llamado gubernativo, que ha sido creado por un decreto del Ejecutivo, que se publica bajo la inmediata dirección del ministro de Gobierno según el mismo decreto, que es el órgano reconocido de la administración, que tiene el monopolio de la publicación de los documentos oficiales, que tiene el privilegio de las impresiones del gobierno, que se publica por una imprenta que en parte es de propiedad pública y que se llama del Estado, que existe en una casa del Estado, y que tiene un contrato firmado por el cual está comprometido, si no a sostener todo lo que hacen los ministros, por lo menos a no atacarlos..." (*Los Debates*, 4 de junio de 1852).

En la misma fecha en que *Los Debates* publica esta crítica, en *El Progreso* salía publicado el texto del Acuerdo de San Nicolás²⁹, publicación que desató una inmediata y feroz campaña de prensa en su contra, así como los famosos debates de junio en la legislatura. Como consecuencia de ellos y el consiguiente rechazo al acuerdo, se produjo el golpe de Estado de Urquiza del 24 de junio, quien disuelve la legislatura, clausura periódicos y deporta opositores, entre ellos al director de *Los Debates*, Bartolomé Mitre.

²⁹ El Acuerdo de San Nicolás fue firmado el 24 de mayo de 1852 en San Nicolás de los Arroyos, Buenos Aires. Aseguraba la convocatoria a Congreso General Constituyente, que se realizaría en Santa Fe con representación igualitaria de las provincias, designaba a Urquiza Director Provisorio de la Confederación, requería un aporte económico de las provincias para el sostén del gobierno nacional, entre otros ítems. La oposición liberal porteña rechazó el acuerdo en la legislatura y en la prensa, sobre todo sus artículos 5°, 11°, 15°, 18° y 19°. La clave del conflicto era que el Acuerdo fijaba un número igualitario de diputados por provincias - lo que anulaba la hegemonía porteña- y no acorde con su población, territorio y poder económico. Además, los liberales porteños no avalaban que el Director Provisorio fuese Urquiza, que la Congreso fuese en el Interior y que el aporte al gobierno nacional fuese un porcentaje del comercio exterior, pues Buenos Aires pasaría -por lejos- a ser el principal aportante.

Los redactores de *El Progreso* no llegarían tan lejos: durante los días de los debates no aparecen editoriales ni artículos políticos importantes. El último firmado por Mármol corresponde al 11 de junio, en tanto que el 18 de ese mismo mes un suelto informa, sin mayores comentarios: "El señor Alvear cree en su deber poner en conocimiento del público que ha dejado de tomar parte alguna en la redacción de este diario, por exigirlo así sus negocios".

El 25 de junio se publicó el manifiesto de Urquiza que explicaba los motivos de su acción (el golpe del día anterior), y a partir de entonces los artículos editoriales de *El Progreso*, dedicados a defender el Acuerdo de San Nicolás, aparecieron firmados con una "X". Es posible que tales artículos correspondiesen al único hombre de letras aun fuertemente comprometido con el gobierno: Juan María Gutiérrez (ministro de Gobierno).

Alvear, a pesar de su retiro de la redacción, seguía sin embargo figurando como editor, junto a Delfín Huergo. Pero no por mucho tiempo: en el N° 94 del 31 de julio, dejó de aparecer también como editor, esta vez sin explicación alguna. En el N° 120 desaparece Delfín Huergo, también sin aviso ni explicación. Su reemplazante a partir del número siguiente fue José M. Saborido, quien venía del periódico *La Crónica*, y no planteó ningún programa u objetivos especiales. Hasta el 10 de setiembre se dedicó a demostrar los aciertos de Urquiza al encontrarse con carácter provisorio al frente del gobierno de Buenos Aires, sin escribir otros artículos de importancia y prácticamente limitándose a "rellenar" las secciones. El 11 de setiembre estalló de 1852 y triunfó la revolución³⁰, y luego de un día sin salir, el 12 de setiembre el periódico daba un giro de 180 grados en su línea política, utilizando ahora un lenguaje más cargado de apasionamiento: el título del editorial era "La Provincia ha reivindicado sus derechos, su soberanía, sus libertades". El redactor en esta nueva etapa era el mismo Saborido³¹.

Además de su sección editorial, política, el diario se caracterizó por el formato y campo -temático y de lenguajes- característico de la época: sección de documentos oficiales, temas generales referidos a las grandes líneas doctrinarias y de construcción del Estado, folletín, sección comercial, literaria, de avisos. Es decir, las secciones que en aquella época quedaban convencionalmente libres (al menos en principio) del influjo del poder y la facción. Antes de los debates de junio aparecen trabajos como "Memoria sobre los derechos de los accionistas del Banco Nacional y sobre los modos de satisfacer esta deuda", de Rufino de Elizalde, colaboración larga que fue publicada por entregas, y trabajos que demostraban apertura a ex desterrados como Félix Frías, Facundo Zuviría y Miguel Cané (p), Juan

³⁰ La revolución del 11 de setiembre se transformó en un hito simbólico de la identidad porteña. Por ella las fuerzas entrerrianas debieron retirarse apresuradamente de la ciudad. Buenos Aires recuperó su soberanía, desconoció la autoridad del Director Provisorio y del Congreso de Santa Fe, y comenzó un período de secesión de hecho que duraría hasta febrero de 1862.

³¹ La voz de los Revolucionarios durante la jornada del 11 de setiembre no es presentada, por razones obvias, por *El Progreso*, aunque Saborido continuará a cargo, sino por el pequeño boletín *Voz del Pueblo*. Pero incluso ya consolidado el nuevo gobierno, no será *El Progreso* un agente de artículos de contenido político relevante, tarea que se distribuyó entre los diarios particulares partidarios del septembrismo, con excepción del momento más álgido del sitio, cuando la restricción a la prensa fue completa. Comenzaba a vislumbrarse una época en que el gobierno no tendría diario oficial.

María Gutiérrez, el fallecido Florencio González Balcarce y Juan B. Alberdi (las *Bases y Puntos de Partida...*), así como allegados a Urquiza como Ángel Elías, entre otras colaboraciones y transcripciones tomadas de otros periódicos y libros. Se incluyó en el folletín traducciones del francés de Dumas y de Clemencia Robert, y en el aniversario de la Revolución de Mayo, poesías evocatorias de Juan Cruz Varela, Luis L. Domínguez y el propio Mármol, quien además publica allí por primera vez el sexto *Canto del Peregrino*.

El Interior entre Caseros y el sitio de Lagos

La alegría en Entre Ríos y la expectativa y tensión en el resto de las provincias tras Caseros abre paso en los meses siguientes a una expansión en la cantidad de periódicos. Varias provincias comienzan a tenerlos luego de años de silencio (Córdoba, Mendoza, San Juan). Pero en Entre Ríos, mientras Urquiza está en Buenos Aires, la prensa no se amplía, sino que incluso retrocede.

La ciudad entrerriana que más sufre el traslado de Urquiza a Buenos Aires y luego a Paraná es Concepción del Uruguay. Allí persiste el Colegio, que formará una generación completa de argentinos destacados en el Estado, la política, la literatura y el periodismo. Pero la ciudad queda, con el retiro de los ex-porteños emigrados, sin personas en condiciones de redactar, y con ello sin periódico hasta 1855. Es posible que este cese haya motivado a Jaime Hernández a desprenderse de algunos equipos, tal como recuerda Benito Hortelano:

"Al poco tiempo de la muerte de *Los Debates* [24 de junio de 1852 N del A], como para reponer la venta que había perdido de dicho diario y para tener en qué ocupar mi imaginación y mi espíritu (...) emprendí la publicación de la Historia de España (...) Al tiempo empecé la publicación de un periódico titulado *El Español* (...) Don Jaime Hernández me remitió una prensa y algunos tipos de su imprenta, en la Concepción del Uruguay, y con 1.200 libras de entredós, que compré a D. Pedro de Ancheli [Ángelis], establecí una imprenta en la calle Santo Domingo" (Hortelano, 1936: 225-226).

En Gualeguaychú la cuestión era menos problemática, por cuanto por su desarrollo poblacional y comercial, y su cercanía por vía fluvial a Buenos Aires y Montevideo, existían mayores posibilidades de continuidad para un periódico, además de las ventajas ya mencionadas del taller de los De María. En 1852 De María ya es vice-cónsul uruguayo, y hacia finales del año da por cumplido lo pactado con Urquiza respecto al nombre del periódico, cambiándolo por uno mucho menos militante, más ligado al concepto moderno de opinión pública: *El Eco del Litoral*, nombre propuesto por Juan Francisco Seguí, según dice el propio Isidoro de María en sus memorias.

El Eco del Litoral tuvo un comienzo algo accidentado: se había previsto su aparición, como era costumbre, coincidiendo con alguna fecha magna, y la más cercana era la instalación del Congreso Constituyente, el 20 de noviembre de 1852. Sin embargo el 14 por la noche se produjo la invasión de

Hornos y Madariaga³². Muchos personajes importantes de la ciudad se refugiaron en casa de De María, quien se amparaba en su condición de diplomático. La ciudad, por mediación de una comisión de notables, fue entregada a los atacantes a cambio de garantías para la propiedad y las personas. Cuando la invasión finalmente fracasó, hubo reproches, algunos publicados en *El Nacional Argentino* - aparecido el 3 de octubre- en cuanto al "neutralismo" de De María ante una invasión sediciosa contra el Estado que lo acoge en su función. Esto provocó un debate de varios números de *El Eco del Litoral* con *El Nacional Argentino*. Pero no pasó a mayores por cuanto De María, inteligentemente, apostó a enfriar la polémica sin atacar en ningún momento y fundando su posición en que consideró era la más favorable a Urquiza y la menos dura para la población de la ciudad, imposibilitada de defenderse ante fuerzas tan superiores.

Paraná, entre tanto, recuperaría su protagonismo periodístico con la inesperada capitalización. Antes de ello, Ruperto Pérez cambió -ahora sin previo aviso- el nombre de *El Iris Argentino* por *La Voz del Pueblo*. Este cambio coincidió con su elección como Convencional Constituyente: el último número de *El Iris* fue el 59, del día 5 de agosto de 1852, fecha de su elección formal en Nogoyá; el primero de *La Voz del Pueblo* es del día 12, mostrando una completa continuidad en día de aparición, tipografía, temas y hasta en la continuación del mismo folletín por entregas. El motivo del cambio de nombre fue explicado en el prospecto que aparecía en la primera página del N° 1:

"La Redacción de este periódico bajo el epígrafe de '*El Iris Argentino*' hoy nos parece una remarcable anomalía. El escritor público debe seguir siempre con las circunstancias; cuando éstas se transforman, cuando la vida de los pueblos cambia, sus necesidades no son ya las mismas, y el lenguaje que entonces se les habla debe ser, por consiguiente, adaptado a la nueva situación. Esto está en la naturaleza misma de las cosas. Hablar por ejemplo a una sociedad esclava y atrasada de libertad y de progreso, sería lo mismo que hablar al demente de razón y de justicia, no sería más que arrojarle a su rostro una sátira cruel. Nuestra situación es, hoy, distinta, porque todo ha cambiado en nuestro país gracias a una revolución magnífica y fecunda. El nuevo camino que toman las ideas y las cosas debemos seguir también nosotros, para no extraviarnos y cumplir exactamente con la misión que nos está impuesta. (...) En la época de libertad en que nos encontramos es ya tiempo que sepamos cuáles son nuestros derechos, ya que tenemos deberes que cumplir: es preciso que los que gobiernan oigan también *la voz del pueblo*, ya que el pueblo la escucha y obedece. *La voz del pueblo*, eco infalible de justicia y de verdad, que el *Despotismo* oprime pero que jamás puede extinguir: *la voz del pueblo* anatema sacrosanto lanzado sobre el rostro de esa efigie ensangrentada que se denomina *Tiranía*; *la voz del pueblo*, enemiga de la arbitrariedad, arma que Dios ha colocado en la conciencia de los hombres para que castigue el crimen y aleccione a los abusos; *la voz del pueblo*, es el epígrafe que elegimos desde ahora para la redacción de este periódico. Ilustrar el pueblo en sus derechos, marcarle sus deberes, criticar los vicios, atacar la exageración y los abusos, hacer cuanto esté de nuestra parte por la mejora y el progreso de nuestra sociedad, tal es el objeto y la misión que nos hemos constituido. ¡Ojalá que nuestros esfuerzos puedan contribuir en algo en la obra inmensa que prepara la marcha civilizadora de nuestro gobierno!" (*La Voz del Pueblo*, N° 1, 12 de agosto de 1852: 1).

32 Hornos era entrerriano, y tenía entre sus inquinas con Urquiza el hecho que este último había confiscado sus bienes en la década anterior. Madariaga era correntino, había sido el gobernador que pactó el fallido tratado de Alcaraz con Urquiza en 1846, que Rosas vetó. Ambos fueron militares de trayectoria y participaron en la batalla de Caseros primero, y en la revolución porteña del 11 de septiembre de 1852 después. Con la excusa del retorno de las tropas correntinas a su provincia (que estaban en Buenos Aires desde Caseros), organizaron un doble desembarco sorpresa en la costa uruguaya de Entre Ríos, sobre todo en Gualaguaychú y Concepción del Uruguay. La sólida defensa organizada por la población local, apelando incluso a estudiantes del Colegio del Uruguay, y la rápida reacción del ejército entrerriano obligaron a los invasores a retirarse. Nuevamente en Buenos Aires, tendrán importantes roles militares.

Como puede observarse, se apela a la idea de que, lograda la organización nacional y la vigencia de las instituciones, corresponde a la prensa un rol independiente, cuya voz toma la del pueblo y la dirige a los gobernantes. Es lisa y llanamente la inversión del rol asumido hasta ese momento.

En el número 56 de *El Iris Argentino*, correspondiente al 29 de julio de 1852, en su página 2, se había publicado ya el siguiente muy novedoso artículo, en la que un periodista critica a un comandante militar por sus acciones:

"El 9 de Julio, aniversario de nuestra independencia, el Sr. Cdte. de la ciudad de la Victoria D. Francisco Arce, invitó a varios Sres. para que se sirvieran preparar la sala destinada al baile que, en celebridad de aquel glorioso día, debía tener lugar en aquella misma noche. Entre esos individuos se hallaba comprendido D. Benigno Allende, comerciante, y extranjero avecindado en aquel punto, el cual más de una vez había prestado generosamente servicios de este género sin haber puesto jamás la más mínima dificultad. Pero, desgraciadamente, entonces no le fue posible tomar parte en aquella comisión y al efecto hizo presente al Sr. Cdte. Arce las razones poderosas que tenía para negarse a aquel encargo y elevarle sus disculpas. Sin embargo ellas no fueron atendidas, o mejor dicho fueron consideradas solamente como pretextos de *desobediencia*, y el Sr. Cdte. de aquel punto envió inmediatamente preso y en rigurosa incomunicación al mencionado D. Benigno Allende. Hemos narrado el hecho tal cual ha sucedido, a veces omitiendo circunstancias que agravarían más y más su ociosidad. No hemos querido pasarlo en silencio, porque sería autorizar nuestra propia deshonra. Y por más vergonzoso que ello sea para nosotros, hemos debido resolvernos a consignarlo en nuestra prensa, a no dejar en el olvido abusos de este género. No es la primera vez que se ve en nuestra patria arbitrariedades semejantes (...)" (*El Iris Argentino*, 29 de julio de 1852: 2).

El redactor se estaba tomando en serio el discurso romántico respecto a la "misión" del periodista. En el N° 2, de *La Voz del Pueblo*, del 19 de agosto del mismo año³³, se continúa con el tema de la arbitrariedad de los comandantes militares:

"Cuando nosotros, cansados de sufrir por tanto tiempo las arbitrariedades de algunos *mandones subalternos*, escribimos un artículo de fondo, impugnando los procedimientos vergonzosos de *cierto Comandante*, creímos en verdad que no volverían a repetirse con frecuencia estos escándalos en nuestra Patria, y que, a lo menos por un tiempo, servirían de lección nuestros justísimos reproches. Aún no hace un mes a que nosotros hablamos en aquel sentido y dirigíamos a los déspotas un lenguaje que no habían oído nunca, cuando ya hoy nos vemos en la necesidad de levantar nuevamente nuestra voz para hacer comprender a esos pequeños tiranuelos que si bien el gobierno les tolera sus avances, no puede sin embargo atar la lengua de la *vindicta pública*, y por lo menos a nosotros no queda el derecho de arrojarles a la frente sus maldades.....

Sabemos de un modo evidente que el actual Comandante del Tala D. Agustín Martínez acaba de divorciar un matrimonio y de repartir entre ambos cónyuges los bienes que poseían. Nos consta también que el marido ha bajado ya a esta Capital y ha entablado su demanda en el Juzgado de Primera Instancia pidiendo sean anuladas aquellas disposiciones arbitrarias. El reclamante ha sido atendido en el acto, porque nuestros Tribunales no miden las espadas ni consultan posición cuando se invoca su justicia.....

Este es el hecho aislado y nada más; ni necesitamos tampoco agregar más circunstancias. De cualquier modo esto es horrible, bárbaro y absurdo. ¡Un Comandante constituido en Juez Civil! ¡Un comandante con atribuciones eclesiásticas!...sólo en nuestro país se pueden ver monstruosidades semejantes, sí, en nuestro país únicamente en donde cada Comandante tiene los *extraordinarios de un Sultán*, aquí tan sólo en donde los *mandones* están acostumbrados a hacer lo que quieren, porque han creído que no deben respetar sino a la primera autoridad de la provincia, como si no tuvieran otro juez y como si el Gobierno Delegado fuese un quidam, una nada. Pero así es, aunque nos sea doloroso el confesarlo, y esta creencia radicada tanto tiempo por la tolerancia del abuso, ha pasado a la categoría de una doctrina, tanto más odiosa cuanto más subalterna es la condición de los que la profesan.

³³ El primer número apareció el día que correspondía aparecer el N° 60 de *El Iris*: 12 de agosto; el N° 2 corresponde al 19, etc., hasta el último, que debe haber sido el 7, del jueves 23 de setiembre o el ocho, del jueves treinta, pues el 3 de octubre apareció el N° 1 de su continuación, *El Nacional Argentino*. Es más difícil que fuese el ocho por la cercanía con su reemplazante, y no pudo ser el seis el último pues el folletín del seis y la continuación del mismo en *El Nacional Argentino* no corresponden a entregas sucesivas. La fecha 18 de agosto que aparece en Auza para el N° 1 es pues un error tipográfico (pues Auza tiene las fechas correctas de los demás números). Erran Galván Moreno al afirmar que tiró 12 números, y Aníbal Vázquez al sostener que tiró sólo dos.

No es extraño sin embargo que suceda esto en nuestro país después de una guerra tan larga como la que ha ensangrentado tantos años la tierra Argentina. En las luchas civiles que no tienen otro objeto que la destrucción y la barbarie, en esos combates de partido del hombre contra el hombre, tan comunes en la infancia de los pueblos y que no llevan a otro fin que la preponderancia de la fuerza bruta, el fuerte es el que manda, porque el fuerte es el que vence. Y ésta que es la ley de la naturaleza física es también la ley de las sociedades que comienzan.

Cierto es que los pueblos como el hombre necesitan al nacer de la fuerza material que los sostenga -De lo contrario no puede concebirse su existencia ni esas luchas tan frecuentes a que Dios ha condenado el progreso humanitario. La guerra es su primera necesidad, pero la guerra del cuerpo contra el cuerpo, del brazo contra el brazo. Es la lucha material, no la lucha del espíritu, la conquista del terreno, no la conquista de la inteligencia. Los más poderosos son entonces los que vencen y los más poderosos son entonces los que mandan. El gobierno de las sociedades pasa a manos del más fuerte: es el premio del valor, no del merecimiento.

Esto explica perfectamente bien por qué en medio de las guerras intestinas ascienden a empleos importantísimos los mismos que han tomado parte en los combates, aquellos que por su ejercicio deberían estar excluidos de esos puestos que deben reservarse únicamente al ciudadano, al hombre pacífico, virtuoso, inteligente. -La experiencia enseña demasiado bien que los hombres de espada son regularmente poco instruidos (hay excepciones respetables) y por consecuencia no muy aptos para ejercer empleos civiles. El mismo ejercicio del soldado los lleva poco a poco a la dureza: acostumbrados a mandar por medio de la fuerza, difícil les sería, si no imposible, revestirse de un carácter más suave y tolerante. Los soldados no tienen por lo general más persuasión que el sable, más poder que su brazo. La fuerza los inclina al despotismo.

Por desgracia en la República Argentina y en cada una de sus provincias integrantes, soldados son la mayor parte de los que desempeñan los empleos civiles. Esto es debido sin embargo a la necesidad en que se han visto los gobiernos por el mismo estado anormal de las cosas, de colocar a la cabeza de los pueblos a hombres de fuerza y de brazo poderoso. Así vemos hoy en nuestra patria a no muy pocos ocupar puestos civiles de importancia, a no muy pocos revestidos de un poder que no se diferencia en nada al de la primera autoridad.- Reconocemos sin embargo que entre esos individuos hay muchos que merecen nuestro respeto y las distinciones del Gobierno, que hay muchos que son muy acreedores a esos puestos honoríficos en que se hallan colocados.- Pero también se nos permitirá que cuando no encontremos estos títulos, que cuando vemos que se despotiza a nuestros compatriotas, hablemos siquiera en su defensa y hagamos entender a los que abusan que hay en nuestro país demasiada libertad para callar y tolerar cuantas monstruosidades ellos hagan. No: no seremos nosotros quienes guardemos un estúpido silencio a vista de tanta absurdidad. Nosotros hablaremos en nombre del pueblo; y cuando no se nos escuche, el pueblo sabrá elevar su voz y alzar su frente. Sí, su frente, la frente de un pueblo que sólo se inclina ante Dios..." (*La Voz del Pueblo* N° 2, 19 de agosto de 1852: 2).

Aquí el grado de independencia que el periodista espera de sí aparece con suma claridad, y también es claro que se está metiendo realmente en problemas al criticar a los comandantes militares zonales que gobiernan localidades entrerrianas. No era poco lo que se decía: se atacaba los fundamentos del régimen político imperante: la cadena/pirámide de mando político militar. La respuesta no se hizo esperar, pues no aguardó Urquiza a regresar a Paraná para castigar al autor: el 4 de setiembre escribe al gobernador delegado:

"Habiendo leído el infrascripto el N° 56 del '*Iris Argentino*' y el N° 2 de '*La Voz del Pueblo*', en los que se registran dos artículos atrevidos y con tendencia sediciosa, no puede menos que manifestar a V.E. su desagrado y su extrañeza en que haya podido V.E. tolerar en que a las inmediaciones de la autoridad de esa Provincia se haya llenado de improperios a la distinguida clase militar que tantos servicios ha prestado a la Nación y que es tan digna de consideración, para los que nada han hecho en obsequio de su patria y de la libertad, bajo cuya sombra hoy se insulta a los que en los campos de batalla han derramado su sangre y han dado mil pruebas de valor y patriotismo. Resuelto el infrascripto a no permitir que en adelante se repitan esas anárquicas publicaciones, ha dispuesto que el autor o autores de los artículos editoriales del N° 56 del '*Iris Argentino*' y N° 2 de la '*Voz del Pueblo*' les ordene V.E. que se presenten ante el infrascripto" (Vásquez, 1970: 67, tomado de *Documentos Relativos a la Organización Constitucional de la República Argentina*, Tomo I: 129).

Poco después, a fin de setiembre, *La Voz del Pueblo* edita su último número³⁴. Su reemplazante fue un periódico ya perteneciente a la capital Federalizada: *El Nacional Argentino*. Su primer redactor: Juan María Gutiérrez, ex-ministro de Gobierno de Buenos Aires durante el interregno urquicista de febrero a setiembre de 1852, quien había estado simultáneamente a cargo de la redacción del periódico oficial *El Progreso*. Lo acompañaba Benjamín Gorostiaga (AGNRA - Archivo Juan María Gutiérrez).

Excepto la liquidación del redactor anterior y con ello todo atisbo de independencia del redactor, este "nuevo periódico" es en su formato y secciones idéntico al anterior. La falta de independencia debe haber molestado a Gutiérrez, pues siendo hombre de buena pluma se limitó a publicar una enorme proporción de documentos oficiales, material doctrinario y de relleno. Si bien en parte esta carencia podría justificarse en lo absorbente de las funciones de gobierno, existen cartas que muestran interés en su actividad periodística, no vista como secundaria.

Aunque en algún momento existieron dudas sobre la redacción de Gutiérrez, Auza (1978a) registró toda la información bibliográfica disponible sobre los primeros años de redacción de *El Nacional Argentino*, agregando además cartas de 1854 que demuestran que en ese año lo redactaba él, así como referencias del propio periódico -de 1857- a la participación de Gorostiaga en la fundación del mismo. Agregaremos, para completar esta información, las siguientes cartas inéditas recibidas por Juan María Gutiérrez:

"El N° 2° de *El Nacional Argentino* está lindísimo, es digno del N° uno y más que todo de la justísima causa que defiende. Yo también me he animado a escribir un artículo; es lo primero que escribo en este sentido y me ha salido atroz, no digo para *El Nacional Argentino* pero ni para ese papel que sale en Córdoba entiendo que sirve. Tengo vergüenza de mandárselo. Ahora que le digo papel de Córdoba, le incluyo el tercer número de *El Fusionista* para que vea con cuánto entusiasmo se mantiene allí la buena causa. (...) El artículo sobre los últimos acontecimientos en Buenos Aires es de un hermano mío, los demás son de Eusebio Ocampo, a excepción de esos versos feos que son míos. Dispénsame que le pida la devolución de este papel, porque tengo que mandarlo al Paraguay" (Juan del Campillo a Gutiérrez, desde Santa Fe, 3 de octubre de 1852, AGNRA, Archivo Gutiérrez).

El 16 de octubre el mismo remitente elogia el N° 3. El mismo día 16, del Carril le dice, reclamándole más pendolismo:

"Lea V. *El Fusionista* y verá que para contar con la opinión de los pueblos es indispensable dar más tono a los colores de nuestra doctrina" (Salvador María del Carril a Juan María Gutiérrez, 16 de octubre de 1852, AGNRA, Archivo Gutiérrez).

Los sucesos porteños del 11 de setiembre llegaron a oídos de Urquiza el día 13, al día siguiente de su llegada a Santa Fe, a donde había viajado para inaugurar el Congreso Constituyente. Creyendo que la

³⁴ Aníbal Vázquez leyó la carta que transcribe y se dejó engañar por su texto. Por ello comete el error de asegurar que *El Iris Argentino* y *La Voz del Pueblo* fueron simultáneos, con lo cual hace aparecer dos periódicos simultáneos en Paraná ocho años antes de que esto suceda. Además, cree que el número referido por Urquiza es el último, pues éste lo habría clausurado, sin notar la diferencia de fechas entre el artículo y la carta. Auza, por su parte, no conoce la carta reproducida por Vázquez, y por ello presume falta de ardor político: "No se busquen en sus columnas, artículos doctrinarios ni comentarios enjundiosos (...) *La Voz del Pueblo* dejaba traslucir una pobreza doctrinaria manifiestamente negadora de los principios enunciados al irrumpir en la prensa. Redactado sin vigor (...) sus páginas no traslucen las preocupaciones nacionales, y el estrecho localismo que le dominaba le impidió alzar la mirada para siquiera entrever un horizonte que anunciaba decisiones de trascendencia. *La Voz del Pueblo* no era realmente una voz y murió por inanición y en silencio" (Auza, 1978a: 37).

revolución se limitaba a la ciudad de Buenos Aires y que José M. Galán controlaba las fuerzas entrerrianas dispuestas al combate, ordenó la movilización general y se dispuso a retomar el control de la situación. Pero al llegar a San Nicolás se encontró con Galán en desordenada retirada, y con sus tropas totalmente desmoralizadas. Además, las autoridades del interior de la provincia apoyaban la asonada, y la población de la ciudad puerto simpatizaba unánimemente con la misma. Urquiza decidió entonces retornar a Santa Fe, comunicando por emisario a los jefes militares de Buenos Aires que dejaba la provincia "... en pleno goce de sus derechos" (Scobie, 1964: 61).

Es en este contexto que debemos ubicar el nacimiento de *El Nacional Argentino*, y la eliminación del nombre *El Federal Entre Riano* en Gualeguaychú. El problema comenzaba rápidamente a cambiar: de la perspectiva de dominio inmediato y directo sobre Buenos Aires a la de construir -y convencer de su viabilidad- una estructura estatal económica, política y militar nacional, aún en el caso de que Buenos Aires permaneciese largo tiempo fuera de la misma. El prospecto, en el primer número de *El Nacional Argentino* (3 de octubre) decía:

"*La Voz del Pueblo* toma hoy un nuevo título para hacerse más simpático a la Confederación y para ponerse en armonía con los objetivos nacionales a que ha de contraerse en adelante con preferencia. *El Nacional Argentino* no se propone aleccionar a los pueblos, porque ellos lo están ya en la fructuosa escuela de la experiencia. No necesitará tampoco esforzarse por robustecer el sentimiento de unión entre los argentinos, por cuanto este sentimiento de salvación y de vida ha resucitado para no perecer jamás, con la voz victoriosa de la justicia triunfante sobre la tiranía". (...) *El Nacional* va a ser el eco circunspecto, moderado y patriótico de los actos de la política del Directorio, cuyas funciones comenzaron espontánea y legalmente por voluntad de los pueblos argentinos. El General Urquiza no quiere derramar sangre de hermanos. Él es, de hoy en adelante, organizador por la razón, por el convencimiento. Él quiere que al régimen de la fuerza y de la violencia suceda el de la ley y las instituciones. Él cuenta con los intereses bien comprendidos de las provincias que persisten en formar una nación dichosa en el Interior por el desenvolvimiento de sus recursos pingües, y respetada en el exterior por la cordura de sus procedimientos y por la aceptación de todos los principios liberales del siglo a favor de los hombres honrados y laboriosos que vengán en demanda de bienestar a este suelo intacto todavía por la industria..." (El Nacional Argentino, 3 de octubre de 1852: 1)".

Los sucesos militares de los siete meses siguientes confirmarían una crónica situación de empate: ninguna de las partes podía someter militarmente a la otra. Si la revolución del 11 de septiembre fue casi unánimemente apoyada por la población de Buenos Aires, los esfuerzos del nuevo gobierno por nacionalizarla no lograban simpatías mayoritarias. Incluso encontraron mucha oposición en la misma legislatura. Esto dio pie a nuevas conspiraciones apoyadas en ese nuevo descontento, más aún en la campaña, donde recién comenzaba a recuperarse la economía después de años de situación de guerra. De esta campaña y del descontento en las filas militares bonaerenses surgió el levantamiento del general Hilario Lagos, que logró extenderse hasta poner bajo sitio a la ciudad de Buenos Aires, el 6 de diciembre de 1852³⁵. Pero para esa fecha los apoyos a Lagos dentro de la ciudad flaqueaban: Alsina

³⁵ Hilario Lagos es uno de esos personajes típicos de la estructura militar de su época: combate con Lavalle, y más adelante contra Lavalle; combate junto a Urquiza en la época de Rosas, se retira de Entre Ríos porque Urquiza enfrenta a Rosas; combate a Urquiza junto a Rosas, acepta a Urquiza gobernador después de Caseros, apoya la revolución de setiembre en Buenos Aires, luego es expulsado de la ciudad; inició una sublevación a comienzos de diciembre, resultando, en el nuevo escenario, jefe del sitio a la ciudad representando a las fuerzas federales y a Urquiza.

había caído y quienes aprovecharon la revuelta para hacerlo caer tenían cumplido su objetivo. La ciudad entera se defendía, y el 9 de diciembre, fracasado el primer intento de tomar la ciudad, se llegaba ya a un armisticio temporario. Porque si el fracaso de la extensión de la revolución de setiembre expresaba la imposibilidad de imposición militar de Buenos Aires, la impotencia cada vez mayor de los sitiadores expresaba también un límite militar de largo alcance. Como dice Benito Hortelano en sus memorias:

"Poco se necesitó para poner la plaza en un estado inexpugnable de defensa: una zanja en algunas calles, empalizadas en las otras, fue lo suficiente para que durante siete meses no pudiesen penetrar 14.000 hombres que la sitiaban. El coronel, hoy general, Mitre resolvió un problema (...), Desde entonces ya nadie duda de que los gauchos de Buenos Aires son vencidos siempre que haya una débil tapia o zanja por la que el caballo no pueda saltar" (Hortelano, 1936: 218-219).

Producido el impasse militar, la cuestión de la capacidad económica y política de supervivencia pasaba a primer plano, y en ambos campos llevaba Buenos Aires las de ganar. La posición financiera de los sitiadores, limitada a capturar ganado y embarcar cuero a Montevideo, era precaria y minó la posibilidad de apoyo en su propio territorio. La de Buenos Aires contrastaba, tanto en apoyo unificado de todas las facciones internas, como en riqueza, aumentada *ad infinitum* por la capacidad de emisión de papel moneda que financiaba todo el esfuerzo de defensa estatal. El papel moneda se depreciaba gravemente, pero nunca mermó la confiabilidad del Estado como emisor, y circuló eficazmente.

En semejante impasse para la Confederación, prácticamente no hubo cambios en la prensa entrerriana. El grueso de los artículos políticos -que fueron pocos- se dirigió a la apología de la legitimidad de Urquiza a partir de la puesta en marcha del Congreso Constituyente³⁶.

Del sitio a los acuerdos de convivencia. Dos modelos periodísticos en pugna: 1852-1855

En el bando federal, dos nuevos periódicos de circunstancias caracterizarán fuertemente la labor periodística del primer cuatrimestre de 1853. Ambos, en los puntos neurálgicos del conflicto: el Congreso Constituyente (Santa Fe), y el Cuartel de Hilario Lagos (Buenos Aires).

En Santa Fe, donde deliberaba el Congreso Constituyente, hacia fin de año se produjo una serie de acciones que insinuaban cierta autonomía de los congresales respecto de Urquiza. Éste reaccionó de inmediato asegurándose una explícita alineación de todo el Congreso a sus decisiones. A pesar de que la inmensa mayoría de los Congresales había sido designada por él, un movimiento autónomo de

³⁶ *El Eco del Litoral* se limitó a cumplir con el requisito básico de poner encomios a Urquiza o transcribir sus discursos, y dedicó el resto de las cuatro páginas a completar las columnas con la agenda habitual: documentos oficiales, información comercial, transcripciones de otros periódicos (de la Confederación y de Europa), folletín, estadísticas, avisos y algunos sueltos con amenidades. La cuestión del sitio de Lagos no aparecía como una cuestión de vida o muerte y se dejaba entrever que Lagos lograría triunfar. Pero como la relación de Urquiza con Lagos no era precisamente fácil, pues eran notorias las graves diferencias dentro del Estado Mayor de los sitiadores, la fuerza de los artículos en favor de Lagos era moderada. Borques (1919) confirma que *El Eco del Litoral*, fuera de los cambios aquí mencionados, "continuó siendo protegida por Urquiza", tuvo "igual formato que el antecesor". En *El Nacional Argentino* se repetía esta situación, pero con la diferencia de que la cantidad de espacio dedicado a los documentos oficiales era mucho mayor.

algunos diputados (entre ellos el periodista Ruperto Pérez) lo puso en guardia: habían intentado insinuar una posición soberana del Congreso, llamando a las “partes beligerantes” a negociar pacíficamente. El Congresal Gondra fue el principal sostenedor de esa posición, y por ese motivo sería aislado de inmediato, al punto de no disponer de fondos para sostener su estadía en Santa Fe, quedando definitivamente fuera del Congreso ese mismo mes de enero. Pérez, residente en Paraná y más necesario para Urquiza, pudo salvarse, pero fue martirizado por Seguí y los demás congresales permaneciendo ausente de las sesiones casi todo el año. Cuando concluyó su mandato quedó fuera de la política definitivamente, retirándose a una quinta en las afueras de Paraná, hasta su fallecimiento en 1862. Su carrera en la administración pública había terminado.

Esta acción de los diputados llevó inmediatamente a Urquiza a tomar dos decisiones complementarias: un apoyo más decidido a Lagos, y un control más directo al Congreso, a través del gobernador de Santa Fe, Domingo Crespo.

En *El Nacional Argentino* aparecieron inmediatamente artículos más definidos en favor de los sitiadores, augurando una muy pronta victoria. También se concedió mayor importancia a las sesiones del Congreso Constituyente, dedicándoles grandes espacios, y comenzaron a aparecer con más regularidad tópicos que hacían a la promesa de prosperidad en el marco del desarrollo del Estado nacional: un sistema financiero moderno, etc.³⁷. Se envió a Lagos hombres y pertrechos militares a fines de año, esperando que “serían suficientes para que el conflicto favoreciera a los sitiadores” (carta de Urquiza a Virasoro del 6 de enero de 1853, AGN-AU). Pero a mediados de enero Urquiza toma medidas más enérgicas: utiliza la escuadra de John Coe, un aventurero norteamericano a su servicio, para poner sitio al puerto porteño. Gracias al mismo las fuerzas de Lagos pueden derrotar y capturar a Rosas y Belgrano que venía desde el sur con caballería para auxiliar a los sitiados. Sin embargo la historia se repite otra vez: si las caballerías federales son imbatibles, un nuevo intento de ataque a la ciudad, esta vez nocturno (2 de febrero) es nuevamente rechazado.

El presidente del Congreso era el Dr. Zuviría, quien en sesión del 25 de noviembre de 1852 propuso la creación de un periódico. Cuando Zuviría insinuó la gestión autónoma de una imprenta, Manuel Leiva se ocupó del asunto:

“...después de informar que la prensa de una provincia había calumniado al Congreso, destacó la necesidad de dar publicidad a sus deliberaciones. ‘Era de desear -dijo- que la última palabra, la última de las ideas, el último de los sentimientos de los Sres. Diputados instalados ya en Congreso, fuese conocido en toda la República y que se le diese la mayor publicidad posible’. El Dr. Zuviría agregó que a pesar de no tener todavía una prensa a disposición para este objeto trataría de allanar ese inconveniente³⁸. El diputado por Santa Fe don Manuel Leiva, que ocupaba

³⁷ [Durante los primeros meses de edición] “Escaso es el material de contenido editorial, supliéndose su ausencia con algunos artículos tomados de otros periódicos de la Confederación [Por ejemplo, *El Telégrafo*, que redacta Eusebio Ocampo en Córdoba]. Los sucesos que tienen lugar en Buenos Aires durante esos meses no serán ignorados por el periódico, y no faltan algunas crónicas anónimas que informan sobre lo que acontece en aquella plaza, así como editoriales llamando a la cordura a la provincia rebelde (Auza, 1978a: 57). En el N° 8 se inicia la publicación del “Proyecto de Constitución para la República Argentina”, de Juan Bautista Alberdi tomado de la segunda sección de las *Bases*.

³⁸ Cuando Zuviría pronuncia su discurso ya debía conocer claramente la existencia de la imprenta.

al mismo tiempo el Ministerio General del Gobernador Domingo Crespo³⁹, observó entonces que su provincia, 'que no omitía sacrificio de ningún género en provecho de la causa nacional', había puesto anteriormente su prensa a disposición de los señores diputados..." (Busaniche, 1955: 147).

Dicho ministro y convencional era hombre de confianza de Urquiza, captado cuando éste derrotó al antirrosismo en Corrientes, en 1847. El movimiento de Leiva fue impecable: mantendría el vocero del Congreso bajo control del gobierno de Santa Fe y su redacción bajo financiamiento del gobierno confederal. Se eligió como redactor al presbítero Francisco Majesté, ex director del Colegio Republicano Federal, hombre vinculado al rosismo, a Urquiza más adelante (antes aún del Pronunciamiento); fue el sacerdote a cargo del tedeum del 4 de junio de 1852 en San Nicolás de los Arroyos, celebratorio del Acuerdo. Su oración sagrada fue famosa⁴⁰.

El periódico se llamó *La Voz de la Nación Argentina*. Apareció el 1° de enero de 1853 y cesó muy pronto, en abril, en los días previos a la sanción de la Constitución, y cuando el campo sitiador se debilitaba por completo. En su breve existencia podemos hallar un rol: hacer presente en las provincias, incluyendo Buenos Aires, por pocos que fuesen los ejemplares que se distribuyeran, la presencia concreta y exitosa del Congreso Constituyente, legítimo a pesar del boicot de Buenos Aires, por un lado; demostrar la incondicional adhesión del Congreso, de los congresales y de los gobiernos provinciales a la política de Urquiza, por el otro. De hecho, el periódico sería totalmente controlado por el gobierno nacional por delegación a través de una extraña cadena de mandos: Ejecutivo Nacional - Ejecutivo provincial - Congreso Constituyente. Un extracto del contenido correspondiente al primer número nos brinda una idea de esta situación: un prospecto, un artículo editorial, abundantes documentos oficiales correspondientes al Poder Ejecutivo de la Provincia, una transcripción de un artículo de *El Nacional Argentino* informando sobre la buena marcha del sitio de Lagos, un resumen de las sesiones del Congreso. Decía el prospecto:

"Su objeto principal será dar un conocimiento de las sesiones que en la semana tuviese el Soberano Congreso General Constituyente y de todo lo que a él concierna. Sólo se publicarán aquellos remitidos que el gobierno creyese útiles y convenientes, rechazando desde luego los que fuesen contrarios a la moral cristiana o a la pacífica marcha del Soberano Congreso, o del Directorio Nacional, o aquellos que directa o indirectamente atacasen a las personas en su vida privada (...) Se limitará siempre en los artículos de fondo a desenvolver y explicar el pensamiento del Gobierno Nacional o Provincial, y el del Soberano Congreso en aquellos actos que se creyese necesarios..." (*La Voz de la Nación Argentina*, Prospecto, 1° de enero de 1853).

El artículo editorial repite la misma línea:

"La divina providencia quiso que a pesar de los esfuerzos de la anarquía, se realizase el pensamiento organizador del primero de mayo de 1851, y que derrocada en todos los puntos de la Confederación la tiranía, respirasen los

³⁹ Tanto Leiva como Crespo eran hombres de Urquiza.

⁴⁰ "Volved presurosos y alegres al seno de vuestras provincias y anunciadles que ya ha llegado el día por el que tanto suspiraban los pueblos argentinos, y que bien pronto va a ver reunido el Congreso General Constituyente; que éste les dará las garantías nacionales que piden; que habrá rectitud en la administración pública; que se prepara el desarrollo de los intereses materiales; que se han amalgamado los partidos; que se dictarán las leyes orgánicas; se difundirá la moral pública; se premiarán los grandes servicios; que ya pasó el régimen arbitrario; que van a ser verdades de hecho la regeneración y la organización de la patria sobre el sistema federativo; que la paz y el orden quedan asegurados con la nueva investidura y poder que habéis confiado al general libertador; su programa, su buena fe, su espada, son la mejor garantía de que la organización se llevará a cabo" (Majesté y Aguirreche, 1867: 387).

pueblos, reasumiesen sus conculcados derechos y el imperio de la ley y de la razón dominasen en todos los buenos argentinos (...) ¡Gracias a la divina providencia, que inspiró tan noble y patriótico pensamiento al afortunado General Urquiza!...” (*La Voz de la Nación Argentina*, N° 1: 1, 1° de enero de 1853).

El primer editorial apunta implícitamente a ambos conflictos: busca asegurar la anulación de todo intento mediador del Congreso en forma independiente, y demostrar que el mismo se sostiene en respaldo del Director Provisorio de la Confederación (Urquiza) a pesar del vacío causado por Buenos Aires. En el número dos, correspondiente al 9 de enero, ya se presenta como central la cuestión de Buenos Aires, haciendo hincapié en la necesidad de una solución militar. Entre los documentos oficiales se incluyó el boletín número 9 del ejército sitiador de Buenos Aires, enviado por Lagos al gobernador Crespo para su publicación, junto con una carta del propio Lagos, que informaba sobre la irreductibilidad del gobierno porteño, y anulaba al Congreso como mediador. Como glosa Busaniche:

"Diariamente se tienen fuertes guerrillas, en las que nuestras fuerzas sostienen con entusiasmo los principios que hemos proclamado: la Paz y la Organización Nacional. Este punto es el principal y por él han fracasado las negociaciones de paz que han tenido lugar. Están firmes hasta hoy en no admitir nuestras bases, porque no quieren nada con el Congreso de Santa Fe" (Lagos a *La Voz de la Nación Argentina*. Cit. en *La Voz de la Nación Argentina*, 9 de marzo de 1853).

Al respecto glosa el historiador santafesino Busaniche:

"Es esta la carta a que hizo referencia en la sesión del 12 de enero de 1853 el diputado Gutiérrez, pidiendo se leyera por Secretaría, juntamente con los editoriales de dos números de *El Progreso*, para demostrar la insuficiencia del proyecto del diputado Gondra, disponiendo amonestar a los partidos beligerantes de Buenos Aires a que depusieran las armas y terminaran sus diferencias por negociaciones pacíficas" (Busaniche, 1955: 152-153).

El periódico en este caso cumple un rol político-militar de compulsión: los diputados deben tomar una actitud dura porque los porteños son más duros aún (mensaje de Urquiza); Lagos se sostiene en sus convicciones y posiciones a pesar de que las negociaciones fracasan (y lo obligan a perderse otros "beneficios" tales como la reincorporación, dinero, etc.), pura y exclusivamente porque los porteños no están dispuestos a ceder en el tema del Congreso, que Lagos defiende desinteresadamente (mensaje de Lagos, funcional al de Urquiza). Después de semejante declaración, no auxiliar a Lagos sería sinónimo de abandonarlo a su suerte para que éste negocie por su cuenta con Buenos Aires. Una posición neutralista como la de Gondra queda entonces definitivamente aplastada, pues si sólo Lagos está dispuesto a oír al Congreso y el Congreso no escucha a Lagos, entonces el Congreso pierde de inmediato su propia legitimidad frente al conflicto. Esto fue lo que el diputado Gutiérrez sostuvo en la sesión del 12 de enero, haciendo leer por Secretaría dos números del periódico *El Progreso* de Buenos Aires (ahora vocero del enemigo porteño), para demostrar la irreductibilidad de la posición porteña por la vía pacífica o de mediación. Días después de las publicaciones citadas, la crítica de Gutiérrez a Gondra lleva a la siguiente declaración del Congreso, autorizando:

"... al Director Provisorio de la Confederación, para que empleando todas las medidas que su prudencia y acendrado patriotismo le sugieran, haga cesar la guerra civil en la Provincia de Buenos Aires, y obtenga el libre asentimiento de ésta al Pacto Nacional del 31 de Mayo de 1852" (De la Peña, 1853: 32).

Mientras tanto, Urquiza inició una mediación personal entre los contendientes de Buenos Aires, a la que concedió tanta importancia que el 27 de febrero se instaló en San Nicolás para esperar sus resultados. En ese mismo momento, cuando Urquiza viaja allá, aparece el periódico *El Federal Argentino* en el cuartel general de los sitiadores⁴¹. Su primer número data del 20 de febrero, cuatro días antes de la llegada de la comisión mediadora representante de Urquiza al cuartel general de Lagos. Se trataba de un típico periódico "de cuartel" dedicado exclusivamente a documentos oficiales y artículos de fondo, ligados a la guerra en marcha. Así, en el prospecto plantea:

"El entusiasmo puro y ardoroso del Ejército Federal, de ese numeroso Ejército de ciudadanos celosos de la prosperidad de su Patria y de su gloria que reunido libre y espontáneamente bajo su hermosa y sublime bandera de Paz y Federación tremolaba el 1° de diciembre, arde decidido por combatir a muerte hasta asegurar esta vez por todas, la Unión entre los pueblos de la República (...) Paz y Federación es el clamor unísono de los pueblos, es la hermosa divisa de nuestro denodado y virtuoso Ejército, es el grito exaltado que lanzan nuestros bravos al arrojar al combate, y el voto que elevan al cielo al triunfar o morir en el campo de batalla; Paz y Federación es también la más honda aspiración de nuestra alma y será el objeto de todos nuestros esfuerzos, el asunto de todas nuestras publicaciones. (...) "La mentira, la violencia y el fraude forman el arsenal corrompido de donde sacan sus armas los traidores para defenderse, encerrados en un pequeño recinto de la Capital (...) los atroces atentados y ridículos y estúpidos desaciertos de la administración del funesto Alsina (...) Gobierno usurpador compuesto de hombres locamente ambiciosos y sin altura. (...) La Junta de Diputados corrompida desde su origen, mantiene contra la opinión de sus comitentes u contra el tenor expreso de sus leyes fundamentales, su representación caduca y sofoca con dureza todo sentimiento noble que a veces de su mismo seno se escapa: una minoría intolerante y atrevida domina en ella y sanciona en medio del espanto de los ciudadanos moderados y en medio de los aplausos de la perversidad, leyes que sólo tienen por objeto la continuación de la guerra, rechazando toda idea de paz, todo medio de honrosa transacción..." (El *Federal Argentino*, Prospecto, 20 de febrero de 1853).

En este prospecto es relativamente poca la apología de Urquiza. Más allá del obligatorio reconocimiento a quien sostiene el bloqueo naval y apoya política y militarmente el sitio, existe deseo de diferenciarse de él para recuperar el rol de interlocutores en toda negociación de paz. Esto puede notarse también en el desesperado esfuerzo por lograr un "acuerdo honroso":

"Propender a toda transacción honrosa para conseguir tan nobles fines con las autoridades prevaricadoras de la Capital o con los jefes que mandan sus fuerzas, si es que ya no está totalmente agotado todo medio honorable por su tensa obstinación, pues nos constan los nobles esfuerzos del digno jefe del Ejército Federal [Lagos, no Urquiza, N del A] con este objeto" (El *Federal Argentino*, Prospecto, 20 de febrero de 1853).

La prensa de Buenos Aires se encargó de atacar con fiereza a *El Federal Argentino* y su redactor, el ex-redactor rosista Federico De la Barra. Uno de esos artículos es particularmente interesante como ilustración de los mecanismos de agresión periodística en relación con las reglas que exigía este tipo de redacción: el redactor de *El Progreso*, quien con la revolución del 11 de setiembre había dado en 24

⁴¹ La Secuencia es notable: *El Federal Entre Riano* se funda cuando Urquiza retoma el poder en Paraná en 1842, en combate de pluma con *El Nacional Correntino*, de Corrientes. El nombre es remplazado por *El Iris Argentino* junio de 1851. De inmediato (julio del mismo año) *El Progreso de Entre Ríos*, de Gualaguaychú, es rebautizado *El Federal Entre Riano*, cuando Urquiza se halla allí preparando la expedición militar contra Oribe para romper el sitio a Montevideo. *El Nacional Argentino*, es desde octubre de 1852 el nuevo nombre del periódico oficial de Paraná cuando Urquiza asiste a inaugurar el Congreso Constituyente en Santa Fe y su propio gobierno nacional en Paraná. *El Federal Argentino* nace cuando Urquiza llega al campamento de San José de Flores, en el sitio a Buenos Aires de 1853.

horas un giro de 180 grados en la dirección de su pluma, atacó a De la Barra mostrando el giro anterior de este último, reproduciendo fragmentos del pasquín publicado por De la Barra durante la campaña de Caseros ("Vida de un traidor, Justo José de Urquiza"), publicado en su momento en el *Diario de la Tarde*. De la Barra responde con otro recurso del género, el que deslegitima la agresión poniéndose en un lugar más "elevado" que el del pendolista:

"Sí señor redactor de *El Progreso*, los artículos de *El Federal Argentino* a que Ud. se refiere me pertenecen y debo declararlo. Pero al lado de esta justa declaración, señor redactor de *El Progreso*, subsisten un cúmulo de pérfidas calumnias con que Ud. me regala y que yo no insistiré en que Ud. retire, aun cuando no estoy decidido a retribuirlas" (Cit. en Auza, 1978a: 133-134).

La mediación de Urquiza fue aceptada por Buenos Aires, pero se produjeron no pocas dificultades, entre las cuales las sutiles provenientes del propio Lagos no fueron menores. A su vez, el armisticio y acuerdo logrados el 9 de marzo fueron rechazados por el propio Urquiza. Su propia explicación era que dejaba de lado al grupo de Lagos, "mis amigos" y que eso significaría traicionarlos, y el no haría jamás eso. Una explicación más global requiere observar que al grupo Lagos se ofrecía beneficios muy similares a los inicialmente exigidos -en diciembre- y quien realmente aparecía traicionado era el mismo Urquiza. No trataremos aquí las vicisitudes de la negociación final de Urquiza, Lagos y los porteños. Sabemos que Urquiza necesitaba con urgencia lograr el acuerdo, y que las cosas salieron muy mal, al punto de tener el entrerriano que abandonar Buenos Aires precipitadamente. El mérito principal de la derrota del sitio correspondió al entonces Coronel Mitre, quien percibió desde el comienzo la debilidad de los atacantes en unidad de su alto mando político-militar y en habilidad táctica y estratégica. Hasta una herida en la frente cuando tomó la conducción de la defensa en diciembre le vendría de perillas para que el periodismo llenase páginas con su abnegación y heroísmo, su herida con "forma de estrella". Así lo recordaría Hortelano en 1860:

"...Mitre comprendió que la revolución carecía de dirección, y, reuniendo algunos guardias nacionales, se fue a hostilizar a los sublevados (...) Siete meses duró el asedio, al cabo de los cuales el ejército sitiador se disolvió por sí, sin que nadie le atacase, estando vencedor sobre la plaza, pues cuantas veces las tropas sitiadas salieron fueron derrotadas, como así mismo un ejército que al Sur levantó el Gobierno, a las órdenes del general Acosta y D. Pedro Rosas y Belgrano(...) Los de Lagos también cometieron una inconsecuencia, que después la han pagado y la están pagando con usura. Me refiero a la felonía cometida con el general Urquiza, a quien llamaron en su auxilio y a quien después vendieron, poniéndole en el caso de tener que embarcarse precipitadamente, y gracias a los ministros extranjeros no cayó en poder de sus enemigos de la plaza entregado por sus amigos los sitiadores. Urquiza se ha vengado perfectamente de todos, humillando a unos y dejando impotentes a los otros" (Hortelano, 1936: 218-219).

Durante las negociaciones de Urquiza, el Congreso permaneció prácticamente en receso. En abril, cuando retoma sus actividades y acelera el proceso de sanción de la Constitución, cesa *La Voz de la Nación Argentina*: la posibilidad de autonomía del Congreso había disminuido, y su presencia explícita se tornaba innecesaria. El sitio comenzaba a flaquear a pesar del bloqueo fluvial. Aumentaron las rispideces entre Urquiza, quien se constituyó en interlocutor directo de negociación, y Lagos que veía diluirse su poder.

Sabía Lagos lo que esto significaba. En junio hizo publicar en *El Federal Argentino* algunas pruebas de intentos porteños por sobornar a sus oficiales, incluso generales. El 20 de junio, efectivamente, los porteños logran la traición completa de la flota sitiadora, que se pasa con armas y bagajes al enemigo (sólo Augusto Lasserre y los Hermanos Cordero se negaron a tal infamia). En *El Federal Argentino* se intentó relativizar la importancia estratégica de este giro, pero la suerte estaba echada. El último número se tiró el 3 de julio, cuando el sitio se desmoronaba por completo.

Así concluye el último intento de toma militar de la ciudad de Buenos Aires por Urquiza. Comienza a partir de este momento a notarse con claridad la superioridad económica de Buenos Aires, y también la superioridad militar defensiva de la ciudad puerto, así como las notables dificultades de cadena de mandos que tiene el sistema interprovincial encabezado por el entrerriano.

La perspectiva se trasladó entonces de la opción militar a la búsqueda de un modelo viable para la existencia estable de la Confederación como entidad independiente, sin Buenos Aires en el corto plazo, aunque sin dejar de lado la esperanza de su reincorporación, manteniendo la amenaza de invasión y los apoyos a los porteños exiliados que intentarían gran cantidad de ataques militares desde la frontera. El esfuerzo de viabilización se centró en la conformación de un aparato financiero (Banco, papel moneda, crédito), vías de comunicación (camino, navegación de los ríos, proyecto de ferrocarril) y control efectivo del poder político en las provincias.

El Nacional Argentino y *El Eco del Litoral* se ocuparon de sostener esta nueva línea, profundizando el discurso de que el proceso de construcción del Estado moderno por la Confederación era sin duda exitoso, que el futuro era promisorio, que Buenos Aires quedaba ilegítimamente fuera de este proceso, que esto iba en contra de los intereses mismos del pueblo de Buenos Aires, víctima del egoísmo de sus gobernantes, que la Confederación no los incorporaba por la fuerza porque no deseaba la fuerza, y que en todo caso en algún momento se podía terminar la paciencia del gobierno nacional.

Los artículos comenzaron a difundir un discurso optimista respecto de la conformación del aparato financiero de la Confederación; se inició la publicación regular de estudios científicos de exploración, anteproyectos de trazado de vías de comunicación, y también la constante reafirmación de legitimidades y lealtades en el sistema de poder de las provincias, en cuya trama se producen constantemente reacomodos y hechos de violencia, derrocamientos, invasiones desde una provincia a otra, etc. Dice Scobie:

"(...) Pese a que el acuerdo de San Nicolás y luego la Constitución de 1853 estipulaban un fuerte poder ejecutivo nacional, este siguió siendo teórico, y las facultades del gobierno de Paraná sólo descansaban en el apoyo de Entre Ríos y en el respeto u obediencia que Urquiza pudiera obtener de los demás gobernadores de provincias. Urquiza se había educado en la tradición del caudillismo y había aprendido la excelente técnica de Rosas del poder político local: el enfrentamiento de los caudillos rivales a fin de lograr la supremacía de una sola autoridad nacional. Además, los gobernadores de provincias y sus simpatizantes podían considerar a Urquiza como uno de ellos. Se enfrentó contra la ambición porteña de dominar a la Argentina, ambición que repugnaba a las provincias, por más civilizadora o iluminadora que pudiera ser la influencia de Buenos Aires. En todo lo que incumbía a las provincias, no impuso ningún cambio político violento con la era de Rosas. Era, por lo tanto, un

dirigente nacional a quien se podía seguir sin poner en peligro lo que más tocaba al corazón del caudillo local, la autonomía y control que este ejercía sobre su zona inmediata. Con tal concepto de las relaciones personales con los políticos de las provincias, en lugar de implantar por entero la estructura constitucional de gobierno, Urquiza pudo mantener unida la Confederación de las provincias durante el término de su mandato". (Scobie, 1964: 107-108).

Comenta Scobie el caso de Corrientes, donde se produjo una crisis en la segunda mitad de 1854: Urquiza actuó de la manera mencionada ayudando a Pujol a conservar el poder, pero mantuvo a su derrotado, Nicanor Cáceres, cerca suyo en Entre Ríos. La muy abundante información, repleta de optimismo y venturas hacia el futuro, publicada en *El Nacional Argentino* y *El Eco del Litoral* sobre la presencia de Urquiza en Córdoba apenas se hizo con la presidencia constitucional en 1854, se vincula obviamente con esta cuestión⁴². Lograr una verdadera comunidad de intereses entre las provincias era pues clave para Urquiza. En el segundo semestre de 1853 el contenido de *El Nacional Argentino* presenta algunos cambios acordes con estas tareas:

"Durante 1853 el periódico tomó otro giro, dedicando más espacio a otras secciones y pasando los documentos oficiales a un cuerpo tipográfico más pequeño. Se registran, durante ese año, algunos informes de la Convención, editoriales sobre asuntos políticos, sobre el Estatuto del Crédito Público, sobre los acontecimientos en Buenos Aires, y un 'Informe del Comisionado de la Sociedad del Bermejo', redactado por Pablo Soria. Se inició también la publicación de 'Cartas sobre la prensa y política militante de la República Argentina' de Alberdi. De este autor se publicaron también fragmentos de Elementos de Derecho Público Provincial para la República Argentina". No falta la inclusión de folletines tan de moda, con la finalidad de aligerar el contenido documental. En esta sección se incluyó Sarmienticidio, o a mal Sarmiento, buena podada, de J. M. Villergas" (Auza, 1978a: 57).

Este giro es notable en el segundo semestre de 1853. Vemos aquí el esfuerzo por presentar al periódico como capaz de expresar el marco de la "opinión pública". No casualmente aparecen las cartas de Alberdi, que proponen un modelo político y de prensa europeo (parlamentario), pero ajustado a una larga transición que requiere la estabilidad conducida por un caudillo nacional reconocido, sobre el cual es inconveniente dirigir demasiados golpes de pluma.

Luego aparece el repertorio típico de la prensa de esa época, con una redistribución de la cantidad de espacio dedicada a cada cuestión: crecen los temas jurídicos y económicos de organización estatal, los referidos a navegación, y también los artículos mordaces de deslegitimación del discurso y de la persona del adversario porteño, tendencia que se acentúa en 1854; el 27 de enero se publica "Minas de plata y oro de la Confederación":

"Ambicionamos traer a las columnas de *El Nacional* todos los datos, hechos y estudios que sirvan para dar a conocer los recursos del comercio y las riquezas con que ha sido favorecido el suelo argentino. Invitamos a que nos ayuden en esta empresa los periodistas del Interior, prometiéndoles ser el eco de todas las noticias y datos

⁴² "La susceptibilidad de las provincias del Interior a los rumores de intrigas porteñas constituyó una de las principales consideraciones que obligó a Urquiza a hacer un viaje a Córdoba al poco tiempo de asumir la presidencia en 1854. No sólo era aconsejable que hablara con los jefes políticos locales y se asegurase el papel de esa provincia clave en la estructura de la Confederación, era también deseable que se sintiera la presencia del nuevo presidente fuera de los confines inmediatos de las provincias del Litoral. (...) La lealtad de los caudillos hacia la Confederación se mantuvo confiando en los contactos personales y en las amenazas de contrapeso o de reemplazo por un rival. Únicamente así pudo Urquiza hacer de la Confederación una realidad que, en términos de fuerza bruta, sólo descansaba en su provincia de Entre Ríos". (Scobie, 1964: 111-112).

estadísticos que ellos publiquen en sus respectivas provincias. Entendemos que el dar a conocer estos veneros de riqueza es un medio directo de realizar uno de los pensamientos salvadores de nuestra nacionalidad".

A este registro de las potenciales riquezas del suelo se unen perspectivas de mejoramiento de la infraestructura ("Informe del Ing. Allan Campbell sobre la posibilidad de unir los dos océanos por un camino de hierro", N° 122, 1854), estudios naturales y antropológicos de regiones y localidades, etc.

Esta política, sin embargo, ayudó a galvanizar un clima de identidad común entre la elite política de Paraná -proveniente de las 13 provincias- pero no consiguió abrir ninguna brecha de atención en Buenos Aires, donde su prensa se burló del carácter ministerial -y por lo tanto tendencioso y poco confiable- de *El Nacional Argentino*. Pronto este último debió repetir el camino de sus antecesores:

"... antes, sin embargo, es necesario que aprovechemos esta oportunidad para declarar que nuestro periódico no es oficial sino en cuanto a la publicación de los documentos auténticos del gobierno" (cit. por Auza, 1978a: 52).

Las posibilidades de aparición de elementos de independencia en la redacción se hicieron literalmente imposibles en momentos en que el esfuerzo de armado de un aparato financiero viable fracasó por completo. En setiembre de 1854 el papel moneda debió retirarse de la circulación, fracasando también el banco nacional y las perspectivas de obtener buen crédito. Por si esto fuera poco, las dificultades de manutención de la tranquilidad en las provincias eran tan altas como dos años antes. En tal contexto, se produjo un recalentamiento de la tensión con Buenos Aires cuyo catalizador fue una más de las invasiones a Buenos Aires, que había contado con evidente apoyo de Urquiza por medio de Benjamín Victorica. Tal recalentamiento en un contexto de empate militar llevó a nuevas negociaciones y, a comienzos de enero de 1855, a los *acuerdos de statu quo*. También produjo algunos reacomodamientos en el gobierno de Paraná, y nuevas modificaciones en la prensa. La vigencia de estos tratados sería sin embargo de apenas un año, pues descansaban sobre un *statu quo* imposible: la indefinición del conflicto sólo podía favorecer el fortalecimiento económico diferencial de Buenos Aires, y la inestabilidad política y militar del Interior.

El primero de estos esfuerzos se orientó a lograr la viabilidad económica y política de la Confederación como Estado, y a presionar a Buenos Aires para lograr su reincorporación, por medio del apoyo a los grupos opositores en dicha provincia, sin dejar de lado la amenaza de invasión. La primera parte de este esfuerzo se centró en la conformación de un aparato financiero (Banco, papel moneda, crédito), de vías de comunicación (mejora de caminos, navegación de los ríos, proyectos para ferrocarril) y en el control efectivo del poder político en las provincias. Los tres aspectos, sin embargo, fracasan ostensiblemente⁴³.

⁴³ La amazonía financiera se intentó -y fracasó- ya en setiembre de 1854, pues a pesar de los esfuerzos por asegurar que funcionaba y era aceptado, el papel moneda debió en ese último mes retirarse de la circulación, pues no era aceptado fuera de Paraná. El banco no se consolidó, y se sufrieron penurias financieras cada vez mayores. La apertura de vías de comunicación fue en los primeros años sólo una promesa acompañada por la publicación de informes que aseguraban que esto era posible. Más adelante se realizaron

Luchas internas por el control del periodismo.

En marzo de 1854 Gutiérrez había sido nombrado ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación, cargo clave para la etapa de competencia con Buenos Aires por la legitimación internacional. Seguiría escribiendo artículos en *El Nacional Argentino*, aunque con intensidad decreciente. Gorostiaga pasó a ministro del Interior, controlando más directamente el periódico. Durante los meses siguientes aparecerían artículos sin firma de Facundo Zuviría y Alfredo Marbais du Graty. Ambos expresaban al gobierno de la Confederación en su matiz "federal liberal", cercana a al vicepresidente del Carril. Pero el saldo de la tensión de fin de 1854 fueron no sólo los tratados, sino la caída de Gorostiaga y el nombramiento en su remplazo de Santiago Derqui, quien conservaría el puesto hasta el fin del mandato de Urquiza en 1860 y saltaría desde allí a la presidencia.

De inmediato, se reconfiguraron los grupos de poder al interior del gobierno. En Corrientes, se reorganizó la imprenta estatal por concesión a quien ya la administraba, Pablo Coni. En Rosario, el 15 de mayo de 1854, presentaba su prospecto el periódico *La Confederación*, a cargo de Federico de la Barra, quien venía de redactar, el año anterior, *El Federal Argentino* durante el sitio a Buenos Aires.

Con *La Confederación*, el gobierno de Urquiza primero y de Derqui después combatieron a sus adversarios porteños, con eficacia suficiente en su distribución hacia el norte de Buenos Aires como para que los porteños instalasen en 1857 un periódico pro-liberal en San Nicolás de los Arroyos. De la Barra logró, además de cumplir los requerimientos del puesto ocupado (defender al gobierno), y articular algunos espacios de prensa más modernos, al ocuparse de asuntos de interés exclusivamente local en una ciudad en crecimiento. Esto le permitió lograr una continuidad menos apretada, aunque continuó dependiendo del subsidio estatal o personal de Urquiza (Auza, 1978a, De Marco, 1969, Beltrán, 1943). Esta triple intencionalidad (instalar un periódico defensor de la Confederación, un periódico defensor de los intereses locales y una imprenta capaz de prestar servicios particulares), es postulada por el propio De la Barra en el prospecto de su flamante periódico:

“Hace algunos meses que concebimos la idea de dar un periódico a la ciudad de Rosario y dotarla también de un establecimiento tipográfico que satisficiera las necesidades públicas, abrazando una infinidad de publicaciones indispensables en un pueblo que se esfuerza notablemente en su desarrollo, que reclama medios y que necesita facilidades” (*La Confederación*, Prospecto, 15 de mayo de 1854).

La imprenta -así como la actividad del periodista- fue pagada por Urquiza y por el gobierno confederal a lo largo de la década, por medio de un procedimiento que muestra los límites del mercado frente al poder estatal en el período. Apenas puesto en marcha el periódico, escribía De la Barra a Urquiza:

exploraciones efectivas (que no dieron grandes resultados) del Salado y del Bermejo, y se compraron o contrataron barcos vapores para realizar el trayecto de los ríos en forma más veloz (Ensinck, 1978). El ferrocarril era todavía una quimera. En cuanto a la armazón política de las provincias, el viaje de Urquiza a Córdoba en 1854 intentaba mostrar la presencia efectiva de la autoridad nacional en el Interior, pero ésta continuó siendo nominal. Lo que gobernaba el Interior era el sistema de acuerdos y equilibrios personales, no exentos de golpes y contragolpes caudillistas, juegos de alianzas, etc.

“V.E. debe imaginarse los sacrificios que he hecho para trasladar mi imprenta al Rosario, los derechos que he pagado, los sueldos que tengo que cubrir, los desembolsos constantes que tengo que hacer diariamente. Pero le prometí a V. E. que traería una imprenta y daría un diario. He cumplido y publico un periódico que por su tamaño, por su trabajo y por sus materiales, es muy superior a las prensas del Rosario. Además de eso, de cada número que sale, entre yo y mis amigos repartimos más de doscientos números entre Montevideo y Buenos Aires y su campaña, y las provincias del Interior. (...)En esta virtud, así que tenga contestación de V. E. de esta carta, propondré la venta al Ministerio de Hacienda, y bien podrá confiarme a mí la redacción. Para el caso de la venta, agradecería mucho a V. E. que me recomendaré con interés a las personas del gobierno...” (10 de junio de 1854. AGN - Archivo Urquiza, S. VII, 13-5-7. F°. 198).

De la Barra fue, efectivamente, incorporado como redactor con sueldo del Estado.

La búsqueda de alternativas y los esfuerzos de la Confederación para disuadir a Buenos Aires (1855-1856)

Desde poco después de la firma de los acuerdos de *statu quo* -enero de 1855- comenzó a notarse signos de luchas en sordina al interior del Estado confederal. Entre ellos, por un lado, que Urquiza comenzó a respaldar periódicos en forma particular, en vez de hacerlo exclusivamente por el Estado. Por otro, como los periódicos y su financiamiento dependían fundamentalmente del Ministerio del Interior, Santiago Derqui pasaba a tener un importante control sobre ellos, y utilizaba el mismo en su paulatino enfrentamiento con el vicepresidente del Carril su competidor en aspiraciones a la elección presidencial de 1860. Así, comenzó a darse una situación inédita y muy dañina para el periodismo confederal: cuando Urquiza permanecía en Paraná durante el período de sesiones del Congreso, Derqui controlaba directamente la prensa en su condición de ministro; cuando Urquiza se retiraba al Uruguay, ejercía la presidencia por delegación Salvador del Carril, quien recuperaba terreno desandando parte de las medidas de Derqui. Los periódicos controlados directamente por Urquiza provocarían pronto un tercer vértice de sutil tensión interna.

Tal tensión colaboró en dificultar el buen cumplimiento de los acuerdos. Los esfuerzos de ambas partes por influir en la otra por medio de grupos políticos y la prensa se sumaron a la competencia por el reconocimiento diplomático externo, el desarrollo económico y financiero y la consolidación institucional. Buenos Aires poseía al respecto claras ventajas, obteniendo paulatinamente aliados en el Interior, reconocimiento diplomático de hecho para mantener vínculos comerciales y financieros, papel moneda en funcionamiento, proyectos ferrocarrileros y telegráficos y un crecimiento diferencial potenciado ahora por la revolución del merino (Giberti, 1961; Sábato, 1989).

Pero el agravamiento de la tensión fue cuando, por tercera vez en menos de dos años, se producía una invasión militar a Buenos Aires desde el Interior, comandada por Jerónimo Costa, en diciembre de 1855, que concluyó con la captura y fusilamiento en masa de Costa y sus oficiales el 2 de febrero de 1856. Desde entonces, la amenaza de guerra se volvió a hacer presente.

Hacia comienzos 1856 el constante apoyo recibido por los opositores al Gobierno de Buenos Aires de parte de Urquiza -especialmente a las invasiones armadas que partían de Santa Fe y desde Uruguay- y

la impotencia de los esfuerzos de la Confederación por mostrar alguna viabilidad para hegemonizar la organización nacional, lleva a la franca situación de guerra entre ambas partes. Sin embargo, las hostilidades se demoraron hasta 1859. Los porteños no deseaban el enfrentamiento inmediato porque el tiempo, cada vez más, corría a su favor. Tenían expectativas en el fin del mandato de Urquiza, pues la Constitución no permitía la reelección y no había otro caudillo en condiciones de unificar al Interior contra Buenos Aires; además, el crecimiento económico diferencial continuaba, poniendo el tiempo a su favor. Al mismo tiempo, eran conscientes de la imposibilidad -o al menos de la extrema dificultad- de una victoria militar en el Interior, sobre todo si las grandes batallas se libraban en las pampas donde la caballería federal era todavía imbatible. La Confederación tenía un problema muy diferente: para cambiar la estrategia disuasiva por un plan de ataque militar a Buenos Aires necesitaba un esfuerzo militar, económico y diplomático que estaba de momento fuera de su alcance. A lograrlo dedicaría los años 1856 a 1859.

La reorganización de la prensa periódica en 1855 y 1856

En periodismo, un resultado inmediato fue el esfuerzo por mostrar pujanza comercial, y habilitar intentos de las imprentas por mostrarlo no sólo en sus contenidos sino en sus títulos y en su actitud general, con más espacio dedicado al comercio, a la búsqueda de temas nacionales comunes e integradores. En 1856, a pesar de la ruptura de los acuerdos que renovó la tensión militar, estos esfuerzos continuaron. Surgieron así nuevos periódicos, se cambió el nombre de otros buscando un perfil más mercantil, se renovó los acuerdos para funcionamiento de algunos más, se instaló nuevas imprentas, etc. En Rosario aparecería en 1856 un periódico intentando (fallidamente) competir con *La Confederación*, fundada en 1854 por Federico de la Barra, quien sufrió en 1855 la clausura por el gobierno provincial, reabriendo luego por protección directa y explícita del ministro Derqui. De este modo, 1856 marca un punto de inflexión en el periodismo: cuatro periódicos se entregan en concesión para su publicación “particular”, otros cuatro cambian sus nombres por otros explícitamente mercantiles; se forja la simultaneidad de periódicos en ciudades importantes como Rosario, Córdoba y Mendoza; se alcanza la periodicidad diaria en Gualeguaychú, Paraná, Córdoba y Mendoza, etc.

El efecto causado por los acuerdos de *statu quo* fue muy positivo para la economía de Gualeguaychú, que restauraba su posición de puerto privilegiado en la comunicación entre la provincia y los puertos de Montevideo y Buenos Aires, y permitía el normal funcionamiento de su vida mercantil. Borques nos muestra el efecto producido en la prensa:

"En 1855 [*El Eco del Litoral*] mejoró notablemente la forma tipográfica y aunque en menor formato de 30 por 40 llegó a ser diario, saliendo todos los días, excepto los siguientes al festivo, con precio de 17 reales. A principios de 1856 [cuando se rompieron los acuerdos] redujo sus salidas a diez veces al mes, por doce reales, con el mismo formato" (Borques, 1919: 38).

En su perfil editorial, continuaría *El Eco del Litoral* oscilando entre la obediencia a Urquiza, incluyendo ataques al redactor de *El Nacional Argentino* cuando cometía un error que Urquiza veía necesario reparar en forma no tan obvia, e intentos de representar intereses locales, potencialmente en choque con la línea del Presidente. La caída de Gorostiaga implicaba la necesidad de buscar un redactor reemplazante para *El Nacional Argentino*, sobre todo para esta etapa en que debido a los tratados no habría hostilidades, sino acumulación de fuerzas y lucha discursiva por la legitimidad. El 11 de enero de 1855, fue designado Eusebio Ocampo, abogado formado en Córdoba y hombre de Derqui. El momento (año nuevo) debería corresponder a la máxima libertad de acción de del Carril, pero debido a la participación directa de Urquiza en las negociaciones y al reciente nombramiento de Derqui como ministro, su espacio era particularmente alto.

Algunas acciones inmediatas correspondían a las tareas comunes, más allá de los conflictos. Había que demostrar, por ejemplo, rasgos de independencia del redactor. Por ejemplo, explicitar su nombre en el periódico, cosa que hizo Ocampo el 1º de febrero. Otras acciones correspondieron a un equilibrio inicial de fuerzas en la redacción: Ocampo redactor; du Graty, hombre de del Carril, colaborador asiduo; Juan Francisco Monguillot, del grupo de Victorica cercano a Urquiza, segundo colaborador. Todos firmaban sus colaboraciones.

Victorica se encuentra ya en situación de máxima confianza con el General. Viaja en enero a Concepción del Uruguay, y allí fundará, como veremos, un importante periódico para él.

El Nacional Argentino tenía ahora un redactor a cargo, aunque mantenía características ministeriales, dado el origen de la mayor parte de los artículos y el grado de dedicación que podían dedicarle sus autores. A tres meses de iniciado como redactor, se repite lo que ya es un clásico:

"Esta circunstancia nos decide a declarar de una vez por todas, que *El Nacional Argentino* no tiene de oficial más que los documentos públicos que van en él. Por lo demás, nuestros artículos no son más que expresión independiente y libre de nuestras propias ideas y no pueden contar con otra garantía que la de nuestra responsabilidad sola. (...) Hacemos esta declaración no solo en honor del gobierno nacional que nos deja amplia libertad para escribir, sino también para que nuestras opiniones no sean apreciadas más allá de lo que ellas valen ni imputadas a otros que nosotros" (*El Nacional Argentino*, 8 de mayo de 1855).

No le iría muy bien en su demostración fáctica de tal independencia, pues además de que los contenidos no variaron (documentos, datos mercantiles, folletín, un trabajo de Tomás Guido sobre la Revolución de Mayo, etc.) y no hubo opinión crítica alguna del redactor a algún ítem del Estado, pronto caería de la redacción. Auza da una pista cuando transcribe una carta de del Carril al gobernador de Corrientes, don Juan Pujol:

"Por lo que respecta a la redacción de algunos artículos de *El Nacional Argentino*, debo decirle que S.E. el señor Presidente ha mandado tener cuidado sobre esto y aún se ocupa de hacer organizar la redacción. V.E. no ignora que existen pocos hombres habilitados en la República Argentina para usar discretamente de la prensa, y menos aún para dirigir una prensa oficial que ha de atender tantos intereses y susceptibilidades" (Pujol, 1911: 224).

Esta carta se relaciona con los hechos correntinos que ya comentamos: la utilización de Nicanor Cáceres por Urquiza y del Carril para, con su intento de invasión a Corrientes, "intimidar a Pujol y obligarlo a aceptar las órdenes del gobierno nacional y asegurarlo una vez más de su lealtad" (Scobie, 1954: 112). La Carta de la cual obtiene Scobie esta certeza es de del Carril a Urquiza, y está fechada 7 de abril de 1855. Indudablemente esta participación en una tarea tan poco legal para asegurar la lealtad de Pujol a Urquiza debió darle a del Carril algunos buenos puntos en su acumulación de poder en el gobierno. Uno de ellos debió gastarlo seguramente en lograr el reemplazo de Ocampo por Alfredo Marbais du Graty en *El Nacional Argentino*. El 12 de julio cesó Ocampo como redactor, despidiéndose con un suelto que no dice nada de los motivos de su retiro. Había durado seis meses.

El Uruguay.

Apenas tres días antes, el 9 de julio, había aparecido en Concepción del Uruguay un nuevo periódico entrerriano, titulado precisamente *El Uruguay*, y destinado en pocos años a transformarse en el más autorizado vocero de Urquiza. Lo fundó y redactaba Benjamín Victorica, con apoyo en ese aspecto de sus amigos, ahora catedráticos del Colegio del Uruguay, Alberto Larroque, Alejo Peyret y Juan Francisco Monguillot.

Había varios motivos para instalar este periódico, correlativos al conflicto de prensa esbozado en Paraná: Urquiza había estabilizado por fin su mecanismo de ejercicio de la presidencia, retirándose a San José durante los siete meses del receso legislativo. El Colegio del Uruguay había permitido desarrollar un núcleo intelectual importante para la región y época. Comenzaba a preverse la cuestión del mandato presidencial en un momento en que la situación con Buenos Aires aún no se había tensado tanto como lo estaría pocos meses después, y finalmente, Urquiza deseaba asegurarse la permanencia de Victorica como su hombre de confianza, quien a fines de 1854 había manifestado su intención de retirarse a Montevideo a ejercer la profesión, respondiéndole el general con una parva de ofertas que incluían cátedra en el Colegio, cargo de Juez, más adelante diputación, y hasta la propiedad de un campo.

No es claro si la iniciativa del periódico fue de Victorica o de Urquiza. Sí es evidente que éste la amparó y la puso en marcha. Con una novedad: en un sentido *sui generis*, pues se trataba del jefe caudillo, se trataba de una iniciativa privada.

El Uruguay tuvo algunas dificultades financieras en sus primeros tiempos:

“Concepción del Uruguay, 12 de setiembre de 1855 (...) Hemos arreglado con el Dr. de Moussy la publicación del Almanaque sobre lo que no escribo a V.E. porque aquel Sr. me ha dicho que lo hará extensamente. Como en el próximo N° de El Uruguay van todas las noticias que tenemos del Estado Oriental me abstengo también de hacérselas presentes. Mi empresa de periódico e imprenta va mal: hasta ahora ofrece pérdidas. Siento tener que achicar el establecimiento para economizar gastos. Tendré un poco de paciencia y seguiré trabajando" (Victorica a Gutiérrez, AGN-A. Gutiérrez, T. 4: F° 41).

Puede observarse una referencia priorizando como tema a la cuestión del Estado Oriental. Al respecto, este periódico lanzó algunas críticas contra *El Eco del Litoral* casi de inmediato, debido a cuestiones vinculadas a la situación en la República del Uruguay, en virtud de las cuales *El Eco* había dirigido velados y muy indirectos dardos al gobierno argentino. Bosch menciona:

"Las cuestiones internas del Uruguay continúan repercutiendo entre nosotros. El 9 de agosto desembarca en Montevideo el general Oribe, luego de una ausencia de cerca de cuatro años en Europa. En el retorno a la patria hubo de influir la palabra amistosa de su develador. Requerido a renovar la alianza de 1851, Urquiza procura mantenerse equidistante de los partidos tradicionales. Alguna ayuda presta a los grupos 'blancos' que se congratulan con la caída de Venancio Flores. Hasta el Dr. Herrera y Obes, profundamente decepcionado de la política, insinúa las proyecciones de una nueva intervención conjunta. Por intermedio de Buschenthal (acreedor financiero de la Confederación) plantea el asunto al mismo Pedro II, a más de los temores por la posible independencia de Buenos Aires. Carril nos da un claro indicio: 'tenemos noticias oficiales y privadas de Buschenthal muy satisfactorias. Ha sido bien recibido, ha entregado la carta al Emperador y anuncia, que éste de contestar a V.E. muy detenidamente (...) en el próximo paquete'" (Bosch, 1980: 388).

Lo comentado por Bosch nos muestra, además de un ejemplo transparente del mecanismo de Urquiza de negociación y equilibrios, la importancia de la cuestión uruguaya en la agenda del momento, y los motivos de sobra que habrá tenido De María para buscar resquicios de crítica en nombre de su Estado, y un motivo más de Urquiza para acelerar la disposición de un periódico de confianza en la frontera con Uruguay. Tenía ahora Urquiza un vocero periodístico de su estricta e incondicional confianza, no sometido a las dificultades de tratar con un extranjero con inmunidad, ni con un órgano presionado por los vaivenes de las intrigas. En Paraná, en tanto, comenzaba el período del año favorable a del Carril, con du Graty como redactor.

Du Graty era Oficial Primero del Ministerio del Interior y Director del Museo Nacional, que dependía de ese ministerio. Pronto comenzaron a aparecer artículos "políticos" que llevaban al pie las iniciales A.G., que le pertenecían. "La oposición política", "Presupuesto general de Ingresos y Egresos", "Los tratados con Buenos Aires" y "Proyecto de ley presentado por el diputado Lucero", "Conatos de unión", son algunos de los artículos que le pertenecen hasta fines de setiembre, en que desaparecen las iniciales porque no se trata ya de colaboraciones sino de la confirmación de du Graty como redactor. Su línea es desde el comienzo cercana a del Carril: en pos de facilitar acuerdos con Buenos Aires. Así, por ejemplo, menciona Beatriz Bosch su reacción al proyecto de Lucero [que abre las puertas a los derechos diferenciales y dificulta el acuerdo con Buenos Aires cuidadosamente gestionado por emisarios], en el artículo de fecha 16 de agosto:

"El coronel Alfredo M. du Graty lo censura en las páginas de *El Nacional Argentino*, pues vendría a destruir aquellos [convenios]. Desde ya rechaza el posible establecimiento de derechos diferenciales, meta evidente en la propuesta de Lucero" (Bosch, 1980: 386).

du Graty dio al periódico nueva fisonomía e intentó modificar sus contenidos en función de un rol más moderno. Será este el momento cumbre de *El Nacional Argentino*, el de mayor variedad y calidad de

temas, y también el de mayor independencia, aunque es menester destacar que el período a cargo de du Graty fue de apenas ocho meses, el tiempo que del Carril dispuso para controlar la situación.

El periódico aumentó su superficie y pasó a cinco columnas. Varió la importancia relativa de los documentos oficiales, aumentando los artículos firmados doctrinarios y de debate, la “re-vista” de periódicos europeos y nacionales, y la información del interior del país. Se acentuó la publicación de artículos sobre navegabilidad de los ríos, defensa del sistema parlamentario de gobierno, etc. Se activó y sistematizó la publicación de estadísticas económicas y demográficas.

En noviembre, época del año en que Urquiza se ausenta de Paraná, aumentando por ende el poder de del Carril, du Graty es designado Oficial Mayor del Ministerio de Hacienda, quedando con ello menos dependiente de Derqui.

1856-58: aprestos de guerra, amenazas y negociaciones

En tales circunstancias, el esfuerzo de Buenos Aires se orientó a profundizar la estrategia establecida desde 1854, centrada en asegurarse su independencia operativa sin romper definitivamente: adecuados mecanismos de defensa militar, no-injerencia militar directa en otras provincias, profundización del crecimiento diferencial, búsqueda de reconocimiento internacional -especialmente de Francia, Inglaterra y EEUU-, a la vez que muy lentamente fue abriendo brechas políticas en el Interior (el apoyo a sectores liberales comienza a lograr resultados en 1858 en Santa Fe, Gualeguaychú, Santiago del Estero, San Juan y Mendoza).

El gobierno de la Confederación tampoco deseaba el enfrentamiento inmediato, y aunque lo desease no podía aún iniciarlo ventajosamente, porque su situación política, económica y militar no lo permitía. La esperanza de una alianza con Brasil se diluía, pues esta potencia regional ostensiblemente se hallaba cómoda con el *statu quo* y aun la posible guerra (el endeudamiento por la campaña de Cepeda dejará en 1859 a la banca brasileña en virtual control de la aduana de Rosario). Los intentos de alianza con Paraguay también fracasaron por una sucesión de errores diplomáticos de la Confederación, que acrecentaron la desconfianza de este gobierno.

En el interior del gobierno de la Confederación, por su parte, existía ya una división importante en dos fracciones: las comandadas por del Carril y por Derqui. Los primeros apostaron a la negociación con Buenos Aires y sabotearon, hasta donde les fue posible, las acciones que permitieran extender la división o acercar la guerra; los segundos hicieron lo opuesto.

La situación económica de la Confederación era catastrófica, y se realizaría entre 1856 y 1859 todos los esfuerzos posibles por mejorarla, tanto por lógicas razones internas (mejoras las condiciones materiales en las 13 provincias) como externas (demostrar a Buenos Aires y a las potencias extranjeras la viabilidad económica de la Confederación). Mientras tanto, en lo militar existía la comprensión de la

propia debilidad producto de las carencias económicas y políticas: en el primer caso, por ejemplo, no se disponía de una buena flota que controlase los ríos e impidiese al adversario que lo haga. En el segundo, Urquiza era consciente de que dependía en forma total de las caballerías entrerrianas para ganar el combate, muy especialmente si no lograba un contundente apoyo de Brasil. Conocía muy bien la fortaleza de las ciudades puerto: los federales nunca lograron quebrar su resistencia ni en el sitio de Montevideo ni en el de Lagos de 1852-53. Esto significaba la imposibilidad de vencer a Buenos Aires más allá de sus suburbios.

En función de ello, la apuesta militar demoró aún más porque Urquiza esperó el resultado de algunos movimientos políticos: intentó incidir en la política porteña imponiendo una candidatura a gobernador favorable; intentó aislar internacionalmente a Buenos Aires por medio de tratativas diplomáticas que asegurasen el reconocimiento exclusivo de la Confederación por las potencias europeas, Estados Unidos y las potencias limítrofes; esperó hasta último momento algún resultado de los esfuerzos económicos que permitiese mostrar a Buenos Aires que su incorporación no le sería nociva⁴⁴.

Tan grandes dificultades hicieron girar cada vez más todos los problemas en torno a uno: incorporación de Buenos Aires. Y dado que el único caudillo capaz de unificar tras de sí a todos los gobiernos provinciales contra Buenos Aires estaba imposibilitado por mandato constitucional de aspirar a la reelección, el problema se circunscribía a la incorporación de Buenos Aires antes del fin de mandato de Urquiza (marzo de 1860), fueren cuales fuesen las condiciones.

Por ello todo esfuerzo de la Confederación es en estos tres años y medio (enero de 1856 a octubre de 1859) es, básicamente, parte de una única estrategia político-militar, que se sintetiza en tres grandes acciones: buscar fuentes de ingreso financiero, intentar la aceleración del proceso civilizatorio en el territorio argentino, y realizar acciones directas de presión para la reincorporación pronta de Buenos Aires. Para ello se aceleró la sanción de la ley de Derechos Diferenciales a pesar de la oposición carrilista⁴⁵, se buscó préstamos en el extranjero, se intentó lograr la instalación de un banco nacional con capital privados brasileños, se promovió con renovados bríos la exploración de ríos, analizando su potencialidad económica, activando proyectos de desarrollo de vías de comunicación, con énfasis en las posibilidades de navegación de los ríos Salado y Bermejo, etc. que habilitasen el acceso de las regiones Centro y Noroeste a los grandes puertos, y en caminos y posibles vías férreas que enlacen Cuyo y el Norte con el río Paraná. También se aceleró el fomento a la inmigración europea, la agricultura, la minería, la educación y la cultura, etc. No se trataba sólo de lograr resultados, sino de demostrar que la Confederación era capaz de llevar adelante este proceso.

⁴⁴ Pero fue imposible. Una instrucción típica de los negociadores porteños cuando se dialogaba o aceptaba una mediación, era reclamar a la Confederación que dejara de endeudarse, pues sabían que tarde o temprano, si había unidad, esa deuda sería pagada con la renta de la aduana del puerto.

⁴⁵ Del Carril sostenía que la mejora esperable en ingresos fiscales sería insuficiente, y en cambio alejaría las posibilidades de acuerdo con Buenos Aires, cosa que efectivamente sucedió.

A esta tarea se abocó la prensa confederal con ahínco: se defendió la conveniencia de los derechos diferenciales, de la entrada del Banco de Mauá, se publicó informes científicos y exploraciones sobre navegabilidad -al extremo de hacerlo, en alguna ocasión, inventando un falso éxito, como contará Mansilla en sus memorias al referirse a sus inicios en la prensa de Santa Fe-, sobre inauguración de vapores y líneas fluviales, el crecimiento de puertos, el ingreso de maquinaria agrícola, etc., de un modo crecientemente articulado, extendiendo las imprentas a todas las provincias, y también los periódicos, que adoptaron casi en simultáneo nuevos nombres acordes al esfuerzo.

Tal circunstancia toma a *El Nacional Argentino* en medio de un proceso diferente, propio del momento político anterior: mostrar un perfil de estabilidad, modernidad y mano abierta a la negociación con Buenos Aires. Un acuerdo con Ramón Gil Navarro⁴⁶ estabilizaba el envío y publicación de documentos de la Confederación en Chile, y el envío de artículos sobre las provincias para *El Nacional Argentino*, a cambio de un estipendio anual de 25 onzas de oro. Debe recordarse que si bien la tarea encomendada ya corresponde a lo que puede considerarse una corresponsalía, y por lo tanto a un germen de profesión periodística, este caso concreto todavía no lo es: Gil Navarro también fue ministro de provincia, congresal, encargado de una suerte de lobby para publicar materiales, periodista oficial en Mendoza, etc. esto es, conserva características claras de esta etapa; además, la tarea encomendada a Navarro no guarda relación con un mercado lector estable al que hay que satisfacer, sino con la tarea política de favorecer la difusión de las potencialidades económicas y de recepción de población de las provincias del Interior, especialmente las más aisladas del oeste.

Durante el primer trimestre de 1856 du Graty no explicita que esté sufriendo presiones o cuestión parecida. Sin embargo, el 29 de marzo dice:

"Hace seis meses que fuimos encargados de la redacción de *El Nacional Argentino*. Desde entonces hemos procurado dar a este periódico una dirección que se armonice con los intereses reales y verdaderos de las Provincias Confederadas, apartándonos cuidadosamente de toda discusión mezquina, que envolvese cuestiones de localidad y personalidad, para tratar de los intereses de todas y, al mismo tiempo dar a conocer favorablemente a la Confederación en el extranjero. Nos ha tocado un período difícil; a los ataques incesantes que fueron dirigidos por la prensa de la provincia disidente a nuestras autoridades, con el objeto de desprestigiarlas y dividirnos para llevarnos a la anarquía, hemos contestado por hechos históricos y por argumentos fundados en la razón y en el derecho. *El Nacional Argentino* ha aconsejado la cordura, la tolerancia en los gobernantes y la templanza y la fusión entre los partidos. La Confederación, poco o mal conocida en el extranjero, confundida a veces con sus turbulentos vecinos, necesita hacerse conocer por las ventajas que ofrece a la inmigración, a la industria y al comercio, bajo instituciones liberales y un gobierno ilustrado, distinguiéndose de aquellos vecinos por su juicio, sensatez y respeto a las leyes. Hemos procurado que *El Nacional Argentino*, circulando en el exterior, llene en lo posible estos grandes bienes. Las cuestiones de organización interna nos han ocupado con objeto de propender a que se regularice el sistema administrativo por leyes orgánicas, corolario de la Constitución de Mayo. Tal era el programa que nos propusimos al aceptar la redacción de *El Nacional Argentino*, y creemos

⁴⁶ Ramón Gil Navarro (1828-1883) fue diputado al Congreso en Paraná por Catamarca y por La Rioja. Emigrado a Chile en 1845 por persecuciones en su provincia, viajó a California a buscar oro en California. Regresó a Chile con un cargamento maderero que le significó un gran negocio. Escribió en *El Mercurio* y otros periódicos chilenos y comenzó a trabajar como agente y corresponsal de la Confederación. En 1855 regresó a Catamarca, donde obtuvo la designación como diputado. Poco después fue enviado como mediador en el conflicto entre La Rioja, Catamarca y San Juan, estableciendo vínculos que lo llevaron a ser ministro de gobierno en La Rioja entre abril de 1857 y marzo de 1860, cuando una revolución derrocó al gobernador. Se radicó en Córdoba, donde ejerció el periodismo, conservando el subsidio de Urquiza hasta el asesinato de este último. Durante la Confederación escribió para periódicos en La Rioja, Catamarca, Paraná, Córdoba y Rosario. Su hijo Mardoqueo administró muchos años un saladero de Urquiza en Rosario.

haberlo cumplido. Lo seguiremos también en lo sucesivo. Antes que cambiarlo, dejaremos su redacción" (*El Nacional Argentino*, 29 de marzo de 1858, cit. por Auza: 1978a: 68-69).

Resulta evidente de la lectura entre líneas del artículo que se está mencionando con mucha sutileza el debate ya en marcha respecto a los derechos diferenciales. También constituye el artículo toda una toma de posición doctrinaria sobre los modos de hacer política, incluyendo una evidente crítica a la división faccional y la conveniencia de encontrar cauces para el consenso y el disenso. Finalmente, y más evidente aún, hay una amenaza de renuncia, sopesada con el efecto que ésta, demostrativa de las divisiones faccionales, causaría en el extranjero.

Es uno de los artículos más políticos, y que mejor roza, al menos hasta entonces, el meollo de las cuestiones en danza. Pero también en otros aspectos intentará dar al periódico signos de modernidad. Por ejemplo: solicitando abiertamente al público, sobre todo a quienes lo recibían gratis (1.500 ejemplares se reparten gratis), que se suscriban. Este esfuerzo de independizar el periódico del Estado es novedoso, pues explicita la relación entre ampliación del mercado lector y mejoras en el servicio, aunque muestra una vez más la diferencia en desarrollo del mercado respecto de Buenos Aires: allá los periódicos sólo requieren subsidios parciales del Estado para sobrevivir (tales como suscripción a ejemplares), y Mitre, ya en 1857, comienza desde *Los Debates* a intentar la ecuación de aumentar la cantidad de avisos como base de sostén del periódico.

Pero no podrá du Graty comprobar las posibilidades económicas y culturales de su potencial público lector para financiarse, pues las posibilidades políticas se le angostaron de inmediato. En marzo habían sido oficialmente abrogados los tratados de *statu quo*, y se explicitaba el proyecto, del cual se hablaba ya en meses anteriores, de instaurar derechos diferenciales para mercancías ingresadas de ultramar o desde el puerto de Buenos Aires.

Entre las respuestas mordaces de la prensa porteña a sus proyectos para el periódico, y las presiones desde el mismo gobierno en relación con los artículos que escribía, du Graty se vio obligado a repetir la misma aclaración clásica el 26 de abril "...que si *El Nacional Argentino* es el periódico oficial, la parte editorial no tiene carácter oficial alguno y no representa sino las ideas y opiniones de su único redactor, que siempre aceptó la responsabilidad de lo que escribe". El 7 de mayo comenzó a colocar, debajo del título del periódico, esta inscripción: "La redacción de *El Nacional Argentino* no es oficial. Redactor: Alfredo M. du Graty".

Esta afirmación de independencia hubiese sido perfectamente funcional a las necesidades del gobierno, si no fuera porque du Graty lo decía muy en serio, y respaldado por el grupo Carril se aprestaba a polemizar: el 10 de mayo publica "Los Derechos Diferenciales", argumentando en contra de esa ley. El artículo es largo y denso, pero sería re-publicado días más tarde con más elementos aún. Y aunque otros periódicos confederales argumentaban a favor (*El Eco del Litoral*, *El Uruguay*, *La*

Confederación, entre otros) y aunque du Graty transcribía esos artículos y toda opinión de Estado favorable a la ley, apenas once días después del artículo largo, esto es, el 21 de mayo, el ministro del Interior Derqui [con evidentemente conocimiento de Urquiza], le hacía enviar la siguiente nota, firmada por el Oficial Mayor Eusebio Ocampo, redactor anterior del periódico:

"Cumpló con el deber de poner en conocimiento de V.S. que el Exmo. St. Presidente, por acuerdo de esta fecha, ha dispuesto el cese de V.S. en la redacción de *El Nacional Argentino*" (Nota ministerial, 21 de mayo de 1858. Cit. por Auza, 1987a: 70).

Liquidado du Graty, durante breve lapso el periódico funcionó casi como un *Boletín Oficial*: documentos, estadísticas, transcripciones. Pero ¿cómo evitar una nueva ofensiva carrilista cuando termine el período de sesiones?

Como demuestra Auza (1978a con precisión, la respuesta llegó de inmediato, y al mes siguiente del cese de du Graty, entre muchas medidas tomadas sobre prensa en todo el país, se decidió entregar la redacción de *El Nacional Argentino*, en concesión, a una empresa privada. Por supuesto la empresa estaría formada por funcionarios leales. Sin previo aviso, ni explicar los motivos ni mucho menos el mecanismo de concesión, cinco números después del cese de du Graty, esto es, el 7 de junio de 1856, aparece en *El Nacional Argentino* el siguiente artículo:

"La imprenta del Estado, en virtud de un contrato hecho con el gobierno, ha venido a estar a cargo de una empresa particular que ha tomado sobre sí la edición de este periódico" (cit. por Auza, 1978^a: 73).

Esta noticia no iba acompañada de identificación alguna de los nuevos propietarios ni redactores⁴⁷. Sólo confirmaba que el contrato se había firmado el 2 de junio. Desde el día de cese de du Graty, quien se despidió amablemente con un breve suelto sin hablar de motivos ni defenderse, no se sabía quién redactaba. De hecho, hasta el anuncio de la nueva empresa, lo habían hecho varios oficiales del ministerio, limitándose a documentos y transcripciones. Luego del anuncio comienza lo que puede considerarse un programa, el cual intenta mantener e incluso profundizar lo iniciado por du Graty, con la única y fundamental diferencia de que no criticarán medidas provenientes del poder.

"La sección oficial, como hecha bajo la inspección de las oficinas del gobierno según el contrato, tendrá tal carácter. A ella agregaremos, con la regularidad que nos sea dado, la publicación de las actas de ambas Cámaras, que no pueden menos de interesar vivamente a la República toda, cuyo presente y porvenir depende en gran parte de sus delegados. La parte editorial y la que sin ese carácter expreso de oficial sea publicada, aparecerán bajo la sola responsabilidad de la redacción, sin que a las opiniones expuestas en ella puedan darse otro sentido que la manifestación de causas particulares" (*El Nacional Argentino*, 7 de junio de 1856).

La "empresa privada" que se hacía cargo del periódico estaba conformada por tres hombres del gobierno confederal, dos de los cuales eran de la máxima confianza de Urquiza: Benjamín Victorica y Emilio de Alvear⁴⁸. El tercero, Luis Cáceres, no figuraba como redactor de *El Nacional Argentino*, pero

⁴⁷ Nótese hasta qué punto es inexistente el espacio de libertad de expresión y crítica: nadie, ni siquiera en el poder legislativo, se atrevió a pedir informes al respecto.

⁴⁸ Alvear era Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. En septiembre de 1856 ingresó a la Cámara de Diputados de la Confederación como representante suplente por Santiago del Estero (provincia que no necesitó visitar para ello) y al año siguiente fue reconfirmado en el cargo como titular, renunciando entonces al cargo de oficial mayor.

había puesto en marcha el 5 agosto de 1855, en Córdoba, el periódico *El Imparcial*, cuya edición se transformó, desde el 1° de julio de 1856, un mes exacto después del contrato, en diario. Era el mismo día en que el ministerio de Gobierno de Córdoba en el gobierno, ponía en marcha *El Diario*.

Cáceres era entonces diputado, no por Córdoba sino por Corrientes, e integraba la Comisión de Hacienda de la Cámara. Había llegado a Paraná acompañando al grupo federal liberal cordobés (conformado entre otros por Mariano Fraguero y Juan del Campillo, que tuvo el control del Ministerio de Hacienda de la Confederación (Fraguero y Campillo se sucedieron como ministros). El 17 de junio de 1855 había asumido la gobernación Roque Ferreyra. Cáceres y su corriente eran parte del gobierno, pero Ferreyra había vencido en la legislatura, precisamente a Juan del Campillo.

Aun así, al comienzo los vínculos con el gobierno eran excelentes, deteriorándose en los meses subsiguientes, a medida que los intereses de las dos principales fracciones en el gobierno chocaron⁴⁹.

Había fundado *El Imparcial* días antes de la sanción de la Constitución provincial (sancionada el 16 de agosto de 1855), que aseguraba significativos avances normativos en la relación entre Estado y prensa. El 24 de enero de 1856 Ferreyra dicta un decreto reglamentando la publicidad de los actos de gobierno⁵⁰. Pero ante la publicación de críticas, sobre todo al ministro Posse, por parte de *El Imparcial*, el gobierno le retiró la concesión de la impresión de documentos oficiales que la Constitución requería. Cuando en 1858 la facción federal liberal logra la victoria de Fraguero sobre Derqui, asumiendo el primero la gobernación, Cáceres fue nombrado ministro de gobierno, cargo que ocupará hasta 1860, recuperando con ello el carácter semioficial del periódico.

Es así que el periódico *El Nacional Argentino* queda en manos, en su parte práctica, de un hombre de confianza, quien junto a su hermano Diego lo acompañaba desde Caseros en distintas funciones, incluido el periodismo. Junto a él, y vocero íntimo del jefe: Benjamín Victorica, entonces a cargo de *El Uruguay*, y de quien se reproducían artículos.

Debe recordarse que Victorica participaba de la redacción de *El Nacional Argentino* durante los meses de sesiones legislativas, pues había sido nombrado diputado. Fuera del período de sesiones, retornaba a Concepción del Uruguay, en forma simultánea al retiro de Urquiza. Ese era, como hemos visto, el

⁴⁹ El gobierno cordobés se fragmentó en dos corrientes, ambas partidarias del federalismo y de la Confederación, llamadas coloquialmente “rusos” y “aliados” (como los bandos de la guerra de Crimea), disputándose ministerios y sucesiones gubernativas. Los “rusos” eran los antiguos federales puros, antiporteñistas, que apoyaban a Urquiza a regañadientes frente a Buenos Aires. Alejo del Carmen Guzmán, gobernador hasta junio de 1855, era dirigente de esta fracción, acompañado por José Pío Achával, Manuel Lucero, Agustín San Millán, Jerónimo Cortez, Eduardo Ramírez de Arellano, Felipe Yofre y José Mateo Luque. Los “aliados” eran los federales liberales: Justiniano Posse, Rafael García, Antolín Funes, Augusto López y José Félix de la Peña. Tenían una relación más cercana a Buenos Aires, sobre todo a Mitre. Alcanzaron gran poder durante el gobierno de Ferreyra iniciado en 1855, del que Posse fue ministro de Gobierno. Cáceres lo atacó desde *El Imparcial*, subsidiado por Urquiza, mientras recibía amplio respaldo en Paraná, incluido el negocio de la concesión de *El Nacional Argentino*, de la cual Emilio de Alvear reconoce que se obtuvieron enormes beneficios (Auza, 1978a: 74), sufriendo el cese del apoyo estatal cordobés a ese periódico. Pero cuando llegó la siguiente elección, Derqui recibió el apoyo de los “rusos”, mientras que Urquiza optó por apoyar a Fraguero, quien triunfó. Consecuente con la política de contrapesos, Urquiza logró que Posse y otros dirigentes “rusos” recibieran cargos legislativos en Paraná.

⁵⁰ El decreto abolía el régimen de pregoneros utilizado hasta ese momento y estableciendo la obligación estatal de dar a imprenta la totalidad de las disposiciones oficiales. *El Imparcial* recibió los beneficios de esta obligación obteniendo la concesión. Pero la misma le fue retirada tan pronto se emitieron críticas al ministro de Gobierno, que optó por lanzar *El Diario*, mientras Urquiza sostenía a *El Imparcial* con fondos propios y -probablemente- el inusual lucro generado por *El Nacional Argentino*.

momento en que del Carril actuaba como presidente. En esos períodos de receso legislativo se producían situaciones como la que cuenta Alvear a Victorica en carta del 4 de diciembre de 1856: "Su artículo no lo reproduje porque el Vice no quiso".

Para esa fecha ya están aumentando los roces entre Urquiza y del Carril, aunque de momento no afectan el funcionamiento del Estado. Sin embargo, las trabas y dificultades impuestas por el grupo Carril a Urquiza para que instale incondicionales en el Congreso son evidentes. Ejemplo de ello es la siguiente cita de Beatriz Bosch en su biografía de Victorica, que habla de hechos simultáneos a la lucha por el control de *El Nacional Argentino*, en torno de la elección de diputados al Congreso:

"Electo diputado por Territorio Federalizado de la Capital, renuncia como juez, siendo reemplazado por Monguillot en el mes de noviembre. A igual tiempo se lo designa diputado suplente por la provincia de San Juan. Más la Cámara de Diputados anula aquella elección por defectos en la constitución de las mesas electorales. El atribuye la medida a una intriga, de la que sería centro el Barón Alfredo M. du Graty: "V.E. sabe -franquéase con Urquiza- que no he tenido interés en ser diputado; que estaba en disposición de aceptar porque V.E. así lo quería. Al congreso yo no llevaría sino las ideas del grande que nos preside, sin otro objeto que mantener en alto allí su inmensa gloria. No tengo más defecto para diputado que el pertenecer en cuerpo y alma a vuestra excelencia. Si éste es defecto cuando V.E. encarna el glorioso presente de la Confederación y sus mejores esperanzas". (...) Los nuevos comicios se llevan a cabo el 15 de junio de 1856 (...) El flamante legislador asume la banca cuando aún le faltan dos meses para alcanzar la edad mínima requerida [por la Constitución Nacional, N del A].(...) Impugnado el diploma del diputado Alfredo M. du Graty por carecer éste de la ciudadanía, la hoja oficial apoya el rechazo e indica que el hombre belga debe apresurarse a solicitarla para poder ocupar la banca cuando cumpla con dicho requisito" (Bosch, 1994: 31-34).

La contradicción no puede ser más evidente: uno viola la Constitución para ingresar al parlamento, e inmediatamente veta al otro por violar el mismo artículo.

La empresa de *El Nacional Argentino* no era tal si pensamos la misma como un emprendimiento independiente con inversión de capital, etc.: redactores con las mismas características que los anteriores en su dependencia del poder, nombramiento fue tan "a dedo" como todos los anteriores, inversión de capitales nula. La única diferencia radicaba en que ahora se podía lograr lo mismo que con los periódicos "privados" financiados por Urquiza: contar con voces incondicionales y no tener que rendir cuentas según las formalidades de la estructura de gobierno por los contenidos publicados. Tampoco sería ya posible (al menos en el corto plazo) presionar para desplazar a los redactores: ni carrilistas ni derquistas podrían apropiarse de *El Nacional Argentino*.

La "empresa" continuó incorporando mejoras técnicas en la línea iniciada por du Graty: tipografía, variedad y diferenciación de secciones, más informaciones de provincias, datos geográficos y comerciales, y un muy lento crecimiento de la sección de avisos que -con esfuerzo tipográfico mediante- llegó a ocupar toda la cuarta página.

La presencia de una página de avisos no significaría aún una importante fuente de financiamiento, pues estos se repetían mucho -y por ello se cobraban a precios mucho más bajos que la tarifa habitual para una sola publicación- y los precios eran muy baratos para incidir realmente en las finanzas de un periódico de época, al menos en el interior del país. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que no era

fácil cobrarlos. Sin embargo, tal presencia sí era importante por su efecto diplomático: mostraba que podían tener muchos avisos, por lo tanto que tenían más lectores y anunciantes, que el movimiento comercial era mayor que en años anteriores y que el formato del periódico se modernizaba. Pero a pesar de estas mejoras, si se compara esto con la situación de Buenos Aires la diferencia es alta: Los diarios más importantes daban todos, unos más, otros menos, ganancias a su propietario.

Recordemos que las tareas de la hora eran para el gobierno mostrar hechos concretos de progreso económico y/o su potencialidad, y lo mismo con respecto a las vías de comunicación que vinculasen el Interior con el mercado mundial. También mostrar que continúa la marcha estable de las autoridades nacionales, su estricta legalidad, y el proceso de legitimación ante las potencias extranjeras, especialmente europeas. El siguiente párrafo es sintomático, por cuanto su registro es meramente descriptivo y genérico, apareciendo en él prácticamente un ejemplo de cada tarea. Se conserva entonces la línea de presentación de avances y potencialidades económicas: se registra en detalle la tarea del Comisionado para el reconocimiento sobre el terreno de las localidades entre la Capital de Salta y la costa del Río Salado, a fin de proyectar la construcción de un camino, con la esperanza de instaurar allí un puerto de cabotaje con acceso al Paraná, y por supuesto, indicando que se trata de una iniciativa de Derqui (9 de julio de 1856); también un informe estadístico sobre movimiento de importación y exportación de mercancías en los puertos de Gualeguaychú y el recientemente promovido Rosario (23 de octubre), además de la habitual información oficial sobre actividad de los tres poderes. Para expandir la capacidad de publicación, a partir de la segunda semana de agosto el periódico pasó a ser trisemanario.

También B. Bosch, en la biografía citada, aporta información sobre el rol de Victorica y sobre los contenidos, con todos los ingredientes: declarar una situación financiera mucho mejor de la real, maquiavelismo en las intrigas, deslegitimar a Buenos Aires en cuanto a la posibilidad de una negociación de igual a igual, promesa de navegabilidad de ríos interiores y desarrollo del comercio y la inmigración, minimizar la contradicción entre el golpe de Estado a ocho kilómetros de Paraná amparado por Urquiza y las instituciones republicanas, atacar el intento de proponer un ejército del Estado nacional en lugar de una pirámide de fuerzas provinciales, etc.:

[Victorica] "... no interviene en los debates. Sus ideas las expone a través de *El Nacional Argentino* (...) Se congratula por ello el Dr. Larroque: "Mejor está en tus manos y bajo tu dirección que en poder de cualquiera, cuyos principios políticos sean algo sospechosos". (...) el periódico observa una clara línea de defensa de los principios constitucionales de 1853, y del imperativo de la integridad nacional. (...) La ley, aunque defectuosa, merece siempre respeto (...) condena la "revolución maldita [del 11 de setiembre], que cada vez nos aleja más de la unión". La ecuanimidad luce en torno al debate sobre la ley de derechos diferenciales. Pondera el editorialista la libertad e independencia con que actuaron los legisladores. La idea dominante ha sido proteger el comercio de la Confederación, no la de establecer leyes prohibitivas. Se la justifica como una medida necesaria y como un ensayo para atraer a Buenos Aires. En lo íntimo la califica como un "absurdo proyecto". No basta la constitución política. Es preciso alentar el comercio, el trabajo de la tierra, la inmigración extranjera. De ahí el aplauso a la firma del contrato para navegar el Río Salado, que va abrir en el centro de la república un canal que 'traiga al Paraná las ricas producciones del Interior'. La revuelta estallada contra el gobernador José María Cullen, aunque lamentable, no

altera la paz general. Con el tiempo arraigarán las prácticas institucionales. *El Nacional Argentino* ataca el proyecto de ley de organización militar del diputado Alfredo du Graty. El ejército debe formarse de acuerdo con las negociaciones regionales. Aboga por la publicidad en la inversión de las rentas; por convertir la deuda exigible en deuda consolidada, y por negociar un empréstito con los banqueros Troube, Chaubel y Dubois. La hacienda pública muestra excelente estado. "La Confederación ha pagado religiosamente toda la deuda contraída en el sitio del 53, el papel moneda del 54 y cuenta para el entrante año con un sobrante crecido". Puede conducirse sin sobresaltos a pesar del magro aporte de las aduanas..." (Bosch, 1994: 32-34).

El Mercantil y la crisis del clima de coexistencia

De este modo Urquiza tiene bajo control nuevamente *El Nacional Argentino*, y controla directamente *El Uruguay*, ambos por intermedio de Benjamín Victorica. ¿Qué sucede con el periódico de Gualeguaychú? La nueva tensión militar ya había afectado la periodicidad diaria de *El Eco del Litoral*. Pero los roces relacionados con la República del Uruguay causaron un problema mayor en agosto de 1856: Urquiza le retiró toda subvención mientras *El Uruguay* continuaba sus ataques. El impacto debió ser grande pues el periódico volvió a disminuir su periodicidad, esta vez a sólo dos veces por semana, sin bajar el precio. Como afirmación de independencia y a la vez demostración de desinterés por los asuntos de política, De María cambió nuevamente el nombre del periódico, que pasó a llamarse *El Mercantil* en los primeros días de septiembre. Apenas producido el cambio de nombre, el periódico recibe -en vez del saludo amistoso éticamente obligatorio entre colegas- una serie de reproches y casi la notificación de satisfacción de *El Uruguay* por el cese de *El Eco del Litoral*. *El Mercantil* respondió con ironía:

"'A TORO MUERTO, GRAN LANZADA'. El colega del Uruguay, como si resollara por la herida, ha salido dando estocadas al finado *Eco del Litoral*, diciendo que aquel buen viejo, le suspendió la remisión del periódico y lo obligaba a comprarlo cada vez que discordaban en opiniones o le refutaba sus artículos. Pardiez, que eso no es de valientes dar lanzadas a los muertos. Y si los muertos hablasen podría responderle el Eco, a fe de caballero, que eso es una de tantas niñerías del Uruguay, que se engaña medio a medio. Que jamás se le pasó por la idea la sonsera de suspenderle su remisión pues que siempre cuidó enviárselo ya entregándolo bajo sobre en la Administración de Correos, o ya en la Oficina de Policía, como lo hace su actualmente su sucesor y si alguna vez no ha llegado a su mano habrá sido por causas ajenas a su voluntad. Todo esto y más podría decirle en respuesta a su infundada queja y nosotros como herederos universales del finado, estamos dispuestos por la paz de sus cenizas a restituirle de buen grado al colega, los realitos que lleva gastados en comprar el periódico (mediante la prueba)" (*El Mercantil*, N° 13, 15 de octubre de 1856).

El Mercantil, nombre que apunta a los intereses comerciales que comienzan a diferenciarse en Gualeguaychú, intenta pues abrirse paso capeando el enojo del general, sobreviviendo a duras penas evitando tocar temas nacionales álgidos, hasta que poco más adelante se rendirá a las circunstancias⁵¹.

⁵¹ Durante este tiempo mantiene el formato de 30 por 40, y tres columnas de lectura (bastante más pequeño que *El Nacional Argentino*). Cuenta Borques que Dermidio de María ayudaba a su padre en la imprenta, y que cuando sale *El Mercantil* él la administra. En 1857 fundó este periodista y tipógrafo en Mercedes (Uruguay) *El Eco de Río Negro*, que fue el primer periódico que se publicó en aquella ciudad, iniciando la expansión empresarial del grupo familiar, que haría medio siglo de historia del periodismo en la República Oriental, entre otros aportes, entre los que no son menores los históricos y de rescate cultural nacional. Participaría en la fundación de *El Siglo* de Montevideo, en 1863, donde continuaba en 1919 cuando Borques (1919) escribe el libro. También cuenta Borques que allí escribió sus primeras letras Olegario V. Andrade, aunque no aclara de qué tipo de aportes se trata, y el ejemplo que brinda es totalmente erróneo: *Las Dos Políticas* corresponde a escritos publicados una década más tarde.

El Uruguay, por su parte, continúa sin graves dificultades: expresa la palabra de Urquiza por boca de Victorica. Su crecimiento sostenido es tal que pronto son más los artículos de *El Uruguay* transcritos por *El Nacional Argentino* que a la inversa. Junto a los artículos editoriales, aparecen numerosos tópicos correspondientes al Colegio, incluyendo los programas completos, la composición de las mesas de exámenes y sus resultados, los discursos de apertura y cierre de clases, trabajos de los alumnos que se seleccionan mensualmente para su publicación. Nos ha costado ubicar con exactitud las fechas en que Benjamín y Julio Victorica, Larroque, Monguillot, Peyret e incluso algún otro vinculado al Colegio fueron o pudieron ser redactores o sólo colaboradores en las dos décadas y media de duración del periódico. En lo inmediato, sin embargo, se cuenta con la pista de que Victorica debió delegar la tarea en más de una ocasión, a partir de su nombramiento como diputado nacional, por tener que viajar a Paraná -y a otros sitios más adelante⁵².

Hacia fines de 1856 la situación periodística de la provincia se encuentra bajo control firme de Urquiza y comienza a prepararse un ajuste aún mayor de esta relación. Mientras tanto otro tema clave se torna más actual hacia fines de año: la perspectiva del cambio electoral de autoridades en Buenos Aires. Urquiza intenta incidir en esa elección (de marzo de 1857), en un esfuerzo finalmente fracasado. Pero una de las consecuencias de este esfuerzo fue la decisión de sostener una prensa urquicista en la ciudad de Buenos Aires durante 1857. Se asignaría esta tarea a uno de los redactores de *El Uruguay* y hombre de confianza: Juan Francisco Monguillot⁵³.

Monguillot, integrante del grupo de *El Padre Castañeta* en 1852, amigo de Victorica, residente en Concepción del Uruguay, aceptó el encargo y viajó a Buenos Aires. A cinco años de distancia, Buenos Aires mostraba una expansión del mercado de bienes notable. En ese año se pone en marcha el primer ferrocarril y la primera línea telegráfica, y el clima de negocios se consolida. En la prensa existe ya un público lector de periódicos entrenado, con el cual el reactor debe lograr una relación de complicidad y servicio en competencia con otros periódicos similares. Ejemplo típico de esta situación es el comienzo de la segunda época de *Los Debates*, en los días previos a la elección de Alsina, en mayo de 1857⁵⁴.

⁵² Otro elemento que nos produce dudas es el siguiente comentario de Aníbal Vázquez: "Editado por su propia imprenta, en 1855, apareció en Concepción del Uruguay, el periódico 'El Uruguay', de larga existencia pero que experimenta algunos eclipses (...) Reapareció en 1861-62, etc." (Vázquez, 1970).

⁵³ También se buscaría un cuidadoso acercamiento y en lo posible captación de figuras porteñas: José Mármol, Francisco Bilbao, Félix Frias, Luis Domínguez (editor del diario *El Orden*) y finalmente, el jefe del núcleo político que editaba el diario *La Reforma Pacífica*, nacido en los meses previos a las elecciones provinciales.

⁵⁴ "Hasta entonces los periódicos se habían sostenido casi exclusivamente de sus suscripciones (pues la venta callejera aún no existe) y de los 80.000 pesos de entradas mensuales de 'Los Debates' de 1852, sólo la octava parte provenía de los avisos. Mitre es el primer hombre en concebir en nuestro país a éstos como primordial fuente de ingresos, con lo cual no sólo sienta un precedente en materia de publicidad, sino que también promueve esa independencia política, esa solvencia económica de nuestros grandes diarios, que al no necesitar de la subvención de los gobiernos, se convierte en solvencia moral, que ha hecho la grandeza señora de la prensa argentina (...) Que no vacila en publicar, con sus iniciales, un llamado a los comerciantes para que se acostumbren a la publicidad de sus artículos, expresando que 'es un hecho demostrado que el anuncio es el medio más poderoso de multiplicar las transacciones, y que todo dinero empleado en anuncios es como un capital puesto a interés que reditúa cuatro veces el interés corriente...'. Termina elogiando la sección avisos de los diarios, pues equivale 'a un bazar de feria, en que todo se encuentra, cruzándose la oferta y la demanda...'. (Mitre, Adolfo: 1943: 131).

Además de la distribución típica de temas (folletín, avisos, comerciales, editorial, documentos, etc.) los títulos de los artículos de fondo de *Los Debates* también son expresivos de la época: "Idea del Gobierno", "El derecho de reunión", "el mejoramiento de las razas ecuestres, ovinas y bovinas", "abusos de la prensa", "salubridad pública", "Protección a la agricultura", "Espíritu de barrio" (en que propone la subdivisión de la autoridad en parroquias), "Ley de tierras", "Espíritu público" (en que expresa que la peor política es la de los aplazamientos), "Caminos públicos", "Navegación del Salado" (Mitre, 1943). Esta presencia temática golpea sobre el Interior, porque muestra con bastante claridad que Buenos Aires está en mejores condiciones que Entre Ríos de liderar un proceso de modernización del Estado, las comunicaciones y el campo.

También el surgimiento de *La Reforma Pacífica*, el 1° de diciembre de 1856 nos muestra este crecimiento del mercado en general y del de los periódicos en particular. Había aparecido apuntando a abrir un espacio opositor, dirigido por Nicolás Calvo, con evidentes vistas a las elecciones de marzo de 1857. Su línea era la de los sectores ex-rosistas más septembristas, pero marginados de las decisiones políticas y de la administración del Estado por el Club Libertad. Por ello al comienzo no expresaba la menor simpatía por Urquiza ni por la Confederación.

Pero posteriores contactos y negociaciones llevarían a un acercamiento y alianza. De momento *La Reforma Pacífica* concitó interés en tanto periódico opositor y en tanto logró hallar ciertas convenciones de fragmentos importantes del público porteño. Por ello dio ganancias de inmediato, y su desarrollo fue más allá de la mera posición política de su propietario: desarrolló un interesante espacio de temáticas porteñas, más allá de compromisos facciosos.

Es en este contexto que llega Monguillot a instalar un periódico urquicista en Buenos Aires, en marzo de 1857. Dos meses más tarde, cuando los hechos electorales se han consumado ya, Monguillot obtiene algunos resultados. El 1° de junio escribe a Urquiza. Si bien éste le ha encargado que compre una imprenta que pagará el Ministerio del Interior, él le dice:

"Por consejo de personas interesadas en el buen éxito de la idea, voy a indicar a V.E. otro modo más eficaz de conseguir lo que propuse a V.E. y en caso que fuese aceptado entrará en su realización el importe de las letras mencionadas. Tal es la compra de la imprenta y periódico *El Orden*, lo que tiene varias ventajas, entre otras el adquirir un periódico establecido que cuenta con una suscripción que cubre los gastos. Un nuevo diario tropieza con muchas dificultades para obtener suscriptores y con frecuencia se expone a caer...." (cit. por: Auza, 1978a: 200).

Urquiza buscaba, como en 1852, tentar a José Mármol, pero igual que entonces, éste se negó. Se limitaría, más adelante, a entregar abundantes colaboraciones tanto en Buenos Aires como para *El Uruguay*. Él expresaba claramente que sólo podía ser redactor de un periódico como *El Orden*. Carlos Pellegrini por su parte, se hallaba abocado a tareas no periodísticas en contrato con el Estado porteño, además de que su experiencia previa -que lo acercó a Urquiza- fue de una revista ilustrada con imágenes y de temas científico industriales y arquitectónicos; carecía por ello de experiencia en prensa

política, a lo que se agregaba que habiendo sido vetado como candidato por ser extranjero optó por alejarse de la política. Monguillot también negocia con Francisco Bilbao:

"Había suspendido esta carta para ir a pagar una visita que días pasados me había hecho el señor D. Francisco Bilbao, escritor chileno, cuyos trabajos tú debes conocer. Permanecerá aquí ese caballero y en breve dará a luz una *Revista del Nuevo Mundo*, con el objeto general de discutir los intereses de las repúblicas americanas, y en especial *predicar la unión de Buenos Aires a la Confederación, reconociendo los hechos que allí han tenido lugar hasta el presente*. Si yo tuviera la imprenta, la publicación de la revista se haría inmediatamente, y tomando alguna parte en ese trabajo, podría quizás imprimirle una tendencia y un carácter lo más útil y ventajoso a nuestra causa, o al menos evitar que el señor Bilbao se sujetase en sus escritos a la influencia maléfica de su antiguo amigo Mitre, como muy bien puede suceder por muchos motivos, o por el hecho sólo de no verse combatido y envuelto en detestables polémicas personales (...) Si el gobierno no accede a la compra de *El Orden*, espero que hará pagar las letras que giré, a fin de que pueda llenar los compromisos que he contraído y cumplir mi palabra empeñada. Una vez con la imprenta, fundaré el diario procurando vencer las dificultades que se opongan. Pero es mejor lo primero: conseguir un periódico fundado y conquistar un *hombre* cuya pluma vale mucho. Dejo todo a tu cuidado (...) Aunque el señor Bilbao me ha dicho que predicará la *unión* de Buenos Aires, yo creo que lo hará si le *conviene*. De otro modo no desafiaría las iras de *La Tribuna* y *El Nacional*. Es asunto muy serio el hablar aquí bien del general Urquiza y su gobierno, y para atreverse es necesario, sino un gran valor, al menos mucha decisión, mucha simpatía por ese hombre y su causa". (Auza, 1978a: 201).

Es notorio que Monguillot percibe ya el peso de la opinión pública en Buenos Aires, a diferencia del Interior: no se trata ya de contar con redactores leales, sino de redactores creíbles ante el público. Esta diferencia es profunda, y tiene que ver con el grado de conformación de una esfera política pública en Buenos Aires, en el cual tanto el parlamentario como el periodista pronuncian discursos que representan a sus mandantes simbólicos, la ciudadanía. En el Interior, el periodista tiene la tarea de representar al poder del Estado, superior e independiente del lector de su discurso.

Una vez anulada -de momento- la posibilidad de comprar *El Orden* y contratar a Mármol o Bilbao, la cuestión económica básica quedó resuelta en julio de 1857, y Monguillot se apresta a la publicación de un diario, que titula *La Prensa*, nombre dentro del estilo impersonal, no militante y vinculado al abarcativo de toda la opinión que ganaba espacio en la Buenos Aires de esos años (*Los Debates*, *La Prensa*, *El Nacional*, *La tribuna*).

Ahora surgía otro problema: la línea política. No era lo mismo escribir en Paraná, donde todo el mundo espera el discurso del poder por mano del redactor, que en Buenos Aires, donde se espera capacidad de resolución política y capacidad de expresar a un grupo político en el redactor, lo cual no sólo es un problema en cuanto a qué y cómo escribirá Monguillot, sino qué directivas dará a sus colaboradores, pues en Buenos Aires es imposible ya pensar en editar un diario con una sola persona a cargo de todas las tareas. Es así que Monguillot envía a Victorica una larga carta preguntando no por las directivas a cumplir, sino por la línea política que la Confederación.

Urquiza respaldó de muchas maneras el diario, incluyendo una circular a los gobernadores pidiendo respaldo, suscripciones, envío de artículos, etc. Monguillot recibió colaboraciones, pero las suscripciones no pudieron ser cobradas.

El primer número salió publicado el 31 de julio de 1857, casi simultáneo con la aparición de la *Revista del Nuevo Mundo*, que recibía también apoyo del gobierno confederal. Como correspondía a la costumbre en la prensa porteña, aparecía junto al título el nombre de los redactores, o del director en este caso, que era Monguillot.

A pesar de la acción combinada de venta del diario y trabajos de la imprenta, pronto Monguillot se halló ante fuertes pérdidas en lo económico, y retroceso en lo político, pues fue tildado de agente de Urquiza y perdió suscriptores. En carta a Urquiza se queja de falta de apoyo provincial, pocas suscripciones y colaboraciones, lo mismo que en Buenos Aires, donde los urquicistas se niegan a pagarlo.

Ante la demanda desesperada de Monguillot Urquiza, decidido a garantizar la continuidad del diario, aumentó el subsidio a seiscientos pesos mensuales. Con ello el periódico sobreviviría unos meses más. Pero había otros problemas también: Los comentarios de amigos y neutrales evaluaban errónea esta manera de iniciar el periódico, por explicitar demasiado pronto su interés en defender a la Confederación y su jefe. “... Mejor era aparentar una imparcialidad casi completa al principio, a fin de no herir susceptibilidades y hacer aceptable *La Prensa*. Conseguido este objeto, era fácil ir ganando terreno poco a poco, día por día, y acabar por decir todo cuanto el doctor Monguillot dice desde el primer día...”, escribe Larroque a Victorica (Archivo General de la Nación, Archivo Urquiza, S. VII, 13-5-10 F° 249, cit. por Auza, 1978a: 209).

Este mal comienzo intentó ser subsanado con el sencillo procedimiento de relevar los artículos políticos dejando aflorar, con una tendencia implícita hacia el apoyo a la Confederación (la información sobre transporte no se limitaba a Buenos Aires y su contacto con Uruguay y otros países, sino a los correos y transportes de la Confederación), materiales equivalentes a los de *El Nacional Argentino*: mayor cantidad de artículos libres de la alta presión facciosa: grandes líneas doctrinarias de construcción del Estado moderno, los progresos efectivos y potenciales de las provincias del Interior con un sentido de integración nacional, amplio espacio dedicado a asuntos comerciales, amplio espacio literario. *La Prensa*, en ese aspecto, desarrolló la totalidad de temas por sección existentes en la prensa porteña de su tiempo: editorial, extranjera, folletín revista comercial, literatura, agricultura, marítimas, aduanas, remates, divulgación científica, teatro, etc. Su aspecto distintivo fue la difusión en Buenos Aires de los progresos en las provincias, incluyendo precios, mercancías disponibles, potencialidades, etc., se realizó con esfuerzo tenaz. Pero una y otra vez se choca con las dificultades de insuficiente infraestructura estatal y de comunicaciones en la Confederación.

Mientras tanto, la otra experiencia periodística favorable a la Confederación fue *La Revista del Nuevo Mundo*, bajo la dirección de Francisco Bilbao, quien había llegado a Buenos Aires en abril. Como buen racionalista, a pesar de su evidente cercanía afectiva y política con Buenos Aires (su laicismo

anticlerical, su defensa a ultranza de la democracia parlamentaria, su simpatía personal con Mitre) optó en ese momento por la posición de la Confederación, por hallarse esta más dispuesta a la unificación estatal, que él consideraba positiva y acorde al ideario de unión americana. Casi de inmediato, el 12 de junio, un prospecto anunciaba la aparición de la revista. El primer número aparecería un mes más tarde. Dice el biógrafo de Bilbao:

"... Desde sus palabras iniciales, anticipadas en el diario Los Debates del 15 de junio, hasta la nota de "Despedida", inserta en el número correspondiente al 20 de diciembre del propio año, la Revista fue un vehículo de las ideas que inspiraron su constitución: "La libertad del hombre, la organización de la nacionalidad argentina, y la confederación de la América del Sur" (Varona, 1973: 283).

La revista alcanzó a editar apenas doce entregas, lo cual de todos modos no era poco para su época. Paradójicamente, siendo una de las pocas voces favorables a la inmediata reincorporación de Buenos Aires a la Confederación, su cierre no se debió en modo alguno a presiones en Buenos Aires, sino al abrupto corte del subsidio recibido desde Paraná: los artículos de la revista contrarios a la iglesia católica y a Napoleón III afectaban en ese momento la línea de acercamiento a El Vaticano y a Francia llevada adelante por el gobierno confederal en su muy desesperada búsqueda de legitimidad externa. Por la fecha de cese, del mismo modo que el comienzo de la subvención se produjo por obra y gracia de Derqui, éste podría haber sido decisión de del Carril, pero a pesar de que tal hipótesis es coherente con varios hechos posteriores, no podemos asegurarlo. Inmediatamente después de esta desaparición, Bilbao negociaría con Urquiza y Victorica su incorporación a la redacción de *El Orden* en los primeros meses de 1858, retomando la estrategia propuesta por Monguillot el año anterior.

Fue sumamente independiente en sus juicios. Sus planeos generales son resumidos por Varona en los términos siguientes, indicando que la *Revista*:

"... estimuló desde sus páginas los movimientos liberales del continente. Sostuvo los derechos del Estado frente a las pretensiones de la Iglesia, y propugnó la separación de ambos. Discutió el sistema jurídico más conveniente a la organización definitiva de la República Argentina. Abogó por la unión de los pueblos de América del Sur en una confederación de naciones, y aplaudió todas las medidas adoptadas por los gobiernos americanos tendientes a esa finalidad. Abrió sus columnas a la poesía, tanto lírica como civil, y mantuvo informado a su público de aquellos sucesos que, en el criterio de su redactor, contribuían eficazmente al desarrollo de la libertad en el mundo. Propugnó la independencia espiritual de América frente a la corriente, muy en boga entonces, de supeditación cultural a Europa, y mostró los elementos aprovechables de la civilización de los Estados Unidos de América. Vio al continente americano como tierra del porvenir, por la presencia en él de todas las civilizaciones y razas de la humanidad y la posibilidad de juntar en América los genios del Norte y del Sur. Enalteció la condición del hombre y la dignidad de la raza negra, a la vez que criticó la política seguida contra el indio con el pretexto de asegurar y hacer avanzar la civilización. Defendió, en fin, la causa de la fraternidad universal" (Varona, 1973: 283-284).

A fines de 1857 la Revista ha dejado de existir, en tanto un nuevo recalentamiento de las relaciones de Buenos Aires con Urquiza provoca la persecución de *La Prensa* por los tribunales, y su desaparición en marzo. Para esa fecha, sin embargo, estará resuelta la nueva estrategia de Urquiza en Buenos Aires. Pero lo que modificará por completo el mapa periodístico al comenzar 1858 no será la política de Buenos Aires, sino los efectos de la lucha de fracciones en el gobierno de la Confederación.

Retracción militarista: 1858-1859

El fracaso de este primer gran intento de incidir en la política porteña produce cambios de estrategia por parte de Urquiza, en tanto profundiza la división faccional entre del Carril y Derqui a partir de divergentes visiones de cómo afrontar la cuestión Buenos Aires, y -tempranamente- de la sucesión presidencial. Sobre fin de año Urquiza se repliega nuevamente del escenario porteño con ánimo de preparar la gran demostración militar de marzo, y en términos de prensa, preparar una nueva serie de acciones en todos los puntos considerados importantes.

Del Carril aprovecha la oportunidad y prepara nuevas medidas de prensa. Aprovecha el repliegue del General y su ausencia, y en pleno año nuevo, el 1° de enero de 1858 dicta un decreto haciendo cesar toda suscripción, subvención u otro tipo de apoyo a periódicos. El motivo explícito: necesidad de austeridad por problemas económicos de la Confederación. Pero más allá de tales dificultades, que eran graves y muy duras⁵⁵, el decreto se debía a una decisión política de reformular los apoyos a los diversos periodistas, como lo demostraron las acciones subsiguientes.

Ese mismo mes del Carril complementa la medida con otro magistral golpe de mano: Tanto él como Derqui habían pedido a los redactores de *El Nacional Argentino* que lo transformasen en diario; éstos replicaron que dejaba de convenirles la edición, que ya habían agregado un número más por semana (llevándolo a cuatro) y la edición diaria no había sido establecida por el contrato. En el segundo semestre de 1857, en tanto, las múltiples ocupaciones de los "empresarios" los llevaron a contratar a Lucio V. Mansilla, quien venía de redactar *El Chaco* en Santa Fe controlado por el ministro Juan F. Seguí. Pasó a Paraná y se acercó a *El Nacional Argentino* recomendado por el mismo Urquiza, como tenedor de libros y luego redactor sin firma (Auza, 1978b: 9).

Alvear especulaba con la extensión del contrato de concesión en condiciones aún más ventajosas para editar el diario, o en su defecto renovarlo en iguales condiciones pero eliminando la obligación de la edición diaria. Como el contrato vencía en junio en pleno período de sesiones, no se preocupó por afrontar el pedido. Pero no tomó en cuenta la audacia de del Carril aprovechando la ausencia de Urquiza y Victorica: el 20 de enero del Carril "recibe una propuesta" elevada por Lucio V. Mansilla y Alfredo M. du Graty para hacerse cargo de la publicación en forma diaria. La propuesta fue aprobada... ¡48 horas después! por un acuerdo de Gabinete. El contrato vencía en junio, pero el 22 de marzo se decreta:

"Hallando necesario que empiece desde ahora *El nacional Argentino* a ser diario, y vista la imposibilidad de la actual empresa que lo edita para llenar esta exigencia y de acuerdo con ella y los actuales editores de dicho periódico..." (cit. por Auza, 1978a: 78).

⁵⁵ Verdad o excusa, o ambas cosas, del Carril escribe a Urquiza días antes, el 26 de diciembre de 1857: "Nuestras rentas no alcanzan para todas las necesidades. Hemos atendido a algunas con los 100.000 pesos y ahora vamos a recibir cuarenta mil [referencia al préstamo brasileño] que he destinado para invertirlos todos al pago de algunos meses a las guarniciones de San Luis, Córdoba, Santiago y Santa Fe. La aduana del Rosario está agotada. Resulta del último estado de noviembre que apenas le quedaban en letras 4.000 pesos!..." (Scobie, 1964: 162).

Du Graty vuelve así a su puesto, cada vez más identificado con el grupo de del Carril, de quien es amigo. El joven Mansilla es amigo muy cercano de du Graty, su protegido en algunos aspectos, y comienza a simpatizar con el grupo carrilista. Pero no parece tener la mejor de las relaciones con el grupo renunciante. Bajo el amparo legal del deseo de su opositor el ministro Derqui de lograr un diario, del Carril ha logrado un excelente golpe en su favor. Mientras tanto la reacción de la prensa urquicista - y la no tanto- ante el corte de subsidios de año nuevo fue de desesperación. En febrero de 1858 escribían a Urquiza pidiendo auxilio Monguillot (desde Buenos Aires), De la Barra (desde Rosario) y De María (desde Gualeguaychú), entre otros.

Monguillot, quien se encontraba en muy serias dificultades por las presiones del gobierno, fue el primero. Urquiza responde ordenando se pague a *La Prensa* el mismo subsidio (seiscientos pesos) que recibía antes, pero de su propio dinero. Poco después, las presiones contra este diario se acrecientan e incluyen multas cuantiosas. El 1º de marzo, escribe a Urquiza, mostrando un panorama desolador:

"Cuando se me retiró la subvención oficial de *La Prensa*, V.E. me ordenó se me pagase de su cuenta, y como el cajero de la suscripción del diario en las provincias es lento, hasta el extremo de no haberse recogido aún ni un solo mes, se autorizó al Sr. Taurel para que hiciera algunos adelantos. (...) la notable falta de puntualidad en el pago de la suscripción del gobierno nacional, llegando aquella hasta el extremo de que la suscripción que debió abonarse en el mes de noviembre del año pasado no se ha pagado todavía, lo que me tiene en vergonzosos descubiertos con la casa del señor Mussini y Cía. Todo esto me ha causado vivo disgusto y me hace pensar que no se estiman ni mi decisión personal ni los trabajos del diario. Por esto creo convendría que o abandonase la dirección de aquel o lo suprima, o lo conservo dando aquella a otro escritor que pueda serle ventajosamente, el señor don Francisco Bilbao, quien me consta, lo aceptaría con entusiasmo" (cit. por Auza, 1978a: 215).

Ahora comenzaba a retornarse al plan original, anterior a *La Prensa*: que un escritor prestigioso libre de obvios antecedentes urquicistas se hiciese cargo de redactar un periódico ya reconocido. La solución se halló con la incorporación de Francisco Bilbao a *El Orden*, pocas semanas más tarde. *La Prensa* no resistiría ya tanta presión, pues a la económica se sumaba la política, y la "decisión personal" no era poca: en febrero de 1857 había denunciado la existencia de una lista de opositores a ser asesinados y de inmediato fue acusado Monguillot por el Fiscal de Estado Rufino de Elizalde. En la noche del 18 de febrero enmascarados atacan la casa de Monguillot y la del redactor ayudante Justo Maeso. El 19 se alejaba Maeso de la redacción, intimidado por la situación, radicándose en Montevideo. La acusación derivó en una condena a multas y costas por \$ 6.000, más inhabilitación para editar con su nombre. En la primera semana de marzo una nueva multa de \$ 8.000 quebró el proyecto: Urquiza no lo sostuvo, habilitó el apoyo a Bilbao, quien empezó a redactar *El Orden* el 7 de marzo, y el día 10 publicaba *La Prensa* el artículo de despedida definitiva, acusando al "círculo dominante" de impedir su existencia en paz, en tanto Monguillot se refugiaba en un barco brasileño y partía luego con destino a Rosario, donde habría de residir hasta 1861.

Urquiza no volvió a intentar nuevos emprendimientos en Buenos Aires. Cambiando de táctica, apostó en esos meses a su propia capacidad persuasiva y negociadora en la relación personal con periodistas locales como Bilbao y Nicolás Calvo. Ambos contactos tuvieron gran éxito.

Desde Rosario De la Barra también escribe a Urquiza pidiendo auxilio para *La Confederación*:

"Desde que me separé de Ud. en el Paraná me es imposible definir mi posición, y he luchado y lucho con inconvenientes que unas veces han nacido de la hostilidad y otras de la indiferencia. No me quejo en lo que respecta a mi persona, aun cuando hace dos meses que yo no percibo un medio. (...) Me quejo en lo que respecta al periódico, que si de algo sirve, hoy debe ser más atendido que nunca, desde que por la situación que estamos atravesando la polémica es más ardiente y desde que acaba de fundarse otro en San Nicolás, para contestarme. (...) El establecimiento que dirijo es del gobierno, como *El Nacional Argentino*. El señor ministro del Interior me ha ofrecido proveer de alguna manera a su existencia, pero sea su deficiencia de medios, sean atenciones preferenciales, el hecho es que sólo a los esfuerzos de algunos amigos de este comercio debo el que medio se apuntale este periódico por dos meses más. Me es urgente, señor Presidente, una resolución a este respecto y me permito rogar a V.E. que si encuentra justa mi petición se digne recomendar al señor ministro que resuelva algo definitivo y terminante en el particular..." (cit. por Auza, 1978a: 147-148).

La respuesta de Urquiza fue positiva, pero del mismo modo que con *La Prensa* en su momento, dio el auxilio solicitado de su propio bolsillo.

De María y *La Época*

En Gualeguaychú, rendido ante la evidencia de imposibilidad de una vía independiente, De María acuerda con Urquiza en marzo de 1857 la desaparición de *El Mercantil* y su reemplazo por un nuevo nombre más acorde con la situación y las expectativas y proyectos del General: *La Época*, subsidiado por el general de su propio bolsillo, ayuda que se estabilizó a partir de mayo.

En lugar de mostrar capacidad de desarrollo del mercado sin contar con Buenos Aires, ahora se trataba de preparar la presión militar sobre el puerto. La línea sería por ello mucho más beligerante. De María tenía, por otra parte, menos margen de maniobra: ya no era cónsul extranjero y necesitaba dinero, porque tenía dificultades con emprendimientos al otro lado del Uruguay. Dice Borques:

"...como medio seguro de preparar los ánimos de los ciudadanos del departamento para en cualquier momento dado en que fuesen llamados a las armas, el gobierno de la Confederación, creyó ser oportuno mantener en esta ciudad una publicación que le respondiera (...) Mantuvo el mismo formato, imprenta, tamaño, periodicidad y precio que su predecesor, así como también su redactor principal: Dermidio de María. Colaboraba con él Bernardo R. Goyri. Uno de los artículos a que se dio mayor trascendencia y espacio fue la demostración de fuerza de mayo de 1858, con una Crónica de la Gran Revista militar del 25 de Mayo del 58, sin igual por el número de tropas que formaron y por el lujo que ostentaron en sus uniformes, sobre todo los de caballería, llegando a ser un acontecimiento de los más notables en su clase que se han realizado en esta parte de nuestro continente" (Borques, 1919: 45-48).

No fueron los únicos hechos periodísticos apoyados por Urquiza de su propio bolsillo en el país. Este reemplazo de la ayuda estatal por la propia se repitió en los dos años siguientes en muchos otros campos. Urquiza llegó al extremo, incluso, de invertir una parte importante de su fortuna en la campaña de Cepeda. Hacerle la guerra a Buenos Aires era cada vez más disfuncional a sus intereses privados, en tanto que sus inversiones en esa ciudad eran cada vez más cuantiosas.

La nueva táctica de Urquiza en el periodismo porteño tuvo su complemento en el refuerzo del prestigio de *El Uruguay*. Desde marzo de 1858 se publican trabajos firmados de Francisco Bilbao, José Mármol, Alejo Peyret y Alberto Larroque, entre otros. Esta inteligente innovación que prestigiaba a todas las partes (intelectuales en Buenos Aires, hombres del Colegio, periódico en

expansión) completaba en el segundo trimestre de 1858, un mapa reorganizado de la nueva estrategia político-militar de Urquiza.

Pero Gualeguaychú depara otras importantes novedades durante 1858: al comienzo del segundo semestre se produce por primera vez en la historia de Entre Ríos la edición de más de un periódico en una sola ciudad, y para amargar la vida de las autoridades locales, provinciales y confederales, el nuevo impreso tiene un claro tinte opositor liberal, poniendo a prueba las condiciones de democracia formalmente prometidas por el Estado. Apareció el 8 de agosto de 1858 con el nombre de *La Esperanza de Entre Ríos*, editado por el temerario grupo local que se atrevió a oponerse a Urquiza, formado por industriales y comerciantes de esa ciudad.

"A la primera noticia de que en breve un órgano de oposición se incorporaría en las filas de este periodismo, alarmáronse los del partido dominante, empero se dieron a comentar detenidamente sobre el arrojó de los que eran señalados como fundadores de ese periódico y ni se creyó tampoco que le dieran el color político anunciado; y como no hubiese en esta ciudad más imprenta que la del señor De María, se dieron también a divulgar que el periódico sería impreso en Buenos Aires por la imprenta de Sarmiento, para luego ser repartido aquí. [La imprenta] bastante buena, fue remitida por los políticos de Buenos Aires a los correligionarios de aquí, quienes la establecieron con el nombre de Imprenta del Comercio (...) Entre los fundadores (...) figuran los Señores Marcelino Escalada, E. Cortines y otros" (Borques, 1919: 91).

Era ésta la primera vez que un periódico presentaba una consigna explícitamente ligada a la intención de representar los intereses de un sector completo de la sociedad: se declaró "órgano de los intereses comerciales de la provincia". La representación de los intereses comerciales locales, con un nivel de desarrollo suficiente como para generar una identidad común, aún afectado fuertemente por la extensión del período de enfrentamiento con Buenos Aires y agravado por los vaivenes en Montevideo, resultaba ya posible. Lo que no era tan sencillo era generar de pronto un lugar de oposición que no significase por su misma existencia la guerra contra el aparato de poder político-militar de Urquiza. Para lograrlo, los redactores de *La Esperanza de Entre Ríos* optaron por buscar desde el comienzo un camino de legitimación bajo un manto de lealtad política al gobierno de la Confederación y a "su Presidente", plantando así su postulado de legitimación política (no político-militar) con la apariencia de irrestricto apoyo. Decía el prospecto:

"La Provincia de Entre Ríos, de donde partió el grito libertador y de emancipación que hizo desplomar la sangrienta dictadura de Buenos Aires y que dio la señal de la reorganización nacional; la Provincia de Entre Ríos ha dado también una prueba de abnegación, sin ejemplo en los anales de las naciones civilizadas. (...) Liberal como la que más, no creyó haber hecho bastante para la humanidad con su glorioso pronunciamiento (...) sacrificó sus propios intereses, sus más sagrados derechos. Quiso dar una lección de patriotismo a los egoístas que querían monopolizar la victoria en provecho de la política de exclusivismo y de absorción vencida en Caseros (...) hizo abnegación de sus intereses particulares federalizando todo su territorio para activar la organización definitiva de la Confederación. Esta abnegación debe hallar su recompensa, como todo sacrificio debe tener su término. (...) va a volver, por la voluntad de la Representación Nacional, a la plenitud de sus imprescindibles derechos, restableciendo sus poderes suspendidos por su generosidad y promulgando su constitución provincial.

Aunque publicada en Gualeguaychú, *La Esperanza* no será jamás el órgano de un partido, ni el representante exclusivo de la localidad. Gualeguaychú gracias a su desarrollo progresivo y rápido, ha adquirido una importancia comercial que aumenta cada día y coloca su puerto en primera línea entre los de la Provincia (...) será el eco del todos los que quieran aceptar el siguiente programa: Unión perfecta e inalterable de todas las provincias de la Confederación Argentina. Respeto y obediencia completa a la Constitución de Mayo. Respeto y sumisión absoluta a las leyes establecidas y sancionadas por la representación Nacional. Respeto y honor al primer magistrado Constitucional de la Confederación,

vencedor de Caseros. Fidelidad a toda prueba a los principios que han triunfado el 3 de Febrero. Dedicación sin límites al fomento de los intereses comerciales de la Provincia de Entre Ríos" (*La Esperanza de Entre Ríos*, Prospecto, 8 de agosto de 1858).

Si se tratase de un artículo escrito en un periódico actual, parecería sumamente elogioso del General y su obra. Pero para su época brillaba por sus no pocas manifestaciones de independencia. Tomaba la iniciativa en el reclamo de desfederalización de Entre Ríos y por lo tanto de la recuperación por la provincia del cien por ciento de sus rentas; no hacía más elogio a Urquiza que los imprescindibles y en su rol político de presidente, no de jefe con poder total y discrecional (compárese, por ejemplo, con los editoriales de *Majesté* en enero de 1853), ligando los mismos al carácter constitucional de su mandato; hacía notar explícitamente el grado de desarrollo comercial de Gualeguaychú, y no esperaba órdenes al respecto: se postulaba representante de sus intereses. Era más que suficiente para que, sumado al conocimiento de la tendencia del grupo, se lo atacara desde la prensa urquicista sin límites, sin tomar en cuenta el intento de conciliación que había hecho el prospecto.

De inmediato, las imprentas de *El Uruguay* y de *La Época* dieron a luz, sin reconocerlo oficialmente, pasquines satíricos y mordaces dedicados exclusivamente a combatir al atrevido liberal. El del Uruguay se llamó *La Chispa*; el de Gualeguaychú, *El Duende*. Los dos son muy parecidos: pequeños (30 por 20 cm., cuatro páginas, dos columnas), sin día fijo de salida pero tendiendo a ser semanales, con excesos que desmerecerían el resto del contenido si se publicasen en *El Uruguay* o en *La Época*. Así presentó, por ejemplo, *La Chispa* a *La Esperanza de Entre Ríos*:

"Con este título pretencioso se publica en Gualeguaychú un periódico que es el eco de un círculo, el abogado defensor de una localidad. Hemos leído los primeros números de *La Esperanza*. Hemos estudiado su lenguaje hipócrita y con pesar hemos visto que no justifica su título.

La Esperanza de Entre Ríos es otra distinta, de la que se propone predicar ese periódico. *La Esperanza* de Entre Ríos, no es la *Esperanza* de Gualeguaychú, la de un pequeño círculo, de una sociedad, de una logia. *La Esperanza* de Entre Ríos, es la misma que la de Corrientes, de Santa Fe, de Córdoba y de todas las provincias. *La Esperanza* de Entre Ríos es alcanzar la organización definitiva de la República Argentina, el arraigo profundo de las leyes que los pueblos se han dado, la reincorporación de Buenos Aires y la destrucción de la demagogia.

La Chispa tiene la "*Esperanza*" que la *Esperanza* de Entre Ríos dará fiasco y no logrará el fin que se propone; sin embargo no dejará por eso de saludarla, pues entre cólegas nos debemos atenciones a las que a fuerza de bien criada no faltará *La Chispa*, pero sí se abstendrá de hacer votos por su prosperidad, porque esto sería la ruina de la verdadera *Esperanza* de entre Ríos, que no es la del periódico que lleva ese título" (*La Chispa*, 20 de agosto de 1858).

La diatriba continuó, y *La Esperanza de Entre Ríos* comenzó a responder con el esquema formulario típico de deslegitimación del atacante. La situación se puso tan densa que las diatribas aparecían en la totalidad de los números, y se comentaban en toda la ciudad. Se llevaban los casos a la policía y al juez, y hasta se gritaron amenazas de palco a palco durante una función de teatro. Borques, quien registró parte de sus fuentes por entrevistas orales a testigos de época, asegura que en relación con la calma pueblerina precedente, ante la existencia simultánea de tres publicaciones en este cuatrimestre "... ¡el desconcierto fue descomunal!".

Se destacaba en el cuerpo redactor de este periódico don Joseph Lefebre, un ciudadano francés que había colaborado ya con *El Mercantil* junto con Bernardo Goyry, cuando los De María estuvieron distanciados con Urquiza. En *La Esperanza de Entre Ríos* comenzó con seudónimo y después pasó a identificarse. Desde 1856 era agente consular de Francia, poseyendo con ello un plus de inmunidad para escribir. Poseía una hojalatería, y había fundado la primera sociedad de socorros mutuos entre industriales. También participó en la redacción el coronel (de la guerra de independencia) Manuel de Olazábal. Colaboró Bernardo Ramón Goyri, porteño radicado en Gualeguaychú. "No habrá iniciativa de utilidad pública en que no aparezca su nombre" dice Borques. Algunos títulos de Goyri: "Lo que debe entenderse por riqueza"; "Intereses comerciales"; "La doctrina y el ejemplo"; "De la humanidad"; "Consideraciones sobre la educación"; etc.

Aparecía *La Esperanza* tres veces por semana, esto es una más que *La Época*, costando 12 reales la suscripción, es decir, lo mismo que cobraba *La Época* editando un número menos. ¿Tenía subsidios de Buenos Aires, lo sostenía el propio grupo, se vendía mejor, cobraba mejor los avisos? No hemos podido saber la respuesta. Es posible que tuviese buena acogida más allá del miedo a comprar algo que no gustase al gobierno, o quizás recibía algún subsidio desde Buenos Aires, aunque es extraño en tal caso que sus opositores no lo hiciesen notar, al menos como sospecha. El contenido se orientaba a la forma moderna de ampliación de público, intentando la representación de la opinión pública: "publicaría comunicados y correspondencia siempre que vinieran firmadas y que no contuvieran nada contrario a la moral y al orden". Tenía un tamaño cercano al promedio: 45 por 30 cm., y las clásicas cuatro páginas y cuatro columnas de lectura. Contaba con media página dedicada al folletín, una amplia sección de "Hechos locales" que incluía todas las pequeñeces "sociales" que, amén de evitar el enfrentamiento al menos en esos renglones, permitía fortalecer la orientación hacia la conformación de un mercado lector.

Con una colección completa de apenas 43 números, es obvio que no pudo consolidarse como órgano "de opinión pública". Pero no se debió esto al fracaso de esa posibilidad en cuanto a su mercado, pues ya existían elementos de desarrollo suficientes para al menos intentar una continuidad mayor. Gualeguaychú poseía un desarrollo comercial superior a otros puntos de la provincia y más aún de otras del Interior, al punto tal que poco antes se había desatado un conflicto cuando los comerciantes locales emitieron papel circulante propio para comerciar. El conflicto no pasó a mayores porque aceptaron retirarlo, pero muestra a las claras la tensión de intereses. El cese se debió sin dudas a la tensión política que generó con el gobierno. Sutilmente nos cuenta Borques el desenlace. Transcribe comentarios de los redactores notablemente a la defensiva: "Pensamos nosotros que la francmasonería era uno de los medios más eficaces de acelerar esa unión formidable (Buenos Aires y las provincias) apoyándose sobre una asociación importante por su fuerza numérica, pero más por su

poder moral" (Cit. por Borques, 1919: 62). Luego cuenta el final, y tómesese en cuenta que el autor no sólo no es antiurquicista, sino que comenta varias veces en su libro que Urquiza garantizaba la total libertad de prensa y la independencia de los poderes:

"No cabe la menor duda de que algo muy grave había de por medio, que obligó a los directores a optar por tomar el camino de la prudencia; en aquellos tiempos había que andarse con mucho tiento... A todo esto responde el artículo del último número de este periódico:

"A nuestro amigos - El estado actual de nuestra localidad, reclama, hace tiempo, que las personas sensatas y de buen criterio traten por su parte de poner término a desavenencias que todos lamentamos. No pretendemos indagar las causas, menos pretenderemos echar la culpa a nadie. Esas publicaciones incitando a la juventud a desconfiar de sus amigos, las contestaciones, los remitidos por otra parte, nada adelantan, antes por el contrario, agrian los ánimos, no consiguiéndose ningún resultado. Esperamos por tanto, como una gracia de nuestros amigos, y más que todo como un obsequio al respeto que se debe a la sociedad, que ellos se abstengan de contestar, ni de hacer manifestaciones que puedan alentar a los que lo provoquen. Este es el camino que juzgamos más acertado (...)"

Estas fueron las últimas palabras de *La Esperanza de Entre ríos*, momentos antes de retirarse del periodismo para no volver, el 14 de diciembre de 1858. Excuso decir que con la supresión de este periódico, la calma y la concordia volvieron a reinar en esta sociedad" (Borques, 1919: 62).

"Recuperada la calma" con el fin de la división por anulación de la misma, también cesaron los dos pasquines, pues habían cumplido sus objetivos y carecían de tema para continuar (no pensarían, por supuesto, en buscar alguno en el gobierno).

Sobre *El Duende* brinda el autor citado alguna información adicional, que ha tomado de referencias directas de los De María y de la vista directa de algunos ejemplares:

"(...) Algunos porteños y extranjeros residentes en esta ciudad, miembros de la logia [Unión y Filantropía, masónica, fundada en 1851] que acabo de referir, respondían a la política de Buenos Aires y hacían grandes trabajos y hasta habían fundado un periódico [La Esperanza de Entre Ríos]. De esta manera no es de extrañar que se produjera la división en la ciudad y se suscitara discusiones acaloradas por la prensa hasta el punto de recurrir a la ironía, como pasó con *El Duende*, pues este fue el fin que tenía. (...) despertó gran interés y curiosidad en el público, siendo sus números leídos con avidez, de tal suerte que los mil comentarios que se hacían entonces no han tenido término aún, pues hay aquí personas que los recuerdan todavía" (Borques, 1919: 49-50).

El Nacional Argentino: Nueva etapa

El 22 de marzo de 1858 se dicta en Paraná un decreto acordando, dos meses y medio antes de la finalización del contrato, el cese de la empresa anterior -fundado en la imposibilidad de la misma en sostener un diario- y el contrato con Lucio V. Mansilla y Alfredo Marbais du Graty. Estos dos redactores, a cargo de hecho desde enero (Mansilla por contrato con la empresa y du Graty por colaboraciones), se sintieron afianzados en su puesto. Un artículo en el N° 606 ofició de prospecto:

"Tendrá por norte la Constitución de la Nación, las de las provincias y el respeto a las leyes y autoridades que de ellas emanan. Procurará la armonía de todos los intereses legítimos y, de consiguiente, el desarrollo feliz de la Nación Argentina por medio de la libertad. Anhelando la unión y confraternidad de todos los argentinos, la nueva redacción simpatiza con los principios de fusión proclamados por el vencedor de Monte Caseros y no reconoce otra bandera que la Constitución de Mayo. (...) Aspirando a ser el órgano fiel de los grandes intereses del pueblo argentino, *El Nacional Argentino* sostendrá el dogma de la integridad nacional, combatiendo con calor toda idea, todo conato que tienda a quebrantar nuestras tradiciones y a romper con mano fratricida el vehículo de unión cuyo símbolo ostenta nuestra gloriosa bandera de Mayo; sostendrá también, como inmutable, el principio que forma la base de la Unión Argentina: la igualdad perfecta de derechos entre todas las provincias" (*El Nacional Argentino*, 23 de marzo de 1858).

No caben dudas de la posición de los redactores en cuanto a la Confederación y Buenos Aires: esta última debe reintegrarse aceptando la hegemonía política del Interior, por cuanto "la igualdad de derechos de todas la provincias" significa eso. Pero el artículo muestra otras facetas: no se refiere a la Confederación Argentina, sino a "la Nación Argentina"; no se expresa con el arsenal de valores característicos de los artículos de inicio de los redactores de la Confederación, sino que -aunque no los niega- opta por centrar los suyos en "la ley" y "la libertad". No afirma ser órgano del Estado, como antes, sino "de los grandes intereses del pueblo argentino", planteo que insinúa objetivos de independencia. Brinda, finalmente, un velado mensaje a Buenos Aires: la guía es la Constitución (más que Urquiza, omisión notable para la época) y no sólo la de la Nación, sino "las de las provincias y el respeto a las leyes y autoridades que de ellas emanan": una suerte de garantía de respeto a la autonomía porteña.

Du Graty posee algunas elementales garantías de comodidad adicionales logradas por del Carril: si los asuntos de prensa estaban en manos del Ministerio del Interior, y du Graty había sido pasado del mismo al de Hacienda como protección, ahora, en el contrato del 22 de enero, la obligación de la empresa de editar el *Registro Oficial*, quedaría bajo inspección del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Al mismo tiempo del Carril se cubría las espaldas, pues a la necesidad de lograr un acuerdo de gabinete sin que fuese escandaloso su manejo, se agregaba el recuerdo del desastre de 1856 causado por la independencia de criterio de du Graty.

"Los señores A. M du Graty y Lucio V. Mansilla se comprometen a sostener la política del Gobierno y a propender con sus escritos al adelanto de los intereses morales y materiales del país, ilustrando a la opinión pública y poniendo en su conocimiento toda clase de nociones útiles. (...) Se obligan a comentar y explicar los actos y medidas políticas y administrativas del Gobierno, toda vez que les sea exigido por el ministro correspondiente"(ídem).

La edición diaria se inició efectivamente el 25 de mayo, salvo los domingos y feriados. Apenas unos días después los redactores jugaban una carta que debía asegurarles la continuidad: poner a disposición de Urquiza el periódico. El medio, una vez más, fue Victorica. Auza detecta la existencia (AGN-AU, S. VII, 13-6-6, fol. 450) del contrato complementario datado el 3 de junio de 1858, y que Mansilla negara públicamente que haya existido. El contrato entregaba a Victorica el mismo nivel de poder político sobre la redacción que el que tuvo en la empresa anterior:

"...Victorica formaba parte de la redacción en 'carácter de redactor corresponsal cuando esté ausente y en el de redactor colaborador cuando se halle en esta capital (...) co-solidario de los trabajos de dicha redacción, tendrá voto en sus acuerdos y la ayudará en cuanto pueda con su influencia moral. (...) no podrán transferir ni enajenar el contrato (...) ni introducir nuevas personas a su redacción sin el acuerdo previo del señor Victorica'. El contrato tendría una vigencia de cinco años [la misma que el contrato con el Estado. N del A] y los empresarios abonarían a Victorica "...el honorario de ciento cincuenta pesos mensuales" (Auza, 1978a: 87).

El contrato era por cinco años pero no hubo mucho tiempo de paz para los nuevos redactores. El decreto de enero liquidando la subvención a periódicos había dejado varios "heridos", y el contrato-

golpe de mano con Mansilla-du Graty, que significaba para el Estado una erogación mucho mayor que la correspondiente al contrato anterior (sin contar las indemnizaciones por el apuro en rescindirlo) puso a los adversarios de del Carril en pie de guerra. Comenzado el período ordinario de sesiones, volvía el péndulo del poder hacia el lado de Derqui: la Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados propuso el rechazo del contrato; desde *La Confederación* de Rosario, De la Barra, hombre de Derqui desde 1855 cuando éste le permitió volver a Rosario luego de sus problemas con el gobierno provincial, atacó con tono muy agresivo a los redactores. Mansilla respondió amenazante:

"*La Confederación* de Rosario es un periódico que por su carácter oficial está obligado a ser más circunspecto, sobre todo en aquellos asuntos que con justicia pueden herir la delicadeza de mandatarios muy adictos a nuestro orden de cosas" (*El Nacional Argentino*, 30 de julio de 1858).

Luego polemizó abiertamente con los diputados críticos, hasta agosto, llegando al extremo de cruzar acusaciones con Alvear -concesionario anterior- por los exorbitantes beneficios obtenidos de los respectivos contratos. Más allá de esos argumentos, como la Cámara de Diputados no era favorable a del Carril ni a Mansilla, la batalla estaba perdida.

"A esta altura de la discusión, el Poder Ejecutivo, "tomando en consideración la desaprobación que hizo en la parte que le corresponde" la Honorable Cámara de Diputados, expidió un decreto rubricado por el ministro del Interior por el que rescindía el contrato celebrado el 22 de enero, reembolsando el gobierno a la empresa "los gastos de instalaciones que ha hecho, según cuenta comprobada", pagando a razón de tres pesos cada ejemplar del Registro, más la suma de tres mil pesos por indemnización de daños y perjuicios. (...) Dos días después del decreto de anulación, A. M. du Graty publicaba un suelto con su firma, haciendo pública su separación de la empresa:

"...no habiéndonos sido posible aceptar la continuación de la publicación de *El Nacional Argentino* bajo otras condiciones, como se sirviera ofrecerlo el Gobierno, nos desprendemos de nuestros suscriptores, agradeciéndoles la cooperación que nos han prestado y que nos permitimos solicitar nuevamente, luego que reaparezcamos en la prensa de la que nos separamos momentáneamente" (22 de agosto de 1858)".

Se había revertido simétricamente la maniobra de del Carril. *El Nacional Argentino* volvía, negociación de partes mediante, a ser órgano de Estado oficialmente, no habría nueva concesión, y eliminado el elemento más resistido por el Derquismo (du Graty⁵⁶), quedaba mucho más manejable Mansilla, controlable de cerca por ambas partes, y aceptando el nuevo estado de cosas. La situación se distiende de inmediato y Victorica continuó con su participación junto a Mansilla bajo las condiciones del acuerdo secreto. Es posible que la amistad personal entre Urquiza y el padre de Lucio facilitara las cosas, o que simplemente se tratase de la capacidad adaptativa de Mansilla, quien no estaba en condiciones de perder el trabajo como periodista, del cual aparentemente vivía desde fines de 1856. Al principio evita toda opinión, hasta tanto se aclaren las cosas. Firma con su inicial, y luego de un breve tiempo de prueba, se lo designa director-redactor oficialmente.

⁵⁶ Du Graty estaba ya en Santiago del Estero. Allí haría un último intento por reingresar al gobierno nacional como diputado, nuevamente fallido porque lo bloqueó la mayoría urquicista, que esgrimió el argumento de la nacionalidad. Algunos de los argumentadores en su contra, como Victorica, habían ingresado al parlamento sin requisitos importantes, tales como la edad. En 1860-61 está en Paraguay, y a mediados de ese año se halla partiendo para Europa (AGN - Archivo Gutiérrez).

La presencia de du Graty durante el primer semestre de 1858 se había hecho sentir con fuerza, reapareciendo las priorizaciones temáticas de la época en que el Barón había dirigido el periódico en 1855-56: Re-vista de Europa, de América, de las provincias, información de cada provincia (documentos, descripciones) en el marco de una agenda temática que respeta a rajatablas las características del periodismo de época: documentos oficiales (divididos en “parte oficial” -del ejecutivo- y “Crónica parlamentaria”), editorial, artículos doctrinarios, noticias y hechos locales, libros y folletín, información comercial con los clásicos tópicos de entradas, salidas y precios, etc. No llegó a polemizarse sobre política de ninguna de las provincias. En cuanto a Buenos Aires, se publicaron cartas de un corresponsal anónimo, que debió ser Francisco Bilbao o en su defecto Nicolás Calvo, ambos en acuerdo periodístico con Urquiza en esa época.

Durante los siete meses en que Mansilla quedó solo a cargo de la redacción el formato se mantuvo, aunque con menor variedad de tópicos. Se editó artículos históricos, de derecho constitucional, transcripción de libros y trabajos largos traducidos sobre tópicos similares (derecho, instituciones, países, historia, educación), y artículos doctrinarios generales. Mansilla sostuvo nuevos enfrentamientos de pluma con De la Barra, con Nicolás Calvo (de *La Reforma Pacífica*) y con Luis Cáceres (de *El Imparcial* de Córdoba). En los tres casos, como vehículo de conflictos desatados con vistas a las elecciones de 1860. En forma constante reprodujo artículos de Benjamín Victorica ya publicados en *El Uruguay*, así como de Francisco Bilbao también tomados de ese periódico. Ante los temas clave en que no tenía mandato explícito, Mansilla guardaba un prudente silencio y reproducía.

Astucia política y triangulación

En la primera quincena de enero de 1858 *El Nacional Argentino* acusa a Nicolás Calvo de haber buscado la ayuda económica de Urquiza para su diario *La Reforma Pacífica*. Difícilmente el redactor podría haber carecido de información fidedigna. Calvo contesta en la edición del 17 de enero, con información sugestiva:

"Decimos al señor redactor de *El Nacional Argentino* que si no prueba sus aserciones nos da derechos a calificarlo de calumniador. Nosotros negamos resueltamente haber dado el menor paso cerca del general Urquiza, para nada. Muchos recados nos ha enviado el general Urquiza, y su tarjeta también con sus afectos de amistad. Hemos contestado categóricamente que el redactor de *La Reforma* era septembrista acérrimo: que creía justo y legítimo aquel movimiento" (*El Nacional Argentino*, 17 de enero de 1858).

Quien se encarga de dar el paso siguiente es el propio Urquiza, con una carta a Calvo. Recuérdese que muchas cartas de Urquiza son redactadas por Victorica, y que éste aún era concesionario de *El Nacional Argentino*. Además, existía ya correspondencia desde bastante antes entre Urquiza/Victorica y Calvo, por cuanto este era el jefe de los federales reformistas de Buenos Aires (recuérdese además que *La Reforma Pacífica* nació en vísperas de las elecciones porteñas de marzo de 1857). El texto de Urquiza bien pudo ser sincero: es muy difícil conocer la subjetividad de un hombre de rol tan

importante en la historia nacional. Lo que sí es evidente es que el texto de esta carta contradice por completo la actitud anterior y posterior de Urquiza hacia la prensa y los periodistas, pareciendo por ello más bien una maniobra de acercamiento a Calvo, el establecimiento de una complicidad, y un discurso de legitimación, acompañado con hechos paralelos de demostración de buena voluntad hacia él, como el cierre del diario *La Prensa* y de todo intento similar, dado que *La Reforma Pacífica* y *La Prensa* habían tenido enfrentamientos muy duros por ganar la mayor legitimidad como prensa de la oposición porteña. Es nuevamente el trabajo decisivo de Auza (1978a) sobre este período el que dilucida el intercambio epistolar entre ambos:

"Nadie ha venido a solicitar subvención, y si alguno me la hubiera pedido, se la hubiera acordado de mi bolsillo particular, porque me habría complacido en apoyar una publicación que hace honor al país, por la idoneidad del escritor, por la dignidad e independencia que lo caracteriza y por la energía en proclamar lo que él juzga del interés del pueblo. Hoy mismo, si ese periódico no fuese apoyado como merece serlo por el pueblo cuyos intereses sirve, yo me suscribía por treinta onzas de oro mensuales. Puede ser que yo haya expresado esto mismo a algunos amigos, pero con esa suscripción no pretendía comprar la conciencia del escritor, sino abrirle cómodo campo para que lleve su misión con desembarazo. Este es el móvil que me ha llevado a proteger publicaciones periódicas nacionales y extranjeras de diverso género que he creído de interés público. No soy capaz de injuriar a los hombres cuyo talento estimo como la luz que ha de encaminar a los pueblos a su porvenir, cuando hayan desaparecido las pasiones y los errores que hoy nos enneguecen. Hay una razón de especial simpatía respecto a las publicaciones de "*La Reforma Pacífica*" y es que ella proclama la desaparición absoluta de los viejos partidos, la fusión, que es la aspiración más entusiasta de mi alma de argentino y la base de todos mis propósitos políticos desde el 1° de mayo; la libertad del pueblo y el odio a los hechos fraticidas en que las ambiciones personales, con el disfraz de los partidos, nos han maltratado tantos años (...) No me importa que disienta con alguna de sus ideas, veo que es un órgano libre del pueblo y esto me basta". (Urquiza a Calvo, 29 de enero de 1858).

El 11 de febrero Calvo le agradece el envío de esa nota:

"También sus conceptos han servido para rectificar muchos errores de que yo mismo participaba con respecto a su modo de ver nuestras cuestiones (...) Es altamente satisfactorio para mí y mis amigos políticos que la doctrina de *La Reforma Pacífica* merezca la decidida aprobación de quien, como Ud., tiene tan grande y conspicuo rol a desempeñar..." (Calvo a Urquiza, 11 de febrero d 1858. Ambas cartas son reproducidas por Auza, 1978a: 160-161).

Inmediatamente se produciría un acercamiento cada vez mayor con Urquiza en términos de posición política del diario, correlativo con un enfrentamiento cada vez más duro con el gobierno porteño, que llega a su clímax cuando Urquiza pone en marcha la campaña militar, a comienzos de abril de 1859.

En febrero de 1858 Francisco Bilbao ya se encuentra en tratativas con Urquiza y Victorica para una nueva labor periodística tras la caída de la *Revista del Nuevo Mundo*. El 7 de marzo se hizo cargo de la parte política del diario *El Orden* (Varona, 1973: 339).

"... se sirvió de la oportunidad que le brindaba la comunicación diaria con un público culto, como era el de Buenos Aires, para volcar, en cientos de artículos y gacetillas, muchas de sus ideas y pensamientos. Ciertamente estuvo condicionado por múltiples exigencias: unas nacidas de las propias limitaciones del diarismo, y otras derivadas de la posición militante que, desde sus primeros trabajos, adoptó en el debate de la organización nacional. (...) al referirse a aquellos días escribió que "jamás había tenido en la prensa un éxito semejante. Desde 'La alianza. La nacionalidad', su primer artículo publicado en *El Orden*, al asumir las responsabilidades de redactor principal, fijó las intenciones de su política editorial (...) propiciar por la prensa el examen razonado de la cuestión argentina, con la finalidad de crear en Buenos Aires un estado de opinión que favoreciese la discusión de fórmulas de entendimiento entre las dos entidades en pugna (...)" (Varona, 1973: 339-340).

En marzo de 1858, la desaparición de la experiencia de Monguillot era reemplazada por la labor de periodistas porteños, buscando incidir efectivamente en la opinión pública. El planteo más consistente y repetido por Bilbao en este nuevo período sería que convenía a Buenos Aires ingresar inmediatamente a la Confederación porque era imprescindible a ambas partes la unión, insinuando además que Buenos Aires podría incidir fuertemente en una Argentina unida.

Pero el grueso de los argumentos políticos de Bilbao fueron formularios y con fuertes desbordes pendolistas desde el comienzo: no insinuó siquiera la cuestión de la renta de la aduana del puerto, en tanto repitió incansablemente lo del "círculo exclusivo", lo del fin de los viejos partidos, y genéricamente, insistiría en la línea iniciada en la *Revista del Nuevo Mundo*.

"...la política de la Confederación Argentina recibió del escritor chileno todo su respaldo (...) En sus escritos disimuló sus errores; expuso las ventajas del régimen federativo sobre el centralista y asumió la defensa del Partido Federal frente a la imputación que le hacían *Los Debates* de ser "el partido del crimen y la infamia en el Río de la Plata"; aplaudió los actos de su gobierno, tanto los que inspiraban su política general como los que impulsaban sus gestiones conciliadoras; elogió la conducta de las figuras que históricamente se vincularon al federalismo; y defendió a sus hombres representativos de gobierno y a su prensa. Insistió, reiteradamente, en que "la oligarquía porteña" era el verdadero enemigo de la nacionalidad y al que había que combatir. Y era necesario combatirlo por medio de la palabra, enfrentándosele abierta y públicamente. Era indispensable acometerle en sus portavoces (...) salirle al paso a la "horda de la pluma", con la cual el círculo trataba de ganar la opinión de Buenos Aires...". (Varona, 1973: 345-346).

El arsenal formulario de la prensa porteña no era pequeño, y pronto Bilbao recibió fuego graneado que abarcaba todas sus posiciones, sus ideas y su biografía:

"... Se le achacó estar al servicio de Urquiza por oro, y se afirmó que *El Orden* era el diario del caudillo, no obstante la posición independiente adoptada por Bilbao en algunos problemas, como los relacionados con el debate sobre los derechos diferenciales y la cuestión del Paraguay⁵⁷. Fue acusado de que su pluma era un instrumento de que se servía el enemigo; que sus trabajos no tenían otra finalidad que la de justificar con sus silogismos el crimen que alevosamente preparaban contra Buenos Aires; que las teorías políticas que sostenía en sus escritos sólo traerían como lógica consecuencia la revolución, como antes la había llevado a Chile y al Perú. Se le asoció con los criminales por su campaña en pro de su abolición de la pena de muerte por delitos comunes. Su teoría del gobierno directo del pueblo fue calificada de absurda, y expuesta sólo con el propósito de reeditar en Buenos Aires los aciagos días de la Revolución Francesa de 1848" (Varona, 1973: 346-347).

El caso más contundente de polémica cargada de diatribas fue el del enfrentamiento con Sarmiento. Varona lo registra con detalle, recolectando ejemplos incluso de los numerosos insultos que se prodigaron, y de los mecanismos de legitimación, deslegitimación y contra-deslegitimación que abundaron en dicho enfrentamiento. Bilbao fue tremendamente duro con sus fórmulas de ataque, y desde su segundo artículo titulado "El enemigo" se malquistó con el sanjuanino. Identificó como enemigo y en contra tanto de Buenos Aires como de la Confederación a "la horda de la pluma", movilizada por la envidia, orientada a la guerra y a impedir todo arreglo pacífico, confundiendo

⁵⁷ Esta afirmación es incorrecta, pues Urquiza nunca estuvo totalmente a favor de los derechos diferenciales, y los defendió públicamente por necesidad económica inmediata y fundamentalmente de equilibrio político entre poderes regionales. En cuanto al Paraguay la cuestión es más obvia: durante todo 1858 Urquiza estuvo dispuesto a aliarse a Brasil en una guerra contra el Paraguay. Esta posibilidad sólo se cerraría -por un tiempo- a comienzos de 1859.

diálogo con cobardía. Sarmiento contestó de inmediato publicando en *El Nacional*, el 10 de marzo, una respuesta que tituló sugestivamente “La Envidia”. Allí Sarmiento

“rechazó las afirmaciones de Bilbao y defendió los móviles patrióticos y políticos que inspiraban el proceder de las figuras representativas de Buenos Aires (Vélez, Alsina, Mitre, Hornos, Elizalde, etc.). Esta defensa (...) sirvió a Sarmiento para volver su embestida sobre Nicolás Calvo, uno de los “dechados” que merecían la admiración de Bilbao (el otro, señalaba Sarmiento, socarronamente, era Urquiza)” (Varona, 1973: 348).

Al día siguiente de la publicación de Sarmiento, Bilbao escribe a Victorica:

"Pero yo sigo animoso y veo por el furor de los enemigos el miedo que les inspira mi tarea, a la sospecha de que soy escuchado (...) Se preparan medidas enérgicas. El círculo exclusivo trabaja incansablemente. teme revoluciones. Hay espionaje. Creo que acabarán con toda prensa opositora si las circunstancias empeoran: escribo a Ud. con entera confianza. Mire Ud. en la exactitud de mis juicios" (Varona, 1973: 348).

La polémica con Sarmiento fue larga y concluyó en tribunales con un empate (ambos fueron amonestados), y no pudo recomenzar pues pronto dejaría Bilbao el diario *El Orden*. Una afirmación de Sarmiento toca una tecla del mecanismo periodístico con inusual explicitación:

"... ante la insistencia acusatoria de Bilbao, de que la política del Gobierno de Buenos Aires respondía a los intereses de un círculo, el autor de Facundo recordará con gracejo, en "Vuelve el círculo exclusivo", el recurso de algunos payadores populares que tan buen uso hacen de "sus muletas con que suplen la falta de invención" (Varona, 1973: 349).

El chileno desarrolló también otros temas abarcando toda su agenda temática, con excepción de las cuestiones religiosas, vedadas por explícito acuerdo con el propietario de *El Orden*, don Luis L. Domínguez, de tendencia católica. Su salida del diario, precisamente, se produjo el 8 de septiembre de 1858, motivada por la aparición de cuestiones religiosas que llevaron al periodista a escribir un artículo titulado "El conflicto Religioso" que Luis L. Domínguez, amparado en el explícito acuerdo de no tocar esas cuestiones, impidió publicar. En dicho artículo defendía Bilbao a la masonería de los ataques que había recibido en esos días, y atacaba a la Iglesia católica. Notificado de la suspensión, presentó su renuncia de inmediato. Indicador del grado de acercamiento que existía con Urquiza, es el hecho de que ya se publicaban en *El Uruguay* transcripciones de sus artículos de *El Orden*, y que ante su renuncia, escribió Bilbao el 12 de setiembre una carta a *El Uruguay* explicando sus motivos, y la misma fue publicada. Dice un fragmento:

"Si la cuestión nacional es la más necesaria para asentar el reinado de las instituciones, la tranquilidad del trabajo, la seguridad de las fronteras y formar, en fin, una nación grande y poderosa, no puede ocultarse a los ojos del filósofo, que la cuestión religiosa entre la Iglesia y el Estado, es la cuestión de la sociabilidad latina por esencia. A juicio mío, es el problema magno de la civilización moderna, y el problema vital de la América del Sur. En todas las repúblicas hermanas ese problema nos agita y nos agitará, hasta que no tengamos la audacia de resolverlo como lo exigen la experiencia y la justicia" (Varona, 1973: 367).

Así formulado el problema no causaba graves dificultades. Bastaba no agredir la religión católica y tener el cuidado suficiente con la Iglesia para que las búsquedas de ampliación de espacios del laicismo no sólo no fuesen contradictorios con el pensamiento de Urquiza sino que le resultasen simpáticos y

funcionales: Urquiza necesitaba una Iglesia en entendimiento con sus proyectos, y la libertad de cultos, especialmente en cuanto al fomento de la inmigración. Pero hay algo más: Bilbao contaba para la fecha de su renuncia con el explícito respaldo de Urquiza, que lo había convocado a Concepción del Uruguay ya en agosto para una entrevista. Bilbao, luego de otro intercambio de cartas, accedió.

"Allí Urquiza le hizo ver que sus miras eran las de unir la República, que no tenía más ambición, que participaba de sus ideas y que a más de considerarle un sostenedor de la nacionalidad, era su admirador. Le hizo ver sus ideas para después: unificar la República haciendo entrar en la Confederación a Buenos Aires. Bilbao volvió a Buenos Aires creyendo en que Urquiza era el hombre de la situación y que se encontraba a la altura de la misión que todo mandatario debía desempeñar en América. Poco más tarde volvió a invitarle con motivo de las fiestas que tenían lugar a causa del arreglo de las disidencias entre el Paraguay y los EEUU, en cuyo asunto había intervenido Urquiza como mediador. Con tal motivo dejó Buenos Aires y se instaló en el Paraná" (Bilbao, 1865: CLXI-CLXII).

Contra el gobierno paraguayo

Una experiencia más de Bilbao en estos meses resulta vinculable con la Confederación. En el tiempo exacto entre su salida de *El Orden*, su primer viaje al Uruguay y su instalación en Entre Ríos a comienzos de 1859, edita una revista poco conocida por los historiadores, y que Varona rescata: *El Grito Paraguayo*, una publicación que expresaba al núcleo de exiliados paraguayos en Buenos Aires, y se dedicaba íntegramente a oponerse al presidente Francisco Solano López, llegando a plantear la justicia de hacer la guerra contra ese país para conquistar la libertad para sus habitantes.

Nació en noviembre de 1858, totalmente coincidente con la etapa de acuerdo Urquiza-Bilbao, según hemos notado, e inmediatamente posterior al viaje de Bilbao a Concepción del Uruguay. El hecho también coincide con una modificación de la política de Urquiza hacia el Paraguay: de posible pato de la boda de una alianza Brasil-Confederación, a posible aliado por gratitud ante la mediación de Urquiza en el conflicto Paraguay-Estados Unidos⁵⁸.

Es sugestiva la coincidencia de este proceso de mediación, con la aparición y desaparición de la revista, dirigida por Bilbao (25 de noviembre de 1858 al 12 de febrero de 1859) quien estaba en estrecho contacto con Urquiza y se había reunido con él poco antes. Y además, contamos con el dato de que el Presidente paraguayo tuvo acceso a los ejemplares de *El Grito Paraguayo*⁵⁹.

⁵⁸ El conflicto se desata por un doble entredicho diplomático. El primero, un cañonazo de advertencia a una nave estadounidense que navegó sin permiso aguas adentro del Paraguay, que impactó sobre cubierta causando daños y la muerte del timonel, en 185. El segundo, un entredicho menor, causado por una riña, en la que el hermano del cónsul estadounidense Edward Hopkins sufrió un golpe en la espalda, en tanto el cónsul, ofuscado, realizó una intimidatoria entrada al despacho presidencial, por lo que el presidente López solicitó a Estados Unidos su remplazo. Los hermanos se retiraron del país abandonando una empresa de navegación por la que habían recibido un préstamo -nunca devuelto- y la cesión de un edificio de parte del gobierno paraguayo. Ya en Estados Unidos, un fuerte lobby parlamentario y el parentesco de Hopkins con el nuevo presidente Buchanan (1857-61) habilitaron el envío de una expedición militar al Paraguay con una flota compuesta por más de 20 buques, 200 cañones y 2.500 hombres, que partió de Estados Unidos en octubre de 1858, llegando a Buenos Aires el 19 de diciembre, y a Corrientes el 19 de enero de 1859. La mediación de Urquiza sería decisiva en la resolución pacífica del conflicto. Urquiza tomó contacto con los expedicionarios a su paso por la Capital de la Confederación, ofreciendo la mediación. No contando el comandante con autorización para aceptarla, tuvo el tino de proponer a Urquiza que ofreciese una mediación "personal" basada en su prestigio y respeto. Urquiza la aceptó y viajó a Asunción acompañado por Tomás Guido, diplomático muy respetado por los paraguayos por su rol en el reconocimiento de la independencia por la Confederación, mientras la flota naval aguardaba en aguas argentinas. La mediación fue un rotundo éxito, las partes llegaron a un justo acuerdo y Urquiza retornó a Entre Ríos, zarpando de asunción el 1° de febrero de 1859.

⁵⁹ "La colección que ha sido consultada perteneció a la biblioteca personal de Francisco Solano López y se encuentra actualmente en Harvard College Library" (Varona, 1973: 368-371).

¿Se trata de una elemental contradicción, de las tantas de la etapa faccional de la prensa? ¿O más bien de una de las tantas maniobras de contrapeso de Urquiza, en que disponía entre otros elementos de la revista como prenda de negociación, como lo haría poco más adelante con Juan Francisco Seguí, en 1860? No tenemos forma de saberlo con certeza, aunque es más probable lo segundo, porque dentro de las reglas de juego y género imperantes, era perfectamente permitido el cambio de signo del discurso, pero era mucho más difícil contradecir la política de un jefe de la talla de Urquiza en el momento mismo en que está en la posición contraria. Si tal hubiese sido el caso la ruptura con Bilbao hubiese sido inmediata, e incluso en la reunión de 1858, siendo que Bilbao incitaba a la guerra contra López desde las páginas de *El Orden*, Urquiza le hubiera pedido que detuviese tales artículos mientras durase la mediación. Sucedió exactamente lo contrario: Bilbao de pronto tenía financiamiento para una revista de público hiper-especializado, cosa imposible sin un mecenas muy poderoso y, al contrario de la otra actitud posible, al regresar de Asunción, Urquiza invitó a Bilbao a la fiesta en honor del éxito de la mediación. Poco después, la Asociación paraguaya destituía a Bilbao del cargo de presidente, y remplazaba a *El Grito Paraguayo* por *El Clamor de los Libres*, cuyo número 1 se publicó el 21 de febrero de 1859.

La tragedia de San Juan

Uno de los elementos que más incidió en la política y en la prensa de la Confederación a partir de 1858 (causando un colapso importante) fue el conjunto de problemas que los historiadores recuerdan como "los sucesos de San Juan", en los que un alzamiento contra el gobernador federal Nazario Benavídez, hombre de confianza de Urquiza, derivó en su asesinato⁶⁰. Estos sucesos pusieron al descubierto las diferencias y contradicciones funcionales entre el modo formal de legitimación política planteado por la Constitución para la Confederación (democracia representativa, división de poderes) y el modo real constituido por el sistema de relaciones personales entre los caudillos de provincias, el cual no era meramente informal, sino que estaba atravesado por la cadena de mandos militar (el gobernador de Catamarca, Octaviano Navarro, por ejemplo, asumió el cargo el 25 de mayo de 1856, y recibió la notificación de ascenso a Coronel el 26 de septiembre).

En numerosas oportunidades se produjeron en las provincias revoluciones, derrocamientos y golpes palaciegos sin que esto alterase en profundidad la estabilidad del sistema. Los sucesos de San Juan son

⁶⁰ Nazario Benavídez había gobernado San Juan entre 1836 y 1854. Urquiza, de acuerdo con su modo de equilibrar fuerzas manteniendo cerca rivales potenciales, lo nombró comandante militar de la zona oeste de la Confederación cuando cesó como gobernador. No era poco decir en un sistema militar en que el ejército se sostenía en milicias provinciales: implicaba darle poder militar provincial respaldado en una cadena de mando nacional. Desde allí no resultó difícil a Benavídez hacerse nuevamente del gobierno luego de una revuelta en marzo de 1857. El interventor nacional, Nicanor Molinas, recibió "recomendaciones" de Urquiza para elegir a Benavídez gobernador. Pero Molinas vigiló las elecciones, que dieron el triunfo a un grupo liberal, opuesto a Benavídez. La situación dio lugar a una rápida escalada de tensión: pronto el gobierno intenta nombrar oficiales de la Guardia Nacional de la provincia que le respondían. Benavídez trató de impedirlo. Otras acusaciones cruzadas, intrigas y amenazas dieron lugar a la detención de Benavídez en setiembre. De inmediato del Carril envió una intervención nacional, con orden de sacarlo de San Juan a fin de proteger su vida. Pero la comisión llegó un día después de un tiroteo en que Benavídez había muerto. Este resultado quebró la confianza de Urquiza en del Carril.

diferentes porque se sostienen en un orden distinto, anulando las legitimidades basadas en dichas representaciones personales. Por ello lo que se supone debería ser para Urquiza una diferencia sustancial, esto es, saber si la revolución en San Juan fue apañada por Buenos Aires o por el grupo de simpatizantes de del Carril, quien era oriundo de esa provincia, para reacomodar posiciones dentro de la Confederación, no tuvo ninguna importancia. En sus efectos, daba lo mismo, y no importaba la lectura de la Constitución: luego del asesinato del gobernador Benavídez, si del Carril defendía a los revolucionarios o impedía su represión basándose en cuestiones de derechos y garantías, se convertía de hecho en cómplice de Buenos Aires, porque ello anulaba la legalidad urquicista⁶¹.

La resolución de la crisis por medio de una fuerte represión al mando de Derqui y su grupo, no podía dejar bien parado a del Carril. Por ello a partir de la intervención en noviembre de 1858 las posibilidades de libre opinión de Mansilla en *El Nacional Argentino* se acortaron. En los primeros tres meses de 1859 sus artículos ralearon hasta desaparecer reemplazados por transcripciones de los de Victorica y Bilbao tomados de *El Uruguay*⁶². En marzo de 1859 se preparan los "pronunciamientos" pidiendo a Urquiza se encargue de resolver por la guerra la reincorporación de Buenos Aires. Cuando se publicó el primero de ellos, de la población de Concepción del Uruguay, el 5 de abril, Mansilla renunció al diario. El 7 de abril envía una larguísima carta a Urquiza explicando los motivos de su renuncia, en que hace gala de independencia de criterio pero entrelazada -con gran esfuerzo- con manifestaciones de lealtad. Tras hacer que su escribiente anote al margen de la carta que el joven Mansilla había cometido una "botaratada pueril" y se comportaba como un desagradecido, el General hizo archivarla y ni siquiera contestó la misiva. El padre de Mansilla escribiría a Urquiza abochornado, y el General no tomaría represalias contra el joven ex-periodista, quien no era un escriba, aunque se haya desempeñado, y cumplido todas las reglas como tal.

Luego de estos pronunciamientos, en Buenos Aires ya no hay más espacio para la defensa de la Confederación: las presiones sobre *La Reforma Pacífica* llevaron a su cierre⁶³, en tanto Bilbao, concluida su experiencia con *El Grito Paraguayo* y producida la renuncia de Mansilla, es invitado por

⁶¹ Del Carril no logró aparecer suficientemente apartado de sospecha de simpatizar con el gobierno de San Juan, acusado de asesinar a Benavídez. Derqui, aprovechando la situación, comenzó a exigir una acción inmediata de represalia. Del Carril pidió que no se sometiese a su provincia a una invasión militar. Urquiza envió al mismo Derqui y a Pedernera a San Juan encabezando la expedición. El 28 de noviembre Derqui declara el Estado de Sitio en la Provincia, se erige en gobierno provincial, practica numerosas detenciones, incluyendo a los miembros de la suprema corte, disuelve la legislatura y convoca a elecciones. Para ocupar la gobernación se presionó y se obtuvo el apoyo de la nueva legislatura al Coronel Virasoro, militar correntino de máxima confianza de Derqui y Urquiza. Scobie se refiere a una expresión de Urquiza ilustrativa de este resultado: "Yancey [Representante de Estados Unidos] informó a Washington en marzo de 1859: 'En cuanto al Vicepresidente, se dijo recientemente aquí que (Urquiza) empleó esta expresión: 'Le arrancaré la lengua de la cabeza'" (Scobie, 1964: 232).

⁶² Nótese cómo *El Uruguay* es ya en el periódico más importante de la provincia durante el período de receso legislativo.

⁶³ Con el mecanismo mucho más "legal" que se había instituido en Buenos Aires: juicio, multa elevadísima, penas de inhabilitación y destierro. Calvo se instaló en Paraná como Senador por Corrientes. En Buenos Aires había escrito páginas como para llenar varios gordos tomos. Durante su estadía en la capital de la Confederación no escribió una línea. No parece entonces tener validez el contenido de aquella carta de Urquiza en que expresaba que lo admiraba por su independencia, etc. No la tiene para ninguno de los dos, evidentemente.

Urquiza, a instancias de Derqui, a hacerse cargo de la redacción de *El Nacional Argentino* en los meses de preparación de la batalla decisiva contra Buenos Aires.

Las elecciones presidenciales para reemplazar a Urquiza se realizaron en noviembre de 1859, dando como resultado la victoria de Derqui. Los votos obtenidos por Mariano Fraguero⁶⁴ (que hubiesen sido muchos más de haber participado Buenos Aires) provinieron de Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y Jujuy. Para vicepresidente la primera minoría correspondió al gobernador de Tucumán Marcos Paz, sobre Pedernera. Pero al pasar la definición al Congreso la relación se invirtió triunfando este último. Nuevamente la influencia de Urquiza y de los sucesos de San Juan había sido decisiva: Marcos Paz fue de los pocos altos funcionarios que se opusieron a la intervención, en tanto Pedernera fue el jefe de la expedición militar que la dirigió. Era el triunfo pleno de la facción derquista, y la anulación de las acciones de los carrilistas para demorar la guerra, que habían llegado al extremo de sabotear acuerdos externos en busca de potenciales aliados o apoyos. En marzo de 1859, cuando el grupo que apoyaba a del Carril quedaba fuera de juego en cuanto a las esperanzas de sucesión, y en cuanto a la influencia sobre el presidente, era evidente que no podía esperarse más, y Urquiza decidió entonces lanzar la invasión. El resultado de la misma, la victoria federal lograda en octubre en la batalla de Cepeda, llevó a los acuerdos de San José de Flores con Buenos Aires, firmados el 11 de noviembre.

Tiempos de guerra: cambios en Gualaguaychú y Concepción del Uruguay

En Gualaguaychú *La Época* cumple cabalmente su rol de apoyo a la campaña, sin grandes novedades, sobre todo porque este año no tiene ya al órgano opositor. El grupo liberal masón que posee la imprenta del Comercio, hasta tanto lleguen tiempos mejores, se conforma con editar un *Boletín Comercial* sin contenido editorial alguno. De este modo la imprenta mantiene su presencia, sin entrar en conflictos en un momento tan crítico. Borques cuenta que el *Boletín Comercial* apareció el 31 de julio de 1859, ya en plena campaña de Cepeda. En tal sentido su mera existencia era ya un logro y un hecho político. Decía el prospecto:

"Notándose la falta de un órgano que haga conocer al Comercio todo lo que pueda interesarle, hemos resuelto la publicación de un 'Boletín' que lo tenga al corriente no solamente de los precios corrientes de esta ciudad como los de Montevideo, Buenos Aires, Europa, etc. - Para esto contamos con personas que nos suministrarán datos exactos en todo lo concerniente al comercio - también publicaremos el movimiento del puerto y aduanas de esta ciudad. No contando para esta publicación más que con la protección del Comercio, no podremos seguir si no hay número suficiente de suscriptores que puedan compensar los gastos de ella; pero confiamos que el comercio nos dispensará esa protección, pues aunque el Boletín no será una publicación amena, será al menos de utilidad" (*Boletín Comercial*, Prospecto, 31 de julio de 1859).

⁶⁴ Mariano Fraguero (1795-1872) fue un empresario cordobés de las finanzas y el comercio, dirigente del ala liberal del Partido Federal. Fue ministro de Hacienda de la Confederación (marzo a octubre de 1854) e intentó la creación del Banco Nacional de la Confederación Argentina. Pero al fracasar la emisión de papel moneda reunió al ministerio. En 1858 triunfó en la elección para gobernador de Córdoba sobre el ministro del Interior Santiago Derqui, pero Derqui lo venció en la elección presidencial de 1860.

El lacónico mensaje presenta -más que un proyecto especializado- lo único que puede publicarse en momentos en que el disenso y la libre expresión son imposibles. Los contenidos son los clásicos componentes de la sección comercial de cualquier periódico de su época. Y aunque se apela al apoyo del público como base, aún no hay señales de pensar en la publicidad como forma de financiación. La dinámica de guerra y bloqueo comercial afectó de inmediato al *Boletín*, que debió rellenar buena parte de su espacio con noticias de la guerra europea y otros materiales de revista de periódicos extranjeros. En forma paralela al periódico *L'Italia*⁶⁵, comenzaba a buscarse en el interés de los residentes extranjeros una veta de público lector. Y mientras tanto, se resistía, por pasividad y silencio, el clima de guerra de la prensa de la Confederación. El *Boletín* cesó a los cuatro meses y medio de su aparición, el 15 de diciembre de 1859. Se estaba produciendo una serie de oportunidades interesantes para el grupo liberal: el Pacto de noviembre daba por terminada la guerra en condiciones en que Buenos Aires salía fortalecida, en tanto Isidoro de María se aprestaba a regresar definitivamente a Montevideo con toda su familia y su imprenta dejaría de editar. Urquiza había estado demasiado ocupado en el frente y su necesidad periodística en la costa del Uruguay estaba cubierta por el periódico de ese nombre. Aprovechada esta oportunidad, apenas un mes más tarde el grupo liberal editaba en su Imprenta del Comercio nuevamente un periódico, con nombre muy similar, quizás algo menos militante que *La Esperanza: El Eco de Entre Ríos*, que a su vez retomaba parte del nombre del periódico más exitoso de los De María.

Mientras tanto, otra consecuencia de las intrigas de prensa de principios de 1858 en el gobierno de Paraná, fue que Urquiza fortaleciese más a *El Uruguay*, que tuvo desde este año un rol clave como su vocero político, y por ello era considerado casi a la par de *El Nacional Argentino* como referencia, incluso en Buenos Aires. Esta tendencia se profundiza más hasta que -en el momento en que *El Nacional Argentino* deja de editarse en octubre de 1860- era ya *El Uruguay* el periódico más importante de la provincia. Más aún cuando al finalizar su mandato presidencial Urquiza quedó como gobernador de la provincia desfederalizada, e instaló la capital provincial en Concepción del Uruguay.

⁶⁵ La italiana era la colectividad extranjera la más numerosa en la provincia, y constituía la inmensa mayoría de los capitanes y marineros de las líneas de cabotaje fluvial (Ensinck, 1978). Existe poca información sobre este periódico, que nos la brinda una vez más Borques (1919: 64). Cuenta este autor que el periódico se denominó *L'Italia*, que fue editado por "los doctores en medicina Don José Ballester y don Pedro Laura, italianos, personas muy conocidas y vinculadas por lazos de familia en esta ciudad, sobre todo el primero por sus prolongados años de vida", que la publicación fue efímera, y que, al momento de escribir el libro "existen en esta ciudad algunas personas que recuerdan el referido periódico, pero no en sus detalles", agregando que no le fue posible hallar un solo número de esta publicación.

El Nacional Argentino durante la campaña de Cepeda

Bilbao tuvo una misión clara en el diario de Paraná: apoyar la campaña de ataque a Buenos Aires. Urquiza recibe del parlamento plenos poderes para hacer la guerra y la paz, el panorama se simplifica y el grueso de los contenidos editoriales de los periódicos define las cuestiones como un enfrentamiento entre el bien y el mal, como corresponde a una lógica de guerra.

La renuncia de Mansilla se había producido el 5 de abril. Entre el 6 y el 14 de abril el periódico estuvo a cargo de Antonio Zarco, oficial ministerial en Paraná. Zarco publica el día 6 un largo artículo introductorio en el que dice lo mismo que todos los artículos de presentación que hemos visto. El 15 se hace cargo de la redacción Francisco Bilbao. Nuevamente tenemos en el periódico un artículo con la fórmula de presentación. Pero tiene éste algunas diferencias con las anteriores:

"...el nuevo redactor puede llamarse ya antiguo defensor de la ley federal jurada. Se ve, pues, cuán remota y profunda es nuestra tradición nacionalista. Hoy, casualidad o Providencia, hemos venido a redactar el diario de la nacionalidad (...) Lejos de la República Argentina, jamás pudimos comprender la separación de Buenos Aires. Penetrados de los grandes ideales esa separación era un obstáculo primordial que levantaba la cabeza de medusa para espantar a los pueblos y hacer desesperar de los destinos de la raza latina. (...) malgastarse en hostilidades incesantes. De un lado, las 13 provincias, por vez primera organizadas en un pacto federal y de unidad nacional. Del otro, una provincia, sin argumento ostensible hasta el presente. Aquí la Nación. Allí una provincia. (...) ¿en qué lado se encuentra el porvenir, en dónde la esperanza de la pacificación moral de los espíritus, precursora de la estabilidad de las instituciones; allí donde sólo veo la imagen de Saturno devorando la vida, la propiedad y el honor de sus hijos, o aquí, en donde la palabra del Primer Magistrado y su gobierno es la fusión, sin reconocer más partido que el de la Constitución jurada? (...) No hay duda posible, ni como americanos ni como argentinos. (...) El Gobierno Nacional ha sido humilde; llegó el momento de ser soberano. (...) La política nacionalista hace su declaración solemne: La nación argentina verá su integridad en este año" (*El Nacional Argentino*, 15 de abril de 1859).

Tres niveles de argumentación se articulan aquí: primero, la tarea de la hora que es reintegrar la provincia rebelde por medio de la guerra. Al aceptarla como propia Bilbao puede ser redactor. Segundo, recursos, afirmaciones y fórmulas propios del periodismo confederal, que Bilbao adopta por ocupar esa posición. Tercero, algunos de los argumentos propios de Bilbao que no entran en contradicción con el discurso oficial: reivindicación de la "raza latina", de la unidad y porvenir de América, revirtiendo el desmembramiento iniciado con la independencia.

Bilbao insistiría en la necesidad de unión, de superación de los viejos partidos, tema caro a Urquiza en este momento. El general, incluso, habla de la necesidad de superar, de abolir "el partido", en singular, como expresión de fraccionamiento de la unidad. Tiene la experiencia de las luchas palaciegas desequilibrantes, y la imposibilidad de articular la oposición porteña. Agregaría Bilbao a esto los elementos del arsenal de fórmulas periodísticas: del propio lado la humildad, la magnanimidad, el progreso, la legalidad, la generosidad, la valentía; del otro la soberbia, la venganza, el obstáculo al progreso, la maldad, el egoísmo, la cobardía. La fórmula de la "ley federal jurada", pertenece a Derqui, y forma parte de la consigna que acompaña al título a partir de la incorporación de Bilbao: "Defendemos la ley Federal jurada. Son traidores los que la combaten". Otra, la del "caudillaje doctoral" sintetiza el sentimiento no sólo de los sectores del poder en la Confederación. El poder

económico de quienes gobernaban Buenos Aires no exasperaba tanto como lo hacía su diferente formación y su soberbia cultural. La idea de que los gobernantes de Buenos Aires eran unos letrados inútiles que podían enredar al interlocutor en incomprensibles trampas verbales se repetirá cada vez más, sobre todo después de Pavón. También se repite la acusación desde Buenos Aires respecto a la falta de independencia de opinión de los periodistas de la Confederación, y Bilbao, como ha sucedido con todos sus sucesores, acusa recibo y el 10 de junio hace la consabida aclaración:

"La redacción de *El Nacional Argentino*, para honra del gobierno y de ella misma, es libre, es independiente. No se le ha impuesto línea de conducta. Se conoce al escritor y esto ha sido suficiente para confiarle la palabra con toda la libertad que es su esencia, con toda la independencia que es su dignidad"⁶⁶.

Producida la batalla de Cepeda, de la cual el diario se encargó de informar por medio de los partes oficiales de batalla, cartas de Urquiza, etc., inmediatamente después de la firma del Pacto del 11 de noviembre de 1859 (recuérdese el tiempo en hacer llegar la información a Paraná, y que ésta debe estar avalada por Urquiza), el día 17 Bilbao reemplaza el lema "Defendemos la ley federal jurada..." por "Integridad - Fraternidad", una expresión muy propia del chileno-americano. El 26 de noviembre publica la "Carta abierta de Francisco Bilbao a sus amigos de América y Europa comunicándoles noticias de la victoria de la integridad argentina". Daba así por concluida la etapa de guerra. ¿Qué podría hacer entonces un periodista acostumbrado a defender su libertad de expresión aun poniendo en extremo riesgo su vida?⁶⁷ Sus ideas quedaban en su mayor parte fuera de toda posibilidad de expresión en *El Nacional Argentino*. Ya lo había experimentado con la *Revista*. Sus artículos ralearon hasta desaparecer, despidiéndose formalmente el 22 de diciembre aduciendo misión cumplida y problemas de salud.

"Bilbao sería un entusiasta propagandista y un orientador oficial de la opinión pública confederada. (...) [Pero] nada le impidió disentir, a veces, de la orientación oficial y propugnar, "en nombre de los pueblos", una línea política más combativa contra Buenos Aires. (...) En sus escritos para *El Nacional Argentino* no se advierte ya aquella preocupación por ser imparcial, que le acompañara, recién llegado de Europa, al intervenir en el debate de la organización nacional; ni se presenta en sus columnas con la inquietud del reformista religioso que arriba a Buenos Aires a denunciar los males de la educación católica en América y a trabajar por la separación de la Iglesia y el Estado, como lo hiciera en sus escritos publicados en *La Revista del Nuevo Mundo*. Tampoco continúa en sus artículos sus campañas contra López. (...) Las campañas [mencionadas] fueron pospuestas para después del triunfo de la Confederación. Su silencio de estos meses no fue consecuencia de una variante de su pensamiento, sino la conducta adecuada a una conveniencia táctica. (...) En su personalidad convivían, junto al romántico e idealista, que impulsaba las más de sus acciones, el hombre político, con suficiente dosis de realismo como para defender, por la prensa, en momentos de crisis, una línea de gobierno y ajustar sus personales y arraigadas posiciones a los dictados y compromisos de aquella" (Varona, 1973: 371-372).

Es erróneo lo que postula Varona respecto al disenso de la línea oficial, pues no hay prueba alguna de esto. En primer lugar, el periodista de guerra siempre toma la posición más radical en una campaña

⁶⁶ Muy difícilmente puede aceptarse como veraz el contenido de esta afirmación. Al hacerse cargo de *El Nacional Argentino* no pudo hacer otra cosa que ser el brazo periodístico de la campaña militar, guardando silencio respecto a temas que le eran muy caros, tales como las garantías democráticas, la cuestión religiosa ante la cual debió no sólo silenciarse, sino defender el texto constitucional a pesar de su catolicismo oficial, y además debió dejar de lado su opinión acerca de las libertades existentes en Buenos Aires antes reconocidas por escrito, respecto de la lucha contra la esclavitud y respecto del Paraguay.

⁶⁷ Había sufrido persecuciones, destierros, cárcel y hasta la pena de muerte en Perú, de la que escapó en una espectacular fuga.

militar. Si reclamase a Urquiza moderarse, estaría debilitando y desautorizando su posición. Al "exigirle" más agresividad, Urquiza puede utilizar esto como prueba para atacar con más ímpetu, puede desautorizar al periodista sin costo político alguno, o más probablemente, puede utilizar esta "presión" como elemento precisamente destinado a presionar en una negociación. En segundo lugar, la mayor parte de los argumentos de Bilbao en Paraná está constituida por unidades formularias conocidas y no con argumentos originales. En tercer lugar, ciertas apreciaciones "distintas" de algunas cuestiones, no lo son: las posturas ante la mediación Yancey eran estrictamente las de Urquiza, aunque se cubriesen de un discurso diferenciado que aparece demandando al general la posición más dura (Varona, 1973: 374; Scobie, 1964); el rechazo de la mediación por Inglaterra, Francia y Brasil también es la posición de Urquiza, lo cual se confirma más aún cuando tal mediación es reemplazada (con aplauso del periodista) nada menos que por el hasta entonces llamado por él "tirano del Paraguay"; al escribir sus artículos de defensa de la raza negra, se cuidó de impugnar el acuerdo con Brasil que perversamente aceptó Urquiza, acordando -en violación de la Constitución Argentina- la extradición de esclavos fugitivos del Brasil, potencial aliado de la Confederación contra Buenos Aires.

La Confederación prometía todo esto a todas las provincias, incluida Buenos Aires, pero había vivido hasta el momento en permanente ahogo financiero, situación inversa a la de Buenos Aires. Luego de Cepeda la situación era mucho más grave: el tesoro estaba prácticamente en bancarrota, las aduanas de la Confederación hipotecadas por años, y sin perspectivas de mejoramiento inmediato. Esfuerzos sobrehumanos por ampliar la navegabilidad de los ríos apenas alcanzaban para mejorar las comunicaciones sobre el Paraná y el Uruguay. Iniciativas de desarrollo técnico ganadero y lanar, así como colonizaciones agrícolas, se encontraban apenas en sus comienzos, en tanto en Buenos Aires conocían iniciativas efectivas bastante más avanzadas. Lo mismo sucedía con los primeros experimentos de ferrocarril y alambrado.

La falta de estabilidad política y de sostén económico firme y estable provocaba la ausencia de un elemento clave que sostiene los dos anteriores y se alimenta a su vez de ellos: un ejército nacional. Los pocos intentos, o mejor dicho, las pocas propuestas de constituir un ejército nacional cayeron en saco roto por su evidente inviabilidad: cada caudillo de provincias poseía su propio poder militar y no estaba dispuesto a renunciar a él. Como Presidente Urquiza dependió siempre de sus propias fuerzas militares (las entrerrianas) y en 1859 debió sostenerlas logísticamente de su propio bolsillo. Él mismo se opuso a cualquier proyecto de nacionalizar el ejército: sabía que ese intento podía significar que las cosas se fuesen de control, además de ser inviable. El proyecto de du Graty⁶⁸ fue en su momento violentamente rechazado por *El Nacional Argentino*, cuando éste estaba en manos de Victorica.

⁶⁸ No casualmente es el mismo personaje quien hizo los mayores esfuerzos tempranos por dar independencia a la prensa de la Confederación, y quien intentó el más serio proyecto de nacionalización del ejército.

Los tres problemas (político, económico y militar) sumados a la situación diplomática tornaban la posición de la Confederación potencialmente catastrófica, pues en una época en que los Estados fuertes se expandían, en la Argentina continuaba abierta constantemente la perspectiva de negociación y alianza de una o varias provincias o facciones con uno o varios Estados extranjeros para enfrentar a otras. Por lo tanto, la estructura estatal de la Confederación corría riesgo de estallido en todo momento, y esta situación se tornaría más y más grave cuanto más durase en el tiempo. Y por si ello fuese poco, el Estado no tenía presencia efectiva en la Patagonia excepto algunas poblaciones costeras, ni en el gran Chaco.

El 23 de octubre de 1859 Urquiza venció en el campo de batalla de Cepeda, pero no pudo tomar la ciudad de Buenos Aires. De hecho, no lo intentó y por el contrario inició una negociación. Tomar Buenos Aires se había demostrado muy complicado militarmente en 1853, y la Confederación no tenía fondos para sostener una campaña larga de sitio a la ciudad. Además, una hipotética victoria militar sólo era posible a costa de una destrucción pasmosa que era ya muy disfuncional a los intereses públicos y privados que Urquiza representaba. De allí la negociación. Pero todo acuerdo retrotraía la situación a un proceso en que el tiempo favorecía a Buenos Aires, aún si aceptaba muchas condiciones para pactar. En tal sentido, el Pacto de San José de Flores firmado el 11 de noviembre de 1859 fue suficientemente ambiguo como para generar, en expresión de Scobie (1954) la "aparente victoria de ambos bandos"⁶⁹.

El Pacto obligaba a Buenos Aires a incorporarse a la Confederación Argentina, reconociendo sus autoridades y Constitución. En cuanto a esta última, el gobierno de Buenos Aires quedaba habilitado a convocar a una Convención provincial que revisaría la Constitución Nacional y podría proponer reformas a la misma, que serían tratadas en una Convención Nacional Constituyente a realizar en Santa Fe. Buenos Aires cesaba sus relaciones diplomáticas exteriores como Estado separado, se establecía una amplia amnistía para todas las partes en conflicto, se garantizaba el retiro del ejército confederal del territorio bonaerense, se reservaba a Buenos Aires la aceptación de posibles cesiones territoriales (como la posible federalización de la ciudad de Buenos Aires), se nacionalizaba el edificio de la

⁶⁹ Los acuerdos de San José de Flores, que sorprendieron a muchos dirigentes de la Confederación, se lograron después de varios intentos de mediación, y de numerosas expresiones y actitudes de Urquiza que manifiestan su desconfianza en la utilidad de una victoria en el campo de batalla, y datos inequívocos de la quiebra financiera de la Confederación agravada por una importante sangría económica de la riqueza privada del propio Urquiza, quien, por otra parte, había realizado inversiones y operaciones comerciales en Buenos Aires en los últimos años. En mayo de 1860 haría compras inmobiliarias importantes allí. El reloj electoral, por su parte, corría, pues se aproximaba el fin de su mandato, la Constitución prohibía la reelección y en tal caso, arriesgaba ser moneda de cambio de la negociación de otro presidente, cuando Buenos Aires exigía su retiro de la vida pública. La ligazón personal de Urquiza con el interés en una buena relación con Buenos Aires se acrecentaba, por otra parte, a medida que crecía la necesidad de acelerar el desarrollo del Interior: ferrocarriles, caminos, modernización de los campos, leyes de tierras. El tema de una ley de tierras urgía y Urquiza lo trasladará después a su gestión como gobernador de Entre Ríos. "En el discurso de clausura de la segunda sesión ordinaria de la cámara entrerriana, pronunciado el 30 de abril de 1861 el gobernador Urquiza (...) Resalta la imperiosa necesidad de disponer de una ley de tierras" (Bosch, 1980: 547). Por último: la campaña militar, a diferencia de décadas anteriores, resultaba ahora totalmente disfuncional a la vida mercantil tanto en Buenos Aires como en el Interior. Esto no sólo era sufrido por los habitantes de la Argentina, o al menos por los habitantes vinculados a esta organización económica y social, sino también por los residentes extranjeros y representantes de intereses de esos países: "... los negociantes extranjeros en el puerto porteño clamaron para que sus agentes diplomáticos intercediesen en el conflicto y evitaran así posibles daños a sus intereses comerciales" (Scobie, 1964:246).

Aduana, la que debía pasar a la Nación tras sucesivas negociaciones una vez incorporado Buenos Aires, y se preservaba como provinciales todas los demás edificios y propiedades públicos bonaerenses.

Pero dados los antecedentes y el hecho de que las concesiones porteñas se subordinaban a su propio consenso en procesos extendidos en el tiempo, la situación no podía sino favorecer a Buenos Aires, y sólo quedaban tres alternativas a Urquiza y a la Confederación: o que Buenos Aires entregue la aduana por arte de magia, o intentar hacer a Buenos Aires concesiones tan grandes como para tentarlo a realizar un arreglo transaccional, o volver la situación al día anterior a Cepeda y reintentar una victoria militar. Durante los primeros meses de 1860 se esperó lo primero. Durante el segundo semestre se intentó lo segundo pero con una situación que selló la muerte de la Confederación: con el poder del Estado fracturado en dos facciones (Derqui y Urquiza). En 1861 se intentó lo tercero, pero en las peores condiciones imaginables.

Buenos Aires, en tanto, comenzó a reconstruir su fuerza militar golpeada en Cepeda (aunque se había salvado la infantería completa), y a buscar negociaciones separadas con Derqui y con Urquiza, y sobre todo, a buscar apoyos en todas las provincias interiores, tanto en el refuerzo a los partidarios liberales dispersos como en el sutil soborno de caudillos locales.

Fractura y caída de la Confederación, triunfo del Partido Nacional mitrista y hegemonía periodística porteña (1860-1862)

Observados los hechos *ex post facto*, resulta obvio que en los primeros meses de 1860 se incubaba una nueva y mayor tragedia. Pero para los protagonistas del momento, se trató de meses de gran esperanza y optimismo. Esperanza en la paz, en la incorporación de Buenos Aires, en la resolución de las enormes dificultades económicas, en la realización del gran progreso prometido. Con el correr de los meses, sin embargo, aparecen las primeras luces de peligro. Quienes dan aviso de las mismas -muy pocos en realidad- se encuentran fuera de la Confederación, y no son escuchados⁷⁰.

La actitud de Urquiza favorable a la paz contrastaba seriamente, ya en junio de 1859, con la violentamente guerrerista del grupo Derqui. Era notoria una diferencia de actitudes ante la negociación, que Derqui, dentro de sus posibilidades, sabotaba⁷¹.

Los preparativos de la Convención Constituyente de Santa Fe -resultante de los acuerdos- llevan el enfrentamiento al máximo. Derqui realizó una práctica común en esa época: digitar candidatos en varias provincias con gobernadores leales. Pero el caso de San Juan fue extremo: allí el gobernador

⁷⁰ Por ejemplo, los casos de Alberdi, quien se opuso desesperadamente a la reforma constitucional de 1860 advirtiendo que si se aceptaban la Confederación podía perderse definitivamente, y de *La Reforma Pacífica*, que ya en los primeros meses de 1860 consideraba errónea la línea de Derqui y poco después también la de Urquiza.

⁷¹ El caso más flagrante fue el cañoneo de los vapores que llevaban adelante la negociación Yancey, desde las baterías de Rosario cuando Derqui estaba a cargo de los preparativos militares en esa ciudad.

Virasoro, impuesto por él en la intervención de 1858, había logrado un acuerdo con la oposición para consensuar dos candidatos. Pero Derqui dio la orden de elegir a Eusebio Ocampo y Federico de la Barra, ambos no residentes ni nacidos en la provincia, y hombres de la máxima lealtad para Derqui, además de periodistas en un momento de previsible necesidad de éstos. Finalmente quedarían De la Barra y Manuel Zaballa. La actitud de Derqui tensó la situación tanto en San Juan como en Buenos Aires. Mitre y Urquiza, por su parte, se esforzaban cada uno por lograr también la mayor cantidad posible de convencionales leales. En Buenos Aires los doce electos fueron del Club Libertad, en sus posiciones más extremas. Esta elección tan partidista dio a Urquiza la excusa para no ser convencional. El jefe entrerriano demoró casi un mes en dar el nombre del segundo constituyente por Entre Ríos (el primero era su hombre de mayor confianza, Benjamín Victorica y periodista en *El Uruguay*). Era sabido que la principal compulsa en la convención no sería en torno al contenido de los artículos, cosa previamente acordada, al menos en principio, sino de medición de relaciones de fuerzas en cantidad de convencionales y, fundamentalmente, de cómo se establecerían las alianzas entre los tres grupos.

Realiza entonces Urquiza una de sus típicas maniobras de tablero: Derqui había comprometido ante Buenos Aires, como parte de los acuerdos semisecretos complementarios a junio, la liquidación del apoyo del Estado nacional a la prensa partidaria. Quien estaba a cargo de *El Nacional Argentino*, Juan Francisco Seguí, había sido siempre hombre de Urquiza, y había logrado irritar fuertemente a los porteños con su excelente crítica a las reformas a la Constitución propuestas por Buenos Aires, a lo largo de 1860 (Auza, 1982). Después de haber escrito todos los días durante meses, Seguí deja de hacerlo repentinamente a fines de agosto; el 13 de setiembre, sorpresivamente, publica un corto artículo titulado "El triunfo de una intriga", donde hace pública la decisión del gobierno confederal de eliminar *El Nacional Argentino* transformándolo en *Boletín Oficial*, y amenazando con hacer públicos "interesantes detalles" de la circunstancias. En el mismo artículo, Seguí se despide de los lectores. Dos días antes -11 de septiembre- había recibido la notificación de Urquiza de su nombramiento como convencional por Entre Ríos. El 14 se iniciaba la Convención. Seguí era el mejor técnico en contra de las reformas postuladas por Buenos Aires. Tanto Urquiza como Derqui colocaban, de este modo, como representantes suyos a la Convención, típicos periodistas de la Confederación: De la Barra, Victorica y Seguí. Pero Seguí sorprendería a casi todos al transformarse de inmediato en el vocero de la necesidad de aceptar todas las reformas propuestas por Buenos Aires.

De eso se trataba, precisamente. Con tal nombramiento, Urquiza se volvía más presente que nunca en la Convención: sólo él podía inclinar la balanza; sólo él podía garantizar qué harían los convencionales por Entre Ríos. Ante los juegos de seducción entre Buenos Aires y Derqui, él muestra con un par de movimientos quién tiene realmente el poder en Paraná.

Demuestra a Buenos Aires que él es el aliado confiable y conveniente, en prueba de lo cual, transforma

en cuestión de días al más conocido adversario de las reformas, en su más conocido defensor, incluso de aquellas pocas críticas que planteara el grupo Derqui⁷². Si Derqui prometió eliminar *El Nacional Argentino* y la molesta palabra de Seguí, Urquiza lo hace aún antes, provocando la renuncia de Seguí y poniéndolo a cargo de un periódico fundado ad hoc Paraná, cuyo programa explícito es la defensa de la legalidad propuesta por los porteños: rechazo a los convencionales "alquilones" de San Juan, garantía de las reformas. Urquicistas y porteños unidos aseguraron el rechazo de De la Barra y Zaballa, por no residir en San Juan, con lo que restaban dos votos al derquismo. Además se garantizaba la aceptación de todos los tratados internacionales excepto el realizado con España, tal como lo habían pedido los porteños en un principio⁷³, la disposición de que después de 1866 ni el gobierno nacional ni los provinciales pudieran imponer derechos de importación (anulando la ventaja de la aduana de Rosario) y la adopción del nombre "Confederación Argentina" como uno de los nombres oficiales del país (que era algo solicitado por Urquiza).

Dicho de otro modo: Urquiza liquidó dos convencionales clave del grupo Derqui y entregó a Buenos Aires la aprobación de las dos únicas cláusulas que no aprobarían los derquistas, a cambio de la adopción de "Confederación Argentina" como uno de los nombres oficiales del país. La Convención concluyó muy pronto, el 25 de setiembre, y tanto Urquiza como Derqui continuaron compitiendo por mostrar cooperación con Buenos Aires. Así, el nuevo ministro de hacienda Norberto De la Riestra pudo lograr la aprobación de la nueva ley de aduanas, favorable a Buenos Aires⁷⁴:

"...por ambas cámaras, puede decirse que sin oposición (...) y esto sin necesidad de esperar el auxilio de los representantes de Buenos Ayres en el Congreso" (Carta de De la Riestra a Mitre, 25 de septiembre de 1860, Museo Mitre, [inéditos], N° 10.090).

Simultáneamente, Derqui escribe a Mitre, el 30 de ese mes:

"Haga usted un proyecto en borrador (y envíemele con el próximo vapor) del decreto delegando en usted la administración de los ramos nacionales en esa provincia y el mando del ejército de fronteras pertenecientes a ella, según hablamos en esa. Comuníqueme usted sus ideas prescindiendo de la forma. Yo arreglaré aquí el decreto, y se lo comunicaré antes de expedirlo para que nos pongamos de acuerdo; lo que debemos hacer antes de que llegue la oportunidad de darlo" (Derqui a Mitre, 30/9/60, AGN, Archivo Mitre, VII, 24-25).

⁷² Previo "susto" para los porteños y "engaño" hasta último momento para Derqui: pocos después de conocerse la designación de Seguí, Vélez Sársfield le escribe a Urquiza: "Se ha sabido con la mayor sorpresa que Seguí ha sido elegido convencional en la Provincia de su mando, y no podemos comprender cómo se ha elegido en el Entre Ríos a un individuo que ha escrito y está escribiendo tanto contra Buenos Aires y contra las reformas. Debo decirle con franqueza que todos, todos, piensan que V. E. se ha declarado enemigo de Buenos Aires. Cuanto diga Seguí en la Convención se ha de atribuir a V. E. Yo le anuncio por motivos muy positivo que él y los que opinan como él en aquella asamblea van a ser completamente derrotados" (cit. en Auza, 1982: 71).

⁷³ El reclamo porteño era atendible, pues el tratado otorgaba la nacionalidad española a los hijos de españoles nacidos en el país, precedente muy peligroso dada la masa de inmigrantes españoles en el país.

⁷⁴ De la Riestra (1820-1879) fue un financista argentino ligado a los intereses de Buenos Aires y a su vez de bancos británicos. Fue clave en el sostén financiero de la victoria porteña contra el sitio de Lagos. ministro de Hacienda de la provincia de Buenos Aires entre 1853 y 1859 y miembro del directorio del Ferrocarril Oeste, en junio de 1860 es designado ministro de Hacienda de la Confederación por el presidente Derqui, por consejo directo del gobernador de Buenos Aires (Bartolomé Mitre). En uso del cargo, logra la derogación de la Ley de Derechos Diferenciales y su remplazo por una favorable a Buenos Aires, otorgando a esta última una importante indemnización por las pérdidas ocasionadas por la ley derogada. Si bien De la Riestra debió renunciar en febrero de 1861, su rol en el debilitamiento del gobierno confederal fue significativo. Al volver a Buenos Aires, asumió el ministerio de Hacienda de Buenos Aires, desde donde ayudó a organizar la guerra contra la Confederación.

Las ofertas de altos cargos a dirigentes porteños septembristas comenzaron a llover, y pronto el reclamo porteño de integrar también liberales del interior al gabinete se hicieron presentes. Mientras tanto el Interior era un hervidero de luchas, incluyendo situaciones violentas, con invasiones desde provincias vecinas, etc. La sorda lucha entre Derqui y Urquiza en el gobierno nacional, y entre ambos y porteños en cada provincia era tan generalizada, y producía tal cantidad de rumores y temores, que los tres dirigentes se vieron cada vez más forzados a dar señas de su unidad. El ejemplo más notorio fue la invitación de Urquiza a los otros dos, para participar en el Palacio de San José de los festejos del primer aniversario del Pacto.

A fines de octubre Derqui otorga otra concesión a los porteños que era simultáneamente un golpe contra el poder de Urquiza: decreta elecciones para reemplazar a los diputados carentes de los requisitos exigidos por la Constitución reformada. Esta concesión, tendiente a otorgar mayoría parlamentaria al elemento liberal, generó inmediata resistencia en Corrientes, apoyada claramente por Urquiza, porque esto obviamente amenazaba su control del Congreso. Esta vez escribe a Derqui:

"Pujol, Rolón, y todos sus amigos no son rebeldes al Gobierno Nacional; serán amigos disgustados más o menos, pero han de valer más para V. y para mí y para los intereses de los pueblos que nos cumple defender, que los enemigos profesos y jurados, que los enemigos encubiertos que nos intrigan para perderlos..." (Urquiza a Derqui, 30 de diciembre de 1860, AGN-AU, cit. por Silva, 1939, T. 2: 953).

Pero el conflicto clave en el estallido de la nueva guerra que llevaría al fin de la Confederación fue el desatado finalmente (porque era previsible) en San Juan.

Allí el interventor derquista desde 1858, el correntino Virasoro, había logrado unificar a casi toda la opinión en su contra (tanto a liberales como a urquicistas). Los diarios de Buenos Aires se ensañaban con él, generando sospechas en el Interior respecto a una inminente conspiración. Urquiza, por su parte, preparaba o permitía a sus hombres preparar el derrocamiento de Virasoro por medio del general riojano Peñaloza. Aunque los tres dirigentes emitieron una carta conjunta a Virasoro para que renuncie prometiéndole un destino militar de mayor jerarquía, fue demasiado tarde: el 16 de noviembre estallaba una violenta revolución y Virasoro caía asesinado junto con sus parientes y simpatizantes más próximos, a manos del grupo liberal. El resultado de esta tragedia fue que todas las partes multiplicaron su desconfianza entre sí, sospechándose mutuamente. La nueva intervención federal a San Juan y el fusilamiento del gobernador liberal Aberastain luego de ser tomado prisionero llevaron al rompimiento completo. En los meses siguientes tanto Buenos Aires como la Confederación compraron armas, calcularon lealtades provinciales e intentaron movimientos de alianzas políticas entre sí y con dirigentes de provincias.

El 18 de febrero de 1861 *El Nacional* publica una nota editorial en la que recomienda al gobierno porteño la guerra e incluso el homicidio contra los enemigos de Buenos Aires en las provincias. Mitre,

todavía partidario de lograr un acuerdo, canceló los subsidios gubernativos a *El Nacional* y *La Tribuna*, e hizo saber de la medida a Urquiza y a Derqui. Pero cuando las elecciones porteñas de diputados para incorporarse al parlamento de la Confederación dieron el triunfo a los sectores más recalcitrantes del liberalismo porteñista, las líneas se tensaron más, y este clima político de sospechas mutuas y posiciones de fuerzas escaló. El rechazo del parlamento a los diputados porteños aduciendo como excusa el régimen electoral utilizado (el porteño y no el de la Confederación), que había sido aprobado en noviembre de 1860, fue el punto de no retorno. Dejó a Derqui políticamente muy debilitado y manifiestamente sin poder real, y desprestigiado tanto ante Mitre como ante Urquiza, y a este último, finalmente, dispuesto a ir a la guerra. El vicepresidente invitaba a Urquiza, lisa y llanamente, a nombrar al ministro del Interior y a hacer uso del mismo en intervenciones como la inminente a Santiago del Estero. Pero las intrigas entre Derqui y Urquiza continuaron cuando Derqui buscó reconstruir una base propia de poder en las provincias, sobre todo en su nativa Córdoba, donde una nueva invasión interprovincial derivó en la intervención a esta provincia y a San Luis.

Urquiza, mientras tanto, además de operar como líder militar y político a escala confederal, consolida su control en la provincia de Entre Ríos, manteniendo el mando militar nacional y provincial, y asumiendo nuevamente como gobernador apenas cesa su mandato presidencial⁷⁵. La capital de la provincia ahora desfederalizada se instala en Concepción del Uruguay, en tanto Paraná permanece separada de Entre Ríos como capital de la Confederación. Ahora Urquiza reside todo el año en Concepción y *El Uruguay* pasa a tener definitivamente una importancia clave en la política provincial y confederal, en tanto en Paraná queda Juan Francisco Seguí a cargo de la redacción de *El Nacional Argentino* un hombre que a pesar de algunos inconvenientes causados por conflictos de lealtades⁷⁶, es de la confianza de Urquiza. En Gualeguaychú, a partir de fines de diciembre de 1859 y por primera vez desde 1849, no se edita un periódico de la imprenta de los De María, pues ésta retorna definitivamente a su país. Es interesante notar que Urquiza no hace nada por mantener un periódico adicto en Gualeguaychú. El grupo de la Imprenta del Comercio no desaprovechará la oportunidad, y 15 de enero de 1860 aparece *El Eco de Entre Ríos*. El periódico liberal aparecía ahora mucho menos explícito en sus definiciones: en vez de "órgano de los intereses comerciales de la provincia", era "Periódico político, literario y comercial".

⁷⁵ Urquiza tiene el mando político y militar de la provincia desde 1842. No lo perdió durante su presidencia, por medio del expeditivo trámite de federalizar la totalidad del territorio entrerriano, lo cual le brindaba también la fuente más importante de financiamiento del Estado Confederal. Al abandonar la presidencia se lleva la provincia consigo para ser nuevamente gobernador y continuar como jefe militar tanto de la Confederación como de la provincia. Para organizar esta última dispone el control de la Convención Constituyente que dicta la Constitución provincial, por medio de sus hombres de confianza, con Benjamín Victorica a la cabeza.

⁷⁶ Como ministro provincial en Santa Fe, pues debía lealtad al Gobernador y también a Urquiza. En su caso la situación se resolvió con el derrocamiento de Cullen por Juan Pablo López, continuando él como ministro; algo similar sucede con Andrade en 1858-60 cuando reside en Santa Fe, pero él -por cuestiones de historia personal- guardó su mayor lealtad al ministro y luego gobernador Rosendo Fraga, a quien debía todo su agradecimiento por haber sido su "descubridor", recomendándolo a Urquiza siendo él comandante en Gualeguaychú en 1848, cuando era Andrade un niño. Esto le ocasionó no pocas dificultades. Su lealtad a su jefe Derqui en 1861 volvería a causarle problemas con Urquiza, que logró superar más adelante.

"Cediendo a las reclamaciones de un número de habitantes de Gualaguaychú y de otras localidades vecinas [fundan el periódico] (...) La experiencia nos ha probado no solamente la posibilidad sino también la utilidad de un periódico destinado a reproducir las ideas de los hombres de bien que quieran valerse de la libertad de la prensa para emitir las tareas de sus espíritus. Abriremos también una tribuna de pensamiento y no tenemos más que felicitarnos de haber seguido las inspiraciones de nuestros conciudadanos & &." (Prospecto).

Es original en Entre Ríos que aparezca el prospecto tan impersonal, y a la vez tan originado en la población y no en un programa de gobierno. La polarización faccional, sin embargo, no cambió, y no estando más De María, se encargó *El Uruguay* de combatir a *El Eco*, y la lucha local se verificó en todos los espacios públicos:

"Ambos bandos tenían sus centros de recreación social; el de los crudos [leales a Urquiza] llamábase 'Sociedad Entrerriana' y 'Liceo Recreativo' el de los cocidos [leales al gobierno porteño] (...) después de calmados los ánimos, se unieron estos dos centros sociales, surgiendo de esa fusión el 'Recreo Argentino', en tendencia que podemos notar similar a la de Paraná, en tanto que en Uruguay Victorica también ha logrado que se funde un club. [Pero mientras tanto,] Las simpatías de las familias por uno u otro centro suscitaban profundas rivalidades y enemistades entre ellas (...) En vista de circunstancias tan vidriosas, los directores de *El Eco de Entre Ríos*, recelosos tal vez de que el periódico siguiera la suerte de *La Esperanza de Entre Ríos*, trataron de despistar al público ocultando el objeto verdadero, bajo un disfraz de reformas y declaraciones de un nuevo programa. Efectivamente, el 10 de mayo de su primer año, empezó con una nueva numeración y aunque conservando el mismo título, le agregó para diferenciarlo, esta nota: '2a época'" (Borques, 1919: 103).

Decía este nuevo programa:

"No es un nuevo periódico el que queremos establecer, no son nuevos ni desconocidos escritores los que quieren entrar en la liza de la publicidad, por lo tanto no tendremos que presentar a nuestros lectores una manifestación de los principios que reglamentarán la marcha de nuestra redacción (...) Sin embargo, hemos creído de nuestro deber esclarecer francamente nuestra situación en presencia de nuestros suscriptores y honorables colaboradores (...) Continuaremos admitiendo con placer y gratitud los artículos que nuestros bondadosos colaboradores quieran transmitirnos; más hemos comprendido que una redacción propia era indispensable a la existencia de *El Eco de Entre Ríos* y a empezar desde este día la redacción empezará a funcionar, cargando con la responsabilidad de todo lo que emane de su pluma, dejando a cada uno la parte de esa responsabilidad por los artículos transmitidos bajo el título de "colaboración". Nuestra redacción, aunque conservando su independencia personal, no obedecerá a ningún espíritu de partido, no obstante la condición de que se deje la libertad a nuestra palabra para discutir los grandes principios que el periodista tiene el deber de estudiar y rebatir, dejando a los más hábiles que nosotros el cuidado de resolverlos. Gracias a Dios, esos tiempos de luchas encarnizadas y antiguos rencores han desaparecido (...) Triunfo glorioso obtenido por S.E. el Primer Presidente Constitucional, que ha coronado la gran obra nacional emprendida por ese ciudadano. La prensa también debe romper sus aceradas plumas y sustituir las antorchas incendiarias por la benéfica luz que debe guiar el pacífico progreso por las sendas de la prosperidad prometida a estas ricas comarcas. Respecto a nuestros colegas, solicitamos de ellos toda su indulgencia con nuestro débil talento y nuestro gran deseo de ser útiles. Esperamos no tener adversarios. Nuestra mayor preocupación será el proporcionarnos amigos entre la gente honrada de todas las opiniones que quieran sinceramente la gloria y la prosperidad de la Confederación Argentina. La Redacción" (*El Eco de Entre Ríos*, 10 de mayo de 1860: 1).

Ahora la situación se explicitaba mucho mejor para con Urquiza: él era el marco y el límite del disenso, una manera ecléctica de buscar la modernización, entre el camino porteño (un colectivo de pares define esos límites) y el reflexionado por Alberdi (por un tiempo, lo define el caudillo progresista). Dentro de ese marco, el periódico apostaba a mostrarse como representativo "de todos" y no sólo de su propietario o su partido. Era la repetición del sueño de Alberdi en la Cartas Quillotanas, aunque como buenos pendolistas liberales, no lo reconocerían jamás.

Honoré Roustan, autor de dicho programa y director del periódico, era uruguayo. Vivió varios años en Gualeguaychú, "contribuyendo a su adelanto en diversas formas, con sus conocimientos y energías". Fue agente de la Compañía de vapores "La Salteña". El periódico tuvo éxito en su segunda época:

"... colaboradores y solicitantes que con sus numerosos artículos, día por día llenaban las columnas del periódico (...) Estos escritores exponían sus opiniones según el criterio o preparación de cada uno (...) produciéndose entre ellos acaloradas disputas. Así no es de extrañarse que se repitieran aquellas escenas de *La Esperanza de Entre Ríos*..." (Borques, 1919: 105).

El uso de la independencia periodística en el marco de situaciones en que ésta se ve acorralada, comenzaba a ser aprovechado por este grupo con maestría. Ejemplo de los mecanismos por los que esto se hacía es el siguiente:

"Al celebrarse en Paraná el escrutinio de las elecciones de Presidente y Vice de la República (...) [no emitió] este periódico ni un solo comentario, ni una palabra de su cosecha propia; dio la noticia de aquellas elecciones en los mismos términos que copió de *El Uruguay*. Igual procedimiento guardó cuando tomó posesión de la presidencia el Dr. Derqui; por toda noticia limitose a publicar los discursos cambiados en aquella solemne asamblea por el General Urquiza y el Dr. Derqui. (...) [Respecto a la Convención Constituyente de Entre Ríos sólo publicó] extractos de las sesiones. (...) [Ante la jura de esa Constitución] todo lo redujo a dar una fría crónica de las fiestas; ¡Y vaya si fueron grandiosas! (...) [Ante la proclamación de Urquiza como gobernador] publicó un extracto de la larga crónica que traía el Uruguay. Y lo mismo hizo cuando Urquiza se recibió del gobierno. (...) cuando se ocupó o habló del General Urquiza lo hizo con respeto y dedicó al General conceptuosos elogios llamándole el libertador, el organizador del país, el hombre elegido por la Providencia &. En las elecciones de diputados provinciales, realizadas según la Constitución de 1860 (...) "no tuvo inconvenientes en declarar con lealtad su derrota en dichas elecciones y 'en buena ley', agregó" (Borques, 1919: 106).

Respecto a las elecciones citadas, se produjo un interesante debate, pues si el director comentaba sin tristeza su derrota electoral lo hacía en un contexto en que tal admisión construía, legalizaba el espacio de disenso para su fuerza política y su periódico. Y el marco del disenso pudo empezar a correrse: si resultaba imposible modificar el orden de cosas (imposibilidad aceptada por todos), era posible, en cambio, comenzar a enunciarlo, lo cual constituía un avance gigantesco:

"...el Dr. Irasuzta, en una colaboración publicada en este periódico, clasificó aquellas elecciones de imposición de autoridad, lo cual, decía, viene a desilusionar todas las esperanzas que el pueblo tenía puestas en el cumplimiento de una Constitución que el mismo pueblo acababa de jurarla. Terció en ese asunto Mr. Lefebre haciendo ver que las elecciones habían sido legales, que había sido un triunfo de la mayoría votante, de modo que el pueblo no tenía derecho a la protesta, puesto que la mayoría de ese pueblo no había concurrido a las mesas como era su deber y no dejarse estar tranquilos en sus casas &.&. Replicóle el Dr. Irazusta dejando caer sobre las páginas de este mismo periódico cuanto reproche se le antojó contra la policía y demás autoridades, por las arbitrariedades con que procedían, terminando con este apóstrofe: 'Yo no temo al General Urquiza, aun cuando las ideas políticas que expongo fuesen contra el General'. Y bien, el Dr. Irazusta, ¿Sufrió por eso acaso la mínima persecución? Basta; no continuaremos con esas polémicas sobre libertad electoral, cuando todos, quien más quien menos, conocemos el sistema implantado entonces. No fue Entre Ríos, por cierto, la única provincia que adolecía de ese mal sistema" (Borques, 1919: 84-85).

El Eco de Entre Ríos costaba algo más caro que su antepasado *La Esperanza*. Por ocho entregas al mes, la suscripción se pagaba 12 reales. Pero el periódico era más grande: 50 por 35 centímetros, con cinco columnas por página. Continúa Borques refiriéndose a contenidos complementarios: "Hechos Diversos", con "informaciones sociales bastante circunstanciadas"; Literatura: algunas poesías de

autores conocidos; Folletín: el opúsculo de Mr. Lefebre: "Reflexiones sobre Instrucción Pública". También las memorias de Garibaldi, por Alejandro Dumas. También el movimiento comercial. Es notable la diferencia en la reacción de Urquiza con respecto a 1858. Si en aquel año la aparición de un periódico liberal fue combatida por cuatro publicaciones simultáneas y se logró que sólo dure cuatro meses, en 1860 *El Eco de Entre Ríos* se mantiene como único periódico de la ciudad durante todo el año. Es cierto que el cambio producido en el mismo en mayo facilitaba las cosas, pero aun así el cambio de actitud es notorio. Evidentemente, más allá de la sorpresa y de las dificultades para colocar un periódico de confianza -relativas, pues hemos visto que nunca le faltó uno- lo que sucede es que en estos primeros meses de 1860 las perspectivas de enfrentamiento son aún muy bajas, y es momento de demostrar al gobierno porteño disposición a permitir la existencia de oposición en Entre Ríos.

Juan F. Seguí, redactor de *El Nacional Argentino*

Seguí se hizo cargo de *El Nacional Argentino* el 23 de diciembre de 1859. En vez de esperar a tener que defenderse aclarando que su redacción es independiente, como hicieron todos sus antecesores, lo explicitó en el lema del diario el mismo día de su comienzo: "El Redactor en Jefe de este diario es responsable de lo que lleva su firma".

"Porque celosos de las ideas de paz que han surgido después de una victoria espléndida, creemos que la propagación de las buenas doctrinas es la radicación de la paz que el Libertador acaba de escribir en la bandera vencedora de la Nación (...) Escritor de guerra, sin dejar de serlo de doctrina, de luz, de verdad, de democracia, de ley y de bondad política, el señor Bilbao ha tenido la dicha de prever una época de confraternidad argentina (...) Encargado hoy de cooperar por medio de la prensa a la propagación de las ideas dominantes, que son de confraternidad y de paz, ofrecemos la consagración del patriota, la buena fe del ciudadano honrado, la independencia y lealtad del hombre libre". (...) Entendemos por buena doctrina en este país aquellas que enseñan a mejorar sus condiciones naturales, a perfeccionar su industria, a ensanchar su comercio, a explotar su exuberante suelo y a infundir a sus hijos un amor inteligente, racional y justo de la libertad de las instituciones, del orden bien entendido, del progreso material y moral en todos sus aspectos (...) [contra] los siguientes adversarios: con los vicios, con la inmoralidad, con la licencia y el libertinaje, con el servilismo, con la adulación del poder, con la complacencia, con el crimen. Con la demagogia, con el espíritu de oposición sostenida, con la murmuración de los actos gubernativos. Si la buena doctrina es la paz, la buena doctrina es la condición del desarrollo de la República Argentina. Porque sin la paz no hay inmigración extranjera, y sin ésta no hay porvenir lisonjero para esta sección del continente americano" (*El Nacional Argentino*, 23 de diciembre de 1859)".

Repite así, pero profundizando su línea, los elementos de una presentación ya conocida de redactores anteriores: restarse luces prometiendo a cambio humildad, patriotismo, fe y lealtad, las cuatro palabras típicas de estas presentaciones. Enumera las tareas de la hora, elogia la gestión del redactor anterior y propone junto a las palabras básicas "la independencia", acompañando la lealtad por "...del hombre libre". Conserva algunos términos de Bilbao, como la referencia a "esta sección del continente americano", o la "confraternidad" puesta al nivel de la paz. En este esperanzado comienzo, la tarea de la hora parte de reconocer como saldada la época de guerra. Con la victoria de Urquiza la paz se consolidará, y está traerá el progreso. El rol del periodista será, desde aquí, propagar "la buena

doctrina". No es la primera ni la última vez que se afirma con toda seguridad que es el momento de este cambio.

¿Cuál es esta buena doctrina? No es otra que la defensa de la concreción de las grandes líneas de desarrollo del Estado, explícitamente diferenciadas de los modos de enfrentamiento permanente del pasado, e incluye todo aquello que favorezca el mejoramiento de la industria y el comercio, "explotar su exuberante suelo y a infundir a sus hijos un amor inteligente, racional y justo de la libertad de las instituciones, del orden bien entendido, del progreso material y moral en todos sus aspectos". Para ello se requiere un Estado con instituciones estables de democracia republicana representativa. También se requiere fundamentalmente dinero, capitales. El progreso económico y de vías de comunicaciones ya no será sólo un elemento de integración y de disminución de la brecha con Buenos Aires: rápidamente se transforma en una cuestión de supervivencia para todo el país, incluyendo Buenos Aires, pero particularmente crítica para el Interior: se necesitan vías de comunicación modernas (especialmente ferrocarril) porque los costos se tornan monstruosos comparativamente con otras regiones del mundo; se necesita encontrar nuevas alternativas en la producción, porque la economía ganadera argentina sólo cuenta con el cuero, la carne salada (cuya producción entra en crisis con el previsible fin de la esclavitud), y la lana extendida hasta el momento sólo en Buenos Aires y parte de Entre Ríos. Se necesita adquirir elementos tecnológicos nuevos porque el mercado mundial comienza a tener otras exigencias, otros ritmos y otro nivel de competencia: cruza de ganado para mejoramiento, máquinas de segar mecánicas movidas a vapor, mejoramiento de la calidad del curtido; se necesita -para expandir la producción del campo argentino y para lograr su estabilización productiva, un aumento veloz de la población por inmigración, la cual traería además la mano de obra necesaria para el desarrollo agropecuario y agroindustrial. Aparecía en agenda, finalmente, la cuestión del aseguramiento de la propiedad privada de la tierra: se discutía la urgencia de leyes claras y de aplicación rápida y comenzaba a hablarse del cercado de campos.

El Nacional Argentino debió confirmar con la pluma los signos de confianza en el gobierno nacional Confederal, demostrando que el país todo le respaldaba y obedecía. Debía hacer malabares para mostrar el poder institucional de Derqui y el real (económico, militar y político) de Urquiza como no conflictivos, y a su vez, el de Buenos Aires como subordinado. Debía continuar profundizando el formato moderno del diario, tanto en su agenda temática como en la variedad de sus temas y en sus contenidos comerciales optimistas. Por ello en su repertorio temático y en su formato y tipografía el diario mantuvo su estructura. En cuanto a los contenidos de su sección editorial, gran cantidad de artículos se referían a la "buena doctrina" anunciada en la presentación: educación, sistema legal, navegación de los ríos interiores, inmigración europea, impulso a la colonización, tierras públicas, política exterior nacional, fronteras, etc.

Buenos Aires reclamó de inmediato, doctrinariamente, que un gobierno representativo de toda la nación, y por lo tanto abarcativo de los disensos que podían existir en su seno, no podía tener un periódico político a su servicio financiado por el Estado. En términos más reales, a tal postulado se agregaba la necesidad de liquidar lo que obviamente constituía un arma de Urquiza con la cual podía realizar maniobras sin tener que dar cuenta legal de ello, pues en caso de pedírsele, como siempre lo hizo, aseguraría que no puede incidir en la prensa periódica, que es por definición independiente.

Mientras tanto, en términos periodísticos, el espacio de la prensa filo-Confederal en Buenos Aires volvió a ser ocupado por *La Reforma Pacífica*, que habiendo reaparecido después de Cepeda, en diciembre de 1859, se presentaba ahora con un nivel de crítica importante, implícitamente acusatorio al gobierno confederal y a Urquiza de suicida y hasta de traidor, aún a riesgo de perder la suscripción por 300 ejemplares que el gobierno Confederal había hecho a cambio de la publicación en sus páginas de las sesiones legislativas. También Mansilla intentó una experiencia periodística porteña en los primeros meses de 1860, pero fracasó por falta de suscriptores.

La Reforma Pacífica fue virtualmente clausurada por medio de un juicio acusatorio sobre once artículos, que dio por resultado una multa de veinticuatro mil pesos. A comienzos de febrero de 1861, los redactores acuden desesperadamente a Urquiza, pero éste no pagaría tanto dinero por un periódico que lo ha atacado durante los últimos meses. *La Reforma Pacífica* iría entonces a ejercer la independencia elogiada por Urquiza y por el grupo Mitre-Sarmiento, a Montevideo.

El periódico de Gualeguaychú, por su parte, continuó en un cuidadoso segundo plano, ajustado al programa de no expresar un partido sino recibir todo tipo de colaboraciones, etc. El eje de la actividad periodística confederal se mantuvo entonces en Paraná y Concepción del Uruguay, especialmente en la primera de ellas, durante el desarrollo de la Convención *Ad Hoc* en Santa Fe (septiembre). *El Uruguay* recibe en 1860 la primera cosecha de la labor del Colegio Histórico, pues por fin un joven egresado (Juan A. Mantero) puede hacerse cargo de la redacción, dejando a Victorica en condiciones de dedicarse con más tranquilidad a su actividad como representante político de Urquiza.

En setiembre de 1860 Paraná posee por primera vez en su historia la simultaneidad de dos periódicos. En términos de mercado, de actividad empresarial, no es todavía posible sostener periódicos que se auto-financien. En términos políticos, el libre juego parlamentario de opiniones y prensa aún no ha nacido. Se trata, por lo tanto, de la continuidad de la prensa como órgano de poder, en condiciones en que el poder del Estado confederal comienza a fracturarse. Una primer ruptura se produce cuando, magistralmente, Urquiza repone a Juan Francisco Seguí, expulsado de *El Nacional Argentino*, como redactor del primer diario no estatal de la ciudad, *El Correo Argentino*, en septiembre de 1860, al mismo tiempo que lo designa convencional constituyente por Entre Ríos junto a Victorica, mientras a través del impresor Meyer pone el nuevo periódico a disposición de Mitre.

Es tan inesperada esta situación, que Derqui se ve obligado a responder desde el *Boletín Oficial*, apenas semanas después del orgulloso fin de “la prensa de partido”. Lo hace a través del secretario de Pedernera, José Hernández, el futuro autor de *Martín Fierro*. En 1861, mientras Quesada y Casavalle realizan el ambicioso intento de forjar una publicación intelectual suprafaccional (la *Revista del Paraná*, publicada desde febrero), el gobierno de Derqui logra contar con un periódico propio, *El Paraná*, con redacción a cargo de Olegario Andrade, en tanto que los urquicistas rempazan al *Correo* por *La Luz* y por *La Soberanía del Pueblo*, a los que se agrega, tras la derrota de Pavón, *La Patria Argentina* de Carriego. Se trata claramente del resultado de la fractura política entre Derqui, presidente, y Urquiza, gobernador pero también jefe militar y político de la Confederación y del Partido Federal. El resultado es catastrófico para ambos: Urquiza logra dinamitar los acercamientos de Derqui con Mitre, y Derqui logra romper toda posibilidad de acercamiento de Urquiza con Mitre, pero ambos terminan embarcados en una guerra cuyo vencedor es, precisamente, Mitre, dejando a Derqui totalmente fuera de la política Argentina, al Partido Federal y a Urquiza constreñido al poder limitado a su provincia.

La dependencia de los redactores respecto de sus mandantes halla un ejemplo canónico en el mencionado rol de Seguí en 1860-1861. Desde el 28 de julio de 1860 y durante todo el mes de agosto se ha dedicado Seguí a criticar de modo frontal las propuestas de reformas hechas por Buenos Aires con vistas a la Convención Reformadora de la Constitución, por medio de artículos en el periódico oficial y más importante de la Confederación, *El Nacional Argentino*. Durante agosto, de hecho, prácticamente no publicó otra cosa que tales artículos críticos (Auza, 1978a: 277-278), acompañados por un par más acerca del nombramiento de De la Riestra como ministro de Hacienda, sutilmente censuradores del mismo, sugestivamente en los mismos términos de cartas de Urquiza y Victorica de la época. El último artículo crítico de las reformas apareció el 25 de agosto, con las conclusiones de toda la serie. Obsérvese el contenido de dichas conclusiones. Faltan apenas veinte días para el comienzo de la Convención:

"(...) De las veintinueve enmiendas propuestas por la Convención de Buenos Aires, son pues aceptables ocho tal cual se proponen, cuatro en parte, y las demás, es decir dieciséis, son inadmisibles, y la convención ad hoc comprendería las exigencias de su grave misión negando su voto a estas últimas enmiendas [no sólo la mayor cantidad sino también las más importantes de las propuestas], porque ellas minan por su base todo el sistema político de la República Argentina, y tienen a producir una revolución muy peligrosa en sus instituciones fundamentales" (*El Nacional Argentino*, 25 de agosto de 1860, cit. por Auza, 1982: 250-251).

No es poco lo que afirma Seguí menos de un mes antes de aprobar él como Convencional todas las reformas pidiendo el voto unánime por aclamación a la totalidad de las reformas pedidas por Buenos Aires. No está diciendo que las mismas violan los intereses de las provincias -y en ese caso podría pensarse ingenuamente en un enorme sacrificio en pos de la unidad- sino, en palabras de Seguí, que las mismas suponen aceptar que se mine “por su base todo el sistema político de la República Argentina”.

Después de su gran descarga polémica, luego del 25 de agosto Seguí ya no escribe artículos. Los últimos días del mes sólo publica la "re-vista" de periódicos y guarda hermético silencio entre el 1º y el 12 de setiembre. El 11 de setiembre le ha llegado una carta de Urquiza nombrándolo Convencional por Entre Ríos a la Convención reformadora *Ad hoc*.

Urquiza muestra de este modo que posee capacidad más que suficiente para sabotear los acuerdos y causar graves dificultades a sus interlocutores por medio de la prensa, el bloque parlamentario que le responde, los funcionarios afines y su control de la fuerza militar más importante de la Confederación. Pero que es al mismo tiempo el solucionador de tales dificultades. En este caso, comprometiendo además concesiones a Buenos Aires muy por encima de las que había prometido Derqui por su cuenta. ¿Quién mejor que el más férreo e inteligente argumentador contra las reformas? Seguí. ¿Quién es nombrado Convencional por Entre Ríos y a su vez redactor de un inesperado periódico en Paraná? Seguí. ¿Quién llevará la posición de Urquiza a la Convención? Seguí. ¿Qué defenderá Seguí en las siguientes dos semanas, hasta la sanción de la reforma el 23 de septiembre? La postura de Urquiza. El general ha demostrado a los porteños que sólo negociando con él se puede avanzar en un acuerdo con la Confederación. Seguí le obedeció incondicionalmente⁷⁷.

Quedaría al respecto la posibilidad de pensar que Urquiza pudo confiar en el "sentido patriótico" de Seguí y convencerlo en función de su ascendiente moral, de apoyar las reformas a pesar de que "minan por su base todo el sistema político de la república argentina..." según los términos del propio Seguí en su artículo del 25 de agosto. Pero luego de la publicación de la versión completa de la "Memoria para servir a la historia de la revolución del 1º de Mayo de 1851, y consecuencias de esa revolución" (Dana Montaña, 1986) -trabajo escrito por Seguí poco antes de morir en 1863- tal hipótesis se torna definitivamente absurda.

El mismo día 12 de septiembre Seguí responde a Urquiza. No parece dispuesto a sostener su "independencia" en la Convención, aunque todavía no sabe hasta qué punto deberá contradecirse:

"Si la elección hubiera sido antes, yo habría podido ir personalmente a recibir las instrucciones de V.E. sobre todas y cada una de las enmiendas de que va a ocuparse la Convención. Pero no siendo esto posible, desearía que V.E. me transmitiera por escrito sus vistas, para que me sirvan de punto de partida en los debates convencionales. Es pues la política de V.E. la que yo quiero secundar, mucho más cuando es V.E. el que ha de responder a Entre Ríos de mi proceder en la Convención" (Seguí a Urquiza, Cit. por Auza, 1982: 117).

Sólo entonces, más tranquilo, se permite publicar el día 13 de septiembre, uno antes de la inauguración de las sesiones, un artículo en *El Nacional Argentino*, titulado "El triunfo de una intriga", informando

⁷⁷ Salvo que creamos que Urquiza se jugó un albur al nombrarlo, o que imaginemos a Seguí descubriendo en menos de veinte días que un giro de 180 grados en la posición sostenida con la totalidad de su esfuerzo intelectual durante nueve meses, continuidad de una postura claramente antiporteña, podría favorecer "la unidad nacional", o dicho de otro modo: que durante todo el debate el "malo" había sido él.

al público que una nota del ministro del Interior le informaba que *El Nacional Argentino* pasaría a ser un *Boletín Oficial*, por orden directa del Presidente, y agregando:

"Cesamos pues en nuestra tarea de redactores y encargados de la dirección de *El Nacional Argentino* (...) Dejamos el diario, no por nuestra voluntad, sino porque el señor presidente de la República lo ha dispuesto así, y la imprenta es de propiedad del Estado. Hemos de ser francos y leales hasta el último y aunque pudiéramos cubrir con el velo de una forzada renuncia la especie de destitución que envuelve la orden del señor Presidente Derqui, amamos la verdad ante todo y rechazamos aquel subterfugio como impropio de nuestro carácter. Esto quiere decir también que la destitución nos honra, como nos será grato probarlo en las columnas de otro periódico que no se encuentre en las circunstancias de éste, y que no dejará de franquearnos algún colega en la prensa nacional(...) La circulación de los documentos oficiales se debe a la suscripción del diario, y si éste no contiene sino decretos y estados de las oficinas de Hacienda, pocos o ninguno han de ser los patriotas que se suscriban a semejante brevaje" (...) Baste a nuestra honra saber que la mayoría del pueblo de Paraná siente nuestra separación de la prensa, si hemos de dar crédito a las innumerables pruebas que hemos recibido en estos días, en que la falta de editoriales(...)se ha atribuido a nuestro cese en la redacción (...) El epígrafe 'El triunfo de una intriga' que hemos puesto a este artículo, queda ahí, para responsabilizarnos por la prueba que ofrecemos y que daremos a la luz a su tiempo con interesantes detalles" (*El Nacional Argentino*, 13 de septiembre de 1860).

El grado de violencia del artículo en contra del presidente Derqui es tremendo: Seguí, que pocos días antes defendía con su nombre el Estado Confederado, ahora insinúa que sin el atractivo de lectura del diario que dirigió, los documentos oficiales del Estado no interesan a los habitantes de la república.

Además, ya avisa que habrá otro periódico. A Derqui, si no estaba ya enterado de la maniobra, debe haberle causado pavor. ¿Qué había sucedido? Seguí denunciaba así no tanto el cierre del diario - difícilmente lo hubiera hecho si lo cerraba Urquiza- sino que esta transformación en *Boletín Oficial* (lo que significa, de órgano de una parte del país a órgano de la totalidad, Buenos Aires incluida) era evidente parte del acuerdo Derqui-Buenos Aires. Lo afirmado en el título no aparece en el contenido salvo como amenaza de publicación, velado mensaje que seguramente llegó a sus destinatarios. Seguí tendría numerosas oportunidades de hacer conocer los "detalles" que anunciaba, a partir de la semana siguiente, pero no lo hizo jamás.

El cierre de *El Nacional Argentino* había sido acordado por Derqui ante los delegados porteños, fundamentalmente en las charlas con Vélez Sársfield (Scobie, 1964: 280-281) durante las negociaciones y acuerdos secretos complementarios a los del 6 de junio. Las instrucciones a Vélez para negociar esos acuerdos secretos fueron denunciados por *La Reforma Pacífica* en Buenos Aires el 23 de junio. El mismo día Vélez escribe a Mitre:

"*El Nacional Argentino* quedará desde hoy en mero registro oficial, para que Seguí no tenga un diario para ocuparse sólo de sus cosas" (Vélez a Mitre, 23 de junio de 1860. Museo Mitre, inéditos, N° 9.533).

Esta liquidación avanzaría el 5 de octubre por medio de un "acuerdo"⁷⁸, según reconoce Zuviría meses más tarde en carta pública:

⁷⁸ "Sintiendo el gobierno la necesidad de hacer en los gastos de la administración, todas aquellas economías que sean conciliables con el buen servicio público, ha venido en acordar se suspenda desde la fecha toda suscripción a periódicos; en su consecuencia, hágase saber a quienes corresponda por los ministerios respectivos, comuníquese a la Contaduría y publíquese". Era la "sacudida" de del Carril de enero de 1858 en versión Derqui.

"Ministerio del Interior - Paraná, Marzo 14 de 1861. Señor don Carlos Casavalle: En vista del acuerdo del 5 de octubre último y motivos en que se funda, el gobierno no puede prestar apoyo oficial a publicación alguna periódica; y aunque la Revista del Paraná -por su carácter literario y científico merece especial atención de parte del Gobierno; sin embargo, cumpliendo la disposición citada, ha proveído con esta fecha, no acordando la suscripción solicitada, lo que comunico a V. a sus efectos. (...) José María Zuviría" (*Revista del Paraná*, introducción al Tomo Segundo, agosto de 1861).

La Convención comenzó el 14 de setiembre de 1860. Al día siguiente Urquiza le escribe a Seguí acusando recibo de la carta del 11, en la que Seguí se ponía a su disposición pero pedía instrucciones escritas -directas- que le sirviesen de guía. Urquiza responde en su estilo, con implícitos:

"El pueblo entrerriano, al elegirlo como su representante, en la Convención, no ha tenido en cuenta solamente la inteligencia y capacidad del Dr. Seguí, sino también sus virtudes y acreditado patriotismo. Agradezco y estimo la franca manifestación de sus nobles sentimientos, cuando me dice hubiera deseado hablarme para conocer con exactitud mis ideas respecto de las enmiendas a ocuparse la Convención, pues, ya que no ha podido ser, deseo hablar con el Dr. Victorica [también convencional], quien se las hará conocer, pues él sabe perfectamente mi modo de ver y cuál es mi opinión respecto a esos trabajos. Quiero que esté tranquilo: la unión definitiva ha de realizarse y hemos de tener Patria cual nos la prometimos. Por los que respecta a mi persona, nada temo: desprecio los trabajos de unos pocos extraviados que pretenden oscurecer el mérito de mis servicios y mi propia gloria, y estorbar o entorpecer la unión de la familia argentina contra el sentimiento de la Nación entera. Vuelvo a repetirle que esté Ud. tranquilo, recomendándole firmeza y perseverancia en sus trabajos, por el bien de la Patria, en cuya senda encontrará siempre a su affmo. amigo y seguro servidor - Justo José de Urquiza" (cit. por Dana Montañó (1986: 195. El autor fecha la carta 15 de setiembre de 1861, pero se trata de 1860).

Esta carta da a entender que Seguí ya estaba al tanto, o lo estaría de inmediato, de su deber de defender las reformas que había combatido. Urquiza lo humillaba: debería recibir órdenes de Benjamín Victorica sobre cómo actuar en la Convención. Victorica sería el convencional representante del Jefe. Él sería el subordinado, elegido no sólo por su "inteligencia y capacidad", sino por sus "virtudes y patriotismo". No llevaría argumentos. Llevaría lealtad. El final de la carta trasunta el clima de intriga.

En medio de este clima venenoso Derqui no sólo acordó el cese de *El Nacional Argentino*, sino que contrató al tipógrafo porteño Carlos Casavalle, quien a fines de julio o comienzos de agosto de 1860 se halla ya en Paraná. Es posible que en ese momento haya sabido ya Urquiza de las intenciones de Derqui. Caso contrario no se explica la rapidez en actuar y en montar otra imprenta. El contrato formal entre el Gobierno Confederal y Casavalle se celebraría el 22 de octubre, fecha en que se confirma el cierre de *El Nacional Argentino*, para hacerse cargo Casavalle del *Boletín Oficial* y del *Registro nacional*. Seguí, por su parte, no sólo ha invertido en días sus ideas respecto a la Convención Ad Hoc, donde junto a Victorica es parte de la fuerza urquicista en la misma. También modificará en cuestión de días su concepción acerca de la prensa: no pasó más de una semana desde su salida de *El Nacional Argentino*, cuando se hizo cargo de la redacción de *El Correo Argentino*. Por primera vez un segundo periódico aparecía simultáneamente al oficial en Paraná. Pero esta situación, destaquémoslo, duró menos de dos meses (mediados de setiembre al 25 de octubre de 1860), debido a la desaparición de *El Nacional Argentino*.

El Correo Argentino era pagado por Urquiza, y su contenido nos permite un seguimiento bastante claro del enfrentamiento entre los dos jefes de la Confederación a lo largo y en las semanas siguientes de la

Convención. Esta acción era, en términos de negociación con Buenos Aires, paralela a la realizada en la Convención misma: si Derqui ofrecía liquidar el vocero antiporteño como prenda de negociación, Urquiza ofrecía liquidarlo antes aún (retirando a Seguí de la redacción y haciéndolo dar media vuelta), y además instalar un periódico favorable a la posición de Buenos Aires en la Convención, en plena capital. Y para que no quedase duda alguna, Olayo Meyer, impresor y editor, escribe al gobernador Mitre:

"Al fundar 'El Correo Argentino' en un país acostumbrado a leer siempre periódicos que el gobierno tenía por generosidad de hacerlos repartir gratis, no dudé que tendría que luchar contra ese hábito por algún tiempo; pero en la presunción de que mi periódico iba a prestar un bien al país, colocándome en un terreno hasta ahora desconocido fuera de Buenos Aires, con pocas excepciones, no trepidé en acometer la empresa, casi seguro de encontrar en los hombres que quieren mejorar nuestras condiciones, el apoyo que empresas de esta naturaleza precisan. En primer término he contado a V.E., y es por esta razón que desde el primer número se le han remitido diez ejemplares de 'El Correo Argentino', aún sin haber cumplido con el deber que hoy, de dirigirme a V.E., pues mis muchas preocupaciones me han absorbido hasta las horas que se precisan para el descanso. El Sr. D. Mariano Varela que ha tenido la[¿fineza? ¿firmeza? de constituirse nuestro agente en esa, espero nos transmitirá con gusto lo que pueda ofrecerse al Gobierno de Buenos Aires, para 'El Correo Argentino' y al General Mitre, de quien como argentinos, estamos agradecidos, porque ha contribuido eficazmente a que la guerra se haga imposible entre nosotros" (Carta de Olayo Meyer a Bartolomé Mitre, Paraná, 12 de octubre de 1860. Museo Mitre, sección inéditos, 10.093)⁷⁹.

Así, los porteños se encuentran, ya sobre la convención, con la sorpresa del silenciamiento del principal enemigo público de las reformas, con la participación del mismo **a favor** de las mismas junto a Victorica por cuenta de Urquiza, y por si fueran pocos los obsequios, con el mismo Seguí redactando en Paraná, en un periódico puesto a disposición de Mitre, y contrario a los reclamos de los convencionales derquistas, desde la aprobación de pliegos de convencionales impugnados hasta la ratificación de tratados internacionales de la Confederación.

Derqui se encuentra entonces ante un escenario peor que el inicial. Lejos de ganar cercanía con Mitre concediendo el fin del periódico oficial, queda descolocado frente a una maniobra urquicista que lo relega en la búsqueda de tal cercanía, con la desventaja adicional de haber perdido al principal diario de la Confederación (*El Nacional Argentino*), y por si fuese poco, tener que convivir con un diario urquicista en Paraná manejado por el ex redactor del periódico recién cerrado.

Un primer movimiento defensivo fue demorar unas semanas la ya comprometida muerte de *El Nacional Argentino*, manteniéndolo durante la Convención, pero colocando en él un redactor incondicional. Lo obtiene en José Hernández, taquígrafo del Senado y luego Secretario del vicepresidente Pedernera, quien está horrorizado por el avance de Buenos Aires, con experiencia periodística previa (escribía correspondencia para *La Reforma Pacífica*) y por ser quien mejor podría

⁷⁹ Meyer había sido desde 1847 regente de la imprenta del Estado en Santa Fe y mantenía fuertes vínculos con Urquiza y con Seguí desde sus tiempos de ministro en la provincia. En esos días el periódico que redactaba Andrade en dicha ciudad ha cerrado. El editor responsable de *El Correo Argentino* es Jorge Alzugaray, regente por años de la imprenta del Estado en Paraná, que ha sido desplazado por el contrato con Casavalle (esto lo confirman Auza, 1978a y Aníbal Vásquez, 1970). Agrega Auza: "No sería extraño que empleara alguna de las prensas viejas que existían anteriormente en el taller de *El Nacional Argentino* y de la que éste se desprendió a cambio de un nueva que tenía adquirida". También pudo venir la imprenta desde Santa Fe.

llevar la crónica de la Convención, pues se lo adscribió a la misma en su rol de taquígrafo. En la edición del 19 de septiembre se ha eliminado ya la consigna iniciada por Seguí. El 22 aparecía el primer artículo firmado por "Vincha", seudónimo que José Hernández ya había utilizado como colaborador y luego corresponsal de *La Reforma Pacífica*. Vincha polemizaba con El Correo Argentino: "Comunicado. La Convención Nacional no es juez de las elecciones"⁸⁰ [sobre el ingreso de los Convencionales, N del A]. El 28 se publican las notas de descargo de los convencionales Pedro Zaballa y Federico de la Barra, dirigidas al ministro del Interior y al Gobernador de la provincia de San Juan. Concluida la Convención, el diario y el periódico dejan de ser instrumentos monotemáticos, y comienza un ajuste de cuentas más general, que incluye las fórmulas habituales de legitimación y deslegitimación, pero también tiros por elevación hacia los respectivos mandantes. De lo primero el ejemplo clásico debería ser una acusación de ser "redactores oficiales", pero no era posible en este caso, pues el potencial acusador había redactado *El Nacional Argentino* y otros periódicos oficiales mucho tiempo, y hacía apenas unas semanas había abandonado tal rol; no podía llegar tan lejos, por otra parte, porque esto equivalía lisa y llanamente a buscar al mandante como objetivo, esto es, a enfrentar explícitamente a Derqui, cosa que no es lo que Urquiza buscaba, pues su objetivo era, como tantas otras veces, recuperar la lealtad de Derqui una vez anulada toda posibilidad de maniobra independiente. Vedado ese camino, la fórmula de acusación derivó a otra homóloga: acusar al redactor de cobarde o algo peor, por ocultarse tras el anonimato. Sutilmente se agredía a Derqui (dado el cargo de Hernández) sin explicitar la cuestión. El 30 de setiembre Hernández (con su seudónimo: Vincha) escribe:

"Concluiremos por hoy asegurando a "alguien" que no es con la mira poco digna de eludir la responsabilidad de nuestras propias opiniones que usamos de un seudónimo, sino porque él nos pertenece desde mucho tiempo y no tenemos por qué dejarlo; y porque las verdades tienen siempre su valor, lleven o no al pie la firma de quien las dice" (*El Nacional Argentino*, 30 de septiembre de 1860, cit. por Auza, 1978a: 120).

La acusación siguiente era más sustancial, y correspondía a la proveniente del gran demonio de Urquiza: la anulación de la lealtad personal en la pirámide del poder, la aparición de la fracción, o como solía expresarlo el mismo Urquiza con un término hobbsiano, de "*el partido*".

Derqui no podía responder haciéndose cargo de tal acusación, pues no había aún espacio para "el partido" en el interior del país, salvo bajo la forma de la logia semi secreta -como vimos en el caso de Gualeguaychú- o de la lucha facciosa o cortesana. No podía por lo tanto explicitar una división partidaria contra Urquiza. Pero sí podía desligarse de la obligación de lealtad por un mecanismo más sutil cuya fórmula era de uso habitual en la prensa, agregando a ésta el tomarse de un error de la acusación: argumentando que la exigencia de lealtad absoluta del Presidente al caudillo correspondía a un modo "partidario" de pensar (federales-porteños) y sobre todo, perimido y fuera de legitimidad. El 4

⁸⁰ Este dato confirma que *El Correo Argentino* nació entre dos y seis días después de la salida de Seguí de *El Nacional Argentino*.

de octubre publica un artículo en que primero desarrolla la fórmula progresista de rigor⁸¹, pero inmediatamente, arma la respuesta también con una fórmula clásica (todo funcionará si hay obediencia) con la diferencia de que esta vez la legalidad no pertenece a Urquiza: las cosas funcionarán si se obedece al Presidente de la Nación y se deja en el pasado los alineamientos precedentes:

"La incorporación política está efectuada por los Pactos del 11 de noviembre y 6 de julio; la reincorporación administrativa, gubernativa, va a realizarse muy pronto. Para la República se abre una nueva era; una época de paz, de progreso, de actividad mercantil, de desarrollo moral y material. Para la realización de estas vastas esperanzas, para el cumplimiento de las promesas con que nos halaga el presente, existe una mención esencial e indispensable: la estabilidad de las instituciones, el respeto y obediencia a la autoridad ejecutiva, que encargada de la dirección de los destinos del país, le conduce a la felicidad por el camino que le traza la ley. (...) Los viejos partidos han muerto y en la actualidad no podemos aceptar el legado que nos ha hecho la guerra civil; no podemos hacer nuestro lo que ya pertenece a la historia y no debemos pretender como patrimonio legítimo los odios y rencores que fueron a encerrarse en los sepulcros con los que los abrigaban; no podemos hacernos solidarios de los errores a que la exageración de las ideas o la vehemencia de los sentimientos indujo a los dos partidos" (*El Nacional Argentino*, 4 de octubre de 1860, cit. por Auza, 1978a: 121-122).

Formulado de esta manera, se devuelve a Urquiza vía Seguí su argumento invertido: no se crea el partido siendo distinto de Urquiza, pues Urquiza constituye ya un partido, que además planteaba una dicotomía disfuncional a los nuevos tiempos. Era tiempo ahora del surgimiento de partidos nuevos.

Pero no se trataba de que Derqui formase un partido, pues su objetivo -y esto por supuesto ya no lo dice el artículo, lo demuestran sus acciones, de las cuales una fue su política de prensa de no apoyar órgano alguno- era ocupar un lugar suprapartidario de equilibrador, entre fuerzas que no podían prescindir una de otra ni tampoco fusionarse. Pero Derqui no tenía posibilidad alguna de afianzarse en dicho rol. No tenía peso político, económico ni militar propio, y las fuerzas en pugna no eran precisamente dos pequeñas facciones: ambas estaban dispuestas a luchar y a temer una de otra demasiado como para aceptar un empate por agotamiento cristalizado en lo que de tener éxito hubiera sido un remedo ridículo de Luis Bonaparte, lo que en términos de ridículo no es poco decir. El 7 de octubre, en "El Testamento de los Partidos" Hernández insiste:

"Porque los viejos partidos han muerto ya, y los partidos nuevos que se levantan a impulsos y necesidades nuevas y de una vida comercial y civilizada, no les prestarán su apoyo. En nuestra época, las necesidades de la sociedad son otras y otros los fines a que se dirige. Las causas son nuevas, las ideas son nuevas, los propósitos lo son también y no es posible armonizarla con las causas, ideas y propósitos viejos; ni es posible ni cuerdo olvidar lo que corresponde a la sociedad de hoy, para sostener lo que pertenece a una sociedad que pasó" (*El Nacional Argentino*, 7 de octubre de 1860, cit. por Auza, 1978a: 122).

Esto constituía para Urquiza un insulto liso y llano. De modo que la polémica ingresa enseguida a un cauce más clásico: Seguí responde acusando a Hernández de ser la pluma oficial. El 11 de Octubre, en "El Correo Argentino y la Política de dos Caras", Hernández contesta con la fórmula de rigor, tantas veces repetida en *El Nacional Argentino*:

⁸¹ Es buen ejemplo de la poca flexibilidad del formulismo y de las tareas que formaban el horizonte de los mismos, el hecho de que el párrafo es prácticamente idéntico a los de presentación de du Graty cuando estuvo a cargo de *El Nacional Argentino*, y fundamentalmente del mismo Juan Francisco Seguí cuando se hizo cargo del mismo periódico menos de un año atrás.

"Cúmplenos declarar bien alto que nosotros no somos escritores oficiales, que nuestras opiniones en la prensa no son la expresión de los propósitos del Gobierno (...) y que aceptamos desde ahora la responsabilidad de cuanto hayamos dicho (...) nos importa hacer conocer también que por una condición propia de nuestro carácter, no hemos firmado nuestros artículos; pero no porque hayamos pretendido esquivar la responsabilidad (...) [sino] porque él no iba a dar prestigio alguno a nuestras palabras. Pero de hoy en más lo haremos para probar así que somos personalmente responsables de cuanto escribimos. José Hernández" (El Nacional Argentino, 11 de octubre, cit. por Auza, 1978a: 122 in fine).

Como solía suceder en aquel tiempo, la promesa quedó vacía, pues salvo un artículo más firmado con sus iniciales, correspondiente al 16 de octubre, no volvió a firmar en *El Nacional Argentino*. Aumentó la proporción de documentos oficiales, se repitió artículos viejos, y el 25 de octubre se anunció discretamente el cese a partir de ese mismo número:

"...apareciendo en su lugar un *Boletín Oficial*, que aunque de más pequeño formato, contendrá todas las disposiciones oficiales del Exmo. Gobierno Nacional, las sesiones de ambas cámaras, etc. Así mismo destinará una pequeña sección de él a la inserción de las noticias europeas y americanas de más interés, y desde el 1° del entrante noviembre publicará una relación del movimiento comercial de este puerto, tan completa como sea posible obtenerla de los empleados respectivos".

No es un *Boletín Oficial* tal cual se conoce hoy, sino que cumple un rol más completo como prensa periódica; mantiene desde el vamos al menos dos secciones que corresponden a un periódico o diario: revista de noticias europeas y americanas, y relación del movimiento comercial del puerto. Es decir: es *El Nacional Argentino* con un nombre más burocrático y sin la sección editorial ni folletín.

El siguiente comentario de *El Correo Argentino*, citado por Auza, nos ofrece otra muestra cabal acerca de la "independencia" y "coherencia", de Juan Francisco Seguí. Recordemos que el 13 de setiembre había defendido la necesidad de continuidad de *El Nacional Argentino* y la inutilidad de un boletín oficial. Ante la inminente desaparición del diario dice, en cambio:

"Se nos asegura que a consecuencia de la desordenada marcha con que se habían iniciado los redactores de ese diario, el gobierno ha decidido suprimir toda redacción mientras no se encuentre un escritor competente. No podemos menos que aplaudir esta acertada medida que tanto exigía, así el prestigio del Gabinete como el honor y decoro de la prensa"" (*El Correo Argentino*, 23 de octubre de 1860, cit. por Auza, 1978a: 124).

Luego de la Convención, Derqui se dispuso a recuperar el terreno perdido a manos de Urquiza como interlocutor privilegiado de los porteños. En forma simultánea al cierre de *El Nacional Argentino*, promulga un decreto convocando al congreso a sesión extraordinaria cuya apertura sería el 1° de abril de 1861. En el mismo se recomienda que se celebren nuevas elecciones para reemplazar a quienes no reunían los requisitos exigidos por la Constitución ya reformada (Scobie: 1964: 301)⁸².

⁸² La cuestión de los requisitos era precisamente una herramienta de presión política: en numerosas oportunidades se ocuparon cargos en abierta contradicción con los requisitos exigidos. Cuando existía algún conflicto por motivos diversos, esta falta de cumplimiento podía esgrimirse como argumento sin necesidad de tocar explícitamente el motivo central de disputa. Así, Victorica podía ingresar a la cámara sin contar con la edad legal, en tanto du Graty podía ser imposibilitado de ingresar en la misma por no tener completo su trámite de ciudadanía, a pesar de ser teniente coronel del ejército, y funcionario de Confederación.

Una gran cantidad de diputados quedaría debido a esta medida fuera del parlamento, y esto afectaba fundamentalmente al grupo Urquiza, además de dejar a Buenos Aires con el bloque parlamentario más numeroso. El 31 de octubre, seis días después del cierre de *El Nacional Argentino*, escribía Derqui a Mitre que su objetivo era: "...gobernar con el partido liberal, donde están las inteligencias, y por esto tengo que trabajar en el sentido de darle mayoría parlamentaria, sin lo que no podría hacerlo; y tengo la seguridad de dársela"⁸³.

Los acontecimientos que derivaron en el asesinato de Virasoro en San Juan y de su derrocador Aberastain por la intervención federal tensaron las relaciones entre las partes en pugna y se acrecentaron con el riesgo de rechazo de los diputados por Corrientes. El verano de 1860-61 fue tremendamente tenso, dominado por los sucesos de San Juan y por la resistencia al decreto de Derqui sobre los diputados y senadores. Urquiza continuó afirmando su propio poder, y presionando para alejar a Derqui de Buenos Aires.

La cuestión periodística se modificó nuevamente. En la seguridad de que si no se actuaba pronto, los porteños controlarían todas las provincias con los mismos medios empleados en San Juan, Urquiza decidió no dejar un solo flanco abierto. De inmediato hace instalar un nuevo periódico afin en Gualeguaychú: *El Pueblo*, dirigido, redactado y hasta impreso por Eugenio Gómez, sobrino de De María, quien puso en marcha un fragmento de la imprenta de su tío, instalándose con el nombre de Imprenta Entre Riana. El 26 de enero de 1861 aparece *El Pueblo*, periódico político, literario y comercial. El texto de su "programa" de presentación es un tanto más sobrio que los anteriores. No pierde, sin embargo, el formato básico formulario, comenzando precisamente por la afirmación de que el pueblo está harto de programas.

Borques en algún momento sospechó que el programa fuese redactado por Andrade, aunque luego -dice- descartó la hipótesis por no hallarse el futuro poeta en Gualeguaychú por aquellas fechas ¿Tuvo Olegario Andrade alguna relación con este comienzo? Él estaba en Gualeguaychú en enero de 1861, y deseando dedicarse al periodismo. Pero no hay elementos para afirmar que Gómez no haya sido el redactor del programa. No era un mal escritor, se acostumbraba que el director se hiciera cargo del prospecto o programa, y además en caso de que Andrade se dispusiese a escribir el programa, ¿por qué no quedarse en Gualeguaychú? ¿partió a fin de mes a Paraná para ser secretario de Derqui)?

El periódico tenía subvención de Urquiza y la suscripción de los correligionarios, dice el cura Borques, indicando con ello que era igual a todos los anteriores. El formato también se mantenía, y salía dos veces por semana. Eugenio Gómez, no era comerciante ni tenía ocupación independiente del Estado: fue Juez de Paz en Gualeguaychú y "estuvo empleado en la Gazeta [Mercantil] en tiempo de Rosas". (Borques: 92). Fue el redactor único y hasta componía las noticias. Fueron colaboradores los Dres.

⁸³ Carta del 30 de octubre de 1860, AGN Archivo Mitre, VII, 30, citada también por Scobie (1964: 301-302). La carta ha sido muy reproducida y utilizada -en ocasiones abusivamente- para mostrar la presunta mala fe del presidente confederal.

Vicente Martínez Fontes y José Lino Churruarín, que enviaban algunas publicaciones. El editor responsable: José Inocencio Ballesteros, también uruguayo, era empleado de la aduana y con cuñado de Gómez⁸⁴.

El Uruguay, en tanto, funciona espléndidamente y sin problemas. Es el periódico más importante de la provincia; el encargado de comunicar decisiones, desmentir rumores, animar el esfuerzo de quienes llevan adelante el Colegio del Uruguay, etc.

En Paraná, en noviembre y diciembre el único medio es *El Correo Argentino*, que pasa de defender a toda costa la línea de Urquiza a -sin cambiar la posición- dejar aparecer silencios: en esos meses de noviembre a febrero el esfuerzo de Urquiza se concentra exclusivamente en quebrar el nuevo intento de alianza de Derqui con Buenos Aires. Hay por ello suficiente espacio para la ambigüedad que le evite a Seguí problemas, con una constante interpelación a la unidad contra la anarquía, el crimen, etc.

La situación cambia sustancialmente luego del asesinato de Aberastain y de su justificación por Urquiza y luego por Derqui. Para el 6 de febrero las relaciones con Buenos Aires entraban en su punto de máxima tirantez. Urquiza necesitaría entonces reforzar el discurso de su prensa adicta. Pero de inmediato tuvo problemas con Seguí: éste, que desde su colocación como prenda de acercamiento a Buenos Aires vislumbraba un futuro de gloria amado por Urquiza y los porteños, queda totalmente atónito por la situación de San Juan y se esfuerza por mantenerse dentro del discurso oficial coincidiendo momentáneamente con el derquismo, pidiendo que Urquiza se ponga al mando de la situación para evitar que el crimen quede impune (Bosch: 1980: 533). Y aun cuando Derqui se quiebre y pase a hacer la política de Urquiza (de enfrentamiento), cometerá el error garrafal de sostener esa posición unos días más, condenando públicamente el asesinato de Aberastain, y cayendo definitivamente en desgracia.

El general logra que Derqui ceda a sus presiones. Debe optar entre definirse por Buenos Aires (y ser borrado del mapa) o participar en la justificación de los hechos de San Juan (y perder definitivamente todo respeto y contacto con Buenos Aires). Optó por lo último. A comienzos de febrero de 1861 la alianza Derqui-Buenos Aires está muerta. Las semanas siguientes quedarán absorbidas por la inversión de la maniobra derquista sobre las diputaciones: ahora serán los legisladores porteños los impugnados, y luego de ello, recomienza la guerra. Mientras tanto, en la edición de *El Correo Argentino* del 21 de febrero de 1861, se despide de sus lectores, pues del periódico se cierra “por haber cambiado la imprenta de propietarios”. Es el momento del fin político de Seguí. Las cartas que transcribimos a continuación, tomadas del libro citado de Dana Montañó (1986), arrojan algo de luz sobre la cuestión: evidentemente la ciudad estaba, en relación con lo que acostumbraba ver, cubierta de rumores, y

⁸⁴ Este periódico no cesó, sino que fue reorganizado y cambió de título a fines de diciembre de 1861, para adecuarse a las nuevas circunstancias nacionales y provinciales luego de la disolución de la Confederación. Duraría a partir de entonces varios años. Mientras tanto cumple un rol defensivo en beneficio de Urquiza: frenar el avance liberal en la ciudad, asegurar un periódico más en el puerto del sur entrerriano, a fin de actuar sobre Buenos Aires y Montevideo.

Urquiza necesitaba nuevamente prensa de guerra, sin ambigüedad. El tema de San Juan era extremadamente álgido. El 19 de febrero de 1861 el general escribe a su "Estimado amigo Seguí":

"Con toda atención me he impuesto de su interesante carta del día 9, que recién hoy he recibido. Hago justicia a los sentimientos que se la han inspirado y, al contestarle con detención, doyle prueba de la estimación sincera que de Ud. conservo". Dígole así con franqueza, habiendo reprobado la protesta que Ud. redactó y propuso a la firma de los vecinos de Paraná, que el mejor sentimiento, exagerándolo, puede inspirar un exceso. La protesta era injusta en el fondo y exagerada en los términos. Prejuizaba hechos dudosos y resolvía por movimiento popular cuestiones políticas de alta trascendencia, sobre las cuales el Gobierno Nacional ya había procedido. No podían creerse los hechos que se referían a las fuerzas nacionales, por la pasión exagerada de aquellos a quienes el triunfo perjudicaba. Ud. se ha hallado en los campos de batalla para saber que no es fácil contener los desórdenes cuando uno de los contendientes se desbanda bajo las armas de otro.

En cuanto al fusilamiento de Aberastain, hecho que debía caer y había caído bajo quisa y resolución nacional, no necesitaba de los pronunciamientos del pueblo. Cuando fue bárbara y alevosamente asesinado Virasoro y sus compañeros, nadie alzó la voz con la energía de ahora y que secundan los alaridos facciosos de los hombres del Club Libertad, bajo la fe de "*La Tribuna*" y "*El Nacional*" (...) Yo he dicho la palabra oficial de la manera que me corresponde, imparcial y elevada. No en la forma de proclama, que no me incumbe sin caer en la inconsecuencia con mi adhesión al principio de autoridad y a los demás que garante la carta. Creo que esos documentos que han visto ya la luz pública, llenarán sus ideas y satisfarán su interés por mi gloria.

Las pasiones no han de envolverme o arrastrarme a ser su instrumento. Desatiendo los gritos de alarma e indignación exagerada, que se dan a nombre de una facción, que sólo quiere aprovechar una ocasión, arrójense al pie de los tribunales que la ley establece, igualmente los crímenes de uno y otro, sin tolerancia que se quiera por nadie, enarbolándolos en perdón de partido. No necesito yo, para que el país y el mundo sigan reconociendo el mérito de mis hechos, exagerar el odio a los malos hechos ajenos. La generosidad que he exagerado siempre en los combates, y de que Ud. es testigo, me autoriza a elevar una palabra fría, serena y enérgica, en favor de las personas alborotadas de intento. Soy siempre su affmo. amigo y S.S.

Justo José de Urquiza" (Urquiza a Seguí, 19 de febrero de 1861, cit. por Dana Montaña, 1986: 196).

A esta carta, mitad reprimenda y mitad desaprobación y acusación -dice Dana Montaña-, acompañaron acciones muy concretas. Seguí perdió inmediatamente un premio anhelado: la candidatura ofrecida por Urquiza para Senador nacional, que significaba nueve años de tranquilidad económica. También quedó sin periódico donde redactar, y por el contrario, fue blanco sistemático del ataque público y privado en la ciudad, por comentarios y por un nuevo periódico. Tardó más de dos semanas Seguí en contestar nuevamente, con sinceridad, sabiéndose perdido, el 14 de marzo de 1861:

"Mi respetable Sr. General:

Postrado en cama por mi tenaz reumatismo, hace más de 20 días (...) me veo en la necesidad de no postergar más mi contestación a una correspondencia de S.E., en la que se aprecian muy mal mis loables intenciones y se me juzga sin ninguna consideración a mis constantes servicios.

El objeto, pues, de esta carta, **que será la última**, no es la de influir en lo más mínimo en la política de V.E., sino acabarlo de convencer que, si bien soy deferente y hasta débil ante las exigencias de la amistad, soy por otra parte hombre de ideas y convicciones propias, de las que no declino nunca, ni por interés ni por temor.

Desde luego siento que V.E. me obligue a volver sobre mi protesta, declaración o como quiera llamarse. Yo no he dicho a S.E. una palabra de ella en mi carta del 4. Solamente me ocupé del rol que, en mi humilde opinión, correspondía a S.E., asumida en presencia de los bárbaros sucesos de San Juan.

No creí que fuera entrometimiento de mi parte escribir a S.E. en el sentido en que lo hice, inspirado en la amistad y por el sincero y noble interés en la gloria de S.E., tanto más cuanto los malvados escriben tanto con sus siniestros designios, atacando a los hombres de bien, para obtener de ellos la limosna de oro, los empleos que yo profundamente desprecio, a pesar de ser nada próspera mi situación. S.E., sin embargo, ha creído más acertado el pronunciamiento que revelan los documentos oficiales publicados en el "*Uruguay*", y yo, que cumplí con el deber de amigo, cúmplolo hoy con otro, más ingrato aún, cual es el de declarar a S.E. que a mi no me han satisfecho esos documentos en su fondo, y menos aún, en su forma, y que a este respecto he gustado mucho más de la nota del Sr. Derqui al gobernador de Buenos Aires. S.E. no podrá atribuir a pasión por el Sr. Derqui esta clasificación y acabará por hacerme justicia allá en lo más profundo de su alma, aunque intereses o exigencias del momento le obliguen a pronunciarse contra mí y hacerme zaherir por la prensa, pues, según aquí se dice, es (ilegible) de S.E.

que se me insulte diariamente en los papeluchos de esta capital, bajo la protección de S.E., el Sr. ministro de guerra y marina, Gral. Don J. José (ilegible) (...) no sería franco si no manifestara a S.E. cuán profunda y amarga es la decepción que experimento al verme (ilegible) por una gavilla de pordioseros, y que esta gavilla reciba la protección y dinero de V.E. para tan villanos fines. Yo no puedo creer que V.E. designe a los ciudadanos que deben ser injuriados.

Tampoco me limito a quejarme que S.E. coopere con sus recursos a la existencia de estos pasquines desvalorizados y anárquicos, por lo que respecta a mi persona. El interés de todos los ciudadanos honrados de este pueblo es el comprometido, y como todos creen que S.E. protege a esta canalla que se titula federal, a pesar de que su bandera es de *colorado sucio*, como muy espiritualmente dice el Dr. Victorica, todos ellos se callan y sufren con la resignación del vencido (...) Tengo en mi poder, no una sino varias cartas originales, algunas de ellas de personajes que presenciaron la muerte del Coronel Virasoro, y de estas cartas y de la exposición verbal de testigos oculares y de otros datos, se deduce que las tropas de San Luis han eclipsado las hazañas de los indios de la Pampa.(...)Tengo, pues, evidencia moral sobre los sucesos que motivaron mi protesta y no creo que haya hombres de sentimiento en el mundo convencido, como lo estoy, de la triste realidad de esos hechos, que no clamen contra los que matan prisioneros o saquean pueblos.(...)

V.E. extraña que no haya protestado contra los autores de la muerte del Coronel Virasoro. (...) Es un hecho que el gobierno del Sr. Virasoro era insoportable y tiránico. Sobre este punto estaban conformes los hombres de todos los partidos de San Juan. Tengo pruebas a la mano y son datos escritos por federales. Ahora bien, Virasoro no podía ser acusado ante el Congreso Nacional, según la constitución reformada. No quedaba entonces otra alternativa a San Juan que sufrir indefinidamente a su gobernador opresivo y desesperarse o apelar a la insurrección. Hizo lo último, y, si tal insurrección no podía justificarse en la letra de la Constitución, la razón natural, la justicia eterna y el incuestionable derecho de la sociedad, excusaban por lo menos el procedimiento de los ciudadanos de San Juan. (...) Su excelencia me dirá que tampoco era necesaria una protesta para que el Gobierno Nacional averiguase y castigase a los autores (...) Pero cuando ví que la noticia de haber muerto dos Argentinos era celebrada en esta Capital con cohetes, y algazara por los nacionales de cuño falso, por parecerme un deber de conciencia anatemizar lo que semejantes hombres aplaudían y celebraban como gloria de la Patria, no siendo sino una nueva llaga abierta por las pasiones de sus hijos. Por lo demás, ¿qué culpa tengo yo que algunos exploten los acontecimientos de San Juan y los hagan jugar como arma de partido, si nadie puede enrostrarme que yo los considere bajo esa faz? (...)

Se me escribe aquí que, a consecuencia de mi protesta, S.E. ha mudado de parecer y ha recomendado en mi lugar para senador por esta capital a D. Baldomero García. Como el que esto me escribe no es hombre de intrigas y, por otra parte, es muy natural que V.E. influya en favor de los que le protestan a conformidad de ideas, no he trepidado en creerlo: sólo sé que hubiera deseado ser sustituido por otra cosa mejor, y no por ese monumento derruido de las miserias políticas de la República (...)También se me ha escrito que S.E. ha hecho comprar por su cuenta la imprenta del "Correo Argentino", con el solo y único objeto de que yo no lo comprase, y para que continuase el papelucho "La Luz" que por ella se publica. El que hizo a S.E. el chasque para escribirle ese embuste es un personaje que entiende su papel y quiere representar otro. Es falso que haya pensado comprar imprenta, pero ni aún contribuir con alguna cuota, porque mis circunstancias no son para eso. Es probable que algunos ciudadanos hayan pensado reunirse para comprar esa imprenta, con el solo y único objeto de defenderse de los vejámenes que diariamente reciben de los que protege el Sr. ministro de Guerra y Marina, y es probable también que contara conmigo para que escribiese algún artículo. Esto es lo que ha podido suceder y nada más. Sobre todo, lo demás, Sr. General, encomiendo al tiempo el encargo de demostrar si mis votos sobre el rol que compete a S.E. han sido o no equivocados y, al terminar esta correspondencia, que juro a S.E. inicié con la más sana, justa e imparcial de las inspiraciones de un amigo, sólo me resta reiterar a S.E. mis respetos, como que soy de S.E. muy atto. y s. s. Juan Francisco Seguí" (Seguí a Urquiza, 14 de marzo de 1861, cit. por Dana Montaña, 1986: 191).

Con este rompimiento definitivo de relaciones, Juan Francisco Seguí queda liquidado en sus posibilidades de obtener un empleo de algún tipo en Entre Ríos. El escriba, muy presionado, enfermo, con perspectivas de una muerte pronta, se sincera por completo y pinta muy duramente lo que ve (lo cual no necesariamente es verdad). Un acto de independencia lo liquidó. Ahora sólo le queda desahogarse en privado. El 15 de marzo escribe a Juan María Gutiérrez lleno de amargura:

[Sospecha que sus anteriores fueron interceptadas] "desde que sí me tienen por Dulcámara, salvaje unitario, liberto, etc., etc., mis cartas llegan con dificultad a sus títulos. (...) Cada día que pasa me parece más acertado el paso de V. de salir de este infierno. En el momento en que yo pueda vender mi casa haré otro tanto" (Seguí a Juan María Gutiérrez, 15 de marzo de 1861, AGN, Archivo Juan María Gutiérrez, 1979;: 248).

En otra carta -del 9 de abril- se queja de no poder irse, como él (cit. en AGN - Archivo del Dr. Juan María Gutiérrez, 1979: 248). Finalmente marcha a Buenos Aires, donde escribe unos apuntes que titula “Memoria para servir a la historia de la revolución del 1° de Mayo de 1851, y consecuencias de esa revolución” en las que trata con desprecio a Urquiza y su rol en los eventos. Pero Seguí está gravemente enfermo. La letra de la memoria se va tornando temblorosa y difícil, y su texto llega apenas hasta 1852. Lo alcanza la muerte en 1862. Y la *Memoria* queda inédita hasta su publicación por Dana Montañó (1986).

Luego del defenestramiento de Seguí, el periódico *La Luz* continuó su edición, al menos hasta abril. El 5 de este último mes escribe Victorica -quien está armando el grupo de diputados que garantizará el rechazo de la representación porteña- a Urquiza:

"Desearía que *El Uruguay* no fuera muy violento, hoy que está de General en Jefe. Para eso están los guerrilleros - *El Correo*, *La Luz*, *El Progreso*, *La Confederación*. Al *Uruguay* le toca ser grave y firme con altura y sin debilidad ya que todo el mundo tiene por inspiración de V.E. todo lo que en él se escribe" (Victorica a Urquiza, cit. por Bosch, 1994: 81)⁸⁵.

La Luz y La Soberanía del Pueblo

En esta fecha aún no se editaba *La Soberanía del Pueblo*, en tanto sí se editaba *La Luz*, de cuyos ataques se quejaba amargamente Seguí. Esta última, a juzgar por el contenido de las cartas, era proclive a Urquiza. Giménez (1906) aporta los nombres de los redactores de *La Luz*: Fermín de Irigoyen, Andrés González del Solar y Adolfo Cordero, emigrados porteños, los tres de familias patricias ampliamente comprometidas con Urquiza.

Auza afirma que "... aún se editaba *El Correo Argentino*, cuando apareció *La Soberanía del Pueblo*, que figuraba como ‘periódico político’ y que redactaba Jorge Alzugaray" (Auza, 1978a: 125). Sin embargo, resulta notable que no se mencione *La Soberanía del Pueblo* en ninguna carta durante el período de publicación de *El Correo Argentino*, ni tampoco en el reconocimiento que hace la *Revista del Paraná* (tomo 2, página 5, agosto de 1861) a los periódicos que reprodujeron su prospecto en febrero de ese año (como sí se reconoce a *El Correo Argentino*, *El Pueblo* de Gualaguaychú, *El Eco del Litoral*, *El Uruguay* y el *Boletín Oficial*, esto es, a la totalidad de la prensa entrerriana del momento, además de muchos otros periódicos de Argentina y Uruguay. Se menciona, en cambio, a “*La Soberanía del Pueblo*, *El Paraná* y *La Luz*, que han anunciado la aparición sucesiva de las entregas, con palabras más o menos animadoras”. Por su parte, los acuerdos del gobierno con Casavalle utilizaban en los documentos los periódicos existentes como referencia. Y la comparación

⁸⁵ No he tenido vista de esta carta, que cito de Bosch (1994). No sé si la referencia al *Correo* es atrasada (*El Correo* había cesado el 21 de febrero) o si se trata -por errata del escribiente o de transcripción- de *El Pueblo* (de Gualaguaychú, que completa el panorama de periódicos afines en la región).

con *El Correo Argentino* y *La Soberanía del Pueblo* fue consecutiva en el tiempo y no simultánea. Ninguna carta de época que hayamos visto cita a ambas simultáneamente.

Lo más probable es que tras el cese de *El Correo Argentino* en febrero, le haya sucedido *La Luz*, y que a ésta le sucediese *La Soberanía del Pueblo*, con redacción de Juan Francisco Monguillot, quien se encontraba en Santa Fe desde mediados de año y pasa al Paraná en julio luego de escribir a Urquiza poniéndose a disposición del general. Continuaba, efectivamente, Alzugaray (ex regente de la Imprenta del Estado) como editor y tipógrafo, también hombre de confianza de Urquiza, en tanto que Andrés González del Solar, redactor de *La Luz*, quedó a cargo -superado al menos momentáneamente el enfrentamiento Derqui-Urquiza- de redactar el oficialista *El Paraná*, cuando Andrade partió al frente acompañando -en su rol de secretario- al presidente, lo cual torna más improbable aún la supervivencia de *La Luz* hasta junio. De todos modos, aún en la confirmación de esta hipótesis (el carácter consecutivo de los tres periódicos urquicistas de 1861), es claro que a partir del 1° de mayo y hasta la clausura general de periódicos en octubre, existe en Paraná una simultaneidad de publicaciones: el periódico derquista *El Paraná* (desde el 1° de mayo, a cargo de Olegario Andrade), el periódico urquicista con sus sucesivos nombres (además de *La Patria Argentina*, de Carriego, incorporada en los últimos días de la Confederación), la *Revista del Paraná* (mensual, entre febrero y septiembre) y el *Boletín Oficial*, que como hemos indicado, poseía algunos contenidos periodísticos.

La Revista del Paraná

El ambicioso proyecto de la *Revista del Paraná* (publicada entre febrero y septiembre de 1861) merece especial atención por tratarse de un esfuerzo extraordinario por construir un campo intelectual suprafaccional evitando el faccionalismo y la tentación guerrerista de los escritores. Su aporte fue significativo no sólo por la producción que logró en esos meses, sino porque constituyó el punto de partida de una experiencia que continuó en Buenos Aires a partir de 1863, con un éxito contundente en las décadas siguientes.

La importancia de esta revista no puede subestimarse, en tanto marca un punto de inflexión en la historia de la cultura y de las revistas intelectuales, con influencia sobre las que le siguieron durante medio siglo más. Pero aquí se aborda esta revista con algún detalle por lo que ejemplifica: el intento -tardío, con la Confederación en crisis- de innovar tanto en el régimen de propiedad de los periódicos, como en producir un periodismo a salvo de las divisiones faccionales, capaz de aportar a la construcción de una identidad intelectual común a provincianos y porteños, tanto en sus contenidos, como en el ámbito de producción y circulación de las ideas.

Los esfuerzos por constituir espacios de pertenencia y disenso habían brindado tenues resultados que aún constituían la excepción y se expresaban sólo al interior de cada uno de los dos grandes

proyectos entonces enfrentados -La Confederación con capital en Paraná y el Estado de Buenos Aires- pero no establecían aún territorios comunes entre ellos. La literatura, la narración de la historia reciente, la jurisprudencia, los discursos orientadores como mitos de destino, estaban todos sujetos a las facciones político/militares. Unas pocas obras literarias y un lento crecimiento de espacios de pluralidad aparecían como patrimonio costosamente logrado en los tiempos de aparición de la *Revista*, en los que aún reinaba el fantasma de la guerra civil y la aniquilación de la diferencia en contraste y pugna con los espacios logrados.

En ese contexto, la convergencia en Paraná de Vicente Quesada y del impresor Carlos Casavalle habilitó la nueva experiencia. Proveniente de la generación de jóvenes porteños integrada por Victorica, Monguillot y Navarro Viola, Vicente Quesada había hecho, al momento de fundar la revista, un recorrido importante en la carrera de funcionario confederal⁸⁶. Casavalle, por su parte, había llegado a Paraná a mediados de 1860, con objetivos comerciales asociados a su condición de tipógrafo, librero y editor periodístico. La efímera paz entre Buenos Aires y la Confederación lograda luego de la batalla de Cepeda y el viaje posterior a Buenos Aires del presidente Derqui y del jefe del Partido Federal Don Justo de Urquiza, le permitieron contactarse y lograr la concesión de la imprenta oficial en Paraná, instalando no sólo su moderno equipo tipográfico sino también su librería.

La revista comenzó a aparecer, mensualmente, en febrero. No podía ser peor el momento: una revista de aglutinamiento e identidad intelectual en el instante en que el Estado se fractura y Paraná se halla a punto de dejar de ser la capital. No podía ser mejor, por otra parte, la intención: una publicación de contenido cultural e intelectual alto, que incite al debate abierto, libre de pertenencias faccionales, que se autosostenga y que colabore en la construcción de una identidad cultural e intelectual nacional. Esto quedó explicitado desde un comienzo en el prospecto:

"Al fundar en esta ciudad una revista mensual de historia, de literatura, de legislación y economía política, tenemos por objeto reunir en una publicación regular y sistemada, los trabajos serios o amenos de todos los argentinos, propendiendo a la difusión de las ideas provechosas, cualesquiera que sea el color político de sus autores y la actitud que asuman en la política militante. Creemos que la Revista será un medio eficaz para propender a la formación de un círculo literario nacional, que se consagre preferentemente al estudio de nuestro país y lo dé a conocer en todos sus aspectos; que preste a la historia, literatura y legislación americana una atención especial, poniéndonos al corriente del movimiento intelectual de las repúblicas Hispano-americanas. Fundamos esta revista, además, porque estamos convencidos que es necesario desviar en lo posible a las inteligencias argentinas de la polémica ardiente y apasionada de la prensa política, estimulando el estudio de la historia de cada una de las provincias argentinas, propagando las producciones de nuestra naciente literatura, propendiendo a las investigaciones arduas de nuestra legislación, y a la propagación de las buenas doctrinas de economía política (*Revista del Paraná*, Prospecto: 1).

⁸⁶ Poco después de Caseros, siendo empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores, pasó Quesada a desempeñarse como secretario del Gobernador de Buenos Aires, Dr. Vicente López y Planes, momento a partir del cual formó parte del mundo político de la Confederación. Tuvo oportunidad de recorrer el interior del país en el año 1853, luego de una fallida misión diplomática a Bolivia en que acompañaba a Ángel Elías, y en 1856 fue electo diputado nacional por la provincia de Corrientes, en la que poco después se radicó, colaborando con la administración del Dr. Juan Pujol como ministro y como redactor del periódico *El Comercio*, que editaba por ese entonces el impresor Pablo Coni bajo financiamiento del Estado. Concluido el mandato de Pujol acompañó a éste a Paraná, colaborando con él en el Ministerio del Interior y actuando como legislador por la provincia de Corrientes.

La tarea planteada -explícita o implícitamente- para la construcción del campo intelectual en la época de la organización nacional no era menor: superar las facciones protegiendo temas y objetivos comunes entre quienes deberían considerarse adversarios y no enemigos, contribuir a un relato de origen y de sentido común abarcador de nuestra nacionalidad y de su lugar en el mundo -generando con ello tanto el esfuerzo de una literatura como de una historia y geografía nacionales- constituir en tema de debate la consolidación de la racionalidad jurídica -expresada como instituciones estables, reglas explícitas y públicas y tipos jurídicos cerrados- abrir cauce a la economía política como ámbito temático y programático común (al menos en cuanto a los "grandes temas": inmigración, moneda, crédito y bancos, vías de comunicación, instituciones de Estado permanentes). Constituir estos imprescindibles espacios comunes en tiempos en que el periódico aún se asociaba con el Estado o con la facción, podía ser, en la visión de Quesada, tarea histórica inicial de las revistas. Alberdi lo hacía notar en carta a Quesada:

“Las Revistas son una publicación indispensable donde quiera que haya prensa libre. No pueden ser suplidas por los diarios, cuya índole, asuntos favoritos, tono, todo es peculiar y diferente. Los dos géneros se completan mutuamente, lejos de dañarse.” (*Revista del Paraná* N° 7, agosto de 1861).

Preparada con varios meses de anticipación, la *Revista del Paraná* mostraba desde su primer número evidentes señas del gran esfuerzo realizado y de la calidad lograda: impresión esmerada y cubierta con tapa color; tirada de 600 ejemplares -que sería por cierto desbordada ya en el primer número-, aceitado y amplio sistema de distribución, suscripción y corresponsalías, y un plantel de colaboradores de lujo para su época, sólo limitado por los nubarrones de guerra civil que nuevamente arreciaban, y que impidieron el acercamiento del grueso de los intelectuales porteños, provocando, además, dificultades de abastecimiento de papel y otros insumos. A partir de mayo de 1861, además, la imprenta estuvo cumpliendo funciones a ritmo febril: Casavalle contaba con el contrato del *Boletín Oficial*, otro contrato para imprimir el recientemente fundado *El Paraná*, encargado por el Presidente Derqui a su propio secretario -el joven Olegario Víctor Andrade- para disponer de una voz oficialista en momentos en que la guerra se había declarado.

Se producía así, como en Buenos Aires en 1822, un ejemplo canónico de un Estado y una sociedad civil aun no consolidados: el mismo concesionario del Estado debía ocuparse de los contenidos del órgano oficial de publicación de los actos de gobierno (el *Boletín Oficial*), de un periódico político financiado por el Estado y redactado por el secretario del Presidente pero constituido en voz partidaria orgánica pero “privada” de la posición presidencial (*El Paraná*), y de un esfuerzo de constitución de un campo intelectual autónomo, con temas a resguardo de las luchas partidarias (la *Revista del Paraná*). Pero la *Revista* pudo salir adelante a pesar de todas estas dificultades, mientras existió la Confederación, logrando cumplir su compromiso de pluralidad y no-partidismo.

No fue posible, en cambio, agrupar a todos los intelectuales: en medio del clima de tensión

político/militar, faltaba la plana mayor de la intelectualidad porteña: Sarmiento, Mitre, López, los Varela, incluso urquicistas como José Mármol. El plantel de colaboradores era de todos modos excelente, y pudieron confirmarlo los lectores con el correr de los números. Respecto de la presentación gráfica, Quesada había prometido en el prospecto:

“La Revista del Paraná saldrá una vez al mes, se compondrá de un volumen de 60 páginas en cuarto mayor, esmerada impresión y buen papel; cada entrega llevará su cubierta de papel de color, y cada semestre se publicará el índice general de las materias publicadas y una carátula para su conveniente encuadernación” (*Revista del Paraná*, Prospecto: 1, febrero de 1861).

Todos estos compromisos fueron cumplidos. Se garantizó el máximo de calidad y legibilidad del material, que aún hoy puede leerse cómodamente en los repositorios en que aún existe. Se presentaba en su totalidad a dos columnas, y su numeración, acorde con la función asignada a las revistas culturales de su época, era correlativa. El número uno se hallaba paginado del 1 al 60, y el número 2 comenzaba en la página 61. De este modo y de acuerdo con el plan de suscripción, al finalizar el primer semestre, se entregaba un índice general de los seis números, completándose así un volumen de 360 páginas que podía encuadernarse como libro. La suscripción no era cara en comparación con otras publicaciones de este tipo: costaba “...un peso en la capital y en todas las provincias. En Buenos Aires veinte pesos papel que se pagarán al recibir cada entrega”.

La tirada normal de la revista, de 800 ejemplares aproximadamente contando la reimpresión, no tenía posibilidad de colocarse considerando exclusivamente a Entre Ríos como mercado lector. Por ello se proponía lograr un fuerte respaldo de los gobiernos nacional y provinciales, además de la suscripción por la mayor parte de la capa dirigente de funcionarios en la Capital y una aceitada red de colaboradores que permitiese obtener suscriptores en otros puntos de la república y países hermanos de Sudamérica, y muy especialmente, en el apetecible mercado lector de Buenos Aires una vez superadas las barreras “de partido”.

Al finalizar el primer semestre de edición se publicó la lista total de suscriptores, que era de 653, suscritos por un total de 737 ejemplares. De ellos eran entrerrianos 376, por un total de 427 ejemplares. Es decir, el 57,9 por ciento del total de los ejemplares suscritos quedaba en Entre Ríos. Sumadas a Entre Ríos las otras provincias litorales (Corrientes y Santa Fe), se totaliza el 80 por ciento de la suscripción. Esto hablaba a las claras del importante desarrollo del espacio lector en la región, y del respaldo que había brindado Urquiza al periodismo, la educación y la cultura. Pero marcaría, sin embargo, un frente de dificultades por venir y que tendría mucho que ver con el cierre de la revista: el grueso de la suscripción estaba compuesto por el funcionariado estatal del gobierno nacional y por los gobiernos litorales. La crisis y caída de la Confederación provocaría en breve una crisis de suscripción por el corte de la cadena de pagos (pues se atrasó el pago de sueldos). Además, las enormes dificultades de distribución y muy especialmente de cobro en un territorio de baja densidad

poblacional, pocos y malos servicios de correos y caminos. Y por último, la dependencia de la imprenta de los contratos estatales.

La revista, cumpliendo los objetivos planteados en el prospecto, se dividió canónicamente en cuatro secciones: Historia, Literatura, Jurisprudencia y Economía Política. La de economía fue la sección menos desarrollada, pues solo aparecieron tres artículos totalizando 14 páginas sobre un total de 480 - es decir, menos del dos por ciento- en los ocho números. Las dos principales secciones fueron Historia y Literatura. Tuvieron un desarrollo relativamente parejo, ocupando la de historia 200 páginas -41.7 por ciento- la de literatura 193 -40 por ciento- y la de jurisprudencia, finalmente, (restando el prospecto y el índice) las 72 restantes, el 15 por ciento. La de historia fue, además, especialmente extensa debido a la necesidad de transcribir en detalle documentos históricos completos, en tanto en la de literatura se incluyeron algunos estudios biográficos y especialmente los trabajos geográficos referidos a provincias y regiones de América. El mismo Quesada anunció en el N° 2 que la sección de Historia recibiría atención preferencial, pero fue la de literatura la que presentó mayor variedad de producción.

Los artículos de historia fueron abordados por el Dr. Pujol, ex jefe, amigo y protector de Quesada, por Benjamín Victorica y otros funcionarios, que se ocuparon de la historia de sus respectivas regiones (Ojeda y Moyano, 2003). En el caso de Victorica:

“Los apuntes que iniciamos para servir a la Revista del Paraná [dice Victorica] tienen por objeto salvar datos útiles a la historia de esta Provincia, del peligro de que desaparezcan con documentos que existen inéditos, según creemos. Sin pretensiones por nuestra parte, y aprovechando momentos de ocio, simples narradores, nos limitaremos a copiar, o extractar casi siempre, con exactitud, los documentos que hemos tenido ocasión de estudiar al dar forma a esta breve crónica, que puede completar la que publicó en el Uruguay, hace cuatro años, nuestro geógrafo Martín de Moussy” (*Revista del Paraná*, T. 1, N° 3: 130).

La sección se ocupó de temas americanos, relaciones con el Brasil, la extensión del idioma quechua, exploración de Magallanes, presencia vikinga en Canadá, etc. Se abordaron figuras históricas respetadas por todas las facciones, como Güemes o el Almirante Brown. Se sumaron pronto las plumas de todos los intelectuales que ocupaban funciones en otras provincias de la Confederación: Damián Hudson, Ramón Ferreyra, Jerónimo Espejo, José Tomás Guido, etc. Una figura de oro en la sección de literatura fue la señora Juana Manuela Gorriti. Quesada la presentó como colaboradora en el número 2:

“Empezamos a publicar en este número el precioso episodio histórico que con el título que encabeza estas líneas, ha publicado en la ciudad de Lima la Señora Doña Juana Manuela Gorriti, natural de Salta, e hija del General Gorriti. Nos abstenemos de recomendar su lectura que sabrán apreciar nuestros suscriptores; pero cumplimos el grato deber de recordar que el episodio que va a leerse, es escrito por una argentina, cuyas vicisitudes y belleza formarían una novela interesante. La Señora de Gorriti vive hoy en la Capital del Perú, con el producto de sus apreciados y notables trabajos literarios; desde la distancia y sin conocerla, hemos sentido profunda simpatía por sus dolores y mucho interés en la lectura de su escrito” (*Revista del Paraná*, T. 1, N° 2: 80).

En la sección de literatura se destacaron las colaboraciones de Juana Manuela Gorriti, enviadas desde Lima, de Francisco Bilbao, desde Buenos Aires y diversos trabajos de Quesada, Elías, Guido Spano,

etc. Pero si Bilbao pudo jerarquizar la revista desde Buenos Aires con sus contribuciones en lingüística y literatura de los pueblos originarios de México, Bolivia y Perú, la revista no logró siquiera un atisbo de colaboración -probablemente porque tampoco los invitó- de los intelectuales porteños que militaban en el partido liberal, como Mitre, López, Sarmiento, Frías, Domínguez, etc.

Los artículos alcanzaron alto rango y fueron en algunos casos de vanguardia, incluyendo documentación inédita, reflexiones históricas, esbozos de debate, compilación de artículos geográficos sobre el interior del país, valorización ante el público argentino de la persona y obra de Juana Manuela Gorriti, un poema avanzado para su época del joven y recién retornado al país Carlos Guido Spano, además de cumplir cabalmente el compromiso de una publicación de calidad orientada al espacio intelectual por encima de las luchas “de la política militante”. Algunos planteos problemáticos como el sugerido por Bilbao en filología eran estimulantes y acordes con el nivel del debate intelectual de su época en el mundo occidental. Incluso en la más humilde labor de intercambio, de formación de un “estado de la cuestión” y de reproducción de materiales, la sola mención de los participantes que logró incluir la revista inspira respeto. Entre los medios de los que se reprodujo material hallamos también un criterio de calidad y apertura, aunque también limitado, como el de colaboraciones, por el alcance de la red de contactos de Quesada y por la imposibilidad de superar la barrera del conflicto civil en ciernes. Faltaban por ello reproducciones de material proveniente de los escritores porteños y sus contactos. Las 360 páginas del primer tomo, al cumplirse los seis meses de edición, se cierran con un índice completo del contenido. Al presentar el número 7, que comienza su numeración nuevamente con la página 1, abriendo el segundo tomo, la ocasión era propicia para un recuento y balance:

“Al fundar la Revista del Paraná decíamos en el prospecto esta palabras: ‘no estamos desanimados, vamos a hacer este esfuerzo, porque abrigamos la esperanza que el pueblo de la República protegerá las sanas tendencias de la Revista’; y así ha sucedido, las listas de suscripción que publicamos como un homenaje de agradecimiento a la protección del país, es un testimonio inequívoco de la favorable acogida que han encontrado nuestras tendencias” (*Revista del Paraná*, T. 2, N° 7: 1).

Sin embargo, en el mismo texto continuaba Quesada:

“...no hemos cesado, ni cesaremos de propender a la mejora de una publicación difícil de suyo, que ha nacido en medio de una crisis política, que vive en momentos en que los medios de comunicación se han interrumpido, haciendo más difícil y costosa la remisión de las entregas y el cobro de la suscripción. Sin embargo, haremos cuanto dependa de nosotros para asegurar la vida a esta publicación y para corresponder al decidido apoyo del pueblo, el más apetecido para nosotros, el más noble y más honroso” (*Revista del Paraná*, T. 2, N° 7: 1).

Otros asuntos fueron aún más dificultosos, sobre todo aquellos orientados a lograr un alcance verdaderamente nacional en la red de colaboradores con presencia de miembros de todos los partidos:

“El pueblo que sostiene publicaciones de este género, revela ya necesidades cultas del espíritu, pues mantienen un periódico ajeno a los intereses de los bandos políticos y a la lucha apasionada de los partidos. Los suscriptores pertenecen a todos los colores políticos, y creemos haber sido leales a nuestro prospecto, manteniendo la Revista

prescindente de la política militante (...) Invitamos por medio de circulares a todos los hombres que creíamos capaces de ayudarnos, prescindiendo absolutamente del partido político a que pertenecían; sentimos decirlo, las pasiones políticas han dominado a muchos, que no han querido escuchar nuestra invitación. Ingenios notables han permanecido indiferentes a nuestro llamamiento, absorbidos por la lucha. Decimos esto, para que no se crea que hemos hecho exclusión de nadie, cuando se note que faltan entre los colaboradores algunos literatos argentinos que figuran con honra en la república de las letras” (*Revista del Paraná*, T. 2, N° 7: 1).

Fue ésta una de las dificultades mayores: a seis meses de iniciada la publicación, no se lograba evitar entre los escritores porteños la sensación de que se trataba de un emprendimiento del Estado confederal. A esta carencia Quesada no sólo le hizo frente explicitando la situación ante sus lectores, sino también mostrando un listado de colaboradores que -dadas las circunstancias descritas- mostraba un éxito no menor, aunque confirmativo de que no lograba trascender los límites del espacio de militantes y simpatizantes de la causa. En Paraná: Ramón Ferreira, Baldomero García, Manuel Lucero, Nicolás Calvo, Juan Francisco Seguí, Fernando Arias, Gerónimo Espejo, Eusebio Ocampo, Facundo de Zubiría, Manuel Leiva, José María Zuviría, José Francisco López, Carlos María de Viel-Castel. En el resto de Entre Ríos: Benjamín Victorica, Ángel Elías. En Buenos Aires. Francisco Bilbao, José Tomás Guido, Miguel Navarro Viola, Emilio de Alvear, Damián Hudson. En Corrientes: Juan Pujol, José María Rolón, Miguel Vicente López, Juan Nepomuceno Alegre. En Santa Fe: Avelino Ferreira, Evaristo Carriego, Manuel A. Pueyrredón. En Córdoba: Ramón Gil Navarro. En Tucumán: Juan Elías. En Salta: José Manuel Arias. En Jujuy: Manuel Padilla, Daniel Aráoz y José Benito Bársena. En Catamarca: Benedicto Ruzo y Mamerto Esquiú. En La Rioja: Nicolás Carrizo. En Mendoza: Fernando Urizar Garfías. En otras repúblicas sudamericanas: Juana Manuela Gorriti en Perú; Gregorio Beeche, Juan Ramón Muñoz, Manuel Guillermo Carmona y Benjamín Vicuña Mackenna en Chile; Alfredo Marbais du Graty en el Paraguay, José Vázquez Sagastume en la República del Uruguay. En Europa se contaba con:

“... el conocido y estimado escritor sud-americano don J.M. Torres Caicedo, redactor de la parte política del Correo de Ultramar, quien ha tenido la bondad de aceptar nuestra invitación y nos dice en carta datada en París a 22 de abril último, estas palabras. ‘No fallaré en excitar a los literatos y publicistas americanos para que envíen a usted sus producciones. Usted y yo estamos de acuerdo en la idea capital de reunir intelectual, política y comercialmente a los Estados de la raza latina-americana’. El Doctor don Juan Bautista Alberdi en carta datada en París a 23 de abril último nos dice: ‘tendré mucho gusto en remitirle todo lo que yo crea que puede ser útil a la Revista, de las cosas que aparezcan en la prensa de Europa.’” (*Revista del Paraná*, T. 2, N° 7: 2).

Completaba Quesada su esfuerzo por demostrar el máximo de amplitud en su convocatoria, prometiendo la extensión de la red de colaboradores en países de América, aclarando además:

“Para dejar en libertad a los numerosos colaboradores con que contamos, hemos establecido por base: La redacción no es colectivamente responsable de las ideas o principios contenidos en los diversos artículos de la Revista, cada cual responde de lo que lleva su firma, por cuya razón no aceptamos el anónimo (*Revista del Paraná*, T. 2, N° 7: 2).

Otro modo de presentar la repercusión amplia que tuvo la revista fue el de mostrar sus ecos en la prensa nacional y extranjera, que “...se ha mostrado interesada en la prosperidad de la Revista, con

muy raras excepciones...”. En este caso sí pudo darse el lujo Quesada de dar cuenta de repercusiones al otro lado del Arroyo del Medio:

“...aprovechamos la oportunidad de dar las gracias a los periódicos y diarios siguientes que reprodujeron nuestro prospecto: *El Correo Argentino* (Paraná), *El Boletín Oficial* (Paraná), *El Uruguay* (Concepción del Uruguay). *La Crónica Oficial* de Corrientes, *El Eco de Entre Ríos* (Guaquaychú, era este un periódico favorable a Buenos Aires), *El Pueblo* (Guaquaychú), *El Imparcial* y *El Eco Libre de la Juventud* (Córdoba), *El Eco del Norte* (Tucumán), *El Ambato* (Catamarca), *La Tribuna* y *El Nacional* (Buenos Aires), *El Salteño* (Salto), *La Patria* (La rioja), *La Prensa Oriental* y *La Nación* (Montevideo). Entre estos diarios mencionaremos también a *El Progreso* (Rosario), a la *Revista de Sud América* (Chile), y a la vez a *La Soberanía del Pueblo*, a *El Paraná* y *La Luz* (Paraná) que han anunciado la aparición sucesiva de las entregas con palabras más o menos animadoras”.

Agradeciendo a todos estos periódicos, concluía Quesada deseándoles “...prosperidad, cualesquiera que sea el color político que representan” (*Revista del Paraná*, T. 2, N° 7: 2-3).

Un tema fundamental para la supervivencia de la *Revista* era el logro de suscripciones oficiales. Por ello, aprovechó Quesada la oportunidad para destacar la respuesta de los diversos gobiernos. En primer lugar, la del Gobierno de la Provincia de Entre Ríos, a cargo del general Urquiza, que contestó con una carta elogiosa, que Quesada transcribe, y una suscripción por veinticinco ejemplares. El Gobierno de la Provincia de Buenos Aires se suscribió por diez ejemplares. El de Corrientes, por veinte, y adjuntando una nota también muy conceptuosa firmada por el Gobernador. El Gobierno de Santa Fe se suscribió por cuatro ejemplares. En notorio contraste con estas respuestas, pasa Quesada a transcribir la carta de respuesta del Gobierno Nacional, acompañada de un lacónico comentario:

“El Gobierno Nacional contestó en los términos siguientes: ‘Ministerio del Interior, Paraná, marzo 14 de 1861. Señor don Carlos Casavalle. En vista del Acuerdo del 5 de octubre último y motivos en que se funda, el Gobierno no puede prestar apoyo oficial a publicación alguna periódica; y aunque la *Revista del Paraná* -por su carácter literario y científico- merece especial atención por parte del Gobierno; sin embargo, cumpliendo la disposición citada, ha provisto con esta fecha, no acordando la suscripción solicitada, lo que comunico a V. A sus efectos. Dios guarde a V. José María Zubiría’. Parece que una estricta economía ha impedido al Ejecutivo hacer la más mínima erogación a favor de una publicación, la primera en su género que se inicia en las provincias argentinas” (*Revista del Paraná*, T. 2, N° 7: 4).

El comentario era lapidario y mostraba la desazón de Quesada respecto del gobierno nacional. Agregaba luego una carta de Benjamín Villafañe en representación del gobierno tucumano con buenos augurios para la revista, pero negando también toda suscripción. Concluía entonces:

“Los gobiernos de Entre-Ríos, Buenos Aires, Corrientes y Santa Fe, han mostrado por el hecho de suscribirse el deseo de proteger y estimular las letras argentinas. Les damos las gracias por ese acto de protección que los eleva sobre los que no pueden o no quieren comprender la importancia de protegerlas. Mientras algunos gobiernos volvieron desdeñosamente la espalda a la publicación que se iniciaba en la Capital de la República, el pueblo, con ese instinto y buen sentido que lo distingue, acogió y protegió la idea, habiéndose agotado la primera edición de 600 ejemplares del primer número, y viéndonos obligados a reimprimirlo. Hoy mismo está agotada la edición de 835 números que se tiran; no habiendo podido reservar el editor ningún ejemplar. Habíamos pensado hacer quincenal la Revista, como una prueba del deseo de corresponder a la numerosa suscripción; pero la situación política nos impide por ahora que realicemos esta mejora. Nuestros lectores comprenden bien lo que han aumentado los gastos, haciéndose más difícil la correspondencia, desde que están suspendidas las líneas de vapor que ligaban los ríos Paraná y Uruguay con los mercados de Buenos Aires y Montevideo, y estas causas nos impiden por ahora introducir esa mejora. Sin embargo, apenas desaparezca esta crisis, trataremos de mejorar nuestra publicación” (*Revista del Paraná*, T. 2, N° 7: 4).

Como puede observarse en estas líneas, las dificultades no eran pocas y la molestia por la falta de apoyo del gobierno nacional y de muchos gobiernos provinciales no era menor. Sin embargo, nada indica la posibilidad de cerrar la publicación. Por el contrario, el anuncio es que en el futuro los servicios podrían ampliarse. Estamos a fines de agosto, y resulta por ello difícil de aceptar el comentario del biógrafo principal de Casavalle, respecto de que el 1º de agosto “el traslado con la imprenta a Buenos Aires era asunto resuelto”. Observemos la lista de suscriptores que acompaña el comienzo del segundo tomo: aunque 737 ejemplares suscritos es una cifra muy auspiciosa (a la que se sumaban suscripciones en el exterior y la venta de números sueltos). Pero si analizamos la composición de esa suscripción, podemos comprender el pronto final a la luz de la crisis de la Confederación: sobre 737 suscripciones, 59 corresponden a los gobiernos de las provincias de Entre Ríos, Corrientes, Buenos Aires y Santa Fe; 20 corresponden a la suscripción personal del general Urquiza; 90 son de altos funcionarios de los gobiernos nacional y de provincias, dignatarios militares y eclesiásticos; 30 son de legisladores, la mayor parte de los cuales eran porteños desterrados; otros 6 corresponden a diplomáticos de potencias extranjeras. Tomemos en cuenta, además, seis suscriptores del interior de la provincia de Entre Ríos que cancelaron la suscripción. Es decir, sobre 737 suscripciones activas, 205 corresponden muy directamente al funcionariado y al equilibrio de fuerzas imperante en el sistema de la Confederación. Esto es, más del 27 por ciento de la suscripción. A esto debía agregarse que los costos de imprenta de Casavalle eran lo suficientemente bajos debido a que dispone de la concesión del *Boletín Oficial* de la Confederación, motivo principal por el que se trasladó a Paraná. Por ello, la caída del gobierno confederal sería catastrófica para su empresa. Hemos comentado, además, los problemas de distribución y cobro, agravados por la dispersión de las suscripciones en Entre Ríos (7 localidades) y Corrientes (7 localidades).

Geográficamente considerados, los ejemplares suscritos correspondían: 592 a las tres provincias litorales (427 a Entre Ríos incluida Paraná, la Capital Federal; 102 a Corrientes; 63 a Santa Fe); 86 a las diez provincias restantes de la Confederación (38 a Córdoba, 25 a Tucumán, 15 a San Juan y 8 a Salta); sólo 59 correspondían a Buenos Aires. Porcentualmente, 80,3 por ciento, 11, 7 por ciento y apenas 8 por ciento, respectivamente. Indudablemente, más allá de las dificultades materiales, no lograba superarse el estigma de ser una revista “de la Confederación” escrita por hombres “de la Confederación”. El fin de la *Revista del Paraná* -y con él, los comienzos del proyecto de la *Revista de Buenos Aires* con el mismo director y el mismo editor-impressor desde 1863 en adelante- sobrevino, pues, con la crisis final de la Confederación.

Tal como había sucedido a Coni en Corrientes en la década anterior, las posibilidades de desarrollo en una ciudad del Interior -aún una ciudad importante- estaban, para un impresor y librero profesional con ansias de progreso, atadas a acuerdos contractuales con el Estado, y si estos se perdían, debía el

emprendedor retornar a Buenos Aires. Así sucedió con Casavalle. Se quedó en Paraná hasta el último minuto y sólo se marchó cuando no hubo más nada que hacer. Recordemos que -a pesar de los graves inconvenientes causados por la guerra y el bloqueo- la *Revista* podía sostenerse hasta tanto se recuperase la paz, en la medida en que el Estado Nacional mantuviese sus contratos, que los gobiernos provinciales apoyasen la iniciativa con suscripciones y otras medidas de respaldo, que el sistema de correos y postas funcionase mínimamente, que Quesada continuase como funcionario del gobierno y que el número mínimo necesario de suscriptores pudiese sostenerse con la tenue capa dirigente de funcionarios de los tres poderes radicada en Paraná. En agosto de 1861 todo parecía indicar que se repetiría la campaña de 1859, al menos todo parecía indicarlo en el microclima político de la Capital de la Confederación. Pero el 17 de septiembre abrió paso a la victoria de Buenos Aires, situación que fue consolidándose con el correr de los días, y que las fuerzas del general Mitre pudieron aprovechar. El resultado de esto fue el caos: cese de pagos del Estado, incertidumbre, vacío de poder, intrigas, y las fuerzas porteñas avanzando sobre el Interior. Nada indica que Casavalle tuviese previsto el retorno a Buenos Aires en el mes de julio, como se desprende de la biografía escrita por Piccirilli. El impresor continuó a cargo de las tres publicaciones a lo largo de todos los preparativos militares. El número 8 de la *Revista del Paraná* (que sería el último), apareció el 30 de septiembre, es decir, casi dos semanas después de la Batalla de Pavón (librada el 17).

Pero un mes después de la batalla, el 14 de octubre, la situación en la Capital se había tornado tan nebulosa, que el propio vicepresidente Pedernera, en ejercicio del Poder Ejecutivo, decidió, en acuerdo de ministros, clausurar todas las publicaciones que se editasen en Paraná, salvo el *Boletín Oficial* “cuya publicación continuará en la forma establecida”. Concluía así el periódico *El Paraná*, y aunque la *Revista* no había emitido juicio alguno sobre la actualidad, la decisión del Ejecutivo no la excluía. Aun así, la esperanza no desaparecía, podía esperarse tiempos mejores, ya fuese porque el general Urquiza se hiciese cargo de la Presidencia para negociar o guerrear con Buenos Aires, ya porque un acuerdo de paz restaurase la vida normal. Mientras tanto, Casavalle continuaría con el *Boletín* y Quesada con sus funciones. Pero la situación se deterioraba más y más. Ya a fines de setiembre el gobierno había hecho imprimir proclamas en el *Boletín Oficial* abandonando toda neutralidad en esa publicación: “La buena causa triunfa ya definitivamente sobre la insolente rebelión. Mitre, en su último baluarte (...) habrá sucumbido probablemente a estas horas bajo el poder de las armas nacionales triunfantes en Pavón...” (26 de setiembre). Pero a partir de mediados de octubre desaparecieron tanto las referencias a los sucesos en marcha como la cantidad habitual de documentos. Casavalle debió entonces recurrir a materiales de relleno. El 8 de noviembre, debe publicar la renuncia de Derqui a la presidencia. Las tropas porteñas avanzaron hacia el norte; el 22 de noviembre se produce la tristemente célebre matanza de Cañada de Gómez, y ya el 1° de diciembre se reciben en Paraná las indicaciones del general

Urquiza de que debía entregarse todas las instalaciones de la Confederación a la Provincia, la cual reasumía la soberanía sobre su territorio, incluida Paraná. La última edición del *Boletín Oficial* se dio al público el 3 de diciembre de 1861. La semana subsiguiente fue dedicada por Pedernera a organizar una entrega lo más ordenada posible del gobierno, que cesó en sus funciones el día 12 del mismo mes. *La Revista del Paraná* no volvería a editarse. Para Quesada y Casavalle, había llegado la hora de retornar a Buenos Aires.

¿Cuándo partió Casavalle con su imprenta? Resulta problemática la siguiente afirmación del biógrafo de Casavalle, R. Piccirilli, quien afirma:

"La inestabilidad de los negocios, las desavenencias de Buenos Aires con la Confederación y la depreciación del papel moneda determinaron el regreso. Ya el 1° de agosto de 1861, el traslado con la imprenta a Buenos Aires era un asunto resuelto. José Murature, marino italiano al servicio de Buenos Aires, le escribía desde la ciudad de Santa Fe: 'He recibido una carta del Sr. Gobernador de Buenos Aires en la cual me dice le ha pedido Ud los medios de poder transportar una imprenta de su propiedad hasta Buenos Aires, y me encarga que si es posible haga embarcar dicha imprenta en alguno de los buques de la escuadra. Debo manifestar a Ud. que el vapor 'Hércules' está para zarpar con destino a Buenos Aires dentro de breves días y si quiere Ud. aprovechar tal proposición, me puede contestar al respecto'..." (Piccirilli, 1942: 36).

En agosto Casavalle estaba imprimiendo las tres publicaciones periódicas: el *Boletín*, el periódico y la *Revista*, y aún no tenía posibilidad alguna de saber quién ganaría la guerra, aunque las dos últimas las había ganado Urquiza. La depreciación del papel moneda era un problema serio para las ventas en Buenos Aires, por la demora de cobro a distancia, pero el grueso de las suscripciones no era de allí, y se cobraba en moneda metal. Sólo por el *Boletín*, por ejemplo, recibía Casavalle "setecientos pesos plata de diez y siete onzas" más lo que recaudase por suscripción de particulares. Es raro pensar, por ello, que el 1° de agosto el traslado fuese un problema resuelto. Más aún: la renovación del contrato con el Estado se había producido apenas dos meses atrás, el 30 de mayo.

En tanto que si Murature se hubiese atrevido a estar el 1° de agosto de 1861 en Santa Fe hubiese estado en plaza enemiga en plena guerra, convirtiéndose en prisionero: la flota porteña aún no dominaba el Paraná medio, y la Confederación controlaba perfectamente Santa Fe. La carta debe ser del 1° de diciembre, más probablemente aún del 1° de enero de 1862, cuando Casavalle está quedando sin trabajo, sin dinero, y con el derrumbe del Estado Confederal pierde en Paraná las nueve décimas partes de su clientela para la revista. O aún el 1° de agosto de 1862, pues Casavalle continuó circulando por el Paraná en ese año, atendiendo negocios que incluso lo llevaron hasta Asunción, según consta en los registros de la Aduana de Rosario obrantes en el Archivo Histórico de la Provincia de Entre Ríos⁸⁷. Murature no puede haber escrito antes de esa fecha, cuando el Río Paraná está ya controlado por los porteños, y Mitre ha hecho tomar la ciudad de Santa Fe y hasta editar allí un periódico, en tanto negocia con Urquiza la desaparición de la Confederación y el desmantelamiento de su flota y baterías

⁸⁷ En el Archivo Histórico Provincial de Entre Ríos. El material se salvó de la destrucción porque el libro, a medio usar, fue utilizado una vez estabilizada la situación, para otras funciones.

en el Diamante. En diciembre sí tiene sentido el texto de la carta. A Casavalle lo venció el derrumbe del Estado Confederal; caso contrario, de haberse abierto el río nuevamente quizás se hubiese sostenido. Conservaría, por otra parte, importantes intereses comerciales en Entre Ríos, Corrientes y Asunción del Paraguay, destinos a los que viajó desde Buenos Aires en numerosas oportunidades durante el primer semestre de 1862.

La duda, sin embargo, persiste: no se trata de un error del biógrafo, pues tuve oportunidad de ver el original de la carta manuscrita de Murature existente en el Archivo Histórico Nacional y, en efecto, ésta dice 1° de agosto de 1861. ¿Errata de Murature al escribirla? ¿Uso de un papel fechado anteriormente? Difícil saberlo, habrá que esperar nuevas evidencias.

El Paraná

Luego del rechazo de la diputación porteña en el mes de abril, Urquiza intentó dar señales de paz a Buenos Aires con la intención de reeditar el statu quo. Pero luego de un conflicto armado en Córdoba y San Luis y la intervención de ambas provincias, la ruptura fue completa y la cuestión militar pasó de inmediato a primer plano, como lo muestra una carta del vicepresidente Pedernera a Urquiza, pidiéndole tome control del estratégico ministerio del Interior, vacante para quien él designe, y desde allí intervenga Santiago del Estero (Scobie, 1964: 330). Derqui ya no tenía espacio para reconstituir de inmediato la relación con Buenos Aires. Actuaría entonces de acuerdo con Urquiza (aunque en los meses siguientes intentaría diferenciarse otra vez con apoyos propios dentro de la Confederación).

El pico de recuperación de la alianza entre ambos (Urquiza y Derqui), se produjo al promediar mayo, con medidas de violencia y de preparación militar claras. No sorprende en tal contexto que precisamente el 15 de este mes se produzca la aparición de un nuevo periódico en Paraná -llamado precisamente *El Paraná*-, para cuya redacción se nombró a un hombre muy querido por Urquiza a pesar del distanciamiento de fines de 1860 causado por conflictos de lealtades, y que después de un breve ostracismo en Gualeguaychú, en enero de 1861 había sido designado secretario particular del presidente: Olegario Víctor Andrade. Dos días después, el Presidente hacía pública su ruptura con Buenos Aires, dejando muy conforme a Urquiza, quien se preparó a ajustar el sistema de lealtades provinciales. Periódico "político, literario y comercial", como era cada vez más común titular un periódico en esos años, *El Paraná* se editaba dos veces por semana por la imprenta de Carlos Casavalle. Andrade ya tenía experiencia como periodista de Estado, pues había redactado *El Patriota* de Santa Fe y la parte política de *El Comercio de Rosario* cuando fue hombre del gobierno santafesino de Rosendo Fraga (1858-1860). Todavía no alcanza el excelente nivel periodístico de los años que van de 1862 a 1870 pero ya posee una claridad argumental novedosa en la Confederación. Aun así, prudencia obliga, es muy conservador en lo que comenta; navega a dos aguas entre su jefe (Derqui) y el hombre al que debe "todo" (Urquiza). El periódico, al comienzo, no tiene la menor fuerza para

golpear con seguridad a Buenos Aires. Le basta mostrar que existe unidad en la Confederación como primer gran paso. Para eso fue creado. En contradicción con la línea derquista de “fin de los viejos partidos” de seis meses antes:

"Al contrario de los que hacen alarde de una imparcialidad, de una templanza que se asemeja a la abdicación de derechos, nosotros empezamos por declarar bien alto, que pertenecemos a un partido, que no haremos humildemente el sacrificio de nuestras convicciones, porque es un timbre de gloria en los pueblos democráticos el llevar la armadura de combate y disputar el premio de la victoria, en la arena olímpica de la razón y la justicia. Ese partido en cuyas filas militamos, ha consagrado sus principios en las instituciones de la República, ha escrito su nombre con esfuerzos inmortales, para que la igualdad interprovincial no fuera el juguete de pretensiones absurdas (...) Venga [Buenos Aires] a la unión en igualdad de derechos y en igualdad de obligaciones y nuestros brazos estarán abiertos y nuestras palabras resonarán vibrantes y conmovidas para saludar a la gran nación fuerte y compacta. Entretanto, en vez de azuzar el odio a los pueblos, en vez de cavar un abismo en el Arroyo del Medio, nos ocuparemos de nuestras propias cosas, de nuestro comercio que sucumbe, de nuestras rentas que desaparecen, de prestigiar las instituciones y la soberanía de las leyes..." (*El Paraná*, N° 1, 15 de mayo de 1861).

El artículo define la nueva posición del presidente, pero expresa también, y con contundencia, la entrada en escena de la primer generación de jóvenes humildes del Interior que han accedido a una cultura superior, y por primera vez aparece explicitada en prospecto la cuestión de la brecha económica entre Buenos Aires y la Confederación. Se deja de lado el ocultamiento, y la debilidad se transforma en una bandera de identificación: somos las provincias contra la opresión de la capital. Esto no es, por supuesto, un mural de libre expresión del redactor. Para que afloren estos elementos, que alcanzarán máximo desarrollo en los años siguientes, es preciso que el discurso sea funcional al poder que defiende. Y en este caso lo es sobremedida: es preciso cerrar la brecha que ha logrado abrir el gobierno de Buenos Aires en el Interior: cuenta ya con grupos adictos en varias provincias, y con la simpatía de al menos cuatro gobiernos provinciales. Recordar cuál es la nueva dicotomía, cuando meses antes se trataba de la fusión (Urquiza) o de "los nuevos partidos" (Derqui), es funcional a la situación de guerra civil. En el mismo número, otro artículo titulado "Los deberes de la situación", profundiza lo que hemos observado recién y dice:

"No es Buenos Aires y siempre Buenos Aires la que debe resonar en nuestros labios. ¿Acaso el derecho se discute? ¿Acaso la evidencia se demuestra? La razón está en la mayoría y tarde o temprano romperá las ligaduras con que la pasión las sujeta. Supongamos que ese momento tarda, porque la dominación del mal también dura, para escarmiento de los pueblos. Y en ese tiempo ¿Nos dejaremos morir de consunción, alimentados por esperanzas remotas, sin un real en las arcas del Estado, sin más pan para satisfacer el hambre de las necesidades públicas que la política de los porteños, que las injurias contra los dulcámaras empecinados? Querer semejante cosa sería creer en la posibilidad de los milagros. Nos faltan rentas. Nos falta un mercado para los productos de las provincias. Nos falta rehabilitar en el exterior el crédito del Estado. Nos falta, en fin, acallar los clamores de los pueblos con el rumor imperioso de los adelantos naturales en la paz prepotente de las locomotoras que despiertan el desierto de su eterno letargo..." (*El Paraná*, N° 1, 15 de mayo de 1861).

La prensa confederal en su hora final

En esos mismos días se produjo un fuerte enfrentamiento que amenazaba con desembocar en guerra entre los gobiernos de Córdoba (federal liberal y en contacto con el gobierno porteño) y de San Luis (cuyo gobernador era un recalcitrante antiporteño, y había sido el responsable de la muerte de Aberastain). El 24 de mayo, en un trámite inusualmente rápido en comparación con otros actos del

gobierno confederal, ordenaría Derqui la intervención de ambas provincias, con el agregado de movilización de las milicias de Santa Fe, Córdoba, San Luis y Santiago del Estero. Simultáneamente, Severo González ocupaba el ministerio del Interior y el interventor Saá recibía una explícita felicitación del gobierno.

En forma inmediata a la aparición de *El Paraná*, el periódico urquicista *La soberanía del Pueblo*, redactado por Monguillot, inicia una guerra de pluma en su contra. Para hacer más violenta la misma existen rencores personales contraídos entre Monguillot y Andrade en Rosario y Santa Fe, que no es el caso mencionar aquí. Pero por el otro lado, Monguillot está redactando directamente el discurso de Victorica-Urquiza, en tanto Andrade debe lealtad primera al presidente Derqui. El 22 de mayo Andrade dedica esta respuesta a *La Soberanía del Pueblo* bajo el título "Van a saberlo":

"Pero se nos pregunta por el placer de provocar una polémica chabacana. Pero se nos azuza con la intentona de arrancarnos recriminaciones duras y apasionadas. La tarea es innoble pero dará sus frutos. La culpa no será nuestra. ¿Se quiere saber quiénes somos? ¿Se quiere saber a qué partido pertenecemos? ¿Cuáles son las ideas de que *El Paraná* es intérprete? Ante todo debemos declarar que un diario no es un hombre, que la personalidad del escritor es muy pequeña ante los intereses de la sociedad, que son muy grandes. Nuestra causa es la igualdad política, que es la causa de los pueblos..." (*El Paraná*, 22 de mayo de 1861, cit. por Auza, 1978a: 256).

Volvemos aquí a la fórmula, quedando afuera el rico elemento argumental sugerido en el número uno. El eje vuelve a centrarse en la legalidad y el mando: *La Soberanía del Pueblo* exige a *El Paraná* una definición respecto de quién es el mandante. No cabe ambigüedad en la respuesta: o es, o no es Urquiza. Pero Andrade logra escapar airoso sin responder.

El 1° de junio Andrés González del Solar, redactor a cargo, comunica a los lectores que Andrade ha marchado con Derqui a Córdoba. Un mes y medio más tarde, el 17 de julio, Andrade todavía no volvió. Pero del Solar se despide porque se va con Baldomero García en misión al Paraguay, quedando a cargo Juan C. Garzón. El 11 de agosto se reincorpora Andrade, quedando Garzón como colaborador. Andrade, a su vez, vuelve a partir rumbo a Rosario con Derqui.

Para esa fecha, las relaciones entre Derqui y Urquiza comenzaban a deteriorarse nuevamente, pues durante su estadía en Córdoba el Presidente intentó nuevamente una base de apoyo propia.

Desde Córdoba, Derqui convoca a la formación de un ejército para enfrentar a los porteños, a la vez que planea actuar contra el gobierno filo-porteño de Santiago del Estero, para seguir luego con las otras provincias del norte.

La situación de guerra mostró nuevamente, como en los nueve años anteriores, las contundentes diferencias entre Buenos Aires y la Confederación en lo económico: Buenos Aires logró la autorización de una emisión de cincuenta millones de pesos en papel moneda. Con ello pudieron hacer frente a las necesidades del ejército, de los grupos liberales del Interior y hasta de los sobornos entre los enemigos. En la Confederación, la falta de fondos era más crítica aún que dos años atrás. El gobierno nacional se hallaba más endeudado; Buenos Aires suspendió el envío de los fondos excedentes de

aduanas; Entre Ríos principal fuente de rentas había sido desfederalizada, y por si fuera poco su presupuesto se encontraba en completo déficit (Bosch, 1980: 547); en la fortuna de Urquiza tampoco podía confiarse pues esta había sido golpeada en la campaña de Cepeda y no estaba éste dispuesto a arriesgar tanto nuevamente. La búsqueda de crédito extranjero e interno privado se tornó patética.

A comienzos de junio comenzó la Confederación las convocatorias y movilizaciones generales de guerra. Aquí también se hacían notorias las dificultades: la flota que logró armar la Confederación esta vez era notoriamente inferior a la de Buenos Aires. Esta última provincia pudo así someter a la Confederación a un eficaz bloqueo fluvial. Por otra parte, la carencia de armamento moderno y sobre todo de infantería, se hacía notar.

Estas dificultades, sumadas a la no superada suspicacia con respecto a Derqui, llevaron a Urquiza a sostener una actitud ambigua. En varias oportunidades expresó la posibilidad de declarar la independencia de las provincias de Entre Ríos y Corrientes. No es claro si realmente estaba dispuesto a hacerlo, pero indudablemente este mensaje implicaba el hecho de que Entre Ríos podría abrir su destino del resto de la Confederación, cuya relación le significaba un lastre financiero. Simultáneamente, Urquiza se manifestaba partidario de la paz con Buenos Aires, por cuanto comprendía la enorme dificultad militar:

"Ya saben mis amigos que me sobra voluntad y decisión. Pero no desconoce por eso que el país no tiene en este momento el poder que precisa para llegar a las puertas de la ciudad de Buenos Aires y entrar sus fuerzas a tomar posición de ella en el acto: y si no se puede llegar a entrar en el mismo instante, la guerra empezará recién allí: allí está la raíz del mal" (Urquiza a Victorica, 22 de junio de 1861, reproducida en Bazán Et Al., 1965: 79).

Un acuerdo que renovara una forma de *statu quo* posponiendo la reincorporación de Buenos Aires era en ese momento lo que más aparecía como conveniente. Victorica llevó algunas proposiciones de paz y esto dio pie a varias mediaciones que tuvieron lugar casi hasta la fecha del combate.

La suspicacia entre Urquiza y Derqui fue en aumento. La conformación de dos ejércitos, uno de ellos agrupado por Derqui en Córdoba, era un signo de alarma. Otros menores, pero menos significativos, como el archivamiento de un proyecto de declarar a Paraná capital permanente de la Nación, la interceptación de cartas de Mitre a Derqui incitándolo a romper con Urquiza, e incluso los rumores latentes por los propios dichos del Presidente Urquiza siguió intentando llevar a Derqui a tomar decisiones que lo alejasen de los porteños, y lo logró. Sin embargo, la desconfianza entre ellos perduró hasta el final. Mientras tanto, a fines de agosto, Mitre se hallaba ya decidido a la guerra a pesar de los varios intentos de buscar fórmulas para la paz, objetivo que manifiesta en varias cartas particulares.

Los motivos no eran pocos: superioridad económica, ejército mejor motivado que en 1859, superioridad fluvial, aliados en el Interior, las perspectivas de alianzas de la Confederación con potencias extranjeras habían concluido o al menos habían disminuido sensiblemente, las potencias europeas tenían de hecho mejor relación con Buenos Aires.

En esas condiciones se llegó -el 17 de septiembre- a la batalla de Pavón. Fue una batalla militarmente indecisa en que volvieron a contrastar la superioridad de las caballerías entrerrianas y la superioridad defensiva de la infantería porteña; su definición se produjo en los días siguientes fuera del campo. Fueron la fractura del liderazgo Confederal y la pérdida de confianza en la posibilidad de una victoria la que llevó a las fuerzas entrerrianas de Urquiza a retirarse del campo de batalla y pasar velozmente a Entre Ríos, abriendo una negociación y en paralelo preparando la defensa. La victoria quedó en manos de Mitre⁸⁸, mientras el brazo más fuerte de la Confederación se mostraba dispuesto a negociar por separado, y el ejército de Buenos Aires aplastaba a las fuerzas federales de las demás provincias, una por una, imponiendo gobiernos del partido liberal⁸⁹.

En los días posteriores a la batalla, Derqui se preparaba en Rosario para reorganizar sus fuerzas y enfrentar a Mitre. Este, por su parte, se preparaba también para un proyecto ambicioso: ocupar toda la provincia de Santa Fe y Córdoba, aislando a Urquiza en Entre Ríos. Derqui era consciente de su debilidad militar, política y económica. Dependía estrictamente de que Urquiza retomase el mando o al menos un rol decisivo en la fuerza Confederal. Urquiza, por el contrario, le retiró definitivamente todo su apoyo. El 6 de octubre las tropas de Mitre atravesaron la frontera de Santa Fe, y comenzaron su marcha, logrando el control sin encontrar resistencia militar ni política. El ejército de Derqui comenzó a desgajarse, y se retiró hasta Coronda. En Paraná el vacío de poder y la desorientación se sentían más y más, y a partir de la segunda semana de octubre no hubo iniciativa alguna del gobierno confederal.

En la primera quincena de octubre un mediador porteño llegó al Palacio de San José. Recibido calurosamente por Urquiza, éste le hizo saber su disposición a retirar su apoyo al gobierno confederal y negociar un arreglo separado por Mitre. Aunque Mitre debió confrontar por carta con las posiciones recalcitrantes de Pastor Obligado, que eran multiplicadas por la prensa porteña, las negociaciones con Urquiza avanzaron. Derqui quedó entonces sin poder alguno. El 5 de noviembre renuncia a la presidencia y se retira al destierro. El gobierno Confederal, en tanto, esperaba esperanzadamente que la caída de Derqui significase que Urquiza se pondría nuevamente al frente de la Confederación. Urquiza

⁸⁸ La retirada de Urquiza generó un vacío de poder militar en la Confederación. Mitre demoró en aprovecharlo debido al resultado ambiguo de Pavón, optando por replegarse a San Nicolás para reorganizar sus fuerzas. Pero pronto tuvo noticias de que el ejército de la Confederación se había desgajado en varias direcciones: parte de la caballería aún se hallaba en el norte de la provincia de Buenos Aires, capturando ganado de las estancias. Gran parte de las fuerzas se había retirado a Entre Ríos con Urquiza, mientras el resto se había distribuido en varios puntos del sur santafesino, al mando de oficiales que no contaban con una conducción común inmediata. Mitre aprovechó esta situación como una gran oportunidad para una campaña de ocupación de las provincias rápida y decidida, combinada con un acuerdo con Urquiza para evitar la invasión a Entre Ríos.

⁸⁹ Esta vez el empate militar producido desde 1853 cede su lugar a la victoria porteña. La dolorosa experiencia de la compra de la flota de Coe por los porteños sobrevolaba, además, los temores de Urquiza, quien contaba con datos y rumores (no todos verdaderos) sobre el riesgo de traición en altos oficiales de la Confederación. Que Mitre no fuese aplastado en el campo de batalla tuvo un efecto muy superior al inmediatamente militar, pues tomaba a la Confederación desesperada por contar con tal aplastamiento, en un marco de grave crisis económica, financiera, de fragmentación y derrota política. La batalla de Pavón demostró que la supremacía militar de las montoneras federales en su último bastión, la llanura, se aprestaba a concluir. No comprenderlo e intentar repetir las mismas estrategias una y otra vez, en el convencimiento de que Pavón obedecía a una mera traición, favoreció los trágicos resultados de los alzamientos federales en la década siguiente. López Jordán sería el último en dar batalla de caballería a campo abierto en Ñaembé (1871), en una catástrofe militar y humana que, agregando un nuevo símbolo de cambio epocal, elevó bruscamente el prestigio militar del joven oficial del ejército de línea, Julio A. Roca.

se encontró entonces ante dos opciones contradictorias: por un lado tenía a su disposición la oferta de hacerse cargo de la Confederación, con la suma del poder. Por el otro, tenía ante sí la aceptación por Mitre de la misión Ocampo (mediadora), ratificada por el gobierno de Buenos Aires. Urquiza intentó conciliar ambas: ofreció a Mitre representar a la Confederación. Mitre lo rechazó enfáticamente.

Mientras tanto dos elementos que ambas partes seguían de cerca comenzaban a definirse: por un lado, la campaña mitrista en el Interior tuvo éxito contundente: el 12 de noviembre, mientras Mitre avanza en Santa Fe estalla la revolución de Córdoba y los liberales toman el poder; el 21 envía Mitre una columna de apoyo de tres mil hombres; el 22 se produce la masacre de Cañada de Gómez, donde una fracción del ejército confederal es aniquilada por completo. Por el otro, la situación financiera de la Confederación había caído definitivamente a niveles de quiebra.

A la vista de estos hechos, Urquiza no insistió y aceptó el rechazo de Mitre: no sólo se negó a auxiliar a la Confederación, sino que el dos de diciembre retiró formalmente su reconocimiento al gobierno nacional, ordenándole entregue el control de la ciudad de Paraná. Ordenó el desarme de la flota de la Confederación, y el desmantelamiento de las baterías del Diamante.

El 12 de diciembre comenzaban a cumplirse estos pasos: la flota llegaba a Paraná para iniciar su desarme, en tanto se publicaba el decreto que mataba la Confederación:

"Declárase en receso el Ejecutivo Nacional, hasta que la Nación reunida en Congreso o en la forma que estimare conveniente, dicte las medidas necesaria a salvar las dificultades que obligan al Gobierno a tomar esta disposición" (Registro Nacional, IV, 422, cit. por casi todos los historiadores).

La hora de Mitre y el Partido Nacional había llegado.

Durante los meses previos y hasta la fecha misma de la batalla, ni el *Boletín Oficial* ni la *Revista del Paraná* dieron señal alguna de lo que estaba sucediendo. Producida ésta, el signo ofrecido por la *Revista* fue ominoso: no volvió a aparecer.

El *Boletín Oficial*, en cambio, expresó de inmediato la situación a su manera: dado que el Estado nacional estaba fracturado en tres partes (Buenos Aires se había constituido en un poder victorioso y en avance; Entre Ríos se retiraba de la Confederación e iniciaba negociaciones por separado y Derqui expresaba por lo tanto sólo la fuerza más débil), el *Boletín* adquirió las características de un clásico vocero de facción. Bruscamente, en el N° 231 del 26 de setiembre, apareció el siguiente suelto en la primera página, sin explicar el cambio:

"La buena causa triunfa ya definitivamente sobre la insolente rebelión. Mitre, en su último baluarte de San Nicolás, donde se había asilado, habrá sucumbido probablemente a estas horas bajo el poder de las armas nacionales triunfantes en Pavón. El presidente de la República se lanzó como el rayo en los momentos del conflicto y salvó otra vez la situación y al país, como los había salvado poco antes en Córdoba. El Dr. Derqui ha nacido para las grandes situaciones. El Dr. Derqui se hace cada vez más digno del puesto supremo que ocupa y de la opinión del país. Se mostró digno sucesor del ilustre fundador de nuestras instituciones, el Capitán General Urquiza. Felicitamos por ello a todos los amigos de la buena causa..." (*Boletín Oficial* N° 231, 26 de setiembre de 1861, cit. por Auza, 1978a: 247).

El parte oficial de la batalla, también transcrito, se presentaba como “triunfo de Pavón”. Desde ese momento la situación se deterioró a gran velocidad. Junto al *Boletín Oficial* perviven en los primeros días luego de la batalla -sin contar los posibles pasquines- *La Soberanía del Pueblo*, *El Paraná* y un nuevo periódico que funda Evaristo Carriego, quien viene de Rosario huyendo del avance mitrista: se trata de *La Patria Argentina*.

El Paraná comienza a derrumbarse en su propia auto-convicción: cartas de Andrade, material de relleno. Luego de la batalla, ni siquiera el parte: “‘algunos detalles de la batalla del 17, vista desde el costado derecho’, tomados de *La Soberanía del Pueblo*” (Auza, 1978a: 258). En el N° 42 del 1° de octubre, que para Auza sería el último (aunque Vásquez dice que cesó el 10 de ese mes), el redactor afirma, ya extraviado en su capacidad de construir un discurso creíble:

"Dicho bien, puede explicarse como una medida de estricta táctica para que el General Mitre, viniendo a este punto, se coloque entre la campaña de Buenos Aires, toda entera sublevada, y nuestro ejército. La carencia de caballería de éste le impedirá dar un paso adelante y por consiguiente, se estacionará allí, en cuyo caso, las fuerzas que vienen de varias provincias al campamento general, se reunirán y, a un mismo tiempo, será atacado el enemigo por vanguardia y retaguardia" (El Paraná N° 42, 1° de octubre de 1861, cit. por Auza, 1978a: 258).

El 2 de octubre Juan Carlos Garzón renuncia al periódico aduciendo "razones de salud". De Rosario viene huyendo Evaristo Carriego para editar en Paraná comienza *La Patria Argentina*. Pero sólo se imprimen dos números, según lo registra Aníbal Vásquez (1970), porque ante el deterioro de la situación, 14 de octubre un decreto clausura todos los periódicos menos el *Boletín Oficial*, y prohíbe la fundación de otros nuevos sin autorización previa.

Al día siguiente, esto es, el 15 de octubre, Monguillot (Redactor al menos en estas últimas semanas de *La Soberanía del Pueblo*) escribe a Benjamín Victorica:

"¡Cuántos informes se han descubierto en allegados de Derqui contra el general Urquiza! Días pasados debió publicarse en *El Paraná*, periódico del círculo Derqui, una correspondencia de Andrade en que se trataba de traidores al general Urquiza y a los jefes de Entre Ríos. Ya compuesta, se tuvo conocimiento y fue modificada. Como no me eran desconocidas las malas tendencias de aquel periódico, le he hecho una guerra constante hasta que he conseguido hacer que cesara" (AGN-AU, cit. por Chávez, 1973b: 46).

En un suplemento del *Boletín Oficial* editado el 8 de noviembre, se publica la carta del doctor Derqui dirigida al Vicepresidente Pedernera, en la que le comunica su renuncia y alejamiento. Según Auza:

"Para esa fecha, el contenido documental del *Boletín Oficial* había disminuido visiblemente, siendo necesario ahora más que nunca, para cubrir cada entrega, recurrir a informaciones de ‘relleno’, intrascendentes y sin ninguna relación con los momentos que vivía el país (...) continuó editándose, incluyendo documentos oficiales de meses anteriores, sin que sus páginas dejen translucir el menor detalle de importancia referido a estas semanas dramáticas. [En el último] nada se dice que advierta sobre su inminente clausura" (Auza, 1978a: 249).

En Gualeguaychú y Concepción del Uruguay la situación era para la prensa confusa, pero no tanto como en Paraná, pues en el territorio entrerriano la conducción de Urquiza era inapelable. Los periódicos guardaron silencio y mostraron estupor. Pero no tuvieron reacción alguna hasta que Urquiza

retomó el control de la situación, y especialmente a partir de enero de 1862 cuando quedó claro que no habría invasión porteña sobre Entre Ríos.

Mientras tanto, en Rosario y Santa Fe ha iniciado Mitre la publicación de periódicos de tendencia política liberal⁹⁰, en las mismas imprentas que publicaron lo contrario hasta días antes. Esto pareciera conservar las características del reemplazo de un jefe por otro y de un contenido de prensa por otro. Pero la victoria porteña es de naturaleza distinta a todas las anteriores. Por ello los sucesos de los años 60 darán lugar a otra prensa, y a otra Argentina. La victoria porteña va a extenderse, y sus víctimas no comprenderán la diferencia entre ésta y las anteriores victorias militares de una facción, hasta demasiado cerca de su aniquilamiento como fuerza social.

En los días finales de la Confederación, la sensación más extendida es la de incompreensión. No se comprende lo que sucede con Urquiza, pero tampoco se halla otra solución alternativa, y se obedece sus directivas. El jefe entrerriano está dispuesto a incorporarse a su manera a lo que se perfila como la nueva Argentina. De modo que entre el 1° y el 12 de diciembre de 1861 se desmantela definitivamente el Estado Confederal. El día 3 cesó el *Boletín Oficial*.

3.3. Después de Pavón: el triunfo del *modelo de transferencia* y el nacimiento de la prensa moderna

3.3.0. Hacia *La Nación*

El doble sentido de este subtítulo es evidente: el modo en que se resuelve el proceso de Organización Nacional, y por lo tanto, en que queda definitivamente constituida la Nación Argentina, es inescindible del destino del general Bartolomé Mitre, sus aspiraciones políticas y su diario *La Nación*, aún en circulación en el año 2017. Las aspiraciones políticas de Mitre y la historia de su diario en las primeras décadas de publicación muestran una relación paradójica. Mientras Mitre nunca perdió las esperanzas de volver a ejercer la presidencia entre el fin de su mandato en 1868 y su definitivo retiro de la política en 1901 -al cumplir 80 años- el éxito le fue esquivo. Continuó siendo hasta el final una figura importante en la política, venerado por sus seguidores y respetado por muchos oponentes, pero década tras décadas su poder se fue desdibujando, desde el cenit de los años '60 hasta una candidatura prácticamente testimonial en 1898. Con el diario sucedió lo inverso: si al comienzo el periodismo era en primer lugar un vehículo para la acción política, y sólo en segundo término una actividad para otros fines, terminó siendo la actividad principal de la familia, una gigantesca fuente de fortuna económica y un ámbito de prestigio intelectual decisivo. Cuando Mitre se retira de la política -anticipando el retiro del propio diario de la identificación partidaria activa, que se completa en 1909- su diario era ya uno

⁹⁰ Se los aborda en la sección siguiente.

de los dos más importantes del país en tirada, prestigio nacional e internacional, captación de avisos e innovaciones técnicas y de contenidos.

A ello debe agregarse que el otro diario más importante -y lo seguiría siendo hasta mediados del siglo XX- era *La Prensa*, originado también en la militancia mitrista, y que numerosas otras iniciativas editoriales (la primera gran revista de circulación masiva, la primera colección de libros de precio económico, otros diarios y periódicos de alcance nacional y local) giraron en torno a su empresa, o fueron apoyados o subsidiados desde ella o desde el entorno político íntimo de su facción.

De este modo, el periodismo mitrista aparece como el gran triunfador, hegemónico en el proceso que va desde el periodismo estatal y/o faccional de mediados del siglo XIX al periodismo empresarial, capitalista, tecnificado industrialmente y en manos privadas que prevalece ya en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX. En el camino habrán quedado, entonces, el viejo periodismo estatal, el periodismo “de grupa” acompañando ejércitos y los intentos generados por el Partido Federal para constituir una fuerte red de prensa basada en las provincias interiores.

No todo ello habrá desaparecido, sin embargo. En las últimas décadas del siglo, algunas prácticas precedentes se adaptan y reciclan. Si bien desaparece el periodismo explícitamente estatal -el Estado se limita entonces a sus Boletines Oficiales y en ocasiones a habilitar publicaciones de interés cultural o científico- el poder político continuará haciendo uso de los recursos estatales con procedimientos más o menos legales, para asegurar compras, avisos publicitarios, tiempo de trabajo de empleados públicos, vehículos para distribución, oficinas públicas para venta u obsequio, provisión e información, etc. para la prensa afín. El aparato político roquista es maestro en estas lides (Alonso, 1997, 2003, 2010; Mayochi, 2007), pero también lo son numerosos grupos políticos del Interior, cuyas prensas florecen mientras están en el gobierno y languidecen cuando están fuera de él (De Marco, 1969, 2006; García Soriano, 1971; Galván Moreno, 1944). De allí que podremos afirmar más adelante que en el cierre de nuestro período el *modelo de sustitución* desaparece, en tanto que el de simbiosis se recicla, y el de transferencia se torna hegemónico hasta desaparecer por haber cumplido sus objetivos: constituir una potente prensa afín en manos particulares, capaz de autosostenerse gracias al mercado de lectores y de avisos aun completamente fuera de los beneficios del acceso al poder estatal.

Si bien no es parte del período objeto de esta tesis, esta etapa posterior al desenlace de Pavón es de interés, porque brinda pruebas de cómo se resuelve la tensión entre los modelos, así como entre los desarrollos tan distintos que habían experimentado las prensas periódicas de Buenos Aires y el Interior, y entre las funciones del periodismo bajo reglas de civilidad o de guerra.

La abordaremos, pues, no en forma exhaustiva -ni mucho menos- sino apelando a información relevante en torno a casos clave que nos permiten reconocer los signos de tal resolución. Observaremos brevemente, por ello, el modo en que se desmiembra la prensa federal durante los primeros años de la

presidencia Mitre, el modo en que esta misma presidencia permite al mitrismo construir su propia prensa en manos privadas y tornarla hegemónica, las nuevas estrategias de articulación entre poder político y prensa en el marco de estas nuevas condiciones y la adaptación de la prensa en el Interior a todos estos cambios y condiciones de existencia.

3.3.1. La victoria mitrista se extiende a todas las provincias

Como bien recuerda Scobie (1964: 354-355)⁹¹, el resultado de la Batalla de Pavón había sido visto como incierto por sus protagonistas. Las caballerías federales arrollaron a las porteñas y las persiguieron tierra adentro en Provincia de Buenos Aires, pero sobreextendidas en su frente, se hallaron en dificultades para reagruparse y evitar ser envueltas en una contraofensiva que cortase sus líneas de abastecimiento. Mientras tanto, fue precisamente el excesivo avance de estas caballerías el que permitió a la infantería mitrista sostenerse y aún lograr pequeños avances. Pero Mitre, ante la pérdida de contacto con la caballería y temiendo una derrota completa, optó por el repliegue hacia San Nicolás. Era la primera vez en muchos años que en plena llanura las infanterías porteñas lograban sostenerse ante el embate de las caballerías federales. Un cambio de época comenzaba a avizorarse.

Pero a ello se agregaba el componente político y económico: Urquiza había sufrido un duro descalabro económico personal con la campaña de Cepeda en 1859 y temía terminar en una catástrofe si debía volcar todos sus recursos estatales y propios en defender a Entre Ríos de una invasión. Por otra parte, a las intrigas e ineficiencias del gobierno nacional en lograr un frente unido y motivado frente a Buenos Aires, se sumaba la creciente cercanía de intereses entre distintos sectores económicos del Interior y Buenos Aires. Intereses que, además, reforzaban su convergencia en la sociabilidad tanto pública como secreta de las logias en auge en esos años. En tal contexto, Urquiza temió haber sido traicionado por Derqui, y se retiró con sus fuerzas entrerrianas del campo de batalla, pasándolas rápidamente a Entre Ríos.

⁹¹ He aquí el relato de Scobie: "Los dos ejércitos eran numéricamente casi iguales, contando cada uno entre dieciséis y diecinueve mil hombres. Mitre, después de su experiencia de Cepeda, deliberadamente había evitado confiar en la caballería y basaba su estrategia en torno de un sólido núcleo de infantería y artillería. Urquiza, mientras tanto, tenía solamente seis mil hombres en la infantería, de los cuales la mayoría '... sólo había recibido sus armas una semana antes e ignoraba casi por completo su uso' (Thorton, 22 de setiembre de 1861). Por cierto, Urquiza, por esa misma razón, trató de evitar una batalla, pero finalmente se vio obligado a defenderse de la marcha de Mitre hacia Rosario. Los primeros momentos de la batalla fueron el lógico resultado de esta composición de las fuerzas. La caballería de Urquiza, que atacó los flancos y la retaguardia del ejército de Mitre, barrió completamente las fuerzas de caballería más reducidas de los porteños. Tan entusiasta era la persecución de estos elementos del ejército enemigo que abandonaron el campo de batalla para hostigarlos más allá del Arroyo del Medio. En el interín, la compacta y bien armada infantería porteña atacó victoriosamente las posiciones de la Confederación. Este giro de los acontecimientos obligó a Urquiza a retirarse precipitadamente del campo de batalla. Más tarde se adujeron razones absurdamente exageradas para explicar la retirada de Urquiza. Por lo que conocemos de la situación en ese momento, empero, la acción de Urquiza era muy lógica. El curso de la batalla había probado que una marcha victoriosa sobre Buenos Aires era imposible. Urquiza, que estaba enfermo y además convencido de la insubordinación y falta de cooperación hasta entre sus mismos oficiales, resolvió abandonar la cáscara vacía del mando presidencial a su suerte, y poner a salvo sus propios intereses económicos y políticos en la provincia de Entre Ríos. Sus batallones de Entre Ríos, que habían formado la reserva del ejército de la Confederación, estaban aún intactos. Al amparo de la noche, llevó estas tropas a su provincia, en forma muy parecida a la retirada de Mitre dos años antes del campo de batalla de Cepeda" (Scobie, 1964: 354-355).

En los días posteriores, tras constatar que efectivamente Urquiza se había retirado del frente de batalla, que el ejército federal no tenía capacidad de avanzar sobre Buenos Aires y que Derqui estaba perdiendo rápidamente el control político y aún militar de las provincias confederadas, retomó su avance ocupando Rosario, lo que privó a la Confederación del puerto y de los fondos de su aduana. Desde allí sus columnas avanzaron por la provincia de Santa Fe, logrando causar grandes bajas a la caballería federal tomada por sorpresa en Cañada de Gómez, con gran impacto psicológico sobre las fuerzas federales, y tomar la ciudad de Santa Fe. El gobernador Pascual Rosas renunció el 4 de diciembre y se retiró con el resto de sus fuerzas al Chaco. Domingo Crespo, favorable a Mitre, fue designado gobernador por la legislatura.

La posibilidad de una invasión a Entre Ríos era altamente probable, pues Mitre contaba con la ventaja de dominar los ríos y la división y desorientación de las fuerzas federales. Urquiza, sin embargo, logró contener la situación en un verano tenso y difícil. El 12 de diciembre Pedernera declaraba en receso al gobierno nacional, y la negociación comenzó a ser directa entre Mitre y Urquiza, a través de emisarios y cartas, en una tensa negociación que incluyó picos de tensión militar (como la apropiación de la flota de la Confederación en el puerto de Paraná por fuerzas porteñas) y la puesta al borde de una nueva guerra que enfrentase a Entre Ríos y Buenos Aires, para finalmente desembocar en un acuerdo que se demostraría sostenible, en febrero de 1862: Mitre quedaría como Encargado del Gobierno Nacional hasta la convocatoria a elecciones, y Urquiza era reconocido como gobernador de Entre Ríos, sin intervención alguna a su provincia por las fuerzas nacionales (Ruiz Moreno, 1981).

En Corrientes el partido liberal inició un levantamiento que derrotó a las fuerzas del gobernador Rolón al mando del coronel Cayetano Virasoro en Goya, suroeste de la provincia. Ante esta circunstancia y el inevitable avance del ejército mitrista desde Santa Fe, Rolón renunció el 8 de diciembre y sus fuerzas se rindieron en la Cañada de Moreno. El gobierno fue asumido por José Pampín, del partido liberal, quien declaró caduco el gobierno de la Confederación, declaró el estado de sitio, ordenó detener a todos los jefes militares favorables a la Confederación y llamó a elecciones de legislatura con el federalismo proscripto. Los jefes militares federales que no reconocieron su gobierno fueron enfrentados sucediéndose combates a todo lo largo de 1862, aunque logró derrotarlos en la batalla de Curuzú Cuatiá en agosto. En diciembre fue remplazado por Manuel Lagraña, del mismo partido y propietario del diario liberal *La Libertad*, quien continuará varios años en el poder.

En Córdoba, la movilización hacia Pavón de todas las milicias simpatizantes de la Confederación dejó la provincia vulnerable, y esto fue aprovechado por los milicianos liberales que no habían sido movilizados, quienes derrocaron al gobernador, pero la situación se descontroló en constantes avances y retrocesos de las facciones. La columna mitrista al mando del general Paunero impuso entonces a Marcos Paz como gobernador, y luego, desde febrero de 1862, al propio Paunero. Córdoba fue así una

provincia clave en el reconocimiento a Mitre como presidente *de facto* a cargo de reunir un congreso para normalizar la autoridad nacional. Ambos -Paz y Paunero- continuaron desde Córdoba el avance militar contra los federales en Cuyo y el Noroeste. En marzo de 1862 Paunero realizó elecciones sin los federales, pero fue derrotado por los liberales autonomistas, asumiendo el gobierno Justiniano Posse.

Hacia San Juan se dirigió una fuerza al mando de Rivas. Allí el gobernador había renunciado y el interino, Ruperto Godoy, había repuesto a la legislatura elegida con el asesinado Aberastain, que reunida, eligió gobernador al Auditor de Guerra de la columna invasora, Domingo F. Sarmiento el 1º de enero de 1862. Sarmiento apoyará con todos sus recursos la guerra de policía contra los federales, sobre todo durante el último alzamiento de Peñaloza en 1863.

En Mendoza, el gobernador federal Laureano Nazar había logrado derrotar un alzamiento, pero fue derrocado en diciembre por Juan de Dios Videla, federal moderado que intentó una negociación. Pero el comandante Rivas exigió su renuncia, nombrando al liberal Luis Molina gobernador, e iniciando una escalada represiva sobre los restos del partido federal. Videla huyó a Chile. En San Luis sucede algo semejante: el general Saá viéndose acorralado militarmente, huye a Chile, quedando en el gobierno Justo Daract.

En el nordeste (Catamarca, La Rioja, Tucumán, Santiago del Estero, Salta y Jujuy) la situación fue similar. Las guerras provinciales ya se hallaban activas al momento de Pavón: derrocamientos, invasiones cruzadas y cambiantes alianzas se mostraban imposibles de controlar por el gobierno confederal, aunque el efímero ascenso de un simpatizante del partido liberal al gobierno santiagueño llevó al coronel Navarro a invadir tanto Tucumán como Salta y, triunfante, instalar gobiernos afines. Pero el avance porteño al mando de Marcos Paz lo obligó a retroceder. Taboada recuperó el control de Santiago y avanzó sobre Tucumán, triunfando en la batalla del Seibal el 17 de diciembre e imponiendo en el gobierno a José María del Campo ese mismo día. Luego entre ambos invadieron Salta, obligando en enero a renunciar al gobernador federal salteño José M. Todd. Luego atacaron Catamarca, donde derrotaron a las fuerzas combinadas de Navarro (quien ya se había retirado a Chile) y de Peñaloza, quien había sido pocas semanas antes mediador entre las fuerzas. Los federales fueron derrotados en la batalla el Río Colorado (Tucumán) el 10 de febrero, con lo que pudo hacerse en Catamarca lo mismo que en el resto de las provincias. Se impuso como gobernador a Moisés Omill y se persiguió a los federales. Sólo las grandes divisiones entre las facciones liberales impidieron una consolidación mayor del nuevo gobierno. En La Rioja, el avance militar mitrista fue enfrentado por las tropas de Peñaloza, quien operó también sobre San Luis, sufriendo derrotas en ambas provincias y llegando a un tratado de Paz (Banderitas, en mayo de 1862) por el que aceptaba y se sometía al gobierno nacional de Mitre. Las persecuciones a los federales, sin embargo, continuaron, y en 1863 se produce un nuevo alzamiento federal que afecta todo Cuyo y Catamarca. Tras sucesivas derrotas, el movimiento es aplastado y sus

principales dirigentes -incluido el general Peñaloza- son muertos en batalla o asesinados. De este modo también La Rioja queda varios años bajo gobierno militar del partido mitrista. Sólo Entre Ríos y Jujuy -de perfil bajo en la confrontación y adaptadas a las nuevas circunstancias- se han salvado de intervenciones y derrocamientos.

Completados los acuerdos de paz que llevaron al reconocimiento de Mitre como presidente, la provincia entrerriana quedó firmemente en manos de Urquiza, y sin el riesgo de una invasión en el corto plazo, al costo -político y militar- de considerar inevitable el control porteño de todo el resto del país, el derrocamiento de gobiernos, el desmantelamiento de sus prensas periódicas y de sus fuerzas militares provinciales. Si bien esta actitud aseguró a la provincia evitar una guerra en su territorio que pudo resultar catastrófica, el porteñismo no sólo se adueñó de todas las demás provincias y del Estado nacional, sino que destruyó militar, política, periodística y físicamente a las fuerzas federales. Otros actores extranjeros del complejo mapa de alianzas regional, como el partido blanco uruguayo y el gobierno del Paraguay serían aplastados en 1864 y 1872 el primero, y en 1865-70 el segundo. Entre Ríos, finalmente, no escapará al destino de violencia al estallar una sublevación y guerra en 1870-71 que cuesta la vida a Urquiza y a miles de entrerrianos

El remplazo de la prensa federal por prensa afín

La contundencia de este proceso es notable: el gobierno de Buenos Aires ya había logrado el cese de *El Nacional Argentino* en octubre de 1860 por negociación, pues el Estado no puede tener, desde su perspectiva, y si se precia de democrático, un diario de su propiedad, sino que debe limitarse a un *Boletín Oficial*⁹². Pero es después de Pavón cuando la escalada de avance liberal en prensa es abrumador.

Las primeras víctimas periodísticas son las publicaciones federales de Rosario. *El Progreso*, de Carriego, cesa -sin alcanzar a despedirse- con un último número augurando la victoria en Pavón. Carriego se retira a Santa Fe, donde intenta un periódico que sufre igual suerte días más tarde, con la entrada de las tropas también allí, pasando entonces a Paraná, donde edita los dos números de *La Patria Argentina*. *El Eco Comercial*, del catalán Tristany, que había aparecido el 2 de agosto, cesa apenas se sabe del avance de Mitre sobre Rosario. Finalmente el decano, *La Confederación*, que continuó su publicación tras Pavón incitando a los federales a no rendirse, debe cesar a comienzos de octubre cuando es inminente la entrada de Mitre a la ciudad (Fischer, De Marco y otros, 1969).

La vanguardia mitrista asegura Rosario el 9 de octubre. Apenas 4 días después, el 13, comienza a publicarse el periódico *La Nueva Era*, trisemanario liberal a cargo de Damaceno Fernández y Pedro

⁹² Sin embargo, apenas asumido Mitre en 1862, *La Nación Argentina* será su diario, sólo nominalmente no estatal.

Nicolórich, continuando hasta cesar en febrero del año siguiente, por razones de imposibilidad económica para sostenerlo por parte de sus redactores.

El 22 de octubre de 1861 comenzó a publicarse *La Patria*, a cargo de Fernando Quijano y Belisario Saravia, con Ángel Matienzo y V. Gras a cargo de la gestión comercial, y la colaboración de Manuel Alejandro Pueyrredón y el inmigrante canadiense Guillermo Perkins. Era diario y contaba con el clásico pliego de esa época. Como sucede con *La Nueva Era*, se notan características propias de la estrategia liberal: el Estado no se hace cargo de publicaciones, pero tampoco quedan libradas sólo a la iniciativa privada, contando con una fuerte transferencia de recursos. En este caso, en carta de Saravia a Mitre fechada 2 de septiembre de 1862, el remitente expresa:

“Hace seis meses, Excmo. Señor, que redacto en este pueblo el diario *La Patria*, que se publica por una imprenta perteneciente al gobierno de V.E. la cual, ahora dos meses, fui a Buenos Aires a solicitar me fuera vendida, y con cuyo objeto se designó el señor superintendente don Régulo Martínez hablar a V. E. El señor superintendente se dignó contestarme a nombre de V.E.: ‘que continuara teniéndola en calidad de préstamo gratuitamente’, favor de V. E. a que quedé en extremo agradecido” (Belisario Saravia a Mitre, Archivo del General Mitre, Presidencia de la República, Buenos Aires, *La Nación*, 1913, tomo XXV: 93-94, cit. por Díaz Nicolau, 1969).

Contando con esta importante ventaja, *La Patria* pudo fortalecer sus servicios: contó con corresponsales en Buenos Aires y Santa Fe Capital, y gracias al amplio movimiento del puerto rosarino, pudo adquirir gran variedad de periódicos extranjeros para utilizar como fuente, publicar folletines, etc. logrando generar un esquema de secciones en las que el fomento del progreso de la ciudad ocupaba un lugar especial, característica que adoptarán numerosos periódicos de ciudades del Interior en el futuro (Moyano, 2008; Díaz, 2007). El periódico fue mitrista neto, por lo que entró en polémica no sólo con los federales, sino también con el autonomismo porteño.

Sostener un periódico particular, aún en una ciudad pujante como Rosario, era tarea aún difícil. La misma carta citada más arriba, dice:

“He continuado hasta hoy mis trabajos periodísticos, sin usar de derecho alguno sobre la empresa, ni percibir compensación de ella, que ni la solicité al hacerme cargo de la redacción, ni gustaría de recibirla, tanto más cuanto como dice con frecuencia el editor y empresario don Fernando Quijano, se sostiene la empresa penosamente, no obstante nuestros esfuerzos, lo que me inclino a creer, como no se le ocultará a Vucencia, todavía nuestros pueblos no pueden mantener empresas de este género sin la protección del gobierno y particularmente en su actual estado de pobreza, presto desinteresadamente mi pobre contingente por el deseo de servir a i país, y como es natural, de hacer una carrera honrosa, costeándome con un pobre empleo de simple escribiente de la Aduana Nacional de esta ciudad” (Saravia a Mitre, 2 de septiembre de 1862, *Archivo del General Mitre*, Presidencia de la República, Buenos Aires, *La Nación*, 1913, Tomo XXV: 93-94).

En 1863, al iniciarse el emprendimiento de forja del ferrocarril Rosario-Córdoba, el diario, que venía propagandizando incansablemente la iniciativa, pasa a llamarse *El Ferrocarril*, con redacción a cargo de Guillermo Perkins⁹³. Este periódico político, literario y comercial, que se daba a sí

⁹³ Perkins es un típico ejemplo de inmigrante anglosajón emprendedor: por un lado, constantemente interesado en emprendimientos agrícolas, industriales y comerciales. Por otro, respaldado en la estructura estatal y en la participación en grandes empresas extranjeras, al mismo tiempo que recibe un cargo consular. Nacido en Canadá y fallecido en Rosario (1827-1895), llegó al país y a esta ciudad en 1858. Gran promotor de la colonización y del desarrollo de Rosario, fue concejal y presidente del Consejo Deliberante, Superintendente de la Compañía de Tierras del Central Argentino, miembro de la Sociedad Geográfica de Londres y

mismo el título de “órgano de las provincias” era publicado seis días a la semana, con cuatro páginas a seis columnas. La imprenta era la misma, perteneciente al gobierno nacional, que cedía sus derechos a Fernando Quijano. Contaba con una página de avisos, y duró hasta 1868, cuando la crisis derivada de la revolución contra Oroño produjo un desbarajuste general en la vida política y social de la ciudad.

El 1° de abril de 1862 aparece *El Diario*, con talleres propios, de Leopoldo Zuloaga y Leandro Santa Ana. Con abundantes colaboradores, corresponsales (como Olayo Meyer), abundante provisión de noticias internacionales y colaboraciones firmadas, entre las que aparecen también Perkins y Pueyrredón. Este periódico, mitrista pero opositor a Cullen y Oroño, cesa el 31 de julio de 1863. Ya con vistas a las elecciones de julio de 1864, el Club Libertad se verá representado por *El Ferrocarril*, en tanto el ex Club de Mayo, ahora Club del Pueblo, pondrá en la calle, tras la anulación de los comicios ganados por parte del gobierno, *El Rosario*, así como un pasquín anónimo, *El Trueno*. *El Rosario* apareció el 13 de agosto cesando el 21 de enero de 1865, en tanto *El Trueno* se edita desde el 27 de noviembre de 1864 y cesa el 22 de noviembre de 1865. El 1° de noviembre de 1864 aparece, finalmente, el vespertino *El Cosmopolita*, redactado por Perkins, que dura hasta octubre de 1865.

A la toma de Rosario le sigue la de la ciudad de Santa Fe, desde la cual el recién refugiado Carriego debe volver a huir, esta vez a Paraná, donde a su vez, paradójicamente, lo impacta el decreto de prohibición de publicaciones que emite el gobierno confederal en uno de sus últimos estertores, tratando de recuperar autoridad. Apenas tomada la ciudad por el mitrismo y renunciado Pascual Rosas (asume provisoriamente Domingo Crespo, y al mes siguiente Patricio Cullen), el 9 de diciembre se pone en circulación *La Libertad*.

En Corrientes el alzamiento liberal liquida la prensa favorable a la Confederación. El 9 de diciembre cesa *La Crónica Oficial*, en tanto que *La Libertad*, del partido liberal, se vuelve voz oficial, lo que se confirma cuando se la reemplaza en agosto de 1862 por *El Progreso*, que se publica continuamente hasta la invasión paraguaya de 1865.

Luego, en el marco del proceso de negociación en Entre Ríos, todos los restos de la prensa confederal cesan: ninguno de los periódicos paranaenses queda en pie desde octubre de 1861 (el *Boletín Oficial* desde el 3 de diciembre). Pero a cambio, Urquiza evita la intervención militar a su provincia y conserva allí el poder político y militar. Pronto recompondrá el periodismo provincial bajo su control.

vicecónsul de Inglaterra en Rosario. Participó como socio y redactor en varios periódicos, colaboró en otros, y fue parte del primer periódico en idioma inglés en Rosario, *The British Citizen*, en 1865.

Frente al prestigio de Carriego en Paraná, quien publica *El Litoral* y además agrupa un núcleo opositor (llegarán a ganar una banca en la legislatura provincial), Urquiza apoyará a José Hernández para que publique *El Argentino*. En Concepción del Uruguay, el cambio de nombre por *Diario de la Tarde* es desestimado y se retoma el nombre de *El Uruguay*. En Gualeguaychú, donde la prensa liberal cuenta con *El Eco de Entre Ríos*, se había convocado al sobrino de Isidoro de María - Eusebio Gómez, empleado público y hombre del urquicismo- para redactar *El Pueblo* desde enero de 1861, actividad en la que recibirá el apoyo, desde 1862, de Olegario Andrade, cambiando el nombre del periódico por *El Pueblo Entre Riano*, más acorde con la nueva situación política del general. A Andrade se sumará pronto Francisco F. Fernández, del mismo grupo generacional.

En Córdoba *El Eco Libre de la Juventud*, en publicación continua desde 1859, se transforma el 13 de septiembre de 1862 -el mismo día, sugestivamente, en que se publica el primer número de *La Nación Argentina* en Buenos Aires- en *El Eco de Córdoba*, con dirección de Luis e Ignacio Vélez. Luis fue el primer director formal de la nueva época, delegando el cargo en su hermano al asumir su banca en el Congreso de la Nación en el mes de mayo de 1862. *El Eco de Córdoba* militó en el liberalismo de sus directores, y en el catolicismo, imprimiéndose en la Imprenta de la Sociedad “Libertad”. Como signo de la nueva época que se abría, este periódico existió continuamente hasta mayo de 1886. Durante el movimiento revolucionario por el que el general Olascoaga derroca al gobierno provincial (12 de noviembre de 1861), por cuenta del Estado se publicó *El Pueblo Soberano*.

En las provincias cuyanas y en el Noroeste desaparece todo atisbo de prensa federal. En Mendoza *El Eco de los Andes* logra adaptarse a la nueva situación; se suspende más como consecuencia del terrible terremoto que por la onda expansiva del triunfo mitrista. Reaparece como *El Tupungato*, trisemanario, en los primeros meses de 1862, para luego retomar su nombre original y años más tarde, la periodicidad diaria, pero igualmente se suma un periódico a adhesión liberal militante, *El Constitucional*. San Luis, habiendo cesado *El Centinela Puntano* al mes siguiente del desenlace de Pavón, tendrá *El Porvenir* (1863-66) y San Juan, como era de esperarse con la intervención y gobernación del hiperactivo Sarmiento, una repetición del viejo título *El Zonda*, ahora voz oficial (1862-65). En Tucumán cesa *El Eco del Norte*, el 25 de agosto de 1861, tras cuatro años de publicación. El 29 de diciembre nace *El Liberal*, (Político, literario, comercial) dirigido por José Posse (amigo personal de Sarmiento) y Ángel C. Padilla, extendiéndose hasta fines de 1862.

En Santiago del Estero cesó *El Guardia Nacional*, dirigido por Ezquiel N. Paz, y nació *La Prensa Orgánica*, redactada por Juan Francisco Iramain, en los comienzos del gobierno de Pedro R. Alcorta, continuado luego por el mismo como *La Reforma Pacífica*. El 15 de mayo de 1862 apareció *La Fraternidad*, que dirigía Eufemio Pruneda.

En Catamarca la segunda época de *El Ambato* (1861-62) busca adaptarse como periódico no faccional mientras Juan Iramain y Eduardo Ugarte publican *El Centinela*, a favor del gobernador Alcorta de Santiago del Estero en medio del enfrentamiento que atravesaba el conjunto de las provincias del Noroeste. Ya en 1862, el semanario *La Reforma* sostiene al gobierno de la intervención nacional, a cargo de Marcos Paz, continuada por *La Regeneración*. Tras ella, *La Libertad* acompañó el proceso de consolidación favorable al partido mitrista y el gobierno de Maucebín, extendiendo su presencia hasta la caída de éste en 1866, con redacción de Tomás Santa Ana, Santiago Wilde y Carlos Tagle, manteniendo así la presencia de periódicos cuya vida queda atada a gobiernos. Lo reemplaza *El Pueblo*, con redacción de Vicente Bascoy, luego *La Unión*, por Ramón Bravo, y finalmente reaparece Benedicto Ruza, que había sido artífice de la iniciativa de *El Ambato*, para lograr, un periódico habilitado para que publiquen sus materiales los dos partidos políticos en disputa electoral, que se mantendría de 1869 a 1873.

En Salta cesa en diciembre de 1861 *La Voz del Pueblo*, federal, editada por Felipe Pérez en la imprenta del Comercio. Pedro Soliver había fundado *La Prensa* e 29 de enero de 1861, y ésta se extendió hasta el 25 de abril de 1863. Más adelante Soliver se vinculará a la actividad telegráfica. En Jujuy, *La Confraternidad*, iniciada en 1861, sigue una estrategia semejante a la de *El Ambato*, en tanto La Rioja, perdido su periódico estatal *La Patria*, entra en el ojo de la tormenta de las guerras interprovinciales y el alzamiento liderado por Peñaloza, provocando un silencio apenas roto en Chilecito en 1863, con *El Famatina*.

De este modo, para la militancia federal se abre una etapa durísima de persecución y pérdida de recursos, y más grave aún de división política y dispersión. En tal contexto, su prensa no se reconstituye, y la prensa opositora que aparezca después tendrá nuevos significados.

Con la caída de la Confederación, además, los intentos de absorber por inmigración algunos protagonistas clave de lo que pudiera ser una futura industria regional, como los tipógrafos experimentados, se cierran. El impresor Pablo Coni, tras un exitoso paso por Corrientes a lo largo de siete años, vuelve a Europa en 1859, viajando al país nuevamente por negocios en 1861. Inesperadas dificultades lo llevan a optar en 1862 por quedarse en el país, pero ahora le resulta evidente que su negocio impresor continuará en Buenos Aires. El impresor, librero y editor Casavalle retorna a Buenos Aires apenas concluido el Estado confederal, reinstalándose en Buenos Aires, donde se encuentra con Vicente Quesada para publicar la Revista de Buenos Aires a partir de 1863, y convertirse en el editor más prestigioso del país. Muchos otros intelectuales, periodistas y hombres políticos se rencuentran en Buenos Aires. En primer lugar, todo el funcionariado legislativo y judicial proveniente de las provincias. En Buenos Aires siguen sus recorridos vitales Mansilla, Bilbao, Seguí, Sastre, etc. Les siguen muchos más, y una nueva oleada aparece en la década siguiente tras la derrota del alzamiento

federal en Entre Ríos en 1871 (Andrade fallece en ejercicio de su cargo de diputado nacional, Hernández retorna definitivamente a Buenos Aires con la amnistía roquista, Francisco Fernández se incorpora a la segunda línea funcionarial nacional). Luego, ya en las últimas décadas del siglo, Buenos Aires será un atractor natural para emprendedores con proyectos empresariales (Onrubia, Leguizamón), periodísticos (José S. Álvarez) o literarios.

Entre Ríos: último refugio de la prensa de la Confederación

A diferencia del resto de las provincias donde se produjeron intervenciones más o menos violentas y militarizadas, Entre Ríos permaneció a salvo, bajo la gobernación de Urquiza hasta 1864, la de Domínguez hasta 1868 y luego otra vez la de Urquiza, hasta 1870. Fue así Entre Ríos una continuación en escala geográfica restringida de la transición iniciada en la década anterior en la Confederación.

El periódico más importante de la provincia fue -ahora más que nunca- *El Uruguay*. En 1862 se llamó *Diario de la Tarde*, y al año siguiente volvió a su nombre anterior. Ya no escaseaban los redactores, pues el Colegio del Uruguay producía hombres formados en abundancia, y *El Uruguay* tomaba la forma de una empresa familiar. En 1864 lo redactaba Julio Victorica, hermano de Benjamín.

En Gualeguaychú se instaló Olegario Víctor Andrade, "perdonado" por Urquiza luego de su conflicto de lealtades de 1860 y 1861, comenzando su mejor etapa como orador y periodista, y produciendo gran cantidad de poesías. El periódico *El Pueblo*, de Eugenio Gómez se transformó en *El Pueblo Entre Riano* con la incorporación de Andrade y la ampliación de su calidad y variedad temáticas. Escribían también Francisco F. Fernández, otro egresado del Colegio, y Marcos Funes, que llegó de San Luis huyendo del mitrismo. En 1863 aparecerá allí nuevamente el grupo liberal local con un periódico de su tendencia, ahora mucho más definida pues la libertad de prensa contaba en última instancia con la garantía tanto del gobierno nacional como del provincial. Se llamó *La Democracia*, y prestó especial atención a los elementos de modernización que el gobierno nacional estaba logrando: el ferrocarril, las leyes de tierras, la inmigración, la pacificación.

En 1864 existió en esta ciudad una efímera experiencia (ocho meses) de una revista literaria, *El Alba*, actividad que comenzaba a extenderse en el mundo periodístico de Buenos Aires. Nos muestra ella que el desarrollo de los espacios a salvo del poder se ampliaban, pero al mismo tiempo que eran estos aún débiles: Emilio Onrubia, joven literato y dramaturgo, debió abandonar la ciudad por las alusiones a personalidades locales que contenía una de sus obras teatrales. Por ello cesó la revista, y Onrubia se radicó en Buenos Aires. Lo mismo puede decirse de las posibilidades del mercado: si bien eran aún muy débiles, logró editar cerca de cien ejemplares por suscripción, mayoritariamente femeninos (Borques, 1919).

La situación social se tornaba más difícil. Los artículos comenzaban a verse matizados con comentarios como "¡A civilizarnos!" con que respondía *El Pueblo Entre Riano* al artículo presentación de *La Democracia*, agregando "los gauchos de Entre Ríos no entienden de periodismo..." (Borques, 1919: 116). Aparecía la ironía, la búsqueda de parábolas desde las que realizar una visión crítica, la afirmación romántica de la misión periodística junto a los más débiles. Carriego con su serie de artículos "La Tierra", escrita en formato folletín, fue paradigmático, denunciando el despojo de ocupantes de tierras por varias generaciones pero que no conocían los recovecos procesales necesarios para acogerse a las nuevas leyes. Manteniendo la adecuación heredada de la década anterior, aparecen también esfuerzos de justificación crítica de la jefatura (Andrade justificando brillantemente la necesidad histórica de una autoridad fuerte), etc.

Poco después de la elección de Domínguez como gobernador (1864) se produjo un hecho que muestra también la transición vivida: una serie de desencuentros personales entre Andrade -a la sazón diputado provincial- y Gómez, que llegó a ser presentado a tribunales, provocó la apelación de ambos a sus respectivas influencias. Al parecer Andrade tenía mejor acceso a Domínguez y al juez, lo cual significó la detención de Gómez y la suspensión por unos días del periódico. Pero la solución, en pequeña escala, se pareció mucho al viejo método urquicista:

"...tanto Gómez como Andrade, habían ya escrito a sus amigos de Concepción del Uruguay informando de cuanto por aquí acababa de suceder, de manera que de pronto la deshecha tormenta que tenía a todos alarmados se disipó a una sola palabra pronunciada por el gobernador Domínguez o más bien dicho por el General Urquiza" (Borques, 1919: 103).

El resultado fue equilibrador: Gómez continuó editando *El Pueblo Entre Riano* junto con Funes y Fernández, reemplazando a Andrade por Exequiel Crespo, natural de Gualeguaychú, lo cual también nos habla de los efectos de la política de instrucción iniciada tres lustros antes. Y Andrade recibió también la subvención necesaria para poder editar otro periódico, que llamó *El Porvenir*⁹⁴.

En la ciudad de Paraná la situación política se tensó rápidamente debido a la crisis económica causada por la pérdida de la capitalidad y las protestas de los pequeños ocupantes de tierras. El núcleo federal se agrupó inicialmente en torno al periódico *El Litoral* dirigido por Evaristo Carriego, con colaboración de varios jóvenes provenientes del Estado confederal: González del Solar, José Hernández, Francisco Fernández, Rafael Hernández y otros. Pero en 1863 la inminencia de la renovación electoral de diputados y la elección de gobernador a la que Urquiza no podía presentarse por impedimento constitucional (no permitía la reelección), el panorama se reacomodó. Urquiza sostuvo el periódico *El Argentino* (de José Hernández) durante el segundo semestre de

⁹⁴ Mientras tanto, parte de la familia De María continuaba su desarrollo como empresa periodística, aunque todavía en un sentido bastante primitivo: probarían suerte en Gualeguay y en Victoria, en 1864, instalando periódicos independientes. Aunque con éxito relativo, el dato sirve para mostrar el desarrollo del mercado local, y también del mundial, pues los precios de las imprentas planas han bajado, pero el negocio de la impresión presenta nuevos requerimientos para ser exitoso.

1863, que marcó diferencias con la prédica de Carriego, mientras este último lograba una gran novedad en la ciudad: logró aglutinar el interés de las molestas fuerzas vivas ante el nuevo orden de cosas, en tanto no chocaba frontalmente contra Urquiza por cuanto, amén de imposible, el conflicto quedaba planteado exigiéndole retomar su rol de jefe beligerante, enfrentar el orden mitrista y en lo local, frenar los abusos derivados de la nueva ley de tierras. Carriego promovía la vuelta -victoriosa- a Pavón. Hernández, expresando la posición de Urquiza, proponía un discurso con similar grado de rencor contra los porteños, pero considerando conveniente aceptar el estado de cosas generado a partir de Pavón, pues era militarmente irreversible. Urquiza mandó a reforzar la línea del periódico con panfletos llamando a la calma y a respetar su investidura: había que prepararse para las elecciones provinciales y nacionales dentro de las reglas de juego vigentes, manteniendo unido al Partido Federal y negociando alianzas. Pero cuando en noviembre fue asesinado el general Peñaloza en La Rioja, el discurso de Hernández fue perdiendo control, remplazado por un desesperado llamado (“¡Alerta, general Urquiza!”) en que se lo invitaba a hacer lo mismo que reclamaba Carriego: intervenir. El trabajo “Vida del Chacho” fue publicado en la sección folletín de *El Argentino* en su primera página, provocando en los ya caldeados ánimos de Paraná un aumento de la tensión, y en la prensa porteñas, quejas al General.

De allí que Urquiza optó por un reacomodo general: en Gualeguaychú incorpora a Ezequiel Crespo a la redacción de *El Pueblo Entre Riano*, retirando a Andrade. Andrade recibe una subvención separada para editar *El Litoral*, en esa misma ciudad. Francisco F. Fernández, quien en 1862 había publicado un breve periódico en Paraná (*El Soldado Entre Riano*), y luego había pasado a San José para trabajar en la Secretaría Privada del General, colabora con ambos medios de Gualeguaychú, mientras cumple un rol decisivo a partir de ese año con obras dramáticas de crítica política a los porteños, puestas en escena en toda la provincia, causando tal impacto que Urquiza mismo ordena retirar una de las obras. En Concepción del Uruguay Julio Victorica se encarga de la redacción de *El Uruguay*. En Paraná, cesa *El Argentino*. Hernández se casa con Carolina González del Solar y continúa un tiempo en Paraná dedicado a actividades privadas, pasando dos años más tarde a Corrientes durante el breve gobierno federal de Evaristo López (con apoyo de Nicanor Cáceres, cercano a Urquiza), formado gracias al vacío de poder que deja la evacuación de tropas paraguayas. Allí es nombrado Fiscal de Estado y retoma la prensa, redactando *El Eco de Corrientes*.

Quedaba *El Litoral*, ahora en franca ruptura con Urquiza, al extremo de que Carriego será elegido al año siguiente diputado provincial por una lista opositora triunfante. Frente a él aparece *El Paraná*, redactado por Eusebio Ocampo, ahora nuevamente hombre de Urquiza luego de su momento derquista. En tal condición fue elegido diputado nacional poco después, cesando el periódico. En *El Paraná* escribía otro redactor de la etapa anterior: Manuel Martínez Fontes.

Los años que van de 1863 a 1865 fueron terribles para quienes esperaban revertir la situación: se terminaban las alianzas entre provincias y países limítrofes, se imponía Buenos Aires montado en el aparato de Estado nacional cada vez más abarcativo y poderoso. Los generales federales del Interior, como el Chacho Peñaloza eran muertos sin que Urquiza desplegara fuerzas fuera de su provincia; el aliado tradicional del partido federal en Uruguay era aniquilado en 1864 frente a Urquiza, mientras éste proclamaba "estricta neutralidad"; en 1865 comenzaba la guerra contra el Paraguay y Urquiza se mostraba dispuesto a combatir junto a Mitre. El bombardeo de Paysandú generó una gran inquietud y actividad intelectual -de hecho se dice que el poema de Andrade "A Paysandú" es el mejor de este autor, y no fue el único: Gervasio Méndez también escribió uno a los héroes y mártires del mismo. Éste y la guerra contra el Paraguay marcaron a fuego la primera generación intelectual del Colegio, que además adscribía en su totalidad al romanticismo en boga (son parte de la llamada "segunda generación romántica").

En Entre Ríos había serio riesgo de sublevación antiporteña, y la propaganda contra la guerra al Paraguay y en favor de la revancha de Pavón hacía mucha mella. Desde el gobierno nacional se pidió a Urquiza que modere "su" prensa, y éste sacudió presupuestariamente la misma. El resultado de ello fue que Andrade continuó escribiendo en *El Porvenir* a cambio de no mencionar -o mencionar muy poco- la guerra y la triple alianza. Evaristo Carriego no se las vio tan fáciles: Urquiza encontró un mecanismo hábil para liquidarlo convocándolo a milicias para la guerra del Paraguay. El resultado de ello fue la huida de Carriego a Buenos Aires (Bosch, 1980: 626)⁹⁵.

Una característica de la prensa entrerriana a comienzos de la guerra contra el Paraguay es que no podía evitar ponerse en contra de ella, y sobre todo en contra el mitrismo, pues la provincia comenzaba a verse recorrida por una profunda fractura social, política y militar: las bases sociales del partido federal y la tropa y mandos medios del ejército se hallaban en pie de guerra contra el mitrismo, y desilusionados de la falta de beligerancia de Urquiza, quien, además, impedirá en 1868 la elección del candidato a gobernador más querido por la población en ese momento, el general Ricardo López Jordán, postulándose él mismo para un nuevo mandato. Esto a pesar de que muchos federales correntinos fueron víctimas del sangriento ataque sorpresa paraguayo y ocupación de la provincia en 1865-66.

Comenzaba a vivirse una fuerte modificación en la función de la prensa: aprender a generar entrelíneas, y hallar el espacio discursivo de aceptación en la "opinión pública", "denominadores comunes" discursivos en una sociedad heterogénea y móvil. La prensa intenta mostrar la

⁹⁵ Allí, en 1866 editaría un folleto denostando al jefe entrerriano. En Buenos Aires, más adelante en Córdoba y nuevamente en Entre Ríos, sería un periodista profesional. Ese último año el espacio de *El Litoral* intentó ser ocupado por un sobrino de Carriego, Floriano Zapata, quien editó *El Eco de Entre Ríos*, el cual duró hasta el año siguiente.

connivencia de la nueva situación con lo que históricamente fue la alianza social que encabezó Urquiza: debe asumirse el estado de cosas sin vivirlo como tremendamente contradictorio. Para hacer aceptable y creíble esta afirmación, la prensa debía mostrar que continuaba tan antiporteña como siempre. El problema es que la situación comenzaba a desbordarse, e incluso comenzaban a aparecer textos genuinamente en contra del orden mitrista y urquicista. En 1867 se produce un hecho que modificará y paradójicamente modernizará la prensa provincial: la clausura general ordenada por el Poder Ejecutivo Nacional. Dice en comunicación oficial el ministro del Interior, Guillermo Rawson:

"Los periódicos "El Porvenir" y El "Pueblo" [Entre-Riano] de Gualaguaychú y El Eco de Entre Ríos y El Paraná, que se publican en la ciudad de este nombre, han tomado una dirección incompatible con el orden nacional, y con los deberes que al Gobierno General incumben en épocas como la presente. Esos periódicos sostienen, provocan y fomentan abiertamente la rebelión contra las instituciones Nacionales y contra los poderes públicos creados por ellas: cometiendo así un delito que tiene penas fijas y severas por las leyes de la Nación, cuya aplicación será oportunamente promovida ante quien corresponda. Pero entre tanto se hace necesario suprimir el escándalo de dichas publicaciones, empleando los medios que la Constitución ha puesto en manos del Poder Ejecutivo en casos como el presente. En consecuencia el Sr. Vicepresidente de la República me ordena dirigir a V.E. esta comunicación encargándole que haciendo uso de las facultades que el Estado de Sitio confiere, y que él transfiera a V.E. en cuanto baste para el efecto, se sirva V.E. disponer que cese la publicación de los referidos periódicos, usando con las personas o con las cosas de medios de acción adecuados para conseguirlos" (Rawson a Urquiza, 26 de enero de 1867. Cit. por Rébora, 1935: 375).

La carta y sus consecuencias muestran el esfuerzo tanto del gobierno nacional como de Urquiza por evitar que las tensiones y conflictos entre ellos se salgan de cauce. Rawson reconoce en Urquiza la cabeza de la cadena de mandos provincial al delegarle una acción que el Estado de Sitio confiere al gobierno nacional. Urquiza, por su parte, no anulará las publicaciones, pero les obligará a pactar un cambio de nombre de los periódicos, y a moderar notoriamente su discurso contra el gobierno, mientras se prepara para participar como candidato presidencial en las elecciones de 1868.

En sus consecuencias se nota el cambio en profundidad que está viviendo el régimen de prensa provincial. Esta acción del Poder Ejecutivo ya no implicó el cierre de periódicos, la destrucción o confiscación de imprentas o el destierro de redactores, sino un reacomodo de fuerzas, donde los redactores debieron readaptar su producción de textos periodísticos a las condiciones de expresión de los disensos. Defenderían la candidatura de Urquiza y los intereses del Partido Federal entrerriano evitando confrontar con Buenos Aires en términos de la lógica de guerra. Los títulos en circulación fueron cerrados, pero los periódicos pudieron volver a circular de inmediato con un cambio de nombre, y controlando en extremo los términos utilizados: el poder ya no definía todo el discurso, sino sus límites; debía aprenderse ahora a ingresar críticas con sutileza, a intercalar entrelíneas, etc. El modelo de la prensa romántica Europea abriéndose espacio entre libertades y despotismos durante la primera mitad del siglo XIX podía comenzar a tomarse como modelo no sólo en lo formal.

En Concepción del Uruguay continuaba *El Uruguay*; en Gualeguaychú, *El Porvenir* pasa a llamarse *La Regeneración*, y *El Pueblo Entre Riano*, *El País*, moderando lenguaje y afirmaciones. El periódico liberal *La Democracia* celebró las clausuras, en un inútil acto de provocación cuyo resultado llegó durante los corsos del carnaval, en febrero: durante la madrugada desconocidos empastelaron la imprenta, dejándola fuera de servicio. Mientras tanto, pasquines sueltos e incluso alguna publicación anónima y semiclandestina (como *El Paraguay*, impreso en Paraná) completaban el panorama político.

En simultáneo, aparecían tímidamente prácticas orientadas a la nueva época de mercado, o al menos de unos espacios de esfera pública de mayor autonomía en algunos campos o temas. Lo primero lo testimonia el viejo regente de la Imprenta del Estado, don Jorge Alzugaray, quien imprime *El Comercio*, y continuará en la actividad -con distintos títulos- en los años siguientes. Por otra parte, *El Centinela Católico* (Paraná), *El Cóndor* (Gualeguaychú) y los sucesivos periódicos que el político y ganadero local José Antonio Broches inicia en Gualeguay, muestran nuevas exploraciones novedades: públicos por afinidades (religiosa, literaria) y periódicos políticos de propiedad particular en nuevos territorios.

Las novedades se acrecentarán luego de la terrible guerra de 1870-71, último alzamiento federal argentino, cuando los resabios de la prensa del partido federal colapsan y sus protagonistas mueren o se reagrupan bajo nuevos espacios políticos y de mercado. La rebelión estalla en marzo de 1870, con el derrocamiento y asesinato de Urquiza. De inmediato se produce la intervención federal, la resistencia por el gobierno del general López Jordán y su completa derrota al año siguiente⁹⁶.

Francisco F. Fernández prepara el alzamiento desde un periódico con nombre novedoso, que anticipa nuevos ejes de conflicto social: *El Obrero Nacional*, que se transforma desde marzo en

⁹⁶ La rebelión jordanista ha sido objeto de numerosos estudios, siendo pioneros entre ellos los trabajos de Vázquez (1956, 1970) y Chávez (1970). A las tensiones acumuladas por la derrota federal en 1861 y la pérdida del rol decisivo de Entre Ríos en la Confederación, se agregaron nuevos problemas en torno a la propiedad de la tierra provincial, entre terratenientes que obtenían tierras fiscales y ocupantes consuetudinarios sin títulos, así como gauchos habituados a oficios ganaderos con tierras libres. Urquiza, por su parte, lejos de habilitar nuevos liderazgos mantuvo el control absoluto de la provincia, incluso durante el gobierno de Domínguez (1864-1868) y postergando la candidatura del general José López Jordán, quien contaba con amplias simpatías en el federalismo. La actitud pasiva de Urquiza frente a los porteños durante las invasiones al Interior y luego durante la guerra del Paraguay agravó la situación. El 11 de abril de 1870 López Jordán dirigió un golpe contra Urquiza, que incluyó el asalto al Palacio San José y el asesinato de éste, así como de dos de sus hijos en otros puntos de la provincia, aunque los participantes del ataque al general adujeron que iban a apresarlos, no a matarlos, pero que al defenderse éste se desató un tiroteo. El 14 de abril López Jordán era nombrado gobernador por la legislatura para completar el período constitucional de Urquiza. La intervención del gobierno nacional sobre la provincia se produjo de inmediato con tropas veteranas de la guerra del Paraguay, derivando en una guerra entre las fuerzas federales entrerrianas -con apoyo de federales de otras provincias, incluso paraguayos- y las nacionales. Si bien las móviles y entrenadas caballerías entrerrianas obtuvieron algunos triunfos y organizaron una eficaz guerrilla, la superioridad en equipos, apoyo naval, telegrafía, retaguardia y unidad de mando de los nacionales terminó por prevalecer. Una errónea ofensiva jordanista para reponer en Corrientes al gobernador Evaristo López concluyó con la desastrosa batalla de Ñaembé en enero de 1871, donde López Jordán perdió casi toda su caballería, debiendo escapar a Brasil. Reintentó una revolución en 1873, y ya con menguadas fuerzas en 1876, siendo apresado.

periódico militar, “de grupa” acompañando desde el inicio de la guerra los movimientos del ejército jordanista, en la que constituye la última experiencia de este tipo en Argentina.

En abril de 1870 ingresó la intervención nacional desembarcando en Gualeguaychú. Una de sus primeras medidas fue la clausura de todos los periódicos en la provincia. Para hacerla efectiva hubo que tomar militarmente las ciudades, y de inmediato aparecieron publicaciones de uno y otro signo, con nuevos actores, y nuevas reglas de juego, en un sistema subordinado a la hegemonía de la cada vez más poderosa prensa de Buenos Aires, con actores locales, provinciales y nacionales, pero formando parte del mismo sistema de periódicos, periodistas y lectores.

3.3.2. Los caminos hacia la prensa moderna

Refiriéndose a un tópico de Historia del Periodismo Argentino correspondiente a un período histórico muy distinto (la década de 1930), Enrique Fraga (2006) notaba el peso sobredimensionado de resoluciones y circulares de la Dirección Nacional de Correos y Telégrafos. Era en ese discreto (y poco expuesto a la vista de la opinión pública) espacio donde se definieron y operativizaron las bases de la prohibición del lunfardo en la radiodifusión argentina, sin necesidad de Ley del congreso alguna y, de hecho, sin mecanismos regulares de control legislativo de ningún tipo.

Setenta años antes, esta capacidad de acción vicaria permitía al bando vencedor de las guerras civiles multiplicar los efectos de su control policial sobre el periodismo de las provincias interiores: para unos, permisos seguros de franqueo, envío y distribución. Para otros, el pantano frente a cualquier intento de salir del entorno directo de los suscriptores locales. A las destrucciones físicas y prohibiciones, a la ocupación del espacio periodístico por protagonistas subsidiados afines, y a la mejor capacidad de captación de avisos por parte de los medios liberales -que cuentan con la simpatía de las elites enriquecidas en el proceso- se agrega la capacidad diferencial de circular. Como ha señalado Sujatovich (2014: 92-93) hasta el mismísimo presidente Mitre sufrió por unas semanas las consecuencias del control del correo durante la crisis política con Marcos Paz (a cargo de la vicepresidencia por ausencia de Mitre en el frente paraguayo), retaceándose la llegada de *La Nación Argentina* al frente.

Esta diferencia se extiende a otras ramas de actividad (como la pequeña producción agrícola) y a otros sistemas de transporte y comunicaciones (como el ferrocarril), en los cuales el manejo de turnos de descarga de mercadería podía arruinar a competidores pequeños.

Pasados los años más terribles del desenlace posterior a Pavón (1861-1868), los restos del Partido Federal y su prensa comenzaron a explorar caminos adaptativos a la nueva situación. El triunfo de Avellaneda -y la derrota de Mitre- en 1874 abrieron nuevas esperanzas y posibilidades. Más aún, el

triunfo de Roca en la elección presidencial de 1880, que permitió el acceso al gobierno nacional y a gobiernos provinciales a numerosos antiguos federales.

Urquiza presentó su candidatura a las elecciones presidenciales de 1868. Contaba entonces con el apoyo de gran parte de la prensa de su provincia, y volvió a brindar auxilio a periodistas en otras provincias para sostener periódicos en 1867. Uno de ellos fue el instalado en Rosario por Ovidio Lagos, *La Capital*, aún en circulación; otro, *El Progreso*, en Córdoba, a cargo de Ramón Gil Navarro, y destruido al año siguiente en un atentado de partidarios mitristas que casi cuesta la vida al redactor. Tras el asesinato de Urquiza en marzo de 1870, *La Capital* comenzó un proceso de consolidación estableciendo características más empresariales y un perfil adaptado a la hegemonía de la prensa porteña mitrista: no intenta circular a nivel nacional ni provincial, sino que, por el contrario, hace del fomento del progreso local una bandera independiente de las facciones políticas. Esta estrategia fue ampliamente imitada y bien puede considerarse, en las décadas siguientes, un modelo. En las provincias con menos desarrollo de mercado, los periódicos también lograrán mínimas condiciones de supervivencia, pero se verán ampliamente dependientes de que el propio partido estuviese o no en el gobierno. Esta condición profundizó los términos de dependencia de los intelectuales y aspirantes a periodistas del Interior respecto de Buenos Aires. Después del primer éxodo de intelectuales producto del colapso de la Confederación, que llevó a gran parte del funcionariado del gobierno confederal hacia la nueva sede en Buenos Aires, causando, entre otros impactos, la migración con igual destino del proyecto de la *Revista del Paraná*, la sangría continuó mientras se completaba la derrota del partido federal. Pero aún después, las oportunidades se concentraban en Buenos Aires. La provincia de Entre Ríos que alojaba un 14 por ciento de la población de la Confederación y cerca del 7 por ciento de la del conjunto nacional en la época con capital en Paraná, fue protagonista de una participación demográfica decreciente⁹⁷. Por ello Entre Ríos fue una cantera de intelectuales y periodistas de Buenos Aires: Emilio Onrubia y su teatro, Onésimo Leguizamón, José S. Álvarez y otros, décadas más tarde, serían protagonistas de la modernización del periodismo en la gran ciudad del Plata. Incluso espacios de desarrollo en el Interior se ganarían en Buenos Aires, con designaciones diversas con destino a provincias: cargos educativos, gubernativos, en bibliotecas y aún corresponsalías de los grandes diarios.

Tanto el mitrismo como el roquismo se ocuparán de sostener una amplia red de subsidios, apoyos y alianzas para contar con prensa afín en distintos sitios del país. El férreo control del aparato estatal le permitirá a Roca el desarrollo de una maquinaria de prensa -y novedosamente de propaganda- prácticamente imbatible. Pero los periódicos roquistas nunca lograron la trascendencia empresarial de diarios mitristas como *La Nación* y *La Prensa*. Roca mismo, nunca se interesó por la propiedad

⁹⁷ El descenso será continuo, con altibajos. En 2010 Entre Ríos concentraba el 3,08 por ciento de la población nacional, según el Censo Nacional de Población y Vivienda.

de una empresa periodística excepto a los efectos de las campañas políticas. Ciertamente, no era dinero lo que le faltaba: para la campaña de 1898, su facción compró una fábrica de cigarrillos con el fin de utilizar el espacio de las marquillas, la publicidad y los sorteos conexos para hacer propaganda electoral (Ojeda, 2016; Butera, 2012). En tal contexto, aquellos empresarios vinculados a la política que se hallan en la ventajosa posición de gobierno, sea en los máximos niveles (Mitre) como subordinados (Paz, Cantilo, Laínez, Manuel Bilbao) realizarán experiencias periodísticas cuya incubación y arranque será fuertemente estatal, pero cuya maduración los llevará a la plena independencia empresarial. De este tipo de experiencia, se analizará a continuación los casos paradigmáticos de *La Nación* y *La Prensa*, que se transformarán en los dos grandes diarios del último cuarto de siglo y de la primera mitad del siglo XX.

Triunfo y hegemonía de la prensa mitrista

Cuando fue confirmado constitucionalmente como Encargado del Gobierno Nacional en marzo de 1862, Mitre comenzó a prepararse para ganar las elecciones y obtener la presidencia constitucional por el período 1862-68, objetivo que logró. Había acumulado para entonces una enorme experiencia tanto en la política como en el periodismo, el control efectivo del Poder Ejecutivo Nacional, la jefatura de las fuerzas armadas triunfantes en la guerra y una prensa periódica ampliamente favorable, tanto en Buenos Aires como en las provincias que la intervención nacional iba ocupando. Mientras la ocupación del Interior desmontaba el aparato periodístico federal, en Buenos Aires el nuevo presidente se ocupó prontamente de tener su propio diario, al que tituló *La Nación Argentina*, que comenzó a publicarse al cumplirse un año de Pavón y en semanas previas al inicio de su nuevo mandato. El periódico contó con la más amplia protección del Estado: su director, José María Gutiérrez, era a su vez el secretario del Encargado del gobierno nacional, función que venía cumpliendo a su servicio desde la campaña de Pavón⁹⁸. Su distribución hacia el Interior

⁹⁸ José María Gutiérrez (Buenos Aires, 1831-1903) fue un intelectual perteneciente a la política porteña, muy cercano a Mitre. Después de Caseros obtiene empleo público como Oficial del Ministerio de Gobierno (Cutolo, 1968, T. III: 512), desde cuyo rol se ocupa de la redacción del periódico satírico oficialista *El Diablo* (octubre de 1853) poco después del inicio de la gobernación de Pastor Obligado. Al año siguiente se lo designa secretario del Congreso del Estado de Buenos Aires, cargo que conserva hasta 1857, cuando pasa como Oficial Mayor al ministerio de Hacienda. Profundiza sus vínculos con Mitre durante el período en que este último es ministro de Guerra (desde 1857), colaborando además en la segunda época de *Los Debates* (1857) dirigido por Mitre, y acompañándolo luego como secretario a las batallas de Cepeda (1859) y Pavón (1861), y luego a la presidencia de la Nación. En 1860 fue electo diputado a la legislatura de Buenos Aires, convencional a la Convención reformadora de la Constitución a realizarse en Santa Fe y secretario de la gobernación de Buenos Aires (ejercida por Mitre desde ese año) para los asuntos generales de orden nacional (Baudón, 1956: 486). Acompañó como uno de sus hombres más leales la presidencia de Mitre, ocupándose de la estratégica tarea de dirigir *La Nación Argentina* como periódico vocero de Mitre, pero no publicado desde el Estado sino como papel particular. Su estrecho vínculo con Mitre continúa el resto de su vida. Cuando éste concluye su presidencia y se prepara para transformar el diario en *La Nación* como una sociedad anónima, abandona la dirección (que cede a Mitre) para continuar como editor jefe, cargo que conserva hasta su muerte. Integra la nómina de diputados nacionales por el partido nacional mitrista durante la presidencia Sarmiento, y participa en el alzamiento de Mitre en 1874. Cuando se produce la política de Conciliación en 1878, permitiéndose al mitrismo reingresar a la legalidad política, el presidente Avellaneda invita a Mitre a proponer ministros para incorporar al gabinete nacional, asumiendo Gutiérrez el ministerio de Justicia e Instrucción Pública en junio de 1878. Renunció al cargo en octubre de 1879, cuando la proximidad de la elección presidencial desactivó la Conciliación, cumpliendo tareas en nombre del mitrismo en apoyo de la campaña presidencial de Carlos Tejedor, derrotada por Julio A. Roca. Volvió a ser diputado nacional desde ese año, y en 1890,

aprovechaba ventajas concedidas por las vías de comunicación del Estado. El diario contó, además, con la prioridad de publicación de los actos oficiales del gobierno nacional (por el cual recibía un pago), avisos oficiales, y una suscripción garantida de 200 ejemplares por el gobierno nacional desde su inicio (Sujatovich, 2014: 67).

Pero Mitre era ya desde muchos años atrás un hombre experimentado en el periodismo tanto estatal como particular, y conocía las potencialidades de la prensa en manos particulares. Lejos de imitar a predecesores poniendo en marcha un periódico estatal, optó por uno privado, que recibiese a su vez una fuerte transferencia de recursos -no sólo en dinero por compra de remesas de ejemplares o avisos oficiales, sino en personal y distribución- desde el Estado. Su experiencia chilena, su trabajo junto a Hortelano y su conocimiento del mercado europeo le permitían imaginar una futura independencia del periódico en sus manos, objetivo que logra pocos años más tarde con este mismo diario transformado en *La Nación* a partir del 4 de enero de 1870⁹⁹.

A tal experiencia se agregaba la más específicamente política: conocía en detalle los sinuosos mecanismos de control del Estado sobre la prensa, que no necesariamente requerían de normas represivas para ser eficaces: apoyos, subsidios, retiros de los mismos, eran parte regular de procedimientos que incluían suscripciones, prioridades de publicación de avisos oficiales, facilidades de envío, avisos, provisión de salarios estatales, préstamo o venta a muy bajo costo de equipos, compra con absorción de deudas, entre otros procedimientos que, además, se otorgaban con el permanente riesgo o amenaza de pérdida o de concesión a adversarios y/o competidores. Cuando lo consideró imprescindible, aplicó algunas de estas medidas en forma explícita y pública: en 1860, siendo gobernador de la provincia de Buenos Aires, había suspendido todas las formas de subsidio a los dos grandes diarios de la ciudad (*El Nacional* y *La Tribuna*) a fin de obligarlos a moderar su prédica beligerante en medio de las negociaciones con Urquiza.

El proyecto de publicar *La Nación Argentina* se pone en marcha apenas se consolidan los acuerdos con Urquiza y le es concedida formalmente la jefatura provisoria del Poder Ejecutivo Nacional. El proyecto retoma las expectativas puestas en *Los Debates* en 1852 y 1857: apostar a la consolidación empresarial de un diario a partir de una correcta política de suscripción que intente ir más allá de los militantes incondicionales, y que convenza a los comerciantes de publicar regularmente avisos, a

cuando el mitrismo se involucra en la nueva revolución, vuelve a ser ministro de Justicia e Instrucción Pública, durante la breve presidencia de Carlos Pellegrini. En 1895 fue designado presidente del Consejo Nacional de Educación, cargo que ejerció hasta su fallecimiento en 1903.

⁹⁹ El padrinazgo a publicaciones con fondos tanto estatales como propios es una actividad que de una u otra manera llevaron a cabo todos los grandes líderes políticos del período, Urquiza, Mitre, Roca u otros. En el caso de Mitre, estos padrinazgos por la vía del subsidio, la suscripción generosa en cantidad de ejemplares u otros tipos de ventajas se aplicó a publicaciones locales, así como sectoriales. Es conocido su apoyo a *El Proletario* (periódico de la población “de color” porteña) en 1857 y a otros periódicos afroamericanos a lo largo de la segunda mitad del siglo (Díaz, 2004), o el apoyo a periódicos liberales del interior del país (Moyano, 2008; Ojeda y Moyano, 2015; Ojeda, 2016) o porteños en la década de la secesión de Buenos Aires (De Marco, 2006).

cambio de un periódico con todos los avances técnicos, de secciones y de servicios propios de su tiempo. Pero a su vez, Mitre conoce bien las limitaciones del mercado de periódicos en sus posibilidades de sostenibilidad. De su experiencia chilena y de otras experiencias periodísticas porteñas, ha aprendido que puede amortizarse buena parte de la inversión por medio de los servicios de imprenta a particulares, reduciéndose así el peso de la inversión de capital destinado exclusivamente al periódico. Aplicará esta estrategia desde el comienzo, con sucesivas ofertas de variados servicios a particulares y una constante innovación tecnológica.

No dejará, mientras tanto, de hacer uso del aparato estatal para sostener su periódico, como era característico hasta el momento. Utilizará todos los recursos: salarios de oficial de gobierno, suscripción estatal, concesión de la publicación de documentos oficiales, avisos oficiales, facilidades de distribución.

El resultado no estaba garantizado: se trataba de lograr un periódico que defendiese la política del gobierno -en concreto, la de Mitre- y que a su vez no fuese un periódico oficial. Que tendiese a sostenerse en su propia actividad económica (suscripciones, avisos, servicios de imprenta), pero sin renunciar, hasta que no cambiasen las circunstancias, al poderoso sostén del Estado. Un periódico particular que defendiese al gobierno, un periódico sostenido por el gobierno que no pudiese desaparecer ni cambiar de signo con un cambio de gobierno.

El primer número de *La Nación Argentina* se publicó el sábado 13 de septiembre de 1862, en coincidencia con el aniversario de su triunfo en Pavón (17 de septiembre de 1861) y un mes antes de su asunción de mando presidencial constitucional (12 de octubre de 1862) “para explicar su política, para ser el verbo de su ideario en acción” (Mitre, 1943). Su prospecto destaca el carácter novedoso del emprendimiento, y los casi dos mil suscriptores que logra. Gutiérrez enfatizar en el editorial del número 1 que “*La Nación Argentina* no ha ido en busca de la opinión, sino que ha nacido espontáneamente de ella”. La afirmación, que honra las formas de las declaraciones iniciales de todos los periódicos de su tiempo, se muestra, como otras, demasiado optimista. El diario mantendrá un estricto alineamiento con Mitre a lo largo de toda su existencia, y permitirá a su mentor no sólo desplegar una empresa periodística, sino contar con una herramienta política de primer orden, tanto para enfrentar a sus adversarios políticos como, asunto no menor, para asegurar equilibrios y unidad al interior de su propio partido, que atravesó varias crisis a lo largo de su mandato presidencial.

El contexto no era sencillo para la superación de los modos guerreristas y apologéticos de la prensa faccional: entre 1862 y 1864 se había producido una violenta guerra de policía en el centro y oeste del país, en 1864 la guerra civil uruguaya llevó a la flota brasileña hasta Paysandú, y al año siguiente comienza la larga y terrible guerra del Paraguay.

Como han demostrado Sujatovich (2014) y Ojeda (2016), en este duro contexto *La Nación Argentina* mantuvo una posición coherentemente mitrista a lo largo de toda su existencia. Si los avances en capacidad y calidad de impresión, captación de avisos y mejoras en el aspecto y legibilidad de la página fueron abundantes, en los contenidos, sobre todo en los correspondientes a la sección de artículos editoriales de fondo, la regularidad fue completa. El periódico sostuvo la política del Partido Nacional tanto frente a los federales, como frente al autonomismo porteño. Se enfrentó a *El Nacional* y *La Tribuna*, defendió la gestión de Mitre como presidente y como comandante del ejército en guerra, la política de Mitre en la represión de las montoneras federales en el oeste del país, en la conformación de la Corte Suprema o en la cuestión capital, manteniendo su tono polémico tanto hasta el final de la presidencia (cuando escribe su carta abierta sosteniendo la candidatura presidencial de Elizalde, su ministro de Relaciones Exteriores) como hasta el final del propio periódico poco antes de transformarse en *La Nación* (como lo hace en su polémica con Juan Carlos Gómez en torno a la Triple Alianza).

Amparada en el hecho de que, efectivamente, el diario no era oficial (no fue creado por decreto ni con asignación presupuestaria, ni su propiedad fue pública), *La Nación Argentina* se ocupó rápidamente de poner en práctica sus principales estrategias para asegurarse la sostenibilidad.

Por un lado, se aseguró la adquisición de maquinaria avanzada para la media porteña (Ojeda, 2016: 112). Decía el diario en su número 4:

"Contando la imprenta por la que se publica *La Nación Argentina*, con una poderosa máquina a vapor y con la variedad más completa de tipos que posea establecimiento alguno en la ciudad, podemos asegurar a los Sres. que se dirijan a hacer uso de nuestras columnas, que publicaremos los avisos en la forma, tamaño y gusto que pidan los interesados. Advirtiéndolo al mismo tiempo, que, poseyendo el establecimiento un sistema nuevamente inventado para grabar sin buril, se pueden dotar a los avisos de las láminas o indicaciones que quisiesen agregarse, mediante una pequeña retribución sobre el precio del aviso sencillo, pudiendo después disponer el dueño de la plancha. Como la publicidad es una gran palanca para hacer fortuna, llamamos la atención del público sobre las ventajas que ofrece *La Nación Argentina* sobre los otros diarios, y esperamos que los amigos nos favorezcan con sus trabajos. Quedarán satisfechos tanto por la modacidad de los precios, como por la perfección y la forma en que se hará la publicidad de los avisos" (*La Nación Argentina*, N° 4, 17 de septiembre de 1862).

Esta actualización que el periódico presentaba orgullosamente se mantuvo a lo largo del tiempo. Como indica Sujatovich (2014: 65) a partir de la lectura del número 1279 de *La Nación Argentina* (correspondiente al 1° de enero de 1867), el esfuerzo de prestar nuevos servicios útiles, asegurar un servicios de imprenta a particulares más variado, cualificado y veloz, y hacer notar a los lectores las mejoras en el diario fue una práctica a la que se dio especial atención, acompañada del reclamo simultáneo al apoyo del público tanto por razones de empresa como de acompañamiento a la línea política y educacionista del periódico.

El material publicitario todavía no gozaba de tarifas capaces de movilizar fortunas en cada número, pero significaba una fuente de ingresos significativa (Ojeda, 2009; Ojeda, 2016; Sujatovich 2014). En no pocos números la superficie impresa con avisos pagos superó el 50 por ciento del total del pliego ya en el primer año de publicación, situación que se mantuvo en el quinquenio siguiente.

La venta de 2200 unidades diarias en promedio en el primer año incluía las suscripciones individuales, las institucionales y las ventas de ejemplares sueltos. El Poder Ejecutivo Nacional se suscribió por 200 ejemplares según reconoce el propio diario (Sujatovich, 2014: 67), en una conducta que fue acremente criticada por otros diarios, dado que el contratante y el contratado tenían el mismo jefe.

De este modo, el periódico aprovecha la expansión económica iniciada tras la unificación del Estado en un contexto de grandes inversiones en infraestructura, para -sin perder las ventajas del apoyo originario estatal- producir un creciente saldo favorable producto de una cantidad de suscripciones, de avisos y de servicios de imprenta que aseguran prosperidad a la empresa, al menos en el largo plazo.

En sus contenidos, el periódico magnificó estos éxitos y trató de minimizar el impacto del apoyo estatal explícito que había recibido, aunque no pudo negar que lo estaba recibiendo, más allá de que, además, se acusaba al mitrismo de utilizar dineros propios originariamente obtenidos de maniobras poco legales en el Estado. Aseguró una y otra vez no se ministerial (lo cual era cierto) y no necesariamente ser la voz del presidente (lo cual era a todas luces falso).

Como puede notarse una vez más, en este diario, como en muchos precedentes, se repiten la afirmación de fe y la promesa de que el periódico se financiase sólo con suscripciones, ventas sueltas, avisos y servicios anexos de la imprenta, para no depender de ningún órgano del Estado, para no ser “ministerial”. Esta promesa no era falsa a juzgar por el esfuerzo desplegado por la elite política para crear una prensa capaz de evitar ser mero órgano de propaganda estatal. Pero tampoco era realizable de momento: el periódico se sostenía en una poderosa secuencia de recursos de Estado que sostenían desde el salario del director hasta una parte de la suscripción, pasando por la distribución y acceso a fuentes privilegiadas. De este modo, el diario del presidente requería aún, en 1862, anclarse en alguno de los modos de transición del Estado al mercado. Descartado el de sustitución que tanto habían combatido los liberales antes unitarios y entonces del Partido Nacional mitrista, Mitre tampoco adoptó la tentadora opción del *modelo de simbiosis* tan utilizado por Urquiza. Su procedimiento fue asegurar auxilios estatales a la empresa privada en un volumen tal que permita a ésta, en el futuro, sostenerse sola.

Así, pudo contar Mitre con un diario que le prestó lealtad incondicional, repitiendo el patrón precedente: en los tópicos políticos fundamentales, cualquiera sea la sección en que pudieran

manifestarse, no habrá otra voz que la del jefe. En aquellos que no entren en colisión con ella, voces diversas podrán manifestarse, y aún producirse debates.

Una prueba decisiva de la fortaleza de esta nueva experiencia se produjo en 1867, cuando la crisis política en el Poder Ejecutivo Nacional alcanzó su pico. La nueva oleada de alzamientos federales Felipe Varela y Felipe Saá iniciados en 1866, los catastróficos resultados de la batalla de Curupayty y las desavenencias entre miembros del gabinete y el vicepresidente Marcos Paz obligaron a Mitre a retornar a Buenos Aires en febrero de 1867 (Whigham, 2015, T. II), traer un contingente de tropas veteranas para asegurar el aplastamiento de la rebelión. El vicepresidente Paz rogaba a Mitre por su retorno:

“Los pueblos quieren ser mandados por aquel que tiene mejor derecho a mandar. Usted fue elegido canónicamente por el pueblo argentino para gobernar y no para mandar un ejército (...) Yo no gobierno. Es preciso que venga Usted a hacerlo” (Carta de Paz a Mitre, 16 de enero de 1867, cit. por Rock, 2006: 84 del Archivo del General Mitre, Tomo 5: 42).

La suma de problemas, el hecho de que Paz gobernaba por delegación con un gabinete extremadamente leal a Mitre y desavenencias internas en el mitrismo llevaron a Paz a presentar la renuncia tres veces a lo largo del año, situación en la que La Nación Argentina cumplió un claro rol de presión sobre el vicepresidente (Sujatovich, 2014: 85-87). Las primeras dos le fueron rechazadas de inmediato. Mitre, dice Whigham,

“mostró un inesperado ímpetu en poner la Argentina en orden. Rechazó la renuncia de Paz, y por medio de una combinación de pacientes lisonjas e inclementes amenazas, logró poner al vicepresidente de nuevo donde lo quería. Se mostró dispuesto a hacer compromisos con los autonomistas de Buenos Aires pese a que se comportaban primero como porteños y sólo después como argentinos” (Whigham, 2015: 277).

Mitre, además, aseguró que en caso de que Entre Ríos protagonizase un alzamiento montonero arreglaría el envío de tropas brasileñas al Litoral para sostener a Urquiza, y gestionó con éxito el apoyo de caudillos liberales del interior (como los Taboada) a las fuerzas de Paunero que él había reforzado con las traídas del frente (Rock, 2006: 84). Con la situación aparentemente contenida, Mitre regresó al frente en julio, con la explícita intención de lograr la victoria en el Paraguay antes de las elecciones.

Pero una división aún mayor se abrió entre sus lugartenientes a cargo del gobierno. A diferencia de los principales cuadros del gabinete que procedían del riñón del mitrismo (como Elizalde, Costa y Rawson, entre otros), Paz era un hombre liberal del interior que había tenido activa participación en el gobierno de la Confederación con capital en Paraná¹⁰⁰. La explicitación -en agosto- de su apoyo

¹⁰⁰ Marcos Paz (San Miguel de Tucumán, 1811 – Buenos Aires, 1868) se graduó de abogado en Buenos Aires, donde contrajo matrimonio con Micaela Cascallares, miembro de una rica familia terrateniente. El padre de Paz fue ministro del gobernador de Tucumán Alejandro Heredia, de quien Marcos fue secretario. A pesar de ser edecán del general Pacheco en la batalla de Caseros ocupó cargos en el gobierno de Vicente López tras la caída de Rosas. Participó en el sitio a Buenos Aires bajo el mando de Hilario Lagos en 1853, y luego fue elegido senador nacional, por lo que se radicó en Paraná. En mayo de 1858 fue elegido gobernador de

al proyecto de Ley para fijar a la ciudad de Rosario como Capital Federal desató una inmediata crisis política, dado que Mitre había combatido con ardor en favor de Buenos Aires como la capital natural de la Nación¹⁰¹. La escalada derivó en la presentación de la renuncia de los principales ministros del gabinete: el 3 de septiembre (Paz, 1964: 311). Pero además se desataba la campaña electoral y Urquiza, candidato a presidente, aportó los recursos para la instalación del nuevo diario de la ciudad de Rosario dirigido por Ovidio Lagos, con el sugestivo nombre de *La Capital* (cuyo primer número se tiró el 15 de noviembre). Los rumores crecieron y la situación política se tornó insostenible. A pesar de que el forzamiento del paso de Humaitá, decisivo para la derrota del Paraguay, no había sido aún logrado (lo haría la flota brasileña el 22 de febrero de 1868), Mitre recibió una andanada de reclamos para retomar con urgencia la presidencia.

Frente a ello, *La Nación Argentina* demostró la enorme ventaja de contar con un periódico propio no oficial para defender al presidente. Si antes había utilizado los mejores recursos de la tradición oratoria al modo del manual de elocuencia de Capmani en boga en el ámbito letrado (Rivera, 1990) comparando Buenos Aires y una nueva capital en el Interior con Londres y Constantinopla, ahora se hacía uso del clásico brulote que esquivaba el argumento anulándolo por las malas intenciones de su autor:

“Habiendo llegado a conocimiento de la dirección de la “Nación Argentina” que el sr. vicepresidente de la República Dr. Don Marcos Paz ha negociado terrenos en el Rosario por valor de 100000 duros, mientras hacía pesar en las deliberaciones del congreso su opinión sobre la cuestión capital, ha resuelto desde hoy, dejan de enviarse al Gobierno Nacional los 200 números porque estaba suscrito a este diario. La dirección” (*La Nación Argentina*, 27 de agosto de 1867. En negrita en el original. Cit. por Sujatovich, 2014: 89)

Tucumán, con el apoyo de los liberales de la provincia, cargo que ejerció hasta marzo de 1860, cuando renunció. Participó como convencional en la convención reformadora de 1860, y se trasladó luego a Buenos Aires, donde trabó estrecha relación -y amistad- con Mitre y Paunero, lo que lo llevó a aceptar una misión diplomática a Córdoba y a su provincia. Luego de Pavón acompañó la columna de Paunero en su campaña al Interior, donde se hizo elegir gobernador de Córdoba el 16 de diciembre de 1861, cargo que ocupó poco más de un mes. Luego continuó en campaña por las provincias del Noroeste, donde logró cambios de gobierno en cuatro de ellas. Fue electo senador y presidente del senado que llamó a elecciones, de las cuales resultó vicepresidente de Mitre. Marcos Paz fue, por otra parte, tío y mentor de Julio A. Roca.

¹⁰¹ La defensa de la capitalidad “natural” de Buenos Aires había sido una constante en la prédica del partido nacional mitrista, que lo diferenció tanto de autonomistas porteños como de federales que quisieron fijar la capital en otras provincias. *La Nación Argentina* honró este punto de vista desde sus inicios hasta su final. Por ejemplo, en 1862: “Las capitales no se hacen por leyes, ni dependen de la previsión de los pueblos. Las más importantes capitales del mundo no han sido determinadas de antemano, y la que es llamada capital de capitales; la culta y poderosa París, que es el corazón de la Francia, no fue hecha capital por los Congresos. Otro tanto decimos de Londres. Constantinopla, capital elegida, no pudo jamás subir a la altura de Roma, ni como fuerza, ni como centro de civilización y poder (...) Es inútil luchar contra las leyes de la naturaleza y querer invertir el orden natural de los hechos sociales. ¿Y para qué oponerse tampoco al cumplimiento de esas leyes salvadoras que encierran la conveniencia general? La capital es el gran pacto en que nadie pierde y en que todos ganan; es la fórmula misteriosa que hace convergir las fuerzas al centro, para devolverlas triplicadas a la circunferencia, a la manera de la tierra fecunda, que devuelve en mil espigas de oro el grano de trigo que recibió en su seno (...) nada tienen que temer las Provincias de que la nación se dé una capital grande, ilustrada y con influencia política reconocida; porque todos esos bienes refluirán en bien de ellas: y menos tiene que temer Buenos Aires de recibir en su seno el depósito de las autoridades nacionales, que, en vez de pesar sobre ella, van a colocarse bajo la influencia legítima y benéfica de los grandes centros de civilización” (*La Nación Argentina*, 2 de octubre de 1862, cit. por Sujatovich, 2014: 104). Pero a medida que se acercó la fecha de caducidad de la Ley de Residencia pactada tras los acuerdos de 1860, el tono del periódico viró hacia argumentaciones más propias del pendolismo tradicional. En la edición del 18 de enero de 1866 ya se acusa a sus opositores de querer voltear el gobierno, y de mentir o en su defecto sostener puntos de vista inconstitucionales. En la edición del 5 de julio de 1867 el maniqueísmo ya es completo. La cuestión capital ya es “una cuestión de cuya solución depende el afianzamiento o la destrucción del actual orden de cosas, el imperio de las instituciones o el dominio del caudillaje, la paz, la prosperidad, la civilización de la República, o la anarquía, el atraso, la barbarie y el despotismo para el pueblo argentino” (cit. por Sujatovich, 2014: 107).

La crisis desatada fue completa. Y aunque en los siguientes días Paz se defendió aduciendo que la cifra de la transacción era diez veces menor a la denunciada, la campaña continuó y se profundizó. El día 28 hacían responsable a Paz de la crisis y de la fiesta que se hacía la prensa opositora con la ruptura entre el diario y el vicepresidente a cargo de la presidencia (*La Nación Argentina* N° 1874, 28 de agosto de 1867). Aunque parecía nimia, una cuestión escondía el asunto de fondo: ¿se borró Paz de su suscripción al diario, o el diario borró a Paz de su lista de suscriptores? La prensa opositora aseguraba lo primero, insinuando capacidad de Paz de romper con Mitre. La Nación Argentina, aseguraba lo segundo, afirmando implícitamente que Mitre estaba retirando su confianza a Paz: “¡AH! ¿Con que era el señor Paz el que se retiraba! ¿Con que no ha habido ninguna punta de bota impulsándolo a ese retiro?” (*La Nación Argentina*, 28 de agosto de 1867, cit. por Sujatovich, 2014: 90). En la edición del 29 de agosto, *La Nación Argentina* vuelve sobre la acusación principal, que es el conflicto de intereses entre la posición en la cuestión capital -contraria a Mitre- y sus intereses privados en la compra-venta de terrenos:

“Dejemos las vociferaciones a un lado y vamos a dejar establecido lo que interesa al país en la grave declaración a que hemos sido impulsados para establecer nuestras respectivas posiciones. El sr. vicepresidente de la República confiesa bajo su firma que es cierto, que ha negociado terrenos mientras se agitaba la cuestión capital, es decir mientras hacía pesar en el Congreso su opinión favorable a la localidad en que era pecuniariamente beneficiado. Se ve pues que no hemos sostenido una calumnia. Toda la diferencia está en la cantidad, pero esto no altera el carácter del negocio. Sin embargo, para que se vea que no hemos faltado a la verdad ni en un ápice, y nuestras palabras no han sido maliciosas, debemos agregar que aun en la cantidad, nos sostenemos en lo dicho. Es cierto que el sr. vicepresidente vendió terrenos por sólo diez mil duros, como él mismo lo confiesa. Pero nosotros no hemos dicho que vendió por cien mil duros, sino que negoció. Y esta es la verdad” (*La Nación Argentina*, 29 de agosto de 1867, cit. por Sujatovich, 2014: 91).

Este último artículo -sugestivamente titulado “Última palabra”- dio inicio a una ofensiva general contra Paz por parte del partido nacional, reagrupado en torno a la candidatura de Elizalde, quien sería un año más tarde uno de los accionistas principales de *La Nación*. Se acusó a Paz de hallarse detrás de la no llegada de los ejemplares diarios de *La Nación Argentina* al cuartel general de Tuyu Cué que el correo debía asegurar:

“Nos hemos permitido citar nombres propios y respetables para que el activo e inteligente Administrador de Correos que tenemos se aperciba de que no formulamos quejas infundadas y de que en esto hay un plan que él sabrá destruir, no lo dudamos” (*La Nación Argentina*, 3 de octubre de 1867, cit. por Sujatovich, 2014: 92).

En las semanas siguientes la ofensiva arreció. La mayoría del partido nacional mantuvo su abloquelamiento en torno a la candidatura de Rufino de Elizalde y en contra de la de Sarmiento, sostenida por Lucio V. Mansilla en representación de sus contactos militares, y de otras candidaturas con menor ímpetu, como la del también ministro Rawson. Gutiérrez escribió a Mitre solicitando una toma de posición, y Mitre respondió con una larga carta, fechada el 27 de noviembre de 1867 pero publicada el 19 de diciembre en *La Nación Argentina*, en la que apoyaba la candidatura de Elizalde, aunque con quejas por las divisiones en el partido gobernante. Si bien

Mitre menciona tangencialmente que Paz podría ser uno de los candidatos, como Rawson u otros, lo cierto es que la carta de Mitre es muy explícita al enunciarse desde el lugar del presidente de la Nación, así como de líder de su partido. *La Nación Argentina* profundiza en las semanas siguientes el reclamo de reasunción de funciones presidenciales por Mitre, aún a riesgo de no lograr protagonizar el forzamiento del paso de Humaitá, y desconoce autoridad alguna a Paz. El 4 de enero de 1868 publica:

“La venida del Presidente de la República con el objeto de asumir el Gobierno, es indispensable y es conveniente. En cuanto a lo primero, a nadie puede ocultarse. Hoy estamos propiamente sin Gobierno” (*La Nación Argentina*, 4 de enero de 1868).

Pero aunque los ataques continuaron en los siguientes días, el 9 de enero se confirmó una inesperada noticia por medio de un telegrama oficial: Paz había fallecido de cólera. (Más tarde se sabría que la muerte se había producido el día 2):

“Ayer a la una del día, el telégrafo del Oeste anunciaba el fallecimiento del vice-presidente de la República. Adversarios de aquel magistrado, tan solo por la marcha política que adoptó en los últimos tiempos de su gobierno, y habiendo deseado por esa sola causa su separación del mando, podemos sin embargo deplorar con sinceridad el golpe que hiere a un ciudadano en su individualidad y a una familia en su jefe y su apoyo” (*La Nación Argentina*, 10 de enero de 1868, cit. por Sujatovich, 2014: 94).

La crisis de gobierno se había saldado, pero era demasiado tarde: a pesar del veloz retorno de Mitre a Buenos Aires, el partido de gobierno no logró sostener con éxito la candidatura de Elizalde, perdiendo las elecciones. Mitre se abocó entonces, con urgencia, a organizar una salida del gobierno en orden, conservando numerosos espacios en diversas áreas de gobierno, el poder legislativo y judicial. Junto a Elizalde y Gutiérrez, por su parte, se abocó a la reorganización del diario como sociedad anónima.

De este modo, Mitre llega al final de su mandato con un diario propio, capaz de sobrevivir a las crisis políticas y divisiones del gobierno, porque está firmemente anclado en manos privadas, aunque requiere -y aprovecha- la ventaja de ampararse en el poder estatal. Pero inesperadamente, en la siguiente etapa, deberá dar un paso decisivo hacia el sector privado, pues la derrota electoral lo pone primero en una inminente posición opositora, y pocos años más tarde, la derrota del alzamiento de 1874 lo pondrá literalmente en el llano.

Hemos visto en la sección anterior que tras la batalla de Pavón, la intervención institucional y militar a doce de las trece provincias permitió, entre otras victorias del mitrismo, desmontar a fondo la prensa favorable a Urquiza y al federalismo, remplazándola por mecanismos -muy protegidos desde el Estado- de distribución de los diarios mitristas de Buenos Aires y de impresión de periódicos liberales locales, creando así un primer círculo virtuoso a su favor: los periodistas locales afines fueron pronto corresponsales de *La Nación Argentina*, distribuidores y reproductores de sus

contenidos y captadores de sus avisos. La prensa de Entre Ríos, no intervenida en 1862, habría de sufrir las clausuras de 1867, en tanto en Corrientes el derrocamiento de Evaristo López en 1867 anula la prédica de José Hernández, quien tuvo que retirarse con su imprenta, mientras las fuerzas legalistas eran derrotadas por fuerzas militares al mando del hermano del presidente (Halperín Donghi, 1985; Chávez, 1973b). En Entre Ríos los últimos restos de la prensa federal colapsarían con la guerra de 1870-71.

En condiciones harto ventajosas, la prensa liberal aprovechó todas sus oportunidades. Se la fortaleció con el apoyo sistemático del funcionariado, el permiso para reproducir materiales de *La Nación Argentina*, y con ventajas en los dispositivos de comunicación telegráfica y ferroviaria que se fueron instalando pocos años más tarde. Pocas décadas después, diarios como *La Nación* - heredero de *La Nación Argentina*- tendrán circulación nacional plena, y harán impensable la empresa de un periódico del Interior con circulación en todo el país.

Hasta aquí, tenemos la experiencia de un diario en la pujante capital de la Nación, en condiciones políticas de gran ventaja, que aprovecha los beneficios de la transferencia de recursos estatales para intentar forjar un sostén más independiente del propio Estado, basado en la lógica de empresa. La paulatina ampliación del público lector producto de la educación básica, el crecimiento demográfico y la concentración de la oferta se sumó al enriquecimiento de los líderes partidarios, al creciente interés de los comerciantes por la publicación de anuncios en la prensa (durante la presidencia Mitre se produce -en 1867- la innovadora campaña publicitaria de Bagley, quien provee el licor Hesperidina al ejército mitrista y publicita en *La Nación Argentina*), en un contexto de expansión económica capitalista, fueron factores que permitieron a Mitre ser protagonista del caso paradigmático de transición efectiva del Estado al mercado. Y lo hizo por medio del *modelo de transferencia*, cuando inesperadamente constató, tras su derrota política de 1868, que podía subsistir con su periódico desde el llano.

El diario *La Nación* será el protagonista de tal punto de llegada exitoso. Fundado el 4 de enero de 1870, era en realidad el heredero directo -bajo nueva razón social- de *La Nación Argentina*, con plena continuidad entre uno y otro diario, al punto tal que los artículos por entregas y el folletín tienen continuidad de episodios. Es posible, por ende, considerar a *La Nación Argentina* / *La Nación*, como un solo diario que arranca en 1862. Esto lo transforma en el diario actualmente en circulación más antiguo de la Argentina, y uno de los primeros si tomamos como punto de partida el año 1870, detrás de *La Capital* de Rosario (1867) y *La Prensa* (1869).

El comienzo del futuro éxito de *La Nación* es, paradójicamente, una secuencia de terribles derrotas. La primera, su fracaso en digitar a su propio sucesor en el cargo presidencial. Mitre quería entregar el cargo de president a su ministro de relaciones exteriores, Dr. Rufino de Elizalde, alto cuadro del

Partido Nacional y socio de Mitre en diversas actividades económicas. Su explícita manifestación de intención, publicada en *La Nación Argentina*, quedó nombrada en la historia como su “testamento político”¹⁰²: no sólo porque dejaba la presidencia (la Constitución Nacional no admitía la reelección), sino porque a pesar de denodados esfuerzos durante varias décadas más, Mitre nunca volvería a ser presidente, ni volvería a acumular el enorme poder político y militar que logró en su cenit en la década de 1860. El 12 de abril de 1868, una fórmula inesperada, producto de las cambiantes alianzas entre gobernadores, partidos y mandos militares, compuesta por Sarmiento y Alsina, se alzó con la victoria. Sarmiento era un independiente, y Alsina un autonomista. Para el mitrismo, el resultado era políticamente calamitoso.

Sin embargo, no se trataba ahora de preparar el destierro y ejercer desde allí la pluma hasta la siguiente oportunidad de combatir. Ahora la consolidación institucional permitía a la oposición conservar numerosos espacios en el Estado, publicar su prensa en la misma ciudad donde éste gobierna, y trabajar pacíficamente en pos de la próxima elección, buscando un resultado favorable. La prensa entonces acrecentaba más que nunca su importancia en la tarea de ganar la opinión pública. Esto no significa que la acción militar quede definitivamente atrás: la nueva derrota en la siguiente elección presidencial, en 1874, llevaría a Mitre al alzamiento armado.

Pero en los seis años precedentes, el esfuerzo se vuelca a la oposición política, al resguardo de los espacios institucionales que se controla y, por supuesto, a la prensa. Esta última fue un tema especialmente priorizado en los meses previos a la entrega del poder en 1868, sabiendo las enormes dificultades que supone sostener un diario “desde el llano”. Más aún cuando había que marcar distancia con *El Nacional* y *La Tribuna*, dos diarios con los que compartía la confrontación contra los federales, pero con los que habría diferencias en el tratamiento del gobierno de Sarmiento-Alsina (estos diarios eran notoriamente simpatizantes de la fórmula), y seguramente en el recuento de aciertos y errores de la presidencia Mitre.

Tras la elección de abril de 1868, en mayo Mitre (todavía presidente) inaugura el Hospicio de Inválidos construido con donaciones impulsadas por la Asociación creada para asistir a los lisiados argentinos de la guerra del Paraguay, muchas de las cuales fueron canalizadas por el semanario *El Inválido Argentino* (creado el 1° de enero de 1867 con el mismo fin, y que recibe amplio apoyo del Estado). El impulso a la fundación, al periódico y a las campañas de ayuda había sido un aún muy joven militante mitrista: José C. Paz, futuro propietario del diario *La Prensa*. Precisamente, apenas cumplido el objetivo de inauguración del Hospicio, Paz se aboca a la tarea de transformarlo en un nuevo proyecto periodístico.

¹⁰² La carta estaba dirigida a su secretario y Director de *La Nación Argentina* José María Gutiérrez; fechada en Tuyu Cué (Mitre permanecía a cargo de las operaciones de guerra en el Paraguay), el 28 de noviembre de 1867, en medio del ojo de la tormenta del conflicto con Paz, y cuando Mitre se aprestaba a retomar la presidencia en Buenos Aires, publicándose en *La Nación Argentina* el 19 de diciembre.

El Inválido cesa apenas concluye el mandato de Mitre, y *La Prensa*, creada con recursos, experiencia y contactos logrados durante la presidencia Mitre, nace el 18 de octubre de 1869.

El traspaso de mando de Mitre a Sarmiento se realiza el 12 de octubre de 1868, y de inmediato se pone en marcha la reorganización política para actuar desde el llano. En el transcurso de unas pocas semanas, un grupo de amigos políticos y personales de Mitre recolecta fondos para la compra de una vivienda, donada al general, muy cerca de la casa de gobierno. El acto de escrituración se realiza el 23 de enero de 1869. Sarmiento, ya presidente en esa fecha, escribe poco después (en marzo) una carta privada a Mariano E. de Sarratea, quien lo representaba en Chile:

“...su casa fue negociada por agentes y obtenida la suscripción de los proveedores que mediante despilfarro de las rentas han ganado millones, como Lezica, Lanús, Galván, que al fin costearon casi en su totalidad (...) Mitre sabe que con un poco de insistencia con amañones conocidos, con muchos hombres que le deben o la impunidad o la fortuna mal adquirida todo se puede conseguir” (Sarmiento a Sarratea, 17 de marzo de 1869. Archivo de la familia Sarratea Prats. Cit. Nieto del Río, 1927; también por García Mellid (1964, T. II: 283).

Los apellidos execrados por Sarmiento eran muy conocidos y denunciados por la oposición durante la presidencia de Mitre. Más allá de las acusaciones concretas de corrupción, resulta notable el conflicto de intereses expresado por los diez integrantes de la sociedad anónima que dio nacimiento a *La Nación*:

“Los integrantes de la sociedad anónima propietaria de *La Nación* eran: Bartolomé Mitre, presidente hasta octubre de 1868 y senador por la provincia de Buenos Aires desde entonces; José María Gutiérrez, su secretario durante la presidencia y director de *La Nación Argentina*; Rufino de Elizalde, ministro de Relaciones Exteriores de Mitre durante todo su mandato excepto entre septiembre de 1867 y enero de 1868, donde se contactó con oficiales con vistas a su candidatura y realizó además negocios particulares; Francisco de Elizalde, hermano del anterior, Juan Agustín García, juez y futuro ministro de Juárez Celman; Delfín B. Huergo, ex Subsecretario de Relaciones Exteriores y embajador en Bélgica del presidente Mitre, futuro enlace en Buenos Aires para la conciliación entre el mitrismo y el partido gobernante y futuro embajador luego de la conciliación; Adriano E. Rossi, ex Comisario General del Ejército durante la guerra del Paraguay, y como tal, firmante de los contratos de compra con los particulares (entre ellos, el famoso contrato postal Canstadt); Anacarsis Lanús, banquero, comerciante y terrateniente, ex jefe de policía, futuro diputado, proveedor general del Ejército durante la guerra del Paraguay, y como tal, firmante de los mismos tipos de contrato que Rossi, pero por la parte privada; Ambrosio Lezica y Cándido Galván, socios comerciales de Lanús tanto como propietarios de tierras como en el comercio, incluidos los contratos de proveeduría general del ejército. Lezica, miembro de una familia patricia, llegó a ser considerado el hombre más rico de la Argentina. Cuando se fundó el Ferrocarril Oeste de Buenos Aires, en 1854, fue uno de sus principales accionistas. En 1862, mientras ejercía como Senador provincial por la provincia de Buenos Aires, vendió el ferrocarril a dicho Estado, pero continuó siendo su administrador. Como proveedor del ejército durante la guerra, por su cuenta o en sociedad con Lanús y Galván, además de alimentos proveyó armamentos, carpas y uniformes.” (Ojeda y Moyano, 2015: 63-64)

En este contexto, resulta cuanto menos sospechoso que once meses después de la donación de la vivienda, en la que los futuros miembros de esta sociedad anónima tuvieron una participación decisiva, sea precisamente esta vivienda la sede de la sociedad anónima y del diario. Los nombres en ella eran constantemente denunciados por la oposición -y parte del oficialismo- como integrantes del entorno más cercano a Mitre. Anacarsis Lanús había multiplicado abruptamente su fortuna durante los años de la guerra del Paraguay. El poeta y periodista paraguayo Natalicio Talavera

denunciaba el año anterior: “Lanús, socio del presidente Mitre, es proveedor general del ejército...”¹⁰³. Otras menciones a los vínculos comerciales de los donantes como contratistas del Ejército y del Estado (tanto nacional como provincial y municipal) abundan en cartas privadas y acusaciones en la prensa (Ojeda, 2016: 126-128).

Entre *La Nación Argentina* y *La Nación* el cambio es mínimo. No hubo período de silencio, el folletín por entregas continuó su número siguiente entre el último ejemplar de *La Nación Argentina* y el primero de *La Nación* (4 de enero de 1870), el aspecto visual de sus páginas fue idéntico, así como sus integrantes, secciones, puntos de vista y estilos, avisos y servicios. Pero era claro el cambio de época que se avecinaba en la prensa periódica: por primera vez una sociedad anónima dirigía un diario en Argentina, y Mitre explicitaba su condición de director de la publicación.

La Prensa, por su parte, se publicaba desde dos meses antes (18 de octubre de 1869). El cambio entre *El Inválido Argentino* y el nuevo diario era también reducido en varios aspectos: replicaba su estructura y aspecto, así como su conducción, pero ahora su periodicidad sería diaria, cambiaba de nombre y prometía ser un diario de interés general. Ojeda hace notar que el nuevo diario

“Apela a los mismos suscriptores, a los mismos contratantes de avisos por palabras y por superficie; ofrece en su edificio toda clase de servicios y ayudas, característica que mantendrá y profundizará en las décadas siguientes: asesoramiento jurídico, clases de música, etc. (...) El carácter ‘específico’ de un semanario asociado a una función social concreta (apoyar a los heridos de guerra), deja paso al diario de interés general que sin embargo, mantendrá constantemente como marca de origen la generación de causas y cruzadas sociales para ayuda a los más pobres, para mejoramiento de la salud pública, lucha contra las epidemias, investigación médica, etc. El objetivo declarado de *La Prensa* es constituir un diario moderno, ‘de interés general’, y con inquietudes empresariales. El resultado, en los primeros cinco años, es un periódico que adopta secciones y estilos más modernos, pero cuyo eje de intervención en la opinión pública es faccional: defensa irrestricta del mitrismo, hasta el extremo de explicitar su apoyo al alzamiento armado de 1874 y cesar la publicación para unirse a las fuerzas revolucionarias” (Ojeda, 2016: 126).

De este modo, cumplido poco más de un año de mandato presidencial de Sarmiento, junto a los dos grandes diarios porteños (*El Nacional* y *La Tribuna*) presentes desde casi dos décadas atrás, aparecen dos periódicos mitristas en manos particulares. Dado que ambos podrían competir por el mismo público y que no cuentan con adecuado sostén estatal -por hallarse en la oposición- pocos imaginaban entonces que medio siglo más tarde *La Nación* y *La Prensa* serían los dos diarios más importantes del país. Mitre, mientras tanto, reagrupa sus fuerzas políticas desde su rol de senador nacional por la provincia de Buenos Aires. La construcción de diarios cuyo eje principal se sostiene en el mercado de lectores y avisos aún está por hacerse. La pluma militante y las prioridades de facción permanecen, y en 1874, cuestan a ambos diarios su clausura y su casi desaparición.

Al igual que con *La Nación*, los lazos políticos y el origen incubado desde el poder estatal son decisivos. José C. Paz proviene de la militancia mitrista, y ha logrado una red de contactos, aportantes

¹⁰³ Talavera, Natalicio: “Crónica de la guerra”. Campamento de Paso Pucú, octubre 27 de 1866. Cartas publicadas en *El Semanario* (Asunción) N° 653. Cit. por García Mellid (1964: T. II: 281). Citado por Ojeda, 2016: 127).

de capital para la sociedad que conforma *La Prensa*, avisos y suscriptores en ese ámbito, al amparo de su formidable capacidad de organización demostrada en el sistema de apoyo a los inválidos de la guerra del Paraguay. La creación del Hospicio en 1868 coincide en el tiempo con el definitivo retiro del grueso de las tropas argentinas del frente, por lo que puede diversificar sus preocupaciones de ayuda social. Mientras tanto, a su vez, Paz se ha vinculado activamente a las diversas logias, redes semi-secretas y clubes de lobby que proliferan en la elite política y social -incluso en colectividades extranjeras de negocios- en aquellos ámbitos y en todas las facciones políticas. Paz es miembro activo -llegará a ser secretario y vicepresidente- del Club del Progreso, y miembro de una logia masónica en la ciudad de Buenos Aires. En el primero de esos ámbitos traba vínculos con Estanislao del Campo, en cuya imprenta (la “Buenos Aires”) se imprime primero *El Inválido Argentino* y luego *La Prensa*. El editor responsable del diario -Jorge E. Cook- y el primer director de la prensa, Cosme Mariño -emparentado con la familia de Marcos Paz- también frecuentaron estos ámbitos en los que se desplegaron relaciones políticas y comerciales. Como indica Ojeda (2016: 126):

“En los años inmediatamente posteriores las relaciones entre este grupo fundador del diario *La Prensa*, el de *La Nación*, las logias, el partido mitrista y el funcionariado se hacen notar: La “Imprenta de Jorge E. Cook” tiene a cargo la impresión de la Memoria Municipal de 1872; Cosme Mariño deja la dirección del diario sin dejar testimonio escrito de sus motivos, salvo presuntas presiones de su padre y hermano para que concluya la carrera de derecho, mencionadas genérica y escuetamente en una breve autobiografía muchos años después. Mariño tenía amistad personal estrecha con Paz al punto de compartir vivienda vacacional en San Fernando, y mantendría dicho contacto en los años siguientes, enviando además algunas colaboraciones a *La Prensa*. Avanzada la década de 1870, adhirió al espiritismo kardeciano, manteniéndose en estrecha cercanía con Pedro Bourel y con Rafael Hernández, hermano menor del poeta y político del autonomismo.” (Ojeda, 2016: 126):

Mariño había iniciado su actividad periodística en *El Inválido Argentino*. Pedro Bourel tendrá un rol decisivo en la incorporación de la reproducción de imágenes a la prensa en las décadas siguientes, en tanto que Del Campo había publicado sus versos en *Los Debates* de 1857, actuando en el ejército mitrista y cumpliendo la función de secretario personal de Valentín Alsina y la de secretario de la Cámara de Diputados de la Provincia al momento de fundación de *La Prensa* y *La Nación*. Los futuros lazos con el roquismo mejor aceitados que los de *La Nación* se hacen notar en la participación de Ataliva Roca, hermano del futuro presidente, como aportante de capital inicial.

Iniciada el 4 de enero de 1870 la nueva etapa del diario de Mitre -ahora como *La Nación*- se presenta en la nota editorial del día las expectativas para la misma. La escribe José María Gutiérrez y la titula “Nuevos horizontes”. Reconoce explícitamente que *La Nación* aspiraba a ser una segunda parte de *La Nación Argentina*, adaptada a las nuevas circunstancias. Si la última nota editorial de la predecesora indicaba que “La nacionalidad está afirmada” (*La Nación Argentina*, 31 de diciembre de 1869), su heredera indicaba:

“El nombre de este diario es sustitución del que le ha precedido. 'La Nación' reemplazando a 'La Nación Argentina' basta para marcar una transición, para cerrar una época y para señalar los nuevos horizontes del

futuro. 'La Nación Argentina' era un puesto de combate. 'La Nación' será una tribuna de doctrina (...) Hoy el combate ha terminado (...) La discusión por la prensa cambia pues de combate y de medios (...) La Nación Argentina fue una lucha. La Nación será una propaganda (...) La pluma del escritor no será ya, porque no es necesario, la espada del combatiente..." (*La Nación*, N° 1, 4 de enero de 1870).

La expectativa de lograr un estilo de redacción respetuoso, sobrio, “serio” (por oposición a satírico o jocoso en los términos de esa época periodística) había dado pasos adelante en la década de 1860 en *La Nación Argentina*. Pero nunca pudo esquivar la recaída en el brulote, la diatriba, el recordatorio de antiguas traiciones, hipocresías, inconsistencias o cobardías. Sucedió a lo largo de casi todos los años, alcanzando incluso como destinatario al propio vicepresidente cuando éste apoyó la ley de capitalización de Rosario. El último debate con uso de recursos como el recordatorio de deslealtades o la propia apología se había dado en la llamada “Polémica de la Triple Alianza” entre Mitre y Juan Carlos Gómez poco antes del fin del periódico, en diciembre de 1869, ocasión que Mitre aprovechó para resaltar su retorno al llano como propietario de un diario¹⁰⁴.

El 27 de febrero de 1870 *La Nación* honraba la expectativa del periodismo “serio” de su tiempo, promoviendo una pluma más sobria y menos beligerante, así como independencia respecto del Estado y las facciones:

"(...) estaremos siempre de lado de los que profesan y defienden nuestros principios, sean gobierno o pueblo, y estaremos en contra de los que los violen o comprometan sean gobierno o pueblo" (*La Nación*, Editorial, 4 de enero de 1870).

"Propendámonos todos, a que se destierren de las columnas del diarismo los insultos brutales, los desahogos torpes e indignos, adoptando por regla la responsabilidad moral de todo lo que se publique bajo el título de un diario..." (*La Nación*, Editorial, 27 de febrero de 1870).

También se ocupó -lo mismo hizo *La Prensa*- de recordar a los lectores el poco peso relativo de la suscripción asignada por el Poder Ejecutivo Nacional, la importancia de los avisos, y el carácter amplio y colectivo de las suscripciones tanto para la vivienda de Mitre como para el capital inicial de ambos periódicos¹⁰⁵.

Ya en la nota circular (equivalente a prospecto) publicada con la firma de Mitre el 1° de enero de 1870 se indicaba:

"Me permito adjuntar a usted el nuevo diario que bajo el título de La Nación empieza a publicar esta sociedad desde esta fecha, esperando que usted le prestará su protección suscribiéndose a él y favoreciendo el establecimiento con la remisión de sus avisos" (*La Nación*, Carta circular. Reprod. por Mayochi, 1977: 318).

¹⁰⁴ Mitre, Bartolomé, y Gómez, Juan Carlos (1897: 134-135): *Polémica de la Triple Alianza. Correspondencia cambiada entre el General Mitre y el Dr. Juan Carlos Gómez*. La Mañana, La Plata. En este trabajo se transcribe la nota de Mitre publicada el 18 de diciembre de 1869: Voy a hacerme impresor (...) hijo del trabajo cuelgo mi espada que no necesita mi patria y empuño el componedor de Franklin. Invito a Ud. a venir a mi imprenta, comprada (...) por una sociedad anónima de la que seré accionista y gerente. Allí, en medio de los tipos y de las prensas me encontraré en el punto de partida...".

¹⁰⁵ Se hizo notar que se adquirió por una Sociedad Anónima conformada por diez integrantes de los cuales uno era Mitre. El capital invertido en la compra de *La Nación Argentina* fue de ochocientos mil pesos, de los cuales el ex presidente aportó sólo un diez por ciento, que logró, según él decía en una carta hecha pública a través del periódico, del remate de sus bienes personales. *La Prensa* no conformó una sociedad anónima pero convocó a una suscripción pública para conformar el capital inicial, aprovechando la experiencia precedente de suscripción para el Hospital de Inválidos, en una práctica que mantendría por décadas para numerosos fines de interés social o cultural (Ojeda y Moyano, 2015).

Este tono se mantuvo en forma regular: ambos diarios se esforzaron por mostrarse como una empresa, con intenciones de lograr un negocio lucrativo, de un modo mucho más insistente que el conjunto de la prensa anterior:

"El aviso no es otra cosa que la publicidad aplicada a la oferta y la demanda. Por medio de él se ofrece a millares de personas lo que en meses enteros no se podría verbalmente ofrecer, y se encuentra en un minuto lo que costaría días de prolija investigación encontrar. Ofrecer por medio del aviso es poner de manifiesto a la vista de miles de ojos el almacén que sólo ven los que pasan por su frente y que sólo saben lo que contiene los pocos que entran en él. Buscar por medio del aviso lo que se necesita es traer a sí la oferta o tener constantemente a la vista las innumerables casas de negocios de todo el mundo. Considerada bajo este aspecto, la sección de avisos de un diario equivale a un bazar o una feria en que todo se encuentra, cruzándose la oferta y la demanda" (*La Nación*, 1970: 232)¹⁰⁶.

El 19 de septiembre de 1872, la portada indica:

"la gran cantidad de avisos, cada vez más crecientes, nos hace retirar del diario y pasar a una hoja suelta los materiales siguientes: documentos del ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, sobre la Biblioteca de San Juan. Otro sobre estudios científicos del doctor Stelzner, de la historia natural en Mendoza y San Juan, y un acuse de recibo del Enviado Extraordinario de Chile sobre canje de libros de ambas repúblicas. Noticias del Rosario, Córdoba, Perú, Estado Oriental, y otras extranjeras, y la "condenación" de Aben Xoar (...) dando así más espacio a este diario para dar cabida en parte a la inmensa cantidad de avisos que no podemos insertar tanto por abundancia de estos como de otros materiales" (*La Nación*, nota de portada, 19 de septiembre de 1872).

Pero si Mitre y Paz lograron insuflar a sus diarios un innovador ímpetu empresarial, captando avisos, promoviendo suscripciones y mejorando sus servicios, también mantuvieron, en los espacios de poder político que conservaron, todos los recursos de obtención de apoyo proveniente del Estado, y sobre todo, no pudieron impedir su propia recaída en el pendolismo más clásicamente faccional y en la subordinación de la función periodística a la estrategia política y militar. Si el gobierno de Mitre había dejado numerosas enemistades y razones de crítica en su camino, durante el de Sarmiento las nuevas relaciones políticas entre las elites de las diversas provincias aislaron el poder electoral del Mitrismo. Aunque ya en el número 5 de *La Nación* se hizo notar el perfil opositor contra Sarmiento, a quien recordaron errores y afrentas antiguos y recientes y hasta despilfarro en los gastos del gobierno, el tono fue endureciéndose mucho más en los años subsiguientes, produciéndose nuevamente la paradójica coexistencia de un discurso que aspira a dejar atrás la lid pendolista, pero que retorna recurrentemente a ella. Al concluir el sexenio presidencial de Sarmiento, en 1874, Mitre intentó regresar a la presidencia por la vía electoral y fue ampliamente derrotado en una elección indirecta por colegio electoral (como indicaba la Constitución) que consagró al tucumano Avellaneda. Alzado en armas, Mitre dirigió en persona,

¹⁰⁶ Citado en *La Nación, un siglo en sus columnas*, 1970: 232. El libro, editado por el propio diario La Nación, indica que la cita corresponde al año 1870, pero no indica fecha. Adolfo Mitre, por su parte, había hecho referencia a una cita muy similar en *Los Debates* de 1857: "Es un hecho demostrado que el anuncio es el medio más poderoso de multiplicar las transacciones, y que todo dinero empleado en anuncios es como un capital puesto a interés que reditúa cuatro veces el interés corriente (...) la sección de avisos de un diario equivale a un bazar o una feria en que todo se encuentra, cruzándose la oferta y la demanda" (Mitre, 1943: 132).

política y militarmente, un alzamiento que incluyó combates terrestres -urbanos y rurales- y navales. Adolfo Mitre, apologista del general, dirá que “la tribuna de doctrina vuelve a la lid”:

“‘Es natural; está dentro de la lógica de los acontecimientos [se excusa Adolfo Mitre, uno de los descendientes y biógrafos] que el diario del jefe de los ‘nacionalistas’ se convierta en el órgano de su partido. Insensiblemente, involuntariamente, ‘la tribuna de doctrina’ vuelve a la lid’ (Mitre, 1943). Pero si bien en estos años el conjunto de la prensa porteña va hallando en su agenda temática el espacio para secciones a salvo de la lógica faccional (documentos oficiales, avisos, información comercial, revista de periódicos extranjeros, literatura, información extranjera, artículos científicos, notas de actividades de socialidad, artículos doctrinarios generales, etc.), el núcleo principal del contenido del diario siguen siendo sus artículos editoriales y polémicos -de posición, opinión y argumentación política-, y en este sentido *La Nación* de 1874 no “vuelve a la Lid”: aún no salió de ella. La “tribuna de doctrina” no es por ahora otra cosa que una promesa de incorporación a la modernidad que muchos periódicos prometieron antes que *La Nación*. *La Prensa* hace lo mismo: organiza el levantamiento, prepara la opinión, y cesa en su publicación apenas se toman las armas” (Ojeda y Moyano, 2015: 68-69).

El alzamiento concluyó con una derrota militar y política catastrófica para Mitre y sus seguidores. Debió rendir -en noviembre de 1874- sus fuerzas en forma prácticamente incondicional, perdió toda su influencia sobre los mandos de las fuerzas armadas terrestres y navales, sufrió la expulsión de sus cuadros de los puestos en el Estado, la prisión de muchos partidarios y de él mismo, y el destierro de muchos otros hacia el extranjero o hacia pequeñas localidades del Interior. *La Nación* y *La Prensa* fueron silenciados por varios meses, su partido fue proscripto para la presentación a elecciones y sufrió una importante sangría económica, aunque paradójicamente, *La Nación* salió fortalecido en suscripción y en contratación de avisos una vez levantada la proscripción¹⁰⁷. Lo hace notar el propio diario, que supera por primera vez los diez mil ejemplares de tirada diaria el mismo día que retorna a la calle en marzo de 1875, y a medida que, en los años siguientes, tiradas, contrataciones de avisos y servicios anexos de imprenta prosperan en forma contundente (Ojeda y Moyano, 2015, 70 y s.s.).

La recomposición de fuerzas del mitrismo fue dura pero sostenida, aunque nunca logrará recuperar el poder perdido ni el grado de influencia de otrora. Desde 1875 los diálogos secretos permiten liberar a Mitre de la cárcel, la publicación de *La Nación*, *La Prensa* y la reducción de las medidas de proscripción. Los acuerdos llamados *De la Conciliación*, en 1877, permiten avanzar más claramente hacia la recuperación de la normalidad política, pudiendo el mitrismo retomar la presentación de candidatos e incluso sumar ministros al gabinete, aunque todavía en 1880, 1890 y 1893 habría conatos de violencia.

1880 fue un año nuevamente difícil para el mitrismo. Apoyó la candidatura y el alzamiento de Tejedor, rápidamente derrotado militar y políticamente, abriendo a su vez el largo período de hegemonía de

¹⁰⁷ No será la primera vez que, en el proceso formativo de sociedades civiles, los actores políticos derrotados y subordinados a un heterogéneo esquema de hegemonía son los que primero consolidan sus prácticas y medios de prensa estables. Sucedió con las fracciones conservadoras del parlamento británico tras la victoria de los Whigs luego de la *Glorious Revolution* de 1688. Sucedió con los empresarios periodísticos que dispusieron de capacidad de acuerdo con Napoleón durante su último decenio en el poder, con los empresarios franceses luego de las revoluciones de 1830 y 1848, etc. Sucederá, además, en otros lugares, y en el futuro. Pero este caso resulta de especial contundencia, porque tras la derrota del alzamiento, todo parecía indicar el aniquilamiento de la fracción mitrista (Ojeda y Moyano, 2015: 69).

Julio A. Roca sobre la política nacional. *La Nación*, sin embargo, publica el 29 de agosto:

"Hemos tenido que doblar el tamaño del suplemento que cotidianamente acompañara a nuestro diario, para poder dar salida a la gran cantidad de avisos recibidos y a diversos materiales de interesante lectura (...) *La Nación* de hoy lleva 32 columnas de avisos, ejemplo único en los diarios del Río de la Plata. Con sólo avisos habría para llenar completamente este diario (...) lleva a la vez Variedades, Literatura y Biografías, etc, etc, aparte de los escritos sobre política, de la crónica parlamentaria y de las noticias locales y del resto del mundo" (*La Nación*, 29 de agosto de 1880).

Así, a diferencia de apenas un par de décadas atrás, ahora un periódico puede no sólo sobrevivir sin su ensamble en el aparato estatal, sino incluso puede progresar como una empresa lucrativa. En el origen de su fortaleza está el Estado, cumpliendo un rol decisivo en la acumulación inicial de recursos y en el sostén de sus primeros años. Pero en 1880 ambos periódicos llevan varios años en el llano político, y sin embargo, progresan al punto de constituirse en la actividad principal -aunque no la única- de sus propietarios. Si bien los contactos estatales seguirán siendo fundamentales para el buen funcionamiento de los diarios, la clave de su progreso será de aquí en más el éxito en el mercado, la innovación tecnológica y de gestión empresarial. El resultado es impactante: dos diarios que en la lógica precedente hubieran desaparecido tan pronto perdieron sus privilegios estatales, ahora sobrepasan e incluso derrotan en la competencia a diarios que habían sido imbatibles en décadas anteriores:

"El resultado es notable: el periódico *La República*, de Manuel Bilbao, desaparece al año siguiente, tras década y media de distribución. *La Tribuna* y *El Nacional* comienzan su paulatina decadencia. Otros diarios posteriores, como *El Diario*, de Láinez, basarán su éxito en la copia sistemática de los avances comerciales, periodísticos y estéticos de 'los dos grandes diarios porteños' ahora *La Nación* y *La Prensa*, y ya no *El Nacional* y *La Tribuna*, incluida su capacidad para negociar espacios políticos, que exitosamente llevaría a Láinez a su patrocinio de la 'Ley Láinez' como legislador en 1904, entre otros logros.

A mediados de la década de 1890 ya habrán desaparecido los dos grandes diarios de la segunda mitad del siglo XIX, representantes de la fracción triunfante en 1874, *El Nacional* y *La Tribuna*, y los diarios nacionales por excelencia serán *La Prensa* y *La Nación*. La familia Mitre se permitirá nuevos éxitos empresariales como la colección de libros económicos de la Biblioteca *La Nación* (1902), y muy especialmente, la revista *Caras y Caretas* (1898) (Ojeda y Moyano, 2015: 73).

La revista *Caras y Caretas* muestra hasta qué punto han madurado las condiciones de mercado una vez consolidados el Estado moderno, el modelo agroexportador, la profesionalización de los oficios ligados a la industria editorial y el mercado de lectores y avisos. Numerosos emprendimientos editoriales surgen en el cambio de siglo, y se yuxtaponen intereses políticos, empresariales y también expectativas de progreso en la profesión de hombres que se plantean vivir del oficio -periodistas, correctores, dibujantes, escritores- por la vía del empleo o del emprendimiento propio (Rivera, 1998; Romano, 2004; Rogers, 2008). Contactos políticos y empresariales, redes de pertenencia laboral y recorridos personales se amalgaman en nuevos recorridos. Creada como medio opositor al gobierno de Roca (Ojeda, 2016)¹⁰⁸ *Caras y Caretas* no tiene ninguna necesidad de sostén estatal, pues la organización

¹⁰⁸ Como ha hecho notar Ojeda (2016), salvo la portada de la edición circular y alguna referencia a fiestas populares, todas las portadas del primer bienio se dedican a mandobles al gobierno nacional y su gabinete, en tanto son notorios los lazos de Pellicer, Álvarez y Correa Luna con el andamiaje mitrista. Retirado Bartolomé Mitre de la política y fallecido

empresarial la suple sin inconvenientes: *La Nación* y *Caras y Caretas* compartirán, en los años siguientes a la creación de esta última, recursos humanos, equipamientos de impresión, anunciantes y estrategias de promoción y ventas. Iniciada con una ambiciosa tirada de diez mil ejemplares (elevados a quince mil por reimpresión), en 1904 alcanzaba y superaba los ochenta mil ejemplares. En 1907 ya superaba en tirada al propio diario *La Nación* (salvando las distancias entre una publicación diaria y otra semanal) con 106 mil ejemplares de tirada máxima ese año, manteniéndose por encima de los cien mil durante toda la década de 1910¹⁰⁹.

La transferencia de recursos estatales producida en la década de 1860¹¹⁰, imprescindible en este resultado, ha quedado completamente atrás. *La Nación* y *La Prensa*, los dos grandes diarios argentinos, pueden subsistir y dar ganancias empresariales desde su actividad basado en el mercado de periódicos y de avisos publicitarios.

“Bartolito” Mitre, gran parte del plantel de *Caras y Caretas* conformó el del Suplemento Ilustrado del diario *La Nación* desde 1902 (Ojeda, 2016: 147 y s.s.), mientras al año siguiente se produce una secesión en la que Correa Luna queda a cargo de *Caras y Caretas*, en tanto Pellicer funda *PBT*. Como hace notar Rogers (2008) los proyectos individuales de hombres del oficio tenían ya densidad suficiente como para incidir en el desarrollo de experiencias periodísticas en un contexto de hegemonía de reglas del mercado y competencia.

¹⁰⁹ “(...) El diario *La Nación* pasó de mil ejemplares diarios en sus comienzos a más dos mil a fines de la década de 1860. En 1875, tras el levantamiento de la clausura, logra el récord de 10.700 ejemplares (1° de marzo de 1875). En la década de 1880 logra alcanzar un promedio de 18.000 ejemplares diarios, dato corroborado por el Censo Municipal de 1887. El 31 de diciembre 1889, superaba ya los veinte mil, según informa el propio diario en la edición de ese día. Vuelve a duplicar su tirada en los quince años que le siguieron, para llegar al asombroso volumen de cien mil ejemplares diarios tras la consolidación empresarial de 1909 y de la reforma electoral de 1912, según informa *La Guía Periodística Argentina* de 1913. *La Prensa* presenta un recorrido semejante, con 1.000 ejemplares en su primera edición, pasando a 2.000 antes de la clausura; supera los 10.000 a comienzos de la década de 1880, pero en veloz ascenso llega a los 55.000 ejemplares en 1895, según informa el *Anuario de la Prensa Argentina* editado por Navarro Viola (1897). Para 1913 alcanza ya los 160.000 ejemplares, según la *Guía Periodística Argentina* (Lerose y Montmasson, 1913), cifra que lo ubica como el diario más vendido del país, por encima de *La Nación*, que editaba aproximadamente 100.000 ejemplares, y ocupando la suma de ambos diarios el 50 % de la tirada diaria promedio total de diarios editados en Buenos Aires” (Moyano, Ojeda y Sujatovich, 2017: 1).

¹¹⁰ Otros miembros de la red periodista original del mitrismo realizan transiciones similares desde el respaldo exclusivamente en el Estado hacia una transición que permite en las últimas décadas del siglo la independencia empresarial, con o sin conservación del activismo político directo. Son los casos, por ejemplo, de Estanislao Zeballos y Pedro Bourel. Zeballos se había destacado de joven como colaborador de José C. Paz durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871 y como líder de protestas estudiantiles. Incorporado a *La Prensa* poco antes del alzamiento, pasará un tiempo en prisión y luego deberá sobrevivir como empleado particular, hasta que la Conciliación lo reponga en la actividad periodística y política, llegando a ser redactor jefe y director de *La Prensa*, y publicando, a pedido del ya ministro Julio Argentino Roca, el libro *La Conquista de Quince Mil Leguas*, en 1878, en apoyo a la Campaña del Desierto, aún en proceso de debate parlamentario. Zeballos tendría desde entonces una carrera sólida entre sus inclinaciones científicas, el periodismo y el funcionariado estatal, desde donde obtendrá recursos frescos para emprendimientos posteriores. Pedro Bourel formaba parte de las primeras cohortes del Colegio Nacional de Buenos Aires, fundado por Mitre a comienzos de su presidencia. Tras su egreso, se lo incorpora como “meritorio” en la Policía, con apenas dieciocho años. En 1871 comenzó sus colaboraciones con la *Revista de Policía*, dirigida por Daniel Flores Belfort (1871-72) siendo aún funcionario. En 1873, con veintiuno, funda la *Revista Criminal*. Este tipo de revistas, por el especial interés que tenía en el retrato de criminales y escenas de crimen, estableció una temprana relación con el universo fotográfico como elemento a comunicar, práctica de Estado que será clave en proyectos futuros que habrán de converger con espacios provenientes del sector privado. Exiliado en Dolores después de la derrota de 1874 y tras la Conciliación, reinicia sus actividades en Buenos Aires con un proyecto en plena relación con los grupos periodísticos afines al mitrismo, pero con un perfil claramente diferente: Una revista cuya gran diferencia fuese contar con todas las ilustraciones posibles. Su nombre: *La Ilustración Argentina*, publicada a partir de 1881 y con gran influencia en el conocimiento y adaptación de los nuevos recursos visuales de la gráfica industrial en la ciudad de Buenos Aires, tanto para el naciente mercado de las revistas, como para el de los diarios. En 1893, Bourel se encontrará con Adolfo Dávila, director de *La Prensa* y ex compañero de destierro en Dolores, para participar en un segundo proyecto todavía más innovador en el campo de la imagen: *La Ilustración Sudamericana*, proyecto periodístico que fue incorporando todas las innovaciones en reproducción de la imagen que fueron probándose con éxito en Europa durante los últimos años del siglo. En 1898 apoya la campaña de Mitre desde *El Nacional*, diario que -ya cerrado- compró para reabrir. En este diario, que contó con recursos políticos, su esposa, Catalina Allen, escribió la sección La Columna del Hogar, experiencia que dio lugar a una revista regular y otras iniciativas de segmentación de públicos.

3.4. Síntesis comparativa: dos estrategias estatales de modernización de la prensa

3.4.1. Modelos y dispositivos predominantes

El 25 de mayo de 1810, el 3 de febrero de 1852 y el 17 de septiembre de 1861 marcan puntos de inflexión en la conformación de la Nación Argentina, y los marcan también, consecuentemente, en el desarrollo de su prensa periódica.

Mayo significó el fin del orden colonial y de la prensa dieciochesca española, aunque el nuevo régimen no pudo evitar reproducir aspectos del modelo heredado mientras exploraba otros. Caseros marcó el cierre de un ciclo signado por la prensa de Estado y el modelo periodístico de sustitución. Abrió paso, además, a una década en que Buenos Aires forjó una esfera pública periodística incubada en el destierro, y las provincias interiores expandieron su prensa estatal en el marco simultáneo de estrategias propias de cada una y de la influencia del gobierno confederal. Pavón marca el inicio del derrumbe de la Confederación –consagrado entre diciembre de 1861 y febrero de 1862- y la forja definitiva de una autoridad nacional única, y en su marco, a la forja de una prensa periódica empresarial impulsada por la transferencia de recursos desde el Estado pero también por esa misma consolidación que amplió cantidades de lectores, de avisos, de potenciales periodistas asalariados, etc.

En tal contexto, la batalla de Caseros (3 de febrero de 1852) marca un punto de inflexión en la historia argentina, y lo hace también en la historia de su prensa. Hasta ese día, han pasado poco menos de 51 años desde el primer periódico impreso en la región, y poco menos de 42 desde la Revolución de Mayo. El precedente es, históricamente, un período breve que muestra en esa corta extensión una transformación rápida y profunda. Pero más breve aún es el período que transcurre entre la victoria de Urquiza en Caseros a comienzos y la victoria de Mitre al quedar a cargo de la formación de un gobierno nacional unificado en 1862 diez años más tarde y que se delimita por la irrupción de bruscos cambios y la profundización de los precedentes en el campo de la imprenta y el periodismo. Si el período marco de medio siglo entre la Revolución de Mayo y la Organización Nacional constituye para la prensa periódica una transición entre la presencia exclusiva de una versión local de la prensa dieciochesca española y los primeros esbozos de la prensa moderna, garantizada en su libertad de expresión y de comercio por el Estado liberal moderno, la década enmarcada entre 1852 y 1862 muestra la aceleración de estos cambios y las condiciones para el predominio de un modelo ad hoc, el de transferencia, para la conformación definitiva de las industrias periodísticas modernas en Argentina.

En su recorrido, numerosos elementos heredados del pasado colonial, pero también otros creados en las especiales circunstancias de la forja de la nacionalidad independiente, quedaron atrás definitivamente, subrogados por el empuje de un sistema de prensa basado en el mercado, la

propiedad particular de los periódicos y la yuxtaposición de actividades de interés político, económico, educacional o de entretenimientos articuladas por esa lógica. Pero en tanto proceso que incluye etapas transicionales, permanecen a lo largo de su extensión prácticas precedentes, yuxtapuestas e inter-determinadas con las nuevas, elementos que están desapareciendo y otros que emergen, y además, coexisten estrategias distintas para tal transición. Las diferencias entre Buenos Aires y el resto de las provincias se mantienen a lo largo de todo el período: su puerto natural avalado por la autoridad colonial, su condición de capital, asiento de la autoridad y la forja más temprana de una economía de mercado agroexportadora le permiten mantener su primacía y finalmente hegemonizar la organización institucional definitiva del país, diferencia que se hace notar contundentemente en el campo de la prensa periódica, sus protagonistas, funciones asignadas, modos de funcionamiento y contenidos publicados.

La región ingresa al siglo XIX con un modelo externo de referencia, canónico, que es la prensa dieciochesca española¹¹¹, a la que se accede por suscripciones institucionales, particulares números sueltos llegados en barcos o traídos de viajes. Este modelo, que hemos analizado en el capítulo 1, contiene los siguientes dispositivos, que conformaron el canon del modelo deseable para la prensa rioplatense en el último tramo de la colonia:

- Gaceta de Estado
- Periódico intelectual de ilustrados
- Periódico de información económica
- Periódico instructivo y de informaciones útiles
- Suelos de sucesos, pasquines y literatura menor de venta por entregas
- Periódico misceláneo (combina elementos de los anteriores).

En el Buenos Aires de la última década colonial, predominó, dentro del modelo de la prensa dieciochesca, el dispositivo del periódico de información económica en primer lugar, en segundo el periódico intelectual ilustrado, y en tercero la gaceta de Estado, produciéndose tres de ellas en el momento final de la colonia (dos en Buenos Aires, 1809 y 1810 y una en Montevideo, 1810). Los pasquines y suelos cumplieron una importante función, pero no constituyeron una práctica predominante. Los pasquines, de hecho, no eran impresos sino manuscritos, y los suelos no eran generados por particulares sino por el Estado, o venían ya en barcos que llegaban a puerto.

El ejemplo más exitoso de semanario ilustrado fue el del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, periódico de información económica con espacio para el ensayo, emulado con más apertura a contenidos intelectuales generales por el *Correo de Comercio*. El *Telégrafo Mercantil*, finalmente, ejemplo de periódico misceláneo, mostró que en tanto resultaba de interés en la pequeña elite letrada la lectura de materiales intelectuales propios de la ilustración, causaba suma molestia la miscelánea, sobre todo cuando abordaba letras jocosas algo atrevidas en su lenguaje, o saberes

¹¹¹ La prensa burguesa británica o la revolucionaria francesa no eran imaginadas como posibles aún y por el contrario, eran vistas con sospecha, lo cual no impide la presencia de simpatías, lectura y aún traducciones de autores ensayistas europeos que publicaban en las prensas parisinas, de Londres o aún de Filadelfia.

útiles demasiado básicos, o una demasiada variedad de contenidos tomados de la biblioteca de Cabello, lo que llevó al periódico a entrar en crisis apenas un año después de iniciarse.

La década de 1810 invierte la relación. En tanto que deja de elogiarse el modelo dieciochesco español y de hecho se recuerda negativamente y con términos peyorativos las gacetas españolas, el modelo deseable pasa rápidamente a ser el de la prensa burguesa británica. Las menciones a Addison comienzan a repetirse y se busca que el periódico se muestre independiente aún si lo sostiene el Estado. Las ideas de libertad de imprenta y de periódicos simultáneos que debaten se tornan positivas y comienza a relajarse la prevención contra todo lo de origen anglosajón, exacerbada en la etapa anterior por las constantes guerras, pero más aún por la divisoria religiosa.

La prensa burguesa europea del primer tercio del siglo XIX presenta los siguientes dispositivos como los más extendidos:

- Boletín Oficial
- Periódico político doctrinal
- Periódico satírico
- Periódico de interés general (“universal”, “literario, político y mercantil”): con compromiso político asumido, o independiente (abre su espacio a las arenas del debate político).
- Revista intelectual o científica que agrupa un interés asociativo especializado
- Periódico de información económica
- Periódico instructivo, pintoresco y de informaciones útiles
- Suelto de sucesos o de combate político
- Pasquín

A medida que avanzó la primera mitad del siglo la prensa periódica europea y norteamericana consolidó su modernización absorbiendo tanto los avances de la revolución industrial como las consecuencias de la definitiva parlamentarización del Estado tras el derrumbe de la Restauración.

De allí que los dispositivos que conformaron el modelo de referencia tan deseado y buscado por las elites locales evolucionaron también en la medida de estos cambios: la región ingresa a la década de 1850 con un modelo externo de referencia, canónico, que es la prensa moderna europea -británica, francesa, española- y también estadounidense: independiente, capaz de representar los debates políticos que desde la sociedad civil interpelan al Estado y sus representantes, de expresar posiciones políticas o de comunicarlas en su diversidad, y a su vez, promover la publicidad de los actos de gobierno, la instrucción y elevación cultural y moral del pueblo, la disposición de información de negocios y el acceso a la literatura. Es la prensa burguesa, romántica, posterior a la restauración, que estalla en oportunidades empresariales impensadas gracias a la plena industrialización y al giro copernicano que imponen Girardin y otros empresarios en el negocio de los avisos en la década de 1830. Estos periódicos circulan ampliamente en Buenos Aires y también llegan a la elite política del Interior. Además, llegan empresarios extranjeros (como Toro y Pareja y Hortelano a Buenos Aires, la influencia de Rivadaneira en Chile, etc.) y emprendedores argentinos han viajado y conocido experiencias europeas y estadounidenses. Ese modelo de referencia ajustado

por los cambios en el apogeo de la revolución industrial y las revoluciones burguesas contiene los siguientes dispositivos:

- El periódico -habitualmente diario- “Universal”, “de intereses generales” o “político, literario y mercantil”, resultado y sostén de la clásica esfera pública burguesa.
- Periódico intelectual, en el que se configuran campos temáticos de referencia (historia, geografía, literatura, jurisprudencia, economía política, ciencias y campos profesionales).
- Periódico de información económica
- Periódico instructivo y de informaciones útiles
- Periódico con ilustraciones¹¹²
- Pasquines de combate político
- Periódicos satírico-burlescos
- Periódicos satírico-burlescos con inclusión de caricaturas.

Son estos los dispositivos que conformaron el canon del modelo deseable para la prensa rioplatense hacia mediados del siglo XIX. En Europa y Estados Unidos comenzaba a insinuarse el despegue hacia una gran industria que combinaba la información de masas y el entretenimiento, pero sus efectos habrán de comenzar a emularse en las décadas subsiguientes.

Los intentos de emular dispositivos provenientes de estos modelos de referencia mostraron en la primera década revolucionaria (1810-1820) experiencias eclécticas que apelaron tanto a los provenientes de la tradición dieciochesca española como a los primeros esbozos de periodismo político doctrinal y de reglamentaciones de la libertad de imprenta en términos de las experiencias canónicas europeas. Los sucesivos gobiernos “rivadavianos” (1821-27) mostraron un fuerte interés por instalar boletines oficiales separando la publicidad de los actos de Estado respecto del libre juego de la opinión, otorgado a los esfuerzos asociativos de la sociedad civil. Estos *Boletines* fueron creándose a partir de 1821, completándose en el conjunto de las provincias en la década de 1840, aunque muchos perdieron continuidad, se redujeron a Registros (mensuales o anuales) o retrocedieron a periódicos polémicos. Junto a ellos, esfuerzos notables por delimitar funciones de prensa acordes con el modelo de la prensa burguesa europea fueron notables durante estos gobiernos y también, a pesar de las enconadas guerras civiles e imposibilidad de conformar una autoridad nacional reconocida, en las décadas subsiguientes.

Sin embargo, al final de la etapa de cuatro décadas que finaliza en 1852 aún no se había conformado un cuerpo de empresarios ni un espacio de circulación de periódicos en manos particulares con fuerte autonomía respecto del Estado. Prevalecía, por el contrario, el gran peso estatal en la iniciativa, sostén y delimitación de las funciones posibles de un periódico, así como en su capacidad de impedir la existencia de periódicos que pudieran ser considerados una amenaza. De allí que la etapa se presenta como una larga transición entre una prensa fundamentalmente estatal -

¹¹² El término “periódico ilustrado”, que hacía tradicionalmente referencia al ambiente del pensamiento de la ilustración, pasa en la década de 1840 a ser sinónimo de periódico que incorpora sistemáticamente la imagen visual a sus contenidos.

en los hechos y en sus modelos- y una prensa de mercado en sus modelos, pero aún no en los hechos.

Los modos en que esta transición se produjo permiten pensar como sub-modelos o “estrategias”¹¹³ los distintos caminos posibles. Si al principio de la época revolucionaria el gesto es continuar a partir de lo conocido (una gaceta de Estado), pronto aparece la necesidad -y luego la urgencia- de habilitar una prensa moderna en la región. Si el modo canónico esperable es el ascenso de las prácticas burguesas y el retiro del Estado de la función para transformarse en garante constitucional de su apropiación por la sociedad civil (Habermas, 1995), esto se produce por goteo. Insignificante en la década de 1810, más activo en las décadas de 1820 y 1830, renovado a comienzos de la década de 1850 y continuado tras Caseros a lo largo de la misma, pero no se despliega como predominante hasta mucho después de este período. Las cuatro estrategias devenidas modelos de hecho que hemos sugerido en la hipótesis del trabajo se hacen entonces presentes y cada uno de ellos se transforma, en distintos momentos y lugares, en predominante.

El *modelo de sustitución*, que consiste en mantener a largo plazo la preeminencia del Estado en la conformación de la prensa, pero no imitando las formas absolutistas, sino aplicando su acción para acercarse lo más posible a las formas de la prensa burguesa, fue practicado constantemente en el Buenos Aires de la década de 1810 manteniendo las publicaciones a cargo del Estado e intentando que entre ellas haya alguna pluralidad, mientras se busca formas más modernas. A pesar de los intentos de habilitar una prensa en manos particulares, esto sólo se logra ampliamente en la propiedad de las imprentas en Buenos Aires (no así en el Interior, excepto Mendoza en la década de 1820), por lo que aun cuando ya los periódicos dejan de asumirse como parte del aparato estatal desde la década de 1820 en Buenos Aires y en algunas provincias, lo cierto es que su estructura sigue siendo plenamente estatal en iniciativa, sostén, circulación y función. A medida que avanzan las décadas, la estrategia se profundiza, y es el Estado el encargado de incorporar innovaciones técnicas, estilísticas, comerciales y de contenidos en los periódicos, mientras los pocos actores privados van completamente a la zaga. La estrategia -devenida modelo- de sustitución es ampliamente predominante en la década de 1810, y a pesar de los esfuerzos, sigue siéndolo en las

¹¹³ Se toma aquí el término “estrategias” no como sinónimo de su definición general en lengua castellana (cuerpo de acciones articuladas entre sí y con su contexto para lograr un fin, sino en el sentido que le da Bourdieu (1988, 1996), quien, sin negar la presencia de estrategias orientadas por fines conscientemente preestablecidos individual, grupal o colectivamente, presta especial atención a las regularidades de prácticas que constituyen un ajuste concreto de su propia articulación y entre ellas con su contexto, conformando a partir de ello *habitus* adquiridos en la práctica social y cultural, internalizados tanto como referencias del correcto hacer como de patrones de conducta constituidos como experiencias. Como indica Wilkis (2004: 196), “La noción de *habitus* hace referencia al sistema de disposiciones duraderas adquirido por el individuo en el transcurso de su socialización; es una potencialidad corporizada mediante la interiorización de las condiciones exteriores de existencia. Bourdieu es consciente de que el lenguaje de la estrategia puede sugerir la concepción de agentes racionales que llevan adelante acciones coherentes según objetivos establecidos de antemano por ellos. No obstante, el sociólogo francés utiliza esta noción en el sentido preciso de que ésta informa sobre la existencia de una sistematicidad a lo largo del tiempo en un conjunto de prácticas que tienen una dirección o intencionalidad objetiva sin ser conscientemente asumida”.

décadas de 1820 a 1840. Tras la revolución del 11 de septiembre de 1852 este modelo se extingue en Buenos Aires: el último periódico oficial cesa al año siguiente, y las iniciativas estatales se limitarán desde entonces a publicaciones especializadas de interés científico, estadístico o educacional. En el Interior, en cambio, el *modelo de sustitución* permanece activo y predominante hasta la caída de la Confederación y la ofensiva mitrista de 1862, con desarrollos a cargo tanto de los Estados provinciales como del Estado confederal, mostrando por ello tanto una estrategia notable a escala nacional (de las 13 provincias confederadas) como de cada provincia en particular. Una segunda estrategia devenida modelo de hecho para esta transición fue la de transferencia, que hemos definido como la acción del Estado transfiriendo a los particulares recursos que van mucho más allá de los gastos corrientes de un periódico, sino que implican la conformación de capital. Estas transferencias no siempre fueron legales y por lo tanto es complicado detectarlas documentalmente, salvo cuando el hecho es reconocido por sus protagonistas en comunicaciones particulares. Aun así, se tiene registro de numerosas experiencias. Al principio, los recursos transferidos son pocos, por lo que no impactan en la capitalización, pero permiten, por ejemplo, publicar un periódico para el Estado y con los gastos amortizados lanzar uno particular, como hizo Valdés en la década de 1810. Más adelante, se potencian con el auge de las sociedades, como sucede con *El Argos de Buenos Aires*. Luego, con la intrusión de intereses extranjeros, cuando desde Francia se garantiza la instalación del *Comercio del Plata* en Montevideo. Se amplía durante la década de 1850 con un complejo sistema de subsidios y apoyos que brinda a los principales protagonistas del sector el gobierno del Estado de Buenos Aires. Pero el *modelo de transferencia* se torna predominante precisamente al finalizar el período aquí estudiado, cuando en la década de 1860 se conforman las bases de grandes diarios empresariales del siguiente siglo desde la transferencia de recursos originados y/o habilitados por el gobierno nacional en primer lugar, y algunos gobiernos provinciales en segundo.

La estrategia canónica europea, el avance de la burguesía sobre la práctica de prensa por fuera del Estado, se hace presente con un rol muy menor en ambas etapas de este período rioplatense. En la primera, sólo puede atisbarse en los exilios chileno y brasileño en la década de 1840 y en una paulatina consolidación de un mercado de servicios no periodísticos pero vinculados con él: impresos para particulares, retratismo, librerías en Buenos Aires. En el caso chileno, con el mercado de imprentas y de creación y venta de periódicos. En el brasileño, con el acceso a nuevas prácticas, como experimenta Juana Manso, quien puede sostener una experiencia dirigida a señoras y un folletín firmado por una dama. A su vez, en Buenos Aires, y durante la década de 1830 en Montevideo, se esbozan los prolegómenos de un mercado de imprentas. En un principio, con una división muy clara: libre mercado para la contratación de servicios particulares (existe mucha

demanda de papeles impresos para el comercio y las finanzas, pero también hojas membretadas para cartas, etc.), subordinación al Estado en cuanto al negocio de periódicos, con un tenue espacio intermedio en cuanto a publicaciones no relacionables con la política (medicina, información comercial cotidiana, música, etc.). Aunque es poco el despliegue de este tipo de negocios, el mismo es posible. Hacia fines del período rosista, todas las empresas particulares son exitosas, poseen algún contrato con el Estado para publicar periódicos, y prueban suerte con suscripciones centradas en la información comercial, actos de gobierno y literatura general, obteniendo cifras de suscriptos por encima del mínimo necesario para el autosostén. Todos los impresores vinculados a este modelo aprovechan el *modelo de sustitución* durante el rosismo. Algunos de ellos (Carrasco, De la Barra, Meyer) continuarán bajo Urquiza y Derqui el mismo modelo en la siguiente etapa. Otros, como Casavalle, lograrán prosperar en las décadas siguientes navegando entre el *modelo de simbiosis* y el de transferencia, hasta que el mercado pueda sostener sus proyectos en forma estable. Otros, finalmente, lograrán dar el salto al mercado combinando actividades de impresión con otros negocios (Hortelano).

Por último, se hizo presente una cuarta estrategia devenida modelo, que denominamos “de simbiosis”, caracterizada por la combinación de las otras tres. El ejemplo paradigmático es el Urquiza que organiza afanosamente su provincia entre 1848 y 1851: conserva y fortalece el periódico de Estado en la capital, permite el ingreso a la provincia de actores privados bajo su control político, y transfiere recursos tanto estatales como privados suyos a las imprentas y periódicos que se instalan en Gualeguaychú y Concepción del Uruguay desde 1849, al punto tal que cuesta rastrear documentalmente los movimientos cotidianos de estos emprendimientos, pues algunos recursos se anotan en el registro estatal y otros en el de alguna de las numerosas estancias del general. De este modo, los impresores De María y Hernández, quienes salieron de la Montevideo sitiada en muy precarias condiciones llevando sus imprentas, progresan en la década de 1850 en la provincia de Entre Ríos. La enorme acumulación de poder por Urquiza en su etapa de mayor influencia, en la década de 1850 extiende la presencia del *modelo de simbiosis*, pues el general puede, en estos años, continuar su estrategia combinada apelando a recursos del Estado y de su propio peculio en forma indistinta para adquirir imprentas, pagar salarios o impresos por encargo, subsidiar periódicos, abonar suscripciones, etc.¹¹⁴

¹¹⁴ El efecto es simbiótico en tanto cada acto oficial o privado fortalece la estrategia de prensa del general. Después de la derrota de Pavón y sobre todo tras la normalización institucional iniciada con la presidencia Mitre, Urquiza mantiene esta estrategia, pero los términos se invierten: se producen más movimientos de su peculio particular que por decisiones administrativas. Más aún en el período 1864-68, en el cual no ejerce formalmente el Poder Ejecutivo.

Tabla 3.4.1. Modelos predominantes, período 1801-1852

Modelos Canónicos Externos	Modelos Efectivamente Presentes
<p>Prensa dieciochesca española:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Gaceta de Estado, - Periódico intelectual ilustrado - Periódico de información económica - Periódico instructivo y de informaciones útiles - Suelos de sucesos - Pasquines - Periódico misceláneo <p>Prensa burguesa europea (especialmente desde 1810):</p> <ul style="list-style-type: none"> - Prensa burguesa con intenciones de instrucción y elevación moral - Prensa burguesa política - Prensa burguesa política, comercial e instructiva - Prensa burguesa de debate político-doctrinario - Periódico intelectual orientado a sociedades - Prensa satírica y mordaz de combate dialéctico <p>Prensa empresarial industrializada (desde 1840 aprox.)</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Gaceta de Estado (Buenos Aires, 1809-1821; Interior, 1817-1852 y cont.). - Periódico intelectual ilustrado (Buenos Aires, 1810-11; 1822-23, etc.) - Periódico de información económica (Buenos Aires, 1802-07, y desde 1822 en adelante). - Suelos de sucesos (emitidos por el Estado o facciones militarizadas). - Periódico misceláneo (Buenos Aires, 1801-1802). - Prensa estatal política, comercial e instructiva, en búsqueda de construir una prensa burguesa (Buenos Aires, desde 1811 en adelante, Interior, 1817-52). - Prensa de debate y combate político-doctrinario (todo el país) - Prensa militar de ejércitos en marcha (todo el país) - Periódico intelectual orientado a sociedades (Buenos Aires, Mendoza, Córdoba en la década de 1820; Buenos Aires en las décadas siguientes, con restricción de libre crítica política). - Prensa satírica y mordaz de combate dialéctico (todo el país). <p>Estrategias devenidas modelos: 1) de ampliación de actores burgueses (inmigración, ingreso desde otros rubros al negocio, Buenos Aires, desde 1815); 2) de sustitución (toda la región, hasta 1852); de transferencia (Buenos Aires, desde 1815); de simbiosis (Entre Ríos, desde 1849).</p>
Modelos y estrategias predominantes en Buenos Aires	Modelos y estrategias predominantes en el Interior
<p>Hasta 1810 predomina el modelo de los periódicos ilustrados dieciochescos, con énfasis en la información económica.</p> <p>De 1810 a 1814 predomina el modelo de gacetas estatales.</p> <p>De 1815 en adelante predomina el <i>modelo de Sustitución</i>, aunque la experiencia rivadaviana promueve el de transferencia sin lograrlo.</p>	<p>Predomina el modelo de prensa estatal, tanto de aplicación político-militar como de institucionalización del esfuerzo del Estado por publicar sus actos, promover la instrucción, defender sus actos ante atacantes verbales o militares, y proveer los servicios propios de un diario moderno con excepción de la libre discusión política (literatura, información mercantil, avisos, actos de gobierno, artículos de opinión, información nacional y extranjera, cartas, etc.).</p>
Modelos Predominantes De Prensa En Chile Y Brasil	En Uruguay, Paraguay Y Bolivia
<p>Durante la etapa del exilio argentino (década de 1840) predomina un modelo donde las imprentas son privadas y sostenidas desde el mercado, y los periódicos son privados pero dependen fuertemente del subsidio y del control estatal.</p>	<p>El modelo predominante en Uruguay es muy semejante al de Buenos Aires.</p> <p>En Paraguay y Bolivia es estatal.</p>

Tabla 3.4.2. Modelos predominantes, período 1852-1862

MODELOS CANÓNICOS EXTERNOS	MODELOS EFECTIVAMENTE PRESENTES
<p>Prensa burguesa</p> <ul style="list-style-type: none"> - El periódico -habitualmente diario- “Universal”, “de intereses generales” o “político, literario y mercantil”, resultado y sostén de la clásica esfera pública burguesa. - Periódico intelectual, en el que se configuran campos temáticos de referencia (historia, geografía, literatura, jurisprudencia, economía política, ciencias y campos profesionales). - Periódico de información económica - Periódico instructivo y de informaciones útiles - Periódico con ilustraciones - Pasquines de combate político - Periódicos satírico-burlescos - Periódicos satírico-burlescos con inclusión de caricaturas. <p>Prensa empresarial plenamente industrializada (desde 1840 aprox.).</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Prensa estatal política, comercial e instructiva, en búsqueda de construir una prensa burguesa (Buenos Aires, 1852-53, Interior, 1852-60). <ul style="list-style-type: none"> - Estrategia de articulación: ampliación de actores burgueses (inmigración, ingreso desde otros rubros al negocio): Buenos Aires, 1852-62; Interior (Corrientes, Entre Ríos, Mendoza). - Estrategia de sustitución: Buenos Aires, 1852; Interior, 1852-61. - Estrategia de transferencia: Buenos Aires, 1852-62; Interior, 1856, 1860. - Estrategia de simbiosis: Entre Ríos, 1852-62; Rosario, 1854-62. - Prensa de debate y combate político-doctrinario: Buenos Aires e Interior. - Prensa militar de ejércitos en marcha: Buenos Aires e Interior. - Periódico intelectual: Buenos Aires, 1853-58; Interior, 1861. - Prensa satírica y mordaz de combate dialéctico: Buenos Aires, 1852-62; Interior, 1857-62. <p>- Incorporación en Buenos Aires de libros por entregas gratuitos además del folletín.</p>
MODELOS Y ESTRATEGIAS PREDOMINANTES EN BUENOS AIRES	MODELOS Y ESTRATEGIAS PREDOMINANTES EN EL INTERIOR
<p>Modelo de la prensa burguesa, con todos sus dispositivos, excepto la inclusión de caricaturas y la estabilización de revistas intelectuales y revistas ilustradas.</p> <p>Esta tendencia se consolida después de 1862: se completa la presencia de todos los dispositivos (incluidos los dos tipos de revistas), y se profundiza e intensifica el <i>modelo de transferencia</i>, hasta desembocar en una prensa empresarial efectivamente sostenible.</p> <p>Para construirlo, predomina la estrategia -devenida modelo- de transferencia, y en menor escala, la de la actividad empresarial privada.</p>	<p>Predomina el modelo de prensa burguesa con todos sus dispositivos, excepto la inclusión de caricaturas, las revistas ilustradas y -hasta 1861- las intelectuales.</p> <p>Esta tendencia se quiebra en 1862 con la victoria liberal. La estrategia será la de inversión privada, acompañada por acciones de transferencia por el Estado nacional y provincial.</p> <p>Para construirlo, predomina la estrategia -devenida modelo- de sustitución. El Estado se hace cargo de la innovación y sostén de la actividad, aprovechándola para fomentar sus objetivos de consolidación diplomática, de la actividad económica, inmigración, educación, inversión en moneda y transportes, etc. La utiliza como Boletín Oficial -o lo complementa. En menor escala, se hace presente la estrategia de simbiosis (por Urquiza), y efímeros esfuerzos de transferencia (en 1856).</p>

De este modo, nuestro período no marca todavía la hora del predominio del *modelo de transferencia* ni menos aún del ascenso de prácticas burguesas por fuera del Estado. De 1810 a 1852 asistimos al predominio del *modelo de sustitución* en todo el país, más aún en el Interior, excepto en Entre Ríos, donde a partir de 1849 predomina la estrategia de simbiosis, y desde comienzos de la década de 1850 se notan en Buenos Aires nuevas señales de acrecentamiento de espacios de negocio de imprentas y en menor medida de periodismo. De 1852 a 1862 las provincias interiores muestran una particular continuidad del *modelo de sustitución* como predominante, mientras en Buenos Aires se abre anula la prensa estatal y habilita estrategias de transferencia y de desarrollo particular, conformando una esfera pública *sui generis* que aprovechará –transferencia mediante– las condiciones para la irrupción, en las décadas siguientes, de modelos claramente empresariales.

3.4.2. Desarrollo, guerras civiles y territorialización

Las guerras civiles complicaron el desarrollo “normal” (en el sentido de semejante al modelo europeo) de la prensa periódica a lo largo de varias décadas y por múltiples vías. Los contendientes buscaron aplastarse mutuamente por medio de guerras, levantamientos, atentados, intimidación, desacreditación, etc., por lo que resultó crecientemente difícil hallar miembros de un partido capaces de emitir periódicos en territorio controlado por el otro. Así, en cada territorio, la prensa consolidó su rol de única voz, proveniente del Estado, en polémica con un enemigo exterior. A ello se sumaron un lenguaje sumamente guerrerista y descalificante aún en tiempos de paz. Por otra parte, las guerras impactaron en la actividad económica, demorando la posibilidad de imaginar negocios del ramo en el país, sobre todo en el Interior, y redujeron también la capacidad del Estado de acelerar el proceso de alfabetización y poblamiento pendientes.

En tal contexto, la actividad burguesa, clave en el funcionamiento de la prensa, redujo su presión para su funcionamiento libre, quedando sobredimensionado, a pesar de medio siglo de ruptura con el régimen absolutista español, su uso para cumplir objetivos del aparato del Estado (difundir sus actos, orientar la opinión, prestar servicios de avisos, brindar información mercantil y estadística, difundir la literatura y las ciencias, fomentar la identidad histórica y geográfica del país, fortalecer la confianza en tiempos de guerra, desmoralizar al enemigo, etc.). Cuando se produjeron enfrentamientos discursivos con argumentos políticos estos sucedieron en el contexto de combates, de cambio de fuerza controlando una disputada plaza o muy efímeramente, un momento de vacío de poder. En el caso de Buenos Aires, se liberó más tempranamente la información mercantil al sector privado, y se buscó que las afirmaciones más soeces, satíricas y mordaces circularan por la prensa satírica menor, efímera, evitando que estas se hagan presentes en la prensa más seria. En el Interior, la prensa fue una operación político-militar de

Estado, aún en los casos en que la elite letrada liberal soñaba con dejar pronto atrás esta función. La simultaneidad de periódicos opuestos en Mendoza fue una efímera excepción, homóloga a la ruptura generada en la Buenos Aires del Padre Castañeda: la reforma eclesiástica habilitó la simultaneidad y la polémica regular, abriendo contendientes por resquebrajadura de la unicidad del Estado precedente.

Por otra parte, si tanto la tradición periodística heredada como la ausencia de una práctica burguesa de prensa el momento de inicio de la revolución afectaron su desarrollo y modelos predominantes, el modo en que se produce el desarrollo económico en las nuevas condiciones (quiebra del virreinato, pérdida del tránsito de metálico desde el Alto Perú) profundiza tanto la demora en el ingreso de un mercado de imprentas y periódicos al Interior, como la diferenciación con Buenos Aires, en términos de volumen de la actividad y de sus principales características funciones, contenidos y protagonistas.

Tras el colapso del régimen colonial y su dispositivo de sostén económico, se había producido una reconversión de la economía de la pampa húmeda mucho más rápida que la del resto del país, sumando nuevas ventajas a las preexistentes¹¹⁵. Estas diferencias se expresan en la incorporación más temprana de la prensa y el periodismo, en el desarrollo del mismo, la cantidad y volumen de las imprentas, la irrupción más temprana de la lógica de mercado, etc. en Buenos Aires, y un uso de la prensa donde la lógica de mercado aún no se hace presente, en el Interior, predominando entonces su uso estatal y militar, y donde el poder político y económico no coincide -como sí sucede entre los cuadros del partido unitario primero, del heterogéneo antirrosismo después- con el oficio de la escritura. Mientras en Buenos Aires (y en el exilio) domina una elite política y económica donde la escritura es parte de sus prácticas, en el Interior los líderes delegan la escritura en empleados letrados que no participan en sus decisiones, sólo aconsejan en privado y se limitan a expresar su voz en público. En Buenos Aires, el unanimismo político requerido por el régimen genera que este cuerpo de pares que debaten parta en su casi totalidad al exilio. Entre quienes se quedan, los contenidos no políticos de los periódicos son cubiertos a discreción por los redactores, la política es férreamente manejada hasta en sus detalles menores por el poder, el cual, paradójicamente, muy pocas veces publica con su firma, e incluso muy pocas veces escribe.

A pesar del notable avance en institucionalización que significaron la convocatoria a Congreso Constituyente, el agrupamiento en dos grandes gobiernos con su división de poderes y la sanción de la Constitución Nacional, la década de 1850 estuvo signada por constantes derrocamientos provinciales, crímenes de gobernantes, invasiones de una provincia a otra, motines, guerras contra los malones en la frontera Sur (Buenos Aires, Córdoba, San Luis, Mendoza) y en el Chaco (Santa Fe, Santiago del Estero), golpes, invasiones, motines y represión a la oposición en Buenos Aires (1852-57), grandes

¹¹⁵ Nuevas ventajas: una economía exportadora, el control de la aduana del único puerto importante para la exportación, capacidad de emisión exitosa de papel moneda, crédito y bancos, infraestructura moderna de transporte y administración, contacto diplomático y comercial internacional, parlamentarización de la política, una economía de mercado de bienes y servicios. Ventajas preexistentes: volumen demográfico, aparato administrativo importante, fuerza armada experimentada, capitalidad.

batallas entre Buenos Aires y la Confederación (1852-56, 1859, 1861), acompañadas de batallas menores (1856), etc.

Debido a ello, la prensa periódica mantuvo características que habían sido decisivas en el período anterior: boletines militares, imprentas volantes llevadas con los ejércitos, lenguaje formulario de combate y denigración del enemigo (y justificación de las propias acciones), manteniendo una presencia constante en las zonas de mayor tensión. Es notable, sin embargo, que el sino de esta década es la continuidad de la prensa. Los largos silencios observables en el período anterior ya no existen, y en cambio, aparecen tímidas señales de auges de prensa en vísperas de campañas electorales. El fenómeno es mucho más notorio en Buenos Aires, pero también se manifiesta, tenuemente, en varias provincias interiores.

Los objetivos de desarrollo económico y de infraestructuras propuestos por la Confederación y por Buenos Aires chocaban en qué fuerza política debía hegemonizar el proceso (las capas dirigentes de Buenos Aires y los liberales del Interior, o las capas dirigentes federales del Interior y los federales de Buenos Aires), si la aduana porteña debía ser nacionalizada, y si con sus recursos podía o no construirse una infraestructura que mitigase los desequilibrios en desarrollo y riqueza. Al mismo tiempo, coincidían en una gran cantidad de objetivos: el Estado debía consolidar su control territorial, ampliar la frontera agropecuaria, contar con moneda sólida y bancos fuertes, impulsar la inmigración y colonización, desplegar el sistema educativo, asegurar vías de transporte en todo el país, completar la construcción del aparato del Estado, contar con una prensa periódica moderna y prestigiosa.

Durante algunos años buscaron -sobre todo la Confederación- resolver el conflicto por la vía militar (en especial, 1852-53, 1856, 1858-59 y 1861). Durante el resto, ambas partes orientaron su política a consolidar los objetivos de desarrollo y demostrar mayor viabilidad que su contendiente para lograrlos, ganando así adeptos al otro lado de la frontera de secesión de hecho, y en la comunidad internacional.

El resultado muestra una gran ventaja de Buenos Aires: la ciudad puerto se demostró inexpugnable, el partido porteño obtuvo ventajas en captación de aliados en el resto de las provincias, la aduana se mantuvo inalcanzable, incluso tras la acertada estrategia confederal de instalar una aduana competitiva en Rosario (con derechos diferenciales), los proyectos de infraestructura de transportes en la Confederación demoraron (ferrocarriles) o se mostraron imposibles en el corto plazo (generar la navegabilidad comercial de los afluentes del Paraná hacia el Noroeste), la capacidad de emisión de moneda por Buenos Aires fue abrumadoramente más eficiente (de hecho, la moneda confederal colapsó y se retomó el uso de bolivianos de oro), la frontera agropecuaria no logró ampliarse hasta después de este período, la inmigración y colonización logró impulsarse desde 1856, pero no alcanzó a producir efectos económicos; el ferrocarril y el telégrafo comenzaron a instalarse en Buenos Aires en 1857, pero no en la Confederación.

En tal contexto, las grandes diferencias se mantuvieron, y se notaron en la prensa periódica en la continuidad del *modelo de sustitución* en la Confederación, en contraste con el de transferencia y el

crecimiento de la iniciativa particular en imprentas y periódicos en Buenos Aires, donde comienza a conformarse la prensa hegemónica de las décadas siguientes y una incipiente red de negocios de imprenta capaz de asumir inversiones de capital, lo que permite no sólo importar equipos muy actualizados técnicamente, sino, por ejemplo, poner en marcha las primeras fundidoras de tipos del país (cuya experiencia pionera aborda Jacobo Peuser). En la Confederación, en cambio, los intentos de concesión de periódicos estatales a privados en 1856 (incluso con la provisión absoluta de equipos, insumos y auxilios salariales) no lograron sostenerse en el tiempo, en tanto que en la mayor parte de las provincias interiores lo exiguo del mercado impedía toda inversión de riesgo. La sustitución por el Estado potenciaba ante ello un círculo vicioso: al resolver por sustitución la ausencia de un servicio necesario, ocupaba el poco espacio de mercado que pudiera haberse generado¹¹⁶.

3.4.3. Imprentas, periódicos, periodistas: los casos paradigmáticos.

Entre 1810 y 1862 imprentas, periódicos y periodistas activos han crecido en cantidad, transformado sus tareas y diversificado sus prácticas. Las imprentas pasan de una a una docena en Buenos Aires, la mayor parte de ellas privadas, y de ninguna a veintiocho en las provincias interiores, 16 de ellas estatales, existiendo al menos una por provincia. Un crecimiento notorio, que muestra también la importancia de la propiedad estatal en el Interior. En forma correlativa a este despliegue de imprentas, la cantidad de periódicos crece desde sólo dos en Buenos Aires en junio de 1810 hasta un total de dos docenas de títulos, la mitad de ellos de circulación superior a varios meses y entre los que se cuentan entre dos y cuatro diarios simultáneos en distintas épocas del año hacia fines del período abordado.

En el Interior la cifra es también contundente: desde ninguno en 1810 (de hecho todavía ninguno en 1818) hasta 40 títulos en el difícil año 1861¹¹⁷.

También aumenta notablemente el número de personas que dirigen, redactan total o parcialmente o colaboran en la producción de contenidos de periódicos. En los primeros diez años de prensa periódica en Buenos Aires ese número no pasa de una decena, mientras que en 1862 la cifra se ha multiplicado aproximadamente por 15. En el Interior, en el mismo período, se ha pasado desde ninguna a aproximadamente la mitad de lo observado en Buenos Aires.

Con vistas al cálculo de esta cifra en el conjunto de años del período, no hay actualmente un valor certero de cantidad de periodistas que circularon, aunque puede estimarse, para las primeras cuatro décadas (hasta

¹¹⁶ Pero esto era un problema sólo en relación con el modelo que el Estado Confederal buscaba seguir. Desde el punto de vista de las prácticas concretas llevadas a cabo, no parece que el desarrollo de una prensa estatal hubiese dañado la calidad de los contenidos orientados a educación, literatura, progreso general, avisos o publicidad de los actos de gobierno. La dificultad de constitución de un espacio de libre debate sostenible en el tiempo puede ser engañosa: no se hallaba en una prensa restrictiva, sino en las dificultades del sistema político en su conjunto para administrar las tensiones que supone la división de poderes, la consolidación del gobierno nacional sobre las provincias y la convivencia de partidos. La prensa reflejaba esta realidad, no hay ninguna señal que haga pensar que esta prensa estatal, *per se*, requiriese de tales restricciones, con las que pudo haber convivido sin inconvenientes.

¹¹⁷ La cifra es también contundente, aunque muestra las particularidades y problemas del contexto y momento. Por un lado, la persistencia del modelo de prensa de sustitución: antes del triunfo mitrista en Pavón sólo tres títulos en toda la Confederación son editados por sectores favorables al Partido Nacional. Cada provincia cuenta con un periódico oficial, y el grueso de los títulos es editado desde fracciones del aparato estatal en crisis y fractura. Después de Pavón, el remplazo contundente de prensa federal por prensa afín en cada territorio ganado por los porteños es notable.

1852) a partir del registro de catálogos y otros documentos reconocidos por la historiografía, un valor cercano a las 150 personas cuya contribución fue más allá de una colaboración ocasional, actuando como redactores o como colaboradores regulares, sumando las participaciones argentinas en las 10 provincias con periódicos (incluida Buenos Aires), la emigración en Montevideo, Río de Janeiro, La Paz, Lima, Santiago de Chile y Valparaíso, así como dos ciudades adicionales con periodismo regular (Gualectuaychú y Concepción del Uruguay en Entre Ríos) y otras dos localidades cordobesas con presencia ocasional. De ellos, dos tercios corresponden a la ciudad de Buenos Aires. En la decisiva década de 1852-62, estos valores se acrecientan, pero no en un volumen abrumadoramente más alto: más bien se nota una consolidación de la tendencia heredada ya desde el gobierno de Rosas, aunque con apertura a cierto margen de autonomía política para los periódicos y con un notorio esfuerzo de modernización en las provincias interiores, a cargo del Estado.

A lo largo de este proceso de transformación, numerosas semejanzas se manifiestan entre ambas regiones, a pesar de esta contundente diferencia cuantitativa: hasta 1852, una fuerte presencia de la prensa estatal, primero oficial, más adelante tratando de ocultar dicho carácter a nombre del valor compartido de la libertad de prensa, negando ser la voz oficial del gobierno. También la estabilización en las redacciones de figuras de segundo orden entre funcionarios y empleados (oficiales segundos) de gobierno. Asimismo, los tamaños de pliegos, las secciones en que se distribuye el material, y los géneros y estilos discursivos sobre los que se montan. Después de 1852, es notoria la semejanza en secciones, formatos, lenguajes, estilos y tópicos tratados. Incluso, la visión general de las grandes líneas de construcción del país: institucionalización, apertura de vías de transporte, fomento a la educación, a la inmigración y a la colonización, defensa contra los malones, difusión del potencial económico del país en el exterior, etc.

Pero también se manifiestan singulares diferencias: en Buenos Aires hasta 1835, y en Montevideo durante el ciclo de la emigración, las dirigencias políticas producen escritos y debaten en los periódicos, aunque también hay periódicos “anónimos”, redactados por oficiales de gobierno para líderes en ejercicio (como lo hace Lasserre para Oribe en 1835). En el Interior, en cambio, tras un breve conato de espacios de debate -al menos en torno a la reforma religiosa y en torno a la forma de gobierno- en Mendoza, San Juan y Córdoba en la década de 1820, el resto del período y de las regiones presenta un perfil de periodistas claramente subordinado por razones de mando militar (son secretarios o auditores de guerra) o por razones de régimen: los gobernantes casi nunca escriben, pero controlan hasta el menor detalle de lo que se escribe, no en términos de censura, sino más aún, de que el redactor escribe lo que se le indica, al menos en lo que concierne a política y gobierno, quedando en relativa libertad para publicar materiales científicos, literarios, traducciones, amenidades, datos económicos o información extranjera siempre que no cuente con contenidos políticos. Después de 1852, mientras en Buenos Aires se deja atrás la noción de periódico oficial, en el Interior este tipo de periódico es decisivo en la expansión geográfica de la prensa y su modernización. Mientras en Buenos Aires se intenta una esfera pública *sui generis* que articula su prensa -subsidiada por el Estado, que a su vez impide la consolidación de una prensa opositora- con la dirigencia

política y funcional y habilita ardorosos debates en torno a la política, las decisiones económicas y la guerra, en el Interior la prensa es una emanación de la autoridad pública que la utiliza como parte de su estrategia política, económica y diplomática. De allí que, entre esta condición, la dinámica maniquea de enfrentamiento que estimulan las guerras civiles, y la práctica aún habitual de ensayar la retórica -oral y escrita- a partir de fórmulas preestablecidas y enseñadas en escuelas y manuales, el arsenal argumentativo fuese sumamente repetitivo y en ocasiones reversible, utilizando las mismas secuencias oratorias para defender o condenar al mismo líder en dos momentos contiguos de los acontecimientos, práctica que era luego recriminada por futuros adversarios retóricos, recordándose mutuamente tales pecados.

Otro factor de diferenciación es que tanto en Buenos Aires como en Montevideo se despliega ya en la década de 1820 una prensa en lengua extranjera, prevaleciendo primero el francés, y luego más sólidamente el inglés, cuyos portadores logran continuidades de muchos años. En el Interior esto no sucede, incluso en las ciudades portuarias. Con la excepción de una breve publicación en italiano en Gualeguaychú, en 1859.

Claramente, no se hace presente aún el periodista profesional. Hacen periodismo quienes viven de otra actividad que les asegura recursos y tiempo (líderes políticos y militares, empresarios, rentistas, abogados), o que son contratados como empleados de gobierno con un cúmulo de tareas que pueden incluir la redacción del periódico, o que es contratado ad hoc por un período muy breve. Los primeros esbozos de transformación son atestiguados en la década de 1850 por hombres de negocio que trabajan en simultáneo el negocio tipográfico y la actividad periodística, y por miembros de la elite política y funcional que utilizan los ingresos por colaboración periodística como refuerzo cuando no están ocupando posiciones de tiempo completo en el Estado.

El caso extremo del empleo público impide al periodista gozar de libertades, pues no tiene posibilidad alguna de criticar al poder público, so pena de perder el empleo, en el cual, por otra parte, debe producir textos laudatorios de su mandante en forma permanente: proclamas, brindis, artículos, cartas, fundamentos de proyectos de leyes o decretos, borradores de tratados, etc. Tal situación lo aproxima a la condición de "escriba al servicio del poder" (evitando al adoptar el término cualquier carga peyorativa). El caso típico de estos escribas era la de un hombre con formación intelectual superior obtenida en colegios y/o universidades (por lo general, Buenos Aires o Córdoba, aunque algunos logran formación en Montevideo y otros sitios extranjeros), que no eran hacendados ni comerciantes, ni militares importantes. Dependían en grado extremo para su supervivencia de su buena relación con algún jefe político y/o militar que lo ampare a cambio de su trabajo intelectual, que podía tomar la forma de periodismo, secretaría personal, cargo de escribiente, convencional constituyente, diputado, senador, juez, procurador, fiscal, oficial mayor en algún ministerio, incluso ministro en algún caso, representante del jefe en tratativas diplomáticas, y alguna actividad más: copista, taquígrafo, incluso tipógrafo. Si la relación con el caudillo era estrecha, estas actividades totalizaban por completo la actividad laboral del "escriba". Si no lo era tanto, debía complementar alguna de estas, o dedicarse por completo en algún corto período a otras actividades en el ámbito privado, y estas eran muy pocas y de poco desarrollo: actuar como abogado en pleitos civiles, o

como contador de algún comercio. Tal característica supone la creciente pérdida de la independencia crítica de parte del escriba con respecto al jefe que lo ampara. Cuando las acciones del jefe coinciden con lo que dicta la conciencia del escritor, esto no constituye un grave problema. Pero cuando este presenta contradicciones o bruscos cambios, o entra en colisión con lo que piensa el escriba, se constituye un problema que pone al protagonista entre el doloroso camino de la anulación de su propia opinión, o el doloroso camino del destierro.

Esta situación se extrema en los años en que la estabilidad política y la paz interior se logran por medio de jefaturas de poder ejecutivo muy fuertes y avasallantes de las instituciones formales, que no se limitan a impedir disensos, sino que exigen la constante manifestación pública de la adhesión en la prensa, en los frentes de las viviendas, en la asistencia a eventos festivos de adhesión, en el voto parlamentario, en la indumentaria, en el uso de insignias, en el uso de consignas de encabezados de documentos y aún de cartas particulares. La vía del destierro (o el riesgo de asesinato) hace entonces converger a líderes opositores al régimen y a este tipo de escribas en un mismo destino, en el cual conviven y comparten el enemigo común, pero tras el regreso al país no será igual el destino para tales líderes, para los escritores que se forjaron con otras reglas de juego en el exilio, y para estos escribas que vuelven a quedar en posición de extrema debilidad frente a sus jefaturas en el Interior.

Los cambiantes equilibrios y desequilibrios del poder y sus conflictos llevan a los escribas a la contradicción discursiva grave, pues el grado de compromiso con una posición era tan alto que pasar a otra era girar a 180 grados en lo dicho. La solución era apelar a fórmulas discursivas vacías de contenido concreto, y repletas de representaciones míticas y maniqueas de la realidad, con las cuales las flagrantes contradicciones se diluían en una universal repetición de la afirmación de la lucha del bien contra el mal.

Pero esto no impedía a los adversarios cobrarles caro sus cambios, presentados como traiciones o como demostración de debilidad, de cambio de posición por mera conveniencia o de falta de escrúpulos. Rivera Indarte, Sastre, Alberdi, De Ángelis, Hernández, Calvo, Mitre, Sarmiento, Seguí, Domínguez, Cantilo, Pérez, De María, Lasserre, Terrada y muchos otros serán en uno u otro momento víctimas de este mecanismo de deslegitimación apelando a afirmaciones pasadas y presentes contradictorias entre sí. Su contracara era la comprensión que tenían las jefaturas político-militares de este rol, y por ello, el modo aparentemente extraño de perdonar haber sido objeto de ataque del escriba e igualmente adoptarlo como tal, como sucederá, en el período siguiente, con Federico de la Barra frente a Urquiza, o como sucede en éste con la invitación a Alberdi a ser vocero del rosismo, o el modo en que Lasserre, Hernández y De María son recuperados por Urquiza en 1849.

3.4.3.1. Imprentas

En cuanto a las imprentas, podemos notar que la ciudad de Buenos Aires tiene casi tantas como todo el Interior sumado. De hecho, comienza en forma mucho más temprana, con imprenta sirviendo ininterrumpidamente desde 1780. El Interior incorpora tres imprentas en la segunda mitad de la década de 1810, pero Buenos Aires llega a 4 en este mismo momento, tres de ellas particulares. Hacia el momento de la Convención de 1828 en Santa Fe, el Interior suma 10 imprentas desplegadas en 8 provincias, casi todas estatales o adquiridas por el Estado a su propietario. Para ese mismo año, Buenos Aires cuenta con 7 imprentas, seis de ellas particulares. En las dos décadas siguientes sólo permanecen imprentas estatales en el Interior, con una cifra similar, en tanto Buenos Aires también se mantiene dentro de este volumen. De hecho, se contabilizan en 1850 siete imprentas, seis de ellas particulares, en tanto el Interior alcanza 11 imprentas simultáneas en 1850, pero muchas de ellas recién logradas: Concepción del Uruguay (Entre Ríos) en 1850 (Imprenta del Colegio Histórico), Gualeguaychú (Entre Ríos) en 1849 (Imprenta Uruguayense de Isidoro de María), San Luis en 1847 (Imprenta del Estado). Paraná (Entre Ríos) tuvo imprenta entre 1820 y 1825, y desde 1838; Santa Fe, desde 1828, inutilizada con los años y renovada en 1843; Corrientes desde 1827; Mendoza desde 1820 (dos estatales y una privada que será absorbida por la estatal); San Juan desde 1825; Tucumán desde 1817; Córdoba desde 1823; Salta desde 1824.

En febrero de 1852 existían, como hemos visto en el capítulo 2, siete imprentas en Buenos Aires¹¹⁸ (no exactamente las mismas que en 1850) cantidad que en 1855 había pasado a doce, dos de ellas litográficas. En el Interior, se contaba entonces con diez imprentas en total, tres de ellas en Entre Ríos, para las 13 provincias. En 1855, ese total pasó a once: una en Paraná, una en Gualeguaychú, una en Concepción del Uruguay, una en Santa Fe, una en Rosario, una en Corrientes, una en Córdoba, dos en Mendoza, una en San Juan, una en Tucumán, una en Salta. Esta correlación, donde Buenos Aires posee poco más o menos la mitad del total del parque de imprentas del país se mantiene a lo largo del período. Después de 1856, fecha en que el esfuerzo estatal de la Confederación lleva más imprentas a las provincias, el crecimiento en Buenos Aires fue proporcional. Se mantuvo, además, durante este período, la profunda diferencia en el régimen de propiedad: en 1860, en Buenos Aires, todas menos unas son privadas; en el Interior, todas menos tres son del Estado. En Buenos Aires, numerosos periódicos imprimieron parte de sus colecciones en una u otra imprentas, según consiguiesen mejores condiciones contractuales, fenómeno que era imposible en el Interior. Asimismo, los periódicos más importantes pudieron consolidarse económicamente al punto de contar con imprenta propia para producir el

¹¹⁸ Las de Buenos Aires son en 1852: la Imprenta del Estado, administrada por Pedro de Ángelis, la Imprenta de la Independencia, que también administró De Ángelis, la Imprenta de Hallet, administrada por su propietario Esteban Hallet, la Imprenta Argentina, propiedad de Pedro Ponce, la Imprenta Republicana, donde solía publicar sus materiales Luis Pérez, el periodista gauchesco, la Imprenta del Diario de Avisos (de Buenaventura Arzac) y la Imprenta Americana, de Rosendo Labardén, Demetrio Cabrera y Martín Pazos, quienes se asociarán con Hortelano para editar el *Agente Comercial del Plata*. Por la cantidad de imprentas y por su volumen de negocio, Buenos Aires se parece más a otras ciudades cercanas a puertos (Montevideo, Valparaíso, Santiago, Río de Janeiro) que a las capitales del Interior.

periódico y ofrecer otros servicios de impresión. En la Confederación este último fenómeno sólo estuvo, en los primeros años, al alcance de Urquiza, quien financió imprentas y periódicos de su propio bolsillo, incluso en Buenos Aires (como fue el caso de *La Prensa* en 1857). Otros intentos de colocar imprentas no estatales para lograr la impresión de periódicos fueron todavía excepcionales y dependieron del sostén económico desde Buenos Aires.

Las imprentas locales eran menos modernas y completas que las de Buenos Aires y muchísimo menos que las de Europa, aunque en los últimos años se hicieron algunas compras de equipos y por lo tanto, en el ámbito de las clásicas imprentas planas, se lograron equipamientos interesantes. En 1856, año en que reglamentó mucho más la cuestión de las imprentas y los periódicos desde los ministerios de Hacienda y del Interior, se compraron implementos más modernos. También a partir de 1856 se intentaría darles un perfil más comercial e independiente, pero este objetivo fracasó, pues no había mercado ni capacidad de distribución y cobro suficiente para periódicos, folletos o libros, ni tampoco espacio político como para permitir que empresas particulares organizaran el discurso periodístico en virtud de la búsqueda de ampliación de un mercado de noticias, por lo que en ese aspecto fallaron tanto la experiencia de De la Barra en 1854-55, como la paranaense de Victorica, Cáceres y De Alvear de 1856, las de Coni en Corrientes en 1856 y de Casavalle en Paraná en 1860-61. Las imprentas que se autodefinían como emprendimiento privado lo eran sólo en un sentido muy parcial: existían exclusivamente en virtud de su contrato con el Estado, logrado no por reglas de oferta y demanda sino por contactos directos con el poder político. Había casos, como hemos visto, en que condición “privada” sólo era el punto de partida para vender la imprenta al propio Estado, pasando inmediatamente a dirigirla con sueldo y/o subsidio del gobierno.

Las imprentas militares itinerantes ya no eran tan comunes -en las últimas grandes batallas de Cepeda y Pavón no se imprimieron periódicos de guerra en el frente- pero aún podemos hallar el uso de folletería abundante y el ejemplo famoso del Boletín redactado por Sarmiento en 1851-52. Con imprentas no itinerantes -pero sí en el frente- se editó periódicos como *El Federal Argentino* durante el sitio de Lagos, y los porteños editaron uno en la frontera norte de Buenos Aires (En San Nicolás) para oponerlo a la Confederación en 1857-58. Simbólicamente, la imprenta volante del Ejército Grande pasó a desempeñarse en tareas plenamente civiles en Corrientes.

Como la imprenta es el soporte físico *sine qua non* de la presencia de periódicos, el modo en que se despliega el periodismo en términos geográficos guarda obvia relación con la llegada de la imprenta a cada territorio. Lo que puede observarse al respecto es por un lado la irrupción más temprana en Buenos Aires, y más adelante en las capitales de provincias. Pero a su vez, que el ingreso a las provincias se ve afectado por estrategias gubernativas de alcance nacional, que afectan al conjunto en forma cuasi simultánea:

* El ingreso de la imprenta a Mendoza, Tucumán, Entre Ríos y Santa Fe como parte de movimientos militares hacia fines de la década de 1810.

* La expansión de la imprenta en Mendoza, San Juan, Salta y Entre Ríos como parte de la política de estímulo sostenida por el gobierno de Buenos Aires durante la “feliz experiencia” rivadaviana, en coordinación con gobiernos afines, y su expansión en Córdoba como efecto indirecto de estas políticas.

* La extensión de imprentas volantes y periódicos de lucha durante las guerras civiles, bajo la conducción unitaria (Liga Unitaria, 1829-31; Partido Federal, 1839-42; 1847-1850).

* La extensión de imprentas y periódicos oficiales como parte de la estrategia del gobierno de la Confederación con capital en Paraná (1852-54; 1856-58).

Este impacto de procesos que trascienden el nivel de una provincia profundizó la semejanza entre las distintas realidades provinciales. Pero también hubo diferencias basadas tanto en las particularidades de cada proceso provincial como en la fuerte autonomía provincial que supusieron los largos períodos sin gobierno nacional unificado.

En la decisiva provincia entrerriana, capital federal de la Confederación durante la presidencia de Urquiza, se logra un rico despliegue de imprentas recién hacia fines de la década de 1840, pues hasta entonces sólo había contado con una, la del Estado, operativa en forma ininterrumpida desde diez años atrás, luego de un período de casi quince años sin imprenta en la provincia. En 1849 se incorporaron la imprenta de la familia De María a Gualeguaychú, y la de Jaime Hernández al Colegio Histórico, en Concepción del Uruguay, ambas a instancias de Urquiza. En 1858 aparecen dos imprentas más: la del Progreso, en Concordia, dirigida por Luis Rebuelta, también con apoyo de Urquiza, y la del Comercio, en Gualeguaychú, financiada por comerciantes locales y por los liberales porteños. En 1860, finalmente, aparece una más en Paraná, la de Carlos Casavalle, traída desde Buenos Aires en cumplimiento de su contrato con el Estado confederal, y todavía una más impulsada por Urquiza en el momento de su conflicto con el presidente Derqui. La experiencia entrerriana muestra un auge notable para el interior del país, el peso de la gestión progresista de Urquiza en su provincia, y también el de ciclos de impacto supra-provincial: el auge de imprenta impulsado por Rosas para la región durante la década de 1840, la estrategia confederal de expansión en la década de 1850, la respuesta porteña, que subsidia el ingreso de imprentas al Interior (Entre Ríos, Corrientes, Córdoba) entre 1858 y 1860, y la importancia que tienen en esta etapa las ciudades con puertos fluviales con salida al mar.

En la provincia de Corrientes, descontando la experiencia colonial jesuítica, la primera imprenta es puesta en marcha por el Estado durante la efímera República de Entre Ríos, en 1820. Renovó equipamiento con la llegada del ex sacerdote Beaudot, quien vendió su imprenta al Estado, se hizo cargo de la misma en 1827, editando *La Verdad sin Rodeos* desde allí cuando sesionaba la Convención de Santa Fe. La provincia logró mantener en funcionamiento su imprenta, renovando sucesivamente equipos a medida que la ciudad capital fue tomada por uno u otro bando en pugna, incluidos los equipados ejércitos de Lavalle y Paz, a lo largo de la década de 1840.

La estrategia de contar no sólo con imprenta sino también con un periódico estatal se mantuvo a lo largo de la década de 1850. Pero a diferencia de la anterior, donde se produjeron bruscas inversiones de pertenencia entre los partidarios de una u otra facción, en esta hubo una línea general de continuidad.

Tras la caída de Virasoro en junio de 1852, se abre la época del gobernador Juan Pujol, quien logra un gobierno de progreso y estabilidad. En términos de prensa, será una gran novedad la compra de la imprenta de Bernheim¹¹⁹ (la que acompañó al Ejército Grande a Caseros) y la contratación del francés Pablo Coni, quien había llegado al país con Bernheim, para operarla. Coni se mantuvo allí gran parte de la década confederal. De sus prensas salió el periódico estatal, que cambió de nombre varias veces. Lo mismo puede decirse de los criterios de propiedad: salario, distintos tipos de contrato, etc.¹²⁰. El gobierno, por su parte, tras el retiro de Coni, quien deseaba volver a Francia definitivamente¹²¹ retomó las actividades de la imprenta del Estado, cubriendo la parte de redacción del periódico con un personaje que ya había tenido tal práctica a comienzos del período: José María de Cabral Melo y Alpoin, quien se ocupó, cuando el gobierno siguió los pasos de Derqui de “despartidizar” la prensa del Estado, de lanzar *La Crónica Oficial* desde el 2 de enero de 1861, y tras la derrota federal en Pavón, *La Nueva Época*, que llegaría hasta 1862. El partido liberal, por su parte, ingresó la primera imprenta particular en 1860, imprimiendo en ella desde el 10 de junio *La Libertad*, que aprovechaba el momento de aparente paz logrado en el país, logró estabilizarse y llegar más allá de Pavón.

En la ciudad de Santa Fe la primera imprenta que se conoció fue la de Carrera, a comienzos de 1820, pero la actividad sistemática de prensa se inicia con la remisión de una imprenta para uso de la Convención Nacional de 1828 por el gobierno de Buenos Aires, con la que se tiraron periódicos entre 1828 y 1831. Renovada en 1843 y 1847, mantiene continuidad y habilita la presencia de periódicos estatales en formato a cuatro columnas a partir de 1847.

En la ciudad de Rosario aparecen en 1854 una imprenta y un prestigioso periódico (*La Regeneración*, a cargo de Federico de la Barra), abriendo la historia del periodismo rosarino con una experiencia simbiótica: imprenta y periódico fueron sostenidos alternativamente por el Estado confederal, por el provincial y por Urquiza a lo largo de la década, en régimen de propiedad particular y estatal, en concesión y con sueldo de oficial de gobierno.

Por otra parte, no es sorprendente que, dado el crecimiento de la ciudad potenciado por el rol estratégico de puerto aduanero con derechos diferenciales, comenzasen a aparecer más experiencias periodísticas, y que

¹¹⁹ Distintas fuentes indican que la imprenta fue adquirida por Urquiza y obsequiada al gobierno de Corrientes. No pude hallar hasta ahora documentación probatoria de esta operación o en su defecto una compra por el gobierno correntino, y si la misma fue hecha con fondos públicos o personales.

¹²⁰ En este sentido Corrientes lleva una pequeña delantera temporal (1854 para el primer contrato de concesión), sobre el intento de extensión generalizada de este tipo de contratos en el resto de la Confederación. Si inicialmente las prensas fueron estatales y se contrataba eventualmente a algún particular para operarla, en 1856 se opta por la concesión a empresas privadas en la Capital Federal y en varias provincias, en ocasiones otorgando tal concesión al mismo particular que manejaba la imprenta estatal. Sucede en Paraná, Córdoba, Corrientes, Jujuy, Salta Rosario y Catamarca, con procedimientos legales distintos pero en forma simultánea.

¹²¹ Coni permanece hasta el fin de la gobernación Pujol, partiendo a Francia desde Corrientes en septiembre de 1859, poco antes del fin del mandato Pujol. Tras un breve período en Francia, retornará a comienzos de la década siguiente, radicándose definitivamente en Buenos Aires como empresario impresor.

fuesen pioneros algunos personajes que conociesen bien el oficio y las potencialidades de la pujante ciudad con, hasta entonces, una sola imprenta. El pionero fue, en este caso, Eudoro Carrasco, porteño, formado en la imprenta de De Ángelis en la época de Rosas, integrante de la Secretaría de Rosas durante varios años y secretario personal del general Hilario Lagos en momentos críticos. Fue socio de Hortelano en *El Agente Comercial del Plata*, y tras Caseros, de *Los Debates*. Llegó a Rosario con un puesto en el poder judicial y rápidamente se planteó instalar una imprenta completa. En 1856, con la colaboración de Manuel José Olascoaga, inició la publicación de un periódico auspiciado por el gobernador de la provincia José María Cullen, cuyo primer número se tiró en junio de ese año. La imprenta pudo estabilizarse comercialmente. Tras la batalla de Cepeda y los acuerdos de San José de Flores, Evaristo Carriego se asoció con Juan F. Monguillot para instalar una nueva imprenta en Rosario y fundar el periódico *El Progreso*.

En Mendoza, que en la década de 1820 había alcanzado a tener tres imprentas y un importante movimiento periodístico durante la guerra civil, había visto cesar toda publicación de periódicos cuando Rosas consolidó su poder después de 1835. De hecho, el movimiento económico mismo descendió debido a la crisis producida por el corte del vínculo comercial regular con Chile. Excepto por la impresión de *La Ilustración* en 1849, la actividad de imprentas comenzó a reactivarse y ampliarse después de Caseros.

En San Juan, otra provincia con temprano desarrollo periodístico dentro del Interior, la imprenta mantuvo actividades pero el periodismo también entra -como en Mendoza- en un cono de silencio, hasta que en mayo de 1852 aparece *El Hijo de Mayo*, nombre alusivo al primer periódico de la provincia, *El Defensor de la Carta de Mayo* (de 1825). En forma similar a Córdoba, tanto Mendoza como San Juan continuaron utilizando las respectivas imprentas estatales disponibles desde el período anterior, combinando salarios y subsidios para la producción de periódicos. Sólo después del período que estudiamos aparecerán talleres tipográficos de estructura empresarial privada sostenible (Lemos, 1888: 136; Gil, 1948: 173).

En San Luis el fenómeno fue similar pero más tardío y tenue en su producción: la primera imprenta fue introducida en 1847 por el comerciante norteamericano radicado en esa provincia, José Van Sice. Dos años después se conformó la Imprenta del Estado a partir del equipo de Van Sice, quien pasó a ser regente de la misma con sueldo del gobierno. En 1858, con vistas a la publicación del periódico *La Actualidad*, primero de San Luis, el Estado amplió y modernizó los equipos (Beltrán, 1943: 331; Galván Moreno, 1944: 408).

En Córdoba, el protagonista excluyente del mundo de la impresión fue la Imprenta de la Universidad puesta en marcha en diciembre de 1823. A pesar del impactante silencio periodístico producido durante el segundo gobierno de Rosas (con excepción de los años de combates político-militares de los años de la invasión y derrota de Lavalle, 1840-1842), la imprenta continuó activa a lo largo del período.

Después de Caseros, tan pronto quedó claro que el régimen de Rosas estaba destruido, un movimiento revolucionario depuso al gobierno e inició otro a cargo de Alejo del Carmen Guzmán (28 de abril), quien, casi de inmediato, dispuso utilizar la Imprenta de la Universidad para editar un periódico oficial, el primero de una larga lista de iniciativas estatales. A lo largo de la década, nuevas imprentas aparecerán a medida

que las diferencias al interior del gobierno federal -nacional y provincial- generen roces. De este modo, como sucedió con De la Barra en Rosario, una sucesión de acciones del Estado nacional, del provincial y de Urquiza con fondos de su bolsillo, aseguraron a Luis Cáceres su propia imprenta, la “3 de febrero”.

En Tucumán, continuó utilizándose la Imprenta del Gobierno, originada en la del Ejército del Norte que llevó Belgrano en 1817. Frente a su envejecimiento:

“...hacia 1854, ya estaba inservible; entonces el gobierno, con la ayuda nacional, adquiere una nueva importada de Valparaíso, y, con autorización de la legislatura, vende la vieja al gobierno de Santiago del Estero. Sobre el periódico, que en 1855 ya existió, dice el gobernador Del Campo en su Mensaje de fines de ese año: *El Argentino Independiente*, periódico fundado por empresa particular, ha recibido, no obstante, protección del gobierno, suministrándole la imprenta, el papel que había allí depositado y concurriendo con el sueldo que paga la provincia al impresor. En cambio, allí se registran los documentos oficiales, aunque según las necesidades del despacho. El periódico no es oficial ni órgano de las ideas del gobierno (...)” (Lizondo Borda, 1961: T. IX, 724).

Durante el resto del período confederal Tucumán continuará contando con dicha imprenta y sistema, y con un periódico sostenido por el gobierno (García Soriano, 1971).

En Santiago del Estero, como se desprende del párrafo anterior, la imprenta ingresa desde Tucumán, que se desprende de su antigua para adquirir una nueva. Es un sistema que, dadas las dificultades para acceder a tecnología más moderna, tanto por los límites económicos de Estados en regiones marginales como por los del mercado (no hay público lector para una producción mayor que la de una sencilla imprenta plana), se repite en varios momentos en el siglo XIX. En este caso, la vieja imprenta tucumana se encontraba en condiciones lamentables¹²²:

“Don Exequiel N. Paz, siendo ministro de gobierno de Santiago del Estero, fundó en setiembre de 1859 el primer periódico que allí se publicara, con el título antes mencionado. Hasta esa época no se había hecho antes publicación alguna impresa. En materia de útiles para imprimir, no había sino una pequeña imprenta que fue la misma que utilizó el general Belgrano en sus campañas de la guerra de la independencia. Era de madera y sus herrajes de acero, pero de un sistema antiquísimo, teniendo sus planchas y plato unas catorce pulgadas en cuadro. El señor Paz hizo construir una prensa de madera de algarrobo con el único aprendiz regular de carpintero que allí había, utilizando para la nueva máquina los herrajes de la expresada prensa del general Belgrano. La nueva prensa tenía una vara de largo por tres cuartas de ancho. Sólo había tipo para llenar poco más de un frente de pliego de papel oficio. El primer número fue publicado en papel de hacer cigarrillos, y habiéndose agotado pronto la existencia en plaza, fue necesario imprimirlo en papel de cartas que el ministro Paz había hecho llevar de Tucumán, porque no lo había en Santiago” (Zinny, 1868: 253).

¹²² La imprenta de los jesuitas cordobeses se recicla en la de los Niños Expósitos de la autoridad virreinal desde 1780, para ser entregada en donación en 1824 al gobierno de Salta, donde presta servicios hasta su desguace en 1867, aunque una parte sigue funcionando en el interior de la provincia. La Imprenta Federal de José Miguel Carrera comienza su labor en Montevideo, luego en Gualeguaychú y Paraná (1819), luego en el recorrido del ejército federal que triunfa en Cepeda (1820), luego es la imprenta de la República de Entre Ríos, siendo llevada a Corrientes, luego nuevamente a Paraná, heredada por el gobierno de Mansilla, utilizándola en Paraná y parte de ella en el Ejército Observador del Uruguay que recorre la costa este en 1822. Restos de esta imprenta son recuperados por el padre Francisco Castañeda y absorbidos por el gobierno de Santa Fe tras la Convención de 1828. La imprenta del Ejército Grande es llevada a Corrientes en 1852, etc.

En Catamarca, aprovechando el impulso al mejoramiento de imprentas y periódicos encarado por el Estado confederal en 1856, el gobierno impulsó una suscripción popular ese mismo año, con bonos desde medio real hasta cien pesos. La suscripción fue sumamente exitosa. “Monsieur Lucien, el librero, que a la sazón se hallaba en Catamarca, se encargó de costear una imprenta de París sin cobrar comisión, la cual puesta allí sólo costó 140 onzas de oro” (Zinny, 1868: 169). Al año siguiente, el gobierno logró la edición del primer periódico, *El Ambato*.

En Salta la primera imprenta es la que fuera de los Niños Expósitos en Buenos Aires, llevada por Ascasubi en 1824. La actividad periodística tendrá, como veremos, las mismas características ya observadas en otras provincias: producida por el ambiente de funcionarios estatales, tratando de demostrar el carácter no oficial de los periódicos y de empresa privada (en abril de 1855, *El Comercio* da pie de imprenta “Imprenta del Comercio”) en la gestión tipográfica (Cornejo, 1961: T. IX: 615-616; Solá, 1933)¹²³.

En Jujuy la imprenta ingresa en el marco del auge de 1856. Introducida por Escolástico Zegada, a la que accedió luego Macedonio Graz, tomó el nombre de Imprenta de la Provincia, con el formato ya notado en los demás casos del Interior: financiamiento, función y autoridad última estatal, intento de habilitar concesión privada y afirmación de independencia del redactor del periódico.

3.4.3.2. Periódicos

Si comparamos -en cualquier aspecto o dimensión cuantitativa de la prensa periódica- a Buenos Aires con otra provincia, las diferencias observadas son contundentes:

- * Buenos Aires posee periódicos impresos desde 1801, y en forma continua definitiva desde 1810. El Interior posee un boletín militar desde 1818, y su prensa periódica regular aparece en 1820, existiendo en forma continua definitiva recién desde 1842 en adelante.

- * En Buenos Aires la periodicidad diaria se logra desde 1823. En el Interior, tras un fallido conato en los años '20, la primera prensa diaria se logra después de Caseros en Mendoza, Gualeguaychú, Córdoba, Paraná y Rosario; la periodicidad asciende lentamente hasta llegar a salidas semanales, bi y trisemanales en el caso de las nuevas experiencias impulsadas por Urquiza. Pero en general la periodicidad solía ser quincenal o semanal, interrumpida por silencios más o menos prolongados.

- * Los títulos superan los 275 nombres en Buenos Aires, contra 165 en el Interior, en una comparación que debe considerar una mayor duración de los periódicos porteños (aunque no se alcanzó a elaborar promedios comparables en este trabajo). Dentro de este listado, la cantidad de periódicos con duración mayor a un año fue de 44 en Buenos Aires contra 16 en el Interior.

¹²³ Cfr. también Zinny (1868: 285); Beltrán, (1943: 327-328); Galván Moreno, (1944: 396); Auza (1978a: 13).

A su vez, los periódicos que superan los cuatro años de existencia continua son 14 en Buenos Aires (incluido el Registro Estadístico) y sólo 1 en el Interior. Esta última cifra podría elevarse a 3 si se considera la continuidad de los periódicos estatales con distintos mandantes y nombres en Corrientes y Santa Fe en la década de 1840, y hasta 4 si se considera el periódico de Gualeguaychú con sus cambios de nombre y una duración que alcanza los cuatro años después de 1852 (en 1853).

Puede observarse, por lo tanto, que la notoria diferencia se extrema a medida que se registra periódicos con mayor estabilidad. La relación es de 1 a 1,67 en la existencia de títulos, de 1 a 3,14 en existencia de periódicos con duración mayor a un año, y de 1 a 14,00 en experiencias mayores a cuatro años (recuérdese que si se extiende el criterio a periódicos con cambio de nombre, también se extenderá el número en Buenos Aires).

* En Buenos Aires se produce desde 1816, y sobre todo a partir de 1822, una notable apertura de distintos regímenes de propiedad: estatal, estatal “oculta”, faccional, privada, mixta. En el Interior, el régimen es de propiedad estatal, con breves excepciones en Mendoza y Córdoba en la década de 1820, y la innovación instaurada por Urquiza en 1849.

* Buenos Aires posee simultaneidad de periódicos en una misma ciudad desde 1815, en tanto en las provincias esto es efímero (Mendoza, 1822-24; Convención de 1828; Córdoba durante breves lapsos) o inexistente.

* La función de los periódicos presenta también diferencias: mientras en Buenos Aires el periódico se asocia al combate parlamentario desde los años '20, en el Interior esto no llega a desplegarse, ocupando la sección política una función más análoga a los modelos precedentes (el periódico como acción del Estado en apoyo a la acción diplomática exterior y a la orientación de la opinión en el propio territorio) que a los modelos que se observan como horizonte deseable. Debe tomarse en consideración, sin embargo, que la consolidación del segundo gobierno de Rosas generó, por la constricción de la actividad política que produjo, una mayor semejanza entre las prensas de ambas regiones, en parte porque es el mismo régimen de Rosas el que establece una estrategia de creación de periódicos en el Interior en la segunda mitad de la década de 1840.

* Buenos Aires mostraba, además, la densidad de su producción periodística en otros tipos de material que se hacían presentes en una escala muy superior a lo observable en el Interior. Mientras en Buenos Aires diez tipos de publicación periódica habían alcanzado regularidad, en el Interior su presencia era mucho menos desarrollada y en algunos casos, casi inexistente (Tabla 3.4.3., página siguiente).

Como pudo observarse en las tablas de los capítulos precedentes, en 1810 hay una provincia (y ciudad) con periódico (a la que puede agregarse Montevideo, todavía parte de la unidad estatal rioplatense). En 1820 ya son tres (más la efímera *Gaceta Federal* en Entre Ríos y Santa Fe), e 1830 son 4, en 1840 5 y en 1852 son 6 (Buenos Aires, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, Mendoza y San Juan). La comparación muestra hasta 1852 una diferencia significativa entre la intensidad y extensión temporal de la experiencia periodística en Buenos Aires, y su carácter incipiente y orientado por la actividad estatal y el uso militar en el Interior.

La expansión de periódicos durante la década 1852-62 tanto en Buenos Aires como en las provincias interiores no desdibuja esta diferencia: Buenos Aires cuenta con un despliegue de prensa regular, con múltiples protagonistas y tipos de periódicos, mientras que cada provincia se limita a poco más que un periódico oficial. Pero la diferencia en número de periódicos estables (con duración mayor a un año) no es ya tan abrumadora si se considera al conjunto de la Confederación en comparación con el Estado de Buenos Aires. En tal caso, las diferencias cuantitativas básicas (en cantidad de ejemplares, números, páginas, redactores e imprentas funcionando), ya no serán tan abismales, notándose en cambio la continuación de muy profundas diferencias en cuanto a los roles de los periodistas, la propiedad de las imprentas, los tópicos tratados y el modo de posicionarse el redactor. Una de las dimensiones en que se nota este cambio es en la cantidad de periódicos: resulta menos desigual (siempre contando el total de la Confederación). A medida que transcurre la década comienzan a insinuarse esbozos de prensa con características más modernas: imprentas privadas, debates sobre algunos temas, ampliación de la oferta de periódicos en una misma ciudad.

Periódicos en Buenos Aires

Buenos Aires logra una presencia regular de periódicos impresos desde comienzos de siglo. Despliega semanarios de perfil ilustrado, luego una gaceta oficial a lo largo de más de una década (1810-1821) e inicia la prensa política ya en la década de 1810, tanto por el procedimiento de diversificar los periódicos estatales (del gobierno de las Provincias Unidas, del Cabildo, de sucesivos Congresos) como de habilitar periódicos amparados en Sociedades.

La reorganización general de la provincia luego del colapso del aparato estatal de las Provincias Unidas en 1820 permitió encontrar una economía viable y un camino de modernización institucional, que se expresó en profundos cambios en el periodismo. Nace la separación entre la función de Boletín Oficial y la de periódico (1821), aún si ambas quedan a cargo del Estado, y aparece toda una nueva generación de periódicos. El de interés general, que combina las funciones de publicidad de los actos de gobierno, la de circulación de información mercantil y la de vehiculizar las esferas públicas política y literaria, se configura con fuerte protagonismo estatal desde comienzos de la década de 1820 con *El Argos de Buenos Aires* y *La Gaceta Mercantil*, mientras se manifiesta una fuerte diversificación de oferta que incluye desde periódicos de guerra ambulantes hasta almanaques, periódicos de tema especializado, en lengua extranjera, faccionales, satíricos, etc. Sucesivos retrocesos en la libertad de prensa producto de las guerras civiles no impiden a la ciudad avanzar hacia la posibilidad de un sistema de periódicos moderno, donde las insuficiencias del mercado y de la consolidación institucional del Estado parlamentarizado son suplidas, precisamente, por una política estatal que sustituye esas funciones con actos administrativos directos.

La *Gaceta Mercantil* es pionera de un recorrido notable de consolidación de periódicos en la ciudad. Tras un intento de inicio puramente mercantil, evoluciona -cambio de nombre mediante- hacia un periódico de interés general sostenido por el Estado, pero en busca de un sostén económico basado en la amplitud de la suscripción y los avisos. Su título simboliza la transición: es una gaceta (nombre característicamente estatal, proveniente del ciclo histórico anterior) pero no del Estado, sino mercantil¹²⁴. Su continuidad es notable: sólo cesa con la caída de Rosas, en febrero de 1852.

Otros periódicos significativos se agregan a este proceso de consolidación, como sucede con el *Diario de la Tarde* a partir de 1831. Hacia fines del período rosista Buenos Aires cuenta con tres diarios simultáneos, dos de ellos de muy larga duración, así como de un semanario en lengua inglesa consolidado.

Tabla 3.4.3. Tipos de periódicos desplegados

Tipo de periódico	Buenos Aires	Interior
Boletines oficiales de registro estatal separados de otras funciones periodísticas	1821 En la década de 1850 aparecen Registros Estadísticos.	Década de 1860 (Separación completa del periódico oficial en todas las provincias. La incorporación paulatina - con interrupciones- se inicia en la década de 1820). No hay registros estadísticos separados de los periódicos oficiales.
Periódicos políticos de contenido ensayístico-doctrinario	Década de 1810	Década de 1820 (Córdoba, Mendoza, San Juan, Tucumán y Salta)
Periódicos de combate retórico	Década de 1810	Década de 1820
Periódicos de interés general que imitan la prensa moderna europea de su tiempo	Década de 1820	Década de 1840
Revistas y periódicos con especialización (medicina, farmacia, temas económicos)	Década de 1800	Década de 1850
Periódicos de temas militares, con novedades técnicas, segmentados (con partituras para damas, por ejemplo)	Década de 1810	Década de 1810
Periódicos de guerra ambulantes	Década de 1810.	Década de 1820
Periódicos satíricos-burlescos	Década de 1820	Década de 1820
Anuarios, almanaques y guías de forasteros	Década de 1820	Década de 1850
Materiales organizados para el ambiente mercantil (excluyendo otros contenidos)	Década de 1820	Década de 1850
Periódicos para la comunidad extranjera	1826	No existe este tipo de periódico (excepto un caso excepcional en 1859)

Las imprentas cuentan con amplios campos de negocio particular y funcionan en tales actividades con amplia libertad, en tanto hacen negocio con periódicos sólo si se trata de discursos explícitamente integrados a la defensa irrestricta del gobierno, pero con amplias franjas de contenidos típicas del

¹²⁴ Los términos “mercantil”, “comercial”, “comercio” o “mercurio” proliferarán en Hispanoamérica en el siglo XIX como nombre de grandes diarios en manos privadas, algunos de los cuales existen hasta hoy como lo atestiguan grandes diarios sudamericanos de la costa del pacífico.

periodismo moderno: información mercantil, documentación oficial, avisos, folletines, variedades, literatura, divulgación, crítica de teatro, etc. Era el resultado paradójico de una fuerte restricción de las libertades políticas en forma simultánea a la construcción de cimientos sólidos para la existencia moderna de tales campos. Lo demuestra, entre otros, la rápida inserción y crecimiento de Benito Hortelano, quien obtiene empleo en la imprenta de Arzac apenas llegado a Buenos Aires en 1850, pasando después a ser socio en *El Agente Comercial del Plata*. No es, pues, sorprendente que sean precisamente los principales diarios del período rosista los que sienten las bases de la prensa más importante del período siguiente, después de Caseros, cuando queda constituida una esfera de lo público en sentido lato.

De *La Gaceta Mercantil*, cesada en el instante mismo de Caseros, nacería primero *El Progreso* (abril de 1852), un intento de formalizar un diario oficial que sufriría las consecuencias del aislamiento político del gobierno, y dando lugar en 1853 -por venta de los equipos y apoyo estatal a la conformación- al nacimiento de uno de los grandes diarios de la década y de toda la segunda mitad del siglo: *La Tribuna*, dirigida por Héctor y Mariano Varela como una empresa particular con intereses, contactos políticos y necesidad de subsidios estatales directos o indirectos, pero ya libre de la condición de empleo público.

Del *Diario de la Tarde* nacería el otro gran diario porteño del siguiente medio siglo: *El Nacional*, que habría de mantener por ello durante varios años la condición de periódico vespertino. Si al comienzo resulta imprescindible el aval del aparato estatal y de su jefe Urquiza, en breve plazo el diario se constituye en espacio de circulación de diferentes figuras del Partido Nacional, con una significativa autonomía respecto del Estado.

De *El Agente Comercial del Plata* nació *Los Debates*. El primero había nacido en junio de 1851, y había sido junto con el *Diario de Avisos* una demostración del desarrollo del mercado y de la presencia de actores en la imprenta y en la edición en busca de enriquecimiento, a pesar de la omnipresencia del Estado como fuente de recursos, demandante de discursos militantes o aún represor de la actividad, como sucede a este periódico en las jornadas de junio de 1852.

Los impresores, editores y redactores de estos periódicos poseen experiencia tipográfica y periodística, y habilidades propias de la modernidad: económicas (son hombres de empresa y comerciantes) y políticas (son en su mayor parte dirigentes de primera o segunda línea de la nueva elite en formación). A ellos se van agregando, como vimos antes, otros grupos interesados en la política y el periodismo, configurando así un espacio que ninguna otra ciudad del país pudo tener en esos años, con una gran cantidad de opciones y la configuración de tipos diferentes de objetos periodísticos: diarios “serios” conviviendo -en el sentido pleno de la palabra- en la misma ciudad, en los que circulaban los enfrentamientos y acuerdos faccionales; periódicos petardistas ejercitando el pasquinismo; diarios satírico-burlescos complementando a los anteriores; periódicos concentrados en la información comercial; revistas culturales y especializadas; periódicos de colectividades extranjeras.

Durante la decisiva década de separación del Estado de Buenos Aires, los diarios “serios” componen el espacio de la “República de la Opinión” y, por lo tanto, constituyen experiencias que -aun dependiendo del auxilio estatal o cuanto menos de facciones políticas organizadas- tienen crecientes posibilidades de auto-sostenimiento debido a la estabilización de un público lector de los equilibrios y desequilibrios políticos. En ellos y entre ellos circulan los líderes y cuadros de las facciones. Ejemplifican este grupo de periódicos:

1. *El Nacional*: diario que tiene edición diaria continua entre el 1° de mayo de 1852 y el 28 de agosto de 1893 (salvo el cese producto de las jornadas de junio de 1852 y en el momento más complicado del sitio de Lagos) y en el que, como hemos visto, circuló gran parte de la plana mayor del periodismo y la política de Buenos Aires en este período. A esta prolongada duración debe sumarse el hecho de que en más de un sentido, *El Nacional* continúa al *Diario de la Tarde*, fundado en 1831.

2. *La Tribuna*: diario que abreva en el diario gubernativo *El Progreso*, a quien reemplaza el 7 de agosto de 1853, y éste en *La Gaceta Mercantil* desde el 1° de abril de 1852, con el agregado de la ventajosa adquisición de la Imprenta Federal que Lagos debió abandonar tras la derrota del sitio. *La Tribuna* continuará en el mercado de diarios hasta 1884. La dirigían y redactaban los hermanos Héctor y Mariano Varela, con otros colaboradores. Puede decirse también que hereda las experiencias de *La Nueva Época* y de *El Guardia Nacional*, constituyéndose en un diario partidario, pero no en órgano oficial.

3. *La Nueva Época*: que redactaron Héctor Varela, Adolfo Alsina y Miguel Villegas, existió entre el 27 de marzo y el 23 de junio de 1852, cesando por decisión del gobierno que actuó en la fecha indicada contra todos los periódicos opositores.

4. *Los Debates*: diario de formato muy moderno (en presentación, secciones, estilo de redacción). Ejemplifica la asociación entre figuras con inquietudes empresariales (Hortelano) y políticas con experiencia empresarial (Mitre). Tenía una importante tirada, heredada del exitoso *Agente Comercial del Plata*, alcanzando, según Hortelano, los 2300 suscriptores. Fue cerrado el 23 de junio de 1852 por el gobierno, pero tanto Hortelano como Mitre continúan a lo largo de la década realizando negocios el primero, y experiencias políticas y periodísticas el segundo.

5. *El Guardia Nacional*: comenzó el 27 de setiembre de 1852. Tirado por la Imprenta de Arzac y redactado por Héctor Varela. El nombre no podría ser más claro: simboliza el instrumento y territorio por el cual la elite dirigente porteña recobra el control de la provincia y retiene el poder en la capital hasta la destrucción del sitio de Lagos en 1853 (Lettieri, 1998).

6. *El Orden*: redactado por Félix Frías y Luis L. Domínguez. Empezó el 15 de julio de 1855¹²⁵. Este periódico mantuvo una posición mucho más moderada que los mencionados respecto a las relaciones con la Confederación, y una organización moderna que incluyó la contratación de redactores formados para encargarse de los artículos de fondo, como fue el caso de Francisco Bilbao tras su llegada a Buenos Aires en 1857. Bilbao tomará una posición cada vez más proclive a la Confederación, pero no será este el motivo

¹²⁵ Frías había iniciado ya una experiencia político-periodística con *La Religión*, “periódico teológico-social”.

de su retiro del diario, sino un conflicto en torno a posiciones religiosas, pues Frías, propietario, era militante católico, en tanto Bilbao era racionalista, laicista y anticlerical y se negó a censurar sus artículos en cuanto a problemas de relación Iglesia-Estado e Iglesia-Sociedad, renunciando como redactor el 8 de septiembre de 1858, fecha en la que, por cierto, ha había entrado en contacto regular con Urquiza y Victorica.

7. *El Nacional de la Semana*: extensión del servicio de *El Nacional*, redactado por Sarmiento y Palemón Huergo desde el 5 de agosto de 1855. Era semanal, extractando los editoriales y material principal de *El Nacional* de la semana correspondientes.

8. *La Reforma Pacífica*: apareció el 1 de diciembre de 1856, como parte del proyecto político del grupo nucleado en torno a Nicolás Calvo, director y redactor del periódico. Al acercarse a las posiciones de Urquiza quedó fuera del campo de disenso posible dentro del sistema político y periodístico de Buenos Aires, dejando de aparecer el 31 de diciembre de 1857, tras una serie de terribles presiones económicas y policiales sobre Calvo. Reaparecida tras la victoria federal en Cepeda, debe cesar definitivamente a comienzos de 1861, cuando la guerra se acerca nuevamente.

9. *La Prensa*: redactada por Juan Francisco Monguillot por orden de Urquiza, entre mediados de 1857 y comienzos de 1858, este diario muestra que en Buenos Aires la esfera pública sólo vale para quienes integran alguna de las facciones porteñistas enfrentadas a la Confederación. Un diario urquicista, por el contrario, no tiene otro destino que el hostigamiento y cierre.

10. *Los Debates*: después de la experiencia de Hortelano y Mitre hubo un segundo *Los Debates* en 1853, que duró sólo un mes, tirado por Manuel Toro y Pareja sin permiso de los anteriores protagonistas. Mitre retoma el título en mayo de 1857, momento de agitación política previa a la elección de Valentín Alsina como gobernador. Este diario, que logra un nivel de contenidos, secciones, calidad tipográfica y formato de los más altos de la ciudad, dura hasta mediados de 1858, cuando Mitre se incorpore al gabinete de Alsina como ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores. *Los Debates* insiste en la cuestión de la centralidad de los avisos, tema en el que Mitre, conduciendo este diario, es pionero en la Argentina:

“Hasta entonces los periódicos se habían sostenido casi exclusivamente del importe de sus suscripciones (pues la venta callejera aún no existe), y de los ochenta mil pesos de entradas mensuales de “Los Debates” de 1852, sólo la octava parte provenía de los avisos. Mitre es el primer hombre en concebir en nuestro país a éstos como primordial fuente de ingresos (...) no vacila en publicar con sus iniciales, un llamado a los comerciantes para que se acostumbren a la publicidad de sus artículos, expresando que ‘es un hecho demostrado que el anuncio es el medio más poderoso de multiplicar las transacciones, y que todo dinero empleado en anuncios es como un capital puesto a interés que reditúa cuatro veces el interés corriente...’ termina elogiando la sección avisos de los diarios, pues equivale ‘a un bazar de feria, en que todo se encuentra, cruzándose la oferta y la demanda’” (Mitre, 1943: 131-132).

A esta lista debe agregarse la presencia de otros diarios y periódicos políticos de menor duración, la mayor parte de ellos más fuertemente comprometidos con un pendolismo más frontal. Vale mencionar, entre otros: *La Voz del Pueblo*, periódico en cuarto mayor (la mitad del pliego habitual), surgido el mismo día de la revolución del 11 de septiembre de 1852, para apoyarla; era un periódico circunstancial, no pensado para

vivir de suscripción ni avisos; *Los Debates*, redactado por Manuel Toro y Pareja entre setiembre y octubre de 1853; *El Pueblo*, que apareció entre de diciembre de 1853 y febrero de 1854, redactado por Saborido y Mármol; *El Pampero*, surgido también en diciembre de 1853 y de posturas septembristas radicales; *El Mercurio*, redactado por Luis Gonnet, entre octubre y diciembre de 1854; *El Plata*, también oficialista, aparecido en diciembre de 1854; *El Uruguay*, iniciado en agosto de 1855, redactado por Mármol y Miguel Valencia, opositor a Obligado; *La Espada de Lavalle*, otro periódico ultra-septembrista redactado por Manuel Rocha, Raimundo Arana y Mariano Pelliza. Apareció en diciembre de 1857 y desapareció tras la derrota de Cepeda en 1859, reapareciendo en 1860 como *La Bandera de Cepeda*; *El Comercio del Plata*, aparecido en octubre, donde se produce la famosa anécdota del cierre del diario por Mitre, ante un artículo violentamente antiurquicista redactado por Nicolás Avellaneda (Beltrán, 1943; Mitre, 1943: 137); *La Paz*, que fue el intento de Lucio V. Mansilla, entre noviembre de 1859 y febrero de 1860, por insertarse en el ambiente político porteño tras los acuerdos de San José de Flores, etc. Aparecieron muchos más, la mayor parte breves, pero sumando en total un espacio en que el porteño interesado en la lectura de materiales periodísticos podía siempre hallar oferta disponible sumándose a los diarios más importantes.

Buenos Aires mostraba, además, la densidad de su producción periodística en otros tipos de material que se hacían presentes en una escala muy superior a lo observable en la Confederación. Mencionaré, entre ellas:

A. Los periódicos satírico-burlescos: *El Padre Castañeda*, rebautizado *El Padre Castañeta* para evitar una impugnación de descendientes de dicho fraile, existió entre marzo y mayo de 1852, tirando 13 números. Se lo recuerda por su rol en la primera crisis del gobierno post-Rosas y porque sus protagonistas compusieron un importante núcleo generacional con influencia en las décadas siguientes. *La Avispa*, periódico con el que Hortelano y Toro y Pareja aprovecharon la oportunidad de la novedad y sorpresa de este tipo de discurso burlesco en una ciudad que había vivido muy constreñida en la expresión periodística por décadas. Surgió en marzo y fue cerrado junto con *El Padre Castañeta* y otro periódico del mismo género, cuyo nombre intentaba hacer referencia a los “toritos” de la década del 30, *El Torito Colorado*. *La Lanceta*, también de Toro y Pareja, que existió entre el 20 de abril y el 20 de agosto de 1853; *La Avispa en las prisiones*, también de Toro y Pareja en ese año; *Aniceto el Gallo*, surgido en mayo de 1853 de la pluma de Hilario Ascasubi, quien ganó tal fama con el personaje de Aniceto que llegó a ser conocido con tal nombre. *Aniceto* tuvo una segunda época en 1858, a lo que debe sumarse los múltiples panfletos surgidos de la filosa y mordaz pluma gauchesca de Ascasubi. Hubo otros periódicos satíricos, que se hicieron habituales en el período: *El Centinela* (octubre de 1853) favorable a Pastor Obligado; *El Diablo*; *El Duende*; *La Cencerrada*, bisemanario editado desde abril de 1855 en la Imprenta de Bernheim, continuada en agosto por El Hablador; *El Padre Cobos* (1856); *Telón Corrido* (1856); *El Charavi Porteño* (1857); *Fray Supino Claridades* (1858); *La Bruja* (1860); *El Enano* (1860); etc. El 2 de agosto de 1857 comenzó a circular *Don Quijote*, “semanario encantado de crítica y costumbres” que sería el paso fundacional de la prensa de caricatura costumbrista en Argentina.

B. La producción regular de material de registro estatal en paralelo a la producción periodística, y en algunos casos produciendo trabajos de agrupamiento, análisis y síntesis. Puede mencionarse, entre otros materiales, el *Registro Gubernativo*, el *Anuario de la Administración de Correos*, los *diarios de sesiones*, el *Registro Estadístico de Buenos Aires*.

C. Los anuarios, almanaques y guías de forasteros, que eran ya algo habitual: *Calendario*; *Almanaque Instructivo y Pintoresco*; *Almanaque Comercial y Guía de Forasteros*; *Calendario instructivo perpetuo*; etc.

D. Materiales organizados para el ambiente mercantil, excluyendo otros contenidos: *El Comercio*, *Boletín Comercial*; *El Industrial*; *Times argentino*.

E. Periódicos para la comunidad extranjera: *L'Echo du Commerce*, *La legione Agricola*, *L'Emigration*; *El Español* (julio de 1852) *El Correo Argentino* (en francés, 1852), *The Buenos Aires Herald*; *La Revista Española. Le Commerce* (1853), *El British Packet*, que reaparece en 1854; *Ahasverus*, en francés y castellano; *L'Unión*, 1855, *L'Internacional* también en 1855; *La Comunidad Extranjera* (publicaba causas y sentencias judiciales); *La Patria* (en italiano); *El Eco Español*; *The Standard and River Plate News* de Miguel C. Mulhall. Este último fue diario y, surgido en 1861, ganó estabilidad suficiente como para durar hasta mucho más allá del fin de siglo.

F. Revistas: El novedoso espacio de las revistas apunta en dos direcciones: articulación del campo intelectual construyendo sus tópicos fundamentales y autonomizándolo de las brutales lealtades de facción, y la formación de espacios especializados. Así, fueron surgiendo *La Revista del Plata*, redactada por Carlos E. Pellegrini, de setiembre de 1853 a diciembre de 1854, reapareciendo en 1861. Esta revista trató asuntos científicos y agrícola-ganaderos. Se presentó como “Publicación mensual consagrada al progreso material de los Estados del Plata” e innovó, entre otras cosas, en una sección regular con litografías y grabados. Pellegrini intentó postularse como legislador con apoyo urquicista, siendo inmediatamente vetado con la excusa de ser extranjero de nacimiento. *El Plata Científico y Literario*, de Miguel Navarro Viola, surgido en Julio de 1854, intentó muy sutilmente apuntar a la conformación de campo, por lo que se la considera antecedente directo de las experiencias dirigidas por Quesada en las décadas siguientes. Contó con la colaboración de Juan M. Gutiérrez, Cané, Vicente F. López, Federico Pinedo, Marcelino Ugarte y Barros Pazos. *La Revista del Nuevo Mundo* fue la primera experiencia de Francisco Bilbao al llegar al país en 1857, y apuntó también a la generación de un espacio de identidad y disenso al estilo de las revistas europeas más modernas. Entre las revistas orientadas a campos de especialización, surgieron varias que tuvieron una gran continuidad en el tiempo. En 1858 apareció *Anales de la Educación Común en la Argentina* que, dirigida primero por Domingo F. Sarmiento y más adelante por Juana Manso, duraría más de un siglo. También en 1858 apareció la *Revista Farmacéutica*, de la Asociación farmacéutica de Buenos Aires, que cesaría recién en 1904, y en 1859 *El Foro*, periódico jurídico, dirigido por Barros Pazos, Manuel Quintana y Luis Sáenz Peña. También aparecieron algunos ensayos de revista literaria, destacando en 1858 *La Guirnalda*, de

Santiago M. Estrada y Tomás Gutiérrez, y en 1859 el *Museo literario*, en el que colaboró Nicolás Avellaneda.

Vemos entonces que en la Buenos Aires de la década de 1850, la prensa moderna de diarios políticos, literarios y mercantiles, o de intereses generales, como solían incorporar junto al título, continuó su expansión iniciada en la etapa anterior, pero acentuando sus nuevos rasgos de asociación con los equilibrios de la lucha política parlamentarizada. La cantidad de diarios, salvo momentos de altísima tensión militar, no bajó nunca de dos, y tendió a estabilizarse en cuatro, con contenidos y secciones cada vez más amplios. Junto a ellos, se mantuvo una copiosa producción de periódicos políticos de mayor nivel de pendolismo, así como una presencia constante de hojas satírico-burlescas que sin dudas eran muy leídas, lo que se nota no sólo por los comentarios de sus protagonistas (como Hortelano) o de opiniones vertidas en diarios y periódicos “serios”, sino también por el hecho de que sobre el final de la etapa queda ya constituida una prensa mordaz de caricaturas regular, que atravesará toda la segunda mitad del siglo y dará lugar, más adelante, al espacio de la historieta nacional. Otro sector de la prensa que aporta novedades es el de las revistas. Las de espacios profesionales especializados comienzan a consolidarse ya en esta etapa (1858 en adelante), en tanto que las de formación del campo todavía no logran constituirse en referencia del mismo y estabilizarse, fundamentalmente porque la barrera de la facción sigue siendo aún muy alta. A estos tipos de prensa se agregan, como vimos, la orientada a comunidades extranjeras, que también da lugar en este período a experiencias duraderas como *The Standard* (aunque no novedosa, pues también abrevaba en sus antecedentes consolidados durante el rosismo), el registro estadístico, el material para el ambiente comercial y los anuarios y almanaques.

Periódicos en el Interior

Hemos observado hasta aquí que en el Interior se manifestaron oleadas muy definidas: una primera basada en el ingreso de columnas militares, una segunda sostenida en el esfuerzo estatal modernizador, una tercera basada en la necesidad de utilización de periódicos para la guerra civil y por último, el proyecto modernizador de la Confederación con capital en Paraná.

La primera oleada incluye las primeras imprentas llegadas al Interior como parte de ejércitos patriotas que las llevan a Mendoza y a Tucumán, o de ejércitos involucrados en las guerras civiles, que protagonizan su ingreso a la región Litoral, hechos que suceden entre 1817 y 1820. Esta práctica de ingreso de imprentas a regiones como parte del avance de columnas militares se mantiene a todo lo largo del período que hemos estudiado, constituyendo un tipo de periodismo particular.

La segunda oleada se inicia por influencia del proyecto modernizador de la “feliz experiencia” rivadaviana en Buenos Aires, ya sea por afinidad -gobiernos que imitan al de Buenos Aires, con ayuda de éste- como sucede en los casos de Mendoza, San Juan y Salta, ya por reacción, como sucede en los casos de Córdoba, Corrientes y Santa Fe, o por aprovechamiento de una imprenta militar abandonada como sucede con su uso por el gobierno de Tucumán. Se trata de experiencias estatales, más allá de los

deseos de gobiernos como el de Mendoza, que intenta fomentar el protagonismo de Asociaciones. Un segundo momento de esta oleada se produce en el Litoral en coincidencia con consolidación del poder de Urquiza a fines de la década de 1840. Este momento se expresa tanto en Santa Fe a partir de 1847 como en Entre Ríos a partir de 1848, y en forma efímera, en Mendoza y Tucumán.

La tercera oleada posee los mismos protagonistas que las anteriores (Estado, ejércitos, facciones armadas en acción) y se superpone cronológicamente con las anteriores, aunque su principal auge se manifiesta a partir de la guerra generalizada que se desata a mediados de la década de 1820, y sobre todo durante los grandes enfrentamientos ligados a la Liga del Interior (1829-31) y a la gran invasión de Lavalle, La Madrid y Paz (1840-42).

La cuarta oleada, finalmente, conforma el amplio proyecto de modernización de la prensa por parte del Estado durante la década confederal con capital en Paraná. Durante la misma el Estado busca reducir la presencia de formas propias del pendolismo de guerra, para promover en cambio una modernización generalizada de contenidos y secciones, de ciudades con imprenta y periódico y de calidad de los impresos. La extensión de ciudades con imprenta y periódico es notable, la modernización de contenidos también. Pero la declarada intención de demostrar desde el Estado confederal que se podía contar con una prensa en manos particulares, libre e independiente del Estado no pudo llevarse a cabo. La modernización fue protagonismo exclusivo del Estado, que por un lado no pudo sostener como normal el libre debate de la prensa (aunque sí lo habilitó por períodos breves en algunas ciudades), por otro, a utilizó ampliamente como vehículo de propaganda de sus puntos de vista en el conflicto con Buenos Aires, de diplomacia y promoción del potencial económico de las regiones y como articulador las políticas de los gobiernos nacional y provinciales. Por último, no logró contar con actores empresariales que tomaran a su cargo la edición particular de periódicos.

Al igual que en Buenos Aires, el proceso político y los cambios económicos que suceden en la década de 1850 se expresan en cambios en la prensa. Pero mientras en Buenos Aires estos cambios llevan hacia una esfera pública consolidada y a una diversificación de estrategias de negocio particular, en la Confederación se asiste a una amplia modernización de la prensa estatal, considerada parte orgánica del Estado y sus obligaciones de publicidad, información, promoción hacia el exterior, educación y control de los conflictos faccionales. De todos modos, el impacto de esta modernización es contundente, como lo muestra un listado sintético de experiencias:

a) A comienzos de la etapa (1852):

En Paraná: *El Iris Argentino*, perteneciente al Estado. En Concepción del Uruguay, *La Regeneración*, perteneciente al Estado. En Gualeguaychú, *El Federal Entre Riano*, editado por la Imprenta de los De María, por orden de Urquiza. En Corrientes, *La Organización Nacional*, perteneciente al Estado provincial. En Santa Fe y Rosario no hay periódicos, pero lo habrá en breve, impresos por el gobierno en Santa Fe, y por el Estado confederal y Urquiza personalmente, según el momento, en Rosario, y a partir de 1856 en Santa Fe Capital. En Córdoba tampoco, pero en breve el Estado instalará uno, que junto a sus continuadores

hegemonizará la prensa local hasta la caída de la Confederación, aunque habrá también otras experiencias de clubes políticos y fracciones parlamentarias, aunque breves. En Mendoza y San Juan se ha producido un silencio, pero en breve habrá prensa, también impulsada por el Estado, que originará después una prensa particular. En Salta y Tucumán no hay periódicos, pero los hubo anteriormente exclusivamente estatales, y volverá a haberlos en esta década en forma más regular, también originados por el Estado. San Luis, Catamarca, Santiago del Estero y Jujuy nunca hubo periódicos, pero los habrá en el período, a partir de 1856, dirigidos por el Estado.

b) Al final de la etapa (1861):

Existe ya una simultaneidad limitada de periódicos en Córdoba, Mendoza y San Juan, y han aparecido periódicos estatales y únicos en Catamarca, San Luis, Jujuy y Santiago del Estero. En Paraná, dos periódicos, una revista cultural y un boletín oficial, financiados por distintas fracciones del Estado confederal. En Concepción del Uruguay existe *El Uruguay*, propiedad de la familia de Urquiza. En Gualeguaychú existen dos periódicos; uno favorable al partido federal, con apoyo económico de Urquiza, y otro liberal, con apoyo económico desde Buenos Aires. También ha aparecido un periódico en Concordia, con financiamiento de Urquiza y del Estado. En Corrientes continúa habiendo un periódico del Estado, pero ahora disputando espacios con un periódico liberal tirado en una imprenta particular. En Santa Fe el gobierno ha sostenido un periódico intermitentemente a lo largo de la década. En Rosario continúa existiendo La Confederación, como parte de la acción del Estado confederal, pero la cantidad de periódicos (uno de ellos diario) ha llegado a tres, existiendo en ese momento tres talleres tipográficos completos en la ciudad, lo que muestra el grado de desarrollo de la misma a partir de la Ley de derechos diferenciales.

A lo largo de esta decisiva década, en el Interior permanece, por un lado, el protagonismo estatal, y por otro, la práctica de considerar positivo el cambio de nombre del periódico como parte de su reafirmación identitaria, a la inversa de lo que sucede con las marcas comerciales bajo reglas de mercado, donde la continuidad marcaría es decisiva. De allí que, si el listado de catálogo de títulos en la Confederación muestra un número algo más bajo que en Buenos Aires, el listado real de experiencias muestra que esa diferencia es aún mayor.

Tomando en consideración la principal provincia argentina de la Confederación, Entre Ríos¹²⁶, podemos comparar esos dos listados. Si siguiésemos el criterio clasificatorio “catalográfico” -que confunde listados de títulos con listados de experiencias periodísticas- deberíamos hablar de una treintena de experiencias:

En Paraná: *El Federal Entre Riano, El Iris Argentino, Boletín del Ejército Aliado, La Voz del Pueblo, El Nacional Argentino, Boletín Oficial, El Correo Argentino, La Revista del Paraná, La Soberanía del Pueblo, La Luz, El Paraná, La Patria Argentina.*

En Concepción del Uruguay: *El Porvenir de Entre Ríos, La Regeneración, El Uruguay, La Chispa. El Diario de la Tarde.*

¹²⁶ Entre Ríos es el territorio nacional federalizado durante la presidencia de Urquiza (1854-60) y Paraná en particular es Capital de la Confederación (1852-61). Entre Ríos es el principal aportante fiscal de la Confederación (con la mitad del aporte total) mientras que en términos demográficos es la segunda provincia más poblada, apenas detrás de Córdoba.

En Gualeguaychú: *El Progreso de Entre Ríos, El Camuati, El Federal Entre Riano, El Eco del Litoral, El Mercantil, La Época, El Duende, L'Italia, La Esperanza de Entre Ríos, El Boletín Comercial, El Eco de Entre Ríos, El Pueblo.*

En Concordia: *El Progresista, El Comercio.*

Pero reconociendo que en la época el cambio de nombre era una práctica habitual que no modificaba en profundidad la continuidad de una experiencia, este listado puede recomponerse del modo siguiente:

1. **El periódico del Estado en Paraná** hasta setiembre de 1860, con cuatro nombres consecutivos: *El Federal Entre Riano* (1842-1851), *El Iris Argentino* (1851-1852), *La Voz del Pueblo* (1852), *El Nacional Argentino* (1852-1860).
2. **El periódico urquicista de Concepción del Uruguay**, con cinco nombres consecutivos. *El Porvenir de Entre Ríos* (1850), *La Regeneración* (1850-1852), *El Uruguay / El Diario de la Tarde / El Uruguay* (1855-1870).
3. **El periódico urquicista de Gualeguaychú**, a cargo de Isidoro de María, con cinco nombres consecutivos, y de su hijo Alcides con uno: *El Progreso de Entre Ríos* (1849-1851), *El Federal Entre Riano* 1851-1852), *El Eco del Litoral* (1852-1856), *El Mercantil* (1856-1858), *La Época* (1858-1859), *El Pueblo* (1861-1862), *El Pueblo Entre Riano* (1862-1867).
4. **El periódico urquicista de Concordia**, a cargo de Luis Rebuelta a partir de 1858, con dos nombres consecutivos: *El Progresista* (1858), *El Comercio* (1859).
5. **El Periódico liberal de Gualeguaychú**, con cuatro nombres consecutivos, uno de ellos reducido a Boletín Comercial, cuando resultó imposible mantener contenidos políticos en tiempos de guerra, en 1859: *La Esperanza de Entre Ríos* (1858-1859), *El Boletín Comercial* (1859-1860), *El Eco de Entre Ríos* (1860-1863), *La Democracia* (1863-1867).
6. **Dos pasquines satírico-burlescos, uno desde Gualeguaychú y el otro desde Uruguay**, elaborados para combatir a los liberales, asociados a las respectivas imprentas que editaban los periódicos urquicistas en ambas ciudades, en 1858: *La Chispa* (1858), *El Duende* (1858).
7. **Tres periódicos en los que se separa la actividad periodística del Estado nacional en 1860-61:** el *Boletín Oficial* (octubre de 1860 a diciembre de 1861), el periódico *El Paraná* (mayo a octubre de 1861), y la *Revista del Paraná* (febrero a septiembre de 1861).
8. **Tres periódicos no estatales (pero sí de la más poderosa facción en el Estado), editados consecutivamente durante la fractura del poder en la Confederación, durante 1861.** Al menos dos de ellos son consecutivos, no simultáneos: *El Correo Argentino* (septiembre de 1860 a febrero de 1861), *La Luz* (marzo a ¿? De 1861), *La Soberanía del Pueblo* (sucesor de *La Luz*, hasta octubre de 1861).
9. **Un título italiano, efímero**, surgido de la prensa de De María, en 1859: *L'Italia*, y otro también efímero, producto de la huida de Evaristo Carriego desde Santa Fe frente al avance de las tropas mitristas, llevando su periódico *-La Patria Argentina (1861)-* a Paraná, donde cae en la clausura general de periódicos

que el gobierno Confederal realiza como uno de sus últimos desesperados actos, el 14 de octubre de 1861, a un mes de la derrota de Pavón y cuando sólo quedan al Estado confederal dos meses de vida.

Lo que equivale a decir: las tres experiencias más largas e importantes son una estatal y dos simbióticas, una en cada una de las principales ciudades. En 1858 se agrega la prensa opositora (con limitaciones) en Gualeguaychú, y una nueva oferta simbiótica en Concordia. En Paraná, por último, la división del liderazgo confederal en las negociaciones con Buenos Aires en 1860 produce la caída del periódico estatal, remplazado primero, ya en 1861, por una homología del viejo esquema rivadaviano de 1822 (un Boletín Oficial, un periódico favorable pero “privado”, una revista intelectual y de impulso al progreso), y luego ese mismo año, por un breve momento de existencia de títulos no oficiales, expresando la fractura de la autoridad estatal, ante los cuales, como último intento de restaurar la unidad, el presidente clausura todos los periódicos el 14 de octubre¹²⁷.

En el resto de las provincias las diferencias de volumen son notables, pero sus características son semejantes. Entre Ríos posee un diario nacional (*El Nacional Argentino*), periódicos en tres ciudades, una regularidad envidiable (llega a los tres diarios), distintos tipos de propiedad, amplia variedad de contenidos, una revista intelectual, etc. El resto de las provincias de la Confederación no se aproximan a estos valores, pero el protagonista principal y la función asignada son los mismos.

En Corrientes, en 1848, tras la asunción de Virasoro, el periódico del Estado cambió una vez más de nombre, llamándose ahora *Corrientes Confederada*, hasta cesar una vez concluidos los acuerdos de paz y pacificada la provincia. Tras un período de silencio, se reinicia tras el Pronunciamiento de Urquiza con el título de *La Organización Nacional*. Constituida la Confederación con capital en Paraná, Corrientes recibe la imprenta que fuera de Bernheim, puesta a cargo de Pablo Coni. De sus prensas salió el periódico estatal, que cambió de nombre varias veces: *La Libre Navegación de los Ríos*, *El Comercio*, *La Opinión*, siguiendo una línea notable de cambios casi simultáneos en territorio confederal¹²⁸. De este modo, Corrientes muestra

¹²⁷ La simultaneidad de dos periódicos durante 1860 y 1861 en Paraná fue efímera: una primera de 40 días, en los cuales se enfrentaron *El Nacional Argentino* en manos del presidente Derqui, y *El Correo Argentino*, verdadero sucesor de *El Nacional Argentino*, pues seguía la política de Urquiza, era pagado por éste y lo redactaba Juan Francisco Seguí, recién salido de *El Nacional Argentino*. Una segunda fue la fractura del gobierno nacional y el poder cada vez mayor de Urquiza sobre él y/o contra él, así como el posterior vacío de poder a partir de Pavón, hechos que generaron un período de simultaneidad de tres periódicos entre mayo y octubre de ese mismo año, fecha en que se clausuraron todas las publicaciones políticas.

¹²⁸ Nombres combatientes durante la campaña de Caseros (*Corrientes Confederada*, *Boletín del Ejército*, *La Regeneración*, *El Federal Entre Riano*), nombres asertivos durante los primeros años confederales (*La Libre Navegación*, *El Nacional Argentino*, *El Fusionista*, *el Telégrafo*, *El Eco del Litoral*, *La Confederación*, etc.), nombres propios de la prensa particular durante las campañas electorales de 1856 y la estrategia de demostrar viabilidad económica de la Confederación: *El Comercio* (Rosario, Corrientes, Salta, Concordia), *El Mercantil* (Gualeguaychú), *El Imparcial* (Córdoba), etc., nombres nuevamente afirmativos de posición hacia 1858: *La Época*, *La Libertad en el Orden*, *La Opinión*, *el Guardia Nacional*, *La Actualidad*, *El Bermejo* (por el programa de lograr navegabilidad), títulos confraternizadores en 1860 (*La Unión Argentina en Corrientes*, *La Fraternidad*, *La Confraternidad*, etc.) y nuevamente combativos en 1861 (*La Voz del Pueblo*, *La Soberanía del Pueblo*). Estos cambios de nombres (o agregados de publicaciones nuevas) presentan tal simultaneidad que refuerzan las hipótesis relativas a una autoridad común y simultánea estatal que fija las líneas directrices de cambio. En el caso de Corrientes el cambio orientado a lo comercial fue anterior: el primer número de *El Comercio* se publicó el 5 de enero de 1854. El motivo fue el cambio de relación contractual, pues Coni había solicitado que se le concediese la imprenta en arriendo para proveer servicios al Estado y reservarse otros a particulares. El cambio favoreció económicamente a Coni, pero no cambió el carácter estatal del periódico ni la dependencia de Coni respecto de los encargos del gobierno. En este tramo de empresa particular, Coni logró mejorar aún más la calidad de su imprenta, alcanzando el honor de imprimir la primera plancha de timbres oficiales en el país (1856), así como de elevar la calidad del periódico (en formato, impresión y contenidos), a la altura de los porteños. Además, Coni se ocupó del *Registro Oficial*.

un periodismo exclusivamente estatal y en sintonía con las funciones asignadas por el Estado, hasta que, en las postrimerías del período, aparece un periódico liberal opositor.

En Santa Fe y a pesar del auge periodístico de 1847-51 a cargo del Estado y con apoyo de Rosas, Santa Fe no tiene periódicos hasta 1856, a excepción de *La Voz de la Nación Argentina* (enero a abril de 1853) que es, por cierto, órgano del gobierno nacional y Congreso Constituyente. En 1856 el gobierno (a través del ministro de Gobierno Juan Francisco Seguí) impulsa el periódico *El Chaco*, desde el cual sostiene la política de la Confederación y promueve la navegación de los afluentes del Paraná como sistema de transporte integrador del país. A tono con la etapa de profundización de la opinión contra Buenos Aires, en 1858 se tituló al nuevo bisemanario *El Pueblo*. Cesado éste y retirado Seguí de su cargo de ministro tras el fin del gobierno de López, y trasladado a Paraná para hacerse cargo de la redacción de *El Nacional Argentino*, el gobernador Rosendo Fraga convocó al joven Olegario Víctor Andrade, quien con cargo de maestro y con la imprenta en préstamo por un año (a cambio de la publicación de los documentos oficiales), publicó y redactó *El Patriota*, ente noviembre de 1858 y diciembre de 1860, cuando la salida de Fraga del gobierno significó a Andrade la pérdida de sus empleos en la provincia. Desde entonces y hasta la intervención mitrista, la ciudad no tendría periódico. Su caso típico es, pues, el periódico de Estado.

En Rosario el gran pionero fue el periódico *La Confederación*, instalado en 1854 por Federico de la Barra con sostén, en distintos momentos, del Estado y del propio Urquiza en forma personal. Hacia fines de la década se alcanzará la periodicidad diaria y la simultaneidad, aunque con dificultades en su duración, a partir de la división del partido federal con vistas a las elecciones santafesinas de 1860. Con *La Confederación*, el gobierno de Urquiza primero y de Derqui después combatieron a sus adversarios porteños, con eficacia suficiente en su distribución hacia el norte de Buenos Aires como para que los porteños instalasen en 1857 un periódico pro-liberal en San Nicolás de los Arroyos. De la Barra logró, además de cumplir los requerimientos del puesto ocupado (defender al gobierno), articular algunos espacios de prensa más modernos y ocuparse de asuntos de interés exclusivamente local en una ciudad en crecimiento. Esto le permitió lograr una continuidad menos apretada, aunque continuó dependiendo del subsidio estatal o personal de Urquiza (Auza, 1978a, De Marco, 1969, Beltrán, 1943).

En 1856, el impresor Eudoro Carrasco, tipógrafo con gran experiencia proveniente de Buenos Aires, con la colaboración de Manuel José Olascoaga, inició la publicación de un periódico auspiciado por el gobernador de la provincia José María Cullen, cuyo primer número se tiró en junio de ese año. El nombre se correspondió con los rebautizos de ese año en Corrientes, Gualeguaychú, San Juan y Mendoza: *El Comercio*. La imprenta pudo estabilizarse comercialmente. Pero el periódico dependía, como todos los demás, del gobierno. Y al caer Cullen ese año por la revolución de Juan Pablo López, desapareció de inmediato, a comienzos de agosto (Fischer, 1969: 40).

Entre enero y mayo de 1859 apareció un nuevo semanario de características algo distintas: *El Comercio de Rosario*, en el que se asociaron Evaristo Carriego (redactor), Pompeyo Pizarro (editor propietario) y Eudoro Carrasco (dueño de la Imprenta del Comercio). La excepción que confirma la regla fue el caso de *El*

Litoral, aparecido también en enero de 1859. Redactado por Pedro Nicolovich, fue trisemanal, de tendencia liberal. Cesó en abril, pues Nicolovich, el redactor, fue preso. Tras la batalla de Cepeda y los acuerdos de San José de Flores, Evaristo Carriego se asoció con Juan F. Monguillot para instalar una nueva imprenta en Rosario y fundar el periódico *El Progreso*, que apareció en marzo de 1860, con Pompeyo Pizarro como editor propietario. Fue trisemanario hasta enero de 1861, cuando pasó a ser diario. Así, en los últimos dos años de existencia de la Confederación, Rosario llegó a tener dos periódicos, ambos partidarios del federalismo aunque enfrentados de acuerdo con las tendencias en que se había fracturado la autoridad confederal: De la Barra quedó con Derqui, Carriego, aunque pronto rompería lanzas, estuvo decididamente por Urquiza, al punto de denunciar en un artículo a De la Barra por recibir subsidios del Estado. Ambos pagaron las consecuencias de la división: tras Pavón y la invasión mitrista a Santa Fe, debieron abandonar la provincia. Carriego volvió a Entre Ríos, y De la Barra partió al exilio.

En Mendoza, en 1849, apareció otro periódico estatal -*La Ilustración*- redactado por Bernardo de Irigoyen, secretario de Baldomero García, quien era ministro argentino ante el gobierno de Chile. Irigoyen se encargó de rebatir la prédica del periodismo chileno de ese momento, que estimulaban los posibles reclamos de ese país sobre la Patagonia argentina. Esta experiencia permitió dar continuidad al periodismo estatal local con *La Gaceta Mercantil de Cuyo* (1849), *El Federal* (1851), y finalmente, en 1852, *El Nuevo Eco de los Andes* y *El Constitucional*. Este último mostraba un fenómeno similar al observable en Paraná y Corrientes: sin dejar -a su pesar- de ser experiencias estatales, sí lograron comenzar a agrupar colaboraciones de la elite intelectual agrupada como parte del funcionariado político, pero que podía así comenzar a ejercitar la publicación de sus producciones (textos políticos y jurídicos, ensayos, estudios geográficos, históricos y científicos, relatos, poesías, etc. En el caso de *El Constitucional*, era dirigido por Damián Hudson y Alejandro Carrasco, ambos de destacada trayectoria, y el primero de ellos colaborador, años más tarde, de la *Revista del Paraná*.

En San Juan, tras un largo interregno sin periódicos aparece en mayo de 1852 *El Hijo de Mayo*, nombre alusivo al primer periódico de la provincia, *El Defensor de la Carta de Mayo* (de 1825). Lo redactaba Guillermo Rawson, también funcionario. Le siguió, en agosto, *La Libertad*.

En Córdoba, *La Opinión*, *El Fusionista*, *El Telégrafo*, *El Club Constitucional* y *El Orden* fueron los primeros títulos en la primera etapa de consolidación confederal (1852-54), impulsados por el Estado y a cargo de jóvenes empleados de gobierno como Juan Piñero o Eusebio Ocampo, en tanto que *El Diario* y *El Imparcial* (1855-1861) marcan un punto de inflexión en la política del Estado, al abrir la simultaneidad de periódicos de fracciones del gobierno enfrentadas y elevar ambas publicaciones a diario, combinando además distintos modos de propiedad de imprenta y periódico en relación con el Estado: voz oficial, no oficial pero a cargo del Estado, concesionarlo a una empresa *sui generis*, nueva estatización, periódico “imparcial”, beligerante, moderado, esfuerzo modernizador de calidad tipográfica, secciones y estilo que intentan los otros grandes periódicos confederales. Se agregan en esta mitad de década una estabilización del boletín oficial (ampliado, como en otras provincias) bajo el título de *El Estado*, y surge como en Buenos

Aires una prensa católica: *La Bandera Católica*, *El Católico*. Los ciclos políticos también replican lo observado en el Litoral: nombres de tono moderno en el ciclo abierto en 1856 (*Orden y Progreso*, *La Sociedad*, *El Diario*), nombres orientativos de la opinión al quebrarse los acuerdos de Statu Quo (*La Linterna*, *La Verdad*, *El Fiel Social*), satíricos en las cercanías de campañas militares (*El Rayo*, *El Rayo Chiquito*), nombres militantes asociados a la voz “pueblo” y a la juventud en el último tramo confederal (*La Voz del Pueblo*, *El Pueblo Soberano*, *El Eco de la Juventud*, y nombres proclives al liberalismo luego del desenlace de Pavón (*La Libertad*, *El Eco Libre*, *Causa Nacional*, *El Eco de Córdoba*, *La Unión Argentina*, *El Hijo de Mayo*), a lo que se agregan los primeros títulos literarios (*Brisas*).

En Jujuy, desde el 6 de setiembre de 1856 se editó *El Orden*, a cargo, como vimos en el ítem correspondiente, de Macedonio Graz, quien dio al taller el nombre algo pomposo de “Imprenta Graz y Cía.”, para un taller cuya capacidad de superficie impresa era en cuarto y no superaba una actual hoja oficio (Vergara, 1961: 706)¹²⁹. Este periódico tuvo varios períodos de cese y resurrección -destierro de Graz incluido- debido precisamente a los problemas de relación entre la función estatal y la autonomía que intentaba decretarse como necesaria.

Contenidos, lenguajes, estilos

Los contenidos de los periódicos de esta época abarcan un campo temático acotable y clasificable por secciones definidas, heredadas de la tradición intelectual de la modernidad europea: la ilustración, las ideas de la democracia, las garantías individuales, la libertad y derechos ciudadanos, el progreso material y cultural, el desarrollo de la agricultura, industria y comercio, el acceso del pueblo a la educación y al ejercicio de sus derechos, etc., en oposición al despotismo, el atraso material, institucional y cultural. Lleva además esta tradición los valores de la acción política como un derecho universal y el ejercicio de los derechos universales como un deber. Otra de sus características es su profundo universalismo: las ideas que se defienden valen para todo tiempo y lugar. La irrupción del romanticismo fortalece la autopercepción del sentido misional del periodista -liberador, educador, progresista- capaz de arriesgar su seguridad y vida en pos de los ideales.

Si al principio las novedades pasan por incorporar las nociones de libertad de prensa, iniciar un giro copernicano en la noción de *opinión* y abrir el campo periodístico a algunas características del modelo británico (emisor que se declara independiente del Estado, habilitación de la crítica al mismo), en las décadas siguientes se configura un esfuerzo de imitación del conjunto de servicios que provee el periodismo occidental moderno: publicar los actos de gobierno, argumentar en el campo de la política, proveer información económica, difundir la cultura letrada y la literatura, las ciencias y las buenas prácticas de urbanidad, habilitar la circulación de avisos, así como de remitidos y facilitar la difusión del libro. Paradójicamente, a medida que se avanza en las décadas de 1830 y 1840, tanto en Buenos Aires como en el Interior contrastan la creciente uniformidad política y a prohibición del disenso con la creciente diversidad

¹²⁹ Cfr. también Galván Moreno (1944: 372-373); Auza (1978a: 12) Beltrán (1943: 320-321); Zinny (1868: 289).

de contenidos modernos que -a excepción de los prohibidos de hecho- se acercan a su modelo europeo de referencia. Así, en Entre Ríos se lee a Dumas en 1847, en Corrientes se agrupa información comercial actualizada en plena guerra, en Santa Fe se leen ensayos pedagógicos y en Buenos Aires se lee tanta información extranjera como puede hallarse en un diario parisino.

La *Gaceta de Buenos Aires* y otros periódicos del período 1810-1820 siguen el modelo de las viejas gacetas, absorbiendo en el curso de la década -en forma *sui generis*- las transformaciones propias del fin del Estado absolutista español y la tendencia hacia el Estado parlamentario; otros de la misma época -como el intento de Pazos Kanki con *La Crónica*, o el breve *El Independiente*- apelan por oposición al modelo de Addison (el clásico británico: formato columna, tamaño sábana, tópicos burgueses), muy adecuado, además, para quien busca criticar los excesos políticos y literarios de los seguidores de Rousseau y Marat sin renunciar a la búsqueda de un régimen parlamentario de gobierno, en una modelización que propone la moderación, la integración de la elite emergente aprendiendo y resignificando los modos culturales y sociales de la anterior. La prensa posterior a 1840, época en que Rosas ha asumido la creciente importancia de la prensa moderna en la vida política, tiende en cambio a tomar, entre otras cosas por su más frecuente e inmediata relación con periódicos europeos, el modelo más moderno: atravesado por la ilustración pero cada vez más con componentes fuertemente románticos, con una construcción del discurso que busca mostrar cada vez mayor objetividad y sutileza, pues no sólo es esto visto como un ideal de madurez y racionalidad, sino porque todavía los espacios garantidos de disenso son bastante acotados y en peligro. De estos periódicos también proviene la agenda de temas, y en la gran mayoría de los casos también su modo de tratamiento, como se resume a continuación.

1. En primer lugar, la labor de **publicidad**¹³⁰ **de los actos de gobierno**, es decir, la transcripción de los documentos oficiales, leyes, decretos, declaraciones, tratados, etc. se mantiene muchos años después de puestos en marcha los *Registros Oficiales*. Los periódicos dedican en ocasiones más de un tercio del contenido de un número a estas transcripciones, generándose con ello una de las vías legales de acceso al subsidio estatal, y también a los favoritismos del Estado, que decide a qué periódicos le abona un canon por esta publicación.

Este trabajo es considerado por la prensa como un derecho y un deber fundamental, pues es constitutivo del nacimiento de la política: permite incorporar el paradigma democrático de la burguesía de que el Estado y gobierno se deben a la soberanía popular y la representan, y como consecuencia de ello, dar nacimiento a su aplicación práctica: la liquidación de la posibilidad de arbitrariedad del Estado frente a los sujetos, y el derecho y libertad de crítica de las acciones del gobierno. Permite por ello reformular la concepción de lo que son asuntos públicos y privados en relación con los alcances del Estado: todo lo que el Estado hace debe publicarse pues necesariamente es algo que interesa a todos, en tanto lo privado no debe publicarse, pues está fuera de la esfera del alcance del Estado y es algo que se hace presente sólo como parte de una

¹³⁰ En el sentido que le da Habermas (1995: 9): "Öffentlichkeit", traducible literalmente como publicidad por su origen latino (Publitzität, publicité), se traduce conceptualmente como "vida social pública"; la acción de "dar a publicidad", como publicar por la prensa, poner la información sobre los actos de gobierno a disposición de la esfera social pública.

explícita convención de constituirlo en públicamente compartible (como puede ser la literatura, o la información comercial). De allí que los “brulotes” conteniendo la puesta en público de asuntos privados (relaciones de pareja ilícitas, problemas de salud humillantes, etc.) sólo circulaban en la prensa satírica anónima, pues su incorporación a un periódico serio podía acarrear no sólo juicios de imprenta o clausuras por el Poder Ejecutivo, sino la pérdida de suscriptores.

En la Europa occidental de los siglos XVIII y XIX, la publicidad nace como espacio que se le arranca al Estado: legalidad de esta publicidad, gracias a la lucha entre el parlamento y el Rey en Inglaterra. Simultáneamente, los sectores más liberales (*Whigs*) encuentran en esta publicidad la brecha de la crítica. Con la consolidación de la política burguesa en el Estado, esta actividad se transforma en *funcional al Estado* (aunque no siempre a los gobiernos concretos, por supuesto), y es precisamente la adaptación conservadora a las nuevas condiciones de oposición la que consolida la prensa moderna en la primera década del siglo XVII en Gran Bretaña. En Buenos Aires y las provincias, en cambio, la publicidad nace como actividad auto-legitimante del Estado y no como espacio ganado en un proceso iniciado desde fuera, así como una información a la población acerca de qué debía hacer o no hacer, qué era conveniente defender o atacar, y a qué debía atenerse, en un vínculo discursivo que trae reminiscencias (por analogía) de la vieja prensa de las gacetas absolutistas. La forma en que eran presentados los materiales era homóloga al modelo original, pero con un énfasis muy superior puesto en esta sección, que invariablemente aparecía en la página uno, y solía continuar en la dos, mientras en Europa este criterio ya coexistía con otros que priorizaban en la primera página los artículos editoriales, los avisos, y -en algunos casos pioneros- una selección de informaciones breves.

En síntesis, la sección correspondiente a la transcripción de los actos de gobierno se hacía con una forma homóloga a la de Europa, pero con un lugar y un espacio sobredimensionados en proporción a la sobredimensión del Estado y del poder político-militar con respecto a la sociedad y la política, en tanto su función se mantenía inversa, esto es, con excepción del esfuerzo desplegado en Buenos Aires entre 1821 y 1835, y en Mendoza, San Juan y Córdoba entre 1822 y 1827, de generar un campo de debate periodístico y de prensa habilitada para criticar al gobierno, la función se mantenía en el campo de la capacidad del Estado de incidir sobre la población, y no de la capacidad de la sociedad civil de incidir sobre el Estado. Esta situación se modifica tras Caseros, habilitándose espacios de pluralidad y oposición -aunque restringidos- que permitieron la existencia de periódicos en que la publicidad podía hacerse seleccionando los materiales por decisión del periódico y no del Estado (salvo en los casos que por contrato se obligaban a publicar todo lo que el Estado les envíe), y a su vez, el periódico podía colocar opinión crítica propia inmediatamente después de esta sección. Este avance hacia una esfera pública en sentido lato se notó especialmente en Buenos Aires, pero también se esbozó en Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, Mendoza y Corrientes en momentos en que divisiones al interior del gobierno o apoyos materiales despachados desde Buenos Aires habilitaron por tiempo acotado un margen de posibilidad. Por fuera de estas breves ventanas, la transcripción de documentos oficiales, era entonces en la Confederación una acción de legitimación, una información a la

población acerca de qué debía hacer o no hacer, qué era conveniente defender o atacar, y a qué debía atenerse. La publicidad no era representativa del ciudadano, sino expresión en palabras del poder del Estado y del jefe político-económico-militar. Los actos de gobierno tenían contenidos muy similares a los del Buenos Aires rosista: combinaban los decretos y leyes con proclamas, cartas y discursos, que solían transcribirse íntegros, a veces por entregas. Estos materiales, especialmente las cartas hechas públicas, tenían una función imprescindible: constituían la base del sistema de conservación del equilibrio de la pirámide de relaciones personales entre Urquiza y los caudillos regionales y locales.

2. La sección "editorial" no correspondía entonces exactamente a la que actualmente conocemos como tal, pues abarcaba toda la sección política y tenía en general un tratamiento de la información con una fuerte carga de opinión. Esta sección se había separado de la de "actos de gobierno", pero en realidad es esta última la que se separaba de los códigos y mecanismos del resto del periódico. En el resto permanece la agenda de temas y valores provenientes de las tradiciones intelectuales ya mencionadas.

Dentro del área editorial aparece todo lo que signifique crítica al poder, o al partido adversario, o a otro periódico. También líneas de opinión del periódico, aún si esta opinión es en realidad algo universalmente compartido por todos, como es el fomento de la "ilustración", de la agricultura, industria y comercio, de la modernización del Estado y las relaciones sociales, también de las cuestiones de culto religioso y gran cantidad de temas subordinados a éstos. El periódico europeo cumplía esto a rajatablas, con la diferencia correspondiente a cada partido o corriente ideológica. En Buenos Aires también se produce este cumplimiento entre 1821 y 1835, pero en el resto de lugares y del período esto es mucho más acotado, imposibilitándose la irrupción de una crítica de partido o corriente al poder de turno en un territorio efectivamente controlado por él.

En la decisiva década de 1850 la sección continuaba sin aparecer bajo este título, sino, por convención, bajo un separador horizontal en la columna y el encabezado con un grabado pequeño del título del periódico, para poner debajo de él el título específico o ninguno. En la prensa moderna decimonónica seguía colocándose allí tanto contenidos de opinión y debate propiamente dichos, como contenidos doctrinarios generales, ante los cuales difícilmente pudiera existir un contendiente (que debe colonizarse la tierra improductiva, trazarse vías de transporte, vacunarse a la población, educar, etc.). En ocasiones, ambos subgéneros se cruzan, y ciertas actividades de progreso son objeto de opinión y debate, como lo demuestran Mite, los hermanos Varela o Sarmiento cuando discuten la urgencia de ciertos procedimientos crediticios, de actualización militar o de alambrar los campos, respectivamente. La inmensa mayoría de los contenidos editoriales de la Confederación carece de elementos críticos provenientes de la autonomía del redactor, y se orienta a un mismo constante argumento: el gobierno de la Confederación es legítimo y el de Buenos Aires no; el gobierno de la Confederación busca el bien común y el de Buenos Aires no; el gobierno de la Confederación tiene buena fe y humildad, y el de Buenos Aires no; el gobierno de la Confederación representa a sus ciudadanos, y el de Buenos Aires no, pues es un círculo impuesto con intrigas y violencia.

Uno complementario del anterior, es el que constata la vitalidad económica, política y militar de la Confederación, que no cesa de mejorar en sus potencialidades, en tanto Buenos Aires retrocede¹³¹.

Sin conformar una sección separada, este complemento, que podemos denominar **extensiones de la sección editorial** postula temas que se salen de los códigos del enfrentamiento faccional. Uno de ellos ha sido mencionado y caracterizado por Halperín Donghi (1985): el de las propuestas y análisis de las grandes líneas doctrinarias y prácticas de la construcción del Estado y la modernización general: desde ferrocarriles hasta inmigración; desde el sistema de impuestos hasta los alambrados. Dado que el conflicto se dirimía por quién ejercería la hegemonía sobre estos procesos de modernización, en este conjunto temático encontramos entre la prensa porteña y la Confederación una similitud completa, pero de signo contrario.

Hubo sin embargo diferencias importantes, y éstas estuvieron dadas por las peculiaridades políticas y sociales de la Confederación: no podía, por ejemplo, soñarse con un Ejército nacional (Victorica se encargó desde *El Nacional Argentino* de atacar en 1856 una iniciativa en tal dirección de du Graty), ni con el ingreso masivo de alambrados (pues fracturaría la base social de la Confederación), o mejoramiento de razas vacunas al ritmo que lo hace Buenos Aires (pues la distancia -en todo sentido- con el mercado mundial era aún alta comparada con Buenos Aires) en un sentido práctico, ni tampoco demandar la concreción inmediata de iniciativa alguna que no haya sido previamente impulsada desde el poder. Tampoco podía esperarse que un periodista lanzara por iniciativa propia invectivas y alientos directamente a los productores, por ejemplo, o a la ciudadanía en general, sin previa venia del jefe caudillo. La temática de la Confederación, finalmente, estaba atravesada por el enfrentamiento con Buenos Aires y la urgencia por triunfar en este. Como ya vimos, esto implicó un gran esfuerzo por mostrar que la Confederación era viable, y que todo dependía del desarrollo de sus potencialidades listas para ser explotadas. Tal el caso de los numerosos informes sobre la navegabilidad de los ríos, o sobre la economía de las provincias interiores y sus potencialidades; otro, los estudios jurídicos de Alberdi, orientados a líneas de uso general, pero que de hecho presuponían reconocer legitimidad a la Confederación.

Un ámbito muy importante de este espacio de extensión del editorial es el de la **producción escrita en estricta función de su uso oral**. Esta tradición comenzó en la Argentina, con el estallido final del virreinato en 1820, y tiene en Bartolomé Hidalgo, Luis Pérez, Juan Gualberto Godoy e Hilario Ascasubi grandes exponentes. Con la consolidación del segundo gobierno de Rosas en la década de 1840 este tipo de publicación decae, aunque continúan publicándose cielitos, décimas y otros versos, con mayor o menor proporción de elementos gauchescos (el entrerriano Ruperto Pérez publica cielitos tanto en Entre Ríos como en *La Gaceta Mercantil* en los años '40). Después de Caseros este tipo de material sigue siendo menor en proporción, pero permanece con identidad propia. En Buenos Aires, Hilario Ascasubi con su periódico *Anastasio el Pollo* y sus sueltos con diversos materiales, algunos de ellos muy subidos de tono en insultos ("Cagada del General Urquiza", titula un suelto luego de Pavón, en septiembre de 1861), mantiene viva la tradición y la expande. En la Confederación, caído en desgracia Ruperto Pérez, aparecerá, hacia

¹³¹ Mitre ironiza sobre esta cuestión en un artículo de *Los Debates* de 1857 titulado "Buenos Aires retrocede" (Mitre, 1943: 134).

finis de la década de 1850, José Hernández con sus primeros cielitos, publicados en *El Nacional Argentino*, uno de los cuales ataca a “Anastasio el Gallipavo”. En Buenos Aires, en 1857 publica en *Los Debates* sus primeros gauchescos Estanislao del Campo, miembro de la red de política mitrista y con importantes funciones en el rubro en el período siguiente. Juan G. Godoy, en Mendoza, ya mayor, vuelve a publicar algunos materiales cuando en 1856 se incorpora al gabinete del general Juan Moyano (Weinberg, 1970: 43-44). Más abundancia de materiales gauchescos encontramos en *La Reforma Pacífica*, durante la campaña electoral de 1857, con colaboraciones de Hernández bajo el seudónimo “Vincha”. No es ello casual, pues el diario de Nicolás Calvo buscaba su espacio político electoral en aquellos sectores porteñistas desplazados por la revolución de setiembre, precisamente aquellos más cercanos a este tipo de literatura, como vimos en el capítulo anterior. Por eso una abundante serie de poemas gauchescos, muchos de ellos con polémicas y contrapuntos, aparece a partir de febrero y hasta fines de abril de 1857, cesando a partir de entonces, tras la derrota electoral.

En Entre Ríos este uso era más común, obviamente no en instancias electorales¹³², sino en las militares: los cielitos y poemas gauchescos aparecían entonces en abundancia. También la poesía laudatoria a Urquiza, como en su momento lo había sido a Rosas. Entre los primeros, Fermín Chávez ha descubierto dos cielitos publicados en *El Uruguay* y en *El Nacional Argentino* durante la campaña de Cepeda en 1859, pertenecientes a José Hernández, que serían los primeros publicados por este autor. Anteriormente, en la década de 1840, el entrerriano Ruperto Pérez, funcionario y redactor de *El Federal Entre Riano*, había publicado cielitos rosistas y urquicistas de su autoría. El destino de estas composiciones era claro: los fogones y encuentros de soldados, fiestas de gauchos y población humilde de la provincia, mayoritariamente analfabeta y por ende con una memoria narrativa oral muy acentuada.

Un elemento más de esta sección era la presentación de **libros o artículos muy largos por entregas**, con temas jurídicos, administrativos, filosóficos, históricos, etc. Esto no es muy diferente de los artículos más cortos salvo en la referencia que nos brindan en cuanto a la inexistencia de un mercado de libros en la región, y además nos permiten observar hasta dónde llegaba la impregnación del enfrentamiento civil en Argentina: el valor -para ser seleccionados- de estos trabajos no reside tanto en su contenido específico como en la utilidad para la línea de enfrentamiento y en quién es su autor: si se trata de un hombre cumpliendo tareas de Estado importantes, su material será inmediatamente publicado, primero en el periódico y de inmediato en folleto.

3. Una sección muy importante en la cantidad de espacio que ocupaba, y que resulta además fundamental en la autolegitimación de la prensa como vehículo de ilustración y progreso, es decir, en su constitución como campo de reglas autónomo, pues se elogian a sí mismos como red universal de defensa de los grandes ideales que sostiene la prensa modelo europea, es **el mutuo envío de ejemplares**, clave de la sección de

¹³² Dice Mansilla en *Entre-Nos (Causeries de los Jueves)*: “... ¿Oposición? Este engranaje suplementario, en el juego de las instituciones libres, no se conocía aún por allá, por la sencillísima razón, aparte otras, que no había más aspirante al gobierno... que los que lo tenían” (Mansilla, 1963: 224).

noticias extranjeras que sólo se acrecienta con algunas cartas de embajadas y particulares. La transcripción de contenidos de otros periódicos es la fuente más importante de información no local¹³³.

Su manifestación en el periódico es la sección "revista". La sección revista -re-vista- significa en esta época repaso de contenidos de otros periódicos, y su presentación resumida o bien tamizada, presentando los artículos más importantes. Según la región a que remitan se titula "Revista de Periódicos Europeos", "... de periódicos americanos" o "... de periódicos nacionales", u otras denominaciones casi idénticas a éstas. Se trata de un ámbito que también se presupone libre de escritura y lectura facciosa, un espacio en el cual el periodista puede moverse con mayor libertad para ingresar sutilezas contra el poder protegidas por el hecho de que aparecen ocultas bajo el manto de hablar de otras regiones. En los periódicos europeos era éste un mecanismo universal. En Buenos Aires no se usó de este modo por el mismo motivo que hemos visto al analizar la "publicidad" de hechos y actos oficiales: era el Estado mismo el que hacía punta en la apertura de espacios para la prensa. Por lo tanto, sucedía más bien al revés: la prensa europea o de los Estados Unidos era utilizada como referencia ejemplar de la dirección que debían tomar el Estado y la actividad económica de su clase dirigente¹³⁴. En el Interior y en el tiempo rosista posterior a 1835, dado que quedaba excluida la presencia de la crítica si esta no era visada previamente por el poder, debía cuidarse mucho el periodista de no opinar sobre hechos extranjeros sin contar con el aval previo, pues de hecho, aún obrar siguiendo la lógica precedente de la jefatura político-militar podía generar graves inconvenientes: en el cambiante proceso de conformación de alianzas, rupturas, negociaciones, etc., los hechos de un país debían ser tratados con un signo o con otro, incluso inverso, con diferencias muy cortas de tiempo. Laserre se equivocó en este sentido (en 1850, en *El Porvenir de Entre Ríos*) respecto a Inglaterra, y eso le valió el principio del fin de su puesto como redactor. En las experiencias del exilio antirrosista, por su parte, los debates políticos fueron posibles y se mantuvo el ambiente de camaradería política e intelectual a pesar de diferencias y de militancias en facciones distintas, aunque con limitaciones, pues cuando la lucha de facciones llegaba al límite del motín o el enfrentamiento militar, la pluralidad colapsaba, como sucedió a Mitre en cada uno de sus destierros. El sitio donde más sostenibilidad tuvo el debate entre partidos sin que el sistema de periódicos colapse fue en Chile, donde el sistema político llevaba notable ventaja en modernización y estabilidad.

El mutuo envío de ejemplares crece significativamente en la década de 1850, porque disminuyen las restricciones a la circulación de periódicos contrarios en cada territorio, pero especialmente porque es la década de un notorio boom periodístico en todo Occidente y de mejoras en el transporte, lo que permite la llegada pronta de noticias de Europa y de otros países americanos. Pero en la Confederación volvía a plantearse la restricción derivada de la asimetría de poder entre Estado y periodista: quedaba excluida la presencia de la crítica si esta no era visada previamente por el poder, y por lo tanto debía cuidarse mucho el

¹³³ Esta situación cambiará profundamente con la extensión de las redes telegráficas. Pero tal fenómeno apenas está en ciernes. Será en la década de 1860 cuando se note con la mayor contundencia el grado de interdependencia que habrán de tener la información periodística y el telégrafo (Ford, 1987; Reggini, 2012).

¹³⁴ Extender vías ferroviarias, alambrar campos (en Buenos Aires), ingresar máquinas, etc.

periodista de no opinar sobre hechos extranjeros en función del desarrollo lógico de las ideas del jefe caudillo, pues en el cambiante proceso de conformación de alianzas, rupturas, negociaciones, etc., los hechos de un país debían ser tratados con un signo o con otro, incluso inverso.

4. Otra sección permanente fue el folletín, elemento que también fue tomado de la prensa europea, donde constituía una larga tradición la entrega de material de lectura por fragmentos para su separación y encuadernación posterior. Su presencia y rol crecieron exponencialmente cuando la prensa francesa, británica y estadounidense organizaron la presencia sistemática de novelas por entregas con el objeto de atraer un público más masivo -y con ellos, a una nueva masa de industrias que requerían anuncios en gran escala- en la segunda mitad de la década de 1840, convirtiéndose la “novela de folletín” en un fenómeno masivo y consagrando la universalidad de la novela romántica¹³⁵.

Se ha mencionado en el capítulo anterior que en la década de 1840 se despliegan en el Cono Sur tanto la reproducción -con traducción en caso necesario- de folletines europeos, como la producción de un valioso folletín de autores nacionales que publican durante el exilio antirrosista en Montevideo (v.gr. Mármol), Santiago y Valparaíso (v.gr. Sarmiento, Mitre) o Río de Janeiro (v.gr. Manso). En esta década tanto en Buenos Aires como en la Confederación esta práctica se profundiza, aunque autores del Interior no incursionan en la ficción, como sí lo continúan haciendo -con desigual suerte- los de Buenos Aires. Pero en la *Revista del Paraná* aparecen, junto a obras jurídicas de Alberdi por entregas, dos cuentos breves que Juana Manuela Gorriti envía desde Lima, pero también debe registrarse la ocupación de este espacio con una diferencia funcional, esto es, ser la clave de la circulación del libro y la formación de bibliotecas, sobre todo de la literatura civilista, pedagógica y el ensayo nacional. Por otra parte, tanto en Buenos Aires como en el Interior circularon folletines con “novela de folletín” europea, por lo cual se leía a Dumas, etc. La producción folletinesca nacional orientada por la lógica de mercado hacia un público popular aparecerá después de este período (el caso paradigmático fue *Juan Moreira*, de Eduardo Gutiérrez, 1879-1880).

En Buenos Aires los folletines europeos se leyeron de inmediato, y comenzaron a traducirse y publicarse en los años siguientes, extendiéndose a fines de los años '40 hacia la prensa del Interior que se había consolidado en las tres capitales litoraleñas. Pero el folletín nacional, esto es, la utilización del formato para publicar producción propia tuvo su gran auge en Chile y Uruguay. Sarmiento publicó su *Facundo*, *Argirópolis* y *Recuerdos de Provincia* en Chile. Mármol, su *Amalia* en Montevideo. Alberdi hará lo propio con sus *Bases* y con su *Derecho Público Provincial*; De María, con su *Biografía del General Artigas*, etc. Desde el punto de vista formal, el folletín nacional en nada se diferenció de sus pares europeos: ocupaba una hoja suelta con dos páginas impresas (y paginado correlativo) o bien ocupaba la parte inferior de una

¹³⁵ Ya no la novela vendida por el escritor al periódico para que éste la entregue en cierta cantidad de números, sino que el contrato apunta a darle continuidad a la historia por un período indeterminado de tiempo, afectado en parte por la sensibilidad artística del autor, pero fundamentalmente por las reacciones del público, que deberán ser favorables o se deberá cambiar la historias. Su convención con el lector era diferente de las secciones antes mencionadas: no tocaba de cerca la política diaria, ni el gobierno ni la actualidad (aunque sí colaba críticas a la situación de su tiempo); no era su objetivo primordial ni informativo ni persuasivo, sino de entretenimiento y suspenso suficiente como para mantener la atención puesta en el periódico.

hoja del periódico. Cuando el tamaño del pliego no era sábana sino in folio (más pequeño, aunque no tanto como una revista in 4°, permitiendo la impresión a cuatro columnas), la sección de folletín se imprimía a dos columnas por página, generando así cuatro páginas de libro con cada ejemplar que se adquiría y luego recortaba. Esta práctica fue muy común en el Litoral, sobre todo en el período siguiente, después de Caseros, constituyendo una vía decisiva para la conformación de bibliotecas particulares.

Como puede observarse, mientras en Europa se produce el auge de la novela de folletín, en Argentina se adopta el formato y eventualmente se traduce alguna novela, pero el protagonista de los primeros folletines nacionales es el ensayo histórico-político escrito y publicado en el exilio, así como textos jurídicos, pedagógicos, incluso económicos. En el campo de la ficción, fue pionera la obra *Amalia*, que aún en el marco ficcional, reconstruye el escenario porteño de 1840, denunciando la locura desatada por el conflicto, así como la publicación de poesías.

5. La sección comercial y de estadísticas. Compuesta por dos temas muy relacionados que a veces eran presentados separados, pero siempre por lo menos continuados (entradas y salidas del puerto, precios, impuestos, por un lado, y datos estadístico-demográficos por otro), estaba completamente a salvo del entrevero faccional y de la política. Por ello las diferencias entre Buenos Aires y el Interior son sólo cuantitativas. Lo son por la extensión temática del área comercial en Buenos Aires respecto al Interior, y por el volumen de información que esto significa. En el Interior la falta cuantitativa se suplía con un mayor detalle de todas las informaciones, y a ellas se agregaba información estadística no directamente relacionada con lo comercial, como la cantidad de nacimientos y defunciones, movimiento de pasajeros de entrada y salida de los puertos, correspondencia (se publicaban listas de todos los destinatarios), etc.

La sección comercial y de estadísticas, completamente a salvo del entrevero faccional y de la política se mantuvo como parte regular e imprescindible de los periódicos de interés general. En Buenos Aires, el mercado permitió la continuación de periódicos especializados en la publicación exclusiva de esta sección y avisos. En la Confederación esto no era aún posible, aunque empieza a esbozarse a fines de la década. No se trata de diferencias funcionales, sino cuantitativas, correlativas al grado de desarrollo de la actividad comercial en una y otra región.

Esta sección contenía, por ejemplo, la información sobre entradas y salidas del puerto, precios, impuestos, etc., y se agregaba información estadística no directamente relacionada con lo comercial, como la cantidad de nacimientos y defunciones, movimiento de pasajeros de entrada y salida de los puertos, correspondencia (se publicaban listas de todos los destinatarios), etc. En esta sección se intentó más de una vez (especialmente lo hizo *La Prensa* de Buenos Aires en 1857) ingresar información sistemática de oferta y demanda de mercancías y potencialidades de producción y trabajo en las provincias del Interior. Pero esto, hasta que no existieran al menos vías de comunicación adecuadas ni paz y estabilidad política, ni una moneda estable, ni crédito, era en gran medida una operación política de prensa.

6. Avisos. Obviamente la sección avisos era más amplia en Buenos Aires que en el Interior, en forma equivalente a la forja y expansión de un mercado de negocios inmobiliarios, ganaderos, de insumos, de

bienes y servicios urbanos. Mientras en Buenos Aires se supera el 20 por ciento de la superficie ocupada en avisos ya en la década de 1820, en el Interior esto sucede a fines de la década de 1840 en la región Litoral, con alguna breve excepción en Mendoza. Para la década de 1840, la ocupación de una página de cuatro por número en avisos se tornaba normal en diarios de interés general, mientras que a fines del rosismo diarios especializados en información comercial y avisos superan esta cifra. Es evidente que la **sección avisos** debía continuar siendo, en la década de 1850, más amplia en Buenos Aires que en el Interior, y así fue. *El Nacional Argentino* logró una página de avisos genuina (es decir, pagada y sin soporíferas repeticiones a lo largo de meses), recién hacia fines de 1856, y esto sin que el valor de los avisos incida mayormente en el presupuesto del periódico. En Entre Ríos ni siquiera en Gualaguaychú se logró más de una página de avisos. En el resto del Interior, incluso en Rosario, Mendoza y Córdoba, localidades más pujantes, captar avisos era dificultoso y cobrarlos más aún. Con suerte alguna vez se completaba una página, pero muchos de ellos eran repetidos largamente para completar espacio, y la mayor parte eran del Estado.

En Buenos Aires, en cambio, los avisos permitían el financiamiento cómodo de al menos dos diarios, en los que ocupaban entre el 15 y el 25 por ciento de la facturación bruta en tiempos de paz. No era raro que su superficie ocupara una página y media a dos páginas, y esto con avisos mucho más compactos y abigarrados, en planchas de impresión tamaño sábana.

Los avisos de ningún modo se parecían a lo que se verá en el siglo XX. Eran en su mayor parte "avisos" en el sentido original de la palabra: una información muy cortés con un lenguaje cuyo carácter persuasivo era mucho más parte de la cortesía que estudiado en función de lograr un efecto de compra en su lector, acompañado a veces por un dibujo pre-elaborado como parte de la caja de tipos comprada con la imprenta (una casa, un caballo, un barco), e indicaba las características y precio del producto o servicio a vender o comprar. No había diferenciación alguna entre lo que hoy conocemos como avisos publicitarios y "clasificados", ni hubo en términos de diseño gráfico diferencia alguna entre los avisos publicados en Buenos Aires y los publicados en la Confederación (Ojeda, 2000, 2004).

7. Ciencias y Literatura. Esta sección incluía algunos artículos relacionados con adelantos de la técnica en Europa que pudieran ser ejemplos de progreso y de progresismo. En realidad, no solía haber información sobre inventos espectaculares, sino sobre sus aplicaciones concretas. El tópico se extendía a otras líneas de aportes a la construcción del Estado y la modernización general: estrategias de mejoramiento ganadero o cultivos, avances técnicos en transportes, posibilidades de poblamiento territorial, resultados de exploraciones, descripciones geográficas, resultados científicos en ciencias naturales, etc. a todo lo largo del período, incluido el rosista que no sólo no dificultó, sino que facilitó y promovió este tipo de estudios y publicaciones. En el Interior se reprodujo, especialmente en la década de 1840 en el Litoral, algunas publicaciones de este tipo provenientes de la *Gaceta Mercantil* y el *Diario de la Tarde*. La parte literaria incluía poesías, relatos cortos, así como crítica de teatro y literatura. En el Interior, nuevamente, aparecen efímeras experiencias con este tipo de contenidos en Mendoza (*La Abeja Mendocina*) y Córdoba en la década de 1820. La sección de ciencias y literatura incluía algunos artículos relacionados con adelantos de

la técnica en Europa que pudieran ser ejemplos de progreso y de progresismo. En realidad, no solía haber información sobre inventos espectaculares, sino sobre sus aplicaciones concretas: instalación de una nueva vía férrea o un telégrafo, experiencias con cultivos de buenos resultados, etc. La parte literaria incluía poesías y relatos cortos, así como críticas.

La producción literaria no pudo sustraerse, hasta después de nuestro período, de los límites faccionales de sus autores. Ni Buenos Aires publicaba materiales producidos en la Confederación, ni los periódicos confederales reproducían los abundantes materiales de Sarmiento o Mitre. Este cruce de fronteras faccionales ni siquiera pudo lograrlo la *Revista del Paraná*, a pesar de habérselo propuesto explícitamente. Esto cambiará sustancialmente en los años '60, en algunas provincias porque la lisa y llana sustitución vicaria de la prensa federal por la liberal transformó a los autores de enemigos a líderes, y en otras como consecuencia de la evolución de las relaciones entre sociedad, Estado y literatura. Tal es el caso de Entre Ríos, la única provincia no intervenida por el gobierno de facto de Mitre en la década de 1860. Allí, precisamente en la década de 1850, se constituyó la primera camada de una generación literaria provincial muy importante, que incluso realiza -después de este periodo- numerosas publicaciones y puestas en escena. Hacia fines de los '60 y comienzos de los '70 el campo de la literatura será en Entre Ríos algo tan autónomo como para que Andrade pueda ser elogiado calurosamente en *La Tribuna* de Buenos Aires, y Héctor Varela recibido calurosamente en Gualeguaychú para admirar sus dotes de orador (Halperín Donghi, 1985: 169).

8. "Amenidades", datos curiosos o artículos de simpatía y entretenimiento. Este último grupo de artículos aparece como un relleno, pero también cumple una función de refuerzo de la complicidad con el lector, y están presentes en toda la prensa, a medida que el pliego y la periodicidad se amplían y se requiere más material. Zinny rescata este breve caso de *El Federal Entre Riano* N° 342: "Fenómeno: Juan Bautista Olivera, hijo de don Dionisio, natural de Entre Ríos y vecino del Diamante, no había conocido la sed en dos años, lejos de ese había manifestado una antipatía tan poderosa al agua, que el padre no pudo conseguir hacerlo tragar una sola gota" (Zinny, 1868: 67).

¿De qué manera es presentado este conjunto temático? La transcripción de documentos oficiales y la sección comercial se organizan sobre la base de un lenguaje descriptivo y referencial que excluye la opinión y la polémica. La sección de avisos tiene sus propios códigos y es suficientemente estática como para no salirse de ellos. Las secciones de Literatura y Cultura, así como "Revista de periódicos..." y "Amenidades" se mantienen a salvo del mundo de las facciones y pueden por ello incorporar sin solución de continuidad los lenguajes y estilos de la prensa europea en los dos primeros casos, y de la "literatura de cordel" en el segundo. Como su objetivo es un público y una complicidad que se hallan separados del espacio de la política, la economía y el poder militar, no requieren lenguajes ni estilos que se adecuen a las particularidades de estos elementos en el Interior. Sí entran en juego lenguajes y estilos específicos para la sección editorial y para los escritos vinculados a las grandes líneas doctrinarias del Estado.

Jorge Rivera remite a la tradición literaria en que abreva este periodismo:

"Marcada por la tradición de los poetas de Mayo y por la prédica de los grandes emergentes intelectuales de la Generación de 1837, la literatura argentina se mueve, desde comienzos de la década de 1840 hasta los propios umbrales del '80, con un modelo férreo: el del lenguaje poético, pero esencialmente el de la poesía civilista, comprometida simultáneamente con una exaltación de las glorias de la Patria y una no menos exaltada expresión de sus vicisitudes políticas y sociales. En una franja del espectro: A Rosas, de José mármol; en la otra: Al general Ángel Vicente Peñaloza, de Olegario V. Andrade, tanto o más que Cantos del Peregrino o La vuelta al hogar, de los mismos autores" (Rivera, 1990: 1).

Destaca el autor el grado de condena a toda forma de literatura que saliera de los cánones exigidos, y muy especialmente de la literatura romántica (se vivía una invasión de títulos de "novelitas" leídas por los jóvenes, y que tenía mucho que ver con la constitución de un oficio literario vinculado al mercado en Europa). En 1841 Alberdi criticaba desde *La Moda* la poesía "amatoria" de Juan María Gutiérrez, porque ésta "no expresa una necesidad fundamental del hombre ni de la sociedad", y la literatura romántica: "de origen feudal, de instinto insocial, de sentido absurdo, lunático, misántropo, excéntrico". Marcos Sastre dice en 1837: "Fácil me hubiera sido reunir en esta biblioteca un gran número de esos libros que tanto lisonjean a la juventud; de esa multitud de novelas inútiles y perniciosas, que a montones abortan diariamente las prensas europeas" (Sastre, 2005: 279).

La presencia de la poesía, con sus características civilistas y faccionales, en la prensa de este período, impide en los primeros años la apertura del espacio literario no faccional, pues ésta, por su contenido, se constituye necesariamente en una toma de posición, y los ensayos de producción capaces de no estar atravesados por el faccionalismo son dinamitados por sus propios protagonistas, como lo muestra la polémica entre Echeverría y De Ángelis en torno a la producción poética del primero. Sólo cuando comience a consolidarse un mito común de origen y un Estado abarcativo de toda la nación (con monopolio de la fuerza, etc.), fenómeno que veremos recién desde los años '60, el espacio literario tomará forma crecientemente libre, y una poesía podrá publicarse independientemente de las posiciones políticas de su autor.

Concluida la etapa rosista tras Caseros, los contenidos muestran una fuerte continuidad con respecto a la década anterior, excepto por la liberación más o menos amplia de la libertad de expresión, la cual, aún con graves distorsiones a ambos lados de la separación entre Estados, es notoriamente más abierta, pudiendo leerse en Buenos Aires y -a partir de 1856- en el Interior, materiales de fuerzas opositoras en sus territorios. Algunos dispositivos innovadores, como la revista con ilustraciones, irrumpen en Buenos Aires a partir de 1853, aunque no en la escala que se verá en la década siguiente.

En el conjunto de la Confederación con capital en Paraná hay un notable corrimiento de los contenidos desde un tono radicalmente beligerante y de legitimación de la autoridad estatal, hacia uno que, sin dejar de priorizar esta legitimación, adquiere un tono de objetividad progresista cuando describe las potencialidades de la navegación de los ríos interiores, la forja de "caminos de hierro", la educación, la construcción de un derecho y una jurisprudencia nacionales, la colonización agrícola, la producción minera de las provincias, las expectativas de incipientes agroindustrias, la geografía de los territorios, la historia común (fundaciones coloniales, próceres de la independencia), la producción ensayística y literaria nacional, etc.

Se mantienen las funciones delimitadas en la etapa anterior, aunque hacia fines de la década de 1850 tanto el Estado nacional como algunos provinciales refuerzan la idea de que el periódico corresponde a los privados y el *Boletín Oficial* al Estado en la publicidad de los actos de gobierno. Se había heredado de la época de Rosas, tanto en Buenos Aires como en el Interior, la concepción implícita de que el espacio de transcripción de documentos oficiales es fundamentalmente una actividad de Estado donde lo político y lo militar no aún no están separados. Hay ejemplos más que contundentes al respecto, siendo quizás el más extremo la presencia de una consigna de diatriba política como encabezado de todos los documentos. Pero quizás más importante como demostración, sea la presencia de proclamas, cartas de gobernantes y discursos laudatorios o condenatorios del gobernador porteño y de otras cabezas institucionales incluyendo obispos y arzobispos.

Desterrado Rosas, el espacio de publicidad profundiza el formato europeo: es el espacio de la transcripción textual de los actos del gobierno -como servicio al ciudadano- y la crítica inmediata con mirada independiente o al menos proclamada independiente, amparada por la diferenciación de secciones, pues para esta época en Europa se ha estabilizado la convención de separación de espacios en el periódico: por un lado la transcripción de los hechos y actos del gobierno; por el otro lo que el periódico tiene que decir al respecto. Uno y otros se separan por una línea en la columna donde concluye el primero, y por un título para la segunda sección que puede ser "Editorial" o bien el mismo nombre del periódico. Esto se repite en Buenos Aires y se realiza así la crítica o la defensa del gobierno. Debe notarse, sin embargo, que desde el punto de vista formal, esta convención ya está presente desde la década de 1830 (en los dos principales diarios porteños) y por lo tanto, la diferencia se produce en la efectiva presencia de críticas al gobierno sin riesgo de desaparición inmediata del periódico ni de una crisis institucional.

En la Confederación el espacio de crítica del periodista sobre los hechos y actos del gobierno aún no se ha conformado, ni tampoco el de crítica al poder del caudillo. Los efímeros intentos de ejercer tal espacio significaron la eliminación del redactor de la actividad.

No debe confundirse la sección literatura con el tratamiento poético de los contenidos de las demás secciones: ya hemos visto que la sección política suele tener poesías civilistas de época laudatorias del poder y condenatorias del enemigo, y también "cielitos" y otros versos o letras musicables de redacción muy simple y fácil memorización oral o lectura en voz alta. También en la sección "amenidades" se puede encontrar versos y refranes, con algún toque de muy inocente picaresca casi siempre referida a las relaciones familiares y de amistad.

Se mantuvo, a pesar de las prevenciones de los hijos de la generación del '37 (referentes intelectuales ahora de ambos lados del conflicto entre la Confederación y Buenos Aires), una continua entrada al país de literatura romántica, que impacta sobre el conjunto del campo intelectual. Ella permite, por otra parte, una doble apertura a la producción sin colisionar con las reglas de juego: la adhesión militante (que permite circular en una de las facciones), y la expresión subjetiva (que permite publicar materiales a salvo del enfrentamiento: poesía amatoria, a la madre, al lugar de nacimiento, al amigo, etc.). En 1861, las poesías

que se publican en la *Revista del Paraná* habilitan especialmente la segunda opción, con un tono que anticipa rasgos modernos (como lo muestra la producción del joven Carlos Guido y Spano, o la de Ángel Elías). Esta entrada se realiza por la vía del folletín primero, y de los trabajos poéticos de las generaciones más jóvenes en los años '50, que incorporan temáticas subjetivas en su producción y esto permite sortear lo faccional. Tiene pues la poesía, después de Caseros, un doble modelo: el civilista y el subjetivista romántico. Dice Rivera (1990): "Un doble modelo, que va de la exaltación civilista como deber militante a la pura efusión sentimental". Pero estos tonos, que navegan la polaridad entre la exaltación civilista y la expresión emocional atraviesan en realidad todo el conjunto de materiales. El Buenos Aires de la década de 1860 se define por:

"(...) un diarismo cabalmente militante y político, con redactores que son ante todo figuras corrientes de las pugnas entre chupandines y pandilleros, o entre crudos y cocidos (como Hernández, Calvo, Gutiérrez, Varela, etc.), y con las salas de redacción convertidas con frecuencia en verdaderos clubes políticos (...) agresivo, personal, hiriente, fiel reflejo de hábitos muy característicos y arraigados del debate político argentino" (Rivera, 1990: 3).

Sobre el mismo lenguaje se montaba en el Interior un sistema periodístico en el cual la política como espacio de la acción crítica de los individuos iguales en derechos quedaba postergada para la siguiente etapa, evitando acelerar su esperado rol moderno para ganar estabilidad política en los términos reclamados por Alberdi en las *Cartas Quillotanas*. Por lo tanto no había todavía salas de redacción convertidas en clubes políticos, ni los redactores eran militantes de primera línea ni figuras corrientes. Las palabras perdían contacto con lo que pensaba su redactor, para convertirse en repertorios de fórmulas que combinados adecuadamente daban expresión al pensamiento y acciones del poder y permitían en ocasiones volcar pensamientos propios si no entraban en colisión con él.

"En este tipo de diarismo -menos informativo, en el sentido moderno y profesional, que esencialmente combativo y predicativo- encuentra amplio terreno la ejercitación de subgéneros del discurso político, como el brulote, la diatriba, el panegírico, la catilinaria, la difamación, la loa y la admonición. Auge y apoteosis, por lo tanto, de una prosa que cultiva abundantemente las figuras de la retórica, y para la cual se es un buen pendolista (esto es: un hombre que sirve a la gloria cívica de tal o cual facción con el uso y abuso de la pluma) si se manejan con fluidez el género sublime y los múltiples recursos que brinda el arsenal de las figuras de sentencia y de otras que pueden espigarse cómodamente en muchos textos polémicos de José Hernández, Andrade, Sarmiento, Calvo, Bilbao, Frías, Mitre, Alsina, Gutiérrez, Varela, etcétera" (Rivera, 1990: 3).

Si la libertad de crítica en los periodistas en Buenos Aires (Sarmiento, Mitre, Alsina, Varela) estaba relativamente protegida por su propio lugar en las redes de poder político, militar, económico o simbólico, en el Interior (Andrade, Hernández, en ocasiones Bilbao) esta posibilidad queda casi vedada por la carencia de estas inserciones para quienes recibían la asignación de redactar. Por ello estas técnicas totalizaban su arsenal de recursos, a niveles extremos hasta la exasperación del lector: el grado de repetición, y peor aún, de reversibilidad de las fórmulas y argumentos era tal que podría llegarse al extremo de utilizar un mismo artículo para dos posiciones contrapuestas sin que se note la diferencia:

"Denunciar las maneras de los abundantes viejos vizcachas de nuestra política se convierte, para muchos, en un ejercicio de pasión y espontaneidad, pero también en una operación retórica en la que traslucen los grandes

modelos de la oratoria clásica (los de Cicerón, desde luego) cuando no los recursos escolares y dialécticos del frecuentado manual de elocuencia de don Antonio de Capmany, que salvan providencialmente los baches de la 'inspiración'. 'Despenar' a un opositor político, periodísticamente hablando, a través de la ácida ferocidad del brulote, o 'enterrar' a un conspicuo correligionario, en el sentido lato, mediante las exoneraciones panegíricas de la nota necrológica, serán los dos momentos póstumos de la glorificación retórica, los 'máximos honores' - por pasiva y por activa- a que puede aspirar un periodista consecuente, o que puede depararle la prensa a cualquier ciudadano que se precie de poseer alguna módica relevancia civil o militar.

La prensa y su escritura, entonces, son los lugares de la impostación civilista. Su gratitud, sus retóricas, su reversibilidad (el texto de Andrade sobre Peñaloza circuló durante algún tiempo como 'homenaje' a Lavalle), su oportunismo (el 'cambio de signo' de Rivera Indarte es suficientemente elocuente), sus vacíos de sentido, parecen compensados en muchos casos por el tono y el sujeto elegidos" (Rivera, 1990: 4).

La prensa confederal tiene entre sus códigos uno insustituible: el de los silencios. Constantemente se cubre con el arsenal de fórmulas el nudo de los problemas que se afrontan, y los redactores se cuidan mucho de explicitar el nombre de los malvados hasta tanto realmente este ha sido pronunciado por el jefe. Un caso más difícil de lo habitual, el de la fractura del poder en 1860, nos muestra la permanencia de estos silencios, pues la ausencia de la política moderna impedía establecer áreas de crítica que no cuestionasen a la persona en su conjunto: una crítica a un aspecto de Urquiza era una crítica a todo Urquiza; una crítica a todo Urquiza era quebrar su mecanismo totalizante de legalidad; hacerlo, era la guerra contra Urquiza como lo atestigua el momento final de *El Nacional Argentino* en 1860:

"*El Nacional Argentino* es el órgano del presidente Derqui, y el anuncio de la muerte de los partidos razona y justifica su tentativa de tallarse una base propia, arrebatando provincias al influjo del liberalismo filoporteño o al del federalismo de lealtad urquicista.- la condena de los personalismos incluida en "Los viejos partidos y los partidos nuevos" tiene para su público paranaense un referente que sería tan impolítico como innecesario explicitar; es desde luego el que ofrece el vencedor de Caseros" (Halperín Donghi, 1985: 25).

Hernández duraría unos pocos números más antes del cierre del periódico (escribió entre mediados de agosto y el 25 de septiembre de 1860), y no volvería a acceder al periodismo hasta 1862, ya bajo la dirección de Urquiza. Las imágenes y recursos por él elegidos para sostener esta pretendida superación de su futuro mandante periodístico la hizo en el rol de secretario del vicepresidente Pedernera. Más allá de la mayor o menor autonomía con que las eligió, tales recursos se vienen repitiendo como fórmula desde 1852: defensa de la legitimidad de la propia cúpula de poder, ataque a la tiranía, al "círculo", a la división y "el partido", eludiendo así toda discusión sobre algún tipo de interés concreto de la parte que defiende en el conflicto. La totalidad de los argumentos de Hernández desarrollados en *El Nacional Argentino* tiene, en su arsenal formulario, antecedentes de uso en los diez años anteriores: la sociedad debe "regenerarse", ha sido corrompida por los tiranos, los partidos hacen daño, sólo puede haber asociaciones para el "bien común" representado por la ley y el orden, y este obviamente por el gobierno, caso contrario estaríamos ante la demagogia o la tiranía, esto es, sólo puede haber partidos si coinciden con el poder del Estado, o están bajo sus órdenes y a su servicio. Su contrario, la anarquía, la licencia, el libertinaje, la guerra y el saqueo. Ante tal acotamiento de las posibilidades, no es extraño el uso de fórmulas tan repetitivas: la tarea no es tomar decisiones, sino optar entre estas fórmulas y

argumentos preestablecidos para construir un discurso sostenedor de lo que el poder pide. En su análisis de la formación periodística de Hernández dice Halperín Donghi:

[En la Confederación]: "... su autonomía es demasiado limitada para que se esperen de él decisiones más importantes que las requeridas para optar entre los argumentos que utilizará para sostener soluciones políticas que le están prefijadas. En esa tarea de objetivos limitados adquiere su oficio de periodista, y ella parece adecuarse admirablemente a sus aptitudes nativas. (...) En un pasaje bien conocido, su hermano Rafael ponderaba entre éstas una 'retentiva firme y poderosa', que le permitía repetir 'páginas enteras de memoria', y ejercer sobre ellas su vertiginosa habilidad combinatoria: 'se le dictaban hasta cien palabras, arbitrarias, que se escribían fuera de su vista, e inmediatamente las repetía al revés, al derecho, salteadas, y hasta improvisando versos y discursos, sobre temas propuestos, haciéndolas entrar en el orden que habían sido dictadas'. Es esa habilidad la más necesaria a quien debe fabricar a ritmo febril prosa suficiente para cubrir dos veces por semana con comentarios políticos una devoradora página de periódicos [sic, Hernández redacta en esa primera experiencia a diario, pero ciertamente no escribe editoriales ni notas de fondo todos los días] (y probablemente tiene también a su cargo la organización de las que proporcionan informaciones mercantiles y administrativas de rutina)[efectivamente, Hernández redactaba o articulaba todo]. Para hacer menos imposible esa hazaña casi cotidiana, el periodista engarza, antes que palabras, unidades formularias cuya reiterativa verbosidad, lejos de ser un defecto, es -dadas las circunstancias en que se debe trabajar- su principal mérito. He aquí una escuela que marca indeleblemente a quienes se han formado en ella; si sarmiento logró evitar el sello común a quienes se hicieron escritores en el periodismo gracias a un innato y originalísimo sentido del estilo, éste domina en cambio la entera obra en prosa de Mitre (...) esas fórmulas así ritualizadas tienen para el lector poco precavido [actual] el sabor del lugar común" (Halperín Donghi, 198: 146-47).

A la constatación del uso de las unidades formularias por motivos que resultan del rol del periodista en relación con la política y el Estado, agreguemos uno más que tiene que ver con el destinatario al que se dirige. La oralidad de estos discursos, o mejor dicho, el previsible y necesario uso oral de las mismas, a lo largo de toda la escala social y política: desde el brindis y el discurso parlamentario en el escalón más alto, hasta las arengas al gauchaje y los cielitos para cantar en los fogones, en el más bajo. El autor citado agrega un elemento más a la explicación de la función de los formulismos en la prensa:

"...el secreto del arte de escribir que la práctica de ese periodismo impone consiste precisamente en el uso del lugar común como unidad ínfima sobre la cual se ejerce la habilidad combinatoria del redactor. Pero el uso del lugar común tiene todavía una función menos modesta que la de facilitar la fabricación vertiginosa de material para la imprenta: el triunfo más alto del periodista político -en esta etapa de agonía de las facciones tradicionales- se alcanza cuando logra hacer aceptables a sus lectores puntos de vista novedosos persuadiéndoles de que ellos no son sino inescapables corolarios de las convicciones de antiguo compartidas por aquél y éstos. Para lograrlo, el uso de los lugares comunes que forman parte del acervo tradicional de una colectividad política o reflejan el sesgo ideológico del público al que el periodista aspira a influir, se revela particularmente eficaz. Este recurso -que nadie dominó con mayor destreza que Mitre- supone en suma ocultar propuestas cuya originalidad y novedad podrían resultar alarmantes bajo una tranquilizadora superficie hecha de rutinas expresivas que ofrecen convincente sucedáneo para la ausencia de innovación y enriquecimiento ideológicos que los lectores exigen como el signo más seguro de la lealtad a la herencia común de ideas y pasiones por parte del periodista que los interpela en nombre de ella. Sólo ocasionalmente recurrirá el Hernández de la etapa Litoral^[136] a esos sabios contrapuntos entre la convencionalidad tradicional en las formas expresivas y la innovación de contenidos; en parte sin duda porque su papel en esa etapa le hace habitualmente innecesario acudir a recursos semejantes: vocero de posiciones ajenas, no tiene ningún mensaje propio que deba introducir de este modo casi subliminal en la mente de sus lectores" (Halperín Donghi, 198: 147-48).

¹³⁶ Las tareas de un Mitre y de un Hernández son sumamente diferentes: en tanto el primero debe actualizar el pacto de representación y complicidad con su público, Hernández (o cualquier otro en su función) deberá dar signos inequívocos de cuál es la línea, objetivos, opinión y requerimientos del jefe, que está por encima de Hernández. Por lo tanto, Hernández no "representa" al público, sino al poder ante el público. La novedad del caso Derqui -y de Corrientes en 1867- es que ha cambiado de mandante. Pero no de argumento.

Es preciso delimitar nuevamente aquí las diferencias entre un ámbito con una esfera política burguesa y otro con una pirámide de relaciones personales de jefes. Halperín Donghi nos habla de un uso muy ocasional de estos "sabios contrapuntos" por Hernández en su etapa Litoral [1859-68]. Si recortamos la época anterior a 1862, y extendemos el análisis de todas las experiencias periodísticas, no encontraremos prácticamente ningún caso de este tipo de incorporación, y cuando las hubo, se produjo la inmediata "puesta en vereda" o el cese inmediato del redactor.

La presencia del contrapunto entre el periodista y su público, buscando conservar la complicidad ganada por medio del ingreso del elemento nuevo "disfrazado de habitual" es un hecho que corresponde todavía a Buenos Aires. En la Confederación no se constituye complicidad entre el escritor y su público, pues ambos conocen el carácter instrumental del primero. Si no fuese así, un periodista expulsado de un medio estatal podría haber encontrado suscriptores en un mínimo público con el que construyó tal complicidad. Pero como hemos visto, Juan Francisco Seguí sale de *El Nacional Argentino* por una intriga proveniente del derquismo en agosto de 1860, y pasa a ser Convencional Constituyente y redactor de *El Correo Argentino* por orden de Urquiza al mes siguiente. Pero una disconformidad de Urquiza lo elimina poco después -periódico incluido- quitándole los recursos y pasándolos a *La Luz* y *La Soberanía del Pueblo*, mostrando así su grado de control de la situación, mientras Seguí ha debido defender en la Convención lo contrario de lo defendido en *El Nacional Argentino*, con diez días de diferencia entre estas polares posiciones. Hernández deberá actuar periodísticamente contra quienes promueven la vuelta al combate de Urquiza en 1863, y en defensa de un alineamiento con Mitre en 1867. Las operaciones de ocultamiento por medio de combinaciones formularias generan un doble efecto. El primero, evitar tocar los temas de fondo del enfrentamiento; el segundo, garantizar la existencia de un discurso de legitimación coherente para mantener en pie las formas institucionales de gobierno y la coherencia discursiva de las acciones que se habrán de defender, las cuales, por cierto, no solían ser coherentes a lo largo del tiempo¹³⁷. Al ocultar los temas de fondo y los motivos últimos (o primeros) del conflicto se hace desaparecer la posibilidad de un objeto de argumentación crítica mientras permanece la remisión a la cuestión de la legitimidad (sea cual sea la estilización bajo la cual se presente: fin de las facciones, necesidad de evitar "el partido", supremacía de "la ley y el orden", etc., etc.) con un arsenal formulario tan genérico que puede pasar por alto toda contradicción sin sonrojar a escritores ni lectores: De la Barra puede, así, haber escrito para Madariaga contra Rosas, para Rosas contra Urquiza, para Lagos contra Mitre, para Urquiza contra Buenos Aires, para Derqui contra Fraga, etc.; Seguí puede contar con poesías laudatorias a Rosas y a Urquiza, o Andrade defender a Fraga, Derqui o Urquiza según el momento. La

¹³⁷ Por ejemplo, en el uso arbitrario de los requisitos para ser elegido diputado o convencional (Victorica es aceptado sin la edad legal suficiente, du Graty es rechazado por no haber concluido sus trámites de nacionalidad, y Victorica no tiene inconveniente en escribir en *El nacional Argentino* que el rechazo de du Graty es totalmente correcto, y que no puede hacerse una excepción), o en los giro de 180 grados en la política de alianzas del jefe con respecto a Brasil y Paraguay (1858), a Buenos Aires (1860), etc.

gran tarea, entonces, es la repetición constante de una dicotomía maniquea universal: hipocresía contra honestidad, luz contra tinieblas, bondad contra maldad, lealtad contra traición, generosidad frente a egoísmo y ambición, prosperidad contra atraso, humildad contra ambición, decencia contra crimen, paz frente a guerra, unidad frente a partido, generosidad frente a crueldad, etc.

Estas agresiones a la ceguera del adversario serán más complicadas a medida que pasen los años de la década de 1850, pues resultó más evidente que Buenos Aires llevaba la delantera en el conflicto por su supremacía económica. Por ello en los últimos tiempos de la Confederación eran más abundantes los artículos que apelaban a la condena de la soberbia y crueldad del enemigo, llevando hasta el hartazgo la dicotomía. Sólo después de la derrota de 1861-62, reaparecen con claridad los argumentos económicos, políticos y sociales que dividen aguas en las páginas de este periodismo formulario. Andrade retoma el problema de las aduanas y de las vías de transporte para capitalizar la producción en el Interior; Carriego, el problema de las tierras ocupadas por generaciones, pero sin titulación firme; Ocampo retoma la cuestión de la Capital Federal, Francisco Fernández, la de las alianzas internacionales convenientes, aunque todos siguen escamoteándose los posibles debates en torno al acierto u error de la jefatura: ésta está prestablecida en el constante acierto.

De allí que no sólo pueda utilizarse los mismos giros retóricos para elogiar a ex enemigos antes condenados, sino que, literalmente, una misma pieza retórica pueda cambiarse polarmente de destinatario sin que esto constituya contradicción retórica alguna: la reversión del poema de Andrade a Chacho Peñaloza en poema de Andrade a Lavalle es un ejemplo extremo de esto. El risueño listado de ejemplos podría extenderse hasta el punto en que las fórmulas coincidan con la totalidad del material escrito para la sección política (la extensión de la sección editorial). Si optáramos por simplificar ese listado eliminando las repeticiones, la enorme acumulación de columnas generadas en años de diarismo podría reducirse a una cincuentena de elementos.

La Organización Nacional y la consolidación de un régimen institucional capaz de excluir la guerra permanente como método para saldar diferencias inter-faccionales permitirán una paulatina decadencia de este régimen discursivo de la prensa, al menos como predominante. Tanto en Buenos Aires como en el Interior, quedará abierta la vía hacia el nacimiento de una prensa menos faccional y exploradora de los nuevos procedimientos retóricos que están naciendo en la prensa industrializada, incluso en la todavía partidaria, donde los ámbitos de legitimación comenzarán a autonomizarse (se podrá, por ejemplo, elogiar la poética de un adversario político sin incurrir en contradicción). Este proceso será bastante prolongado; sus últimos vestigios serán absorbidos por otras prácticas predominantes tras la reforma electoral de 1912.

Mientras tanto, las reglas del género sobredimensionan los requerimientos formularios y de silencios: tanto Hernández como Francisco Bilbao silencian sus puntos de vista anticlericales durante su estancia

en la Confederación, y la construcción de verdades históricas mantiene el esquema de lealtades maniqueas. Ya hemos visto que una de las operaciones "clásicas" de enfrentamiento pasa por ignorar el contenido de la crítica que arroja el enemigo por medio de su prensa y agredir al enemigo mostrando que este se encuentra "sucio" de determinado pecado, mucho mejor si éste se refiere a lo mismo que tal enemigo ha utilizado como acusación. Dicho en términos de pasos lógicos:

Primer tipo: respuesta "reflejo" (se niega lo afirmado por el atacante y se contraataca con una afirmación idéntica, pero de sentido inverso: "los que cometen tal pecado son ellos, no nosotros").

(Ataque): "Ustedes son asesinos y no protegen la vida ni la propiedad de las personas honradas".

(Contraataque): "Ustedes son mentirosos. Y son asesinos y no protegen la vida ni la propiedad de las personas honradas".

(Ataque): "Urquiza es un loco traidor salvaje unitario".

(Contraataque): "Urquiza es un gran genio militar, estadista, leal, magnánimo, representa el federalismo y la organización nacional. Rosas es un tirano, traidor, mal militar, mal estadista, cruel, unitario y representa la anarquía".

(Ataque): "Urquiza es un tirano cruel".

(Contraataque): "Urquiza es un estadista democrático respetuoso de la ley". Los porteños son un "círculo" [una oligarquía].

Segundo tipo: respuesta "toma de yudo" (no se defiende del ataque ni lo menciona, pero elabora signos que muestran lo contrario de lo afirmado en dicho ataque y otros signos concretos de que en realidad es el atacante quien comete tal pecado).

(Ataque): "Urquiza no posee fuerza militar ni aliados"

(Contraataque): texto de un tratado con Paraguay (en momentos en que Entre Ríos ha reasumido su soberanía); Crónica de una gran parada militar; carta de un porteño contando de la debilidad del ejército rosista; carta de un militar rosista solicitando la incorporación al ejército.

(Ataque): "Urquiza es un militar inútil, cobarde y traidor desde siempre".

(Contraataque): carta de Rosas que poco antes felicitaba a Urquiza por su genio militar, valentía y lealtad.

(Ataque): "Rosas es el peor tirano que ha conocido la historia, inundando la Argentina de crímenes en los últimos veinte años".

(Contraataque): publicación de una reciente poesía laudatoria a Rosas del autor del ataque precedente.

Tercer tipo: respuesta "indiferente" (No se menciona el ataque, ni se lo rechaza, ni se realiza un ataque simétrico).

(Ataque de la prensa urquicista al rosismo durante la campaña de Caseros): poema dedicado a la ahora mártir Camila O' Gorman (en su momento Urquiza aprobó la ejecución por Rosas, y había realizado ejecuciones de similar grado de inflexibilidad, si bien nunca sobre una señorita de clase alta).

(Contraataque): (silencio sobre el tema). Urquiza está loco y mal aconsejado por unitarios. Su acción no producirá efecto alguno, los propios entrerrianos lo derrocarán. Urquiza es envidioso. Urquiza es ambicioso. Urquiza se entrega al Imperio de Brasil.

Estos mecanismos, como puede preverse, cuando se acercan a temas menos anecdóticos hacen también del pasado histórico un conjunto de fórmulas discursivas combinables a discreción: apelaciones a la herencia de mayo, defenestraciones y reivindicaciones, ocultamiento o magnificación de hechos, etc.

Un ejemplo de esto es el uso en innumerables ocasiones del fusilamiento de Jerónimo Costa en 1856. El fusilamiento de prisioneros había sido una constante en las guerras civiles, desde por lo menos 1828, tanto en Buenos Aires como en el Interior, y a manos de todos los bandos en pugna¹³⁸. En el mencionado caso de Costa, las constantes invasiones al territorio bonaerense de alzados cuya organización se produjo en territorio confederal llevaron ese año a un conflicto diplomático cuando fuerzas de Mitre persiguieron una de estas columnas dentro de territorio santafesino, en una escalada de tensión que culminaría en la guerra en 1859. En tal contexto, cuando se produce y fracasa la invasión de Costa, sus vencedores fusilan tanto al general como a todos los oficiales capturados. Costa pasaba así a protagonizar ambos extremos del argumento faccional a lo largo de varias décadas de confrontación. En 1842:

"Hemos tomado más de ciento cincuenta jefes y oficiales, que fueron ejecutados al instante" (carta del Coronel Jerónimo Costa al gobernador Aldao, desde el campo de batalla de Arroyo Grande, 6 de diciembre de 1842, cit. por Dumas, 2013 [1850]: 57)¹³⁹.

En 1891:

"... la revolución que se llamó del General Jerónimo Costa, y que tuvo su desenlace funesto en los campos de Villamayor, en Matanza. En esa revolución que había sido originada por los enormes fraudes con que se habían hecho las elecciones; en esa revolución, único medio que el pueblo tenía en esos momentos para expresar su voluntad contra las proscripciones políticas, contra los fraudes electorales y contra todas las iniquidades que se fraguaban para oprimirlos; en esa revolución digo, cayeron prisioneros ciento cincuenta y tantos individuos, de los cuales sólo quince quedaron con vida" (Rafael Hernández, discurso en la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, 17 de diciembre de 1891 cit. por Chávez, 1973b: 28-29).

¹³⁸ La larga lista de abusos del unitarismo primero y del partido nacional mitrista después, profundizada en 1828-29, 1840-41, 1861-63 y 1866-68, hallaba espejo en una larga serie de agravios cometidos por partidarios federales, profundizados en 1829-31 y 1840-42, e incluía periodistas (Salinas, en Mendoza, vejado, mutilado y luego muerto con crueldad; Salvadores, estaqueado tres días y fusilado; Varela, en Montevideo, emboscado y apuñalado) líderes de partido (Marco Avellaneda, degollado) oficiales fusilados en bloque (desde la batalla de Oncativo, 1829, en adelante), etc.

¹³⁹ Dumas cita, a su vez, del *Boletín de Mendoza* N° 12, voz oficial del gobierno federal de Félix Aldao: "Glanons en passant dans le Boletín de Mendoza, no 12, cette lettre écrite du champ de bataille d'Arroyo-Grande et adressée au gouverneur Aldao par le colonel D. Géronimo Costa. 'Nous avons pris plus de cent cinquante chefs et officiers, qui furent exécutés à l'instant'".

Periodicidades, formatos, roles

Como se ha visto, la periodicidad predominante en las primeras décadas fue semanal. En el caso de Buenos Aires, con un arranque más temprano, ya desde 1823 se consolida la presencia de diarios y de trisemanarios, coexistiendo con otras periodicidades menos intensas, incluso la mensual. En el Interior, las periodicidades iniciales fueron irregulares, mensuales y quincenales, pero paulatinamente se pasó a la semanal, que predominaba a fines de la década de 1840. Después de Caseros, mientras en Buenos Aires la figura del diario es algo ya aceptado hace décadas, en la provincia del Interior con más periódicos de toda la Confederación Argentina (Entre Ríos) la periodicidad conocida hasta 1849 es la semanal, y en 1852 bi y hasta tri semanal, y los nuevos emprendimientos en el Interior Entrerriano a partir de 1849 y 1850, llegan a dos y tres números por semana, en tanto que la periodicidad diaria sólo empieza a ensayarse en la segunda mitad de la década de 1850 en Paraná, Gualaguaychú, Rosario, Córdoba, Mendoza y Concepción del Uruguay. El periódico gubernativo *El Nacional Argentino* había sido semanal desde su comienzo en 1852, pero tras su consolidación mejoró su periodicidad, hasta que en 1858 asumió el desafío de transformarse en diario hasta su desaparición en 1860. Los otros casos de diarismo fueron *El Constitucional de los Andes*, de Mendoza, *El Imparcial*, de Córdoba, *El Comercio*, de Rosario *El Eco del Litoral* (de Gualaguaychú), y *El Uruguay*, de Concepción del Uruguay, que -con lagunas intermedias- se aproximaron a la salida diaria, sobre todo a partir del impulso abierto en 1856. Las demás experiencias en el Interior fueron, en su mayor parte, trisemanarios en las provincias más activas y con prensa activa más antigua, y semanarios en el resto.

Asimismo, se da un notable crecimiento en las tiradas, que alcanzan una proporción de ejemplares por habitante sumamente alta: *El Nacional Argentino* supera los mil ejemplares; *La Revista del Paraná* se acerca a esa cifra. Esto, en una ciudad de menos de diez mil habitantes, una provincia que alcanza poco menos del quince por ciento de la población nacional. Aun así, la diferencia con Buenos Aires, aunque no al nivel de la etapa anterior, se mantiene¹⁴⁰.

El diseño, entendido como lenguaje visual con algún grado de independencia y complementación con respecto al texto escrito aún no existe como oficio sistemático¹⁴¹. La tecnología disponible es aún

¹⁴⁰ La capacidad de tirada de imprenta de *La Reforma Pacífica* en junio 1857 era de dos mil ejemplares por hora. Aunque esto no signifique varios miles de ejemplares, difícilmente fuesen menos de dos mil. Y estamos hablando de una ciudad en que diarios como *La Tribuna* se auto-sostenían con las suscripciones. En Paraná, *El Nacional Argentino* en su mejor época no pasaba de quinientos, y los periódicos de Gualaguaychú y Concepción del Uruguay no más de doscientos a trescientos ejemplares. Si llevamos la cifra total de oferta a mil doscientos, tenemos una proporción de un periódico por cada 67 habitantes de la provincia de Entre Ríos, lo cual es una exageración siendo la población alfabetizada aún muy poca, y que los periódicos pasaban abundantemente de mano en mano para su lectura. (Auza, 1978a: 17). Existen además numerosas referencias en cartas de la época e incluso en los mismos periódicos, que con las previsible exageraciones y aun contando los ejemplares para intercambio y obsequio, no pasan de jurar que se editan entre doscientos cincuenta y ochocientos ejemplares. Lo más probable es que la cifra haya sido -con excepción de *La Revista del Paraná* y *El Nacional Argentino* en su mejor periodo (1858-59, repartido con profusión por motivos bélicos- de entre doscientos y quinientos ejemplares. En Buenos Aires, según Benito Hortelano, el periódico *Los Debates* que redactaba Mitre en 1852, había alcanzado los 2300 suscriptos, afirmación que no es inverosímil dado lo exaltado del debate cívico que se vivía en el momento.

¹⁴¹ Eso no impide en Europa y los Estados Unidos el comienzo de procesos de embellecimiento visual de portadas, sobre todo a partir del auge de revistas ilustradas en la década de 1840, en Londres, Nueva York, París o incluso, poco después, Barcelona, Valencia y Madrid. Pero su imitación comenzará a producirse paulatinamente en la década de 1860.

rígida y obliga al armado por columnas verticales, y el tamaño de las prensas en términos de superficie imprimible es aún limitado. De allí que inicialmente las publicaciones se realizan en pliegos en cuarto menor y a una sola columna por página (décadas de 1810 y algunas publicaciones de la década de 1820), luego a dos y luego, por impulso modernizador y por ampliación de la superficie imprimible que aportan sucesivas imprentas que se importan, comienza a adoptarse el formato moderno clásico de la prensa europea a varias columnas. Primero a 3, luego a 4, 5 y hasta 7 columnas en las décadas siguientes. La cantidad de páginas fue siempre cuatro cuando el pliego era “sábana” o en folio, y equivalente en superficie cuando el corte era en formato menor, aunque numerosos periódicos se limitaron, sobre todo en la primera década, a apenas 4 páginas en cuarto menor, y hubo periódicos en formato amplio que presentaron durante sus primeros números apenas dos páginas. Fue la excepción la suscripción a publicaciones intelectuales, en las cuales no era raro un diseño a una columna en cuarto mayor o menor, con entre 32 y 60 páginas por número, con numeración correlativa, coleccionables.

En este aspecto no hay grandes diferencias entre Buenos Aires y el Interior, sobre todo a partir del esfuerzo modernizador rosista en la década de 1840. Hasta entonces se notaba una diferencia de fechas de ingreso de innovaciones (primeros periódicos, primera impresión a dos y tres columnas, etc.) de dos décadas entre Buenos Aires y el Interior. Pero hacia fines de los años '40, desde el punto de vista del tamaño del pliego, la calidad de los tipos y la organización en secciones, las características de los impresos eran muy semejantes en los sitios en que existían entre Buenos Aires y el Interior, con excepción del uso de la imagen visual, donde Buenos Aires lleva una ventaja de tres décadas en el uso de la litografía y de los grabados¹⁴². La cantidad de grabadores y litógrafos en la década de 1850 en Buenos Aires es muy baja, y parece ser esta escasez de personal cualificado el motivo principal de la demora en esta incorporación, además del predominio de la cultura lectora tipográfica sobre la visual.

De todos modos, en la década posterior a Caseros las mejoras en armado, en comparación con la etapa anterior, son notables: la labor de Coni en Corrientes, de Casavalle en Entre Ríos, y de las imprentas estatales en Paraná, Rosario y demás ciudades importantes presentan elegantes pliegos en folio o tamaño sábana, con excelente calidad de tipo, de papel y de tinta. Los folletines se arman a una

¹⁴² Con excepción del uso de la imagen visual, pues si bien ninguna región de Argentina alcanza el grado de habitualidad de la imagen -litográfica o por grabados- que se observa en Europa desde la década de 1840, sí podemos notar en Buenos Aires la presencia regular de la tecnología litográfica desde 1827 en adelante, asegurando la producción y venta de estampas, los servicios a particulares e incluso la publicación de un periódico oficial con ilustraciones ya en 1835, cosa que no sucede en el Interior hasta muchas décadas más tarde. Sólo el grabado hace una primera aparición hacia fines de la época rosista, en la edición especial del 1º de mayo de 1851 del periódico *El progreso de Entre Ríos* de Gualaguaychú, número en el cual se indica que el trabajo fue realizado por “uno de los artistas de Gualaguaychú”, compuesto por orlas que embellecen el documento impreso a página completa. Según Borques (1919: 28) quien recogió versiones orales, el trabajo sería obra del joyero italiano Nicolás Pérsico. El grabado se usa en el Interior durante la década de 1850 para excepcionales publicaciones en fechas especiales, sobre todo para el orlado de documentos, la elaboración de timbres (en Corrientes) y también –con menor calidad y detalle- para los periódicos satíricos que se imprimen en la segunda mitad de la década de 1850, sobre todo en Entre Ríos y Córdoba. La litografía logra en Buenos Aires un lugar en el mercado, pues se venden estampas sueltas o como series coleccionables en forma regular desde fines de la década de 1820, y colecciones periódicas de estampas desde comienzos de la de 1830. Entre 1853 y 1855, por su parte, Carlos Pellegrini había sostenido la primera época de su pionera experiencia *El Plata Ilustrado*, con grabados y estampas serigráficas de planos, personajes, maquinarias o paisajes. Pero no llega a formarse un dispositivo regular de prensa con ilustraciones, fenómeno que se manifiesta en la década de 1860 y sobre todo en la de 1880, con el ingreso de nuevas prácticas y artistas.

(suelos) o dos columnas para su colección y encuadernación, y la caja de grabados *standard* es utilizada con criterios que imitan los más modernos periódicos europeos, aunque esto se haga al costo de que los avisos de barcos de cabotaje entre Paraná y Buenos Aires o Montevideo contengan barquitos con banderas estadounidenses o británicas, o que toda venta de casas muestre un bello chalet de estilo británico de dos pisos. Esta calidad es muy semejante entre Buenos Aires y las ciudades confederales que modernizaron sus equipos entre 1853 y 1856, aunque no sucede lo mismo con la existencia de talleres litográficos, donde Buenos Aires lleva notoria ventaja.

No existiendo diseño ni presencia regular de ilustraciones propias¹⁴³, la belleza del periódico depende especialmente de la calidad del papel y fundamentalmente de la calidad y repertorio tipográficos. Esto incluye no sólo la variedad y tamaños de letras, sino también el arsenal de números y signos gramaticales, de orlas y líneas separadoras, y también de ciertas litografías de uso común en avisos y encabezados de secciones regulares como la comercial: un barril y un paquete de embarque, un pequeño barco a vela, otro a vapor, una casa, una máquina, un libro, un caballo, una vaca, etc. En todo el Interior se respeta este estilo. En todas ellas, el origen puede notarse en el material icónico. Puede así hallarse avisos de viajes de cabotaje en barco, ilustrados con un vapor cuya bandera es la de los Estados Unidos, o la inglesa, o la francesa. Las casas suelen ser propias de la campaña francesa o británica, etc.

Los formatos fueron durante todo el período bastante estables. Colaboraba con ello no sólo la convención universal respecto a tamaños de periódicos, sino, y fundamentalmente, la base tecnológica de que se disponía y el tamaño *standard* de los pliegos de papel. Las variaciones se dieron por limitaciones tecnológicas, por la escasez de insumos causada por las situaciones de guerra o por las dificultades informativas que limitaban la riqueza de las secciones¹⁴⁴.

En lo que hace a tamaños, fueron característicos los siguientes: 30 por 40 cm, 30 por 43, 30 por 45, 32 por 48 (En Paraná hasta 1855), 35 por 45, 35 por 50 (*El Eco de Entre Ríos* de Gualaguaychú), 40 por 57 (*El Nacional Argentino* desde octubre de 1855). Los pasquines mordaces tenían 20 por 30 cm, el

¹⁴³ El armado de portada típico del periodismo de la época es la colocación del título, subtítulos y datos que lo acompañan por medio de un grabado especialmente preparado, a veces acompañado por orlas y escudo, especialmente si se trata de una publicación oficial. Por supuesto, la misma permite un espacio para colocar los tipos con la fecha. Luego se utiliza el formato columna, que en Argentina se incorpora definitivamente partir de la década de 1830 (antes subsistía el formato-libro, de una columna por página, o a lo sumo dos). Dentro de ella, los títulos se colocan centrados, y se utiliza tipografía variada para cada renglón del mismo, de modo tal que el mismo queda simétrico dentro de la columna. No es necesario que el periódico tenga siempre el mismo tamaño de columna, pero por razones de practicidad, economía y costumbre suele ser así. Sin embargo, la limitación tecnológica exige que, preferentemente, en caso de cambiar la cantidad de columnas, el cambio abarque, a cierta altura, la totalidad de la hoja. Tal el caso, por ejemplo, del folletín, que en la región Litoral, donde el tamaño del pliego sábana era algo menor que en Buenos Aires, solía armarse en sólo dos columnas, con respecto a la sección que aparezca más arriba. Existe, finalmente, un uso específico de la tipografía para resaltar, diferenciar o reducir el rol de un concepto o material dentro del periódico, o para algunos datos comerciales, utilizando la itálica (bastardilla) para nombres de periódicos, libros o lugares, y dejando la tipografía más grande para los editoriales, pero siempre dentro de los límites del ancho de la columna. Lejos se está, aún, de imaginar los futuros diseños con titulaciones a varias columnas y planos de diversos anchos para la colocación de artículos en los pliegos de tamaño sábana, tan propios de fin del siglo XIX.

¹⁴⁴ Los primeros números de *El Federal Entre Riano* fueron pequeños (pero con 8 páginas) porque De María había traído sólo una pequeña prensa y poco papel; en 1859 *El Nacional Argentino* se reduce unos milímetros también por problemas en el abastecimiento debido al bloqueo fluvial; *El Boletín Comercial* de Gualaguaychú era sólo una hoja, pues no había más nada que decir en un periódico dedicado sólo al movimiento comercial.

mismo tamaño de aquellos primeros números provisorios de *El Progreso de Entre Ríos*. Esto no era tan diferente de Buenos Aires o de Europa, debido a las limitaciones tecnológicas generales, y a que siempre se tendió a establecer algún tipo de convención a nivel de normas de imprenta y de presentación ante el público. Algunos casos diferentes en Buenos Aires fueron básicamente de aumento de tamaño ("sábana"). La cantidad de columnas por página guarda relación con el tamaño: a mayor tamaño, mayor cantidad de columnas. El promedio fue de cuatro columnas por página, pero también hubo casos con cinco, y algunos con tres, de acuerdo con las ambiciones del periódico y posibilidades de la imprenta¹⁴⁵.

La división del trabajo fue menos compleja en el Interior que en Buenos Aires, dada la periodicidad más espaciada y las inferiores posibilidades de tiradas, recepción de avisos, y por ende, de inversión y financiamiento. En Buenos Aires existe -al menos en los diarios más importantes- una primitiva división del trabajo en el nivel de sección, dirección-redacción principal, asistencia de redacción y edición responsable, además del área tipográfica, en una época en que ya comenzaba a hacerse uso de la máquina de vapor. Mitre, por ejemplo, había hecho en Chile la parte de información extranjera de *El Comercio de Valparaíso*; a Bilbao le fue encargada la redacción de la parte política de *El Orden*; la sección "Teatro" era ya redactada por personas especializadas, etc.

En el Interior los periódicos se limitaron a tener un redactor y colaboradores ocasionales. En algunos casos el redactor era también tipógrafo (los De María, Luis Rebuelta). En otros, la mayor parte, era un escriba a sueldo que distribuía sus tareas entre el periódico y otros servicios a Urquiza o al Estado, o a ambas cosas. En el taller tipográfico, la división más compleja posible fue la de *El Nacional Argentino* en la época en que se constituyó en diario. Auza (1978a: 63) transcribe su composición en 1855, tomada del Archivo General de la Nación: un redactor, un administrador, un oficial primero, seis cajistas -tres jerarquías-, un prensista, nueve aprendices -tres jerarquías-. Es decir, una estructura de imprenta de 17 personas no exclusiva del diario, un administrador y un redactor. En síntesis, en el Interior la división del trabajo por temas no existe, ni tampoco una distribución de tareas más allá de los arreglos entre familiares o amigos que redactan. La del taller, por su parte, corresponde al sistema de prensas manuales con bajas tiradas. No hay aún, pues, elementos de autonomía que influyan sobre la prensa periódica a partir de códigos específicos de la actividad especializada. El redactor tiene a su cargo todo el periódico, en forma homóloga a la de la prensa europea del siglo XVIII y comienzos del XIX, pero a diferencia de ella, el público no identifica al periódico con la persona de su redactor, sino

¹⁴⁵ *El Nacional Argentino* llegó a las cinco columnas, con una organización no siempre respetada pero que tendía a presentar en cierto orden los temas típicos: documentos oficiales, artículos editoriales, re- vista de periódicos nacionales y de periódicos extranjeros, secciones de literatura, teatro y ciencias, información mercantil (aduanas, marítimas, correo, revista comercial, agricultura), folletín, remates, avisos. Esta organización se fue complejizando desde la preeminencia de temas de Estado (documentos) en 1852-54, hacia una estructura que emula cabalmente los más avanzados modelos de periódicos de distintas regiones con los que se intercambia ejemplares, en el momento en que se hace cargo Marbais du Graty (1856-57).

con el poder estatal, del que el redactor es su instrumento, y por ello puede remplazarse en numerosas ocasiones sin poner en crisis el vínculo del periódico con el lector.

Por otra parte, como lo muestran los casos de Salta, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, la incorporación de una imprenta requería la formación de personal, pues debido a los costos, se enviaba desde Buenos Aires un maestro impresor, no un gran equipo. En Buenos Aires existe -al menos en los diarios más importantes- una primitiva división del trabajo en el nivel de sección, dirección y edición responsable, del área tipográfica, en una época en que ya comenzaba a hacerse uso de la máquina de vapor.

A medida que evolucionaron los talleres y se sumaron regularidades, se notó en Buenos Aires una organización algo más compleja que en el Interior. Esto se debió, por una parte, al muy superior volumen de negocio del que se ocupaban los servicios particulares de imprenta donde se imprimía también el periódico. Por la otra, a medida que se logró una regularidad más intensa (bi y trisemanarios, diarios) y una plancha de impresión más grande, fue posible ampliar la cantidad de material a publicar. Por ello, en concordancia con el modelo europeo que se imitaba, se amplió la cantidad de secciones y los tipos de colaboración. De este modo el taller de imprenta requería más integrantes, y el periódico pasaba de un único redactor a uno por sección, y colaboradores, tanto regulares como ocasionales. En ambos aspectos, Buenos Aires lograba una ventaja de dos décadas.

Toda esta organización, división del trabajo, estructura de formatos y regularidades tenía un destinatario prioritario: el ámbito de lectura de letrados con expectativas de acceso a la publicidad de los actos de gobierno, al libro, a la divulgación artística y literaria y a la información económica, estadística y práctica (correspondencia, puertos, servicios de transportes, etc.). Se trataba de un ámbito que iba desde el funcionariado hasta sectores del comercio y la empresa, con algunas primitivas segmentaciones.

Sabemos que existe una pequeña segmentación por género expresada ya desde los tiempos de *La Moda* y mejor delimitada a partir de la década de 1860, otra segmentación por afinidades temáticas y otra que dividía destinatarios entre letrados y no letrados, a la hora de lanzar experiencias a impresión. El alfabetismo está creciendo velozmente pero no en la escala que se logrará imponer en las últimas décadas del siglo. Como indica Rivera (1968, 1990, 1998), la política educacional viene elevando el alfabetismo desde la década de 1850, pero recibe impulso decisivo a partir de las presidencias Sarmiento y Avellaneda. Los censos nacionales de 1869 y 1895 muestran por ello un salto de aproximadamente 21 a 45 por ciento de alfabetismo, lo que pondrá a Argentina, durante varias décadas, en una posición de avanzada en guarismos de alfabetización, incluso en comparación con países de Europa occidental como Bélgica o Francia, y más aún con Italia, España o Rusia¹⁴⁶, pero en Europa occidental la extensión de la cultura lectora es mucho mayor, y existen las esferas públicas

¹⁴⁶ Rivera (1990) nos recuerda que el alfabetismo alcanzaba apenas el 10 por ciento en España, Italia, Austria y Rusia en 1860, y en el promedio de Europa Occidental se había logrado un 50 por ciento de alfabetismo en 1900.

burguesas forjadas por fuera del mundo funcional., así como las incipientes esferas forjadas por otras capas plebeyas.

Es posible registrar en el país algunos indicios incipientes de estos cambios: la definitiva conformación de un segmento importante de la población (toda su capa dirigente e intelectual) en torno a una cultura tipográfica, con competencias y convenciones específicas, en la cual la prensa periódica ocupa un lugar importante, es ya una realidad en el país. No lo es tanto, todavía, la aparición de "las masas lectoras", que serán la contracara de la prensa de masas de comienzos del siglo XX.

En las primeras décadas el impulso civilista e ilustrado de Mayo de 1810 comenzó a mostrar pronto sus limitaciones a medida que todo el esfuerzo material y humano se concentró en la guerra de independencia y en las guerras internas. Las sociedades lancasterianas fueron uno de los mecanismos de fomento a la educación elemental. Se creó también la Universidad de Buenos Aires, pero esta debió incluso depender exclusivamente de financiamiento privado en el momento más álgido de la guerra civil. Pocas escuelas fueron creándose en Buenos Aires y en el Interior, muchas veces por iniciativas voluntaristas como lo mostraba el padre Castañeda en su etapa de Santa Fe y Entre Ríos, ya desterrado de Buenos Aires. El analfabetismo era muy extendido. Recuérdese hasta qué punto faltaba gente formada que el Gobernador Solá, de Entre Ríos, no podía encontrar un secretario de Gobierno en 1824. Luego, el período de las guerras civiles desmoronó los esfuerzos realizados por contar con más escuelas primarias.

Urquiza dio a partir de 1848 un fuerte impulso a la educación básica (en 1859 funcionaban 47 escuelas primarias sólo en el Territorio Federal), y realizó varios intentos en cuanto a enseñanza media, tratando de abrir espacio para la formación superior, donde se constituyera la futura capa dirigente de la Confederación. Es hacia fines de la década de 1840 cuando la relativa estabilidad económica, política y militar permite avances en el campo de la instrucción. El hecho de que fuese la política de Urquiza, sobre todo a partir de su consolidación militar en 1847, la que impulsase claramente la educación y la cultura, tuvo notables efectos en la década siguiente cuando el entrerriano extendió al Estado confederal sus planes políticos¹⁴⁷. Mejoras equivalentes son notables en el resto de las provincias, con Mendoza, Córdoba, Santa Fe y Corrientes a la vanguardia, pero también Salta y Tucumán. El campo

¹⁴⁷ El Colegio del Uruguay, por ejemplo, fue una gran iniciativa cuyo arranque data de 1849 y cuyos primeros frutos intelectuales se hacen notar en la presencia regular de un plantel intelectual en la ciudad, y sobre todo, en sus primeras camadas de egresados cuyo impacto intelectual se hace notar a comienzos de la década de 1860. El propio Bartolomé Mitre reconocería, después del ciclo de guerras civiles, la importancia de esta iniciativa, hablando de la necesidad de cátedras de estudios literarios nacionales: "No conozco más tentativa en este género que la del Colegio Nacional del Uruguay, pues ni aún en la misma capital de Buenos Aires se ha pretendido implantarla en esas condiciones" (Mitre, 1887: 7. Cit. por Rojas, 1957, *Los Gauchescos I*: 62). Del Colegio saldrán numerosos futuros periodistas de importancia como el ya mencionado Olegario V. Andrade, pero también José A. Mantero, quien toma a su cargo la redacción de *El Uruguay* en 1860, José S. Álvarez (Fray Mocho, fundador de *Caras y Caretas*) u Onésimo Leguizamón (Ojeda y Moyano, 2003). En Córdoba, la presencia del Colegio de Monserrat y de la Universidad en la que éste se inscribía potenciaba el núcleo intelectual que -tras la independencia- se agrupaba en torno a la autonomía provincial, espacio de que profundizó al nacionalizarse la Universidad en 1854. Los Colegios Nacionales, los Liceos de Señoritas y las Escuelas Normales tendrían impacto posterior, al iniciarse su creación en 1863 los primeros y en 1870 las Escuelas Normales. La oleada inmigratoria corresponde al mismo ciclo, acrecentada con enorme empuje desde 1856, pero cuyo verdadero auge comienza en la década de 1870.

temático de los periódicos se ha ampliado, y una proporción mayor de población accede a ellos con la mejoría del correo y el surgimiento de periódicos en ciudades que antes no lo poseían. La extensión del folletín en los periódicos, explícitamente dirigido en varias oportunidades al "bello sexo" abre espacio para una incorporación más regular de la mujer lectora.

En todas las provincias, los periódicos apuntaron a materiales útiles para las elites estatal, económica e intelectual, a través de la estabilización de secciones y la emulación de referencias modernas. Esta perspectiva lleva a la configuración cada vez más estable de espacios de lectura y comentario de lo leído: en la capital de la Confederación se conforma un club político (el socialista argentino) donde se comentan los materiales del diario, ya en 1858 (Moyano, 1996). En 1861, la *Revista del Paraná*, primer intento sistemático de publicación con tópicos de interés intelectual a salvo de los espacios faccionales, logra una suscripción superior a los 600 ejemplares por número en el territorio de la Confederación y una tirada de 1000. La lista de suscriptores está constituida en su inmensa mayor parte por funcionarios del Estado, y en menor medida por integrantes de las clases propietarias (Ojeda y Moyano, 2003).

Es muy difícil dar cuenta del aspecto cuantitativo de la alfabetización en las provincias en la década de 1850, pues el primer censo nacional se realizó en 1869. Pero hay datos (incluso censos locales) que permiten notar que el analfabetismo tuvo un pequeño y lento descenso en los años 50 en las cabeceras departamentales, y que no se modificó en las villas pequeñas y áreas rurales, donde no se había constituido todavía una infraestructura de instrucción básica.

En este contexto, como hemos visto, existe desde el comienzo de la prensa -especialmente durante las guerras de independencia y las guerras civiles- la lectura en voz alta. Ya el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* otorgaba a los párrocos un rol decisivo como correa de transmisión de los contenidos del periódico. En las guerras de independencia, los argumentos cantados tomaron la forma de cielitos patrióticos, como los de Bartolomé Hidalgo, y ya en el plano de los combates político-faccionales, surgieron las poesías satíricas y de reafirmación de posiciones propias, hasta que en la década de 1830 los periódicos en verso se constituyeron en un tipo de prensa en sí mismo, tanto en Buenos Aires como en provincias interiores como Mendoza. La práctica continuó durante la década de 1850, aunque no con la extensión de los primeros años '30, existiendo periódicos de circunstancias en verso, así como contenidos versificados, cielitos patrióticos, etc. insertos en los periódicos "serios", incluso los oficiales. Ascasubi y Obligado en Buenos Aires, Ruperto Pérez, Juan Gualberto Godoy, José Hernández y otros en el Interior, continuaron produciendo periodismo en verso gauchesco.

Esta práctica, sostenida en su interlocución con los modos de sociabilidad y participación política de sectores populares analfabetos, recorre sus espacios de encuentros: pulperías, boticas, levas y campañas militares, conchabos de trabajo rural, fogones, atrios y plazas de mercado. Hemos

mencionado antes el enorme peso simbólico de la poesía, especialmente la gauchesca, durante las campañas, registrado en la memoria oral incluso varias décadas más tarde de su publicación en periódicos, folletos y hojas sueltas. Si bien la poesía y las letras de canciones cumplen un importante rol también en sectores alfabetos, en el caso de los no letrados es un factor decisivo de conexión con el periódico, que se amplía a la escucha de otras secciones: los actos de gobierno, las consignas y proclamas de la propia facción, el novedoso folletín. Si esta práctica de contacto con la lectura se desdibuja con la creciente alfabetización y el fin de las fuerzas militares que caracterizaron al ciclo de guerras civiles decimonónicas, su peso simbólico se ratifica en su reciclamiento: la popularización del folletín de entretenimiento popular y del libro económico trasvasa la gauchesca a éxito editorial y teatral imbatible: se abre la era de Martín Fierro y Juan Moreira¹⁴⁸.

En cuanto a la paulatina alfabetización, esta se logró fundamentalmente por el impulso de la “Educación común” logrado por las iniciativas de Sarmiento y continuadas durante las presidencias de Avellaneda y Roca, con una gigantesca extensión del sistema de escuelas estatal, desde el cual se completó la integración del heterogéneo universo de pobladores rurales y urbanos, de origen nativo o inmigrante. En cuanto al refuerzo informal de apropiación de la lectura, no hubo en Argentina un fuerte movimiento bíblico del volumen del observado en el mundo anglosajón durante el primer y segundo Reavivamiento o en regiones de Europa occidental¹⁴⁹ (aunque sí se puede observar su extensión por las colonias inmigrantes de las costas del Paraná y el Uruguay, en Entre Ríos y Santa Fe desde la década de 1850). A ello se agregaban los costos del libro notoriamente más altos, todavía inaccesibles fuera de las elites. Se extremaba entonces la función del periódico, sobre todo en el Interior, y muchas bibliotecas se forjaron encuadernando colecciones de periódicos, o recortando y encuadernando folletines, como lo atestiguan aún hoy diversas bibliotecas populares y públicas de distintas localidades de las provincias.

Un último sector corresponde a estos años: el de los extranjeros interesados en noticias de sus respectivos países, especialmente cuando éstos se hallan en situación de guerra. Pero esto no es todavía muy notable en el Interior, pues la cantidad de extranjeros aún no es todavía tan alto, como lo es ya en Buenos Aires, y la mayor parte de ellos son rápidamente integrados, y por lo tanto no constituyen un

¹⁴⁸ *El Gaucho Martín Fierro* (1872) y *La Vuelta de Martín Fierro* (1879) son un verdadero *boom* de ventas, agotándose sus ediciones una y otra vez. *Juan Moreira* (1879) publicado originalmente en folletín con enorme éxito popular, alcanza infinidad de ediciones y habilita un género novelesco popular completo. Su transferencia al circo criollo y al teatro genera la obra más vista de todos los tiempos en el país. Ambas obras pasan al cine en el siglo XX.

¹⁴⁹ En la Europa de 1850, una figura típica es la de la persona alfabetizada de una familia rural o urbana de pocos recursos materiales, en la que algún miembro se encarga de enseñar a leer al resto con gran tesón y utilizando cada tiempo libre escamoteado al trabajo (Hoggart, 2013). Movimientos religiosos de los siglos XVIII y XIX, así como el novedoso socialismo del siglo XIX apuntan a validar este tipo de conducta como deseable y aún un deber, combinando paulatinamente accesos a la instrucción formal con este procedimiento. El material típico de esta enseñanza son la Biblia y otros textos de doctrina cristiana, unos pocos folletos de bajo costo y los periódicos autorizados según la institución de referencia (iglesias, gremios, núcleos socialistas, en distintos momentos y ámbitos) los cuales incluyen en forma generalizada libros por entregas y novelas de folletín, la literatura romántica a la que también se accede por mecanismos de préstamo y acceso a bibliotecas abiertas. La notable productividad de las hermanas Brontë expresa en gran medida el momento histórico en Gran Bretaña.

público diferenciado; los que aún no se integran, mientras tanto, tienen ante sí la barrera del idioma; y en el caso de los italianos, comunidad más numerosa, casi todos los comandantes de barcos son de esa nacionalidad y tienen acceso directo a los mismos periódicos que extractan los locales, y facilitan la circulación de la prensa extranjera porteña. Aun así, ya se manifiestan casos pioneros. No casualmente, los primeros ensayos de prensa extranjera en el Interior suceden en los puertos receptores de migrantes: Rosario, Gualeguaychú. En este arco de periódicos y sus destinatarios quedaba conformado un espacio de roles para los primeros.

En el proceso político este es evidente: cumple un rol muy importante como herramienta de confrontación y deslegitimación del adversario, así como de la propia legitimación hacia adentro y hacia afuera del país. En Buenos Aires, comienza a esbozarse la esfera pública: el ámbito en el que se produce opinión pública en la interacción entre fuerzas políticas y sociales, prensa y parlamento.

En el Interior esta posibilidad permanece sin abrir a pesar de los intentos en Cuyo y hasta Córdoba en los años '20, y en el conjunto de la Confederación en los años '50. La legitimación se concentra en “uniformar la opinión” desde arriba, la traducción en palabras de las ideas y acciones del poder, el cual tampoco representa a la ciudadanía sino a sí mismo. Aunque utilice giros retóricos sobre la soberanía popular, mostrando pruebas de su capacidad de expresar los intereses del pueblo, su legitimidad se funda en el equilibrio de la pirámide político-militar de poder. Todos los esfuerzos temáticos de la sección editorial pueden reducirse a esta legitimación, tarea necesaria para tornar viable el aparato de Estado Confederal que aún no tiene moneda ni ejército nacionales, pero que atrasa aún más el también necesario objetivo de mostrar una esfera pública sostenida en un sistema de periódicos libre y en manos particulares. La sección de publicación de los documentos del gobierno apunta al mismo rol, a la vez que reproduce el modelo ideal de la prensa burguesa de publicidad de los actos de gobierno como obligación constitucional, aunque no logra producirse aún, en las provincias interiores, una clara delimitación de las funciones de Boletín Oficial con la de periódico político.

En el proceso económico su rol es semejante en Buenos Aires y el Interior en cuanto a la provisión actualizada de información de relevancia económica para empresarios y comerciantes: precios, entradas y salidas de puertos, datos de transportes, avisos publicitarios, cuentas públicas, etc. Las diferencias se manifiestan en el volumen del mercado alcanzado. En Buenos Aires, las imprentas constituyen un mercado de bienes en sí mismo, y se ha formado ya en 1857 la Sociedad Tipográfica Bonaerense. Sus integrantes compiten en servicios y precios y diversifican sus servicios en una escala que no se ve hasta mucho después en las provincias interiores, y con una diferencia de volumen y actualización técnica que se mantendrá incluso en el siglo siguiente. Esta diferencia también se manifiesta en el mercado de captación de avisos pagos: en Buenos Aires, el volumen de éstos es alto, puede ocupar más de un tercio y hasta un 40 por ciento de la superficie impresa en periódicos que

compiten entre sí por la contratación de avisos, y anticipa la transformación empresarial que se producirá en las décadas siguientes. En el Interior esto no se hace aún presente, y los avisos siguen siendo pocos, poco cobrados, y concentrados en el Estado como anunciante y avisos locales ocasionales (compras y ventas de inmuebles, transporte fluvial, oferta de servicios personales, etc.). Es sintomático que los primeros esfuerzos para la publicación de boletines comerciales provengan de localidades portuarias, y que los títulos como *El Mercantil* o *El Comercio* provengan de localidades con mejor conexión portuaria o con la expectativa de una conexión inmediata.

También en el sentido económico (aunque mezclado con el político) encontramos la participación de la prensa en los esfuerzos por acelerar el poblamiento y desarrollo económico del interior del país, difundiendo las potencialidades del mismo en Buenos Aires y en el extranjero, buscando promover inversiones para un ferrocarril, para un camino de Rosario a San Luis, para navegar el río Salado, el Bermejo, etc. En cambio, en términos de su participación como empresa en la vida económica empresarial, su rol en el Interior es nulo. La presencia importante de las imprentas en la economía local de las provincias interiores es un hecho de fines de siglo.

En el proceso social y cultural, el periódico cumplió roles importantes, incluso claves: el agrupamiento de redes intelectuales, la difusión del discurso legítimo¹⁵⁰, la forja de espacios de discusión política y cultural y de autonomización de la sociedad civil, etc. Este proceso fue mucho más exitoso en Buenos Aires, a pesar de los constantes retrocesos y dificultades, a punto tal que en la década de 1850 los debates en la prensa impactan en los parlamentarios y viceversa, mientras los periódicos articulan núcleos y debates políticos, económicos o literarios. El típico subtítulo de un diario “político, literario, comercial”, “universal”, “político, literario y mercantil”, honra su función.

Mucho más difícil fue este proceso en el Interior, donde la difusión del discurso legítimo se magnifica y la conformación de ámbitos de encuentro y debate se retrasa no sólo por las guerras y dificultades, sino porque el orden estatal requiere, durante varias décadas, un régimen de lealtades con el cual el libre juego de periódicos entra en contradicción.

Pero aún en este difícil contexto, la conformación de espacios de encuentro y debate se buscó una y otra vez. Si en Cuyo en los años '20 no se pudo consolidar, durante la Confederación con capital en Paraná se alcanzó nuevos niveles al permitirse periódicos opuestos en debate, promoverse la formación de clubes y asegurarse un arco de contenidos amplio en la medida de los límites del régimen.

Hubo lecturas colectivas en los clubes creados en las capitales de las provincias más importantes, y en el caso del territorio federalizado, en tres de ellas: Paraná, Gualeguaychú y Concepción del Uruguay. Pero esta afirmación debe tomarse con cuidado, pues como sabemos aún no había nacido el espacio de la política entendida como concurrencia de los ciudadanos iguales con garantida libertad de crítica. Por

¹⁵⁰ De interpretación de la realidad actual, con una incidencia importante en la disposición a la lucha y en la incorporación de discursos de identidad, autoconfianza y autolegitimación.

lo tanto la expresión "debate" ha de tomarse en el sentido limitado que le hemos dado en este mismo capítulo. Es cierto -por ejemplo- que desde la instauración de la Confederación, en Paraná se constituyeron dos clubes políticos "a imagen y semejanza de los europeos" (Chávez, 1973b: 34; Vásquez, 1970), y que por lo tanto la lectura y comentario del periódico era casi un deber. Pero el campo del debate tocaba rápidamente techo cuando abordaba temáticas que afectaban la unidad monolítica de la acción y discurso del poder. Es claro ejemplo de esto (pues reproduce lo sucedido en el gobierno y en la prensa) que cuando realmente aparecieron diferencias importantes en el seno del gobierno confederal, los dos clubes de Paraná se fusionaron en uno solo. Se ha citado aquí ya un par de veces a Habermas en cuanto al desarrollo de cuatrocientos cincuenta clubes y doscientos periódicos en París en la primavera de 1848. En Paraná la cifra más modesta (dos clubes: el socialista y el argentino, fusionados en el socialista argentino en marzo de 1859) se expresa también en el campo temático: es posible entresacar referencias fragmentarias que muestran la ausencia de fuertes debates en temas centrales, y la abundancia de "agradables tertulias" (Chávez, ídem) en que el progresismo abundaba pero la política se mantenía acotada: ideas para constituir un banco hipotecario de descuento, depósito y emisión, que no logran respuesta ni acción alguna del gobierno, participación en las comparsas del carnaval, brindis, conciertos, lectura de poesía y teatro. El programa del club socialista no podía ser más claro:

"sostener la uniformidad de la opinión pública, estrechar los vínculos de confraternidad, que felizmente reinan entre las familias que forman la primera sociedad de esta Capital y propiciar todo género de mejoras y adelantos posibles en nuestra sociedad" (Objetivos del Club, cit. en Auza, 1978b: 33).

El mismo autor y Fermín Chávez (1973a: 35) transcriben información que brinda Juan Giménez en *Paraná, Capital de la Confederación Argentina*, donde se cuenta que además de estas veladas, los clubes Socialista y Argentino (así como otro para sectores más humildes y menos blancos llamado *Club de los Artesanos*) eran ámbito de baile y "amena conversación". Auza cuenta cómo Lucio Mansilla escribía a su amigo Juan María Gutiérrez quejándose de la ciudad "muerta" y del carácter "metafísico" del tratado sobre las instituciones liberales de Grimke, que él tradujo y publicó en *El Nacional Argentino*, y cuyas ideas le resultan impracticables en Paraná. En Gualeguaychú también se constituyeron clubes y ámbitos, y esto de inmediato generó conflictos demasiado duros para procesarlos en "amena conversación", lo que obligó a cortar de cuajo con semejante práctica hasta que se calmasen los ánimos. Más protegido era el espacio del impresor De María, pues lo garantizaba su cargo diplomático:

"En esa casa que acabo de reseñar quedó instalada la primera imprenta de esta ciudad, y como además era la casa habitación de la familia De María, fue también punto muy frecuentado por lo más distinguido de esta sociedad, pasándose horas amenas en familiares tertulias. Además en esa casa estuvo el Vice Consulado de la República Oriental del Uruguay, siendo el Señor De María el primer cónsul de aquella República en esta ciudad, por siete años desde 1850 a 1857, era la casa solariega de los emigrados orientales". (Borques, 1919: 21).

Este espacio generó conflictos con Urquiza ya en noviembre de 1852. En 1858, la cuestión era más complicada: el nivel de agresión que se produjo cuando apareció el periódico liberal *La Esperanza de Entre Ríos* en 1858 fue tal que obligó a este último grupo a guardar apariencias llamándose a silencio hasta después de Cepeda. Una estrategia para abordar este límite fue equivalente a la ya puesta en práctica en la prensa y el parlamento: la definición de "islas" a salvo de la lealtad extrema al poder, de las lealtades facciosas. Estas islas no implicaban garantías para la crítica en el marco del ámbito de esfera pública ya constituido, sino espacios temáticos que no tocaran la médula problemática del poder y que a la vez permitieran la manutención del ámbito de encuentro. Podía entonces debatirse con vehemencia todo aquello que estuviera autorizado: iniciativas de progreso local, grados mayores o menores de diatriba al enemigo, elogios y aplausos mutuos, recomendaciones de personas, etc. Por lo tanto, este espacio de encuentro y lectura no era de politización, como correspondía a los clubes burgueses europeos, sino de sociabilidad, en ciudades tremendamente pequeñas donde la vida cultural y social era estrecha. Hechas estas salvedades, es evidente que estos clubes cumplían un rol, y en ese rol, el periódico tenía su lugar.

Debe mencionarse, por último, al periodismo como espacio de entrenamiento literario y de producción de textos para la administración pública. Así como grandes escritores del siglo XIX (Sarmiento, Mansilla, Mitre, Mármol, Andrade) forjaron su oficio en la práctica periodística, muchísimos otros hombres -más adelante, también mujeres- de la literatura y la política pasaron por el periodismo. En el momento final del período estudiado, este entrenamiento comienza a exigir cambios y un nuevo tipo de periodismo polemista: quienes se inicien en el oficio deberán aprender el uso de la palabra escrita expresiva y persuasiva con una transformación fundante: pasar de expertos en fórmulas retóricas teñidas de sentido misional romántico y polémico-argumentativo, a formas de convencimiento "con un oído puesto en el corazón y otro en el público", el axioma de la lógica del mercado.

3.4.3.3. Periodistas

Periodistas de Buenos Aires

A lo largo del período existió en Buenos Aires una cantidad importante de hombres que ejercieron el periodismo, algunos de ellos como oficio en el naciente pero muy limitado mercado, la mayor parte como parte de sus armas de lucha política. A la primera camada de intelectuales como Belgrano, Vieytes o el Deán Funes se suma la generación de jóvenes de Mayo: Mariano y Manuel Moreno, Monteagudo, Pazos Silva, etc., los primeros emigrados españoles (Valdés, Senillosa) o figuras inusuales como Castañeda. Se suman a ellos la generación de líderes que en la década de 1820 intentan una modernización con horizonte europeísta (Ignacio Núñez, Santiago Wilde, Santiago Wright, Salvador del Carril, Domingo de Oro, etc.), aquellos que ocupando un rol secundario en el aparato de

poder se hacen un lugar desde el empleo público (Cavia, Agrelo) o desde su vinculación a grupos de interés (Lasserre), o aquellos que llegan como inmigrantes para ocupar lugares en la imprenta, en el periodismo estatal o en ambos espacios (Hallet, Bacle, De Ángelis, etc.). Durante la época de Rosas varios de ellos continúan activos, en tanto se suman figuras que desde la imprenta o desde la redacción validan sus oficios y se aseguran el empleo militando a su vez en el campo de ideas políticas de su facción. Son los casos, por ejemplo, del propio De Ángelis, Pero Ponce, Luis Pérez, Federico de la Barra, Buenaventura Arzac, etc. A ellos se sumará un compacto núcleo de españoles que migran a Buenos Aires por razones tanto políticas como económicas, destacándose entre Marcelino Toro y Pareja y Benito Hortelano, quienes llegan a fines de 1849. De todos los grupos de periodistas, sin dudas el más importante por su número, su influencia política e intelectual y su rol en la futura conformación de la industria, fue el que se conformó en torno a la corriente liberal durante el exilio antirrosista: Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento, los Hermanos Varela, Palemón Huergo, Hilario Ascasubi, Valentín y Adolfo Alsina, Wenceslao Paunero, Carlos Tejedor, José Mármol, Luis Domínguez, Félix Frías, Miguel Cané, Juan María Gutiérrez, Carlos Du Terrade. Con excepción de Sarmiento, quien se exilió apenas instalado Urquiza en Buenos Aires, para retornar recién en 1855, el resto se insertó de inmediato en la lid periodística porteña, y continuó en ella a lo largo de todo el período y aún más. Los integrantes de estos grupos circulan de un periódico a otro, algunas veces como colaboradores ad honorem, otras como redactores contratados a cambio de una paga específica, en el resto como integrantes de proyectos de riesgo empresario. Constituyen un espacio plural, con posiciones políticas bien definidas y que entran en numerosas oportunidades en conflicto entre sí, pero que se reconocen explícitamente como parte de un mismo espacio. Sarmiento y Mitre fueron sin dudas los más exitosos periodistas de este núcleo generacional¹⁵¹.

Los cruces son notables: En el primer *Debates* redactó Mitre y colaboraron Palemón Huergo, Luis L. Domínguez y Manuel Montes de Oca entre otros; En *La Nueva Época* Héctor Varela, Adolfo Alsina y Miguel Villegas. En *El Progreso*, antes de que la crisis política los aleje, escriben Delfín Huergo, Diego de Alvear y José Mármol, entre otros; En *El Nacional*, escriben en distintos momentos Vélez Sársfield, José María Gutiérrez, Palemón Huergo, Mitre, Miguel Cané, Juan Carlos Gómez, Carlos Tejedor, José Murature, Sarmiento a su regreso de Chile, entre otros. En *El Guardia Nacional*, periódico fundado tras y a favor de la revolución del 11 de setiembre, redacta Héctor Varela. En *El Paraná*, Mármol. En *La Tribuna*, los Hermanos Héctor y Mariano Varela, Juan Ramón Muñoz y otros. En *El Pueblo*, José María Saborido y José Mármol. En *La Religión y El Orden*, el redactor principal

¹⁵¹ Sarmiento trasciende su tiempo como uno de los grandes escritores del siglo XIX. Su influencia periodística fue elevada, logró una importante carrera diplomática, fue gobernador y presidente de la Nación, además de funcionario clave en los inicios del sistema de Educación Común que puso al país a la vanguardia de la instrucción pública. Mitre trasciende su época como uno de los fundadores de la historiografía argentina, y como fundador de una de las primeras empresas periodísticas modernas, cuyos resultados perduran en la actualidad. Fue además militar, gobernador, presidente de la Nación y legislador.

sería Félix Frías, principal exponente periodístico de la corriente católica de su tiempo, en el segundo caso acompañado Luis L. Domínguez. En *El Nacional de la Semana* convergieron Sarmiento y Palemón Huergo.

Otros periodistas de Buenos Aires fueron aquellos que habiéndose formado bajo el rosismo, ya fuese en la práctica periodística o en la educación superior, tuvieron serias dificultades para encontrar un lugar en la sociedad que se suponía promisorio pero que frente a la finalización de la época rosista y la llegada del aluvión de desterrados entró rápidamente en crisis. Entre ellos el grupo de jóvenes que habiendo estudiado en Buenos Aires o Córdoba, intentó adecuarse a las nuevas reglas de juego. Uno de estos grupos hizo su aparición pública con el periódico satírico *El Padre Castañeta*: Miguel Navarro Viola, Benjamín Victorica, Eusebio Ocampo, Juan Francisco Monguillot. El cierre de las puertas de la participación política le significó a la mayor parte de ellos pasarse al bando de la Confederación. Victorica se transformó pronto en hombre de confianza y yerno de Urquiza, ingresando a la vida política, empresarial y periodística de la mano del general entrerriano. Victorica fue el fundador y conductor de *El Uruguay* de Concepción del Uruguay en 1855. Monguillot volvería a Buenos Aires a ejercer el periodismo urquicista en 1857, para marchar nuevamente al destierro radicándose en Rosario, donde fue funcionario judicial y redactor de periódicos. Otro grupo que no logró ingresar a la integración en la elite política porteña fue el de Nicolás Calvo, al que perteneció José Hernández. Calvo redactó su diario *La Reforma Pacífica* casi en su totalidad, contando con una enorme experiencia en la pluma cotidiana. Se vio, sin embargo, obligado a desterrarse, debido a las insoportables persecuciones judiciales y amenazas que sufrió. El problema central de este grupo no fue constituirse en opositor político, práctica que en Buenos Aires se había comenzado a estabilizar en estos años, sino el apelar a Urquiza como aliado y como apoyo político y económico, algo que, como vimos anteriormente, marcaba un punto de ruptura, y afectó también a De la Barra y a Marcos Sastre. Hubo otros periodistas del período que no pertenecieron al grupo principal ni a los que se retiraron a la Confederación: Eran aquellos que por provenir del extranjero y ocuparse fundamentalmente de asuntos no ligados directamente a los intereses de una facción, pudieron innovar en las prácticas de escritura. Ejemplo típico son Benito Hortelano y Manuel Toro y Pareja, españoles exiliados mitad económicos, mitad políticos, llegaron a Buenos Aires en 1850, buscando oportunidades de enriquecimiento, apelando a todos sus saberes y realizando actividades comerciales de muy diversa índole. En el campo del periodismo fueron sumamente innovadores tanto en las técnicas de imprenta como en las de organización por secciones y temas del periodismo, así como en la búsqueda de la expansión de la función polémica y llamativa del periódico bajo condiciones de vida política parlamentaria, para

mejorar sus oportunidades de comercialización¹⁵². Después de Caseros, se produjo la convergencia entre Hortelano, quien veía al periodismo como fuente de enriquecimiento, y Mitre, quien lo veía como fuente de ingresos pero fundamentalmente como instrumento de acción política. Como indica Hortelano:

“Desde el día primero de febrero nuestro diario, *El Agente Comercial*, no había vuelto a aparecer; tampoco el *Diario de Avisos* ni el *Diario de la Tarde*. El día cinco propuse a los socios que debíamos continuar, en lo que encontré resistencia por algunos; pero al fin, mis razones los decidieron y dimos por la tarde una hoja suelta, que fue leída con avidez y entusiasmo por el nuevo lenguaje que en ella empleábamos. Al siguiente día salió el número completo, iniciando una política arreglada a la nueva situación, anatematizando lo que cuatro días antes habíamos santificado. ¡Así es y será en todos tiempos y en todas las naciones la prensa! Hacer bueno hoy lo que ayer era malo. Como era consiguiente, y como yo esperaba al aconsejar la continuación del diario, éste tomó una popularidad extraordinaria. Era el único diario y, por consiguiente, las muchas disposiciones gubernativas de aquellos días interesaban a todos, por lo que se hizo necesario a la población.

Había venido en el ejército un joven precedido de alguna fama como periodista y hombre de esperanzas; este joven era el comandante don Bartolomé Mitre, quien pronto se puso en relaciones con nosotros y a quien encomendamos la dirección del diario con la asignación de cuatro mil pesos papel mensuales. Propuso al hacerse cargo de la redacción, el cambio del nombre de *El Agente* por el de *Los Debates*, para que no tuviese punto de relación ninguna con las doctrinas que el *Agente* había sostenido. El primero de marzo se hizo cargo con tan brillante éxito que el público corrió a suscribirse al diario de moda, y a fe que lo merecía, porque fue un diario como no había habido otro ni después ninguno lo había igualado. Dos mil trescientos suscriptores llegamos a contar en nuestros libros, cosa sin ejemplos en estos países. *Los Debates* ha dejado nombre, pero lo que nosotros trabajamos en aquella época es incalculable, y a ello, más que a otra cosa, se debió un magnífico éxito” (Hortelano, 1936: 212).

A medida que avanzó la etapa, el espacio de integración que se abría para los periodistas que proviniendo del Interior se adaptaban sin fisuras a las nuevas reglas de juego se consolidó. Así, fueron periodistas y dirigentes reconocidos el sanjuanino Sarmiento, el tucumano Avellaneda y el cordobés Vélez Sársfield, quienes anticipan además una transición política posterior: la nacionalización de la capa dirigente en la década de 1870. Por cierto, como ejemplo de la imbricación entre periodismo y práctica política de sus agentes en la Buenos Aires de la “República de la Opinión”, podemos notar que los tres primeros presidentes de la Argentina en la época de la Organización Nacional (Mitre, Sarmiento, Avellaneda) fueron redactores de periódicos y en particular del prestigioso *El Nacional* en la época de separación de Buenos Aires de la Confederación.

El avance del mercado permitió la continuidad de la prensa en idioma extranjero, aunque con algunas variaciones importantes: el francés cedió terreno como idioma “culto” y bien visto en las clases acomodadas, quedando relegada su prensa a la colectividad específica. Había, sin embargo, un enorme potencial para estas publicaciones debido al impacto de la creciente inmigración. Así, se estabilizarían con el tiempo diarios y periódicos en inglés, en italiano, en francés y en alemán.

¹⁵² Para Hortelano las condiciones de expansión comercial en el periodismo no podían ser mejores, al menos en apariencia. Sin embargo, la época tenía su costado ambiguo: en primer lugar, las vías de comunicación con el Interior eran sumamente precarias, tanto en términos de transporte como de correo, en tanto que el cumplimiento de compromisos de pago no era algo consolidado en la cultura comercial local. En segundo lugar, el poco desarrollado mercado de la prensa mantenía sujeta la vida de la misma a los vaivenes de la política y del Estado. Así, Hortelano hubo de soportar el cierre de *La Avispa* en mayo de 1852, de *Los Debates* en junio del mismo año, con clausura de la imprenta, persecución de su regente (Toro y Pareja) y del redactor de *Los Debates* (Mitre), al año siguiente volvería a sucederle lo mismo con el cierre de *La Ilustración*, periódico donde nuevamente incorporaba innovaciones pero que fue clausurado por la persecución del gobierno a sus dos redactores, vinculados desde su contacto en Entre Ríos durante la época del pronunciamiento de Urquiza: Carlos du Terrade y Marcos Sastre.

También hubo algunos casos híbridos, como fue el de Francisco Bilbao, quien llegado a Buenos Aires en 1857 desde Francia, buscó abrirse un lugar como escritor, aunque sin nexos profundos con los clubes políticos, por lo que se respalda en Urquiza para su labor periodística, mientras continúa su labor ensayística libre de presiones del campo, realizando en el periodismo distintas maniobras para evitar tanto la colisión con sus mandantes como la imposibilidad de escribir a uno y otro lado de la divisoria entre Buenos Aires y la Confederación¹⁵³.

Hubo en Buenos Aires, finalmente, algunos periodistas que expresaron otras dimensiones de la transición, en este caso la apertura hacia nuevos formatos propios de un mercado lector más formado y a su vez más segmentado, anticipando el período siguiente. Miguel Navarro Viola inauguró el ciclo de oro de las revistas culturales con *El Plata Científico y Literario*. Al buscar este tipo de publicación construir los primeros espacios explícitamente resguardados del enfrentamiento faccional, este tipo de publicaciones lograba acceder a lectores de ambos bandos, y lo que era aún más importante, acelerar la convivencia en este terreno cordial, de escritores enrolados en cada uno de ellos. Así, en *El Plata Científico y Literario* colaboraron Miguel Cané, Vicente Fidel López, Tomás Guido, Juan María Gutiérrez, Federico Pinedo, Barros Pazos y Marcelino Ugarte, entre otros. En 1858 se fundó, con dirección de Sarmiento, y más adelante de Juana Manso, los *Anales de la Educación Común en la Argentina*, destinado a durar un siglo, etc.

Periodistas en el Interior

Los primeros intelectuales del periodismo forjados en el Interior, como el Deán Gregorio Funes, ejercieron la pluma en Buenos Aires, en tanto que los primeros redactores de periódicos en el Interior fueron auditores de guerra, ministros de gobierno, oficiales primeros y segundos de la administración pública y representantes de liderazgos provinciales en Convenciones y en movimientos de avance territorial militar durante las guerras civiles. Fueron en su totalidad, por lo tanto, empleados del Estado. La mayor parte de ellos había tenido formación en Buenos Aires, aunque también se conformó un fuerte núcleo cordobés en torno a la Universidad, a cargo de la nueva imprenta a partir de 1823.

Este perfil se mantuvo y fortaleció en el tramo final del rosismo, cuando se incorporó desde Buenos Aires (como sucede en Tucumán, Mendoza y Santa Fe) y desde Montevideo (como sucede en Gualaguaychú y Concepción del Uruguay) nuevos cuadros periodísticos.

Después de Caseros, tanto las diferencias de desarrollo económico como las funcionales en el control, protagonistas y roles del periodismo en el Interior hacen que en la década de 1850 no se constituya aún una

¹⁵³ Inició por ello su práctica como redactor pago en *El Orden*, de Félix Frías, del cual salió por negarse a autocensurar su producción, atravesada por el anticlericalismo. Editó entonces la *Revista del Nuevo Mundo*, que intentaba desarrollar tópicos propios de las revistas culturales europeas de su tiempo: ensayos, historia, literatura, filosofía, etc. Su racionalismo le llevó a escribir a favor de la unificación pacífica de la Argentina por medio de la incorporación de Buenos Aires, motivo que llevó al gobierno confederal a subsidiar su publicación durante el último semestre de 1857. Los cambios en la estrategia política de la Confederación y las mutuas simpatías (entre ellas el evidente laicismo de ambos) llevó a Urquiza a buscar un acercamiento mayor con Bilbao a través de Benjamín Victorica. El resultado de ello sería el traslado de Bilbao a la Confederación, para colaborar con *El Uruguay*, pero especialmente hacerse cargo de *El Nacional Argentino* durante la campaña de Cepeda.

incipiente profesionalización del oficio, ni un mercado de imprentas y periódicos, sino que continúe en otro nivel de despliegue el protagonismo del Estado, y con él de funcionarios y empleados del mismo. Como ha hecho notar Halperín Donghi (1985), la enorme asimetría de poder entre líderes político militares sin contrapeso en otras instituciones, que no escribían, y estos redactores sin poder pero con habilidad para la escritura, generaba que estos últimos, para poder sostenerse en sus puestos, debiesen adaptarse como pudieran a las reglas de juego, lo que potenciaba el carácter formulario y en no pocas ocasiones abstracto de sus recursos retóricos. Duraban más si anulaban su independencia retórica, y menos si la esbozaban en algún momento, como sucedió a du Graty cuando quiso sostener en la prensa la necesidad de disolver las guardias nacionales (a cargo de los gobernadores) para conformar un ejército nacional con cadena de mando única, en 1858. Esta asimetría no se limitaba a la prensa, como lo sufrió en carne propia Adeodato de Gondra, quien siendo convencional constituyente en Santa Fe dejó de percibir salario tras una iniciativa que Urquiza consideró violatoria de sus prerrogativas como Director Provisorio de la Confederación.

Se mantiene por ello una constante reafirmación de lealtad en el material redactado, así como sinuosos esfuerzos para evitar la contradicción a las estrategias de la jefatura, y más aún, las evidentes contradicciones discursivas en que se ven obligados a caer los redactores cuando la jefatura, en un giro de las alianzas, convierte “buenos” en “malos y viceversa, como sucedió a Seguí cuando debió atacar durante meses a las propuestas de reforma constitucional porteñas en 1860, para terminar reclamando su apoyo por aclamación, a Lasserre cuando debió pasar de crítico a simpatizante de la política británica en 1850, o a Bilbao, quien debió tolerar que su discurso favorable al derrocamiento de los López en Paraguay por orden de Urquiza en *El Grito Paraguayo*, se cortase abruptamente y no volviese a mencionarse en el futuro, mientras el diario oficial con redacción a cargo de Bilbao, cantaba loas a los López en 1859.

No será fácil hallar en la prensa de la Confederación ni, por un lado, el periodista que considera esta actividad un oficio posible, deseable o inevitable, independiente de su mayor o menor adscripción a causas políticas, ni por el otro, al estadista, al militante de primera o segunda línea que halla en la prensa una herramienta política de lucha. Puede hablarse, en el primer caso, de ejemplos como el de Isidoro de María, cuyo oficio de tipógrafo y periodista ejerció toda su vida. Pero es un dato ineludible que para poder actuar en Entre Ríos, durante la mayor parte del tiempo debió ponerse a las órdenes de Urquiza, y ajustarse incondicionalmente a sus directivas, y logró cierta autonomía cuando la canjeó por la pertenencia al estado uruguayo, aceptando el cargo de Cónsul de su país en Gualeguaychú, para terminar retornando a Uruguay en 1860. Quienes se hacían cargo de las redacciones de los periódicos lo hacían poniéndose bajo la protección del jefe caudillo, y combinaban esta tarea, o la alternaban, con otras tales como hacerse cargo de la correspondencia, de otras tareas de secretaría, de vocero del jefe ocupando un escaño legislativo o convencional, etc. No ha de encontrarse en esos años tampoco periodistas haciendo el esfuerzo de encontrar una brecha para ingresar a la actividad, comenzando “desde abajo” en redacciones, en tipografía y y en otras actividades simultáneamente hasta lograr consolidarse en la profesión.

Desde el punto de vista de la política, en Buenos Aires era típica la figura del dirigente que combinaba las actividades de estadista y político de primer orden con el periodismo, y hasta con otras actividades ligadas a la escritura como la poesía, el ensayo histórico o de actualidad.

En la Confederación esto no existía o existía en ciernes: los jefes no polemizaban ni escribían, salvo en muy contadas excepciones para hacer descargos de agresiones o rumores demasiado ineludibles provenientes de la prensa porteña, pero en todos los casos por medio de la pluma de un escribiente acompañada de su firma. La prensa quedaba a cargo de hombres instruidos, especialmente abogados, que políticamente ocupaban una clara segunda y más frecuentemente tercera línea, y eran, sin excepción, incondicionales de su mandante. La actividad era siempre de tiempo completo, pero se superponía o alternaba con otras asignadas por el jefe. Tampoco se daba el caso de que un comerciante o propietario de tierras simultáneamente escribiera, ni tampoco que lo hiciese -contrariamente al caso porteño- un militar con rango de alto oficial. Era por ello una característica de los periodistas del Interior su dependencia y debilidad en relación con el poder político-militar.

Más aún, existía una tácita prohibición a todo redactor de no intentar ganar independencia ni soñar con pasar a formar parte de la pirámide de poder político-militar: en tal caso corrían riesgo de liquidar no sólo su posición sino su carrera, o de ir al destierro. La única posibilidad de éxito en esta actividad pasaba por mostrar la más grande e incondicional lealtad, en cuyo caso se podía llegar a ser algo así como "el confidente" rol que en los últimos años logró en forma completa Benjamín Victorica, agregando a tal rol, por cierto, el de yerno.

La situación de Buenos Aires, era muy diferente desde el retorno de los desterrados después de Caseros: de hecho los dos periodistas más exitosos de este período serían los dos primeros presidentes de la Argentina reunificada bajo la hegemonía porteña (Mitre y Sarmiento), mientras que el tercero (Avellaneda) también ejerció el periodismo. Es también durante esta etapa que comienza a insinuarse los primeros brotes de la futura profesionalización: comienza a existir algún tenue nivel de especialización: política, temas europeos, teatro y espectáculos, temas económicos (estadísticas, etc.), aunque aún no había ningún diario que tuviera este abanico de especializaciones simultáneamente. Comienzan a aparecer, también, algunos redactores que mantienen el anonimato y escriben notas que son pagas, aunque no con la frecuencia con que veremos este fenómeno quince o veinte años más tarde. Debe tenerse en cuenta que para Buenos Aires también es esta una etapa de transición: la mayor parte de los periódicos reciben algún tipo de subvención desde el Estado aunque mucho más sutil y con menor injerencia por parte de éste (Halperín Donghi, 1985; Auza, 1978a; Mitre, 1943; Lettieri, 1998); todavía no es sencillo vivir solamente de la profesión periodística y además esto tampoco es visto en forma generalizada como ideal ni como necesario, ni como un negocio. Cuando el mercado se haya expandido lo suficiente como para permitirlo, no solamente se abrirán definitivamente las puertas del periodismo independiente y de una profesión periodística: aparecerá también la figura del periodista asalariado, que vive de esa actividad en tanto, generalmente, apuesta a un futuro oficio de

escritor¹⁵⁴. De momento, quien puede darse el lujo de vivir del periodismo es sólo el redactor jefe de alguno de los diarios importantes.

Podemos, pues, delimitar las tres diferencias sustanciales entre los periodistas en Buenos Aires y los que actuaron en la Confederación: el diferente rol que desempeñan, la dependencia de centros de formación exteriores en su mayoría a las provincias de la Confederación (con excepción de Córdoba), y una abrumadora diferencia de volumen. En cuanto a la primera, el contraste entre la convergencia de actividades de liderazgo político o militar y periodismo en Buenos Aires frente a la separación de estas funciones en la Confederación, derivando en una aplicación distinta del arsenal formulario de la retórica de época; en cuanto a la segunda, el permanente contacto con Buenos Aires de quienes redactarán, pues allí están los centros formativos (más algunos que realizaron tal formación fuera del país); en cuanto a la tercera, si sumamos todos los periodistas y colaboradores que actuaron en el territorio de la Confederación desde los comienzos de la imprenta en 1817 hasta 1861 inclusive, obtenemos una cifra inferior a 130 personas (Moyano, 1996, Ojeda y Moyano, 1999). La correspondiente al período que estudiamos, se reduce a 90, si omitimos contar el agrupamiento general de la capa intelectual realizado en la suma de colaboraciones de *El Nacional Argentino* y la *Revista del Paraná*. Pero la cifra se reduce a la mitad cuando nos referimos a cantidad de personas que ejercieron el periodismo en un período de tiempo mayor de dos meses, como intento de vivir al menos parcialmente de la actividad.

Un listado de redactores y colaboradores en la década confederal

Fueron redactores **en Entre Ríos** Ruperto Pérez (expulsado de los periódicos por Urquiza en 1852), Juan Lasserre (expulsado en noviembre de 1850), Juan F. Seguí (expulsado en 1861), Carlos du Terrade (expulsado en 1852), Marcos Sastre (retirado por su cuenta en 1852), Jaime Hernández e Isidoro de María en la época del pronunciamiento (retornados a Uruguay en 1854 y 1860 respectivamente); Alfredo Marbais du Graty (expulsado en 1858), Lucio V. Mansilla (retirado por su cuenta ofuscado por el control a fines de 1859), Emilio de Alvear, Luis Cáceres, Dermidio de María (hijo de Isidoro), Juan M. Gutiérrez (1852-54), Benjamín Victorica (desde 1855), Eusebio Ocampo, Ramón Gil Navarro (corresponsal), José Hernández (desde 1859), Vicente Quesada (1861), Fermín de Irigoyen (1861). Marcelino Escalada y Enrique Cortínez, con colaboración de Joseph Lefebre, en la prensa liberal de Gualaguaychú; Eusebio Gómez, sobrino De María, heredando la imprenta al retiro de éste.

En Rosario: Federico De la Barra (desde 1854), Juan Francisco Monguillot (desde 1858), Evaristo Carriego, Olegario Andrade, Eudoro Carrasco, Dermidio de María, Pedro Nicolari, Rogelio Tristany.

En Santa Fe: Juan Francisco Seguí (1856-58), Francisco Magesté (1853), Lucio V. Mansilla (1856), Olegario Víctor Andrade (1858-60), Evaristo Carriego (1861).

¹⁵⁴ Roberto J. Payró y Eduardo Gutiérrez fueron quienes más diestramente volcaron este tipo periodístico de fines del siglo XIX al imaginario literario de su época (Rivera, 1968, 1998).

En Corrientes: José María de Cabral Melo de Alpoin, Vicente G. Quesada, Juan Pujol, Julián Díaz de Vivar, Miguel López, Francisco Suárez, Alejandro Pesce, Juan Eusebio Torrent, Miguel Guastavino, Francisco Rave y Federico Boeti.

En Córdoba: Eusebio Ocampo, Juan Ramón Muñoz, Juan Piñero, Luis Cáceres, Carlos Bouquet, Agustín Aguirre, Salustiano J. Zavalía, Enrique López, José Posse (Corresponsal desde Tucumán para *El Imparcial*), Modestino Pizarro, Leónidas Echagüe (colaborador), Evaristo Carriego, José Genaro Carranza, Gregorio Ardiles, Jerónimo Clara, Facundo Zuviría, Felipe Cortés, José Figueroa, Juan Garzón, Manuel José Olascoaga, Ramón Gil Navarro, Presbítero Gregorio Carranza.

En Mendoza: José Rudecindo Ponce, Manuel José Olascoaga, Juan Gualberto Godoy, Juan Ramón Muñoz, Damián Hudson, Alejandro Carrasco.

En San Juan: Guillermo Rawson, Augusto Leillard, Manuel Ponte, David Larrondo, Gerónimo de la Rosa, Tomás Santa Ana.

En San Luis: Justo Daract, Marcos Funes, Manuel Antonio Sáez, Juan Llerena, Fray Luis Joaquín Tula, Mauricio Daract, Manuel S. Olascoaga, José Cortez Funes.

En Catamarca: Benedicto Ruzzo, Fray Mamerto Esquiú, José Félix Aldao, Vicente Lasscoy, Juan Iramain, Carlos Gauffeny, Ramón Bravo, Ramón Gil Navarro.

En Salta: José María Heredia, Álvarez Goytía, José E. Uriburu, Pedro Solivares, Felipe D. Pérez, Antonio Pardo, Antolín Flores, José Francisco Castro.

En Jujuy: Macedonio Graz.

En Santiago del Estero: Ezequiel N. Paz, Juan Francisco Iramain.

En Tucumán: Ruperto San Martín, José Posse, Ezequiel N. Paz y Agustín Matienzo.

La mayor parte de estos nombres es ampliamente conocida en el marco de la historia del período: una contundente mayoría de funcionarios y empleados de la administración pública, unos pocos tipógrafos interesados en la actividad periodística (De María, Jaime Hernández, De la Barra, Carrasco, Casavalle, Coni), algunos jóvenes de familias acomodadas que intentan el periodismo como forma de acelerar su ingreso a la política (Mansilla, Graz). Tanto entre los funcionarios y empleados como entre quienes prueban suerte con la imprenta, son mayoría al principio aquellos cuyo nexos con la actividad es propia de lo registrado como norma para el período anterior: Lasserre, Pérez, Hernández, Seguí, Sastre, González, De la Barra, etc., o que, intentando abrirse paso como escritores con autonomía intelectual y política, se ven obligados a suprimir los aspectos en que su discurso contradice al poder que los contrata, limitándose a redactar en aquellos aspectos en que se acuerda (Sarmiento, Du Terrade, du Graty, Mansilla, Bilbao). Más adelante, comienza a formarse una capa de funcionarios que -en la medida que van adquiriendo habilidad en la redacción- se insertan en la función sin entrar en conflicto con su rol de plumas oficiales, pero avanzan en la conformación de un campo temático libre de facciones que los agrupa y los hace sostener un programa de pertenencia, cuyo objetivo es lograr lo que en Buenos Aires ya se posee: la integración de la elite cultural y política en un solo campo autónomo.

Son los casos de Vicente G. Quesada, Lucio V. Mansilla, Francisco Bilbao, Juan M. Gutiérrez, Benjamín Victorica, Eusebio Ocampo, Ramón Gil Navarro, Vicente Quesada, Juan Francisco Monguillot, Olegario Andrade, Juan Pujol, Juan Ramón Muñoz, Juan Piñero, Luis Cáceres, Carlos Bouquet, Salustiano J. Zavalía, José Posse), Facundo Zuviría, Manuel José Olascoaga, Ramón Gil Navarro, Damián Hudson, Guillermo Rawson, Justo Daract, Marcos Funes, Manuel Antonio Sáez, Juan Llerena, Fray Luis Joaquín Tula, Mauricio Daract, Benedicto Ruzzo, entre otros. Los puntos de agrupamiento e intercambio serían el ambiente político de la Capital Federal (Paraná), sede de los tres poderes, y sus mejores periódicos, *El Nacional Argentino* entre 1852 y 1860, y el ambicioso proyecto de la *Revista del Paraná*, en 1861, así como el intercambio de materiales entre periódicos de capitales de provincias:

Los signos de la transición en el Interior se inician, entonces, predominantemente orientados a la redacción desde fuera del poder y al servicio de él, para diversas operaciones político-militares de Estado, en cuyos rebordes el periodista halla oportunidades de avanzar en tópicos en los que efectivamente encuentra afinidad e interés, tratando de desplegarlos. La función del periódico, sin embargo, comienza a girar hacia formas no militares de legitimación (demostrar viabilidad económica, difundir potencialidades de las regiones, conformar el discurso de la capa dirigente), y con ello, a abrir tenues espacios de autonomía en terrenos que no entrasen en colisión con la autoridad. Cuando tal colisión sucedía, el periodista cesaba en su puesto y debía retirarse, por soledad o por la fuerza, del territorio de la provincia donde sucedió el hecho. A medida que avanza la década, se consolidan las primeras imprentas particulares autorizadas a publicar y tienen efecto multiplicador¹⁵⁵, en tanto que los primeros y muy fallidos intentos de instalar periódicos opositores en el Interior, van dando paso, hacia el final de la década, a su aceptación en algunas provincias.

Quienes desde el funcionariado participan en el periodismo presentan intereses temáticos ligados a la construcción de un país moderno, con tópicos no muy distintos de los observables en Buenos Aires, pero con características propias. La transición esperada era, pues, entre el sistema de prensa de Estado y tal horizonte. Pero el resultado fue una prensa que aún no lograba independizarse del Estado cuando se produjo la derrota a manos mitristas, y esto la halló en condiciones de debilidad cuando el derrocamiento de los gobiernos federales tornó relativamente sencillo borrar del mapa la prensa federal por actos vicarios de los ejércitos vencedores y las autoridades que éstos impulsaron. Quedaba como testimonio del esfuerzo una rica producción escrita, una capa intelectual que podrá incidir en la vida cultural nacional tras la Organización, y las bases mínimas para la conformación de una prensa en el Interior, aunque débil en organización y capitales respecto de la porteña y por ello subordinada a ella y a su lógica.

¹⁵⁵ Cuando se instalan imprentas al menos nominalmente privadas, se estimula la llegada de otras (Córdoba, Rosario, Gualeguaychú, Corrientes) la búsqueda de ampliaciones geográficas (cuando De María vuelve a Uruguay en 1860, deja parientes en Entre Ríos que inician experiencias en Gualeguaychú, Victoria y Rosario), etc.

El carácter transicional del período tendrá, en relación con ello, un punto de inflexión no exento de violencia y frustración para quienes vivieron la experiencia de la Confederación, y la derrota de algunos puntos clave de su programa. Por eso, en el período siguiente, para los periodistas del Interior el nexo fundamental con el ingreso al oficio estará dado por el traslado a Buenos Aires o por el empleo como corresponsal¹⁵⁶ de medios de Buenos Aires, como lo ilustra ejemplarmente el traslado a Buenos Aires de Damián Hudson para ser redactor de *El Nacional* en 1861. Funcionario, periodista e intelectual, Hudson había dado continuidad a *El Constitucional de los Andes* de Mendoza desde 1853 y a lo largo de toda la Confederación, y había enviado sus colaboraciones a *El Nacional Argentino* y a la *Revista del Paraná* hasta el último instante de su publicación, pocos meses antes de la caída.

El perfil de los periodistas es coherente con el de las imprentas y de los propios periódicos: experiencias estatales o simbióticas, con la excepción de la tenue irrupción de un núcleo de comerciantes e industriales en Gualeguaychú, en Corrientes y -efímeramente- Córdoba, hasta que el triunfo mitrista de 1861 transforme el mapa periodístico nacional. Estos núcleos logran, por breves períodos, contar con un periódico afín, pero en el marco del *modelo de transferencia*, pues por sí solo el periódico no podría aún sostener la inversión de capital necesaria. La operación de transferencia es realizada desde el Estado porteño, quien informalmente provee la imprenta. Luego, el periódico buscará sostenerse en sus suscriptores y en avisos, cosa que logra a medias, dada la situación política e institucional. El predominio de las formas sustitutivas se nota en que no aparecen simultaneidades en la capital confederal -Paraná- sino hasta que una acción del Estado o bien los efectos de su fractura lo generan, en 1860-61. De tal modo, puede observarse un perfil de periodistas funcionarios o empleados estatales en la ciudad capital -confederal o de provincias- y de una combinación de empleados y de impresores contratados en algunos casos excepcionales como Gualeguaychú, Concepción del Uruguay, Córdoba o Rosario. El origen de estos recursos humanos son los principales centros de formación letrada y funcional -Buenos Aires, Córdoba- y en menor medida, Montevideo, aunque hacia fines del período irrumpen las primeras camadas de graduados en el Colegio Histórico del Uruguay.

¹⁵⁶ La figura del corresponsal estable asalariado a tiempo completo, parcial o por producción, por contrato con un periódico de Buenos Aires tomó forma ya desde la década de 1860, y especialmente después de 1875. Durante la Confederación esta figura había comenzado a insinuarse, y desde mediados y hacia el final del período aparecen algunos colaboradores asiduos, aunque no estables en el sentido de los columnistas de épocas posteriores, y los primeros corresponsales. Pero esta aparición es, en cuanto a la perspectiva de un mercado o de una constitución del oficio, muy engañosa. Los pocos corresponsales que existieron eran también de las características de los escribas: Monguillot desde Buenos Aires como extensión de su tarea en *La Prensa*; Gil Navarro era ministro y diputado por Catamarca, ministro de Gobierno en La Rioja y cumplió otras funciones oficiales mientras fue corresponsal para *El Nacional Argentino*; Posse era empleado público y periodista cuando se le pidió informes desde Córdoba y desde Paraná, etc. La corresponsalía de José Hernández en 1860 para *La Reforma Pacífica* puede considerarse en parte propia de esta transición y en parte de la prensa de Buenos Aires. Los colaboradores, por su parte, no hacían de esa una práctica habitual, ni cobraban por sus colaboraciones, sino que buscaban publicar algo como parte de la acción de Estado o de posicionamientos dentro de él, o como parte de un acto de afirmación de pertenencia al campo intelectual en ciernes (v.gr. las colaboraciones de Francisco Bilbao y de Juana Manuela Gorriti para la *Revista del Paraná*, etc.). Esta prevención no quita reconocer el carácter específicamente periodístico de las colaboraciones de Gil Navarro desde el oeste argentino para *El Nacional Argentino*, *La Prensa* (de 1857-58), y periódicos de Santiago de Chile y Valparaíso, aunque haya sido todo esto parte de un mismo financiamiento estatal con objetivos importantes para la Confederación: difundir la potencialidad y apostar a la integración de las provincias interiores por su desarrollo agrícola, minero, industrial, de vías de comunicación, etc. Gil Navarro por cierto, cobraba de un modo que muestra el grado de atraso de la Confederación en finanzas y en comunicaciones: treinta onzas de oro por año.

4. CONCLUSIONES

4. Conclusiones

Cuando estalló la Revolución de Mayo y se inició la guerra de independencia, la prensa periódica argentina poseía una historia muy breve en comparación con Europa occidental, incluso en comparación con otros países americanos: apenas una década de periodismo impreso (desde 1801) y un par de tenues antecedentes manuscritos en la segunda mitad del siglo XVIII. En los nueve años que transcurren entre abril de 1801 (primer número del primer periódico) y mayo de 1810 (toma del poder por los criollos), la experiencia no sólo es breve sino pequeña en volumen e intensidad: tres semanarios consecutivos, desplegados a imagen y semejanza del periodismo dieciochesco español, orientado a agrupar a la elite ilustrada en torno a inquietudes económicas y de progreso general en el marco del régimen vigente, una gaceta estatal durante el último trimestre de 1809 con contenidos reproducidos de gacetas españolas, y un efímero e inesperado periódico británico en Montevideo, durante la segunda invasión en 1807. Puede afirmarse entonces que si bien estas experiencias previas y el contacto con la prensa europea a través del vínculo con España (y el más reciente comercio con Gran Bretaña) constituyen un elemento importante en su configuración, la historia de la prensa periódica propiamente dicha estaba por hacerse cuando se constituyó el gobierno criollo en 1810.

Setenta años más tarde, la Argentina contaba ya con un Estado nacional consolidado, en plena disposición de un aparato político de gobierno republicano, una fuerza armada única, un aparato fiscal, administrativo y diplomático, en el marco de una economía agroexportadora crecientemente próspera. En tal contexto, se formaba ya una actividad empresarial de imprentas y una prensa periódica moderna en manos de empresas familiares, que buscaba dejar atrás el maniqueísmo faccional, aún sin perder compromisos políticos, y con ella, constituir y aprovechar un mercado lector y de avisos comerciales crecientemente diversificado, capaz de reproducir capitales en una escala impensada poco tiempo antes. Se trata de un período muy breve de transformación, que va desde una mínima experiencia atravesada por la cultura periodística del despotismo ilustrado con que contaban los rioplatenses en 1810, hacia una de las industrias gráficas en lengua castellana más prósperas del mundo.

Esta tesis se propuso analizar algunos aspectos relevantes de esa transformación en sus primeros 52 años, entre 1810 y 1862, con énfasis en los modelos de prensa implicados en los esfuerzos de construcción del Estado, así como las estrategias predominantes para llevarlos a cabo. Para ello se ha descrito el surgimiento y desarrollo de periódicos en Buenos Aires y en las provincias a lo largo del período, observando si efectivamente se hacían presentes diferencias importantes entre la ciudad puerto y el resto del país, y entre etapas distintas del medio siglo abordado, tanto en la presencia de modelos y estrategias de prensa periódica predominantes en cada época y región, como en posibles diferencias en la función asignada, y en las relaciones entre periodistas y poder estatal.

La descripción y análisis muestran una confirmación de las hipótesis, esto es, que la prensa periódica argentina nace y se desarrolla en sus primeras décadas con un fuerte desfase entre el interés de la elite por

configurar un periodismo moderno en los términos en que ya funcionaba en los casos modélicos en Europa occidental y los Estados Unidos, y las posibilidades concretas de esta configuración debido a los límites del desarrollo del mercado local, del público lector, de la sociedad civil y de la política parlamentaria moderna. Por ello, la prensa periódica argentina en sus primeras décadas no puede analizarse en el Interior -ni en Buenos Aires hasta por lo menos 1852- con los mismos parámetros utilizados para el estudio de la prensa moderna en general, ni para la prensa dieciochesca española, pues tiene un rol social específico y transicional que no puede medirse como si fuera idéntico al cumplido en las sociedades parlamentarias europeas de la misma época ni tampoco continúa el modelo español heredado de la colonia. Por supuesto, puede hallarse homologías fundamentales porque se trata de objetos de similar naturaleza.

Del mismo modo, es imposible juzgar la existencia, protagonistas y contenidos de la prensa en el Interior hasta la década de 1860, si no es en su específico rol en el proceso de construcción, legitimación y sostén del poder político y militar en aquella época, en una sociedad donde no existían sectores sociales en condiciones de implantar la función política, económica y social de la prensa típica de una sociedad parlamentaria, desde la sociedad civil. En estas sociedades, la violación del derecho de libertad de prensa no existía en el sentido que se le da en la actualidad, porque aún no habían sido construidos los espacios y límites convencionales de legitimación y disenso propios de la moderna sociedad parlamentaria burguesa: tanto la libre oposición política como la libre crítica en el marco de una misma facción expresadas por la prensa, eran deseadas en las ideas y promovidas en discursos e iniciativas estatales, pero en los hechos se transformaban en sinónimo de quiebra de las cadenas de mando y lealtades, y en riesgo de pérdida de confianza de la población en el efectivo control del poder por el gobierno.

Caracterizado el período -sobre todo en su último tramo, la década de 1852-62- como de transición, permite notar qué deja atrás al desplegarse. En la década revolucionaria deja atrás el modelo español dieciochesco como referencia deseable y lo reemplaza definitivamente por la prensa moderna europea y su rápida evolución. Más adelante, un recorrido rápido pero sinuoso genera cuatro modelos a partir de estrategias implícitas: *sustitución*, *transferencia*, *simbiosis* y *articulación*, que acompañan los años de carencia de gobierno nacional.

El desfase histórico que se presenta a la prensa rioplatense es particularmente complejo: posee una experiencia adquirida en el tramo final de la prensa dieciochesca española, mira como modelo a emular una prensa moderna europea que se encuentra a su vez en rápida transformación durante el siglo XIX, pero se ve obligada a modelizar de hecho estrategias que, paradójicamente, ponen en el Estado un rol decisivo para la construcción de la futura prensa en manos particulares.

Los modelos de referencia disponibles en la época de la Independencia

Dos modelos predominantes se hallan presentes frente a las prácticas periodísticas rioplatenses cuando la década de 1810 pone a los criollos frente al desafío de la independencia y la construcción de un nuevo régimen. Uno de ellos es -por experiencia adquirida- el de la prensa española dieciochesca, en el cual se inscriben tanto la experiencia concreta del periodismo hispanoamericano (de elaboración de periódicos y de lectura por la elite letrada) como las expectativas de emulación en la primera década del siglo XIX y -en parte- incluso después. Después de la ruptura de 1810 contrasta el elogio a las publicaciones intelectuales, cultas, con las duras críticas a las gacetas de Estado. Gozan de especial aprecio las publicaciones intelectuales vinculadas a sociedades patrióticas y/o literarias, aquellas orientadas especialmente al impulso al comercio, la información mercantil y el progreso material, y en menor medida, aquellas misceláneas que centran su producción de contenidos en la utilidad para la educación, la adquisición de conocimientos útiles y elevación moral de los lectores. Las gacetas oficiales, en cambio, son acremente criticadas por sus limitaciones, su censura y su falta de iniciativa de progreso. Ambas tienen continuidad en las prácticas periodísticas que surgieron después de la Revolución de Mayo, pero se desdibujan a medida que otros modelos de prensa europea se presentan como horizonte a imitar, y nuevas prácticas se decantan adaptándose a las nuevas condiciones históricas. En la década de 1820 todavía se nota su influencia en el modo en que el Estado sostiene las iniciativas asociativas y cierto tipo de contenidos ensayísticos que aún guardan reminiscencias. Pero ya en la de 1810 se nota la búsqueda de un nuevo modelo, y si bien no se puede evitar que la *Gaceta* siga hegemonizando la prensa de su tiempo, se ponen en práctica numerosas acciones para habilitar la iniciativa particular, la coexistencia de periódicos y una relación entre prensa y opinión diferente a la conocida. La supresión de la *Gaceta de Buenos Aires* en 1821 completa este ciclo.

El otro modelo es el de la prensa europea occidental: inglesa, francesa, después nuevamente española, a medida que va dejándose atrás las trabas del absolutismo. La prensa burguesa británica, sobre todo el modelo canónico de Addison, que había cimentado su enorme prestigio desde comienzos del siglo XVIII era emulada, parcialmente reimpressa o al menos elogiada en mayor o menor grado por el resto de la prensa moderna occidental, e incluso lo había sido por la prensa culta española del siglo XVIII, a pesar de las prevenciones estatales en cuanto a su origen.

En contraste con la época colonial (cuando estos periódicos no ingresan con facilidad ni en cantidad abundante a la región debido al control español), durante la década de 1810 se produce una veloz apertura, en la que toma ventaja la prensa británica como referencia. No necesariamente por anglofilia, sino por una suma de circunstancias que incluyen la liberación del pleno intercambio con Gran Bretaña, la posición de ésta en la guerra con la Francia invasora de España, el reclamo del Estado británico de poder observar una prensa independiente como señal de consolidación institucional de un país al momento del reconocimiento diplomático de su independencia, el contacto más fluido de periodistas con el espacio anglosajón durante destierros y misiones diplomáticas, y porque de allí proviene la prensa más desplegada en sus funciones modernas, junto a sus principales innovaciones formales y técnicas.

A esta referencia se suman, a medida que desaparecen los rígidos controles coloniales, explícitos elogios a Marat y Dantón, y a una prensa de clubes políticos con plena libertad de opinión y crítica que imita estilos y términos propios de la prensa doctrinaria francesa, heredera de la revolución. La lengua francesa y la imitación de su periodismo toman nuevo auge desde la década de 1820, tanto por el impulso dado por inmigrantes de ese origen como por el prestigio que adquiere la prensa gala con el apogeo de la revolución industrial y la conformación del gran negocio publicitario desde la década de 1830. Se suma a este marco el reconocimiento de las novedades en la industria gráfica española, sobre todo a partir de mediados de siglo, así como de la calidad de la industria tipográfica y el periodismo de la costa Este estadounidense.

Ante esta doble modelización -la adquirida por experiencia y la que se busca emular- se produce una notable paradoja: la primera valora los periódicos ilustrados dieciochescos, la segunda, el modelo canónico británico y en menor medida, el ensayismo político francés, pero el dispositivo predominante en la primera década revolucionaria es precisamente el único que se condena: la gaceta de Estado. Aunque en los años inmediatamente posteriores a 1810 se producen claros esfuerzos por habilitar otros dispositivos, el predominio periodístico de la *Gazeta de Buenos Aires* durante la primera década revolucionaria es notable, y constituye una primera señal de la enorme importancia del Estado en la conformación de la prensa periódica rioplatense después de la Independencia.

La adopción de estrategias devenidas modelos

Esta importancia del Estado es paradójica en contraste con las expectativas de la elite criolla que lucha por la independencia y la construcción del Estado nacional. Por un lado, se explicita constantemente el interés por elaborar un marco normativo de libertad de prensa a imagen y semejanza de los modernos estados parlamentarios, y una prensa en manos particulares, convertida en garantía de publicidad de los actos y a la vez contralor de los gobiernos, vehículo de educación y cultura, difusor de la literatura y promotor del comercio y el progreso material. Por el otro, tal prensa no se pone en marcha: no surgen empresas particulares, y cuando lo hacen, chocan con crudas dificultades de supervivencia por no alcanzar el autosostenimiento, pero fundamentalmente, por el constante fin violento de las publicaciones en el marco de crisis políticas y guerras civiles. De allí que no se despliega una prensa acorde al modelo de la experiencia precedente -la española dieciochesca- ni una acorde al modelo de la moderna prensa europea -que se afirma como referencia emulable- sino que comienzan a estabilizarse estrategias en la que el Estado tiene un rol fundamental, pero con la finalidad de construir una prensa moderna en manos particulares, o al menos eso es lo que se afirma una y otra vez.

La duración del despliegue de las mismas es suficientemente larga y estable -involucra tres a cuatro generaciones de protagonistas a lo largo más de medio siglo- como para que se constituyan, durante un período histórico completo, en modelos en sí mismos, no en cuanto a la construcción de otra referencia ideal, pues todos miran hacia un futuro deseable de prensa moderna, sino en cuanto a la configuración de un sistema de prácticas, experiencias y expectativas de éxito en la transición hacia ella. Su éxito lleva a su

repetición y emulación, aun cuando constantemente se mantiene un discurso comprometido con el horizonte de la moderna prensa europea. Las estrategias devenidas modelos de hecho, aunque emuladas entre grupos y provincias a lo largo del tiempo, en ningún momento son explicitadas como tales ni se escribe respecto de ellas, excepto implícitamente. Las mismas, a su vez, deben readaptar su propio horizonte de expectativas, pues a lo largo de todo el período la prensa europea de referencia está mutando desde la condición de prensa política burguesa atravesada por el romanticismo y la lucha contra los resabios absolutistas, hacia la de una prensa devenida gran industria, diversificada, con públicos de masas.

Se ha contabilizado en esta tesis cuatro estrategias devenidas en modelos implícitos para la transición del Estado al mercado como referencia clave de la prensa periódica: el *de sustitución*, el *de transferencia*, el *de simbiosis* y el *de articulación*.

El modelo de sustitución

El *modelo de sustitución* pone al propio Estado como reemplazo de las fuerzas económicas y sociales capaces de construir una prensa moderna en manos particulares: a falta de empresarios, asociaciones y esferas de la sociedad civil y la demanda económica de los lectores, el Estado compra equipos, paga salarios y sostiene gastos para la creación, impresión, circulación e incluso acceso gratuito a la lectura de periódicos. En ningún momento se producen debates ni defensas de este modelo como una alternativa en sí misma, sino que se justifica en la pronta conformación del espacio civil privado que sostendrá la actividad. De hecho, en algún número de cada publicación estatal se repite la afirmación, de que en términos de elaboración de contenidos ya se trata de una publicación particular.

Este modelo, que se inicia al momento mismo de conformación del gobierno patrio con la *Gaceta de Buenos Aires*, honra inicialmente la tradición precedente en el imperio español, la de las gacetas. Pero pronto -desde 1812- deriva en el constante esfuerzo por generar desde el Estado las características propias de la prensa moderna a construir: pluralidad de voces, independencia del Estado, carácter privado. Sin embargo, a la carencia de fuerzas sociales capaces de sostener las prácticas a largo plazo desde la sociedad civil, se agrega la inmadurez del Estado parlamentario, para el cual, todo conflicto de posiciones en la prensa deriva en combate, y toda crítica al poder, en una amenaza de derrocamiento, lo que lleva al gobierno a desandar rápidamente sus propias iniciativas de pluralización de voces.

Predomina a todo lo largo de la década de 1810 en Buenos Aires, y permanece en tal predominio hasta 1852, a pesar del esfuerzo por poner en práctica otras estrategias a partir del gobierno de Martín Rodríguez desde 1821, de la apertura de espacios de expresión política opositora a partir de 1823, y del ensayo de actividad comercial independiente a partir de las imprentas, esbozado en las primeras décadas, pero mucho más notable hacia fines de la década de 1840. Predomina también en las provincias interiores y en Montevideo, espacio de la emigración de gran parte de la elite periodística porteña. En el interior del país, el *modelo de sustitución* permanece incluso más allá de 1852, predominando durante la década de la

Confederación con capital en Paraná, y comenzando su desdibujamiento sólo a partir de la derrota de ésta y la hegemonía política y militar de los liberales desde 1862.

Pone la acción del Estado como recurso e impulsor principal de las actividades, por lo cual existen localidades en que los periódicos del Estado son la parte principal o incluso la única expresión periodística durante muchas décadas. Con ellos, la función de *Boletín Oficial* se mantiene indiferenciada de otras funciones periodísticas. El esfuerzo por separarlas en la etapa rivadaviana genera a lo largo de la década de 1820 sucesivos *Registros Oficiales* en las distintas provincias, pero las versiones regulares de éstos pronto vuelven a mezclarse con otros contenidos. De allí que, en la década de 1850, nuevamente, se plantee la necesidad de contar con boletines oficiales libres de otros contenidos, y con periódicos preferentemente en manos particulares, fenómeno que alcanza al conjunto de las provincias sólo en la década de 1860.

El modelo, finalmente, muestra tanto ventajas como desventajas y limitaciones.

Entre las primeras, permite la forja de una red de contenidos que promueve las grandes políticas del Estado, difunde el potencial económico en el exterior, opera como espacio en el que el Estado expresa puntos de vista que no podría expresar en forma oficial, acrecentando su margen de maniobra, produce gran cantidad de contenidos socialmente relevantes (información económica, datos y conocimientos útiles, libros, material literario, avisos, divulgación científica), funge como *Boletín Oficial* y texto de intercambio diplomático.

Entre las desventajas y limitaciones, nunca pudo lograr un funcionamiento -estable y de mediano plazo- de una administración de contenidos plural, capaz de absorber distintas voces políticas y con ellas las tensiones sin que estas lleven a crisis recurrentes. Salvo momentos muy breves y escasos, este tipo de prensa sólo pudo sostener en la sección política la voz del gobierno de turno.

A estos problemas se agrega su vulnerabilidad. Si por un lado pudo hegemonizar la prensa durante muchas décadas (medio siglo en el Interior), el modelo como tal no fue explicitado y defendido, sino siempre considerarlo un mal menor y provisorio hasta alcanzar el verdadero modelo deseado. Por ello cuando triunfaron en la lucha por el poder los sectores liberales, no hallaron oponente alguno que sostuviera la necesidad o conveniencia de este modelo, pudiendo por ello eliminarlo con decisiones administrativas de gobierno, aduciendo el carácter siempre oficialista e incapaz de abrirse a la pluralidad que había mostrado este modo de organizar la prensa. El resultado de la anulación de esta prensa no fue, sin embargo, una habilitación inmediata de esta pluralidad, sino la continuidad de una rígida hegemonía impuesta vicariamente, pero con un régimen de propiedad diferente, y el subdesarrollo definitivo de la prensa del Interior. A partir de la consolidación de la Organización Nacional, la única prensa “nacional” es la de Buenos Aires, mientras que las provincias se limitan a producir, en el mejor de los casos, periódicos de alcance provincial o biprovincial.

Paradójicamente, si este modelo presentaba notables dificultades para habilitar el libre juego de la crítica política al gobierno desde periódicos en manos particulares, por otra parte sí vehiculizó una significativa modernización de aquellos aspectos de la prensa moderna que no estaban directamente asociados al libre

juego de la crítica política al gobierno: actualización en tecnología, capacitación técnica del personal, procedimientos de gestión, tamaño del pliego, formato a varias columnas, diversificación por temas y públicos, formación de un público lector de prensa de interés general y variado, ampliación de la información mercantil, estabilización de la crítica de teatro y literatura, instauración definitiva de la publicidad de los actos de gobierno como obligación del Estado, publicación de actividades parlamentarias, secciones permanentes acordes a la modernización de la prensa europea, construcción de un campo intelectual que abrió paso a estudios históricos, geográficos, de jurisprudencia, de ciencias naturales, etc.

Esta modernización fue paralela a la de otras instituciones: funcionamiento regular de la legislatura, secularización del régimen de fiestas, mejoramiento de la infraestructura exportadora, procedimientos administrativos, actualización normativa o régimen de pesas y medidas. En épocas de fuerte restricción del libre juego de fracciones políticas y parlamentarias (y más aún, de unanimismo, como sucede en el segundo gobierno de Rosas), tal modernización parcial de la prensa no era notada como anómala por los actores de la política, pues esta última también estaba sujeta a restricciones o incluso anulación del libre juego de fracciones parlamentarias, o bien estaba territorializada, con las facciones en guerra dominando una u otra ciudad. Pero en etapas en que se hubo representaciones de oposición política en el poder legislativo, confrontando entre sí las fracciones parlamentarias, como sucedió en Buenos Aires en casi toda la década de 1820, o en la de 1850, este tipo de limitación llevó al desprestigio de toda prensa oficial, pues se la acusaba de una irrecuperable pérdida de independencia crítica por ser una mera correa de transmisión discursiva del gobierno, y no un sujeto activo de debate, anulando así, precisamente, una de las pocas posibilidades de aceleración de la pluralidad de voces, negando al interlocutor por su pecado de origen.

El modelo de transferencia

El *modelo de transferencia* fue otra estrategia devenida en modelo de hecho a lo largo de varias décadas. Se proponía ésta los mismos objetivos finales que el *modelo de sustitución*. Pero para lograrlo, forjaba una masa inicial de recursos de capital que permitiese a actores privados independizarse del Estado y sus vaivenes políticos. Si bien puede sospecharse la presencia de los primeros esbozos de esta estrategia en la década de 1810 -por ejemplo, con los acuerdos del Estado con Valdés en 1815- no es claro que este tipo de acuerdo asegurase una transferencia efectiva de recursos capaces de constituir una base crítica de capital. Es posible, en cambio, que tales acuerdos permitiesen condiciones de articulación entre trabajos para el Estado y trabajos particulares, asegurando la supervivencia económica del tipógrafo. Es más clara, en cambio, la irrupción del modelo de transferencia, sobre todo en Buenos Aires y Mendoza a comienzos de la década de 1820, cuando la formación de sociedades patrióticas, literarias y lancasterianas impulsadas por hombres de la primera línea de gobierno apunta -entre otras tareas- a forjar una prensa independiente, pero con respaldo estatal. Tal respaldo fue pronto la fuente nuclear de la actividad, pues no pudo obtener suficientes recursos en avisos, ventas, suscripciones o donaciones particulares. Este modelo se nota incluso en el exilio montevidiano, cuando el apoyo extranjero, sobre todo francés, al gobierno sitiado, incluye el sostén

económico del propio gobierno, de periódicos en ese idioma y también de periódicos de uruguayos y argentinos. La instalación de *El Correo del Plata* en 1846 por Florencio Varela no sólo contó con el viaje de éste a Inglaterra para interiorizarse de los adelantos del negocio, sino también y especialmente con una contundente ayuda económica francesa para la adquisición y traslado de la imprenta con la que se tiraría este diario.

Después de 1853, el *modelo de sustitución* desaparece en Buenos Aires, siendo el diario oficial *El Progreso* su último ejemplo. A partir de entonces, prevalece el *modelo de transferencia*. Por él se produce la entrega gratuita o a precios simbólicos de imprentas en manos del Estado -o capturadas al enemigo- para su apropiación por impresores de periódicos particulares.

Pero es en la década de 1860 cuando el *modelo de transferencia* consagra su éxito hegemonizando las estrategias del Estado para con la prensa periódica: la *presidencia Mitre* incuba desde el Estado uno de los diarios más importantes en la historia argentina, *La Nación Argentina*, luego rebautizada *La Nación*, que circula hasta la actualidad, y en menor medida, a *La Prensa*, que circuló también más de un siglo. Estos diarios recibieron una masa de recursos decisiva para poder luego aprovechar la expansión del mercado, sobrevivir y prosperar en las décadas siguientes, sin importar si se hallaban en la más difícil situación de oposición. Los subsidios a la prensa permanecieron durante varias décadas más, y permitieron con ello otras experiencias periodísticas sostenidas con recursos directa o indirectamente provenientes del Estado, como fue el caso, por ejemplo, del *Correo del Domingo*, del diputado Cantilo, y de otras publicaciones ligadas al campo político y al campo intelectual.

En el Interior, el éxito de este modelo se basó en un rápido y contundente remplazo de la prensa periódica estatal heredada de la Confederación -y que abarcaba el cien por ciento de las provincias- por una en manos privadas, a partir de la intervención mitrista sobre las provincias entre 1861 y 1864. La prensa federal fue anulada con relativa facilidad, pues triunfante la intervención por la vía militar y controlado el gobierno, cesaron los salarios a periodistas federales, se dejó de lado la política de imprimir periódicos de Estado y se favoreció a impresores y periodistas afines al Partido Nacional (liberal, mitrista). Nuevamente, la provisión de imprentas a bajo costo -algunas tomadas al enemigo-, los subsidios, el pago de sueldos estatales para otras actividades permitiendo el uso de tiempo para esta actividad privada, la compra de ejemplares y el uso del correo permitieron, por transferencia, la forja de una poderosa red periodística de signo liberal. Si bien el desarrollo del mercado lector y de avisos en el Interior era notoriamente inferior al de Buenos Aires, esta política permitió el sostén definitivo de una prensa privada cuyos casos comenzaron a estabilizarse, durar más años y lograr superávit, incluso prosperidad, a medida que se avanzó hacia el último tramo del siglo XIX. Pero la dependencia del Estado y la insuficiencia del mercado se hicieron notar una y otra vez, provocando ciclos de aparición y desaparición de periódicos al ritmo de los cambios de signo de los sucesivos gobiernos en comparación con Buenos Aires cuya prensa aumentaba su brecha de poderío y riqueza.

El modelo de simbiosis

El *modelo de simbiosis* aparece focalizado en el liderazgo especial logrado por el general Urquiza durante el apogeo de su poder, entre 1848 y 1861. Pero aunque hace referencia a un caso en particular, su enorme influencia sobre la prensa en esos años y el hecho de que -fuera del período de esta tesis- aspectos de este modelo se mantienen presentes tanto en las estrategias de la prensa política nacional como en la de algunos liderazgos en provincias interiores, habilitan considerarlo en esta tipología.

Se caracteriza, igual que sus contemporáneos, por la búsqueda de una prensa moderna a imagen y semejanza de la vigente en Europa, pero hace convivir en una misma estrategia, prestándose mutua ayuda, acciones provenientes del Estado con acciones provenientes de los recursos privados que posee quien simultáneamente ejerce el liderazgo del Estado. Urquiza mantuvo, hasta 1861, pleno respaldo a la política de generación y conservación de una prensa periódica estatal, tanto en la capital de la Confederación como en Buenos Aires cuando controló el gobierno en el primer semestre de 1852, así como en el conjunto de las provincias. Pero en forma simultánea y complementaria, aportó recursos propios para sostener periódicos nominalmente en manos particulares, que formaron parte de la misma red de prensa forjada desde el Estado, así como para sostener, en diversos momentos, periódicos nominalmente en manos estatales, y a la inversa, para estatizar cuando fue necesario, periódicos sostenidos con recursos particulares, cuando los mismos fueron insuficientes. Lo hizo tanto en las provincias como en Buenos Aires.

La condición del *modelo de simbiosis*, que se vive como normal por sus protagonistas, es que los recursos privados y los estatales cuentan con el mismo decisor y que circulan indistintamente según conveniencia del momento. En la Confederación, era el general Urquiza, quien controlaba el mando político y militar, y era a su vez el empresario más rico y poderoso de su tiempo. De allí que un mismo periódico pueda ser creado con recursos del Estado, pero puesto en manos nominalmente particulares, luego se podía asignar sueldo estatal a su redactor, luego estatizar la imprenta pero asignando recursos provenientes de una estancia y de un saladero del general, todo ello en un lapso de pocos años, y con la misma firma de decisión. Urquiza conserva en parte este modelo en su provincia durante la década de 1860 y hasta su muerte en 1870, dejando de lado la creación de periódicos estatales, pero conservando el doble origen de los recursos para los periódicos que controla firmemente: los redactores reciben cargos públicos, así como subsidios y compras por el Estado, mientras que el general envía otras compras y subsidios por la vía de sus recursos particulares. Algunos líderes del Interior replican en menor escala este modelo en las décadas siguientes para la prensa local, en tanto que el eficiente aparato de propaganda política roquista adopta una versión *sui generis* del mismo durante su apogeo a partir de 1880.

El modelo de articulación

Por último, se manifiesta otra estrategia modelizada, que es la del avance de experiencias del sector privado buscando, por medio de acuerdos con el Estado, un fortalecimiento de sus negocios, sin anular su independencia como agente económico privado. Se lo ha denominado en esta tesis “*modelo de articulación*” a falta de otro término mejor. Se diferencia de los tres anteriores en que no se trata de iniciativas puramente estatales, y que las ventajas obtenidas por medio de contratos con el Estado no producen un efecto de acumulación decisivo, ni corresponden necesariamente a un privilegio particular, sino que sus protagonistas disfrutaban de un régimen de subsidios relativamente generalizado en relación con las actividades de prensa periódica. Sobre esta base, los impresores y grabadores forjan un vínculo con el Estado para acceder a importantes contratos de servicios, entre los que se destacan los de prensa periódica, con poca o nula independencia para los contenidos políticos o de interés general. Pero quedan en libertad para buscar en el incipiente mercado todas las posibilidades de servicios a particulares que no involucren política: impresos comerciales, de uso familiar, retratos miniatura, estampas, etc. configuran una base de actividad basada en el mercado a la que se agregan, paulatinamente, pequeñas zonas periodísticas: periódicos comerciales, suscripciones a libros por entregas, periódicos de conocimientos útiles o de modas. Son ejemplos de esta estrategia las imprentas que, desde Valdés en la década de 1810, Hallet en la del '20 o Cayetano Casanova, Pedro Ponce, Buenaventura Arzac, Carlos Casavalle, Benito Hortelano, Manuel Toro y Pareja, Bernheim, Coni, Meyer, etc. en las décadas siguientes, permiten a sus protagonistas acrecentar sus contratos particulares de impresión con grandes pedidos del Estado, desplegar en forma más autónoma iniciativas que no se acerquen a las tensas cuestiones de la política, siquiera indirectamente (temas internacionales, caracterización económica de la situación, literatura escrita por enemigos del gobierno), y que habiliten segmentaciones posibles: almanaques, música, medicina práctica, literatura por entregas, boletines comerciales, publicaciones de asociaciones profesionales, etc. Incluso logran interesantes contratos para imprimir periódicos por cuenta del Estado, tanto los más serios e importantes, como -especialmente- los satírico-burlescos preparados para el brulote pendolista. Si el *Archivo Americano* se imprimía en la Imprenta del Estado, pero aseguraba haberse impreso en la *de la Independencia* porque así mostraba mayor distancia de su condición estatal, en el caso de los periódicos satíricos el uso de una imprenta particular era indispensable para aventar sospechas y argumentos enemigos. Los impresores que apostaron a progresar en el marco de este modelo, contrataron sus servicios de impresión, distribución y gestión, pero sólo ocasionalmente se ocuparon de producir contenidos políticos o satíricos. Esta formación permitió a muchos impresores enriquecerse con el tiempo, y a muchos aprendices independizarse e instalar sus propios emprendimientos con éxito, sobre todo a partir de la década de 1860. Antes de esa década, sólo se aplicaban exitosos modelos de negocio a partir de los servicios generales de imprenta (lo mismo en el caso de las litografías), y en ocasiones se iniciaban periódicos con ánimo de lucro, estrategias empresariales e inversión propia, logrando ciertos resultados, pero en general, chocando con los límites de la insuficiencia

tanto del mercado como de un sistema político aún no preparado para la coexistencia de voces políticas dispares institucionalizadas, por lo que la oferta se ahogaba.

De allí la abundancia inicial de materiales requeridos o bienvenidos por el oficialismo, así como otros que pudieran estar a salvo de toda sospecha de participación política o conspiración opositora: boletines comerciales e industriales, revistas de conocimientos útiles o de temas de la esfera de las tertulias apolíticas: partituras, moda, galanterías entre los sexos. También almanaques, litografías sueltas e integradas en revistas con pliegos litografiados, folletines de temas alejados de la política nacional, medicina práctica, y en la década de 1850, libros por entregas, publicaciones sectoriales por profesión y publicaciones de colectividades extranjeras.

Tres grupos de protagonistas de este modelo se perfilaron a lo largo del período. El primero estaba compuesto por emigrados, que prueban suerte en el país durante un tiempo o definitivamente: Valdés, Casanova, Hortelano, Toro y Pareja, Bernheim, los hermanos Stein (alemanes, no el famoso dibujante) Coni, etc.; el segundo, por argentinos formados en el ámbito de las imprentas que progresaron en la época de Rosas (Arzac, Lázaro Almada, Casavalle, Ponce, Carrasco, Meyer, etc.); el tercero por argentinos que lograron, durante su destierro en países con mayor avance de la autonomía civil de imprentas y periodismo (Chile, Brasil, Europa, Estados Unidos y en menor medida Montevideo), ejercitarse en las negociaciones simultáneas con inversores, equipos impresores y Estado para editar periódicos. Son los casos de Mitre, Tejedor, Sarmiento o los hermanos Varela. Este modelo tiene una presencia menor pero creciente hasta la década de 1860, cuando se despliega con contundencia, resultando el principal en las últimas décadas del siglo.

En la siguiente tabla (Tabla 5.1., página siguiente) se sintetiza la presencia y evolución de los modelos predominantes. Como puede observarse en ella, y confirmando las hipótesis iniciales, existió una coincidencia generalizada respecto de cuáles eran los modelos periodísticos a emular en el país cuando éste estuviese ya organizado constitucionalmente: la prensa moderna europea tal como se desplegaba durante las primeras décadas y mediados del siglo XIX.

Pero en contraste, los primeros modelos de prensa predominantes (observables a partir de la estabilización de prácticas, dispositivos y la imitación de experiencias), fueron fundamentalmente estatales, con notoria semejanza, en los primeros años, con las gacetas que se condenaba una y otra vez.

Los predomnios en este último aspecto son claros: en Buenos Aires se pasa de una prensa dieciochesca promovida, amparada, censurada y en parte conformada por el Estado, hacia un modelo estatal de sustitución de la función esperada de la prensa moderna por constituirse, y de allí al *modelo de transferencia*, decisivo en la configuración de la prensa moderna nacional, desplegándose el de articulación mucho después del período abordado.

En el Interior, en cambio, se pasa de la intrusión militar de imprentas y periódicos hacia un desarrollo en el que predomina contundentemente el *modelo de sustitución*, con un peso exorbitante de la función político-militar de los periódicos.

Tabla 5.1. Presencia de modelos predominantes

	Modelos externos orientativos	Modelos efectivamente presentes en Buenos Aires	Modelos efectivamente presentes en el Interior.
1801-1810	Prensa dieciochesca española	Predominante: Semanario intelectual de información económica y ensayo. Presentes: Publicación miscelánea (1801-1802), Gaceta (1809).	Se lee material español y los semanarios impresos en Buenos Aires. Letrados del Interior participan con artículos.
1810-1821	Prensa dieciochesca intelectual (no gacetas) Prensa europea moderna: Desde 1812 se insiste que es el modelo a lograr.	Predomina y es casi excluyente el <i>modelo de sustitución</i> . Esbozos mínimos de los otros modelos	Sólo hay prensa de Estado o de fuerzas militares.
1821-1827	Prensa europea moderna: Se insiste en que es el modelo a lograr.	Se promueve el <i>modelo de transferencia</i> , pero finalmente predomina el <i>modelo de sustitución</i> . Primeras experiencias de largo aliento del modelo de articulación (v. gr. Hallet).	El régimen rivadaviano y los gobiernos afines promueven el <i>modelo de transferencia</i> . El resto, el de sustitución.
1827-1852	Prensa europea moderna: se insiste en que es el modelo a lograr.	Predomina el <i>modelo de sustitución</i> . Presencia del <i>modelo de articulación</i> .	Predomina el <i>modelo de sustitución</i> . Prensa político-militar de Estado. Desde 1849, irrumpe el <i>modelo de simbiosis</i> , predominante en Entre Ríos
1852-1861	Prensa europea moderna: se insiste en que es el modelo a lograr.	Predominan el <i>modelo de transferencia</i> y el <i>modelo de articulación</i> . Desaparece el <i>modelo de sustitución</i> .	Predominan el <i>modelo de sustitución</i> y el <i>modelo de simbiosis</i> . Presencia del <i>modelo de transferencia</i> .
1862-	Prensa europea moderna, y luego prensa industrializada de masas como modelo a emular.	Predominan y conforman la identidad definitiva de la prensa moderna el <i>modelo de transferencia</i> y el <i>modelo de articulación</i> , hasta el pleno dominio del mercado. Presencia del <i>modelo de simbiosis</i> .	Desaparece el <i>modelo de sustitución</i> . Predominan y conforman la identidad definitiva de la prensa moderna el <i>modelo de transferencia</i> y el <i>modelo de articulación</i> , hasta el pleno dominio del mercado. Presencia del <i>modelo de simbiosis</i> .

Este predominio permanece, aunque modificado, cuando después de la batalla de Caseros Urquiza lidera la Confederación con capital en Paraná. Durante esta década el modelo vira desde el predominio de la función político-militar hacia una función de Estado orientada a la modernización civil de la función del periódico, y a la demostración de la capacidad de la Confederación para forjar y proteger instituciones modernas tanto en el Estado como en la sociedad civil, forjar vías de transportes, el progreso económico y el reconocimiento internacional. Tiene un enorme peso el *modelo de simbiosis* a partir del apogeo del protagonismo de Urquiza, entre 1849 y la caída de la Confederación, e incluso todavía hasta la muerte del general en 1870. Pero después de la batalla de Pavón y el triunfo militar del Partido Nacional, el *modelo de sustitución* colapsa en el Interior, produciéndose una versión *sui generis* del de transferencia primero, y una paulatina aparición del de articulación en las décadas siguientes, aunque subordinado a las reglas de hegemonía sobre el mercado nacional que logran los grandes medios gráficos de Buenos Aires.

Es, pues, desde la lógica de esta pertenencia al Estado y sus conflictos que el periodismo adquiere paulatinamente rasgos modernos, a la espera de una época en la que el mercado y una masa de lectores suficientes permitan otra articulación entre prensa, política y Estado, por un lado, y prensa, economía y sociedad por el otro, fenómeno que sólo se completará en las últimas dos décadas del siglo.

Las diferencias entre Buenos Aires y el Interior

En esta transición del Estado al mercado, se notan profundas diferencias entre Buenos Aires y el Interior, así como en distintos momentos del período, y entre los sucesivos predominios políticos, condiciones a las que las sucesivas prácticas y modelos se fueron adaptando a lo largo de tres generaciones de gobernantes, intelectuales, redactores e impresores. En primer lugar, cabe considerar las diferencias esperables a partir del distinto nivel de desarrollo económico, demográfico e institucional logrado por la provincia de Buenos Aires y por el conjunto de las provincias interiores.

Pero también es preciso registrar otras diferencias, no necesariamente derivadas de la característica mencionada, como lo fue el evidente uso distinto de la prensa de Estado -más hegemónica y extendida en el tiempo en el Interior-, el distinto tipo de sujeto social que aparece habitualmente como redactor en uno y otro territorio, y la función que cumple o aspira a cumplir la prensa en cada lugar.

En Buenos Aires, la prensa periódica se hace presente más de medio siglo antes que en el Interior, y la prensa impresa regular, veinte años antes. Su desarrollo en las décadas siguientes mantiene estas distancias: hay en Buenos Aires en la década de 1820 tantas imprentas como en la suma de las provincias. Hay también muchos más periódicos, mayor variedad de dispositivos y géneros, y una cantidad de números impresos mucho más alta, con números de igual o superior cantidad de superficie impresa. Seis de las siete mencionadas imprentas son privadas, aunque todavía dependen de los contratos con el Estado, pudiendo obtener lucro a partir de servicios particulares, tendencia que se acrecienta en las décadas siguientes.

Durante la época de la Confederación con capital en Paraná (1852-1861), a pesar de la rápida expansión y modernización de la prensa del Interior, esta diferencia se conserva. En Buenos Aires ya es posible contar con periódicos lucrativos, alcanzando aquellos que no fueron perseguidos por el gobierno niveles de duración muy altos, continuando y profundizando la situación habilitada bajo el rosismo. Buenos Aires conserva también mejores condiciones de circulación, transporte seguro, sistemas de pago confiables y más rápidos que en el Interior, donde en la década de 1850 aún se empantanaban cobros de suscripciones de libros por entregas, periódicos e incluso insumos de papelería.

En el Interior, en cambio, la imprenta llega como un sorprendente elemento externo. Por una parte, irrumpe como parte de fuerzas militares emanadas de Buenos Aires o de Montevideo en la segunda mitad de la década de 1810, o como parte de una estrategia de promoción generada por el gobierno porteño en la primera mitad de la década de 1820. Por otra, se torna un elemento necesario cuando se constata que su presencia en Buenos Aires afecta la estabilidad del régimen político local, como sucedió en el caso de Córdoba. En cualquier caso, y salvo efímeros conatos en Mendoza y Córdoba en la década de 1820, la

prensa del Interior fue -hasta 1852- una práctica político-militar de Estado mucho más activa durante las operaciones de guerra que en la paz, y complementariamente capaz de acompañar la tarea estatal de publicidad de los actos de gobierno, de fomento económico, de difusión de posiciones oficiales hacia el exterior, de orientación de la opinión desde el Estado y del fomento a la educación y la lectura.

En la decisiva década confederal (1852-1861)

Luego de la caída de Rosas, mientras en Buenos Aires el *modelo de sustitución* se elimina a partir de 1852 (con efecto definitivo a partir de agosto de 1853), en el Interior continúan las políticas de sustitución y mantención de periódicos estatales como clave de funcionamiento de la prensa, cesando éstas sólo con la hegemonía liberal porteña en el primer lustro de la década de 1860. Durante su transición, mientras en el Interior la propiedad es en proporción abrumadora predominantemente estatal, en Buenos Aires es predominantemente particular, aunque ambas partes afirman estar en proceso de construcción de un sistema de prensa moderno en manos particulares, con garantía de protección por el Estado.

De este modo, mientras el gobierno porteño favorece a la prensa afin transfiriendo recursos, permitiendo la libre iniciativa particular (sólo para las facciones favorables a la posición política liberal o autonomista, hostigando y anulando al resto) y evitando que el Estado sea un actor directo de la prensa, facilita el éxito de redactores y tipógrafos que habían adquirido cierta experiencia de gestión empresarial en el extranjero, como sucedió, por distintos motivos, con Mitre y Sarmiento en Chile, y con Hortelano en España.

Las provincias agrupadas en la Confederación, en cambio, consideran que instalar imprentas y periódicos es una actividad que el Estado *debe* realizar. Por ello después de Caseros las provincias con periódicos activos pasan de apenas dos en enero de 1852 a todas (trece) en 1859, con el Estado como protagonista en todas ellas, y lo hacen agrupadas en una única organización estatal con capital en Paraná.

El régimen estatal no necesariamente significó represión del disenso o enemistad con la instalación de experiencias privadas. De hecho, hubo experiencias privadas en Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, Córdoba y Mendoza, y aunque son mucho menores, menos extensas en el tiempo que las estatales (las que sí lo son, nacen y viven bajo el control de Urquiza bajo el *modelo de simbiosis*) y sin posibilidad de un combate político plenamente libre, lo cierto es que en Buenos Aires y en la Confederación, el nivel de hostigamiento a la prensa adversaria fue similar: en Buenos Aires se hostigó con multas, amenazas, persecuciones y clausuras. En la Confederación no hubo multas, pero sí ceses y detenciones de redactores que ocasionaron cierres y amenazas.

A partir de estas diferencias, si los redactores, formados en una misma matriz intelectual -la herencia de la ilustración, el romanticismo, la defensa de las instituciones democráticas- enuncian una misma función para la prensa a un lado o al otro del Arroyo del Medio, los Estados y sus elites políticas no hacen lo mismo. En el Buenos Aires de la década de 1850 el Estado se propone contar con un cuerpo de periódicos afines, pero sostenidos en manos particulares y capaces de participar muy activamente en el debate político, con libertad a su vez para buscar el lucro en oportunidades de mercado. En el Interior, el Estado considera la prensa

como una de las tareas de la construcción estatal en sí misma. Por ello aunque crea boletines oficiales, no puede evitar retrotraerlos al carácter de periódicos de contenido periodístico general: su función es la de publicidad de los actos de gobierno, pero también uniformar la opinión en un sistema político sumamente inestable y con cabezas militares provincializadas, favorecer la instrucción de la población, difundir la información económica y estadística, presentar hacia el exterior las potencialidades económicas de la región y hacia los gobiernos de otros países la viabilidad política y diplomática de su gobierno.

El resultado de esta tensión entre el modelo buscado y el carácter estatal de su principal protagonista es, entre otros conflictos, el expresado en el debate representado por Alberdi y Sarmiento en las *Cartas Quillotanas* y *Las Ciento y Una*, realizado en Chile en 1852-53 y luego reproducido en parte en la prensa argentina. Alberdi expresa la adaptación de los periodistas favorables a la Confederación a las particulares condiciones de su dependencia del Estado: se acepta las limitaciones de libre juego de la crítica política, porque se trata de consolidar las instituciones como requisito sin el cual no habrá democracia estable y prensa libre en el futuro. La república buscada (en términos de Alberdi, la “*República Verdadera*”), requiere una larga transición (la “*República Posible*”, en los mismos términos), en la cual un liderazgo como el de Urquiza aseguraría, a diferencia de Rosas, la simultánea capacidad de adherir a la necesidad de un orden constitucional, un régimen democrático parlamentario y las consiguientes libertades individuales, y al mismo tiempo, de contener las fuerzas del caudillismo en un orden piramidal de liderazgo político y militar. Al contenerlas, les permite encaminarse a su disolución futura en un mismo proyecto, evitando la opción de la recaída en la guerra de aniquilamiento. La prensa, en tales condiciones es, según Alberdi, una parte decisiva, que debe acompañar un proceso largo de construcción estatal, y también social y cultural.

Sarmiento, en cambio, considera que la aniquilación del orden heredado del ciclo rosista es la condición necesaria para la instalación de un sistema institucional moderno. La prensa, en su opinión, debe ser parte de la trinchera de combate por el aniquilamiento de toda barrera puesta en el camino del régimen liberal. Paradójicamente, Alberdi pide una prensa capaz de cumplir una función comunicacional en sentido lato: acompañar un proceso de intersección social, cultural y política entre sujetos distintos que pueden converger en un mismo proyecto histórico. Sarmiento, en nombre del modelo canónico liberal de prensa, pide un periodismo de guerra: la continuación del periodismo de guerra rosista, invertido ideológicamente.

En Alberdi se resume la función esperada para el periodismo de la Confederación: la construcción del Estado moderno y de una sociedad civil capaz de convivir en la heterogeneidad. La opción contraria, criticar frontalmente desde la prensa, combatiendo las estructuras sobredimensionadas (en términos del canon liberal) del Estado (como hacen los porteños en 1853) sólo serviría para retrotraer las instituciones a la época de las guerras civiles y las tiranías de poder absoluto: lo contrario de lo buscado. En Sarmiento se anticipa ya el desenlace de 1862: la prensa debe combatir los resabios de estas formaciones “atrasadas” hasta eliminarlas, para preservar su libertad gracias a tal resultado, aunque en términos prácticos el resultado sea aniquilar toda voz disidente.

Los Estados confederal y porteño honran estos puntos de vista. La Confederación contrata periodistas y les asigna un espacio respetable, pero los expulsa cuando éstos adquieren cierta autonomía discursiva y enuncian tímidas críticas. No se trata de mero autoritarismo vicario, como lo demuestra Urquiza una y otra vez al aceptar posturas críticas de varios periodistas bajo su amparo en uno u otro momento: Andrade, De María, Monguillot, Calvo, etc. Se trata, en cambio, de la alarma frente a la crítica liberada al espacio público, que amenaza derivar en crisis de cadenas de mando. Por ello para el Estado confederal (nacional y provincias), la prensa, constituyó de hecho una función ministerial más, donde el periodista es un empleado capaz de ejecutar la estrategia del Estado, no generarla, analizarla ni criticarla. En su territorio, el periodista goza de libertad de conciencia en todo lo que no atañe al Estado y su política actual (su expresión literaria, sus propuestas de fomento al progreso local, sus estudios históricos o geográficos, divulgaciones científicas, traducciones, etc.) pero se debe a él en contenidos que le conciernen. El periodista no es titular de su propio discurso en estos tópicos, y su producción se explica más por la lógica de las acciones de sus mandantes que por la de su conciencia, cuya huella casi única es la digna renuncia cuando se le impide cierta publicación u opinión. Prácticamente no hubo caso alguno de periodista que no tuviese dificultades con el poder, y quien no tuvo tales dificultades, lo logró al costo de no emitir opiniones políticas propias en ningún momento de su estancia periodística allí.

En contraste, en Buenos Aires el liderazgo político y el periodístico se potencian mutuamente: los grandes líderes políticos ejercen -todos- el periodismo y varios de ellos el negocio de imprenta.

Si esta configuración en el Interior permitió la instalación de imprentas (aun cuando el mercado estuviese lejos de hacerlas sostenibles) así como periódicos que impulsaron el progreso regional, la difusión del libro, la construcción de discursos identitarios (histórico, territorial, de proyecto de progreso en común), la institucionalización de la publicidad o la información práctica, dificultó enormemente la creación de un sector privado, pues ocupó el poco espacio de mercado que podía lograrse, y trabó la acción de actores privados favorables al liberalismo.

Como consecuencia, la prensa de Buenos Aires en manos particulares adquirió ventajas indescontables con vistas al período histórico siguiente, en el cual las reglas del mercado comienzan a predominar. Pero además, la victoria militar y política porteña de 1861-1862 no tuvo que vérselas con una complicada trama de propietarios de periódicos: logró eliminar esta prensa con acciones administrativas de gobierno que simplemente dieron de baja empleos y partidas presupuestarias, otorgando el espacio a particulares afines.

Aunque no fue menor el rol de impresores forjados en Buenos Aires que se radicaron en la Confederación y que, dentro de las reglas de juego, buscaron generar una ampliación de las posibilidades de subsistencia privada, fue Buenos Aires la ciudad que ocupó el centro de la escena como atractor de extranjeros que inmigraron desde la década de 1810, pero sobre todo desde fines de la década de 1840, con la intención de prosperar en el negocio tipográfico y lo lograron, con la única salvedad de depender parcialmente del Estado, sobre todo en el terreno de la impresión de periódicos políticos. En la década de 1860 numerosos

actores lograron prosperar como empresarios del rubro y llegar a las décadas decisivas de transición al mercado en posición de fortaleza (Casavalle, Hortelano, Bernheim, Coni, Del Campo, etc.).

Los periodistas también hallan en Buenos Aires un espacio de relativa estabilidad en la actividad. Aquellos cercanos al liderazgo político pueden, cuando caen al llano, emplearse en alguno de los periódicos o intentar un emprendimiento propio -apoyo mediante- en un espacio que funge de esfera pública tanto como de mercado de servicios ya en la década de 1850. Pero incluso antes, en sus destierros, ya habían logrado preconfigurar este tipo de espacios en Montevideo, Santiago de Chile o Valparaíso, donde los intereses mercantiles del sector privado negocian con el Estado las condiciones de circulación de periódicos, y donde una campaña electoral puede leerse en la prensa sin originar por ello una inmediata crisis política ni la finalización de amistades y respetos.

Por ello una parte importante de los textos políticos producidos en Buenos Aires durante el exilio antirrosista o durante la década de 1850, integra la noción clásica de esfera de lo público, y contiene las afirmaciones políticas que sostiene el redactor en otros ámbitos: el club, el parlamento, las reuniones. En el Interior, en cambio, predomina la situación en que el redactor estiliza el discurso estatal, pero no lo controla. La explicación de sus puntos de vista y sus bruscos cambios no siempre se hallará en los propios textos, sino en los vaivenes de la acción del liderazgo del Estado que no tiene por costumbre escribir, sino que delega precisamente en los redactores. Sin la referencia de la situación concreta de la autoridad en cada momento, resulta imposible dar cuenta del contenido o de las razones de los argumentos esgrimidos. Por supuesto, esto marca una tendencia general, no exenta de crecientes intentos por autonomizar la redacción, como sucede en Mendoza en los primeros años '20, en Córdoba por breves momentos, durante la Convención de 1828 en Santa Fe, en Gualeguaychú con De María o con el primer periódico liberal, o más notoriamente en la década de 1860 con los periodistas de la Confederación refugiados en Entre Ríos.

Este período de transición concluye con la unificación del país bajo la hegemonía de Buenos Aires, lo cual produce, por un lado, la conformación de un sistema de prensa moderna plenamente desarrollado en un lapso de pocos lustros, así como la formación de un campo autónomo de escritores.

La observación de las distintas dimensiones en que puede realizarse una descripción de la prensa del Interior del país, comparada con la de Buenos Aires muestra, por ello, un resultado contradictorio y paradójico. Si se analiza las mismas desde el punto de vista del esfuerzo de ampliación realizado por la del Interior, el resultado es notable, y en el período de diez años de la Confederación con capital en Paraná, formidable: cuadruplicación del número de imprentas y sextuplicación del de periódicos, mejoramiento de la calidad tipográfica, de la distribución por secciones y de los servicios habituales de las mismas, contratación de redactores pertenecientes a la capa de formación intelectual más elevada en el contexto regional, aumento de las tiradas, en algunos casos llegando a la quintuplicación en diez años, aumento de la periodicidad, pasando del semanario al diario en varias localidades, etc. Si se analiza, en cambio, desde las relaciones funcionales entre prensa, Estado y sociedad, la conclusión se invierte: no se logró en la

Confederación periódicos autónomos ni periodistas independientes en los términos de las reglas de juego impuestas por el desarrollo diferencial porteño.

En cuanto a los redactores de los periódicos, podemos delimitar cuatro diferencias sustanciales predominantes entre los periodistas en Buenos Aires y los que actuaron en el Interior en función del modelo predominante en cada territorio y etapa:

a) el diferente rol: predominio de dirigentes políticos y emprendedores de oficio en los modelos de transferencia y de articulación, predominio de escribas, contratados extranjeros ad hoc y funcionarios en los modelos de sustitución y simbiosis. Los dos primeros modelos predominan en Buenos Aires a partir de 1852, pero están presentes ya desde la década de 1810 en esa ciudad, y en efímeros esfuerzos también en el Interior. El tercero predomina hasta 1852 en toda la región, y en el Interior hasta 1862. El cuarto se abre paso en el Interior, con mucha fuerza, bajo el apogeo de Urquiza desde 1849 y hasta la muerte del general.

b) su relación con el texto periodístico (predominio de textos propios de redactores en Buenos Aires, predominio de la estilización discursiva del discurso de los jefes político-militares en el Interior).

c) la relación con centros de formación e intercambio (muy amplia en Buenos Aires, muy restringida en el Interior);

d) su cantidad (muchos en Buenos Aires, pocos en cada provincia del Interior, e incluso menos que en Buenos Aires sumando todas las provincias).

En Buenos Aires fue configurándose desde la época misma de la Independencia, pero especialmente tras el retorno de los desterrados después de la caída de Rosas, la figura del dirigente que combinaba las actividades de intelectual y político -incluso de militar- de primer orden con el periodismo, y hasta con otras actividades ligadas al escribir tales como la poesía, el ensayo histórico o de actualidad. De hecho, dos de los mejores periodistas de este período serían los dos primeros presidentes de la Argentina reunificada bajo la hegemonía porteña. Es también durante esta etapa posterior a Caseros que comienza a estabilizarse un tenue nivel de especialización (política, temas europeos, teatro y espectáculos, temas económicos, estadísticas, etc.), aunque aún no había ningún diario que tuviera este abanico de especializaciones simultáneamente en su división del trabajo. Comienzan a aparecer, también, contratos particulares que estipulan tipos y cantidades de artículos, entre otras tareas asignadas al redactor, y colaboraciones externas de cierta regularidad, aunque no con la frecuencia con que veremos este fenómeno quince o veinte años más tarde. De momento, quien puede darse el lujo de vivir del periodismo es sólo el redactor jefe de alguno de los diarios importantes, y los impresores editores.

En el Interior esto no se desplegó ni siquiera en la progresista década Confederal. Los jefes político-militares del Interior no polemizaban ni escribían, salvo en muy contadas excepciones para hacer descargos de agresiones o rumores demasiado ineludibles provenientes de la prensa porteña, pero en todos los casos por medio de la pluma de un escribiente, acompañada de su firma. La prensa quedaba a cargo de hombres instruidos, especialmente abogados y oficiales primeros y segundos de gobierno, que políticamente ocupaban una clara segunda y más frecuentemente tercera línea, y eran, sin excepción, incondicionales de

su mandante. La actividad era de tiempo completo, pero se superponía o alternaba con otras asignadas por el jefe. Tampoco fue común el caso de que un comerciante o propietario de tierras simultáneamente escribiera, ni tampoco que lo hiciese -contrariamente al caso porteño- un militar con rango de alto oficial, excepto cuando se publicaba memorias históricas que no afectasen al gobierno.

La función los aproximaba entonces al rol de *escriba* cuya autonomía era escasa y por lo general, producida en tópicos y momentos separados de su trabajo formal. Esta separación era más notoria cuando se trataba de intelectuales o funcionarios formados en Buenos Aires o en el destierro, que se acercaban a gobiernos del Interior, realizando este tipo de tareas junto a otras ministeriales, hasta chocar con los límites de las reglas de juego, y menos cuando se trataba de algún oficial de gobierno dedicado a diversas tareas que involucraban escritura. Su rol periodístico -en ambos casos- fue traducir en palabra oral y escrita el pensamiento y decisiones del jefe en los tópicos políticos y escribir autónomamente en aquellos tópicos que no pudiesen generar diferencias con el poder (ámbitos alejados de la lógica de facciones) en el caso de los más letrados. Más aún, existía una tácita prohibición a todo redactor de no intentar ganar independencia ni pasar a formar parte de la pirámide de poder político-militar: en tal caso corría riesgo de liquidar no sólo su posición sino su carrera, incluso de ir al destierro.

La redacción de periódicos era parte de una tarea que incluía las funciones de redacción de normas y tratados, proclamas, cartas, registros oficiales, brindis, poesías y letras de contenido beligerante o civilista, etc. Ambos tipos de redactor mostraron calidad en su producción intelectual y en sus ideas políticas, pero no las volcaron con libertad en las páginas de los periódicos. Incluso figuras de calidad intelectual incontestable y un temperamento de no guardarse nada incluso a riesgo de vida, como Francisco Bilbao, debieron silenciar aspectos completos de su pensamiento mientras permanecieron al servicio del periodismo confederal, o debieron -como Marbais du Graty- resignarse a quedar fuera de la redacción periodística para siempre al intentar evitar tales silencios. Muy pocas excepciones a esta regla se manifiestan en la presencia de extranjeros con imprenta, con capacidad de redacción e inmunidad diplomática, como De María o Joseph Lefebvre, que ensayan tímidos y breves intentos de mayor autonomía, y las instancias electorales provinciales en que dos redactores leales a Urquiza quedan a ambos lados de una disputa de facciones local, situación también breve y que tendió a saldarse con el cese de una o de las dos voces, enviada a otro puesto, o en el excepcional caso de un actor liberal (Rosario, 1860), la prisión y destierro. La combinación de funciones periodísticas y consulares cambiará de signo en la década siguiente: Perkins, agente consular de Londres en Rosario, ejerció la pluma, la política y la representación de empresas británicas simultáneamente.

Por último, en cuanto a las diferencias en los contenidos de los periódicos. Las mismas se presentan estrictamente en el campo de los contenidos políticos, en tanto que en el resto de las secciones se notan semejanzas notables, apenas atravesadas por la mayor cantidad y variedad de escritores disponibles en Buenos Aires.

Tanto la prensa de Buenos Aires como la del Interior, y tanto la del modelo de sustitución como de los otros presentes, despliegan un arco de secciones y temas crecientemente semejante al de los periódicos de interés general europeos: la separación de la publicidad de los actos de gobierno respecto de la sección editorial, la presencia de una amplia sección de estadísticas e información mercantil, la irrupción del folletín y de otros textos literarios, la divulgación de conocimientos útiles y materiales literarios, los ensayos doctrinarios relativos al progreso, artículos históricos y geográficos, la revista de periódicos nacionales y de periódicos extranjeros que reproducía materiales de los mismos, las primeras críticas de teatro, artículos de costumbres y avisos particulares. En tal sentido, las secciones y contenidos entre Buenos Aires y el Interior fueron muy semejantes, sobre todo a partir de la década de 1840. Pero se manifestaba una diferencia sustancial equivalente a la posición de los periodistas respecto del poder político: mientras en Buenos Aires -y en general donde se intentó desplegar el modelo de transferencia- se hacían presentes debates sobre diversos tópicos entre facciones y entre miembros de una misma facción, no excluyendo al gobierno como objeto de crítica, en el Interior -y en general donde se desplegó el modelo de sustitución- estos debates eran la excepción.

Ambos modelos consideraron la labor de publicidad de los actos de gobierno, es decir, la transcripción de los documentos oficiales, leyes, decretos, declaraciones, tratados, etc. como un derecho y un deber fundamental, pues es constitutivo del nacimiento de la política: permite incorporar el paradigma democrático de que el Estado y gobierno se deben a la soberanía popular y la representan, y como consecuencia de ello, dar nacimiento a su aplicación práctica, la liquidación de la posibilidad de arbitrariedad del Estado frente a los sujetos, y el derecho y libertad de crítica de las acciones del gobierno. Permite por ello reformular la concepción de lo que son asuntos públicos y privados en relación con los alcances del Estado; todo lo que el Estado hace debe publicarse pues necesariamente es algo que interesa a todos, en tanto lo privado no debe publicarse, pues está fuera de la esfera del alcance del Estado y es algo que se hace presente sólo como parte de una explícita convención de constituirlo en públicamente compartible (como puede ser la literatura, o la información comercial).

Es importante notar las diferencias en el modo de tratar esta cuestión que existen entre el modelo clásico desplegado en Europa, y en el caso rioplatense, en Buenos Aires y el Interior. En el primer caso, la publicidad nace como espacio que se le arranca al Estado: legalidad de esta publicidad, gracias a la revolución burguesa y las luchas parlamentarias, en cuyo marco tanto *Wighs* como *Tories* encuentran en esta publicidad la brecha de la crítica. Con la consolidación de la política burguesa en el Estado, esta actividad se transforma en funcional al Estado (aunque no siempre a los gobiernos concretos, por supuesto). En Buenos Aires la publicidad nace como actividad auto-legitimante del Estado y no como espacio ganado en un proceso iniciado desde fuera. Las guerras de independencia y civiles, y luego el régimen de guerra y unanimismo político expresado por el segundo gobierno de Rosas, llevan a que el espacio de transcripción de documentos oficiales se indiferencie con el del combate político-militar. A ello se debe la presencia de proclamas, cartas de gobernantes y discursos laudatorios o condenatorios del gobernador porteño y de otras

cabezas institucionales incluyendo obispos y arzobispos, las amenazantes consignas que encabezan documentos, etc. Desterrado Rosas, el espacio de publicidad profundiza rápidamente el formato europeo: es el espacio de la transcripción textual como servicio al ciudadano, y la crítica inmediata con mirada independiente o al menos proclamada independiente, separada por una línea divisoria de sección y bajo el mismo título que el periódico, o con el nombre “Editorial”.

En las provincias interiores esto no es tan sencillo dada la dificultad para abrir espacios de independencia crítica, pero igualmente se institucionaliza la separación entre la transcripción textual, y la toma de posición, aunque se trate del mismo gobierno quien produce ambos mensajes. El avance no es constante y en ocasiones se retrotrae la edición a la presencia de proclamas en la sección de documentos, pero la tendencia es clara. No se producían debates habituales entre periódicos de una misma facción en el Interior, salvo momentos especiales en que se intentó debatir posturas distintas en el parlamento, como fue el caso de la Ley de Derechos Diferenciales en 1856, o la división de estrategias en la campaña de 1861. La irrupción de una prensa opositora o pequeños conflictos con el cónsul uruguayo habilitaron debates adicionales. Pero predominantemente, la sección editorial funcionaba como una guía, más que como una posición debatible; una acción de legitimación, una información a la población acerca de qué debía hacer o no hacer, qué era conveniente defender o atacar, y a qué debía atenerse. La publicidad no era representativa del ciudadano, sino expresión en palabras del poder del Estado.

El relato de actos del gobierno confederal entregados a la prensa combinaba decretos y leyes con proclamas, cartas y discursos, que solían transcribirse íntegros, a veces por entregas. Estos materiales, especialmente las cartas, tenían una función imprescindible: constituían la base del sistema de conservación del equilibrio de la pirámide de relaciones personales entre Urquiza y los caudillos regionales y locales. En síntesis, la sección correspondiente a la transcripción de los actos de gobierno se hacía en la Confederación con una forma homóloga a la de Buenos Aires o Europa, pero con un lugar y un espacio sobredimensionados en proporción a la sobredimensión del Estado y del poder con respecto a la sociedad y la política. Sus contenidos presentan algunas analogías con los de la época rosista en Buenos Aires en cuanto a su función -diferente, casi opuesta a la que correspondía en sociedades parlamentarias burguesas- aunque ya no en cuanto a su violento estilo. En el resto de las secciones no hubo diferencias mayores, salvo las provenientes de un más rápido acceso a los mercados (llegaban antes los periódicos extranjeros, los folletines, las noticias de los barcos) y a la cantidad de avisos. Cualquier periódico de la Confederación permitió a los lectores estar al tanto de la información oficial y comercial, leer folletines, conocer informaciones del extranjero, etc.

De este modo, puede constatarse una fuerte semejanza estructural entre todos los modelos y regiones en cuanto a su adopción de secciones propias de los periódicos de interés general europeos, sobre todo a partir de la década de 1840 (españoles, franceses, británicos): publicación de actos de gobierno, sección de contenidos políticos separada de la anterior, sección literaria, revista de periódicos nacionales y/o extranjeros, información estadística, información de interés comercial, crítica de teatro, ensayos, artículos

de costumbres, folletines, avisos particulares, divulgación de conocimientos científicos, históricos, geográficos, y saberes prácticos. Tales secciones no necesariamente aparecían identificadas como tales, ni en el orden que con que se las menciona aquí, ni tampoco necesariamente todas en un mismo número, tanto en Buenos Aires como en cualquiera de las provincias interiores.

El campo temático de intereses prioritarios, lecturas de referencia y terminología de estas secciones y sus contenidos abrevó en la tradición intelectual de la modernidad europea: la ilustración, las simpatías por las luchas democráticas contra el absolutismo, la defensa irrestricta de la libertad y los derechos de los ciudadanos, la fijación de garantías individuales, el compromiso con el progreso material, social y cultural de las naciones, la fe en la educación como vehículo decisivo de progreso, la condena al atraso material, cultural e institucional, la lucha contra el despotismo. Esto permitió una fuerte comunidad de ideas y concepción de la misión del periodismo, signada por el universalismo, el derecho a la acción política por medio de una prensa con libertad irrestricta de opinión, y el deber de intervenir, incluso, como lo manifestaba Mitre en Chile, trascendiendo las propias fronteras si de defender la libertad y la justicia se trataba. Pero esta adopción estructural del modelo de referencia debió asumir sus limitaciones al momento de integrarlo a unas condiciones históricas que magnificaron el rol del Estado, subordinaron la lógica del debate a la de facciones y afectaron cualquier contenido cuyas implicancias pudiesen afectar el funcionamiento del sistema de reglas de facción.

Al principio de este trabajo se ha planteado -en el marco del debido respeto - que en la historiografía clásica argentina (segunda mitad del siglo XIX y primera del XX) sobre periodismo se coló, incluso desde la obra fundadora de Zinny, un error de interpretación del registro documental, ampliamente repetido después: confundir títulos con experiencias periodísticas, tras de lo cual subyace, además, el prejuicio ideológico de considerar los periódicos de las diversas épocas como si se tratase de un emprendimiento esencial y universalmente individual, independiente y sostenido en la voluntad o cualidades individuales. Confrontando críticamente tal problema, se propuso aquí un recorrido de investigación. Terminado tal recorrido, estimo haber logrado un corpus empírico descriptivo útil y sistemáticamente expuesto, así como una explicación teórica adecuada del problema, vinculando el desarrollo de la prensa argentina del siglo XIX con la génesis de la prensa mundial que le dio origen, rastreando sus principales determinaciones y relacionándolas con los sucesivos contextos en que se articularon, tanto a escala mundial como nacional, analizando la particularidad histórica del esfuerzo del poder estatal que adopta un modelo externo de referencia, pero que choca con los límites de la formación social que hereda, y estabilizando por ello, en forma no necesariamente consciente, cuatro modelos predominantes para la transición del Estado al mercado como agente fundamental del desarrollo de la prensa. A su vez y a medida que avanza el período, se notan diferencias profundas entre Buenos Aires y las provincias interiores, en cuanto a modelos predominantes, funciones de la prensa y de los periodistas, que permanecen a lo largo del medio siglo de

esta transición y definen no sólo las características de la prensa periódica, sino las condiciones de ambas regiones en el período subsiguiente, con consecuencias hasta hoy.

Para lograr este objetivo he debido hacer elecciones metodológicas algo inusuales, desplazando algunas técnicas desde su uso tradicionalmente ligado a otras disciplinas, hacia una investigación en el campo de la historia social, así como cruzar para la redacción final algunos recursos expresivos provenientes de distintos usos comunicacionales. Pienso, al concluir, que tales búsquedas, elecciones y cruces son el resultado de un recorrido pedagógico provechoso que le debo al doctorado en Comunicación de la UNLP, al que le agradezco una vez más la oportunidad de atravesarlo.

5. BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (1961): *El Independiente, Reproducción Facsimilar*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- ACOSTA MONTORO, José (1973): *Periodismo y Literatura*. Guadarrama, Madrid.
- ADORNO, Theodor (2009): “Prólogo a la televisión”. En: Adorno, Theodor (2009) *Crítica de la cultura y sociedad II. Intervenciones, entradas*. Obras completas 10/2. Akal, Madrid [Hacker Foundation, Beverly-Hills, 1952-1953].
- ADORNO, Theodor y HORKHEIMER, Max (2007): *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Akal, Madrid [Querido, Amsterdam, 1947].
- AGUILAR PIÑAL, Francisco (1976): *Bibliografía fundamental de la literatura española. Siglo XVIII*. Sociedad General Española de Librería, Madrid.
- AGUILAR PIÑAL, Francisco (1978): “La prensa española en el siglo XVIII: Diarios, revistas y pronósticos”. En *Cuadernos bibliográficos*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid.
- ALBERDI, Juan B. (2015): *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina* (cartas quillotanas). Biblioteca Saavedra Fajardo, Madrid. [1853].
- ALBERDI, Juan Bautista (1984): *Economía y Constitución (Selección del Sistema Económico y Rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853)*. Plus Ultra, Buenos Aires [1854].
- ALBERDI, Juan Bautista (1858): *Organización económica de la Confederación Argentina*. Bezanson, Londres.
- ALONSO, Paula (1997): ““En la primavera de la historia”: el discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, N° 15, 1er. Semestre de 1997, Buenos Aires.
- ALONSO, Paula (Comp.) (2003): *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados Nacionales en América Latina, 1820-1920*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- ALONSO, Paula (2010): *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines de siglo XIX*. Edhasa, Buenos Aires.
- ALONSO, María Laura (2002): “Documentación sobre periódicos de Santa Fe e la época de la Convención, Archivo Histórico de Santa Fe”. Informe de beca de iniciación a la investigación, Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná.
- ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso, DE LA GUARDIA, Ricardo M. y PELAZ LÓPEZ, José-Vidal (Dir.) (2016): *Sensacionalismo y amarillismo en la Historia de la Comunicación*. Fragua, Madrid.
- ANDERSON, Perry (1987): *El Estado Absolutista*. Siglo XXI, México.
- ANDRADE, Olegario (1957): *Las dos políticas. Consideraciones de actualidad*. Devenir, Buenos Aires [Guauguaychú, 1866].
- ANDREETTO, Miguel Ángel (2009) *El periodismo de Entre Ríos*. Academia Nacional de Periodismo, Buenos Aires.
- ARANA, Enrique (h) (1954): “La prensa nacional antes y después de Caseros. Historia y bibliografía. 1824-1864”. En: Arana, Enrique (h): *Rosas en la evolución política argentina*. Instituto Panamericano de Cultura: Buenos Aires.
- ARDAO, Arturo (1945): *Filosofía pre- universitaria en el Uruguay*. Claudio García y Cía. Editores, Montevideo.
- ARES, Fabio (2011): *Expósitos: la tipografía en Buenos Aires 1780-1824*. Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- ARES, Fabio (2015): “Tipografía para la Revolución (1809). Letra de Gil y la Imprenta Real en Buenos Aires”. En: *Revista Bold*, N.º 2: 12-21, octubre de 2015.

ASCASUBI, Hilario (1960): *Paulino Lucero- Aniceto el Gallo - Santos Vega - Selección*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Serie del Siglo y Medio, Buenos Aires.

ASCASUBI, Hilario (1956) *Poesías para el pronunciamiento de Urquiza*. Castellví, Santa Fe.

AUMONT Jacques (1992): *La Imagen*. Paidós, Barcelona.

AUZA, Néstor Tomás (1978a): *El Periodismo de la Confederación. 1852-1861*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Colección Argentina, Buenos Aires.

AUZA, Néstor Tomás (1978b): *Lucio V. Mansilla, La Confederación*. Editorial Plus Ultra (Colección Los Argentinos), Buenos Aires.

AUZA, Néstor Tomás (1980): "Correo del Domingo (1864-1868) (1870-1880)": En: *Revista Histórica*, N°5. Instituto Histórico de la Organización Nacional, Buenos Aires.

AUZA, Néstor Tomás (1982): "Una Polémica en torno a la reforma constitucional de 1860". En: *Juan Francisco Seguí - Bartolomé Mitre: Polémica Sobre la Constitución*. Instituto Histórico de la Organización nacional, Col. Documentos N° 3, Buenos Aires.

AUZA, Néstor Tomás (1999): *La literatura política porteña del siglo XIX. De Caseros a la Organización Nacional*. Editorial Confluencia, Buenos Aires.

BALMACEDA, José Carlos (2004): *El origen de la imprenta argentina: introducción al estudio del "incunable" guaraní impreso en Loreto*. Ministerio de Cultura, Madrid.

BARBIER, Frederic y BERTHO LAVENIR, Catherine (1999): *Historia de los medios. De Diderot a Internet*. Colihue, Buenos Aires.

BARCIA, Pedro Luis (2002) "Las letras rioplatenses en el período de la Ilustración. Juan Baltasar Maciel y el conflicto de dos sistemas literarios". Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante. Edición digital a partir de: *Humanidades: revista de la Universidad de Montevideo*, Año 1, N. 1, 2001. Universidad de la República, Facultad de Humanidades, Montevideo.

BAUDÓN, Héctor Roberto (1956): *Urquiza y Mitre consolidan la unidad y la constitución nacional*. Guillermo Kraft, Buenos Aires.

BAZÁN, Armando R. ET AL (1965): *Pavón y la crisis de la Confederación*. Equipos de Investigación Histórica, Instituto de Literatura, Gobierno de Buenos Aires, Serie Investigaciones, Vol. 1, Buenos Aires.

BEATO, Guillermo (1985): "La época colonial entre los años 1600 y 1750". En: HALPERÍN DONGHI, Tulio (Coord.). *Historia Argentina*. Paidós, Buenos Aires.

BECCO, Horacio Jorge (1968): *Fuentes para el Estudio de la Literatura Argentina*. Edit. Centro Editor de América Latina, Col. Enciclopedia de la Literatura Argentina, Buenos Aires.

BELGRANO, Manuel (1966): *Autobiografía y otras páginas*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Serie del Siglo y Medio, Buenos Aires.

BELGRANO, Manuel (1954): *Escritos Económicos*. Biblioteca de Estudios Económicos. Editorial Raigal, Buenos Aires.

BELGRANO, Manuel (2001): *Epistolario belgraniano*. Taurus, Buenos Aires.

BELL, Daniel (1996) *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid, Alianza [1949]).

BELL, Daniel (1969) "Modernidad y cultura de masas. Variedad de la experiencia cultural". En: BELL, Daniel (Ed.): *La industria de la cultura*. Alberto Corazón, Madrid [1962].

BENJAMIN, Walter (1989) "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica". En: Benjamin, Walter (1989) *Discursos Interrumpidos I*, Taurus, Buenos Aires [1936].

BENJAMIN, Walter (2004) *Sobre la fotografía*. Pre-Textos, Valencia [1931].

- BELTRÁN, Oscar R. (1943): *Historia del Periodismo Argentino*. Editorial Sopena, Buenos Aires.
- BENÍTEZ, José A. (2000): *Los Orígenes del periodismo en nuestra América*. Editorial Lumen, Buenos Aires.
- BILBAO, Francisco (1943): *El Evangelio Americano*. Americalee, Buenos Aires.
- BILBAO, Manuel (1865): *Obras completas de Francisco Bilbao* (T. I y II). Imprenta de Buenos Aires, Buenos Aires.
- BISCHOFF, Efraín U. (1988) *Sarmiento periodista*. M Lerner Editora, Córdoba.
- BOCCO, Andrea (2004): *Literatura y periodismo 1830-1861. Tensiones e interpenetraciones en la conformación de la literatura argentina*. Universitat, Córdoba.
- BOHDZIEWICZ, Jorge (2008). *Historia y bibliografía crítica de las imprentas rioplatenses, 1830-1852* (T. I 2008 y II, 2010). Instituto Bibliográfico Antonio Zinny (IBIZI), Buenos Aires.
- BONAUDO, Marta y otros (1999): *Liberalismo, Estado y Orden Burgués (1852-1880)*. Tomo IV de la *Nueva Historia Argentina*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- BONASTRE, Valerio (1934): *Corrientes en la cruzada de Caseros*. Imprenta del Estado, Corrientes.
- BORDERIA ORTIZ, Enrique, LAGUNA PLATERO, Antonio Y MARTÍNEZ GALLEGÓ Francesc (1996) *Historia de la Comunicación Social: Voces, Registros y Conciencias*. Síntesis, Madrid.
- BORQUES, Juan Carlos (1919): *Ensayos Históricos sobre el Periodismo de Gualeguaychú 1849-1870*. Imprenta "Gualeguaychú", Gualeguaychú.
- BOSCH, Beatriz (1980): *Urquiza y su Tiempo*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires [1971].
- BOSCH, Beatriz (1984): *Urquiza y su tiempo: La organización Nacional*. Editorial Centro Editor de América Latina, Colección Historia Testimonial Argentina - Documentos Vivos de Nuestro Pasado N° 21, Buenos Aires.
- BOSCH, Beatriz (1994): *Benjamín Victorica, Doctor y General*. Emecé Editores, Buenos Aires.
- BOTREL, Jean Francois (2015): "El sensacionalismo en la era pre-mediática". En: ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso, DE LA GUARDIA, Ricardo M. y PELAZ LÓPEZ, José-Vidal (Dir.) (2015): *Sensacionalismo y amarillismo en la Historia de la Comunicación*. Fragua, Madrid.
- BOURDIEU, Pierre (1969): "Campo intelectual y proyecto creador" En: *Problemas del Estructuralismo*. Editorial S. XXI, México (1a. Ed. 1967 - en francés 1966).
- BOURDIEU, Pierre y CHARTIER, Roger (1985): "La lecture: un pratique culturelle". En: CHARTIER, Roger (1985): *Pratiques de la lecture*. Marseille. Rivages. Hay traducción castellana (2002) *Prácticas de la Lectura*. Plural Editores.
- BOURDIEU, Pierre (1988): *Sociología y cultura*. Grijalbo, Madrid.
- BOURDIEU, Pierre (1996): *Cosas dichas*. Gedisa. Barcelona.
- BOXER, Charles Ralph (1973): *The Portuguese Seaborne Empire. 1415-1825* Hutchinson & Co., Londres [1969].
- BUCETA BACIGALUPO, Juan Carlos (1942): *Apuntes para la historia del periodismo argentino*. Edición de autor, Buenos Aires.
- BURUCÚA, José Emilio, y otros (1999): *Arte, Sociedad y Política*. Tomo 1 de la sección Arte de la *Nueva Historia Argentina*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- BUSANICHE, José Carmelo (1955): "El Periódico "La Voz de la Nación Argentina" y el Congreso de Santa Fe". En: Busaniche, José Carmelo: *Hombres y Hechos de Santa Fe* (Segunda Serie), Ediciones El Litoral (Impreso por la Editorial Castellví), Santa Fe.

- BUTERA, Alejandro (2012): *Pioneros del tabaco. Los fabricantes de cigarrillos en la Argentina, 1880-1920*. Alejandro Butera, Bariloche.
- CAVALARO, Diana (1996): *Revistas argentinas del siglo XIX*. AAER, Buenos Aires.
- CAILLET-BOIS, Ricardo y GONZÁLEZ, Julio César (1941): "Antecedentes para explicar el proceso de clausura del *Telégrafo Mercantil*, primer periódico impreso bonaerense". En: *Revista de Historia de América*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, N. 12, agosto de 1941, pp. 99.120.
- CALVENTO, Mariano G. (1940): *Estudios de la Historia de Entre Ríos*. Tomo II. Imprenta de la Provincia. Paraná.
- CALVO, Nancy y Rodolfo Pastore. "De viajeros y periodismo ilustrado. Los aportes del naturalista Tadeo Haenke en el 'Telégrafo Mercantil' del Río de la Plata (1801-1802)". En: *Revista Dieciocho: Hispanic enlightenment*, Vol. 28.2. Virginia: Universidad de Virginia, 2005.
- CAMPOBASSI, José S. (1980): *Mitre y su época*. Eudeba, Buenos Aires.
- CAMUSSO, Guillermina G. de, y SCHANAITH, Nelly (1975): *Proceso a Rosas*. Editorial Caldén, Col. Procesos-Historia y Crítica, Buenos Aires.
- CANSANELLO, Orestes (1998): "Economía y sociedad: Buenos Aires de Cepeda a Caseros". En: Goldman, Noemí (Dir.): *Revolución, república, Confederación (1806-1852)*. Sudamericana; Buenos Aires.
- CANTER, Juan (1924): *Monteagudo, Pazos Silva y El Censor de 1812*. Peuser, Buenos Aires.
- CANTER, Juan (1942): "La redacción de 'El independiente' de 1815", Facultad de Filosofía y Letras, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires.
- CANTER, Juan (1961): "La Imprenta". En *Historia de la Nación Argentina*. Vol. VII. Academia Nacional de la Historia – El Ateneo, Buenos Aires.
- CAPDEVILA, Arturo (1951): "El periodismo de 1810 a 1827", en: *Historia de la Nación Argentina; desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862*. Vol. VII, Academia Nacional de la Historia - El Ateneo, Buenos Aires [1944].
- CARRERO, Elena (1959): "El periodismo". En: *Proyección del Rosismo en la Literatura Argentina*. Universidad Nacional del Litoral, Rosario.
- CARRIEGO, Evaristo (1862): "La Tierra" (serie de artículos publicada en formato folletín). En: Periódico *El Litoral*, Paraná.
- CARTE, Eugenio (1958): *Salvador María del Carril. Patriarca de la República*. Sociedad Franklin - Biblioteca Popular, San Juan.
- CASTAGNINO, Raúl H. (1960): *Milicia Literaria de Mayo*. Editorial Nova, Buenos Aires.
- CECCHINI DE DALLO, Ana María (1992): *Los Grupos Políticos de Santa Fe, 1852-62*. Ediciones Culturales Santafesinas, Santa Fe.
- CELESIA, Ernesto H. (1932): *Federalismo argentino: apuntes históricos, 1815-1821; (T. III: Córdoba)*. Librería Cervantes de J. Suárez, Buenos Aires.
- CERNADAS de BULNES, Mabel N. (1983): *El pensamiento de Valentín Alsina en el exilio (1853-1852)*. Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.
- CÉSPEDES, Conrado (1921): "La prensa en Mendoza". En: *Diario Los Andes*, 1º de enero de 1921. Mendoza.
- CÉSPEDES, Conrado (1936): "La prensa en Mendoza". En: *Revista J.E.H.M.* (Junta de Estudios Históricos de Mendoza), Tomo II, Mendoza.
- CHARTIER, Roger (2005): *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*. Universidad Iberoamericana, México.

- CHARTIER, Roger (1992): *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Gedisa, Barcelona.
- CHÁVEZ, Fermín (1974): *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*. Theoría, Buenos Aires. 3ª. Ed. corregida y aumentada [1956, Trafac].
- CHÁVEZ, Fermín (1973a): *La cultura en la época de Rosas*. Theoría, Buenos Aires.
- CHÁVEZ, Fermín (1973b): *José Hernández. Plus Ultra* (Colección Los Argentinos), Buenos Aires [1959, Ediciones Culturales Argentinas].
- CHÁVEZ, Fermín (1983): *La Recuperación de la Conciencia Nacional*. Edit. Peña Lillo, Buenos Aires.
- CHÁVES, Julio César (1957): *Castelli, el adalid de mayo*. Ediciones Leviatán, Buenos Aires.
- CHECA GODOY, Antonio (1993): *Historia de la prensa en Iberoamérica*. Alfar, Sevilla.
- CHIARAMONTE, José Carlos (1962): *Ensayos sobre la Ilustración Argentina*. Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Paraná,
- CHIARAMONTE, José Carlos (1983): *La Crítica Ilustrada de la Realidad. Economía y sociedad en el pensamiento argentino e iberoamericano del siglo XVIII*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- CHIARAMONTE, José Carlos (1991): *Mercaderes del Litoral: Economía y Sociedad en la Provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- CHIARAMONTE y otros (1986): *Argentina: de la conquista a la independencia*. Hyspamérica, Buenos Aires.
- CHIARAMONTE, José Carlos (2005): "Nación y Estado en iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias". En: *Revista Electrónica de Historia Constitucional*. Número 6, septiembre de 2005.
- CHIARAMONTE, José Carlos (1997): *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, José Carlos Chiaramonte, Biblioteca del pensamiento Argentino /I. documentos. Ariel, Buenos Aires.
- CHIARAMONTE, José Carlos (1985): "La etapa ilustrada". En: HALPERÍN DONGHI, Tulio (coord.). *Historia Argentina*. Paidós, Buenos Aires.
- CHIARAMONTE, José Carlos (2007): *La ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- CHIKIAR BAUER, Irene (2013): *Eduarda Mansilla. Entre Ellos. Una escritora argentina del siglo XIX*. Biblos, Buenos Aires.
- CLEMENT, Jean-Pierre (2006): "Aproximación al *Diario de Lima* (1790-1793) y a Jaime Bausate y Mesa, su autor". En: *El Argonauta Español*, N. 3, 2006. <http://argonauta.imageson.org/document82.html>
- CONESA SÁNCHEZ, Fernando (1979): *La Libertad de la Empresa Informativa*. EUNSA, Pamplona.
- CONI MOLINA, Carlos Pedro (1998): *La familia Coni, de la Bretaña al Río de la Plata*. Centro Ediciones, Buenos Aires.
- CÓPOLA, Norberto (1985); Fontana, Rubén: "Apuntes sobre tipografía". Mimeo, Facultad de Arquitectura y urbanismo de la UBA, Buenos Aires.
- CORNEJO, Atilio (1961): "Salta, 1821-1862". En: Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, T. IX: 615-616. Buenos Aires.
- CORTÉS CONDE, Roberto (1997): *La economía argentina en el largo plazo*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- CORREA LUNA, Carlos: "La iniciación revolucionaria. El caso del Dr. Agrelo", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1915, tomo XXXI.

- CRESPO, Tomás (2014) “Con la espada, con la pluma y la palabra”. Prensa, política y guerra en la polémica entre Alberdi y Sarmiento”. Tesis. Carrera de Ciencias de la Comunicación, Universidad de Buenos Aires.
- CUCUZZA, Héctor Rubén y PINEAU, Pablo (Comp.) (2004): *Para una historia de la enseñanza de la lectura y escritura en Argentina*. Miño y Dávila, Madrid.
- CUTOLO, Vicente (1968): *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Ed. Elche, Buenos Aires.T. I a III.
- DAMIANOVICH, Alejandro (2013): *El periodismo en Santa Fe 1828-1983*. Academia Nacional de Periodismo, Buenos Aires.
- DANA MONTAÑO, Salvador (1986): *Juan Francisco Seguí, el Orador de la Constitución*. Emecé editores, Buenos Aires.
- DARNTON, Robert (1987): *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*. Fondo de Cultura Económica, México.
- DE ASÚA, Miguel (2010): *La ciencia de mayo*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- DE GORI, Esteban (2010) “La Universidad de Charcas. Teoría y acción política”. En: Revista *Historia de la Educación Latinoamericana* N° 14, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja.
- DE LA TORRE, Carlos Páez (h) (2005): *La cólera de la inteligencia. Una vida de Paul Groussac*. Emecé, Buenos Aires.
- DE MARCO, Miguel Ángel, y otros (1969): *Orígenes de la prensa en Rosario*. Ediciones Colmegna, Santa Fe.
- DE MARCO, Miguel Ángel (1998): *Bartolomé Mitre*. Planeta, Buenos Aires.
- DE MARCO, Miguel Ángel (2006): *Historia del Periodismo Argentino. Desde los orígenes hasta el centenario de Mayo*. Educa, Buenos Aires.
- DE LA PEÑA, Luis José (1853): *Tratado de paz entre el director provisorio de la Confederación Argentina y el gobierno de Buenos Aires, en 9 de marzo de 1853*. Imprenta Argentina, Buenos Aires.
- DELLA COSTA, DANIEL: "Juan Manuel de Rosas también hacía campañas electorales". En Diario *El Cronista*, suplemento "El Cronista Electoral", 21 de junio de 1991.
- DEL SOLAR, Alberto (1907): *Dorrego, tribuno y periodista*. Coni Hnos., Buenos Aires.
- DENTE, Rafael (1979): "Marcos Sastre. Vida y Obra". Introducción a: Sastre, Marcos: *El Tempe Argentino*. Editorial Difusión, Biblioteca Clásica N° 11, Buenos Aires.
- DEVOTO, FERNANDO, y MADERO, MARTA (Ed.)(1999): *Historia de la vida privada en la Argentina*. Tomo 1 (De la colonia a 1870). Editorial Taurus, Buenos Aires.
- DEVOTO, FERNANDO, y PAGANO, NORA (2009): *Historia de la Historiografía Argentina*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- DÍAZ, César L.: “Una mirada comunicacional sobre los inicios de la modernidad rioplatense 1776-1810”. Ponencia en el VII Congreso de ALAIC (Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación), La Plata, 11-16 de octubre de 2004. En: www.alaic.net/VII_congreso/gt/gt_14/GT14-4.html. Consultado el 20-3-2009.
- DÍAZ, César (2005). *Intelectuales y periodismo. Debates públicos en el Río de la Plata (1776-1810)*. Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires “Dr. Ricardo Levene”), La Plata.
- DÍAZ, César (2011). *La Argentina. Buenos Aires 1830-1831*. Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires “Dr. Ricardo Levene”. Instituto Cultural, La Plata.
- DÍAZ, César L. (2012). *Comunicación y Revolución. 1759-1810*. Universidad Nacional de La Plata – Ediciones EPC, La Plata.

DÍAZ, Laura Cecilia (2004): "Díaz, Laura Cecilia: "Periodismo afro-argentino: una mirada exploratoria sobre dos publicaciones porteñas afro-argentinas del S. XIX: La Perla y La Unión". Tesis. Carrera de Ciencias de la Comunicación, Universidad de Buenos Aires.

DÍAZ NICOLAU (1969): En: DE MARCO, Miguel Ángel, y otros: *Orígenes de la prensa en Rosario*. Ediciones Colmegna, Santa Fe.

DI TELLA, Guido, y ZYMELMAN, Manuel (1967): *Las Etapas del Desarrollo Económico Argentino*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Biblioteca de América, Buenos Aires.

DOMERGUE, Lucienne (1981) *Tres calas de la censura dieciochesca (Cadalso, Rousseau, prensa periódica)*. Institut d'Etudes Hispaniques et Hispanoamericaines, Universidad de Toulouse, Le Mirail.

DRAGHI LUCERO, Juan (1943): "El periodismo mendocino de 1820 a 1824". En: Universidad Nacional de Cuyo (Instituto de Investigaciones Históricas): *El Eco de los Andes* (Reproducción facsimilar). Mendoza.

DUMAS, Alejandro (2013) [1850]: *Montevideo, ou une nouvelle Troie*. Éditions Le Joyeux Roger, Montréal.

ECHAGÜE, Juan Pablo (1946): "El Periodismo". En *Historia de la Nación Argentina*, T. 6, Cap. II. Academia Nacional de la Historia – El Ateneo, Buenos Aires.

ECO, Umberto (1968) *Apocalípticos e integrados frente a la cultura de masas*. Lumen, Barcelona [1965].

ENSINCK, Oscar L. (1978): "La Navegación Regular en el Río Paraná". En: *Revista Histórica*. Año 1, N° 2, enero-marzo de 1978. Instituto Histórico de la Organización Nacional, Buenos Aires.

ENCISO RECIO, Luis Miguel (1957): *La Gaceta de Madrid y el Mercurio Histórico y Político, 1756-1781*, Universidad de Valladolid, Valladolid.

ENCISO RECIO, Luis Miguel (1956): *Nipho y el periodismo español del siglo XVIII*. Universidad de Valladolid, Valladolid.

ENCISO RECIO, Luis Miguel (1958): *Prensa económica española del siglo XVIII: El Correo Mercantil de España y sus Indias*. Universidad de Valladolid, Valladolid.

ESTEINOU MADRID, Javier (1981): "El surgimiento histórico de los medios de comunicación social". En: *Dossier Condicionantes Históricos de la Comunicación Social, Revista Aportes de Comunicación Social*, Presidencia de la República, México, 1981.

ESTRADA, Dardo (1912): *Historia y bibliografía de la imprenta en Montevideo, 1810-1865*. José María Serrano Editor, Montevideo.

ESTRADA CARREÓN, Luis Felipe (2012): *El papel de la prensa en la construcción de un proyecto de nación*. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores, Acatlán.

ETCHEPAREBORDA, Roberto (1966): "'El Americano', un vocero de la época del directorio", Cuarto Congreso internacional de la Historia de América, tomo V, Buenos Aires.

EUJANIÁN, Alejandro (1999): "La cultura: público, autores y editores". En: Bonaudo, Marta y otros: *Liberalismo, Estado y Orden Burgués (1852-1880)*. Tomo IV de la *Nueva Historia Argentina*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

FERNANDEZ, Belisario (1966): "Fray Cayetano Jose Rodriguez y los editoriales del redactor de 'El Congreso Nacional'". Cuatro Congreso internacional de la Historia de América, tomo V, Buenos Aires.

FERNÁNDEZ, José Luis (2008) *La construcción de lo radiofónico*. La Crujía, Buenos Aires.

FERNÁNDEZ, José Luis (1994): *Los lenguajes de la radio*. Atuel, Buenos Aires.

FERNÁNDEZ, José Luis (2010): "Convergencias y divergencias en la actual escena mediática". Conferencia. Universidad ORT Uruguay, Montevideo, 12 de octubre.

FERNÁNDEZ, Juan Rómulo (1943): *Historia del Periodismo Argentino*. Librería Perlado, Buenos Aires.

- FERNÁNDEZ LATOUR de BOTAS, Olga (1969): *Folklore y poesía argentina*. Guadalupe, Buenos Aires, 1969.
- FERNÁNDEZ LATOUR de BOTAS, Olga (1982): “Periódicos femeninos de Buenos Aires. Contribución a su estudio”, Congreso Internacional de Historia de América, tomo VI, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ SARASOLA, Ignacio (2004). “La idea de partido en España: de la Ilustración a las Cortes de Cádiz (1783-1814)”. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Disponible en: www.cervantesvirtual.com.
- FERNÁNDEZ SARASOLA, Ignacio. “Opinión pública y ‘libertades de expresión’ en el constitucionalismo español (1726-1845)”. En: *Revista Electrónica de Historia Constitucional*, N. 7, septiembre de 2006, Madrid.
- FINKELSTEIN, David y MCLEERY, Alistair (2014) *Una introducción a la historia del libro*. Paidós, Buenos Aires.
- FINLEY, Moses I (1990): *El Nacimiento de la Política*. Editorial Grijalbo, México, (1ª. Ed. En inglés, Cambridge University Press, 1983).
- FISCHER, Ana María (1969): “Otros exponentes de la prensa confederada”. En: De Marco, Miguel Ángel, y otros: *Orígenes de la prensa en Rosario*. Ediciones Colmegna, Santa Fe.
- FORD, Aníbal, RIVERA, Jorge B., ROMANO, Eduardo (1987): *Medios de Comunicación y Cultura Popular*. Legasa (Colección Ómnibus), Buenos Aires [1985].
- FORD, Aníbal (1987): “Literatura, Crónica y Periodismo”. En: Rivera, Jorge y otros: *Medios de Comunicación y Cultura Popular*. Legasa, Buenos Aires.
- FRADKIN, Raúl, y GARAVAGLIA, Juan Carlos (2009): *La Argentina colonial. El Río de la Plata entre los siglos XVI y XIX*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- FRAGA, Enrique A. (2006): *La prohibición del Lunfardo en la radiodifusión argentina (1933-1953)*. Lajouane, Buenos Aires.
- FRIZZI de LONGONI, Haydée E. (1947): *Las Sociedades Literarias y el Periodismo (1800 – 1852)*. Asociación Interamericana de Escritores, Buenos Aires.
- FURLONG, Guillermo S. J. (1961a): “El Periodismo entre los años 1860 y 1930”. En: *Historia de la Nación Argentina*, T. X. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- FURLONG, Guillermo, (1947): *Orígenes del Arte Tipográfico en América, especialmente en la República Argentina*. Editorial Huarpes S.A., Buenos Aires.
- FURLONG, Guillermo S. J. (1961b): “Prólogo”. En: *El Independiente, reproducción facsimilar*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1961.
- FURLONG, Guillermo (1944a): *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica*. Huarpes, Buenos Aires.
- FURLONG, Guillermo (1944b): *Vida y obra de fray Francisco de Paula Castañeda: un testigo de la naciente patria argentina (1810-1830)*. Ed. Castañeda, Buenos Aires.
- FURLONG, Guillermo (1944c): *Bibliografía de Andrés Lamas*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- GALLO, KLAUS (2012): *Bernardino Rivadavia: el primer presidente argentino*. Edhasa, Buenos Aires.
- GALVÁN MORENO, Carlos (1944): *El Periodismo Argentino*. Editorial Claridad, Buenos Aires.
- GÁLVEZ, Víctor (1942): *Memorias de un viejo*. Solar, Buenos Aires. El autor es seudónimo de Vicente Quesada.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos (2007): *Construir el Estado, inventar la nación*. El río de la Plata, Siglos XVIII-XIX.
- GARCÍA BELSUNCE, César A. (1966): *Presencia de la ilustración en la prensa directorial, Cuarto Congreso internacional de Historia de América*, tomo II. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

- GARCÍA COSTA, Víctor (1971): *Los Ferrocarriles*. Centro Editor de América Latina, Col. La Historia Popular, vida y milagros de nuestro pueblo, N° 65, Buenos Aires.
- GARCÍA CHUECOS, Héctor (1958): *Orígenes de la Imprenta en Venezuela*. En: Academia Nacional de la Historia de Venezuela: Boletín N° 164, octubre-diciembre de 1958, Caracas.
- GARCÍA MELLID, Atilio (1964): *Proceso a los falsificadores de la Historia del Paraguay*. T. I y II. Theoría, Biblioteca de estudios históricos, Buenos Aires.
- GARCÍA SORIANO, Manuel (1971): *El periodismo tucumano. 1817-1900*. Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- GERMANI, Gino y DI TELLA, Torcuato (Comp.) (1965) *Argentina, sociedad de masas*. EUDEBA, Buenos Aires.
- GEZ, Juan W. (1916): *La tradición puntana. Bocetos biográficos y recuerdos*. T. I y II. Edición del autor, San Luis.
- GIANELLO, Leoncio (1948): *Florencio Varela*. Kraft, Buenos Aires.
- GIANELLO, Leoncio (1951): *Historia de Entre Ríos (1520-1910)*. Dirección de Cultura de la Provincia de Entre Ríos, Paraná.
- GIANELLO, Leoncio (1955): *Estanislao López*. El Litoral, Santa Fe.
- GIANELLO, Leoncio (1986): *Historia de Santa Fe*. Plus Ultra, Buenos Aires.
- GIBERTI, Horacio (1961): *Historia Económica de la Ganadería Argentina*. Solar/Hachette, Buenos Aires, [1954].
- GIL, Octavio (1948): *Tradiciones sanjuaninas*. Peuser, Buenos Aires.
- GILLESPIE, Alexander (1994): *Buenos Aires y el Interior. Observaciones reunidas durante una larga residencia, 1806-1807*. AZ Editora, Buenos Aires.
- GIRBAL-BLACHA, Noemí y QUATROCCHI-WOISON, Diana (Dir.) (1999): *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XIX*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- GLASER, Barney y STRAUSS, Anselm (1969): *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*. New York, Aldine Publishing Company [1967].
- GLASER, Barney (1978): *Theoretical Sensitivity*. San Francisco, University of California. Traducción: Ada Freytes Frey.
- GOLDMAN, Noemí (1989): *El Discurso como Objeto de la Historia*. Hachette Universidad (Ciencia Política y Sociedad), Buenos Aires.
- GOLDMAN, Noemí (2000): “Libertad de imprenta, opinión pública y debate constitucional en el Río de la Plata (1810-1827)”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 4.
- GOLDMAN, Noemí y SOUTO, N. (1997): *De los usos a los conceptos de nación y la formación del espacio político en el Río de la Plata (1810-1827)*. En: *Revista Secuencia* N° 37.
- GOLDMAN, Noemí (2002): “El Hombre de La Habana. Antonio José Valdés y los discursos del constitucionalismo rioplatense”. En: TERÁN, M. y SERRANO ORTEGA, J. (Eds.). *Las guerras de independencia en la América Española*. El Colegio de Michoacán y Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Morelia.
- GOLDMAN, Noemí (Dir.) (2008). *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*. Prometeo, Buenos Aires.
- GOLDMAN, Noemí (2010): “Buenos Aires, 1810: la «revolución» y el dilema de la legitimidad y de las representaciones de la soberanía del pueblo”. En: *Revista Historia y Política* N° 24, julio/diciembre. UNED, Madrid.
- GOLDMAN, Noemí (Dir.) (2013): *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. Tercer tomo de la *Nueva Historia Argentina*. Sudamericana, Buenos Aires [1998].

GONZÁLEZ BERNALDO, Pilar. "La Revolución Francesa y la emergencia de nuevas prácticas de la política: la irrupción de la sociabilidad política en el Río de la Plata revolucionario (1810-1815)". En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 3ª Serie, N° 3, primer semestre de 1991.

GONZALEZ DEMURO, Wilson F. (2004): "El Sol de las Provincias Unidas: un comentario sobre el periodismo, la revolución y la difusión de ideas en Montevideo o a fines de la época colonial". En: CLAHR, *Colonial Latin American Historical Review* Vol. 13, Winter 2004, N° 1. Albuquerque, Nuevo México.

GOULDNER, Alvin (1978): *La dialéctica de la Ideología y la Tecnología*. Alianza Universidad, Madrid [1976].

GRAS, Mario César (1947): "Los Orígenes de la Imprenta de Gualeguaychú". En *Revista Entre Ríos*, Buenos Aires, julio-agosto de 1947.

GRECO de ÁLVAREZ, Andrea Carina (2015): *El Periodismo en Cuyo (1820-1852) Escenario del enfrentamiento entre dos cosmovisiones*. Tesis (publicada), Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

GRONDONA, Iván (1990): *Imprenta Coni*. San Telmo, Buenos Aires.

GUERRA, Francois-Xavier, ANNINO, Antonio (2003): *Inventando la nación: Iberoamérica siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica, México.

GUERRA, Francois-Xavier, LEMPIERE, Annick et al. (1998): *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. Fondo de Cultura Económica, México.

GUIDO y SPANO, Carlos (1966): *Autobiografía*. Troquel, Col. Clásicos, Buenos Aires, [1879].

GUILLAMET, Jaume (2004): "De las gacetas del siglo XVII a la libertad de imprenta del XIX". En: BARRERA, Carlos (coord.), *Historia del periodismo universal*. Ariel, Barcelona.

GUINARD, P. J. (1957): « Le livre dans la péninsule ibérique au XVIII siècle ». En : *Bulletin hispanique*, T. LIX, abril-junio.

GUINARD, P. J. (1962): « Un passage de l'Emile transposé dans *El Censor* (Madrid, 1782) ». En : *Revue de Littérature Comparée*, T. XXXVI, X-XII.

GUINARD, P. J. (1973): « La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre ». En: *Centre du Recherches Hispaniques*, París.

GUTIÉRREZ, Juan María: "Los Servicios Públicos de D. Juan María Gutiérrez". Documento inédito publicado por el Instituto Histórico de la organización Nacional en el N° 2 (enero-marzo de 1978) de la *Revista Histórica*, Buenos Aires.

GUTIÉRREZ, Juan María (1866). *Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires*. Imprenta de Mayo, Buenos Aires.

HABERMAS, Jürgen (1995): *Historia y Crítica de la Opinión Pública*. Editorial Gustavo Gilli (Col. Mass Media), Barcelona [1981 en español en GG, 1962 en alemán].

HABERMAS, Jürgen (1980): "La Esfera de lo Público". Traducción al español por Francisco Galván Díaz, de *Kultur und Kritik*, editorial Suhrkam, Frankfurt a. Main, 1973, para Revista de Ciencias Sociales, Madrid [1973].

HALL, Stuart (2004) [1973]: "Codificación y decodificación en el discurso televisivo" en CIC: Cuadernos de información y comunicación, N° 9, Madrid.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (1987): *Argentina: de la Revolución de la Independencia a la Confederación Rosista*. Paidós, Buenos Aires.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (1951): *El Pensamiento de Echeverría*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (1972a): *Hispanoamérica después de la Independencia. Consecuencias sociales y económicas de la emancipación*. Editorial Paidós, Buenos Aires.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (1985): *José Hernández y sus Mundos*. Editorial Sudamericana - Instituto Torcuato Di Tella (Colección Historia y Sociedad), Buenos Aires.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (2005): *La formación de la clase terrateniente bonaerense*. Prometeo, 2005.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (1995): *Proyecto y Construcción de una Nación*. Ariel-Espasa Calpe, Buenos Aires.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (1972b): *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. S. XXI, Buenos Aires.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (1982): *Una Nación para el Desierto Argentino*. Centro Editor de América Latina, Serie Sociedad y Cultura, Buenos Aires.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (1961): *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*. Eudeba, Buenos Aires.

HALPERÍN DONGHI, Tulio (1998): *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza Editorial, Buenos Aires [1969].

HERAS, Carlos: "Primer Centenario de la Carta de Mayo". En: *La Nación*, 25 de julio de 1925, Buenos Aires.

HEREDIA, Edmundo A. (1966): "Fray Camilo Henríquez, redactor de la Gazeta de Buenos Ayres," en *Cuatro Congreso internacional de la Historia de América*, tomo III, Buenos Aires.

HERRERA VEGAS, Jorge Hugo (2002): Bernardo de Irigoyen. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, Buenos Aires.

HERRERO, Fabián (2006): *Constitución y federalismo. La opción de los unitarios convertidos al federalismo durante el primer gobierno de Juan Manuel de Rosas*. Ediciones cooperativas. Buenos Aires.

HERRERO, Fabián (2010): *Federalistas de Buenos Aires, 1810-1820. Sobre los orígenes de la política posrevolucionaria*. Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada.

HERRERO, Fabián (2005): *Monteagudo. Revolución, Independencia, confederacionismo*. Ediciones Cooperativas, Buenos Aires.

HERRERO, Fabián (2012a): *Organizar un orden republicano. Iniciativas y dificultades en el Río de la Plata, 1810-1830*. Editorial Académica Española, Buenos Aires.

HERRERO, Fabián (2012b): "¿Reformar las instituciones o la Iglesia? La polémica entre Francisco Castañeda y Feliciano Cavia. Buenos Aires hacia fines de 1810". En: *Revista CSOnline, Revista Eletrônica de Ciências Sociais*, año 6, ed. 13, jan./abr. Universidade Federal de Juiz de Fora.

HERRERO, Fabian (2004): *Revolución. Política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810*. Ediciones Cooperativas, Buenos Aires.

HOBSBAWM, Eric (1998a): *La era de la Revolución. 1789-1848*. Grijalbo, Buenos Aires.

HOBSBAWM, Eric (1998b): *La era del Capital. 1848-1875*. Grijalbo, Buenos Aires.

HOBSBAWM, Eric (1998c): *La era del Imperio. 1875-1914*. Grijalbo, Buenos Aires.

HOGGART, Richard (2013): *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Siglo XXI, Buenos Aires [en inglés, 1957].

HORTELANO, Benito (1936): *Memorias*. Espasa Calpe, Madrid.

HOROWITZ, Irving (1964) *Historia y elementos de sociología del conocimiento*. EUDEBA, Buenos Aires.

IBÁÑEZ, Avelina M. (1933): *Unitarios y Federales en la Literatura Argentina*. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.

IRAZUSTA, Julio (1947): *Vida Política de Juan Manuel de Rosas a Través de su Correspondencia*. Tomos I a IV. Editorial Albatros, Buenos Aires, 1947 y 1950.

IRAZUSTA, Julio (1952): *Urquiza y el pronunciamiento*. La voz del Plata, Buenos Aires.

JITRIK, Noé: “Los Objetos Culturales”. En: *Syc*, N° 4. Buenos Aires, mayo de 1993. “Del Orden de la Escritura”. *Idem*, N° 6, agosto de 1995.

JOHANSSON, Lucrecia y SUJATOVICH, Luis (2014) “Periódicos en línea de combate. La prensa argentina y paraguayana durante la Guerra de la Triple Alianza (1864 - 1870)”. En: *Miradas y acercamientos a la prensa decimonónica*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México.

JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA (1910-1915): *Gaceta de Buenos Aires, reproducción facsimilar*. Junta de Historia y Numismática (actual Academia Nacional de la Historia), Buenos Aires.

KRAMER, Samuel Noah (2013): *La historia empieza en Sumer*. Alianza, Madrid.

LABARRE, Albert (2002): *Historia del libro*. Siglo XXI, México.

LAGUNA PLATERO, Antonio y SUJATOVICH, Luis (2015) “La caricatura del poder o el poder de la caricatura. El Quijote, el periódico que promovió la caída de un gobierno”. En: *Recorridos de la prensa moderna a la prensa actual*. Red de Historiadores de la Prensa y el Periodismo en Iberoamérica, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y Universidad Autónoma de Querétaro, Querétaro.

LAVARDÉN, Manuel José de (1955): *Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata*. Raigal, Buenos Aires. Con un estudio preliminar por Enrique Wedovoy [1801].

LAZARSFELD, Félix Paul (1977) “Comunicación de masas, gusto popular y acción social organizada”. En: MURARO, Heriberto (Comp.): *La comunicación de masas*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires [1948].

LETTIERI, Alberto (1998): *La república de la opinión. Política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*. Editorial Biblos, Buenos Aires.

LETTIERI, Alberto (1999): “De la república de la opinión a la república de las instituciones”. En Bonaudo, Marta y otros: *Liberalismo, Estado y Orden Burgués (1852-1880)*. Tomo IV de la Nueva Historia Argentina. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

LETTIERI, Alberto (2003): “La guerra de las representaciones: la revolución de septiembre de 1852 y el imaginario social porteño”. En: Sábato, Hilda y Lettieri, Alberto (comp.): *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

LEGUIZAMÓN, Martiniano (1922): *El trovero gauchesco*. Peuser, Buenos Aires.

LEGUIZAMÓN, Martiniano (1935): *Pedro Feliciano Cavia*, Peuser, Buenos Aires.

LEGUIZAMÓN, Martiniano (1926): *Hombres y cosas que pasaron*. J. Lajouane & cía., Buenos Aires.

LE MOS, Abraham (1888): *Memoria descriptiva*. Los Andes, Mendoza.

LEVENE, Ricardo (1941): *La Academia de Jurisprudencia y la vida de su fundador, Manuel Antonio Castro*. Instituto de Historia del Derecho Argentino, UBA, Buenos Aires.

LEVENE, Ricardo (1960): *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno: contribución al estudio de los aspectos político, jurídico y económico de la Revolución de 1810*. Peuser, Buenos Aires.

LEWIN, Boleslao (1952): *Los movimientos de emancipación en Hispanoamérica y la independencia de Estados Unidos*. Raigal, Buenos Aires.

LIN Yutang (1947): *China, Historia de las ideas y del periodismo*. Iberoamericana, Buenos Aires.

LIZONDO BORDA, Manuel (1961): “Tucumán, 1810-1862”. En: AAVV (1961): *Historia de la Nación Argentina*, Tomo IX. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

- LIZZA, Ariadna (1958): "El periodismo virreinal. Sus orígenes en la margen argentina del Río de la Plata" (folleto). Editorial Latina, Buenos Aires.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo (2005): *El modelo en la ciencia y la cultura*. Siglo XXI, México.
- LÓPEZ ALVES, Fernando (2003): *La formación del Estado y la democracia en América Latina, 1810-1900*. Norma (Colección Vitral), Bogotá.
- LÓPEZ, Vicente Fidel (1975) [1881]: *Historia de la República Argentina: Su Origen, Su Revolución y Su Desarrollo Político Hasta 1852* (reimpresión). T. I y II. Fb & C Limited, Londres.
- LUNA, Félix y otros (1998): *La cultura en tiempos de la Colonia*. Tomo 2 de *Momentos Clave de la Historia Integral Argentina*. Editorial Planeta, Buenos Aires.
- LUNA, Félix y otros (1998): *La Santa Federación*. Tomo 3 de *Momentos Clave de la Historia Integral Argentina*. Editorial Planeta, Buenos Aires
- LUNA, Félix y otros (1998): *La cultura desde la Independencia hasta el Centenario*. Tomo 5 de *Momentos Clave de la Historia Integral de la Argentina*. Editorial Planeta, Buenos Aires.
- MABEE, Carleton (1947): *El Leonardo Americano. Vida de Morse*. Ediciones Antonio Zamora, Buenos Aires [1942].
- MAEDER, Ernesto J. A. (1947): "Índice general de la Revista de Buenos Aires", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, volumen XXIII, Buenos Aires.
- MAGGIO RAMÍREZ, MATÍAS (2008): *Lecturas sobre la lectura. Educación y realidad en el semanario de Vieytes*. Instituto de Enseñanza Superior n°1 "Dra. Alicia Moreau de Justo", Buenos Aires [2003].
- MAJESTÉ, Francisco Y AGUIRRECHE, Nicolás (1867): *Obras del Dr. D. Francisco Majesté*. T. I a III. Imprenta y librería del heredero de D. Pablo Riera, Barcelona.
- MANSILLA, Lucio V. (1966): *Mis Memorias*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, [1904].
- MANSILLA, Lucio V. (1953): *Retratos y Recuerdos*. Borocaba, Buenos Aires.
- MANSILLA, Lucio V. (1963): *Entre Nos (Causeries de los jueves)*. Hachette, Buenos Aires.
- MARILUZ URQUIJO, José M. (1978): Estudio Preliminar a *Noticias de El Correo Mercantil de España y sus Indias* [Recopilación de artículos del mismo enviados desde y referidos al Río de la Plata]. Academia Nacional de Historia, Buenos Aires.
- MARILUZ URQUIJO, José M. (1987): *El Virreinato del Río de la Plata en la época del Marqués de Avilés (1799-1801)*. Plus Ultra, Buenos Aires.
- MARILUZ URQUIJO, José M. (1988): "La Gazeta de Buenos Aires (1764)". En: *Investigaciones y Ensayos* N° 38, julio-diciembre. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Gustavo Gili, Bogotá.
- MARTINEZ, Benigno T. (1920): *Historia de la Provincia de Entre Ríos*. T. I a III. Peuser, Rosario.
- MARTINI, Mónica (1999): "La imprenta y el periodismo". En: ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, *Nueva Historia de la Nación Argentina*. T. III: Período español (1600-1810). Planeta, Buenos Aires.
- MARTINI, Mónica (1998): *Francisco Antonio Cabello y Mesa, un publicista ilustrado de dos mundos (1786-1824)*. Instituto de Investigaciones sobre Identidad Cultural, Universidad del Salvador, Buenos Aires.
- MAYER, Jorge M. (1963): *Alberdi y su tiempo*. Eudeba, Buenos Aires.

- MAYOCHI, Enrique Mario (1977) *El periodismo porteño durante la época de Nicolás Avellaneda*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- MAYOCHI, Enrique Mario (2007) *Carlos Pellegrini periodista*. Academia Nacional de Periodismo, Buenos Aires.
- MEDINA, José Toribio (1904): *Notas bibliográficas referentes a las primeras producciones de la Imprenta en algunas ciudades de la América Española (Ambato, Angostura, Curazao, Guayaquil, Maracaibo, Nueva Orleans, Nueva Valencia, Panamá, Popayan, Puerto de España, Puerto Rico, Querétaro, Santa Marta, Santiago de Cuba, Santo Domingo, Tunja y otros lugares)*. Imprenta El Zeviriana, Santiago de Chile.
- MEDINA, José Toribio (1892): "Historia y bibliografía de la imprenta en Buenos Aires". En: *Anales del Museo de La Plata*, La Plata.
- MEGÍAS, Alicia (1997): *La prensa y formación de la opinión pública en Rosario a mediados del siglo XIX*, Facultad de Ciencia Política y RRH, Consejo de Investigaciones, Universidad Nacional de Rosario.
- MERTON, Robert K. (1965): *Teoría y estructuras sociales*. Fondo de Cultura Económica, México [1953].
- MITRE, Adolfo (1943): *Mitre Periodista*. Editorial Institución Mitre. Buenos Aires.
- MITRE, Bartolomé (1883): *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. T. I. Juventud, Buenos Aires,
- MITRE, Bartolomé (1888): "Prólogo". En: Gálvez, Víctor (Vicente G. Quesada): *Recuerdos de Antaño* (reeditado como *Memorias de un viejo*). Peuser, Buenos Aires.
- MITRE (2003): *Orígenes de la imprenta argentina*. Editorial del Cardo, Buenos Aires [1880].
- MITRE, Bartolomé y GÓMEZ, Juan Carlos (1897): *Polémica de la Triple Alianza*, Imprenta La Mañana, La Plata.
- MOLINA, Eugenia (2008): *El poder de la opinión pública. Trayectos y avatares de una nueva cultura política en el Río de la Plata 1800-1852*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- MOLINA, Eugenia (2011): "Sociabilidad y redes político-intelectuales: algunos casos entre 1800 y 1852". En: *Cuadernos del CILHA*, Vol. 12, n° 14.
- MORENO ALONSO, Manuel (1989): *La generación española de 1808*. Alianza Universidad, Barcelona.
- MORENO, Manuel (1968): *Vida y memorias de Mariano Moreno*. Eudeba, Buenos Aires.
- MORENO, Amparo (1992): "Presentación". En: WILLIAMS, Raymond (Ed.) (1992): *Historia de la Comunicación*. Bosch, Barcelona.
- MOYANO, Julio (1997): "Aportes lingüísticos para el estudio de la prensa periódica argentina del siglo XIX como fuente de investigación histórica". Premio Cortés Conde 1996, Instituto de Enseñanza Superior, Paraná.
- MOYANO, Julio (2002) "Los orígenes del periodismo de Concepción del Uruguay". En: *Revista Ciencia, Docencia y Tecnología* N° 23, enero de 2002, Secretaría de Ciencia y Técnica, Universidad Nacional de Entre Ríos.
- MOYANO, Julio (1996): *Prensa y Modernidad. Ensayo de análisis para el estudio de los orígenes de la prensa periódica argentina*. Facultad de Ciencias de la Educación, Paraná, Colección "Cuadernos", N° 6, Paraná, 1996.
- MOYANO, Julio (2013): "Seis años decisivos: La Revolución de Mayo y la construcción de la prensa moderna en el Río de la Plata". En: PINEDA, Adriana, y GANTÚS, Fausta (Comp.): *Miradas y acercamientos a la prensa decimonónica*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Red de Historiadores de la Prensa y el Periodismo en Iberoamérica e Instituto Mora. México.
- MOYANO, Julio (2015): "Tres modelos en la construcción estatal de la prensa periódica argentina". En: *Revista Improntas de la historia y la comunicación* N° 1, noviembre de 2015. Universidad Nacional de La Plata. <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/improntas/index>.
- MOYANO, Julio (2016): "Walter Benjamin". En: PEDROZA, Gustavo (Comp.): *La enseñanza del diseño y la Comunicación Visual en la Universidad Nacional de Lanús*, Tomo III. Remedios de Escalada: EDUNLA.

MOYANO, Julio; OJEDA, Alejandra; SUJATOVICH, Luis (2017): “Diversificación, segmentación y sensacionalismo: Hibridación de formatos en diarios y revistas argentinos a comienzos del siglo XX”. En: Martínez Gallego, Francesc A. Pineda Soto, Adriana y Laguna Platero, Antonio (En prensa): *De la imprenta a la empresa multimedia: El negocio de la comunicación en la historia*. Universidad de Valencia, Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo, Red de Historiadores de la Prensa en Iberoamérica.

MOWSZOWICZ MANCHESTER, (2008): *Tiempo de invasiones 1806-1807*. Ediciones de la Plaza, Montevideo.

MUJICA LAÍNEZ, (1955): *Vida de Aniceto El Gallo, Hilario Ascasubi*. Emecé, Buenos Aires.

MUJICA LAÍNEZ, (Ed. y prólogo) (1945) *Hilario Ascasubi: Paulino Lucero*. Estrada, Buenos Aires.

MUÑIZ, Enriqueta (2009): *La Prensa Argentina en Tiempos de Guerra 1827-1852*. Academia Nacional de Periodismo, Buenos Aires.

MYERS, Jorge (2003a): “Identidades porteñas: El discurso ilustrado en torno a la nación y el rol de la prensa: El Argos de Buenos Aires, 1821-1825”. En: Alonso, Paula (Comp.): *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

MYERS, Jorge (2003b): “Las paradojas de la opinión. El discurso político rivadaviano y sus dos polos”. En: Sabato, Hilda y Lettieri, Alberto (comp.): *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

MYERS, Jorge (2011): *Orden y Virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.

NIETO DEL RÍO Félix (1926): “Cómo recordaba Sarmiento a Chile”, en *El Mercurio*. Artículo en la edición especial del Centenario. Valparaíso. 12 de septiembre de 1927.

NIEVA, Carlos O. (2016): “Juan Manuel de Rosas y la política institucional durante su primer gobierno: el problema de las facultades extraordinarias”. Tesis. Licenciatura en Ciencia Política y Gobierno. Universidad Nacional de Lanús, Remedios de Escalada.

NÚÑEZ, Ignacio (1996): *Autobiografía*. Senado de la Nación- Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, Prólogo de Juan Isidro Quesada.

ODDONE, Jacinto (1967): *La Burguesía Terrateniente Argentina*. Ediciones Libera, Buenos Aires, [1930].

OJEDA, Alejandra (2010) “Del reclame a la Publicidad. La transición hacia la modernidad publicitaria en la prensa periódica argentina entre 1862 y 1885”. En: Revista *Pensar la Publicidad*. Revista internacional de Investigaciones Publicitarias, Publicaciones Universidad Complutense de Madrid y Universidad de Valladolid. N° 2, Valladolid.

OJEDA, Alejandra (2002): “Evolución histórica de las tecnologías de prensa”. En: *Del prudente saber* N° 2, Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná.

OJEDA, Alejandra (2016): “La incorporación sistemática de la imagen visual a la prensa diaria argentina. El caso paradigmático del diario La Nación entre 1894 y 1904”. Tesis. Doctorado en Comunicación, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

OJEDA, Alejandra y MOYANO, Julio (2004): “Paraná, capital de la Confederación: el periodismo”. Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires.

OJEDA, Alejandra y MOYANO, Julio (1999): “Análisis semiótico de la prensa como fuente de investigación histórica. Estudio de caso: 1801-1880”. En: Revista *Ciencia, Docencia y Tecnología* N° 19, diciembre de 1999, Universidad Nacional de Entre Ríos.

OJEDA, Alejandra y MOYANO, Julio (2015a): “El periodismo mitrista en la modernización de la prensa argentina (1862-1904)”. En: PINEDA, Adriana, y GANTÚS, Fausta (Comp.): *Recorridos desde la prensa moderna a la prensa actual*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Red de Historiadores de la Prensa y el Periodismo en Iberoamérica, Universidad Autónoma de Querétaro, Querétaro.

- OJEDA, Alejandra y MOYANO, Julio (2015b): “El estudio de caso y la noción de sistema en la enseñanza de la comunicación visual. El caso de la UNLa”. En: PEDROZA, Gustavo (Comp.): *La enseñanza del diseño y la Comunicación Visual en la Universidad Nacional de Lanús, Tomo II*. Remedios de Escalada: EDUNLA.
- OJEDA Alejandra y MOYANO Julio (2016) “Juan Lasserre en Argentina y Uruguay: la deriva sensacionalista en la construcción de su biografía”. En: ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso (Comp.). *Perfiles de periodistas contemporáneos*. Fragua, Madrid.
- OJEDA, Alejandra y MOYANO, Julio (2003): “La Revista del Paraná y la formación de un campo intelectual autónomo en Argentina”. En: *Patria de Luz*, T. VI, Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná.
- OLSEN DE SERRANO, María Luisa (1999): “Las letras”. En: ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Tomo III: Período español (1600-1810). Planeta, Buenos Aires.
- ORDÓÑEZ LÓPEZ, Manuel y CRESPO, Luis S. (1912): *Bosquejo de la historia de Bolivia*. H. Heitman, Imprenta Boliviana, La Paz.
- OTERO, José Pacífico (1899): *Estudio biográfico sobre Fray Cayetano Rodríguez y recapitulación de sus producciones literarias*, Tipográfica Domenici, Córdoba.
- OTERO, José Pacífico (1908): *Fray Cayetano. En homenaje al primer centenario de la emancipación argentina*. Tipográfica Domenici, Buenos Aires,
- OTTOLENGHI, Julia (1950): *Vida y Obra de Sarmiento en Síntesis cronológica*. Kapelusz, Buenos Aires.
- OVIEDO, José Enrique (1910): *El Periodismo en Mendoza*. Academia Nacional de Periodismo, Buenos Aires.
- OZLAK, Oscar (1978): *Formación histórica del estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio*. CEDES, Buenos Aires.
- OZLAK, Oscar (1982): *La Conquista del Orden Político y la Formación Histórica del Estado Argentino*. CEDES, Vol. 4, Buenos Aires.
- OZLAK, Oscar (2009): *La formación del estado argentino: orden, progreso y organización nacional*. Emecé, Buenos Aires.
- PÁEZ DE LA TORRE, Carlos (h (1984): *El derrumbe de la Confederación. Memorial de la Patria*, T. XI. La Bastilla, Buenos Aires.
- PAGANO, Nora y DEVOTO, Fernando (2009): *Historia de la historiografía argentina*, Sudamericana, Buenos Aires.
- PALACIOS, Alberto (1960): *Historia de Echeverría*. Emecé, Buenos Aires.
- PALCOS, Alberto (1960): *Rivadavia. Ejecutor del pensamiento de Mayo*, T. I y II. Biblioteca de Humanidades, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la Plata, La Plata.
- PASQUALI, Patricia S. (2000) “El periodismo. 1852-1914”, en *Nueva historia de la Nación Argentina*, T. 5, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia. Planeta, Buenos Aires.
- PAZ, Marcos (1964): *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz*, T. V. Biblioteca de Humanidades, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la Plata, La Plata.
- PECKHAM, Morse (1981): *Beyond the Tragic Vision: the quest for identity in the nineteenth century*. G. Braziller, New York [1962].
- PÉREZ DE LA CANAL, Miguel Ángel (2014): “La erección de la Secretaría del Despacho de la Gobernación del Reino para la Península e Islas Adyacentes”. En: *Cuadernos de Historia del Derecho* N° 21: 9-29. Universidad Complutense de Madrid, Madrid. http://dx.doi.org/10.5209/rev_9 CUHD.2014.v21.47716
- PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, José (1968), *Crónica Histórica Argentina*, T. 5. Códex, Buenos Aires.

- PETERSEN, Lucas (2010): “‘Yo escribí estos versos, otro se llevó los honores’. Historia y análisis editorial del Telégrafo mercantil”. Tesis. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires.
- PETRONI, Gregorio J. R. (2016) “Historia de la Navegación del Bermejo”. Fundación Histamar, Necochea. <http://www.histamar.com.ar/InfHistorica/Bermejo-Navegacion.htm>. [1ª. Ed. sin fecha].
- PICCIRILLI, Ricardo (1942): *Carlos Casavalle. Impresor y Bibliófilo*. J. Suárez, Buenos Aires.
- PICCIRILLI, Ricardo (1966): “El periodismo en el debate sobre la forma de gobierno que declararse la independencia”, *Trabajos y Comunicaciones*, N°16, La Plata.
- POPOLIZIO, Enrique (1985): *Vida de Lucio V. Mansilla*. Pomaire, Buenos Aires, [1954].
- PINEDA SOTO, Adriana (Coord.) (2015): *Recorridos de la Prensa moderna a la Prensa actual*. Red de Historiadores de la Prensa y el Periodismo en Iberoamérica. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Michoacán.
- PINEDA SOTO, Adriana y GANTÚS, Fausta (Coord.) (2013): *Miradas y acercamientos a la Prensa decimonónica*. Red de Historiadores de la Prensa y el Periodismo en Iberoamérica. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Michoacán.
- PINEDA SOTO, Adriana (Coord.) (2016): *Los periódicos oficiales en México*. Senado de la República, México.
- PRADERE, Juan A. (1970): *Juan Manuel de Rosas: Su iconografía*. Oriente, Buenos Aires.
- PUJOL, Juan Gregorio y PUJOL VEDOYA, Juan N. (1911): Correspondencia y documentos oficiales, año 1852-1861. Kraft, Buenos Aires.
- RAMA, Ángel (1982): *Los Gauchipolíticos Rioplatenses*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- RAMÍREZ, Arbelio (1963): “Libertad de prensa y actividad de imprenta durante el artiguismo”. En: *Boletín Histórico del Estado Mayor General del Ejército* N° 98-99. Montevideo.
- RE, Dante (1929): “Historia del periodismo en Córdoba 1823-1881”. En: *El Monitor de la Educación Común*. N° 682 y 683, Consejo Nacional de Educación, Buenos Aires.
- REBOLLO PAZ, León (1951): Historia de la organización nacional: treinta años en la vida de la República, 1850-1880. Vol. I y II. Librería del Plata, Buenos Aires.
- RÉBORA, Juan Carlos (1935): *El estado de sitio y la ley histórica del desborde institucional*. Universidad Nacional de la Plata, La Plata.
- REED TORRES Y RUIZ CASTAÑEDA (1998): *El Periodismo en México. 500 años de Historia*. EDAMEX, México.
- REGGINI, Horacio C. (2012): La obsesión del hilo. Sarmiento y las telecomunicaciones. Galápagos, Buenos Aires.
- RÍPODAS ARDANAZ, Daisy (1999): “Libros, bibliotecas y lecturas”. En: ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, *Nueva Historia de la Nación Argentina*. T. III: Período español (1600-1810). Planeta, Buenos Aires.
- RÍPODAS ARDANAZ, Daisy (1983): *Refracción de ideas en Hispanoamérica colonial*. Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires.
- RIVERA, Jorge: (1990) "De la facción al folletín. 1860: el periodismo argentino busca nuevos lenguajes". En: *Clarín. Suplemento Cultura y Nación* del 23 de agosto, Buenos Aires.
- RIVERA, Jorge B. (1998) *El escritor y la industria cultural*. Atuel, Buenos Aires [Ediciones previas en fascículos de colecciones de Centro Editor de América Latina, entre 1973 y 1981].
- RIVERA, Jorge B. (1980) *El escritor y la industria cultural* (selección de textos y estudio preliminar). Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- RIVERA, Jorge B. (1968a) *La primitiva poesía gauchesca*. Jorge Álvarez, Buenos Aires.

- RIVERA, Jorge B. (1968b) *Eduardo Gutiérrez. El Folletín*. Centro Editor de América Latina, Col. La historia de la literatura argentina N° 32, Buenos aires.
- RIVERA, Jorge B. (1986) *La investigación en Comunicación Social en Argentina*. DESCO, Lima.
- RIVERA, Jorge B. (1987) *La investigación en Comunicación Social en Argentina*. Puntosur, Buenos Aires.
- RIVERA, Jorge B. (1992) *Panorama de la historieta argentina*. Libros del Quirquincho, Buenos Aires.
- RIVERA, Jorge B. (1994) *Postales Electrónicas*. Atuel, buenos Aires.
- RIVERA, Jorge B. (1995) *El periodismo cultural*. Paidós, Buenos Aires.
- RIVERA, Jorge, B. (1997) *Comunicación, medios y cultura. Líneas de investigación en la Argentina. 1986-1996*. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- RIVERA, Jorge B. y ROMANO, Eduardo (1987) *Claves del periodismo argentino actual*. Tarso, Buenos Aires.
- RIVERA, Jorge, y Romano, Eduardo (1987): "Sobre maneras de leer y pensar la prensa periódica". En: Idem (Ed.), *Claves del Periodismo Argentino Actual*, Tarso.
- RIVERO ASTENGO, Agustín (1994): *Miguel Navarro Viola. El opositor victorioso*. Kraft, Buenos Aires.
- ROBERTS, Carlos (2000): *Las invasiones inglesas en el Río de la Plata (1806-1807)*. Emecé, Buenos Aires.
- ROCCA, Pablo (2015): "Libros, esclavos y otras mercancías (Jaime Hernández y la trama cultural de la República entre 1834 y 1844)". En: Revista *Teomai*, n° 31, primer semestre de 2015, Montevideo.
- ROCK, David (2006): "La construcción del Estado y los movimientos políticos en la Argentina, 1860-1916". Prometeo, Buenos Aires.
- RODRÍGUEZ VAGARÍA de ARCE, María E. (1972): *Aspectos socio-económicos del desarrollo de Entre Ríos 1868-1888*. Editorial Colmegna, Paraná (Impr. S. Fe).
- ROGERS, Geraldine (2008): *Caras y Caretas: Cultura, Política y Espectáculo en los inicios del Siglo XX argentino*. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- ROJAS, Rafael (2010): "Traductores de la libertad. Filadelfia y la difusión del republicanismo en Hispanoamérica". En: Zepeda, Beatriz (Comp.): *Ecuador: relaciones internacionales a la luz del bicentenario*. FLACSO, Quito.
- ROJAS, Ricardo (1957): *Historia de la Literatura Argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en El Plata*. Kraft, Buenos Aires [Vol. I *Los Gauchescos*, 1917; Vol. II *Los Coloniales*, 1919; Vol. III *Los proscriptos*, 1920; Vol. 4 *Los Modernos*, 1922].
- ROMERO, José Luis y Luis Alberto Romero (eds.) (1977): *Pensamiento político de la emancipación (1790-1895)*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- ROSA, José María (1977): *El Pronunciamiento de Urquiza*. E. Peña Lillo Editor, Buenos Aires.
- ROSA, José María (1975): *Nos, los Representantes del Pueblo*. Peña Lillo editor S.R.L., Buenos Aires [1960].
- RUIZ MORENO, Leandro (Comp.) (1952): *Centenarios del Pronunciamiento y de Monte Caseros*. T. I y II. Gobierno de la Provincia de Entre Ríos, Paraná.
- RUIZ MORENO, Isidoro J. (1981): "Entre Ríos y Buenos Aires a la caída de la Confederación". En: *Revista Histórica*, Tomo IV, N° 8, Instituto Histórico de la Organización Nacional, Buenos Aires, enero-junio de 1981.
- SÁBATO, Hilda (2003): "La vida política argentina. Miradas históricas sobre el siglo XIX". En: Sábato, Hilda y Lettieri, Alberto (comp.): *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- SÁBATO, Hilda (2012): *Historia de la Argentina. 1852-1890*. Siglo XXI, Buenos Aires.

- SÁBATO, Hilda (1989): *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar. 1850-1890*. Sudamericana, Buenos Aires.
- SÁBATO, Hilda (1999): "La vida pública en Buenos Aires". En: Bonaudo, Marta y otros: *Liberalismo, Estado y Orden Burgués (1852-1880)*. T. IV de la *Nueva Historia Argentina*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- SÁBATO, Hilda y Lettieri, Alberto (comp.) (2003): *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- SABOR, Josefa Emilia (1995): *Pedro de Ángel y los orígenes de la bibliografía Argentina. Ensayo bio-bibliográfico*. Solar, Buenos Aires.
- SBARRA, Noel H. (1973): *Historia del alambrado en Argentina*. EUDEBA, Buenos Aires [1964].
- SAGARNA, A. (1937): *Juan María Gutiérrez y la Organización Nacional*. [Junta de Historia y Numismática Americana] Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- SALDÍAS, Adolfo (1907): *Vida y escritos del Padre Castañeda*. A. Moen y Hermano, Buenos Aires,
- SALDÍAS, Adolfo (1945a) *Historia de la Confederación Argentina. La guerra y la política constitucional*. Tomo II. Americana, Buenos Aires.
- SALDÍAS, Adolfo (1945b) *Historia de la Confederación Argentina. Rosas y las Facultades Extraordinarias*. Tomo III. Buenos Aires, Americana.
- SALDÍAS, Adolfo y ORTIZ DE ROSAS, Juan Manuel (1945): *Urquiza y el pacto federal*. Tomo VIII de la *Historia de la Confederación Argentina*. Americana, Buenos Aires.
- SALDUNA, Horacio (2001): *El pronunciamiento de Urquiza: la segunda Revolución de Mayo*. Instituto Urquiza de Estudios Históricos, Buenos Aires.
- SAÍTTA, Sylvia (1998): *Regueros de Tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Sudamericana, Buenos Aires.
- SÁIZ, María Dolores (1983) *Historia del periodismo en España*. T. 1: *Los orígenes. El siglo XVIII*. Alianza, Madrid.
- SÁNCHEZ VIAMONTE, Carlos (1957): *El Pensamiento Liberal Argentino en el Siglo XIX*. Ediciones Gure S.R.L (Colección Platania), Buenos Aires.
- SÁNCHEZ QUELL, H. (1973): *La Diplomacia Paraguaya de Mayo a Cerro-Corá*. Editorial Casa América, Asunción.
- SÁNCHEZ ZINNY, Fernando (2008): *El periodismo en el Virreinato del Río de la Plata*. Academia Nacional de Periodismo, Buenos Aires.
- SANTOS MUÑOZ, Pablo (1973): *Años de Lucha (1841-1845) Urquiza y la Política del Litoral Rioplatense*. Ediciones Cabargón, Buenos Aires.
- SARMIENTO, Domingo F. (2004): *Campaña en el Ejército Grande*. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal [1852].
- SARMIENTO, Domingo F. (1852): *San Juan, sus hombres y sus actos en la regeneración argentina*. Imprenta de Julio Belín y Cía., Santiago de Chile.
- SARMIENTO, Domingo F. (1930): *Las ciento y una. Polémica con Juan Bautista Alberdi*. Talleres Gráficos Argentinos, Buenos Aires [1853].
- SARMIENTO, Domingo F. (1953): *Recuerdos de provincia*. Sopena Argentina (Biblioteca Mundial Sopena), Buenos Aires [1850].
- SARMIENTO, Domingo F. (1955): *Facundo o Civilización y Barbarie*. Sopena, Buenos Aires, [1845].
- SASTRE, Marcos (2005): *El Tempe Argentino*. Coligüe, Buenos Aires.

- SAUSSURE, Ferdinand de (1945) *Curso de lingüística general*. Losada, Buenos Aires [1916].
- SCOBIE James (1964): *La Lucha por la Consolidación de la Nacionalidad Argentina. 1852-1862*. Hachette, Buenos Aires.
- SCOBIE, James (1968): *Revolución en las Pampas. Historia social del trigo Argentino 1860-1910*. Solar/Hachette, Buenos Aires.
- SCHMÖKEL, Hartmut (1977): *El país de los sumerios*. EUDEBA, Buenos Aires [1962].
- SCHWEINSTEIN DE REIDEL, María (1940): *Juan María Gutiérrez*. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- SEGRETI, Carlos S. A. (1962): *La misión Zavaleta: (1823-1824)*. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- SEGUÍ, Juan Francisco, y MITRE, Bartolomé (1981): *Polémica sobre la Constitución. Recopilación y estudio preliminar de Auza, Néstor T.* Instituto Histórico de la Organización Nacional, Buenos Aires (Recopilación de artículos periodísticos publicados en 1860).
- SEOANE, María Cruz: *Historia del periodismo en España. T. II: El siglo XIX*. Alianza, Madrid.
- SILVA, Carlos Alberto (1939): *El poder legislativo de la Nación Argentina*. T. 1 y 2. Congreso de la Nación. Cámara de Diputados de la Nación, Buenos Aires.
- SILVA CASTRO, Raúl (1960): *Introducción y recopilación a Escritos Políticos de Fray Camilo Henríquez*. Universidad de Chile, Santiago.
- SILVA CASTRO, Raúl (1958): *Prensa y periodismo en Chile*. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago.
- SOCIETY FOR PROMOTING CHRISTIAN KNOWLEDGE (1855): *The History of Printing*. Clowes and Sons, Londres.
- SOLÁ, Miguel (1933): “Noticias históricas de la prensa de Salta”. En: *El Diario*, edición extraordinaria, Buenos Aires.
- SOLÁ, Miguel (1924): *La imprenta en Salta. Cien años de imprenta (1824-1924) y bibliografía antigua de la imprenta salteña*. Edición de autor (Talleres Gráficos Porter Hermanos), Buenos Aires.
- SOLARI, J. A. (1951): *Juan Francisco Seguí. Secretario de Urquiza en 1851*. Buenos Aires.
- SOSA DE NEWTON, Lily (1981): *Genio y Figura de Hilario Ascasubi*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.
- STAUBACH, Suzanne (2013): *Clay: The History and Evolution of Humankind's Relationship with Earth's Most Primal Element*. University Press of New England, Hannover and London. Lebanon, New Hampshire.
- SUJATOVICH, Luis (2011): “¡Muerte al último tirano! El discurso editorial de La Nación Argentina desde el final del asedio a Paysandú hasta el comienzo de la guerra de la Triple Alianza (1 de enero hasta 25 de abril de 1865)”. En *Revista Question*, Universidad de La Plata, La Plata, pág. 22-24.
- SUJATOVICH, Luis (2014): “La Nación Argentina (1862-1869): Su posicionamiento editorial respecto a la conformación del Estado Nacional y la guerra de la Triple Alianza. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- TALAVERA, Natalicio (1866): “Crónica de la guerra”. Campamento de Paso Pucú, octubre 27 de 1866. Cartas publicadas en *El Semanario* (Asunción) N° 653. Citado por García Mellid (1964: T. II: 281).
- THE EDITORIAL COMMITTEE OF CHINESE CIVILIZATION (2007): *China: Five Thousand Years of History and Civilization*. City University of HK Press. Hong Kong.
- TERNAVASIO, Marcela (2002): *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires. 1810-1852*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- TERNAVASIO, Marcela (2003): “La visibilidad del consenso. Representaciones en torno al sufragio en la primera mitad del siglo XIX”. En Sábato, Hilda y Lettieri, Alberto (comp.): *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

TERNAVASIO, Marcela (2007): *Gobernar la Revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816*. Siglo XXI, Buenos Aires.

TERNAVASIO, Marcela (2009): *Historia Argentina, 1806-1852*. Siglo XXI, Buenos Aires.

THOMAS, Isaiah (1810): *The history of printing in America, with a biography of printers, and an account of newspapers. To which is prefixed a concise view of the discovery and progress of the art in other parts of the world*. Press of Isaiah Thomas, Worcester, Massachusetts.

TORRE-REVELLO, José (1940): *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), Buenos Aires.

TRAVERSA, Oscar (2009) "Dispositivo-enunciación: en torno a sus modos de articularse". En: *Revista Figuraciones: Teoría y Crítica de arte* N° 6, diciembre de 2009, Buenos Aires. <http://www.revistafiguraciones.com.ar/numeroactual/recorrido.php?idn=6&idr=48>

URQUIZA ALMANDOZ, Oscar F. (1978): *Historia Económica y Social de Entre Ríos (1600-1854)*. Banco Unido del Litoral S.A., Buenos Aires.

URQUIZA ALMANDOZ, Oscar F. (1966): "Expresiones de la cultura porteña a través de su prensa. 1816", Cuarto Congreso internacional de la Historia de América, tomo V, Buenos Aires.

URQUIZA ALMANDOZ, Oscar F. (1972): *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica. 1810-1820*. EUDEBA, Buenos Aires.

VAGLIENTE, Pablo (2005): "El asociativismo comparado: Buenos Aires y Córdoba en la etapa de la explosión asociativa (1850-1890)". II Jornadas de Historia e Integración Cultural del Cono Sur, Univ. Autónoma de Entre Ríos, Fac. de Artes y Ciencias Sociales, Paraná.

VALENZUELA, Diego y SANGUINETTI, Mercedes (2012): *Sarmiento Periodista. El Caudillo de la pluma*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

VARONA, Alberto J. (1973): *Francisco Bilbao. Revolucionario de América*. Periodísticos. Ediciones Excelsior, Buenos Aires.

VARELA, Fabiana I. (2006): *El Constitucional de Los Andes*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

VÁSQUEZ, Aníbal S. (1956): *Causas económicas del pronunciamiento de Urquiza contra Rosas*. Nueva Impresora, Paraná.

VÁSQUEZ, Aníbal S. (1970): *Periódicos y Periodistas de Entre Ríos*. Dirección de Cultura de entre Ríos-Imprenta Oficial, Paraná (Edición póstuma de libro en borrador del autor).

VÁQUEZ MONTALBÁN, Manuel (1979): *Historia y Comunicación Social*. Bruguera, Barcelona.

VERÓN, Eliseo (2009): *La Semiosis Social. Fragmentos de una teoría de la Discursividad*. Gedisa, Barcelona.

VICTORICA, Benjamín (1979): *La Campaña de la Integridad Nacional. Con Estudio Preliminar de: Auza, Tomás, Y Ruiz Moreno, Isidoro J.* Instituto Histórico de la Organización Nacional, Buenos Aires.

VICTORICA, Julio (1986): *Urquiza y Mitre*. Hyspamérica. Colección Biblioteca Argentina de Historia y Política, Buenos Aires, 1986 (1a Ed. 1906).

VICUÑA MACKENNA, Benjamín (1856): *Páginas de mi diario durante tres años de viajes: 1853-1854-1855*. Imprenta del Ferrocarril, Santiago de Chile.

VIDAURRETA DE TJARKS, Alicia (1963): *Juan Carlos Gomez, periodista y polemista*. En: *Revista Histórica*, T. XXXIII, XXXIV y Separata, 1962-1963, Montevideo.

WASSERMAN, Fabio (2009): “La libertad de imprenta y sus límites: Prensa y poder político en el estado de Buenos Aires durante la década de 1850”. *Almanack Braziliense* n° 10, Sao Paulo.

WEDOVOY, (1955): “Estudio preliminar”. En: *Manuel José de Lavardén, Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata*. Raigal, Buenos Aires.

WEINBERG, Félix (1970): *Juan Gualberto Godoy: Literatura y Política*. Solar/Hachette, Buenos Aires.

WEINBERG, Félix (1957): “El periodismo en la época de Rosas” *Revista de Historia* N° 2, Buenos Aires.

WEINBERG, Félix y colaboradores (1970): *Florencio Varela y el “Comercio del Plata”*. Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.

WEINBERG, Félix (1997): “El periodismo (1810-1852)”. En: *Nueva historia de la Nación Argentina*, T. VIII. Academia Nacional de la Historia – Sudamericana, Buenos Aires.

WEINBERG, Gregorio (Dir.) (2001): *Doña María Retazos. Francisco de Paula Castañeda*. Taurus, Buenos Aires.

WHIGHAM, Thomas (2015): *La guerra de la Triple Alianza*. T. I y II. Penguin Random House Grupo Editorial Chile, Santiago de Chile.

WILDE, Ana Cristina (2005): *¿Liturgia rosista en Tucumán? Prácticas rituales y de identificación política durante la gobernación de Celedonio Gutiérrez (1841-1852)*. Universidad Nacional de Rosario, Rosario.

WILKIS, Ariel (2004): “Apuntes sobre la noción de estrategia en Pierre Bourdieu”. En: *Revista Argentina de Sociología*, vol. 2 N° 3, noviembre-diciembre, Consejo de Profesionales en Sociología, Buenos Aires.

WILLIAMS BUNKLEY, Allison (1966): *Vida de Sarmiento*. EUDEBA, Buenos Aires.

WILLIAMS, Raymond (1962): *Communications*. Penguin, Londres.

WILLIAMS, Raymond (2003): *Cultura y Sociedad: 1780-1950: de Coleridge a Orwell*. Nueva Visión, Buenos Aires [1958].

WILLIAMS, Raymond (Ed.) (1992): *Historia de la Comunicación*. Editorial Bosch, Barcelona [En inglés, 1981].

WILLIAMS, Raymond (2003): *La larga revolución*. Nueva Visión, Buenos Aires [1961].

WILLIAMS, Raymond (1988): *Marxismo y Literatura*. Península, Barcelona [inglés, 1977].

ZEBALLOS, Estanislao (2016): *La conquista de quince mil leguas. Estudio Sobre la Traslación de la Frontera Sud de la República al Río Negro, Dedicado a los Jefes y Oficiales del Ejército Expedicionario*. Imprenta Coni, Buenos Aires [1878].

ZINNY, Antonio (1868): *Efemeridografía Argireparquiótica*. Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires.

ZINNY, Antonio (1869): *Efemeridografía Argirometropolitana hasta la caída del Gobierno de Rosas*. Imprenta del Plata, Buenos Aires.

ZINNY, Antonio (1883): *Historia de la Prensa Periódica de la República Oriental del Uruguay 1807-1852*. Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires.

ZINNY, Antonio (1985): *Historia de los Gobernadores Argentinos*. Hyspamérica, Buenos Aires, 1985 [1879].

ZINNY, Antonio (1867) *Apuntes biográficos del Sr. D. Felipe Senillosa*. Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires.

ZINNY, Antonio (1912): *La Gaceta Mercantil de Buenos Aires. Resumen de su contenido*. Vol. I a III. Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1912.

ZORRAQUÍN BECÚ, Horacio (1972): *Tiempo y vida de José Hernández 1834-1886*. Emecé, Buenos Aires.

Principales repositorios y reproducciones facsimilares consultadas

Se ha realizado una amplia vista de colecciones hemerográficas de Argentina y Uruguay, fundamentalmente a través de colecciones hemerográficas de la Biblioteca Nacional, Universidades Nacionales de Buenos Aires, La Plata, Córdoba y Cuyo; los Archivos General de la Nación, y de las provincias de Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba; las reproducciones facsimilares elaboradas por la Academia Nacional de la Historia, la reproducción facsimilar de periódicos de la década revolucionaria realizada por el Senado de la Nación Argentina con motivo del seicentenario de Mayo (1860), el repositorio digital de la Universidad de la República (Uruguay), y de las bibliotecas nacionales de España y de Francia. En los casos en que se ha hecho citas específicas de contenidos de periódicos consultados, de cartas y otras documentaciones inéditas, se ha citado al pie la fuente y ubicación correspondiente, manteniéndose genérica la cita de fuente en la conformación de las tablas de presencia de periódicos. Se ha consultado excepcionalmente materiales de Paraguay, Chile, Brasil, Bolivia, México, Estados Unidos, España y Francia, en todos los casos a través de fuentes digitales mediadas por bibliotecas y por sitios académicos, aplicándose el mismo criterio de citado al pie. Se sintetiza a continuación el listado de los principales repositorios. En los casos en que se realizó consultas específicas para complementar registros provenientes de otros repositorios de mayor volumen, se aclara allí mismo cuáles fueron las principales consultas obtenidas allí.

Anáforas. Archivo hemerográfico digital de prensa uruguaya, Universidad de la República, Facultad de Información y Comunicación.

<http://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/11580>

Archivo General de la Nación Argentina, en especial las referencias a documentación y epistolario de Urquiza, Seguí, Lamas, Seguí, del Carril, Gutiérrez (Juan María) y Casavalle.

Archivo General de la Provincia de Santa Fe, en especial colecciones hemerográficas, cartas y otros documentos relativos a la prensa santafesina en los prolegómenos y durante la Convención de 1828, en el período 1847-1850, 1856-60 y material relativo a Olayo Meyer y su publicación paranaense *El Correo Argentino*.

Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba

Archivo Histórico de la Provincia de Entre Ríos, en especial documentación sobre Imprenta del Estado, Recopilación de leyes, decretos y proclamas, y fragmentos de registro de Aduana de Rosario.

Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Cuyo

Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: en especial reproducciones facsimilares de prensa realizadas y publicadas por la Academia, con excepción del *Telégrafo Mercantil*, el *Correo de Comercio*, *La Prensa Argentina*, *La Moda* y *El Iniciador*, que se consultaron en otros repositorios.

Biblioteca de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos

Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, colecciones hemerográficas

Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba

Biblioteca Nacional de España, sección Hemeroteca Digital

<http://hemerotecadigital.bne.es/index.vm>

Biblioteca Nacional de Francia, sección Bibliotecas Digitales Gallica

http://www.bnf.fr/es/colecciones_y_servicios/bibliotecas_digitales_gallica.html

Biblioteca Nacional de la República Argentina, colecciones hemerográficas.

Biblioteca Popular de Paraná

Hemeroteca del Colegio Nacional de Buenos Aires

Instituto Antonio Magnasco de la Provincia de Entre Ríos

Museo Histórico Nacional

Museo Martiniano Leguizamón de Paraná (colección de la Revista del Paraná y números de *El Federal Entre Riano*).

Museo Mitre: colecciones hemerográficas, inéditos (en especial cartas de Mitre, de Carlos du Terrade y de Olayo Meyer), y recopilaciones. Entre las colecciones hemerográficas se utilizó especialmente El Correo Ministerial del Paraná, El Federal Entre Riano (N° 211 a 354), El Iris Argentino, La Voz del Pueblo, El Nacional Argentino y el Boletín Oficial (Paraná); El Federal Argentino (Buenos Aires, 1853), El Progreso de Entre Ríos, El Porvenir de Entre Ríos, La Regeneración, y el prospecto de El Progreso de Buenos Aires.

Reproducciones facsimilares y recopilaciones no correspondientes a la Academia Nacional de la Historia:

Biblioteca Nacional (1944/1949): Archivo del doctor Gregorio Funes, Deán de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Archivo del General Mitre: (1913), Presidencia de la República, Buenos Aires.

Archivo General de la Nación (1936) *Consulado de Buenos Aires. Antecedentes. Actas. Documentos.* Buenos Aires.

Diario El Mercurio. Edición especial del centenario. Valparaíso, 12 de septiembre de 1927.

Doña María Retazos. Reproducción facsimilar (2001). con estudio preliminar de Néstor Tomás Auza. Taurus, Taurus, Buenos Aires.

El Diario (1933): Edición extraordinaria. Buenos Aires.

El eco de los andes. Reproducción facsimilar (1943). Con estudio preliminar de Juan Draghi Lucero. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

LE ROSE y MONTMASSON (Ed.) (1913) *Guía Periodística Argentina.* Buenos Aires.

Recopilación de Leyes, Decretos y Proclamas (1814-1870). Imprenta del Estado, Paraná.

Registro oficial de la Provincia de Buenos Aires, 1855 y 1875. Imprenta del Estado, Buenos Aires.

Registro Nacional de la República Argentina [Registro], 1859, 1860 y 1861. Imprenta del Estado, Paraná.

Representación Nacional en Santa Fe 1828-1829. Actas y Documentos (1928). Gobierno de la Provincia de Santa Fe, Imprenta de la Provincia, Santa Fe

Senado de la Nación Argentina (1960): *Biblioteca de Mayo Colección de obras y documentos para la Historia Argentina.* Senado de la nación, T. VII a X.